

HISTORIA UNIVERSAL

Edad Antigua

Grecia y Oriente Próximo

Hi

Vicens Vives

HISTORIA UNIVERSAL

Edad Antigua

Grecia y Oriente Próximo

Volumen I

Tomo A



Raquel López Melero

Catedrática de Historia Antigua de la UNED

Domingo Plácido

Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense de Madrid

Francisco Presedo

Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad de Sevilla



Vicens Vives

Primera edición
Primera reimpresión, 1998

Depósito Legal: B. 49.703-1998
ISBN: 84-316-3091-4
Nº de Orden V.V.: K-405

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Editado por EDICIONES VICENS VIVES, S.A. Avda. de Sarriá, 130. E-08017 Barcelona.
Impreso por LIBERDUPLEX, S.L. Constitución, 19, bloque 8, nº 19. E-08014 Barcelona..

PRESENTACIÓN

La historiografía española, a la que nuestra Editorial ha prestado singular atención desde sus comienzos, se enriquece constantemente con la aportación de estudios y publicaciones monográficas, dirigidas fundamentalmente a los círculos especializados. Sólo raras veces se acomete la elaboración de obras de síntesis, en primer lugar por la dificultad intrínseca de este tipo de trabajos y sin duda también porque su publicación requiere un adecuado soporte editorial.

La HISTORIA UNIVERSAL representa el reconocimiento de la madurez de nuestra historiografía, prescindiendo del habitual recurso a la traducción de colecciones extranjeras. Sus cuatro volúmenes han sido realizados por reconocidos especialistas e investigadores españoles. Es, realmente, una obra de síntesis, de carácter universal –y no resumen o manual de texto– en la que se expone con claridad y concisión el estado actual de los conocimientos históricos: los hechos, los debates, las estructuras, la bibliografía de consulta y ampliación.

Creemos satisfacer con este proyecto una demanda que proviene sin duda de amplios sectores de estudiosos, especialistas o simplemente lectores interesados en una información histórica general, actualizada en contenidos y metodología.

Los editores

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Resulta aún frecuente encontrarse con opiniones sobre la Historia Antigua, incluso de historiadores profesionales de otras épocas, que reflejan el impacto de ideas, de concepciones relacionadas con los «legados»: del pasado antiguo, que interesaría conocer aquellos contenidos que han tenido mayor trascendencia para otros pasados posteriores. Si tales visiones son ya aberrantes referidas a cualquier pasado histórico, manifiestan un elevado grado de desconocimiento sobre la actualidad de los estudios sobre el mundo antiguo.

La Escuela de *Anales*, que tantos seguidores ha tenido en las últimas décadas, no ha dejado de incidir en el campo de las investigaciones sobre la Antigüedad. No debe olvidarse tampoco que el conocimiento del pasado antiguo ha llevado siempre la marca particular de ser el resultado de múltiples investigaciones producidas por campos como el de la Filología Clásica, el Derecho, la Epigrafía, la Numismática y la Arqueología, además de los propios historiadores. Y, por vías específicas y ajenas a las comunes seguidas por los renovadores analistas, se ha producido una auténtica revolución durante las últimas décadas en la comprensión y valoración de las fuentes de información a partir de las cuales se está elaborando el conocimiento del pasado. Puede, sin duda, decirse que es la Historia con aspiraciones de ser total, pero además una Historia continuamente renovada. Ya no vale hablar sólo de la Arqueología, de la Epigrafía,... sino de la Nueva Arqueología, de la Nueva Epigrafía... como fuentes para la Historia Antigua. En el estado actual de las investigaciones, no basta decir que conocemos más fuentes que en otras épocas, ya que, ante todo, hemos avanzado porque conocemos nuevas formas de acceso y de interpretación de las fuentes de información. Así, los epígrafes no sólo informan por su texto, más expresivo hoy gracias a estudios de antroponimia, prosopografía y lengua, sino que también aportan indicaciones por su tipología, el carácter de su soporte o sus elementos decorativos o simbélicos. Las técnicas de fotointerpretación permiten reconstruir catastros griegos y romanos con una precisión no imaginada para épocas posteriores. Si el desarrollo

técnico está permitiendo leer mejor los yacimientos arqueológicos, leer incluso gran parte de ellos por medio de una sistemática prospección antes de ser excavados, la Nueva Arqueología llega mucho más lejos desde el desarrollo propio de la lectura de las estratigrafías y del análisis espacial de los yacimientos. Así, la Nueva Historia Antigua no se limita a incorporar las novedades hasta hace poco desconocidas de la cultura de Ebla o las que comienzan a entreverse a partir de los manuscritos del Mar Muerto, por citar sólo algunos hallazgos más sensacionales. La Nueva Historia Antigua debe incorporar los resultados de la Nueva Epigrafía, la Nueva Arqueología, es decir todas las muchas novedades teóricas y metodológicas incorporadas en las fuentes de información de que se sirve. Si queda muy superada la concepción de los legados para cualquier periodo histórico, el presente de los conocimientos sobre el pasado antiguo permite abordar el acercamiento de ese pasado desde posiciones teóricas y metodológicas equiparables a las empleadas para otras épocas.

En esta obra se ha pretendido atender a la necesidad de presentar unos conocimientos actualizados sobre las diversas épocas del pasado antiguo y, a la vez, responder a las exigencias de una obra útil para alumnos universitarios y para cualquier lector culto. De ahí que se resalten las cuestiones en debate distinguiéndolas de aquellas sobre las que hay un consenso interpretativo mayor o casi unánime. La selección de los autores, reconocidos especialistas en las áreas sobre las que escriben, pueden garantizar los resultados. A su vez, se ha pretendido que la obra quedara abierta para ofrecer al lector la posibilidad de ampliar conocimientos en campos de su particular interés: de ahí la selección bibliográfica incluida detrás de cada capítulo, además de la bibliografía general. Y con el fin de acercar al lector a los documentos antiguos, se ha incluido igualmente una selección de textos en cada capítulo.

Julio Mangas
Universidad Complutense

LIBRO I

Oriente Próximo

CAPÍTULO I

DE LA ALDEA A LA CIUDAD

La historia del Próximo Oriente antiguo ha de empezar necesariamente con la exposición de la neolitización de la zona llamada el Creciente Fértil. Allí se desarrolló el paso decisivo de la Humanidad hacia formas de vida progresivas, destacándose del mundo de su entorno por un proceso del que podemos seguir los pasos sólo a grandes rasgos. El estado actual de nuestros conocimientos permite trazar el comienzo y el final de este gran paso.

Desde el final del paleolítico comienza una nueva era en la zona que va desde el Levante hasta los montes Zagros, con dos centros conocidos que dan nombre a dos culturas: el kebaraniense (Levante) y el zarzianiense (Zagros), en las que podemos ver cambios decisivos para la historia del hombre. Se les llama epipaleolítico y puede definirse como un período cultural de industrias líticas en las que predominan las formas geométricas y el tamaño pequeño. Aparecen los útiles compuestos, flechas más perfectas que permiten la caza de animales más rápidos y las hoces, la recolección de alguna planta determinada con el correspondiente almacenamiento de los alimentos. En la misma línea cultural hemos de contar la primera captura y domesticación de cabras y gacelas, quizá encerradas en corrales. No sabemos cómo vivían, pero continuó la habitación en cuevas y campamentos. De lo que no cabe duda es de una mayor, si no definitiva, sedentarización. El aumento de la dieta probablemente produjo una mayor densidad demográfica.

La tendencia anterior culmina en la frontera del pleistoceno-holoceno con el nacimiento de una nueva fase que produjo la afirmación definitiva de la agricultura y la cría de animales. Durante el NPA (neolítico precerámico A) (8350-7350 a.C.), *Jericó* presenta veinticinco niveles de casas redondas u ovales de cinco o más metros de diámetro, construidas de tapial en bloques imitando la piedra que no existe y con la parte superior de las paredes hecha de palos y ramas cogidos con arcilla. En un momento posterior la aldea fue amurallada con una estructura de piedra de tres metros de ancho y cuatro de alto con una torre

absidal de 9 metros de diámetro y 8,5 metros de alto con escalera. El recinto incompleto debió cerrar una superficie de cuatro hectáreas con unos dos mil habitantes de población. En una fase posterior de edificaciones aparecen almacenes y en ellos granos carbonizados. A lo largo del período el poblado sufrió diversas fases de edificación, lo que demuestra una ocupación continua, una mano de obra relativamente abundante y una cierta organización política, la cual en opinión de M. Kenyon, le confiere el título de la «ciudad más antigua del mundo». Los hombres que la habitaron enterraron a sus muertos debajo de los pisos de las casas, y racialmente son euroafricanos del mismo tipo que los natufienses. Es curioso que no tengan animales domésticos, y el suministro de carne se hacía a base de bóvidos, cabras y verracos, pero no por ello dejaron de dar un paso definitivo en la economía del hombre primitivo: lograron la domesticación de la cebada de dos filas de granos, es decir el *hordeum distichum* (alcacer) y el *triticum dicoccum*, junto con la lenteja y la higuera. Estas plantas no se dan en estado salvaje en la zona baja del oasis sino en la media ladera. Fue preciso pues un lento aprendizaje y una adecuación de las plantas primitivas traídas desde la media ladera hasta las tierras fértiles del oasis. Los habitantes de Jericó habían dado un gran paso económico y también social, por lo que hemos de pensar que también lo dieron en la organización política. Contra la opinión de muchos, no es probable que el comercio tuviera importancia primordial en la economía de Jericó. Por lo que sabemos se reducía a la obsidiana, importada de Anatolia y probablemente exportaron azufre, asfalto y sal.

Una evolución similar a la que vemos en la zona de Siria-Palestina se puede detectar en la región de los Zagros, aunque con características distintas. El yacimiento más característico es el de Zawi Chemi y la cueva vecina de Shanidar, en el valle del Zab superior. Ambos yacimientos parece que tuvieron relación muy directa y se ha creído que fueron habitados estacionalmente por las mismas gentes. Desde el punto de vista cultural, lo más destacable de Shanidar es que la base económica estaba constituida por la caza de animales de los alrededores, el cerdo salvaje, el *cervus elaphus*, el dama dama, el lobo, el chacal, el zorro pardo, el oso pardo, la marta, el *gerbillus* y el castor. Algunos de estos animales se cazaban no por su carne sino por sus pieles. La dieta incluía también babosas y ostras de río, así como variedades del género *celtis*. En Zawi Chemi aparte de alguno de los mismos ejemplares, encontramos un hecho importante que es la cría de animales que constituía la base fundamental de la dieta, en una fecha que puede aproximarse al 8000 a.C. Es casi seguro que la domesticación de animales era un hecho común en la meseta irania en época muy antigua. Lo que no se ve con claridad en esta zona y en esta época es una agricultura incipiente.

La fase de Karim Shahir recibe su nombre de una estación ocupada estacionalmente que parece posterior a Zawi Chemi-Shanidar, de escasa importancia en sus hechos económicos. Sin embargo existe una fase cultural contemporánea en Alikosh, un yacimiento de 135 metros de largo, situado en una estepa semiárida, llena de hierba en invierno, del Juzistán septentrional. Allí se asentaron pastores de ovejas domesticadas y cabras en cautividad aunque sus restos óseos demuestran que se trataba de una variedad salvaje procedente del Luristán. La actividad económica se ampliaba con la caza de gacelas, onagros, aurocs y cerdos salvajes; se pescaban la carpa y el pez gato, las tortugas y moluscos de agua dulce. Se recogían semillas y pequeñas legumbres silvestres. Pero lo más digno de mención es que plantaron cebada de dos filas y trigo emmer. Se recogía el alfóncigo (pistacho). El trigo se segaba con hoces de pedernal y se trillaba después de calentarlo. Las casas o chozas se construyen en piezas de tapial (25 × 15 × 10 cm.) empleados como ladrillos. Las habitaciones son muy pequeñas y no pasan de dos metros y medio de largo. A este mismo período pertenecen otros yacimientos como los de Ganydara y Asiab.

La fase siguiente del neolítico precerámico B se extiende por Siria, Líbano y Palestina en el foco de Levante y supone una lentísima evolución de las conquistas culturales anteriores. En Jericó es casi seguro que hubo una ruptura con el período anterior y el desarrollo de la nueva etapa estuvo protagonizado por nuevas gentes. En otros lugares como Beidha (cerca de Petra) y Tell Ramad, (suroeste de Damasco) hay una clara continuidad. En el caso de Beidha se trata de un poblado ocupado a principios del milenio VII, en el que se pueden distinguir tres períodos de ocupación. En el primero aparecen casas redondas de cuatro metros de diámetro con muros de piedra rodeando a una armazón de postes de madera trabados con barro y un poste central que soportan un techo de vigas, cañas y yeso. Las casas se arraciman en estructuras de unas cuantas casas y almacenes en torno a un patio. Toda la aldea estaba rodeada de un muro. La ciudad fue destruida por un incendio y fue rehabitada en una segunda fase con casas aisladas que evolucionan desde la planta ovalada a la cuadrada con dimensiones de 5 × 6 metros. Durante la última fase prosigue la mejora de la arquitectura. Encontramos dos tipos de estructuras de 7 × 9 metros. Una casa grande rectangular con hogar y asientos y un patio de entrada. Al norte hay una serie de habitaciones en series de tres que se abren a un corredor. Mellaart cree que se trata de talleres donde se trabaja el hueso, la piedra pulida, cuentas, etc. Se ha pensado que cada gran casa está rodeada de estas últimas estructuras de corredor y que dan la impresión de una comunidad manufacturera. Una evolución parecida puede verse en Tell Ramad donde después de un nivel de pequeñas chozas redondas u ovales hechas de tierra apisonada, en el nivel II, aparecen estructuras rectangulares construidas de adobe con cimientos de piedras. Son casas de una sola habitación separadas unas de otras por corredores o callejas de aproximadamente un metro de ancho.

Los rituales funerarios continúan los usos del período anterior con enterramientos individuales sin ajuar. Los niños se entierran enteros, pero a los adultos se les quita el cráneo, aunque no la mandíbula inferior (Jericó, Beidha, Tell Eli). El cráneo se entierra al lado del cuerpo, o separado; o se guarda en una habitación, en algunos casos cubierto de yeso pintado con los rasgos faciales. Esto hace pensar en un culto a los antepasados.

En los ajuares domésticos aparecen figurillas, empleadas quizás para ritos mágicos. No hay cerámica propiamente dicha, aunque se notan los tanteos para su invención. La arcilla se emplea cocida para figurillas y secada al sol para hacer pequeños cuencos. Los platos y cuencos propiamente dichos son de piedra: basalto, caliza e incluso alabastro. Especial importancia tiene la llamada «cerámica blanca», típico producto del neolítico precerámico B sirio, consistente en vasos de gran tamaño, hechos de arcilla pegada alrededor de un cesto y cocidos después de secados; llevan decoración en el exterior que da la impresión de piedra artificial. Hay testimonios de hilado y la industria lítica presenta innovaciones como es el

núcleo abarquillado que permite la extracción de hojas largas, y el retoque a presión.

Lo más importante del período es la ampliación del horizonte económico y cultural que se manifiesta en el comercio y el intercambio. La caza sigue siendo un factor de primer orden (cabra, auroc, ibex, gacela, liebre, chacal) mientras que la domesticación no representa un factor demasiado importante. Por el contrario, la agricultura de cereales va adquiriendo un peso cada vez mayor.

En Anatolia conocemos una serie de yacimientos de singular importancia para el estudio de las comunidades de transición del epipaleolítico al neolítico. Asikli Hüyük, al este de Melendiz Çay, contemporáneo del neolítico precerámico B de Palestina. Es muy importante para el comercio de obsidiana. Al suroeste de Anatolia está Hacilar, donde se atestigua un verdadero acerámico con una cronología en torno al 6750 a.C. Se cultiva en secano la cebada y el alcacer, además de las lentejas. Este yacimiento dio poca arquitectura, pero se encontró un muro de adobe sobre fundamentos de piedra. Can Hassan III presenta una estructura urbana regular de casas con habitaciones rectangulares, sin puertas visibles y es otra comunidad agrícola en el milenio VII a.C.

Pero entre todas las comunidades de esta época destaca por su importancia excepcional Çatal Hüyük, situado en la llanura de Konia. Allí se construyó un poblado cuya cronología establecida por el C_{14} va del 6250 a.C. al 5400 a.C. Los primeros rellenos, posiblemente acerámicos, subyacen al nivel XII donde ya aparece la cerámica que continuará ininterrumpidamente hasta el final. Para su excavador Mellaart se trata de una verdadera ciudad de 600 × 350 metros formada por mil casas con unos seis mil habitantes en su momento de mayor expansión. Esto hace cambiar nuestras ideas sobre el concepto de urbanismo en el Oriente antiguo. No cabe duda de que desde el punto de vista material se trata de una verdadera ciudad, con casas cuadradas o rectangulares de 5 × 5 metros o de 6 × 4 metros, con acceso por el techo, al que se sube por una escalera de madera. Las casas están construidas de adobe, madera, tapial y yeso; constan de un salón y almacén. No existen calles ni pasadizos, y las casas están adosadas unas a otras. La circulación tenía que hacerse por los tejados que evidentemente eran planos. En el subsuelo se enterraban los muertos. Económicamente la «ciudad» vivía del cultivo de las zonas de regadío: cebada, *triticum monococcum*, *triticum exaxticum*, algarrobas, guisantes, bellotas, alfóncigos y almendras. Se recogían manzanas silvestres, bayas de enebro, celtis y alcaparras; la cría de animales domésticos se practicaba con el perro, auróquidos, ovejas y cabras. Las pinturas murales dan testimonio de los bóvidos. La caza se ocupa de capturar onagros, hemionarios, jabalíes, gamos rojos, corzos, osos, leones o leopardos, unos para pieles y otros para carne. Se pesca en el río y se recogen huevos. No podemos dejar de pensar que se bebía leche, se comía mantequilla, queso, yogur, legumbres, cebollas, ajos. Probablemente bebían jugos de frutas, vino de bayas y cerveza. Tampoco podemos echar de menos las uvas, peras, nueces, higos y granadas que crecían en árboles salvajes en Anatolia. La manufactura se dedicaba a la cerámica a mano, sin decoración o decorada, construcción de vasijas de madera, telas de lino o lana, con materia prima importada, industrias líticas, metalurgia inicial de cobre en el nivel VI A. La obsidiana se importaba desde una distancia de 200 kilómetros. El arte se manifiesta en figurillas de animales y humanas con un

simbolismo sexual evidente. Aparece una divinidad ctónica que podemos relacionar con la Gran Madre. La excavación puso al descubierto santuarios con bucráneos y pinturas representando tapices, bóvidos y figuras humanas estilizadas que recuerdan muy de cerca a las del Levante español. Çatal fue un centro de difusión cultural por toda la llanura de Konia.

El yacimiento contemporáneo del final de Çatal es Hacilar. De escaso tamaño pero que, no obstante, ha evidenciado un neolítico cerámico superpuesto a un acerámico más antiguo. Las casas de Hacilar son mayores y llegan a tener 10 × 4 metros, con gruesos muros de adobe. Aquí hay puertas propiamente dichas, de metro y medio de ancho, por las que se accede a un zaguán y en la pared de enfrente está situado el hogar. A los lados se abren habitaciones que dan al zaguán. El poblado debió contar con unos cuantos cientos de habitantes. La plástica en barro es similar a la de Çatal. La última fase de Hacilar de 5400 a 500 a.C. consiste en un pequeño poblado de unas cuantas casas rodeadas de un muro con puertas. Las casas se agrupan dejando espacios abiertos en el interior; las de planta alargada se estructuran según un eje central. La cerámica pintada ostenta motivos geométricos.

En el norte de Mesopotamia la vida sedentaria en aldeas empieza con el yacimiento de Dabaghiya que en sus distintos niveles, especialmente el III y el II, ofrece un urbanismo de casas cuadradas, unas veces con puertas y otras con entrada por el techo y que se estructuran en estancia, cocina y una o dos habitaciones con las paredes tomadas con yeso que en un caso dieron excelentes pinturas de la caza del onagro y en otro nada menos que aparece un arco que cubre toda una habitación. La economía depende más del reino animal que del vegetal. Aparecen testimonios de alcacer, *monococcum*, lentejas y trigo, pero deben ser importados. También escasean los microlitos destinados a aperos de labranza. Por el contrario abundan las ovejas, las cabras, el cerdo y el perro. La cerámica muy abundante es lisa o pintada y las formas se reducen a gran cantidad de cuencos con carena y otros sin ella. En resumen, la cultura de Dabaghiya representa hasta el momento el comienzo de la vida «civilizada» en la llanura mesopotámica hacia mediados del milenio VI que debió apoyarse en un acerámico desconocido.

Desde el 5500 a.C., que representa el final de Dabaghiya, se desarrollan las culturas clásicas neolíticas de Hassuna, Samarra y Halaf, que aunque suponen en general una marcha ascendente, en muchos casos se superponen, de tal manera que podría considerarse como facies locales de un mismo proceso general: Halaf al norte, Samarra al sur y Hassuna en el centro. Examinados desde un punto de vista puramente arqueológico, estos yacimientos ofrecen una cierta personalidad distinta en cada caso, especialmente en lo que a cerámica se refiere, y como todos sabemos, la cerámica ha sido siempre el *leit motiv* de los arqueólogos en sus clasificaciones culturales. Pero si los consideramos desde un enfoque antropológico cultural las diferencias son mínimas.

Tell Hassuna es un yacimiento situado en un cerro a 35 kilómetros al suroeste de Mosul de 200 × 150 metros de extensión. Su gemelo Yarin Tepe I está a siete kilómetros al suroeste de Tell Halaf y es una pequeña colina de unos 100 metros de diámetro. Tell Hassuna tiene siete niveles de edificación y Tarin Tepe 10. Urbanísticamente lo más típico de la cultura de Hassuna es el nivel V de Yarin

Tepe con sus casas cuadradas de adobe de varias habitaciones, separadas por patios y pasadizos, con talleres, almacenes y habitaciones de vivienda y techos probablemente planos. La población conocida es de euroafricanos. La economía es ganadera con cabras, vacas y cerdos, cultivos de secano de alcacer, *triticum monococcum*, cebada y *triticum dicoccum*. Había hilados y tejidos pero no sabemos si se cultivaba el lino. La carne procedía de la caza. Industrias líticas pobres, hoces de segador y escasas puntas de flecha. La cerámica es muy típica de formas variadas de cuencos, vasos globulares con cuello recto, con decoración incisa. En los tratados antiguos de arqueología prehistórica esta cultura se define por su cerámica pintada con motivos en rojo y negro, formando ajedrezados, triángulos y otras combinaciones. La plástica dio idolillos de los tipos ya conocidos en otros yacimientos contemporáneos.

La facies cultural de Samarra está representada en dos yacimientos principales: Tell es-Sawwan de 200 × 110 metros en la orilla del Tigris, y Chogha Mami de 350 × 100 metros al pie de los Zagros. En el primero se excavaron cinco niveles de los cuales los dos más antiguos produjeron cerámicas sin pintar, alguna incisa y tres edificios, debajo de uno de los cuales aparecieron 130 tumbas de niños con unos cuantos adultos. Los tres edificios son rectangulares con muchas habitaciones construidos con muros de adobe fabricado en moldes, lo que era una novedad en Mesopotamia. En este nivel abundan los vasos de piedras duras en perjuicio de la cerámica que es basta y mal cocida. Las industrias líticas y en general todo el complejo cultural da la impresión de un tránsito del acerámico al cerámico. Se cree que estos neolíticos habían logrado perfeccionar las técnicas del regadío. El nivel II no ofrece variaciones sobre lo anterior.

Los niveles superiores de Tell es-Sawwan permiten conocer una comunidad organizada que se presenta como un desarrollo de los niveles procedentes y define un estadio cultural que suele llamarse Samarra medio. Urbanísticamente ofrece ocho casas rectangulares en forma de T construidas de adobe que pueden tener hasta diez habitaciones, rodeadas por un muro de circunvalación de forma rectangular con tres entradas: una de ellas en bayoneta y otra que es una simple interrupción en la pared del muro y una tercera encuadrada por muretes perpendiculares al propio muro. La cultura material se refleja en una espléndida cerámica pintada en marrón achocolatado y con perfiles rectos, carenados y panzudos con pie. La decoración se dispone en bandas horizontales con motivos geométricos, pero también abundan las figuras humanas estilizadas, las aves, ciervos entre árboles, cabras, cangrejos, arañas y escorpiones. La economía no añade nada nuevo.

Hay una última fase de la cultura de Samarra atestiguada en un Chogha Mami cuyo rasgo más distintivo es el tránsito a la siguiente de Halaf.

La cultura de Halaf debe su nombre al yacimiento homónimo de Tell Halaf excavado en sus niveles históricos por el varón von Oppenheim, y de ellos hablaremos en su lugar oportuno cuando tratemos de los reinos neo-hititas. Ahora nos interesan los niveles prehistóricos que se agruparon en tres fases evolutivas: antigua, media y tardía. De la primera poco podemos decir, pero la segunda ha producido un complejo cultural típico con un área de expansión considerable desde Arpachiya, junto a Nínive, hasta Ras Shamra, Tell Ahmar y Chagar Bazar. Las casas son redondas con paredes de tapial cubiertas de yeso, a veces pintado

de rojo. Abundan los hornos y hay algunos *tholoi*. La economía descansa en el cultivo de secano de trigo y cebada y el lino aparece en la fase final. La ganadería incluye ovejas, cabras y cerdos y la caza se cobraba aurocs, jabalíes, onagros y gacelas. La cerámica es el producto más conocido que ya ofrecía formas y decoraciones espléndidas en la primera fase con sus pinturas de aves y ciervos, aparte las decoraciones geométricas. En la fase media de Halaf, la cerámica perfecciona y amplía las formas anteriores, complica el diseño geométrico y produce las copas de pie alto, los vasos de borde exvasado y carena. Aparecen vasos campaniformoides. La pintura rupestre no carece de interés, aunque no es de superior calidad. La fase final de Halaf hacia el 4500 a.C. es especialmente conocida por los yacimientos de Arpachiya y Tepe Gawra con una zona de expansión más reducida a Occidente y más extensa Tigris abajo. En esta época la cerámica produce creaciones de platos polícromos de una notable belleza.

Mientras florecían estas culturas en la zona norte, se desarrolla en la zona aluvial del Éufrates una serie de culturas que empiezan con la fase de Eridu, probablemente la primera de la región, que no parece autóctona sino importada del norte. Su economía es desconocida, aunque la pesca debió desempeñar un papel importante lo mismo que sucederá en épocas históricas posteriores. Lo más típico es su cerámica pintada que se extiende hasta Ur. Se puede fechar hacia final del milenio VI.

Si ahora volvemos a la meseta irania nos encontramos con que después de la fase de Samarra aparece allí una facies cultural ejemplificada en Tepe Sabz donde hacia el 5000 a.C. se crea una cultura que se extiende por la región de Susa, Luristán, y tiene la particularidad de poseer una agricultura de regadío y ganado domesticado; aparece la azada de piedra, fijada con asfalto a un mango de madera, instrumento empleado para abrir canales. Los portadores parece que no vienen de los Zagros sino que se relacionan en todos los aspectos con la cultura de Samarra y Eridu. El pueblo de Sabz dispone de una amplia economía agrícola (trigo, cebada, lino, lentejas, almendras) y una ganadería doméstica de cabra y auroc, perro pastor. Se cree que la caza está en retroceso pero se practica la del onagro, jabalí, gacela, etc. El material lítico y cerámico atestigua un avance económico. Disminuye el material de armas para la caza y el curtido de pieles y aumenta el destinado a tejidos e hilados. La cerámica se perfecciona y aparecen tinajas para almacenar grano.

En una fase posterior surge la cultura de Khazina que se extiende por el Juristán septentrional y la Susiana, que es sucedida por la cultura de Hajii Muhamnad que interesa especialmente porque llega a abarcar la baja Mesopotamia desde Eridu hasta Kish. Se caracteriza por la agricultura, el regadío a pequeña escala y los mismos cultivos y ganadería que Tepe Shabz. Es muy interesante el hecho de que probablemente los hombres de Hajii Muhammad probablemente practicaban la transhumancia, llevando los ganados en verano a las praderas de Luristán, Bajtiar y el Fars. Viven en casas y chozas rectangulares y utilizan cerámica pintada de platos, cuencos y vasos.

La última evolución del neolítico y con ello el tránsito definitivo a la vida urbana, se produce en Mesopotamia hacia mediados del V milenio en un estadio cultural que llamamos de Al-Ubaid, que se caracteriza arqueológicamente, como todas las que venimos citando, ante todo por su cerámica de decoración geo-

métrica de rojo sobre rojo y muy relacionada con las decoraciones de la cerámica de la meseta irania. Los restos arquitectónicos se reducen a casas de Ashrafabad y Tepe Sabz y los templos de Eridu de los niveles XI, IX y VIII. La casa de Ashrafabad es rectangular de 5 × 10 metros de adobe sobre fundamentos de piedra y dividida en habitaciones. El templo de Eridu del nivel XI, se construyó sobre una plataforma accesible por una rampa con muros de adobe que presentan salientes cuadrados, siendo la estructura interna compleja. El templo del nivel IX es similar y en él apareció un altar y una mesa de ofrendas. El mayor es el del nivel VIII que mide 20 × 12 metros. El carácter urbano de esta cultura y en particular en Eridu viene demostrado por la invención del torno para la cerámica, la fundición del cobre y el sello estampa. La fase final de El-Ubaid es el comienzo de un rico calcolítico y relaciones con el norte y el este.

Como puede verse de la enumeración de las culturas neolíticas que hemos hecho del Oriente Próximo, los datos de que disponemos son puramente arqueológicos, quedando en la penumbra la organización social, política e ideológica. Sobre la religión propiamente dicha sabemos muy poco, pero para ilustrar de alguna manera este vacío «religioso» resumiremos a continuación el trabajo de Jacques Cauvin, *Religions néolitiques de Syro-Palestine*, 1972. Para este autor existe una concomitancia entre el proceso de sedentarización y el lugar cada vez más preponderante que tienen en la religión las representaciones de lo divino bajo forma humana. Pero no se trata de que el hombre neolítico tenga menos relaciones con los animales que la que tenía el hombre paleolítico. Se trata de un fenómeno mental: la imagen del hombre no reemplaza a la del animal sino porque se considera al hombre superior al animal. Lo esencial no es que los de Jericó se lancen a la agricultura de una manera intensa, lo es el que vivieron juntos para siempre en el mismo poblado y que hicieron obras colectivas para las que no bastaba el esfuerzo de dos o tres familias como por ejemplo la construcción de una casa. Todo da la impresión de que la agricultura y la cría de ganado no hubieran nacido sin la experiencia adquirida del trabajo colectivo en otros terrenos de los que la arquitectura es el que podemos atestiguar con más evidencia. En el mismo sentido actúan la fabricación de objetos y la especialización de las comunidades que amplían la solidaridad a escala intercomunal, multiplicando la toma de posesión de los pueblos sobre territorios más amplios. Una conclusión interesante de este autor se refiere al predominio cada vez más claro, entre las representaciones humanas de una divinidad femenina representada preferentemente en una posición sedente. La expansión del tema parece ligado históricamente a la expansión de la agricultura, pero esto no quiere decir que se trate de una divinidad agrícola. Se trata de una figura que expresa el poder supremo y como tal posee los aspectos más diversos de la naturaleza, de la vida y de la muerte.

Sobre el problema de la organización política y social, habría que destacar varios hechos esenciales: en primer lugar la intensificación de la propiedad, sea privada o colectiva, que es lo más probable. Posiblemente la guerra como fenómeno de hostilidad colectiva entre dos comunidades también hay que situarla en este período cultural, y finalmente diremos que si partimos de la base de que estas comunidades actúan solidariamente en una serie de actividades de tipo económico tendrían que tener una unificación política que no sabemos cómo era, pero hay indicios que apuntan a una especie de «democracia primitiva» en el sentido de un órgano de gobierno de cada comunidad, integrada por los jefes de los clanes.

BIBLIOGRAFÍA

J. CAUVIN: *Religion néolithique de Syro-Palestine*, París, 1971.

J. EINWANGER: *Merimde-Benisalame. Die Funde der Urschicht*, Mainz, 1984.

H. FRANKFORT: *The Birth of Civilisation in the Near East*. New York, 1956.

–, «The Last Predynastic Period in Babilonia», en *Cam. Anc. Hist.*, Cambridge, 1968.

J. MELLAART: *The Neolithic of the Near East*, London, 1981.

E. MEYER: *Geschichte des Altertums*, vols. I, II, III. Berlin. Stuttgart, 1926-37.

W. NEEDLER: *Predynastic and Archaic Egypt*, Brooklyn, 1984.

H. J. NISSEN y J. RENGER (edd.): *Mesopotamien und seine Nachbarn*, Politische und kulturelle Wechselbeziehungen in alten Vorderasien von 4. bis 1. Jahrtausend v. Chr. 2 vols. Berlin, 1982.

H. SCHMÖKEL: *Geschichte des Altes Vorderasien*, Leiden, 1957.

A. SCHRFF y A. MOORGAT: *Agypten und Vorderasien im Altertum*, Munich, 1959.

–, *Cambridge Ancient History*, vols. I-III, Cambridge, 1962.

–, *Historia Universal s. XXI, Los Imperios del Antiguo Oriente*, 3 vols. Madrid, 1970.

J. VAN SETTERS: *In March of History: Historiography in the Ancient World and the Origins of Biblical History*, New Haven y Londres, 1972.

CAPÍTULO II

SUMER Y AKKAD

I. SUMER

La historia escrita de Sumer empieza para nosotros con los datos de la famosa *Sumerian King List* que es una lista de reyes y dinastías, redactada muy posteriormente en la época de Isin, en la que se mezcla lo mítico y lo histórico. Al principio afirma el redactor «cuando la realeza bajó de los cielos, ésta estaba en Eridu». Después pasó a Bad-tibira, luego a Larak, a Sippar, a Shurupak. Después vino el diluvio. Los reyes antediluvianos tenían como característica esencial su longevidad, que se cuenta por decenas de miles de años. Después del diluvio, la realeza volvió a descender de los cielos y se estableció en Kish. A partir de entonces, los reinados son más cortos, pero de todos modos algunos llegan a 1200 años, y van descendiendo en duración hasta que adquieren unas dimensiones razonables. El primer rey fue Gaur y reinó 1200 años. De su misma dinastía es *Etana* al que S.N. Kramer considera semi-histórico y lo sitúa a comienzos del III milenio, del que nos queda una larga tradición tanto en la *King List* como en la literatura akkadia posterior. Pasando por alto sus siete sucesores, llegamos a *Ennebaraggesi* del que, además de la tradición, se conserva una inscripción en un fragmento de un vaso de alabastro, lo que demuestra su historicidad. Por esta misma época surge otra dinastía en la ciudad de Uruk a la que se atribuyen nombres de reyes que gozaron de una larga tradición en la saga sumero-akadia: *Meskiagasher y Enmerkar*, héroe épico que hace una campaña contra el señor de Aratta, lugar desconocido que se sitúa en las riberas del mar Caspio; *Lugalbanda*, su heraldo y sucesor; *Dumuzi*, héroe del mito de Adonis; *Gilgamesh*, cuyos hechos fueron cantados por la literatura oriental de todos los tiempos, símbolo del destino trágico del héroe. Después «Uruk fue aplastada por las armas y su realeza fue trasladada a Ur» (S.K.L., III, 36-37). La dinastía de Ur cuenta con su fundador *Mesannepada*, que ha de situarse según la inscripción de Tummal, lo mismo que su hijo *Meskiagunna*, por los mismos años que *Gilgamesh*. Mesannepada desarrolla una política expansionista contra Nippur y contra Kish. Pero además Ur adquiere

especial relieve por las antiguas excavaciones de L. Woolley que descubrió textos con los nombres de otros dos reyes de Ur llamados *Meskalamdug* y *Akalandug* cuya ubicación cronológica es discutida, pero que indudablemente pertenece a la misma dinastía, aunque no están recogidas en la S.K.L. Estas dinastías de Kish, Uruk y Ur se admite hoy que fueron contemporáneas en líneas generales y se sitúan en torno al 2800-2500 a.C.

Según la fuente que seguimos, la realeza pasó después a Awan. «Ur fue aplastado por las armas y la realeza pasó a Awan». A renglón seguido se nos dice «Awan fue aplastado por las armas: su realeza pasó a Kish (II dinastía)». De esta dinastía se citan unos cuantos reyes. La realeza siguió cambiando de lugar y esta vez le toca a Hamazi (noroeste del Irán). También Hamazi fue aplastada por las armas y su realeza pasó a Uruk (II dinastía). Más tarde pasa a Adad, cuyo rey *Lugalanne mundu*, además de estar en la S.K.L. aparece también en una inscripción del templo de Enamza de Adab dedicado a la diosa Nintu. Esta inscripción ha sido compuesta en la época de Ammisaduqa y Abi-eshu (siglo XVII a.C.) por lo que Güterbock la considera una invención literaria, lo cual no ha sido demostrado. En esta inscripción se le llama «rey de las cuatro partes [del mundo], gobernante que hizo pagar a todos los países extranjeros un pesado tributo a él, que llevó la paz a todos los países, que construyó los templos de todos los grandes dioses, que restauró a Sumer, que ejerció la realeza en todo el mundo». Su dominio comprendía el país de «la montaña de los Cedros», Elam, Marhashi, Gutium, Subir, Martu, Sutium y Eanna (Uruk). Vemos, pues, que hacia el 2550 a.C. se producía una figura capaz de crear un estado poderoso con tendencias dominadoras de largo alcance, o por lo menos eso se creía durante la I dinastía de Babilonia. Después la realeza pasó a Mari, luego a Kish y después a Anshak.

Es curioso que de todas las dinastías enumeradas en el párrafo anterior apenas tengamos más testimonios que los que da la S.K.L. Por el contrario, en el caso de Lagash ocurre de otra manera con cientos de inscripciones y ninguno de los reyes en ellas citados aparece en la lista. Un caso parecido es el de *Messilim* de Kish. Todo ello es muy raro y a pesar de las explicaciones de T. Jacobsen, editor de la lista, hay que concluir que la conciencia histórica antigua es de una inexactitud fuera de lo común. De Messilim de Kish (hacia 2500 a.C.) nos queda una maza con inscripción y tres inscripciones de consagración, una de las cuales dice: «Messilim, rey de Kish, constructor del templo de Ningirsu. Lugalshaengur era entonces *ensi* de Lagash».

En cuanto a Lagash, hacia el 2450 a.C. un hombre llamado *Urnanshe* se instala como rey de la ciudad y funda una dinastía. En las inscripciones y relieves aparece como un rey constructor de la casa de Ningirsu, la casa de Nanshe, la casa de Gatumdug y de la casa de Ninar. «Los navíos de Dilmun le trajeron madera como un tributo de los países extranjeros. Construyó el ibkal; construyó el kinir; construyó la casa del cetro». No podemos precisar el ámbito de influencia de este rey de Lagash, pero la cita de Dilmun nos llevaría a la isla de Bahreim o incluso a la India. Le sucedió su hijo *Akurgal* y a éste su hijo *Eannatum*, una de las grandes figuras de la historia de Sumer. Guerreó contra Elam, Umma, Uruk y Ur. En el caso de Umma el conflicto era antiguo; había habido hostilidades entre Umma y Lagash cuando era rey de Kish Messilim. Entonces se recurrió a su arbitraje y Messilim trazó la frontera divisoria entre las dos ciudades y erigió una

estela. Los de Umma, al cabo del tiempo, consideraron que la decisión arbitral les perjudicaba y *Ush*, *ensi* de la ciudad, arrancó la estela, violó la frontera y se apoderó de Gedinna, o sea el territorio reclamado. Esto debió de ocurrir poco antes del advenimiento de Urnanshe. Los lagashios soportaron la ofensa hasta que Eannatum abrió las hostilidades, venció a los ummaítas e hizo un nuevo arreglo fronterizo con Umma, donde a la sazón era *ensi*, con el cual prestó el oportuno juramento de respeto al canal que separaba los dos estados, y se erigió una estela llamada «Ningirsu, señor de la corona fértil, vida del canal Ugedinna». Después de sus victorias se adjudicó el título de «rey de Kish» con lo que afirmaba su supremacía sobre todo Sumer. Erigió la famosa estela de los buitres como recordatorio de sus victorias militares. En ella podemos contemplar la cerrada formación de sus soldados avanzando al combate. Se dedicó a las labores de la paz y cavó canales para el riego de los campos, una actividad que se repetirá continuamente entre los gobernantes de Mesopotamia. Pero los enemigos vencidos se alzaron en armas contra su hegemonía. Los elamitas fueron rechazados por los norteños, Kish y Akshak invadieron Lagash y aún no había podido librarse de ellos cuando los elamitas volvieron a la carga uniéndose a los kishotas y akshakios, apoyados por un enemigo que iba a tener un brillante porvenir histórico, Mari. Eannatun logró detener la conflagración y después de dos batallas campales en la frontera oriental y en la septentrional volvió a las tareas de la paz, a sus canales y a sus depósitos de agua. Le sucedió su hermano *Enannatum* que tuvo que enfrentarse con Ur-Lumma de Umma dispuesto a no pagar el tributo. No contento con eso, quemó las estelas que servían de límite y los altares existentes a lo largo de la frontera y se alió con los enemigos norteños de Lagash. El choque se produjo en la Gedinna. Mandaba a los ummaítas el propio Ur-Lumma y a los lagashios *Entemena*, en lugar de su padre, y se alzó con la victoria que sin embargo fue efímera porque apareció en el horizonte otro enemigo hasta ahora desconocido, Il de Hallab, el cual penetró en territorio lagashio y consiguió hacerse *ensi* de Umma, continuando la hostilidad contra Lagash, disputándole los fértiles campos de la Gedinna. Al final se llegó a un compromiso.

Los sucesores de Entemena fueron *Enannatum II*, que reinó poco tiempo, y *Enatarzi*, probablemente un usurpador en cuyo tiempo se rechazó a una banda de elamitas que habían invadido las tierras de Lagash. El reinado de *Lugalanda*, su sucesor, es prácticamente desconocido. Después de él aparece en el poder el usurpador *Urukagina* (hacia 2370 a.C.) que se proclamó rey de Lagash, abandonó la obediencia a Kish y aspiró al dominio de todo Sumer. Se trata de una personalidad interesante desarrollando una política cuyos detalles desconocemos, pero que suponen un momento importante en la evolución socioeconómica de Sumer. Hasta entonces la política de la ciudad de Lagash había sido dirigida por las grandes familias. Ahora aparece un rey que busca claramente el apoyo de las clases populares. En sus inscripciones no nos dice cómo llegó al poder, sino tan sólo que fue escogido entre la multitud por el dios Ningirsu. La primera parte de su ordenación es la denuncia de los males que afligían al pueblo desde los días en que «apareció la semilla [del hombre]». Estas injusticias consistían en los abusos de los funcionarios, grandes y pequeños, sobre el hombre de la calle: el director de las barcas se apoderaba de las barcas, el pastor jefe se apoderaba de los asnos, de las ovejas; el jefe de las pesquerías se apoderaba de la pesca. Las raciones se pesaban en desventaja del sacerdote, los pastores tenían que pagar por el esquileo. Los bueyes de los dioses araban los cebollares del *ensi* y las plantaciones de cebollas y pepinos del ensi estaban en las mejores fincas del dios. Abusaba el enterrador. Los artesanos tenían que implorar su sustento; las casas del *ensi* y los campos del *ensi* se amontonaban una contra otra. Hasta el criado del rey cuando cavaba un pozo en lo alto de una finca se apoderaba de un ciego, puniblemente, para sacar agua sin proveerlo de «lo necesario». Pero cuando Urukagina subió al poder, eliminó a los numerosos inspectores inútiles y esta limitación de la burocracia benefició a sacerdotes, pastores y pescadores. Algunos sacerdotes también sufrieron los recortes de sus ganancias y pasaron de cobrar 420 panecillos y 120 litros de trigo a sólo 50 panes y en lugar de siete jarras de cerveza a sólo tres. Se protegió a los ancianos y a las viudas. Se han explicado estas medidas como una manera de fomentar aquellas clases sociales entre las que se reclutaba a los soldados; en otras palabras, para crear un estado más fuerte desde el punto de vista militar. Tal vez esto fuera tenido en cuenta, pero debieron concurrir otras causas, dado que es el único político sumerio que hace una reforma de este tipo. Para otros historiadores se trató de una «abolición de deudas», lo cual, a nuestro juicio, no tiene demasiado sentido. Tampoco parece una lucha contra los templos; y más bien ha de entenderse como una auténtica reforma social. Para Kramer todo el proceso se incluye en una lucha entre el templo y el palacio; en otras palabras, entre iglesia y estado. Cree este autor que además es un claro manifiesto de la libertad. Es cuando aparece por primera vez la palabra *amargi* («vuelto a la madre») que llegó a significar «libertad», sin que esté clara la evolución semántica.

Fuera como fuere, no valió mucho. Envuelto en las guerras tradicionales con los ummaítas, consiguió derrotar a sus enemigos, pero la derrota significó un cambio de rey y dio lugar a la ascensión de *Lugalzaggesi*, un caudillo militar excepcional que se lanzó con sus soldados contra Lagash y la asoló. Urukagina murió en el conflicto. La destrucción de la ciudad inspiró un bello poema que enumera los crímenes por el ummaíta, y termina: «Porque el ummaíta destruyó los ladrillos de Lagash, cometió un pecado contra Ninguirsu; él cortará las manos que se alzaron contra él. No es el pecado de Urukagina, el rey de Girsu. Que Nidaba, la diosa de Lugalzaggesi, *ensi* de Umma, le haga pagar todos los pecados». Lugalzaggesi logró construir un gran estado. Una inscripción dice: «Cuando Ennil, el rey de todos los países había dado la realeza del país a Lugalzaggesi, había dirigido a él los ojos del país desde el oriente hasta el occidente, había postrado ante él [a todo el pueblo], entonces desde el mar interior, a lo largo del Tigris [y] el Éufrates hasta el mar superior dirigió sus pies hacia él; de este a oeste, Enil no le dio rival; todos los países están [tranquilos] en la pradera bajo su mando; el país se regocija bajo su gobierno; todos los jefes de Sumer, los *ensis* de todos los países se inclinan ante él en Uruk, de acuerdo con el *me* del principado».

Todo ello iba a durar poco tiempo. Sargón de Akkad, un semita de ideas parecidas a las de Lugalzaggesi lo derrotó y lo ató a un poste a las puertas de Nippur para que le escupieran todos los transeúntes.

II. AKKAD

1. SARGÓN («SHARRU (UN) KIN), 2350-2295

Es una figura destacada de la historia oriental; militar de genio y gobernante realista, supo crear el primer estado territorial de la historia de Mesopotamia. Sus comienzos fueron mitificados por la leyenda que le atribuye un milagroso nacimiento y expediciones lejanas. Afortunadamente poseemos de él una relativa abundancia de inscripciones que nos permiten trazar su trayectoria con seguridad histórica. Pasó su juventud como copero de Ur-Zababa de Kish, y seguramente este rey de Kish fue destronado y muerto por Lugalzaggesi. No sabemos cómo emprende su ofensiva contra éste: «Sharrukin, rey de Agade, *maski* de Inanna, rey de Kish, sacerdote *pashishu* de An, rey del país, *ensi* de Enil. La ciudad de Uruk destruyó y sus muros derribó. En la batalla alrededor de Uruk salió triunfante. Lugalzaggesi, el rey de Uruk, en la batalla lo cogió y lo llevó atado por el cuello a un cepo a las puertas de Uruk. Sharrukin, rey de Agade, en la batalla alrededor de Ur, salió triunfante, destruyó la ciudad y derribó la muralla. Destruyó a Ennimar y derribó su muro... de Lagash hasta el mar, conquistó y lavó sus armas en el mar». Después tomó Umma y, finalmente, sin rival que pudiera oponérsele, Enlil le otorgó el mar superior y el mar inferior. Los hijos («ciudadanos») de Agade, poseen los barcos del *ensi* del mar superior y del inferior. Le sirven los hombres de Mari y los de Elam. En otra inscripción se habla del tributo que pagan Barajsi y otras ciudades, y añade detalles sobre las campañas en la zona oriental. Se cita a la ciudad de Urua, la de Sabiamu, la de Kardede, la de Sapum, Awan y Susa. Restauró la ciudad de Kish y se la dio a sus habitantes. En suma, libró treinta y cuatro batallas hasta la orilla del mar e hizo que los barcos de Melujja, de Magan y de Tilmun atracaran en los muelles de la ciudad de Agade. Se postró ante Dagan en Tutuli (Hit) y le concedió el país superior, Mari, Yarmuti y Ebla hasta el bosque de los Cedros y las montañas de los metales nobles. Sentaba a su mesa a 5.400 hombres.

Dejó una gran leyenda detrás de sí que se expresa en el culto que se rendía a sus estatuas en tiempos de Shu-sin y otros. Su nombre se empleó en los teóforos hasta época tardobabilónica. En la literatura aparece en la Crónica de Assur 13.955, descubierta por Weidner. En ella se nos dice que estaba al servicio del rey Ur-zababa y no cumplía su encargo de alterar las ofrendas de licores, por lo que Marduk le dio la realeza a Sargón. Pero Sargón pecó contra él, pues dejó de cumplir las obligaciones del Esangila e incluso quiso construir una ciudad rival de Agade. Las sublevaciones y las inquietudes que hubo en su reino fueron consecuencia de sus impiedades.

La crónica King, B.M. 26.472 habla de la travesía del mar oriental, de la conquista de todo el occidente el año 11, de la erección de una estela en el occidente de donde trajo mucho botín. Asentamiento de gentes de palacio en un círculo de 50 kilómetros. Expedición contra Kazallu y su destrucción. Revuelta general contra Sargón, ya viejo, que se vio encerrado en Agade, pero que hizo una salida y venció a sus enemigos. Campaña contra Subartu y sus sumisión, con el consiguiente botín. Trae tierra de Babilonia para construir otra nueva Babilonia frente a Agade,

por lo que Marduk se enfurece y le manda toda clase de calamidades: hambre, rebeliones a oriente y occidente con la consiguiente «inquietud de Sargón».

Los textos épicos son también relativamente numerosos y se extienden por toda la literatura akkadia. Entre ellos citaremos la epopeya *Sar Tamhari* o la leyenda del nacimiento de Sargón. En la primera realiza una expedición al lejano occidente en auxilio de los orientales que vivían en medio de los bárbaros en Burushanda. En la segunda leyenda se describe el nacimiento de Sargón como hijo de una sacerdotisa y de un padre desconocido que es expuesto en un cesto arrastrado por el Éufrates y recogido por el aguador Aqqi que le tomó como hijo suyo y lo coloca de jardinero. La diosa Istar se preocupa de él y de aquí su elevación a la realeza, etc.

2. RIMUSH (2294-2286)

La debilidad del estado, que será característica de todas las monarquías orientales antiguas, ocasiona que a la muerte de Sargón, e incluso antes de ella, se produjera una rebelión de todos los súbditos de Akkad. Por lo tanto, al subir al trono Rimush hubo de emprender la reconquista de las ciudades. Los textos son claros. Primero se habla de una lucha general para someter Sumer en la cual se hacen prisioneros a 8742 hombres, y entre ellos a Kabug, rey de Ur, al que aprisionó junto con sus *ensis* y arrancó sus raíces hasta el mar superior. De otras ciudades de Sumer reunió a 5700 prisioneros a quienes trasplantó a campamentos, derribó sus ciudades, desmanteló sus murallas. Después le tocó el turno a Kazallu. Allí se hizo 5862 prisioneros y entre los que se contaba el *ensi* Asharid, derribó los muros de la ciudad y se dice que entre muertos, prisioneros y deportados suman la cifra de 54.016 hombres y jura por Shamash que ello es verdad. También se apoderó de Lagash y de su ensi Kibaid, de Adab y de su ensi Dubkigalla, de Umma, de Ki.dingir y de su lugal Dul.du, de Elam. Derrotó al rey de Barajesi Abalgamash. Conquistó Awan y Susa. Del botín hecho en Elam regaló 3600 minas de cobre y seis esclavos y esclavas a Enlil. Dedicó estatuas a los dioses, algunas de las cuales son conocidas. Dejó poca huella en la literatura religiosa.

3. MANISHTUSHU (2285-2271)

Era hijo también de Sargón y de su reinado nos quedan pocas noticias. Se habla de guerras contra Anshan y Sherijum. Hay noticias de una coalición de 32 ciudades de más allá de los mares que fueron destruidas. La expedición por mar llegó hasta las minas de metal, trajo piedra negra embarcada hasta los muelles de Agade. Construyó el templo de Ishtar de Nínive.

4. NARAM-SIN (2270-2234)

Escribe su nombre con determinativo divino. Se titula LUGAL *kibratim arbaim* (rey de las cuatro partes). También se inicia su reinado con una rebelión general, o por lo menos esto nos hace pensar en las fuentes contemporáneas. «La

estela de la victoria», encontrada en Susa, a donde fue llevada como botín por Shatruk-najjunte I, el cual cuenta de una inscripción elamita añadida por él que la cogió en Sippar. La inscripción antigua de la estela menciona una coalición de varios reyes. Naram-sin conquista las tierras de Elam en su totalidad hasta Barajesi y la tierra de Subartu (Asiria) hasta el bosque de los Cedros. Cuando marchó a Taljat, nadie lo había hecho antes que él. Hacía su expedición a occidente y se apoderó de Arman, de Ebla y del Amanus, así como de la ciudad de Ubisum. Reinaba en Arman Rish-adad. En una estela de Susa se menciona la derrota de nueve ejérycitos y la aprensión de tres reyes y la destrucción de Magan y la cautividad de su «señor» *Ma-mi*-DAN. Erigió una estela en Pir Huseyin, cerca de Diarbekir.

La leyenda épica se ha ocupado extensamente de este rey. El poema de la caída de Agade del que hablaré más adelante, un fragmento de un epos akkadio de Naram-sin habla de su lucha con Apishal. El texto paleobabilónico de Naram-sin ymenciona una revuelta general contra el rey, citando las ciudades de Kutu-Ti-Pi, Urumu, Kazallu, Tim-tab, Awak, Ibrat, Dilbat, Uruk y Sippar bajo la dirección de Kish, a pesar de que Sargón después de la derrota de Uruk, le había dado la libertad y había jurado fidelidad y lealtad. La leyenda de Naram-sin llamada «rey de Kutha» repite en parte el mismo tópico que vuelve a aparecer en los textos de Bogazkoy.

5. SHARKALISHARRI (hacia 2234-2211)

Rehizo en lo que pudo la monarquía, aunque los guteos siguieran mandando en el país de Sumer. Aparece como constructor de «Ekur, la casa de Enlil» de Nippur, pero de hecho su dominio quedó reducido a la ciudad de Agade. Las fórmulas de datación hablan de luchas en Elam y Zajara, Akshak y con los beduinos de MARTU. Otras citan batallas en Gutiun, en Uruk. Sometió a Sharlak, rey de Gutiun.

6. BINKALISHARRI (hacia 2210)

Después de Sharkalisharri vino según la Lista real sumeria una época de anarquía de tres años durante los cuales lucharon entre sí los pretendientes al trono que aparecen citados con los nombres de Binkalisharri, Elulu, Dudu (2205-2185) y Shudurul (2184-2170).

El final de la dinastía se registra en los omina. Uno de Mari dice: «La dinastía de Agade llegó a su final», «Omen del rey de Agade concerniente a destrucción», «destrucción del país de Agade».

7. LOS GUTEOS (2180-2070?)

A la caída del reino de Akkad contribuyeron en gran medida los pueblos bárbaros de los montes Zagros, de la Diyala y Zab, pero seguramente no fueron su única causa. Hemos visto que Sharkalisharri dice haber sometido a Sharlak, caudillo de los guteos; pero no fue óbice para que este pueblo viniera de sus montañas estableciéndose en los territorios del reino de Akkad. Actuó como fuerza considerable en la anarquía de los tres años que se produjo a la muerte de Sharkalisharri. Precisamente uno de los caudillos que luchan por la soberanía, llamado Elulu, era un guteo. Un antecesor suyo dejó una inscripción en Nippur y parece que estos guteos ocuparon la parte norte de Sumer solamente. Poco sabemos de su origen y de su nivel cultural. En todo caso, son bárbaros que descienden a la zona urbana y se aculturan en mayor o menor medida. Del análisis de los nombres de sus caudillos, resulta que de los veintiuno que figuran en la lista real sumeria –posiblemente reyezuelos de breve reinado– los últimos tienen nombre semítico o semitizado. Lasirab dedica una maza de combate a Ishtar y Sin, señal de que había adoptado a estos dioses, de tal manera que podemos admitir que hacia el 2100 estaban asimilados.

Durante el predominio guteo la ciudad de Lagash recobra su independencia, ya que durante la hegemonía akkadia había reconocido la soberanía de los reyes de Agade. El fundador de la nueva dinastía *Urbaba* es prácticamente independiente, y su sucesor *Gudea* se nos presenta como uno de los personajes más característicos del Oriente antiguo. Debió reinar unos treinta años. Se titula simplemente *ensi*, aunque en sus inscripciones no reconoce a ningún superior, como podían haberlo sido Utukhengal de Uruk o Urnamu de Ur. En sus inscripciones habla de campañas militares contra Anshan situada al este del Tigris, en una provincia fronteriza del reino elamita, pero no sabemos sobre cuántas ciudades mandó, aunque debieron ser varias, a juzgar por el número de súbditos que se evalúan en 200.016. Esta idea se refuerza por el hecho de las amplias relaciones comerciales de Gudea. Trajo madera preciosa de Tilmun (Bahrein) en el Golfo Pérsico, cedro de las montañas de Amanus al norte de Siria, diorita de Siria y Anatolia y oro de países no localizables.

8. EL TEMPLO

Un elemento de primordial importancia en la cultura oriental y en especial en la cultura sumeria es el templo, centro religioso de la comunidad y que también lo es en gran medida político y económico. Arquitectónicamente podemos seguir su evolución desde la época protohistórica. En el sur, en la antigua Eridu (Abu Shahrein) en el nivel XVII con cerámica de Haggi-Muhamad, apareció una planta cuadrada de 3 × 3 metros con una construcción redonda al lado, que los excavadores consideraron un horno crematorio, pero que Lenzen cree que es un depósito de ofrendas, todo ello construido de tapial, y que tiene una mesa de ofrendas. En el nivel siguiente ya la planta se diferencia por una especie de nicho situado en el lado noroeste de 2,80 × 2 metros y entrada por el sureste. El templo del nivel XV, mal conservado, ofrece novedades constructivas. Media presumiblemente 5,20 × 7,50 metros con entrada por la fachada sur; de los lados menores se destacan de las paredes pequeños salientes. Cree J. Lenzen que estos pequeños templos, minúsculos templos primitivos de Eridu, son el germen de lo que va a ser el templo de épocas posteriores, y así el templo de nivel XVI sería una derivación del templo primitivo mesopotámico, mientras que el de nivel XV representa el tipo que encontramos en Tepe Gawra XIX, es decir, el *Herdemhaus*. En el nivel

XI aparece una gran innovación constituida por la terraza sobre la que se edifica el templo, con lo cual apunta ya el «templo sumerio» y la estructura se complica, repitiéndose en el del nivel IX de 10 × 4,5 metros con patio central, con mesa de ofrendas. Un paso más se da en el templo del nivel VIII, de mayores dimensiones, con patio que lleva una mesa de ofrendas y altar. Alcanza una cima constructiva en el del nivel VII (19 × 13 metros) y sobre todo en el del nivel VI, que puede definirse ya como el «templo sumerio propiamente dicho». Cronológicamente los tres últimos pertenecen a la época de El-Obeid. Los próximos parientes los encontramos en Uruk-Warka VI-IV, especialmente el templo de caliza del nivel V y el templo C del nivel IVa. El primero alcanza dimensiones monumentales de 75 × 29 metros y el segundo 54 × 22 metros. Ambos tienen un patio central alargado en forma de T. El paso siguiente lo constituye el templo de Uruk IV, llamado del mosaico de caliza, de pequeñas dimensiones. Sin embargo, el templo adquiere en Uruk una grandiosa expansión en el período protoliterario con el llamado «templo blanco» probablemente dedicado al dios Anu, de dimensiones modestas, de unos 20 metros de largo pero cuya innovación más importante es la terraza sobre la que está situado, con una escalera de acceso por el noreste desde la que se pasa a la entrada principal y de aquí, a través de un pasillo, al patio central alargado; tiene cella y en su esquina noroeste el altar. Tanto el interior como el exterior están decorados por entrantes y salientes; en el centro de la cella hay una mesa de ofrendas. En el templo blanco, cuya época de construcción debe situarse en el tránsito del período de Jemdet Nasr al de Messilim se cumple toda la evolución primitiva del templo sumerio.

Probablemente en el norte del país se desarrolló otro tipo de templo. En el nivel XIX de Tepe Gawra aparece un espacio rectangular que Speiser ha interpretado como templo, y evoluciona hasta el nivel IV manteniendo su forma similar y escasas dimensiones que no pasan de los 15 metros de largo. De la misma época conocemos una serie de templos de la región del Diyala, de la que los primeros son los de Jafadshi y Tell Asmar. Es un templo arquitectónicamente distinto, pero que sin duda responde al mismo fin.

Con lo dicho tenemos suficientes datos para constatar que desde comienzos del calcolítico, las ciudades mesopotámicas se organizaban en torno a un templo, cuyo papel social, político y económico tuvo que ser trascendente en el origen y desarrollo de las ciudades mesopotámicas. Sin embargo, la valoración de este papel entre los investigadores son muy notables. Para Deimel el templo es el mayor poseedor de tierra de la comunidad hasta el punto de que la economía sumeria puede llamarse «economía del templo». Este punto de vista ha sido combatido por otros como Diakanov que, a base de los archivos de la época sumeria primitiva, cree que su importancia es menor.

DOCUMENTOS

1. UMMA Y LAGASH

«Enlil, rey de todos los países, padre de todos los dioses, en su decreto inquebrantable había delimitado la frontera entre Ningirsu y Shara. Messilim, rey de Kish, la trazó bajo la inspiración del dios Satarán y erigió una estela en ese lugar. Pero Ush, el ishakku de Umma, violando a la vez la decisión divina y la promesa humana, arrancó la estela de la frontera y penetró en la llanura de Lagash.»

«Entonces Ningirsu, el campeón de Enlil, siguiendo las indicaciones de este último, declaró la guerra a las gentes de Umma. Por orden de Enlil lanzó sobre ellas la Gran Red y amontonó en la llanura, aquí, allá y acullá, sus esqueletos. Después de lo cual Eannatum, ishakku de Lagash, tío de Entemena, el ishakku de Lagash, delimitó incontinenti la frontera de acuerdo con Enakalli, el ishakku de Umma; hizo pasar el foso del canal de Idnun a la llanura de Guedinna; a lo largo de este foso colocó varias estelas inscritas; volvió a colocar en su lugar la estela de Messilim. Pero se abstuvo de penetrar en la llanura de Umma. Edificó entonces en este lugar la Imdubba de Ningirsu, el Namnunda-kigarra, la capilla de Enlil, la capilla de Ninhursag, la capilla de Ningirsu y la capilla de Utu.»

«Además, a consecuencia de la delimitación de fronteras, los ummaítas pudieron comer la cebada de la diosa Nanshe y la cebada de Ningirsu, hasta un total de un karu por cada ummaíta y a título de interés únicamente. Eannatum les impuso un tributo y de esta manera se procuró unos ingresos de 144.000 karus grandes.»

«Como quiera que esta cebada no fue entregada; que Ur-Lumma, el ishakku de Umma, había privado de agua el foso-frontera de Ningirsu y el foso-frontera de Nanshe; que había arrancado y quemado las estelas; que había destruido los santuarios de los dioses, en otro tiempo erigidos en el Mamnunda-kigarra; obtenido la ayuda de países extranjeros; y, finalmente, cruzado el foso-frontera de Ningirsu, Enannatum combatió contra él en el Ganaugigga, donde se encuentran los campos y las huertas de Ningirsu y Entemena, el hijo bienamado de Enannatum, le derrotó. Ur-Lumma entonces huyó, mientras Entemena perseguía las fuerzas ummaítas hasta la misma Umma; además, aniquiló el cuerpo de élite de Ur-Lumma, formado por un total de 60 soldados, a orillas del canal de Lumma-girnunta. En cuanto a los guerreros de Umma, Entemena abandonó sus cadáveres en la llanura, sin darles sepultura, para que fueran devorados por las aves y las fieras y amontonó sus esqueletos en cinco lugares distintos.

«En aquellos días, Il, gran sacerdote de Zabalam, asolaba el país, desde Girsu hasta Umma. Il se arrogó el título de ishakku de Umma, quitó el agua del foso-frontera de Ningirsu, del foso-frontera de Nanshe, del Imdubba de Ningirsu, de la tierra arable que forma parte de las tierras de Girsu y que se extiende hacia el Tigris, y del Namnunda-kigarra de Ninhursag; además, no entregó más que 3.600 karus de cebada de la debida a Lagash. Y cuando Entemena, el ishakku de Lagash, hubo enviado varias veces sus mensajeros a Il, a causa de ese foso-frontera, Il, el ishakku de Umma, el saqueador de campos y haciendas, el portador de mala fe, declaró: «El foso-frontera de Ningirsu y el foso-frontera de Nanshe son míos». Y, en verdad, llegó a añadir: «Yo ejerceré mi autoridad desde el Antasurra hasta el templo de Dimgal-abzu». Sin embargo, ni Enlil ni Ninhursag le concedieron esto».

«Entemena, el ishakku de Lagash, cuyo nombre había sido proclamado por Ningirsu, cavó, pues, este foso-frontera, desde el Tigris hasta el canal de Idnun, de acuerdo con la prescripción de Enlil, de acuerdo con la prescripción de Ningirsu, de acuerdo con la prescripción de Nanshe, y lo restauró para su bienamado rey Ningirsu y su bienamada reina Nanshe, después de haber construido en ladrillos los cimientos de Namnunda-kigarra.»

«Que Shulutula, dios personal de Entemena, el ishakku de Lagash, a quien Enlil ha dado el cetro, a quien Enki ha dado la sabiduría, hacia quien Nanshe se ha sentido atraída en su corazón, él, el gran ishakku de Nigirsu, el hombre que ha recibido la palabra de los dioses, pueda avanzar e interceder por la vía de Entemena, ante Ningirsu y Nanshe, por los siglos de los siglos.»

«Al ummaíta que, en cualquier momento del porvenir, se atreva a cruzar el foso-frontera de Ningirsu y el foso-frontera de Nanshe con el objeto de apoderarse por la fuerza de los campos y de las haciendas, tanto si se trata en realidad de un aummaíta como si se trata de un extranjero, que Enlil lo aniquile: que Ningirsu, habiéndolo cogido en las mallas de su Gran Red, haga pesar sobre él su mano poderosa y su pie poderoso; ¡que sus súbditos sublevados contra él, lo derriben en el centro de su propia ciudad!».

S. N. KRAMER, *From the Tablets of Sumer*, págs. 38-39

2. SUMER Y AKKAD: URAKAGINA DE LAGASH

Antes, desde los días de antaño, desde que apareció la semilla humana, el hombre encargado de los barqueros se quedaba con los botes. El jefe de los pastores se apoderaba de los asnos. El jefe de los pastores se quedaba con el ganado. El hombre encargado de las pesquerías se apoderaba de las pescaderías. Las raciones de cebada de los sacerdotes *guda* eran mal medidas [en perjuicio suyo] en el Ashte [¿el almacén del *ensi*?] Los pastores de ganado lanar tenían que pagar plata [al *ensi*] por [el esquileo] del ganado blanco. El hombre encargado de los inspectores de los campos, el jefe *gala*, el *agrig*, el hombre encargado de la fabricación de cerveza, [y] todo lo del *ugula* tenían que pagar plata por el esquileo de los corderos *gaba*. Los bueyes de los dioses araban los cebollares del *ensi* [y] los cebollares y pepinares del *ensi* se ponían en las mejores tierras del dios. Los asnos *birra* [y] los bueyes mejores del *sanga* eran llevados atados [¿como impuesto para el *ensi*?]. Los ayudantes del *ensi* repartían la cebada del *sanga* [en desventaja del *sanga*]. El ropero [aquí sigue una lista de quince objetos, principalmente vestidos, la mayoría inidentificables] del *sanga* eran llevados como impuestos [para el palacio del *ensi*]. El *sanga* [encargado] de la comida cortaba los árboles del huerto de la madre indigente y se llevaba el fruto.

[Sigue una larga lista de abusos]

Estas eran las prácticas de antaño.

[Pero] cuando Ningirsu, el destacado guerrero de Enlil, dio la realeza de Lagash a Urukagina, [y] su mano le había cogido de entre la multitud [literalmente de 36.000 hombres]; entonces él [Ningirsu] le impuso los [divinos] decretos de los días antiguos.

El [Urukagina] se adhirió a la palabra que su rey [Ningirsu] le habló. Prohibió al hombre al cargo de los bateleros [apoderarse] de los barcos. Prohibió al jefe de los pastores [apoderarse] de los asnos y ganado. Prohibió al hombre encargado de las pesquerías [apoderarse] de las pesquerías. Prohibió al hombre encargado del almacén [hacer trampa en la medida] de la ración de cebada de los sacerdotes *guda*. Prohibió al administrador [recibir] la plata [pagada por el esquileo] del ganado blanco y de los corderos *gaba*. Prohibió a los administradores el impuesto [que se imponía] al del *sanga* que [se solía] sacar [para el palacio].

Él hizo a Ningirsu rey de las casas del *ensi* [y] de los campos del *ensi*. Hizo a Bau reina de las casas del harén [de palacio] [y] de sus campos del harén [de palacio]. Hizo a Shulshaggana rey de las casas de la enfermería [de palacio y] de los campos de la enfermería [de palacio]. Desde las fronteras de Ningirsu hasta el mar, no había recaudador de impuestos.

(S. N. KRAMER, *The Sumerians*, pág. 311)

3. SUMER Y AKKAD: SARGÓN DE AKKAD

Sargón, rey de Akkad, *mashkim* de Inanna, rey de Kish, sacerdote *guda* de An, rey del País, gran *ensi* de Enlil, devastó la ciudad de Erech, destruyó su muralla; luchó con los hombres de Erech, los conquistó; luchó con Lugalzaggesi, rey de Erech, lo hizo prisionero [y] lo puso en un cepo a la puerta de Enlil.

Sargón, rey de Akkad, luchó con los hombres de Ur, los conquistó, devastó su ciudad [y] destruyó sus murallas; destrozó E-Ninmar, destruyó sus murallas, devastó su territorio de Lagash hasta el mar, lanzó sus armas en el mar; luchó con los hombres de Umma, los conquistó, devastó su ciudad [y] destruyó sus murallas.

A Sargón, rey del País, Enlil no le dio rival; Enlil le dio todo el territorio desde el mar superior hasta el mar inferior. Los hijos de Akkad poseyeron los barcos del *ensi* desde el mar superior hasta el mar inferior; los hombres de Mari [y] los hombres de Elam servían a Sargón, rey del País.

Sargón, rey del País, restauró Kish [y] dio esa ciudad a ellos [los hombres de Kish] como lugar de habitación.

El que destruya esta inscripción, que Utu le arranque su fundamento; que él le despoje de su simiente.

(S. N. KRAMER, *The Sumerians*, pág. 321)

4. POEMA DE GILGAMESH

Los enviados de Agga, hijo de Enmebaraggesi,
partieron de Kish para presentarse ante Gilgamesh, en Uruk.
El señor Gilgamesh ante los ancianos de su ciudad
llevó el asunto y les pidió consejo:
«¡No nos sometamos a la casa de Kish,
ataquémosles con nuestras armas!»
La asamblea reunida de los ancianos de su ciudad
respondió a Gilgamesh:
«¡Sometámonos a la casa de Kish,
no la ataquemos con nuestras armas!»
Gilgamesh, el señor de Kullab,
que realizó heroicas hazañas por la diosa Inanna,
no aceptó en su corazón
las palabras de los ancianos de su ciudad.
Por segunda vez Gilgamesh, el señor de Kullab,

ante los combatientes de su ciudad
llevó el asunto y les pidió consejo:
«¡No os sometáis a la casa de Kish!
¡Ataquémosla con nuestras armas!»
La asamblea reunida de los combatientes de su ciudad
respondió a Gilgamesh:
«¡No os sometáis a la casa de Kish!
¡Ataquémosla con nuestras armas!»
Entonces Gigamesh, el señor de Kullab,
ante este consejo de los combatientes de su ciudad, sintió alegrarse su corazón, esclarecerse su alma.

S. N. KRAMER, *From the Tablets of Sumer*, págs. 29-30

BIBLIOGRAFÍA

A. FALKENSTEIN: «La cité-temple sumérienne», en *Cah. d'Hist. Mond.* I. (1954) páginas 784-814.

B. R. FOSTER: *Administration and Use of Institutional Land in Sargonic Sumer*, Copenhague, 1982.

H. FRANKFORT: *Arte y Arquitectura del Oriente Antiguo*, Madrid, 1982.

C. GADD: «The Cities of Babilonia», en *Cam. Anc. Hist.* 1964.

–, «The Dynasty of Agade and the Gutian Invasion», en *Camb. Anc. Hist.*, Cambridge, 1966.

A. K. GRAYSON, E. SOLLBERGER: «L'insurrection générale contre Naram-sin» en *Rev. d'Assyr.*, 70,2 (1976), pp. 103-128.

W. HINZ: «Elams Vertrag mit Naram-sin von Akkad», en *Zeitsch. f. Assyr.* 59 (N.F.25) (1967), pp. 66-96.

H. HIRSCH: «Die Schriften der Könige von Agade», en *Archiv f. Orient.*, 20 (1963), pp. 1-82.

TH. JACOBSEN: *The Sumerian King List*, Chicago, 1939.

–, «Early Political Development in Mesopotamia», en *Zeitschr. f. Assyr.* (1957), 52.

H. KLENGEL: *Lullubum, ein Beitrag zur Geschichte der Altvorderasiatischen*. Gebirsgvölker. *MIO*, 11 (1966), pp. 349-371.

S. N. KRAMER: *The Sumerians*, Chicago, 1963.

–, *The Sacred Marriage Rite*, Bloomington y Londres, 1969.

R. LABAT: *Le caractère religieux de la royauté assyro-babylonienne*, París, 1939.

A. LAMBERT: «La vie économique à Umma à l'époque d'Agadé», en *Rev. d'Assyr.*, 59 (1965), pp. 61-72.

M. LIVERANI: *Sargon di Akad. Protagonisti della Storia Universale*, Milán, 1982.

J. MARQUERON: *Recherches sur les palais mésopotamiens de l'âge de Bronce*, París, 1982.

A. PARROT: *Sumer*, Madrid, 1969.

M. B. ROWTON: «The Date of the Sumerian Kig List», en *Jour. of Near East. Stud.* 19 (1960), pp. 156 ss.

S. SPEISER: «Some Aspects of the Collapse of Akkad», *J.A.O.S.*, 72 (1952) páginas 97-101.

CAPÍTULO III

EGIPTO DURANTE EL IMPERIO ANTIGUO Y EL PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

I. FORMACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO

La historia del estado egipcio es una de las grandes aventuras del hombre en su esfuerzo por salir del salvajismo prehistórico y crear formas de vida civilizada. Si tratamos de entender el proceso de su formación nos encontramos con que hacia finales del IV milenio a.C. en el valle del Nilo se habían formado dos entidades políticas de carácter monárquico: un reino en el norte, o Bajo Egipto, con su capital en Buto y otro en el sur (Alto Egipto) en torno a la capital en Hieracómpolis. Cada uno de ellos era el resultado de una larga evolución desde épocas prehistóricas, durante las cuales se habían asimilado y desarrollado las técnicas y modos de vida del Oriente Próximo, de la zona que en términos arqueológicos y culturales se llamó hace unos años «el Creciente Fértil» y que abarca desde Palestina hasta Mesopotamia. Desde allí llegó la agricultura, el urbanismo y es posible que un nuevo tipo de gente que se asentó en el valle del Nilo. El hecho fue que en Egipto se produjo un auge económico, social y político en el que ya existían las bases fundamentales de la que va a ser la cultura egipcia posterior: la escritura jeroglífica, las bases de la sociedad, la irrigación a gran escala, la jerarquización política, los cultos básicos del panteón religioso y las ideas fundamentales que serían las líneas de fuerza de una cultura que iba a durar tres milenios.

Hacia el 3100 a.C. los hombres del sur emprendieron una ofensiva que terminó realizando la unificación del valle del Nilo desde la desembocadura en el Mediterráneo hasta la primera catarata en Asuán. No sabemos exactamente quién fue el rey que realizó este hecho, pero sospechamos que se trató de un proceso complicado en el que intervinieron varios reyes, el llamado Escorpión y Narmer, con el cual ya existió una monarquía egipcia unificada.

1. EL ESTADO TINITA (3100-2686)

Después de Narmer, accede al trono Hor-aha, quien en opinión de Emery, el mejor conocedor del Egipto arcaico, es el primer rey de la I dinastía y debe ser identificado con Menes, el fundador verdadero de la monarquía egipcia, y el que construyó una nueva capital en Menfis, en el punto de unión del Bajo y Alto Egipto. Una vez asentada la monarquía única, comienza una ascensión cultural y política del país como no existe otro ejemplo en la historia universal. El faraón Udimu hace un censo, celebra la fiesta *sed*, combate a una ciudad y construye una gran tumba en Abidos y otra en Saqqara, es decir que ya en época tan temprana existía en Egipto un estado en pleno desarrollo. Es la época de las grandes tumbas reales en forma de mastaba construidas de adobes, con planta rectangular y de tamaño considerable, llegando a tener en algunos casos 57 × 26 metros. El faraón es el rey del Alto y Bajo Egipto y por ello tiene una doble personalidad, que en la mentalidad egipcia de esta época se manifiesta en la construcción de dos tumbas, una en Saqqara y otra en Abidos, siendo tema controvertido cuál de las dos es el cetotafio (tumba vacía) y cuál la verdadera. Ya en estos momentos conocemos la penetración de los egipcios en Nubia hasta la segunda catarata del Nilo, aunque no se trata de una estancia permanente sino de expediciones aisladas. El ascenso cultural de Egipto continúa durante la II dinastía y buena prueba de ello son las tumbas reales de Saqqara, aunque en ciertos momentos hay datos que nos inducen a pensar que existieron tensiones religiosas, reflejo tal vez de problemas políticos. Parece que las luchas entre los partidarios de Horus y los de Seth llegó a extremos de auténtica guerra civil, pero, a pesar de todo, a fines de la II dinastía la unidad del país quedó consolidada y asegurado el futuro del estado, concebido como una monarquía dual, que conservaba la individualidad de los dos estados del norte y del sur, más marcada que en épocas posteriores, con dos administraciones distintas unidas por la persona del rey. Esta dualidad se manifiesta en las insignias reales especialmente en las coronas: la corona blanca del sur y la corona roja del norte, que se unían en la doble corona usada siempre que no se quería indicar específicamente que se trataba del rey como soberano de una de las regiones. Ya desde época temprana el rey se designa por tres nombres, que a lo largo de la historia de Egipto Antiguo se completarán con otros dos, dando lugar a la titulatura completa a principios del Imperio Medio. De momento el rey se denomina oficialmente con el llamado nombre Horus, es decir el nombre que adopta en tanto en cuanto se identifica, en parte al menos, con el dios Horus. En segundo lugar recibe el nombre *nebty* (el de las dos señoras), denominado así porque se alude en él a dos diosas, la diosa buitre Nekhbet del Alto Egipto y a la diosa cobra Wadjet del Bajo Egipto, y simboliza el hecho de reinar sobre los dos países. El tercer nombre se denomina *nsu-bity* (el del junco y de la abeja), el cual, aunque de significación oscura, representa evidentemente con el junco el Alto Egipto y con la abeja el Bajo Egipto, traduciéndose normalmente por «rey del Alto y Bajo Egipto». El rey es en esencia el representante del dios Horus en la tierra y el enlace entre los dioses y los hombres. Parece posible que en épocas muy remotas antes de la unificación, cuando el rey se hacía viejo, era considerado inútil porque había perdido la fuerza vital que le permitía mantener el orden cósmico y social, y por ello debía ser eliminado incluso mediante una muerte violenta. Pero en época histórica esta

eliminación se había sustituido por una fiesta ritual llamada *sed*, en la cual se renovaban sus capacidades por medio de una serie de ritos oscuros que se celebraban en capillas especiales.

Esta teoría dual de la monarquía se reflejaba en la práctica en la administración del estado que tenía dos sedes, la «casa blanca» del sur y la «casa roja» del norte cuyo nexo era la persona del rey. El territorio estaba dividido en *nomos*, al frente de los cuales había un gobernador. Ya entonces existe una administración centralizada con una organización fiscal, un sistema judicial, todo ello servido por escribas y una incipiente jerarquía de funcionarios a cuya cabeza estaba el canciller.

2. EL IMPERIO ANTIGUO (2686-2181)

Al advenimiento de la III dinastía (2686-2613), cuyos reyes son descendientes de los de la segunda, el país da un paso importante en su evolución cultural económica y política. Para entenderlo basta contemplar la pirámide escalonada del rey Zoser en Saqqara. A diferencia de las grandes mastabas de adobes, nos hallamos aquí ante una gran estructura de piedra. Ello es el resultado del perfeccionamiento de los instrumentos de metal que permiten extraer los bloques de piedra. Aunque la elevación del monumento sea el resultado de un largo proceso que se inició por una mastaba, la cual, ampliada y cubierta por distintas superposiciones, dio lugar al resultado final escalonado, se tiene por seguro que estas innovaciones fueron debidas al genio de un hombre llamado Imhotep, figura de arquitecto y médico, cuya fama llegó hasta época tardía, e incluso fue divinizado. Este auge continuo que venimos siguiendo tiene su culminación en la dinastía IV (2613-2494), cuyos faraones, Snefru, Keops, Kefren y Micerinos inmortalizaron sus nombres como constructores de las grandes pirámides en Dashur, Meidum y Giza, mientras que otros reyes de la misma dinastía como Rededef, no pudieron terminar la suya, y otros nos han dejado escasísimos restos de las que construyeron.

No tenemos demasiadas noticias sobre la historia política de los reyes de esta dinastía. Sabemos que comerciaban con Fenicia, que hacían expediciones a Nubia y al Sinaí para extraer el mineral de cobre, combatían a los beduinos del desierto occidental y a los asiáticos que trataban de penetrar en el valle del Nilo. Las biografías de los personajes de la época que se enterraron en las mastabas de las necrópolis de Saqqara y Giza iluminan de alguna manera la vida cortesana de la capital que está en Menfis y nos permiten tener una idea relativamente clara del estado egipcio de este momento. Al mismo tiempo, los monumentos nos dan idea del poder de que disfrutaron los faraones. La ausencia de relatos propiamente históricos se ha interpretado como la consecuencia de una mentalidad típicamente egipcia que se mantiene durante toda la historia de este país, con algunas excepciones durante el Imperio Nuevo, pero que es especialmente operante en la época a que nos estamos refiriendo. Se trata de que el egipcio no tiene una idea clara de la sucesión temporal y los medios de expresión literaria no hacen más que presentar afirmaciones apodícticas. Sólo les interesa constatar lo permanente y durable, no lo contingente engarzado en un proceso evolutivo, tal como lo hicieron siglos después los griegos.

Volviendo al tema que nos ocupa, diremos que el faraón está más cerca de la divinidad que de los hombres, en su papel de magistrado supremo. Se crea el cargo de visir, término que traduce el egipcio *tâti* y que será a partir de ahora, la clave de la administración del estado. Gobierna en nombre del faraón y es «superintendente de todas las obras reales», en las que se incluyen todas las construcciones del estado: pirámides, templos, canteras, expediciones a lugares lejanos, etc. Es también «superintendente de los escribas reales», título que comprende todas las funciones burocráticas propiamente dichas. Pero a su vez el visir controlaba subsecciones administrativas desempeñadas por funcionarios de menor categoría. Una de las misiones del visir era visitar las distintas circunscripciones del estado y vigilar que las órdenes reales se cumplieran en todo el país y cuidaba, en consecuencia, del trabajo comunitario. Un asunto importante era su intervención en los templos que debían limitarse al aspecto civil. Estos faraones controlaban los altos puestos sacerdotales nombrando primeros profetas a miembros de la familia real.

La eficacia del estado de la IV dinastía tiene su más elocuente expresión en la construcción de las pirámides, labor que no sólo tiene un puesto de honor en la historia de la arquitectura, sino que demuestra hasta qué punto el faraón y, en su nombre, el visir eran capaces de organizar los medios necesarios para extraer la piedra, transportarla hasta el lugar del emplazamiento y edificar estos gigantescos complejos de templo del valle, calzada, templo adosado y la pirámide propiamente dicha. Hoy las pirámides se nos presentan como enormes monumentos solitarios, pero en su tiempo tuvieron muy cerca verdaderas ciudades en las que vivían los encargados de mantener el culto y los servicios de estos sepulcros destinados a la inmortalidad del faraón. En las enormes necrópolis de Giza y Saqqara no sólo se enterraron los faraones sino toda la nobleza cortesana, empezando por la familia real, de tal manera que su disposición refleja el conjunto de la corte de Menfis, donde se concentraba la vida social y política del país. Príncipes de sangre real como Kawab, Hordedef, reinas como Hetepheres, madre de Keops, o las distintas Meresankh o Meritites, yacen en sus mastabas, pero en vida protagonizaron auténticas intrigas palatinas que llegaron a producir crisis de estado de las que nos llegan tan sólo ecos lejanos pero muy verosímiles.

Con la V dinastía (2494-2345) entramos en un período nuevo en la historia del Imperio Antiguo. Una leyenda recogida en el papiro Westcar cuenta que los primeros reyes de la dinastía eran de la estirpe del dios Re, lo que sin duda refleja el hecho de que entonces asciende al primer plano el culto del dios heliopolitano que pasa a ser culto del estado. Al mismo tiempo se generaliza el epíteto de «hijo de rey» que pasa a formar parte de la titulatura faraónica de modo perdurable. Esta nueva orientación religiosa se ve claramente en la construcción de templos que ahora ostentan el obelisco de piedra que simboliza el rayo solar petrificado. Los reyes demostraron una profunda piedad hacia Re y Hathor, pero no por ello descuidaron los negocios del estado. Tanto las fuentes como la arqueología demuestran la expansión de la actividad egipcia. Se hacen expediciones contra los libios, los beduinos del Sinaí y los habitantes del sur de Palestina. Barcos de alto bordo de los reyes Sahure y de Unas visitaban los puertos de Levante y, cosa curiosa, traían a Egipto gentes de raza semítica. Se iniciaron las navegaciones al lejano y legendario Punt en la costa de los somalíes. Abundan las inscripciones en Wadi Maghara (Sinaí), que demuestran la presencia de los prospectores de

metales en esa Península en busca de turquesas y cobre. Otras expediciones penetraron en Nubia hasta Toshka. De especial significación fue el tráfico con Siria, a donde se iba en busca de madera y el puerto de Biblos se egipcianiza cada vez más, continuando una vieja tradición que arranca de la IV dinastía. Más difícil es ubicar a los misteriosos *haunebu* que antes se identificaban con los pueblos del Egeo, pero hoy no se admite esta hipótesis, aunque los objetos egipcios llegan hasta la isla de Citera en la punta del Peloponeso.

Pero la V dinastía supone también un cambio importante en el terreno de la cultura. Dentro de la escasez de textos del Imperio Antiguo, ahora empezamos a poseer una documentación más abundante, lo que atribuimos a un monumento de las gentes letradas y un mayor nivel cultural. Tal vez consecuencia de la influencia del clero heliopolitano. La cancillería real emite decretos de una perfección formal que atestigua la eficacia de los burócratas al servicio de la monarquía, al mismo tiempo que podemos observar que van destinados a la protección de los templos frente a las exigencias de los reclutadores de mano de obra forzosa para la corvada. Los viejos egiptólogos como A. Moret interpretaban estos decretos como el comienzo de la decadencia del poder central que al ir eximiendo de prestaciones a los templos, iban disminuyendo la capacidad del faraón, iniciándose así un proceso que conduciría muchos años después a la crisis del estado del Imperio Antiguo. No creemos que sea este el caso. De todos modos vamos a dar algún ejemplo simplemente para hacer patente el estilo y el tono de la legislación real. Dice el faraón Neferirkare en un decreto destinado al templo de Abidos:

«El Horus *Wsr-h'w*

Orden del rey al jefe de los sacerdotes *Hm-wr*

No concedo a nadie capacidad para poder llevar a cualesquiera sacerdotes que están en el distrito en que tú estás para trabajar el fundo o cualquier trabajo obligatorio del distrito, fuera del desempeño de los ritos para su «divinidad» en el santuario, en el que está y del sostenimiento de los santuarios en los que están. Quedan exentos a perpetuidad por orden del rey del Alto y el Bajo Egipto, Neferirkare. No hay ningún derecho en contra por parte de ninguna prestación laboral».

(Siguen seis disposiciones más del mismo tenor y termina):

«Sellado en presencia personal del rey, día 18 del segundo mes de la estación de shimw».

No se puede concebir más precisión en una burocracia del siglo XXV a.C.

De esta dinastía conservamos un testimonio muy elocuente sobre las relaciones entre el rey y su visir. Se trata de Weshptah, que lo fue en tiempos de este mismo rey, cuyo decreto hemos citado líneas arriba y cuya biografía quedó grabada en su tumba de Abusir, construida por su hijo Mernutserseteni. Weshptah fue el hombre más importante de la corte, visir, juez supremo y arquitecto jefe. Un día el rey, la familia real y la corte estaban visitando una obra construida bajo la dirección del visir. Todos admiraron la obra y cuando el rey se volvió para alabar a su fiel servidor, se dio cuenta de que este no oía las palabras de su soberano. Había caído fulminado. Las exclamaciones del rey alarmaron a los cortesanos y el muribundo fue llevado a la corte; allí se llamó a los médicos y el rey trajo una

caja de escritos (¿mágicos?). Los doctores confiesan que no hay nada que hacer. «El corazón de S.M. quedó presa del más profundo dolor más allá de toda ponderación; su majestad dijo que haría todo según los deseos de su corazón y volvió a su aposento privado». Después mandó que se le hiciera un sarcófago de madera de ébano sellado y una tumba y dotó un servicio funerario para la tumba que está junto a la pirámide llamada «Brilla el alma de Sahuré». Es curioso que, como observa Posener, el rey no acuda a poderes divinales que podrían suponerse en el concepto del rey con categoría de Dios, sino que acude a los médicos según una dimensión humana que compartiría cualquier monarca de épocas y culturas más racionalizadas.

En el terreno de la administración del estado hay algunas innovaciones dignas de mención: se crean nuevos organismos administrativos como los de los documentos reales, de las grandes mansiones, de las seis grandes mansiones, del granero y de los dos graneros. Todo ello forma parte de una reforma administrativa que tiende a racionalizar el estado y es muy interesante constatar que se nombra para estos puestos a personajes que no son de sangre real, a diferencia de lo que ocurría durante la IV dinastía.

La VI dinastía (2345-2181) supone en muchos aspectos la culminación del Imperio Antiguo, pero al final de la misma el estado se hunde irremediablemente. El primer rey de la dinastía, Teti I, mantuvo la política tradicional de Egipto en Nubia y respecto a los templos. Después de un efímero reinado, sube al trono Pepi I en el que permanece casi 50 años. Su figura se nos presenta como debelador de los asiáticos, protector de la ciudad piramidal de Dashur, envía expediciones al Sinaí y a Nubia. Durante su reinado se produjo un incidente palatino que nos ilustra sobre las intrigas que debieron ocurrir en la corte de Menfis. Desgraciadamente el estilo ahistórico de las inscripciones egipcias no explica el problema, pero deja constancia del hecho. Un tal Uni, un oscuro viceadministrador de los reales dominios, promovido por el rey a juez del tribunal, fue encargado del caso: «cuando se instituyó el procedimiento legal en privado en el harem contra la reina Imtes, su majestad ordenó que entrara para oír [el caso] sólo. No estaba allí ningún juez superior ni visir ni príncipe sino yo solo, porque yo era excelente, porque yo era grato al corazón de su majestad y porque su majestad me amaba». Parece que el «affaire» se relaciona con el matrimonio del rey con una dama de una poderosa familia provincial del nomo XII del Alto Egipto. Esta familia dio al estado visires y probablemente el rey tenía interés en emparentar con ella, a lo que se opuso su primera esposa Imtes. Entre otras cosas, Teti I fue el faraón que por primera vez hizo una expedición militar a Palestina.

Merenre su hijo reinó cinco años después de haber sido corregente de su padre, pero durante ellos tomó medidas de gran importancia para el porvenir del estado. Durante su reinado se afirma el interés de los faraones por el país de Nubia. El año IX hizo una visita a la primera catarata para construir un canal que hiciera navegables los rápidos de difícil travesía, y allí recibió el homenaje de los negros de la región, preparando así la ocupación de Nubia que había de completarse durante la dinastía XII. Aquel Uni, que ya conocemos del reinado anterior, fue nombrado «gobernador del Sur» y su circunscripción abarcaba desde Elefantina por el sur hasta Afroditopolis por el norte. Es un hecho que se ha interpretado como un signo de las tendencias disgregadoras que se habían producido en el

sur. Es posible que así sea, pero el hecho debe ponerse en relación con el auge que van tomando los distintos nomos del todo Egipto que cada vez están más en manos de grandes familias y se nota una clara tendencia a que sean hereditarios los cargos de monarcas dentro de ellas. Pero otro aspecto de esta decisión es el interés que el estado muestra por los asuntos de Nubia y esta política es servida por Uni muy eficazmente. El sucesor de Uni fue Hirkhuf. Este fue el primero de una serie de nobles cuyas tumbas se encuentran en la orilla izquierda del Nilo en Asuán, y todos ellos estuvieron implicados en las relaciones comerciales con los pueblos negros del extremo sur. Hirkhuf fue un gran conductor de caravanas e hizo cuatro viajes al sur, tres de los cuales tuvieron lugar en el reinado de Merenre. Sus viajes se hicieron fundamentalmente por tierra pero también a veces por el río. Por tierra condujo caravanas de asnos que traían incienso, marfil, ébano, aceites, pieles de pantera y es raro que no se mencione el oro, producto que siglos más tarde venía del sur. No se sabe hasta dónde llegó este viajero pero hay motivos para pensar que alcanzó la zona de Kerma.

El reinado de Pepi II significa el final del gran estado egipcio del Imperio Antiguo. Manethón nos dice que subió al trono a la edad de seis años y que vivió cien. La cifra puede ser exagerada pero de todos modos su reinado pasó de los sesenta años y durante él se continuaron las expediciones al Sinaí como lo demuestran las inscripciones de Wadi Maghara, una de las cuales se refiere al año IV del rey. Es muy interesante porque nos da la lista de los miembros de la expedición y, por tanto, a podemos imaginarnos con toda precisión cómo el gobierno egipcio organizaba la actividad en el lejano Sinaí. El equipo está formado por un capitán, un intendente de la extracción de piedra, un escriba jefe, un capitán y conductor de caravanas, otro capitán y un jefe no sabemos de qué, un superintendente sin especificar, un juez y su escriba, un guía de los obreros y reclutas y un conductor más de caravana. La expedición estaba destinada a extraer malaquita.

También a comienzos del reinado se hacen expediciones al sur. Hirkhuf hace un cuarto viaje y escribe al rey dándole cuenta de los numerosos productos que traía, entre ellos un enano bailarín que nos imaginamos era un regalo al rey niño. Éste, entusiasmado por el regalo, escribe una carta a Hirkhuf que éste copia en su inscripción funeraria y nos da así la primera carta real completa que poseemos del Imperio Antiguo. No nos resistimos a copiar algunos pasajes especialmente significativos de una mentalidad infantil, tan lejana en el tiempo de nosotros, pero tan cercana en el espíritu que la informa: «Ven hacia el norte a la corte inmediatamente; tú traerás a ese enano contigo que tú traerás vivo, próspero y sano desde la tierra de los espíritus, para las danzas del dios para regocijar y alegrar el corazón del rey del Alto y Bajo Egipto, Neferkare, que viva para siempre. Cuando descienda contigo al barco, nombra a gente excelente que estará a su lado a cada lado del barco; ten cuidado de que no se caiga al agua. Cuando duerma por la noche nombra a gentes escogidas que duerman con él en su tienda y que lo inspeccionen diez veces durante la noche. Mi majestad desea ver este enano más que los dones del Sinaí y del Punt. Si llegas a la corte, estando contigo el enano vivo, próspero y sano, mi majestad hará por ti cosas mayores que las hechas para el tesorero del dios, Burded, en tiempos de Isesi». Damos este texto porque tiene interés en tanto que parece que el enano tiene algo de sagrado y se va a emplear en danzas litúrgicas.

Otro noble de Elefantina de alto rango hizo nuevas expediciones a Nubia y contra los asiáticos; se trata de Pepi-Nakht, que ya tuvo que emplear la fuerza contra los nubios hostiles. Algo parecido ocurre a otros jefes de expediciones; aquel encuentra la muerte en el sur y su cuerpo es rescatado por su hijo Sebni. También hay dificultades en otras expediciones como la de Hekayeb en un viaje al Mar Rojo para rescatar el cuerpo de un oficial muerto por los nómadas cuando construía barcos para una expedición al Punt.

II. EL PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

Los tres reyes que siguen dentro de esta dinastía carecen de documentación histórica significativa. El país, de pronto, parece que ha caído en la anarquía, que se acentuará durante el llamado Primer Período Intermedio. Ello nos plantea el problema de las crisis del estado egipcio que denominamos Períodos Intermedios. Si observamos el magnífico monumento funerario de Pepi II, comparable en tamaño, calidad y decoración a los de la V dinastía, no se comprende cómo la crisis del estado estaba tan cerca. Durante este largo reinado debió de producirse algún fenómeno que dio al traste con la monarquía menfita. Pasando revista a lo que hemos dicho del Imperio Antiguo, vemos cómo durante la IV dinastía el estado centralizado llega a su punto culminante, se mantiene durante la V dinastía y parte de la sexta para desplomarse después. Si fuera posible aplicar a estos momentos las expresiones desesperadas de *Admoniciones* de Ipuwer podríamos atribuirlo en parte a la presencia de asiáticos y a una revolución social que se produce en todo el país. La falta de datos no permite muchas especulaciones, pero hay indicios de que algo está pasando que no encaja dentro de los presupuestos tradicionales del Antiguo Imperio. Está demostrado el crecimiento de la nobleza provincial especialmente en el Alto Egipto. Estos nobles acceden a cargos estatales, pero no dejan de estar enraizados con sus dominios. Es posible también que se produjese algo parecido a lo que en términos modernos llamaríamos una crisis financiera (?). Los faraones construyeron mucho a sus expensas e hicieron innumerables fundaciones funerarias exentas de impuestos para sus cortesanos. Poco a poco los recursos reales disminuirían y nos atrevemos a pensar que un aumento de los impuestos a los que no estaban exentos de ellos, provocaría resistencia lógica frente al poder central. En cierto modo se trata de un fenómeno general en la historia de los estados despóticos que acaban por ser víctimas de sus propias medidas coercitivas. Si a esto añadimos un reinado muy largo como el de Pepi II en el que necesariamente durante su pase final gobernaba un rey anciano, a lo que aparece apuntar alguna expresión de las *Admoniciones*, tendríamos no una explicación, pero sí atisbos de que estamos ante un final de un glorioso período de la historia egipcia, dentro del esplendor general de todo su impresionante proceso.

El estado menfita se hunde irremediablemente durante el transcurso de las dinastías VI y VII de Manetón sumamente problemáticas en cuanto a cronología e incluso a su existencia real. En su lugar aparece un reino del norte hasta un lugar que podemos situar al norte de Asiut con la capital de *Nen-nesut*, llamada por los griegos Heracleópolis Magna y actualmente Ehnasia el-Medina, capital del nomo 20 del Alto Egipto. Allí se establecieron los reyes que forman las dinas-

tías IX y X (2292-2053). Poco sabemos de la historia política de estos dos siglos. Los soberanos se llaman Heti, nombre que los griegos transcribieron por *Achtoes*. El primer Heti, fundador de la dinastía IX, luchó contra los monarcas del sur, y tanto él como sus sucesores se consideraban (y fueron considerados en parte) como sucesores de los faraones menfitas. Algo mejor conocidos son los monarcas de la dinastía X. Uno de ellos, Heti IV, se cree que fue el autor de un tratado llamado *Enseñanza para Merikare*, es decir, para su hijo, aunque probablemente el escrito se deba a este último, que lo atribuye a su padre para justificar, con la autoridad de su precedesor, su línea política. Sea lo que quiera, de su lectura se pueden sacar importantes consecuencias, tanto en el aspecto ideológico como en el propiamente histórico. Se habla de la recuperación de los nomos del norte que estaban en poder de los asiáticos, lo que confirmaría el dato de las *Admoniciones*, arriba citado. Se afirma la reanudación del comercio de madera con los puertos de Levante, y el papel predominante que sigue desempeñando Menfis. Sin embargo, a nuestro juicio, lo más interesante son los aspectos ideológicos del tratado. Aparte un notable progreso sobre los escritos del periodo anterior, vemos en él un refinamiento claro de las ideas morales en el sentido de un riguroso concepto de la justicia, y la prevalencia de la «humanitas». No faltan reglas de conducta política frente a los conflictos con los grandes y los pequeños, de un claro sabor «renacentista». La frontera sur del reino se mantuvo tranquila durante los primeros años del periodo heliopolitano. Los príncipes de Tebas habían creado un centro de poder, tal vez bajo la soberanía nominal de Heracleópolis. No faltaron los roces, como podemos ver por la biografía de un personaje llamado Anjtifi, grabada en su tumba de Mo'alla, y según la cual, por orden del rey de Heracleópolis, depuso al monarca de Edfu y se entronizó en él, luchó contra los tebanos, y se proclama «gran jefe de los nomos de Edfu y de Hieracómpolis». El último rey de la dinastía parece ser el que aparece en el famoso cuento del *Campesino elocuente*, una narración del Imperio Medio que relata un episodio situada en la época heracleopolitana, y que en su ideología apunta a una mayor humanización de las relaciones entre gobernante y gobernados.

Todo este periodo fue de gran significación para la historia posterior de Egipto. La caída del centralismo menfita dio lugar al surgimiento de fuerzas creadoras en los centros provinciales, que produjeron un tipo de señoríos que se llamaban feudales por los historiadores de principios de siglo, pero que, en nuestra opinión, sólo de lejos recuerdan a lo que entendemos por esta denominación.

En el Egipto medio las cabezas de los nomos adquirieron caracteres de pequeñas capitales. En el nomo de «la liebre» los príncipes hereditarios de Hmunu (El-Ashmunein) construyen sus tumbas en las necrópolis de Sheikh Said y El-Bersha. Del mismo tipo encontramos a los monarcas de Beni-Hassan, Akhmin, QaW el-Kebir, Deir y Meir, que se relacionan con cierta independencia frente la potencia creciente de Tebas.

En el sur se crea otro centro de poder. Existían en el cuarto nomo del Alto Egipto algunas ciudades como Tôd, Hermonthis (Armant), Medamud y Tebas. Esta última la más insignificante al principio, fue adquiriendo importancia al paso del tiempo y durante el período intermedio llegó a ser capital del nomo y gracias a la energía de una serie de monarcas pudo extender su dominio hasta Elefantina y crear un núcleo político capaz de hacer frente al reino heracleopolitano del norte.

DOCUMENTOS

1. EGIPTO-IMPERIO ANTIGUO: EL HIMNO CANIBAL

¡El cielo llueve, las estrellas se obscurecen,
las bóvedas del cielo crujen, tiemblan los huesos de Akeru [la tierra]!
Los planetas se quedan quietos
viendo a Unas subiendo al poder,
un dios que vive de sus padres,
que se alimenta de sus madres!
Unas es el amo de la astucia
cuya madre no conoce su nombre;
la gloria de Unas está en los cielos,
su poder está en la región de la luz;
como Atum, su padre, que lo ha criado
y aunque su hijo, es más fuerte que él.
Los kas de Unas están detrás de él,
sus ayudantes están bajo sus pies,
sus dioses en su frente, sus serpientes en su ceja,
la serpiente guía de Unas está en su ceja.
El buscador de alma cuya llama consume
el cuello de Unas está en su lugar.
Unas es el toro de los cielos, que sufre necesidad,
[Que rabia en su corazón]
que vive en el ser de todos los dioses,
que come sus entrañas
cuando vienen sus cuerpos llenos de magia
de la isla de la llama.
Unas es el equipado que ha reunido los espíritus.
Unas se ha levantado como el gran único, como amo de los siervos.
Se sentará con su espalda hacia Geb,
Unas juzgará con aquel cuyo nombre está escondido,
en el día de matar los ancianos.
Unas es el señor de las ofrendas que anuda la cuerda,
que el mismo prepara su comida.

Unas es el que come los hombres, se le alimenta de los dioses,
como de mensajeros que envía instrucciones.
Es «el agarrador de cuerpos» en Kohau, que los lacea para Unas.
Es la serpiente con la cabeza erguida que los guarda y los doma para él.]
Él es el que está sobre los sauces que los ata para él.
El que manda sobre las rojas [bandas], es el que los ata para él
Es Khonsu el que masacra a los señores y los decapita para Unas,
que saca sus entrañas para él.
Es el mensajero enviado para castigar.
Es Shesmu el que los despedaza para Unas,
que con ellos cuece una comida en sus cacerolas de la cena.
Unas es el que come su magia, que traga sus espíritus.
Los grandes son para su desayuno,

los medianos para su almuerzo,
los pequeños para su cena.
Sus viejos y sus viejas son para quemar.
Los grandes del cielo norteño le encienden el fuego
para los contenidos de las ollas con los muslos de los viejos,
porque los habitantes del cielo sirven a Unas.
Y las ollas se calzan para él con los pies de sus mujeres.
El ha acompasado los dos cielos.
El ha rodeado las dos orillas.
Unas es el gran poderoso, que prevalece sobre los poderosos.
Unas es el halcón divino, el gran halcón de los halcones,
al que encuentra en su camino lo devora trozo a trozo.
El puesto de Unas está delante de todos los nobles en el horizonte.
Unas es el dios, el más viejo de los viejos.
Le sirven miles, le ofrendan cientos.
Se le ha conferido el rango de «grande de los grandes» por Orión,
[padre de los dioses].
Unas ha aparecido de nuevo en el horizonte [en el cielo].
Es coronado como señor del horizonte.
Él ha machacado los huesos y la médula,
se ha apoderado de los corazones de los dioses.
Él ha comido la roja, el ha tragado la verde.
Unas se alimenta de los pulmones del sabio,
gusta de vivir de los corazones y de su magia.
Unas aborrece lamer el cuerpo de la roja,
pero goza al tener su magia en el estómago.
Las dignidades de Unas no pueden serle arrebatadas
porque ha tragado el conocimiento de cada dios;
la vida de Unas es perdurable, su límite es la eternidad.
En su dignidad de «si quiere lo hace si lo odia no lo hace»,
porque vive en la luz en el horizonte por toda la eternidad.
Mira, sus almas están en el cuerpo de Unas.
Sus espíritus están ante Unas como caldo de los dioses
cocinado para Unas de sus huesos.
Mira, su poder está con Unas.
Sus sombras sacadas de sus dueños.
Unas es el que siempre aparece y que siempre se esconde.
Nunca los malhechores podrán descubrir el sitial escogido de Unas
entre los vivos en este país de eternidad.

J. SPIEGEL, *Der Auferstehungsritual*, págs. 439 y ss.

2. EGIPTO-IMPERIO ANTIGUO: INSTRUCCIÓN DE PTAHHOTEP

Comienzo de las formulaciones del bello discurso pronunciado por el príncipe hereditario, conde, padre divino, amado del dios, hijo mayor del rey de su cuerpo, alcalde de la unidad, visir Ptahhotep, para ilustrar al ignorante en el conocimiento, en la excelencia del bien hablar, en beneficio del que lo sigue, en desastre del que lo olvide. Así habla a su hijo:

No te envanezcas de tu saber.

Consulta tanto al ignorante como al sabio.
No se alcanzan los límites del arte,
los artistas no alcanzan la perfección.
Más oculto está el buen hablar que la piedra verde,
aunque se encuentra entre las criadas en la piedra de amolar.
Si encuentras a un disputante en acción,
un hombre poderoso, superior a ti,
baja los brazos, dobla tu espalda,
el que tú le ignores, no le hará estar de acuerdo contigo.
Desprecia las palabras viles,
no oponiéndote a él mientras actúa.
Será llamado ignorante.
Tu autocontrol vencerá su verborrea.
Si encuentras un disputante en acción
que es igual a ti, de tu nivel,
tu abstención te hará mejor que él,
mientras él está hablando mal,
gran cháchara habrá entre los oyentes.
Tu nombre será bueno en opinión de los magistrados.
Si encuentras un disputante en acción,
un pobre, no igual a ti,
no lo ataques porque es débil,
déjalo solo, él mismo se confundirá.
No le contestes para descargar su corazón,
no vayas contra tu oponente.
Miserable es el que maltrate a un hombre pobre.
...
Si eres un hombre que dirige,
que controlas los asuntos de muchos
rechaza todo acto beneficioso
que tu conducta sea intachable.
Grande es la justicia, de efectos duraderos,
incontestada desde el tiempo de Osiris.
...
Si eres un hombre de confianza
enviado por un grande a otro grande,
adáptate al carácter del que te ha enviado,
hazle el recado como te lo dijo.
Evita tergiversar las palabras,
lo que enfrenta a un grande con otro.
Cíñete a la verdad, no la exageres,
pero una *boutade* no debe repetirse.
...
Si eres un hombre de gobierno,
escucha con calma el discurso del peticionario.
No le impidas que alivie su cuerpo
de lo que quiere decir.
Un hombre angustiado prefiere aliviar su corazón
más que ganar su demanda.
Del que rechaza al pretendiente
se dice: «¿Por qué lo rechaza?»

No a todo el que pide se puede satisfacer,
pero dulcifica el corazón un buen escuchar.

M. LICHTHEIM, *Ancient Egyptian Literature*, I, pág. 63 y ss.

3. EGIPTO-IMPERIO ANTIGUO: DECRETO DE PEPI I

Primer jubileo de Merire, dotado de vida, duración y dominio; que viva como Re. Distrito de los dos Halcones: Coptos: Capilla de la reina madre Iput. Mi Majestad ha ordenado la exención de esta capilla [y de lo que le pertenece] en siervos y ganado mayor y menor. [No hay] reclamación [cualquiera que sea contra él]. En cuanto a cualquier comisario que viaje hacia el sur con una misión, mi majestad no (le) permite cargar ningún gasto de viaje sobre la capilla. Tampoco permite mi majestad contribuir al tesoro real. Porque mi majestad ha ordenado la exención de esta capilla. Mi majestad no permite establecer ningún impuesto para el palacio sobre esta capilla.

M. LICHTHEIM, *op. cit.*, I, pág. 28

BIBLIOGRAFÍA

C. ALFRED: *Akhenaten, Pharaoph of Egypt: a new study*, Londres, 1968.

A. BADAWY: *Memphis als zweite Landeshaupt-stadt in Neun Reich*, El Cairo, 1948.

BAKIR, ABD EL-MARREIN: «Slavery in pharanoic Egypt», El Cairo, supl. de *ASAE*, 1952.

M. BIETAK: *Tell Dab'a*, II, Viena, 1975.

–, *Avaris and Pi-Ramese*, Londres, 1981.

J. H. BREASTED: *The Battle of Kadesh*, Chicago.

–, *Ancient Records of Egypt*, vols. I-IV, Nueva York, Russell and Russell, 1905-1906.

J. CERNY: *A Community of Workmen at Thebes in the Ramses side Period*, El Cairo, 1973.

L. A. CHRISTOPHE: *Abu-Simbel*, Bruselas, 1965.

C. DESROCHES NOBLECOURT: *Tutankhamon*, Barcelona, Noguer, 1963.

CH. DESROCHES-NOBLECOURT: *Ramsés II*, París, 1976.

E. DRIOTON y J. VANDIER: *Historia del Egipto Antiguo*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.

W. B. EMERY: *Egypt in Nubia*, Londres, 1965.

R. O. FAULKNER, Egypt: «From de Inception of the Nineteenth Dynasty to the Death of Ramses II», Cambridge, 1966, en *Cambridge Ancient History*.

A. H. GARDINER: *Egypt of the pharahs*, Oxford, 1961.

–, *Ancient Egyptian Onomastica*, Oxford, 1947.

–, *Ramesside Administrative Documents*, Oxford, 1958.

H. GOEDICKE y G. THAUSING: *Nofretari*, Graz, 1971.

F. GOMAA: *Chaemwese, Sohn Ramses II un Hohenpriester von Memphis*, Wiesbaden, 1973.

L. HABASHI: «Setau, the Famous Viceroy of Ramesses II an his Career», *Cahiers d'histoire égyptienne*, 10 (1967), págs. 51 sigs.

–, «The Jubilees of Ramesses II and Amenophis III with Reference to Certain Aspects of their Celebration», en *Zeitschrift für Aegyptische Sprache*, 97 (1971), págs. 64-72.

S. HASSAN: *Le poème dit de Penta-our. Qadesh*, El Cairo, 1928.

W. C. HAYES: «The Scepter of Egypt», *vol. II, Cambridge, Mass., 1959.*

–, *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1970.

H. HELCK: *Die Beziehungen Aegyptens zu Vorderasien*, Wiesbaden, 1971.

K. A. KITCHEN: *Ramses II, Le Pharaon Triomphant*, París, 1985.

–, *Ramesside Inscriptions*, II, 1-3. Oxford, 1969.

R. KRAUS: *Das Ende der Amarnazeit*, Hildesheim, 1979.

CH. KUENTZ: *La bataille de Qadesh*, El Cairo, 1928-1934.

M. KUENTZ: «La Stèle du Mariage de Ramsés II», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, 25 (1925), págs. 181-238.

M. LICHTHEIM: *Ancient Egyptian Literature*, vol. I-III: *The New Kingdom*, California, 1976.

P. MONTET: *El Egipto Eterno*, Madrid, Guadarrama, 1963.

W. S. MURNANE: *A Historical Interpretation of the Battle Reliefs of King Sety I at Karnak*, 1985.

C. F. NIMS: *Thebes*, Londres, 1968.

J. PIRENNE: *Historia de la civilización del Egipto Antiguo*, 3 vols., Barcelona, Éxito, 1903.

J. B. PRITCHARD: *La sabiduría del Antiguo Oriente*, Barcelona, 1966.

–, *Cantos y cuentos del Antiguo Egipto*, Madrid, Revista de Occidente, 1941.

D. B. REDFORD: *Akhenaten. The Heretic King*, Princeton, 1984.

RICKE, HUGHES y WENTE: *The Beit el-Wali Temple of Ramses II*, Chicago, 1973.

M. B. ROWTON: «A Comparative Chronology at the Time of Dynasty XIX», en *Journal of Near Eastern Studies*, 19 (1960), págs. 15-22.

J. D. SCHMIDT: *Ramses II*, Baltimore, 1973.

A. W. SHORTER: «Reliefs showing the Coronation of Ramesses II», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 20 (1934), págs. 18-19.

W. S. SMITH: *The Art and Architecture of Ancient Egypt*, Harmondsworth, 1981.

B. G. TRIGGER y B. J. KEMP: *Historia del Egipto Antiguo*, Barcelona, Crítica, 1985.

CAPÍTULO IV

EBLA

La influencia cultural mesopotámica ejercida desde los centros creadores desde la zona baja del Éufrates llega a Siria en una época muy temprana, mucho antes de lo que se había creído hasta los años setenta. Ahora sabemos que el urbanismo completo que veíamos asomar entre Uruk IV y Jemdet Nasr, se desarrolla en la llanura limitada por las colinas que prolongan el Anti-Líbano y la región de las estepas que forman la transición al desierto. Allí se asentó la ciudad de Ebla, y gracias a los textos descubiertos por la misión italiana podemos generalizar el fenómeno hasta Anatolia.

Ebla es una ciudad conocida en los textos de Sargón de Akkad (2350 a.C.) y Naram-sin (2250 a.C.) que se vanagloría de haberla destruido. Más tarde Gudea de Lagash (2150-2110 a.C.) dice que tenía relaciones con Urshum situada en la meseta de Ebla, y en otro texto del mismo período se habla de «tres piezas finas de lino de Ebla». Una inscripción de Shu-sin autoriza a pensar que la ciudad fue incorporada a Ur. En el año 7 de Amar-sin se habla de cebada para los hombres de Urshum, Ebla y Mari, indicando así la dependencia de estas ciudades de un gobernador residente en Tutul, nombrado por el rey de Ur. Hay un texto de la I dinastía de Lagash (2400 a.C.) referente a un «canal de Ebla» en la ciudad de Adab, y ello podría suponer la existencia de una colonia de eblaítas en Adab. Sigue siendo citada en tiempos de Ishbi-erra de Mari (2017-1994), más tarde aparece en textos de Alalaj de los siglos XVIII, XV, XIV, XIII.

Todos estos textos eran conocidos desde hacía mucho tiempo, pero, a pesar de ello, la localización de Ebla era un enigma, cuyas soluciones son un buen ejemplo de lo poco que sabemos de la geografía antigua del Próximo Oriente. El año 1968 las excavaciones italianas sacaron a la luz una estatua del príncipe de Ebla Ibbit-lim, hijo de Igrish-hep, y el año 1975 apareció el archivo de la ciudad con más de 17.000 tablillas, escritas en escritura cuneiforme y en una lengua semítica antigua parecida al acadio antiguo. Su desciframiento por obra de G. Pettinato permitió iluminar con nueva luz la historia de Siria en el III milenio.

Ebla está situada en una colina llamada Tell Mardikh, unos 55 km al sur de Alepo, colina de forma oblonga de 1000 × 700 m, con una acrópolis en el centro y una ciudad baja al norte y al oeste. Estratigráfica y cronológicamente la historia de Ebla puede resumirse así:

Mardikh I	3500-3000	Período protohistórico. Formación de cultura urbana.
Mardikh IIA	3000-2350	Bronce Antiguo I-III. Protosirio antiguo. Desarrollo de la cultura protosiria.
Mardikh IIB1	2350-2250	Bronce Antiguo IVA. Período protosirio medio. Hegemonía de Ebla.
Mardikh IIB2	2250-2000	Bronce antiguo IVB. Período protosirio tardío. Predominio de Urshu.
Mardikh IIIA	2000-1800	Bronce Medio I. Período paleosirio arcaico. Cultura amorrea de Ebla.
Mardikh IIIB	1800-1600	Bronce Medio II. Período paleosirio medio. Apogeo de Alepo.
Mardikh IVA	1600-1400	Bronce reciente I. Período sirio medio antiguo. Mitani.
Mardikh IVB	1400-1200	Bronce reciente I. Período sirio medio reciente. Hititas.
Mardikh VA	1200-900	Hierro I. Período neosirio. Arameos.
Mardikh VB	900-720	Hierro II. Período neosirio. Arameos.
Mardikh VC	720-535	Hierro III. Período arameo y neohitita. Neoasirios y neobabilonios.
Mardikh VIA	535-325	Período persa. Imperio aqueménida
Mardikh VIB	325-60	Período helenístico. Imperio seleucida.
Mardikh VII	siglos III-VI	Período tardorromano y bizantino.

Hacia 2400 llega Ebla a su apogeo como el centro más importante de Siria. La ciudad tendría una superficie aproximada de 50 hectáreas, similar a la de Ur contemporáneo. Como edificio principal se considera al palacio real con todas sus dependencias en lo alto de la acrópolis, rodeado por las construcciones residenciales y administrativas de la zona baja. Los excavadores han podido identificar tres sectores principales en este momento. El complejo central en la cima de la acrópolis, y al que se accedía por un portal monumental con escaleras de losas de basalto: el barrio administrativo, al pie de la acrópolis por el oeste, sede de la cancillería y de las oficinas del gobierno, directamente conectado con el amplio espacio porticado del patio de audiencias; y el sector meridional, al pie de la acrópolis, consistente en el lugar de residencia para los dignatarios del palacio. Esta primera gran etapa de la ciudad, la que nos interesa especialmente en este apartado, fue desmantelada por Naram-sin de Akkad hacia el 2250 a.C. En los tiempos siguientes la hegemonía pasa a Urshu, situada en la misma zona, aunque su emplazamiento exacto sea desconocido, y la ciudad de Ebla debió llevar una vida lánguida. Vuelve a resurgir hacia el 2000/1900, con nuevas construcciones y parece que fue otra vez un centro político de importancia, citada en los textos asirios de Kanesh, contemporánea de la gran época de Mari, a la que sobrepasa

en extensión. Tuvo relaciones con Alalaj hacia el 1700 cuando seguía siendo una ciudad importante. Con el Egipto antiguo mantuvo contactos comerciales en su época de esplendor, según atestiguan los hallazgos de vasos de diorita de Kefren (IV dinastía) y el de alabastro de Pepi I (VI dinastía). De la segunda época de florecimiento eblaíta (Mardikh IIIB) poseemos una maza de armas de ceremonia con el nombre del faraón Hotep-ibre de la dinastía XIII, entre otras piezas.

Los excavadores de Ebla creen que la ciudad fue destruida por los hititas hacia el año 1600 a.C., fundándose en razones arqueológicas sin que haya texto alguno que lo confirme. Aunque aparece en la lista de ciudades conquistadas por Tutmés III, por aquellos tiempos no debía ser más que un campo de ruinas con alguna población viviendo en una aldea.

Inmediatamente después del desciframiento de los textos encontrados en los archivos del palacio, más de 17.000 tablillas y fragmentos, se creyó que Ebla era un reino de considerable extensión geográfica. Años después algunos creen poder afirmar que no lo era tanto y que en realidad comprendía un territorio que comprendía por el sur hasta Hama y llegaba por el norte hasta la llanura de Antioquía y englobaba la ciudad de Karkemish sobre el Éufrates. Sus habitantes históricos eran semitas septentrionales. Los archivos permitieron a Pettinato reconstruir una lista de reyes de Ebla que se sucedieron en el orden siguiente: Igrish-Khalam, Irkab-Damu, Ar-Ennum, Ebrium, Ibbi-Lipish durante un período que iría de 2500 a 2200 a.C. No hay argumentos para creer que se trate de una sucesión hereditaria, sino de reyes ungidos para un tiempo determinado, que el autor citado cree que podía ser de siete años. Otros opinan que no puede admitirse esta hipótesis y que por lo menos el último rey era hijo del anterior. El rey era la cabeza del estado, pero todo apunta a una organización tribal en la que el poder real está en manos de los jefes de clanes, los cuales juntos deciden la suerte de las tribus. El rey se llama *en* o *melikum*. La reina, *maliktum*, y participa en las tareas de gobierno. La monarquía eblaíta está lejos de ser un régimen despótico como los típicos del Oriente antiguo y está mucho más cerca de aquella democracia primitiva de la que hablaba Jakobsen por los años cuarenta.

El rey estaba asistido por los «señores» (MI + SITA), cuyo número no es fijo, pudiendo ser 12 o 16, y que estaban al frente de distintos sectores de la administración. Tiene a su servicio varios miles de ayudantes. A veces actúan como jueces, otras tenían la responsabilidad de los rebaños, pero el rey no era elegido entre ellos. Órgano de gran importancia era el consejo de ancianos, herencia de la organización tribal del estado, cuyas atribuciones debieron ser muy importantes, si tenemos en cuenta que su papel era reconocido en el campo de las relaciones internacionales.

El palacio centralizaba toda la actividad económica que, como en todas las sociedades semíticas antiguas, descansaba en la agricultura, la ganadería, la manufactura y el comercio. Los textos hablan de unidades familiares rurales, que se dedicaban a producir para los distintos organismos y estamentos del estado. Una gran parte del patrimonio pertenecía a la corona. Capítulo de suma importancia en la economía eblaíta era el comercio que operaba con productos de la artesanía local, los tejidos de lana y lino, pero ejercía el control de las rutas comerciales que unían Anatolia con Siria y ésta con Mesopotamia. Estas rutas comerciales operaban en el comercio de metales. El centro comercial era el patio

de audiencias vinculado al palacio. Allí se organizaban las caravanas, recibían instrucciones los enviados y embajadores y se recibían los pagos en oro y plata de gobernadores y vasallos. Los archivos reales del distrito administrativo anejo, guardados en su mayoría en una habitación del porche este del patio, eran en su mayoría cuentas mensuales de las entregas de tejidos, recibos de pagos de a veces grandes sumas de oro y plata, registros de raciones alimenticias para mensajeros enviados a misiones, y en menor grado documentos administrativos concernientes al *staff* del palacio, cría de ganado y agricultura.

Pettinato dice que el estado de Ebla se revelaba como una organización política de potencia insospechada si se considera su fecha temprana, comparable a la gran monarquía egipcia y muy superior a las formaciones políticas mesopotámicas anteriores al imperio akkadio. Se basaba para ello en un tratado internacional entre Ebla y Assur que en su primera parte enumera todas las posesiones del estado. Comprende 17 países «en las manos del rey de Ebla», entre los que se encuentra Kanishu que parece ser identificable con Kanesh de Capadocia, y numerosas ciudades como Karkemish. El llamado atlas geográfico del Próximo Oriente enumera 289 ciudades probablemente de Siria, Palestina y algunas de Mesopotamia, que si no son eblaítas, muchas de ellas serían de influencia de Ebla y de eblaítas en Asur. Hay una carta que habla de expediciones militares, cuyo texto (trad. de Pettinato) es:

«Asi Enna-Dagan, rey de Mari al rey de Ebla. La ciudad de Akuru y la ciudad de Ilgi que se encuentran en el territorio de Belan he asediado y he derrotado al rey de Mari, túmulos de cadáveres he alzado en el país de Lebanan. La ciudad de Tihalat y la ciudad de Iluri he asediado y he derrotado al rey de Mari, túmulos de cadáveres he levantado en el país de Angai. Los países de Racab e Irim y Ashaltu y Badul he asediado y he derrotado al rey de Mari; túmulos de cadáveres cerca de los confines de Nahal he levantado. En Emar y en Lalanium, y cerca de la colonia comercial de Ebla, a Ishtup-shar, comandante de Mari he derrotado; túmulos de cadáveres he levantado en Emar Lalanium. Y Galabi y X y la colonia comercial de Ebla he liberado. Iblul-il, rey de Mari y Asur, he derrotado en Zahiran y siete túmulos de cadáveres he alzado. Iblul-il, rey de Mari, y la ciudad de Shada, Addali y Arisum, en el territorio de Burman, junto con los hombres de Sukurrim he derrotado y túmulos de cadáveres he levantado. Y Sharan y Dammium junto con Iblul-il, rey de Mari, he derrotado; dos túmulos de cadáveres he alzado. Hacia Nerad y en su casa en Hashuwan Iblul-il, rey de Mari, ha huido, llevando [consigo] el tributo debido a Ebla en la ciudad de Mana. Y a Emar he derrotado, túmulos de cadáveres he levantado. Iblul-il, rey de Mari y las ciudades de Nahal y Shada del territorio de Gasur he derrotado en Ganane; siete túmulos de cadáveres he levantado. Iblul-il, rey de Mari y la ciudad de Barama por segunda vez, y Aburu y Tihalat en el territorio de Belan he derrotado yo, Enna Dagan, rey de Mari. Túmulos de cadáveres he levantado».

El texto continúa fragmentariamente y habla de la restitución de la soberanía a varios países y de un juramento de sumisión (?) por parte de Iblul-il a Ebla. El texto en su conjunto es interpretado por Pettinato como el relato de una expedición eblaíta, que alcanza el Éufrates en Emar, donde había un *karum* eblaíta, cruza el río por la confluencia con el Khabur y llega a Mane. El enemigo es el rey de Mari, Iblul-il al que se le despoja de su trono y en su lugar se nombra a Enna-

Dagan. Recientemente (año 1984) Mathiae lo entiende en sentido completamente opuesto. Según este autor Enna-Dagan es un rey de Mari que escribe al rey de Ebla, en un tono retórico hablando de cosas del pasado (¡).

Por lo que sabemos ya (y queda casi todo sin estudiar) Ebla da la impresión de que se trataba de un gran centro comercial, como lo será después Mari o Babilonia, y por aquella época lo eran ya Ur, Assur, etc. Los textos y la arqueología sobre todo son la fuente para saber qué productos llegaban a Ebla desde tierras lejanas. Lapislázuli de Afganistán, vasos de alabastro egipcios, conchas de moluscos del Mediterráneo y del Índico indican la amplitud de las redes comerciales, seguramente indirectas, de la ciudad. Ya hemos hablado de los metales y de los tejidos, pero debemos añadir la madera, en cuya exportación intercedía por la proximidad de los pinares del Líbano y de Siria. En los documentos aparecen grandes cantidades de oro y plata, aunque no se nos indica la procedencia ni la del estaño ni del cobre. Existió un comercio de largo alcance muy significativo dentro de las relaciones económicas de la época. Se trata del lapislázuli extraído en la región montañosa del Badakhstan (en el actual Afganistán), que se exportaba hacia occidente, hasta Egipto, y del que Ebla era un centro distribuidor de primer orden, a juzgar por las cantidades encontradas en los almacenes del palacio. La arqueología de Ebla ha demostrado asimismo la importancia del comercio de conchas marinas tanto procedentes del Mediterráneo como del Índico.

La lengua que se hablaba y se escribía en Ebla pertenece a un tipo semítico arcaico que se ha mantenido en Mesopotamia en el akkadio, y constituye una lengua propia escrita en el sistema cuneiforme mesopotámico, es decir con signos que unas veces tienen valor ideográfico y otras fonético, aunque predominan los primeros.

En el estado actual de nuestros conocimientos sobre Ebla, se puede hacer una lista bastante completa de los dioses adorados en la ciudad, pero nos falta aún una literatura que trate de sus relaciones y las cosmogonías que expliquen sus contenidos realmente religiosos. Como en toda la cultura eblaíta, en la religión se nota claramente la influencia sumeria. Los dioses más importantes son Kura, Rasap, Dagan, Ada, Ashtar, Timmutu, dioses sumerios, etc.

En el terreno del arte se refleja el mismo mimetismo con el arte mesopotámico. Se conserva una escultura en piedra. Destacan los trabajos de marquetería y una glíptica muy desarrollada predecesora de la gran escuela glíptica siria del segundo milenio. Destruida la ciudad por los soberanos de la dinastía akkadia, renació con fuerza a comienzos del segundo milenio en tiempo de las dinastías amorreas. Es la época de los reinos de Karkemish y de Alepo, con los que rivaliza ahora la ciudad de Ebla. Precisamente de este momento es la estatua del rey Ibbit-lim, que permitió la identificación de Tell-Mardikh como la antigua Ebla. Hay un desarrollo de la arquitectura, y sobre todo de la escultura en piedra y el relieve. Una vez más vemos cómo la influencia mesopotámica se hace presente en todo este mundo artístico que va configurando una estética propia.

DOCUMENTOS

1. EBLA

[?] + 2 ovinos para Samagan, 13 ovinos para Nikadul de Arukatu [de parte del rey] como of[renda] en el día (establecido) del (mes) AMA-ra; 6 ovinos para Kura de parte del rey como ofrenda en el día (establecido) del (mes) AMA-ra; 1 ovino «cerca del palo» para Astabi de parte del rey como ofrenda, 4 ovinos para Ada de Halam de parte del rey como ofrenda en el día (establecido) del (mes) AMA-ra; 7 ovinos para Ilam de parte del rey como ofrenda en el día (establecido) del (mes) AMA-ra; 17 ovinos para Nidukul de Luban de parte del rey como ofrenda en el día (establecido) del (mes) AMA-ra; 1 ovino «degollado» para los lamentos del «rey». Enna-ya (ha) consignado, 20 ovinos «para los lamentos del rey» en el jardín de parte del rey como ofrenda; 17 ovinos para la Paredra de Nidakul Ir'ak-Damu como ofrenda en el día (establecido) de los dones ha dado; 1 ovino para Ada Ir'ak-Da[mu] como ofrenda en (el día establecido) de los dones para la Paredra de Nidakul ha dado; 2 ovinos para Nidekul de Arukatu de parte de Ir'ak-Damu como ofrenda (en el mes) AMA-ra; 2 ovinos para Kura de parte de Ir'ak-Damu como ofrenda [en] el día (establecido) del (mes) AMA-ra:...

(Traducción de G. PETTINATO, *Culti ufficiale ad Ebla*, pág. 46-48)

BIBLIOGRAFÍA

GT. PETTINATO: *Ebla. Un imperio inciso nell'argilla*, Milano, 1979.

CAPÍTULO V

LA III DINASTIA DE UR

En la confusión política de Babilonia que hemos visto anteriormente, surge la figura de *Urnammu* (2113-2096), primero como gobernador de Ur bajo Utukhemgal y luego como independiente de él. Sobre el país pesaba aún, por lo que parece, el yugo guteo que mantenía a hombres fieles, como Ur Bau de Lagash, quien inició una serie de acciones militares contra el territorio de Ur. Urnammu se le enfrentó y lo derrotó matando a su yerno Namajani. Usurpó el trono y fundó la llamada III dinastía de Ur. Se apoderó de Lagash y sus inscripciones se encuentran en Erech, Nippur, Adab y Larsa, además de Ur. Reinó dieciocho años y de sus hechos poco es conocido. Una de sus fórmulas de datación (costumbre oriental de denominar los años por el hecho más significativo ocurrido en cada uno de ellos) nos dice que nombró a un hijo suyo sacerdote de Uruk. Otro dice: «El muro de Uruk fue construido», lo que parece aludir a una fortificación de esta ciudad contra alguien que desconocemos. Otra fórmula explica: «Enderezó el camino de abajo arriba», lo que puede aludir a una expedición desde el Golfo Pérsico hasta el Mediterráneo. Las obras públicas, señal inequívoca de la recuperación del reino, han llegado hasta nosotros, unas aludidas en inscripciones en ladrillos, conos de arcilla o dinteles de piedra, y nos hablan de edificios dedicados a dioses de Ur o de las ciudades de Uruk, Nippur, Adab, Larsa y por supuesto Ur. De ellos son de destacar el zigurat *(ziqqurat)* de Uruk dedicado a la diosa Inanna y el de Ur excavado por Woolley. De especial significación política y económica es la construcción de canales, un tema que destaca en los textos conservados de este rey. No nos alejamos de la verdad si interpretamos esta actividad como una demostración del interés real por restaurar la economía del reino después de la desastrosa presencia de los guteos. Citaremos el canal de Lagash llamado «Nanna-Gugar». Algunos conos encontrados en Digdigga, al noroeste de Ur, dejan entrever que gracias a las obras de Urnammu, los navíos de Magan podían llegar a un puerto situado en esta zona.

Sobre su código se hablará en otro apartado de este capítulo. La fama, muy importante para juzgar el papel histórico de cualquier personaje, no fue avara

con Urnammu. Se le llamó «rey de las cuatro regiones», «rey de Sumer y Akkad» y fue celebrado en himnos de alabanza, los cuales en algún caso no carecen de contenido histórico, como aquel del Museo Británico en que se alaba su «justicia» lo que se considera como una alusión a su labor legislativa. Otro alude a la muerte del rey y el duelo de su familia y de sus súbditos y la esperanza de que tenga un lugar privilegiado en el más allá.

Le sucedió *Shulgi* (2045-2048) la primera parte de cuyo reinado estuvo dedicada al culto y sus obligaciones, pero, a partir del año 19, comienzan las noticias sobre movilizaciones y guerras. El año 19, «las gentes de Ur son movilizadas», sin que sepamos contra quién ni por qué. El año 22 envía una embajada, y a partir del año 24 empiezan las campañas militares recurrentes: Ganjar (Karajar), Simurru, Jarshu, Anshan, Lulubu, Kimash, Jummurtu, Jarshi fueron tomadas y destruidas en distintas ocasiones. La localización de estos lugares y otros como Urbilum (Irbil), Shashrum (Shunsara) sitúan las campañas de Shulgi al norte y noroeste del reino, es decir en las zonas donde se hacía sentir la presión de los hurritas y de los antiguos invasores de Mesopotamia que conocemos como los guteos. Asiria fue vasalla de Ur casi con seguridad. Asimismo Elam soportó el yugo de Ur. Por el noroeste debió haber también algún conflicto porque se habla del «botín de Amurru», si bien hay testimonio de que los gobernadores de Mari, Tuttul, Ebla y Biblos, entregaron ganado a la ganadería real. Poseemos dos cartas en las que aparece un personaje de notable importancia en el reinado de Shulgi. Se trata de un tal Arad-mu, Irda-Mu o Ir-Mu, que había sido enviado por el rey para mantener en buenas condiciones los caminos del país de Subir (Subartu) y para estabilizar las fronteras del país de Ur, para lo cual era necesario mantener en la obediencia a los reyezuelos de la región. El enviado real encuentra al reyezuelo en su palacio y cuando llega nadie le pide «la paz» de su rey. Los que estaban sentados no se levantan ni hacen reverencia alguna. El rey reposaba en un trono colocado bajo un dosel, los pies puestos sobre un escabel y no los movió de él. A su alrededor los nobles, jefes de esclavos. Arad-mu fue recibido con cierto protocolo, aunque trató de demostrar su disgusto ante la falta de comedimiento de aquellos bárbaros. Pasaron los meses sin que la misión pudiera cumplirse en todos sus extremos y envía un mensajero a Ur dando noticias de lo sucedido. El rey contesta recordándole sus obligaciones y urgiéndole a que las cumpla.

Como figura histórica, Shulgi fue el rey más significativo de esta dinastía por su largo reinado y por su voluntad de imitar a Naram-sin, lo que demuestra que el modelo político akkadio tiene una supervivencia en esta época, incluso en el punto de la divinización real. El rey es el dios protector de su reino, asimilado a Tammuz, y el esposo de Inanna. Fue cantado en multitud de himnos de poetas cortesanos que le buscaron genealogías divinas o semidivinas. Fue sepultado en una tumba grandiosa, lo que quiere decir que se le consideraba en su tiempo por encima de los hombres. Es el momento en que en Oriente Próximo se está más cerca de la divinización real.

Amar-Sin (o Bursin) (2047-2039) ascendió al trono sin problemas en un estado consolidado durante el reinado anterior. Conocemos campañas militares en Urbilum (Irbil = Arbelas) el año 2; el año 6 y 7 en Shasharu y tres localidades más, que deben estar en la misma región. Aparte estas expediciones, el rey dedicó los abundantes recursos del estado a obras en Nippur Uruk y Ur, nombró goberna-

dores y protegió las vías comerciales de todo el país. Murió de la «mordedura de su zapato».

Pacíficamente le sucedió *Shu-Sin* (2038-2030). Vuelve a las expediciones a Simanun el año 2 y el 7 a la región de Zabshali. De Simanum se trajeron cautivos, a los que se estableció en un campo de trabajo situado en las proximidades de Nippur y de Zabshali donde mandaba un tal Indam, con abundante botín de cobre, estaño y oro. Durante el reinado de Shu-Sin la parte nordeste del reino (Urbilum, Jamazi, Krajar, los subareos, Usargarhama, Bashimi, etc.) estaba al mando de Urdumanna, un alto funcionario que acumula los cargos de *sukkal-maj* (alto comisario), *ensi* (gobernador) y sacerdote, y según todas las apariencias mantuvo en orden a estas levantiscas poblaciones. El año 4 se registra la construcción del «muro occidental» y en otro texto se dice que «el rey Shu-Sin de Ur construyó el muro occidental Muriq-Tidnim (= que defiende contra el país de Tidnu)». Se trata de un muro defensivo contra los amoritas, que trataban de penetrar en Babilonia y cuya situación es discutida, pero probablemente se debe ubicar entre el Tigris y el Éufrates en la zona en que estas dos corrientes se aproximan más, al norte de la actual Bagdad, en la zona de Aqarquf.

El reinado de *Ibbi-Sin* (2029-2006) es una etapa de continua desintegración a pesar de los esfuerzos por mantener en pie la organización del estado. Desgraciadamente, las «listas de fechas» no nos permiten una cronología ordenada del reinado. Algunos datos aparecen en tres cartas del rey y en las listas económicas, aunque escasas. T. Jacobsen dice: «Es verdaderamente intrigante cómo un imperio del tipo de la III dinastía de Ur –a juzgar por nuestras fuentes, la estructura más eficientemente organizada de su género hasta la época asiria– pudo colapsarse tan rápida y totalmente sin una presión de un estado o estados enemigos de comparable magnitud». Cuando subió al trono Ibbi-Sin nada podía presagiar ninguna catástrofe. Era hijo de su antecesor y de una esposa secundaria llamada Mama. El viejo Urdunana seguía al frente de los asuntos de gobierno. En la frontera nordeste tenían lugar las mismas expediciones y los matrimonios de princesas reales con jefezuelos, lo mismo que antaño se había casado a la princesa Tukin-Jatta-Micrisha con el reyezuelo de Zabishali. En el tercer año hay una expedición contra Simurru, los impuestos afluían con abundancia y florecía la literatura. De pronto, sin que sepamos cómo, empiezan a desaparecer los documentos fechados con el nombre del rey. En Eshnuna cesan el año 2, en Susa el 3, en Lagash el 5, en Unma el 6, en Nippur el 7. Los *ensis* ya no envían animales sacrificiales para las ofrendas reales de Nanna. El año 6 hay que reforzar las defensas de Nippur y Ur.

La tradición adivinatoria de los augurios posteriores conservó la memoria de las calamidades del reinado de Ibbi-sin. Aparece un personaje llamado Ishbi-erra de Mari que juega un papel importante en esta crisis. En una carta al rey da cuenta de una misión que le encargó que era ir a Isin y Kazallu a comprar grano, el cual había subido de tal manera que el *gur* costaba un siclo a causa de lo cual había gastado 20 talentos de plata. Entre tanto se supo que los *martu* hostiles habían invadido la llanura, por lo cual tuvo que guardar el grano en Isin a causa de que los martu se habían apoderado de una ciudad después de otra. Pide barcos para transportar el trigo, e incluso se atreve a solicitar el gobierno de Isin y Nippur. La respuesta de Ibbi-sin, conservada en una tablilla, da muestras del estado de

postración en que se encuentra la ciudad. Comprará el trigo a doble precio del pagado, pero no tiene barcos y éstos han de suministrarlos los *ensis* del norte. Al final de la carta Ibbi-sin concede a Ishbi-erra la defensa de Isin y Nippur. La conducta posterior de Ishbi-erra la conocemos por otra carta que escribe Puzur-numushda, gobernador de Kazallu a Ibbi-sin. En ella se dice claramente que Ishbi-erra se ha proclamado rey de Isin y aspira al dominio desde el norte hasta el sur, dedicándose a hacer prisioneros a todos los *ensis* que se le resisten, como le ocurrió a Zinnum de Subir. Frente a él Puzur-numushda se encuentra solo y desesperado. En la carta de respuesta de Ibbi-sin se refleja la desesperación de la impotencia; considera que Enlil ha suscitado contra él las calamidades presentes, pero espera que todo pase y vuelvan las aguas a su cauce. Cree Jacobsen que la invasión de los *martu* aisló a Ur y la sumió en el hambre y la miseria, y esto provocó el abandono general de los gobernadores de provincias, que tuvieron que defenderse solos, y entre ellos Ishbi-erra, se presentó como el más audaz y ambicioso. «En una comunidad como la sumeria, que hacía al rey personalmente responsable por sus actos rituales, el favor divino, y poderes carismáticos de la fertilidad y la prosperidad, el mal efecto sobre su prestigio y autoridad de años de hambre debió realmente ser muy profunda». Quedó pues el reino dividido entre dos dinastías: Ibbi-sin en Ur e Ishbi-erra en la mayor parte del país. De todos modos, la descomposición del estado de Ur parece que fue un proceso que duró unos veinte años y su desenlace final fue el ataque de elamitas y el pueblo de Sua que se llevaron prisionero a Ibbi-sin y dejaron una guarnición en Ur, pronto expulsada por Ishbi-erra con lo que quedaba como único rey de todo Sumer con Isin como capital.

1. EL ESTADO DE UR III

El estado durante la época que tratamos es uno de los mejor documentados en su organización interna, gracias a los miles de tablillas, especialmente a partir de mediados del reinado de Shulgi. De una manera general el estado de esta época ha sido caracterizado como «un socialismo patriarcal de estado», lo cual no deja de ser una simple aproximación al problema. Algo más explícita es la imagen expresada por F. R. Kraus: «Se puede uno formar una idea de la vida de la sociedad sumeria antigua comparándola a un ejército moderno en tiempo de paz. El individuo está completamente integrado en el conjunto; el sentido y el fin de esta organización es la concentración de esta sociedad y de su nivel de civilización». Este estado, cuyo cuadro fue una ciudad en la época protodinástica, a partir de Sargón, lo será el estado territorial formado por muchas ciudades con sus territorios. Después de la desintegración subsiguiente, Ur III volverá al modelo akkadio, pero dotándolo de la eficacia de una burocracia de abolengo sumerio disciplinada y eficaz.

La extensión del reino de Ur III es muy mal conocida. Las descripciones geográficas que poseemos, como la contenida en las tablillas de Nippur, publicadas por Kraus, contienen descripciones parciales, aunque muy completas, de lugares en su mayor parte inidentificables, de distritos o provincias, pero realmente solo cuatro están descritas con detalle: *SID-tab*, *Aliak*, *Marab* y una cuarta sin nombre que se ha identificado con Akshak. A *grosso modo* pueden ubicarse al norte de

Nippur. Kraus ha insistido en que el concepto de provincia en la época de Ur III, concretamente en tiempos de Urnammu, a quien se remite este texto, las provincias conservaron las antiguas ciudades estado que ahora sólo tenían autonomía administrativa. Se las llama «territorio del dios N de la ciudad A». Por distintos métodos se ha llegado a enumerar unas cuarenta provincias. Las fronteras exteriores del reino eran, como ocurre en todos los estados antiguos, fluctuantes, según la fortuna de las expediciones militares. Una dificultad más es que el título de *ensi* se atribuye unas veces a príncipes vasallos y otras no. En términos generales la base fundamental del reino estaba formada por la baja Mesopotamia o país de Sumer con las ciudades de Ur, Eridu, Larsa, Lagash, Uruk, como las más importantes, y Akkad con las de Agade (?), Sipar, Borsippa, Kish, Dilbat, Akshak, en las que se había producido en la época akkadia un predominio semita. Igualmente debe incluirse la región del Diyala, zona del Éufrates medio con Mari, Asur en el curso medio del Tigris y Tell Brak en el alto Jabur ha producido una tablilla con el nombre de Urnammu y es posible que dependiera de Ur. En estos territorios vivían sumerios, akkadios-semitas, elamitas, amoritas, hurritas y tal vez otras poblaciones que desconocemos.

2. EL REY

La monarquía es heredera directa de la akkadia en cuanto a concepción política centralista, pero tuvo la ventaja de contar con una burocracia minuciosa que dio al estado una eficacia administrativa y una permanencia desconocidas anteriormente. En todo este fenómeno se nota la influencia del elemento sumerio que ahora predomina. El rey tiene poder absoluto y participa de una divinización atenuada, según la cual no forma parte de los dioses pero es el dispensador de gracias divinas sobre sus súbditos. Desde Naram-sin en la época akkadia, su nombre se escribe con determinativo divino y su persona recibe culto en Unma o Kingira. De una manera vaga se le identifica con Dumuzi. Este proceso hacia la divinización llega a su punto culminante con la figura de Shulgi, e incluso se rindió culto a un *patesi*, pero no pasó de ser un caso excepcional. De todos modos no hay que olvidar que todos los testimonios que tenemos son de tipo oficialista y por ello de un valor limitado. Era un hecho necesario dentro de la dialéctica del poder absoluto que este en todos los estados conduce de una manera o de otra a la divinización del monarca. Es posible que el rey tuviera a su lado a un alto funcionario, el *sukal-maj* que podría traducirse por «gran visir».

3. LAS PROVINCIAS

Las provincias o ciudades capitales de provincia estaban regidas por un *ensi* nombrado por el rey y responsable ante él; administraba justicia en su nombre y se remontaba lejanamente al antiguo príncipe de la ciudad, porque no hemos de olvidar que el reino de Ur hundía sus raíces en el antiguo sistema de las ciudades estado. Este funcionario, que tendría distinta categoría según la importancia de la ciudad que administraba, llegó en algunos casos a aspirar a la heredabilidad del cargo, y en muchos casos continuó sirviendo bajo diferentes

monarcas. Las circunscripciones menores o distritos es posible que fueran administradas por el *rabianum* (palabra semítica que equivaldrá a «alcalde»).

4. LA ORGANIZACIÓN MILITAR

Sabemos que los reyes de Ur III protagonizaron expediciones militares en las fronteras del país y que sus ejércitos defendieron el estado hasta el momento de su caída, pero desconocemos casi por completo su recluta, armamento, estrategia y mandos. Algunos términos como *erem* (recluta tanto para obras colectivas como para el ejército), *aga-ush* (soldado profesional) o *shagin* (jefe militar) y poco más.

En un orden completamente teórico se pude decir que en tiempos de Shulgi un año se denomina aquel en que «las gentes de Ur fueron movilizadas como arqueros». Pero no sabemos con qué ocasión, aunque es posible que fuera al comienzo de su actividad bélica. Importancia militar debió tener la construcción del muro de Tidmun o las fortificaciones de Ur, Shippar o Uruk.

5. ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Una economía basada fundamentalmente en la agricultura, la manufactura y el intercambio comercial descansa en su estructura sobre la distribución de la tierra. Parece que a pesar de la abundancia de documentos, el problema no está claro. Hay un hecho muy significativo y es que entre los miles de contratos que poseemos, muy pocos hablan sobre la compra de tierras o de pleitos sobre la posesión de las mismas. Evidentemente esto no quiere decir que no hubiera propiedad privada de la tierra, pero sí que debía ser escasa. Los grandes propietarios de antaño: el palacio y el templo, debieron alterar su relación desde los tiempos protosumerios de la ciudad estado en beneficio del palacio, es decir, del rey y de la corte. Por otra parte están las tierras de la nobleza que parece eran muy importantes en el período presargónico y que disminuyeron en la época de Ur III. Se desconoce en beneficio de quien se produjo esta disminución, pero se presume que fue en beneficio de la realeza, como ocurre en todo régimen despótico. A todo esto, es decir, a un mayor control real, apuntan los hechos en que muchas de las tablillas que se consideraban en templos en realidad son de palacio, como es el caso de las de Puzrishdagan de Nippur. Aquí se encontró un archivo que empieza el año 39 de Shulgi. Se trata de una contabilidad del ganado destinado a ser sacrificado en el templo de Enlil de Nippur; pero realmente estamos ante una institución oficial, que también proveía de ganado a la corte real. A pesar de todas las interpretaciones posibles, la propiedad privada empieza a ser importante en el denominado segundo período intermedio, es decir la época paleobabilónica. Sea cualquiera la distribución de la tierra, tanto el palacio como el templo o la nobleza explotaban los campos con campesinos que sufrían distintas formas de dependencia.

En la agricultura no es probable que hubiera innovaciones técnicas y continuó lo mismo en época protosumeria. Probablemente de esta época es el tratado *De re rustica* que ha llegado a nosotros en copias muy posteriores y demuestra que

el cultivo del campo se había erigido en tema de reflexión literaria del mismo modo que se hizo entre griegos y latinos. En resumen, es una instrucción sobre el buen modo de cultivar los campos. Enseña que el primer cuidado ha de ser que las aguas no suban demasiado, y cuando se retiren se deben echar rebaños de ganado para que pisen la tierra y la allanen; este nivelado debe acabarse con azadas y azadones y mientras el suelo se seca han de prepararse todos los aperos, empezando por los látigos y aguijadas para estimular a los hombres y a las bestias. Al campo hay que darle dos labores de arado de distinta profundidad y tres de grada y rastrillo deshaciendo los terrones con un mazo. Después se procede a la siembra, que se hace con un arado al que se adosa un contenedor que deja caer la semilla a través de un embudo hasta el surco. Se recomienda hacer ocho surcos por cada *garush* (una franja de seis a siete metros de ancho). Una vez nacida la simiente se la riega hasta tres veces y en casos especiales hasta cuatro. Cuando la cosecha está madura viene la siega y la trilla, la primera con hoces y la segunda con trillos de maderos dentados. Evidentemente el texto se refiere a los cereales, de los cuales la agricultura sumeria conocía las especies tradicionales: el trigo, la cebada, el mijo y el alcacer. Además se cultivaban guisantes, lentejas, algarrobas, cebollas, ajos, lechugas, nabos, berros, puerros, pepinos y mostaza. El árbol más frecuente era la palmera datilera.

La ganadería era como en toda la antigüedad, la segunda base fundamental de la economía como productora de carne, pieles, lana y fuerza de trabajo. El más apreciado era el vacuno, del que los templos poseyeron desde antiguo grandes cantidades. El templo de Baba de Lagash tenía 131 cabezas, además de 27 vacas lecheras y 2 sementales. El palacio igualmente disponía de numerosos rebaños. Ya hemos citado el archivo de Puzrishdagan, según el cual Shulgi tenía una enorme cabaña ganadera, destinada a suministrar carne al palacio, pero que comprendía también ovino, antílopes, gacelas, jabalíes, asnos, gamos e incluso osos sirios, cuya carne se consideraba un bocado exquisito. El caballo era escasamente conocido en esta época y lugar y sólo en la última época sumeria se emplea para cruces.

No se puede minusvalorar la pesca, tanto fluvial como marítima, que constituyó un monopolio y contribuía en gran medida a la dieta. No carece de importancia la caza, no como deporte, que también la había, sino como medio de alimentación: onagros, jabalíes, liebres, orix, antílopes, gacelas, gamos, etc., es decir lo mismo que se cazaba en el neolítico como complemento alimentario.

En cuanto a manufacturas destacaremos las tradicionales de madera, cerámica, cuero, tallado de piedras semipreciosas y una muy rica y variada industria del metal.

La sociedad sumeria de Ur III presenta una evidente diversidad racial: sumerios, semitas (akkadios y algunos amoritas que empiezan a establecerse en la región) y otros que ya hemos enumerado más arriba. Se ha pensado que la ascensión de Sargón de Akkad, y después de Gutium, de los sumerios bajo Urnammu, podría haber sido causa o efecto de una rivalidad entre semitas y sumerios; sin embargo después de un agudo estudio de T. Jacobsen, parece que tal rivalidad nunca existió. En lugar de tal conflicto hay que destacar el factor puramente político: una lucha continua entre las fuerzas unificadoras y las desintegradoras dentro del país; las primeras tuvieron dos momentos decisivos:

Naram-sin en la época akkadia, y, después del intermedio guteo, la III dinastía Ur, pero fracasaron después de un éxito efímero.

En una sociedad rígidamente organizada, la administración de justicia es un medio de control decisivo y significa la implantación de una disciplina social y el ejemplar escarmiento de aquellos que se aparten de las costumbres y normas elaborados por los que controlan el poder. La dinastía se inicia con el código de Urnammu, que hasta ahora es el primero de la historia universal. Los fragmentos conservados nos ilustran sobre las motivaciones y el contenido parcial de las disposiciones legislativas. Como era de esperar, Urnammu fue escogido por los dioses como su representante en la tierra para gobernar sobre Ur y Sumer. El rey, una vez que había establecido las fronteras del país, se dedicó a organizar los asuntos internos y a reformar social y moralmente la comunidad. Eliminó a los que robaban el ganado de los ciudadanos; estableció pesas y medidas justas y permanentes, protegió a los pobres y a las viudas. Las pocas leyes que se conservan son fundamentalmente de derecho penal, y, caso curioso, ya se admite la compensación económica en los delitos de sangre.

Sin embargo, ofrecen mayor interés aún si cabe, para el conocimiento de los tribunales y administración de justicia, una serie de más de trescientas inscripciones en tablillas, procedentes de Lagash y que cronológicamente van desde el año 22 de Shulgi hasta el 3 de Ibbi-sin. Los escribas les llaman *ditilla* (proceso acabado). Teóricamente el rey es el responsable de la justicia, pero en la práctica ésta se dejaba en manos de los *ensis* de las ciudades, cuyo nombre aparece al principio sólo en los documentos, luego junto al nombre de los jueces y más tarde sólo aparecen los de estos últimos. Los templos no jugaban papel alguno en la justicia, salvo para los juramentos, y algún caso especial. Los jueces se constituían en número de tres o cuatro y a veces incluso de dos y de uno. No eran profesionales sino administradores de templos, mercaderes, guardias, inspectores, augures, etcétera incluso *ensis*. Conocemos una especie de secretario de juzgado llamado mashakin, que cobra en una ocasión «un siclo de plata y un cordero». Son importantes los testigos. El proceso se iniciaba a instancia de parte y se aducían testigos ante el tribunal o testimonios escritos, juramentos, etc. En los casos que conocemos abundan los procesos referentes a propiedad de esclavos, divorcios, posesión de inmuebles. Se alude a contratos de compraventa, donación, préstamo, pero no hay ninguno que litigue por una compra de tierra.

6. LOS TEMPLOS

No se puede entender la vida del reino de Ur III sin hacer una referencia al papel que desempeñaron los templos. A pesar de lo que hemos dicho antes, el templo sigue teniendo una gran importancia en la vida de la ciudad, tanto en el terreno político como en el social y económico. Es un hecho que, a pesar de las decenas de miles de tablillas económicas conocidas, no estamos en situación de poder definir en términos exactos la importancia del templo. Parece que en esta época se refugia más en sí mismo y se aleja de la política activa que queda ahora en manos del rey. Los reyes de Ur III construyeron templos que figuran en sus fórmulas anuales. Se erigieron torres o *ziqqurats*, se repararon los que habían caído víctimas de la incuria. Todo ello era obra real, porque el rey en tanto que

era jefe de la comunidad tenía que procurar la protección de los dioses para la conservación de su prosperidad. No hay que olvidar que la religión es en su conjunto un asunto de estado y más concretamente del rey, el cual ahora al reinar sobre muchas ciudades, se hace cargo de la dotación de templos en todas ellas. En la capital, Ur, el rey hace los sacrificios en persona, y como no lo puede hacer en los templos de las capitales de provincia, envía emisarios que lo hagan en su nombre y si se trata de fiestas importantes, él mismo acude en persona. La organización interna del templo, tanto cultural como administrativa, sigue siendo un tema profundamente oscuro. No existía el concepto de «sacerdote» pero sí había multitud de hombres y mujeres dedicados a las ceremonias litúrgicas. Como cabezas visibles de la «jerarquía eclesiástica» estaba «el señor del dios» y la «concubina del dios», cargos que fueron desempeñados por personas de sangre real.

BIBLIOGRAFÍA

A. FALKENSTEIN: «La cité-temple sumérienne», en *Cah. d'Hist. Mond.* I. (1954) páginas 784-814.
H. FRANKFORT: *Arte y Arquitectura del Oriente Antiguo.* Madrid, 1982.
C. GADD: «The Cities of Babilonia», en *Cam. Anc. Hist.* 1964.
TH. JACOBSEN: *The Sumerian King List.* Chicago, 1939.
S. N. KRAMER: *The Sacred Marriage Rite.* Bloominton y Londres, 1969.
—. *The Sumerians.* Chicago, 1963.
F. R. KRAUS: «Le rôle des Temples depuis la troisième dynastie d'Ur jusq'à la première dynastie de Babylonie», en *Cah. d'Hist. Mond.* I (1954), pp. 518 ss.
—. «Provinzen des neusumerischen Reiches von Ur», en *Zeit. f. Assyr.* 51 (1955) pp. 45 y ss.
R. LABAT: *Le caractère religieux de la royauté assyro-babylonienne.* París, 1939.
M. LAMBERT: «Les finances de Lagash sous la III dynastie d'Ur» *Rev. d'Assyr.* 56 (1962) pp. 147 ss.
A. PARROT: *Sumer.* Madrid, 1969.
M. B. ROWTON: «The Bate of the Sumerian Kig List», en *Jour. of Near East. Stud.* 19 (1960), pp. 156 ss.
E. SZLECHTER: «Le Code d'Urnamu», en *Rev. d'Assyr.* 49 (155) pp. 169 ss.

CAPÍTULO VI

EGIPTO: EL IMPERIO MEDIO Y SEGUNDO PERIODO INTERMEDIO

I. EL IMPERIO MEDIO EGIPCIO (DINASTÍAS XI, XII y XIII)

1. LA DINASTÍA XI (2139-1991)

Parece que el primero que rompe con Heracleópolis y toma el título de rey fue un tal Mentuhotep, al que los propios egipcios consideraban el fundador, pero de él no sabemos nada. Le sucedieron Antef I y Antef II de largo reinado, que se apoderó del nomo thinita y llegó hasta Afroditópolis. Antef III debió tener un reinado pacífico y de corta duración. Por el contrario *Mentuhotep II* (2060-2010) reinó muchos años y es el verdadero creador del Imperio Medio. A lo largo de su vida y reinado cambió su nombre por el de Horus, lo que ha llevado a ciertas confusiones en cuanto a la numeración de los reyes de su nombre, pero nosotros los agrupamos todos, según el criterio corriente hoy en día; pero además le damos el nombre de Mentuhotep II porque creemos que tiene razón Hayes al suponer un Mentuhotep I como fundador de la dinastía. Bajo el nombre de Horus Seanjibtauy, «el que hace vivir el corazón de las dos tierras», es decir Egipto, llevó a cabo la guerra de unificación de todo el país.

Parece que la rotura de las hostilidades con Heracleópolis se debió a que los del norte trataron de reconquistar la ciudad de This. El rey movilizó sus tropas tebanas y conquistó todo el reino heracleopolitano incluida su capital. En un momento indeterminado tomó el nombre de Horus Neteryhedjet, y se dedicó a la pacificación del reino heracleopolitano conquistado. En esa tarea desplegó al mismo tiempo la fuerza militar y la astucia diplomática. Guerreó en el Fayum, eliminó los grupos de resistencia del Delta e incluso llegó a los oasis occidentales probablemente en busca «de refugiados políticos». El tercer nombre que se adjudicó fue el Horus Sematauy, «el que une las dos tierras». Un problema político de especial dificultad era el de la política a seguir con los monarcas del Egipto

Medio, que habían hecho hasta entonces una política independiente y seguían siendo fuertes en sus demarcaciones. A algunos los depuso como fue el caso del de Asiut, sin embargo a otros los mantuvo en sus puestos como ocurrió con el de Beni Hassan. La capital del estado quedó en Tebas y los cortesanos de los que se rodeó eran tebanos de su confianza, aunque parece que Hety debió ser un heracleopolitano que pasó a servicio de Mentuhotep y que bajo su reinado dirigió expediciones al Sinaí. De este modo el país volvía a estar unificado y con ello restaurada la economía con la consiguiente apertura de las grandes rutas comerciales, lo que se refleja en las construcciones arquitectónicas entre las que destaca su templo funerario de Deir el-Bahari.

Mentuhotep III (2009-1998) reinó poco tiempo porque ascendió al trono en edad avanzada. Tuvo un reino próspero sin tensiones políticas y se dedicó fundamentalmente a la construcción de templos. Prueba de sus intereses económicos es el viaje que hace al Punt un personaje llamado Henenu, el relato de cuya expedición se grabó en las rocas del Wadi Hammamat. En él se nos dice que fue enviado a navegar al Punt para traer mirra fresca para su señor. Partió de Coptos con un ejército de tres mil hombres reclutados entre las gentes del sur desde Oxyrrhyncus hasta Gebelen. La travesía del desierto fue dura y penosa porque tuvo que limpiar de beduinos todo el camino, cavar pozos para dar agua a sus tropas. Cada hombre recibía una cantimplora de cuero, dos jarras de agua y veinte panes diarios. Los asnos iban cargados de sandalias. Cuando llegó al Mar Rojo construyó un barco y lo envió al Punt (costa de Somalilandia). Parte de la expedición permaneció en tierra dedicándose a tallar bloques de mármol para la construcción de un templo. Cuando volvieron los expedicionarios y se reunieron con los que habían quedado en tierra emprendió el regreso por el Wadi Hammamat.

De este reinado poseemos un documento de especial interés que nos informa del estado económico del Alto Egipto. Se trata de la correspondencia de Hekanajte, sacerdote funerario de la tumba del visir Ipi, en Tebas, el cual durante un viaje escribe sobre su hacienda en Nebsoyet y cartas a su hijo Merisu. En estos escritos se habla del estado del fundo, y, lo que es más significativo, del hambre generalizada en la zona meridional del Alto Egipto.

Mentuhotep IV (1997-1991). En el año segundo de su reinado se hizo una expedición al wadi Hammamat para extraer bloques de las canteras y fundar una estación naval en la costa del Mar Rojo. La mandaba el visir y gobernador del alto Egipto Amenemhat. Durante el viaje sucedieron varios prodigios, señales de la benevolencia de los dioses.

2. LA DINASTÍA XII (1991-1786)

Es muy posible que este Amenemhat que hemos visto favorecido por los dioses sea el mismo que aparece en la *Profecía de Neferti*. Se trata de un texto evidentemente político, compuesto por indicación real que forma parte de un género muy frecuente en Egipto que consiste básicamente en escribir profecías «post eventum», género que también abunda en la Biblia, por ejemplo el segundo Isaías. En el caso de nuestra profecía se describe de una manera muy egipcia las calamidades que asolan Egipto, se ha roto la sucesión ordenada de los tiempos, el desorden reina por todas partes, se viola el designio de los dioses, ciudades y provincias gimen en la desgracia, un año es peor que otro año, la tierra está en confusión, arruinada. Pero he aquí que «un rey surgirá en el sur, Ameni (diminutivo familiar de Amenemhat) justificado: es el hijo de una mujer de Taseti (primer nomo del Alto Egipto), es hijo de Jen-nejen (Alto Egipto): recibirá la corona blanca, llevará la corona roja; unirá a las Dos Poderosas (las diosas del Alto y del Bajo Egipto), pacificará a los dos señores (Horus y Seth) con lo que desean». No parece que la ascensión de este usurpador fuera muy violenta, pero tampoco sin resistencia. Prueba de ello es que traslada la capital desde Tebas a It-tawi, en un lugar no determinado exactamente, pero seguramente muy cerca de Lisht, a la entrada del Fayum. Amenemhat I (1991-1961) demostró ser un faraón digno de su cargo. Aparece con una voluntad claramente renovadora y evitó las decisiones drásticas que supusieran un rompimiento total con la anterior dinastía. Su primera tarea fue poner orden en la anarquía reinante en los últimos años de Mentuhotep IV, pero si observamos los hechos a través de los textos de los monarcas de Beni Hassan vemos que mantuvo en el poder a familias tradicionalmente poderosas.

De todos modos, para evitar las guerras entre nomos, herencia de la época feudal, el faraón fijó los límites entre los distintos nomos y los declaró inamovibles. La decisión de establecer la capitalidad en It-tawi en el Egipto Medio se ha interpretado de distintas maneras. Para unos se debe a que Tebas era un feudo de los partidarios de la dinastía VI y el nuevo rey se sentiría inseguro en ella. Vercouter cree que el hecho también obedece a la proximidad de Menfis, capital del Imperio Antiguo que no había perdido su importancia religiosa y cultural, ciudad en la que continuaban las escuelas de escribas que formaban a los burócratas de la administración tan necesarios, como veremos, a la política de los faraones de la dinastía XII. Por otra parte, en nuestra opinión, la nueva capital estaba muy próxima a Heracleópolis, que había señalado una época de ilustración literaria y humanística, heredada en gran medida por los faraones de esta dinastía. En este sentido hay que interpretar los escritos destinados a animar a los jóvenes a seguir la carrera de funcionarios. Se trata de una literatura oficial inspirada por el rey con fines claramente políticos que nos recuerda muchos milenios después al interés que demuestran los príncipes del Renacimiento europeo en favor de las Universidades en las que se formaban los fieles servidores de las monarquías absolutas.

Uno de estos escritos, la *Kemyt*, «la Suma», da una serie de normas prácticas para cartas y en general correspondencia administrativa y consejos de orden moral como la prudencia, la aplicación en los estudios, la morigeración en la conducta que promocionan al buen funcionario en su carrera y le alejan del vulgo y de los sufrimientos del hombre común. El mismo espíritu anima la obra llamada *Sátira de los oficios*. El autor se dirige a su hijo, que pretende ser funcionario y le hace ver las ventajas de esta profesión comparándola con los oficios desempeñados por los menestrales. El escriba es muy superior a todos los demás porque consigue puestos de responsabilidad política y su condición supera incluso a la del propio sacerdote. La política interna de Amenemhat se esforzó por controlar las finanzas exigiendo contribuciones de los nomos para enriquecer el tesoro real. Frente a las posibles tentativas de usurpación utilizó el procedimiento de asociar a su hijo

Sesostris al trono. Precisamente durante la corregencia de éste, ya al final del reinado, se hicieron expediciones a Siria, Palestina y a Nubia donde se funda la fortaleza de Buhen en la segunda catarata, sobre un poblado preexistente, política que se continuó en otra expedición. Es probable que en estos años la presencia egipcia llegase a Kerma, donde actuó un monarca de Asiut llamado Hapichefa, aunque actualmente se cree que la estatua de este funcionario no significa la presencia real de él en Nubia. También se ocupó Sesostris como corregente de Libia para proteger el Delta de las incursiones de los thenu y de los temehu.

Cuando el ejército de Sesostris se hallaba en Libia estalló una rebelión palatina que acabó con el asesinato de Amenemhat I. El hecho se nos relata de una manera velada y confusa en dos textos clásicos, *La Instrucción* de Amenemhat y en el *Cuento de Sinué*, textos redactados en el reinado siguiente. Según la *Instrucción* la conjura tuvo lugar cuando el rey estaba dormido en su lecho: «era después de la cena y había venido la noche: me había tomado una hora de tranquilidad, tendido en mi lecho. Estaba fatigado y mi mente comenzó a tomar el sueño. He aquí que se produjo un entrechocar de armas; el capitán [de la guardia] era fiel pero otros eran como serpientes de la necrópolis. Me desperté con el combate y estaba solo, encontré a un caído, era el capitán de la guardia de corps. Si hubiese cogido las armas con rapidez hubiera podido auyentar a los villanos con la lanza pero no hay quien sea valeroso por la noche, nadie puede pelear solo, no hay acción que tenga éxito sin un protector. La agresión se produjo mientras estaba sin ti [se refiere a su hijo Sesostris]». En el *Cuento de Sinué* se relata el momento en que la noticia de la muerte del rey llega a un lugar de Libia donde Sinué estaba con el ejército de Sesostris: «el año treinta, el tercer mes de la estación de invierno, el día siete, el dios [el rey] subió a su horizonte. El rey del Alto y del Bajo Egipto Sehetepibre fue llevado al cielo y se unió con el disco solar. El cuerpo divino se unió con el que le había creado. El palacio estaba en silencio, los corazones estaban de luto. Las dos grandes puertas estaban cerradas, los cortesanos estaban con la cabeza sobre el regazo, el pueblo estaba sumido en lamentos. Su majestad había mandado un ejército al país de los libios, su hijo mayor era el comandante, el buen dios Sesostris. Había sido enviado para combatir a los países extranjeros y castigar a los que estaban entre los tehenus. Ahora estaba de vuelta y había traído prisioneros libios y todo tipo de ganado, sin número. Los cortesanos del palacio enviaron [mensajeros] hacia la zona oriental para que el hijo del rey conociera los sucesos que habían ocurrido en la corte. Los mensajeros lo encontraron en el camino y lo alcanzaron por la tarde. Él no dudó un momento: el halcón voló con su séquito, sin dejar que el ejército lo supiera. Se había enviado también a los hijos del rey que seguían a este ejército; nadie había llamado a uno de ellos...» La última frase que hemos traducido es muy discutida por los traductores, y en opinión de algunos alude a que uno de los príncipes aspiraba también a la corona rivalizando con Sesostris.

Sesostris I (1971-1928). Su reinado se desarrolló sin problemas. Construyó templos como el de Heliópolis, hecho que se nos relata en una inscripción en forma de poema y que realmente consistió en una ampliación de un templo ya existente. No fue éste un caso aislado. En política exterior Sesostris se ocupó especialmente de Nubia hasta más allá de la segunda catarata del Nilo. Nubia era muy importante para los egipcios, en tanto que desde finales del Imperio Antiguo de allí venía oro, esclavos, ganado, materiales de construcción como la diorita del desierto occidental, cobre, granito rojo, etc. La política asiática de este rey aparece reflejada en el *Cuento de Sinué* y en los hallazgos arqueológicos de las excavaciones de Siria y Palestina. El *Cuento de Sinué* da una visión literaria de Asia que no tiene mucho que ver con la realidad en sentido estricto, pero ayuda a caracterizar las relaciones de Egipto con esta región. En principio no se habla de guerras ni de expediciones militares egipcias, pero sí de la presencia de egipcios en Palestina y Siria. Cuando Sinué vive entre los beduinos y es jefe de una tribu recibe en su casa a los enviados y mensajeros que cruzan el país tanto hacia el norte como hacia el sur. Los indígenas tienen noticias de lo que sucede en la corte egipcia, y, lo que es más significativo, hasta allí llegan las cartas enviadas por el faraón y a su vez Sinué escribe a la corte. Es conocida la lengua egipcia. Las excavaciones han descubierto objetos de la época de este rey en Ugarit, Gaza, Laquis, Gezer, Betshan, Megiddo. Estos objetos proceden seguramente de regalos diplomáticos que hacía el rey a los príncipes asiáticos, con los que trataba de mantener buenas relaciones. Respecto a los objetos de Sesostris y sus sucesores encontrados en Creta, se cree que no se deben a relaciones directas sino a un intercambio indirecto a través de los puertos sirio-palestinos. La presencia egipcia está documentada también en los oasis occidentales.

También utilizó Sesostris el procedimiento de la corregencia para asegurar la sucesión de su hijo Amenemhat.

En resumen, el largo reinado de Sesostris I significó la elevación del papel del monarca en el gobierno del país y un aumento del prestigio de la realeza. Egipto gozó de una gran prosperidad económica que puede verse por la gran cantidad de monumentos atribuibles a su reinado y a la calidad y cantidad de las obras de arte que poseemos. Esto explica que después de su muerte fuera divinizado y la memoria de sus hazañas llegase hasta la época helenística.

Amenemhat II (1929-1895) continuó la política de su padre. Las relaciones con Asia se hicieron más estrechas según podemos ver por los hallazgos en Ugarit y el establecimiento en Beni-Hassan de una tribu entera de asiáticos a la que los monarcas dan terrenos para su establecimiento. Se visitan las minas del Sinaí a donde va el «ayudante de tesorero» Sihathor, el mismo que también hace una expedición a Nubia, para obligar a los jefes nubios a lavar oro: «yo traje malaquita, alcancé la Nubia de los negros». En el Mar Rojo se construyó un puerto en Wadi Gasus.

Sesostris II (1897-1878). También fue corregente de su padre y continuó la política tradicional sin rupturas ni guerras. Respetó la situación tradicional de los monarcas, siguió explotando las canteras de Wadi Hammamat y las minas del Sinaí, fue un rey muy constructor y se preocupó por la prosperidad del Fayum, región que durante el Imperio Medio adquiere una importancia capital.

Sesostris III (1878-1843). Todos los historiadores están de acuerdo en considerar su reinado como el más próspero y glorioso de la dinastía. Con él se perfecciona la centralización del poder faraónico según normas que demuestran la profunda evolución que había sufrido Egipto a lo largo de la dinastía XII. Hasta él los monarcas, aunque disciplinados y controlados, gozaban de un gran poder en sus demarcaciones, y buen ejemplo de ello son las inscripciones que conservamos de los príncipes (nomarcas) de Beni Hassanm donde gobernó una auténtica

dinastía. Estos nomarcas se sucedían de padres a hijos y gozaban de gran predicamento en la corte, tal vez porque desempeñaban su puesto con gran eficacia. Ahora se impone una política más centralizada creando unos organismos llamados *Waret*, palabra cuya traducción ha planteado muchos problemas pero que hoy se tiende a considerarlos como *departamentos* u oficinas centrales. A través de ellos se administra todo el país, valiéndose de una burocracia eficiente y culta, sin ambiciones políticas, vinculada a la persona del faraón. Existe la idea, ya antigua, entre los egiptólogos de que Egipto se dividió en tres demarcaciones que eran el Bajo Egipto administrado por el *waret del norte*, el Medio Egipto por el *waret del sur* y el Alto Egipto por el *waret de la Cabeza del Sur*. De este modo la administración se hacía desde la capital a través de estos departamentos dirigidos por un alto funcionario, un subdirector y un consejo de funcionarios subalternos. Esta organización incorporaba a la administración la realidad geográfica e histórica de Egipto, que se había fraguado a lo largo del tiempo: el Bajo Egipto, el núcleo del reino heracleopolitano y el sur propiamente dicho. No obstante, la palabra *waret* se emplea con un significado mucho más restringido. Esta reorganización de la administración fue causa de la desaparición de los nomos y de los nomarcas, por lo menos en su función política. Hubo algunas excepciones pero pocas y a partir de mediados del reinado ya no se volverá a hablar de nomarcas.

La política exterior del rey se desarrolló principalmente en Nubia, hasta tal punto que fue el conquistador real de la región entre la primera y la segunda cataratas. Hizo por lo menos cuatro campañas y probablemente más, canalizando los pasos por las cataratas, dirigiendo fortalezas en los puntos estratégicos, demostrando así la voluntad de incorporar estos territorios de una manera definitiva a la corona egipcia. Como base fundamental para esta política nos quedan una serie de inscripciones que resumimos a continuación. Hay una inscripción en la isla de Sehel, en la primera catarata, que atestigua la construcción de un canal para salvar los rápidos del río llamado «Bellos son los caminos de Jekure» (Sesostris III). El año ocho se reparó y limpió y reconstruyó este canal y la inscripción dice explícitamente que, «su majestad mandó hacer de nuevo el canal, siendo su nombre "Bellos son los caminos de Jekure [que vive] eternamente"; cuando su majestad marchaba río arriba para destruir a Kush, el maldito». Este canal tenía ciento cincuenta codos, con una anchura de veinte codos y una profundidad de quince codos. La campaña del año octavo exigió la destrucción al final de algunas obras en la fortaleza de Elefantina, mientras que dicha campaña queda reflejada en una estela que se levantó en Semna, fortaleza situada a unos cincuenta kilómetros al sur de Wadi Halfa en la que se nos dice que esta estela fue «hecha el año octavo, bajo la majestad del rey del Alto y el Bajo Egipto, Jekure [Sesostris III], dotado de vida para siempre jamás, con el fin de evitar que el negro pudiera pasar por agua o por tierra con un barco o con hordas de negros, excepto el negro que viniera para comerciar a Iken o con alguna comisión. Se les hará toda clase de beneficios pero sin permitir que ningún barco de los negros pase por Heh navegando río abajo». El texto alude probablemente a que más al sur se había formado una confederación de pueblos con el centro de Kerma como capitaln que amenazaba extenderse hacia la Baja Nubia y Egipto. La presión de estos nubios hizo necesaria otra expedición el año 12, que dejó una pequeña inscripción en las rocas de Asuán. El año 16 tuvo lugar otra expedición de la que poseemos dos estelas: una también en Semna y un duplicado de la misma en la isla de Uronarti en un lugar muy próximo que alude a la fortaleza allí situada de este modo: «Estela hecha el año 16, tercer mes de la segunda estación cuando se construyó la fortaleza [llamada] "Rechazo de los trogloditas"». La llamada «Segunda estela de Semna» contiene un texto del mayor interés para conocer el espíritu y las intenciones de la política egipcia de Sesostris III. Por ello vamos a dar su texto:

«El año 16, tercer mes de la segunda estación [sucedió] que su majestad puso su frontera sur alcanzando hasta Heh. Yo puse mi frontera más allá de la de mi padre; yo incrementé lo que se me había dado. Yo soy un rey que habla y ejecuta; lo que mi corazón concibe es lo que se realiza por mi mano; [el que] está ansioso de poseer, y poderoso para...; no permitiendo el sueño en su corazón... atacando al que ataca, callando en un asunto o contestándolo según lo que hay en él; puesto que el que desiste después del ataque es un fomentador del corazón del enemigo. Ser agresivo es ser valiente, retirarse es timidez. Un auténtico cobarde es el que abandona su frontera, porque el nubio oye [solamente] para caer a una palabra; respondiéndole se le obliga a retirarse; si se es agresivo contra él, vuelve la espalda; si no se retira se vuelve agresivo. No son gente de valor; son una pobre gente rotos de corazón.

«Yo capturé sus mujeres, yo les quité sus gentes, llegué hasta sus pozos, maté su ganado yo, recogí su grano y le puse fuego. [Yo juro] como mi padre vive para mí que digo la verdad sin mentira que sale de mi boca.

«Ahora bien, en cuanto a un hijo mío que conserve esta frontera que mi majestad ha hecho, éste es mi hijo nacido a mi majestad, la imagen de un hijo que es el campeón de su padre, que mantiene la frontera del que le engendró; pero el que la abandone y no luche por ella, ese no es mi hijo, no ha nacido para mí.»

El texto es muy significativo de la voluntad imperialista de Sesostris III, de su afirmación de las virtudes reales de eficacia, de poder y de agresividad frente a los nubios del sur. Esboza la idea del «enemigo» que no tiene ninguna virtud ni posee ningún derecho. Con ello se justifica el que se le pueda destruir, arrasar, robar sus mujeres, desjarretar el ganado, robar sus cosechas y quemar sus aldeas. También hay noticias de una expedición en el año 19.

De su reinado conocemos expediciones al Sinaí (Wadi Maghara), una de las cuales la del año segundo, comprende nada menos que setecientos treinta y cuatro soldados e hizo el viaje por mar para evitar los ásperos caminos que habría que transitar si fuera por tierra. Las expediciones continuaron durante todo el reinado. En una de ellas se describen con toda clase de detalles las agotadoras jornadas bajo un sol implacable que quema la piel y la piedra de la montaña quema la piel de los trabajadores que necesitan palabras de aliento para continuar en su trabajo.

De su actividad en Siria tenemos noticias históricas por la estela de un personaje llamado Zaa en la que se dice que: «su majestad se encaminó al norte para destruir a los asiáticos. Su majestad llegó a un distrito llamado Sekmem. Su majestad siguió el buen camino marchando al palacio de "Vida, prosperidad y salud"; cuando hubo caído Sekmem, junto con Retenu el desgraciado, mientras yo mandaba la retaguardia». La actitud de Sesostris III frente a los asiáticos

supone una innovación importante en la política egipcia que hasta entonces había sido de coexistencia, tal como se nos describe en el cuento de Sinué. Desde el punto de vista ideológico son muy importantes los llamados *Textos de execración*, que consisten en figurillas de barro y fragmentos cerámicos escritos con los nombres de los príncipes de Nubia y Asia, considerados como enemigos del faraón. Estos textos se rompían después para que con su rotura se perjudicara a la persona cuyo nombre estaba escrito en ellos, según un procedimiento mágico muy conocido. Los nombres incluidos en estos textos y su ubicación demuestran que los egipcios conocían muy bien a los pequeños estados existentes en la zona, Siria y Palestina, a los que había que someter por la fuerza y, si no se podía por la fuerza, al menos por la magia.

Considerado en su conjunto el reinado de Sesostris III es una época de expansión egipcia, de concentración de poder en mano del rey y de florecimiento económico.

Amenemhat III (1842-1797). Su reinado fue pacífico gozando de la seguridad conseguida por la energía política de su padre. Se explotan sistemáticamente las minas del Sinaí, se repara allí el templo de la diosa Hathor, se trabaja en las canteras del Wadi Hammamat y en las minas del sur. Un centro de especial interés para la economía egipcia fue en esta época el Fayum, región que había sido favorecida por la política económica egipcia desde hacía tiempo. Esta extensa llanura regada por el Bahr Yusef que desemboca en el Birket-Karum (lago Moeris) ofrece unas condiciones excepcionales para la agricultura, pero durante mucho tiempo su prosperidad estaba amenazada por las inundaciones del Nilo, que a través del Bajer Yusef llegaba hasta el lago salado Moeris, que hoy en día tiene su nivel por debajo del del mar. Era necesario por tanto construir presas, diques y canales que impidieran estas catástrofes fluviales, obra que fue llevada a cabo por Amenemhat III. Con ello se logró poner en explotación unos catorce mil acres de tierra cultivable. El interés por esta región se demostró además con la construcción de un templo funerario en Hawara, que se cree fue el famoso *Laberinto*.

El prestigio de Amenemhat III llegó hasta regiones lejanas. Fue venerado en el norte en Biblos y en el sur en Kerma.

Amenemhat IV (1798-1790). Es confusa políticamente hablando la situación de la sucesión de Amenemhat III, pero parece que su sucesor directo fue Amenemhat IV, del que poseemos pocos datos pero suficientes para poder afirmar que no hubo grandes cambios respecto a su predecesor. Poseemos inscripciones de él en Nubia (Kumma), al sur de la segunda catarata. Así mismo continuó la explotación de las minas del Sinaí porque en Wadi Maghara existen inscripciones del año 6, y en otro lugar del Sinaí, Serabit el-Jadim, hay dos inscripciones más del rey.

Sebeknefrure (1989-1786). Hija de Amenemhat III y por lo tanto hermana de Amenemhat IV. Probablemente subió al trono por falta de heredero masculino y su reinado muy breve debió ser pacífico y próspero, por lo menos si lo juzgamos por los monumentos que conservamos de este breve tiempo.

II. EL SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO EGIPCIO

La época que va entre el final de la dinastía XII y el comienzo de la XVIII es uno de los más oscuros de la historia de Egipto. Se le denomina «Segundo período intermedio» y en él se incluyen las dinastías XIII a XVII según la numeración de Manethon. Mientras que su final está determinado por la expulsión de los hicsos, el comienzo del período aparece mucho más difícil de precisar. Ni arqueológica ni políticamente se produce un cambio, y la administración de la XIII dinastía no se distingue de la de la doce. Frente a los períodos brillantes de la historia egipcia, el Imperio Antiguo, el Imperio Medio e incluso la época tardía, los llamados períodos intermedios se destacan por la escasez y la falta de calidad en los monumentos. El Papiro de Turín que nos da la lista de los reyes legítimos e «ilegítimos» de Egipto para la época de la dinastía XIII a la XVII registra un número mucho mayor que el de los reyes del Imperio Antiguo del Imperio Medio y del primer período intermedio. Según Manethon estas dinastías comprenden 260 reyes, cifra que debe corregirse en 179, pero de todos modos resulta extraordinaria, si debemos encuadrarlos en un período que oscila entre 200 y 240 años.

Dinastía XIII (1786-1633). Esta dinastía tuvo según el Papiro de Turín 50 ó 60 reyes, pero este número ha de aumentarse en algunos más según la lista real de Karnak. Esta abundancia de faraones en tan poco tiempo nos lleva a la conclusión de que reinaron por término medio dos años y medio, pero como sabemos que algunos reinaron hasta 23 años, otros 10, algunos 8, etc., tenemos que admitir que algunos reinarían sólo semanas o meses. La conclusión que se saca a primera vista es que se trata de una época de caos político. Algunos piensan que se produjo una cadena ininterrumpida de usurpaciones, parecida a la que conocemos en la crisis del Imperio romano desde fines del siglo II hasta finales del siglo III, y que se llamó la época de los «Emperadores soldados», que además coincide en duración. Pero esta idea no es compartida por otros que creen que probablemente los reyes de esta época fueron nombrados por los visires o consejos presididos por los visires y depuestos por los mismos. No tenemos ninguna justificación documental para esta hipótesis y la explicación coherente del fenómeno no se ha alcanzado por los investigadores. La documentación que conservamos demuestra que al menos en esa base documental, nada ha cambiado de la situación política de la realeza anterior. El concepto de elección para la realeza egipcia resulta, así, impensable. De todos modos parece que los reyes de la dinastía XII eran de origen tebano, por lo menos en cuanto a la elección del nombre real.

Parece que la dinastía XIII reinó durante algún tiempo sobre todo Egipto, porque de un rey llamado Sebekhotep I cuyo reinado debe situarse hacia el 1770 sabemos que dominaba Nubia hasta Semna, porque su nombre aparece grabado allí. Lo mismo sucede con sus sucesores inmediatos. Así por ejemplo Sejemkare-Amenemhat-Senbuf, cuyos monumentos se extienden sobre todo Egipto y hasta Nubia. Incluso otros reyes como Sehetep-ibre II son reconocidos como superiores en Biblos.

Neferhotep es el rey más importante de la dinastía cuyo reinado debe situarse entre 1740 y 1730 y del que poseemos numerosos monumentos en todo el valle del Nilo hasta Nubia, e incluso aparece su nombre en Biblos. En la más importante de sus estelas atestigua su interés por la restauración de los edificios consagrados

a Osiris en Abidos. Otros nombres como Sihathor están atestiguados pero desconocemos sus actividades. De Neferhotep III nos queda una estela procedente de Karnak en la que se dice que es «el rey fuerte, amado de sus soldados, el buen Horus que regala ofrendas, que vivifica su ciudad que había sufrido privaciones, el caudillo de la fuerte Tebas, el buen dios, el amado de Re, el hijo de Amonrasonther, que protege su ciudad inundada de los que la roban y de los beduinos, el que somete a los extranjeros que se sublevan bajo el poder de su padre Amón, que aplasta a los enemigos que se levantan contra élo, que lleva el espanto a los que le atacan». Entre estas alabanzas se deja entrever con cierta claridad que en época de este rey se intentaba afirmar el dominio al sur del Delta donde había un estado de inquietud que incluso había puesto en peligro de saqueo a la propia Tebas. En la misma estela se registra una cosa curiosa y es que se dice que el rey iba adornado con la «corona azul», cosa rara si tenemos en cuenta que esta insignia no se emplea antes del Imperio Nuevo y parece que se trata de una palabra de origen extranjero (hprš) y que fue traída por los hicsos, lo cual nos obliga a situar su reinado ya al comienzo a la época hicsa. A partir de él se acelera la decadencia de la dinastía, aunque algunos reyes reinaron durante tiempos más o menos prolongados como Merneferre-Ay que llegó a los 23 años. Es muy posible que reinase ya en tiempos de los hicsos, según atestigua un monumento con su nombre encontrado cerca de Avaris. Después aparece un rey llamado Chedneferre-Didumes que se ha equiparado con el rey «Titumeo» al que Manethon considera que reinaba cuando los hicsos invadieron Egipto, aunque esto parece muy difícil dado que lo habían hecho bastantes años antes, quizá medio siglo según la cronología más aceptada.

Paralelamente a la dinastía XIII y un poco después de su caída, la zona del Delta occidental permaneció independiente bajo la llamada dinastía XIV. Manethon cita después de la dinastía XIII una dinastía de «76 xoitas» antes de tratar de la soberanía de los hicsos. En el Papiro real de Turín se viene a decir lo mismo, porque al enumerar las dos dinastías en cuestión da un número de más de 126 reyes por lo que incluye las dos que contarían 60 + 76 = 136 reyes. Los antiguos egiptólogos las hicieron reinar sucesivamente, pero pronto se vio que había que hacerlas contemporáneas. De su actuación histórica no sabemos prácticamente nada. Los nombres que llevan son a veces significativos, como ocurre con uno llamado *Nehesi* (el Nubio). Se trata de un nombre corriente en Egipto desde el Imperio Medio pero apunta a una ascendencia probablemente de un funcionario o un oficial de origen nubio. Es muy curioso observar que el nombre de Nehesi aparece asociado al dios Seth cuyo centro de culto está en el Delta oriental. No sabemos la extensión de su reino.

Sobre la administración de Egipto en la época de las dinastías XIII y XIV se desprende que los reyes de la dinastía XIII regían un estado propiamente dicho. La crisis que sufre Egipto a finales del Imperio Medio (dinastía XIII) no descansa, como se creyó hace años, en el hecho de que los numerosos reyes que la forman fueran señores feudales locales y que el país estuviera dividido en señoríos minúsculos. Por el contrario la administración centralizada creada por la dinastía XII se mantiene durante la dinastía XIII, a pesar de los cambios continuos de faraón. Tenemos documentos fehacientes de esto de principios y mediados de la dinastía XIII. La división en nomos, propia del Imperio Antiguo no aparece en ningún caso. Lo que parece seguro es que en esta época, frente a la facilidad con que se crean faraones, los visires se mantienen en el poder durante largo tiempo. Conocemos familias en las que en tres generaciones consiguieron cuatro visiratos.

1. LOS HICSOS (DINASTÍAS XV Y XVI)

Flavio Josefo en su *Contra Apionem* I 14: 75 ss. dice: «Tutimaios. Durante su reinado, por una causa que desconozco, nos azotó una maldición de dios, y de una manera inesperada marcharon desde las regiones del este invasores de una raza oscura, confiados en la victoria, contra nuestro país. Por la fuerza se apoderaron de él sin descargar un golpe, y después dominaron a los gobernantes del país, incendiaron nuestras ciudades sin piedad, derribaron hasta sus cimientos los templos de él, y trataron a todos los egipcios con cruel hostilidad, masacrando a unos y esclavizando a las esposas e hijos de otros. Finalmente, nombraron rey de entre ellos a uno llamado Salitis. Tuvo su sede en Menfis, sometiendo a tributo al Alto y al Bajo Egipto, y dejando siempre guarniciones detrás en los lugares más importantes... En el nomo Sethroita fundó una ciudad favorablemente situada a oriente del brazo bubastita del Nilo y la llamó Avaris, según una antigua tradición religiosa. Esta plaza se reconstruyó y fortificó con murallas macizas... Después de reinar 19 años murió Salitis y le sucedió un segundo rey, Bnon, quien reinó 49 años. Después de él vino Apachnan, que reinó 36 años y 7 meses; luego Apophis durante 61 años, e Inanas 50 años y un mes, después finalmente Asis 49 años y 10 meses. Estos seis reyes, sus primeros gobernantes, se esforzaron cada vez más y más en estirpar al pueblo egipcio. Su raza como tal se llamaba *Hyksos*, esto es, "reyes pastores", porque en la lengua sagrada *hyk* significa "rey" y *sos* en lengua vulgar es "pastor"».

La literatura posterior hizo otras identificaciones con los israelitas. En la tradición egipcia propiamente dicha la invasión de los hicsos y su permanencia en el país es un tema recurrente, que se elaboró según una visión del mundo y del acontecer histórico típicamente egipcio. Para un egipcio cada faraón que sube al trono tiene que reunificar el país tal como se expresa en la ceremonia de la coronación porque antes de su ascensión reinaba necesariamente el caos, y esto aunque la transición fuera pacífica. Desde esta perspectiva es fácilmente imaginable el impacto producido por una invasión extranjera y así mismo el sentido de las referencias que encontramos en épocas posteriores. Volviendo a la etimología que da Manethon no es exacta porque realmente el nombre de hicsos procede de las palabras egipcias *hk hwt* «jefe de beduinos». Esta denominación aparece ya antes de la invasión. Sobre el texto de Manethon hay que decir que la invasión no debió producirse de repente y en masa sino que se debió a una penetración lenta y a un asentamiento progresivo de los invasores.

La presencia de semitas en Egipto y especialmente en el Delta oriental es una constante durante toda la historia de la monarquía egipcia. Ya hemos citado el caso de aquel Abishare que se asienta en Beni Hassan con toda su familia y existe el dato del Papiro de Brooklyn editado por Hayes donde aparecen trabajadores semitas en gran cantidad en los fundos de esta región. Según Säve Söderbergh no hubo una invasión masiva sino que en un momento en que los asiáticos predominaban sobre la población indígena se produjo una toma del poder, una especie de golpe de estado que los llevó a la supremacía sobre la población indí-

gena. Este fenómeno se produciría principalmente después del reinado de Neferhotep I especialmente en la época de Neferhotep III y Iaib. Primero se asentaron en el Delta, fundaron Avaris en la frontera oriental de Egipto y desde entonces van conquistando la parte central mientras que la parte occidental del Delta sigue en poder de los faraones de la dinastía XIV. Finalmente se apoderan de Menfis que es la noticia que recoge Josefo.

Sobre el origen de los hicsos se ha escrito mucho y hasta se llegó a hacer de este suceso un problema de historia universal. Descartada su relación con las migraciones indoeuropeas en el Oriente Próximo, por lo menos de un modo directo, hoy se está de acuerdo en que se trata de poblaciones del área sirio-palestina que penetran en Egipto durante un lento proceso migratorio. A pesar de su profunda egiptianización, conservan algunos nombres propios de evidente carácter semítico.

Los hicsos dejaron muy pocos testimonios de su dominio que duró algo más de cien años y resulta muy difícil hacer una ordenación histórica de los nombres que dan los textos y los monumentos. Los soberanos hicsos se agrupan en dos dinastías la XV y la XVI, pero hoy sabemos que la XVI no sucedió a la XV sino que ambas reinaron al mismo tiempo, de la misma manera que la XIII y la XIV anteriores. Los hicsos de la XV dinastía gozaron de una supremacía frente a los soberanos de la XVI, que no debieron ser más que jefes locales sin mayor ámbito de dominio. El rey Salitis del que habla Manethon fue el fundador de la dinastía XV que aparece citado probablemente como Shalik y que Winlock cree que es solamente la adaptación de un título semítico *sallit*, de donde se deriva la palabra «sultán» que los egipcios tomaron como un nombre propio y así aparece en el «Árbol genealógico de los sacerdotes» de Menfis y debió vivir dos generaciones antes que Amosis y una antes de Apopis. Desconocemos la extensión de su reino pero parece que se extendió desde el Mediterráneo hasta Tebas. Nubia se independizó a partir de la dinastía XIII durante la cual, como hemos visto, se seguía reconociendo la hegemonía de los reyes egipcios. A éste le sucede probablemente Ja'qob-her, nombre que es una adaptación egipcia del semítico Jacob-El y que podría ser al mismo tiempo el Bnon de Manethon, aunque la explicación es casi imposible.

Basándose en la expansión de los escarabeos que llevan el nombre de este faraón, se ha pensado que su actividad se extendía desde Palestina hasta Kerma, pero nosotros somos muy excépticos en considerar que un escarabeo encontrado en un lugar determinado pueda significar una vinculación política. De todos modos, lo que sí atestiguan los escarabeos es que los nombres de los funcionarios eran unos egipcios y otros extranjeros, predominando los egipcios que, sin duda, estaban más familiarizados con las técnicas administrativas del país. El sucesor fue Jian, equivalente al Iannas o Staan de Manethon. Algunos autores como von Beckerath creen que es el segundo faraón hicso y por tanto anterior a Jaqob-her. De él poseemos algunos monumentos en Egipto, en Creta y en Boghazköy e incluso una figura de león adquirida en Bagdad. No se puede pensar que sus dominios se extendiesen por tan vastos territorios, pero sí afirmar que las relaciones comerciales de Egipto tuvieron un gran radio de acción. El hecho de que no se encuentren escarabeos con su nombre en Nubia, demuestra que esta región se mantuvo independiente de Egipto. El rey más importante de la dinastía, sucesor

de Jian fue Auserre-Apopi I que lleva un nombre puramente egipcio, señal de la asimilación que se va produciendo entre los conquistadores y los egipcios autóctonos. Reinó durante mucho tiempo porque el famoso Papiro matemático Rhind atestigua la fecha de 33 años y estamos casi seguros de que fue el que luchó contra Kamose y por ello tuvo que ser contemporáneo de los predecesores de éste Tao I y Tao II, todos ellos príncipes tebanos. Conocemos una hija, la princesa Herit, cuya inscripción aparece en la tumba de Amenofis I en Tebas, y una hermana llamada Ta-rwdet, cuyo nombre adorna un vaso encontrado en Almuñécar. Su política respecto al naciente reino tebano debió ser de convivencia pacífica durante mucho tiempo, como veremos más adelante, pero al final se produjo la guerra entre hicsos y tebanos y en una de las batallas murió el príncipe tebano Sekenenre. Esta lucha inicia el comienzo de la expulsión de los hicsos, si bien aun tardaron bastante tiempo porque después de Apopi I aún reinan Apopi II y Jamudi durante pocos años.

La dinastía XVI se llama también de los «pequeños hicsos», que como hemos dicho antes son dinastías que gobiernan pequeños territorios. Algunos tienen nombres semíticos como Anather, otros llevan nombre egipcio como Apopi III.

Los hicsos en Egipto adoptaron los elementos culturales de la superior cultura egipcia. Utilizan la lengua y la escritura egipcias, la titulatura real, continuaron haciendo el mismo comercio que hacían los egipcios del Imperio Medio y mantuvieron el mismo sistema político. La extensión de su dominio se creyó al principio de la investigación egiptológica que comprendía un vasto imperio, pero hoy se ha abandonado esta hipótesis totalmente indemostrable. Fueron simplemente los dominadores de Egipto y todo lo más que se puede admitir es que ocuparan algunas regiones de Palestina y Siria. La tradición dice que los hicsos sometieron a tributo a todo el país, cosa que puede ser cierta; pero, como hemos visto, pronto se fue formando un núcleo de poder en el sur en torno a Tebas que probablemente pagó también tributo a los soberanos hicsos. Por lo cual debemos admitir que por lo menos durante gran parte de la dinastía XV el poder supremo de Egipto estaba en poder de estos reyes extranjeros, aunque algunos vasallos como los «pequeños hicsos» de la dinastía XVI y los tebanos gozaban de una gran autonomía, que en el caso de los tebanos llegó a la plena independencia y gracias a ella pudieron emprender la gran ofensiva final contra los dominadores asiáticos. Según el relato de Josefo (Manethon) los primeros hicsos de la dinastía XV fueron elevados al trono en Menfis, residiendo allí al menos algún tiempo, aunque el centro principal de poder era Avaris, su fortaleza por excelencia, y a donde iban en verano. Avaris, por otra parte, no es una fundación hicsa según atestigua su nombre puramente egipcio. Allí se rendía culto al dios Seth.

Si tratamos de valorar el papel que desempeñaron los hicsos en la historia de Egipto tenemos que decir ante todo que la tradición literaria indígena consideró a los hicsos como los enemigos por excelencia, y su dominación fue una calamidad que se abatió sobre el valle del Nilo. Sin embargo, considerado el problema en su auténtica dimensión histórica, hay que admitir que durante su permanencia en Egipto este país recibió una serie de elementos culturales que habían de tener una gran trascendencia en la historia política y militar. Antes de los hicsos Egipto no conocía el caballo como animal útil. Probablemente no lo trajeron los hicsos a Egipto sino que fue un elemento cultural difundido por aquella época en todo

el Oriente Próximo. El hecho es que al final de la dominación hicsa aparece el carro de guerra y nuevos tipos de espadas de bronce así como el arco compuesto, lo que suponía avances importantes en la técnica de la guerra. Pero no hay que pensar que cuando invadieron Egipto traían todo este arsenal militar. Su penetración, como hemos visto, debió de hacerse a base de pequeños grupos de nómadas ligeramente armados que se impusieron sobre una población de campesinos pacíficos. La cultura egipcia en cuanto a literatura y ciencia se refiere no sufrió detrimento alguno durante esta época, florecieron las letras y las ciencias de lo que el Papiro Rhind es un buen ejemplo. Lo mismo podemos decir de las artes plásticas que mantienen un buen nivel, aunque no consiguen obras maestras como en la etapa anterior. Para terminar nuestra valoración de la historia de los hicsos diremos que su presencia acabó con el aislamiento de Egipto respecto al Próximo Oriente. Por su conducto entran en el valle del Nilo nuevas ideas religiosas y se rompe definitivamente la idea de que no había más país digno de este nombre que Egipto, cuya superioridad era definitiva sobre el resto del mundo conocido. Y tal vez la gran ofensiva que emprendieron en Asia los primeros faraones de la dinastía XVIII y que tan grandes consecuencias tuvo para el porvenir de Egipto, se debió a que los reyes de esta dinastía vieron la necesidad de cubrir la frontera oriental con estados vasallos que les protegieran contra cualquier intento de otra invasión parecida.

2. LA DINASTÍA XVIII Y EL RENACIMIENTO DE TEBAS (1650-c.1567)

Entre los pequeños estados que surgieron en Egipto en la época hicsa, el más importante de todos y el de mayor porvenir histórico fue sin duda el que tuvo por centro a la ciudad de Tebas, regido por unos príncipes que se agrupan con el nombre de dinastía XVII. Muchos de ellos no fueron reyes propiamente dichos. Se les conoce por los datos incompletos del Papiro de Turín y por sus tumbas situadas en la zona occidental en el paraje de Dra'abu'-n-Nagà, que se cita en el Papiro Abbott con motivo de los saqueos que sufrió en época tardía. Las noticias que nos dan estas fuentes son escasas y no permiten siquiera una ordenación segura de sus reinados. La seriación propuesta por Von Beckerath es la Antef V, Rahotep, Sobekemsaf Chehuti, Mentuhotep VI, Neberberaw I, Neberberaw II, Semenenre, Sesostris V, Sobekemsaf II, Antef VI, Antef VII, Tao I, Tao II, Kamose.

Es probable que estos caudillos reconocieran, aunque sólo fuera nominalmente, la soberanía de los hicsos y la extensión de su territorio sabemos que se extendía desde Elefantina al sur hasta la ciudad de Kusa (la actual el-Qusiya) al norte. Esta frontera septentrional debió oscilar como resultado de las luchas que se produjeron a lo largo del tiempo. Mientras que el norte dominado por los hicsos estuvo organizado en pequeños señoríos autónomos, la región dominada por los tebanos mantuvo una cohesión sin fisuras. Desde el comienzo se consideraron sucesores de los faraones de la dinastía XIII. Probablemente no faltaron pretendientes a la autonomía, pero no debieron tener éxito digno de mención, y gracias a esta política de un mando único, pudieron mantenerse frente a los hicsos, y al cabo del tiempo, conseguir la expulsión de los extranjeros. Esto no es obstáculo para que mantuvieran unas fecundas relaciones comerciales, como lo atestigua la arqueología, e incluso los pastos del norte eran utilizados por los ganados del

sur. En el-Kab gobernó una familia de señores locales, que tuvo cierta importancia, pero en modo alguno fue independiente de Tebas. Carecemos de noticias sobre la organización interna del reino tebano, pero no es descabellado pensar que continuó el esquema administrativo creado durante la dinastía XII.

La situación de Nubia en esta época es curiosa e interesante. Por un lado es casi seguro que la soberanía egipcia que había alcanzado tanta consistencia en tiempos de Sesostris III, se derrumba completamente. No obstante los egipcios permanecen en la región como elementos de difusión cultural. Por esta época se produce un fenómeno que no carece de interés para la historia de Egipto en su relación con Nubia. Más o menos en la zona ocupada por el reino tebano aparecen una serie de cementerios con tumbas denominadas «pan graves» por la forma externa de este tipo de enterramientos. Se trata evidentemente de un tipo de tumba que se conoce en Nubia y los ajuares y los restos humanos de ellas apuntan con toda claridad a una población sudanesa asentada en Egipto. No puede tratarse de una invasión, y por lo tanto hay que concluir que se asentaron en el reino tebano con la anuencia de sus gobernantes, y la conclusión a que se ha llegado es que son los mercenarios *mechai*, que combatieron con singular eficacia en la guerra de liberación que protagonizó Kamose.

3. LA EXPULSIÓN DE LOS HICSOS

Sobre la guerra de liberación estamos mejor informados que sobre la etapa de dominación extranjera. La guerra fue larga y abarcó varios reinados hasta la victoria final en tiempos de Ahmosis. Debió empezar en tiempos de Tao II. Continuó en tiempos de Kamose y de esta fase bélica poseemos varios relatos que nos permiten reconstruirla en parte. Son la llamada *Primera estela de Kamose*, la *Tablilla Carnarvon* y la *Segunda estela de Kamose*. Incluso aparece en leyendas de tipo popular como la *Disputa de Apopi y Sequenenre*. Los dos primeros textos citados son del mismo tenor y describen una sesión del rey Kamose con sus cortesanos, es decir, los altos funcionarios del reino a los que propone la guerra para expulsar a los hicsos. Se lamenta de que tiene que compartir Egipto con un asiático en Avaris y un nubio en Kush. Los grandes contestan: «Mira, los asiáticos han avanzado hasta Cusae y después de haber detenido sus lenguas, hablan de un solo modo. Nosotros estamos seguros en la posesión de nuestra tierra negra. Elefantina es fuerte, y el centro del país está con nosotros hasta Cusae. Se cultiva para nosotros lo mejor de sus campos. Nuestros ganados están en el Delta. La espelta es enviada para nuestros cerdos y nuestro ganado no es expulsado... por ello. Él tiene la tierra de los asiáticos y nosotros la Tierra Negra. Pero [si alguien] viniera para desembarcar y atacarnos, entonces lo atacaremos». Pero estas palabras fueron desagradables al corazón de su majestad: «En cuanto a vuestros consejos [de no combatir contra] los asiáticos, que [están en Egipto, es vil. Mirad, yo combatiré] con los asiáticos. Vendrá el éxito. Cuando (les haya vencido), todo el país [me aclamará como el poderoso caudillo] de Tebas, Kamose, el protector de Egipto. Navegué río abajo como un campeón para derrotar a los asiáticos según el mandato de Amón, justo de consejos, siendo mi ejército valiente delante de mí, como un soplo ardiente; las tropas de *mechai* dentro de nuestras fortalezas para espiar a los *setetiu* [asiáticos] y destruir sus lugares; el este y el oeste traían sus

grasas y mi ejército abundaba en víveres en todas partes. Envié una fuerte tropa de *mechai* mientras pasé el día en... Teti, hijo de Pepi en Neferusi y no avancé para evitar que huyera. Rechacé a los asiáticos que habían gobernado Egipto y él hizo como el que confía en la fuerza de los asiáticos. Pasé la noche en mi barco y mi corazón estaba alegre. Cuando amaneció el día yo estaba sobre él como si fuera un halcón. Cuando viene el momento de perfumar la boca, lo abatí, destruí su muralla, maté su gente, obligué a su mujer a bajar a la orilla del río. Mis soldados eran como leones con su presa, con esclavos, ganados, grasa y miel, repartiéndose sus posesiones y estando alegres sus corazones. El distrito de Neferusi estaba arruinado [siguen unas frases muy fragmentarias]».

Está claro que este primer ataque se dirigió contra Teti que residía en Neferusi, una ciudad del nomo de Hermópolis, ciudad que debió rendirse sin resistencia a Kamose. Éste sitia a Neferusi para evitar que se escape Teti, quien probablemente era uno de los reyezuelos vasallos de los hicsos. En la última parte del texto, que no traducimos, se habla de una ciudad llamada Per-shaq, en la que parece que había caballos y carros, aunque este punto es muy controvertido.

La segunda estela de Kamose es una continuación de la primera. La primera parte contiene una larga serie de insultos contra el enemigo, que se da por vencido y aniquilado definitivamente. La ciudad más septentrional que se dice haber tomado en Sako (el-Qes) en el nomo XVII del alto Egipto. También se cita una incursión hacia el oasis de Bahriya en el desierto líbico. Se captura a un mensajero del hicso que se dirigía hacia Nubia al este de Atfih, ciudad que aún permanecía en manos de los asiáticos.

«He capturado su mensajero que subía hacia Kush con una carta por el camino de los oasis. La carta que llevaba encima escrita de mano del príncipe de Avaris, decía: "Auserra, hijo de Re, Apopis, saluda a mi hijo el soberano de Kush. ¿Por qué te alzas como soberano sin decirme nada? ¿No has visto lo que ha hecho Egipto contra mí? El soberano que allí reside, Kamose, que sea dotado de vida, me ha atacado en mi territorio, sin que yo le hubiera provocado, lo mismo que ha hecho contra ti. Ha escogido dos países para la desgracia, el mío y el tuyo y los ha devastado. Ven corriente abajo, no tardes. Dado que está aquí cerca de mí, no habrá nadie en Egipto que se levante contra ti. No le dejaré que vaya contra ti. Dividiremos las ciudades de Egipto, y [tendremos] felicidad y alegría. Ugiaheperre, que sea dotado de vida, poderoso de acción.»

Como se ve por el texto citado, Auserra pide ayuda al rey de Kush y le promete el reparto del botín una vez que hayan aplastado al rey de Tebas. El ataque de Kamose debió debilitar el poder de los hicsos. El final de la estela describe la vuelta triunfante del rey a Tebas, pasando por Asiut, siendo recibido en Tebas: «Tebas estaba en fiesta. Mujeres y hombres venían a verme. Todas las mujeres abrazaban a su compañero y ninguno lloraba. El incienso para Amón en la Residencia, en el lugar citado».

4. LA VICTORIA FINAL BAJO AHMOSIS

Para esta fase de la guerra carecemos de documentos originales, como los que hemos aducido, pero nos quedan los datos contenidos en una biografía de un militar de El-Kab que sirvió bajo distintos monarcas de la dinastía XVIII y pasó casi toda su vida bajo las armas, lo cual constituye un caso raro para la mentalidad egipcia, pero es explicable por el ambiente de lucha nacional que vivía Egipto en aquellos años. Nos referimos a Ahmosis, hijo de Ebana. Su padre había sido soldado profesional, aunque de escasa categoría *(w'w)*. Nuestro militar, gracias al valor demostrado en numerosas campañas, recibió tierras y esclavos en su ciudad y sus descendientes alcanzaron puestos más altos. Yotef, su yerno, llegó a preceptor de los príncipes, y su nieto Paheri, cuya tumba es conocida, alcanzó el cargo de gobernador de El-Kab. Ello es un buen ejemplo de cómo gentes de condición humilde ascendían en la escala social gracias a su promoción en el ejército, que a partir de ahora tendrá un papel importante dentro de la dinámica social egipcia. Volviendo a Ahmosis, en su tumba de El-Kab nos cuenta que bajo el rey Ahmosis ocupó el puesto de su padre Baba –el nombre de Ebana es el de su madre– que había muerto antes y que había combatido bajo Tao II. Participó en la guerra hicsa en el primer sitio de Avaris y fue nombrado comandante de un barco llamado «Brillando en Tebas». La biografía atestigua que la guerra fue larga. El segundo ataque se desarrolló en los canales, seguramente en torno a la capital hicsa. Después de una interrupción ocasionada por una sublevación en el Alto Egipto, se reanudó la lucha y cayó la capital, Avaris. Probablemente, al principio de la contienda Ahmosis se apoderó de la ciudad de Menfis, pero este dato no figura en ninguna de las fuentes que poseemos. Después de la toma de Avaris la biografía de Ahmosis, hijo de Ebana, relata el asedio de tres años de Sharuhen en el sur de Palestina y de una campaña del rey en Nubia. Otro personaje también de El-Kab llamado asimismo Ahmosis Pennejabet da noticias de una campaña en el país de Dahi, que comúnmente se sitúa en la costa de Fenicia. Con ello podemos ver cómo el impulso ofensivo de los egipcios no se detuvo en las fronteras tradicionales de Egipto, sino que continuó internándose en Asia, un fenómeno al que no es difícil encontrar paralelos en la Historia Universal.

DOCUMENTOS

1. EL RELATO DE SINUHE

Me fui de noche y estuve en Peten cuando el día despuntó. Hice un alto en la Isla de Kem-wer. Me dominó un ataque de sed. Estaba reseco y tenía la garganta polvorienta. Dije: «¡Así sabe la muerte!». Pero esforcé mi corazón y volví en mí, porque había oído bramar ganado y descubrí unos asiáticos. Su jeque, que había estado en Egipto, me reconoció. Entonces diome agua en tanto que hervía leche para mí. Fui con él a su tribu. Lo que hicieron por mí fue bueno.

Un país extraño me dio a otro. Partí hacia Biblos y me avecindé en Qedem, y estuve un año y medio en ella. Ammi-ensi –era un gobernante del Alto Retenu–

me acogió y me dijo: «Estarás bien conmigo y oirás el habla de Egipto». Esto dijo porque conocía mi personalidad, se había enterado de mi sabiduría, y la gente de Egipto que estaba con él había atestiguado por mí...

Me puso al frente de sus hijos. Me casó con su hija mayor. Me permitió que eligiera de su región, de lo mejor que tenía en su frontera con otra región. Fue una buena tierra llamada Yaa. Había en ella higos y uvas. Tenía más vino que agua. Copiosa era su miel, abundante sus aceitunas. Había en sus árboles toda clase de frutos. Había cebada y espelta. Carecía de límite cualquier género de ganado. Además, grande fue lo que me aumentó a consecuencia del amor que me tenía. Me hizo gobernador de una de las mejores tribus de su territorio. Pan se hizo para mi diaria provisión, vino tuve todos los días, carne guisada y aves asadas, aparte de las bestias salvajes del desierto, pues cazaban para mí y ante mí lo ponían, junto a la presa de mis propios perros. Muchos... se hacían para mí y leche en toda clase de aderezo.

Estuve allí muchos años, y mis hijos crecieron hasta ser hombres vigorosos, cada uno reprimidor de su tribu. El mensajero que iba al norte o que iba al sur a la Ciudad Residencial se alojaba en mi casa, pues hice que todos se detuviesen. Di agua al sediento. Indiqué al extraviado su camino. Rescaté al que había sido robado. Cuando los asiáticos se atrevieron a oponerse a los gobernadores de países extranjeros, aconsejé cuáles debían ser sus movimientos. Este gobernador de Retenu me hizo pasar muchos años como jefe de su ejército, fue expulsado de sus pastos y de sus aguadas, me apoderé de sus rebaños, apresé a sus habitantes, arrebaté su alimento y maté sus gentes con mi fuerte brazo, con mi arco, con mis tácticas y mis proyectos triunfales. Gané el favor de su corazón, me amó, reconoció mi valor y me colocó a la cabeza de sus hijos, cuando vio cómo prosperaban mis armas.

Vino un poderoso varón de Retenu a fin de retarme en mi campo. Era un héroe sin igual y había sometido todo. Dijo que combatiría conmigo, se proponía despojarme y maquinaba adueñarse de mi ganado por consejo de su tribu. Aquel príncipe discutió conmigo y yo dije: «No le conozco. En verdad no soy confederado suyo para que pueda moverme sin estorbo en su campamento. ¿Acaso abrí jamás su puerta o derribé sus cercas? Antes, su hostilidad se debe a que ve que ejecuté tus comisiones. Soy ciertamente un toro descarriado en otra manada y un toro de este rebaño le ataca...»

Durante la noche tendí mi arco y lancé mis flechas, blandí mi daga y acicalé mis armas. Al nacer el día Retenu estaba a punto de venir. Había incitado a sus tribus y reunido las comarcas de una buena mitad de él. Había pensado sólo en esta lucha. Vino a mí mientras le esperaba, pues yo me había situado cerca de él. Todos los corazones ardían por mí; mujeres y hombres gemían. Todo corazón sufría por mí. Dijeron: «¿Hay otro hombre fuerte que pueda luchar contra él?» Entonces embrazó su escudo, tomó su hacha de guerra y su brazada de jabalinas. Pues bien, después que yo dejé que sus armas fuesen lanzadas, hice que sus flechas volasen junto a mí en vano, una tras otra. Me acometió y disparé contra él, hincándose mi saeta en su cuello. Gritó y se abatió de bruces. Le rematé con su propia hacha de guerra y proferí mi grito de victoria sobre su espalda, mientras los asiáticos rugían. Di prez a Montu, al paso que sus parciales lloraban por él. Este gobernador Ammi-ensi me cogió en sus brazos. Después arrebaté sus bienes y me apoderé de su ganado. Lo que se proponía hacer conmigo yo le hice. Cogí lo que había en su tienda y despojé su campamento. Así me engrandecí, aumenté mi riqueza, me hice abundante en rebaños y creció mi crédito.

2. EGIPTO-IMPERIO MEDIO: ESTELA DE FRONTERA DE SESOSTRIS III DE SEMNA

Viviente Horus: Divino de forma; las dos Señoras: divino de nacimiento; rey del Alto y Bajo Egipto: *Jakaure*, dotado de vida; viviente Horus de oro: el que es; hijo del cuerpo de Re, su amado; señor de las dos tierras; Sesostris, dotado de vida, estabilidad y salud eternamente, año 16, tercer mes del invierno: hizo el rey su frontera del sur para siempre:

Hice yo mi frontera más al sur que mis padres,
yo añadí a lo que se me había legado.
Yo soy un rey que habla y actúa,
lo que planifica mi corazón lo realiza mi brazo.
El que ataca para conquistar, que es rápido en el éxito,
en cuyo corazón los planes no se duermen.
Considerado con sus partidarios, firme en la clemencia;
sin piedad para el enemigo que le ataca.
Que ataca al que le ataca,
que se para cuando uno se para,
que responde a una cuestión si le conviene (?)
porque el que desiste después del ataque, fortifica el corazón del enemigo.

Ser valiente es ser agresivo, cobarde el retirarse,
verdadero cobarde es el que es retirado de su frontera,
dado que el nubio escucha la palabra (?) de la boca,
contestarle es hacerle retirarse.
Si se es agresivo contra él, vuelve la espalda,
si uno se retira, él ataca.

No es gente de valor, son pobres diablos, de corazón solo.
Lo ha visto mi majestad, no es mentira,
cautivé sus mujeres, me llevé sus siervos y fui a sus pozos,
maté su ganado, corté su mies, le puse fuego.
¡Por vida de mi padre, digo la verdad!
No es una exageración que sale de mi boca.
En cuanto a todo hijo mío que consolide esta frontera
que hizo mi majestad, será mi hijo nacido (?) a mi
majestad, el hijo que venga a su padre, que consolida
la frontera de su progenitor. Pero el que la abandone,
que deje de luchar por ella, no es mi hijo, no ha nacido para mí.

Mi majestad ha hecho una imagen de mi majestad
en esta frontera que ha hecho mi majestad, para que
vosotros la conservéis y luchéis por ella.

LICHTHEIM, *op. cit.* I, pág. 119

BIBLIOGRAFÍA

C. ALFRED: «Some Royal Portraitsof the Middle Kingdom in Ancient Egypt» en *The Metropolitan Museum Journal*, 3 (1970) págs. 27-50.

J. V. BECKERATH: *Untersuchungen zur politichen Geschichte des Zweiten Zwischenzeit in ägypten*, Glückstadt, 1964.

J. COUYAT y P. MONTET: *Les Inscriptions du Ouadi Hammamat*, El Cairo, 1912.

B. GRATIEN: *Les cultures de Kerma*, Lille, 1978.

L. HABACHI: «König Nebhepetre Mentuhotep», en MDAIK, 19 (1963), pág. 16 y sigs.

W. C. HAYES: *The Scepter of Egypt*, I. Cambridge (Massd.), 1953.

L. KLEBS: *Die Reliefs und Malereien des Mittleren Reiches*, Heidelberg, 1922.

K. LANGE: *Sesostris: Ein ägyptischer König in Mythos, Geschichte und Kunst*, Munich, 1954.

H. W. MÜLLER: *Die Felsengräber der Fürsten von Elephantine aus der Zeit des Mittleren Reichs*, Glückstadt, 1940.

G. POSENER: *Litterature et politique dans l'Egypte de la XIIe dynastie*, París, 1956.

D. WILDUNG: *L'âge d'or de l'Egypte*, París, 1984.

H. E. WINLOCK: *The Rise and Fall of the Middle Kingdom in Thebes*, Nueva York, 1947.

CAPÍTULO VII

LA SEGUNDA ÉPOCA INTERMEDIA EN BABILONIA

El ámbito cronológico que abarca este período va de 1955 a.C. a 1700 aproximadamente, y corresponde al lapso que corre desde la caída del imperio de Ur hasta la restauración de la unidad política de Babilonia por obra de Hammurabi. Los hechos históricos más destacados de esta época son la fundación de nuevas dinastías en las principales ciudades mesopotámicas por los caudillos semitas que desde hacía siglos gravitaban sobre ellas, la sedentarización de los beduinos, y en un segundo momento, la aspiración siempre presente en estos estados de restaurar la unidad política entroncando con la desaparecida dinastía de Ur. Aunque aparentemente triunfa la cultura sumeria, al final de este período el semitismo se impondrá para siempre en Mesopotamia, y con él triunfará un nuevo modo de vida que tiene su expresión literaria en el predominio de la lengua akkadia. Tratándose de una época enormemente complicada en cuanto a relaciones políticas, trataremos tan sólo de dar una visión panorámica de las distintas dinastías, ya que un estudio detallado exigiría un libro entero. Las fuentes son muy abundantes aunque fragmentarias.

A lo largo de los últimos años del reinado de Ibbi-sin aparecen actuando continuamente distintas estirpes semíticas, que nosotros denominamos beduinos *martu*. Bajo este nombre comprendemos a una serie de tribus cananeas orientales que combaten, o mejor dicho, emigran unas veces por su cuenta y otras a sueldo de distintos caudillos que los utilizan para sus fines políticos. La acción devastadora de estos beduinos es aprovechada por algunos jeques ya sedentarizados de antiguo como Isbierra de Mari, que aparece como un *«tertius gaudens»* en este confuso y agitado período. La correspondencia de Isbierra de Mari con Ibbi-sin de Ur, de quien era gobernador, nos ilustra sobre el caso. Una de las cartas conservadas dice así: «A Ibbi-sin, mi señor, habla así Isbierra tu esclavo: me has encargado de una expedición a Isin y Kazzallu para comprar cebada. El precio de la cebada es de un *gur* (por siclo) había dispuesto de veinte talentos de plata para la compra. Hay rumores de que los beduinos han bajado de las montañas, por lo

cual he llevado setenta y dos mil gŕ de cebada a Isin. Ahora están los beduinos en la tierra fértil y han tomado todas las fortalezas, una tras otra. Mándame seiscientos barcos de carga para transportar a razón de ciento veinte kur cada uno...» La carta continúa pidiendo al rey que le encargue de la defensa de Isin y Nippur, a lo que accede el rey en una carta de respuesta. Más adelante Isbierra desenmascara su política ofreciendo la cebada al rey a doble precio, y éste se pliega a las exigencias del ya príncipe de Isin «que no conocía rival» y envía gran cantidad de oro, plata, bronce y cobre para pagar la cebada de Isbierra. La actitud de Ibbi-sin era compartida por otros gobernadores, como Puzurmarduk, gobernador en nombre de Ibbi-sin de Badihursanga, situada al norte de Babilonia, y es significativo que este gobernador hable de un gran enemigo del poder central, que podemos identificar con ciertas probabilidades de acierto con el mismo Isbierra.

Sin embargo el golpe de gracia a Ur lo asestó un estado que desde muy antiguo intervenía en la llanura mesopotámica en época de debilidad. Nos referimos a Elam que aparece aliado con las «gentes de SU», de identificación desconocida y ambos aprovechando la debilidad de Ur, y según un texto de interpretación difícil, de algunas revueltas interiores, se apoderan de Ur y llevan cautivo a Ibbi-sin. Los trenos por la caída de Ur nos dejan el relato de este hecho: «Que las gentes de SU y los elamitas, los enemigos, consiguieron que el rey de Sumer dejara su palacio, que Ibbi-sin marchara a Elam... que él, como un pájaro volase de su palacio y como un extranjero no volviese a su ciudad...». Los testimonios arqueológicos, en opinión de sir Leonard Woolley parecen registrar una destrucción violenta, no digo de la ciudad, sino en la ciudad. La caída de Ur tuvo lugar el año 1955 a.C.

Poco a poco van apareciendo soberanías independientes en el ámbito del fenecido reino de Ur III: Isin, Eshnuna y Der. Más tarde, Larsa y después Babilonia. En la época que consideramos, la rivalidad por la hegemonía política se plantea entre Isin y Larsa, pero el predominio de la segunda será muy posterior. De momento, Isbierra queda como soberano hegemónico de Mesopotamia, aunque no pudo extender su influencia hacia el oeste, donde aparecen ahora multitud de estados semitas independientes, ni eliminar a los primeros jefes tribales de Larsa. La extensión del reino de Isin en la época de Isbierra puede reconstruirse con cierta aproximación: es seguro que dominó en Isin, Ur y Nippur. Desconocemos sus relaciones exactas con Mari, de donde procedía. Controló, sin duda, la ruta comercial de Tilmun.

El año III de Ibbi-sin se independiza Eshnuna, posiblemente bajo Ituria y con toda seguridad, bajo su sucesor Ilsuiliya.

En Der aparece un gobernador divinizado, que probablemente es el primer soberano independiente e iniciador de una dinastía local.

En esta primera época, como decimos, Isbierra y su dinastía elevan a Isin a la categoría de reino principal dentro de esta fragmentación política, y a través de las inscripciones podemos seguir el proceso de su adaptación a la cultura sumero-akkadia. Se titulan reyes de Ur y las fórmulas anuales no se diferencian en nada de las de los últimos reyes de Ur. Realizan las mismas donaciones a los templos, construyen muros y hacen canales, etc., consagrando emblemas o tronos a Enlil, Ninurta, Inanna o Ninlil. Se llaman más tarde «reyes de Sumer y Akkad»

y el sucesor de Isbierra, *Suilisu* (1926-1917) resucita la divinización real de los reyes de Ur. En este aspecto podemos decir lo mismo de los sucesores de éste Iddindagan, Ismedagan y Lipitishtar. Parece que Isin tuvo una época feliz bajo el reinado de Iddindagan. La literatura compuesta en honor del rey habla de que aseguró los caminos (de las caravanas) y puso la justicia en todas las bocas, reparó los astilleros y defendió las fronteras deteniendo a sus enemigos. Todos estos tópicos son muy frecuentes en la literatura de la época, y algunos de ellos parecen apuntar a una reforma legislativa. En esta época podemos situar una de las obras más famosas de la literatura sumeria, el gran *Himno de Inanna*. Ismedagan reinó después de haber sido gobernador de Der. Es conocido sobre todo por sus obras pías y sus reformas sociales, en el sentido de que condonó atrasos y favoreció a los templos de Nippur. La extensión de su reino se conoce con cierta precisión, siendo seguro que gobernó sobre Isin, Nippur, Ur, Eridu, Uruk y Der, y seguramente sobre gran parte del norte de Babilonia. No obstante, parece que en su tiempo se producen los primeros retrocesos del poderío de Isin. Tenemos noticia de un descalabro sufrido por este rey en la región norte de Babilonia, durante el cual fueron hechas prisioneras parte de las tropas de Isin estacionadas en Kish. La labor legisladora de los reyes de Isin culmina con *Lipitishtar* (1875-1865), quien restauró el derecho en Sumer y Akkad. Sobre su código hablaremos más adelante.

Su actividad social no le evitó el desastre. Perdió el trono ante un usurpador amorita llamado *Urninurta* (1864-1837). Su nombre sumerio indicaría para algunos una vuelta al poder de esta raza sometida desde hacía un siglo pero en todo caso este resurgir fue fugacísimo. El hecho es que Urninurta conoce la ascensión de Larsa hacia la hegemonía. Sin embargo atribuye más valor aun que sus predecesores a las titulaturas reales y se llama «gran pastor de Nippur, fomentador de Ur, el que limpia los canales de Eridu, piadoso pastor de Uruk, rey de Isin, rey de Sumer y Akkad, distinguido esposo de Inanna» y coloca delante de su nombre el determinativo divino. De sus sucesores, presentan cierto interés algunos como *Erraimiti*, cuya leyenda llega hasta la época griega a través de elaboraciones asirias y recogidas por los griegos de tradiciones populares. Amenazado por la muerte, no sabemos en qué forma, se buscó un rey sustituto para que la desgracia cayese sobre él, librando así al rey verdadero del mal que le amenazaba. Elevado al trono durante un día, ataviado con todos los atributos reales, ocurrió la muerte de Erraimitti, y quedó como rey *Enlilbani* (1803-1780). Llamamos la atención sobre esta leyenda que se presta tanto a una interpretación etnológica e histórica, pero no es este el lugar de explicarla. Como muchos de sus contemporáneos promulgó disposiciones de carácter social, que sin duda tendían a resolver los agudos problemas que la época planteaba. Una inscripción de su reinado nos deja entrever que reinó sobre Nippur, Ur, Eridu, Uruk e Isin. Bajo sus cinco sucesores la potencia de Isin pierde cada vez más importancia para quedar reducida al dominio de la capital propiamente dicha. Es cierto que la encontramos formando parte de coaliciones para hacer frente a Rimsin de Larsa, que entonces emprende su carrera política y se alía con Uruk, Babilonia, Rapiqun y los suteos. En otra ocasión la vemos aliada con Eshnuna, Jamutbal y Kazallu contra el rey Rimanum, cuya residencia quizá estuvo en Malgum, pero todo ello fue en vano. A pesar de que los reyes de Isin siguen ostentando el título de «reyes de Sumer y Akkad» ya no significaban nada en el juego político de la época. Su

último rey, Damiqilisu fue vencido por Rimsin de Larsa en 1737, unos 220 años después de la fundación de la dinastía.

Una serie de sincronismos nos permiten hoy establecer los orígenes de la dinastía de Larsa en la época de Isbierra de Mari con un sheij llamado Naplanum. No obstante, como hemos dicho más arriba, la importancia de esta dinastía sólo se ve más tarde, cuando poco a poco sale de la oscuridad histórica para entrar de lleno en el primer plano de la rivalidad política hasta alcanzar la hegemonía en lucha con sus vecinos. La Lista real de Larsa enumera doce príncipes desde los orígenes hasta Waradsin, y a partir de Gungunum tenemos datos anuales de casi todos ellos. En tiempos de *Gungunum* aparece Larsa en franca rivalidad con Isin (1867-1841). Los datos anuales nos ilustran sobre una serie de empresas militares y sobre la actividad constructiva del rey. Es muy probable que interviniera en el cambio de dinastía que hemos visto en Isin que culminó con la entronización de Urninurta. Toma el título de «rey de Sumer y Akkad». Sus campañas van dirigidas contra Anshan, en las montañas iranias y contra Malgun, ciudad que hemos de situar en el Tigris a la altura de su confluencia con el Diyala. Pero el hecho central de su reinado fue la conquista de Ur el año 8 que coincide con el 10 de Lipitistar, aunque parece que la ocupación no fue duradera. Sin embargo la posesión de esta ciudad, cuna de tantas tradiciones culturales y políticas, fue el acto que dio a Larsa la legitimidad de sus aspiraciones a la hegemonía. Su reino comprendió Lagash, Larsa, temporalmente el Elam y controló la ruta comercial de Tilmun. Su actividad constructiva fue prodigiosa: ampliación del palacio de Larsa, erección de fortificaciones, construcción de canales, etc. Su sucesor *Abisare* (1840-1830) venció a Isin y continuó la obra constructora de su antecesor. Los veintinueve años de gobierno de *Samuel* (1829-1800) representan una continuación en la carrera ascendente de Larsa. Sabemos que destruyó Akusum al norte de Babilonia, y venció al ejército de Kazallu repetidas veces. Parece que este rey hizo un gran esfuerzo hacia el norte de Babilonia. No menos notable fue su actividad constructora de obras de riego, pero los datos que de ellas poseemos no permiten su localización y, por ende, dificultan el conocimiento de la extensión de su reino. Fue el primer rey de Larsa divinizado.

Con su sucesor *Nuradad* (1800-1785) la titulatura real de Larsa sufre una serie de innovaciones, ampliándose con una serie de títulos subsidiarios que resaltan las actividades bienhechoras del rey para con los templos de las ciudades, principalmente el e-babbar de Larsa y los de Eridu y Nippur. Durante su reinado ocurrió una gran catástrofe que produjo grandes alteraciones económicas y quizá también políticas. Una gran avenida de las aguas produjo una desviación del curso del Tigris y con ella la devastación de los campos fértiles e incluso de las ciudades situadas en sus orillas. Pero Nuradad remedió la catástrofe en lo posible, aunque los trabajos aún continuaban en tiempo de su sucesor *Siniddinam* (1784-1779). Las inscripciones reales, los datos anuales y los textos económicos son lo suficientemente abundantes para poder trazar un cuadro relativamente completo de su reinado. A través de ellos podemos ver cómo Larsa se repuso de sus pasados males y entra en un período de notoria prosperidad. En el terreno político aparece ahora otro candidato que aspira a la hegemonía: Babilonia; y más al norte aparece en el horizonte otro nuevo rival encarnado en Ilushuma de Assur, que no deja de hacer incursiones hacia el Sur. No obstante, Larsa sigue siendo una potencia de gran influencia. La gran inscripción real del gran cilindro de Siniddinam registra la expansión de Larsa: victorias sobre Babilonia, toma de Sumujamutbal, toma de la ciudad de Ibrat, devastación del territorio de Eshnuna y construcción del gran muro de Maskansabra. La toma de Nippur parece evidente en las fuentes, pero no parece que su posesión sea duradera. Los sucesores de Siniddinam, Sineribam, Siniqisam y Silliadad reinaron poco tiempo. El último sufrió una derrota frente a Kazallu, y en este mismo instante vemos una nueva fuerza política actuando en el valle, que de momento, provocará un cambio de dinastía en Larsa y le infunde nuevo impulso en la lucha con los poderes arriba mencionados.

Esta vez, como tantas otras en la historia de Mesopotamia, el ataque procedió del Este. Kudurmabug de Elam invade Mesopotamia, se apodera de Larsa y establece a su hijo Waradsin como rey de ella. La figura de este Kudurmabug es una de las más interesantes del período que historiamos. Con frecuencia se le tiene por un elamita puro basándose en el nombre de su padre Simtisilhak, pero esta opinión no explica el título que se da a sí mismo de *Abu* de Jamutbal, es decir, shej de los beduinos. Este título de la más pura cepa beduina, y el hecho de poner en el trono de Larsa a su hijo son hechos perfectamente explicables en la psicología de estos jeques ambiciosos de gloria y poder, pero amantes, ante todo, de la vida libre del desierto. Otto Edzard emite la hipótesis de que los antepasados de Kudurmabug y su tribu vinieron desde hacía mucho tiempo a la región situada a oriente del Tigris en las proximidades de Elam, y como mercenarios elamitas tomaron nombres de este país. Lo cual nos recuerda a otros jeques que en Babilonia toman nombres akkadios. Ahora bien, estas acomodaciones onomásticas no alteraron para nada sus tradiciones tribales. Después de la entronización de su hijo en Larsa, Kudurmabug permanece en la sombra, aunque siga siendo el auténtico caudillo del momento, y vele por la conservación del trono de Larsa y su preponderancia política.

Waradsin (1770-1759) se adapta inmediatamente a las tradiciones de su reino. Los documentos de su reinado no hablan de empresas militares, pero sí de numerosas construcciones y obras piadosas para los templos. Se considera legítimo sucesor de los reyes de Larsa, y más aún entroncado con la viejísima cultura del país. Sus invocaciones a los dioses tradicionales, junto a una veneración clara por la gran figura de su padre nos recuerdan a otros príncipes, especialmente los regentes asirios de Mari. Parece que este rey murió muy joven. El hecho es que fue sucedido por su hermano *Rimsin* (1758-1698). Rimsin, último rey independiente de Larsa, es una figura que recuerda por su energía a su padre Kudurmabug; bajo su reinado Larsa alcanza el punto culminante de su esplendor, y toda la obra de este príncipe es un esfuerzo continuado por lograr lo que para su desgracia se proponía su gran contemporáneo y rival, Hammurabi en Babilonia, pero éste último logró su objetivo y Rimsin de Larsa, no. Pero, a pesar de su fracaso, Rimsin se nos aparece como una gran figura política que no desmerece cuando se le compara con Hammurabi y Shamshiadad de Assur. Los comienzos de su reinado fueron difíciles, pues contra él se formaron coaliciones de pequeños estados, de las que hemos citado antes algunos ejemplos. Todas ellas fueron derrotadas una tras otra. Se apoderó de Uruk y el año 32 de su reinado logró la victoria decisiva sobre Isin. Ante su gran enemigo Hammurabi, cuya fuerza y astucia no desconocía, adoptó una política de atracción por vía diplomática que no dio resultado alguno. Después de la conquista de Isin, el estado de Larsa había llegado a su punto culminante. Parece incluso que Rimsin no aspira desde en-

tonces a una mayor expansión de sus fronteras. Sin embargo nos inclinamos a creer que la pausa en las conquistas del rey de Larsa se debe al temor que le infundía Hammurabi de Babilonia, cuya subida al poder coincide más o menos con las últimas conquistas de aquél. Sea cual fuere la causa hay un hecho evidente. Los anales de Rimsin hablan continuamente de expediciones, toma de ciudades y demás actividades militares hasta la caída de Isin. A partir de este momento su contenido cambia por completo. Se nos dice cómo el rey, por indicación de Anu, Enlil y Enki, construyó un canal desde Lagash hasta el mar, puso en cultivo tierras antes baldías, llevó agua potable a las ciudades, y los campos florecieron con abundantes cosechas. Pero aún hay más: Rimsin de Larsa se preocupa por el prestigio y la vinculación de su dinastía a las tradiciones ancestrales del país. Erige estatuas en memoria de su padre en el santuario de Egalbarra. Su país lo festejó como «el verdadero pastor de los cabezas negras». La obra política de Rimsin de Larsa quedó truncada a medio camino. Su rival Hammurabi de Babilonia le derrotó cuando debía ser muy viejo, el año 60 de su reinado. A pesar de su fracaso, la obra de unificación de Rimsin fue históricamente fecunda. Preparó e hizo posible la unificación de Babilonia por Hammurabi, ya que sin ella la tarea sería mucho más larga y tal vez imposible.

Para tener una idea más completa de la historia de Babilonia en esta época intermedia es necesario decir algo de las ciudades que citábamos al comienzo de este capítulo. Nos referimos a Eshnuna y Der, a las que veíamos tal como estados independientes en el siglo XX a.C. Su fortuna fue azarosa, como tuvimos ocasión de ver a lo largo de este capítulo. Nos ocuparemos con mayor detalle de Eshnuna, situada en el actual *Tell Harmal*.

Tenemos muy pocos datos de los reinados de Nurahum y Kiriki, sucesores de Ilsuiliya, y algunos más de Bilalama, hijo de Kiriki, a quien los textos asignan la conquista de Turub y una serie de operaciones militares conta Ibbi-sin, que no pudieron ser más que típicas razias beduinas. Como datos seguros tenemos para el reinado de Bilalama una serie de construcciones de templos, entre los que figura el de Tispak y la fundación de dos ciudades: Badbara y Ka'ib'um. Hasta hace muy poco tiempo se le atribuyó el Código que lleva su nombre en la bibliografía orientalista; pero, como veremos más adelante, esta atribución es poco menos que imposible. Después del sucesor de Bilalama, Isaramasu, Eshnuna pasa a ser una dependencia de Der, ciudad que durante un breve espacio de tiempo hace una política imperialista. Prescindimos de narrar los avatares históricos de estos pequeños principados, a veces independientes, y sólo citaremos a Ipikadad II de Eshnuna y sus hijos Naram-sin y Dadusa que por un momento volvieron a dar a su pequeña ciudad cierta preeminencia política. Parece que Naramsin logró gobernar algún tiempo sobre Assur, ya que aparece citado como antecesor de Shamshiadad I. A Naramsin le sucede su hermano Dadusa que reinó hasta el año 6 de Hammurabi y 36 de Rimsin. Con su reinado o el de su sucesor Ibalpiel II coincide un acta de Mesarum lo que coincide con el descubrimiento en Tell Harmal de un código, antes citado, escrito en lengua akkadia muy semejante al *Código de Hammurabi*, que más tarde utilizaremos en la sección de Historia social. La historia posterior de Eshnuna permanece en la sombra a partir de Ibalpiel II, hijo de Dadusa.

El mayor interés que presenta esta época radica en la posibilidad de estudiar la estructura social y económica de Babilonia anterior a las grandes reformas

llevadas a cabo por Hammurabi. Disponemos para ello de material abundante que aporta muchos datos que resumimos a continuación. No obstante, hemos de tener presente que nuestras fuentes se refieren casi exclusivamente a las ciudades de la Tierra Baja, las cuales tenían tras de sí más de mil años de vida urbana y no podemos olvidar que en torno a ellas existían un mundo de tribus nómadas cuyo «status» social tiene que ser radicalmente distinto al de las ciudades. Los códigos de Lipitishtar y de Eshnuna se refieren a la vida ciudadana. Para un análisis de la vida tribal carecemos de fuentes directas, y sólo nos quedan ligeras referencias al modo de vida de estas tribus en permanente estado migratorio. Los textos suelen repetir la frase de que los beduinos de las montañas no conocen el cultivo del campo ni las casas, ni elemento alguno de vida sedentaria. Cuando estas tribus llegan a las ciudades o a sus inmediaciones, pronto se sedentarizan y acaban por apoderarse del poder en ellas. La etnología comparada y el estudio de las tradiciones semíticas antiguas nos podrían llevar a una idea bastante exacta de su género de vida, pero este trabajo, en la medida de nuestros conocimientos, está por hacer. No obstante, señalaremos algunos fenómenos claros como el mercenariado, una estructura patriarcal evidente, la persistencia de organización tribal, etc., etc. Y pasemos a la vida urbana. En este momento las ciudades mesopotámicas comprenden varias aportaciones étnicas que les dan, junto con una tradición cultural muy antigua, un carácter abigarrado y complejo. Por encima de las capas de población auténticamente prehistóricas, podemos señalar el componente racial sumerio, el akkadio posterior, aunque no descartamos su coetaneidad, la aportación racial de los pueblos venidos de los Zagros (lulubi, guti, etc.) y sobre todo en este momento la gran masa de pueblos semíticos occidentales que acabarán por dar un viraje completo a la historia del país. Sobre este fondo multiforme actúan las tradiciones culturales elaboradas en Sumer, y reelaboradas principalmente bajo la dinastía de Ur III.

Las clases sociales son prácticamente las mismas que más tarde bajo Hammurabi. En primer lugar, encontramos el *awilum*, es decir, el hombre, el hombre libre, pero también el ciudadano con plenos derechos de la ciudad. Es interesante la distinción del *mar awilim* y *marat awilim*, cuyo significado es hijo de ciudadano e hija de ciudadano, es decir, personas libres bajo la potestad del padre. La otra categoría clara es el *vardum* o esclavo varón y la esclava hembra *amtun*, considerados por lo menos al final de la época estudiada, como bienes patrimoniales. No pueden contratar ventas ni préstamos aunque su prohibición expresa significa que no eran infrecuentes. El propietario de una esclava tenía también derecho a los hijos que ésta tuviera. Una categoría social intermedia es la del *muskenu*. No eran ciudadanos de pleno derecho, pero podían poseer en propiedad campos, casas y estados. Es muy difícil precisar el origen de esta clase social.

El matrimonio es monógamo, pero con concesiones. Existen esponsales y dote, y se requieren una serie de condiciones jurídicas para su realización, en forma de contratos según la forma exigida por la ley que seguramente era consuetudinaria. Sobre el repudio de la esposa, podemos decir que el marido que repudia a su mujer y contrae un segundo matrimonio, cuando ésta había dado a su esposo hijos, tiene la obligación de restituir la dote y la mitad de sus propiedades rústicas y bienes muebles...

Por lo que se refiere a estructuras económicas de Babilonia en esta época, poseemos un material enormemente abundante, aunque de difícil utilización por

su misma complejidad. Entre los fenómenos de tipo general que interesan para el aspecto económico nos encontramos en primer lugar con una decadencia de la ciudad templo sumeria, que había sido predominante en la etapa anterior de Ur III. En aquella época los templos controlaban más de la mitad del suelo fértil de Babilonia. Durante todo el período que aquí nos interesa se produce un amplísimo fenómeno de sedentarización de las tribus beduinas que llevaban ya muchos años en las proximidades de las zonas agrícolas, lo que evidentemente condujo a una mayor distribución de la propiedad de la tierra en perjuicio en parte de los antiguos templos, que en su mayor parte siguen teniendo importancia, pero su papel ya no es tan exclusivo. Todas las medidas que los soberanos toman van encaminadas a la condonación de las deudas, sin duda en perjuicio de los antiguos propietarios, y en beneficio de los nuevos poseedores de lotes de tierra fértil. Al exponer la historia política de la época hemos hecho alusión continua a la labor de puesta en cultivo de nuevas tierras sobre todo en la época de Sinid-dinam de Larsa. La razón urgente es que hay gran demanda de ellas por los nómadas que han dejado de serlo. Los nuevos caudillos necesitan un apoyo político que sólo pueden darles sus tribus asentadas y dotadas de medios de producción propios. Nos encontramos en una situación semejante a la de la conquista árabe del Oriente Próximo, con la diferencia de que aquí había más posibilidades que en el caso de los árabes. A través de las leyes de Eshnuna y del Código de Lipitistar vemos cómo la propiedad de un huerto, una casa y bienes muebles es la propiedad media de un awilum y sobre lo que descansa su economía personal. Lo mismo podemos decir de los bienes del *muskenu*, aunque sin duda es una escala menor. La economía de las tribus que permanecen en estado nómada se basa en el pastoreo como ha ocurrido en Oriente en todas las épocas desde el neolítico final. Los contratos de venta que conocemos en esta época indican que hay una extensa propiedad real, y sigue existiendo la propiedad de los templos, los cuales cada vez están más controlados por los nuevos dinastas. La economía de las ciudades se basa en otras actividades además de la agricultura. En primer lugar el artesanado de los templos y la producción libre de los artesanos que trabajan por su cuenta, ya sea con producción personal ya con obreros libres, o bien con esclavos.

Una actividad que desde antiguo tenía una importancia enorme en estos países fue el comercio. En esta actividad podemos distinguir dos tipos principales: el comercio de las ciudades, que es el que los códigos regulan, y el comercio de gran radio de acción o de caravanas. Ambos parecen que están íntimamente relacionados, pero el segundo es objeto de una intervención real más directa ya que con frecuencia plantea problemas de orden internacional. Con frecuencia hemos aludido al esfuerzo de las ciudades hegemónicas por controlar el comercio de Tilmun, fundamental para la economía del país que tenía su centro en Ur. Lo propio podría decirse del comercio con el oeste y el norte, donde por la misma época encontramos mercaderes asirios y babilonios ocupados en la exportación de géneros. Es más, personalmente creemos que toda la actividad legislativa de los reyes de esta época se debe a la presión que el elemento mercantil ejerció sobre los nuevos dinastas instalados en el poder. Veamos de un modo sumario las regulaciones a que está sometido este comercio que como veremos son las mismas que seguirán en la época de Hammurabi. En primer lugar encontramos la fijación de precios de las mercancías de primera necesidad, del salario de los obreros, del alquiler de barcos y carros. Resulta interesantísimo para el historiador actual encontrar una regulación de precios fijada en moneda. A primera vista parece un anacronismo hablar de moneda en el siglo XVIII a.C. pero desde un punto de vista económico las funciones que cumple la moneda babilonia son las mismas o casi las mismas que desempeñará más tarde la griega, ya moneda propiamente dicha. Pues bien, los precios se fijan en dos tipos en moneda-cebada y en moneda-metal, señal inequívoca de que el trueque ya no se utilizaba, por lo menos en los centros económicos desarrollados. Dentro de la misma línea encontramos las disposiciones sobre préstamos, institución jurídica que recuerda muy de cerca al *mutuum* romano. Al mismo tiempo se dispone sobre el préstamo a interés que puede llegar a un treinta y tres por ciento. Sumo cuidado tienen las leyes de la época en precisar las relaciones de la compraventa, operación mercantil por excelencia. Naturalmente se prohíbe la venta, sea cualquiera, a un esclavo. Se exige una prueba escrita de la compra, y ésta es la causa de que encontremos en las excavaciones tantas tabletas-contratos. Es curioso encontrar en las disposiciones sobre compra-venta huellas de la propiedad familiar, lo que nosotros interpretamos como una herencia tribal, tema sobre el que ya hemos insistido, a pesar de la antigüedad de la propiedad individual atestiguada desde los tiempos de Sargón de Akkad, y con menos frecuencia en la época sumeria primitiva. Existe el derecho de retracto sobre bienes familiares vendidos por necesidad imperiosa, derecho que podían ejercer el primer vendedor o sus herederos, cuando el comprador vendiese lo adquirido en esas circunstancias. También ofrece interés para el historiador, porque dan la verdadera dimensión de las relaciones de producción, las disposiciones que se ocupan del alquiler principalmente las que se refieren al alquiler de trabajo. He querido dar todos estos datos, quizá con demasiada insistencia para dejar hablar a los documentos y evitar las construcciones teóricamente las que desgraciadamente somos tan aficionados los historiadores. A través de estas instituciones jurídicas y otras que no he citado, vemos cómo la segunda época intermedia de Babilonia presenta un cuadro muy variado de fuerzas económicas en continuo desarrollo de un enorme interés. Sobre este fondo va a ejercer Hammurabi su labor centralizadora, pero en nuestra opinión, con muy poca originalidad.

Es necesario, por no decir imprescindible, hablar de las colecciones legislativas que esta época nos ha legado. Hasta el año 1947 el código más antiguo de la Humanidad era el de Hammurabi, que en todos los tratados de Historia del Derecho aparecía nimbado de la más venerable antigüedad, pero en este año apareció el código promulgado por el rey Lipitistar de Isin, de quien ya hemos hablado. Está escrito no en una estela como el de Hammurabi, sino en una tablillas secada al sol. Los cuatro fragmentos recobrados de ella aparecieron en la ciudad de Nippur durante la expedición de la Universidad de Pensylvania del año 1889 al 1900. Pasaron a Philadelphia como propiedad de la Universidad y fueron depositados en el Museo de la misma. En 1929 estas piezas junto a otras tres mil tablillas y fragmentos, se almacenaron, registraron y catalogaron con los archivos de Nippur. Unos diez años después el doctor Kramer al hacer una breve investigación sobre la colección de Nippur, buscando todas las escritas en sumerio se dio cuenta de la existencia de los cuatro fragmentos jurídicos. Más tarde, Francis Rue Steel las transcribió y publicó completas en 1948. Otros fragmentos coincidentes habían sido publicados de un modo aislado el año 1929. Teniendo en cuenta que Lipi-

tistar reinó en 1875 a.C., el editor da el año 1860 como fecha de composición del código. El código está hoy muy fragmentado y de él conservamos unas treinta y siete leyes completas. Los temas de que tratan son derecho mercantil, derecho de familia, herencias, delitos de sangre, y delitos contra la propiedad. El código va precedido de un prólogo y seguido de un epílogo en los cuales el legislador nos habla de los motivos e intenciones que tuvo para promulgarlo. Como siempre, los dioses sumerios clásicos inspiran al rey, pero su intención es procurar la libertad de los hijos e hijas de Nippur, los hijos e hijas de Ur, los hijos e hijas de Isin, los hijos e hijas de Sumer y Akkad sobre los que se había impuesto la esclavitud. Es difícil interpretar esta fraseología que se repite mucho en los textos de la época, pero nos arriesgaríamos a pensar que las soluciones hay que buscarlas en una intención de extender la administración a zonas más amplias, arrebatándoles la exclusiva a los templos, única fuerza organizada existente.

En 1948 Taha Bakir, conservador del Museo de Bagdad excavaba en una colina llamada Harmal, y descubrió dos tablillas que como el Código de Hammurabi, estaban escritas en lengua semítica babilónica. Fueron estudiadas por Albrecht Goetze. En el prólogo que precede a las leyes, se menciona a un rey Bilalama, de quien hemos hablado y que vivió unos setenta años en Lipitishtar. Sin embargo, la atribución a Bilalama presenta dificultades, Goetze ya veía que las tablillas A y B, donde aparece el nombre, son posteriores a su reinado. Szlechter ve dificultades en la lectura de Bilalama porque cada vez que aparece tiene ortografía distinta y admite que el código puede ser posterior. Otto Edzard niega rotundamente que el código sea de Bilalama. La razón es que resulta imposible admitir que el código en lengua akkadia tan cercano filológicamente al de Hammurabi pueda ser contemporáneo del primer rey de Isin. La línea cinco de la introducción, que no es otra cosa que una larga fórmula de dataciones cita la ciudad de Supursamas, y del estrato II de Tell Harmal que corresponde a los reyes Naram-sin, Dadusa e Ibalpiel II, procede otra fórmula que cita la misma que antes señalábamos y que por otros textos hemos de atribuir a Dadusa, por lo cual la atribución a este rey parece lo más verosímil. Quedaría pues, el código situado pocos años antes (quizá cuarenta o cincuenta) antes del de Hammurabi; y esto nos explicaría las semejanzas lingüísticas e incluso sociales. Sobre el contenido del código no diremos más, porque lo hemos utilizado «in extenso» para la historia social y económica de la época. Sin embargo, tenemos que añadir a lo allí dicho que en derecho penal este código, a diferencia del de Hammurabi, admite la compensación legal y elimina la venganza de la sangre. Es muy interesante también por sus datos sobre la organización de los tribunales civiles que dependen en última instancia del rey. De otros reyes de la época podemos deducir que promulgaron códigos o disposiciones jurídicas, pero hasta ahora no se han encontrado.

DOCUMENTOS

1. II ÉPOCA INTERMEDIA: DEDICACIÓN DEL TEMPLO DE SHAMASH POR IAHDUN-LIM

(I) [Dedicado] a Shamash, rey de los cielos y del mundo inferior, que pronuncia órdenes y decisiones para dios y hombre, cuyo oficio es [la dispensación de] justicia y a quien se ha dado [proteger] lo que es justo, pastor de todas las cabezas negras, dios famoso, juez de todas las cosas, dotado de vida, agradable a la súplica, dispuesto a escuchar los votos, a aceptar plegarias, que concede a los que le adoran una vida duradera de felicidad, el señor supremo de Mari [por] Iahdun-lim, hijo de Iag[g]id-lim, rey de [la ciudad de] Mari y del país de Hana, que cava canales, que construye murallas de ciudades, erige estelas mencionando [su] nombre, provee a su pueblo con superabundancia, suministra a su país de todo [lo que necesita], rey poderoso, héroe famoso, en la ocasión en que Shamash era agradable a su súplica y escuchada su plegaria.

Realmente, Shamash rápidamente vino en ayuda de Iahdun-lim y mientras ningún otro rey residente en Mari nunca había... desde los días antiguos en los que el dios construyó la ciudad de Mari... alcanzado el mar [Mediterráneo]. [II] ni llegado ni cortado madera en las grandes montañas, la montaña del cedro y la montaña del boj, él, Iahdum-lim, hijo de Iag[g]id-lim. El rey poderoso, el toro salvaje entre los reyes, marchó a las playas del mar, un hecho sin igual, y ofreció sacrificios al océano como [conviene] a su real rango, mientras sus tropas se lavaban en el océano. El [también] entró en las grandes montañas, la montaña del cedro y la montaña de boj, y derribó árboles como boj, cedro, ciprés y árboles *elammakku*. Hizo [esta] razia, estableció [así] su fama y proclamó su poder. Sometió [toda] la región en la ribera del océano, la unió bajo [su] mando, le suministró tropas. [III] Impuso un tributo permanente sobre ella y que aún le paga su tributo.

El mismo año se sublevaron contra él los reyes siguientes: Le'um, rey de Samanum y el país de los Ubrabios. Bahlu-bulim, rey de Titul y del país Amnanum, Akhulum, rey de Abattum y el país de los Rabbeos; un ejército de Sumuepuh del país de Yamhad vino en ayuda de ellos, en la ciudad de Samnanum, todos se reunieron contra él, el centro de nómadas, [pero] él [Iahdun-lim] derrotó a estos tres reyes de los nómadas en una gran batalla. Derrotó su ejército, el ejército que había reunido en su ayuda, hizo una masacre [entre ellos]. [Entonces] erigió pilas de sus cadáveres. Razió los muros de sus [ciudades], convirtiéndolas en montañas de escombros. La ciudad de Haman [perteneciente al] centro de los haneos, que habían construido todos los jeques de Hana, la razió y [IV] la convirtió en un montón de ruinas. Él también derrotó a su rey Kasuri-hala anexionó su país [de los haneos]...

PRITCHARD, *op. cit.* II, págs. 95-96

2. SEGUNDA ÉPOCA INTERMEDIA: SHAMSHI ADAD, CARTA A KUWASI DE SHEMSHARA

Habla a Kuwasi: así Shamshi-Adad, seguramente has oído hablar acerca de la hostilidad de Iashub-Addu, el ahzeo. Antes de esto había seguido al hombre de los shimurreos, desertado del hombre de los shimurreos y seguido al hombre

de los tiruhkeos. Desertó del hombre de los tiruhkeos y siguió a la'alanum [tribu]. Desertó de la'ilanum [tribu] y me siguió a mí. Incluso de mí desertó y ha estado siguiendo al hombre de Kakmu. Además ha prestado juramento a todos estos reyes. Hace tres años escasos que fue aliado y enemigo de estos reyes.

Cuando se hizo mi aliado, me prestó un juramento en el templo de Adad de Arrapha. De nuevo en la orilla del Zab [inferior], en A'innum me prestó juramento, y yo se lo presté a él. Me juró dos veces. Desde que cogió el orillo de mi vestido, no recogí ni pedí, ni bueyes, ni ovejas, ni grano de su país; no me apoderé de una sola ciudad de su país. Pero ahora que se hizo mi enemigo, ha estado siguiendo al hombre de Kakmu. Se hace aliado de un rey y presta un juramento, después se alía con [otro] rey y presta juramento, mientras se hace enemigo del primer rey con el que estaba aliado. Su alianza y después la hostilidad con el rey al que se alió dura dos meses. Conmigo estuvo aliado [x] meses, y luego es hostil. Yo he venido y estado aquí estos [x] meses, pero él no me ha dado ayuda. Cuando él suba [para la batalla], oirá todo lo que estoy haciendo en su país...

PRITCHARD, *op. cit.* II, pág. 190

CARTA A ZIMRI-LIM

Además, respecto a lo que mi señor escribió aquí a los reyes diciendo: «Ven a sacrificar en honor de Ishtar», yo reuní a los reyes a Sharmana y les mandé este mensaje: «No hay rey que sea fuerte sólo por sí mismo. De diez a quince reyes siguen a Hammurabi, el hombre de Babilonia; así también Rim-sin de Larsa; así también, Ibal-pi-el el hombre de Eshunna; así también Amut-pi-el el hombre de Qatanum; y veinte reyes siguen a Iarim-lim el hombre de Iamhad.»...

Ibidem

3. II ÉPOCA INTERMEDIA DE BABILONIA: ISHBIERRA DE MARI

A Ibbi-sin, mi señor, habla: de la siguiente manera Ishbierra tu esclavo: tú me has encargado de una expedición a Isin y Kazallu para comprar grano. El precio de grano asciende a 1 kur [por siclo]; se gastaron 20 talentos de plata para la compra de grano. Habiéndose oído rumores de que los beduinos hostiles irrumpieron en la llanura, 144.000 *gur* de grano, todo el grano en su totalidad han sido llevados a Isin. Ahora los martu [beduinos] han entrado en el interior del país tomando una a una todas las grandes fortalezas. A causa de los martu yo no puedo proveer... este grano, se ha hecho muy difícil para mí. Yo lo aventajé y mi soberano puede tener 600 barcos de 120 *gur* cada uno calafateados y....

S. N. KRAMER. *The Sumerians*, pág. 333

BIBLIOGRAFÍA

S. DALLEY: *Mari and Karama. Two Old Babylonian Cities*, Londres y Nueva York, 1984.

E. HEINRICH: *Die Paläste in alten Mesopotamien*, Berlín, 1984.

H. HOOKE: *Babylonian and Assyrian Religion*, Oxford, 1962.

MARIA DE JONG ELLIS: *Essays in Ancient Near East*, Hamden, 1977.

M. E. L. MALLOWAN: *Early Mesopotamia and Iran*, Londres, 1963.

A. T. OLMSTEAD: *History of Assyria*, Chicago, 1951.

F. E. PEISER: *Texte juristischen und geschäflichen Inhalts*, Keilsch. Bib. Berlín, 1896.

F. E. PEISER y H. WINCKLER: *Die sogenannte synchronistische Geschichte*, en Keil. Bib., Band I, Berlín, 1883.

M. SAN NICOLO y A. UNGNAD: *Neubabylonische Rechts und Verwaltungsurkurden*. Leipzig, 1932.

M. SILVER: *Economic Structures of the Ancient Near East*, Londres, 1985.

H. WINCKLER: *Historische Texte des neubabylonischen Reiches*. Keilschrift Bibliothek, III, 2. Berlín, 1892.

D. J. WISEMAN: *Chronicles of Chaldaean Kings*, Londres, 1971.

CAPÍTULO VIII

MARI Y EL ANTIGUO REINO ASIRIO

I. MARI

Por un fenómeno cultural similar al de Ebla, la ciudad de Mari, actual Tell Hariri, adquirió una importancia histórica revelada en los años treinta de este siglo por las excavaciones de A. Parrot, descubriéndose un archivo de 20.000 tablillas, que iluminaron la historia de la ciudad y de los pequeños estados de Karkemish, Alepo, Qatna, Harran y aún más de la Siria de Shamshi Adad y su dinastía.

A principios del III milenio, la ciudad de Mari aparece citada como atacada por Eannatum y de esta época es un *ziqqurat* descubierto por A. Parrot. Hacia el año 2000 se asentaron allí los cananeos, que tomaron la escritura cuneiforme de Babilonia y la lengua akkadia. Antes, en la época de Sargón de Akkad se cita a la ciudad de Mari junto con Yarmuti y Ebla. Un famoso mariota fue Ishbierra, que invadió la zona meridional y jugó un papel importante en los últimos años del reino de Ur III y el llamado segundo período intermedio de Babilonia. Desde mediados del siglo XVIII a.C. conocemos el ascenso de la ciudad y a su rey Yakhdunlim, que inicia una política de expansión por la región, rechaza a los nómadas acaudillados por sus jeques llamados *dâwîdum*, e incendia las cosechas del territorio perteneciente a Shamshiadad de Asiria. En estos años la actividad comercial adquiere una importancia notable como corresponde a su situación de centro inevitable entre los grandes centros mesopotámicos y las ciudades comerciales de Anatolia y Siria. Se construye el palacio real que fue maravilla admirada por los contemporáneos, como el rey de Ugarit, que pedía la intervención de amigos para que se le permitiera este favor. Yakhdunlim pereció víctima de una conspiración palatina probablemente apoyada por Shamshiadad de Asiria, que tenía motivos para no desear la permanencia en el poder de un enemigo que había hecho todo lo posible por alejar al asirio de Terqa. El hecho es que el asirio se apoderó de Mari, aprovechando las rivalidades de la corte mariota. El heredero

Zimrilim tuvo que exiliarse, y Shamshiadad instaló cómo virrey a su hijo Yasmajadad. A partir de este momento tenemos una abundante correspondencia procedente del archivo de Mari, la cual atestigua como el virrey gobierna como un delegado de su padre el rey de Asiria, quien dirige todos los asuntos con una minuciosidad y un interés que le acreditan como un auténtico patriarca. Le aconseja sobre lo que debe hacer y le censura cuando la conducta de Yasmajadad no se corresponde a las directrices paternas. Del mayor interés son los datos sobre las relaciones con los estados vecinos; ante todo Asiria, pero también aparece la Babilonia de Hammurabi, o la ciudad de Ekallatum donde gobierna Ishmedagan, el príncipe heredero de Asiria, puesto allí por su padre para que vaya aprendiendo el arte del gobierno, o la Karkemish donde reina Aplajanda, o el reino de Qatna donde rige los destinos Ashjiadad. Las ocupaciones del virrey son muy variadas: instala mil soldados de guarnición en la ciudad de Makharab tanto para guardar la ciudad como cuidar el ganado vacuno de las razias de los nómadas; le comunica a su hermano la toma de la ciudad de Bakkaram y la deportación a Mari de sus habitantes. Recibe presentes de Qatna y la noticia de que hay minas de cobre en Zirânim. Escribe a Hammurabi de Babilonia para que se interese por una caravana enviada a Tilmun y que fue retenida por un tal Ili-Ebukh, y le pide que la retenga hasta que reciba orden de partir. Por otra parte la corte de Mari era una corte alegre en la que las damas jugaban un papel importante, tanto que a veces esta disipación provoca las iras del viejo rey de Asiria Shamshiadad, que busca en sus hijos la eficacia política y militar. Yasmajadad no era este tipo de guerrero incansable, prefería la política de salón y de intriga. Dotado de una sensibilidad acusada, ama la música y la vida plácida, con un aire *nonchalante* que hace decir a su padre: «¿no tienes vello en las mejillas?».

A la muerte de Shamshiadad, el nuevo rey Ishme Dagan garantizó a su hermano su permanencia en el trono de Mari, el archivo guarda una serie de cartas que demuestran que Yasmajadad reinó algún tiempo en Mari después de la muerte de su padre. Ahora bien, en un momento que resulta difícil precisa durante el reinado de Ishmedagan, Zimrilim, consideró que había llegado el momento de recuperar el trono de su padre, apoyado por los fieles a la dinastía. Probablemente hay huella de esta lucha por el poder en la correspondencia de Mari en alguna carta de Iasmakhadad cuando dice a su hermano que tiene que enfrentarse con los enemigos en el mismo Mari. Probablemente contó con la ayuda del dinasta de Alepo Yarimlim.

Zimrilim (1716-1695) aparece como un monarca dotado de cualidades políticas y diplomáticas. En su tiempo la ciudad mantiene relaciones con los estados situados río abajo y río arriba: el reino de Alepo, Babilonia, etc. Dispone de una red de agentes que mantiene al rey bien informado de todo lo que pasa en las cortes vecinas. A él llegan «encargados de misión» de Hammurabi de Babilonia y allí iban los enviados mariotas, y aunque ni es seguro de que hubiera una representación diplomática permanente de Mari en Babilonia sí lo es el que los enviados permanecían a veces largo tiempo allí. Sabemos que hubo alianzas militares con Babilonia, y una hija de Zimrilim es consagrada *naditum* en el templo de Shamash en Sippar. A pesar de todo estas buenas relaciones con Babilonia estuvieron siempre erizadas de dificultades, de reservas y suspicacias, y no podemos olvidar que acabaron con la catástrofe de la destrucción de Mari por el calculador Hammurabi. Con Alepo (Yamjad) fueron especialmente cordiales. Zim-

rilim estaba casado con una hija de Yarimlim de Alepo y ambos soberanos intercambiaban regalos valiosos. Cuando en Alepo subió al trono Hammurabi hijo de Yarimlim, no se produjo cambio alguno en el buen entendimiento de los monarcas, y tanto es así que parece que entonces es cuando Zimrilim hace un viaje a la corte de Alepo. Con Qatna podemos decir lo mismo, así como con Karkemish, tanto en la época en que reinaba Aplakhanda como cuando le sucede Yatarami. Imar aparece citada varias veces y Ugarit, Jashshum y Ursum. Cuando el rey de Babilonia pide ayuda militar a Mari, Zimrilim traslada la petición a Alepo en muy buenas relaciones con ellos. Estos y otros estados estaban en la órbita comercial y política de Mari, que servía de enlace en todas las direcciones con la red comercial de Mesopotamia, Siria y Anatolia. Los mariotas cobraban buenos peajes y trataban en telas, aceite, vino, cobre, estaño, ganado, ovejas, trigo, etc. Una buena prueba de la prosperidad de la ciudad en ésta y en pasadas épocas es el palacio excavado por la misión francesa. Se trata de un palacio construido en adobe de grandes dimensiones con patios que alcanzaban medidas enormes; uno mide 49 x 33 m, en cuya parte sur se encuentra el salón de audiencias capaz para considerables masas de gentes. Todo el edificio tenía 200 metros de largo por 125 metros de ancho con más de 300 habitaciones. Adornado con frescos que en la parte conservada representan escenas de presentación ante la diosa Ishtar con palmeras y otros árboles. No es, pues, extraño que el rey de Ugarit le pidiese al rey de Alepo que interviniese junto a Zimrilim para que se le permitiera visitar el palacio: «El hombre de Ugarit me escribe como sigue: "muéstrame el palacio de Zimrilim, que yo lo vea". Por ello te envío a su servidor».

Hay ciertos rasgos del carácter de Zimrilim que no se alejan demasiado de los que hemos visto característicos de Yasmajadad; su civilizada sensibilidad que nos hace recordar *servata distantia* a los reyes de Taifas andaluces y a ciertos príncipes persas de la Edad Media.

El final de Mari estaba próximo. Al final de su reinado Hammurabi de Babilonia se dedicó a eliminar a todos los reinos vecinos. El año 1697 le tocó el turno a Mari. Fue vencido en una batalla, y unos años después, no sabemos si bajo Zimrilim, intentó sacudirse la hegemonía babilónica. El intento fracasó y Hammurabi decidió deportar a los habitantes y arrasar la ciudad.

II. EL REINO ANTIGUO ASIRIO BAJO SHAMSHIADAD

La historia más antigua de Asiria, llamada Subartu por los sumerios, comienza en la época paleobabilónica. En la región del alto Tigris y del Gran Zab las gentes de la cultura de Tell Halaf se mezclan con semitas dando origen a un pueblo que va a tener una gran personalidad en la historia del Oriente Próximo. Recibió la influencia cultural de Sumer, como lo demuestra el templo arcaico de Ishtar y la plástica allí encontrada. La Lista real de Jorsabad enumera al principio diecisiete reyes, y al final de la enumeración añade «un total de 17 reyes que vivían en tiendas». Poebel, el editor del texto, lo interpreta como una constatación de que los reyes no vivían en Assur de manera permanente sino que eran señores nómadas que se movían con su tribu y sus rebaños de un lugar para otro del territorio que consideraban suyo. Todos los nombres pueden interpretarse como pertenecientes a lenguas semíticas (*exempli gratia Zuabu* = Sumuabi; *Didanu* = Dawidanim, *et sic de coeteris*). El penúltimo rey de esta época primitiva es *Ushpia* que en tiempos posteriores fue considerado como el constructor del templo de Assur llamado Ekhursagkalamma.

La misma lista da a continuación otro grupo de 10 reyes, de los que consigna el padre de cada uno de ellos, lo cual demuestra que fue una dinastía fundada por Ushpia y que según A. Poebel reinaría unos 240 años; este autor sostiene que, lejos de ser nómadas, vivieron en Assur. También sus nombres son semíticos, y sólo uno es conocido por inscripciones, *Ilu-kapkapi*. Otro grupo de seis reyes, el último de los cuales es *Ilushuma*, tiene más testimonios directos y, desde el punto de vista lingüístico, los tres últimos son plenamente akkadios, en lo que se diferencian del primero, cuyo nombre puede explicarse como semítico occidental. Otros dos, Kikia y Akia, llevan nombres hipocorísticos y no son semitas, pero no por ello han de considerarse hurritas, como se ha intentado. Una nota curiosa de la lista es que dice que de ellos se había perdido el nombre de sus *limmu* (magistrados epónimos), señal de que esta institución había aparecido por esta época.

Ilushuma se precia de haber consagrado la libertad de los akkadios, de Ur, Nippur, Awal y Kishmar, y aunque se trate de una liberación de cargas fiscales, ello supone un poder político importante en ese mundo agitado y cambiante del segundo período intermedio de Babilonia. Igualmente es un buen síntoma de la importancia de Asiria en esta época la instalación y el florecimiento de las comunidades asirias de Anatolia, especialmente la de Kanesh, de las que tratamos en otro capítulo de esta obra, de las que procedían sustanciosas ganancias para los comerciantes metropolitanos, y sin duda para el estado.

Irishum I (c. 1820) hijo de Ilushuma aparece citado en los textos de Kültepe (Kanesh), lo que demuestra el florecimiento del comercio anatolio durante su reinado, así como el de *Sargón I*, su segundo sucesor. Parece que después se produce una inestabilidad en los últimos años de *Puzurashshur II*, la cual facilitó a Naramsin de Eshnuna una ofensiva que terminó con la conquista del propio Asshshur donde fue proclamado rey.

El estado asirio resurge bajo *Shamshiadad I* (1748-1716), sin duda una gran personalidad política y militar, que inaugura una nueva dinastía: «Shamshiadad, hijo de Ilukapkapi, en el tiempo de Naramsin, marchó a Karduniash. En el *limmu* de Ibniadad Shamshiadad desde Karduniash subió a la ciudad o distrito .... ocupó [xxx] años, en su centro, realmente él vivió. En el *limmu* de ... Shamshiadad desde ... a Ashshur vino a Erishu, hijo de Naram-sin, del trono lo echó. Se apoderó del trono. Detentó la realeza treinta y tres años». Este texto fragmentario indica que nuestro personaje fue un usurpador. Una carta del archivo de Mari dice que Shamshiadad era príncipe de Treqa y que fue expulsado de allí por el rey de Mari, teniendo que marcharse a Babilonia y desde allí al frente de una tropa beduina se apoderó de Ekallate. Finalmente se apoderó de Assur donde creó un gran reino. De este modo Asiria quedaba en manos de un hombre semita occidental que fue contemporáneo de Rimsin de Larsa y de Hammurabi de Babilonia sobreviviéndoleambos. Probablemente si no tuviera que competir con monarcas de tan recia personalidad hubiera podido crear un estado que unificara toda Mesopotamia. Vengó la rivalidad de Mari conquistando la ciudad e instalando en ella a su hijo Yasmajadad como virrey, mientras que el heredero al trono Ishmedagan le daba

el gobierno de Ekallatum. Construyó una residencia palacial llamada *Shubatenlil* («Vivienda de Enlil») iniciando una costumbre de gran tradición entre los soberanos asirios posteriores. Las inscripciones conocidas de él hasta el año 1935 nos lo presentaban como un rey constructor de templos para los dioses Enlil Ashshur y Dagan, y un relieve de una estela de victoria lo retrata masacrando a un enemigo caído dentro de la tradición estilística e ideológica akkadia. Se proclama «rey de la totalidad cuyo nombre proclamaron Anu y Enlil». Gobernó un estado de unos 200.000 km² que abarcaba la cuenca superior del Tigris, norte de Siria, controlaba Eshnuna en la cuenca del Diyala y la región del Éufrates medio con Mari y la ciudad de Ekallatum. El archivo de Mari vino a arrojar una luz insospechada sobre la época y la personalidad de Shamshiadad que nos interesa sobre manera por cuanto creemos que no distaría mucho de la de sus contemporáneos. Poseemos de él 129 cartas enteras o en fragmentos, dictadas por él mismo y 100 de sus hijos y muchas de sus lugartenientes. Todas ellas se refieren directa o indirectamente a Mari, y es de sospechar que se han perdido muchas más sobre otras partes de su reino. Cree von Soden que el rey era analfabeto, porque a menudo en sus cartas se dice que las dictaba y «oía» las respuestas, lo que también dicen sus hijos. Incluso el estilo corresponde muchas veces al dictado directo sin preocuparse por los giros cancillerescos.

Ya hemos hablado del gobierno de Yasmajadad en Mari y nos hemos referido a la preocupación del rey por la conducta de sus hijos aconsejándolos en todo momento con cariño y energía. Tuvo dos grandes preocupaciones como rey de Asiria, el comercio y la guerra. Ordena la distribución de tropas en las fortalezas del país, envía socorros militares al rey Ishjiadad de Qatna, que le pide ayuda, aconseja a Yasnajadad en el problema de rechazar a los nómadas *sutu*, recibe las noticias que le envía el virrey de Mari sobre su intención de convencer a los jeques de los *sukki* para que permanezcan tranquilos, urge a su hijo para que ataque a los nómadas cuando lleven el ganado a abrevar en el Éufrates. Se preocupa de los haneos, prohíbe que se haga una expedición mal preparada; solicita reclutas haneos para Shubatenlil. Una vez pregunta Yasmajadad qué debe hacer frente a las razias de Sumuebukh en el país de Qatna, y el rey promete enviarle la lista de las depredaciones, y de paso le ordena que un campo disputado por varias personas se les mantenga y en contrapartida que monten la guardia de la ciudad. En otras cartas habla del comercio de la madera para Ekallatum, Nínive y Shubatenlil, de cobre, de cultivos, de fugitivos políticos, de esclavas para el harén, incluso de cocineros, de canteras, etc. En cuanto a sus sentimientos de padre se ve que sus preferencias van hacia Ishmedagan, que, a pesar de su juventud, ya ha conseguido brillantes victorias militares, a diferencia de Yasmajadad que pierde el tiempo en cacerías, el harén y las fiestas de corte. No todo debieron ser fiestas en la corte de Mari porque hay una carta en la que Yasmajadad comunica a su padre que ha licenciado 2000 soldados del rey de Babilonia que se encontraban en It, y que él no ha ido a Tutul como era su intención porque tuvo que hacer frente al enemigo en Mari mismo. Probablemente, tanto Mari como Asiria sufrían el acecho de sus enemigos.

A la muerte de Shamshiadad subió al trono *Ishmedagan* (1716-1677). Por la correspondencia de Mari sabemos que Yasmajadad aún se sostenía en el trono de Mari cuando murió su padre, porque en una misiva oficial el nuevo rey comunica a su hermano su ascensión en unos tonos de fraternal confianza.

«Yo he subido al trono de la casa de mi padre
y es por lo que he estado muy ocupado [¿]
y no he podido enviarte noticias de mi salud.
Ahora tú eres mi hermano; yo no tengo
otro hermano más que tú.
La ciudad de Uta que tú tienes
en tu mano, de ella recibiré
un tratado de amistad. No tengas ningún miedo.
Tu trono es tu trono
y yo tengo en mi mano
[al dios] Adad y [al dios] Shamash, las gentes de Elam y al hombre de Eshnunna
los tengo en mis lazos.
No tengas ningún temor.
Mientras que tú y yo
vivamos,
para siempre tú ocuparás
el trono. Juremos
entre nosotros un solemne juramento
de los dioses.
Luego tú y yo encontrémonos
y establezcamos entre nosotros
para siempre la fraternidad.
¡Alégrate! ¡Que tu corazón
no tenga ningún cuidado!»
...

Pronto surgieron los problemas. Hubo que pacificar a los haneos, una tribu seminómada que robaba «los bueyes y los corderos del palacio de Shubatenlil y todo lo que había que robar». Tiene que dar muerte a un *dâwîdum* de esta tribu. Los *turukku*, un pueblo del norte, saquean la llanura, azuzados por el hambre. El «hombre» de Eshnunna no para de molestar por el flanco sur. En una carta a su hermano le cuenta cómo el de Esnunna intrigaba con el hombre de Babilonia, es decir Hammurabi, para cometer una mala acción, pero sin éxito. Amenaza a Samuadad, en socorro del cual parte Ishmedagan con sus tropas. Incluso parece que amenazaba a Mari, que debió de perderse por estos meses. Sin embargo, el gran peligro estaba en Babilonia. Hammurabi no cejó hasta apoderarse de Nínive como había hecho con Larsa, Mari y Eshnunna. No conocemos la suerte que corrió Ishmedagan. La Lista de Jorsabad da después de él a un tal Ashshurdugul, al que asigna seis años de reinado, y a continuación seis reyes para un solo año, lo que se interpreta como un período de caos político, que algunos ponen en relación con la expansión hurrita, que empujó a los bárbaros analfabetos hacia el sur. Fuera como fuere, habrá casi doscientos años sin documentación epigráfica.

BIBLIOGRAFÍA

W. ANDRAE: *Das wiedererstandene Assur*, Berlín, 1938.

BURKHART KIENAST: *Das altassyrische Kaufvertragerecht*, Wiesbaden, 1984.

M. A. DANDAMAYEN (ed.): *Societies and Languages of Ancient Near East*, Warminster, 1982.

G. R. DRIVER y J. C. MILES: *The Assyrian Laws*, Oxford, 1935.

O. EDZARD: *Die Zweite Zwischenzeit Babyloniens*, Viesbaden, 1957.

–, «La época paleobabilónica», en *Historia Univ. s. XXI*, vol. 2, Madrid, 1977, pp. 140-180.

F. M. FALES: *Assyrian Royal Inscriptions. New Horizons in the Literary, Ideological and Historical Analysis*. Roma, 1985.

P. GARELLI: *Les pouvoirs locaux en Mésopotamie et dans les régions adjacents*, Bruselas, 1982.

A. K. GRAYSON: *Assyrian Rulers of Third and Second Millenia B.C. to 1115*. Toronto, 1982.

M. T. LARSEN: *The Old Assyrian City-State and Colonies*, Copenhage, 1976.

H. LEWY: «Assyria c. 2000-1816 B C», en *Camb. Anc. Hist.*, Cambridge, 1980, pp. 203 ss.

G. LOUD: *Khorsabad I/II*, Chicago, 1936-37.

D. D. LUCKENBILL: *Ancient Records of Assyria and Babylonia*, 2 vol. Chicago, 1925-1927.

B. MEISSNER: *Babylonien und Assyrien*, 2 vols, Berlín, 1920-1925.

–, *Reallexikon der Assyriologie*, Berlín, 1925 (en curso de publicación).

B. MENZEL: *Assyrische Tempel*, I y II, Roma, 1981.

C. PARROT: *Assur*, en Universo de las formas, Madrid, 1970.

–, *Archives Royales de Mari*, París, 1950.

W. SODEN: *Herrscher in Alten Orient*, Berlín-Göttingen-Heidelberg, 1954.

ZIKIR SUMIM: *Assyriological Studies Presented to F. R. Kraus in the occasion of his seventieth Birthday*, Leiden 1982.

CAPÍTULO IX

HAMMURABI Y SU DINASTÍA

La época de Hammurabi, sexto rey de la I dinastía de Babilonia, corresponde a un momento de estabilidad después de un siglo de asentamiento de los amoritas en la zona de Mesopotamia. Después del descubrimiento del código en Susa y su publicación a principios de siglo, la figura de Hammurabi adquirió unas dimensiones casi míticas como el primer legislador de la historia. Actualmente ha perdido esa cualidad, pero sigue siendo una figura relevante en todos los aspectos.

Una de las extirpes semíticas occidentales se asentó en la zona del Éufrates hacia el 1830 a.C. a unos 20 kilómetros de Kish. El dios que llevaban era Marduk, y el lugar escogido se llamaba Babilla que los emigrantes transformaron en Babilli (la puerta del dios). *Sumuabum* echó los cimientos del estado babilónico. Era un jeque que se consideró independiente como sus contemporáneos Ishbierra y Naplanum; guerreó contra Kazallu y Dilbat y fortificó Babilonia. Le sucedió *Sumulailu*, cuyos fastos nos dicen que venció a *Jalambu*, mandó cavar canales, uno de ellos llamado de *Utukhegal* y otro denominado con su propio nombre, destruyó a Kish y sus murallas, venció a Kazallu, Yahzirilu y Barzi y fortificó Kutu y Suippar. Le sucede su hijo *Sabum*, del que quedan pocos datos pero suficientes para constatar que construyó el muro de Karshamash, edificó el Ebabarra y el Esagila. *Awilsin* también fue un rey constructor al que hay que atribuir el muro de Barzi, el de Babilonia, un trono de oro y plata para Shamash y Shenida, el canal de Shumundar, el de Awilsin-hegal, el templo de Innana en Babilonia y el Eturkalana y la puerta oriental de Babilonia. *Sin-muballit* se ocupa de las mismas obras de riego y de piedad hacia los dioses, pero además dice: «El ejército de Ur fue destruido por las armas», tal vez en relación con la toma de Isin por *Rimsin de Larsa*. A su muerte subió al trono su hijo Hammurabi (1792-1750) cuyo largo reinado y su obra política y legisladora le acreditan como «una de las mayores personalidades de la historia universal» en frase de Bruno Meissner. Sus comienzos debieron ser modestos. Probablemente heredó de su padre Babilonia y algunos lugares vecinos. Si examinamos las fórmulas anuales de este rey vemos

que sus campañas militares se agrupan en dos épocas: al comienzo y al final de su reinado, sobre todo en este último período. Gadd cree que las primeras campañas las hizo bajo el mando de alguien más que por cuenta propia y de acuerdo con esta idea sospecha que las campañas del año siete, «Uruk e Isin fueron destruidas», puede considerarse una reacción contra Larsa. En los años 10 y 11 de su reinado las listas dicen: «El ejército y la población de Malgu fueron aniquilados» y «Él conquistó Rapiqu y Salibo», y el citado autor opina que lo hizo como miembro de una coalición. Puede ser cierto pero no tenemos pruebas suficientes para demostrarlo. Se ha aducido el hecho de que en su año 10, un contrato redactado en Babilonia nos lo presenta asociado a Shamshiadad de Asiria, su poderoso contemporáneo. No hay que perder de vista que Hammurabi en sus primeros años de reinado se vio constreñido a una situación nada cómoda con Shamshiadad al norte y Rimsin al sur, el cual había conseguido reunificar gran parte del país de Sumer-Akkad. La parte norte con Shamshiadad al frente se había consolidado como un estado poderoso y un rival comercial indiscutible. Ello explicaría la cautela de Hammurabi en estos primeros años. El año 11 de Hammurabi muere Shamshiadad y el babilonio debió de sentirse relajado al verse libre de un enemigo tan astuto. Asiria tuvo que ceder a Babilonia la zona limítrofe. Los años medios del reinado de Hammurabi se caracterizan por unas relaciones que se mueven bajo el signo de una fina diplomacia que trabaja en las cortes vecinas, especialmente en Mari. Los archivos de este palacio arrojaron una nueva luz sobre la época, pero especialmente entre las relaciones entre Mari y Babilonia y de ésta con Rimsin de Larsa. Este último fue derrotado el año 30 de Hammurabi, quien había solicitado ayuda a Mari para enfrentarse con su antiguo rival, después de haberla conseguido por parte de Eshnuna. Con ello se apoderaba de la parte sur de Babilonia y accedía a la antigua realeza sumero-akkadia.

El año 33 recuerda victorias sobre Mari y Subartu, al mismo tiempo que nos presenta al rey construyendo un canal llamado «Hammurabi es la abundancia del pueblo» y que suministraba agua a Nippur, Eridu, Ur, Larsa, Uruk e Isin. La fórmula del año 32 habla de luchas en Elam, Subartu, Gutium, Malgium, que ya habían sido atacadas el año 29, antes de la derrota de Rimsin. De todos estos enemigos el más resistente fue Asiria, que, aunque disminuida después de la muerte de Shamshiadad, supo mantenerse frente al conquistador del sur. Eshnuna cayó el año 38 víctima de una inundación provocada por Hammurabi. Los distritos bárbaros de Elam, Gutium, Subartu nunca fueron conquistados. Por el contrario, Mari fue vencida el año 33, Zimrilim tuvo que declararse su vasallo, pero como más tarde se apartó de la fidelidad prometida, la ciudad fue arrasada y la muralla desmantelada. Hasta aquí Hammurabi se comporta como un conquistador de tipo oriental en el peor sentido del término. Pero fue mucho más. Ya hemos visto su construcción de canales y ahora citaremos su labor en la construcción de fortalezas para contener a los nómadas, templos para los dioses y sus ornamentos.

Su obra administrativa está atestiguada en las dos colecciones de cartas dirigidas a sus ministros en las que podemos ver un espíritu minucioso y observador de todos los detalles de la vida política y económica de su reino. Dichas cartas fueron dirigidas a dos personajes que sirvieron en los años finales de su reinado: Sin-iddinam y Shamash-azir. La mayoría de las cartas consisten en directrices para la asignación de tierras o instando a que se resuelvan problemas de gentes que se han quejado al rey de distintas causas. Especial interés para la historia tiene el poder caracterizar a los que detentan las fincas de las que se tratan en estas cartas. Algunos se llaman *iššakum*, es decir «lugartenientes», título detentado por los gobernadores de las ciudades sumerias, lo que demuestra en opinión de Gadd, la decadencia de este título. La clase más numerosa de poseedores de tierras era la de aquellos que ocupaban sus campos por haber prestado sus servicios al rey, o por pagar una renta; el servicio estaba indisolublemente unido a la posesión de la tierra de tal manera que si ésta pasaba a manos de otro, éste último debía cumplir las mismas funciones que el primero. Eran militares, artesanos, campesinos y obreros que explotaban un gran fundo mancomunadamente. Una vez en posesión del fundo, gozaba de cierta libertad, y una vez que pagaban sus rentas, podían legarlo a sus hijos, que desempeñaban sus mismas funciones; en suma, una especie de feudo ligado a la prestación de un servicio. Las cartas dirigidas a Siniddinam revelan un mundo más complejo: nombramiento de funcionarios, asuntos militares, procesos, finanzas, obras públicas, comercio y agricultura. Llama la atención en el contenido de estas cartas la minuciosidad del gobierno central y la falta de iniciativa que se deja a los corresponsales.

Ya hemos dicho que desde 1901-1902 en que se descubrió el código en una estela conservada hoy en el Museo de Louvre, descubierta por la misión francesa en Susa, y que había sido llevada allí por Shutrunknajunte, Hammurabi había sido considerado como el primer legislador de la historia. Este privilegio le fue arrebatado por Lipitistar, Bilalama y Urnammu pero aún así hay suficientes razones para mantener su gran categoría en el orden legislativo por el número de cuestiones tratadas en su código. Este consta de un prólogo, el cuerpo legal y epílogo. Las leyes incluidas en él tratan de distintos tópicos jurídicos: derecho penal (ley del Talión) matrimonio, divorcio, ventas y depósitos, esclavitud y robo, etc. Como las leyes de Eshnuna, en el *status civitatis* se distinguen tres categorías de ciudadanos: *awilum* (ciudadano de pleno derecho), *muskenum* (español «mezquino», ciudadano capitidisminuido) y *wardum* (esclavo). Cada uno tiene su categoría jurídica propia. El principal problema que plantea este código, así como los precedentes ya citados y otros que conocemos, es el de su finalidad. Parece que no se trata de un código en el sentido propio de la palabra, que se aplicará en los casos concretos, dado que no aparece citado en ninguno de los documentos de la época. Probablemente la estela con el código grabado, coronada por la efigie de Hammurabi recibiendo las leyes del dios Shamash, estuvo expuesta públicamente en el templo para que el litigante que iba en busca de justicia pudiera leer, o hacer que le leyeran, la regulación real del derecho que le asistía. Igualmente es probable que su misión fuera la de una unificación del derecho en el reino, y sin duda la solución a un problema acuciante en todos los códigos mesopotámicos, la regulación de precios.

Su hijo y sucesor *Samsuiluna* (1749-1712) no pudo mantener la integridad del reino. En la frontera de Elam se levantó un falso Rimsin que con tropas kasitas, conquistó Ur y Uruk, aunque al final fue expulsado por el rey de Babilonia. El año 28 se inquietó el sur, llamado «el país del mar», bajo el caudillaje de un tal Ilumailu que se decía descendiente de los reyes de Isin y consiguió separarse de Babilonia fundando una dinastía que había de durar 200 años. La frontera entre los dos reinos quedó establecida en la zona de Nippur. Por el norte presionaban

los kasitas y por el oeste los hurritas, quedando Babilonia reducida a un pequeño estado, a pesar de los heroicos esfuerzos que hacían las tropas babilonias. En un dato anual, el rey se precia de dar muerte a veintiséis reyes sublevados, lo que nos da idea de lo agitado de los tiempos en que le tocó vivir. Las fórmulas anuales hablan del tema de siempre: construcciones de templos, de canales, reparaciones del zigurat en Sippar, etc.

A pesar de los problemas la dinastía continuó reinando en Babilonia durante cuatro generaciones. *Abieshu* (1711-1684) funda dos ciudades; su hijo *Ammiditana* (1683-1647) se dedica fundamentalmente a obras piadosas y a luchar contra Damiqilishu del País del mar, aunque también tuvo que soportar reveses; *Ammisaduga* (1646-1626) no salió de las mismas limitaciones, aunque pudo avanzar hasta el mar y fundó en la desembocadura del Éufrates la ciudad de Dur-Ammisaduga. El último rey de la dinastía fue *Samsuditana* (1625-1595). El rey de los hititas Mursil I emprendió su expedición a Siria, destruyó Mari, que tomó el año 1595. En la lucha murió el rey de Babilonia dejando un vacío político que fue ocupado por los kasitas.

1. EL ESTADO, LA ADMINISTRACIÓN

A la cabeza del estado está el rey, pero la realeza de esta época es el producto del proceso que caracterizó el momento de formación de los estados que se crearon sobre las ruinas de Ur III. En el momento de su asentamiento los caudillos como Ishbierra no eran más que jeques que llevaban el título de *abu* (padre). Pero una vez dueños del poder en sus ciudades respectivas, hicieron lo posible por legitimarlo según fórmulas antiguas tradicionales. De todos modos pasó algún tiempo hasta que se acuñó una realeza con ciertas características propias. Hasta principios del siglo XVIII a.C. encontramos grandes personalidades que nos permiten entender de alguna manera el estilo de estos reyes: Rimsin de Larsa, Shamshiadad de Asiria, Zimrilim de Mari y Hammurabi de Babilonia. Los archivos, con la excepción de Rimsin nos permiten conocer sus ideales de gobierno, y sobre todo su actuación concreta. Ha desaparecido la idea de la realeza divina que tentó en gran medida a los soberanos de Ur III. Los nuevos reyes son grandes personalidades que viven en un mundo reducido de intrigas, alianzas, contraalianzas y guerras, provocadas las más de las veces por intereses económicos más que políticos. Todos ellos poseen una administración centralizada que abarca todos los aspectos del gobierno: política religiosa y cultural, política legislativa, política militar, obras públicas, comercio y manufactura, agricultura y ganadería. Todo está bajo la mirada atenta del rey y su voluntad enérgica. El rey de Asiria, ante todo un soldado, se preocupaba con especial cuidado del comercio, del asentamiento de los nómadas, de la plantación de árboles y de aconsejar a sus hijos. Pero entre estos destaca la figura de Hammurabi como ejemplo de rey que se esfuerza por crear algo que podríamos llamar un estado de derecho, derecho que había recibido de los dioses Enlil, Shamash y Anu para establecer la justicia, erradicar el mal y defender a los hombres del abuso de los poderosos. «Pastor de los pueblos», «rey de Amurru». A pesar de sus numerosas guerras pretende siempre un ideal de paz y prosperidad para su pueblo y lo que no es menos importante, crea un ideal de gobernante que será imitado un siglo después por los últimos reyes de la Babilonia caldea.

Estos reyes, déspotas en esencia, tenían unas misiones específicas tanto frente a los dioses como ante los hombres. Siendo su magistratura de origen divino, el rey era responsable del culto de los templos y de honrar a los dioses con edificios, estatuas y regalos. Ammiditana regaló siete estatuas suyas, en su mayor parte de oro, a los templos de Esangila, dedicado a Marduk, Ebabbar dedicado a Shamash, Emantila dedicado a Enlil, al de Zababa de Kish, etc. El rey era cuidadoso de las purificaciones rituales y de la observación de los augurios, a los que recurría en todo momento decisivo de su vida. Era responsable ante los dioses del bienestar de su país y por ello de todos sus actos. Una institución que conocemos en Isin descansa en este principio. Nos referimos al *rey sustituto*, al que se coronaba y se le hacía chivo expiatorio de todos sus pecados para matarlo después. (En un caso, el rey murió durante la ceremonia y quedó como rey el sustituto).

De la época de Hammurabi conocemos al ministro o visir Awilninurta y a los citados Siniddina y a Shamashassir de menor categoría, simples gobernadores de Larsa y Shippar respectivamente.

Los bienes estatales o de palacio tienen una administración propia y complicada. Se utilizaba mano de obra en forma obligatoria para su explotación, así como para las obras públicas (templos, murallas, canales, etc.). Es posible que los *muskenu* fueran obligados a ello. Un cargo curioso es el del *wakin amurrim* (gobernador de los amorreos) que era el jefe de los amorreos incorporados en el ejército.

Sobre el tema característico de la época como es el de las relaciones entre templo y palacio, hemos de decir que ambos tenían sus administraciones propias, pero de hecho se da la intervención del rey en los bienes de los templos, no sólo para sustraerlos, sino muchas veces para hacerles pingües donaciones. A su vez el templo prestaba su ayuda a los necesitados sin interés y en caso de guerra rescataba a los prisioneros que no lo fueran por la ciudad o el palacio. Es curioso que muchos beneficios del templo estuvieran en manos de particulares, que a su vez eran heredados a la muerte del beneficiario. Las sacerdotisas *naditum* (al servicio del templo) aparecen como propietarias o prestatarias y eran como clase un factor económico importante.

La administración de las ciudades, que durante esta época cambiaron de mano frecuentemente, estaba presidida por el *rabianum* (alcalde), pero desconocemos en detalle el mecanismo de su gobierno. El rey debió intervenir con frecuencia en todos los aspectos de la vida ciudadana.

2. ECONOMÍA Y SOCIEDAD DE LA ÉPOCA BABILÓNICA

Es un hecho que la implantación de los amorritas en los territorios de la antigua monarquía de Ur III tuvo consecuencias de gran trascendencia en todos los ámbitos de la vida económica social y cultural. Algunos ya los hemos analizado en el capítulo correspondiente de la segunda época intermedia, pero ahora, al disponer de más material es oportuno dar una visión más completa de los cambios conocidos y de enseñar a grandes rasgos la estructura de Babilonia durante la época de Hammurabi y su dinastía, es evidente que la producción no sufrió cambios importantes ni en los métodos ni en los bienes producidos: la agricultura,

la ganadería, la pesca, el artesanado y el comercio siguieron siendo lo mismo, pero en cambio la distribución de la riqueza y por ello los centros de poder económico, en otras palabras, lo que podríamos llamar política económica, varió sustancialmente, pero, como siempre ocurre en el Oriente antiguo, no hay cambios radicales sino de grado o tendencia. Llama la atención una política real de fijación de precios, que había sido tradicional desde tiempos de Urukagina, pero que se generaliza en los códigos de Eshnuna y de Hammurabi, e incluso en el Elam más atrasado cultural y económicamente, y en Asiria en tiempos de Shamshiadad I. Esta intervención real sobre los precios pensamos que tiene su causa en la especulación de los mercaderes dispuestos a especular todo lo posible, sobre todo en casos de asedio de una ciudad o de escasez. Pero además era necesario una política uniformadora para evitar las diferencias de ciudad a ciudad.

De capital importancia en esta nueva edad es el aumento considerable de la propiedad privada, a diferencia de las épocas anteriores en las que el templo primero y el palacio después poseyeron grandes latifundios, aunque siguieron siendo dueños ahora de propiedades considerables. Al mismo tiempo el comercio adquiere una importancia excepcional. Los contratos paleobabilónicos registran toda clase de transacciones; se trafica todo: esclavos, cereales, metales, ganado, se constituyen depósitos, préstamos, alquileres de personas o cosas; se hacen contratos de matrimonio y de adopción. Pero además de las personas físicas, trafican los templos y el palacio, no sólo en mercancías sino en «dinero». El palacio interviene en el tráfico caravanero y en la pesca, gravaba la lana, los dátiles y las verduras, contrataba sus propios monopolios y explotaba sus propiedades, sus pastos, e incluso participaba en los negocios familiares. La organización del tráfico de caravanas es típica de todas las épocas en Oriente y ésta de que tratamos no es una excepción. Todas las ciudades de importancia desde Ebla a Mari, Alepo, Kültepe, Assur y las ciudades de Babilonia eran enlazadas por una red de caravanas que hacían largos viajes llevando y trayendo mercancías, porque no hay que olvidar que Mesopotamia era deficitaria de muchos productos, especialmente de minerales y tenía excedentes de muchos otros como cereales y productos manufacturados y especialmente telas de gran aprecio. Gran parte de la política de los reyes está dictada por intereses comerciales. El palacio es en muchos casos un *caravan-serail*, y la protección de las expediciones era una preocupación constante y había que defenderlas de bandidos y nómadas. Los costos eran muchos y las ganancias desmesuradas.

La sociedad, tal como hemos visto al hablar del derecho, se articula en ciudadanos, semilibres y esclavos. Pero esto mismo se confirma por la correspondencia, que además nos documenta las formas sociales de trato diario como la salutación e innumerables matices de relaciones humans, con todos los problemas de la vida diaria e incluso de actitudes ante la vida y las circunstancias de la situación recíproca de un individuo frente a los demás. La carta, una vez escrita en una tablilla, era rodeada de ceniza y se la envolvía en una caja de barro en la que se escribía el nombre del destinatario. Al recibirla se rompía el «sobre» y se leía el texto. No sabemos el número de «letrados» de la sociedad babilónica, pero debía ser escaso. En este punto es necesario decir que la invasión de los amorritas supuso un cambio lingüístico. Los nómadas invasores tenían su propia lengua semítica, pero al asentarse en las ciudades la perdieron y adoptaron la lengua akkadia tradicional, que ahora evoluciona y se transforma en el babilonio antiguo, en el que se escribe ahora toda la correspondencia y los documentos oficiales desde la cuarta generación de la dinastía de Isin hasta la época kasita.

Capítulo especial merece el ejército, elemento decisivo en la historia del Oriente antiguo, por no decir en toda la historia universal. Las continuas guerras de la época exigían un ejército eficiente y preparado. Se reclutaba por leva sobre un censo de población disponible, contando muchas veces con gentes seminómadas tan abundantes en aquella época tanto en las ciudades como en el campo. Los contingentes no eran muy grandes. Zimrilim de Mari habla de 30.000 hombres, lo que puede ser una exageración; Shamshiadad de 20.000 y el ejército de Babilonia debió ser algo superior, pero no demasiado. Tal vez en las coaliciones de que habla el famoso texto de Mari, según el cual a Hammurabi le siguen doce reyes, se aumentarían los efectivos. De táctica y estrategia sabemos poco, pero sí hay obras de poliorcética mediante la construcción de obras de sitio, expugnación de ciudades, e incluso hay textos en los que se calcula el volumen de tierra necesario para construir una rampa de acceso a la muralla, y hasta los hombres necesarios para construirla. Parte importante de la estrategia son los augurios que toman reyes y generales en campaña.

No podemos dejar de citar el papel de la mujer en la Babilonia de la primera dinastía que como en todo el Oriente antiguo civilizado es de gran importancia. Puede poseer, comprar, vender, legar y testar. Cuando se casa recibe dote de su padre y su marido, que puede conservar después del divorcio. Puede litigar por sí ante los tribunales, es decir, tiene plena capacidad jurídica.

3. LOS HURRITAS

Como ocurre siempre en los temas sobre el Próximo Oriente, la Biblia es nuestro primer informador y se cree que el Hori del Antiguo Testamento, que vive en Seir (Edom) es un descendiente de los antiguos hurritas. La orientalística moderna descubrió el origen e identidad de los hurritas sin que se haya aclarado del todo: no son semitas ni tienen parentesco con los sumerios; durante mucho tiempo se les consideró subareos, pero esto no quiere decir nada. Actualmente se cree que son un pueblo de raza armenoide de lengua propia, sin conexiones claras a no ser ciertos lazos lejanos con el urartio. Su zona de asentamiento estuvo primero en la región del lago Van hasta el Éufrates, entre el Jabur y el Belich y más tarde se extienden hacia el sur y el oeste. La idea de Goetze de que se extendieron hasta Trapezunte, nos parece exagerado por apoyarse en testimonios poco fiables. Su aparición en la historia es muy temprana. Ya los encontramos en Ebla en el III milenio, y si la presencia hurrita en Ebla se confirma, como parece, habría que replantear toda la historia de este pueblo, en el sentido de que existe una primera expansión hurrita, ya en el tercer milenio y una segunda reorganización en sentido militar en el segundo milenio, gracias a la presencia de los mitanios. Se trataría de una toma del poder de una población determinada, según un modelo que podrían ser los arameos, o lo que cree Säve-Soderberg que hicieron los hicsos en Egipto. Desde la época akadia aparecen al este del Tigris, en el límite norte de Mesopotamia y en la zona del Jabur. A esta época corresponde el acta de fundación del rey Tishari de Urkish (entre Jarran y Chagar Bazar). El elemento hurrita se encuentra en nombres de Nuzi, Arrapja (Kerkuk), Tell Bila,

Tell Brak, Chagar Bazar, y también aparecen en Dilbat, a veinticinco kilómetros de Babilonia. Los textos de Mari registran una serie de principios urbanos en la Mesopotamia superior con caudillos de nombre hurrita como Masumadal de Abilani, Jazib-Arazij y Turumnatki y los principados al oeste del Éufrates de Urshum y Jashshum. Los textos de Alalaj (Tell Atchana) de época paleobabilónica final, o sea previo a la expedición de Mursil a Babilonia, registran una abundante población hurrita influyente en la ciudad. Esta población en la desembocadura del Orontes, nos obliga a admitir que la expansión se hizo por medios pacíficos, como ocurre casi siempre. En esta ciudad hay seis textos rituales en lengua hurrita. En la época de Hammurabi la expansión continúa. La primera vez que aparece el nombre de *Hurri* es en un texto de Jana en el que el príncipe Shunujrammu hace una ofrenda a Dagan de Hurri. Hacia mediados del II milenio a.C. la mitad de la población de Nuzi lleva nombres hurritas.

Hasta ahora no podemos saber cuándo los hurritas se mezclaron con los indoeuropeos que contribuyeron a crear el estado de *Mitanni*. Hay que partir del hecho de que en toda la historia de Mitanni nos encontramos con que los reyes llevan nombres indoeuropeos y no hurritas, no sólo dentro de lo que suponemos que fue el reino de Mitanni, sino en otros muchos lugares, algo parecido, pero en mayor medida de lo que ocurre entre los kasitas de Babilonia. Aparecen en Kizwatna de Cilicia y una larga lista que nos da la correspondencia de El-Amarna. Asimismo hay que registrar unos cuantos dioses de nombre indoario en el panteón de Mitanni: Indra, Mitra-Varuna y los Nasatiyas. También son indoeuropeas algunas expresiones en el tratado de Hipología del hurrita Kikuli encontrado en Bogaz-Köy y, según Kretschmer, el nombre de la capital del reino, Washukkani, es también indoeuropea. Estos y otros datos han hecho pensar con razón en la presencia de gentes de habla indoeuropea entre los hurritas, y el hecho de ser indoeuropeos los nombres de los gobernantes, se interpretó como una minoría guerrera que se impone sobre un pueblo no ario y lo dinamiza sobre sus vecinos. Por las relaciones lingüísticas se ha identificado a estos arios como una parte de la migración indoirania que en su marcha migratoria hacia la meseta del Irán, habían desarrollado un papel histórico en la zona norte de Siria.

En un momento determinado se separaron de sus compañeros y se volvieron hacia Occidente y una hipótesis plausible sería que estos grupos aprovecharon la ocasión que brinda la situación política del Oriente Próximo: el hundimiento de la I dinastía de Babilonia y la decadencia de Asiria. Con ello crearon en Mesopotamia un centro de poder que fue aprovechado por estos mitanni, los cuales supieron imponerse a los demás grupos hurritas que habían formado pequeños reinos al desaparecer el poderío asirio y babilónico. Era un grupo militarmente efectivo, diestro en el manejo del caballo y en el carro de guerra y que se integró totalmente en la población hurrita. En el estado actual de la investigación se puede decir que sólo conservaron el tesoro de sus nombres propios y unos cuantos términos, como hemos visto, tal vez no más que los kasitas de Babilonia y mucho menos que los hititas de Anatolia.

Es curioso que el poder del estado se conservase en una misma clase o grupo étnico, pero parece que así fue, a menos que admitamos que los nombres no responden a una realidad étnica, lo cual, aunque posible parece poco probable. Podemos pues admitir la existencia de un poder *hurrita-mitannio*, que sirve de aglutinante a los grupos autónomos que se habían extendido por la amplia zona desde el lago Van hasta el Orontes. No estará de más advertir que es un tema abierto a discusión todo este proceso del que tenemos escasísimos datos. Otro tema debatido es el de cuántos estados hurritas y mitannios o simplemente hurritas podemos identificar. Las fuentes asirias e hititas emplean indistintamente las denominaciones «mitannio», hurri y Hanigalbat, lo cual dificulta la cuestión, pero se puede admitir la existencia de un estado hurrita en torno al lago Van y el país de Azzi-Jayasha al norte del Éufrates, y el verdadero estado hurrita Mitanni-Hanigalbat, en torno a la cuenca del Balikh como centro extendiéndose hacia el oeste y el sur y que comprendía la cuenca del Jabur hasta los Zagros y el Éufrates medio.

4. HISTORIA DE LOS HURRITAS

El primer rey conocido es *Parattarna* (principios del siglo XV a.C.) del que se dice en una tablilla de Nuzi: «En el tiempo en que el rey Parattarna murió y fue incinerado». Conocido también por una tablilla de Alalaj en la que el rey Idrimi hace un tratado con él, y se remite la paz a otro tratado anterior entre el rey de Hurri y el padre de Idrini, Ilimilimma, en el cual se estableció la alianza del país de Alalaj con el rey de Hurri. De ello se deduce que Parattarna no fue el primer rey de la dinastía, pero a él ha de atribuirse la hegemonía de Mitanni en el norte de Siria, extendiéndose por Alepo, Karkemish, Katna, Hamat. Es muy posible que los grupos hurritófonos desperdigados por Siria vieran con buenos ojos la preponderancia de Mitanni. Después de unos años en los que reinan dos príncipes cuyos nombres sólo se conservan en su terminación *-dirta*, aparece *Shuttarna I* y seguramente le sucedió *Saushshatar* (hacia el 1450 a.C.), que reutiliza un sello de Shutarna. Saushshatar era hijo de Parashatar, y por ello podrá pensarse que su padre no fue rey, dado que reutiliza el sello de alguien distinto. Una carta suya procedente de Nuzi habla de la administración de una finca en Gutium al nordeste de Kirkuk, lo cual nos da probablemente la frontera oriental de un reino que hasta el Mediterráneo media mil kilómetros.

Aunque no tenemos testimonios explícitos, en su tiempo debió producirse la gran ofensiva egipcia de Tutmés III, que llevó a cabo diversas expediciones en territorio controlado por los hurritas-mitannios. Las noticias que nos dan las fuentes egipcias no implican para nada al rey del estado, sino al de Kadesh y a su aliado el rey de Megiddo. La descripción del botín de las sucesivas campañas coincide con lo que sabemos de la organización del estado de Hurri-Mitanni. La impresión que se saca es de una ciudad o varias ciudades que formaban parte de un estado, no unitario como el hitita y mucho menos el egipcio, sino de unas ciudades unidas por pactos transitorios de amistad; y gracias a esta habilidad de las relaciones pudo Tutmés III llegar al Éufrates, sin comprometer a todo el estado rival. Las hostilidades continuaron bajo Amenofis II, pero en tiempos de Tutmés IV, reinando *Artatama* (hacia 1430 a.C.) se llegó a un acuerdo con Egipto, enviando el hurrita a una hija al harén del faraón en Egipto, seguramente para sellar un pacto de amistad. Para el egipcio no significaba más que el reconocimiento de una superioridad por parte del mitanio, para los hurritas tal vez la consideración de un poder equiparable a los grandes de la época. Estas relaciones

amistosas continuaron en el mismo sentido en tiempos de *Shutarna II* (hacia 1400 a.C.) cuya hija pasó al harén de Amenofis III. Se llamaba Kelujepa. Durante este reinado ocurre el conocido episodio narrado en la Correspondencia de El-Amarna, nuestra fuente básica para los soberanos de Mitanni. Amenofis III enfermó al final de su reinado y los médicos y dioses egipcios demostraron ser incapaces de curarle. Acudió a su suegro pidiéndole la ayuda de la diosa Ishtar de Nínive, que le fue enviada, y si no lo curó, por lo menos le prolongó la vida un par de años más. Aparte del significado político de amistad y tranquilidad del Oriente Próximo en el que es posible que se realice un viaje tan largo sin problemas, hay que resaltar el fenómeno de que un país como Egipto tan orgulloso de sus dioses pida ayuda a una diosa extranjera para curar a su faraón. Es el triunfo de la apertura de la conciencia egipcia a las ideas y religiones de otros países y culturas.

Tushratta (hacia 1380 a.C.) también escribe a la corte egipcia de Amenofis III y Amenofis IV, y en concreto a la reina Teye, que como es sabido jugó un papel político importante. En esta correspondencia se trata de variados temas como el matrimonio de su hija Tadujepa con el faraón egipcio y de su dote y del intercambio de regalos, y se dan noticias de problemas e intrigas en la corte mitannia. Según las cartas parece que el príncipe destinado al trono en vez de Tushratta era Artashumara, pero fue asesinado por obra de Pirhi, el canciller del reino y se elevó al trono a Tushratta.

Éste escribe al faraón diciendo que detesta la muerte de su oponente y afirma que Pirhi y sus cómplices fueron juzgados y ejecutados. Para buscar la alianza del faraón le envía regalos procedentes de una campaña contra los hititas. Probablemente se trata de un ataque fallido de Subiluliuma. En el botín mandado a Egipto aparece un carro, dos caballos, un joven y una joven para la corte egipcia. Amenofis III quiere garantías y pide que el rey de Mitanni le envíe a su hija como esposa. Por fin se llega a un acuerdo, cuando el faraón está enfermo de muerte. Otra vez se llama a la Ishtar de Nínive, pero sin efecto. El rey se muere y su reciente esposa pasa al harén de Amenofis IV. Todos los esfuerzos de Tushratta fueron vanos. Supiluliuma estaba dispuesto a acabar con Mitanni. Consiguió tener las manos libres para arreglar los asuntos de Siria. Hizo un tratado con Sunassura de Kizzuwatna, así como con el descendiente de Artatama, rival de Tushratta, rey de Hurri. El hitita desde el norte pasó por Isuwa y llegó a Washukanni, la residencia real. El rey escapó, pero en otra campaña se apoderó de toda Siria. Hacia el sur llegó su poder hasta Damasco. Aziru de Amurru, hasta entonces vasallo de Egipto, se pasó al bando del hitita. Se conserva el tratado en akkadio y en hitita, incluso Karkemish, la poderosa fortaleza del Éufrates, que se había mantenido hasta entonces, cayó después de un sitio de ocho días.

El tratado que hizo Mattiwaza con Subiluliuma cuenta el desastroso final de Mitanni como gran potencia y la muerte de Tushratta por un descontento. Los antiguos vasallos de Mitanni Alshe y Assur invadieron el país y el sucesor Mattiwaza buscó refugio en la corte de su gran enemigo Subiluliuma porque Babilonia no quiso dárselo, por hallarse en buenas relaciones con la Asiria de Assuruballit. Aquel lo acogió encantado, lo vinculó pora matrimonio a su dinastía y lo envió a Karkemish a Washukanni como rey de Mitanni; lo ligó con un tratado ya citado en el que se destacan los regalos que le hizo: regio equipamiento con el que Subiluliuma adornaba a sus nuevos vasallos, carros cubiertos de oro, caballos, servidores, servicios de oro y plata, vestidos y adornos. Mitanni pasaba a ser vasallo de los hititas y un estado tampón contra Assuruballit. Su territorio fue reducido en beneficio de Karkemish, regido por Piyassili, hijo de Subiluliuma y tuvo una nueva capital en Taite. Protegido por los hititas, Mitanni vivió unos años de paz. De los reyes siguientes tenemos algunas noticias a través de los Anales asirios. *Shattuara I* fue vencido por Adadnirari, llevado a Assur y liberado después de renegar de su vasallaje. *Wasashatta* (c. 1300-1250) con ayuda de los hititas, abandonó a los asirios, pero fue sometido de nuevo por Adadnirari; éste dice que le conquistó una docena de ciudades. Fue llevado con su mujer e hijos a Assur y al final se le permitió refugiarse en Irrite. En Taite se estableció un gobernador asirio. *Shattuara II* fue vencido por Salmanasar I, después de muchos años de lucha. El país fue devastado, se deportó a catorce mil cuatrocientos prisioneros y Hanigalbat se convirtió en una provincia asiria. Sin embargo aún habrá movimientos de resistencia en tiempos de Assurbasirpal y Asarhaddon.

DOCUMENTOS

1. LAS LEYES DE HAMMURABI

1. Si un señor acusa a otro señor y presenta contra él denuncia de asesinato, pero no la prueba, su acusador será condenado a muerte.

2. Si un señor acusa a otro señor de brujería, pero no lo prueba, el acusado de brujería, al llegar al río, se arrojará al río, y si el río le arrastra, su acusador se apoderará de su hacienda; si el río muestra que el señor es inocente, saliendo, por consiguiente, de él sano y salvo, el que le acusó de brujería será condenado a muerte y el que se arrojó al río se apoderará de la hacienda de su acusador.

3. Si un señor presenta un falso testimonio en una causa, y no prueba lo que dice, si la causa es de vida o muerte, el señor será condenado a la pena capital.

4. Si presenta un falso testimonio en una causa de grano o de dinero, sufrirá la pena de esta causa.

5. Si un juez enjuicia, pronuncia sentencia y deposita un documento sellado, pero luego altera su decisión, probarán que el juez alteró la sentencia que dictó y pagará doce veces la cuantía de lo que motivó la causa; además, le expulsarán de la asamblea de juicio y jamás se reunirá con los jueces en una causa.

6. Si un señor roba la propiedad religiosa o estatal, ese señor será condenado a muerte; también recibirá muerte quien tomó los bienes robados de su mano.

7. Si un señor adquiere o recibe en custodia plata u oro o un esclavo o una esclava o un buey o una oveja o un asno o cualquier cosa de parte del hijo de un señor o del esclavo de un señor sin testigos ni contratos, puesto que tal señor es un ladrón, será sentenciado a muerte.

8. Si un señor roba un buey o una oveja o un asno o un cerdo o una barca, si lo robado pertenece a la religión o si pertenece al estado, restituirá treinta veces su valor; si pertenece a un ciudadano particular, lo restituirá diez veces. Si el ladrón no posee lo necesario para restituir, será condenado a muerte.

9. Cuando un señor parte de cuya propiedad se perdió, encuentra su propiedad perdida en posesión de otro señor, si el señor en cuya posesión se halló la propiedad perdida declara: «Me lo vendió un vendedor; lo compré en presencia de testigos», y el propietario de la propiedad perdida declara a su vez: «Presentaré testigos que testimonien acerca de mi propiedad perdida»: habiendo el comprador presentado después al vendedor de ello y los testigos en cuya presencia efectuó la compra, y el dueño de la propiedad perdida los testigos que den testimonio de su propiedad perdida, los jueces considerarán las pruebas y los testigos en cuya presencia la compra se efectuó, en compañía de los testigos que testimonian la propiedad perdida, declararán lo que saben en presencia del dios, y puesto que el vendedor fue el ladrón, será condenado a muerte, al paso que el propietario de la propiedad perdida recobrará su propiedad perdida y el comprador obtendrá de la hacienda del vendedor el dinero que pagó.

PRITCHARD, *op. cit.* I, págs. 138 y ss.

2. HAMMURABI Y SU DINASTÍA

Juicio por agresión

Bir-ilishu el soldado de infantería amorita golpeó la mejilla de Apil-ilishu, hijo de Ahurshina, luego lo negó diciendo: «Yo no le golpeé». El virrey y los jueces luego lo confinaron a la puerta de Ishtar [donde tenía que] estar y jurar [su negativa]. [Pero] él se marchó. Como no quiso pagar [la compensación voluntaria], y no se presentó, y no juró, debe pagar 3 1/2 siclos de plata.

PRITCHARD, *op. cit.* II, pág. 77

Decreto de Amizaduga

Si un mercader traficante [estatal] que habitualmente dispone de la mercancías del palacio, hizo un documento en favor del palacio contra los atrasos [recaudables] de los tributarios a la corona, como si de hecho lo recibiera [tal] mercancía del palacio, y recibiera [a la vez] el documento [de pago] del tributario del palacio –siendo así que ninguna mercancía se le dio del palacio de acuerdo con ete documento, ni recibió [fondo alguno] del tributario de palacio– porque el rey había condenado los atrasos del tributario al palacio, ese mercader declarará bajo juramento divino: «[Juro que] no he recibido nada en pago de los tributarios al palacio como se afirma en este documento.» Habiendo declarado [esto], él presentará el documento del tributario a palacio, ellos [i.e., las autoridades y principales] establecerán las cuentas juntamente, y de la mercancía estipulada en el documento en favor del palacio remitirán en beneficio del mercader tanto como fue estipulado en el documento presentado por el tributario al palacio en favor del mercader.

PRITCHARD, *op. cit.* II, pág.39

Carta de Hammurabi a Sin-iddinam

A Sin-iddinam digo: Así [habla] Hammurabi: 240 hombres de la compañía real bajo el mando de Nannar-iddina, que pertenecen a las fuerzas que están en tu mano, que de Assur y de Sirielum partieron... hagan la marcha con los soldados de Ibni-Martu: que sus fuerzas estén unidas. ¡Que no se retrasen estas tropas! Deprisa envíalas: que lleguen [rápidamente].

CH. JEAN, *Lettres de Hammurapi*, pág. 103

3. HURRITAS: TABLILLAS DE NUZI: DOCUMENTOS JURÍDICOS

Puhi-šenne hijo de Tusi-šenne
un siclo de oro A.RA.NA
a Unap-tae
a Alpuia
a Asim-mûtka
tres hijos de Hanuia ha dado y
un ciento de *imêr* de tierra
él ha tomado de los hijos de Hanuia
y Puhi-šenne a sus hijos
menores [nacidos de] Winnirbe
ha dado tierras [y] huertas en Natmanne.

[J. N. E. S., 4. 82]

Tableta de adopción de
Šurukka hijo de Tauhhe.
Minaia hijo de Ipsa-halu
él ha hecho adopción y ha cercado
sus campos, *dîmtu* y *makratta*
que están a lo largo del *dîmtu*, las tierras
tantas como sean [son] de Minaia;
todo aquél que viole [este acuerdo] un *mana* de plata,
un *mana* de oro
pagará en pago y le sacarán los ojos.

[J. N. E. S., 4. 81]

4. HURRITAS

Dice a Kuwari, así dice Tonturi; el grano que Talpušarrí prometió, Hulukkatil no lo dio. No confíes en el grano de aquí. Ahora han detenido una caravana a Zutlim, aquellos que no dan siquiera desperdicios, como antes no darán nada a Zutlim.

Y además, tan pronto tú vengas, pídele a Ugutlae y que sus criados traigan grano correspondiente a 20 [?]. Hierbas han sido probablemente entregadas en Zigulā.

Y, los instrumentos de esquilar que tú pusiste a disposición de Hizuta, que las tropas lumu [las] traigan para los corderos, [los] han pedido para los corderos y cabras. Dádse[los].

Y envíame sus criados, [que] he mencionado. La cosecha presumiblemente

ha sido entregada, junto con el grano que tú me enviarás, envíame hombres con él.

Y, los instrumentos de esquilar que no están almacenados, envía [tales] instrumentos de esquilar.

Y, si los países, todos los que mande Talpušarri, vengan a mí, después tú debes venir a mí. ¡No esté lejos!

5. HURRITAS: CARTAS DE KULTEPE

1) A los enviados de la ciudad y el Kârum Kanish habla: así [dijo] el Kârum Wahshushana: El príncipe de Washkhania envió [un mensaje]. Así [decía] él [en este mensaje]: yo acudí al trono de mi padre. ¡Hacedme jurar el juramento! [En contestación a este mensaje] decimos así: «El Kârum Kanish [es] nuestro superior. Enviaremos [un mensaje a las autoridades competentes]. Ellos enviarán [un mensaje] a vosotros, o ellos enviarán [un mensaje] a nosotros. Dos [hombres] del gobierno vendrán a vosotros y entonces también harán que juréis el juramento. Ello os corresponde. Que vuestra directiva venga aquí. Nosotros dimos a nuestros mensajeros 10 minas de cobre.

2) el Kârum Kanish habla. Así [dijo] el Kârum Tsumia: los enviados del Kârum Durkhunit fueron al príncipe de Tammia para jurar. Le llevaron un regalo, y así [dijo] él a los enviados: «¿Dónde [están] los enviados de mi padre del Kârum Kanish? Que vengan a mí, de ellos tomaré un juramento. Él nos insulta, y así [dijo] él: «Yo construiré una ciudad... nosotros le llevaremos un regalo. Nosotros hemos abierto nuestros oídos. Que ellos no insulten al mensajero.

[Traducción de L. ORLIN, *Assyr. Col. in Cap.* p. 118]

6. HURRITAS: EL MITO DE KUMARBI

Kumarbi a Impaluri empezó a hablar.
¡Oh Impaluri! ¡Las palabras que yo te dije,
a mis palabras tu oído ten inclinado!
¡En tu mano un bastón toma,
bajo tus pies como zapatos, pon los veloces vientos!
Y a los dioses Irshirras ve
y estas fuertes palabras ante los Irshirras pronuncia:
«¡Ven!
¡Él te llama, Kumarbi, el padre de dios, a la casa del dios!
Pero el asunto sobre el que te llama
...
ven ahora rápidamente.»
Y los Irshirras le tomarán, al niño,
y ellos le llevarán a la negra tierra.
Pero los Irshirras...
pero no será visible a los grandes dioses!
Cuando Impaluri las palabras oyó
en su mano el bastón tomó
bajo sus pies los zapatos puso.
Y viajó lejos Impaluri,

y ante los Irshirras él vino.
E Impaluri las palabras a Irshirras de nuevo comenzó a hablar:
¡Ven!
¡Él te llama, Kumarbi, el padre de dios!
Pero el tema sobre el que te llama
no lo conoces.
Ahora corre, ven.
Cuando los Irshirras las voces oyeron,
se apresuraron, corrieron,
y de su silla se levantaron.
Y en seguida cubrieron el camino.
Y llegaron a Kurmabi.
Y Kumarbi a los Irshirras empezaron a hablar:
¡Este niño coge,
y como regalo trátalo,
y a la tierra negra llévalo!.
...

Traducción de J. C. MACQUEEN, *The Hittites*, pág. 150, que a su vez, la tomó de M. G. GÜTERBOCK

BIBLIOGRAFÍA

F. M. TH. BÖHL: *King Hammurabi of Babylon in the Setting of his Time*, Amsterdam, 1946.

G. CONTENAU: *La magie chez les Assyriens et les Babyloniens*, París, 1942.

C. R. DRIVER Y J. C. MILES: *The Babylonian Laws*, vol. I, II. Oxford, 1952, 55.

H. FIGULLA y W. J. MARTIN: *Letters and Documents of the Old Babylonian Period*, Londres y Filadelfia, 1953.

C. J. GADD: «Hammurabi and the End of his Dynasty», en *Cam. Anc. Hist.*, II, Cambridge, 1965.

I. E. GELB: *Hurrians and Subarians*, Chicago, 1944.

A. GOETZE: *Hethiter, Churriter und Assyrer*, Oslo, 1936.

L. W. KING: *The Letters and Inscriptions of Hammurabi, King of Babylon*, I-III, Londres, 1898-1900.

J. R. KUPER: *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari*, París, 1957.

W. F. LEEMANS: *Foreign Trade in the Old Babylonian Period*, Leiden, 1960.

J. M. MUNN-RANKIN: «Babylonian Astronomy», *Am. Jour. of Sem. Lang. Litt.*, 55, (1938), pp. 113-29.

R. T. O'Calaghan: *Aram Naharain*, Roma, 1948.
E. A. Speiser: *Introduction to Hurrian*, AASOR, 20, 1940-5.
–, «The Hurrian Participation in the Civilizations of Mesopotamia», en *Cah. d'Hist. Mond.*, vol. 2 (1053), pp. 311 ss.

F. Thureau-Dangin: *Textes mathématiques babyloniens*, Leiden, 1938.
–, *Lettres de Hammurabi à Samashasir*, París, 1924.
A. Ungnad: *Subartu. Beiträge zur Kulturgeschichte und Völkerkunde Vorderasiens*, Berlin-Leipzig, 1936.

CAPÍTULO X

LOS KASITAS

Entre los fenómenos históricos que afectan a Mesopotamia a mediados del segundo milenio, figura la instalación de los kasitas en el solar del reino de la primera dinastía de Babilonia. Se trata de un pueblo o etnia cuyos individuos reciben el nombre de KAŠŠU y que los griegos llaman χοσσαιοι aunque la denominación griega se refiere a un pueblo iranio y es posible que el Jusistán derive de su nombre. Por lo poco que se sabe de su lengua ésta no era indoeuropea ni se relacionaba con el hurrita. De todos modos se ha admitido que alguno de esos nombres como los de dioses como Buriash se relacionaban con el Bóreas griego. Pero poco más. La penetración desde el Irán es problemática, pero hay un dato de un rey Kashtiliash del país de Hana en la confluencia del Jabur y el Éufrates. Dejando aparte este discutido asunto, diremos que los kasitas aparecen en Babilonia ya en tiempos de Sinmubalit, padre de Hammurabi, son más numerosos en tiempos de Amisaduqa y Samsuiluma cita ya un contingente de tropas kasitas. La creciente decadencia de la dinastía babilónica permitió a los kasitas asentarse en el noroeste, aunque toda su penetración es un tema muy confuso por falta de datos. Los primeros reyes kasitas, *Gandash, Agum I, Kashtiliash I* y *Kashtiliash II, Abirattash, Urzigurumash*, etc. aparecen en la lista real babilónica A como reyes de Babilonia, pero no lo fueron en realidad, sino contemporáneos de los últimos cuatro reyes de la dinastía de Hammurabi, que a pesar de su debilidad interna pudo mantenerse en el gobierno del país. Sólo cuando el raíd de Mursilis I conquistó la ciudad y se retiró después a su reino, pudieron los kasitas ocupar el trono vacante. Cuando Agum II llamado también *Kakrime* ocupó la ciudad, los kasitas se habían aculturado totalmente, y tal vez por ello fueron bien recibidos por los autóctonos. Se tituló «rey de los kasitas y akkadios, rey del país de Babilonia, rey de Padan y Alman, rey del país de Gutium» según una inscripción neoasiria dudosa. En realidad parece que extendió las fronteras del menguado reino y rescató de los hititas las estatuas de Marduk y su consorte Sharpanitum que habían pasado veintitantos años en cautiverio y fueron restablecidos al santuario de Esagila. Si bien tradicionalmente se cree que las estatuas habían sido

llevadas a Hattusas por Mursilis I, hay que tener presente que Agum II dice que las trajo de Jana, lo cual plantea serias dudas sobre quién las había robado. La historia de Babilonia durante la época kasita (576 años) careció de personalidad durante mucho tiempo hasta que entraron en juego las grandes potencias de la época.

Los reyes se llamaron pomposamente «rey de Sumer y Akkad, rey de la totalidad, rey de Kashshi, rey de Karduniash (nombre de Babilonia puesto por ellos)», pero no es más que pura vanagloria. Los compañeros de armas se repartieron las mejores tierras de este país fertilísimo y el estado fue siempre precario y débil. Del reinado del sucesor de Agum II, *Burnaburiash I* sabemos muy poco. La *Historia Sincrónica* de la biblioteca de Assurbanipal, de ideología pro-asiria, nos narra la historia de Asiria y Babilonia conjuntamente y da noticias de los reyes kasitas, explicando que Puzurassur III de Asiria y Burnaburiash hicieron un pacto, lo que nos da una fecha de 1540 a.C. aproximadamente. *Kashtiliash III* sucedió a su padre y un hermano suyo *Ulamburiash* sometió el país del mar y cuando accedió al trono de Babilonia se conservó la unidad, aunque de un modo precario, porque su hijo *Agum III* tuvo que sofocar una rebelión para lo que hubo de destruir nada menos que el santuario de la ciudad de Durninnu. *Kadasmamjarbe* se preocupó de defender la frontera occidental contra los nómadas Suteos, que según algunos autores como Lewy, debe de interpretarse como una colaboración con los faraones egipcios. Aunque esto sea discutible, no hay duda que por esta época (comienzos del siglo XV a.C.), con *Kurigalzu I* Babilonia se afirma como estado importante frente a Egipto, hititas, Mitani y Asiria, en una época marcada por el imperialismo y el internacionalismo, que había acabado con la política aislacionista del tercer milenio y comienzos del segundo. Por otra parte, la lengua babilónica es la *lingua franca* de la diplomacia y de la cultura. Signo de la voluntad política de este monarca fue la construcción de una nueva residencia fortificada para la protección de la frontera, pero acaso también para librarse del influjo del poderoso sacerdocio de Esagila: Dur-Kurigalzu. En política exterior mantiene la alianza con Egipto hasta el punto de que parece que una princesa babilonia entró en el harén de Amenofis II. De su hijo *Kadashmanenlil* conocemos algunas cartas en El-Amarna, que aunque tratan de asuntos familiares, adquieren un significado político. En una de ellas se queja el babilonio de que nadie había vuelto a saber de su hermana desde que llegó a la corte del faraón, y en otra pide una princesa egipcia para esposa, petición a la que no accede el egipcio, con el consiguiente enfado del pretendiente, el cual, a pesar del desaire, terminará por enviar otra princesa kasita a Egipto. Todo esto era mero comercio y diplomacia entendidos a la manera de la época. Pero los babilonios prefieren recibir oro a cambio de princesas.

Burnaburiash II también figura en el archivo de El-Amarna. Durante su largo reinado fue contemporáneo de Subiluliuma, Amenofis III, Amenofis IV, y Tutanjamon, de Assuruballit de Asiria y de Tusratta de Mitani. En este momento tan conflictivo de la historia de Oriente Próximo demostró una gran habilidad. Valoró en su justa medida el papel que podía desempeñar como contrapeso en Hatti ante un Mitani en plena disolución. Pero los datos que poseemos son confusos cuando no contradictorios. No sabemos por ejemplo el grado de independencia o vasallaje de Asiria, que evidentemente pasó mucho tiempo bajo la égida de Mitani, pero también debió de estar de algún modo sometida a Babilonia. De otra manera sería difícil entender la carta de Burnaburiash II al faraón en la que llama al rey de Asiria «su vasallo», a no ser que consideremos tales expresiones como mero autobombo, lo que no es admisible. Sus reticencias frente al rey de Egipto tienen un matiz de avaro mercader que pide más oro a cambio de sus «regalos» consistentes en lapislázuli, caballos y carros.

Cuando envía una hija al harén de su «hermano» egipcio pide que se le haga el recibimiento que merece. En suma, para él, «la fraternidad, la amistad, la alianza y una buena relación entre reyes existen cuando las piedras preciosas, la plata y el oro son de peso». A pesar de que proteste ante Tutanjamon de que reconozca a Assuruballit de Asiria, como «gran rey», él no tiene inconveniente en ultimar un pacto con él y en casar a su hijo Karaindash con Muballitatsherua, hija del asirio. Esto explica su conducta con Matiwaza de Mitani, el cual cuando las cosas se le pusieron mal buscó refugio en la corte de Babilonia, pero Burnaburiash no lo admitió y el pobre mitanio tuvo que echarse en manos de Supiluliuma. A su muerte, Assuruballit demostró sus intenciones de influir en Babilonia. No está claro el mecanismo de la sucesión. Para algunos el sucesor fue Kadasmanjarbe II, nieto de Burnaburiash y de Assuruballit, en perjuicio del hijo de Burnaburiash llamado Karaindash. Para otros el nuevo rey se llama Karahardash.

De todos modos la nobleza de Babilonia se sublevó y lo suprimió nombrando a Nazibugas, «el kasita, hijo de nadie». Pero el rey de Asiria intervino directamente matando al kasita y proclamando al otro hijo de Burnaburiash llamado *Kurigalzu II*, quien a la muerte de su protector, atacó a Enlilnirari nuevo rey de Asiria en una guerra de resultado dudoso pero probablemente favorable a los asirios que consiguieron rectificar la frontera. Se reconstruyó Durkurigalzu. Más éxito tuvo en su guerra contra Elam, llegando a conquistar Susa, aunque la conquista no fue duradera.

Su sucesor *Nazimarutash* (1325-1298) emprendió una nueva guerra contra Asiria donde reinaba Abbadnirari I, pero fue derrotado y tuvo que volver a ceder más territorios. La ascensión de Asiria que vamos observando hizo pensar a la corte de Hattusa en buscar un aliado para contrapesar a Asiria. Las relaciones con Babilonia eran antiguas; ya Subiluliuma se había casado con una princesa babilonia y las relaciones continuaron con Muwatallis y Nazimarutas y se consolidaron entre Hattusilis III y *Kadashmanturgu* (1297-1280) mediante un tratado de ayuda y amistad hasta el punto de que se habla de un contingente babilonio en la guerra egipcio-hitita. El tratado preveía la intervención de los contratantes en apoyo del legítimo sucesor, y el acuerdo funcionó cuando al morir el rey de Babilonia subió al trono *Kadashmanenlil II* (1279-1265), muy joven, bajo la protección de Itti-Marduk-balatu y Hattusilis escribió a los nobles babilonios pidiéndoles que apoyaran al rey. El ministro todopoderoso trató de apartar al rey de la alianza hitita, lo que ocasionó una serie de cartas en las que se queja de la falta de lealtad del joven rey que busca pretextos para no enviar emisarios. Por cierto que, uno de los pretextos que aduce es la presencia de bandas de *ahlamu* (arameos) que por esta época empiezan a aparecer como mercenarios o bandidos robando y extorsionando todo lo que pueden. Se presentaban como expertos conductores de caravanas. Hasta es posible que Kadashmanenlil hiciera caso al hitita y atacase a Asiria, pero no hay seguridad de ello. Después de los

reyes insignificantes, *Kudurenlil* y su hijo, *Shagaratishuriash*, sube al trono *Kashtiliash IV* (1242-1235), que se vio atacado por los elamitas y el activo Tukultininurta I. El aguerrido ejército asirio dio cuenta de las tropas babilónicas y el propio rey fue hecho prisionero, la ciudad destruida, sus habitantes diezmados, los templos saqueados y el dios Marduk llevado a Asiria. Tukultininurta se proclamó «rey de Karduniash, rey de Sumer y Akkad, rey de Sippar y Babilonia, rey de Tilmun y Melujja, rey del mar superior e inferior». Desapareció el culto nacional y durante siete años la ciudad fue gobernada por un gobernador asirio.

A pesar del desastre, Babilonia conservaba capacidad de recuperación. La nobleza kasita y la población autóctona experimentaron un sentimiento nacionalista que creció de día en día y se fue haciendo más radical al ver cómo los elamitas invadían una y otra vez el territorio nacional, atacando primero a Isin y Nippur y después a Der, llevándose numerosos prisioneros. Así surgieron caudillos del movimiento independentista babilonio como *Adadshumnasir* (1218-1189) que aprovechó con astucia la postración de los últimos años del legendario Tukultinurta el cual, en su vejez se volvió loco y fue asesinado por uno de sus hijos al frente de un grupo de nobles asirios. La crisis asiria puede relacionarse probablemente con una crisis económica producida por el hundimiento del imperio hitita y la pérdida de mercados occidentales. Adadshumnasir usó el título de «rey de la totalidad» y trató como vasallos a los descendientes de Tukultinurta, pero cuando en Asiria sube al trono Enlilkudurusur, el rey de Babilonia se llegó a una guerra de la que tenemos relatos novelados. Según unos, ambos reyes se encontraron en el combate y perecieron los dos, pero parece que de hecho existió una invasión babilonia en Asiria y se pretende instalar en el trono a Ninurtaapalenkur. El reinado de *Melishipak* (1189-1183) y el de su sucesor *Merodac-Baladan* (1173-1161) fueron pacíficos y de equilibrio con los asirios, cuando reinaba allí Assurdan, el cual hizo demostraciones militares en Babilonia en tiempos de *Zababashumidinna*, aunque no logró conquistarla. El peligro había de venir del este. Los elamitas que habían sufrido las invasiones mesopotámicas también habían gravitado continuamente sobre la tierra civilizada de Babilonia, y ahora, capitaneados pora Shutruknajjunte I, invadieron la tierra llana y conquistaron Dur Kurigalzu, Eshnuna, Shippar y Opis, Akkad y Babilonia. El elamita destronó a Zababashumidinna y llevó a Susa como trofeos venerables monumentos de la cultura antigua: la estela del código de Hammurabi, la estela de Naram-sin conmemorando la victoria sobre los lulubi, el obelisco de Manishusu. Las fuerzas babilonias volvieron a movilizarse y lograron elevar al trono a *Enlilnadinaje* (1159-1157), que se opuso a los elamitas, se tituló «rey de Sumer y Akkad» y gobernó en circunstancias precarias. No se hizo esperar ahora la reacción elamita. Babilonia fue tomada y la población barrida «como por un diluvio», el rey fue llevado a Elam y así acabó la dinastía kasita (1156) siendo sustituida por la llamada II dinastía de Isin.

1. LA II DINASTÍA DE ISIN

La dominación elamita no fue duradera. A pesar de las devastaciones sufridas en el país pronto se formaron núcleos de resistencia, que suscitaron la intervención de Shiljakinshink que hace diversas campañas en la zona norte de Babilonia.

No obstante, en Isin *Mardukkalitahjeshu*, y después su hijo *Ittimardukbalatu* consiguieron formar un reino capaz incluso de intervenir en los asuntos asirios. La dinastía se afirma con *Ninurtanadinshumi* (1130-1125) y sobre todo con *Nabucodonosor I* (1124-1103). Este rey emprende guerras contra Asiria y se proclama vencedor de los lulubi, lo cual demuestra la recuperación política y militar de Babilonia. Pero el hecho más destacable de este rey fue la debelación del poder elamita. Para ello toma como pretexto la petición de auxilio de dos elamitas que habían huido de su país. Hizo una expedición en la que rescató la estatua de Marduk; en la segunda se enfrentó con el rey elamita Jutelutushinshushinak y lo derrotó. Se apoderó del país y a partir de entonces deja de aparecer Elam en los anales, hasta el imperio neo-asirio.

El final de esta dinastía se produce por dos causas combinadas: el empuje de los asirios bajo el gran conquistador Tiglatpileser I y las invasiones de las hordas arameas que acabarán por imponerse con el paso del tiempo en todo el Oriente Próximo.

2. LA BABILONIA KASITA

La decadencia de la I dinastía de Babilonia y la implantación kasita produjeron cambios notables en la estructura socioeconómica de Babilonia. De la misma manera, en cierto modo, que las invasiones producidas por la invasión de los amoritas, cuando llegaron los kasitas, pueblo relativamente primitivo, alteraron las instituciones en un proceso de adaptación que podemos estudiar gracias a los archivos de Nippur y Dur-Kurigarzu y a los hitos llamados *kudurru*. Ante todo, hubo que dar tierras a los invasores, especialmente a los guerreros (conductores de carros) que habían ayudado a los reyes en la conquista. La introducción del caballo en gran escala (ya era conocido antes) fue una de las innovaciones que, como todas las del Oriente Próximo, revolucionó no sólo el arte de la guerra, sino más amplios sectores de la vida social y política.

El estado es el rey, que primero debió ser un *primus inter pares*, pero que al fijarse en Babilonia, fue adquiriendo las características tradicionales, aunque en ningún momento poseyó la fuerza que había tenido en épocas anteriores, ni siquiera en la Asiria contemporánea. Los altos funcionarios están mal conocidos en sus competencias específicas, seguramente porque no las tenían bien determinadas, como ocurre con el *sukallu*, que recuerda al visir, pero puede hacer varias cosas al mismo tiempo. Hay un administrador *shatamnu*, administrador del templo, del palacio y de los almacenes. Del mismo modo la intervención real en los templos se acentúa aún más que en la época de la I dinastía de Babilonia. De todos modos los reyes kasitas fueron protectores de templos como los de Nippur y Shippar.

El gobierno principal estaba en manos de *bel-pijati* o gobernador, pero la ciudad y su entorno era gobernada por una de las instituciones más típicas de la época, el *jazannu* (el alcalde) con atribuciones múltiples sobre la demarcación.

La sociedad kasita está profundamente marcada por la existencia de una casta militar que recibe propiedades libres de encargos. En muchos casos se trata de jefes de la carrería, arma que, como dijimos, se pone de moda. Como consecuencia

adquiere importancia la cría de caballos y la fabricación de carros, que se transforma en una obligación de los artesanos, carpinteros, herreros y guarnicioneros, exigida por el estado. Hay pues una nobleza guerrera que rodea al rey, y al lado toda una serie de industrias armamentísticas: espadas, lanzas, corazas, cascos, arcos y flechas. Sin embargo esta casta militar fue de escaso valor guerrero como hemos visto a lo largo de la exposición de la historia política. Parece más una clase militar de parada que una fuerza militar efectiva, y no puede compararse con la máquina militar asiria.

Por lo que hace a la familia, la dominación kasita propició la vuelta a grandes unidades familiares, casi diríamos a unidades de tipo de clan, con una propiedad territorial que apenas se vende sino que se transmite por herencia, según una línea patrilineal. En Nuzi (actual Yorgan Tepe) una serie de tablillas famosas nos permiten la evolución de las relaciones familiares con gran precisión y, cosa rara, encontramos transmisión horizontal (entre hermanos) del patrimonio familiar.

DOCUMENTOS

1. KASITAS: HISTORIA SINCRÓNICA

Col. I

Karaindash, rey de Babilonia y Ashurbilnisheshu, rey de Assur concluyeron acuerdo entre sí y presentaron juramento sobre este país entre sí.

Busurasur, rey de Assur y Burnaburuiash, rey de Karduniash trataron sobre el país, determinaron la frontera por ambas partes.

En tiempos de Assurballit, rey de Assur, los Kashshi de Kajarardash, rey de Karduniash, hijo de Muballitatshirûa, hija de Assuruballit, se separaron de él y lo mataron; después llevaron al trono a Nazibugash [un hijo de nadie].

[Assur-uballit] partió para tomar venganza [de Karajardash... hacia Karduniash; a Nazibugash, rey de Karduniash, le mató y al joven Kurilgalzu, hijo de Burnaburiash, le hizo rey y lo puso en el trono de su padre.

En tiempos de Bel-ninari, rey de Assur [era] Kurigalzu el joven, [rey] de Karduniash], Bel-ninayi, rey de Assur, luchó en Sugagi en... con él, y le derrotó; sus gentes... su campamento los saqueó. De... del país de Shubasi hasta Karduniash repartieron los campos, repartieron el país y afirmaron la frontera.

Rammân-mirâri, rey de Assur, [y] Nazimaraddash, rey de Karduniash, lucharon entre sí en Kâr-Ishtar y Akarsallu. Rammân-nirâri infligió una derrota: su campamento y su... los tomó. Para el territorio establecieron las siguientes fronteras. «Su territorio de Pilaski en la otra orilla del Tigris, de Armana-Harsalu hasta Lulumi» y dividieron [lo].

Col. II

Bilkudurusur, rey de Assur y [Rammân... rey de Karduniash] lucharon; Bilkudurusur mató a Rammân... en combate y Ninibapalikur... volvió a su país; movilizó a sus numerosas tropas para la conquista de Assur; donde luchó, fracasó y [volvió a su país].

... se dirigió y volvió a su país. Detrás de sí llevó [Nabûkudurusur] su tren de sitio [?], marchó a Zanki, la fortaleza de ..., para conquistarla. Assurrishishi, rey de Ashshur, movilizó sus carros, para rechazarlo. Nabûkudurusur incendió todo el tren de sitio [?], [que a Zanki] rodeaba [?], incendió su campamento [?], se volvió y retornó a su país. Pero Nabûkudurusur marchó con carros y tropas ligeras al lado de la fortaleza para rodearla; Assurrishishi envió en socorro carros y tropas ligeras, luchó con él, lo derrotó, mató sus tropas. Saqueó su campamento: 40 de sus carros [junto con] el material trajeron [como botín ante mi]; prendieron a Karashtu, jefe de sus tropas.

Tukultiapalikur, rey de Assur, [y] Marduknadinahi, rey de Karduniash hicieron por segunda vez orden de batalla de carros, lo mismo que por encima del Zaban inferior, en el territorio de Arzuna. En el segundo año lucharon en Marriti, que [está situada] arriba en Akkad. Dûrkurigalzu, Sippar de Shamash, Sippar de Anunitum, Babilonia, Upi [Opis], las grandes ciudades junto con sus ciudadanos los conquistó. Entonces [saquó] Arkarsalla hasta Lubdi;... hasta Rapiki en su totalidad [los sometió].

En la época de Assurbilkala, rey de Assur [era] Mardukshapikkullat rey de Karduniash. Amistad, concordia y paz se establecieron mutuamente. En tiempos de Assurbilkala, rey de Assur [desalojó] a Mardukshapikkullat, rey de Karduniash, su país. Rammânapluiddina,... Ihsakkuruni, [hombre de origen desconocido] lo habían hecho rey. Assurbilkala, rey de Assur había tomado [como esposa] a la hija de Rammânapluiddina, rey de Karduniash y lo llevó con su rica dote a Assur. Las gentes de Assur y Karduniash... entre sí.

Col. III

En la época de Rammânnirâri, rey de Assur, Shamashmudammik, rey de Karduniash, ordenó sus tropas al pie de Jalman. Rammânnirâri, rey de Assur, derrotó a Shamashmudammik, rey de Karduniash, ocasionándole la derrota, se apoderó de sus carros [y los corceles, el tronco] de su tiro. A Shamashmudammik, rey de Karduniash, lo mató Nabûshûmishkun. Rammânmirâri, rey de Assur, luchó con Nabûshûmishkun, rey de Karduniash, y le inflingió una derrota... bandala, Khuda[du [?]] [y] muchas ciudades le conquistó y llevó su rico botín a Assur. A Nabûshûmishkun lo encerró en prisión [?] de su país.

...acerca de su hija hablaron entre sí [amistad], concordia y paz hicieron entre sí. Las gentes de Assur y Akkad... entre sí. De Tiebâri, la parte superior de Zaban, hasta Tilsbab[a]tâni y Tilshazabdani afirmaron las fronteras.

En tiempos de Salmanasar, rey de Assur, [era] Nabûapluiddina rey de Karduniash. Amistad, concordia y paz hicieron entre sí. En la época de Salmanasar, rey de Assur, había despojado a Nabûapluiddina, rey de Karduniash, de su territorio; Marduknadinshum se sentó en el trono de su padre. Mardukbelushâti, su hermano, se sublevó contra él, él se sentó en el... daban; Akkad lo repartieron en partes iguales. Salmanasar, rey de Assur, partió en socorro de Marduknadinshun rey de Karduniash. Mardukbelusâti, el rey ilegal, lo mató junto con los rebeldes que estaban con él.»

Traducción de F. E. PEISER y H. WINCKLER, *Keilschriftliche Bibliothek*, I, págs. 195 y ss.

BIBLIOGRAFÍA

Delitsch, *Die Sprache der Kossäer*, Leipzig, 1884.

F. Ellwally: «Synopsis of Royal Sources of the Cassite Period», en *Sumer*, 10 [1954] pp. 2-14.

Kemal Balkan: «Kassitenstudien I. Die Sprache der Kassiten» en AOS. 37. New Haven, 1954.

CAPÍTULO XI

EL IMPERIO NUEVO EGIPCIO

1. LA DINASTÍA XVIII (1567-1320)

Ahmosis I (1567-1546). Ya hemos visto sus campañas contra los hicsos y su reunificación de Egipto. Debemos ahora mencionar sus campañas en Nubia, con lo que restablecía la política tradicional de los faraones del Imperio Medio; conquistó Buhen y probablemente la frontera volvió a situarse en Semna (2.ª catarata), y organizó la región bajo un «prefecto de los países del sur».

Su tarea como reconstructor del estado está poco documentada y sólo se pueden hacer hipótesis verosímiles. De todos modos, durante su reinado se puede apreciar un aumento de la riqueza, para lo que la arqueología ofrece testimonios elocuentes. Las tumbas de las damas reales muestran ajuares de la más alta calidad y cierto lujo, todo ello producto de la reanudación de las importaciones, que se echaban de menos en los ajuares de las tumbas de la dinastía XVII. También se reanuda la construcción en gran escala. Se vuelve a explorar las canteras de Tura para los monumentos de Hermontis, Abidos y Tebas. En Nubia sabemos que se trabajó en Buhen. No obstante la mayoría de los edificios conservados de este momento son de adobe. Desde el punto de vista religioso el hecho más notable es la preponderancia del culto de Amón, con mucho mayor énfasis que en el Imperio Medio, época en la que este dios era importante, pero menos que Montu.

Amenofis I (1551-1524). Hijo y sucesor de Ahmosis, fue sin duda un gran rey, cuya fama continuó durante mucho tiempo como dios tutelar de Tebas. Su reinado fue pacífico y dedicó su esfuerzo a la construcción de los templos de la zona en torno a Tebas: el-Qab, Abidos y sobre todo Karnak, donde transformó el pequeño templo del Imperio Medio en una magnífica construcción. Quedan inscripciones suyas en Kom-Ombo, Elefantina y en la isla de Sai (Nubia). Por las biografías de Ahmosis, hijo de Ebana y de Ahmosis Pennejbet tenemos noticias de una expedición a Nubia, donde sus virreyes repararon las fortalezas de Semna y Uronarti.

Tutmés I (1524-1518), hijo de la madre real Seniseneb y de un padre cuyo nombre ignoramos, subió al trono como asociado de Amenofis I y de la fiesta de su coronación nos queda un testimonio único, que consiste en un escarabeo dirigido al virrey de Nubia Turoi dando cuenta del hecho y estableciendo el protocolo:

«Orden real al hijo real, gobernador de los Países del Sur, Turoi, triunfante.

Mira, se te envía esta orden del rey con el fin de informarte que Mi Majestad ha aparecido como rey del Alto y el Bajo Egipto sobre el trono de Horus de los vivientes, sin igual para siempre.

Haz mi titulatura como sigue:
Horus: Toro Poderoso amado de Maat.
Favorito de las dos diosas: Brillando en la diadema-serpiente, grande de fuerza.
Horus de oro: el que es bueno en años, el que hace vivir los corazones.
Rey del Alto y el Bajo Egipto: Ajeperkare;
Hijo de Re: Tutmés, que vive para siempre jamás.»

El año dos de su reinado se grabó la llamada estela de Tombos en la 3.ª catarata, como testimonio de su expedición a Nubia y la construcción en dicho lugar de una fortaleza, que señalaba el extremo sur de su imperio. Daremos un resumen de su contenido para mostrar la ideología que animaba a estos faraones con sus expresiones bombásticas, y el escaso contenido de datos propiamente históricos:

«Se ha sentado sobre el trono de Seth, el unificador de las dos tierras, llevando la irradiación de la doble corona, el cetro de su majestad; él había tomado posesión de su herencia, había asumido el sitial de Horus, con el fin de extender las fronteras de Tebas y el territorio de Jaftet her-nebes [diosa de Tebas occidental]; para que los beduinos y los bárbaros trabajen para ella. Los *haunebu* son una abominación del dios; atados están los Ekbet; los meridionales vienen río abajo, los del norte río arriba, y todas las tierras juntas traen su tributo al buen dios, el primordial, Ajeperkare [Tutmés I], que vive para siempre, el poderoso, Horus, señor de las dos tierras... Los beduinos, jefes de sus tribus... a él inclinándose; los pueblos del interior se dirigen a Su Majestad haciendo acto de obediencia a lo que está en su frente [el ureus]. Él ha aplastado al jefe de los nubios; el negro está indefenso, inerme en su puño. Ha unido los límites de sus dos lados, no queda ninguno de los del cabello rizado, que vienen a atacarlo; no hay un superviviente entre ellos. Los nubios trogloditas cayeron bajo su espada; su suciedad inunda sus valles; la ... de sus bocas es como un diluvio violento. Los trozos cortados de sus cuerpos son demasiados para las aves de rapiña, que llevan su presa a otra parte... el solo cetro de Amón; Keb divino procreador, cuyo nombre está oculto, reproductor, toro de la divina enéada, escogida emanación de los miembros divinos que hacen el placer de los espíritus de Heliópolis.

«Los señores del palacio han hecho una fortaleza para su ejército [llamada] "Nadie se le enfrenta entre los Nueve Arcos unidos"; como una pantera joven entre el ganado en huida; la fama de su majestad los cegaba. [El] puso los extremos de la tierra bajo su mando, holló sus dos extremidades con su poderosa espada, buscando batalla, no encontró a ninguno que se enfrentase. Penetró en valles que sus antepasados no conocían, que no habían visto los portadores de la doble diadema. Su frontera meridional alcanza hasta la frontera de este país [es decir, Nubia], la septentrional hasta el agua invertida que va río abajo yendo río arriba [es decir, el Éufrates, que corre de norte a sur]. No ha sucedido lo mismo a otros reyes; su nombre ha alcanzado hasta el círculo de los cielos, ha penetrado las dos tierras hasta el mundo inferior, se toma juramento por su nombre en todos los países, a causa de la grandeza del nombre de Su Majestad. Ellos [los países] no habían sido vistos en los archivos de los antepasados desde los Adoradores de Horus, que da su aliento al que le siga, sus ofrendas al que sigue su senda. Su Majestad es Horus, asumiendo su reino de miriadas de años, súbditos suyos son las islas del Gran Círculo [el océano], la tierra entera bajo sus dos pies; hijo corporal de Re, su amado, Tutmés, que vive por siempre jamás. Amón-Re, rey de los dioses es su padre, el creador de su belleza, amado de los dioses de Tebas, dotado de vida, estabilidad, satisfacción, salud, alegría de su corazón sobre el trono de Horus, guía de todo lo viviente como Re, para siempre.»

Tutmés dejó una inscripción en Tangur (Batn el-Hagar). La expedición está igualmente atestiguada en las biografías de Ahmosis hijo de Ebana y el de Ahmosis Pennejbet. Probablemente se avanzó hasta la zona del Nilo conocida por Dongola Reach. Una estela en Kurgus, cerca del actual Abu Hamed, indicaría la existencia de expediciones por tierra, que cruzaban el desierto de Nubia desde Kubán hasta Kurgus, un camino penoso, pero que los egipcios podían superar sin mayor dificultad, acostumbrados como estaban a los caminos del Mar Rojo por el desierto oriental.

El rey realiza una expedición a Asia, atestiguada en las biografías de los dos Ahmosis de El-Kab. Dice Ahmosis hijo de Ebana:

«Después de estas cosas [expedición a Nubia] se viajó a Retenu para lavar el corazón en los países extranjeros. Su Majestad llegó a Naharina. Su Majestad encontró a aquel enemigo cuando estaba planeando la destrucción. Su Majestad hizo una gran carnicería entre ellos. Numerosos fueron los prisioneros vivos que Su Majestad trajo de sus victorias. Yo estaba al frente de las tropas y Su Majestad vio mi bravura. Me apoderé de un carro, sus caballos y el que lo portaba como prisionero vivo y lo llevé a Su Majestad. Se me regaló oro en doble medida». Del mismo modo Ahmosis Pennejbet añade: «Yo seguí al rey Ajeperkere triunfante; yo capturé para él en el palacio de Naharira 21 manos, un caballo y un carro». El ejército egipcio llegó al Éufrates, como nos recordará más tarde Tutmés III. Por esta época los mitani estaban en plena expansión y los egipcios trataban de frenarlos y asegurar su presencia en Siria. Una anécdota curiosa de estas guerras de Tutmés es la noticia de que el rey se entretuvo cazando elefantes en *Niy*, una localidad desconocida, pero que Gardiner sitúa en las cercanías de Ugarit.

Por lo que hace a la política interior, durante el reinado de Tutmés I se produce un desplazamiento del centro de gravedad del reino desde Tebas hacia el norte, volviendo Menfis a adquirir una gran importancia, como segunda capital, hecho que algunos explican como una consecuencia de la importancia que va adquiriendo el interés por la política asiática. Sin embargo Tebas siguió siendo la capital y en su entorno se centra la actividad constructora del rey. También dejó muestras de su labor constructora en Deir el-Bahari, Abidos, Giza, Medinet Habu, etc.

Tutmés II (1518-1504). Hijo tercero de Tutmés I, heredó el trono por la muerte prematura de los príncipes Wachnes y Amonmes. Era hijo de una princesa real

llamada Muntnefret. Lo casaron con su media hermana Hatshepsut, hija de Tutmés I y la reina Ahmose. No bien había ocupado el poder, estalla una revuelta en Nubia y es preciso enviar un ejército para sofocarla. Conocemos algunos detalles gracias a una inscripción fechada en el mismo día de la ascensión del rey. El texto dice así:

«Año primero, segundo mes de la primera estación, día ocho, día de la coronación bajo la Majestad de Horus: Toro Poderoso en fuerza; Favorito de las dos diosas; Divino en realeza; Horus de oro; Poderoso en ser; Rey del Alto y el Bajo Egipto; Ajepernere; Hijo de Re; Tutmés, Bello de diademas, sobre el trono de Horus de los vivientes; su padre Re, él es su protección, y Amón, señor de Tebas; ellos golpean para él a sus enemigos. Mira, Su Majestad está en su palacio, [pero] su fama es poderosa; el temor de él está en el país, [su] terror en los países de los haunebu; las dos divisiones de Horus están bajo su cuidado; los nueve arcos juntos están bajo sus pies. Los asiáticos vienen a él trayendo tributo, y los nubios trogloditas portando cestas. Su frontera meridional alcanza hasta los cuernos de la tierra y la septentrional los confines; los pantanos de Asia son dominio de Su Majestad, el brazo de su mensajero no es rechazado entre los países de los Feneju.»

Alguien vino a informar a Su Majestad como dice: «El maldito Kush ha comenzado a rebelarse, los que estaban bajo el dominio del señor de las dos tierras, comienzan a golpearlo. Los habitantes de Egipto están a punto de colocar sus ganados al abrigo de las fortalezas que tu padre construyó en sus campañas, el rey del Alto y el Bajo Egipto Ajeperkare [Tutmés I], que vive para siempre, con el fin de repeler a los bárbaros, los nubios trogloditas de Henthennefer, porque los que están en el norte del maldito Kush... con los dos nubios trogloditas entre los hijos del jefe del malvado Kush, que ante el señor de las dos tierras...». Su Majestad estaba furioso como una pantera cuando lo oyó. Dijo Su Majestad: «Juro, así Re me ame, como mi padre, señor de Tebas, me favorezca, que no dejaré vivo a ninguno entre los varones».

«Entonces Su Majestad envió a un ejército numeroso a Nubia, en la primera ocasión de una campaña con el fin de destruir a todos los que se habían rebelado contra Su Majestad o eran hostiles al señor de las dos tierras. Entonces este ejército de Su Majestad llegó al maldito Kush. Este ejército de Su Majestad destruyó a estos bárbaros; no dejaron vivo a ninguno de los varones, de acuerdo con la orden de Su Majestad, excepto uno de los hijos del jefe del maldito Kush, que fue tomado prisionero vivo con su gente para Su Majestad. Fueron colocados a los pies del buen dios; porque Su Majestad había aparecido en su trono cuando los prisioneros le fueron traídos, que el ejército de Su Majestad había capturado. Este país fue hecho súbdito de Su Majestad como antes, el pueblo se alegró, los jefes estaban contentos; tributaban alabanzas al señor de las dos tierras, alababan a su dios, excelente en ejemplos de su divinidad. Esto sucedió a causa de la fama de Su Majestad, porque su padre Amón le amaba mucho más que a ninguno que haya existido desde el comienzo. El rey del Alto y el Bajo Egipto: Ajepernere, hijo de Re: Tutmés (II), bello de diademas, dotado de vida, estabilidad, satisfacción, como Re, para siempre».

El texto es muy interesante por distintos conceptos. El primero es que da por supuesta una corregencia de Tutmés II con su padre, que aún vivía cuando su hijo ya había ascendido al trono. Por otra parte, el hecho del levantamiento de

los nubios que aún tenían fuerzas para oponerse a la dominación egipcia en una de sus últimas convulsiones. Durante la revuelta, los egipcios establecidos en Nubia se refugian con sus ganados en las fortalezas que jalonan el Nilo, con lo cual queda explicada una de sus funciones más específicas. La represión fue cruel, tanto que se exterminó a la población sistemáticamente. Esta política de genocidio es la responsable de que desaparecieran las culturas indígenas en Nubia a lo largo del Imperio Nuevo, por lo menos en la Baja Nubia, hecho demostrado por la arqueología. A los faraones se les puede aplicar la sentencia *ubi silentium faciunt pacem appellant.*

Conocemos alguna campaña en Asia contra los beduinos *shasu*, en la que participó Ahmosis Pennejbet.

Hatshepsut y Tutmés III (1504-1483). No consideramos propio de este lugar discutir en detalle la cuestión de la sucesión de Tutmés I y plantear las arduas cuestiones que se han suscitado por las inscripciones en las que aparecen los nombres de los distintos monarcas superpuestos y tachados. El resultado de esta confusión fue una abundante bibliografía, cuyos resultados pueden resumirse con una frase de Breasted: «se verá que en este reajuste de reinados prácticamente todo el reinado de Tutmés I cae antes, y el de Tutmés III después del período del conflicto; mientras que el de Tutmés II queda en medio del período conflictivo. Por ello no es necesario cambiar el orden de los reinados».

Es muy difícil establecer los hechos que llevaron a Hatshepsut al trono. Hayes cree que Tutmés II, conociendo el temperamento de su ambiciosa consorte, nombró a su hijo único Tutmés III rey, que había nacido de una oscura concubina del harén llamada Isis. El propio Tutmés III dirá más tarde que el dios Amón «en persona» le designó. En la inscripción de la coronación de Karnak se dice: «... el dios hizo el circuito de la hipóstila por ambos lados de ella, mientras los corazones de los que estaban enfrente no comprendían sus acciones, buscando a Mi Majestad por todas partes. Al reconocerme, mirad, se detuvo... Yo me prosterné en el pavimento y me arrodillé en su presencia». Es evidente que se trata de atribuir al dios la designación real de Tutmés, y probablemente los sacerdotes del gran templo eran decididos partidarios del nuevo rey. De una manera o de otra, la legitimidad de Tutmés fue reforzada por su matrimonio con su media hermana Neferure, hija de Tutmés II y de Hatshepsut. Esta actuó como regente de la joven pareja. Al principio se mantuvo en una situación discreta titulándose reina, según el derecho adquirido por el matrimonio con Tutmés II. Sin embargo, a los dos años escasos después de la ascensión de su hijastro tomó la titularidad real completa arrogándose los títulos masculinos, excepto el de Toro Poderoso, que seguramente consideró excesivo. Si queremos entender la figura de Hatshepsut en un contexto más amplio, tenemos forzosamente que referirnos a las grandes personalidades femeninas que se dieron en los comienzos de la dinastía XVIII: la famosa reina Ajhotep, madre de Ahmosis, la esposa de éste, Ahmosis-Nefertari, y Ahmosis-Meritamun, esposa de Amenofis I. Todas ellas y otras más gozaron de gran predicamento tanto en la corte como en la sociedad egipcia e incluso tomaron decisiones políticas más propias de hombres que de damas reales, como Ajhotep, que logró agrupar a tropas desmandadas. La energía les venía de lejos ya que la vieja reina Tetisheri, esposa de Sequenenre, gozó de una gran consideración. Aparte la gran personalidad de estas mujeres, que sin duda alguna poseyeron, la

teoría política egipcia propiciaba el alto papel que desempeñaban. Eran las transmisoras de la realeza y de la pureza de la sangre real en una monarquía que desde los tiempos más remotos concedía a la mujer plenos derechos en todos los aspectos de la vida civil, religiosa, jurídica y política. Todo ello explica ciertas decisiones de Hatshepsut, y sobre todo que fuera aceptada sin reservas por sus súbditos. En su templo funerario de Deir el-Bahari, obra maestra de la arquitectura y el relieve egipcios, constató con todo detalle su genealogía divina y su elección para soberana de Egipto. Amón y Thot deciden la creación de la reina. Amón consuma una teogamia con la reina Ahmose, después de haber adoptado la forma corpórea del rey Tutmés I, y enseguida llama en su auxilio a Khnum, el dios creador, para que dé forma a su hija, lo que hace el dios. Después del alumbramiento de la reina Ahmosis, la niña es criada por dos Hathores. De la misma manera, se describe la coronación de la reina en Deir el-Bahari, como obra de los dioses. La corona Atum, y es proclamada ante Amón, y más tarde se describe su coronación ante el pueblo y la corte. Finalmente tienen lugar las purificaciones y recorridos procesionales de rigor. Es curioso observar que la reina Hatshepsut dedicó gran atención a recordar piadosamente a su padre Tutmés I en todos sus monumentos e inscripciones.

El reinado de Hatshepsut fue pacífico y el mayor esfuerzo se dirigió a la restauración de templos y otros monumentos que habían sufrido en el pasado, según se dice en el texto de su coronación: «tú restaurarás los que están en ruinas», y en Beni-Hasan realizó obras en los templos como nos recuerda la inscripción del Speos Artemisidos, en la que hay una clara alusión a los hicsos: «Yo he restaurado lo que estaba en ruinas, yo he levantado lo que estaba inacabado desde que los asiáticos eran en el centro de Avaris del país del norte, y los bárbaros estaban en medio de ellos, destruyendo lo que estaba hecho, mientras gobernaban en ignorancia de Re». El hecho más destacable del reinado de Hatshepsut fue el viaje al Punt siguiendo una vieja tradición comercial egipcia que comienza en la IV dinastía cuando aparece un negro puntita como esclavo de uno de los hijos del rey Jufu. Durante la V dinastía el rey Sahure envió una expedición y lo mismo hizo el rey Isesi, que trajo como regalo un enano bailarín. Durante la VI dinastía un funcionario de Pepi II fue asesinado por los beduinos de la costa del Mar Rojo. Las expediciones continuaron bajo la dinastía XI y la XII. Ahora los relieves del templo funerario de Deir el-Bahari recuerdan que los expedicionarios partieron de Coptos y marcharon en caravanas hasta Wadi Gasus, en la costa del Mar Rojo donde construyeron los barcos. Cuando los egipcios llegan al Punt, desembarcan y el mensajero del rey avanza al frente de sus soldados, y deposita en la costa un montón de productos de la artesanía egipcia: collares, hachas, puñales, etc. El jefe de los puntitas llamado Perehu se adelanta hacia los egipcios, seguido por su esposa Eti, una mujer esteatopígica, y tres de sus hijos. Los egipcios cargan sus navíos con mirra, marfil, maderas, monos. Después de un feliz retorno, los enviados llevan a Tebas los productos del Punt y la reina ofrece los regalos a Amón a quien estaban destinados.

Debemos destacar entre las obras de Hatshepsut la erección de cuatro obeliscos en Karnak.

El cortesano mejor caracterizado del reinado de Hatshepsut fue el famoso Senmut, arquitecto jefe de Karnak, Luxor, Deir el-Bahari y Hermonthis, devoto de la reina, la apoyó en todo momento, lo que le acarreó la persecución en tiempos posteriores. Lo mismo podemos decir de Thutiy y de Hapuseneb, posiblemente el más importante de sus partidarios «gran sacerdote de Amón, jefe de los profetas del sur y del norte».

Tutmés III (1483-1450). De él se puede decir que encarna la figura más acusada del faraón del Imperio Nuevo. Fue un hombre dotado tanto para la política y el mando de ejércitos como para la administración y las artes. Gran organizador, supo mantener una postura equilibrada entre las tendencias que se produjeron en su tiempo. Al morir Hatshepsut quedó como único rey. Hemos de admitir que en los primeros momentos de su mando único se dejó llevar por la ira y emprendió una persecución carente de sentido contra la memoria de su madrastra. Pero se trata de una explosión pasajera. Desconocemos sus actividades en los años oscuros de su corregencia, pero es muy posible que viviera entre los soldados. Poco después de subir al trono se encontró con una insurrección general en Asia, tal vez producida en los últimos años de Hatshepsut. Las guarniciones egipcias se habían retirado a Sharuhen, ciudad situada al sur de Palestina. A partir de ahora poseemos el testimonio de los llamados *Anales*, que consisten en una inscripción de 223 líneas, grabadas en la parte interior del *sancta sanctorum* del templo de Karnak. La versión que poseemos es una redacción hecha por el clero de Tebas para dar testimonio de las donaciones que el rey hizo al gran santuario nacional. Pero sabemos que el rey mandó tomar nota puntual de sus campañas en rollos de cuero, labor llevada a cabo por el escriba Thaneni. Es necesario hacer hincapié en el significado cultural de este hecho. Es cosa sabida que los egipcios carecieron de mentalidad histórica en el sentido real de la palabra. Para ellos el pasado era un fondo lejano sin ordenación cronológico-casual. La sucesión de hechos particulares y típicos carecía de sentido, y tan sólo merecía la pena de registrar lo que constituía el orden eterno del devenir histórico y cósmico. El interés que demuestra Tutmés III por dejar constancia para el futuro de sus acciones militares supone la aparición de una nueva mentalidad orientada a la fijación de lo singular y efímero, de lo que podía o no repetirse y que era digno de recuerdo por su mera singularidad.

«El año 22, cuarto mes de la segunda estación, el día 25 Su Majestad estaba en Tharu en la primera expedición victoriosa para extender las fronteras de Egipto con poderoso...

»Ahora, en este período los asiáticos habían caído en desacuerdo luchando cada hombre con su vecino... Ahora sucedió que las tribus... el pueblo que estaba en la ciudad de Saruhen, mira desde Yeraza hasta los pantanos de la tierra, había empezado a revolverse contra Su Majestad.

»El año 23, primer mes de la tercera estación, en el día cuarto, el día de la fiesta de la coronación del rey, llegó a la ciudad, posesión del gobernante, Gaza.

»Año tres, primer mes de la tercera estación, en el quinto día, partida desde este lugar en poder... en fuerza y en triunfo para destruir al maldito enemigo para extender las fronteras de Egipto, según ha ordenado su padre Amón-Re... que las conquiste.

»Año 23, primer mes de la tercera estación, en el décimosexto día, llegó a la ciudad de Yehem.

»Su Majestad ordenó una consulta con sus valientes tropas diciendo así: "Ese maldito enemigo, el jefe de Kadesh, ha venido y ha entrado en Megiddo, y está allí en este momento. Ha reunido junto a sí a los jefes de todos los paíse que están en el agua de Egipto hasta Naharain, y que están formados por los países de Jaru, Kode, sus caballos, sus tropas..." así habla él: "Yo me he levantado para luchar contra Su Majestad en Megiddo. Decidme"...

»Entonces [los oficiales] hablaron en la presencia de Su Majestad, ¿Cómo es que hemos de ir por este camino, que amenaza hacerse más estrecho? Mientras vienen y dicen que el enemigo está allí esperando en poder del camino contra una multitud. ¿No irá un caballo detrás de otro y un hombre detrás de otro igualmente? ¿Estará nuestra vanguardia luchando mientras nuestra retaguardia está aún detenida lejos en Aruna sin combatir? Hay otros dos caminos: uno que está [al oriente de nosotros] y [sale] a Taanar. La otra nos llevará al camino al norte de Chefti de manera que desembocaremos al norte de Megiddo. Que nuestro victorioso señor vaya por el camino que quiera, pero no nos obligue a ir por un camino difícil!

»Entonces fueron traídos mensajes relativos a este vil caído. El discurso de la majestad del palacio [fue]: "Yo juro por el amor de Re, por el favor de mi padre Amón, porque mis narices sean rejuvenecidas con vida y dominio, que Mi Majestad irá por este camino de Arina. El que quiera de vosotros que vaya por los caminos que habéis mencionado, y el que quiera de vosotros que venga en pos de Mi Majestad. ¿Pensarán los enemigos que Re detesta? ¿Va Su Majestad por otro camino? Empieza a tener miedo. Así pensarán ellos».

»Entonces hablaron ante Su Majestad: "Que tu padre Amón, señor de Tebas, que preside sobre Karnak, te otorgue lo que deseas. Mira, nosotros somos los seguidores de Tu Majestad en todo lugar, donde quiera que vaya Tu Majestad, como el criado detrás de su amo". Entonces Su Majestad ordenó que todo el ejército marchara... por el camino que amenazaba con estrecharse. Su Majestad juró diciendo: "Ninguno irá por este camino delante de Mi Majestad, en..." Él partió al frente de su ejército, mostrando el camino con sus propios pasos, caballo tras caballo, estando Su Majestad al frente de su ejército.

»El año 23, primer mes de la tercera estación, día 19, despertar en vida en la tienda real en la ciudad de Aruna. Viaje hacia el norte de Mi Majestad con mi padre Amón-Re, señor de los tronos de las dos tierras, ¡que abra los caminos delante de mí!, Harakhti fortificando el corazón de mi valiente ejército, mi padre Amón fortificando el brazo de Mi Majestad, y... protegiendo a Mi Majestad. Salida [del desfiladero] de Su Majestad [a la cabeza de su ejército] agrupado en muchos batallones [sin encontrar un solo enemigo]. Su ala meridional estaba en Taanach y su ala norte al lado norte del valle de Quina. Entonces Su Majestad los llamó: "¡... han caído! El maldito enemigo... Amón... Alabadle, exaltad la fuerza de Su Majestad, porque su fuerza es mayor que... Él ha protegido la retaguardia del ejército de Su Majestad en Aruna". Ahora mientras la retaguardia del valiente ejército de Su Majestad estaba aún en Aruna, la vanguardia había salido al valle de Quina y ellos llenaron la abertura del valle.

»Entonces ellos dijeron a Su Majestad: "Mira, Su Majestad ha venido con sus valientes tropas y ellos llenan el valle. Que nuestro valiente amo nos escuche esta vez. Que nuestro señor guarde para nosotros la retaguardia de su ejército con su gente. Cuando la retaguardia haya salido hasta nosotros en el espacio abierto, entonces lucharemos contra estos extranjeros; entonces no estaremos preocupados por la retaguardia de nuestro ejército!". Su Majestad se detuvo en campo abierto para guardar la retaguardia de su valiente ejército. Ahora cuando el último de los soldados de vanguardia había salido del camino, la sombra había cambiado [había pasado el mediodía] y cuando Su Majestad llegó al sur de Megiddo en la orilla meridional del torrente Quina, eran las siete del Sol.

»Entonces se levantó el campamento de Su Majestad, y se dio la orden a todo el ejército diciendo: "Equipaos. Preparad vuestras armas porque avanzaremos para luchar con ese maldito enemigo por la mañana". Después el rey descansó en su tienda real, se arreglaron los asuntos de los jefes y las provisiones de los asistentes. El santo y seña del ejército circulaba diciendo: "¡Firme de corazón!, ¡Firme de corazón! ¡Alerta! ¡Alerta! Alerta a la vida en la tienda del rey". Uno vino a decir a su Majestad, "El país está bien, y lo mismo la infantería del norte y la del sur".

»El año 23, primer mes de la tercera estación, en el día veintiuno, el día de la fiesta de la luna nueva, correspondiente a la coronación real, por la mañana temprano, se dio orden de que avanzara todo el ejército... Su Majestad avanzó en un carro de electrum, arreado con sus armas de guerra, como Horus el golpeador, señor de la fuerza como Montu de Tebas, mientras su padre Amón fortificaba sus armas. El ala sur del ejército de Su Majestad estaba en una colina al sur del torrente Kina, y el ala norte al noroeste de Megiddo, mientras que Su Majestad estaba en el centro, con Amón como protección de sus miembros... el valor de sus brazos. Entonces Su Majestad prevaleció contra ellos al frente de su ejército, y cuando vieron a Su Majestad prevaleciendo contra ellos, huyeron a escape a Megiddo llenos de miedo, abandonando sus caballos y sus carros de oro y plata. La gente los izó, cogiéndolos por sus vestidos hasta la ciudad. Ahora, si el ejército de Su Majestad no hubiera dado su corazón al saqueo de las cosas del enemigo, hubieran capturado Megiddo en este momento cuando el maldito enemigo de Kadesh y el maldito enemigo de esta ciudad eran izados a toda prisa para meterlos en la ciudad. El miedo a Su Majestad había entrado en sus corazones, sus armas eran impotentes, su diadema-serpiente era victoriosa contra ellos.

»Entonces fueron capturados sus caballos, sus carros, su oro y plata fueron hechos despojos, sus campeones yacían extendidos como peces en el fondo de la red. El ejército victorioso de Su Majestad dio una vuelta contando sus posesiones. Mirad, fue capturada la tienda del maldito enemigo hecha de plata... Todo el ejército estaba en jubileo, dando alabanza a Amón por la victoria que había otorgado a su hijo en este día, alabando a Su Majestad, exaltando sus victorias. Trajeron el botín que habían tomado, consistente en manos, prisioneros vivos, caballos, carros de oro y plata...

»Entonces habló Su Majestad al oír las voces de su ejército, diciendo: "Si hubierais capturado esta ciudad después, yo habría dado muchas ofrendas a Re este día, porque todos los jefes que se han sublevado están dentro de ella, y porque capturar a Megiddo equivale a capturar mil ciudades. Tomadla por la fuerza, por la fuerza...

»Su Majestad ordenó a los oficiales de las tropas ir a... asignando a cada uno su lugar. Midieron la ciudad, rodeándola con un recinto, y la vallaron alrededor con madera verde de todos los árboles frondosos. Su Majestad en persona estaba sobre esta fortificación al este de la ciudad, inspeccionando...

»Estaba vallada con un espeso muro... con un espeso muro. Su nombre era: "Menjeperre [Tutmés III]-es-el-vencedor-de-los-asiáticos". Había puestos de guardia para velar por la tienda de Su Majestad, a los que había dicho: "¡Firmes de corazón! Alerta..." Su Majestad ordenó: "No dejéis salir a ninguno, más allá de este muro, excepto para venir a llamar a la puerta de la fortificación". Todo lo que hizo Su Majestad a esta ciudad, y al maldito enemigo y a su maldito ejército, está registrado día por día y con el nombre del comandante de la tropa... Después fue escrito en un rollo de cuero en el templo de Amón en este día. Los jefes de este país extranjero vinieron arrastrándose a besar el suelo ante el poder de Su Majestad, a respirar el aliento para sus narices, a causa de la grandeza de su poder, a causa del poder de la fama de Su Majestad... el país... vino a esta su fama, trayendo sus regalos consistentes en plata, oro, lapislázuli, malaquita, trayendo grano limpio, vino, ganado mayor, ganado menor, para el ejército de Su Majestad. Todos los de Kode trajeron el tributo al mar. Mira, Su Majestad nombró nuevos jefes para...

[Botín cogido en Megiddo]

»... 340 prisioneros vivos, 83 manos, 2041 yeguas, 191 potros, 6 garañones, ... joven..., un carro chapado de oro, su lanza de oro perteneciente a ese enemigo, un bello carro chapado de oro perteneciente al jefe de Megiddo, ... 892 carros de su maldito ejército: total 924 carros. Una bella cota de armadura de bronce perteneciente a ese enemigo, una bella cota de armadura de bronce perteneciente al jefe de Megiddo, ... 200 cotas de armadura pertenecientes a ese maldito ejército, 502 arcos, 7 postes de madera chapados de plata pertenecientes a la tienda de aquel enemigo. Mirad, el ejército de Su Majestad se apoderó de... 297..., 1929 cabezas de ganado mayor, 2000 de ganado menor, 20.500 de ganado blanco. Lista de lo que después fue tomado por el rey de los bienes muebles de aquel enemigo que estaba en la ciudad de Yenoam, en Nuges y en Herenkeru, junto con todos los bienes de las ciudades que se sometieron y que fueron traídos a Su Majestad: 474..., 38 *marianu* [señores] de ellos, 84 niños de aquel enemigo y de los jefes que estaban con él, 5 señores, 1796 esclavos y esclavas con sus hijos no combatientes que se rindieron a causa del hambre con aquel enemigo, 103 hombres. Total 2503. Además platos planos de piedras preciosas y oro, distintos vasos..., un gran vaso de dos asas de labor de Jaru, otros vasos, platos *hntw*, distintos vasos para beber, 3 grandes calderos, 87 cuchillos, que suman 1784 deben. Anillos de oro encontrados en las manos de los artífices, y plata en muchos anillos, 966 deben y 1 kidet. Una estatua de plata de obra batida... la cabeza de oro, el cetro con cabezas humanas, seis sillas de aquel enemigo, de marfil, ébano y madera *carob*, cubiertas de oro, 6 escabeles pertenecientes a ellas, 6 grandes mesas de marfil y madera *carob*, un bastón de madera de carob engastada con oro y piedras preciosas a la madera de un cetro perteneciente a aquel enemigo, todo ello cubierto de oro, una estatua de aquel enemigo, de ébano recubierto de oro, cuya cabeza estaba incrustada de lapislázuli... vasos de bronce abundantes, trajes de aquel enemigo.

»Mira, la tierra de cultivo fue dividida en campos, que los inspectores de la real casa, V.P.S., calcularon con el fin de recoger la cosecha. Informe de la cosecha que fue traído a Su Majestad de los campos de Megiddo: 208.000 [+x] *heket* cúbicos de grano, además del que fue segado para forraje del ejército de su Majestad».

Hemos citado todo el texto de los *Anales* que se refiere a la primera campaña asiática de Tutmés III porque es la mejor descrita de todas. De las restantes dieciséis, sólo hay resúmenes más o menos completos, y de varias carecemos de dato alguno. Se trata de expediciones anuales destinadas a mantener la presencia egipcia en Asia, ampliar las conquistas y recoger el tributo que pagan los nuevos súbditos y algunos países vecinos que quieren ganarse la amistad de un imperio que se presenta como una potencia militar formidable. Durante la quinta (año 29) se conquista Arvad, en la sexta (año 30) realizada por mar, los egipcios desembarcan en Symira, avanzan por el interior y se apoderan de Kadesh. Se hacen cautivos a los hijos de los jefes con fines políticos evidentes: «Cuando muere uno de los jefes, Su Majestad hace que su hijo ocupe su lugar». En la octava campaña se alcanzó el punto más lejano de la expansión egipcia en Asia. Se cruza el Éufrates y se erige una estela en el mismo lugar que la de Tutmés I. El resumen de toda esta actividad militar nos da el final de los *Anales*: «Mirad, Su Majestad mandó redactar las victorias que ganó desde el año 23 hasta el año 42, cuando esta inscripción fue grabada en este santuario. Que él viva para siempre eternamente».

La política nubia del rey no tuvo grandes acontecimientos. El país estaba agotado y era incapaz de rebelarse como antaño. Hubo una expedición al final del reinado, aunque parece que fue poco belicosa. Los tributos se recibían con regularidad, y se continuaron las obras en diferentes templos y fortalezas. En Semna West se rehízo en piedra la fortaleza de adobe de Sesostris III, y se construyeron templos en las de Semna East y Uronarti, lo mismo se hizo en Faras, y se erigió una estela en Gebel Barkal (4.ª catarata), etc.

Indudablemente, Tutmés III fue el mejor gobernante que tuvo el país de los faraones. Ya hemos visto sus dotes militares, pero no destacó menos en el campo de la administración, y en general en lo que podemos llamar política interior. Además estuvo dotado de un excelente gusto artístico y ejerció el alto patronato de las artes con un gusto selectivo, propiciando una estética elegante y sin concesiones, que se manifiesta en todos los terrenos, sin caer en actos de brutalidad y la ampulosa retórica tan característica de los egipcios de todos los tiempos. Su momia nos lo presenta como un hombre fuerte de baja estatura y todos los retratos coinciden en representarlo con una nariz aguileña.

La reforma administrativa de mayor importancia fue la división del visirato en dos: el visir del sur residente en Tebas que administraba desde Elefantina hasta Asiut, y el visir del norte que lo hacía desde Asiut hasta el Mediterráneo, es decir, el Egipto Medio y el Bajo Egipto. Ello se ha explicado como una división que tenía en cuenta la historia del país en el sentido de que el Alto Egipto era el antiguo reino tebano y que el medio y bajo eran el antiguo reino hicso. En nuestra opinión hay que retrotraer esta división de Egipto ya a la dinastía XII. Lo mismo podemos decir de las ideas sobre el gobierno que se contienen en los textos de la tumba de Rejmire, cuyo espíritu se remonta a la gran época de Sesostris III.

No es propio de este lugar hacer un estudio de la producción artística de la época, pero tenemos que hacer constar que sus construcciones llegan desde Kom el-Hisn en el delta oriental hasta la cuarta catarata del Nilo, si bien Karnak se llevó lo mejor de su munificencia. Allí dejó el Patio de los Anales, el del Gran Festival, los obeliscos. También participó en Heliópolis, Deir el-Bahari, Kom Ombo, Tôd, Armant, Medamud, Esna, Dendera, etc.

No podemos pasar por alto la tumba del gran Rejmire, el hombre más importante del estado, después del faraón, en los momentos de mayor esplendor del Imperio, cuyos textos son importantes en muchos aspectos. En primer lugar porque dan noticias sobre la personalidad de Tutmés: «Su Majestad sabía todo lo que ocurría, no había nada que no conociera. Era Thot en todo, no había negocio que no llevara a buen término». Pero además los textos constituyen el mejor tratado de praxis política que nos ha legado el Antiguo Egipto. Se exhorta al visir a cumplir sus deberes inspirándose en los principios de la justicia, en la prudencia y en el respeto a los demás. Y del mayor interés es la enumeración de las funciones de gobierno a cargo del visir.

Amenofis II (1453-1419). Fue un hombre completamente distinto de su padre Tutmés, aunque su personalidad es igualmente característica del Imperio Nuevo. Había pasado su juventud como comandante de la base naval de Peru-Nefer cerca de Menfis, y dominaba todas las artes marciales. Experto arquero y hábil navegante, dejó amplios testimonios de sus dotes y de la fuerza física de que estaba dotado. Frente al equilibrio característico de su padre, no dudó en realizar actos de extrema crueldad.

Es probable que a la muerte de Tutmés III se produjera una sublevación en Asia que daría lugar a una campaña de Amenofis, tal como se dice en una estela de Elefantina y en otra de Amada (Baja Nubia). Constituyen un documento de gran valor por los datos que da sobre el carácter del rey:

«Es un rey muy pesado de brazo. No hay nadie que pueda tensar su arco entre los de su ejército ni entre los jeques de las montañas ni entre los príncipes de Retenu, porque su fuerza es mucho mayor que la de ningún rey anterior. Se enfurece como una pantera cuando corre por el campo de batalla. No hay nadie que luche delante de él. Arquero poderoso en el tiro. Un muro que protege a Egipto. Firme de corazón... en la hora de la lucha, que derriba a los que se rebelan contra él, prevalece contra todos los bárbaros con gentes y caballos, cuando vienen con miriadas de hombres porque no saben que Amón es su aliado, ni que se presentará al instante, fuerte en sus miembros, imagen de Min en el año de terror. No hay nadie que se libre de él, hace una carnicería entre sus enemigos, incluidos los nueve arcos. Todos los países y todas las tierras rebeldes le pagan tributo, porque es el rey... No hay nadie que le ponga fronteras, sino que todos viven por su aliento. Rey de reyes, gobernante de gobernantes, que conquista las fronteras de... El único poderoso».

«Cuando su Majestad volvió con alegría de corazón hacia su padre Amón, mató con sus propias armas a los siete príncipes del distrito de Tishi [Celesiria] que habían sido colocados cabeza abajo en la proa del barco de Su Majestad, cuyo nombre era "Ajeperure" [Amenofis II]-es-el-que-establece-las-dos-tierras». Se colgó a seis de esos hombres vencidos ante los muros de Tebas. Otro de los vencidos fue llevado río arriba hasta Nubia y colgado en el muro de Napata para poner de manifiesto las victorias de Su Majestad, para siempre en todos los países y tierras" de la región de los negros».

El año siete volvió a la guerra que probablemente se nos recuerda en las estelas de Menfis y de Karnak. Seguiremos el texto de la primera porque es más completo:

«Avanzó Su Majestad contra Retenu, en su primera expedición victoriosa, para ensanchar los confines y para aniquilar a los que no le eran devotos. Su rostro era como [el del] Bastet, como [el del] Seth en su momento de furia. Su Majestad llega a Shamash-Edom. La devastó en poco tiempo como un león amenazante cuando va por el desierto. Estaba Su Majestad en su carro llamado "Amón-es-fuerte-el-buen-guía-bello-de-disco". Lista del botín de Su Majestad en aquel día: asiáticos nómadas vivos 35. Toros 22.

»Su Majestad atravesó el Orontes a caballo en veloz carrera como Reshef. Se vuelve atrás para mirar su retaguardia y descubre a algunos asiáticos que venían escondidos, armados con sus armas para atacar el ejército del rey. Entonces los persiguió, como cuando el halcón divino bate sus alas. Fallaron estos y su corazón se abatió, mientras caía uno tras otro sobre su compañero, junto con su jefe. Ninguno estaba con Su Majestad, excepto su poderoso *jepesh*. Los aniquiló con flechas. Cuando volvió de allí su corazón estaba alegre como Montu poderoso, y estaba en fiesta. Lista del botín de Su Majestad en este día: Príncipes 2, *mariani* con sus carros y caballos y todas sus armas de guerra 6.

»Su Majestad, marchando hacia el sur, llegó a Ny. Su príncipe con todo su pueblo, hombres y mujeres, tenían sentimientos amistosos hacia Su Majestad, sus rostros estaban presos de estupor.

»Su Majestad llegó a Ikati [Ugarit]. Rechaza a todos los que se le oponían y los masacró dejándolos como si no hubieran existido. Volvió de allí jubiloso porque todo aquel país era súbdito suyo. Se hizo un alto en el campamento de Su Majestad en las proximidades de Gelj, al este de Sheserem. Ahora se saquearon las aldeas de Mangiatu.

»Su Majestad llegó a Hecharaia. Su príncipe viene en son de amistad a Su Majestad con sus hijos y sus bienes. Fue hecha paz con Su Majestad por parte de Inka. Su Majestad se dirige a Kadesh. Su príncipe viene en amistad a Su Majestad. Se le hizo renovar el juramento de fidelidad y finalmente a todos sus hijos.

»Su Majestad disparó contra los blancos de cobre de labor fina, en su presencia, al sur de esta ciudad. Se hicieron tiradas en Rabiu en el bosque y se capturaron gacelas, potrancas, liebres y asnos salvajes sin número.

»Su Majestad se trasladó a caballo a Kashebu, solo, sin compañía. Volvió al poco tiempo y traía: diez *mariani* colgados a los flancos de su carro, veinte manos en la frente de sus caballos, sesenta toros como tributo delante de sí. Se alió esta ciudad con Su Majestad. Entonces Su Majestad se dirigió hacia el sur por el valle de Sharuna [Hasmeya, al sur de Sidón] y encontró un mensajero del rey de Naharina con un escrito sellado al cuello. Lo llevó como prisionero de guerra al flanco de su carro. Su Majestad volvió del campamento a Egipto en el carro, llevando en él al noble solo con él.

»Su Majestad llegó a Menfis y su corazón estaba alegre como toro poderoso. Lista de este botín:

»550 nobles, 240 de sus mujeres, 640 cananeos, 232 hijos de príncipes, 323 hijas de príncipes, favoritas del príncipe de todas las tierras extranjeras, 270 mujeres con todos sus ornamentos de plata y oro, en total 2214. 840 caballos, 730 carros con todos sus arreos de guerra.

»Admiró la esposa divina, la mujer del rey, la hija del rey, la victoria de su Majestad».

La misma estela registra otra campaña el año nueve durante la cual el rey volvió a Retenu y luchó contra la ciudad de Ipek (norte de Palestina), devastó las aldeas circundantes y dos ciudades al este. Durante un sueño se le apareció el dios Amón para infundirle fuerza y al amanecer salió contra las ciudades de Iturin y Mihdol-Inet, apoderándose de gran botín. Saqueó dos ciudades más y volvió a Menfis. El botín esta vez fue de: 127 grandes de Retenu, 179 hermanos de príncipes, 3600 *apiru*, 15.000 beduinos, 36 sirios, 15.070 *nagashu*, 30.652 (sin nombre), en total 89.600 hombres con todas sus riquezas, 60 carros de plata y oro, 1032 carros de madera pintada.

Es posible que las cifras de prisioneros sean exageradas y abultadas para mayor gloria del faraón, redactadas con el fin de propaganda de la que no se ve libre ninguna inscripción egipcia de este tipo. Entre los contingentes enumerados han merecido especial interés los *apiru*. Durante algún tiempo se creyó que se trataba de los hebreos. Sin embargo la hipótesis está muy lejos de ser confirmada por la investigación y sigue abierta la discusión.

En Nubia no hay novedades dignas de mención. Conocemos al virrey Usersatet.

En política interior no hubo cambios. Al frente de la administración encontramos al visir Amenemope, Kenamun, el jefe del tesoro Min, el jefe de los trabajos Minmesu, el director de los granjeros Menjeperreseneb. El rey construyó mucho en Karnak, Medamud, Tod, Armant y Nubia.

Tutmés IV (1419-1386). Hijo de Amenofis II y de Tiaa. La estela grabada en la esfinge de Giza cuenta un sueño premonitorio que tuvo cuando era príncipe:

«Cuando Su Majestad era aún un joven como Horus, el joven de las lagunas de Jemmi, su belleza era como la de Horus vengador de su padre y parecía el mismo dios. El ejército se alegraba en amarlo, los hijos del rey y todos los nobles. Su fuerza le inundaba y repetía el circuito de su poder como el hijo de Nut.

»Mirad, hacía una cosa que le causaba placer en las montañas del nomo menfita, tanto al norte como al sur, y era tirar flechas de cobre cazando leones y cabras salvajes, correr en su carro, siendo sus caballos más veloces que el viento, junto con uno u otro de su escolta, sin que nadie lo supiera.

»Cuando llegó la hora del descanso para sus seguidores, estaba sobre la terraza de Harmajis, al lado de Sokar de Rosetau, Renetet en Hamut superior, Mut señora del Muro del Norte y señora del Muro del Sur, Sejmet que persigue a Jas, Seth de Hekau, el lugar de la primera vez, cercano a los señores de Jereha, el camino sagrado de los dioses hacia la necrópolis occidental de Heliópolis. La gran estatua de Jepri descansa en este lugar, grande en poder y espléndida de fuerza, sobre la que cae la sombra de Re. Las gentes de Menfis y de todas las ciudades que están en su entorno vienen a ella alzando las manos hacia él en alabanza a su rostro, trayendo grandes oblaciones a su ka.

»Uno de estos días ocurrió que el príncipe Tutmés vino paseando a la hora del mediodía y descansó a la sombra de este gran dios. Una visión de sueño se apoderó de él cuando el sol estaba en el zenit y encontró que la majestad de este dios reverenciado hablaba por su propia boca, como un padre habla a su hijo diciendo: "Mírame, vuelve tus ojos a mí, oh hijo mio Tutmés. Yo soy tu padre Harmajis-Jepri-Re-Atum, que te concederá mi realeza sobre la tierra al frente de los vivos. Tú llevarás alta la corona blanca y la corona roja sobre el trono de Geb, el dios príncipe hereditario. Tuya será la tierra cuan larga y cuan ancha es, y todo lo que ilumina el ojo del señor universal. Tuyos serán los alimentos de las dos tierras, el gran tributo de todos los países, la duración de un gran período de años. Para ti es mi rostro, para ti mi corazón. Mira el estado en que estoy y cómo mi cuerpo está sufriendo, yo que soy el señor de la meseta de Giza. Avanza sobre mí la arena del desierto sobre la que estoy. Vuélvete hacia mi para que hagas lo que está en mi corazón porque sé que tú eres mi hijo, mi protector. Acércate, yo estoy contigo, yo soy tu guía".

»Apenas había acabado estas palabras, el príncipe se despertó porque había oído este discurso. Comprendió las palabras de este dios y guardó silencio en su corazón».

En el texto citado hay mucho evidentemente de cliché literario y de literatura oficial, pero, precisamente por ello, demuestra un desplazamiento de las creencias religiosas de los miembros de la monarquía hacia la religión solar en perjuicio de la de Amón, divinidad que esperaríamos se le apareciese al príncipe Tutmés para prometerle el reino y la corona.

Cuando sucedió a su padre llevó a cabo las empresas tradicionales en los faraones de la dinastía. Sobre sus campañas asiáticas tenemos noticias escasas y de valor desigual: una lista de ofrendas de Karnak, la biografía de Amenofis, un soldado de la guardia del rey, algunos relieves de la tumba de Jamhet y posiblemente una carta de Gezer. Algo mejor informados estamos sobre su política militar en Nubia, gracias a una inscripción de Konosso (junto a Philae). El año octavo se produjo una revuelta y el rey marchó hacia el sur para sofocarla. De los escasos datos que tenemos se infiere que no fue protagonizada por las gentes del valle del Nilo sino por montañeses de las colinas.

En el orden de la política internacional hubo variaciones respecto a sus antepasados. Hemos visto cómo, a partir de Tutmés III, los faraones habían conseguido establecerse en Siria y Palestina de una manera firme, aunque necesitaran continuas expediciones para tener a raya a los enemigos, detrás de los cuales estaba siempre el poder mitanio. Ahora al surgir en Anatolia la potencia hitita con decidido propósito de extenderse hacia el este y sureste, los reyes mitanios, incapaces de vencer a los egipcios, y recelosos de los hititas, se avinieron a razones y entablaron contactos con los soberanos del país del Nilo, cuyos detalles son desconocidos, pero el resultado fue un tratado de Tutmés IV con Artatama de Mitani, con el consiguiente envío de una princesa mitania al harém del egipcio. Construyó en Karnak el pórtico delante del cuarto pilono, erigió el obelisco que

ahora está en Letrán. Cumplió su promesa de limpiar la esfinge de Giza, según acredita la inscripción que citábamos. Abidos, Dendera, Medamud, también se beneficiaron de la munificencia real. Su tumba se encuentra en el Valle de los Reyes.

Amenofis III (1386-1349). El largo reinado de Amenofis III, pacífico y económicamente próspero, es el resultado de las guerras victoriosas de sus antecesores. El saqueo sistemático del Oriente y de Nubia, así como un mejor aprovechamiento de los recursos naturales de estos países, hizo fluir hacia Egipto una cantidad de riqueza como no se había conocido en toda la historia. Los beneficiarios de esta prosperidad fueron los templos y el estado; pero a través de éstos, una gran masa de funcionarios y gentes del común que van creando algo remotamente parecido a una clase media rica, que se manifestará especialmente activa como clientes de escultores y pintores. Probablemente esta «clase» tuvo mucho que ver con los movimientos ideológicos que se produjeron en el reinado siguiente, aunque por lo escaso de nuestra documentación resulta muy aventurado hacer este tipo de hipótesis.

En general fue un reinado pacífico, aunque hubo las consabidas expediciones a Nubia, como nos recuerdan las estelas y las inscripciones. Era virrey Mermose y reclutó un ejército con el que llegó, según parece, hasta el sur de Atbara. La labor de construcción de templos en Nubia adquiere una amplitud inusitada como lo demuestra el de Soleb, uno de los más impresionantes de toda la arquitectura egipcia. Situado al sur de Sadenga y Dosha en la orilla izquierda del Nilo, sus ruinas se levantan en medio del desierto, aun hoy con cierta grandeza de monumento romántico tal como lo vio y lo dibujó la expedición de Lepsius. En los años sesenta fue objeto de una campaña de varios años dirigida por la Giorgini destinada a consolidar y restaurar sus piedras venerables. Es un templo del tipo de Luxor, probablemente proyectado por el mismo arquitecto. Se conserva el segundo pilono, y algunas columnas de la hipóstila. Igual que sus contemporáneos de Tebas tenía una avenida de esfinges a la entrada en forma de leones, que fueron cuidadosamente robadas para instalarlas en los Museos europeos (Británico y Berlín) y hasta por los reyes de la XXV dinastía que los llevaron a Barkal, de donde el gran Lepsius los llevó a Berlín. Desde el punto de vista del historiador, es necesario recalcar cómo en este momento los egipcios eran capaces de construir en una región tan alejada un templo de tan rara perfección. Copiamos a continuación una parte de la inscripción que habla de él:

«Rey del Alto y del Bajo Egipto, Neb-Maat-Re, amado de Amón, hijo de Re: Amenofis [III], gobernante de Tebas. Yo hice otros monumentos para Amón que no tienen parigual. Yo construí para ti tu casa de millones de años en el [...] de Amón-Re, señor de Tebas, [llamado] Jammat, espléndido de electro, un lugar de descanso para mi padre en todas sus fiestas. Está acabado con bella arenisca blanca, recubierto de oro por todas partes; su suelo está adornado con plata, todas sus puertas son de oro. Se erigieron dos grandes obeliscos, uno a cada lado. Cuando mi padre se levanta entre ellos, yo estoy entre sus seguidores. Yo le he ofrecido miles de bueyes, miembros...»

En nuestra opinión la construcción del templo de Soleb marca el momento más decisivo en la egiptianización de Nubia.

En Asia las cosas se mantienen en el mismo estado que habían creado las victorias de las armas egipcias de sus antecesores. Sin embargo la dinámica histórica de aquellos pueblos había llegado a situaciones de hecho completamente distintas, que ya se habían manifestado en el reino de Tutmés IV. Por entonces los mitanios buscan la alianza de Egipto frente a los hititas amenazadores, ahora, por el contrario, los pequeños dinastas de Amurru como Abda-Ashirta se pasan con armas y bagajes a los hititas.

Amenofis III llevó a cabo una propaganda cortesana muy interesante mediante la emisión de escarabeos en los que se inscriben los sucesos más salientes de los primeros años del reinado: su matrimonio con Teye, las cacerías en las que luce sus habilidades cinegéticas, o la boda con Kilugepa, hija del rey de Mitani Sutarna, o el lago artificial para recreo de la reina Teye en Daruhe (Ahmin).

Como patrono de las artes, este rey ganó una fama imperecedera. Las obras por él propiciadas revelan una magnificencia y un buen gusto propios de una cultura que ha alcanzado el punto más alto de la madurez. El ejemplo por excelencia es el templo de Luxor, en el cual construyó las dos terceras partes del total, pero lo más destacable es el patio adornado con noventa y dos columnas papiriformes del tipo de capullo cerrado, y la columnata de siete pares de columnas de capitel abierto que le da acceso desde la sala de Ramsés II. La perfección de las columnas, su desmesurada altura que llega a los dieciséis metros, su decoración, todo es de tal belleza y armonía, que no tiene rival en todo el arte antiguo. Para Ed. Meyer es la expresión de una religiosidad profunda y de un deseo de patentizar una riqueza crecida con el mayor de los dioses mediante unas formas artísticas rayanas en la perfección. El templo funerario estaba en la ribera occidental y de él no quedan más que las famosas estatuas sedentes conocidas con el nombre de «Colosos de Memnón». Desde el punto de vista del historiador de las ideas merece especial atención una estatua del faraón del Museo Metropolitano de Nueva York. En ella el rey aparece representado con un naturalismo sin restricciones, grueso y en un traje de indudable factura oriental, con las manos cogidas según el estilo sumerio, que anuncia descaradamente los principios estéticos de El-Amarna. Como nota curiosa hemos de insistir en que el nombre de Amón ha sido martillado por manos de los fanáticos de Amenofis IV. A pesar de todo, la figura pertenece en todos sus detalles a la estética de El-Amarna, lo que ha inducido a egiptólogos como Hayes a creer que fue esculpida durante la corregencia de Amenofis III con su hijo el rey hereje.

Del reinado de Amenofis III destaca de manera sobresaliente la personalidad de la reina Teye, cuyo retrato del Museo de Berlín es una obra maestra del arte universal. Finalmente tenemos que hacer constar que durante su reinado se produce un fenómeno que tendrá sus últimas consecuencias en el reinado siguiente. Nos referimos al auge que va adquiriendo el culto del disco solar *pa Aten* (el disco), que probablemente empezó a destacarse ya en el reinado de Tutmés IV, en el fondo, una vuelta al culto solar de Heliópolis.

Amenofis IV (1349-1334). El reinado de este rey suele denominarse la época de El-Amarna, porque en este lugar se estableció la capital después de la reforma religiosa que fue dirigida por el monarca. Probablemente es el momento de la historia de Egipto que ha sido más controvertido por los eruditos y ha despertado más interés en los círculos de interesados en las cosas del Oriente antiguo, aunque

no se trate de especialistas. Otro núcleo de opinantes sobre la figura del rey y su obra son los teóricos ideologizantes de la historia universal, los que proyectan sus ideologías hacia el pasado en busca de confirmación de sus opiniones. Y, la verdad, es que hay razones extracientíficas para este interés que podemos llamar de gran público. Ya de por sí la cultura egipcia despierta ahora, como lo hizo en el pasado, una gran curiosidad entre la gente culta. Pero cuando el profano se acerca, aunque sea someramente a su realidad, se encuentra con una gran monotonía de formas y contenidos, que dejan poco campo a la imaginación del curioso. Ahora bien, si surge una figura excepcional capaz de romper los milenios de tradición, entonces la curiosidad vuelve a subir de tono, y este llega a cimas verdaderamente altas si algún estudioso de la Biblia encuentra similitudes entre los escritos de Amenofis y alguna parte de la Escritura judeo-cristiana, como se ha pensado que era el salmo 104.

Es casi seguro que a la muerte del príncipe Tutmés, quedase como heredero su hermano menor Amenofis, hijo de Teye, muchacho de constitución débil, aunque probablemente más normal de lo que se ha pretendido por parte de algunos historiadores. Se cree que fue educado en Menfis, aunque se ignora de qué manera, si bien hay indicios de que fue un joven dotado para las bellas artes, y en su educación y formación debieron influir los hombres eminentes de su tiempo, como es el caso de Amenofis, hijo de Hapu. C. Alfred ha insistido en la influencia que debieron ejercer sobre la mentalidad juvenil del príncipe los sacerdotes de Heliópolis, donde se rendía culto a los dioses solares Atum, Re, Jepri, Harajti, y de una manera que tendía hacia un monoteísmo templado, lo cual, por otra parte, era una idea común en toda el Asia Anterior civilizada. Ya hemos visto la importancia de los cultos solares en el reinado de Tutmés IV. Cuando alcanzó la edad suficiente, fue nombrado corregente con su padre, y por ello tuvo su corte propia; se le casa con Nefertiti, hija de Ay. En la nomenclatura que adopta no hay grandes novedades, conserva el nombre de Amenofis (Amon-hotep), pero en el prae-nomen se llama «Nefer-jeperu-Re, Wa-en-Re». (Bello-de-formas-como-Re, El-único-de-Re) lo cual nos hace pensar en una tendencia clara hacia el reformismo religioso. Uno de los primeros actos de su gobierno, fue la de abrir la cantera de Gebel Silsila para extraer bloques de piedra destinados a un templo para Atón en Karnak denominado «Atón se encuentra en la casa de Atón». El templo no se conserva, pero debió de ser de gran magnificencia, edificado probablemente en un lugar al este de Karnak donde existía un pequeño altar dedicado al dios. Aunque el templo es de los primeros momentos del cisma, aun hay fragmentos con los nombres de Horus y Seth y las inscripciones con el nombre de Atón aun no llevan el cartucho faraónico. Pero cuando aun estaba dicho templo en construcción, cuando encontramos ya el paso definitivo hacia una nueva religión. El símbolo solar de Atón se inscribe en un cartucho real y recibe una titulatura como la del faraón reinante que celebra su jubileo.

El monumento que expresa el tránsito de la religión de Amón a la de Atón es sin duda la tumba de Ramose, visir bajo varios reinados y hombre de confianza de Amenofis IV. Es un monumento interesante en muchos aspectos y no es el menor de ellos el hecho de que aparezca en sus relieves y pinturas el faraón como Amenofis y como Ajenatón, es decir con el nuevo nombre que adoptó cuando la nueva religión estaba en marcha. Hay un texto, desgraciadamente muy deteriorado, en el que el rey parece aludir a algo parecido a una revelación en el sentido

judeo-cristiano o musulmán de la palabra: «Fue conocido en mi corazón, abierto a mi cara, yo entendí...». Pese a lo fragmentario del texto, y teniendo en cuenta otros, que veremos más adelante, e incluso el propio título de su nombre oficial cuando subió a la corregencia de *Wanre*, aluden a su carácter de único conocedor de la esencia y la voluntad de los dioses sean Re o Atón. Una de las primeras manifestaciones de la nueva fe en Atón es el arte, desde ya los primeros momentos del reinado. Las estatuas del rey aparecen deformadas en busca de un superrealismo rayano en la caricatura. Los nuevos ideales estéticos se extienden al relieve y a la pintura con gran rapidez durante los primeros años de la reforma, abandonándose poco a poco. Las formas conseguidas por estos artistas son sin duda alguna las novedades estéticas más importantes producidas en toda la historia del arte egipcio, y sus consecuencias duraron mucho tiempo, sobre todo en la pintura y el relieve. Como todo arte nuevo, responde necesariamente a una concepción del mundo que se expresa así, porque se funda en supuestos diferentes. Y, en consecuencia, puede llevarnos a conocer con mayor exactitud el espíritu que anima al rey reformador. Hay que decir, de entrada, que los temas siguen siendo los mismos, aunque tratados de manera diferente en cuanto a la linealidad y falta de perspectiva, pero siempre en un sentido claramente primitivo de arte egipcio tradicional. Sin entrar en la esencia conceptual de esta estética, hemos de constatar que el arte de la reforma atoniana es un esfuerzo por acercarse a la naturaleza con una aproximación que no había conocido hasta entonces. Pero sobre esto volveremos más adelante cuando estudiemos las obras de arte de la capital de El-Amarna. En una estela, fechada con dudas en el año 4 de su reinado, Amenofis IV nos encontramos con que el rey ha decidido construir una nueva capital para el estado. El lugar elegido fue Tell El-Amarna, situado en el Egipto Medio a unos 260 km al norte de Tebas en una llanura de la orilla derecha del río Nilo de 12 km por cuatro y medio. La nueva capital había de llamarse Ajet-Atón (Horizonte de Atón). Fue delimitada a el año 4 del reinado, según reza una estela:

«En este día la realeza estaba en Ajet-Atón. Su Majestad subió a un gran carro de electro, como Atón cuando se levanta de su horizonte y llena la tierra con su amor... Atón; y emprendió un buen camino a Ajet-Atón, su lugar del comienzo, que había hecho para sí mismo con el fin de que pudiera descansar dentro de él diariamente, para su hijo "el único en Re" había hecho para él este monumento fundando para él Ajet-Atón según su padre había mandado hacerlo. El cielo estaba alegre, la tierra gozosa, todos los corazones en alegría, cuando lo vieron. Y Su Majestad ofreció una oblación al padre Hor-Atón de pan, cerveza, toros..., en el día de la demarcación de Ajet-Atón para el divino Atón que aceptó, favoreció y amó al soberano [V.P.S.], señor de las dos tierras, Nefer-jeperure Waenre».

Después de muchas frases de rigor religioso y político, el rey delimita la extensión de la ciudad y los edificios que intenta construir. El texto es importante porque es uno de los pocos que poseemos de planificación de una capital de estado egipcia:

«Yo haré Ajet-Atón para el Atón de mi padre en este lugar. Yo no haré para él Ajet-Atón al sur de ella, al norte de ella, al oeste de ella, o al este de ella. Yo no pasaré de la tablilla de Ajet-Atón hacia el sur, ni pasaré de la tablilla de Ajet-Atón hacia el norte para hacer allí Ajet-Atón para él; ni construiré para él en el lado

occidental de Jaet-Atón. Aun más, yo construiré Ajet-Atón, el lugar que fue el mismo que rodeó con una roca e hizo un *heryt* en medio de él, para que yo pueda ofrecerlo: es éste. Y no me dirá la reina: "mira, hay un buen lugar para Ajet-Atón en otro lugar" y yo la oiría. Ni vendrá ningún noble... de todos los hombres que están en todo el país a decirme: "mira, hay un buen lugar para Ajet-Atón en otro sitio" y yo los oiría, sea aguas abajo o al sur o al oeste o al este. Yo no diré: "Yo abandonaré Ajet-Atón, yo marcharé presuroso y haré Ajet-Atón en este otro lugar adecuado... para siempre". Al contrario, yo he encontrado este Ajet-Atón para Atón, que él mismo había deseado, y con la que está encantado para siempre eternamente.

»Yo haré una casa de Atón para Atón mi padre en Ajet-Atón en este lugar;

»Yo haré ... Atón mi padre en Ajet-Atón en este lugar;

»Yo haré la Sombra de Re de la gran esposa del rey Nefertiti para el Atón mi padre en Ajet-Atón en este lugar;

»Yo haré una casa de placer de Atón mi padre en la isla de "Atón distinguido en jubileos" en Ajet-Atón en este lugar;

...

»Yo haré todas las obras necesarias para Atón mi padre en Ajet-Atón en este lugar;

...

»Yo haré para mí el palacio del faraón [V.P.S.]; haré el palacio de la reina en Ajet-Atón en este lugar.

Se hará para mí un sepulcro en la montaña oriental; mi tumba será hecha en la multitud de jubileos que Atón mi padre ha ordenado para mí».

Una estela del año 6 ya lleva el nombre del rey cambiado en Ajenatón. Por entonces ya estaba bastante adelantada la construcción y probablemente contaba con numerosos habitantes, y en ella se alojaba ya el elemento oficial. De momento no se persigue al viejo culto de Amón, probablemente porque aún vivía Amenofis III en el palacio de Tebas. La ciudad se construyó de prisa utilizando como materiales el adobe y sólo los templos y palacios tuvieron un revestimiento de piedra o fueron hechos por completo en ella. Las tumbas destinadas a contener los restos de los funcionarios y de los propios reyes quedaron en su mayoría sin acabar. Los templos se concibieron según el modelo heliopolitano, es decir de templo abierto frente al modelo tradicional. Hay un tema que siempre ha quedado entre sombras, a causa de nuestra escasa documentación, y es el papel que desempeñó el viejo rey Amenofis III sobre este asunto de la herejía de su hijo y corregente. Las hipótesis más autorizadas nos indican que el rey padre vivió y por lo tanto reinó hasta el año 12 de su hijo y el 39 propio. C. Alfred ha rechazado la idea que predominó durante mucho tiempo en la opinión de los egiptólogos, según la cual mientras Ajenatón residía en Ajet-Atón, Amenofis III lo hacía en Tebas. Es muy posible que este último habitara con frecuencia en la capital de su hijo, aunque ninguno de los dos tuviera una capital fija de residencia, antes por el contrario tenían palacios en distintas ciudades. También se ha pensado que la furia persecutoria a de los fieles de Atón contra los viejos cultos tuvo lugar después de la muerte del viejo Amenofis II, lo cual es probable, aunque en modo alguno seguro. De todos modos, fanáticos de la nueva fe recorrieron los monumentos egipcios para eliminar todo resto del odiado Amón con auténtico celo de conversos. Algunos monumentos venerables como la estela de Kamose fueron víctima de la *damnatio memoriae* de Amón, e incluso monumentos lejanos fueron visitados por los enviados de la nueva fe.

Para hacernos una idea de la religión de El-Amarna es obligado citar *in exteso* el llamado himno de Atón, que después de casi cien años de investigación, sigue siendo el documento fundamental de la nueva fe, a pesar de sus lugares comunes. En él, aparte su texto, debemos destacar una serie de particularidades que tienen una fundamental importancia histórica. El texto más completo es el de la tumba de Ay, suegro y sucesor de Amenofis IV, por lo que se le considera de especialísima autoridad. Pero lo más importante, en opinión del que esto escribe, es que está redactado en lengua que se denomina el egipcio vulgar, es decir la lengua hablada, que ahora se emplea en lugar de la lengua culta o sea el egipcio clásico, la lengua cultivada por los escribas y que era, en última instancia, la lengua que en su día había sustituido al antiguo egipcio, en los albores del Período Intermedio Primero. Atribuimos al empleo de la lengua hablada en la literatura oficial el más alto interés porque supone una clara intención de hacer llegar el mensaje a una más amplia gama de gentes, aunque no necesariamente de clases modestas, por la sencilla razón de que la lengua vulgar es patrimonio de todas las clases sociales en un momento determinado. Creemos que en la intención de Amenofis IV estaba la idea de que su concepción de llegar al hombre fuera cual fuera su condición. No sabemos a ciencia cierta si Amenofis, como se ha escrito tantas veces, se preocupaba por la búsqueda de la verdad o porque su mensaje represente una nueva concepción del mundo en un sentido filosófico trascendente.

Pero si unimos esto a lo que podemos entresacar de sus ideales estéticos, tal como aparecen en los relieves y pinturas, en las cuales vemos al faraón acompañado de la reina y con las princesas en escenas tan fuera de lo corriente como el acto de comerse un pollo, descubrimos una verdadera intención de acercarse al común de los mortales o de hacer de la vida viva un declarado ideal político-religioso.

Tú te levantas bello en el horizonte del cielo
Atón viviente que ha creado la vida.
Cuando amaneces en el horizonte oriental,
Llenas a todos los países con tu belleza.
Tú eres bello, grande, esplendente, elevado sobre todos los países.
Tus rayos abrazan a todas las tierras hasta el límite de todo lo que has hecho.
Siendo Re, tú alcanzas sus límites,
Los sometes para tu amado hijo;
Aunque estás lejos, tus rayos están en la tierra.
Aunque estás delante de los hombres no se conocen tus designios.
Cuando te pones en el horizonte occidental,
La tierra está oscura como si estuviera muerta;
[Los hombres] duermen con sus cuartos, con la cabeza cubierta,
Un ojo no ve al otro.
Si se les robaran los bienes,
Que están bajo sus cabezas,
No se darían cuenta.
Todos los leones salen de su madriguera,
Todas las serpientes muerden;
La oscuridad es para ellos claridad.

La tierra está en silencio,
Mientras su creador descansa en su horizonte.
La tierra resplandece cuando amaneces en el horizonte,
Y brillas como Atón del día;
Cuando disipas las tinieblas y lanzas tus rayos,
Las dos tierras están de fiesta.
Despiertas, están en pie,
Tú las has levantado;
Los cuerpos se lavan, se visten,
Los brazos se alzan en adoración a tu aparecer.
La tierra entera se pone a trabajar.
Todos los animales retozan en sus pastos;
Verdean los árboles y los matojos,
Los pájaros vuelan desde sus nidos,
Y sus alas saludan a tu *ka*.
Todos los rebaños trotan sobre sus pies,
Todos los que vuelan y los que se posan
Viven cuando tú te levantas para ellos.
Los barcos navegan río arriba y río abajo,
Los caminos están abiertos cuando tú te levantas;
Los peces en el río saltan delante de tí,
Tus rayos penetran hasta el fondo del mar.
Tú produces el germen en las mujeres,
Que creas la gente del esperma;
Que alimentas al hijo en el seno de la madre,
Que lo calmas para que no llore.
Tú eres ama en el seno,
Dador de vida,
Tú alimentas todo lo que él crea
Cuando desciende del seno a la tierra el día de su nacimiento,
Tú abres su boca para que hable, y subvienes a sus necesidades.
Cuando el polluelo en el huevo habla contra la cáscara,
Tú le das aliento para que se sustente;
Cuando tú los has hecho completos dentro del huevo,
Para que pueda romperlo,
Él sale del huevo para anunciar su perfección,
Caminando sobre sus pies, sale de él.
Cuán numerosos son tus hechos,
Aunque ocultos a la vista de los hombres,
Oh dios único que no tiene igual.
Creaste la tierra según tu deseo,
Cuando sólo existías tú,
Todos los pueblos, los rebaños y las manadas;
Todo lo que está sobre la tierra y camina sobre sus pies,
Y todo lo que está en los cielos y vuela con sus alas,
Los países de Khor y de Kush,
El país de Egipto.
Tú has colocado a cada hombre en su sitio,
Proveyéndolo de lo que necesita.

Cada uno tiene su sustento,
Y contada la duración de su vida.
Sus lenguas se diferencian en sus hablas,
Y distintos son sus caracteres y su piel,
Porque tú has distinguido a los pueblos.
Tú creaste el Nilo en el más allá,
Tú lo traes cuando quieres,
Para eliminar a la gente,
Porque lo hiciste para ti.
Señor de todos los que te fatigas para ellos,
Señor de todos los países,
Que brillas para ellos,
Atón del día, grande de dignidad.
Todas las tierras distantes, las haces vivir,
Porque has puesto un Nilo en el cielo
Que desciende para ellos y hace ondas en los montes como el mar,
Para bañar sus campos y sus ciudades.
Cuán excelentes son tus designios, o señor de la eternidad.
Un Nilo desde el cielo para los pueblos extranjeros,
Y para los animales de todo el desierto que caminan sobre sus pies:
Mientras que el verdadero Nilo viene del más allá para Egipto.
Tus rayos alimentan todos los campos,
Cuando brillas ellos viven, crecen para ti;
Tú haces las estaciones para que crezca todo lo que has creado,
El invierno para enfriarlos, el calor para que gusten de tí.
Tú hiciste el lejano horizonte para brillar en él,
Para ver todo lo que has creado;
Tú solo, brillando en tu forma de Atón vivo,
Que te levantas y brillas, distante y cercano.
Tú haces millones de formas de ti solo,
Ciudades, aldeas, campos, el curso del río;
Todos los ojos te observan sobre ellos,
Porque tú eres el Atón del día en lo alto.

Tú estás en mi corazón,
No hay otro que te conozca,
Sólo tu hijo, Neferjeperure, único-Re,
A quien tú has enseñado tus caminos y tu poder.
La tierra existe por tu mano como la has creado,
Cuando amaneces viven,
Cuando te pones mueren;
Eres la duración de la vida, porque se vive de ti.
Todos los ojos están en tu belleza hasta que te pones,
Todo trabajo cesa cuando descansas en el oeste;
Cuando te levantas todo prospera para el rey,
Toda pierna está en movimiento desde que fundaste la tierra,
Te levantas para tu hijo que salió de tu cuerpo,
El rey que vive por Maat, el señor de las dos tierras,
Neferjeperure, Único-de-Re.

2. EL AMBIENTE INTERNACIONAL

Ajenatón se ocupó poco de asuntos internacionales. La correspondencia en lengua akkadia encontrada en la nueva capital de Tell el-Amarna documenta las relaciones de Egipto con los soberanos de la época durante los reinados de Amenofis III, Amenofis IV y Tutanjamón. Los documentos relativos a Ajenatón demuestran que Siria-Palestina mantuvo una independencia relativa, estando regida por una realeza muy numerosa, cuyos miembros tendían a feudalizar a otros reyezuelos, y de vez en cuando se aliaban entre sí en coaliciones ocasionales. Ibbadi de Biblos pide ayuda a Egipto contra Abdiashirta, rey de Amor. Los hititas se recobran de su decadencia cuando sube al trono Suppiluliuma; logran reducir a vasallaje a Mitani, y el rey escribe a Ajenatón pidiendo que cumpla las promesas de su padre enviándole estatuas de oro y plata. Una prueba de que Egipto no había perdido toda su influencia en Siria es la orden dada a Aziru, hijo de Abdiashirta de venir a Egipto a justificar su conducta más que dudosa. Se sabe muy poco de una posible demostración militar de Ajenatón en Asia.

Los últimos años de reinado debieron ser para el faraón de desengañado fracaso ante el fiasco de la reforma, incluso es muy posible que en algunos aspectos se produjese una vuelta a la realidad anterior. Desconocemos la suerte de Nefertiti, que tanto sonaba a comienzos del reinado. El año 12 se nombró corregente a Smenj -ka-Re, hijo de Amenofis III y de Sitamún. El rey murió el año 17 probablemente. Tampoco es seguro de que le sucediese siquiera fuera durante algunos meses.

Tutanjamón (1334-1325). Era hermano de Ajenatón, y vivió de niño la reforma amárnica. Ya como faraón, permaneció en El-Amarna dos o tres años, y enseguida cambió el nombre de Tutanjatón por el de Tutanjamón, y se dirigió con su corte a Menfis, capital militar del reino. Allí promulgó su famoso decreto de restauración, política en la que muchos egiptólogos han querido ver la mano de Ay y de Horemheb. El texto es de gran interés. Comienza con la ficción tan egipcia de que todo empieza de nuevo cuando accede al trono un nuevo faraón, lo que en este caso no deja de ser cierto en gran medida: «Cuando Su Majestad apareció como rey, los templos desde un extremo al otro del país habían caído en ruinas... El país estaba en confusión porque los dioses habían olvidado a este país. Si era enviado a Asia [un ejército] para extender las fronteras de Egipto, no tenía éxito». La obra de restauración se centra naturalmente en Tebas (columnata del templo de Luxor y una capilla dentro del templo de Karnak), pero también llega a Nubia, región a la que había llegado la reforma amárnica (Sesebi y Gematón). Por aquellos años era virrey Huy, el cual en su tumba de Tebas se hizo representar con bellas escenas de gran interés etnográfico. Este virrey se ocupó de obras en Qaba y en Faras. En este último lugar el templo se llamó *Sehetep neterw*, es decir, «el que tranquiliza a los dioses», clara alusión a la política de desagravio del rey.

El descubrimiento de su tumba, con un ajuar espléndido, marcó un hito en la historia de la arqueología faraónica.

Cuando murió no quedaron sucesores. La reina escribió a Suppiluliuma pidiéndole la mano de uno de sus hijos, petición que por lo insólita, despertó la desconfianza del astuto hitita. Después de muchas vacilaciones accedió y envió al príncipe Zamanyash, y buena prueba de que las dudas no eran infundadas,

es que fue asesinado en el camino. Con la muerte de Tutanjamón se extinguía la gloriosa dinastía de los Tutmésidas.

Ocupó el trono «el padre divino» *Ay* (1324-1321), de cuyo breve reinado sólo sabemos que construyó su templo funerario en Medinet Habu y su tumba en el Valle de los Reyes, en la que no se enterró.

El sucesor fue el generalísimo del ejército *Horemheb* (1321-1293). Hombre fuerte durante los reinados anteriores, fue el verdadero restaurador de Egipto. Su inscripción del Museo de Turín dice que «renovó los templos de los dioses desde las marismas del Delta hasta To-Seti. Modeló las imágenes, mejores que sus originales y sobrepasando en belleza lo que se había hecho hasta entonces. Y Re se alegró cuando las vio, habiéndolas encontrado en ruinas».

En cuanto a su famoso «decreto» escrito en una estela frente al pilono diez de Karnak, hemos de decir que se trata de un documento de propaganda destinado a reunir en torno al nuevo rey a todos los súbditos, para lo cual promete regular el servicio de las embarcaciones en las prestaciones al servicio real; prohibir las requisas arbitrarias de tierras estableciendo una indemnización para el caso; prohíbe el robo del ganado del faraón por los soldados; organiza los embarcaderos; defiende las tierras de particulares contra los servicios de intendencia del faraón; impone castigos a los jueces venales, etc. Horemheb fue un faraón moderadamente constructor. Empezó en Karnak una sala hipóstila y el segundo pilono, pero no los terminó. En el templo del sur construyó los pilonos nueve y diez y los colosos del rey y de la reina. En Silsila, un speos.

Palestina se mantuvo fiel. En Fenicia y Siria los hititas ocuparon Anqa, entre el Líbano y el Antilíbano y los egipcios en respuesta se apoderaron de Kadesh. Después del incidente de Zamaniyash volvió la guerra, pero la peste introducida entre los hititas por los prisioneros egipcios produjo una gran mortandad entre cuyas víctimas se contó el propio Suppiluliuma.

3. DINASTÍA XIX

La ascensión de esta familia se produce en los años finales de la dinastía XVIII. Eran originarios de la región de Avaris al nordeste del Delta. Comienzan a destacarse con Seti, que llegó a ser comandante del ejército bajo Tutanjamón. Su hijo Ramsés, destacado militar bajo Horemheb, fue designado por éste sucesor y reinó como *Ramsés I* durante poco más de un año, y de él nos queda una dedicación en Buhen favoreciendo el templo de la fortaleza. Algunas menciones de su nombre en Karnak, Abidos, Menfis y Heliópolis, así como en Serabit el-Khadim.

Seti I (1291-1279) tomó como modelos de su acción política a los dos grandes reyes de la dinastía XVIII Tutmés III y Amenofis III y fiel a este ideal trató de restablecer el predominio egipcio en Asia. Las expediciones se grabaron en la sala hipóstila de Karnak, pero plantean serios problemas de cronología. Una estela de Beth-shan recordando esta campaña primera dice: «Año 1, mes 3 del verano, día 10. Este día se dijo a Su Majestad que el vil enemigo, viniendo de la ciudad de Hamath había reunido a muchos hombres y se había apoderado de la ciudad de Beth-Shan, aliado con los de Pahil y había impedido al príncipe de Rehob que

saliera. Y Su Majestad envió el primer cuerpo de ejército «Amón poderoso de arcos» contra la ciudad de Hamath, el primer cuerpo de ejército de «Re abundante en valor» hacia la ciudad de Beth-Shan y el primer cuerpo de ejército de «Seth victorioso de arcos» hacia la ciudad de Yenoam. Y sucedió que en el término de un día cayeron ante el poder de Su Majestad el rey del alto y el bajo Egipto, etc. Seti». Pacificado Canaán, volvió triunfante a Egipto. En años sucesivos se repitieron las expediciones, aunque resulta difícil saber lo que hizo en cada una de ellas. En otra estela de Beth-Shan dice que los *hapiru* del monte Yarmutu y que la tribu de los *tayaru* se sublevaron y que el rey mandó un destacamento hacia Djahi, liquidándose el asunto en dos días. En algún momento llegó a la provincia de Upi en el sur de Siria, afirmó su poder en la costa fenicia y reconocieron su hegemonía Tiro, Sidón, Biblos, Simara. Se pudo explotar la madera de cedro para las construcciones en Egipto. Su avance hacia el norte le llevó al choque con los hititas, de resultado mediocre, llegándose al tratado de paz con Muwatallish.

Por la parte de Libia hubo problemas fronterizos, que fueron resueltos sin mayores dificultades. El año 8 se sofocó una revuelta en Nubia.

En política interior señalaremos la construcción de una parte de la sala hipóstila. Edificó su templo funerario en el-Qurna y su tumba en el Valle de los Reyes. No obstante, el gran proyecto de su vida fue el gran templo de Osiris en Abidos, obra que había de terminar su hijo Ramsés II, y en sus paredes se gravó la lista de reyes egipcios desde Menes hasta el momento, clara demostración del interés por el pasado egipcio. El llamado *Osireion* no es más que un cenotafio para el rey.

Ramsés II (1279-1212). Corregente de su padre varios años, accedió al trono a una edad que frisaba los veinticinco años. Su política fue tal que le acredita como un gran monarca, el último de los grandes faraones egipcios, capaz de poner al país en una situación de enfrentarse con sus enemigos exteriores y realizar numerosas obras en el interior, por las que puede compararse con los grandes constructores de Egipto. Su largo reinado dejó una huella perdurable en la historia.

Comienza su reinado con los funerales de su padre, que la tradición hace coincidir con la fiesta Opet. Navegó a Tebas, donde nombró una serie de cargos importantes y emprendió el regreso al norte pasando por Abidos y fijó su residencia en Pi-Ramsés, posiblemente Tanis o el-Qantir (Delta oriental).

Muy pronto empezaron los problemas en Asia. El tratado suscrito por su padre no surtió demasiado efecto, y Ramsés estaba dispuesto a demostrar su fuerza en Asia. El año 4 hace una demostración, de la que habla la estela de Nahr el-Kelb, cerca de Beirut, pero el mal estado de su texto no nos permite saber el itinerario que siguió. Se cree, por lo que sabemos más tarde, que alcanzó la región costera del sur de Palestina y llegó a Tiro y Biblos, desde donde se dirigió a Amurru donde reinaba Benteshima, que no tuvo más remedio que someterse al rey de Egipto.

Animado por este éxito inicial, el año 5 Ramsés emprende una gran ofensiva para lo cual preparó un ejército de unos 20.000 hombres dividido en cuatro cuerpos. Partió de Taru y se dirigió a Palestina y la costa fenicia. Destacó un contingente hacia Sumura y el resto del ejército mandado personalmente por el rey, se dirigió a Kadesh como objetivo prioritario. Avanzó hacia el norte seguido por el primer cuerpo de ejército de Amón. Detrás venían los otros tres cuerpos de Re, de Ptah y de Seth por este orden. Cuando atravesaban el bosque situado en la ribera sur del Orontes antes de llegar a Shabtuna se presentaron dos hombres de la tribu de los shasu diciendo que venían a tratar de la alianza de sus jefes deseosos de pasarse al bando egipcio. Preguntados por la situación del enemigo, contestaron que se hallaba lejos en tierra de Alepo. Fiados de estos falsos informes, y creyendo al enemigo muy lejos continuaron la marcha hacia Kadesh después de cruzar el Orontes. Estableció su campamento al oeste de Kadesh, a unos dos kilómetros de distancia. Ante la noticia que alteraba completamente la situación, se dan las órdenes para acelerar el avance de los otros cuerpos, de los que el de Re avanza al suroeste de la ciudad y los otros dos estaban aún tratando de cruzar el Orontes. El rey hitita avanzó entretanto y atacó a la división de Re logrando que sus carros causasen gran confusión en el dispositivo egipcio. Los relatos que tenemos de la batalla redactados por orden del faraón pertenecen al género literario de la «novela real» y no nos permiten hacernos una idea clara del desarrollo táctico de las operaciones.

Evidentemente el ataque hitita logró desconcertar a la tropa egipcia e incluso al estado mayor, y cuando la confusión era mayor se presentó en el campo de batalla el destacamento que había sido enviado hacia el oeste y salvó la situación. Se combatió todo el día, pero no sabemos si lo hicieron todos los efectivos egipcios e hititas o sólo el contingente atancante hitita y los cuerpos egipcios de Amón y de Re. Parece que al final del combate apareció la tropa del visir que mandaba el cuerpo de Ptah. De todos modos, Ramsés II logró rechazar el ataque hitita, pero sin aniquilar sus efectivos ni mucho menos. Una vez reunido todo el ejército egipcio, al día siguiente por la mañana se lanzó un nuevo ataque por parte de Ramsés II, que se estrelló contra la resistencia de la infantería hitita. Esto parece haber sido el final de la batalla. La confederación hitita estuvo formada por Naharina, Arvad, Karkemish, Kode, Kadesh, Nuges, Ugarit, Alepo, Meshenata, todos ellos sirios antiegipcios, y por Khetta, Pedes, Derden, Mesa, Kelekesh, Kezweden y Luka, todos ellos hititas y aliados de Asia Menor. Su número se ha calculado sin base alguna en unos 20.000 lo mismo que los egipcios. Incapaces de destruirse mutuamente, se llegó a una especie de armisticio, y el faraón emprendió el camino de vuelta hacia Egipto dispuesto a inmortalizar su medio fracaso por todos los medios a su alcance. Los que han llegado hasta nosotros son la poesía laudatoria y el relieve que representó los hechos de armas del faraón victorioso en Abidos, Rameseum, Luxor, Karnak, Derr y Abu Simbel.

Una vez retirados los egipcios, Muwattalish quedaba como auténtico vencedor; conservaba todo Amurru y Kadesh y enseguida avanzó hacia el sur y el este ocupando Kumidi capital del territorio de Upi zona interior de Siria]. El año 7 una nueva campaña se desarrolla en Palestina contra los nómadas shasu que amenazaban el distrito de Canaan bajo el protectorado egipcio, y consiguiendo asimismo la reconquista de Upi. El año 8 llega hasta Amurru y el 10 lo vemos combatiendo en el distrito de Tunip. Aun hace más demostraciones, cada vez menos intensas, para afirmar una presencia egipcia en Siria, que no tenía más vigencia que los meses de campaña, porque tan pronto como las tropas egipcias se retiraban, se desmoronaba todo lo conseguido. Había sido un esfuerzo completamente gratuito que sólo servía para alimentar la vanidad del faraón y tal vez para que los «militares» lograran promociones en sus carreras administrativas.

Finalmente el año 21 se firmó el tratado de paz entre Egipto y el reino hitita. El documento fue redactado en dos versiones, una en cuneiforme y de ella se tradujo al egipcio, tal como aparece en los muros de Karnak y del Rameseum. Prescindiendo de todas las fórmulas protocolarias, muy interesantes para el estudio jurídico del documento, en esencia se reduce a una historia de las relaciones internacionales entre los dos países, las paces, los tratados y la guerra. Se hace una declaración solemne de paz entre los dos países duradera para todas las generaciones venideras, abandonando toda idea de conquista y estableciendo una frontera entre las dos zonas de influencia en Siria, que no conocemos exactamente, pero que probablemente coincidía con la frontera existente antes de las hostilidades del año 5. Se establece un pacto de ayuda contra terceros que ataquen a cada una de las partes contratantes, que en principio podría ir dirigida contra Asiria, que había empezado a asomar sus intenciones de expansión hacia el oeste. Se garantiza que los tránsfugas serán devueltos sin castigo al país que los reclame. Se ponen como testigos y garantes del acuerdo a los dioses de Hatti y de Egipto.

A pesar de las estipulaciones, el príncipe hitita refugiado político en Egipto desde hacía años continuó sin dificultades, probablemente porque su persona no ofrecía ya interés. Una princesa hitita viene al harém de Ramsés; visitó Egipto un príncipe hitita, y es dudoso que el propio Hattusilish visitara el país del Nilo, pero envió a otra princesa al harém real.

Por el oeste los libios eran cada día más activos. Los *temehu*, los *tehenu*, ahora los *libu* y los *mashawash* presionan continuamente sobre la frontera occidental del Delta. Hubo campañas en tiempos de Seti, y Ramsés participó en ellas siendo aún príncipe. Cuando reinó continuaron las acciones por esta parte, y en los textos se alude a prisioneros libios que trabajan en los templos de Nubia, como Wadi es-Sebua. Se fortifica la frontera del mar expuesta a las incursiones de los piratas. La política nubia del rey merece una consideración especial, no por su interés militar, aunque las inscripciones mencionen victorias en el lejano sur. Por aquella época el país estaba profundamente egipcianizado. En este aspecto Ramsés contribuyó mucho a este proceso civilizador. Se hicieron trabajos en el Wadi el-Alaqi destinados a alumbrar pozos, necesarios para las caravanas que se internaban en el desierto oriental. Asombra la cantidad de bellos monumentos construidos en Nubia durante este reinado: Beit el-Wali, Gerf Hussein, Wadi es-Sebua, Derr y Amada. Pero sobre todos destaca el magnífico templo de Abu Simbel, una de las maravillas del arte egipcio de todos los tiempos. No menos significativo es el templo pequeño de Abu Simbel dedicado a la reina Nefertari. Hay que advertir que actualmente todos estos templos han sido desplazados de su lugar original y ya no significan lo mismo que cuando estaban en su emplazamiento primigenio. De todos modos no es fácil explicar el motivo por el que Ramsés hizo este esfuerzo de construir un hipogeo de casi cien metros de profundidad en la roca a la orilla izquierda del Nilo en un lugar que, a juzgar por la arqueología de la zona, nunca estuvo muy poblado. Probablemente existieron motivos que desconocemos. La construcción de Abu Simbel fue larga y laboriosa, porque fue interrumpida hasta por un terremoto, pero todo fue vencido por la voluntad real ejecutada por sus virreyes de Nubia.

Por lo que hace a la política interior la capital se estableció en Pi-Ramsés, cantada por los poetas áulicos y donde seguramente trabajaron los hebreos en la

tarea tan egipcia de fabricar adobes. La corte fue refinada en grado sumo, como correspondía a un momento en el que la sensibilidad había alcanzado cotas muy altas, según lo acredita la poesía lírica y la nueva vivencia de la religión con el triunfo de la piedad personal.

No es propio de este lugar enumerar por extenso todas las construcciones de este reinado que demuestran la prosperidad económica o el poder que detentaba el estado. El templo de Abidos, la gran hipóstila de Karnak, el pilono y el patio de Luxor y el gran templo funerario del Rameseum. Tanis, Menfis, Heracleópolis gozaron de la munificencia real. Y el lejano Sinaí lo mismo que Amara en el Sudán se ven favorecidos por la misma política de edificar templos para los dioses. Típico de este momento es el empeño en erigir grandes colosos de dimensiones desmesuradas, de usurpar monumentos de otros faraones, de parecer mucho más grandes de lo que en realidad es, creemos que corresponden a un carácter determinado, insólito incluso en el ambiente de grandeza que es siempre Egipto en todas sus manifestaciones. El retrato del rey que se conserva en el Museo de Turín nos lo muestra de una manera peculiar: reconcentrado en la mirada, cauteloso e inteligente, con una sonrisa entre escéptica y desengañada, si no genial, sin duda un hombre dotado de buenas cualidades.

Merenptah (1212-1202). Subió al trono a edad avanzada (seguramente más de setenta años) y reinó poco tiempo. La situación internacional en el norte no era preocupante. Se mantenían las buenas relaciones con los hititas, que habían entrado en una fase de catástrofes, entre ellas las malas cosechas, que produjeron hambres remediadas por el envío de trigo egipcio. Entre los años dos y cinco se hizo una demostración militar en Palestina y sur de Siria. En la llamada estela de Israel se habla por primera vez de este pueblo. «Hetta está pacificada, saqueado Canaán, asolada Ascalón, conquistada Gezer, ya no existe Yenoam, desolado Israel, su semilla desaparecida». El diario de un funerario egipcio en la frontera de Palestina informa sobre la trashumancia de ganado en la región.

Los libios plantearon problemas más graves. Las tribus que hemos mencionado en el capítulo anterior se vieron acrecentadas por contingentes de shardan, shekelesh, ekwesh, luka; teresh, de origen egeo. El año cinco se coaligaron bajo el mando de Maroy en connivencia con otras tribus que avanzaron hacia los oasis del sur como Farafra. El grueso invadió el Delta occidental y su contingente era una auténtica migración. El ejército egipcio los detuvo en un combate sangriento, recordado por la poesía y el arte y considerado como una auténtica proeza de las armas egipcias. Las implicaciones nubias de la invasión libia fueron sofocadas con ejemplar dureza.

A la muerte de Merenptah hubo ciertas intrigas palatinas, lográndose por parte de alguna facción el nombramiento de *Amenemes*, con perjuicio del verdadero heredero Seti II, el cual tardó cuatro años en subir al trono y cuando lo hizo se apresuró a practicar una *damnatio memoriae* con las inscripciones de su predecesor. Reinaron después Ramsés Siptah, Merenptah Siptah y una reina llamada Tausret. Es un período de unos veinte años muy confuso.

4. DINASTÍA XX

No sabemos cómo el trono pasó a manos de *Setnajt* (1185-1182) en momentos de una crisis profunda que afectaba a todos los aspectos. El Papiro Harris y la

estela de Elefantina describen el desorden que reinaba en todo el país. La primera de estas fuentes dice que «Yarzu, cierto sirio, era el jefe. Hizo tributario a todo el país, reunió a sus compañeros y saqueó sus posesiones. Transformó a los dioses en hombres y no se les hacían ofrendas en los templos. Pero cuando los dioses se inclinaron a la paz, a poner el país en su estado propio, de acuerdo con su normal condición, establecieron a su hijo... sobre su gran trono... Setnajt... él puso orden en todo el país». Černy cree que el nombre de este nefando personaje es *Irsn* y podría traducirse por «self made man», empleándose como despectivo. Otros se inclinan a darle el sentido de «arribista».

Ramsés III (1182-1151). Le sucedió su hijo *Ramsés III*, el último faraón egipcio, que dio al estado días de gloria militar y prestigio internacional, pero su obra fue esencialmente defensiva. Había desaparecido el imperio hitita, se habían asentado los hebreos en Palestina, pero todo el Egeo y sus costas se hallaban en un torbellino de pueblos que buscaban un lugar donde asentarse, causando la ruina de los estados de larga tradición cultural, que habían florecido en la última edad del bronce. Es curioso que el último gran estado del bronce fue el propio Egipto. Ramsés III tuvo el mérito no pequeño de mantener a Egipto incólume ante el asalto de todos estos merodeadores que amenazaron sus fronteras. El año cinco vio la invasión de los libios y toda la turbamulta de sus aliados avanzando hasta Menfis y los oasis. En un lugar desconocido fueron aplastados por las tropas del faraón, reducidos a la esclavitud y asentados en las fortalezas, sus ganados entregados al templo de Amón. Pero la historia posterior nos demuestra que muchos se asentaron en Egipto conservando sus estructuras militares, sirviendo como guarniciones con sus jefes propios. No bien se había repuesto el país de esta dura prueba, el año ocho aparecieron nuevos y más temibles enemigos, los que se llamarán en los textos egipcios de Medinet Habu «pueblos del mar» y así seguirán llamándose en la historiografía moderna. El texto más importante dice así:

«En cuanto a los países extranjeros, hicieron una conspiración en sus islas. A una los países se pusieron en marcha, se dispersaron en son de guerra. Ningún país se mantuvo frente a sus manos. Empezando por Hetta, Kode, Karkemish, Arzawa, Alasiya fueron devastados. Levantaron un campamento en un lugar de Amurru. Asolaron su gente y su país, dejándolo como lo que no existió nunca. El fuego les precedía en su marcha hacia Egipto. Su núcleo principal eran los peleset, theker, sekeresh, denien y weshesh. Estos países estaban unidos y pusieron sus manos sobre los países hasta el círculo de la tierra; su corazón descansaba y confiaba: "nuestros planes tendrán éxito". El dios señor de los dioses hizo que yo estuviera preparado y armado para atraparlos como aves salvajes. Por medio de la fuerza para que mis planes se realizaran. Yo salí iniciado en estas cosas maravillosas. Equipé mi frontera en Zahi poniendo enfrente de ellos a los grandes, capitanes de infantería, *maryanu*. Hice equipar las bocas de los ríos como un fuerte muro con barcos de guerra, transportes y barcas. Estaban tripulados de proa a popa con valientes guerreros portadores de armas. Eran lo más escogido de todo Egipto, eran como leones rugientes en las cumbres de las montañas. Los carros constaban de corredores, hombres escogidos, de todos los carreros buenos y capaces. Sus caballos se estremecían en todos sus miembros dispuestos a aplastar a los países extranjeros con sus cascos. Yo era como Montu, valiente puesto al frente de ellos para que pudieran contemplar la lucha cuerpo a cuerpo de mis brazos. De los que alcanzaron mi frontera, su semilla ya no existe, su corazón y su alma desaparecieron para siempre jamás; los que iban por mar el fuego todo estaba frente a ellos delante de las bocas de los puertos, un muro de metal sobre la playa les rodeaba. Rechazados, derribados y tendidos sobre la playa, muertos y puestos en montones de cabeza a rabo en sus barcas y todas sus cosas echadas al agua».

Este texto complicado y de difícil exégesis es todo lo que tenemos sobre la invasión de los pueblos del mar. Los relieves de Medinet Habu ayudan a situarlos en su contexto arqueológico, pero no dan detalles. Se les ha identificado con toda clase de fantasías, pero a ciencia cierta sólo se puede considerar segura la ecuación peleset = filisteos. Los demás siguen siendo una incógnita. Del texto se desprende claramente que hubo dos contingentes, uno que vino por tierra y otro por mar. Los primeros debieron ser contenidos por el ejército egipcio ya en el campamento de Zahi. Los que venían por mar fueron batidos en las costas del Delta. El año II volvió a recrudecerse la guerra libia. Aliados con los meshewesh se establecieron en Egipto saqueando las ciudades desde Menfis hasta Kerben (cerca de Abusir). Con ellos venían otros cinco grupos. Todos ellos fueron derrotados por el rey que les causó 2000 muertos. De nuevo se procedió a su instalación en las fortalezas y muchos pasaron a servir en el ejército.

Hay noticias de otras guerras en Siria, pero probablemente son invenciones de los artistas de Medinet Habu.

A pesar de tantas guerras de política real logró una restauración de la economía egipcia, si hacemos caso de lo que se nos dice en el Papiro Harris y consideramos la magnitud de los monumentos que se erigieron por orden del faraón. Gracias al citado papiro, sabemos que algunos templos poseían 60.000 personas dependientes de ellos. La lista de donaciones recibidas de la munificencia real durante el reinado de Ramsés III por los grandes templos de Re de Heliópolis, Ptah de Menfis, Amón de Tebas, junto con otros menores, en oro, plata y cobre y tierra alcanza cifras fabulosas. Además poseían tierras, que se cifran en unas 300.000 hectáreas, lo que se ha estimado en el diez por ciento de la superficie cultivada de Egipto. Hay que contar además las flotas, ganados, talleres, etc. En este ambiente se explica la construcción de Medinet Habu, en la ribera occidental de Tebas, su templo funerario, una imitación original del Rameseum, en cuyas paredes grabó los relieves y las inscripciones que eternizaran sus gestas militares.

No obstante, la grandeza de Egipto era más aparente que real. Kitchen insiste en el hecho de que faltaron hombres capaces en la administración, y la corrupción en todos los órganos de gobierno se hizo habitual. De hecho sabemos que los obreros de la necrópolis real que vivían en Deir e-Medina dejaron de percibir sus raciones, y tuvieron que ir a la huelga para recibir parte de lo que se les debía, incluso tuvo lugar una marcha de protesta, que tiene un profundo significado de contestación social. No debemos olvidar que por esta época el mismo arte empieza a producir obras de un claro espíritu de oposición, y por si esto fuera poco, afloró una conspiración de harém dirigida por la reina, que trató de colocar en el trono a su hijo Pentaur. Se recurrió a la magia, pero los conspiradores, entre los que figuraban algunos militares, fueron descubiertos y juzgados. Los castigos fueron ejemplares: muerte, desnarigamientos, desorejados, etc. El rey debió morir durante el proceso, y no sabemos nada de la suerte de la reina.

5. LOS ÚLTIMOS RAMÉSIDAS

La sucesión de todos los reyes de la dinastía llamados Ramsés desde el IV hasta el XI es un proceso de decadencia de la monarquía durante unos setenta años en los que la institución pierde el poco prestigio que conservaba. Continúan los problemas con los obreros de la necrópolis, se saquean las tumbas de la necrópolis tebana, ya de un modo sistemático. Da la impresión de que se han desmoronado los circuitos económicos que antes centralizaba el palacio. El Papiro Wilbour, fechado el año cuatro de Ramsés es un catastro de las tierras del Egipto Medio, que nos permite constatar la predominancia de los templos en la vida económica del país. De una manera o de otra, las economías templarias siguen funcionando, mientras que la del estado apenas puede sostener la vida precaria de la corte, que teóricamente seguía con el mismo aparato que hasta entonces. No es fácil explicar por qué esta desintegración. Se pierde lo que quedaba de Asia, y Nubia, que culturalmente era ya una prolongación de Egipto, va a la deriva en una independencia *de facto*. Sin embargo, reducido el estado al Egipto propio, es decir desde Asuán hasta el Mediterráneo, la inercia de la cultura egipcia era aún muy fuerte, y seguiría durante muchos siglos sin perder su identidad. Resistirá todos los avatares de las dominaciones extranjeras y aún tendrá momentos de renacimiento y recuperación.

6. EL ESTADO. LA ADMINISTRACIÓN

En el Egipto antiguo no existió un concepto del estado, comparable al de *polis* en Grecia o al de *res publica* en Roma. No obstante existió un estado con todos los órganos de dirección y administración, pero las competencias de éstos no están definidas de una manera clara y por ello resulta a veces farragoso tratar de ordenarlos racionalmente. En este apartado seguiremos fundamentalmente a los trabajos de Helck a quien reputamos el máximo especialista en el problema.

A principios del Imperio Nuevo vemos que desaparecen una serie de títulos como el de «portador del sello real», que pasa a tener un contenido meramente de prestigio. Igualmente podemos constatar que no hay ninguna oficina administrativa dirigida por el *mer henuti* o «superintendente de la residencia». Igualmente dejan de funcionar como colegio jurídico del visir los «diez grandes del Alto Egipto», etc. Esto nos hace pensar que a comienzos del Imperio Nuevo hubo una reorganización de la administración en la que destaca la importancia que toma el «hijo real de Kush» que administra el sur de Egipto hasta Hieracliópolis. Se afirma la antigua división del visirato desde Tutmosis III. Se presta atención a la administración de Siria, que se hace desde Menfis y no desde Tebas. Igualmente es típico de la época la importancia del ejército y de sus caudillos que van entrando en los puestos de la administración del estado. También es típico de aquella época, a mediados de la dinastía XVIII, los cargos de *wdpw* (mayordomo) y *wb3* (senescal).

Durante el reinado de Amenofis II hubo un cambio en la administración. El rey se rodeó de gentes de su generación, que se habían criado con él como pajes de la corte, y en esta época se crea el cargo de «flabelífero a la derecha del rey».

Cree Helck que desde el reinado de Tutmosis IV surgieron conflictos entre el faraón y la burocracia tanto civil como de los grandes templos, conflictos que la documentación no atestigua explícitamente, pero que son detectables a través de las biografías y las alusiones que conservamos. Estos conflictos desembocarían en la crisis amárnica con un enfrentamiento directo. Parece que el núcleo más duro de estos funcionarios era el tebano, lo que explicaría que en cierto momento posterior los grandes funcionarios proceden del norte, concretamente de Menfis. Cree H. Kees que la ruptura de Ajenaton con el pasado es consecuente con los esfuerzos de sus antepasados, no sólo en la lucha contra el sacerdocio tebano y la ideología que seguía sino también en el esfuerzo de buscar apoyo en el ejército para construir un mundo de pensamiento ya no vinculado a la tradición. Con todo esto desaparece un tipo de funcionarios y en la época de Horemheb la administración sale del ejército y, de entre él, extranjeros que se suponen más afectos a la corona. Estos nuevos funcionarios de nuevo cuño se fabrican árboles genealógicos ficticios, porque en el fondo tienen aspiraciones de permanencia, a la vez que se esfuerzan en demostrar que son egipcios de pura cepa.

En tiempos de Ramsés II la nueva capital de Pi-Ramsés, en el Delta oriental, agrupa un funcionariado típico porque los altos cargos no se entierran allí sino en sus provincias de origen, a diferencia de los de la primera época de la dinastía que se enterraban en la necrópolis tebana. Continúa la extracción militar de ellos. A consecuencia de la falta de una clase productora de familias de funcionarios se produce la intervención de los «senescales reales» en la corte, que desempeñan papeles muy variados, lo que lleva a Helck a hablar de una «dirección comisarial» de los servicios. En consecuencia ya no hay, o hay cada vez menos, heredabilidad de los cargos.

En todo caso hay que tener presente que en Egipto el rey es en última instancia el que concede el empleo y quien derriba al funcionario que pierde su confianza. En la época ramésida conocemos visires que fueron depuestos por causas insignificantes, como un presunto juicio injusto contra un obrero de la necrópolis o un atentado contra los derechos del templo de Athribis. A veces la desgracia afectaba a todo un grupo de funcionarios. Como ocurre con Tutmosis III contra los hombres del círculo de Hatshepsut. También influyen las rivalidades Tebas-Menfis, burocracia-ejército que podían costarle al funcionario el cargo, la hacienda e incluso la vida. Esto está claro cuando se ve el martillado del nombre en las tumbas o en los decretos como el de Horemheb o el decreto Seti I de Nauri, en los que las penas llegan hasta la esclavización de los parientes. Finalmente tenemos que decir que las biografías idealizadas de funcionarios que conocemos nos dejan entrever un tipo de servidor del estado que está en la tradición clásica egipcia. Debe ser reflexivo, exacto, incorruptible, sincero e inteligente. Precisamente por la inteligencia es un hombre controlado y vence los impulsos humanos. El visir que no se enfada contra los que piden con el corazón en la mano, que no juzga parcialmente o recibe corruptelas; el sacerdote que no mete el diente a las ofrendas, o divulga los misterios; el escanciador, callado, dueño de sí y amistoso. Se pregunta Helck si no se tratará más de obligación o fachada que de un ideal de servicio. La educación del funcionario en los buenos tiempos se hace por el magisterio del padre y que después se sustituye por las «enseñanzas». Sin embargo la realidad es muy distinta de todo este bello ideal. Algunos visires se dejan sobornar por un pobre trabajador que le regala seis esclavos.

7. EL FARAÓN

El faraón sigue siendo el dueño absoluto de Egipto, el que gobierna todo el imperio con poderes absolutos. La teología política de la época le hace hijo corporal de los dioses, especialmente de Amón, y vive en contacto con ellos sirviendo de enlace entre la divinidad y sus súbditos. Ya nos hemos referido a un tipo de faraón que se produce en la época tutmosida, faraón muy preocupado por el ejército, al que dirige en las campañas exteriores, dado al deporte y a las artes de la guerra. Pero no hay que olvidar que la ideología faraónica exige que dedique gran parte de sus recursos no sólo a las obras civiles, sino a testimoniar su devoción a los dioses mediante la erección de grandes templos, dotación de ellos, y piedad manifiesta en la celebración de grandes fiestas religiosas.

Hay que destacar en esta época el carácter militar de la monarquía egipcia que se manifiesta en la elevación al trono de soldados distinguidos. El rey es el propietario teórico de todo el suelo egipcio, pero en particular tendrá grandes propiedades, palacios, tesoros que estudiaremos en otro apartado. Junto al rey, la reina, la «gran esposa real», con su casa y sus propiedades personales ocupa un lugar destacadísimo en la corte. Aunque de manera extraorficial participa en multitud de asuntos del estado como ocurría con las grandes damas de comienzos de la dinastía. La importancia de la reina como trasmisora de la legitimidad es indudable en la historia de Egipto, pero culmina en la figura de Hatshepsut. En este sentido no podemos dejar de citar nombres como Nefertiti, Nefertari, esposa de Ramsés II y muchas más. Los matrimonios consanguíneos hacían de la familia real un clan bastante cerrado pero que se renovaba mediante las innumerables concubinas que entraban en el harén real, como pudo verse a lo largo de la parte histórico-narrativa.

Los príncipes se educan en el servicio de las armas, especialmente en Menfis.

8. LA CAPITAL

La capital durante la dinastía XVIII es Tebas, aunque los faraones vivieron bastante tiempo en el norte y Tutmosis I tiene un palacio en Menfis. Amenofis II también tiene residencia en el norte, Amenofis IV crea una nueva capital en El-Amarna, Horemheb reside en Menfis, Seti I también y Ramsés II establecen la capital en Pi-Ramsés.

Es curioso que conozcamos tan poco de los palacios reales egipcios exceptuando el de Tell el-Amarna. El de Tebas, situado en la orilla izquierda, se ubicaba en un campo de ruinas que hoy se llama Malgata. La razón de este desconocimiento es que estaban construidos de adobe, aunque debieron ser de gran lujo. Ramsés III construyó un templo palacio en Medinet-Habu, del que se conserva la parte del santuario y muy poco la del palacio propiamente dicho.

9. EL VISIR

Desde Tutmosis III está atestiguado el doble visirato, uno en Tebas y otro en Menfis. El visir es el que gobierna de acuerdo con los deseos del rey, lo que en la monarquía española de los Austrias se llamaría «el ministro universal». Tiene su jornada perfectamente ordenada. Informa al rey todos los días, recibe sus instrucciones. Abre todas las oficinas administrativas y va a su gran despacho desde donde gobierna. Preside la Corte Suprema de Justicia e interviene en toda clase de asuntos. El hecho de haber dos visires nos plantea el problema de sus límites territoriales. No está clara la línea de demarcación.

Las competencias específicas del visir están recogidas en la inscripción de la tumba de Rejmire, visir de la dinastía XVIII, que en su contenido refleja seguramente un cliché de la época del Imperio Medio, pero que en conjunto deben ser válidas aún en la época que historiamos. Allí se enumeran sus cometidos en la administración provincial, la justicia, trabajos públicos y agricultura (canales, monumentos, talas de árboles, control de títulos de propiedad, límites, censos, informes sobre las crecidas del Nilo, graneros, cosechas, etc.), tesoro público, ejército, marina y archivos.

La oficina del visir en la dinastía XVIII se simplificó y se dio mucha importancia al «gran escriba del visir», su secretario particular, que dirigía un ejército de escribas menores.

El gran tribunal del visir (Quenbet) estaba formado por gentes de distinto origen de la administración y mandos militares.

10. EL VIRREY DE NUBIA

Llamamos así al «hijo real de Kush», que adquiere gran importancia en esta época por la extensión del dominio egipcio hacia el sur. El cargo fue creado por Amenofis I y tenía dos delegados, uno para la alta Nubia (Kush) y otro para la Baja Nubia (Wawat). Es un puesto de gran categoría dentro de la administración egipcia.

11. EL TESORO

Llamamos así al conjunto de impuestos que recibía el estado y que incluía los productos del país, excluidos los granos, incluidos los procedentes de Nubia y Siria. Conocemos impuestos de oro, plata, cobre y vestidos, impuestos por esclavos, impuestos probablemente sobre el ganado y por las tierras. No poseemos ninguna representación gráfica del tesoro que se puede pensar que serían grandes almacenes en los que había de todo. Cosas tan variadas como incienso, aceite, vino, algarrobas, sandalias, textos, papiros, telas, madera y carbón, pieles, colmillos de elefantes, metales nobles, etc. Todo era administrado por un «director del tesoro» que dependía directamente del visir. En el Imperio Nuevo no hay casas del tesoro «provinciales» pero sí se habla de una casa del tesoro en Nubia. Este organismo empleaba a multitud de escribas. A través de él se dirigían las empresas comerciales especialmente las del extranjero.

12. ADMINISTRACION DE LAS CIUDADES Y DE SUS DISTRITOS

Desaparecidos desde hacía mucho tiempo los nomos como ciudad administrativa, quedan ahora como núcleos fundamentales las ciudades regidas por un

«gobernador» o *hati-â*. Como centros administrativos más imporatantes en el Imperio Nuevo citaremos de sur a norte: Elefantina, El-Qab, y Hieracómpolis, Esna, Tebas, Antayópolis, Neferusi, Hardai, *Seper-Meru*, burgo de Anayna, Heracleópolis, *Men-Ur*, Afroditópolis, Meidum, Menfis, Sile y los oasis.

13. ADMINISTRACIÓN DEL CAMPO

Un país como Egipto, de economía fundamentalmente campesina, ofrece un interés especial para el estudio del problema de la propiedad de la tierra y la administración de los bienes que pertenecen al faraón o al estado.

Digamos para empezar que en el Egipto antiguo no hay un concepto elaborado de propiedad comparable al que elaboró el derecho romano, pero para entendernos de alguna manera podíamos utilizar el que los juristas romanos acuñaron bajo el título de *possesio* con todos los problemas que ello plantea. Empezaremos por las propiedades del rey. El rey era un gran propietario de tierras en Egipto, muchas de ellas tenían palacios con sus servicios, construyendo algo así como grandes latifundios. Estas tierras reciben el nombre de *per* del rey correspondiente. Otras palabras similares como *perit* significan los palacios y sus pertenencias. Eran administrados estos bienes por el *mer per*, como cada uno de los latifundios y la suma total de las posesiones del rey las administra el *mer-per-ur*. Las reinas tienen sus fincas propias y su administrador propio, incluso conocemos fincas propiedad de las concubinas mitanis de los faraones. Hay pocas referencias a propiedades de príncipes, aunque existieron.

También los organismos de la administración poseen campos propios, en cuanto órganos del estado, así por ejemplo el visirato, el tesoro y la oficina del tesoro e incluso los «puertos del faraón». Estas tierras y sus productos están destinados a alimentar el personal que trabaja en otros organismos.

Una categoría curiosa de propiedades son los llamados «campos del faraón» que son campos propiedad del estado que son administrados por el gobernador del lugar donde se encuentran ubicados.

La casuística de la administración del campo incluye otros tipos de tierras poseídas de manera similar por organismos de todo tipo o individuos dependientes del estado, o militares asentados, etc. dejando aparte la propiedad de templos, santuarios, pequeños templos funerarios que tendrán su tratamiento aparte.

Es interesante estudiar el tipo de explotación de estos campos que, como es lógico, no eran trabajados por sus propietarios. En ellos se asentó una masa de labradores de distinta condición social. Así encontramos los *tw3*, son siervos de la gleba que son trasladables de un fundo a otro según las necesidades y dependían en parte de un organismo central. Había también los llamados *ndsw* que eran libres y podían con el tiempo llegar a ser propietarios. Finalmente los *nmhiw* de condición similar a la de los anteriores. La situación de estas masas campesinas egipcias es un problema muy complejo y difícilmente reductible a esquemas claros. Sin embargo puede defenderse la idea de que a lo largo de la historia de Egipto se va produciendo un proceso de aumento de grandes propiedades en manos del estado y de los templos con la consiguiente aparición de siervos que antaño fueron pequeños propietarios. Pero no puede ocultarse que también se da el proceso contrario, es decir, que las tierras entregadas a los siervos o a labradores dependientes, o a militares asentados, etc., con el tiempo pasan a ser propiedad de los poseedores y crean una clase de propietarios libres. Estas extensiones son pequeñas y pueden reducirse a dos hectáreas como media.

Los funcionarios del estado intervenían directamente en la administración del campo, mientras que los templos administraban los suyos propios. Sin embargo los campos pertenecientes a los templos funerarios del faraón dependían del sumo sacerdote del templo local. El estado intervenía directamente en la medición de los campos y en la clasificación de la calidad de las tierras. Tenemos mucha documentación, tanto gráfica como literaria, sobre este tema. Los egipcios antiguos clasificaban la tierra en tres categorías: la tierra normal, la tierra fresca y la tierra cansada. Clasificación esta importante para la tributación. Parece que hay un director general de los impuestos que se pagan por cada una de estas clases de tierras. Las mediciones y todo lo que esto lleva consigo dependen de todo el aparato del catastro, que a su vez, como hemos visto, se integra en las competencias del visir y es ejecutada por comisiones que recorren el país. Hay un escriba del catastro que dirige la operación asistido por dos escribas en los campos y otros ayudantes que llevan las cuerdas y utensilios.

No es extraño que el estado egipcio prestase gran atención a la administración del grano. Antes del Imperio Nuevo esto dependía de la oficina del visir. Con Tutmosis III se da la responsabilidad a un director de los graneros del Alto y el Bajo Egipto. Había graneros por todo Egipto y graneros centrales en las dos capitales.

Las inscripciones en las ánforas que aparecen en el Amarna y en Malgata nos dan a conocer la existencia de una administración de las villas propiedad del estado.

En el Imperio Nuevo hay una administración central estatal del ganado vacuno y de los pastos.

14. EJÉRCITO, MARINA Y POLICÍA

El estado militar del Imperio Nuevo descansó fundamentalmente en un ejército eficiente. Los egipcios nunca fueron un pueblo militar en la medida que lo fueron, por ejemplo, los asirios. Durante el Imperio Antiguo y el Imperio Medio, la política egipcia contó poco con las fuerzas armadas, primero porque al principio eran meras levas para casos de necesidad, y después ejércitos algo más profesionalizados pero de poca duración y consistencia interna. El esfuerzo realizado por los príncipes de Tebas en la guerra hicsa coincidió con una revolución en el arte de la guerra, muchos de cuyos elementos habían sido importados a Egipto por los hicsos. La utilización del caballo, la introducción del carro como arma de combate, la perfección de los arcos y de las armas ofensivas en general y defensivas como la cota de malla, etc., fueron conformando una nueva manera de concebir la guerra. A todo esto (y no en pequeña escala) hay que añadir la aparición de un auténtico imperialismo egipcio. Entendemos por tal la voluntad continua de con-

quistar nuevos países, de saquear a los enemigos trayendo todo el botín posible que enriquecía por una parte el tesoro real y por otra aumentaba la potencia económica de los grandes templos egipcios. Se creó la teoría de que las armas egipcias eran capitaneadas por Amón y Montu, que daban fuerza al brazo del faraón y le otorgaban el poder de vencer a sus enemigos.

Fue necesaria una organización militar compleja. Desarrolló una mínima estrategia y seguramente una táctica que nos es desconocida en gran medida porque las fuentes que poseemos no se detienen a describir con precisión las batallas. El carácter poético de los relatos y su componente religioso-política, hacen que el escriba dedique mucho más tiempo y palabras a las alabanzas retóricas que a la descripción minuciosa. Los relieves que adornan los templos del Imperio Nuevo ayudan a conocer algo de esta táctica.

El ejército en su organigrama jerárquico dependía, como todo en Egipto, del faraón, y concretamente del visir. Este era el que movilizaba las tropas a través de los funcionarios de la recluta que constituían un grupo en el que se integraban desde los «escribas de los reclutas», los «escribas militares» y el «jefe de los escribas militares». Las tropas procedían de distintos grupos. Eran fundamentalmente egipcios, pero había nubios, *shardana*, y otros extranjeros a medida que avanzamos en el Imperio Nuevo. Un tipo especial de reclutas era el cuerpo de «pajes reales», jóvenes de no alta extracción, hijos de pequeños funcionarios, de donde se extraía a los oficiales. Los reclutas se instruían en las grandes guarniciones de las que conocemos la de Tebas y la de Menfis.

La jerarquía militar del Imperio Nuevo está formada de arriba abajo por: 1. el *mer mesha ur*, que suele traducirse por general en jefe o generalísimo; 2. el *mer mesha* o general; 3. el *sesh mesha*, o escriba militar, que también se llama escriba de la recluta, aunque podían ser dos cargos distintos; 4. el *idu en mesha*; ayudante militar del general que se ocupa de tareas de suministro; 5. el *heri-Pedut*, comandante de tropas, puede mandar un fuerte o un destacamento de policía; 6. el oficial de guarnición; 7. el portaestandarte, que manda una unidad de 200 hombres; 8. el ayudante que en general su categoría depende del jefe que tenga; 9. el comandante de una fortaleza determinada, están atestiguados en Nubia, o en las fortalezas situadas en la costa norte; 10. el grande de los cincuenta, que manda una unidad menor que suele ser la mínima en el ejército egipcio; 11. distintos.escribas dentro de cada unidad y, finalmente, 12. los simples soldados o soldados rasos.

La caballería tiene mandos propios como es el *mer sesemet* o jefe de la caballería y el jefe de la remonta.

La carrería, que tiene en el Imperio Nuevo una importancia capital, está mandada por un comandante de carros. Cada carro lleva dos hombres, el conductor y el combatiente del carro.

La extracción de los oficiales ya hemos dicho que se hace normalmente entre los pajes que empezaban por ser soldados rasos en una guarnición o en un barco de la marina y que ascendían primero a portaestandartes, con lo que mandaban una compañía de 200 hombres, y finalmente a comandantes de batallón. Los altos mandos del ejército no eran necesariamente profesionales. En la guerra las expediciones militares se hacían bajo el mando directo del rey en muchos casos.

En el ejército egipcio del Imperio Nuevo se confieren una serie de títulos honoríficos, de los que podemos citar «el oro del valor», como recompensa a acciones heroicas, el nombramiento para el cargo palatino que se denomina «valiente del rey», o «combatiente del señor». También existe la denominación de «veterano».

Los viejos soldados con cargos altos y medios cuando dejaban las armas solían recibir nombramientos en puestos administrativos en la dirección de organismos estatales, con lo que atendían a su manutención.

El ejército egipcio en tiempos de paz está acantonado en guarniciones dentro del país, de las que conocemos las citadas de Menfis y Tebas, y desplegado en las fronteras donde vive en fortalezas mayores o menores. De especial interés son las fortalezas nubias que dependen jerárquicamente del virrey de Nubia y que se han citado a lo largo de la exposición histórica. Las más importantes son las de Aniba, Buhen, Mirgissa, Tombos, etc. La costa norte o mediterránea está protegida por guarniciones en las bocas o desembocaduras del Nilo. La frontera este tiene como base importante Sile. Una parte importante sirve como tropas de guarnición en Siria.

Existen unas tropas ligeras del desierto occidental formadas por beduinos mandados por sus propios jefes asentados en guarniciones, de los que el caso más conocido es el de los libios, que tendrá tanta importancia al final del Imperio Nuevo.

Los soldados se ocupaban de tareas que no eran propiamente militares como el transporte de obeliscos para los templos, protección del trabajo en las canteras y en general donde hacía falta movilizar grandes masas de hombres. Desconocemos el número de los contingentes egipcios, pero no debió de ser muy elevado en proporción a la población activa del país.

Se conocía la estrategia elemental de un gran ejército que operaba en cuerpos independientes, con cierta idea de la maniobra, por lo que los combates que se nos relatan en las fuentes ya no son el choque informe de dos masas humanas. Los faraones de la dinastía XVIII saben combinar la infantería y los carros, ya que la caballería propiamente dicha carece de importancia. Especial interés prestan al establecimiento de campamentos con sus guardias, consignas, organización de la trasmisión de órdenes, etc. Es frecuente que antes de una batalla que se cree decisiva, el faraón reúna a los oficiales superiores y les consulte el plan estratégico a seguir. La poliocértica se desarrolló también en el Imperio Nuevo, principalmente en Siria donde había que expugnar ciudades amuralladas. Solía hacerse mediante una empalizada impenetrable para rendir a las ciudades por hambre. Pero también tenemos noticias de que alguna vez se emplearon arietes para derribar los muros.

Decíamos antes que el pueblo egipcio no fue un pueblo marinero en el sentido en que lo fue el pueblo griego y antes el pueblo fenicio. No obstante, existió una marina poderosa. Como arma de guerra fue utilizada especialmente para el transporte de tropas en apoyo de las grandes expediciones terrestres. Así ocurre en las campañas de Tutmosis III. No obstante, en el Imperio Nuevo existe una marina militar que combate frente a otros barcos. Se puede dividir la marina egipcia en tres tipos diferenciados. La marina del Nilo capaz de navegar hasta Nubia con barcos ligeros a través de los rápidos de las cataratas y que se empleó en la lucha

contra las pobres barcas de los nubios. Otra marina importante es la del Mar Rojo cuyo cometido principal fueron los viajes al Punt más comerciales que militares, pero que iba tripulada por soldados, ya que en la antigüedad no se puede separar lo militar de lo comercial de una manera clara. Eran barcos más grandes y capaces. Finalmente existe la marina del Mediterráneo, capaz de transportar carros de guerra, caballos y tropas y de combatir con enemigos. Dentro de esta marina se distinguen dos tipos de barcos, los que hacían la carrera de Biblos y los que se dirigían a Creta, aunque no está nada clara esta distinción.

Militarmente hablando un navío grande podía transportar hasta 200 soldados combatientes entrenados para las faenas marineras y mandados por un «comandante» que podíamos asimilar *mutatis mutandis* a una infantería de marina. El barco en el aspecto marinero era dirigido por un grupo de profesionales en el mar con su propio capitán. Conocemos muchos nombres de barcos desde aquel «brillar en Menfis» de Ahmosis, hijo de Abina, y es frecuente que en las inscripciones biográficas el biografiado nos diga el barco que mandó. A veces el faraón nombra a un alto funcionario jefe de toda la flota, lo que nosotros podemos entender como almirante.

La base naval por excelencia se llama Peru-Nefer, situada en el Nilo cerca de Menfis, que reunía la condición de arsenal, astillero y gran centro comercial y estaba mandada por un personaje de alto rango, a veces el heredero del trono.

El estado egipcio dispuso de una policía formada por beduinos del desierto de Nubia denominados «mechay», y aunque siempre tuvo contingentes importantes de esta procedencia, en el Imperio Nuevo incorporó miembros egipcios y siempre tuvo mandos egipcios. Es curioso este origen extranjero de las fuerzas represivas del estado, y en cierto aspecto nos recuerda a los arqueros escitas empleados por la democracia ateniense y las cohortes germánicas de algunos emperadores romanos. Parece que el estado desconfía de sus propios súbditos para controlar el orden interno y acude a bárbaros asimilados. El comandante general era el *ur em mechay* con el rango de comandante. Esta policía guardaba el orden en las ciudades, en el desierto en todo el territorio egipcio.

Un capítulo especial merece la importancia social y política del ejército del Imperio Nuevo. Dentro del país las tropas y sus familias estaban asentadas en comunidades propias dotadas de tierras, siervos y ganado, de donde sacaban su subsistencia. Estas tierras permanecían vinculadas a la familia mientras que un miembro de ella abrazase la profesión de las armas. De este modo se formó una clase militar egipcia que tuvo una importancia capital dentro del estado y que a la larga se transformó en una especie de casta, tomando esta palabra en un sentido muy amplio. Pero además, como hemos repetido varias veces, los faraones utilizaron a los altos mandos del ejército para los altos cargos de la administración. En muchos casos se trataba de viejos compañeros de armas y que como tales gozaban de la confianza del soberano.

15. AGRICULTURA

Egipto fue siempre un país eminentemente agrícola, como toda la Antigüedad: pero incluso destaca su ruralidad entre los países del Oriente Próximo más dependientes del comercio que Egipto. Desconocemos la extensión del suelo cultivado pero no debía ser distinta a la actual y la ciframos en unos 17.000 kilómetros cuadrados (?), con una población igualmente desconocida en cifras absolutas que en un margen de error de un 50 % se calcula en unos 4 millones de habitantes con una gran densidad de población. El cultivo se basaba en los cereales de trigo y cebada, vid, olivo, cebollas, ajos, leguminosas, etc. Los métodos eran típicamente neolíticos evolucionados con un arado de reja de madera tirado por animales. Pero a pesar de ello predominaba la azada como herramienta agrícola. Siendo agricultores de regadío, necesitaban de la construcción de canales que se hacían con arados y azadas. El aprovechamiento de las inundaciones es un rasgo típico de la agricultura egipcia. Durante el Imperio Nuevo se importa de Asia el *shaduf*, un caldero colgado en el extremo de una pértiga que al otro lleva una pella de barro o una piedra y va atado a un poste clavado en el suelo. Tiene muy poca eficacia pero suficiente para una mejora de la agricultura. Los relieves y pinturas de las tumbas son un tesoro de documentación para el estudio de la riquísima agricultura del Egipto antiguo: escenas de siembra, de siega, de trilla, de aventado del grano. La fuerza empleada es la humana y la animal, especialmente el asno y el ganado vacuno.

16. GANADERÍA

Complemento indispensable de la agricultura, la ganadería egipcia fue siempre abundante y de gran calidad. Las *gamuzas* (especie vacuna típica de Egipto), asnos, cerdos, cabras, ovejas, aves de corral, y después caballos y mulos, sirvieron para administrar proteínas en la alimentación y los últimos fuerza de trabajo tanto en la agricultura como en el transporte y la guerra. Puede decirse que la producción de carne era suficiente para que podamos considerar a los egipcios antiguos como un pueblo bien alimentado.

17. MINERÍA

La minería es otra fuente importante en la época que estudiamos. Sin embargo no conocemos innovaciones técnicas en la undición y en la metalurgia del bronce que continúa prácticamente al mismo nivel que en épocas anteriores. Tanto es así que Egipto al final del Imperio Nuevo no se incorpora a la nueva metalurgia del hierro, lo cual, a la larga, fue un desastre para su porvenir histórico. Se explotó el oro en sus yacimientos tradicionales de Uadi el-Alaqi y la Alta Nubia, hasta tal punto que Egipto fue seguramente el país más rico en oro de toda la antigüedad oriental. Basta echar una ojeada al tesoro de Tutanjamon y a la correspondencia de Tell el-Amarna para darnos cuenta de la abundancia de oro, por no citar el Papiro Harris, que, aún admitiendo las exageraciones propias de todo lo egipcio, registra enormes sumas de oro que llegan a cientos de kilos. La plata mucho más abundante, procedía, como parte del oro, de los botines de guerra, y se empleaba en la fabricación del *electrum*, tan repetidamente citado en los textos religioso-políticos. Todo ello era un monopolio real.

18. LA MADERA

País deficitario en madera, fue necesario importarla, sobre todo en sus especies nobles, del Líbano, de Siria y de la Alta Nubia y de más al Sur. Ya hemos visto que una de las funciones del visir era el control de la tala de árboles.

19. CANTERAS

También era monopolio real la extracción de piedra para los monumentos. A lo largo de la historia narrativa, hemos tenido ocasión de registrar la apertura de canteras por orden del faraón. Expediciones militares se adentraban en el desierto, a veces cientos de kilómetros, para poner en explotación las famosas canteras de Silsila, Gebelein, Asuán o las cercanas de Tura.

20. EL BOTÍN DE GUERRA. TRIBUTO

Durante los años gloriosos de los tutmosidas las armas egipcias saquearon sistemáticamente Palestina, Siria y Nubia. En estas expediciones, como hemos visto, el ejército egipcio se apoderaba de todo lo que encontraba, desde una copa labrada hasta el ganado menor. Todo ello era enviado a Egipto para incrementar el tesoro real y el de los templos, especialmente el de Amón de Tebas. En la misma línea hay que controlar el tributo que pagaban anualmente estos países del Imperio, cuyo destino era similar.

21. MANUFACTURAS

Egipto fue un país de excelentes artesanos que transformaban las materias primas, producidas o importadas, en magníficos utensilios y en bellísimas obras de arte que son el asombro de los arqueólogos y de los curiosos que las contemplan en los museos. Dotados de una habilidad fuera de lo común, los artesanos egipcios fabricaron de todo, desde los palacios y tumbas hasta las más toscas cerámicas de cocina. Si comparamos los productos del Imperio Nuevo con los del Imperio Medio, notamos enseguida una diferencia que consiste en una pérdida de la sobria elegancia característica de los productos del Imperio Medio en beneficio de una elegancia más sofisticada tendente al manierismo del Imperio Nuevo. Hay más lujo y más abundancia, pero las formas se disparan en busca de la elegancia en sí, y todo ello es consecuencia de una clientela más numerosa con gustos más estandarizados. Este proceso se nota con especial claridad en la joyería. Las formas son más audaces, pero menos «clásicas». Aparece un gusto especial por lo exótico, consecuencia de una población más compleja y en contacto con otros pueblos de sensibilidad artística diferente.

No podemos aquí hacer una enumeración completa de los oficios del Imperio Nuevo, pero tenemos que citar algunos. Los carpinteros que aparecen con sus sierras en los relieves; los pescadores con sus redes llenas de peces; los metalúrgicos con escenas variadas en las que soplan en el crisol y sus colegas que elaboran hachas, anillos, cuchillos, etc.; los tejedores con su telar horizontal; los ceramistas con su torno y sus vasijas alineadas; los trabajadores de piedras duras y su típico buril; los pastores, boyeros, cazadores, pajareros, bataneros, cesteros, alpargateros, etc. La construcción ocupaba una gama muy complicada de trabajadores que conocemos especialmente por los restos de Deir el-Medina, la ciudad de la orilla izquierda de Tebas, donde residían los obreros de las tumbas del Valle de los Reyes. Allí se alojaba toda una comunidad interesantísima compuesta por arquitectos, pintores, dibujantes, grabadores, canteros, albañiles, escultores, etcétera que plantean problemas sociales y hasta crean un arte propio, a veces discordante de las rígidas normas del arte oficial.

22. COMERCIO

El comercio egipcio no es comercio del tipo del griego, ni siquiera del fenicio. Es un comercio en gran parte estatal, aunque existió sin duda el comerciante que llevaba y traía géneros por su propia cuenta. En el capítulo del comercio estatal destaca ante todo el comercio de Biblos y del Punt, que hemos documentado en detalle al tratar del reinado de Hatshepshut. De allí se traía incienso, ébano, ganado, colmillos de elefantes, pieles de panteras, esclavos, y a cambio se les daba manufacturas egipcias, especialmente hachas, adornos personales y un sinfín de baratijas. Lo mismo podemos decir del comercio con Nubia, realizado a través de los puestos fronterizos y de las fortalezas de la región. Este se hacía especialmente por el río Nilo. Paralelamente hay que citar el gran camino caravanero del Darb el-arbain que corría por el desierto occidental hasta Egipto. De Nubia venía oro, colmillos de elefante, plumas de avestruz, esclavos, ganados, ébano, etc. A Nubia se exportaba toda clase de productos egipcios, necesarios para la vida civilizada de los nubios y sobre todo de los egipcios asentados en la región.

El comercio mediterráneo adquiere gran importancia en la zona del Egeo, es decir, Creta, Chipre y la costa sirio-palestina. Menos desarrollado está el comercio con Libia, a través de la costa y los oasis. La Arqueología descubre en todos los yacimientos de estas áreas fundamentalmente cerámica. Pero sabemos que Egipto era excedentario en trigo, cebada, papiro, telas de Nilo, exportaba estos productos mientras que importaba madera, resina, plata y cobre.

De todos modos, el tráfico comercial más intenso era en el interior con el Nilo como arteria fundamental, el cual a su vez canalizaba los productos que venían de Asia o de Nubia. Reatas de asnos transportaban los productos a cortas o largas distancias por tierra hasta que se embarcaban en los puertos fluviales.

No conocemos en detalle el sistema de intercambios. En una cultura que desconoció la moneda acuñada, el trueque debió desempeñar un papel importante. No obstante, en esta época se acentúa el uso de una economía pre-monetaria, utilizando el cereal (trigo), el oro y más tarde la plata, el primero en medidas y los metales en peso que se calculaba en *deben* (93,8 g.) y *kite* (9,38 g. o sea la décima parte). Es curioso que en muchos casos se trataba de medidas meramente teóricas sin presencia real del metal.

Si intentamos hablar de economía en general, de riqueza y pobreza en términos comparativos diremos que la riqueza egipcia era muy superior a la de los estados contemporáneos y lo siguió siendo hasta el Imperio Romano. Pero esto no quiere decir que no sufriera alteraciones a veces graves. Dependía de la crecida anual del Nilo, y al no haber un sistema de regulación realmente eficaz, la inundación producía catástrofes y a veces hambre. Sin embargo tanto en unos casos como en otros sus efectos se paliaban por la misma estructura económica de Egipto. El estado y los grandes templos concentraban un elevado tanto por ciento de la producción del país, e incluso de los bienes procedentes de Nubia o de Siria, y lo distribuían entre el personal de ellos dependiente, con lo cual se distribuía la riqueza, si no equitativamente, por lo menos en suficiente medida para evitar catástrofes de hambre. Al mismo tiempo se equilibraban las diferencias entre el Alto Egipto menos productivo, y el Bajo Egipto con mucha mayor tierra cultivable. Así mismo los organismos de la Administración poseían tierras para el pago de sus funcionarios. Esta economía despótica explica, en parte, la construcción de ciudades como el-Amarna o la inmensa obra llevada a cabo en la zona de Tebas o las construcciones de Nubia, lugares de escasa producción agrícola. Todo el aparato administrativo egipcio y el ejército dependían del inmenso tesoro del estado.

23. LA SOCIEDAD

Durante el Imperio Nuevo no se alteró básicamente la economía egipcia; tan sólo se intensificó y se amplió. Por ello los cambios sociales no fueron demasiado profundos, aunque sí perceptibles en muchos aspectos.

En la cúspide del estado y la sociedad está el faraón, su familia y los más allegados. Recordamos que el típico faraón del Imperio Nuevo tiene un talante militar y deportivo, además de sus tradicionales poderes semi-divinos, es lógico que su corte sea más variada que las antiguas. Compañeros de armas y de diversiones cinegéticas, acceden a él con mayor facilidad. Al mismo tiempo en los *harenes* reales aparecen junto a las hermanas-esposas, princesas extranjeras llevadas a consecuencia de tratados internacionales, y lo que es más significativo mujeres de sangre no real, procedentes de familias del común, lo cual es un signo de novedad, si tenemos en cuenta la importancia de la madre en la transmisión de los derechos. Los príncipes se dedicaban a las armas y a la ilustración, tanto en las artes como en las letras. Todos los miembros de la casa real tienen grandes fundos en propiedad y mayordomos y administradores personales.

La gran nobleza territorial ha desaparecido. Esta escala social ha sido ocupada por los grandes funcionarios del estado, de los que ya hemos hablado, pero de los que hay que decir ahora que dependen de la voluntad del rey, aunque ellos tratarán de constituir un cuerpo y en el fondo una clase con intereses comunes que privan sobre sus rivalidades. A esta clase acceden los militares distinguidos, cada vez más extranjeros y oscuros advenedizos de provincias. Es el mismo fenómeno, corregido y aumentado, de la monarquía ilustrada de los Sesostris. A la misma clase podrían añadirse los grandes sacerdotes de Tebas, Heliópolis y Menfis.

Ya en una escala inferior podríamos situar a una inmensa mayoría de personas que constituyen lo que podría (si hubiera alguna equivalencia) llamarse clase media, que a su vez se subdividiría en innumerables categorías, porque en ella habría que incluir tanto a los sacerdotes menores de los templos, los funcionarios de menor condición (escribas, miembros de las «Casas de la Vida»), artistas distinguidos, artesanos cualificados. Algunos poseen tierras, otros no. En un status similar podemos situar a los militares de cierto rango que recibían tierras para su sustento. Ellos constituían un ejemplo raro en Egipto de posibilidad de ascensión social. Su status no es claro, pero en general el uso hacía que pudieran enajenar sus parcelas.

Debajo, el inmenso artesanado de todos los oficios. En igual situación contaríamos a los soldados rasos, que aparecen en el Papiro Harris, viviendo en aldeas propias, con tierras donadas por el faraón, en tanto que un miembro de la familia prestara servicio de armas. Ni que decir tiene que a lo largo del Imperio Nuevo el número de extranjeros militares se acrecienta considerablemente.

Y en lo más bajo de la escala social de hombres libres o similares, el campesinado egipcio. Parece cierto que a lo largo de la historia de Egipto se produjo un fenómeno de aumento de la dependencia del campesinado que pasa a vincularse al terreno que cultivaba e incluso puede ser trasladado de un campo a otro cuando este pertenece al faraón o a un organismo. Sin embargo, pueden tener tierras propias y gozan de toda la capacidad jurídica que su humilde condición les permite.

Finalmente, los esclavos. Es un tema debatido el de si en Egipto hubo o no esclavitud en el sentido greco-romano de la palabra. Nosotros creemos que no y esto por varias razones, de las cuales la primera y más importante es que tampoco hubo hombres libres en el sentido greco-romano de la palabra. En ningún caso se llegó en Egipto a la anulación de la personalidad jurídica del hombre con tanta crudeza como en el mundo greco-romano. Pero ello no nos autoriza a pensar que la suerte del esclavo egipcio fuera mejor. Creemos que la diferencia fundamental es la falta de una teoría jurídica sobre el *status libertatis*. De todos modos la esclavitud egipcia es un hecho atestiguado en el Imperio Nuevo y fue fomentada por las conquistas exteriores y las razias que se hacían continuamente en Nubia. Los esclavos podían ser vendidos pero no perdían la capacidad de poseer su propio peculio.

En general, la sociedad egipcia, algo más móvil en esta época, no deja de ser una sociedad sometida a un régimen despótico que no se plantea problemas auténticamente sociales. En las grandes ciudades, Tebas, Menfis, Pi-Ramsés, en las ciudades de provincias, las gentes viven con arreglo a cánones tradicionales, con escasas posibilidades de crearse su propio destino. Sólo cuando se rompía el equilibrio económico, es decir, cuando el faraón no da las raciones a los trabajadores de Deir el-Medina surgen las huelgas y las protestas. El egipcio nunca se planteó el problema de su propia individualidad.

Aunque no es propio de este apartado, no podemos dejar de registrar un hecho nuevo que se produce ahora y que es consecuencia de toda la evolución social de la época, aparece la piedad personal, el único camino que le quedaba al egipcio de afirmarse, pero lo hacía poniendo todo el énfasis en su vinculación directa con los dioses.

DOCUMENTOS

1. IMPERIO NUEVO: TEXTOS DE LA GUERRA HICSA

Tablilla Carnavon

Año III del Horus «El que aparece sobre su trono», *las dos señoras*, «El renueva los monumentos»; *Horus de oro*, el que alegra las dos tierras; *Rey del Alto y Bajo Egipto*; Udja Jeperre; *Hijo de Re* Kamose, que pueda él como Re vivir eternamente para siempre, amado de Amōn-Re, señor del trono de las dos tierras.

El rey poderoso de Tebas, Kamose, ¡que pueda vivir eternamente!, era un rey benéfico; Re [lo] hace ser rey y le otorgó (...) la victoria en verdad.

Su majestad habló en su palacio al consejo de los grandes que eran su séquito:

¿Para qué vale, quisiera saber, este poder mío, si hay un jefe de Avaris y otro de Kush y yo gobierno junto con un asiático y un nubio, y cada uno tiene un pedazo de este Egipto?

El que divide la tierra conmigo no está en un lugar tan lejano como Menfis, y el agua de Egipto [...]. He aquí que él tiene Hermópolis y no queda ninguno, porque fueron destruidos por la servidumbre de los Setiu. Yo me enzarzaré con él y lo abriré en canal. Mi deseo es librar a Egipto y aplastar a los *aamu* [asiáticos].

Entonces hablaron los grandes de su consejo:

«Mira, los *aamu* han [avanzado] hasta Cusae y después de haber arrancado sus lenguas [hablan?] una sola. Pero nosotros estamos tranquilos con nuestra [parte de] Egipto. Elefantina es fuerte, y el control del país está con nosotros hasta Cusa. Lo mejor de sus campos se cultiva para nosotros. Nuestros ganados están en el Delta. La espelta se envió para nuestros cerdos y nuestro ganado no es arrebatado [...] por esto. Él posee el país de los aamu y nosotros tenemos la Tierra Negra. Así, si [alguien] viene, desembarca [?] y nos ataca, entonces actuaremos contra él.

»Pero fueron desagradables al corazón de Su Majestad.

»En cuanto a vuestro consejo [de no combatir contra] los asiáticos que [están en Egipto], mirad, yo lucharé con los aamu, hasta que venga la buena fortuna. Cuando... con llanto toda la tierra de Egipto [me aclamare] al rey poderoso de Tebas, Kamose que protege Egipto.»

Navegué río abajo como un campeón para combatir a los asiáticos según el mandato de Amón, perfecto de consejo, estando delante de mí un ejército valeroso como un soplo ardiente, estando tropas de *mechai* dentro de nuestras fronteras, para espiar a los setiu y destruir sus sedes; mientras tanto Oriente y Occidente traían su grasa y su ejército abundaba en víveres de todas partes. Envié una fuerte tropa de *mechai*, mientras pasé el día en [...] Teti hijo de Pepi en Neferusi, y no permití que escapase. Yo me revolví contra los asiáticos que se habían apoderado de Egipto [?] y él hizo como... el poder de los asiáticos. Yo pasé la noche en mi barco, estando alegre mi corazón.

Cuando amaneció yo estaba sobre él como un halcón. Cuando era hora de perfumar la boca [??], yo lo abatí, yo destruí su muro, yo maté su gente, yo hice que su mujer bajase a la orilla del río. Mis soldados eran como leones con su presa, llevándose esclavos, ganado, grasa y miel, y repartiendo sus cosas, sus corazones alegres. La región de Neferusi estaba arruinada [?], no había gran cosa para nosotros...

2. IMPERIO NUEVO: LA NUEVA ESTELA DE KAMOSE

Se difunde en tu ciudad un vil discurso. Tú estás disminuido al lado de tus soldados, tu boca está cerrada porque yo me he hecho un grande y tú eres un gobernante para reclamar el cepo en el que caerán. Veo tu espalda vil, cuando mis soldados te siguen. No conciben las mujeres de Avaris, no palpitan sus corazones en sus cuerpo cuando oyen el grito de guerra de mis soldados. Partí a *Per-djed* y mi corazón estaba alegre porque Apopi verá la hora de la derrota de Retenu, vil de brazo, que ignora el valor en su corazón, porque no lo tiene. Llegué a Hermontis, navegué y crucé el río para interrogarlo, junté los barcos uno sobre otro. Avancé entre ellos rechazando a los combatientes en tierra y en la corriente como si... un halcón, allí mi nave de oro estaba al frente de ellos, era como un halcón que estuviera a su cabeza. Hice que la potente barca *Meki* alcanzase la orilla y la barca *Jiat* en pos de ella, como hace Dedun cuando saquea el territorio de Avaris. Divisé tus mujeres sobre las terrazas, que miraban al puerto desde las almenas: ellas no se mueven cuando me ven, asomando sus narices por sus muros como las crías del búho que están en su agujero, diciendo: «Está aviado».

Mira, he venido, he triunfado, la fortuna está conmigo, mi acción es perfecta. Juro por Amón poderoso, no juro por ti. Que tú pises el campo no te lo permitiré. Tu corazón está solo, oh vil asiático. Mira, bebo el vino de tu bodega, del exprimido para mí por los asiáticos, que son mis prisioneros. Saqueo tu residencia, que he sitiado y talo tus árboles. Eché tus mujeres en las barcas, he capturado tus caballos. No dejo una sola tabla de los trescientos navíos de madera verde, llenos de oro, de lapizlázuli, de plata, de turquesa, de polvo de cobre innumerable, además de aceite, de incienso, de grasa, de miel, de madera *ituren*, de madera de algarrobo, de madera *sepni*, de todas las maderas preciosas y de todos los buenos productos de Retenu. He tomado todo, no he dejado nada. Avaris está aniquilada, los asiáticos arruinados. Tu corazón está roto, vil asiático que decías: «Yo soy un señor sin segundo, desde Hermópolis hasta Per-Hathor al norte, y Avaris sobre el río.» Los he reducido a la nada, sin dejar un habitante en ellas. He devastado sus ciudades, he incendiado sus casas, reduciéndolas a montones de cenizas para siempre, por el daño que ellos hicieron a Egipto, cuando lo pusieron al servicio de los *aamu*, rebelándose contra Egipto, su señora.

He capturado a su mensajero, que iba de camino por los oasis hacia el sur a Kush con una carta. Encontré en ella que decía escrito de mano del príncipe de Avaris: «Auserre, hijo de Re Apopi saluda a mi hijo, príncipe de Kush. ¿Por qué te alzas como príncipe sin hacérmelo saber? ¿No has visto qué hizo Egipto contra mí? El príncipe que allí reside, Kamose dotado de vida, me ha atacado en mi territorio sin que yo lo provocara como lo ha hecho contra ti. Ha escogido dos países para la aflicción, el mío y el tuyo, devastándolos. Ven, río abajo, no te dilates. Mira, él está aquí conmigo, no hay nadie que te ataque en Egipto. Mira, no le dejaré vía libre para alcanzarte. Nos repartiremos las ciudades de Egipto y [tendremos] felicidad y alegría. Udjajeperre, dotado de vida, potente de acción.

Puse bajo mi mando a los países extranjeros, y a los ríos igualmente. No se encontró camino por el que yo perseguía en el que yo y mi ejército fuéramos débiles. ¿No cogí a los que estaban al norte de mí? Me temía cuando iba río abajo. Ninguno combatió mientras yo lo alcancé y cuando él veía mi hálito ardiente, huyó hasta Kush para buscar un defensor. Yo lo capturé en el camino

y no le dejé llegar: hice que se le prendiera, y que fuera devuelto atrás y dejado al este de Atfib.

Entró mi fuerza en su corazón, desmanteló sus miembros, cuando le dijo su mensajero lo que yo había hecho en el distrito del Chacal que era una de sus posesiones.

Envié un destacamento de fuerzas que estaba en el desierto para saquear el oasis detrás de mí. Volví al Nilo con el corazón valiente y gozoso, porque había aniquilado a todos los rebeldes que estaban en mi camino.

¡Qué navegación tan bella, navegación hacia el sur del soberano V.P.S. con sus soldados a su frente! No hablaba ninguno, ninguno se lamentaba y no lloraban sus corazones.

Llegué a Asiut durante la estación de la inundación. Todas los pastos radiantes, el país se dedicaba a la pesca y a la caza, las riberas rebosaban.

Tebas estaba de fiesta. Mujeres y hombres venían a verme. Todas las señoras abrazaban a su compañeros y ninguno lloraba. El incienso ardía en medio de la residencia, en el lugar que hemos dicho.

Eran recibidas buenas cosas como dando fuerza al hijo de Amón, V.P.S. rey duradero, Uadjeperre, hijo de Re, Kamose, dotado de vida que reprime el sur, que combate el norte, que se apodera del país con su valor. ¡Qué su corazón reciba vida, duración, dominio, contento con su Ka como Re, para siempre eternamente!

3. IMPERIO NUEVO: EL VISIR

Instrucción hecha al visir Rejmire. Fue introducido a la corte en la sala de audiencia del faraón y se hizo venir al visir Rejmire, acabado de elegir. Le dice Su Majestad:

Vigila atentamente la sala de audiencia del visir, supervisa todo lo que se hace allí, porque es el sostén de todo el país.

He aquí que en cuanto a ser visir, mira, no es dulce, sino que es amargo como la hiel. He aquí que es el bronce que circunda el oro de la casa de su [señor]. Mira, es uno que no vuelve su rostro hacia los magistrados y los consejeros, que no hace de nadie un [partidario] suyo. En cuanto a todo lo que un hombre hace en la casa de su señor, será afortunado y no hay ninguno que haga [...] para otro.

Mira, cuando viene un peticionario del Alto Egipto o del Bajo Egipto, o de todo el país, dispuesto a [...] en la sala [del visir], debe velar para que todo se haga según la ley, que todo se haga exactamente con justicia [de tal modo que cada uno sea puesto] en lo que es su derecho.

En cuanto a un funcionario que juzga en público, el agua y el viento difundirán todo lo que haga. No hay quien ignore sus acciones. Si comete un error [?] respecto a su caso, y no es notado por su [propio] oficial [?] será hecho público cuando pronuncie su sentencia [?], que debe ser hecha pública en la presencia de su oficial [?] según las palabras: «No expediré un veredicto [?], sino que mandaré al peticionario [a otro tribunal [?] o magistratura», y sus acciones no serán ignoradas.

La seguridad para un funcionario está en actuar según las reglas haciendo lo que se ha dicho. Un peticionario que ha sido juzgado [no debe decir]: «No se me ha [puesto] en mi derecho.»

Mira, hay una sentencia que está en el libro de Menfis, que dice: «El soberano es misericordioso, el visir severo.» Pero considera aquella que hablaba sobre el visir Heti, que decía: «Ha empobrecido a la gente de su familia en beneficio de los demás, por temor de que se dijese de él [que era... injusto...]. Si uno de ellos apelaba contra un juicio que él había pensado y ejecutado, él [= el apelante] tenía éxito a causa de su [injusto] empobrecimiento.

Esto es más que justicia.

No juzgar [...] porque dios detesta la parcialidad.

He aquí la doctrina: actúa, pues, de este modo. Mira al que conoces como al que no conoces, al que es tu vecino como al que es distante de tu casa. En cuanto a un funcionario que actúa así, prosperará mucho en este oficio.

No descuidar a un peticionario sin haber atendido sus palabras. Si hay un peticionario que viene para hacer una demanda ante ti, no rechazar lo que debe decir como algo que ya ha sido dicho: Si se debe despacharlo, haz que entienda por qué se le despacha. Mira, se dice que un peticionario prefiere que se acoja con atención su discurso, antes que se juzgue aquello por lo que ha venido.

No enfadarte sin razón contra un hombre, pero enfurécete por lo que se debe enfurecer.

Pon ante ti el respeto, para que seas respetado. Es un [verdadero] funcionario, un funcionario a quien se respeta. Mira, el valor de un funcionario consiste en que haga justicia, pero si es un hombre demasiado temido, hay algo de malo en esto en opinión de la gente. No se dice de él: «Es un hombre [bueno].» También se dice que un funcionario que dice mentira es uno que tendrá éxito en proporción a su valor, pero tú tendrás éxito cumpliendo tus funciones y actuando de acuerdo con la justicia. Se desea el ejercicio de la justicia en el modo de comportarse de un visir. [En cuanto al visir] es su (=de la justicia) guardián del templo del dios [=Re]. He aquí lo que se dice del escriba del visir: «Escriba de Maat», se dice de él. En cuanto a la sala donde da audiencia, es una sala espaciosa, llena de [documentos de todos los pasados] juicios. Quien imparte la justicia ante los hombres, es el visir.

¡Mira, un hombre continuará en su cargo, si actúa según lo que está prescrito! No hacer tu [propia voluntad] es una cuestión para la que se conoce la ley. Ocurre al presuntuoso que el rey prefiere al respetuoso al presuntuoso. Actúa, pues, de acuerdo con lo que está prescrito.

Mira [...] está atento a las tierras cultivables, haciendo firmes [los límites]. Si tú acuerdas una inspección, mandarás los inspectores de las tierras, los jefes de la policía y los agentes que inspeccionan.

Si delante de ti hay uno que había hecho inspección, lo interrogarás. Entonces [actuarás] de acuerdo con lo que se te ha encargado.

4. IMPERIO NUEVO: TRATADO DE PAZ EGIPCIO-HITITA (EXCERPTAE)

3. No habrá hostilidades entre ellos, para siempre. El gran jefe de Heta no pasará a la tierra de Egipto, para siempre, para tomar algo de él. Ramsés-Meriamón, el gran gobernante de Egipto no pasará al país de [Heta para tomar algo] de él, para siempre.

4. En cuanto al antiguo tratado que hubo en la época de Shupiluliuma, el gran jefe de Heta, igual que el antiguo tratado que hubo en tiempo de Miwatalli, el gran jefe de Heta, mi padre, yo lo mantendré. Ramsés-Meriamón, el gran gobernador de Egipto, lo mantendrá entre nosotros, empezando en este día. Lo mantendremos y actuaremos de esta manera anterior.

5. Si otro enemigo viene contra los países de Usermare-Setepnere [Ramsés II], el gran gobernante de Egipto, y enviara al gran jefe de Heta, diciendo: «Ven conmigo como refuerzo contra él», el gran jefe de Heta vendrá, el gran jefe de Heta aniquilará al enemigo. Pero si no es el deseo del gran jefe de Heta venir, él enviará a su infantería y su caballería y aniquilará a su enemigo.

6. Ahora bien, si Ramsés-Meriamón, [el gran gobernante de Egipto], es provocado contra súbditos delincuentes, cuando ellos han cometido alguna otra falta contra él, y él venga a aniquilarlos, entonces el gran jefe de Heta actuará con el señor de Egipto [- -].

7. Si otro enemigo viene contra el gran jefe de Heta [y él enviara] al gran jefe [de Egipto] Usermaare-Setepnere [por refuerzos, entonces él] vendrá a él como refuerzo, para aniquilar a su enemigo. Pero si no es el deseo de Ramsés-Meriamón, el gran gobernante de Egipto, venir, él enviará su infantería y sus carros y aniquilará a su enemigo.

8. Ahora bien, si súbditos del gran jefe de Heta transgreden contra él, y Ramsés-Meriamón, el gran gobernante de Egipto, deberá... el país de Heta, la tierra de Egipto..., es decir: yo vendré para su castigo, a Ramsés-Meriamón, el gran gobernante de Egipto, que viva siempre... el país de Heta... nombrándolos para ellos.

9. [Si algún gran hombre del país de Egipto huyera y viniera] al gran jefe de Heta, tanto de una ciudad o de los países de Ramsés-Meriamón, el gran gobernante de Egipto, y vengan al gran jefe de Heta, entonces el gran jefe de Heta no los recibirá [sino] el gran jefe de Heta hará que sean devueltos a Usermare-Setepnere, el gran gobernador de Egipto, [su] señor.

10. Si huye un hombre, o dos hombres desconocidos..., y ellos vinieran al país de Heta, como súbditos extranjeros, no serán establecidos en el país de Heta, sino que serán enviados a Ramsés-Meriamón, gran gobernador de Egipto.

11. Si un gran hombre huyera del país de Heta y [viniera a] Usermare-Setepnere, el gran gobernante del Egipto [desde] una ciudad o de un distrito, o [de cualquier región] perteneciente al país de Heta, y vinieran a Ramsés-Meriamón, el gran gobernante de Egipto, entonces Usermare-Setepnere, el gran gobernante de Egipto, hará que sean llevados al gran jefe de Heta. No serán asentados.

12. Igualmente si... huyen un hombre o dos, otros, que no son conocidos, y vinieran al país de Egipto, para hacerse súbditos extranjeros, entonces Usermare-Setepnere, el gran gobernante de Egipto, no los asentará, [sino que] serán llevados al gran jefe de Heta.

16. Si un hombre huye del país de Egipto, o dos o tres y vienen al gran jefe de Heta, el gran jefe de Heta los tomará y hará que sean devueltos a Usermare-Setepnere, el gran gobernante de Egipto. Ahora bien, en cuanto al hombre devuelto a Ramsés-Meriamón, el gran gobernante de Egipto, no se le imputará su crimen; su casa no será dañada, ni sus mujeres, ni sus hijos, no será muerto, ni dañado en sus ojos, ni sus orejas, ni su boca, ni sus pies. No se le imputará su crimen.

17. Igualmente si un hombre huye del país de Heta, sean uno, dos o tres y vinieran a Usermare-Setepnere, el gran gobernante de Egipto, Ramsés-Meriamón, el gran gobernante de Egipto, los cogerá y hará que sean llevados al gran jefe de Heta; y el gran jefe de Heta no les imputará su crimen, no se hará daño a su casa, ni sus mujeres, ni hijos, ni muertos, ni se dañará sus oídos, ni sus orejas, ni su boca, ni sus pies. Ningún crimen le será imputado. Ningún crimen, porque tenían suficiente concepto de los condicionamientos humanos y podían

tratar estas cosas de forma muy diferente a lo que es usual en el triunfalismo y autoritarismo generalizador, entonces y en todas las épocas de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

A. J. ARKELL: *A history of the Sudan*, Londres, 1961.

K. BAER: «The Lybian and Nubian Kings of Egypt. Notes on the Chronology of Dinasties XXII-XXVI», *J.N.E.S.*, 32 (1973), pp. 4-25.

M. L. BIERBRIER: *The Late New Kingdon in Egypt (c. 1300-664 B.C.). A Genealogical and Chronological Investigation*, Warminster, 1975.

J. BOARDMAN: *The Greeks Overseas*, Londres, 1980.

H. BREASTED: *Ancient Records of Egypt*, vol. IV-V, New York, 1906.

J. ČERNÝ: *Ancient Egyptian Religion*, Londres, 1955.

H. W. HELCK: *Zur Verwaltung des Mittleren und Neuen Reiches*, Leiden, 1958.

—, *Materialien zur Wirtschaftsgeschichte des Neuen Reiches*, Wiesbaden, 1961-1970.

H. KEES: *Das Priestertum in ägyptischen Staat von Neuen Reich bis zur Spätzeit*, Leiden, Colonia, 1953-1958.

F. K. KIENITZ: *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zur 4. Jahrhurdert wor Zeitwende*, Berlín, 1953.

K. A. KITCHEN: *The Third Intermediate Period in Egypt (c. 1100-650 B.C.)*, Warminster, 1973.

—, «Punt and how to go there», *Orientalia*, 40 (1971), pp. 184-208.

R. KRAUS: *Das Ende der Amarnazeit. Beiträge zur Geschichte und Chronologie des Neuen Reiches*, Hildesheim, 1971.

J. M. KRUTCHEN: *Le Décret d'Horemheb. Traduction, commentaire épigraphique, philologique et institutionnel*, Bruselas, 1981.

J. LECLANT: *Montouemhat quatrième prophète d'Amon, prince de la ville*. El Cairo, 1961.

G. LEFEBVRE: *Histoire des grands prêtres d'Amon de Karnak jusqu'à la XXI Dynastie*, París, 1929.

—, *Textes et langages de l'Egypte pharaonique. Hommage à Jean François Champollion*, El Cairo, vols. I-III, 1973-1974.

M. LICHTHEIM: *Ancient Egyptian Literature, vol. III. The Late Period*, California, 1980.

E. MEYER: *Gottesstaat, Militärherrschaft und Standwesen in Aegypten*, *S.P.A.W.B.*, Berlin, 1928.

—, *Geschichte des Altertums*, vol. II, Stuttgart, 1924.

E. OTTO: *Die biographischen Inschriften der ägyptische Spätzeit*, Leiden, 1954.

H. SEULÖGEL: *Der Sonnengott auf der Blüte. Eine ägyptische Kosmogonie der Neuen Reiches*, Aeg. Abh., 37, 2 vols.

A. SPALINGER: «Esarhaddon and Egypt. And Analysis of the first Invasion of Egypt», en *Orientalia*, 43 (1947), pp. 295-326.
J. VANDIER: *Manuel d'Archéologie Egyptienne*, vols. II-V, París, 1955-1964.
J. YOYOTTE: «L'Egypte Ancienne», en *Historie Universelle*, La Pléyade, París, 1956.

CAPITULO XII

SIRIA Y PALESTINA EN EL SEGUNDO MILENIO A.C.

En páginas anteriores habíamos hablado de Ebla y de Mari, que protagonizaron la historia de Siria en el III y principios del II milenio a.C. Ahora nos dedicaremos a la franja costera de 700 kilómetros de largo que sirvió de charnela a todas las grandes potencias vecinas que se formaron al norte (Hititas), al este (Mesopotamia) y al sur (Egipto). A principios del II milenio en el reinado de Sesostris I (c. 1970-1930) se escribió el *Cuento de Sinué* que nos relata un viaje a Palestina y Siria en el que el protagonista visita Biblos, el Retenu Superior y describe la vida de los nómadas. Su valor histórico es relativo porque en esencia se trata de una visión literaria más que realmente objetiva. De mayor valor son los llamados *Textos de maldición* de la misma época aproximadamente, que consiste en escribir en *ostraka* o figurillas los nombres de los rebeldes tanto interiores como exteriores del faraón (nubios y asiáticos) para romperlos y, mediante este ritual mágico, aniquilar al verdadero enemigo. En el caso de Siria aparecen unos setenta nombres de ciudades entre los que se pueden identificar: Biblos, Ullaza, Askalón, Magdal, Sichem, Aphek, Bethshemesh, Shamu'anu, Pijilim, Mishal y Lajis. Las ciudades del norte de Siria son conocidas por los archivos de Mari, como Qatna (Mishrife), Karkemish (Djerablus), Zalmaqum (Harran) y Yamjad (Alepo). Se trata de pequeños reinos que pueden poner sobre las armas unos cuantos centenares de hombres, en algún caso sabemos que una alianza de quince reyes podía movilizar un ejército de diez mil hombres. Los reinos del sur se relacionan con Egipto y los del norte con Mari y Babilonia. Su economía debió de ser muy floreciente por hallarse situados en llanuras pequeñas pero fértiles, y sobre todo, por la actividad comercial, que ya conocemos en los tiempos de Ebla y Mari. El país estaba atravesado por rutas comerciales que van desde Mesopotamia a Anatolia el Mediterráneo y Egipto. Desde muy antiguo se da en esta pequeña región una mezcla racial que produjo una población muy activa y con fuerte personalidad, por no hablar de su valor militar. Los nombres de los príncipes citados en los *Textos de maldición* son predominantemente cananeos.

1. ALAJAJ (TELL ATCHANA)

Las excavaciones de Sir Leonard Woolley desde 1936 a 1949 pusieron al descubierto una ciudad que ilustra toda la historia de la Siria antigua. Situada en la llanura de El-'Amq a unos kilómetros de Antioquía, tiene sus comienzos a finales del IV milenio y como las ciudades contemporáneas de Mesopotamia empieza con templos superpuestos y casas. En el nivel XII, fechable en época akkadia, se encuentra un palacio con columnas de adobe, una imitación de los conocidos en Mesopotamia, probablemente la vivienda del rey; en el nivel VII se alcanza una época plenamente histórica, con los edificios identificados como el palacio real, el templo de la ciudad, las puertas de la ciudad, pero sobre todo porque en el palacio y el templo se encontraron gran cantidad de tablillas cuneiformes que se refieren a los reinados de tres reyes: Hammurabi, Yarim-lim y Niqme-epuj, correspondiendo la mayoría a Yarim-lim, contemporáneo del Hammurabi de Babilonia.

El auge de Alalaj se debió al colapso del Imperio Medio egipcio, que permitió la vida de las ciudades sirias bajo un régimen de libertad. Alalaj pasó a manos de un tal Abban, del que se habla muy poco y que fue fundador de una dinastía, y fue padre de Hammurabi rey de Yamjad, nombre con el que se designa la monarquía cuya capital es Alepo. Su nueva adquisición fue puesta en manos de Yarim-lim, su nieto, según la costumbre de estos reyezuelos que también encontramos entre los hititas, como hemos visto anteriormente. Así pues Yarim-lim gobernó en Alalaj y a la muerte de su padre lo hizo en Alepo. Una tablilla de Mari dice: «Hay diez o quince reyes que siguen a Hammurabi a Babilonia y diez o quince que siguen a Rimsin de Larsa, pero veinte reyes siguen a Yarim-lim de Yamjad». Este importante sincronismo fue una de las causas de la renovación de la cronología allá por los años cuarenta. Durante el gobierno de Yarim-lin la ciudad adquirió un aspecto espléndido: palacio, murallas y una puerta monumental, construida del mismo modo que las hititas de adobe con entramado de madera y presenta dos torres cuadradas con revestimiento de piedra caliza. Yarim-lin se construyó un palacio adosado a la muralla. En el nivel VII estaba el templo y en él se encontró una cabeza del estilo de Ur III que podía representar al propio Yarim-lim. Su sello, hallazgo casual que llegó a Francia en 1817, muestra junto al DINGIR akkadio el signo *anj* egipcio, lo cual en opinión de Schmökel es un buen ejemplo de las dos influencias que predominan en Alalaj.

La corte mantenía excelentes relaciones con Mari, porque cuando Zimrilim tuvo que abandonar la ciudad huyendo de Shamshiadad de Asiria buscó refugio en Alalaj con la ayuda de Aqad de Alepo. Parece que en un determinado momento Yarim-lim abandonó Alalaj y puso en su lugar a un gobernador llamado Ammitaku que también se llama rey. A éste sucede como virrey de Alalaj Irkabtum. Cuando murió Yarim-lim le sucedió en el trono de Alalaj Nimqepa y en su tiempo parece que se produjo una rebelión que acabó con la prosperidad de la ciudad que había propiciado la dinastía. El excavador Woolley encontró huellas indudables del fuego y del saqueo e incluso los cadáveres de cinco soldados de la guardia con las armas en la mano. Lo mismo ocurrió con los demás edificios oficiales: templo, ciudadela, puerto, etc. Este hecho es fechado hacia el 1750-1730 a.C., coincidiendo con las agitaciones que sufrió el Oriente Próximo probablemente con la migración de los hicsos y de los kasitas en Babilonia. Durante ciento cincuenta años apenas se

construyó en la ciudad. Los hurritas conquistaron la región estableciéndose principados en Qatna, Nujashshe, Niya, Tunit, etc.

Pronto empezó la presión hitita sobre la región y Mursilis I conquista Alepo (Yamjad) y por ello también probablemente Alalaj, aunque arqueológicamente no hay señales de la invasión de Mursilis. Egipto reaccionó vigorosamente en Oriente y Tutmés I alcanzó Alalaj, y Woolley cree haber descubierto la huella de su ataque en las tumbas de la ciudadela, así como el nombramiento de un gobernador egipcio, basándose en una instrucción fragmentaria en la que se menciona a un escriba. En los años siguientes debió hacer causa común con los mitanios, cuyo testimonio cree Woolley que es un altar situado en el patio de un templo del nivel V, aunque esta hipótesis nos parece muy arriesgada. Las campañas de Tutmes III afectaron a Siria y el faraón debió de agrupar a una serie de ciudades en una unidad política denominada Mukish y puso a su cabeza a Taku, el fundador de la dinastía que iba a gobernar a Alalaj en los próximos cien años.

Llegamos así al nivel IV que es el más rico en documentación histórica. Este nivel comienza un poco antes de 1450 a.C. y dura hasta 1370 aproximadamente. De él poseemos unas doscientas tablillas y la autobiografía del rey Idri-mi escrita en su estatua. El material arqueológico incluye el palacio, muy bien conservado, restos del templo, puertas de la ciudad y un abundante ajuar de cerámica y sellos. La dinastía propiamente dicha comienza con Ililimalima, del que conservamos un sello, una inscripción en akkadio y una figura del rey llevando en la mano el símbolo de la vida. Le sucede su hijo Idri-mi, cuya inscripción ha significado una revolución tanto en la literatura como en la cronología del Próximo Oriente. La inscripción está grabada en una estatua sedente en su trono, publicada el año 1949. Dice así:

«Yo soy Idri-mi, hijo de Ilimilima, el seguidor de Adad, de Hepat y de Ishtar, señora de Alalaj, mi señora.

»Un mal hecho sucedió en Halab, sede de mi familia y nosotros huimos a la gente de Emar, hermanos de mi madre, y vivimos en Emar. Mis hermanos, que eran mayores que yo, estaban conmigo, pero ninguno de ellos tenían los proyectos que yo tengo: "¡Cualquiera que posea la sede de su familia es un ... el que no, no es más que un esclavo a los ojos del pueblo de Emar!". [Por ello] cogí mi caballo conmigo, mi carro, mi criado, marché y crucé el desierto e incluso entré en la región de los guerreros suteos. Estuve con ellos por la noche en mi ... carro, pero al día siguiente partí y fui a la tierra de Canaán. Permanecí en Ammia en la tierra de Canaán; en Ammia vivían también nativos de Halab, del país de Mukishji, del país de Nia y también guerreros del país de Ama'e. Descubrieron que yo era el hijo de su señor y se reunieron en torno a mí. Allí crecí y me quedé por mucho tiempo. Durante siete años viví entre las gentes hapiru. [Entonces] solté pájaros [para observar su vuelo] y observé [las entrañas de] los corderos [y hallé] que al cabo de siete años Adad se me había vuelto propicio. Así que construí barcas hice... soldados las tripularan y me aproximé al país de Nukishji por mar y alcancé la playa debajo del monte Casio. Desembarqué y cuando mi país oyó de mí me trajeron ganado mayor y menor. Y en un día y como un solo hombre los países de Nia, Ama'e, Mukishji y mi ciudad de Alalaj se volvieron hacia mí. Mis hermanos oyeron [esto] y vinieron a mi presencia. Tan pronto como se reconciliaron conmigo, yo consideré a mis hermanos como tales.

»Sin embargo, durante siete años Parattarna, el rey poderoso, el rey de los guerreros hurritas, me trataron como enemigo. Al séptimo año envié a Aunanda [como mensajero] al rey Parattarna, rey de los guerreros [hurritas] y [le] hablé sobre los servicios de mis padres cuando mis antepasados habían estado a su servicio y [cuando] lo que habían dicho era agradable a los ojos de los guerreros hurritas, y [que] habían hecho una alianza basada en un solemne juramento entre sí. El poderoso rey oyó nuestros antiguos servicios y el juramento que habían jurando entre sí. Ellos le leyeron las palabras del juramento, palabra por palabra así como (la lista de) sus servicios. Él aceptó mi mensajero [lit.: mi saludo]. Yo aumenté los regalos indicadores de mi lealtad que eran pesados y le devolví [su] carta perdida. Yo le juré un gran juramento según mi condición de leal vasallo.

»Y [así] me hice rey a cargo de Alalaj. Vinieron a mí reyes de la derecha y la izquierda y lo mismo que acostumbraban a traer regalos sobre regalos para mi abuelo en... yo los tuve...

»Yo tomé... soldados y marché contra la tierra de los hititas y destruí siete de sus lugares fortificados; estos son los ... lugares fortificados: Pashshaje, Damarut-re'i, Hulahhan, Zise, Ie, Ulizina y Zaruna. El país de los hititas no movilizó ni marchó contra mí, pude hacer todo lo que quise. Yo les tomé prisioneros, saqueé sus riquezas, posesiones y propiedad y los distribuí entre mis soldados, mis tropas auxiliares, mis hermanos y amigos. Yo mismo tomé una parte como la suya. Entonces volví al país de Mushji y entré [en triunfo] en mi ciudad de Alalaj.

»Yo tuve una casa construida por medio de prisioneros, las provisiones, riquezas, posesiones y propiedad que habían traído desde el país de los hititas; hice mi trono como el trono de los reyes, mis hermanos como los hermanos de los reyes y mis guardias como sus guardias. Hice que los suteos que vivían en mi país se ausentaran en establecimientos seguros y los que no querían dividir en estos establecimientos los obligué a hacerlo. Y puse a mi país sobre una base firme e hice que mis ciudades fueran como antes como ... En cuanto a las regulaciones cultuales que los dioses de Alalaj habían establecido y los sacrificios y ofrendas que nuestros antepasados habían celebrado para ellos, yo los celebré exactamente como ellos lo habían celebrado y ahora confié su responsabilidad a mi hijo Adadnirari.»

[Siguen las maldiciones para el que destruya la estatua y termina]. Yo fui rey durante treinta años».

Le sucedió su hijo Niqmepa, cuyo soberano fue Saushshatar. De su reinado tenemos una abundante colección de tablillas cuneiformes. Una de ellas encontrada en el palacio registra un tratado entre Niqmepa y Ir-alM deTunip en el que se acuerda: 1) Que los comerciantes suteos que quieran vender cebada, trigo o aceite no puedan hacerlo sin autorización. 2) Que los conspiradores tanto de un país como de otro deben ser extraditados. 3) El soberano de Tunip debe requisar y devolver todo botín hecho en Alalaj y vendido en Tunip. 4) Devolución y compensación de esclavos. 5) Al ladrón de ganado o mujeres que no puedan demostrar su inocencia se le cortarán las manos. 6) Sobre propiedad de siervos. 7) Sobre crímenes cometidos en Alalaj por ciudadanos de Tunip o al revés. 8) Un paisaje muy interesante sobre las familias que pasen de estado a estado en busca de alimento, que no deben ser detenidas, sino enviadas a su lugar de origen. 9) Si un súbdito hurrita del rey de Hurri se hace enemigo de él, los reyes contratantes (?) no romperán el juramento prestado a su señor hurrita.

Con Ilimilimma II, hijo y sucesor de Niqmepa termina la historia escrita de Alalaj. Muy pronto Subiluliuma dio muestras de su capacidad y echó a Tushratta del trono de Mittani y sin el poder de Mittani los pequeños estados sirios no podían ofrecer una resistencia organizada: «Yo dominé la tierra de Alepo y la tierra de Mukishe. Takuwa, rey de la ciudad de Nie volvió al país de Mukishshe a mi presencia diciendo "Paz"». La ciudad pasó a manos hititas y esta época corresponde arqueológicamente a los niveles III y II (*c.* 1370-1280). En ellos se encontró Woolley una fortaleza, un templo y casas particulares. Durante la dominación hitita, que no sabemos cuántos altos y bajos tuvo, no se produjeron grandes cambios, por lo menos atestiguados por la arqueología, pero se adoptó un tipo de administración marcadamente hitita. Parece que Alalaj participó en las sublevaciones producidas a la muerte de Subiluliuma, siguiendo el ejemplo de Alepo y con ella volvió a la obediencia con Mursilis. El nivel I (1280-1190) representa el final de la dominación hitita en la ciudad con una serie de oscilaciones, y arqueológicamente hay que destacar algunas piezas de gran interés como un relieve de Tuthaliya IV en el que el rey aparece marchando y en pos de él un servidor, bella cerámica pintada llamada de «Atchana», excelentes ejemplares de cerámica micénica, un candelabro de mármol rojo, leones de basalto del templo en un bello estilo neohitita y un altar de basalto.

El final de la ciudad hacia 1190 ocurrió por obra de la invasión de los pueblos del mar que incendiaron y arrasaron la ciudad. Hubo algún intento de reconstruirla, porque en una tumba de cremación apareció un escarabeo de Ramsés VI (hacia 1140).

2. UGARIT (RAS SHAMRA)

Situada a unos 60 kilómetros al sur en una posición estratégica, enfrente de Chipre, fue una ciudad que desempeñó un papel fundamental en la cultura de la costa levantina porque en ella se dieron cita influencias egipcias, akkadias, hurritas, egeomicénicas y chipriotas, así como hititas. Su floreciente economía descansaba en la metalurgia del bronce basada en el cobre importado de Chipre, la industria de la púrpura, el comercio de vino, aceite, telas de lana y lino y madera de nogal. Políticamente era un reino que comprendía unos 45 kilómetros de costa, con cuatro puertos, entre ellos el propio Ugarit, Mineet el-Beidha y Shuksi (Tell Sukas). A corta distancia de Chipre tenía tráfico abundante, Biblos, Tiro, Chipre y Creta. Por caravana con Alepo, Emar, Karkemish y por el Éufrates con Babilonia o con las rutas a Asiria por el Jabur Superior. Hacia el norte, hasta Anatolia central.

En lo que respecta a su historia propiamente dicha tenemos pocas noticias de la época antigua, pero en general la evolución política de la ciudad refleja claramente las constelaciones políticas del momento. En tiempo de la dinastía XII egipcia encontramos relaciones importantes con el país del Nilo, de las que son testimonio un sello de Sesostris I encontrado en la ciudad, una estatua de basalto enviada por Khnumit, esposa de Sesostris II, numerosas estatuillas, ob-

jetos de adorno y una esfinge de Amenemhat III. Por la misma época se detecta una colonia de cretenses. Más tarde aparecen sellos babilonios de la época de Hammurabi de Babilonia y en uno indígena de estilo babilónico aparece Yakam, hijo de Niqmaddu, probablemente el rey que escribía a Zimrilim de Mari manifestándole su deseo de conocer las maravillas de su palacio. Después hay una gran laguna que debe corresponder a la época del dominio hurrita, y cuando el imperialismo egipcio presionó sobre Siria, la ciudad volvió a caer en la esfera de influencia faraónica. De todos modos, parece que cuando los hititas aparecieron como gran potencia y en consecuencia Egipto y Mittani establecieron una *entente cordiale*, Ugarit conoció tiempos de inusitada prosperidad y éste es el momento en que la documentación es más abundante y podemos trazar la sucesión de los reyes desde Ammishtamru hasta Hammurabi.

Ammishtamru. De él no conocemos documentos privados, sino tan sólo una carta en el archivo de El-Amarna en la que se declara vinculado a la política egipcia a pesar de las presiones que recibe de los hititas y solicita que el faraón no le abandone. *Niqmaddu II*, hijo del anterior, hace un tratado con Subiluliuma de Hatti. El motivo fue la revuelta de los vasallos hititas de Mukish, Nujashi y Nia. Subiluliuma escribe una carta a Niqmaddu invitándole a tomar partido en favor de Hatti contra los rebeldes Ituraddu de Mukish, Addu-nirari de Nujashshe y Agi Teshub de Nia. Niqmaddu, privado de la ayuda egipcia, reconoce la soberanía hitita y acepta pagar un tributo anual de gran cantidad de oro (doce minas y veinte siclos y varias copas), plata, telas de púrpura y de color azul, etc., destinado al rey hitita, la reina, príncipes y altos dignatarios. El rey hitita se comprometía a proteger las fronteras del reino de Ugarit que se explicitan en el texto pero que presentan dificultades para su determinación exacta. Asimismo Niqmaddu recibía el derecho de retener a los fugitivos de Mukish (Alalaj) y Nujashshe, y parece que incluso parte de estos reinos. Niqmaddu se mantuvo fiel al tratado en tiempos de Mursilis II, y en su tiempo Ugarit gozó de notable prosperidad, librándose de la ocupación hitita y manteniendo buenas relaciones con Egipto. Le sucedió en el trono su hijo *Arjalbbu*, que reinó unos nueve años muy mal conocidos, pero es casi seguro que participó en coaliciones antihititas y probablemente fue depuesto por Mursilis II, subiendo al poder *Niqmepa* que se mantuvo fiel a la alianza hitita, aunque su reino se vio reducido en dos distritos, pero participó con un contingente en la batalla de Kadesh en el ejército de Muwatallish. En el juego diplomático de la época, Ugarit había jugado en tiempos de El-Amarna la carta de Amurru, pero después de Kadesh este reino se rindió a los hititas y cuando subió al trono de Hatti Hattushilish III continuaron las buenas relaciones entre Hattushsha y Ugarit. Un edicto real hitita establece que los fugitivos ugaríticos no pueden establecerse entre los *hapiru* del rey hitita, lo que puede significar «entre los nómadas» y deben ser devueltos a Ugarit.

Le sucede su hijo *Ammishtamru II*, que reina bajo la influencia de la reina viuda Ajatmilku, hija del rey de Amurru y que interviene en una intriga de corte. Dos hijos suyos, y por ello hermanos del rey, habían «cometido una falta» contra su madre y el rey de Ugarit Ammishtamru, y se les expulsa a Alashia (Chipre), pero lo curioso del caso es que el árbitro de la disputa es el rey de Karkemish. El rey se divorcia de una hija de Benteshina de Amurru y el arbitraje hecho por Tudhaliya IV establece que si el príncipe heredero sigue el partido de su madre debe renunciar a sus derechos y el rey nombra a otro heredero. Otro drama de la corte de Ugarit es el de la «hija de la gran dama» del que poseemos alguna información pero no toda la que deseamos. Una esposa del rey había cometido un grave delito y en consecuencia se escapó a Amurru, su país de origen, junto con sus hermanos. Ammishtamru confiscó sus bienes y pidió a Shaushgamuwa, hijo y sucesor de Benteshina la extradición de la esposa infiel, a lo que se opone Shaushganuwa, pero el rey de Ugarit insiste e interviene Tudhaliya en favor de Ammishtamru frenando sus tentativas del de Amurru, incluso de emplear la fuerza armada. Se llega al acuerdo de que se ejecute a la esposa infiel pagando «el precio de la sangre» con 1400 siclos de oro. He aquí un drama de corte que ilustra las conductas de estos reyezuelos que tanto nos recuerdan las intrigas de harén de los reyes de Israel-Judá. En política general Ugarit disfruta de una autonomía discreta y mantenía buenas relaciones con todos sus vecinos, especialmente con Egipto, y cuando Tukultininurta I de Asiria cruzó el Éufrates, Ugarit se mantuvo fiel a la alianza-vasallaje con los hititas.

El sucesor fue el segundo hijo *Ibiranu* que continuó las buenas relaciones con Karkemish, cuyos príncipes intervienen en Ugarit regulando las fronteras. Respecto a los hititas debió haber algún roce, porque el príncipe hitita Pijawalwi le escribió una carta en la que entre otras cosas le dice: «Después de que has tomado el poder real en Ugarit, ¿por qué no has venido cerca de mi sol? ¿Y mensajeros por qué no los has enviado? Ahora, mira que sobre este asunto mi sol está muy irritado». Probablemente la estrella declinante de Hattusha no ofrecía garantías. Su hijo *Niqmaddu III* reinó poco tiempo, y después de él Hammurabi es el último rey de la dinastía que nos permite conocer los archivos de palacio. En su tiempo ascendió al trono de Hattusha Subiluliuma II que tuvo que enfrentarse al desastre de su reino, y reclama con urgencia auxilio a sus vasallos sirios, a lo que el rey de Ugarit contesta que no le queda ni un solo navío y que sus tropas están en tierras de los hititas. El enemigo eran «los pueblos del mar» que asolaban todas las costas del Egeo. También le tocó el turno a Ugarit. Fue saqueada y destruida. Muchas tablillas quedaron sin cocer y se escondieron los tesoros, desapareciendo todos los elementos que habían constituido la cultura de esta opulenta ciudad.

En el reino de Ugarit se puede estudiar un problema muy interesante para la imagen de la implantación rural en la zona costera de Siria. La extensión del estado ugarítico se calcula en unos 3000 a 4000 km^2 en el que había unas ciento ochenta a doscientas aldeas, una de las cuales tenía por término medio 18,5 habitantes movilizables por cada aldea, lo que nos da un total de 3900 movilizables. Parece que cada familia tiene una media de 6,5 personas y por ello se calcula que la población total del reino de Ugarit sería de 25.000 habitantes, a los que hay que añadir los que viven en la ciudad y otros pequeños segmentos de población.

Es curioso observar que en Ugarit hay pocas grandes familias del tipo que encontramos en Alalaj y Arrapja. Antes bien, se ha producido una división de la propiedad y la correspondiente fragmentación de la familia patriarcal. Esta familia rural era la base del reino de Ugarit y estaban sometidas a una serie de prestaciones y tributos que en esencia son: recluta militar que, o bien se hace de un arquero por tres aldeas, o de diez arqueros por una sola aldea, siendo la variación proporcional probablemente al número de habitantes. En algunos casos se hacen movilización general. Las autoridades reales consideraban a las aldeas como uni-

dades responsables de hombres libres. También estaban obligados a servir en la flota militar y en la mercante. Las aldeas debían trabajar para las obras reales de uno a cinco días al año, pero algunas debían hacerlo más de cinco, de diez e incluso de treinta días al año. Parece que el trabajo era de arar (o cosa similar) con una yunta de bueyes. En algún caso se trata de talar troncos para la reparación de un templo. Cuando trabajaban para el estado, los aldeanos recibían raciones alimenticias. Las comunidades aldeanas pagaban impuestos, tanto en plata como en especies. Y la suma era recaudada por agentes comerciales reales dependientes del rey de Ugarit, aunque es posible que la última época los impuestos fueran arrendados por los *tamkares* del rey de Ugarit. Se pagaba un diezmo del trigo, impuesto sobre el vino, aceite, ganado, manufacturas (lanzas) y otros no identificados. Cuando el rey otorgaba una aldea a un alto funcionario o a un miembro de la casa real, éste sólo tiene derecho a los impuestos, no a la propiedad del pueblo. Los que no querían o no podían pagar los impuestos recibían el nombre de *nayyalu* («el hombre que no cumple sus obligaciones») por lo que el rey confiscaba su tierra y la daba a quien o quienes se hacían cargo de la deuda y de sus obligaciones en la comunidad rural. En otro caso, podían pasar a manos del rey que la daba a los hombres de su servicio. Hay un caso de esclavitud por deudas a *tamkares* hititas que recibirán al deudor y a su mujer e hijos, pero no podrán poseer tierras en Ugarit. Conocemos casos de *anachoresis* de deudores.

Finalmente se ha demostrado que en el reino de Ugarit existieron restos de lo que Jacobsen llamó «la democracia primitiva», tanto en la época cananea como en las instituciones. Quedan alusiones a las asambleas comunales, al consejo de ancianos, que aunque distaban mucho de ser organizaciones democráticas y dependían del rey, eran representativos de las familias más destacadas.

3. BIBLOS (GUBLA)

Es otra ciudad que refleja en su historia la evolución de las relaciones culturales de la Siria meridional, orientada hacia Egipto como Alalaj lo hacía hacia el mundo hitita y Mesopotamia. Desgraciadamente las excavaciones de la ciudad no nos han dado archivos como Mari, Ebla, Alalaj y Ugarit, y la reconstrucción histórica ha de hacerse a base de hallazgos arqueológicos producto de excavaciones en épocas de escaso rigor metodológico.

Después de una aldea calcolítica, en tiempos de Yemdet-nasr ya era una ciudad. Y ya en los comienzos de la historia escrita aparecen objetos de importación egipcia concretamente de Jasejemui, lo que demuestra que durante la II dinastía egipcia existía un comercio activo entre el valle del Nilo y la costa fenicia. De esta época parece ser el templo de la Balaat giblita y algunos han querido ver en Biblos una colonia egipcia durante la V dinastía. Una línea regular unía la ciudad del Delta egipcio y de allí llegaban grandes troncos de cedro utilizados en toda clase de construcciones y carpintería. Biblos exportaba también aceite de cedro empleado en el embalsamado, papiro y esclavos.

No sabemos por qué, hacia el 2100 a.C. se produjo una destrucción de la ciudad atestiguada por una capa de ceniza. Esta catástrofe, según Dunand, es

un hecho detectable en toda el área del Oriente Próximo y lo atribuye a los cambios que sufrió la zona a finales del III milenio. La ciudad se rehízo después y su testimonio es el llamado templo II, un templo sirio y corresponde al imperio medio e indica una época de prosperidad de la ciudad. Un gran avance cultural significó la aparición de la escritura cuneiforme. Los hallazgos de esta época comprenden las tumbas de los príncipes de Biblos contemporáneos de la dinastía XII egipcia con sarcófagos de tipo egipcio y ricos ajuares con numerosos objetos egipcios pero también egeos, especialmente vasos cretenses del MM I.

A partir de ahora conocemos los nombres de los reyes de Biblos que llevan nombre cananeo: Japishemuabi, Abishemu, Ilumyapi, Zamtinhamu, Abishemu II, Japishemuabi II, Egleya, etc., que se habían egipcianizado hasta el punto de emplear la escritura jeroglífica, pero hacia 1700 se creó una escritura propia llamada «pseudojeroglífica», una mezcla del sistema jeroglífico y el sistema cuneiforme, y que constituye el primer paso hacia el alfabeto. Después del intermedio hurrita que corresponde a un vacío arqueológico de dos siglos, vuelven las buenas relaciones de Biblos con Egipto, aunque arqueológicamente no hay ningún edificio que podamos atribuir al imperio nuevo egipcio. Sin embargo, los hallazgos aislados y los textos nos hablan de una estrecha cooperación entre ambos países. En la época de El-Amarna, el príncipe de Biblos Rib-Adda es uno de los más activos corresponsales y mantiene su fidelidad contra las acechanzas de Abdashirta y Aziru de Amurru, los *hapiru* y los hititas. Al final cayó en manos de Aziru y los habiru, y años después la saquean los pueblos del mar. A pesar de todo, la ciudad se rehízo y fue, como siempre, aliada de Egipto, que cada día perdía más prestigio. En la época de Wenamon (Ramsés XI) ya no había sino desprecio para lo egipcio. Algunos vivían allí, pero sin importancia alguna, e incluso se les detenía y se les guardaba en prisión diecisiete años hasta su muerte. Más tarde caerá en la órbita asiria.

Hemos hablado de las grandes ciudades de Siria en el II milenio, pero existían muchas más, cuya arqueología se va descubriendo a medida que avanza la ciencia. Por otra parte las fuentes escritas hititas, las de Mari, Alalaj y las egipcias, especialmente las cartas de El-Amarna y los relatos de campañas nos dan una visión de las ciudades de Siria-Palestina y de la activísima política de sus príncipes en los siglos XIV y XIII a.C.: Nujashshe, Amurru, Kadesh, Berito, Tiro, Megiddo, Jezer, Jerusalén y Askalón. Sus reyes intrigan unos contra otros, metidos en los conflictos de las grandes potencias, piden auxilio a unos y otros, se traicionan entre sí y hasta se asesinan. Son cultos, refinados e intrigantes, continuando una historia muy vieja.

Pero si queremos entender la historia completa de esta región privilegiada en el II milenio no podemos limitarnos a las ciudades. La estepa, el desierto y las zonas montañosas estaban pobladas por tribus, unas nómadas y otras sedentarias, que completan el cuadro de las poblaciones que actúan en la región. Algunas entrarán en la historia como pueblos, otras no saldrán de su anonimato.

Empezamos por los *hab/piru*, que tanta tinta han hecho correr entre los orientalistas sin que se haya llegado a un acuerdo sobre su identidad. En las cartas de El-Amarna se les designa con el ideograma de SAG-GAZ que en akadio significa para unos «Kopfschläger» y para otros simplemente «Räuber». En las tablillas de Capadocia el término aparece transcrito fonéticamente y más tarde

en Babilonia y en Mari, en Alalaj y en Nuzi. En Kumidi (Siria) aparecieron dos cartas en las que se menciona una deportación de hapiru desde Damasco a una ciudad situada en el país de Kasha (Kush?). Aparecen como gentes que se entregan como esclavos o sirven como soldados, en suma, grupos marginales. No parece que formen un grupo racial ni lingüísticamente determinado sino que el nombre tiene un valor puramente descriptivo, cuyo contenido varía según los tiempos y los lugares. Amenofis II en su campaña siria captura a tres mil hapiru y con ellos a quince mil *shashu*, que tienen que ser distintos porque los pone aparte. Aparecen mencionados en una estela de Beth-she'an en tiempos de Seti I que luchó contra ellos y se les describe como merodeadores.

En el poema «La toma de Joppe» se cita a un *'prw* en relación con un caballo. En tiempos de Ramsés II se les cita como ocupados en el transporte de piedras. Ramsés III otorga al templo de Atum de Heliópolis *'prw*, etc. Es interesante destacar que más tarde el concepto va adquiriendo un concepto geográfico y cierta identificación con Israel. No es una clase o capa social de personas sin pertenencia a una familia. Tampoco es viable dudar de su vinculación con los hebreos del Antiguo Testamento y por lo tanto con uno de los grupos que «en la época patriarcal», igual que los benjaminitas de las cartas de Mari pertenecen a los precursores de Israel (Schmökel, *Alte Geschichte Vorderasiens*, página 234). M. Rowton dice sobre el particular: «Los nómadas que dejaron la estepa abierta ocuparían enclaves de tierra boscosa o estepa dentro de la zona sedentaria. Estos compartirán su hábitat con las bandas de hapiru, consistentes en desarraigados, a menudo fugitivos y salidos tanto de las tribus como de las aldeas. Desde el punto de vista económico había poca diferencia entre un grupo tribal y un grupo de hapiru. La diferencia principal era social: el primero tenía una organización social y el otro no. Algunas bandas hapiru se basarían principalmente en el merodeo y el bandidaje, y, por supuesto, tenderían a ser considerados bandidos. A veces pudo aparecer alguna designación como «país de los hapiru».

En este mundo oscuro y complejo hay que buscar los orígenes de los antepasados de los hebreos. Las excavaciones de Mari y los textos allí descubiertos parecen demostrar que los antepasados de los israelitas vinieron desde Harran (Norte de Mesopotamia) a Palestina. La patria tradicional de Abraham en Ur parece una invención del siglo III a.C. Ya hemos hablado de los hapiru y sobre ello añadiremos que Albright no vacila en decir que: «Hasta que la cuestión se decida, debemos contentarnos con que la ascendencia de los hapiru se compagina muy bien con la historia tradicional hebrea». Los «benjaminitas» de Mari aparecen mandados por jefes llamados *dâwidûn*, que coinciden en el tiempo con la aparición de los hapiru. Es sabido que los relatos bíblicos sobre los orígenes no son demostrables históricamente. Investigadores de gran talla han afirmado el carácter poético y fantástico del Génesis. Parece cierto que el nombre de Moisés es egipcio y con ello debemos admitir como histórico el hecho de que una parte del pueblo hebreo vivió en Egipto bastante tiempo, y probablemente desde allí cruzó el Mar Rojo y emprendió el camino hacia la Tierra Prometida.

La conquista de Palestina fue un hecho histórico que se desarrolló en poco tiempo según la tradición bíblica, pero que en realidad debió ser mucho más largo. La emigración partió del Sinaí septentrional desde el oasis de Kadesh Barnea (Ain Kudes). En un primer momento los hebreos tuvieron que desviarse hacia

el este por la orilla derecha del Jordán y luego cruzarlo para apoderarse de Jericó y la región montañosa de Bethel, con Siquem como centro. El caudillo de esta primera oleada fue Josué que ha de situarse cronológicamente antes de la primera mitad del siglo XIII a.C. Un segundo avance debió tener lugar hacia la mitad del mismo siglo.

Los pueblos del mar. Para completar el cuadro de los nuevos pueblos que irrumpen en Anatolia, Siria, Palestina y costa norte de Egipto debemos mencionar la aparición de una migración que los egipcios llamaron «pueblos del mar» ya en el siglo XIV a.C. Algunos aparecen en el ejército que Ramsés II empleó en la batalla de Kadesh como tropas auxiliares, entre ellos los *shardana* (sardos) Merenptah se enfrenta el año cinco con los libios aliados de los *akaiwasha* (aqueos), los *turusha* (etruscos), los *lukka* (licios), etc. y consigue rechazarlos. El año 1198 llegaron a Egipto y fueron derrotados por Ramsés III según reza la inscripción del segundo pilono Medinet Habu:

«Año ocho bajo la majestad de [Ramsés III]...

»... Los países extranjeros hicieron una conspiración en sus islas. De pronto los países fueron removidos y dispersados en el combate. Ningún país pudo resistir a sus armas, desde Hatti, Kode, Karkemish, Arzawa y Alashiya, fueron aniquilados a un tiempo. Fue levantado un campamento en un lugar en Amor. Desolaron su gente y sus países eran como lo que nunca existió. Siguieron avanzando hacia Egipto, mientras se preparaba la llama delante de ellos. La confederación era de *peleset* [filisteos], *cheker*, *shekeresh* [sículos], *denyen* [danaos] y *weshesh*, países unidos».

Parece que el faraón preparó una doble defensa utilizando la flota y el ejército porque los invasores vinieron por mar y por tierra en carros tirados por bueyes con todos sus enseres, mujeres, niños y dioses.

La opinión más corriente es que hubo encuentros por tierra en Dahy (costa fenicia) y por mar en el Delta, pero no hay seguridad ninguna. El hecho es que fueron rechazados. En cuanto a su identificación ya hemos avanzado algún nombre. Es seguro que los *peleset* son los filisteos que se quedaron en la costa y dieron su nombre a Palestina, chocando con los hebreos que estaban recién instalados en la zona, y crearon la Pentápolis de Ekrón, Asdod, Askalón, Gath y Gaza, que se mantuvo hasta David. Los *cheker* aparecen en tiempos de Wenamon (dinastía XXI) en la costa de Siria. En conjunto se les hace responsables de la destrucción de Troya, del imperio hitita, de Ugarit, de Alalaj y de otros muchos sitios como lugares de Chipre? Es una cuestión abierta a discusión; pero, en suma, parece que su avance señaló el triunfo del hierro y el final del bronce.

DOCUMENTOS

1. SIRIA Y PALESTINA EN EL II MILENIO: UGARIT, TESTAMENTO

En este día, ante testigos, Yarimanu habló como sigue:

Por lo tanto, todo lo que yo poseo [y] lo que Bidawe adquirió junto conmigo [a saber]: mi ganado mayor, mi ganado menor, mis asnos, mis esclavos varones, mis esclavas, mis cuencos de bronce, mis hervideras de bronce, jarros de bronce, cestos, el campo de Bin-harasina [lindante] con el río Ra'abani lo he dado a Bidawe, mi esposa.

Y por lo tanto, mis dos hijos –Yatlinu, el mayor, y Yannhamu, el menor– cualquiera de los cuales llevara una querella contra Bidawe, o abuse de Bidawe, su madre, pagará 500 siclos de plata al rey; colocará su manto sobre el cerrojo de la puerta, y marchará a la calle. Pero cualquiera de ellos que preste respeto a Bidawe, su madre, a ese entregará ella [las posesiones].

Cinco testigos y el nombre del escriba.

(PRITCHARD, *The ancient Near East*, II, pág. 80)

2. SIRIA Y PALESTINA EN EL II MILENIO: UGARIT

(Juicio por homicidio)

Ante Ini-Teshup, rey de Karkemish, Arishimiga, un mercader al servicio del rey de Tarhudash, y los ciudadanos de Ugarit se reunieron en proceso. Arishimiga depuso así: «Los ciudadanos de Ugarit mataron a un mercader del rey de Tarhudashsha.» Y Arishimiga no había recuperado ninguno de los bienes pertenecientes al mercader que había asesinado en Ugarit. El rey decidió su caso así: «Que Arishimiga tome juramento [en apoyo de su testimonio] y los ciudadanos de Ugarit pagarán la compensación completa por el mercader». Arishimiga entonces tomó el juramento, y los ciudadanos de Ugarit pagaron la compensación completa de 150 siclos de plata a Arishimiga, servidor del rey de Tarhudashi. En el futuro, Arishimiga no presentará reclamación alguna contra los ciudadanos de Ugarit referente al mercader que fue asesinado, y los ciudadanos de Ugarit no presentarán reclamación contra Arishimiga respecto a los 150 siclos de plata del pago de compensación. Ninguno de ellos presentará reclamación: este documento prevalecerá contra él.

(PRITCHARD, *cit.* II, pág. 80-81)

3. SIRIA Y PALESTINA EN EL II MILENIO: ALALAJ

Acerca de la finca de la mujer de Ammuzapi, Abba'el produjo pleito legal contra su hermano Bittati, declarando así: «La casa entera me pertenece a mí totalmente; tú, Bittati, no eres reconocido [como heredero] en [esta] casa.» Así [replicó] Bittati: «[...] en la ciudad de Suhayuwa, [...] yo soy [realmente] reconocido [como heredero] en [la finca del] mi madre; ¿por qué has tomado, entonces, la parte extra de tu finca? Tú y yo debemos dividir equitativamente la casa de nuestro padre.

Acudieron en procedimiento legal ante el rey Niqmepa. Abiadu declaró en testimonio ante el rey Niqmepa, el rey que Bittati tenía [derecho a] una parte de la finca. El rey entonces declaró: «Que Abba'el tome como su parte preferente [la parte de] la casa que le plazca: Bittati tomará entonces esa [parte de la] casa que él deja.» Esto es lo que el rey declaró.

Gimil-Addu y Riwaziadu [funcionarios] del trono fueron designados para arreglar la división de la casa. Abba'el tomó como su parte preferida el piso superior con el desván; la parte baja la dio a su hermano, Bittati. Desde este día en adelante Abba'el, respecto a la casa que es porción de Bittati, cualquiera [de ellos] que entable tales procesos pagará al palacio quinientos siclos de oro y perderá su parte de la finca.

Nueve testimonios. Fecha: día 13 del mes de Izalé, año en que el rey Niqmepa tomó la ciudad de Arazik.

(PRITCHARD, *op. cit.* pág. 78-79)

Abrogación de un convenio de matrimonio.

Sello de Niqmepa

Shatuwa, hijo de Zuwa, ciudadano de Luba, pidió a Apra [la mano de] su hija para que fuera su nuera, y, de acuerdo con las leyes de Alepo, le llevó el regalo de boda. Apra [más tarde] cometió traición, fue ejecutado por su crimen y su finca fue confiscada por el palacio. Shatuwa vino a la luz de sus [derechos a sus] posesiones –sus lingotes de cobre y dos dagas de cobre– y las cogió. Y desde este día Niqmepa [se considera haber] satisfecho a Shatuwa. Para lo venidero, Shatuwa [no tendrá más] derecho legal con referencia a sus po[sesiones].

Siete testigos, incluido el escriba.

(PRITCHARD, *op. cit.* II, pág. 79)

BIBLIOGRAFÍA

M. DUNAND: *Les Fouilles de Biblos*, París, 1926 y ss.

C. H. GORDON: *Ugarit Textbook*, Roma, 1961.

M. HELTZER: *The Rural Community in Ancient Ugarit*, Wiesbaden, 1976.

H. KLENGEL: *Geschichte Syriens in 2. Jahrtausend vor unseren Zeit*, 2 vols. Berlín 1965, 1969.

F. MOORE CROSS: *Canaanite Myth and Hebrew Epic*, Cambridge (Mass.), 1973.

J. NOUGAYROL: *Les archives internationales d'Ougarit*. París, 1959.

G. DEL OLMO LEUTE: *Mitos y leyendas cananeas*, Madrid, 1981.

G. POSENER: *Princes et Pays d'Asie et de Nubie*, Bruselas, 1940.
Cl. F. A. SCHAEFFER y J. MOUGAYROL: *Ugaritica*, vols. I-VII, París, 1939 y ss.
—, *Stratigraphie comparée et Chronologie de l'Asie occidentale*, Oxford, 1948.
S. SMITH: *Alalakh and Chronology*, Londres, 1940.
WISEMAN: *The Alalakh Tablets*, Londres, 1953.
L. WOOLEY: *A Forgotten Kingdom*, Harmondsworth, 1952.

CAPÍTULO XIII

ANATOLIA: PROTOHISTORIA E HITITAS

I. PROTOHISTORIA DE ANATOLIA

La arqueología ha demostrado que en la segunda mitad del III milenio a.C. Anatolia había conseguido un grado de desarrollo económico y social comparable al de Siria o Mesopotamia y Egipto, lo cual no debe extrañarnos, si recordamos el brillante neolítico y calcolítico producido en este país. Desde comienzos del Bronce Antiguo II (2600-2300) había adquirido técnicas necesarias para la metalurgia del bronce y disponía de materia prima abundante, tan sólo le faltaba el estaño, y éste lo importaba de lugares que desconocemos, en fecha tan temprana, pero que más adelante vendría de Asiria que tal vez actuaba como intermediaria en este comercio. La agricultura, de tan vieja tradición en Anatolia, se había desarrollado asimismo, y era con la ganadería la base fundamental de su economía. Era un país de pequeñas ciudades estado, cuyos jefes y reyezuelos vivían en castillos ubicados en cabezos más o menos fortificados. Al final de este período se pueden datar las tumbas de Alaca Höyük, cuya perfección técnica en los objetos de metal atestigua la calidad de los artesanos anatolios en tan temprana fecha. No es de extrañar que los reyes de Mesopotamia que carecían de metal pusieran sus ojos en las riquezas de Anatolia, y de una forma o de otra trataran de asegurarse su suministro. A ello aluden las expediciones legendarias de los reyes de Akkad a la ciudad de Purushanda, y una confirmación es la fundación de un palacio en Tell Brak, sin duda para controlar el comercio caravanero de la Baja Mesopotamia con la meseta anatolia y Siria.

1. LOS ASIRIOS EN CAPADOCIA

Durante el primer cuarto del segundo milenio encontramos a los asirios establecidos en varias ciudades anatolias, dedicados al comercio. Los conocemos casi exclusivamente por una ciudad llamada *Kanesh*, que probablemente aparece

citada en los textos de Ebla a mediados del tercer milenio, situada en un cabezo denominado actualmente Kültepe, a 20 km de Kaiseri por la carretera que conduce a Sivas, muy cerca de la aldea de Karahüyük. El yacimiento fue excavado primero por B. Hrozný en 1925, que empezó en la parte alta del yacimiento y sólo en última instancia durante unas semanas se dedicó a la parte baja donde realmente estaba el barrio asirio y por ende allí aparecían las tablillas cuneiformes. En 1948 las excavaciones fueron continuadas por Tashin y Nimet Ozgüc, que prosiguieron el trabajo durante muchos años. La estratigrafía conseguida, sobre todo por los Ozgüc, demuestra que la ciudad de Kanesh existió desde el comienzo del tercer milenio, siendo, por lo tanto, posible que la referencia de los textos de Ebla corresponda en efecto a este asentamiento. Pero hay evidencia de que el poblado fue destruido por el fuego en torno al año 2000 a.C. Fue reconstruida a principios del bronce medio y floreció hasta finales del siglo XIX a.C., en que vuelven a aparecer las cenizas de incendio. Se rehace en el bronce medio III hasta que otro nivel de cenizas acaba con ella en torno al 1750. La historia posterior en época hitita, frigia, helenística y romana no nos interesan aquí.

En la parte baja, donde realmente se establecieron los asirios, también hay cuatro niveles, desde el 2000 aproximadamente. En los niveles IV y III no hay restos de presencia siria, aunque no se deben sacar argumentos *ex silentio*. Los niveles II y Ib son los que dieron los documentos asirios que luego estudiaremos, y que pueden fecharse entre el 1900 y el 1750 a.C. Por otra parte la ciudad alta o acrópolis, es mucho más antigua y su fundación debe situarse en torno al año 3000 a.C. Esta fecha temprana haría verosímil que la cita de la ciudad de Kanesh por los textos eblaítas sea una realidad.

En las distintas campañas arqueológicas se han recogido unas 15.000 tablillas escritas en lengua asiria antigua, que son la correspondencia comercial de los mercaderes allí asentados con las autoridades comerciales de Assur de quienes dependían. Estos documentos son tablillas de forma de pastilla de jabón de un tamaño de 75 mm de máximo, escritas cuando la arcilla estaba húmeda, una vez escritas se les echaba ceniza, se las metía en «sobre» de arcilla y se la cocía en el horno. Si era una carta se escribía la dirección en el sobre y si se trataba de un documento oficial se sellaba bien con un cilindro sello o con un sello de estampa. Precisamente un sello de Ibbi-sin de Ur III fue lo que se consideró fecha inicial del establecimiento, pero que ha sido discutida por los eruditos que se ocuparon del tema. El término de la colonia se ha situado en la época de Puzur Ashshur de Asiria, o sea hacia 1840 a.C. Ahora bien, después de una destrucción por incendio, el nivel IB supone una reconstrucción de la colonia y una duración hasta Isme-Dagan, o sea hasta 1750 a lo sumo.

El *karum* era una especie de cámara de comercio que controlaba el mecanismo del comercio entre Asiria y las ciudades de Anatolia. Era responsable del envío de caravanas y de su seguridad, el pago de deudas por un sistema sencillo de crédito para evitar los peligros del dinero en mano. Cada año se nombraba un magistrado epónimo llamado *limmu*, lo mismo que en Asiria. Las fuentes demuestran que el *karum* nombraba comités de tres miembros llamados *šălištum*, y de cinco, *hamištum*, para oir las reclamaciones. Igualmente podía nombrar comisiones de diez, que se denominaban *aširtum*. Aparece un funcionario llamado *hamuštum*, nombrado por un período de cinco días (según otros cincuenta) que también es epónimo. Otros funcionarios son conocidos, como un funcionario del tesoro, escribas, aunque sepamos poco de sus funciones específicas. Lo mismo que Assur enviaba sus emisarios oficiales *(šiprû ša âlim)* para transmitir las órdenes, así lo hacía el *karum* mediante los *šiprû ša Kârum Kaniš*, o enviados del *karum* de Kanesh cuando tenía que dirigirse a otros establecimientos de Anatolia, donde había colonias comerciales asirias. También hay referencias no frecuentes a los *daianû*, jueces.

Un problema importante en cuanto a la vida de la comunidad y de otras cuestiones que veremos más adelante, es el de las relaciones con los reyezuelos indígenas, es decir, su situación política. Frente a la opinión de algunos investigadores que creían en un colonialismo, digamos imperialista, los resultados de estudiosos más atentos lleva a las conclusiones que damos a continuación: 1) Los asirios tienen garantizados sus derechos de residencia. 2) Pueden gobernarse a sí mismos. 3) Las transacciones comerciales deben hacerse «al precio», es decir, que existen acuerdos previos. 4) Los príncipes indígenas tienen derecho de primera opción para la compra de mercancías asirias, pero a su vez cobraban impuestos a las caravanas, a cambio de lo cual les prestaban atención y guías. Además reclamaban el derecho a buscar y prender a los asirios sospechosos de traficar en productos prohibidos.

Kanesh no fue el único *karum* asirio en Anatolia, aunque sí el más importante. De los demás el que aparece más veces mencionado es Burushatum, pero además existían Hahhum, Hurama, Mahria, Turhumit, Ursu, Wahsusana, Hattusha, Tammia y Zalpa. De menor importancia eran los *wabartu*, o establecimientos comerciales menores, de los que conocemos nueve, todos ellos sin localización exacta.

Esto nos lleva a tratar de los itinerarios que enlazaban unos establecimientos con otros y a todos, probablemente, a través de Kanesh, con Assur, centro superior del comercio asirio, que en los documentos de Kanesh se denomina «la ciudad». Las tablillas no dicen nada de los caminos caravaneros, pero dan algunos datos sueltos que permiten algunas conclusiones aproximativas. Probablemente se viajaba de Assur hacia el río Jabur por Sinjar, después hacia el oeste por los bordes del desierto hasta Harrán, desde allí hacia el Éufrates, al que cruzaba por Birejik. Desde Birejik las caravanas que iban a Kanesh se orientaban hacia el norte por Gaziantepe hasta el valle de Sinjerli, cruzaban el paso de Maras por donde entraban en Capadocia. Las rutas intermedias y las secundarias que unían entre sí a los distintos establecimientos siguen en la sombra, hasta que podamos identificar con seguridad el emplazamiento de los *karu* y los *wabaratum*. Los medios de transporte eran caravanas de asnos, sin que haya mención ninguna de vehículos de cuatro ruedas, que probablemente eran inservibles en aquel tipo de caminos. Destaca Seton Lloyd el hecho de que en los innumerables documentos sobre las caravanas no exista mención de que fueran asaltadas, lo que significa un alto grado de seguridad. Las mercancías que venían de Asiria eran estaño (lo que se creía plomo) y tejidos de muy distinto tipo y precio. Lo que se exportaba de Anatolia a Assur era fundamentalmente cobre. Los precios se daban en peso de plata. Así sabemos que la *ratio* entre el estaño y la plata era 1/6-7, la del cobre 1/46-80. Se habla en algunos documentos de un metal más caro que el oro y que se ha pensado que era el hierro. El oro respecto de la plata estaba al 8/1. Parece

que también se comerciaba en ámbar y cornalina. A pesar de estos cambios de «moneda», en la práctica lo que predominaba era el trueque de productos, siendo las equivalencias en plata un mero índice teórico, como ocurre en Egipto. La última red de tráfico comercial eran los pequeños vendedores que iban de pueblo en pueblo con sus productos.

Los príncipes indígenas, llamados en los documentos *ruba-um*, «señor», intervienen de alguna manera. En primer lugar, cuando llega el cargamento, éste debe ser inspeccionado por el «palacio» o sea el príncipe, para después ser vendido libremente. Como era frecuente que el anatolio comprase más de lo que podía pagar, se daba el problema de cobrar a los morosos, y en algunos casos sabemos que «el palacio» indígena intervino para evitar que un hombre fuera vendido por deudas. También cobraban un impuesto llamado *nishatum*.

La arqueología ha descubierto las casas del *karum* de Kanesh, de algunas de las cuales sabemos el nombre de sus dueños como es el caso de la perteneciente a Laqipum, comerciante, y la de su colega Adad-Sululi. Las ruinas se conservan en tal estado que es posible reconstruirlas en su casi totalidad. Es un hecho que la ciudad y todos los enseres son de tipo anatolio, lo que nos indica que los inmigrantes asirios habían adoptado los usos y costumbres anatolias y en particular la forma de las casas. Estas son del tipo antiguo anatolio con paredes de adobe apoyadas en obra de piedra sin escuadrar, sobre la que apoyan las vigas de madera, que a su vez soportan las horizontales, que sostienen el piso superior o el techo. La planta es de patio central al que se accede por un corredor, con habitaciones abiertas a él. Parece que la familia vivía en el piso superior y allí estaba la oficina del mercader, mientras que en la planta baja se ubicaban los almacenes, talleres, etc. Era costumbre enterrar a los muertos en el suelo de la casa, depositando el cadáver en cistas de terracota y rodeado ésta de ricos ajuares.

Para terminar, diremos algo de las relaciones humanas, que variaron a lo largo del tiempo. Al principio la presencia asiria era casi exclusivamente masculina, consistente en mercaderes y sus empleados, algunos de los cuales pasaban parte de su vida en Assur o volvían allí a la vejez. Sus familias quedaban en la metrópoli. Después muchos se quedaron a vivir en Anatolia formando su familia y su casa, que comprendía esposas, esclavos, criados e hijos. Con el tiempo, trajeron sus mujeres de Assur, o jóvenes para casarse, o incluso se casaron con mujeres anatolias. El problema de la comunicación afecta directamente a la lengua. Parece que era frecuente el bilingüismo, sin embargo existían intérpretes *(targumannum)*.

II. LOS HITITAS

El estudio de la cultura e historia de los hititas es uno de los grandes descubrimientos de la filología y la arqueología del primer cuarto del siglo XX. De antes eran conocidas las referencias bíblicas y los datos de los textos jeroglíficos, las tablillas de El-Amarna y los textos asirios. En 1902 J. A. Knudtzon descubrió dos tablillas en lengua indoeuropea, hasta entonces desconocida, en los archivos de El-Amarna, dirigidas a un rey de Arzawa, por lo que se le llamó a esta lengua arzawita. Pronto aparecieron varios millares en Bogazköy, las cuales descifradas

por B. Hrozny en 1915, revelaron la existencia de una lengua que había sido hablada y escrita por los habitantes del gran estado conocido como hitita y que había jugado un gran papel en el concierto de las grandes potencias del Oriente Próximo en los siglos XIV y XIII a.C. Anteriormente habían aparecido numerosos monumentos en Siria (Alepo y Hama) con inscripciones jeroglíficas que se reputaban como obra de los hititas, pero que también aparecían en Anatolia central y occidental. El hecho de que los archivos antes mencionados de Bogazköy estuvieran en escritura cuneiforme y lengua indoeuropea causó una considerable confusión entre los eruditos, los cuales durante mucho tiempo no avanzaron en el desciframiento de estos textos jeroglíficos enigmáticos. El año 1947 un texto bilingüe demostró que también la lengua de los jeroglíficos era indoeuropea, pero no idéntica al hitita predominante en los archivos cuneiformes. Por el contrario, era similar a otra lengua que también aparece en los archivos de Bogazköy denominada *luwita*, y que era propia de un país que primero se llamó Luwiya y después Arzawa, presumiblemente situado en Lidia o Cilicia. En los archivos aparecen otras lenguas, alguna de ellas indoeuropea como el palaico.

Es evidente, pues, que la mayor parte de Asia Menor septentrional, central, nordoccidental y oriental en un momento determinado estaban pobladas por gentes que hablaban lenguas indoeuropeas y que según todos los testimonios debían ser invasores, pero ¿de dónde?

Hace treinta años se tenía por probable que habían llegado por el nordeste procedentes de una zona al oeste del Caspio y, pasando por las Puertas Caspianas, entrarían en Asia Menor. Los argumentos eran que una plegaria al dios Sol de Muwatalli hacía referencia al astro emergiendo del mar, mar que no podía ser otro que el Caspio. Además los guerreros de las regiones orientales conservaban en época histórica ciertos privilegios que se remontarían a los momentos de la emigración hacia el oeste. Un argumento de especial fuerza en favor de esta teoría es el hecho de que la escritura cuneiforme que adoptaron los hititas no es del tipo asirio de las colonias de Capadocia, sino de tipo babilónico anterior a Hammurabi. Pero también puede argumentarse que la escritura cuneiforme ha de venir de Oriente necesariamente. Además ahora sabemos que el sistema cuneiforme había llegado a Ebla ya a mediados del III milenio.

Últimamente se ha dado importancia a la arqueología, y partiendo de la base de que un cambio lingüístico debe reflejarse en mayor o menor grado en la arqueología, se han hecho nuevas hipótesis. Todas ellas adolecen de descansar en principios generales y en una arqueología hoy por hoy limitada. De todos modos empieza a hablarse de que una «expansión de influencias –y lengua– se produjo en Anatolia central desde el sur y en menor grado desde el oeste, poco después de que estas áreas fueran "indoeuropeizadas" desde el noroeste. El megaron de Kültepe muestra que los nuevos llegados habían conseguido una considerable influencia allí hacia el año 2250 a.C.». Cuando llegaron los invasores hablaban una forma de indoeuropeo que había de diferenciarse en hitita, luwita y otros dialectos que conocemos en el segundo milenio. En última instancia, no hay que olvidar que el hitita pertenece al grupo de lenguas indoeuropeas kentum, como el latín. Y otro dato más desconcertante aún, muchos reyes hititas llevan nombres protohatti. También se ha sugerido que la parte noroeste de Anatolia estuvo ocupada por hablantes de una forma antigua del griego.

1. LOS COMIENZOS DEL REINO HITITA

Las primeras noticias que tenemos sobre la situación política de Anatolia central proceden de Mesopotamia. En las leyendas épicas de Sargón de Akkad se habla de expediciones a Anatolia motivadas por la llamada de auxilio de los mercaderes akkadios, y el rey lucha contra Burushhanda, conocida por los textos asirios de Kültepe como hemos visto. De Bogazköy procede una versión hitita de un texto ficticio de Naram-sin en el que se habla de una coalición de 17 reyes entre ellos Pamba, rey de Hatti, Zipani, rey de Kanesh, y un rey de Amurru llamado con el nombre de Khuwaruwa. Dan la imagen de un país dividido en multitud de pequeños principados cuyos reyes luchan por la supremacía. Un documento de mayor valor histórico es una carta encontrada en Kültepe, escrita por Anumkhirbi, príncipe de Mama al príncipe de Kanesh:

«Así habla Amumkhirbi, príncipe de Mama a Warshama, príncipe de Kanesh. Tú me has escrito lo siguiente: "El hombre de Taishama es mi esclavo, yo le apaciguaré. ¿Pero tú apaciguarás al hombre de Sibukha, tu esclavo?". Puesto que el hombre de Taishama es tu perro, ¿cómo es que se conduce independientemente frente a otros señores? El hombre de Sibukha es mi "perro", ¿se conduce acaso arbitrariamente contra otros señores? ¿Acaso el príncipe de Taishama se ha hecho el tercer príncipe entre nosotros? Cuando mi enemigo me venció el hombre de Taishama entró en mi país, destruyó doce ciudades y robó vacas y ovejas. Él dijo así: "El hombre está muerto, por ello yo he cogido los pájaros que habían caído en mi trampa". En vez de proteger mi país y animarme, no sólo incendió la tierra sino que hizo humo maloliente. Cuando tu padre Inar estaba sitiando durante nueve años la ciudad de Kharsama, ¿acaso invadió mi país tu país y mató un buey o una oveja? Hoy me escribes lo siguiente: "¿Por qué no limpias el camino para mí? [una laguna de varias líneas]" Tú me escribiste como sigue: "Prestemos un juramento". ¿Es el antiguo insuficiente? Que tu mensajero venga a mí y que mí mensajero vaya regularmente a ti Tarikutana, en vez de plata, sellos de piedra que sean depositados allí. ¿Son estas cosas buenas para los dioses?».

Esta carta se fecha en la época del nivel Ib de Kanesh, es decir, en la última fase de la colonia asiria, e ilustra de manera clara las rivalidades de estos reyes. Está escrita en asirio, lo que demuestra la extensión del asirio entre los indígenas, por lo menos como lengua diplomática. Hay que recordar que tanto en Mama como en Kanesh había mercaderes asirios establecidos.

Volvemos a tener noticias de estos príncipes a finales del siglo XVIII a.C. en una tablilla de Anitta, hijo de Pithana:

«Anitta, hijo de Pithana, rey de Kussara, dice: Él era amado por el dios de la tempestad, y como él era amado del dios de la tempestad el rey de Nesa fue hecho prisionero por el rey de Kussara. El rey de Kussara salió de la ciudad con una gran fuerza y se apoderó de la ciudad de Nesa durante la noche, al asalto. Él cogió al rey de Nesa, pero ningún habitante de Nesa sufrió el menor daño, sino que los trató como madres y padres. Después de Pithana, mi padre, en el mismo año combatí. Por la parte del sol, en la tierra en que siempre se levanta, toda ella la combatí. Pero después vino el rey de Hatti... Por segunda vez lo derroté cerca de la ciudad de Salampa. Todos los países desde Zalpuwa al mar interior. Antes Ukhna, rey de Zalpuwa había traído la estatua del dios Siusummi de Nesa a Zalpuwa, pero después yo, Anitta el gran rey, devolví a Nesa desde Zalpuwa a Siusumi. Y Khuzziya, el rey de Khalpuwa lo llevé vivo a Nesa. Y el hambre asoló la ciudad de Hattusa, y yo los dejé. Pero cuando estaban gravemente afectados por el hambre, entonces los entregó Siusmi al dios Khalmasuita; y por la noche la tomé al asalto. En su lugar sembré malas hierbas. Él que era rey después de mí y repueble Hattusa, le castigará el dios de la tempestad. Y en Nesa construí las fortificaciones. Detrás de las fortificaciones construí la casa del dios de la Tempestad y el templo de Siusummi y la casa del dios Khalmasitta. Lo que de bueno había traído de las campañas con ello los adorné. Hice una solemne plegaria y... El mismo día traje dos leones, 70 cerdos salvajes, tres cerdos de los cañaverales, 120 osos, y leopardos y leones, animales salvajes, y... a la ciudad de Nesa para mis dioses. Al año siguiente salí a campaña contra los príncipes de Satiwara. Cuando yo avanzaba a la batalla entonces vino el hombre de Burushkhanda en mi homenaje, y me trajo un trono y un cetro de hierro como obsequio respetuoso. Cuando volví a Nesa llevé al hombre de Burushkhanda conmigo. Cuando llegó al aposento interior se sentó a mi derecha.»

Tanto Anitta como su padre aparecen citados en los documentos de Kanesh, ciudad que debe identificarse con Nesa. El texto que hemos dado en traducción más arriba está escrito en lengua hitita, siendo uno de los documentos más antiguos de esta lengua. Con la ayuda divina Pithana conquista la ciudad de Nesa, destronó a su rey y trata con generosidad a la población. No conocemos la ubicación exacta de Kussara, pero parece que Nesa es Kanesh. Más adelante el mismo Anitta conquista Khatti la que despuebla y siembra de mala hierba maldiciendo al que intente repoblarla. Parece que las excavaciones de Bogazköy confirmaron las noticias de la tablilla, al encontrarse una gruesa capa de cenizas que cierra por arriba el nivel paleoasirio.

2. EL IMPERIO ANTIGUO HITITA

Las fuentes callan durante casi un siglo. El decreto de Telipinu, redactado mucho después, describe con gran parquedad la expansión política del reino desde «un pequeño rincón». Como iniciador de este proceso aparece *Tabarna* (o Labarna), que se apodera de las ciudades de Khupisna, Tuwanuwa, Nenassa, Landa, Zallara, Parshkhanta (= Buruskhanda) y Lusa y pone en ellas a sus hijos como gobernadores. Lleva hasta el mar las fronteras del estado, que debió de tener como sede central la ciudad de Kussara. La figura de *Tabarna* adquirió un carácter simbólico pasando a signicar «monarca», según un proceso paralelo al que se desarrolló muchos siglos después con la palabra «César». Esta época de luchas era recordado por los hititas como una calamidad que no debía repetirse. Probablemente haya que encuadrar todos estos avatares en el marco de la expansión hurrita, que hacia el siglo XVII a.C. intervenía en la zona norte del Creciente Fértil, y no hay que olvidar que aquel Anumkhirbi de Mama lleva un nombre hurrita.

El verdadero fundador del Imperio antiguo fue sin duda *Hattusili I* (*c.* 1650), quien, como su nombre indica, estableció la capital en Khattusa, muchos años después de ser destruida y despoblada. Sus hechos se describen en el citado

decreto de Telipinu y en el texto bilingüe en akkadio e hitita de Bogazköy. En el primero se dice:

«Entonces gobernó Hattusili como rey. Por aquella época estaban unidos sus hijos, sus hermanos, sus parientes, las gentes de su clan y sus tropas. Pero a donde iba a luchar vencía a cualquier país enemigo con su fuerte brazo. Aniquilaba [una y otra vez] el país; lo dejaba inerme. Se dio como fronteras el mar. Cuando volvía de la campaña, iban sus hijos a cualquier país. En sus manos ponía las grandes ciudades. Pero cuando después los siervos de los príncipes se convirtieron en impostores, empezaron a comer sus casas [despilfarrar], a conspirar contra sus señores y a derramar su sangre».

El texto ofrece dificultades interpretativas por su estilo repetitivo de los párrafos dedicados a su antecesor L/Tabarna, pero al menos da la versión que se tenía de los hechos cinco generaciones después.

El texto bilingüe dice así:

«El gran rey Tabarna ejerció la realeza en Hattusa, sobrino de Tawannana. Marché hacia Sakhuitta, pero no destruí la ciudad, aunque aniquilé la comarca. A mis tropas las dejé en dos lugares atrás y les di todo el bien... Al año siguiente me dirigí contra Alalaj y lo aniquilé. Después marché contra Urshu. De Urshu hacia Igakalish. De la ciudad de Igakalish marché a Tishkhiniya. A la vuelta aniquilé el país de Urshu y llené mi casa de tesoros.

»Al año siguiente marché contra el país de Arzawi. Cogí vacas y ovejas y me las llevé. En mi regreso el enemigo del país de Hanigalbat entró en mi país y todas las tierras se perdieron para mí. Sólo se libró la ciudad de Hattusa. Al gran Tabarna el amado del dios Sol, este lo sentó en su regazo, le tomó la mano, y lo llevaba delante en la batalla.

»Al año siguiente marché contra la ciudad de Zaruna y aniquilé Zaruna. Marché contra la ciudad de Shashu. Delante de él [el gran rey] tomó el enemigo posiciones y tropas de la ciudad de Jalab estaban con él. En la montaña de Adalur preparé su derrota.

»En aquellos días se marchó como un león, atravesó el gran rey el río Purán, la ciudad de Shashu la derrotó como un león con su garra. Allí hizo montones de polvo y llevó su botín a Hattusa. La plata y el oro no tenían principio ni fin. El dios de la tempestad, señor de Amaruk, el dios de la tempestad, señor de Jalab, Allatum, Adalur y Liluri, dos toros de plata, tres estatuas de plata y oro llevé yo a la diosa del Sol de Arinna. La hija de la diosa Allatum, Hepat, tres estatuas de plata, dos estatuas de oro, le llevé al templo del Mezulla.

»El gran rey Tabarna marchó a Zippashna, y la ciudad de Khakhu devasté como un león. A la ciudad de Zippasna la aniquilé y a sus dioses los llevé a la diosa Sol de Arinna. [Después] marché hacia Khakhu y contra la puerta de la ciudad entablé combate por tres veces y destruí la ciudad. La hacienda y bienes llevé a Hattusa, mi ciudad. Dos carros cargados de oro, dos carros *majaltum* de plata, una mesita de oro, una mesita de plata. Los dioses de Khakhu, un poderoso toro de plata, un barco cuya proa estaba cubierta de plata, llevó el gran rey Tabarna de la ciudad de Khakhu y los regaló a la diosa local.

»El gran rey Tabarna tomó las manos de sus esclavas de la piedra de molino

y tomó las manos de sus esclavos de su trabajo. Rompió sus cadenas. En el templo de la diosa del Sol de Arinna les concedí la libertad bajo el cielo.

»El Éufrates nadie lo había atravesado aún. El gran rey Tabarna lo atravesó a pie y sus tropas lo cruzaron a pie. A las tropas de Khakhu las derrotó. Daño nunca se le había hecho a la ciudad de Khakhu, nunca se le había arrojado fuego, ni se había hecho ascender humo para el dios de la tempestad. Cuando el gran rey Tabarna aniquiló al rey de Khakhu, el rey de Khakhu puso fuego a las ciudades e hizo que el humo ascendiera para el dios del cielo y de la tempestad. Y al rey de Khakhu lo uncí delante de los carros de carga».

Durante algún tiempo se creyó que L/Taberna y Hattussili eran dos reyes distintos, pero hoy se tiene por muy probable que se trate de uno solo siendo Hattusili un apelativo derivado de Hattusa, la ciudad que pasa a ser centro del poder y de donde procedía el monarca. Los textos que damos describen con detalle las campañas consecutivas en las que se ganan ciudades que pronto se vuelven a perder con facilidad, especialmente cuando el rey de Hattusa regresa a su capital, o cuando el rey de Janigalbat le ataca mientras está de campaña en tierras lejanas. La zona de expansión se centra en el norte de Siria con la toma de Alalaj (Tell Atchana), en la cual L. Woolley encontró las huellas de la destrucción de la ciudad en las cenizas que cubrían el nivel VII, fechado entre 1650 y 1630. Después Urshu, ciudad que se creía al norte de Karkemish, pero hoy sabemos que estaba cerca de Ebla o sea de Tell Mardik. Después Khashu, enemigo poderoso, que ataca repetidas veces. De todos modos, el enemigo más poderoso era el rey de Jalab, al que derrota en Adalur, hecho de armas descrito en una narración histórica en hitita arcaico:

«el príncipe de Khashu vino contra el rey para la batalla... Zaludi, el grande de los guerreros manda y Zukrashi el general [del rey de] Khalab vinieron juntos con sus tropas y carros de la ciudad de Khalab».

Es curioso que el general Zukrashi está documentado en Alalakh en el nivel VII. El decreto de Telepinu habla de desórdenes al final de su reinado, lo cual parece cierto. Incluso hay noticias en un texto akkadio de un sitio fracasado de Urshu y de una empresa frustrada contra Jalab, donde pudo encontrar la muerte este rey tan emprendedor. Para algunos investigadores su política tan dinámica estuvo presidida por la busca de estaño y en general de materias que eran necesarias después de la caída de los establecimientos asirios que habían cesado de importar las manufacturas tan apreciadas por las dinastías del pasado. Del todo enigmáticas son las alusiones a expediciones hasta el mar, porque no sabemos en qué dirección exacta se hicieron tales expediciones.

Su testamento político, dictado en su lecho de muerte, y conservado en un texto akkadio-hitita, se dirige a los dignatarios y nobles. Sabemos que dos hijos se habían rebelado contra su padre, y una hija había participado en una intriga, lo cual obliga al viejo rey a designar como sucesor a Mursili:

«Ved aquí que Mursili es ahora mi hijo, al que debéis reconocer y sentarlo sobre el trono. La divinidad ha puesto en su corazón ricos dones. Sólo un león será colocado en el sitio de los leones. Os conducirá como un rey heroico. En caso de que os lleve al campo de batalla, que os traiga a casa sanos y salvos; y que vuestro clan sea como el del lobo».

Mursili I (*c.* 1600) demostró con sus hechos cuán acertado había sido la elección del viejo Hattusili. El edicto de Telepinu dice de él:

«Durante el tiempo que Mursili reinó en Hattusa, sus hijos, sus hermanos, sus parientes, las gentes de su clan y sus tropas estaban unidos. Con mano firme mantuvo sometidas a los países enemigos. Los hizo inermes, y llevó sus fronteras hasta el mar.

»Después marchó contra Jalab y llevó los bienes y los prisioneros de Halab a Hattusa. Después marchó contra Babilonia y aniquiló Babilonia. Después derrotó a los hurritas y llevó los bienes y los prisioneros de Babilonia a Hattusa.

»Y Hantili era escanciador. Tenía a Harapsili, la hermana de Mursili, como esposa.

»Ahora se atrajo con lisonjas a Hantili, y planearon un monstruoso crimen. Mataron a Mursili y cometieron un asesinato».

El rey emprende una serie de expediciones dirigidas a afirmar la presencia del reino hitita en Siria y controlar, como había hecho antes Hattusili las rutas comerciales tradicionales. Tomó a su servicio las bandas de *Habiru* (para unos «conductores de caravanas», para otros «fuera de la ley») que creaban malestar en Siria, rechazó a los hurritas. Algunos creen que sus combates con los hurritas, siguiendo el orden del texto, se produjo a la vuelta de Babilonia. Sea como quiera, la expedición a esta ciudad fue un hecho de gran importancia histórica, que abría al estado hitita su entrada en la historia de las grandes potencias. No conocemos los detalles de la expedición, ni si hizo lo posible por influir en Asiria, como quieren algunos autores. El hecho es que tomó y saqueó la ciudad que había sido durante toda la dinastía de Hammurabi el centro cultural y religioso de primer orden. Acabó con la dinastía amorita y preparó la entrada de los kasitas. El botín debió ser inmenso dado que se trataba de una de las ciudades más ricas del mundo. El viaje de vuelta no lo conocemos tampoco, pero debió de pasar por Hana, porque allí estaban las estatuas de oro de Marduk y Sharpanitu, que fueron devueltas a Babilonia muchos años después. Sus luchas posteriores con los hurritas se han atribuido a combates con bandas que merodeaban por la ruta de regreso que siguió el rey hitita.

El final del reinado fue trágico. Una conjura palatino-familiar acabó con la vida del rey, tal como dice el texto citado.

Subió al trono *Hantili* (*c.* 1520) que, según algunos, no llevó el título real. Las tropas vuelven a Siria siguiendo la política de su antecesor. Por esta época los hurritas habían aceptado la soberanía de gentes indoeuropeas que constituían lo que conocemos con el nombre de reino de Mitani y seguían siendo una potencia temible en el norte de Siria. Hantili lucha contra Ashtata en la desembocadura del río Jabur. Los hurritas invadieron su reino, así como los *kaskas*, pueblo del norte ribereño del mar Negro, y en sus manos cayeron importantes santuarios como Nerik. Para defenderse de ellos hubo que construir fortalezas. «En el país de Hatti ciudades fortificadas que nadie antes había construido. Por ello, yo Hantili en todo el país construí ciudades fortificadas. También fortifiqué Hattusa yo, Hantili». Parece que además de la capital hubo que fortificar Kültepe. El rey murió y Zidanta exterminó a los miembros de su casa matando al heredero.

Pisheni, que murió asesinado con todos sus hijos y subió al trono *Zidanta* (*c.* 1500) de cuyo reinado sólo sabemos que hizo un tratado con el estado de Kizzuwatna, del que se conserva poco más que el nombre del contratante. Kizzuwatna se sitúa en la cuenca del Yenice al sur de Kaiseri. Fue eliminado por su hijo Amunas, y al final quedó como rey *Huzziya*, que reinó poco tiempo hasta que subió al trono *Telipinu* (*c.* 1480) del que volvemos a tener documentación relativamente fidedigna. El estado hitita había perdido todas sus conquistas exteriores y quedaba reducido al núcleo en torno a Hattusa; se había separado Adaniya (Adana), toda Cilicia y Arzawa en el suroeste.

3. EL IMPERIO MEDIO HITITA

Telepinu intentó mantener la posición hitita en el Éufrates, para lo cual tenía que emprender nuevas guerras. Se dirigió contra Hassuwa en el Éufrates, la conquistó y saqueó. A la vuelta se detuvo en Lawazantiya (en Cilicia) para someterla, y precisamente allí tuvo lugar un juicio contra algunos comprometidos en las matanzas de la época de Khuzziya, a los que condenó a muerte, conmutándoles luego la pena, castigándoles al arado y otros menesteres humildes y privados del uso de las armas. Por algunas referencias sabemos que Telepinu guerreó también contra los gaspas del norte, avanzando hasta Khattenzuwa en el Iris superior. De él conocemos un tratado con Isputakhshu de Kizzuwatna escrito en akkadio y en hitita.

Pero el acto político más importante de este rey es la regulación de la sucesión al trono que se contiene en el «decreto» tantas veces citado. Los fragmentos que hemos aducido como fuente histórica constituyen la introducción factual en la que se narran con insistencia los crímenes cometidos por las facciones que se disputaban el poder, y se ponen como ejemplo de lo que venía desgraciadamente sucediendo. A partir de ahora la sucesión será:

«Debe ser rey el príncipe primogénito. Si no hay príncipe primogénito, debe ser rey el príncipe real de segundo rango. Si no hay un sucesor al trono masculino, se debe dar la hija primera en matrimonio a un noble y éste será rey».

Había que acabar con las muertes en la familia real. El que intentara oponerse a la disposición del edicto debía someterse al juicio de la asamblea de nobles (el *pankush*). Precisamente la sucesión de Telepinu se reguló por el último de los supuestos. A este activo rey hay que atribuir la codificación de parte del código hitita, en la que aparece como novedad jurídica el principio de la «compensación» por los delitos de sangre, lo que supone un notable progreso sobre la feroz ley del Talión del texto legal hammurabiano.

Telepinu trató de fortificar las ciudades de su reino para hacerlas inexpugnables a los ataques de sus enemigos, seguramente los mitanios, a la vez que construía ciudades almacén para guardar y almacenar las entregas de grano cuya lista nos permite hacernos una idea de la extensión del reino en estos tiempos, a pesar de que muchos nombres se han perdido y otros son ilocalizables. Empieza la enumeración con el interior del estado y pasa después a Kurma en Cataonia y otros lugares del sudoeste, después los situados en la frontera de los *kaskas*, y especialmente muchos lugares de Licaonia, entre ellos Ikonium y Burushkhanda.

La reina Istapariya murió prematuramente, y después también el príncipe Amuna. Le quedaron cuatro hijas y un hijo, *Alluwamna*, que fue su sucesor. Después reinan *Hantili II*, *Zidanta II* y *Huzziya II*. Este momento de la historia hitita coincide con una expansión cultural de los hurritas y es de suponer que también entonces se produjera un predominio político. Tenemos muy pocos datos para reconstruir la historia de esta época oscura. Sólo destaca el hecho de un tratado entre Zidanta II y Pilliya de Kizzuwatna, el cual estipula que las ciudades conquistadas por Pilliya queden en poder de Zidanta y viceversa. Este Pilliya aparece en una tablilla de Alalaj en la que firma un tratado con Idrimi y en ella se alude a Paratarna de Mittani, consiguiéndose así un sincronismo de mayor valor cronológico que apunta a principios del siglo XV a.C. La ofensiva hurrita-mittani no se hizo esperar, y el resultado de ella fue la anexión de Kizzuwatna.

4. EL IMPERIO NUEVO HITITA

Hacia 1430 encontramos en Khattusa una nueva dinastía. Los nombres de los reyes aparecen escritos en muchos casos en hitita jeroglífico, que si bien se remonta a principios del segundo milenio, si no más, no se populariza hasta ahora. La lengua subyacente a esta escritura, aún mal conocida, es indoeuropea relacionada estrechamente con el hurrita, que no lo es. Todo esto ha llevado a pensar que en este momento accede al poder una nueva clase de gentes. Al mismo tiempo las reinas usan nombres de origen hurrita como Nikalmati, esposa de Tudhaliya. Eso podría indicar un origen pero también una moda. Los nombres de los reyes en parte son repeticiones de los usados durante el Imperio Antiguo, y en parte completamente nuevos como Arnuwanda o Suppiluliuma, profundamente indoeuropeos.

Desde el punto de vista internacional era el momento en el que el poder de los hurritas había sufrido un duro revés en las campañas militares de Tutmés III y habían sido expulsados de Siria, aunque conservaran la supremacía en la Mesopotamia superior y en la Anatolia oriental desde su estado nuclear.

Cuando vuelve a haber noticias encontramos al rey *Tudhaliya II* (*c.* 1430) con el que algunos creen que accede al trono una estirpe hurrita. Luchó victoriosamente contra Jalab siguiendo el ejemplo de los reyes del Imperio Antiguo. Su hijo y sucesor *Hattusili II* (*c.* 1420) no pudo evitar que Yamhad (reino cuya capital era Alepo), Nukhashsshe (entre la costa siria y el Éufrates) y Kizzuwatna se pasaran al bando hurrita. *Tudhaliya III*, que antes se admitía como rey de Hattusa, hace algunos años que ha sido borrado de la lista real. El reinado de *Arnuwanda I* (*c.* 1400) fue de absoluto caos. Por el norte atacaron los *kashka*, un pueblo situado en las montañas del Ponto con una primitiva organización tribal dedicado al saqueo y la rapiña. Algunos de sus miembros se sometían y recibían acogida por parte de los reyes de Hattusa, prestando juramentos de vinculación y fidelidad, tal vez como una especie de bárbaros federados. Sin embargo, el núcleo principal permaneció insumiso durante toda la historia hitita. No existía manera de lograr pactos permanentes precisamente por su propia organización y carencia de un estado responsable. Cada año bajaban a robar las cosechas de la llanura en la que está situada la propia capital, llegando hasta ésta misma. También hubo problemas con Arzawa, Ishuwa, Azzi. Especialmente Arzawa aparece en la correspondencia de El Amarna negociando un matrimonio real con Egipto.

Suppiluliuma (1380-1346). Con Suppiluliuma encontramos a un monarca que se destaca entre todos los reyes hititas conocidos como una personalidad dotada de recursos de inteligencia, astucia y habilidad que le permitieron jugar un papel muy destacado en la política internacional del Oriente Próximo Antiguo. Ya cuando era príncipe acaudilló empresas militares una vez que su padre se hizo viejo. Mursili II dice: «Como mi abuelo aún estaba enfermo, preguntó: ¿Quién quiere ir a la guerra? Entonces dijo mi padre: Yo iré. De este modo mi abuelo envió a mi padre a la guerra». Rechazó a los *kashka* que contaban doce tribus. Una vez en el trono, una de sus primeras obras fue fortificar la ciudad de Hattusa. Después se dedicó a la reconstrucción del estado transformándolo de un conglomerado de estados feudales en un estado centralizado. No sabemos el modelo que tuvo presente, pero en opinión del que esto escribe, no faltaron elementos egipcios, como el disco solar tomado directamente de Egipto, aunque el resultado fuese totalmente distinto, como veremos en su momento. Creó algo parecido a las provincias con príncipes de la sangre como gobernadores, lo que en otro contexto histórico habían hecho los reyes del Imperio Antiguo. Según un texto, la reconquista de Anatolia duró veinte años, tanto por anexiones como por repoblaciones.

«Cuando mi abuelo Suppiluliuma invadió el país de Hurri, venció a todos los pueblos de Hurri. Y por aquel lado convirtió a Kadesh y a Amurru en frontera. Venció al rey de Egipto. En este lado venció a los países de Irrite y Shuta y convirtió al Éufrates en frontera... Proclamó reyes a sus hijos, en el país de Jalab hizo rey a Telipinu y en el país de Karkemish hizo rey a Piyashshili».

Este resumen responde a la realidad, documentada en otras fuentes. Una vez que logró la cohesión interior hizo un primer ataque contra los hurritas, que fue rechazado por Tushratta, y, ante el fracaso, el avisado rey hitita despliega una actividad diplomática de gran alcance. Primero con Hayasha (Armenia) donde reinaba Hukana, al que probablemente había puesto en el trono y le dio a su hermana por esposa. El tratado establece que el «gran rey» que ahora se llama «el sol» debe proteger a su aliado contra los enemigos y recibe de él lealtad y ayuda militar en caso de guerra, denunciando a los enemigos del rey hitita, ha de guardar secreto de las informaciones confidenciales de él y devolver a los prisioneros, lo cual es indicio de que antes había habido hostilidades. El siguiente tratado se concluyó con Shunashshura de Kizzuwatna con un texto en hitita y en akkadio, lo que demuestra la influencia mesopotámica en esta región del sureste. Shunashshura se aparta del influjo hurrita y entra en el círculo de amigos de Hatti con las consiguientes prestaciones mutuas de ayuda militar por parte de Kizzuwatna que ha de dar en caso de guerra cien troncos de caballos y mil infantes y de protección hitita a su nuevo aliado. H. Otten, a quien seguimos en este apartado, incluye en este tipo de tratados el sellado entre Suppiluliuma y Artatama de Mitani, enemigo de Tushratta. Este era ahora el enemigo, conocido por el archivo de Tell El-Amarna, emparentado con la casa real egipcia, y sin duda una gran personalidad. Ya hemos visto que la primera vez había logrado rechazar a Suppiluliuma, pero cuando éste atacó de nuevo, no pudo resistirlo. Algunos príncipes, como Suttarna, rey hurrita de Kadesh y su hijo Aitakama se le enfrentaron

como partidarios de Egipto, pero fueron vencidos por el hitita y se sometieron a él. Continuando su ofensiva en territorio mitanio, cruzó el Éufrates y sometió a Isuwa «por segunda vez». Después Alshe y finalmente la capital Washshukanni fue atacada y saqueada. La expedición repasó el Éufrates y se dirigió a Halab, Ugarit y Alalaj. El rey volvió a Hattusa con un rico botín.

La presencia hitita en Siria tenía que repercutir en las relaciones con Egipto donde a la sazón había subido al trono Amenofis IV. Incidentes fronterizos, como el de Amka tenían que herir la susceptibilidad egipcia. Los príncipes de Amurru como Aziru tuvieron que emplear toda su astucia para mantenerse entre el rey hitita y el faraón, aunque al final, como es el caso de Aziru, cayeron en la órbita de Hatti. Las operaciones en Siria continuaron contra Karkemish, esta vez dirigidas por el príncipe Telepinu, que no consiguió gran cosa, aunque se pudo restablecer la situación. Finalmente le tocó el turno a Karkemish donde fue entronizado el hijo real Piyashili. Mientras tanto habían ocurrido sucesos trascendentales en Mitanni. Tushratta había sido asesinado a manos de su hijo, y en la confusión subsiguiente los de Ashe y los asirios se repartieron el país.

Durante los últimos años de su reinado ocurrió el famoso *affaire* egipcio. Cuando murió Tutanjamón, su viuda Anjesenamón escribió a Suppiluliuma pidiéndole que le enviara a uno de sus hijos para casarse con ella. Este cambio de la política egipcia se explica por la nueva situación en Asia. Egipto, desde los tutmósidas había combatido a los hurritas, después se había aliado con ellos y ahora trataba de abandonar al antiguo aliado para cortejar al poderoso hitita. Mursili cuenta el asombro de su padre cuando recibió la petición egipcia. Como astuto y desconfiado político, envió a Egipto a Hattshaziti para que se informara de la verdad y evitara que le engañasen. El enviado volvió cuando precisamente acababa de conquistar la ciudad de Karkemish; y seguro de que no se le tendía trampa alguna, designó a su hijo Zannanzu para marido de Anjesenamón y rey de Egipto. Mientras tanto había subido al trono Ay, y el príncipe hitita, que ya no era necesario, fue asesinado en el camino, lo cual produjo el consiguiente enfado de Suppiluliuma, quien emprendió una ofensiva victoriosa contra las posiciones egipcias en Asia. Sin embargo la peste introducida por los prisioneros egipcios sembró la muerte en el país de Hatti. A pesar de ello, continuaron las campañas con éxito, pero la peste segó la vida del rey, y poco después la de su hijo *Arnuwanda II*.

Mursili II (1346-1315). Este rey tuvo que enfrentarse con los enemigos tradicionales para defender la herencia que había recibido. Es un hecho que no debemos pasar por alto ya que tiene una profunda significación histórica. El estado hitita, como casi todos los próximos orientales, quizá excepto Egipto, nunca tuvieron una estabilidad que les permitiera superar los cambios de monarca sin sufrir sacudidas que los situaban al borde de la desaparición. Se ha especulado mucho sobre la causa de esta debilidad, pero nosotros creemos que gran parte de ellos, y en especial el estado hitita, nunca pasaron de ser un conglomerado de etnias con sus propias organizaciones feudales, que conservaron siempre su autonomía. Hacían pactos ocasionales con el rey de Hattusa, que rompían a la primera ocasión. De momento se conservaba fiel el norte de Siria donde Sarkushukh gobernaba en Karkemish. El oeste, donde la política de Suppiluliuma no había conseguido someterlo del todo, se apartó de Khattusa, especialmente Arzawa. Lo mismo hizo el norte donde los kaskas obligaron al nuevo rey a una serie de expediciones. Contra Arzawa luchó el rey dos años, y en la guerra participaron tropas auxiliares de Karkemish. Al final se logró una victoria transitoria como todas las conseguidas en esta región siempre rebelde. En Siria, cuando el año siete de Mursili se había recuperado Egipto bajo Horemheb, surgieron los conflictos. Nuhashe hizo defección y Ugarit volvió a la amistad de Egipto. La victoria de las armas egipcias restableció la situación. Tanto en el oeste como en el este la política real consistió en una buena organización y en la creación de estados vasallos como fue el caso en Mira, Hapalla, etc. Volviendo a Siria, volvió a empeorar la situación, tras la muerte de Sharkushukh, pero una razia hitita y el asesinato de Aitakama desarticularon el movimiento, y Nuhasse y Kadesh volvieron a la influencia hitita. Tampoco faltaron problemas de harém entre la viuda de Suppiluliuma y la nueva reina. Hacia el final de su reinado se sitúan las aventuras de Piyamaradus de Millawanda, un vasallo inquieto, que se había pasado a los Ahhiyawa. Millawanda suele identificarse con Mileto y los Ahhiyawa son tenidos por una tradición historiográfica por los aqueos, lo que niegan otros. Una expedición hitita consiguió la extradición de Piyamaradus, el cual fue repuesto en su trono después de prometer buena conducta en el futuro.

La primera parte del reinado de Mursili está narrada en los famosos *Anales*, la obra histórica por excelencia de los archivos de Bogazköy, en los que llega a su madurez la historiografía hitita, la cual había de influir directamente sobre la analística asiria e incluso hebrea. En ellos se cuentan casi exclusivamente las campañas contra vasallos rebeldes, el botín recogido, pero también presagios, augurios para el buen fin de las campañas militares. Es de notar la insistencia en la piedad real como puede verse en la famosa «plegaria de la peste», que evoca la culpabilidad de Suppiluliuma, cuyo castigo fue la peste egipcia.

Muwattali II (c. 1315), su hijo y sucesor. La historia de su reinado es confusa por la falta de fuentes, y poco segura la cronología. Podría situarse al comienzo de él una campaña en el oeste y un tratado con Alakshanda de Wilasha, a quien Forrer identificaba con Alejandro de Ilión. También pacificó a los kaskas, pero los anales de su reino aún están por descubrir. En su tiempo Egipto había restablecido su eficacia militar por obra de los faraones de la dinastía XIX. Su meta era volver a ser potencia hegemónica en Siria. Seti I había iniciado las hostilidades y Ramsés II se sintió suficientemente fuerte para hacer una demostración en gran escala. El año cuatro de su reinado había erigido una estela en Nahr el-Kelb (cerca de Beirut), donde estaba a la sazón la frontera egipcio-hitita. Ante la actitud egipcia, Benteshima de Amurru se decidió a jugar la carta egipcia. Muwattalli preparó un gran ejército formado por gentes de Arzawa, de Masha, Lukka, Kashta, Kizuwatna, Karkemish y otros incluso parece que asirios. Ramsés, a su vez, egipcios, shardana, filisteos, etc. El choque fue en Kadesh. Es mal conocido el desarrollo de la batalla, e incluso el número de combatientes que tomaron parte en ella. Las fuentes egipcias hablan de 3000 carros tripulados por tres hombres cada uno, lo que nos da una cifra de 9000 carreros y 35.000 infantes. El ejército egipcio debía ser de proporciones parecidas. El resultado de la batalla fue proclamado como victorioso por ambas partes, pero el hecho es que los hititas llegaron a Damasco y Benteshima fue depuesto y sustituido por un príncipe hitita. Aunque Ramsés II siguió mandando expediciones no hizo más que reforzar la frontera y el rey hitita afirmó su presencia en Alepo, Kizuwatna y trasladó la capital a Dat-

tassa. Pero no debemos olvidar que Asiria, contenida de momento, avanzaba cada día.

Muwattalli tenía un hermano menor llamado Hattushili, sacerdote de la Ishtar de Samukha que dirigió acciones militares contra los kaska y después fue nombrado virrey de Khakpi, gobernador del santuario de Nerik y sacerdote de su dios de la tempestad. Su elevada posición dentro del reino suscitó varios juicios de los que se defendió y logró recobrar la confianza del rey. El segundo de los juicios tuvo que ver con hechicerías, aunque ignoramos su contenido real y durante su tramitación Hattushili se había proclamado rey de Khakemish. Otten cree que el motivo de la discusión tuvo su origen en los problemas políticos de Amurru y su príncipe Benteshina protegido de Khattushili al que casó con la princesa Gashshuliyawiya, y él tomó por esposa a la activa Putukhepa, hija del sacerdote Pentipashari, que en su correspondencia a Naptera, esposa de Ramsés II había de actuar explícita. Este matrimonio auguraría a Khattushili la protección de la clase sacerdotal que por esta época había conseguido un alto papel en la política hitita. Pero, a pesar de las dudosas intrigas de su hermano, el rey seguía teniendo el prestigio de haber sido el vencedor de Ramsés II el grande, aunque por el momento hubiera dejado las armas para dedicarse a realizar grandes construcciones en Bogazköy. Parece que la capital había sido destruida por una invasión de los kaskas y ello obligó a trasladar la capital a Dattassa. Al morir el rey le sucedió su hijo bastardo, hijo de una mujer del harén.

Urhiteshup era este hijo que reinó con el nombre de *Mursili III* (1290-1283). El joven rey traslada de nuevo la capital a Hattusa y trata de reducir el poder de su tío, el cual, de momento, no ofreció resistencia, pero después de algún tiempo, se rebeló abiertamente y encerró a Urhiteshup en la ciudad de Samuha, de donde pudo escapar y refugiarse en Egipto. *Khattushili* (1283-1250) se proclamó rey con su mismo nombre y es el III de la lista real. Una vez en el trono redactó una apología histórica que justifica sus acciones como inspiradas y auguradas por los dioses a los que sirvió con toda fidelidad. Su protegido Benteshina recobró Amurru e incluso llegó a ser consuegro del rey. Conocemos bastante bien sus relaciones internacionales con Asiria, Babilonia, Egipto. Con la Asiria de Salmanasar I hubo una desconfianza pacífica; mejores fueron los contactos con la Babilonia kasita en la que reinaba Kadashmanturgu y con el que existió un tratado de cooperación militar. Pronto surgieron roces con Egipto a causa de la huida de Urhiteshup, pero en todo caso la política hitita se esmeró en mantener la rivalidad entre Asiria y Babilonia. El caso de Egipto era mucho más difícil. Después de la guerra se había mantenido un estado de hostilidades menores aumentado cuando se dio asilo político a Urhiteshufk. Pero al fin se llegó al tratado de paz que ponía fin a la tensión entre las dos potencias. Una princesa egipcia entró en el harém de Ramsés e incluso éste invitó a su colega hitita a visitar Egipto, visita que no se realizó porque el hitita padecía un molesto dolor de pies.

Su hijo y sucesor *Tudhaliya IV* (1250-1220) era sacerdote hereditario de Sauska de Samuha. Uno de sus primeros actos de gobierno fue la renovación del pacto feudal con Inara de Dattassa, hijo de Muwatalli. Adoptó el pacto que había hecho su padre, añadiendo algunas pequeñas ventajas para el feudatario, en las que participaba el rey de Karkemish, que actuó como testigo del pacto. Otros testigos fueron el rey de Isuwa, un descendiente de aquel Artatama que había

prestado homenaje al rey hitita; firmaron además otros dignatarios hititas. Entre ellos aparece Nerika-ili emparentado con el rey de Amurru, y se le designa como «heredero del trono», lo que demuestra que el rey no tenía hijos por aquel entonces. Es curioso que en los tratados citados y en la correspondencia diplomática aparezca la reina madre Puduhepa participando activamente. Incluso algunos admiten que Puduhepa dirigió la cancillería real como «tawanannas» cuando el hijo estaba ausente en campañas militares. Al principio no tuvo graves problemas políticos. Egipto se mantuvo fiel al tratado, Merenptah envió barcos cargados de trigo para remediar el hambre en Capadocia. Alalaj respetó la hegemonía hitita. Las relaciones con Asiria se limitaron a felicitar a Tukultininurta con motivo de su ascensión al trono, pero pronto se hicieron hostiles porque Tukultininurta no se detuvo en su política expansionista y, a pesar de las avertencias hititas, deportó a 28.800 habitantes hititas a la otra orilla del Éufrates. Parece que no se llegó a una guerra generalizada, pero se produjo una gran tensión en Siria de la que nos quedan testimonios en un tratado con Amurru. Se prohíbe a Shaushgamuwa comerciar con Asiria. El cobre de Hukhasse y Chipre y el estaño, probablemente de España, no debían llegar a Asiria. Posiblemente se trata del primer ejemplo de prohibición comercial. Con Ugarit las relaciones fueron difíciles durante el reinado de Ibrianu. Karkemish, bajo Ineteshup, miembro de la dinastía hitita, tuvo un régimen especial de semindependencia. Es muy posible que en el reinado anterior los hititas perdieran el control de Isuwa, región de abundantes recursos mineros de cobre, y para reparar esta deficiencia se hizo la expedición a Chipre, que de momento estaba lejos del alcance de las armas asirias.

Más dificultades hubo en el oeste y suroeste del país con expediciones de castigo a los territorios de Isuwa, durante el segundo de los cuales una invasión de los kaska obligó a interrumpir las operaciones. En este contexto se sitúa el episodio de Attarishshiya, el hombre de Ahhiya, que había expulsado de su territorio a Madduwata que se refugió en la corte del rey hitita, que le instaló en la región fronteriza, donde fue atacado de nuevo por Attarishshiya, aunque pudo rechazar el ataque con ayuda hitita. En un momento indeterminado los hititas pierden el control del suroeste de Asia Menor.

A Tudhaliya se deben una serie de regulaciones del culto que se refieren a pequeños detalles de liturgia que demuestran el carácter minucioso y burocrático del rey, que pudo haberse inspirado en lejanos modelos egipcios. También reguló las festividades realmente numerosas. Por ejemplo la fiesta de primavera llamada Antakhsum duraba un mes y ocho días, durante la cual el rey iba de un lugar a otro –Takhurpa, Hattusa, Arina, Zippalanda y Ankuwa– para celebrar rituales en cada una de ellas. Es curioso que los miembros de la guardia debían realizar carreras de competición. Su interés por lo religioso se ve igualmente en el santuario de Yasilikaya. Igualmente se preocupó de la construcción de monumentos en las ciudades.

Heredó el trono *Arnuwanda III* (1210-1205), hijo de Tudhaliya, de cuyo reinado tenemos noticias confusas. Fue general de su padre y su corregente, pero no pudo detener el desastre en Arzawa ni en Oriente. El rey murió sin hijos y le sucedió su hermano *Suppiluliuma II* (1205-), el último rey conocido de Hatti. Sabemos muy poco de él y de su probable trágico final. Al principio del reinado se produjo un breve renacimiento, y Karkemish permanecía fiel bajo Talna-Tes-

hup, que aparece citado en un texto de Ugarit. En Chipre la situación debió cambiar porque el rey interviene contra los barcos de Alashshiya. Probablemente algunas gentes extrañas habían desembarcado en la isla, y se supone que serían los pueblos del mar. Hay una carta del rey de Alashshiya al rey de Ugarit en la que le anuncia la llegada de barcos enemigos y le pide ayuda, pero el ugarítico le contesta que sus tropas están en el país hitita y su flota en Lukka (Licia). También el rey hitita escribe al de Ugarit otra carta pidiendo trigo para Ura en Cilicia.

Y llegamos al tema de los pueblos del mar, que siempre se asocia con los cambios históricos que tienen lugar en la cuenca oriental del Mediterráneo y producen una nueva situación histórica en Anatolia y Siria-Palestina. Para nuestro propósito es interesante la mención de la destrucción de Kheta, Kode, Karkemish y Alasia, todas ellas relacionadas entre sí, como hemos visto a lo largo de la exposición de la historia hitita. Parece que no fueron sólo estos pueblos los que contribuyeron a la caída de los hititas. Desde Europa pasaron los estrechos los frigios, y ante la debilidad del reino, los *kaskas*, que fueron la eterna amenaza, lograron esta vez tomar la capital y destruirla para siempre. Es probable que el rey muriera en los combates que destruyeron la capital hasta los cimientos.

5. LOS REINOS NEOHITITAS

La destrucción del estado hitita no significó, como es lógico, la eliminación de todos los que hablaban lenguas indoeuropeas en Asia Menor. A partir del 1200 cuando se produjo la catástrofe, comienza una nueva época, que, a pesar de no existir un estado centralizado, no careció de organización política, desarrollo económico y actividad política. Conocemos los avatares de esta época gracias a las fuentes asirias y hasta el Antiguo Testamento. Se les llama *hatti* o *gran hatti* a los estados que van surgiendo de las ruinas del desaparecido reino hitita. Los más conocidos son *Kue* (Adana-Karatepé), *Milid* (Malatia), *Kummuhu* (Comagene), *Marqasi*(Marash), *Hatena*(Unqui), *Karkemish*, *Jalab*(Alepo), *Till Barship*, *Hanat*, etc. Estas gentes escriben en jeroglíficos hititas, que después de la aparición del bilingüe de Karatepé ha entrado en una vía segura de desciframiento. Los nombres que se han leído son típicamente indoeuropeos. Sapalume (= Suppiluliuma), Mutalli (= Muwatali), Katzzili, Labarna, etc. Se admite que el elemento predominante en el hitita jeroglífico es el luwita, y ello hace suponer que el desplazamiento de estas gentes hacia el sureste se debe a la presión de los *kaskas* y de sus aliados los *muski*. Su historia de varios siglos fue una lucha continua con los asirios que intentaban dominar las grandes rutas comerciales y las minas de cobre, que habían sido en el pasado uno de los objetivos más perseguidos por los hititas. También sufrieron la presión aramea. De todos modos, estos pequeños reinos pudieron crear un arte de gran calidad, que no desmerece del de sus contemporáneos asirios.

6. ESTADO, ECONOMÍA Y SOCIEDAD HITITAS

El estado hitita es en muchos aspectos una novedad dentro del conjunto de los estados orientales. Su historia es la de un proceso de adaptación de unas estructuras tribales indoeuropeas al despotismo oriental.

Las noticias procedentes de Kültepe presentan un panorama político de pequeños reyes locales entre los que se destacan algunos como Anitta de Kussara, llamado «gran príncipe» que había conquistado otros estados pequeños. El primer rey propiamente dicho es T/Labarna, cuyo nombre pasó a significar «rey», de la misma manera que «César» dio la designación de «emperador» para toda la historia universal, como hemos dicho ya.

La realeza es hereditaria. El rey designa a su sucesor que generalmente había desempeñado un papel político importante, pero que, durante el Imperio Antiguo, debía ser aceptado o rechazado por el *pankus* o asamblea de la nobleza que desempeña un papel de control del poder real. Sin embargo, a medida que avanza el tiempo, la monarquía hitita va adquiriendo los rasgos despóticos característicos de las monarquías próximo-orientales, y el *pankus* acaba por desaparecer. Ni que decir tiene que las luchas por el poder estaban presentes y que estallaban con frecuencia entre los miembros del clan real, hasta el punto que Telepinu tuvo que regularlo por un decreto que establece que el sucesor debe ser el hijo mayor del rey, y en su defecto, había que respetar el derechos de las princesas a las que había que buscar marido entre los nobles.

El rey hitita es representante de los dioses, especialmente del dios de la Tempestad (Teshub), pero nunca deja de ser hombre a diferencia del faraón egipcio y de algunos reyes mesopotámicos más proclives a la divinización. Durante mucho tiempo el rey hitita considera a los reyes de Asiria, Egipto y Babilonia «sus iguales», pero Tudhaliya ya se consideraba «rey de la totalidad» imitación lejana de la vieja titulatura sumero-acadia, aunque no sabemos el grado de contenido real de la ideología política hitita. Cuando el rey muere pasa a ser «dios», aunque nunca será igual a los dioses del panteón. Se le denomina «sol».

En la práctica el rey es jefe del ejército y, como tal, participa en las campañas, a veces en zonas muy alejadas de la meseta anatólica (recordemos el ráid de Babilonia). Sus cualidades militares son fundamentales en su designación. El rey es además sacerdote y por lo tanto realiza el homenaje a los dioses en los templos nacionales como Yasilikaya. Es juez supremo.

La reina *(tawananna)* tiene, al lado del rey, un lugar preeminente, que algunos como Otten creen que tiene su origen en el matrimonio inherente a las sociedades minorasiáticas. Incluso después de la muerte del rey, como reina madre, puede desempeñar un destacado papel. Es realmente en muchos casos una auténtica corregente, como lo acredita el hecho de que el tratado egipcio-hitita lleva el sello del rey en una cara y en la otra el de la reina. Como nota distintiva de la realeza hitita ha de citarse la prohibición de los matrimonios consanguíneos, a diferencia de esa costumbre atestiguada en Egipto.

A pesar de este poder casi absoluto del rey, la sociedad hitita, y, por ende, la estructura del estado, tuvo siempre un carácter feudal, lo mismo que la hurrita y la kasita, y en menos grado la asiria. A los príncipes se les daba el gobierno de ciudades y estados vasallos, y los nobles recibían campos de labor y bosques, y a cambio debían prestar los servicios establecidos en el documento que otorgaba al respecto, y que en muchos casos se perdonan o condonan. Más unilaterales son las estipulaciones feudales que el señor impone a los vasallos, a quienes concede un feudo, porque, a cambio tiene que jurar que prestará ayuda militar,

entregar a los fugitivos, rendir homenaje anual al rey y pagar tributo. La ruptura del pacto lleva consigo la pérdida del feudo.

Como todos los reyes orientales, los reyes hititas practicaron las deportaciones. Ello debió producir una mezcla racial y social muy complicada. En los textos aparece un tipo de siervos llamados NAM-KA relacionados con templos. Debían estar ligados al suelo como siervos de la gleba. La expansión militar del reino hitita hizo aumentar el número de estos desplazados. Con ellos se repoblaron zonas limítrofes despobladas desde hacía muchos años, y a cuya provisión de ganado y semillas proveían los gobernadores.

Cada vez se destaca más en el Próximo Oriente el papel desempeñado por los nómadas o seminómadas, hasta tal punto que el fenómeno urbano, protagonista del progreso cultural, vive sometido a la presión de estos pastores y ganaderos. De todos modos no podemos pensar en un nomadismo puro, pero sí en un seminomadismo y trashumancia, porque desde el neolítico es impensable el pastor sin ningún cultivo.

La vida en las aldeas hititas está reflejada en la legislación, claro está que en sus aspectos negativos, a través de los delitos cometidos por los paisanos. Es probable que conservaran instituciones muy primitivas. Como órgano judicial y seguramente de gobierno encontramos el *consejo de ancianos*, lo cual nos remonta al elemento fundamental de la «democracia primitiva». También puede sospecharse que esta organización fue alterada en el centro de Anatolia con la implantación del régimen feudal de los hititas, pero se conservó en la zona norte y en la zona montañosa del este. En las aldeas se producen todos los incidentes rurales de todos los tiempos y lugares: la vaca o el buey que pasta en el campo del vecino y que éste puede uncir un día para resarcirse del perjuicio. Otros casos como el de la res que se incorpora a la manada de otro parece apuntar a ganaderos más que a agricultores, así como el abigeato, impensable entre campesinos.

Tenemos noticias de las corvadas que deben prestarse al templo o al palacio.

El ejército fue un elemento decisivo en la política hitita y hasta en su economía y organización social. Táctica y estratégicamente fue uno de los mejores del Oriente Próximo. Constaba de dos armas fundamentales, la infantería y la carrería. Gracias a los relieves egipcios de la batalla de Kadesh sabemos que el carro hitita iba tripulado por tres hombres: auriga, escudero y combatiente. Las armas eran la lanza, el arco y la jabalina. Para su eficacia en el combate era preciso un largo entrenamiento en una técnica aprendida de los hurritas o mitanni, verdaderos maestros en el arte de la domesticación del caballo. Ello está atestiguado en el famoso texto de Kikuli el *assusani*, que podríamos traducir como «el caballista», en el cual las palabras técnicas están en indoeuropeo. Los hititas fueron maestros de la hipología, como lo demuestran las cartas de un príncipe akhiyawa a su maestro de Hattusa en las que recuerda los tiempos de su juventud cuando aprendía a montar en carro. No sabemos con precisión cuántos carros contó el ejército real hitita. La cifra que da el *Poema de la batalla de Kadesh*, es de 3500 para todo el ejército hitita. Pero esta cifra bien puede ser exagerada para magnificar la victoria o disculpar la derrota, ya que no menciona el número de carros egipcios. Se cree que por lo costoso de su equipo, la carrería debía de ser en parte costeada por la nobleza que servía en ella. El citado texto alude a esto. En todo caso es un arma de *élite*. Pero, como en todos los ejércitos de la antigüedad, la infantería era el arma decisiva en todas las batallas y en el sinfín de tareas, que se encomendaban a las tropas. La recluta se hacía por el rey entre la población de todo el estado, pero los príncipes vasallos tenían la obligación de suministrar contingentes tanto de infantería como de carros, como era el caso de Ugarit. Si estos vasallos se negaban su actitud suponía la ruptura del pacto de vasallaje. Tampoco faltaban contingentes de soldados a sueldo, a veces reclutados entre poblaciones poco asimiladas como los beduinos de Siria. Se movilizaba en primavera para hacer las campañas en verano. El mando era siempre del rey, pero, en su ausencia se confiaba a un general que había de ser un príncipe de la familia real o un príncipe vasallo.

La guerra se hacía por muchas razones, pero uno de sus alicientes es el botín, e incluso se prometía para animar las tropas al combate. Uno de los botines preferidos era la población. Mursili habla de 66.000 deportados. Sin embargo, hasta el soldado de menor graduación participaba en las ganancias de la victoria. Era una forma de pago, como ocurrió después de la batalla de Kadesh. Otro botín apetecido era el ganado mayor y menor. Sin quitar crueldad a la guerra hitita, con todo no tenemos testimonios directos de empalamientos, desuellos, decapitaciones, desnarigamientos y mutilaciones como en los anales asirios.

La teoría de la guerra es muy parecida a la de los asirios y en menor medida a la de los egipcios. El enemigo que hace frente al rey hitita rompe un pacto y por ello debe ser castigado y si rechaza las condiciones del «sol» hitita, los dioses le consideran perjuro y guían al ejército hacia la victoria para restablecer la paz.

No es propio de este trabajo hablar de las grandes fortalezas construidas para defender la capital Hattusa o las fronteras más amenazadas.

7. EL DERECHO HITITA

Dentro del conjunto de derechos próximo-orientales, el hitita tiene características propias, aunque no deje de mostrar abundantes influencias babilónicas. El derecho proviene de los dioses, y en nombre de ellos del rey, el cual dice dirigiéndose al dios sol: «Tú eres el señor justo del juicio... Tú estableces el derecho y la ley del país... Tú decides el derecho incluso del perro y del cerdo. Y además el derecho del ganado, que no pueden hablar por su boca. Tú decides y estableces la sentencia para lo bueno y lo malo» (Otten). Con razón afirma Otten que tal derecho de los animales no existe en Mesopotamia. Sin embargo, se nos ocurre que sí se puede rastrear en el mundo griego arcaico y en la edad media romano-cristiana, por ejemplo en el fuero de Zorita de los Canes. En conjunto poseemos unos doscientos párrafos de leyes en tres ediciones o redacciones. La primera parece ser de la época de Mursili I. Más tarde se hicieron copias con alguna variación, y finalmente en tiempos de Tudhaliya IV. En la última redacción se nota un cambio de mentalidad, como es la introducción de la compensación en dinero del homicidio. En otro orden de cosas se coloca al esclavo bajo la protección legal. Un tema de gran importancia que distingue el derecho antiguo hitita del nuevo es el problema de la pena de muerte. En las partes modernas del código se suprime en algunos casos por lo menos. Se aduce un texto para confirmar esta hipótesis. Se trata de una carta de Hattusili III al rey de Babilonia, que se quejaba

de que unos mercaderes de este país habían sido asesinados en algunos estados vasallos de los hititas. El rey hitita escribe: «en el reino hitita no se mata a ningún alma. Si el rey oye que alguien ha matado a un hombre, se coge preso al matador de este hombre y se le entrega a los hermanos del muerto, o bien los hermanos toman un valor en dinero por el muerto. En el caso dicho se purifica el asesino y asimismo la ciudad en la que se mató al hombre. Pero si los hermanos no quieren aceptar el dinero, entonces al hombre se le hace esclavo. Si es un hombre que ha faltado contra el rey, se le vende en un país extranjero. Pero el matar [como castigo] no es costumbre. Hermano, pregunta por lo que se te dice: ¿Cómo unas gentes que no matan a un criminal habían de matar a un comerciante?». Como es lógico, no se trata de una abolición total de la pena de muerte, sino sólo en el caso de homicidio. Por lo demás, sabemos que se castigaba con pena de muerte una serie de delitos contra la divinidad, e incluso la negligencia en el servicio de los templos, y porque el rey sorprendió a un tal Mariya mirando a una mujer del harém real... Por ello, la carta de Hattusil no deja de ser exagerada.

Los juicios se veían en tres instancias: ante el consejo de ancianos de las aldeas o ciudades, ante el alto funcionario del rey o gobernador, y en última instancia ante el propio rey. Los métodos procesales son típicos de una sociedad primitiva: juramentos y ordalías, lo que apunta a la justicia de los dioses. Una institución típica de este estado es típicamente feudal. Me refiero a los tratados de fidelidad con príncipes fronterizos, y cuya ruptura significaba la máxima pena para el que lo rompía.

8. ECONOMÍA

Es evidente que la base fundamental de la economía hitita era la agricultura y ésta consistía esencialmente en el cultivo del trigo y la cebada, pero hay que añadir guisantes, judías, cebollas, lino, higos, aceitunas, uvas, manzanas, peras, granadas. La ganadería se ocupaba de la cría de vacunos, cerdos, cabras, ovejas, caballos, asnos, perros y abejas.

Entre las manufacturas adquiere especial importancia la metalurgia y afines. El cobre se beneficiaba en las montañas del norte, desde antes de la llegada de los hititas, y era transportado a los centros manufactureros en Bogazköy y Tarsus. Durante mucho tiempo se creyó que los hititas poseían el secreto cuidadosamente guardado de la metalurgia del hierro, pero según J. M. MacQueen no hay nada de ello. Es digna de mención la cantería o trabajo de la piedra, que en todas las culturas tiene importancia, pero que entre los hititas adquiere una gran importancia, aunque el trabajo sea mucho más rudimentario que el de los países contemporáneos, como Egipto o Siria. La cerámica y su fabricación ocupaba a numerosos obreros, entre los que se pueden contar auténticos artistas. Los telares son conocidos por la arqueología y sus productos aparecen representados en los monumentos.

9. RELIGIÓN

La religión hitita tal como la conocemos en la época imperial, es el producto de una larga evolución. De la época prehitita proceden una serie de cultos centrados en torno a la diosa madre, es decir, la tierra nutricia, madre de todos los seres y su paredro, un dios relacionado con las aguas que fertilizan la tierra. Hay que tener en cuenta que estos poderes básicos se diferenciaban en cada comunidad en multitud de cultos distintos, que al unificarse el país en un estado se aglutinaron en un sistema de muchos dioses, de tal modo, que los dioses indígenas que conocemos son principalmente la diosa Sol de Arinna, que en realidad es una diosa del mundo subterráneo, el dios Taru, dios de la tempestad o del agua; el dios del Sol Estan; el dios de la guerra Wurunkatte; el dios que desaparece Telepinu, etc. A estos dioses se añaden otras divinidades aportadas por los invasores hititas y hurritas, como una versión de Zeus, que aparece en ciertos atributos del dios del trueno consorte de la diosa madre. Dioses hurritas pueden considerarse Teshub y Hebat. Ya hemos hablado del papel del rey como sacerdote, y de la angustia ante el pecado de Mursili II. Hay que añadir, que entre los hititas como ocurre en todos los pueblos, existía una gran propensión hacia las prácticas de magia y de hechicería, que en muchos casos son de contenido universal.

DOCUMENTOS

1. HITITAS: CAPADOCIA

Ashurpilah fideicomisario de la finca de Amur-Ishtar, Su'inre'um, Ilibani, Ashurnishu y Shulaban, hijos de Amur-Ishtar [que aparecen] en su propio derecho, y en representación de Abshalim, hija de Amur-Ishtar e Iddim-Adred su hermano, Ashurmuttabbil, Zugazu e Ikupasha, hijos de Pushuken [que aparecen] en su propio derecho, y representando a Ahala su hermana, la «abadesa» y su hermano Shue'a, nos inscribió [como jueces] por lo que se refiere a sus obligaciones mutuas. Ellos prestaron el juramento por «la ciudad» [i.e. Ashur] y nosotros terminamos nuestros litigios, [a saber]: [Sin considerar] si [en el pasado] Amur-Ishtar había actuado como agente [legal] para Pushuken, o si Pushuken actuó como agente para Amur-Ishtar; si uno había enviado al otro [bienes en] depósito; si uno había recibido de otro en entregas relevantes; cualesquiera [negocios implicados] en una tablilla cerrada [= metida en un sobre] portando el sello de [uno de] ellos, todo lo que estuviera en tránsito, todo lo que estuvieran en el almacén de otro tanto en la «ciudad» [i. e. Assur], o en «el país» [i. e. Anatolia] los hijos de Amur-Ishtar, la hija de Amur-Ishtar, la «abadesa», y los hijos de Pushuken, la hija de Pushuken, la abadesa, –ninguno irá [a la litigación] contra el otro por la causa que sea.

[Siguen los nombres de ocho personas].

(PRITCHARD, II pág. 71-72)

2. HITITAS: LEYES HITITAS (COMPENSACIÓN)

10. Si alguno golpea a una persona y lo deja tendido y le hace... entonces por ello dé una persona para su casa y trabaje mientras que aquella se cura. Después de curada, da seis siclos de plata; igualmente, da al médico su salario.

11. Si alguno quiebra la mano o el pie de una persona libre, entonces le da veinte siclos de plata, y cumple sus obligaciones.

12. Si alguno quiebra la mano o el pie de un esclavo o una esclava da diez siclos de plata y cumple sus obligaciones.

13. Si alguno rompe la nariz de una persona libre, da una mina de plata, cumple sus obligaciones.

14. Si alguno rompe la nariz de un esclavo o de una esclava, da tres siclos de plata, cumple sus obligaciones.

15. Si alguno pierde la oreja de una persona libre, da doce siclos de plata, cumple sus obligaciones.

16. Si alguno hiende la oreja de un esclavo o una esclava dé tres siclos de plata.

19. Si algún hombre de la ciudad de Lûyya roba a una persona sea hombre o mujer de la ciudad de Hattushash y la lleva al país de la ciudad de Arzawa y su amo la coge, entonces él entrega su casa misma. Si algún hombre de la ciudad de Hattushash roba a un hombre de la ciudad de Luyyita y lo lleva al país de Lûyya, antes se daban doce persona, pero ahora [se dan] seis personas, y cumple sus obligaciones.

Matrimonio

28. Si una muchacha prometida a un hombre, otro hombre la desposa, entonces lo que el primer hombre le hubiera dado, ello lo restituye, mientras que el padre y la madre no restituyen nada. Si el padre y la madre la dan a otro hombre, entonces restituyen el padre y la madre. Pero si el padre y la madre rehusaran, entonces se la quitan.

Feudalismo hitita

39 Si un hombre toma los campos de otro hombre, hace su trabajo: si se despoja de los campos y otro toma los campos, él no se los cultiva.

40. Si un hombre de armas desaparece, un hombre de feudo viene y el hombre de feudo dice: «Este es mi cargo de armas y este es mi feudo», entonces provee el campo del hombre de armas y toma la carga de armas y presta el servicio.

(B. HROZNY, *Code Hittite. 1ᵉ Partie.*

3. HITITAS: TRATADO DE SUPPILULIUMA CON AZIRAS DE AMURRU

Estas son las palabras del Sol Suppiluliuma, el gran rey, el rey del país de Hati, el valiente, el favorito del dios de la tempestad.

Yo, el Sol [te hice un vasallo]. Y si tú [Aziras, proteges al rey del país de Hati, tu amo] el rey del país de Hatti, tu amo, te protegerá de la misma menera. La manera de proteger tu propia alma, tu propia persona, tu propio cuerpo y tu propio país, [protege a Hatti] [de la misma manera!]. En los días a venir, protege,

[tú, Aziras, al rey del país de Hatti] y el país de Hatti, [mis hijos y nietos]. 300 si[clos de oro fino] de primera clase [y] puro, será el tributo al rey del país de Hatti por año. Que lo pesen [con las piedras de pesar de los mercaderes] del país de Hatti. [Y, tú, Az]iras, debes venir al país de Hatti al Sol una vez al año.

Antiguamente, de hecho, el rey del país de Egipto, el rey del país de Hurri, el rey [de..., el rey del país de Kinze, el rey] del país de Nuhassa, el rey del país de Nija, el rey del país [..., el rey del país de Mukis], el rey del país de Halab, el rey del país de Kargamis, todos estos reyes eran hostiles [al Sol]. Pero Aziras, el rey del país de [Amurru], partío de la puerta de Egipto y su hijo sirviente del Sol, el r[ey del] país de Hatti, y el Sol, el gran rey, era m[uy feliz] acerca... que Aziras cayó a los pies del Sol. Aziras partió de la puerta de Egipto y cayó [a los pies del Sol]. Yo, el Sol, el gran rey [aceptó] a Aziras [en vasallaje] y lo añadió a sus hermanos.

[En]tonces Azi[ras...] al [Sol, el gran rey], su señor, habló como sigue: [«...] junto con mi casa [...] yo he venido y... [...].

... el que [vive en paz] con el Sol vivirá en paz también contigo. Pero el que es un enemigo del Sol, será enemigo [de ti]. Cuando el rey del país [de Hatti] (está en una campaña) en el país de (Hurri) o en el país de Egipto, o [en el país de Ka]raduniy[as] o [en el país de Astata], o en el país de Alsi –países que limitan con tu territorio [pero] enemigos [del Sol], países que están en paz [contigo], [pero] limitan [con tu territorio]– [(cuando) el país de Kinza y el país] Nuhassa dé la vuelta [y vaya a la guer]ra [con el país de Hatti] [cuando el rey del país de Hatti presenta batalla] contra uno de estos países –si (entonces) tú, Aziras, por tu propia decisión [no] marchas con tropas [y] carros y por tu ropia [decisión] no das batalla– [o s]i yo, el Sol, te envía a ti, Aziras, o un príncipe o un notable [con] sus tropas [y] carros como ayuda, o [si] [los] envío a otro país para hacer un ataque [y si] (entonces) Aziras por su propia decisión no marcha [con] sus tropas (y) carros y tú no atacas a [este] enemigo; si tú cometes alguna [traición y hablas de este modo]: «En verdad, yo estoy sometido a un tratado [debidamente prestado], pero en cuanto a que él venza a su enemigo o su enemigo le venza a él, esto [no puedo] saberlo en modo alguno» [y si] tú escribes a [este] enemigo: «[Mira. Tropas y carro]s del país de Hatti [vienen a atacar(te); ponte en guardia]» [por ello] quebrantarás el juramento.

[De] las tropas [y] carros del país de Hatti [...] n deben apoderarse de un sólo hombre. [Si tú] por tu propia decisión [no le dejaras ir] y, [por ello, no lo entregas] al rey del país de Hatti, quebrantarás el juramento. [Si] contra el rey de Hatti [...] otro enemigo se levanta y [derrota] el país de Hatti, [si contra el país de] Hatti alguien se subleva] y [tú Aziras tienes noticias [si entonces] por tu propia voluntad no corres en ayuda [con tropas [y] carros] –[si] para ti, Aziras, es imposible venir tú mismo, envía [o a tu hijo] o a un hermano tuyo con tropas [(y) carros en ayuda del re] y del país de Hatti. [...]

[Y si alguien presionara a Aziras con dureza... o (si) alguien inicia una revuelta, (si) tú (entonces) es]cribes al rey del país de Hatti: «¡Envía tropas [y] carros en mi ayuda¡» yo golpearé a este enemigo por [ti].

[...] porque Aziras... [...] y volvió [al]Sol en vasallaje. Yo, el Sol, mandé a notables del país de Hatti, tropas (y) carros míos [desde el] país de Hatti al país de Amurru. [Si] llegan a tus ciudades, trátalos bien y suminístrales lo necesario para vivir. ¡Déjales caminar delante [del pueblo del país de Amurru] como hermanos! ¡Trata [a los hiti]tas bien! Pero si algún hitita [se porta mal] y muestra malas intenciones hacia Aziras y trata de apoderarse de una ciudad suya o [un trozo] de tierra de él, por ello quebrantará el juramento.

Los deportados de estos países que el Sol trasladó –deportados de los países de Hurri, deportados de la región de Kinza deportados de la región de Niyā y deportados de la región de Nuhassi – [si] de Hattusa alguien, hombre o mujer, escapa y llega a tu país, tú no dirás lo que sigue: «Verdaderamente, yo estoy sometido a un tratado debidamente jurado, pero no puedo saber en modo alguno en qué lugar de mi país estas [gentes] [se esconden]». Tú, Aziras [los] cogerás y [los] entregarás al rey del país de Hatti.

[Si...] ante ti, Aziras, alguien pronuncia [malas palabras acerca del] Sol, sea un [notable] o sea un súbdito [corriente] de la región de Aziras, o sea (que) tú, [Azir]as, no [lo] coges y no lo entregas al rey de Hatti, por ello quebrantarás el juramento.

Igualmente la gente de Amurru que reside en el país de Hatti, sea un noble o sea un súbdito [ordinario] de la región de Aziras, o si tú le consideras [súbdito] del rey del país de Hatti –si el rey del país de Hatti te lo de[vuelve], guárdalo. Pero si el rey del país de Hatti no lo devuelve, él escapa [y él] va a ti, [si..] tú, Azi[ras no] lo coges [y lo entregas al rey del país de Hatti, por ello quebrantarás el juramento.

PRITCHARD, II, págs. 43-4

4. HITITAS: INSCRIPCIÓN DE KARATEPE

Yo soy Azitawadd, el bendito de Baal, el sirviente de Baal, a quien Awarku, rey de los danunitas, ha exaltado. Baal me hizo como un padre y una madre de los danunitas. Y animé a los danunitas, ensanché el país de la llanura de Adana, desde el orto del sol hasta su ocaso y en mis días los danunitas tuvieron todo el bien y abundancia y bondad. Y yo llené los arsenales de Paghar y multipliqué caballo sobre caballo y escudo sobre escudo y campamento sobre campamento por la gracia de Baal y los dioses, yo ensombrecí al insolente (?). Y yo borré el mal que había en el país. Y yo erigí la casa de mi señoría en bondad y yo hice bien para la progenie de mi señor. Y yo me senté en el trono de su padre e hice la paz con todos los reyes. E incluso como un padre fui tratado por todos los reyes a causa de mi rectitud, sabiduría y bondad de corazón. Y yo construí poderosas murallas en todas los puestos avanzados en las fronteras, en lugares donde había habido hombres malos con pandillas, ninguno de los cuales había servido a la casa de Mopsh, pero yo Azitawadd, los puse bajo mis pies y construí asentamientos en sus lugares, para que los danunitas los habitaran en la comodidad de sus corazones. Y yo sometí poderosos países en el oeste que ninguno de los reyes anteriores a mí había sometido, pero yo, Azitawadd, los subyugué, derribándolos y estableciéndolos en la extremidad de mis fronteras en el este, y allí establecí a los danunitas. Y en mis días, en todas las fronteras de la llanura de Adana, desde el orto del sol hasta su ocaso, incluso en lugares que antes habían sido temibles, donde un hombre temería andar por el camino; pero en mis días una mujer podía pasear con las manos en el huso, por la gracia de Baal y los dioses; en efecto, hubo en mis días abundancia de bondad y buen vivir y comodidad de corazón, para los danunitas en toda las llanuras de Adana. Y yo construí esta ciudad y creé el nombre de Azitaewaddiyy porque Baal y Reshef-de-los-ciervos me enviaron para construir y lo construí por la gracia de Baal y Reshef-de-los-ciervos, en plenitud y en bondad y en buen vivir y en comodidad de corazón de modo que fuera una fortaleza para la llanura de Adana y la casa de Mopso. Porque en mis días hubo en la tierra de la llanura de Adana

plenitud y bondad, y en mis días nunca era noche para los danunitas. Y construí esta ciudad y creé el nombre de Aziteqaddiyy. Yo instalé a Baal K-r-n-t-r-y-sh en ella y ofrecí un sacrificio para cada imagen fundida: una cabeza de ganado mayor [como] sacrifico animal, y en la época de la arcada una cabeza de ganado menor y en la época de la cosecha una cabeza de ganado menor. Y Baal K-r-n-t-r-y-sh bendijo a Azitawadd en vida y paz y gran fuerza sobre cualquier otro rey de modo que Baal K-r-n-t-r-y-sh y todas las deidades de la ciudad pudieran dar a Azitawadd amplitud de días y multitud de años y buena autoridad (?) y grande fuerza sobre cualquier otro rey. Y que esta ciudad esté llena [de comida] y vino y que la gente que viva en ella sean poseedores de ganado mayor y menor y tengan abundancia [de comida] y vino y engendren(?) mucho y sean muy fuertes y muy obedientes a Azitawadd y a la casa de Mopso por la gracia de Baal y los dioses. Y si algún rey entre los reyes y príncipe entre los príncipes, o persona de renombre, que borra el nombre de Azitawadd de esta puerta que hizo Azitawadd y [la] reutiliza para una puerta distinta y para [su] nombre, o la quita por codicia, o por odio y maldad quita esta puerta; en ese caso que Baal de los cielos, creador de la tierra, y el eterno sol y toda la generación de dioses borren a ese príncipe y ese rey y ese hombre de renombre, pero que el nombre de Azitawadd dure para siempre como el nombre del sol y de la luna.

(C. GORDON, *Forgotten Scripts*, págs. 111-112)

BIBLIOGRAFÍA

E. AKURGAL: *The Art of Hittites*, Londres y Nueva York, 1962.
A. BERNABÉ: *Textos literarios hititas*, Madrid, 1979.
K. BITTEL: *Los hititas*, en El Universo de las formas, Madrid, 1976.
T. R. BRYCE: *The Major Historical Texts of Early Hittite History*, Queensland, 1982.
H. CORNELIUS: *Geschichte der Hethiter*, Darmstadt, 1973.
G. EISSER y J. LEWY: «Die altassyrischen Rechtsurkunden vom Kültepe I y II» en *Mitt. d. Vor-aegyp. Gesellschaft*, 33 y 35, 3Heft, Leipzig, 1930-5X.
J. FRIEDRICH: *Die hethitische Gesetze*, Leiden, 1959.
J. GARELLI: *Los Assyriens en Cappadoce*, París, 1963.
A. GOETZE: *Die Annalen des Mursilis*, Leipzig, 1933.
O. R. GURNEY: *The Hittites*, Harmonsworth, 1980.
–, *Some Aspects of Hittite Religion*, Oxford, 1977.
W. F. LEEMANS: *The Old Babylonian Merchant. His Business and Social Position*, Leiden, 1950.
S. LLOYD: *Early Anatolia*, Harmondsworth, 1956.
J. C. MACQUEEN: *The Hittites*, Londres, 1986.
J. MELLART: «Anatolia, c. 4000-2300 B.C.» en *Cambr. Anc. Hist.* II, Cambridge, 1962, pp. 1-53.
J. O. MUHLEY: «Sources of Tin and the Beginnig of Bronce Metallurgy», en *Am. Jour. of Arch.* (1985), pp. 225-291.

L. LO. ORLIN: *Assyrian Colonies in Cappadocia*, La Haya, 1970.
H. OTTEN: *Das Hethiterreich*, en Kulturgeschichte des Alten Orient, 1961.
SETON LLOYD: *Early Anatolia*, Harmonsworth, 1956.
I. SINGER: «Hittites and Hattians in Anatolia at the Beginning of the Second Millenium BC», en *Jou of Near East. Stud.* 9 (1981), pp. 119-134.
G. STEINER: «Die Ahhiyawa-Frage heute» en *Saeculum* 15 (1964), pp. 365-392.
E. H. STURTEVANT: *A Comparative Grammar of Hittite Language*, Philadelphia, 1951.
—, *A. Hittite Chrestomathy*, Philadelphia, 1953.
TAHSIN ÖZGÜÇ: *Kültepe-Kanis. New Researches at the Center of the Assyrian Trade Colonies*, Türk Tarik Kurumu Yayinlarindan, 5, n.º 19, Ankara, 1959.
E. VON SCHULER: *Die Kaskäer. Eim Beitrag zur Ethnographie des Alten Kleinasiens*, Berlín, 1965.

CAPÍTULO XIV

EL IMPERIO MEDIO ASIRIO

La historia de Asiria después de los años brillantes de Shamshi Adad I desaparece de nuestra documentación. La expansión hurrita reduce a los reyes de Assur a la condición de tributarios durante varios años. Así *Assur-nirari I* (c. 1500 a.C.) se autodenomina *ensi* (virrey) del dios Assur, y como tal construye un templo de Bel y restaura el patio del *abâru* y construye el templo de Sin y Shamash en Assur. *Puzur-Assur III* (c. 1490-1470) guerrea con Burnaburiash I rey kasita de Babilonia y hace con él una delimitación de la frontera. *Assur-rabi I* fue quizá el rey que intentó algo contra Saushshatar de Mittani, pero el resultado fue la derrota del asirio y un saqueo de Assur. De *Assur-belnisheshu* (c. 1400) sabemos que hizo algo en el gran muro que rodeaba la nueva ciudad que había construido Puzur-Assur IV. *Assur-rin-nisheshu* siguió reparando el muro de sus antepasados. Algo más sabemos de *Assur-nâdin-ahe II* (c. 1393-1384) que pide a Amenofis III oro para su reino y consigue nada menos que 20 talentos. Es el momento de la decadencia de Mittani, que deja algún respiro a los asirios. Conocemos algunos ladrillos de su palacio. *Eriba Adad I* (c. 1383-1357) se titula «rey del universo» en una estela. Supo aprovechar la división de Mittani para aliarse con Alshe y Artatama de Hurri para caer sobre Washukani y rescatar la puerta de Assur. La recuperación política de Asiria se consolidó con *Assur-uballit I* (1356-1320). Este hábil rey de Asiria supo mantener una política de prudencia frente a los hititas y babilonios regidos entonces por Burnaburiash II. Buscó la alianza de Ajenaton de Egipto y casó a su hija Muballitatsherua con un príncipe babilonio, Karaindash, al que apoyó con las armas. Volvió a utilizar el título de «rey de la totalidad» según el testimonio de Marduk-nâdin-ahe, su escriba real. Su sucesor *Enlil-nirari* (c. 1319-1310) volvió a tener problemas con Babilonia con la que mantuvo una guerra, aunque no hubo un vencedor claro. Su hijo *Arikdênilu* es el primer rey de Asiria del que conservamos unos anales fragmentarios de los que se pueden colegir una serie de campañas en el alto Tigres y Zagros contra Gutium y Comagene, así como contra un tal Esini. En el texto se habla de cientos o miles de cabezas de ganado llevados a la capital, Assur, de presentes a la diosa Ishtar,

de carros de guerra de la ciudad de Arunni del país de Nigimhi, de Turiha, Habaruha, Tarlisi, Kudina, Kutila. Restauró el gran templo del dios Shamash.

«Cuando planeé construir este templo a causa de la abundancia de cosecha en mi país, en el santuario de Shamash, un lugar elevado que antiguamente era el lugar donde se administraba la ley del país y que ahora se había transformado en un montón de ruinas, expulsé a las gentes que se habían apoderado de él y se habían establecido allí. Puse su fundación en el eponimato de Beruti, hijo de Eriba-Adad, rey de Asiria».

Adad-nirari I (1297-1266) fue un gobernante capaz y ambicioso. Continuó la obra de su padre, aunque con más altos vuelos y se tituló «rey de la totalidad», rey poderoso, rey de Asiria». «Fundador de la ciudad, destructor de las poderosas huestes de los kasitas, Kute, lulumi y shubari, el que destruye los enemigos del Norte y del Sur, que derrota sus países desde Lubdu y Rapiku hasta Eluhat, etc.»

El kasita al que se refiere es Nazimaruttash, como atestigua la historia sincrónica. En el norte llevó a cabo una expedición contra el reino hurrita de Janigalbat, con lo que pudo ampliar las fronteras asirias a costa de los reinos hurritas, llegando sus conquistas hasta Karkemish. Un texto de Boghazköy informa que Shattara de Janigalbat era vasallo de Muwatalli y atacó a la frontera asiria confiando en la protección del hitita, pero fue vencido por Adad-nirari y llevado prisionero a Assur donde no tuvo más remedio que romper el vasallaje con Muwatalli y volver a su país como feudatario del asirio. Cuando su hijo Wasashatta intentó rebelarse contra Asiria fue deportado a Assur con toda su familia y su país invadido y saqueado. A pesar de todo, Hattusili III volvió a despojar a Adad-nirari de Janigalbat. Sin embargo en las inscripciones que adornan los monumentos reales se encuentran las ciudades conquistadas en el Norte: «Taidi, Lhuri, Kahat, Amasaki, Hurra, Shiduni, Nabula, Ushshukni e Irridi, toda región de Kashieri, la fortaleza de Sudi, Jarran, hasta Karkemish que está en la orilla del Éufrates». Escribe al rey de los hititas pidiendo la extradición de refugiados políticos y de gran interés histórico es la cita en las inscripciones de construcciones de sus campañas contra los *ahlamu*, es decir, los arameos, que años después se establecerán en todo el Próximo Oriente.

Además de sus numerosas campañas, Adad-nirari desarrolló una intensa labor constructiva: templos, palacios, murallas y puertas monumentales. Rehace el *mushlal* del templo de Assur; repara el muro sur de la ciudad que une la ciudadela con el río; restaura la gran muralla que protege la ciudad por el norte del río que había sido arrastrado por las avenidas, dejándolo definitivamente afirmado; reparó el muelle que va desde la ciudad alta a la baja, trabajó en el palacio real construido por Assur-nâdin-ahe. Dedicó especial interés a los templos. El de Ishtar, construido por Ilushuma desde cuyo tiempo había decaído y sido reparado por numerosos reyes asirios fue reconstruido en muchas partes; la puerta de Anu y Adad fue reparada y cubierta de bronce.

Salmanasar I (1265-1235). Continuó la misma política de campañas militares, pero en este caso las conocemos con mayor precisión. En una tablilla de piedra que registra la reconstrucción de Eharsag-kurkurra, hay una introducción histórica que constituye el primer año de los anales: «Al comienzo de mi sacerdocio, la tierra de Uruadi [Urartu] se rebeló y a Assur y los grandes dioses, mis

dueños, levanté mis manos en plegaria, movilicé mis tropas y subí contra sus poderosas fortalezas: los países de Himme, Uadkul, Bargun, Salua, Halila, Luba, Niliphari, Zinqun –ocho países con sus fuerzas– los conquisté. Cincuenta y una ciudades capturé, quemé y como botín me apoderé de sus propiedades. Todo el país de Uruadri en tres días lo sometí a Ashshur, mi señor»... «La ciudad de Arina, una fortaleza roquera... la destruí. A continuación le toca el turno a Janigalbat. Yo avancé contra el país de Janigalbat con las poderosas huestes de mi dueño Assur. Yo forcé mi marcha por caminos difíciles y pasos estrechos. Shattuara, rey de Hani [Janigalbat] el ejército de los hititas y de Ahlamî [araneos] con él, los vencí. Él cortó los pasos y mi suministro de agua. A causa de la sed y la fatiga mi ejército avanzó bravamente hacia la masa de sus tropas y yo libré una batalla y conseguí su derrota. Maté incontables cantidades de sus huestes dispersas. Contra el rey mismo, a punta de lanza, hasta la puesta del sol yo libré batalla. Yo acuchillé sus hordas, catorce mil cuatrocientos de ellos los cogí cautivos. Nueve de sus fortalezas y su capital las tomé, ciento ochenta ciudades las convertí en montones de ruina. El ejército de los hititas y arameos, sus aliados, los masacré como a ganado. En esa época, desde la ciudad de Taidi hasta la ciudad de Irridi, toda la región montañosa de Kashiari, hasta la ciudad de Eluhat, la fortaleza de Sudi, la fortaleza de Harran hasta Karkemish que está en la ribera del Éufrates, capturé sus ciudades. Los países los puse bajo mi mando y el resto de sus ciudades las quemé con fuego».

En el este, en el país de Kutî, es decir, de los guteos, especialmente bravos, también hubo campañas de Salmanasar I: «El país de los kuti cuyo número es incontable como las estrellas de los cielos, que saben cómo saquear, cayeron sobre mí y lucharon conmigo en enemistad. A Assur y los grandes dioses, mis amos, yo levanté mis manos en plegaria diciendo: "Ellos me prometieron su homenaje". Yo dejé el campamento de mi ejército detrás, tomé el tercio escogido de mis carros, me precipité en medio de la batalla con ellos. Desde la frontera del país de Uruadri hasta el país de Kutmuhi, las regiones remotas, un país lejano, los cuerpos de mis huestes desperdigadas, yo los lancé como agua. Con los cadáveres de sus guerreros yo llené la ancha llanura. Su botín, su ganado, sus gentes y su propiedad llevé a mi ciudad de Assur».

El resultado político de las campañas de Salmanasar fue la elevación de Asiria al rango de gran potencia, la eliminación definitiva de Janigalbat la hacía vecina de los hititas.

Como todo conquistador asirio Salmanasar I dedicó el botín conquistado a la construcción de edificios públicos para adorno de su capital. Restaura el templo de Eharsagkurkurra, el templo de Ishtar de Assur, la puerta de Libur-shalhi, el templo de Ishtar de Nínive. Fundó la ciudad de Kalah.

Tukulti-ninurta I (1235-1198). Como casi todos los conquistadores asirios tuvo la necesidad de reconquistar una vez más los mismos lugares que sus antecesores, y de la misma manera que los grandes caudillos egipcios, que hacen todos las mismas campañas año tras año, los asirios aún repiten con mayor frecuencia las operaciones. Inicia Tukulti-ninurta su reinado con expediciones de gran alcance. En su primer año conquistó el país Kutî y el de Ukumani y todo el país de Shubari. En el Naïri se enfrentó con una coalición de cuarenta y tres reyes y «con su sangre inundé los torrentes y gargantas de las montañas». El

hecho más importante de sus campañas fue la toma de Babilonia. El relato asirio oficial dice: «Confiando en Assur, Enlil y Shamash, los grandes dioses mis amos, y con la ayuda de Ishtar, reina de los cielos y tierra que iba a la cabeza de mi ejército, yo obligué a Kastiliash, rey de Karduniash [Babilonia] a presentar batalla; yo llevé a cabo la derrota de sus ejércitos... en medio de la batalla mi propia mano capturó a Kastiliash, el rey kasita. Su real cuello puse a mis pies como un *galtappi*. Desnudo y atado lo llevé ante Assur mi señor. Sumer y Akkad hasta sus más lejanas fronteras los puse bajo mi yugo. En el mar inferior del sol naciente yo puse el límite de mi reino». La crónica babilónica confirma el hecho: «Tukulti-ninurta volvió a Babilonia y... ellos se acercaron a Babilonia. Destruyó el muro de Babilonia y pasó a cuchillo a los babilonios. El tesoro de Esagila y Babilonia los profanó y se los llevó y al gran dios Marduk lo quitó de su sitio y lo llevó a Asiria. El mando de sus gobernadores estableció en Karduniash [Babilonia]». La caída de la ciudad en manos de Tukulti-ninurta causó sensación en todo el Oriente. Entre los hititas despertó tal angustia que se acudió a los oráculos para conocer el significado de tal suceso. E incluso en la propia Asiria parece que el hecho produjo cierta oposición que el rey trató de contrarrestar con un escrito emitido por la cancillería en el cual se presentaba al rey Kastiliash como agresor y a él como el elegido de los dioses.

Sus roces con Tudhaliya IV, rey de los hititas, fueron duros pero no se llegó a una guerra abierta. A principios de su reinado había deportado a veintiocho mil ochocientos guerreros hititas desde el otro lado del Tigris, a los que probablemente estableció en Asiria. Se entiende que vivían dentro de la esfera de acción asiria. La enemistad del rey hitita se manifestó en la prohibición a Ishtar-muwa de Amurru de comerciar con los asirios.

Es digno de destacar el hecho de la fundación de una nueva residencia real que se llamó Kar-tukultininurta en el actual Tulul Al-Akr: «Por mandato de Assur, el dios que me ama, enfrente de mi ciudad de Assur, en la orilla del Tigris, en los yermos de los campos inundados, donde no existía ninguna casa ni vivienda, donde no se había echado escombro ni tierra, y donde no se había puesto un ladrillo, yo construí la ciudad de Assur al otro lado del río. Kar-tukultininurta la llamé. Cortando a través de las grandes zonas bajas a cordel y llevándolo a través de los lugares difíciles de las altas montañas mediante túneles, abrí un canal, llamado «establecer la vida del país, producir la abundancia». E hice que los campos de mi ciudad fueran regados en abundancia. Por la abundancia de agua del canal yo aseguré rentas fijas para Assur y los grandes dioses mis señores para siempre». Además de esta ciudad, reconstruyó el palacio de Assur, la muralla de la ciudad,a los dos templos de Ishtar.

El final del rey fue trágico. La crónica babilónica lo resume así: «Después los nobles de Akkad y de Karduniash se sublevaron y pusieron a Adad-shum-usur en el trono de su padre. En cuanto a Tukulti-ninurta, que había traído el mal sobre Babilonia, Assur-nasirpal, su hijo y los nobles de Asiria se sublevaron y lo echaron del trono; en Kar-Tukultininurta lo sitiaron en su palacio y lo mataron con la espada. Durante... seis años hasta el tiempo de Tukulti-Assur, Bel [Marduk], vivió en Asiria; en tiempos de Tukulti-Assur, Bel vino de nuevo a Babilonia». No conocemos las causas de la sublevación que parece capitaneada por el príncipe heredero. Schmökel sospecha que pudo ser el partido de la guerra o

un cambio en el espíritu del viejo guerrero que se retiró en soledad a su nueva residencia, alejándose de su pueblo. No hay noticias que se puedan aducir en ningún sentido. En todo caso, no fue un hecho insólito sino que se produjo frecuentemente en las monarquías despóticas del Oriente antiguo.

Con la muerte del rey se volvió a perder gran parte de lo ganado en los primeros años del reinado tanto en lo político como en lo económico. El sucesor *Assur-nadinapli* reinó cuatro años y no dejó noticias. Solo algunos ladrillos escritos nos hablan de obras en el palacio. Le sucedió *Assur-nirari IV*, que debió sufrir la hegemonía de Babilonia restaurada a su independencia desde la sublevación contra Tukulti-ninurta. El próximo rey fue otro hijo de Tukulti-ninurta *Enlil-kudurusur*, que reemprendió la lucha contra Babilonia y pereció en combate con su enemigo. El ejército fue retirado por un príncipe llamado Ninurta-apal-enkur, después de derrotar a los babilonios y subió al trono (*c.* 1182-1170) y dejó fama de buen regente. *Assurdân* es conocido por la referencia que de él hace Assur-reshishi. Le sucede *Ninurta-tukul-assur* que, consciente de la supremacía de Babilonia, devolvió la estatua de Marduk a su sede, pero que no figura en las listas de antepasados de Assur-reshishi ni de Tiglat-pileser I, lo que se explica porque parece que no fue nunca rey sino corregente de Asurdân. De su tiempo poseemos un interesante archivo. Destronado, se refugió en Babilonia. Su sucesor fue *Mutakkilnusku*, del que su nieto Tiglat-pileser dice: «Mutakkilnusku a quien Assur, el gran señor, escogió apasionadamente siguiendo el impulso de su buen corazón y justamente lo llamó para ser pastor de Asiria».

De *Assur-reshishi* tenemos algunas noticias más procedentes de cuencos conservados en el Museo Británico. Con él se va superando la dependencia de Babilonia y la pérdida de poder político y económico que redujo a Asiria a un pequeño estado. Los títulos laudatorios dan algunos datos sobre campañas: «El que destruye las huestes extendidas de los *ahlamî* [arameos]», «el que en nombre de Urta, el valiente entre los dioses... Norte y Sur», «el que ha puesto a sus pies a los *lulumî*, a los *kutî* y a toda su región montañosa», «el vengador de Asiria». Estas expresiones vuelven a sonar en la literatura política asiria tradicional. Como sus antecesores instauró templos que se habían derruido y volvió a titularse «rey poderoso, rey de la totalidad, rey de Asiria».

La obra empezada por este rey culmina durante los años de su hijo *Tiglat-pileser I* (1116-1078). Al principio de su reinado los *mushki* (tracofrigios) en número de veinte mil mandados por cinco reyes, que durante cincuenta años habían poseído las tierras de Alzi y Purukuzzi y que en otros tiempos habían pagado tributo a los asirios, confiados en su propia fuerza se apoderaron del país de Kutmuhi (Comagene); el rey salió a campaña y los derrotó amontonando los cadáveres como espigas de grano. Se apoderó de todo lo que poseían y a seis mil, los únicos que quedaron vivos, los trajo a Asiria. Por la misma época volvió en son de guerra a Kutmuhi, lo devastó y después de abrirse camino con picos de bronce, por las montañas, cruzó el Éufrates hasta la ciudad de Shereshe, donde se habían refugiado los fugitivos de Comagene. Los hititas que habían acudido en ayuda de Kutmuhi, también sufrieron la misma suerte y sus cadáveres fueron arrastrados por el río Namê al Tigris. Su rey Kibi-Teshub, al que sus hombres llamaban Irpi fue hecho prisionero por el propio rey en medio de la batalla. Con él cayeron sus mujeres, sus hijos, sus propiedades, ciento ochenta vasijas de

bronce, cinco cuencos de bronce, todo de oro y plata. Otro principado neo-hitita llamado Urratinash, regido por Shadi-Teshub, sufrió los ataques del asirio, pero se entregó antes de llegar al combate. Le tomó en rehenes a sus hijos, sesenta vasijas de bronce, cuencos, ciento veinte esclavos y rebaños de ganado y le perdonó la vida. Después le tocó el turno a Mildish que fue devastado.

Liquidada la resistencia en el noroeste, marchó al país de Shubartu «con su gente altiva e insumisa», «porque cuatro mil hombres de Kaski de Urumi, soldados del país de Hatti que se habían sublevado, se habían apoderado del país de Shubartu». Una vez más, los enemigos cuando vieron acercarse a Tiglat-pileser con todo su ejército se asustaron y pasaron rendidos a ser súbditos de Asiria. Después marchó contra Kutmuhi. Sus hombres no se arredraron y lucharon en batallas en campo abierto, en guerrillas en las montañas hasta que fueron incorporados a Asiria. El año II hace una expedición al país de Haria y las huestes de Kurti y contra el distrito más allá del Zab inferior y el país de Sugi.

El año III lucha en el Naïri, territorio de los antiguos hurritas, situado entre el Tigris y el Zab superior: «Yo que gobierno con justicia las cuatro partes del mundo y que no he conocido conquistador en batalla ni un rival en la lucha, marché por caminos difíciles y por empinados desfiladeros que no ha conocido el corazón de ningún rey de otros tiempos hasta los países que están en la orilla del mar superior y que no conocieron la sujeción». En el relato de la campaña en el Prisma (columnas 4-5) se dice que el rey cruzó el Éufrates, lo cual crea cierta confusión, porque debió ser lógicamente el Tigris si partió de la ciudad de Assur. Es posible que viniera por occidente, en cuyo caso el texto sería correcto. El resultado es que combatió a treinta y tres reyes del país de Naïri «que reunieron sus carros y sus huestes saliendo de sus países y avanzaron para la guerra y el combate». Los derrotó y a otros sesenta más. Estas y otras referencias a reyes y países dan idea de que se trata de modestos jefes de aldeas en una zona que carece de unidad territorial. A Sieni, rey del país de Daiaeni lo llevó cautivo a Assur y lo devolvió a su reino después de prestar juramento. Sometió todo el Naïri, Malatiya de Janigalbat (Mittani).

Después se ocupa de los arameos establecidos en torno a Karkemish venciéndolos en un solo día. En esta expedición cruza el río en pellejos. El país de Musri y de Kumani cayeron ante el ejército asirio y Hunusa fortaleza del segundo, sufrió los rigores de la ira de Tiglat-pileser hasta el punto de quedar prohibida su repoblación mientras que Kibshuna tuvo mejor suerte porque su príncipe no osó combatir con el gran conquistador. En estos primeros años venció a veintidós países y sus reyes. Aunque los anales nada dicen, tenemos inscripciones y la *Historia Sincrónica* que completan la historia de las campañas de Tiglat-pileser. Una serie de tablillas que conmemoran la reconstrucción del templo de Anu y Adad aluden a la expedición al monte Líbano: «Fui al monte Líbano. Corté y transporté troncos de cedros para el templo de Anu y Adad, los grandes dioses, mis señores. Volví contra Amurru. Lo conquisté entero, recibí el tributo de Gubal, Sidón y Arvad. Crucé en barcos de Arvad, desde Arvad que está en la orilla del mar a Samuri [egipcio Samura] del país de Amurru, un viaje de tres *bêru* [dobles horas] por tierra. Maté un *nahuru* que ellos llaman «caballo de mar» en medio del mar».

Como siempre el rey tuvo que hacer numerosas expediciones para mantener su dominio en Occidente. «Crucé el Eufrates por vigésima octava vez persiguiendo a los arameos por segunda vez en un año. Desde Tabmar de Amurru, Anat de Suhi hasta Rapiku de Karduniash los derroté». Esto nos lleva de la mano a otra empresa de especial importancia que es la lucha con Babilonia, cuya fecha es desconocida, pero que algunos creen que deben situarse en el primer decenio del reinado. Tenemos la versión asiria muy incompleta y la de la historia sincrónica. La primera cuenta las victorias asirias y la segunda es ligeramente más objetiva. Es posible que la causa del conflicto fueran las rapiñas de los arameos y las expediciones de castigo, emprendidas, como hemos visto, por Tiglat-pileser, que se ocupó de Rapiku perteneciente a Babilonia, la cual bajo Marduk-nadin-ahhe rompió las hostilidades con algunos éxitos iniciales en Arzuhina (Bajo Zab) y Maruti (Akad). Pero una vez más apareció la energía de Tiglat-pileser: «Por mandato de Ashshur y Urta contra Karduniash yo marché. La ciudad de Dur Kurigalzu, Shippar de Shamash, Shippar de Annunitum, Babilonia y Opis que está al otro lado del Tigris, ciudades... con sus fortalezas las capturé; multitudes de ellos maté y su incontable botín me llevé. Los palacios de Babilonia pertenecientes a Marduk-nadin-ahhe yo capturé, los quemé con fuego. En el eponimato de Ashshur-nadin... y en el eponimato de Ninuaia, la segunda vez formé la línea de carros de batalla contra Marduk-nadin-ahhe, rey de Karduniash lo derroté». No se incorporó Babilonia al estado asirio, sino que solo cambió el rey, probablemente por la muerte en combate de Marduk-nadin-ahhe.

La gran personalidad de Tiglat-pileser I se desprende de toda esta serie de campañas, pero no sólo de ellas. Tuvo una notable actividad cinegética que nos es recordada en la narración de sus empresas militares. Y no carecen de significado económico la enumeración de sus cacerías: toros salvajes en el desierto en el país de Mittani y en el país hitita, elefantes en la cuenca de Jabur, leones, etc. Al mismo tiempo se preocupó por las cosas de la paz y también hay que destacar la labor constructora de Tiglat-pileser. El templo de Anu y Adad fue reconstruido lo mismo que el palacio real de Assur y el templo de Ishtar de Nínive. Todo ello encaja dentro de un vasto programa de reconstrucción nacional planeado y ejecutado por el rey: «Después de que puse a los enemigos de Assur bajo mi mando, reconstruí el templo de la Ishtar asiria, mi señora, el templo de Amurru, el templo de Bel-labiru, los templos divinos, los templos de los dioses de mi ciudad de Assur que habían caído en ruina. Los portales de sus templos los levanté e hice que los grandes dioses mis amos vivieran en ellos. Yo hice felices a los corazones de los grandes dioses.

Los palacios, las residencias reales, las grandes ciudades de la provincia de mi país que habían sido abandonados desde los tiempos de mis padres durante muchos años y habían caído en ruinas, los reconstruí completamente. Yo reforcé las murallas de las ciudades de mi país que estaban en ruinas.

Yo puse los arados a trabajar en toda Asiria y amontoné el grano en mayores cantidades que mis padres. Manadas de caballos, ganado y asnos de los que me apoderé con la ayuda de Assur, mi señor, en los países que había puesto bajo mi mando, yo los reuní como despojo de mi mano; y manadas de ciervos, corzos, íbices y cabras salvajes, que Assur y Urta, los dioses que me aman, me dieron para la caza, yo los cogí en medio de las solitarias montañas...

Yo he traído cedros, bojes y árboles *allakamish* de los países que sometí,

árboles como los cuales ninguno de los reyes, mis antepasados nunca había plantado, yo los planté en los jardines de mi país. Yo cogí plantas raras que no se encontraban en mi propio país y se las hice florecer en los jardines de Asiria. Yo aumenté la producción de carros [con sus] tiros para fortaleza de mi pueblo. A la tierra de Asiria yo añadí tierra, a las gentes, gentes».

He aquí un prototipo de rey asirio: guerrero, cruel, despiadado, preocupado por la vida de sus gentes, que desprecia las mínimas relaciones de respeto para sus vecinos a los que despoja, masacra, aprisiona, y todo lo justifica por la voluntad de sus dioses que le aman y protegen. Trata de enriquecer a su país, fomenta por todos los medios la agricultura y la producción de carros de guerra. Es el prototipo del déspota oriental y su fama duró siglos en Asiria.

Le sucedió *Asharida-palenkur* que reinó un año y después *Assur-bel-kala*, hijo de Tiglat-pileser I, y después otros dos hermanos *Eribaad II* y *Shamshi-adad IV*. Durante todos estos reinados se desintegró el estado asirio y continuó decayendo bajo *Assurnashirpal I* (1052-1033) y *Assurrabi II* (1010-970). Ahora el peligro venía de los arameos que en el cambio de milenio se extendieron por todo el Oriente dominando las llanuras y dejando a Babilonia y Asiria reducidas a sus primitivos pequeños reinos. Este fenómeno se puede explicar de muchas maneras y de distintos ángulos de enfoque, pero en todo caso rebela una inestabilidad interna del estado asirio, hasta ahora incapaz de una estructura políticoadministrativa duradera. Todo descansaba en pactos de vasallaje continuamente renovados y rotos con la misma frecuencia. Sólo una gran personalidad política y militar podía rehacer un estado deshecho. Pero al mismo tiempo esa actividad militar prolongada durante una generación producía necesariamente un agotamiento económico y seguramente humano que no podía compensarse con el botín de objetos de riqueza ni con deportaciones humanas. La idea de vincular las grandes expediciones a fines de protección de rutas comerciales como aquella legendaria de Sargón de Akkad o Naram-sin a Burushanda, llamado por los mercaderes, puede ser una explicación, pero las fuentes no nos autorizan a generalizarlo.

DOCUMENTOS

1. ASIRIA: TIGLATH-PILESER I

Tiglath-pileser, rey poderoso, rey del Universo, que no tiene rival, rey de las cuatro partes [del mundo], rey de todos los príncipes, señor de señores, pastor, rey de reyes, exaltado sacerdote, a quien se concedió un cetro radiante por el mandato de Shamash, mediante el cual ha llegado a gobernar las naciones, súbditos de Enlil, todas ellas; el verdadero pastor, que ha sido proclamado sobre todos los príncipes; el exaltado caudillo, a quien Assur ha hecho blandir sus armas, y para que sea el pastor de las cuatro partes [del mundo] ha proclamado su nombre para siempre; el conquistador de los remotos territorios en sus fronteras, al norte, al sur; la tempestad feroz, cuyo esplendor subyuga las cuatro partes [del mundo] la llama incandescente que, como el ímpetu de una tormenta, domina el país del enemigo; que por mandato de Enlil no tiene rival, y ha derrotado a los enemigos de Assur.

LUCKENBILL, *op. cit.* I, pág. 73

2. ASIRIA: LEYES ASIRIAS

Asesinato

Si tanto un hombre como una mujer ha entrado en [la casa] de un hombre y ha matado [ya a un hombre] ya a una mujer, [se entregará] a los asesinos [al amo de la casa]; si él quiere, se [les condenará] a muerte; [si el quiere], hará una compensación [y] tomará [todos sus bienes]. [Si] los ase[sinos] no tienen nada [que dar en su] casa, ya un hijo ya una hi[ja] [ellos darán] [...] en la casa [...] que [...]–

Repudio

Si un hombre repudia a su esposa, si él quiere, le dará alguna cosa, si no quiere, no le dará nada; ella se irá desposeída.

Levirato

Si un padre ha aportado el [donativo nupcial] *biblu* [o] el *zubullû* a la casa del suegro de su hijo, si la mujer no le ha dado a su hijo, y si otro hijo suyo cuya esposa en la casa de su [propio] padre, muere, él dará la mujer de su hijo muerto como esposa a su otro hijo para el cual ha aportado [el *zubullû*] a la casa de su suegro.

[Incluso] si el amo de la hija, que ha recibido el *zubullû* no desea dar su hija, si quiere, el padre que ha aportado el *zubullû* tendrá su nuera [?] la dará a su hijo; o si quiere, retomará lo que ha aportado, estaño, plata, oro, lo que no es fungible, en su totalidad; y no reclamará lo que es fungible.

Robo

[Si un hombre ha «robado» ya] un animal ya alguna otra cosa [y si se presentan contra él cargos [y] pruebas, pagará [x minas] de estaño; se [le] darán 50 bastonazos y prestará [x días de corvada real]. Los jueces del país [?] [darán] este juicio. Pero si acude [al rey, restituirá] la cosa «robada» en tanto que la ha «ro[bado»], por su entero valor, grande o pequeño [y (él sufrirá) la pena] que el rey le imponga a su gusto.

G. CARDASCA, *Les lois assyriennes, passim*

3. ASIRIA: TUKULTI-NINURTA I: FUNDACIÓN DE KAR-TUKULTI-NINURTA

Tukulti-ninurta, rey del universo, rey de Asiria, rey de Sumer y Akkad, rey de las cuatro regiones [del mundo], favorito de Assur y Shamash, yo soy. El honrado príncipe, el rey favorecido de Enlil, que gobierna su país en salvedad con su pacífico cetro; gran sacerdote, llamado por Anu, que por el poder de su fuerza ha subyugado príncipes y todos los reyes; justo gobernante que alegra el corazón de Ea, que ha establecido sus años en poder sobre las cuatro regiones del mundo...

Por aquel tiempo Assur, el señor, deseaba de mí una ciudad, al otro lado del río de mi ciudad, Bait-ilâni y ordenó la construcción de su morada, al mandato de Assur, el dios que me ama, en frente de mi ciudad de Assur, en la ribera del Tigris, en los yermos de los campos inundados, donde no existía ni casa ni vivienda, [donde] no se había echado tierra ni escombro, y donde no se habían puesto ladrillos, yo construí la ciudad de Assur, al otro lado del río, le di por nombre Kar-Tukulti-ninurta. Cortando en los lugares bajos, a cordel, y elevándola por las difíciles de las altas montañas mediante túneles, abrí un canal [*mihirtu*], llamado «Establecer la vida del País, producir abundancia», e hice que los campos de mi ciudad tuvieran riego abundante.

Por la abundancia del agua del canal, aseguré los suministros debidos a Assur y sus grandes dioses, mis dueños, para siempre.

Por aquel tiempo, en mi ciudad de Kar-Tukulti-ninurta, ciudad que había edificado, erigí una casa santa una vivienda imponente, para morada de Assur, mi señor, Ekurmeshane le di por nombre. En ella terminé una poderosa torre del templo (zigurat), como vivienda para Assur, mi señor, y erigí unas estelas commemorativas.

Que todo príncipe venidero, cuando la torre y el templo de Assur, mi señor, caigan en ruinas restaure sus restos, unte con aceite mis estelas conmemorativas, ofrezca sacrificios, y los vuelva a su lugar. Assur, Enlil y Shamash escucharán su plegaria. El que no restaure las ruinas de la torre templaria y el templo de Assur, mi señor, y borre mi nombre escrito, o destruya esa torre dejándola en un lugar malo o escondido, que maquine una fechoría o la lleve a cabo contra la torre, el templo de Assur, mi señor, que Assur, Enlin y Shamash, los dioses, mis protectores, le aflijan con pesares y mal de corazón. En la guerra y la batalla, que ellos le quiebren sus armas, le acarreen la derrota de su ejército, y le pongan en manos del rey que lo mortifique, y en el país de sus enemigos que le encadenen, que destruyan su reino, su nombre, su simiente que la borren de la tierra.

(LUCKENBILL, *op. cit.* págs. 163, 167-169)

BIBLIOGRAFÍA

G. CARDASCIA: *Les Lois ssyriennes* (Introduction, traduction et commentaire), París, 1969.

H. A. FINE: *Studies in Middle-Assyrian Chronology and Religion*, Cincinati, 1955.

R. LABAT: *Le caractère religiux de la Royauté assyro-babylonienne*, París, 1939.

B. A. LIPINE: «The Assyrian Family in the Second Half of the secondn Millenium B.C.» en *Cahiers d'Historie Mondiale*, 6 (1960), págs. 628-642.

E. M. MAC DONALD: *fThe Position of Woman as Reflected in Semitic Codes of Law*, Toronto, 1931.

VAN PRAG: *Droit matrimonial ssyro-babylonien*, Amsterdam, 1945.

E. F. WWIDNER: «Die Annalen des Königs Assurbêlkale von Assyrien» en *Arch. f. Orientfor.* 6 (1930-1931), págs. 75 y sigs.

CAPÍTULO XV

EL IMPERIO NUEVO ASIRIO

El año 932 a.C. sube al trono de Asiria Assurdân II (932-910). Con él volvemos a tener noticias concretas de campañas. Los enemigos no fueron sólo los arameos que se habían extendido por toda Mesopotamia, sino que la presión ejercida por las hordas indoeuropeas de los medos habían puesto en movimiento a las poblaciones de la banda de los Zagros. El afán renovador y de afirmación de lo asirio se nota en sus inscripciones que ya no están en babilonio con préstamos asirios sino en asirio con modismos babilonios. En general sus expediciones se mantuvieron dentro de los límites asirios y fueron eminentemente defensivas. Su primera obra fue preparar la fuerza militar para la acción. Acabó con el hambre y la miseria que obligaba a los asirios a emigrar a los países enemigos. Restauró la economía, mandó construir grandes monumentos, reorganizó el ejército y se enfrentó con los arameos de Jausa y los venció en la ciudad de Ekalpînâri (Tell Bezan) ochenta kilómetros al noroeste de Mosul. Hizo una segunda campaña contra los arameos de Rakuhu (Zab) donde los arameos habían masacrado a los asirios en tiempos de Salmanasar II (1028-1017). La tercera expedición se dirigió contra los arameos de Yahânu, al otro lado del Tigris. Asegurada la frontera sur, se vuelve a las provincias del norte y así combate en Kadnuhi a cuyo rey despellejó vivo. Luego el país de Muzri, Kirriuri (ambos a orillas del Zab superior al norte de Arbelas). En sus últimos años volvió al país de Muzri y conquistó algunas ciudades en el distrito de Dur Kurigalzu, volviéndose hacia el suroeste y luchando con las ciudades de Lishur-sala-Ashshur (Simanu) siguió hacia el oeste y combatió la ciudad de Hulza y hacia el sur la de Shuppâ. Finalmente luchó en Magrisi (desembocadura del Jarmis en el Jabur), siguió río abajo y alcanzó la ciudad de Sangarite en el Éufrates. Esta actividad de Assurdan II demuestra que Asiria volvía a tomar la ofensiva, modesta esta vez, pero anunciadora de tiempos nuevos.

Adadninari II (909-889). Es el verdadero fundador de una nueva época en la historia de Asiria, que durará hasta el fin de este estado. Durante doscientos años Asiria será la potencia militar más poderosa del Oriente Próximo, y toda la

historia gira en su esfera de acción. Este período, narrado por extenso en los anales, refleja una actividad bélica desmesurada. Al leerlos da la impresión de que Asiria estaba en guerra continua, no tenía ni un solo amigo y su historia es una vela continua de las armas. Ya hemos visto que eso mismo había sido el ideal del imperio medio asirio con hombres como Tiglat-pileser I. Ahora vuelve a resucitar con especial fuerza e intensidad. En opinión de Forrer esta actitud contrasta con la de Babilonia, ya que este pueblo heredero de la tradición sumeria, prefería como ideal la piedad, la justicia, la providencia de sus reyes, considerando la guerra como un mal necesario. Por el contrario, el asirio sólo admitía la paz cuando hubiera alcanzado la seguridad de que los pueblos de su entorno habían reconocido la soberanía de Assur y de su mandatario el rey. Pero además hay que añadir una teología política que se concreta en la aspiración a la monarquía universal cuyo titular es el dios Assur y bajo su mandato actúa el rey castigando a los que osan oponerse a su voluntad, que en última instancia es la del dios. Los métodos para realizar esta política están bien claros en las inscripciones redactadas por mandato y a gusto del rey. El ejército asirio castiga a los rebeldes por todos los medios a su alcance: decapitan, empalan, desuellan, hacen pirámides de cadáveres, deportan poblaciones, esclavizan, queman a sus enemigos. Prescinden de cualquier sentimiento humano, produciendo la impresión de que se trata de una calculada crueldad para producir en el enemigo un terror que lo paralizara. Sabemos que no fue éste el caso. Arameos, sirios, hebreos resistieron una y otra ofensiva asiria oponiéndose a sus pretensiones, y una vez más la violencia engendró violencia en el contrario. El resultado fue una *pax assyriaca* que permitió la libre circulación por todo el Oriente, pero no pudo evitar un desgaste de los recursos vitales del gran imperio asirio.

Adadnirari II en su primer año de reinado conquistó el país de Kumani y prendió a su rey Iluia en su palacio: «A sus hermanos los corté en pedazos». A continuación marchó contra Kirhi,... Baya, Sarbalia, Diduala junto con las ciudades de la ribera del río Rûru (¿Tigris?), con lo que frenaba la expansión de los medos y alcanzaba las fronteras naturales del territorio deseado por Assur. Durante los próximos nueve años incorporó el país de Kadmuhi al estado asirio. Desde aquí como base, dirigió cuatro expediciones al país de Naïri, es decir el territorio antiguamente Mittani al sur del Tauro, abriéndose paso a la región al este del Tigris. Por el mismo tiempo desde el año II hasta el X avanzó Adadnirari por los países de Jabhi y Zamura en tierra de los *lullume* alcanzando la frontera natural oriental más allá del río Diyala. Por el sur el reino asirio limitaba con los babilonios y los arameos. En Babilonia reinaba Shamashmudamiq, que fue vencido. El asirio conquistó la región de Der y «todo el país de Karduniash hasta los límites de su extensión», lo que no parece exacto, pero sí obligó al babilonio a un tratado de paz en el que le cedía la tierra de Sallun, la comarca de Radânu con las ciudades de Arrapha (Kerkuk) y Lubdu y Lahiru, aunque más tarde también se anexionó el asirio Idu (Tell Bahiyi) y Zaqqu. Una vez asegurado el este y el sur dirigió su ataque contra sus más odiados enemigos, los reinos arameos del país de Janigalbat. Entre los años XI y XVIII llevó a cabo siete campañas que terminaron con la sumisión del territorio y los reinos fueron cayendo uno a uno en sus manos. En los últimos años de su reinado tuvo que guerrear con el babilonio Nabûshumukin al que encarceló y se firmó un tratado de paz.

Tukulti-ninurta II (888-884). Reinó pocos años pero demostró unas cualidades

miltiares dignas de su nombre. No hubo grandes empresas, realizó varias campañas en el país de Naîri donde se había formado una confederación de reinos al que los asirios denominaron Urartu (véase capítulo correspondiente). Los arameos habían creado, después de la sumisión de Janigalbat, un nuevo reino en Amida (Diarbekir), que también fue sometido por Tukultininurta II en su cuarto año. En el último se dedicó a hacer una gran expedición que tiene más de viaje entre deportivo y de reconocimiento que de propiamente militar. Su relato nos cuenta las etapas, los tributos que recibe, las piezas que cobra en sus cacerías y alguna escaramuza e incluso una obra hidráulica como la realizada en la cuenca del Tartara. El itinerario fue: Ashshur-el desierto-Tartara-Margani-Ut'âte-Asusi-Durkurigalzu-Patti-Bell-Shippar-Salate-Dur Balâti-Rahimme-Kahite y así 1800 kilómetros.

Assur-nasirpal II (883-859). Frente a los éxitos indudables de sus predecesores que demostraron una nueva actitud del estado asirio, pero con resultados poco espectaculares, la política del nuevo rey nos revela en él una personalidad aterradora. Von Soden le llama «conquistador brutal y fomentador del arte». Para Schmökel es el prototipo del conquistador asirio. Lo que sorprende en este caudillo excepcional es su política sistemática de conquista y su capacidad de organización, y tal vez sea la figura que ejemplifica mejor los métodos del imperialismo asirio. Exigía la sumisión con la obligación de pagar regularmente los tributos y obedecer las órdenes de un comisario real. En caso contrario aplastó a los enemigos con una crueldad ejemplar. Mató a veces a poblaciones enteras, quemó incluso a niños, despobló regiones completas que desaparecieron como entidades. Como buen gobernante asirio se preocupó de la organización del ejército y de su eficacia operativa, utilizó la caballería en gran escala, en vez de las masas de carros de moda hasta entonces; y desarrolló la poliorcética para combatir las fortalezas. Pero además organizó en profundidad una burocracia disciplinada y efectiva.

De especial importancia fue la figura de Gali-ilâni-eresh *ummânu*, hombre de letras que había servido bajo Tukulti-ninurta y que ahora fue elevado a «jefe de la cancillería real» y sobre él descansó el peso del gobierno en las ausencias reales. Es uno de tantos ministros y generales cuya formación fue una de las ventajas de estos conquistadores asirios que procuran evitar las revueltas que no fueron raras en la historia del imperio. El rey se vanagloria de haber conquistado tierras que sus antepasados no habían pisado ni visto, en seis ocasiones distintas. Claro que no es del todo cierto. Primero se ocupó del nordeste, las tierras montañosas entre Bohtan-su y el Gran Zab: Tumme, Kirruri, Jabhi, Nishtun. El mismo año hizo una segunda campaña también en el norte, pasó el Tigris y llegó a Kadmuhi y Nuski. Desde Kadmuhi al tener noticias de que se había producido una revuelta en Bit-halupê, marchó allí y tomó la ciudad de Sûru e hizo prisionero a Ahiababa. El relato tal como aparece en los anales de Nimrud, es escalofriante:

«Los principales ancianos de la ciudad, para salvar sus vidas vinieron a mi presencia y se abrazaron a mis pies diciendo: "Si es tu placer, mátanos, si es tu placer, déjanos vivir. Lo que tu corazón desea, hazlo". Ahiadad, el hijo de nadie, a quien habían traído desde Bit-Adini, lo tomé cautivo. En el valor de mi corazón y con la furia de mis armas yo asolé la ciudad. Apresaron a todos los rebeldes y los entregaron. A mis oficiales les mandé entrar en su palacio y en sus templos. Su plata, su oro, sus tierras y posesiones, cobre, hierro, plomo, vasijas de cobre, alabastro, mesas con incrustaciones, las mujeres de sus palacios, sus hijas, los rebeldes cautivos con sus posesiones, piedras preciosas de las montañas, su carro con el equipo, sus caballos domados para el yugo, arreos de hombres y arreos de caballos, vestidos de brillante lana de colores y trajes de lino, excelente aceite, cedro y hierbas olorosas, tablones de cedro, lana púrpura y carmesí, sus carros, su ganado, sus ovejas, sus despojos, incontables como las estrellas del cielo, me llevé. Azi-ilu lo puse sobre ellos como gobernador. Yo construí una torre frente a la puerta de su ciudad, desollé a los cabecillas y cubrí la torre con sus pieles; a algunos los emparedé en la torre, a otros los empalé con estacas sobre la torre, a otros los empalé dentro de las fronteras de mi reino y extendí sus pieles sobre las murallas, corté en pedazos los miembros de los oficiales que se habían sublevado. Ahiababa lo llevé a Nínive, lo desollé y extendí su piel sobre el muro de Nínive. Mi poder y majestad la establecí sobre el país de Lakê. Mientras estaba en la ciudad de Sûru, [recibí] tributo de todos los reyes de Lakê: plata, oro, plomo, cobre, vasijas de cobre, ganado, ovejas, trajes de lana de brillantes colores y trajes de lino y aumenté los tributos e impuestos de Haiani de la ciudad de Handani: plata, oro, plomo, cobre, piedra *umu*, alabastro, lana roja y recibí de él camellos. En esta época modelé una imagen heroíca de mi realeza y en ella inscribí mi poder y mi gloria, en el centro del palacio que erigí. Yo hice estelas conmemorativas y en ellas inscribí mi gloria y mis proezas y las puse en la puerta de la ciudad».

No menos significativa es la inscripción correspondiente a la campaña del año II contra la ciudad de Kinabu en la montaña de Kashiari, donde se había sublevado el gobernador Hulai: «Capturé la ciudad; a seiscientos de sus guerreros los pasé por la espada; a tres mil cautivos los quemé con fuego. No dejé ni uno solo vivo que sirviera de rehén. A Hulai el gobernador lo cogí vivo; apilé sus cadáveres; a los jóvenes y doncellas los quemé vivos. A Hulai el gobernador lo desollé y su piel la extendí sobre el muro de la ciudad de Damdamusa».

El ejemplar escarmiento movió a los reyes de Hindani y de Bit-adini a someterse y pagar tributo, aunque hubo necesidad de hacer algunas expediciones para acabar de someterlos. En los años 883, 880 y 879 se dedicó a someter y esclavizar los países del noroeste desde el Tigris hasta el Éufrates (montes Kashiari). En los años 882 y 881 visitó las fuentes del pequeño Zab, Rabanu y del Diyala. El año 879 llegó al Éufrates medio y al año siguiente cruzó el río y afirmó su dominio sobre los estados arameos de Suhi, Lakê, Hindani, y Bit-adini. La conquista de Karkemish le permitió hacer una gran expedición asiria, a la que prestaron auxilios los arameos de Bit-adini y de Bit-bahiani, igual que Lubarna de Hatine y Sangar de Karkemish. La expedición partió de Kalah, cruzó el Tigris y tomó el camino de Karkemish y el país de Hate, cruzó el Éufrates en barcos hechos de cuero y llegó a Karkemish. De allí, después de recibir los tributos se dirigió al Líbano, cruzó el Orontes y por donde quiera que fuera, «empaló, quemó y cautivó» según su costumbre. Cuando llegó al mar, observó la vieja costumbre mesopotámica de lavar sus armas en el mar de Amurru e hizo una ofrenda a los dioses. Recibió el tributo de Tiro-Sidón, Biblos, Mehalata, Maisa, Amurru y Arvad. Es curioso que entre los objetos dados como tributos figure marfil y un delfín. Cortó madera en el monte Amanus y erigió una estela.

La personalidad de Assurnasirpal se completa con una actividad arquitectó-

nica importante que se centró en la restauración de Kalah (Nimrud), una ciudad fundada por Salamanasar I, situada en la confluencia del Gran Zab con el Éufrates. Pero también hizo construcciones importantes en la capital, Nínive. En Kalah se estrenó la arqueología británica hace ciento veinte años y los hallazgos pasaron a distintos museos, especialmente al Museo Británico. Las excavaciones inglesas de los años cincuenta aclararon muchos puntos oscuros. Aquí nos interesa el palacio erigido por Assurnasirpal, quien dice explícitamente: «Esa ciudad la construí de nuevo, a los pueblos que mi mano había conquistado, desde los países que había sometido, desde el país de Suhi, desde el país de Lakê, en su totalidad, desde el país de Sirku, en el otro lado del Éufrates, desde la tierra de Zamua, hasta su frontera más lejana, desde Bit-adini y el país de Hatte, y de Liburna de la tierra de Hattini, las tomé y asenté aquí. Cavé un canal desde el Zab superior y le llamé Patti-hegalli». El texto se comenta por sí solo y es un testimonio elocuente de la política asiria. No es éste el lugar para una descripción del palacio residencia de Kalah, pero no debemos pasar por alto que allí trabajaron artistas de todas las procedencias. La decoración de relieves e inscripciones refleja toda la dureza inmisericorde de la política real. La inauguración fue una fiesta propia de un gran tirano. Invitó a 69.574 personas de todo el reino y fuera de él, durante diez días, además de 17.000 de la ciudad. Las cifras de comida y bebida corresponde a la multitud de invitados: 2200 vacas, 16.000 ovejas, 34.000 aves, 10.000 pellejos de vino, 10.000 cubas de cerveza, etc. Su obra constructora se extiende a Balawât, Nínive y Assur.

Salmanasar III (859-824). Su política está marcada por una herencia segura que supo conservar y aún aumentar. Comenzó sus actividades guerreras inmediatamente después de su coronación con una expedición al este del Tigris hasta las tierras de Urartu. El mismo año cruza el Tigris hacia Bit-adini, cuyo rey Ahuni había abandonado sus obligaciones de dependencia y asoló el reino destruyéndolo todo. Vuelve el año siguiente a su capital Til-Barsip, que tomará en otra expedición el año IV después de duros combates. El rey fue llevado a Nínive y la capital transformada en *Karshulmanasharid* en su nueva calidad de capital de provincia asiria. Cuando fue a Pitru recibió el tributo de Sangara de Karkemish, de Kundashpi de Komagene, de Aranu de Gûzh, de Lalli, el meliteno, de Haiani, hijo de Gabari de Kalpanda, Kalpadura de Hattina y de su homónimo de Gurgum (año VI). Después se dirigió a Alepo y de allí a Qarqar. En este lugar se había reunido una confederación de doce reyes. Es evidente que el expansionismo asirio suscitaba la resistencia en todas partes, como ocurría en Urartu, al norte. En este caso de Siria el alma de la resistencia antiasiria era el rey Hadadezer de Aram (¿Damasco?) y con él estaba Irhuleni de Hamath, Ahab de Israel, los guai, los musreos, los irqanateos, Matinuba'il de Arvad, los usanateos, Adunu-ba'il, el shieneo, y un árabe que aparece por primera vez en la historia con mil camellos, B'sa, el amonita. La coalición sumaba más de cuarenta mil hombres si hemos de creer a la inscripción de Salmanasar. Según ella la derrota de los confederados fue completa y perdieron catorce mil hombres y la mortandad fue tan grande que la llanura no podía contener los cadáveres. No obstante, es evidente que no pudo vencer la resistencia de los coaligados y tardó cinco años en volver, y, dado el ímpetu del ejército asirio, es de suponer que no se retiraría sin haber hecho el esfuerzo supremo. El año 853 va a las fuentes del Tigris y en 851 a Babilonia. Este estado vivía en amistad con Asiria desde los tiempos de Assurnasirpal II. La

intervención de Salmanasar III fue motivada por la sublevación de Marduk-Bel-usâte contra el rey Marduk-zâkir-shuni, su hermano. El rebelde fue deportado por las tropas asirias. Al año siguiente hubo que hacer otra campaña. El rey partió de Nínive, cruzó los dos ríos Zab y se apoderó de Lahiru, de Guananate, encerró a Marduk-Bell-usâte en Arman y le dio muerte. Una vez restaurado el poder del rey legítimo, Salmanasar se dirige a Babilonia. Rinde homenaje a Nergal en Kutha, entra en Babilonia y fue al Esagila para adorar a Bel y ofrecer espléndidos sacrificios y puras ofrendas. Después marcha a Borsippa, la ciudad de Nabû y entró en el Eziba. Dio una gran fiesta al pueblo de Babilonia marchando a Kaldu (Caldea). Allí sometio a los estados arameos de Bit-Daburi, Bit-Amukkni, y «mientras estaba en la orilla del mar recibe el tributo de Dakinu, rey del país del mar, de Mushalluni-Marduk, hijo de Ankani consistente en plata, oro, plomo, cobre... colmillos de elefantes, pieles de elefantes».

El año X vuelve a Occidente y saquea la ciudad de Karkemish. El año XI cruzó el Éufrates por novena vez y descendió a las ciudades de Hamath y curiosamente se le enfrentó Hadadezer de Aran (¿Damasco?) con doce reyes sospechosamente los mismos en número que en Karkar. El año XII cruzó el Éufrates por décima vez y marchó contra Pakarhubuna. El año XIII fue a Iaeti. El año XIV volvió a Siria y también esperaban doce reyes a los que como siempre venció. La antigua confederación se había deshecho por la muerte de Ahab luchando contra los arameos y la de Hadadezer que perece asesinado. Sube al trono de Samaria Jehú y al de Damasco Hazael. El obelisco negro nos presenta a Jehu pagando tributo a Salmanasar. El año XV volvió a las fuentes del Tigris y del Éufrates y allí puso su imagen sobre las rocas. El año XVI marchó hacia el este contra Namri y saqueó el reino nombrando a Iauzu, hijo de Hauban, rey del país. Los años XVII y XVIII vuelve a Siria para castigar a Hazael y el XIX llega al monte Amanus para cortar madera. A partir del año XX en el que cruza el Éufrates por vigésima vez, sus expediciones se dirigirán con frecuencia a Cilicia donde toma ciudades y se lleva botín. El año XXI vuelve a combatir a Hazael y recibe el tributo de tirios, sidonios y gebalitas (biblitas). El año XXII cruza el Éufrates contra la tierra de Tabal, el XXIII contra Milid (Melitene), el XXIV combate en la tierra de los medos, el XXV contra Cilicia y el XXVI vuelve a Cilicia y saquea Tarso. A partir del año XXVII el obelisco negro da como jefe efectivo de las expediciones al turtân Daian-assur, epónimo del año 853 y que parece que alcanzó el puesto gracias a una revolución palatina que desplazó a Assur-bellu-kîn; así pues, dirigió una expedición contra Urartu donde Sêduri (Sarduris) fue puesto en fuga y tuvo que huir a las montañas). El año XXVIII cuando el rey estaba en Kalah, llegó la voz de que el pueblo de Hattina había asesinado a su señor Lubarna y había elevado al trono a Surri, que no era de sangre real. El ejército asirio mandado por Diaianu-assur se presentó en Hattina y después de ejecutar al rebelde y empalar a sus hijos, puso en el trono a Sâsi. El año XXIX se hace una expedición a Kirhi. El año XXX Daianu-assur cruzó el Zab y llegó a los países de Hukushkia, Manash y los Parsua.

El final de tan activo monarca fue triste y desgraciado. Su hijo el príncipe Ashshur-daniu-apli se sublevó y a su lado se pusieron veintisiete ciudades entre las que estaban Assur, Nínive, Arrapha y Arbailu. Parece que el rey se quedó casi solo en palacio sostenido por el príncipe Shamshiadad. No conocemos las causas de la revuelta, pero se han manejado hipótesis más o menos verosímiles: el cansancio de tantos años de guerra, su política pro babilónica que le había llevado

a casar a Shamshiadad con la pricesa Sammuramat, la dureza de los impuestos, la rivalidad de Assur con Kalah, etc. No hay evidencia de ninguno de éstos. Samshiadad logró sofocar la rebelión y subió al trono con la ayuda babilónica. Conservamos el tratado que firmó con Mardukzakirshum de Babilonia en el que no se llama rey y es presidido por el dios Marduk.

Durante el reinado de *Shamshiadad V* (824-810) hay que destacar algunos cambios en la situación política de las regiones vecinas de Asiria. Por una parte en Urartu se consolida el poder de la dinastía indígena que incluso trata de extenderse por Siria. Por otra, la amistad con Babilonia no pudo conservarse cuando subió al trono Mardukbalatsuiqbi. En ambos frentes hubo de combatir Shamshiadad. La primera campaña fue contra Naïri, llegando hasta Kar-salmanasar, expedición que se repitió al año siguiente, y un año después se internó hasta el país de los medos. La cuarta campaña se dirigió a Babilonia donde se afirmó la supremacía asiria.

Cuando murió el rey, su hijo *Adadnirari III* (810-782) era muy pequeño y la regencia pasó a la viuda Sammuramat (Semíramis), de la que nos queda poco más que la saga urdida por los griegos, pero que demuestra su gran carácter, que en la realidada gobernó cuatro años y envió expediciones militares contra Guzana (Tell Halaf), reduciéndole a provincia asiria. Al hacerse cargo del reino Adadnirari en su quinto año «movilicé (las fuerzas de mi) país. A los ejércitos de Asiria les di orden de avanzar contra Palashtu [Palestina]. Crucé el Éufrates. Los reyes que en tiempos de Samshiadad, mi padre, se habían rebelado [y retenido su tributo]. Al mandato de Assur, Sin, Shamash, Adad, Ishtar, los dioses mis aliados, [el terror] se apoderó de ellos y se postraron a mis pies. El tributo, mayor que el de antes, llevaron a Asiria. Yo [lo recibí]». «Marché contra Aram y Mari, rey de Aram, en Damasco su real ciudad lo encerré. El terrorífico esplendor de Assur, su [mi] señor lo anodadó y se echó a mis pies, se hizo mi vasallo. 2300 talentos de plata, 20 talentos de oro, 3000 talentos de cobre, 5000 talentos de hierro, partidas de lana de colores y de lino, una cama de marfil y un sofá de marfil incrustado y enjoyado, sus propiedades y bienes en cantidad numerable, en Damasco, su real ciudad, en su palacio recibí». Pagaron tributo Hatti, Amurru, Tiro, Sidón, Israel, Edom y Palestina. Se evitó atacar a Urartu, pero se consiguieron éxitos contra el Irán noroccidental donde se asentaban medos y persas. Hubo conflictos con Babilonia, «los reyes de Kaldu, todos ellos, se hicieron mis vasallos», «les impuse tributos para todo el tiempo venidero». Algo de lo mismo dice la historia sincrónica. De todos modos, los cultos babilónicos adquieren gran esplendor en Asiria. El gobernador de Kalah Bêll-tarsi-iluma erige dos estatuas a Nebo por la vida de Adadnirari y de su madre Semíramis. «¡Oh, humanos que vengáis después de mí, esperad en Nabû. No confiéis en otro dios!».

En los años que van del 781 al 746 el estado asirio vuelve a retroceder de manera ostensible. Las pestes se cobraron bastantes víctimas. Los gobernadores de provincias se sublevaron contra el poder central, se inquietaron las masas de extranjeros deportadas a Asiria. El poder de Urartu se acrecentó. En treinta y cinco años escasos pasan por el trono de Asiria Salmanasar IV, Ashurdan III y Ashurnirari V. Sólo un turtan de gran personalidad supo mantener el estado unido, Shamshiilu, quien hizo frente a una sublevación general provocada por un eclipse el año 763.

Tiglat-pileser III (745-727). Elevado al trono por una revuelta militar, era probablemente un general ya no muy joven que no parece de familia real, aunque en algún caso se proclamara hijo de Adadnirari III. Apoyado en el ejército, en diecinueve años de reinado restauró el poderío de Asiria. Reorganizó el estado en provincias más pequeñas con doble administración, acabando así con las grandes circunscripciones de antaño. Eliminó los privilegios fiscales de ciudades y personas. En las regiones conquistadas impuso la administración asiria y aparecieron nuevas provincias como es el caso de Siria e Irán. No fue tan cruel como sus predecesores, pero empleó métodos parecidos. Trasladó poblaciones enteras de foráneos al interior de Asiria y llevó asirios a poblaciones conquistadas. Trató por todos los medios de uniformar de alguna manera el Oriente Próximo, creando habitantes de un estado universal y borrando las diferencias locales en la medida de lo posible. Es curioso observar, como lo hicieron hace años Von Soden y P. Garelli recientemente que en este conglomerado étnico y cultural los arameos tienen un papel destacado, abundan en el ejército y en la administración tanto que su lengua empieza a usarse como el medio de expresión popular.

Subió al trono el 13 de Ayaru del año 745. Las primeras empresas del rey se orientaron hacia el sur. «Desde el comienzo de mi gobierno puse bajo mi cetro empezando con Dur-Kurigalzu, Shippar de Shamash [y] Pasitu de los Dunanu hasta Nippur, los itei y los "rubu" [tribus], todas de arameos asentados en las riberas del Tigris y Surapi, hasta Uknu por la orilla del Mar Inferior. En Til-Kamri, que ellos llaman Humut, construí una ciudad y la llamé Kar-Ashshur. Las gentes de los países conquistados por mi mano las asenté allí y puse en ellas a un funcionario mío». El segundo año se dirigió a las tierras de Namri (Zagros), conquistó ciudades y puso un gobernador en Nikur. En el norte Urartu se había lanzado a la lucha por la hegemonía bajo Argisti I y Sarduri II y logrado una cierta hegemonía incluso en Siria. Tiglat actuó con toda energía. El año 743 derrotó a Sarduri II en el territorio de Kumuh junto con los feudatarios de Uratu, Shulumal de Melid (Melitene), Matiilu de Arpad (Bit-agusi), Tarjulara de Gurgun y Kustaspi de Kumuj. El botín fue inmenso. Cogió 72.950 prisioneros lo que significa la deportación de poblaciones enteras. Urartu quedaba excluido de los asuntos sirios. Pronto le tocó el turno a Matiilu, que cayó el año 741-40 después de tres años de resistencia y su reino pasó a ser provincia asiria. El pánico obligó a muchos dinastas sirios a la sumisión entre los que estaba Tutamu de Unki, pero al poco tiempo, siguiendo una conducta típicamente oriental, volvieron a aspirar a la independencia y se formó una coalición con Tutamu, Azriyau de Hamath. El resultado fue una sangrienta derrota de los coaligados el año 738 y la anexión de un Unki a la provincia asiria de Kullanî y diecinueve provincias de Hamath a las provincias de Simirra y Hatanika con los estados vasallos de Milide, Atuma, Tujana (Tiana). Istunda y Jubisna se había formado una zona protectora de las nuevas provincias asirias por el norte. Al sur limitaban con Biblos y lo que quedaba de Hamath.

Los sirios volvieron a inquietarse, ahora bajo el caudillaje de Rezón de Damasco aliado con Pekakias de Israel y Hirán II de Tiro. Tiglat-pileser se dispuso a acabar con ellos. Marchó por la costa mediterránea hasta Gaza, cuyo rey Jaunu escapó a Egipto. Impuso tributo a las tribus árabes, hizo vasallo a Askalón, a los estados filisteos y recibió la sumisión de Ajaz de Judá. Egipto bajo Pianji no prestó ayuda a los sirios palestinos. Al año siguiente atacó a Rezón directamente. La capital

resistió ochenta y cinco días y parece que se rindió en 732. También alcanzó su castigo a la reina árabe Shanshi, aliada del damasceno. Israel perdió la Transjordania y Rezón fue ejecutado. Estallaron revoluciones en Askalón e Israel por obra del partido proasirio que elevó al trono á Rukibt y Oseas respectivamente. Hiram de Tiro se sometió y pagó tributo. El reino de Damasco pasó a formar provincias asirias. Israel quedó reducido y obligado a pagar tributo, lo mismo que las ciudades del sur de Siria, sur de Fenicia, ciudades filisteas, los ammonitas, los moabitas y los edomitas. Weipert, a quien seguimos en este apartado, resume la actividad política de Tiglat-pileser frente a Siria de este modo: «El rey asirio se considera heredero de los estados sirios, que deben someterse al poder de Asiria, y él es el encargado de arreglar sus asuntos. El que se someta voluntariamente conservará su trono, el que haga armas contra él, lo perderá y generalmente la vida con el trono y su territorio pasará a ser provincia asiria».

La política de Tiglat-pileser en el norte y el este se dirigió contra Urartu y el imperio medo. Después de ser expulsado de Siria, Sarduris fue atacado en su propio país. Varias campañas tuvieron como fin atacar a Tushpa, su capital, pero ésta resistió a todos sus ataques; el asirio tuvo que conformarse con erigir una estela con su imagen a las puertas de la ciudad. No obstante, la parte meridional de Urartu fue incorporado a la corona asiria. Se creó una capital de provincia en Ashshur-ikisha, donde situó un gobernador asirio. Otras se añadieron a las provincias de Turtan y de Naïri.

En la meseta irania el general Ashshurdanninanni, el año 744, había realizado una campaña durante la cual llegó a los montes Bikni (Demawend). La descripción de la campaña según una tablilla de Kalaj, tiene todos los tópicos de los anales reales: «las provincias de los poderosos medos las aplaqué como con una red hasta su más lejana frontera. Maté gran número. Sesenta y cinco mil personas junto con sus posesiones, sus caballos, sus mulos, sus camellos [bactrianos], su ganado mayor y menor, en números inconmesurables, me llevé. Sus ciudades destruí, devasté, quemé con fuego. Las transformé en montones de ruinas». Llegó hasta las riberas del mar Caspio.

La política de Tiglat-pileser III respecto a Babilonia se caracterizó por una decisión genial. Reinaba allí Nabunasir (747-735) y mientras vivió se mantuvieron las relaciones con Asiria en un nivel tolerable, aunque el asirio intervenía cuando y como quería en los asuntos del país, sobre todo para debelar a los príncipes arameos del golfo. En Borsippa estalló una revolución y cuando murió el rey, su sucesor Nabunadnezêr fue asesinado a los dos años por el lugarteniente Nabushumukin y éste a los dos meses por el arameo Ukmizêr de Bit-Amukkani que subió al trono de Babilonia. El año 730 «Auknizêr de Bit-Anukkani lo encerré en Sapia, su ciudad real. A mucha de su gente la maté enfrente de las puertas [de su ciudad]. Las huertas de moreras (?) plantadas a lo largo de los muros, las talé: no se libró ni una»... «todas las ciudades las destruí, devasté, quemé con fuego. Bit-Shilâni, Bit-Amukkani y Bit-Sha'alli las destruí en su totalidad». Recibió el tributo de Balasu de Bit-Dakkuri y de Nadini de Larak –plata, oro, piedras preciosas–. Pero Merodach-baladan, de Bit-Yakiri, rey del país del mar, «que no había venido antes [sometido a] ninguno de los reyes, mis padres y no había besado sus pies, el terror del apoderoso esplendor de Ashshur, mi señor, se poderó de él y vino a la ciudad de Sapia a mi presencia y besó mis pies». Pero no se paró allí,

«en Sippar, Nippur, Babilonia, Borsippa, Kutha, Kish, Dilbat, Erech, metrópolis sin par, ofrecí sacrificios puros a Bêl, Sarpanit, Nabû, Tushmetu, Nerdal (y) Laz. A los grandes dioses, mis dueños, les ofrecí obsequios. El ancho país de Karduniash le puse bajo mi cetro y ejercí la soberanía sobre él». Tomó la mano de Marduk y se proclamó rey con el nombre de Pulu, con lo cual preservaba la autonomía babilónica, pero mediante una vinculación personal, la incorporaba a Asiria. Tiglat-pileser III murió el año 727 dejando un estado unificado desde el Golfo Pérsico hasta la frontera egipcia.

Le sucedió su hijo *Salmanasar V* (726-722) del que sabemos muy poco y lo poco que sabemos tiene escaso contenido histórico. Como rey de Babilonia se llamó Ululai. El II libro de Reyes (17,4) cuenta cómo puso sitio a Samaria porque Oseas de Israel había rehusado el tributo y promovido una rebelión. Mientras tanto en Assur se había producido una revuelta y los agentes de los sublevados aseinaron al rey y elevaron al trono a Sargón II.

Sargón II (721-705). Ascendió apoyado por los sacerdotes y grandes mercaderes y no vacila en declarar que su antecesor se había alejado de Assur, «al que no temía y éste lo destruyó». Su reinado es relativamente bien conocido gracias a los textos de Jorsabad, Assur, Kalah y Nínive. Estas inscripciones y otras son ejemplo muy característico de la historiografía asiria y atestiguan una ideología muy determinada. En primer lugar, son muy elaboradas literariamente y parecen más escritos de propaganda que de contenido histórico real, y hay que considerarlas desde este punto de vista. De ellas, especialmente del relato de las campañas del año VIII, se desprende toda una concepción del mundo de su entorno y especialmente de los enemigos de Asiria y de ellas trataremos más adelante. En política interior volvió a dar ventajas fiscales a los templos, ganándose el apoyo de los grupos privilegiados. Su política exterior no se aparta de la línea de sus predecesores.

El primer año de su reinado se ocupó de Samaria y de Merodach Baladan de Caldea, quien se había aprovechado de la revuelta dinástica para apoderarse de Babilonia. Tanto en un caso como en otro la acción de Sargón no debió ser muy efectiva porque ninguna de las dos ciudades cayó en sus manos. Al año siguiente se dedicó a reducir a Ilubi'di de Hamath, aliado con Arpad, Simirra, Damasco y Samaria, y el egipcio Sib'u dirigió las operaciones del ejército que acudió en ayuda de Hanon de Gaza. Sargón los derrotó y el egipcio «escapó como un pastor a quien el rebaño se ha desmandado y murió». Hanon cayó en manos del asirio y fue llevado encadenado a Assur. Al tercer año Samaria fue tomada por Sargón: «yo sitié y tomé Samaria llevando a 27.290 personas que vivían allí» y la pobló con otras gentes. Los de Samaria fueron deportados al Jabur y a Media además de Asiria. Recibió tributo del rey de Egipto, de la reina Sausi de Arabia y de Khamar el sabeo. El otro estado, Judá, bajo Ezequías se mantiene fiel a Asiria aconsejado por Isaías.

Ataca a los maneos de Sukka, Baba y Abitikna, que se habían aliado con Ursa de Urartu «los devasté y deporté a Hatti de Amurru. El año IV destruye Kiaki de Shinuhtu, el año V combate a Pisiri de Karkemish a quien venció y asentó asirios en Capadocia. El año VI empezó la sumisión de Armenia y el año VIII en la misma dirección atacó a Urartu. Aparte de los anales poseemos una tablilla con la descripción de las campañas a que aludimos en otro apartado con su notable con-

tenido ideológico. El año IX combatió a los rebeldes de las montañas persas y a los estados arameos del alto Éufrates. El año X a Parhumazi de Melitene, ciudad que Sargón «aplastó como un cuenco de barro» y a su rey «junto con sus guerreros lo puso en cadenas de hierro». Dejando aparte las campañas del año XI contra Gurgum y Ashdod, tiene especial significado la campaña del año XII en Babilonia. Allí la gente había rechazado el yugo asirio y había elevado al trono a un arameo-caldeo llamado Mardukapalidina (en la Biblia Merodachbaladan) II que se mantuvo en el trono desde el año I (721), después de haber derrotado a los asirios. Su política de descarado favoritismo de las gentes de su estirpe, le atrajo el odio de los viejos babilonios, y cuando Sargón el año XII (710) decidió recuperar el país, fue recibido como un libertador y el caldeo, a pesar de la ayuda de Hambanigash de Elam, tuvo que huir, aunque volvería a la muerte de Sargón II. Este nombró un gobernador y favoreció, como en Asiria a los sacerdotes y templos mediante construcciones y donaciones.

Sus métodos fueron los tradicionales asirios, tanto en la energía de sus conquistas como en la fastuosidad de sus construcciones en Assur, Nínive, Babilonia y Kish. Como otros reyes de Asiria, mandó edificar su propio palacio-residencia. Durante sus primeros años de reinado vivió en Kalah, pero muy pronto decidió crear su propia residencia y escogió una aldea a 20 Km. al noroeste de Nínive, y después de trasladar a sus primitivos habitantes, inició los trabajos el año 713 para elevar Dur-Sharrukim (Jorsabad). Allí se levantó un doble muro que delimita un espacio de 10 hectáreas; todo el conjunto está dominado por la ciudadela en la cual se sitúa el palacio propiamente dicho construido sobre una terraza artificial de 14 metros de altura y en la que se incluyen los templos de Sin, Shamash, Ninurta, Adab, Ea con su propio zigurat. El recinto, aparte del palacio, comprendía edificios de todas clases, muchos de ellos inacabados. La decoración está concebida a la manera tradicional: toros con cabeza humana *(lamashu)* de hasta 3,70 metros de altura con cinco patas, relieves representando procesiones de servidores, bellos vidriados de colores planos que decoran las paredes. Este inmenso conjunto fue excavado en 1843 y años sucesivos y de nuevo en los años treinta de este siglo, pero aún no se puede reconstruir en su totalidad. El final del gran guerrero fue digno de su vida militar, lejos de Asiria en una expedición cayó víctima de una emboscada, y su cuerpo abandonado fue devorado por las aves de rapiña. Su hijo Senaquerib consultó a adivinos y videntes el sentido de la muerte de su padre. No conocemos la respuesta, pero debió ser poco favorable, porque Jorsabad fue abandonado.

Senaquerib (704-681). Es una gran personalidad entre los grandes monarcas de la dinastía sargónida fundada por su padre, al que por cierto nunca cita en sus inscripciones, lo que para un oriental de la época es una falta grave que significa necesariamente un rechazo tácito, pero significativo. Los más acreditados asiriólogos han resaltado las diferencias entre Senaquerib y su padre en vida de éste, lo cual parece ser cierto, pero la parcialidad de las fuentes no nos permite matizar. A pesar de estas deficiencias, el hecho de que el nuevo rey abandonara Jorsabad habla en favor de este enfrentamiento. Probablemente Senaquerib quiso asegurarse el favor de los círculos nobiliarios de Nínive, ciudad a la que trasladó su capital ya el año 701. Para tener una idea de su política, que de alguna manera puede oponerse a la de su padre, debemos considerar el problema de Babilonia. El primer año de su reinado, Merodakh-Baladan el deste-

rrado, había vuelto a levantar su bandera ayudado como siempre por los elamitas. Ante este hecho la reacción de Senaquerib fue distinta de la de su padre. Éste había considerado a Babilonia siempre con respeto, pero Senaquerib atendió al punto de vista del imperialismo asirio que consideraba que una Babilonia no pacificada era un peligro para el imperio.

Este punto de vista no era compartido por amplios círculos de la sociedad asiria, para los cuales estaba claro que Babilonia no era un enemigo comparable a los medos, los armenios o los sirios, dado que la tradición cultural babilónica era en cierto modo consustancial con el modo de ser asirio. Incluso el mismo Senaquerib hizo redactar sus inscripciones en babilonio y no en asirio. A pesar de todo, Senaquerib creía, como Tikultininurta I que el dios Assur le daba derecho a pasar sobre todo ello y a acabar de una vez con la resistencia babilonia. «En mi primera campaña llevé a cabo la derrota de Merodakhbaladan rey de Babilonia junto con el ejército de Elam, su aliado, en la llanura de Kish. En medio de la batalla abandonó su campamento y se escapó solo; [así] salvó su vida». «A los urbi [árabes], arameos, caldeos, que estaban en Nippur, Kish, Sarsagkalamma, junto con los ciudadanos, los pecadores [rebeldes], yo los llevé y conté como botín. El grano y dátiles que había en sus plantaciones, el plantío de sus huertas, la cosecha de su llanura hice que mis tropas los devastaran». «Yo volví a Asiria con 208.000 personas cautivas, un enorme botín, 7.200 caballos y mulos, 11.073 asnos, 5250 camellos, 80.050 reses, 800.100 ovejas. Merodakhbaladan tuvo que emigrar de nuevo, y el país, como hemos visto, fue saqueado. Se nombró rey de Babilonia a Bel-ibni, «hijo de un maestro de obras, hijo de Babilonia que había crecido en el palacio como un perrillo, lo puse sobre ellos como rey de Akkad y Sumer».

Al año siguiente combatió contra las tribus al este del Éufrates, el país de los kasitas. La tercera campaña se dirigió a Siria y Palestina. La residencia partió de Sidón, cuyo rey Lule, al acercarse el ejército asirio, puso pies en polvorosa y escapó mar adentro donde pereció. En su lugar puso a Itobaal. Recibió homenajes y tributos de Arvad, Biblos, Ashdod, Amón, Moab y Ascalón, a cuyo rey castigó por su desobediencia. En cuanto a Ezequías de Judá «se asustó y llamó a los reyes etíopes, los arqueros, los carros y caballos del rey de Meluhha [Etiopía] una hueste incontable, y éstos vinieron en su ayuda. En las cercanías de la ciudad de Altaku, sus formaciones se enfrentaron a mí y ofrecieron batalla. [Confiando] en la ayuda del dios Assur, mi señor, luché contra ellos y los derroté. Los carreros egipcios y sus príncipes junto con los carreros del rey etíope mis manos los cogieron vivos en medio de la batalla. A Altaku y Tama sitié y tomé con sus despojos. Me acerqué a Ekron y maté a los gobernadores y nobles que habían cometido pecado [se habían rebelado] y colgué sus cuerpos en estacas alrededor de la ciudad. Los ciudadanos que habían pecado y tratado a Asiria con ligereza, los traté como botín. Al resto de ellos que no eran culpables de pecado y rechazo, que eran inocentes, los perdoné. Padi su rey, lo saqué de Jerusalén, lo puse en el trono sobre ellos y le impuse mi real tributo. En cuanto a Ezequías el judío que no se sometió a mi yugo, cuarenta y seis de sus ciudades fuertes y amuralladas, así como los pueblos de sus alrededores innumerables, los tomé por medio de escaladas, máquinas de sitio, ataques de infantería, minas, túneles y brechas. 200.150 personas grandes y pequeñas, varones y hembras, caballos, mulos, asnos, camellos, ganado y ovejas sin número tomé de ellos y conté como despojo.

A él mismo como un pájaro enjaulado, lo encerré en su ciudad real de Jerusalén. Hice terraplenes contra ellas, uno que salía a su puerta principal lo transformé en su miseria [?]. Las ciudades que saqueé las separé de su reino y a Mitiuli, rey de Ashdod, Padi rey de Ekron y Silli-bel, rey de Gaza, se las di. Así empequeñecí su país. Yo añadí al antiguo tributo, y le impuse como pago anual, un impuesto de regalos para su majestad. En cuanto a Ezequías, cayó sobre él el esplendor aterrorizante de mi majestad y los *urbi* [árabes] y sus tropas mercenarias [?] que habían traído para edificar Jerusalén, su ciudad real, le abandonaron. Además de los treinta talentos de oro y ochocientos talentos de plata, [había] gemas, antimonio, joyas [?], grandes piedras *sandu*, lechos de marfil, sillas de marfil, pieles de elefante, colmillos de elefante, madera de arce, madera de boj, toda clase de tesoros valiosos, así como sus hijas, su harén, sus músicos masculinos y femeninos».

Esta campaña está narrada en II Reyes, 18-19. El relato bíblico difiere bastante del de los anales que hemos citado *in extenso*. En él se dan noticias de sumo interés. La oposición antiasiria contaba con el apoyo de Taharka de Egipto e incluso se decidieron en Jerusalén embajadores de Merodakhbaladan. El sitio a Jerusalén se levantó por los asirios porque el ángel enviado por Yahvé aniquiló a 180.000 de ellos en una noche. Pero tenemos otro testimonio más del mismo hecho que nos da Heródoto II, 141, que siempre se ha relacionado con el sitio de Jerusalén. Heródoto cuenta que Senaquerib «condujo contra Egipto un gran ejército de árabes y asirios, y los egipcios de la clase guerrera rehusaron venir en su ayuda [del rey Sethos = Takarka]. Reducido a un gran apuro, el sacerdote penetró en el templo, y allí, dirigiéndose a la estatua del dios, lloraba por la muerte que corría el riesgo de sufrir. Mientras que lloraba, le tomó el sueño; y le pareció en la visión que tuvo, que el dios estaba cerca de él y le animaba augurándole que no le sucedería nada si iba al encuentro de los árabes; porque él mismo le enviaría el socorro. Sethos tomó con él a los egipcios que querían acompañarlo y acampó en Pelusium [porque por allí se entra en Egipto]; no tenía consigo ningún hombre de la clase guerrera, sino tenderos, artesanos y hombres del mercado. Llegados a este lugar, los adversarios..., una muchedumbre de ratones se extendió sobre ellos por la noche, royeron los carcajes y los arcos y también las correas de los escudos; tanto que al día siguiente, estando sin defensa [y sin armas], emprendieron la huida y perecieron en gran número».

Como puede verse, el texto de Herodoto está escrito desde el punto de vista egipcio, del mismo modo que el bíblico lo está desde el prisma judío, y el asirio desde el suyo. Además el relato herodoteo es más moderno y alejado de los hechos y procede de las tradiciones orales, pero tiene la ventaja de dar una explicación más racional que el hebreo. De todos modos, no habla para nada de Jerusalén y sí de Pelusium, la puerta de Egipto. Los historiadores modernos han pensado en una peste introducida por los ratones en las tropas asirias.

La cuarta campaña tampoco consiguió resolver el problema de Babilonia donde Merodakhbaladan había vuelto a instalarse en Mesopotamia con una tenacidad extraordinaria. El año 700 envió una expedición a Bit Yakin y Merodakhbaladan tuvo que volver a escapar; Bel-ibni fue destituido y puesto en su lugar el príncipe asirio Ashshurnadishnuni. La quinta campaña tuvo como meta el pueblo de Tumurru situado en los picos de los montes de Nippur y contra Ukku, al este del

Tigris. En su sexta campaña emprendió la guerra contra Elam, reino que siempre se aliaba con sus enemigos de Babilonia, concretamente el reino arameo de Bit-Yakini. «Las gentes hititas [los sirios] presas de mi arco los asenté en Nínive. Constituyeron con destreza poderosos barcos según la técnica de su país. Marineros tirios, sidonios y chipriotas, cautivos de mi mano, les ordené descender el Tigris con ellos y venir al país hasta los desembocaderos [?] en Opis. Desde Opis [donde] los llevaron a tierra, los arrastraron en troncos hasta el canal Arahtu. Por el canal [?] de Bit-narari [?] de Caldea, los hice descender. En la ciudad de... los portadores de mis temibles armas que no conocen el miedo, mi guardia de corps de soldados de a pie, mis bravos guerreros, incansables, los embarqué en mis navíos y les di provisiones para el viaje con grano y paja para los caballos a los que embarqué con ellos. Mis guerreros bajaron el Éufrates con los barcos mientras yo guardaba la tierra firme a su lado. Yo los envié a Bab-Salimeti».

La expedición sale a mar abierto y llega a las costas de Nagitu en la desembocadura del Kerkha. Las tropas desembarcaron y «salieron de los barcos a la playa como langostas y los rechazaron. Capturaron a Nagitu, Hilmu, Pillatu y Hupapanu, ciudades del rey de Elam». Volvieron cargados de botín, pero tan pronto como se retiró el ejército asirio el elamita Khallushu contraatacó y cogió prisionero al hijo de Senaquerib y puso el trono de Babilonia a un protegido suyo llamado Nergalushezid. El año 693 el rey asirio volvió a la carga. Uruk fue conquistado y sus habitantes deportados y Nergalushezib derrotado y hecho prisionero, aunque esto no acabó con la resistencia babilonia puesto que los caldeos nombraron rey a Mushezibmarduk que, aliado con los elamitas, consigue derrotar a Senaquerib en Khalule, pese a que los anales asirios hablan de esta batalla como de una victoria. La guerra continuó en el 689 y esta vez con mayor fuerza. «Avancé velozmente contra Babilonia cuya conquista había determinado. Como la llegada de una tempestad yo irrumpí y la asolé como un huracán. Yo embestí la ciudad con minas y máquinas y mis manos se apoderaron de la ciudad... Con sus cuerpos llené las plazas de la ciudad. Ashuzubu, rey de Babilonia junto con su familia y sus nobles, lo llevé vivo a mi país». El saqueo fue completo sin que se perdonase ni a los dioses. Sobre sus ruinas se echó el río y quedó desierta para diez años.

Los últimos años del reinado de Senaquerib son casi desconocidos. La crónica babilónica dice: «En el mes de *tebet* [diciembre-enero], día veinte, mató a Senaquerib, rey de Asiria, su hijo en una sublevación». La tradición bíblica recoge el hecho en Isaías 37,37: «Y ocurrió que cuando oraba en el templo de Nesrok, su dios, Adrammelek y Sareser, sus hijos, lo mataron a espada y escaparon al país de Ararat, sucediéndole en el reino Asardón, su hijo». El texto de II Reyes, 19-37 dice exactamente lo mismo. Los documentos asirios son más confusos. Asardón dice en un texto corrupto lo siguiente:

«En cuanto a mí, que fui sumiso a la voluntad [literalmente el corazón] de mi padre, porque los dioses no estaban enfadados conmigo y su corazón estaba... y gracia había tomado posesión de él, de manera que su mente [lit. oídos] estaba puesta en mi sucesión al trono ... y movió mi alma. Mis hermanos... confiando en su propio consejo... cometieron actos ilegales. Su necedad... mis plegarias... ellos recibieron... a mí para la realeza... todo lo que hacían los dioses... complotaron el mal... ellos rechazaron... los dioses... arriba [hay una gran laguna]... se

sublevaron... para conseguir la realeza mataron a su padre... Assur, Sin, Shamash, Bel y Nabu, Ishtar de Nínive, Ishtar de Arbela, miraron con desagrado los actos de los malvados que se habían concitado desafiando la voluntad de los dioses y no les ayudaron sino que dispusieron sus fuerzas para crear la confusión y les obligaron a someterse a mí. El pueblo de Asiria que había jurado por los grandes dioses, por medio del agua y del aceite aceptarme como heredero de la corona, no obstante acudió en su ayuda. Y yo Asardón que avanzó confiando en los grandes dioses... se opusieron. Yo rasgué mis vestiduras y lancé el grito de lamentación. Rugí como un león, mi hígado se había levantado. Para pedir permiso para asumir la realeza perteneciente a la casa de mi padre y para ejercer mi oficio sacerdotal elevé mis manos a Assur, Sin, Shamash, Bel, Nabu y Nergal, a Ishtar de Nínive y a Ishtar de Arbela y recibieron mis palabras favorablemente. En señal de su segura aprobación me favorecieron con un oráculo fidedigno: "Ve, no abandones, nosotros estamos a tu lado, mataremos a tus enemigos"».

El texto continúa describiendo la derrota inmediata de los enemigos y la toma del poder.

Las interpretaciones modernas de los hechos han sido muy variadas y aquí sólo daremos dos, a nuestro juicio, autorizadas. Von Soden resume así su pensamiento: «Muchos investigadores han supuesto que Asardon había complotado la muerte de su padre para evitar su definitiva exclusión como príncipe heredero. Pero, ¿había nombrado Senaquerib príncipe heredero? Como veremos más adelante, Asardón pertenecía al partido probabilónico en Asiria. ¿Acaso Senaquerib no lo sabía? Inverosímil. Entonces, ¿por qué hizo príncipe heredero, contra toda costumbre, a un príncipe más joven que en política babilónica tenía una opinión diametralmente opuesta a la suya? ¿Acaso el viejo Senaquerib había creído que la destrucción de Babilonia era un gran pecado? No podemos decir que no, aunque hasta ahora ninguna fuente lo atestigüe. Podemos plantearnos estas preguntas, pero no contestarlas con seguridad con las fuentes que disponemos. Una complicidad de Asardón y de su madre Nakya en el asesinato de Senaquerib es en todo caso verosímil, tanto ya si era el sucesor designado como si se proclamó él mismo. Muchas cosas de su conducta posterior apuntan a un sentimiento de culpabilidad del que no pudo librarse». R. Labat reconstruye los hechos de otra manera. Para este autor el problema se plantea a partir de la muerte del primogénito, porque después el rey puede designar libremente a cualquiera de sus hijos prescindiendo del orden de su nacimiento. En su decisión debió influir la fuerte personalidad de Nakiya, última esposa de Senaquerib y madre de Asardón. Una consulta hepatoscópica a los dioses Shamash y Adab tuvo una respuesta positiva y la elección de Asardon quedó confirmada, lo cual no impidió que los desposeídos promovieran una guerra civil, durante la cual Asardón buscó refugio en Janigalbat donde se enteró de la muerte (asesinato) de su padre. Al final quedó como rey.

Asardón (680-660) «En el mes de adaru, mes favorable, el día ocho en la fiesta de Nabu, entré en Nínive en la ciudad real, alegremente, y tomé asiento en el trono de mi padre...». «A los soldados, los rebeldes [pecadores] que habían fomentado el complot para apoderarse del gobierno de Asiria para mis hermanos, examiné sus filas hasta el último hombre e impuse duras penas sobre ellos y destruí su semilla».

Es un hecho que la cronología de los sucesos del reinado de Asardón sigue siendo confusa, a pesar de la abundancia de textos, porque los escribas que los ordenaron, no siempre siguieron un orden cronológico. Es seguro que a los pocos meses de subir al trono, su hermano Shamashshumukin fue colocado en el trono de Babilonia como rey vasallo de Asiria, y al mismo tiempo se comenzó la reconstrucción de la ciudad que había sido arrasada por Senaquerib, aunque en las inscripciones que cuentan la restauración no se cuenta nada del destructor. Asardón recurre a un truco ciertamente ingenioso para justificar su política probabilónica. «Antes de mi tiempo y en el reinado de un rey anterior, aparecieron días aciagos [lit. señales, augurios] en Sumer y Akkad. El pueblo que vivía en Shuanna [Babilonia] se dividió en facciones, urdiendo la rebelión. Alargaron sus manos al Esagila, el templo de los dioses y malgastaron su oro, plata y piedras preciosas en Elam para pagar [la ayuda]. La ira se apoderó del señor de los dioses Marduk. Para la destrucción del país y la destrucción de su pueblo ideó planes siniestros. El canal Arahtu, un río de abundancia cuyas aguas eran crecidas como un diluvio fue traído y vertido en la ciudad y su santuario y la transformó en un montón de ruinas. Los dioses y diosas que vivían allí fueron a los cielos. El pueblo que vivía en su medio habiéndose repartido yugos y cadenas fueron a la esclavitud.

Setenta años como período [lit. medida] de su desolación él escribió [en el libro del Hado]. Pero el misericordioso Marduk –su furia sólo duró un momento– dio la vuelta [al libro del Hado] y ordenó su [de la ciudad] restauración en el año XI».

No se cita para nada a Senaquerib, sino que se atribuye toda la responsabilidad a Marduk, el cual decide cambiar la cifra de setenta por un procedimiento parecido al de un español que cambiara 9 por 6, sólo dándole la vuelta, porque el numeral babilónico para 70 si se da la vuelta produce el 11. Con esta justificación emprendió las obras del Esagila de Babilonia y el Esbarra de Assur. Devolvió a los babilonios las ciudades de Borsippa, Nippur y Sippar, e intentó asimismo hacerlo con los territorios que le habían sustraído los beduinos de Bit-dakkuri y Gandulu, lo que provocó la intervención del rey del país del mar Nabu-zer-kitti-lisher, que atacó a Ur, pero fue expulsado a Elam donde fue asesinado. El Oeste fue una preocupación constante de Asardon. Ya en el 679 se ocupó una fortaleza en el sur de Palestina frente a Egipto. El año 677 hubo una sublevación en Sidón que fue aplastada sin contemplaciones. El rey de Sidón llamado Abdimilkutti se había aliado con Sanduarri, rey de Kundi, en el Taurus, y ambos fueron ejecutados en el mismo año. El territorio de Sidón fue reducido a provincia asiria y una parte entregada al rey de Tiro Baal que de momento se mantuvo fiel y suscribió un pacto con Asardón en el que se le garantizaban unos cuantos puertos para el comercio. Los reyezuelos griegos de Chipre también enviaron sus presentes. Es posible que el animador de esta resistencia antiasiria fuera Taharka (690-664), que veía con temor el expansionismo asirio. De momento Asardón tenía otros problemas. El año 639 los cimerios llegaron a las Puertas Cilicias y fue necesario rechazarlos en una serie de campañas, continuando las hostilidades en esta zona. En Siria intervino para establecer al hijo de Hazael en el trono de Damasco.

El año 675 el rey en persona dirigió una expedición contra Bazu en Arabia que se describe en el prisma B con todo género de detalles. Probablemente se dirigía a la isla de Tilmun. Parece que al año siguiente (674) Asardón intentó invadir Egipto pero no tuvo éxito. Había de esperar algunos años.

De especial importancia eran los sucesos en el este más por lo que presagiaban que por lo que ahora sucedía. En un oráculo pregunta Asardón angustiado: «¡Shamash, gran señor, contesta con afirmación verdadera lo que te pregunto! ¡En los próximos cien días y noches... Kashtarita con sus gentes o la de los cimerios o medos o maneos u otros enemigos piensan y planean apoderarse de la ciudad de Kishassu por la fuerza o en batalla campal o por el asedio... o por el hambre o por juramento o por entrega amistosa o cualquier otra tampa!». Evidentemente se trata de Fraortes, pero Asardón tuvo suerte: por detrás de los cimerios venían los escitas y Partatua, rey de éstos últimos, recibió en matrimonio a una hija de Asardón e hizo un pacto con él. Los maneos «intratables bárbaros» fueron muertos por la espada igual que los ejércitos del escita Ishtakai. Como se ve el interés por la meseta irania era permanente. En ella se buscaban caballos, se vigilaba a las tribus medas en pleno desarrollo. Expedición tras expedición se internaba a los asirios en las inmensidades del Irán y llegaban hasta el monte Bikni (Demawend) cerca de Teherán.

Frente a Urartu se hizo una política de vigilancia activa y se trató de impedir su resurgimiento después de la invasión cimeria. Una expedición el año del 667 dio lugar a un texto del más alto interés ideológico-histórico llamado «carta al dios Assur».

El año 672 es crucial en la historia de Asardón porque éste prepara su sucesión a la manera de su padre. Habiendo muerto el primogénito, decide nombrar heredero a Assurbanipal y a Shamashumukin rey vasallo de Babilonia.

Había sonado la hora de Egipto. Taharka debió darse cuenta de lo que se le avecinaba porque fomentó la rebelión de Tiro donde reinaba Baal, que creyó llegado el momento de su independencia. El ejército asirio avanzó hacia Egipto dejando un contingente sitiando a Tiro. La campaña está registrada en la estela de Senjirli (Norte de Siria) que representa a Asardón de pie haciendo una libación a los dioses y con una maza en la mano izquierda, que sostiene asimismo unas cuerdas que sujetan por la nariz a dos figurillas a sus pies, una de pie que es Baal de Tiro y otra arrodillada de raza negroide que debe ser el príncipe Ushanahuru, hijo de Taharka. El texto dice: «De Tarharka, rey de Egipto y de Etiopía [Kush], el maldito de su divinidad, desde Ishpuri hasta Menfis, su real ciudad –quince días de marcha entre [fue] el suelo [recorrido]– diariamente, sin cesar maté multitudes de sus hombres y le golpeé cinco veces con la punta de mi jabalina produciéndole heridas incurables. Menfis, su real ciudad, en medio día, con minas, túneles, asaltos la sitié, la tomé, la destruí, la devasté, la quemé con fuego, su reina, su harén, Ushanahuru, su heredero y el resto de sus hijos e hijas, sus propiedades y sus dioses, sus caballos, su ganado, sus ovejas en número incontable, los llevé a Asiria. La raíz de Etiopía [Kush] la arranqué de Egipto y ninguno escapó sin someterse. Sobre todo Egipto nombré de nuevo reyes, virreyes, gobernadores, comandantes, inspectores y escribas. Ofrendas y deberes fijos establecí para Assur y los grandes dioses para siempre; mi real tributo e impuesto anualmente sin cesar lo impuse sobre ellos». Poco hay que añadir a este texto. Tan sólo diremos que la dominación asiria, una vez expulsados los etíopes, reforzó a los poderes locales, los que el texto llama reyes y que no son otra cosa que los dinastas del III período intermedio, a cuyo lado colocó funcionarios asirios. El país quedó

dividido en Mushur (Bajo Egipto), Patros (Alto Egipto) y Kush [Nubia]. Pero una vez que el rey partió volvieron los disturbios. Asardón quedó en Nínive por el año 670 donde hubo problemas políticos. Manda a Egipto al general Shanabushu, que no consigue apaciguar el país del Nilo, y finalmente él mismo se pone en camino durante el cual murió en el mes de octubre-noviembre del 669.

La personalidad de este hombre ha sido definida por Soden como de «petulante y angustiado». Prueba de ello son los oráculos de los que conservamos unos doscientos y sobre todo los provocados por los sucesos del año 671. Este año se produjeron dos eclipses totales de luna, el 2 y el 27 de julio. Ello significaba pésimos presagios para Asardón. Para conjurarlos no se le ocurrió cosa mejor que echar mano de un rito que había sido empleado hacia el año 1800. Se buscó un hombre que sirviera de sustituto del rey amenazado y atrajera sobre él el *fatum*. Mil cien años antes el rey verdadero murió y quedó reinando el sustituto. Ahora se buscó al hijo de un funcionario y se le coronó rey por cien días, durante los cuales Asardón se llamaba «el labrador». El rey no murió pero sí el sustituto, y con él su mujer, tal vez ayudado por la gente de la corte.

Assurbanipal (668-631). La muerte de Asardon lejos de la capital de su reino pudo haber producido alteraciones graves. Se cree que el hecho de que no ocurrieran se debió a la actividad de la vieja Nakya, la reina madre, que defendió los derechos de su nieto con energía. Este pudo conservar Egipto pacificado al fin por Shunadushu, pero de un modo precario, porque si bien se había logrado expulsar a Taharka de Menfis que había vuelto a ocupar, no se sometió todo el país. Se restableció la dominación asiria en el delta, pero cuando se alejó el ejército, volvieron a inquietarse los dinastas del Bajo Egipto. Se les castigó duramente pero se perdonó a Necao, y se le dio el gobierno de Sais, mientras que a su hijo Psamético se le atribuía Athribis, una especie de «principado de Asturias». A la muerte de Taharka, continuó la lucha contra Asiria Tanutamon que logró ocupar Menfis durante algún tiempo. Volvieron los asirios y Tanutamon volvió a huir hacia el sur. Los asirios saquearon Menfis y Tebas [año 664]. La capital del Alto Egipto fue saqueada y dos obeliscos llevados a Nínive. El profeta Nahum (3, 8-10) dice evocando la caída de Tebas que conmovió a todo el mundo civilizado:

«¿Eres tú mejor que No-Amón,
asentada entre los canales del Nilo,
circuida de aguas, cuyo baluarte era el mar,
las aguas, su muralla?
Etiopía como Egipto, era su fuerza sin límites;
Punt y los libios eran sus auxiliares,
mas también ella marchó al destierro prisionera,
también sus niños fueron estrellados
en las esquinas de las calles;
y echaron suertes sobre sus nobles,
y todos sus magnates fueron aherrojados con cadenas.»

También redujeron a Baal de Tiro y al rey de Arvad. Así quedaba resuelto de momento el problema en el extremo sur occidental del imperio. Sin embargo la crisis más grave aparecía en el norte y en el este. Se hizo poco caso de las invasiones de los cimerios que amenazaba a Giges de Lidia a Tabal y a Cilicia, países a los que Asiria abandonó a su suerte. La preocupación estaba en el Oriente. La cuarta campaña se dirigió contra Ahsheri, rey de los maneos, quien, después de una derrota, cayó víctima de una conjura y fue sustituido por su hijo Ualli, que se sometió a Asiria. Los asuntos de Elam eran más preocupantes, porque durante siglos había sido el enemigo de los estados mesopotámicos, fueran cuales fueran. Ahora reinaba allí Temptkhumbaninshushinak, llamado por los asirios Teumman, quien se lanzó a la revuelta contra Asiria en Nippur y Ganbulu. Un ejército asirio rechazó a los elamitas pero no los venció, antes al contrario Teumman se apoderó de todo el Elam (antes sólo controlada una parte) y expulsó a todos los amigos de Asiria. En ese complicado acontecer de la historia asiria, se suceden las decepciones. El año 655 Psamético I de Egipto logró expulsar a los asirios con la ayuda de Giges de Lidia, y así se perdía la más importante posesión asiria, sin reacción aparente. Los elamitas eran los responsables de ello por la presión que ejercían sobre Asiria. El año 653 el elamita Teumman intentó operar en la Baja Mesopotamia, pero esta vez Assurbanipal decidió aplastar al molesto enemigo, lo que consiguió en Tell-Tuba: «Como el arranque de un terrible huracán, yo cubrí Elam en su totalidad. Corté la cabeza de Teumman, el rey, el altanero, que planeó el mal. A incontables guerreros suyos maté vivos con mis manos; yo me apoderé de sus guerreros. Con sus cadáveres llené la llanura alrededor de Susa como si fueran *baltu* y *ashaku*. Su sangre la hice correr al Ulai; su agua teñida de rojo como la lana. Ummanigash, hijo de Urtaku, rey de Elam, que había huido a Asiria por miedo a Teumman y había cogido mis pies, lo llevé conmigo al Elam. Lo puse en el trono de Teumman. A Tamaritu, su tercer hermano, que había escapado con él, lo elevé a rey en la ciudad de Hidalk.

Por si fuera poco, también Babilonia comienza a moverse: «Por aquellos días Shamashshumukin, mi infiel hermano, a quien yo había tratado bien y había puesto como rey de Babilonia y todo lo que la realeza exige lo hice y se lo di; soldados, caballos, carros, los equipé y puse en sus manos; ciudades, campos, plantaciones y la gente que allí vive, yo se lo di en grandes cantidades mayores de lo que mi padre había ordenado. Pero él olvidó esta amabilidad que yo le había mostrado y planeó el mal. Por fuera con sus labios hablaba buenas [palabras], mientras que por dentro su corazón estaba pensando en el asesinato. A los babilonios que habían sido leales a Asiria y fieles vasallos míos, los engañó diciéndoles mentiras. Él me los envió a Nínive, de acuerdo con su plan malvado para presentarme sus respetos [y] yo, Assurbanipal, rey de Asiria, para quien los grandes dioses decretaron un favorable destino, a quien crearon en la verdad y la rectitud, los invité a estos babilonios a un suntuoso banquete. Los vestí de trajes de lino y adornos de brillantes colores, puse anillos de oro en sus dedos, mientras los babilonios estuvieron en Asiria fueron obedientes a mi mano. Pero ese Shamash-shum-ukin, el infiel hermano, que me había incitado a la revuelta contra mí a la gente de Akkad, Caldea, arameos, país del mar, de Akaba, a Bad-salimeti, vasallos, súbditos míos, también a Unmanigash, el fugitivo, que había cogido mis reales pies, a quien había elevado como rey de Elam, junto con los reyes de Gute, Amurru y Meluhha, aquí en mis manos habían instalado al mando de Assur y Bellit, a todos esos los enemistó conmigo y ellos subieron a él. Las puertas de Sippar, Babilonia y Borsippa las cerró y rompió la fraternidad. Puso sus guerreros sobre las murallas de las ciudades y emprendió la guerra contra mí. Evitó que mis sacrificios fueran ofrecidos a Bel, hijo de Bel, la luz de los dioses, Shamash y al guerrero Ira y acabó con mis oblaciones. Para quitarme la ciudad, la sede de los grandes dioses, cuyos santuarios yo había restaurado y adornado con oro y plata en la cual yo había instituido los [cultos] apropiados, fue su perverso plan. En esa época [uno de mis] adivinos se acostó por la noche y vio una visión. Sobre la superficie de la luna estaba escrito: "A los que maquinan el mal contra Assurbanipal e instigan hostilidad yo les daré una mala muerte, mediante el rápido [golpe] de puñal de hierro, [por] el fuego, el hambre y la peste, yo acabaré con sus vidas". Esto se me informó y confié en la palabra de Sin, mi señor».

Así se produjo una sublevación de Babilonia y sus aliados, especialmente Elam y el país del mar gobernado a la sazón por Nabu-bel-shumati. Corría el año 652 y desde entonces la política de Assurbanipal se dirige a contrarrestar las maquinaciones de sus enemigos. En primer lugar bloqueó Babilonia y el general Bel-ibni ocupó el país del mar y su rey tuvo que huir. Los elamitas que habían venido en ayuda de Babilonia fueron derrotados en Der. Pero además procuró desestabilizar el Elam con intrigas conspiradoras: Umnanigash fue depuesto por Tammaritu y éste por Indabigash, que mantuvo una política neutral. Con esta seguridad, Assurbanipal asaltó Babilonia. «En esta época, el pueblo de Akkad que había identificado su suerte con Shamash-shum-ukin, y planeado el mal, el hambre cayó sobre ellos. Comieron carne de sus hijos e hijas para calmar el hambre, royeron cuero. Assur, Sin, Shamash, Addab, Bel, Nabu, Ishtar de Nínive, la reina de Kidmuri, Ishtar de Arbela, Urta, Nergal y Nusbu que marchan delante de mí matando a mis enemigos marcharon a Shamashshumukin, mi hostil hermano, que se hizo mi enemigo, en las llamas ardientes de una conflagración y lo destruyeron».

Después de tomada Babilonia se dirigió contra el Elam con una ofensiva dirigida por Bel-ibni, que devastó el país siendo especialmente dura contra Susa, la capital. De este modo desaparecía el Elam como estado y su hundimiento favorecía la ascensión de Ciro I.

Los árabes que habían ayudado a los rebeldes babilonios también fueron castigados mediante razzias sistemáticas. En 640 dieron muerte a Ligdamis.

Desde 636 a 631 no sabemos nada de la actividad política y guerrera del rey asirio, porque carecemos de anales. Evidentemente no debieron faltar problemas, aunque el país quedó pacificado, con la secesión de Egipto, que vio instalarse a Psamético I sin que fuera molestado.

Si hemos de caracterizar de alguna manera a Assurbanipal, hemos de huir de los tópicos de la tradición griega que crea la figura del déspota oriental decadente, cruel y voluptuoso de Sardanápalo. Parece que recuerda más a Senaquerib que a su padre Asardón, pero aparte sus campañas normalmente dirigidas por los generales, la verdadera importancia de este rey radica en el campo de la cultura. Él mismo se enorgullece de sus conocimientos. La tablilla K 30 50 y K 26 94 evocan sus años escolares: «Marduk, el amo de los dioses me otorgó una mente receptiva y un amplio pensamiento. Nabu, el escriba universal, me concedió

la posesión de su sabiduría. Urta [y] Nergal dotaron mi cuerpo de fuerza, vigor y potencia sin igual. Aprendí el arte del maestro Adapa, el tesoro escondido de todo conocimiento escriturario, los signos de cielo y tierra. Discutía en la asamblea de los sabios, explicaba la hepatoscopia con hábiles harúspices, resolvía problemas difíciles de multiplicación y división, leía tablillas escritas artísticamente en el sumerio difícil de entender y el akkadio difícil de descifrar, eché una ojeada a las inscripciones completamente ininteligibles de la época antidiluviana junto con un grupo selecto. Esto hacía todos los días: montaba mi corcel y fogosos purasangres, tensaba el arco, disparaba la flecha como corresponde a un guerrero, arrojaba pesadas lanzas como una jabalina, teniendo las riendas, conducía...

El hecho es que en su palacio de Nínive reunió una biblioteca de veinte mil tablillas, descubiertas en 1854 por Rassam en los mismos comienzos de la asiriología. Tenemos textos en los que se interesa porque le hagan copias los eruditos de los templos para enriquecer su colección. En su biblioteca había copias de toda la literatura akkadia y su hallazgo fue una suerte para la ciencia. Pero no por ello dejó de ser un rey asirio típico, capaz de las crueldades propias de su condición.

Ashshuretil-ilani (c. 630-627). Hijo y sucesor de Assurbanipal, tuvo el apoyo del general Sinshumilshir, derrotó a los medos de Fraortes, residió en Kalaj, restauró algunos templos, y después de una intentona del general antes citado, reinó otro hijo de Assurbanipal llamado Sinsharishkun.

Sinsharishkun (627-612) parecía dotado de energía y decisión, aunque no supo prever lo que se avecinaba. En Babilonia Kandalanu, gobernador nombrado por Assurbanipal, se sublevó, pero fue aplastado por el rey asirio. Después aparece el caldeo Nabopolasar, que hacia 625 se considera rey de toda Babilonia separada de Asiria aunque Nippur sigue fiel a Nínive. La situación debió de ser muy revuelta. Assur conserva cierta fuerza y pudo rechazar a los medos, los cuales al asimilar a los cimerios, habían adquirido un poder que infundió terror en el Oriente, y gracias a él, Shinsharishkun pudo conseguir la alianza de maneos, escitas y egipcios, sus antiguos enemigos, y gracias a los escitas logró librarse del ataque de Cyaxares a Nínive. Pero el medo era un estratega de gran talla. Primero se lanzó contra los escitas y los derrotó el año 616 y se alió con Nabopolasar para atacar a Asiria, venciendo ambos aliados en una batalla librada en la ciudad de Kablini, donde combatieron contra asirios y maneos. Psamético I envió un ejército a Mesopotamia. Nabopolasar fue rechazado, tuvo que abandonar el sitio de Nínive e incluso fue sitiado en su ciudad fortaleza de Tikrit, sitio que después de unos cuantos ataques fue levantado por el rey de Asiria. Pero el año siguiente Cyaxares vuelve a la carga. Se apodera de Tarbisu, una ciudad de la provincia de Nínive, desciende Tigris abajo, acampa frente a Assur y se apodera de ella destruyéndola. El ejército babilonio había llegado tarde para ayudar al medo. Al año siguiente el rey de Babilonia tuvo dificultades con los *suhu*. Atacó la ciudad de Rahilu, pero el rey de Asiria le obligó a levantar el sitio. «El año 612 –dice la crónica de la caída de Nínive– el rey de los umanmanda acampó junto al rey de Akkad, ellos... y se conocieron el uno al otro. El rey de Akkad y Umakishtar... él mandó atravesar y marcharon por la orilla del Tigris y... en Nínive... Desde el mes de *simanu* (mayo-junio) al mes de *abu* (julio-agosto) combatieron tres veces... hicieron un poderoso asalto sobre la ciudad. En el mes de *abu*, el día x, la ciudad

fue tomada... se hizo una gran matanza de gentes y nobles. Ese día Shin sharishkun, rey de Asiria, huyó de la ciudad... gran cantidad de despojos de la ciudad sin cuento ellos llevaron. La ciudad la transformaron en una colina y montón de ruinas... el ejército de Asiria desertó...» Y así fue. La ciudad quedó destruida para siempre. El rey según la tradición pereció entre las llamas. El profeta Nahún expresó con palabras altisonantes lo que realmente opinaba todo el Oriente:

¡Ay de la ciudad sanguinaria toda ella mentira,

llena de violencia! ¡No cesará la rapiña de ella!

¡Óyese el chasquido del látigo, estrépito de ruedas,

galopar de caballos,

saltar de carros,

la carga de la caballería!

Poco después caía Nisibe. El último rey asirio Ashshuruballit II se estableció en Harran como rey de Asiria. La ayuda de un ejército egipcio y el valor de los últimos soldados asirios lograron que se mantuviera hasta el año 606.

I. ESTADO, ADMINISTRACIÓN, SOCIEDAD Y ECONOMÍA

El estado asirio es una de las construcciones más peculiares de la antigüedad oriental. En la época de Shamshiadad I la documentación de Mari y de Kultepe nos da la impresión de que se trata de un país regido por una oligarquía comercial de la que el rey es un representante eficaz con su diplomacia y su ejército. Pero realmente el estado asirio se crea en la época que llamamos Imperio Medio y los soberanos del Imperio Nuevo no harán más que desarrollarlo y perfeccionarlo. En esta evolución debió ejercer una influencia –casi totalmente desconocida– la dominación hurrita que se impuso durante más de trescientos años. Pero el hecho es que al cabo de su evolución de ochocientos años crearon el estado más poderoso del Asia anterior, logrando englobar todo el mundo civilizado de la época desde los Zagros hasta Nubia, y con ello realizaron el primer estado universal de la historia humana que fue heredado por los persas y después por Alejandro. Un rasgo típico dentro de este proceso ascendente son las crisis profundas que pusieron al estado asirio al borde del desastre. Pero del núcleo superviviente surgió siempre una energía insospechada que pudo restablecer la situación.

Dentro de este estado el rey tiene una posición privilegiada. Al principio fue un simple *ishshakku*, pero ya Adadnirari I (c. 1300) se proclama «rey poderoso, rey de la totalidad». Vinculado al dios Assur se va creando una teología política de acuerdo con la cual el dominio universal es detentado por el dios y el rey de Asiria es el ejecutor de sus designios, y aquel que «peca» contra el dios ha pronunciado su propia sentencia. A lo largo de nuestra exposición histórica hemos visto cómo se ha realizado en la práctica este ideal de conquista. La realeza asiria tiene un concepto etnocéntrico del mundo, que se codifica especialmente durante el Imperio Nuevo y está expresado en el relato de la campaña octava de Sargón: el mundo no asirio tiene unos rasgos peculiares que responden más a la ideología política de la clase dominante que a la realidad objetiva: países salvajes, monta-

ñosos, llenos de peligros y las gentes que los pueblan son *nakutu*, enemigo. Pero estos enemigos tienen unos rasgos peculiares: violan los pactos, pecan, se olvidan de las bondades pasadas, pierden el sentido común y, en su insania, confían en sus fuerzas para oponerse a los ejércitos victoriosos asirios. Sólo es bueno el extranjero cuando es sumiso, cuando paga sus tributos y besa los pies del rey. Esta ideología compartida por la realeza, los nobles y jefes militares justifica toda la política agresiva asiria. Los reyes asirios son incluso buenos administradores y protectores de la agricultura y la ganadería, de las artes y las letras, pero ante todo son guerreros, lo más alejado del concepto sumero-babilonio de «pastores de los pueblos» o de príncipes amantes de la paz. Aunque hay que matizar juicios tales como «estado militar» o «industria de la guerra» para el imperio neoasirio, no se nos puede ocultar la dureza con que se concibió la vida en Asiria, tanto en el interior como frente a los demás pueblos. Deportaciones de pueblos, hecho corriente en el Oriente desde los akkadios, ejecuciones de enemigos por los procedimientos más horrorosos (empalamiento, desuello, etc.), mutilaciones, etc. son proclamados como ideales políticos.

El rey, en teoría, es designado por los dioses, pero de hecho se trata de una monarquía hereditaria que se preocupa de la legitimidad. El rey es coronado según una ceremonia complicada. El heredero del trono es revestido en palacio y toma posesión del trono y recibe el homenaje de la corte, el ejército y el pueblo. En el templo se le (¿ungía?) mientras que se recitaban plegarias y se le coronaba con la diadema real y tenía lugar la *proskynesis* de todos los presentes. En Babilonia era preceptiva «la toma de la mano de Marduk».

Si leemos los «edictos reales» encontramos una etiqueta palaciega con una minuciosa regulación de las relaciones entre el numeroso personal de la corte. Desde el *akil ekalli* o jefe de palacio hasta el último eunuco pasando por las numerosas mujeres del harén, todo un mundo de auténtico déspota oriental.

A lo largo de la historia de Asiria se construyeron grandes palacios-residencias que fueron centros políticos y administrativos. Shamshiadad I construyó Shubatenlil (sede de Enlil) recientemente identificada. Tukulti-ninurta I lo hizo en Dur Tikulti-ninurta (actualmente Tulul-al-Aqr), Assur. Assur-nasirpal construye Kalaj y más tarde se construye el palacio de Nínive obra de Senaqerib y Assurbanipal. El tamaño de estos palacios creció a medida que se complicaba la corte, llegando a tener doscientas habitaciones el de Jorsabad, y en provincias hemos de citar los palacios de Till Barsib o Hadatu.

Pero sería un error creer que los reyes asirios sólo se dedicaban a la guerra, porque los textos repiten insistentemente sus esfuerzos por fomentar el arte y la literatura, la aclimatación de nuevas plantas y en general todas las artes de la paz.

El aparato administrativo asirio de época sargónida era complicado y en sus dos ramas, civil y militar, comprendía numerosos personajes. Prescindiendo de los gobernadores de provincia que gozaban de una cierta autonomía, en la corte había: el turtanu o generalísimo del ejército, el primer ministro, el juez superior, el segundo ministro, el copero mayor, el gran mayordomo y el prefecto de palacio. Las ciudades estaban gobernadas por alcaldes y funcionarios subalternos. En la época neoasiria encontramos una especie de consejo de estado formado por los altos funcionarios.

El ejército asirio, como todos los orientales, estaba mandado en principio por el rey, que acostumbraba a dirigirlo en persona. Ya hemos dicho que los gobernadores de provincia tenían funciones militares, pero algunos funcionarios cortesanos también detentaban atribuciones militares, como el *rab shake* que mandaba la guardia de corps. Ya hemos citado al *turtanu* y le sigue en categoría el *rab reshi* «superior» y a éste el *rab kisir* «comandante de unidad».

El arma más distinguida eran los carros introducidos en Asiria por los hurritas y que se desarrollaron con el tiempo. Ya en tiempos de Salmanasar I (± 1250) tenían importancia y pronto aparecerán representados en dos relieves de tema militar, aunque su máxima importancia la adquieren en tiempos de Sargón II y Assurbanipal con el carro de ruedas de ocho radios, tirado por tres o cuatro caballos y tripulado por dos hombres, el auriga y el combatiente. El carro del rey y de los grandes personajes lleva un tercer hombre como «escudero». A veces se encuentran carros con cuatro tripulantes. A los lados del carro se llevan aljabas con arcos, lanzas, dardos o hachas de combate. Los carros podían decidir en una batalla en terreno llano.

La caballería aparece con Asshur-nasirpal II (± 840) pero nunca tuvo una gran importancia como arma de combate, porque no olvidemos que en toda la antigüedad no hubo silla ni, sobre todo, estribo, con lo cual la estabilidad del jinete siempre fue muy precaria. Su arma era el arco porque el empleo de la lanza resultaba casi imposible. En otros casos llevan rodela, casco y espada corta, según el modelo de los pueblos de las estepas.

Especial importancia adquiere los ingenios militares para sitiar ciudades y destruir sus murallas: arietes, construcción de torres que ya eran conocidas de los babilonios antiguos.

La recluta del ejército asirio se hacía por leva y una parte era permanente. Los estados vasallos debían enviar contingentes tanto de carros como de caballería e infantería. Se calcula que la proporción era de cien infantes por cada diez caballos y un carro. Los contingentes totales de tropas movilizadas por los reyes asirios pudieron ser, si hemos de fiarnos de las cifras oficiales, de hasta ciento veinte mil hombres enviados por Salmanasar III frente a la coalición siria y probablemente el total del ejército asirio de la época debía contar con varios cientos de miles de hombres.

No hay que olvidar el elevado coste de estos ejércitos y su incidencia en la economía de este estado y de los estados vasallos que contribuían con sus contingentes. Y cuando por su número estos ejércitos son más costosos, ellos mismos se financian o tienden a ello mediante el saqueo sistemático de todo el Oriente. Pero políticamente esta dinámica suscitaba cada vez una resistencia más dura frente al enemigo asirio. Schmökel resume así los métodos de la guerra asiria: «Tales asedios son además un tema preferido de los artistas del relieve asirio, y, con sus simples medios lo llevaron a una extraordinaria viveza y una claridad instructiva. Tropas de ataque trepan por caminos empinados, los arqueros disparan flechas, las torres de sitio avanzan y se desarrolla una lucha violenta entre los atacantes y los defensores en las murallas. Los arietes embisten el muro, las flechas encendidas vuelan y prenden todo lo inflamable, todo lo que hay en la ciudad, mientras defensores tratan de inutilizar los arietes izándolos con cadenas.

Las escalas de asalto se aplican al muro y secciones escogidas se encaraman para irrumpir en la ciudad. Aceite hirviendo y nafta ardiente se vierten sobre los atacantes, pero al final cede la resistencia y los ciudadanos suben a las murallas y levantan los brazos en señal de rendición, y la ciudad está en manos de los asirios. Los cadáveres de los caídos yacen en montones, las pirámides de las cabezas cortadas y cuidadosamente amontonadas son cada vez más grandes. Ahora comienza el auténtico juicio de castigo. El defensor que cayó vivo en manos del conquistador aguarda temblando la decisión del vencedor implacable: una parte –según los informes a menudo ciertos– para escarmiento serán empalados, decapitados, desollados, emparedados vivos o quemados con la ciudad, y de este destino no se libran ni los jóvenes ni las muchachas ni las mujeres ni los niños; otros serán cegados, se les cortarán las manos o mutilados de cualquier otra manera». Esta imagen es cierta en muchos casos, aunque no siempre. Sin embargo, los asirios sobresalieron en el arte de la guerra como ningún otro pueblo oriental.

La sociedad. Gracias a las «leyes asirias», copiadas y ordenadas bajo Tiglat-pileser I, pero que se trata de documentos de distintas épocas (siglos XV, XII), podemos introducirnos en las relaciones sociales asirias. Hay que tener presente que estas leyes no sabemos bien lo que son, pero en todo caso no se trata de un código en el sentido del de Hammurabi y más bien da la impresión de una recopilación de casos y juicios, algo así como un manual. La tablilla más completa de unos sesenta parágrafos es una especie de derecho de la mujer o delitos cometidos contra la mujer. Otra contiene unos veinte artículos sobre derecho inmobiliario, mientras que otra tercera se ocupa de la compra ilegal de personas o cosas hipotecadas. Paralelamente existen «los edictos del harén», una serie de disposiciones que regulan la complicada vida de la corte.

La familia es monógama, templada con el concubinato. La mujer con el matrimonio entra en la familia del marido, y, si hay hijos incluso después de la muerte de éste, su vinculación se refuerza por el levirato (Deut. 25, 1-10), de acuerdo con el cual la mujer viuda debe casarse con su cuñado si lo hay, y si no incluso con el suegro. En un documento asirio se recurre a un sobrino que haya cumplido los diez años. Si no se puede cumplir el levirato la mujer queda libre y puede contraer otro matrimonio. Las mujeres de los soldados están sometidas a regulaciones especiales. Deben esperar a su marido prisionero hasta que vuelva. Sólo si no hay hijos, el plazo se limita a cinco o dos años. Hay un tipo curioso de matrimonio en el cual el hombre no vive con su mujer, sino que la visita en casa de su suegro sin que se altere el status jurídico de la mujer. En cuanto a delitos cometidos por una mujer casada como el robo, ésta queda sometida a la venganza de la víctima, si el marido renuncia a castigarla o a devolver lo robado. La mujer casada lleva velo, y el hecho de colocarlo el varón sobre la cabeza de su concubina en presencia de cinco o seis vecinos diciendo «ella es mi esposa» es suficiente para hacerla su esposa legítima. Otras ceremonias matrimoniales son la unción de la cabeza y la entrega de regalos nupciales.

En cuanto a la propiedad rústica parece que está muy extendida y reciben especiales castigos los que cambian los mojones. También se prohíbe la venta de animales o bien de personas retenidas como garantías de algunas deudas contraídas.

2. URARTU

El reino de Van, conocido como Urartu por los asirios y babilonios y Ararat por los hebreos, jugó un papel importante en la zona suroriental del lago Van en la historia de Asia occidental en la última época del imperio asirio. Su primer territorio fue ampliado por las conquistas, de tal modo que en su máxima expansión comprendía gran parte de Armenia hacia el este hacia el lago Urmia.

El conocimiento de este pueblo se consiguió por el desciframiento de las inscripciones localizadas desde el siglo XIX y las referencias que los reyes asirios hacen de sus campañas en esta región.

Los urartios eran los vecinos septentrionales de los asirios y ofrecieron una dura resistencia a las armas de Nínive durante varios siglos. Lucharon contra Salmanasar I (1273-1244), contra Tiglat-pileser I (1116-1078). En esta época no aparecen como un reino unido, sino como un conjunto de tribus, contra las que luchaban los asirios en busca de botín, ante todo de ganado y caballos. Cuando volvemos a tener noticias de ellos es a comienzos del Imperio Nuevo asirio, durante el reinado de Salmanasar III (859-824), el cual en su campaña del año 856 tuvo que enfrentarse con un rey llamado Arame, que ofreció una dura resistencia pero no pudo resistir a la máquina militar asiria, y su capital Arzaskun, situada en la ribera norte del lago Van fue destruida. El año 832 volvieron los asirios. El rey era *Sarduris*, el primer rey del que tenemos inscripciones vánicas (urartias) con la capital en Tuspa (Van), si bien en algunos casos empleó el asirio, y en una de éstas se proclama hijo de Lupitri. Adopta una titulatura similar a la de los reyes asirios. A los pocos años volvieron los asirios con Shashi-adad V (823-810) que manda una expedición al mando Mutarrisassur, que se vanagloria de haber destruido 200 poblados de Ushpina, rey de los países de Naïri. Este Ushpina es *Ishpuni*, hijo de Sarduri que reinó de 825 a 806 a. de C., siendo sus corregentes sus hijos Menua e Inuspura. La campaña está descrita en el monolito del palacio de Nimrud (ahora en el Museo Británico). *Menuas* fue un monarca capaz y el número de sus monumentos le acreditan un próspero reinado. Hizo expediciones al este para someter a los mana al sur del lago Urmia, y dejó una inscripción en Tashtepé celebrando sus victorias. Combatió en el oeste contra los hititas, llegando hasta las fuentes del Éufrates. Hizo tributario al rey de Malatia. Por el norte alcanzó Erzerum, consiguiendo establecer la frontera en el Araxes, y el lago Gökskay. Se funda la ciudad de Mussasir/Ardini, un fuerte avanzado hacia Asiria. Se preocupó de las obras públicas, especialmente de canales y fomento de la agricultura. Logró hacer de Urartu una potencia militar. *Argistis* (790-765) fue un digno sucesor de su padre. El recuerdo de sus campañas quedó grabado en una roca de Van, una inscripción que probablemente sirvió de modelo para la de Darío en Behistun. Se enumeran catorce campañas realizadas al modo asirio. Se saquea una ciudad y se vuelve con el botín, y así año tras año. Se hizo una campaña contra Malatía, pero fue en el este donde se hizo sentir su acción con mayor intensidad. Eriván y el lago Gökskay, los maneos, las tierras de los Barshai (Parsua) en las fuentes del Diyala.

Sarduris II (765-730) logró extender los límites de Urartu hasta su máximo. Continuó las expediciones periódicas en busca de gloria y botín. En una inscripción cerca de Isoglu describe la invasión de Malatia. Sometió a tributo a Comagene

y finalmente Alepo. Todo ello fue posible por la debilidad de Asiria, la cual bajo Ashur-nirari V (754-745) no pudo atender su tradicional política militar por las disensiones internas. Autores como Otten creen que la finalidad de Sarduris era aislar a Asiria del occidente mediterráneo, e incluso es posible que quisiera emular la grandeza de Mitanni y suceder a Asiria como gran potencia. Es posible, pero todo ello se basa en las titulaturas, que en el mejor de los casos no son más que imitaciones del único modelo que tenían. Durante los años de su ascensión, antiguos vasallos de Asiria se pasaron a su alianza: Mati'ilu de Bit-Agusi, Sulumal de Malatia, Tarkhulara de Gurgum, Urikki de Quê, Kushtashpi de Comagene, el rey de Karkemish e Hiram de Tiro. Eran alianzas de conveniencia, sólo debidas a la presencia militar del conquistador, y estaban dispuestos a pasarse al bando del más afortunado. Este estado de cosas terminó cuando Tiglat-pileser III, después de suprimir las revueltas, subió al trono y creó la máquina militar más poderosa que conoció el Oriente antiguo. El año 743 Tiglat-pileser puso sitio a Arpad, la ciudad clave del norte de Siria. Acudió Sarduris con sus aliados, pero no pudo resistir a los asirios. El año 736 Tiglat-pileser volvió a la carga, pero esta vez contra Urartu mismo, y el rey Sarduris tuvo que refugiarse en las montañas para poder sobrevivir. De momento el poderío de Urartu había sufrido un eclipse de varios años.

Rusas I (730-714) aparece en las inscripciones urartias como «hijo» de Sarduris, pero en realidad era un jefe de clan procedente de Arku en el lago Van, que se dedicó a rehacer el estado. Construyó un nuevo palacio en la roca de Toprakkale, cerca de Tushpa, y un gran templo para el dios Khaldi, además de un gran canal para regar sus jardines y huertos. Inició una expansión de su país por tierras de los maneos, una política de colonización agrícola y de regadíos. Para sus fines políticos se alió con príncipes medos, y pudo reconquistar Mussasir que había caído en manos de Tiglat-pileser III. Los últimos años de su reinado se vieron amenazados por la tormenta que se cernió sobre el oriente. Los nómadas de las estepas, cimerios y escitas se habían movilizado y amenazaban tanto a los frigios en occidente como a los medos y a los urartios. Rusa logró detener la invasión. El peligro también amenazaba por el sur, porque en Asiria había subido al trono Sargón II (721-705), dispuesto a continuar la política militar asiria. El año siete se dirigió contra Rusas porque se había aliado con Daiaukku, y le conquistó veintidós fortalezas. Volvió al año siguiente:

«Porque yo nunca me había acercado a Ursâ [Rusas], el urartio, y a la frontera de su gran país, ni derramado la sangre de sus guerreros en el campo de batalla, elevé mis manos pidiendo poder derrotarle en batalla, volviendo sus insolentes palabras contra él y haciéndole pagar su pecado. Assur, mi señor, oyó mis palabras de justa [indignación], le agradaron y se inclinó a escuchar mi justa plegaria. Y me otorgó lo que pedía. Puso a mi lado sus terribles armas que en su recorrido desde oriente a occidente despojan a los rebeldes; y los agotados ejércitos de Assur, que habían recorrido este largo camino y estaban cansados y maltrechos, que habían cruzado insuperables y poderosas montañas, cuya subida y bajada es muy penosa. Se transfiguraron. Yo no podía aliviar su fatiga ni darles agua para apagar su sed ni clavar mi tienda ni reforzar el muro del campamento; yo no podía enviar mis guerreros ni reunir mi equipo, lo que estaba a derecha e izquierda no podía venir a mi lado, ni podía vigilar la retaguardia. Yo no me asusté de sus masas de tropas, desprecié sus caballos, ni dirigí una mirada a la multitud de sus guerreros vestidos de cota de malla. Con mi solo carro y los jinetes que iban a mi lado, que nunca me abandonan en región hostil ni amiga, la tropa al mando de Sin-ahi-usur, yo me lancé entre ellos como una jabalina temerosa, los derroté y transformé su avance en retirada: yo maté a un gran número de sus tropas, los cuerpos de sus guerreros los corté como el mijo, llenando los vasallos de las montañas [con ellos]. Hice correr su sangre por cañadas y precipicios como un río, tiñendo la llanura, el campo y las montañas como un manto real. Sus guerreros, lo mejor de su ejército, portadores de arco y lanza, yo los aniquilé sobre pies como corderos, yo les corté las cabezas. Sus nobles, consejeros que estaban con él, yo destrocé sus armas en la batalla; a ellos y sus caballos yo capturé. 260 de su real familia, que eran sus oficiales, gobernadores y caballeros, capturé y quebré su resistencia. A él lo encerré en su campamento lleno de gente y diezmé sus caballos con flecha y jabalina. Para salvar su tienda abandonó su carro, montó en una yegua y huyó delante de su ejército.

»Mettatti de Zikirtu, junto con los reyes de su entorno, yo destrocé su ejército y deshice su organización. Yo derroté las armas de Urartu, el pérfido enemigo, y sus aliados, en el centro de la montaña de Uash se paró. Yo llené las gargantas y los desfiladeros con sus caballos mientras ellos como arañas en apuros, buscan su camino por trochas dificilísimas. Con el calor de mis terribles armas, yo subí tras ellos, llenando las subidas y bajadas con los cadáveres de sus guerreros. Más de 6 *bêru* [dobles horas] de terreno desde el monte Uash hasta el monte Zimur, la montaña de Jaspe, lo perseguí a punta de lanza. El resto de la gente, que había huido para salvar sus vidas a quienes él había abandonado, que Assur, mi señor, magnificado sea, Adad el violento, el poderoso hijo de Anu, haga saltar su fiera tempestad contra ellos y los aniquile totalmente con truenos y rayos. Ursâ, su príncipe, que había transgredido [pecado] contra Shamash y Marduk, y no había guardado el juramento prestado ante Assur, rey de los dioses, se alarmó con el ruido de mis armas poderosas, palpitando su corazón como el de una lechuza, que se esconde del águila. Como un hombre cuya sangre mana de él, abandonó Tushpa, su ciudad real, como un animal que corre delante del cazador, trepó por la pendiente de la montaña; como una parturienta yace echado en la cama, su boca rehúsa la comida y la bebida; una fatal enfermedad se infligió a sí mismo. Yo establecí el poder de Assur, mi señor sobre Urartu para todos los tiempos venideros, dejando allí para siempre un temor inolvidable...

»... Detuve mi marcha en Andia y Zikirtu que están delante de mí, y dirigí mi mirada hacia Urartu. Uishdish, un distrito del país de los maneos, que Ursâ [Rusas] había tomado y hecho suyo, con sus numerosas ciudades, que son incontables como las estrellas del cielo, las capturé en su totalidad. Sus potentes murallas las aplasté como vasijas hasta sus cimientos y las arrasé hasta el suelo. Irrumpí en sus innumerables huertas y dejé a mi ejército que devorase grandes cantidades de alimentos.

»Desde Uishdish partí y me acerqué a la ciudad de Ushkaia, la gran fortaleza de la frontera exterior de Urartu, que cierra el paso al distrito de Zaranda como una puerta, rechazando a mis mensajeros, y está fuera del monte Mallan la montaña de los cipreses, como un hito, elevándose vestida de esplendor, sobre la llanura del apis de Sûbi. El pueblo que vive en el distrito no tiene rival en todo Urartu en el conocimiento de la equitación. Durante años han estado cogiendo

los potros de los caballos salvajes para su ejército real. Pero no los cogen hasta Sûbi, un distrito que el pueblo de Urartu llama país maneo, ni sus manadas se ven allí. No los ensillan, pero tanto si van hacia adelante como si giran a un lado o dan la vuelta, según exige la batalla, nunca rompen el yugo. Estos hombres que pertenecen a esa fortaleza y distrito, vieron la derrota de Ursâ [Rusas], su señor y sus piernas huyeron como la raíz en la orilla del río (?). Sus jefes, guerreros avezados, que huían delante de mis armas se acercaron, y al decirles que se sometieran a Assur, mi señor, quedaron como muertos. La ciudad de Ushkaia, la principal de este país, junto con las ciudades alrededor, la redujeron a ruinas; abandonaron sus posesiones y emprendieron el camino que no tiene vuelta. En el avance de mis poderosas armas, yo entré en esa fortaleza, me apoderé de su gran riqueza y la llevé a mi campamento. Su gran muralla, cuya plataforma de asentamiento se posaba sobre la roca de la montaña, cuyo espesor medía ocho cubos, la derruí hasta los cimientos. A las viviendas de dentro les puse fuego, 115 ciudades de los alrededores las quemé como rastrojo y cubrieron la faz de los cielos con el humo como un ciclón. Como si fueran destruidas por un diluvio... La ciudad de Aniashtania, el lugar de sus ganados, situada en la frontera de Sangitube, entre las ciudades de Ushkaia y Tarmakisa, junto con 17 ciudades de su vecindad, las destruí y arrasé hasta el suelo. Puse fuego a las vigas de los techos, quemé sus cosechas, sus abarrotados graneros los abrí y dejé que mi ejército devorara cantidades enormes de grano. Como plagas de langosta eché las bestias de mis campamentos en sus prados, y arrancaron la vegetación de que vive la ciudad, y devastaron la llanura.

«Desde Ushpia marché al país de Baru, de la que depende para sus ganados, que también llaman Sangibutu, me aproximé. Tarui y Parmakisa, ciudades fuertes y amuralladas, situadas en la llanura de la Dalaia, donde tenían grandes reservas de grano, cuyas murallas eran muy fuertes, cuyos muros exteriores estaban bien construidos, cuyos fosos eran profundos y las rodeaban; en medio de la cual había establos para caballos, reservados para el ejército real, que engordaban cada año; el pueblo que vivía en ese distrito vieron los hechos de mi real valor, que llevé a cabo contra las ciudades de sus vecinos, y se aterrorizaron. Abandonaron sus ciudades y huyeron a una región árida, un lugar de sed, como el desierto, y así trataron de salvar sus vidas».

Este texto, del que hemos dado una larga cita es una carta de Sargón II al dios Asaur (Museo del Louvre), y está dedicada a describir la campaña del año ocho contra Urartu. En la parte que sigue, Sargón sigue describiendo con orgullo el saqueo de las ciudades, los campos, los templos, entre ellos el del dios Khaldi de la ciudad de Mussasir, saqueada al final de la campaña. Tanto la descripción de este texto como las fuentes propiamente urartias atestiguan el alto nivel económico alcanzado por la política constructiva de Rusas.

Después de la razia asiria el país perdió toda importancia política. Quedó reducido a la órbita asiria. El año 14 ascendió al trono Argistis II, hijo de Rusas, pero la pérdida del tesoro real y el estado de desolación en el que se encontraba el país imposibilitaron una recuperación apreciable, lo cual tuvo consecuencias funestas para la propia Asiria, tan orgullosa de sus conquistas. De todos modos, el reino aún conservaba alguna autoridad sobre tribus vecinas. Le sucede *Rusas II*, que en la inscripción de Adeljevas, al norte del lago Van asegura haber

conquistado a los mushki, los hititas y los Khalituni. El reino siguió bajo *Sarduris III*, y tal vez algún reyezuelo más. Al final será indoeuropeizado y se transformará en Armenia.

3. CULTURA, ECONOMÍA Y RELIGIÓN

El nombre de Urartu y de Naïri son nombres dados por los asirios, pero ellos en sus inscripciones de lengua indígena llamaban a sus reyes «rey poderoso, gran rey, el rey de los países *bia'ina*, príncipe de la ciudad de Tuspa». No sabemos de dónde venían los urartios, como ya hemos dicho, si del Cáucaso o de Asia central ni si se superpusieron sobre alguna población pre-existente. Tomaron la escritura de los asirios, lo mismo que sus formas políticas.

Políticamente se puede rastrear una evolución que partiría de una comunidad de jefes de clan en una comunidad de agricultores en los valles fértiles y de pastores trashumantes, los cuales bajo la presión exterior de los asirios, se vieron obligados a construir un estado con una administración y un ejército, capaz de defenderlos de los enemigos exteriores y mantener el orden entre las facciones en el interior. En tiempos de Sarduris el pueblo urartio estaba establecido en las zonas alrededor de Tuspa y la comarca del lago Van, de difíciles condiciones agrícolas, por lo que el pueblo se vio obligado a extenderse hacia el oeste a las cuencas de los dos afluentes del Éufrates los ríos Karasu y Murasu, y hacia el sudeste hacia el lago Urmia, y al noreste hacia el Araxes. Los métodos colonizadores fueron los corrientes en Asiria, o sea el traslado o deportación de poblaciones para poner en explotación nuevos territorios, como puede verse en la inscripción de Argistis I que hemos citado. Se ha hablado, con relativa propiedad de un tipo de organización económico-social llamada *socialismo de estado*, que también se aplica al Sumer protodinástico, y que consistiría en que la gente trabajaba en grandes factorías y talleres, mientras que una parte considerable servirían en el ejército como soldados: en suma que todo el mundo, o casi todo, dependería del estado de una u otra manera. No creemos que haya razones para tanto, porque debió conservarse gran parte de la organización tribal, aún en los tiempos de mayor esplendor de la monarquía.

Las bases económicas principales eran la agricultura y los cultivos de huerta. En las excavaciones de Karmir Blur se vio que los almacenes conservaban restos de trigo, cebada, mijo, sésamo, tanto en silos como en grandes tinajas, en un depósito aparecieron 20.000 litros de trigo en buen estado de conservación. La cebada se empleaba para la fabricación de cerveza. Otros cultivos eran los guisantes, las lentejas, los árboles frutales, melones, el olivo para el aceite, el ciruelo, etcétera. Especial importancia tuvo el cultivo de la vid, y el vino se fabricó en cantidades enormes. La ganadería criaba cabras, ovejas, especies derivadas del auroch, asnos, caballos de escasa alzada, cerdos, perros domésticos. Se cazaba la cabra salvaje y una especie de gacela.

Las artes y oficios en general y las artes industriales en particular ofrecen muchas semejanzas con el asirio, tanto que se han dado dos explicaciones muy distintas para estas coincidencias. Frankfort opina que «en una historia del arte, todas estas obras que mencionamos pueden considerarse marginales de la gran

tradición mesopotámica». Para otros, el arte urartio es la fuente de inspiración de lo asirio. En la arquitectura, tal como se conoce por las excavaciones en Karmir Blur y en Toprakkale, se diferencia mucho de la asiria en cuanto que utiliza más la piedra en vez del adobe, y también en la forma de los edificios, que aquí se organiza de manera que los edificios ostenten fachadas al exterior, algo parecido a la manera griega.

Sin embargo donde los urartios alcanzaron una gran perfección fue en la escultura y en la metalurgia artística. De la primera se conoce poco, aunque de calidad, en general un eco de las obras asirias, si bien más barroca y algo barbarizadas. La metalurgia es extraordinaria, y sus productos adornan los museos europeos, encontrados en las excavaciones de todo el Egeo, llegando hasta Etruria.

El dios jefe del panteón urartio era Khaldi, dios de la guerra y de los ganados. Tesaba, el Teshub hurrita, dios de la tempestad, Siwini, similiar al Shinugi hurrita. Se les erigía templos, se les dedicaban estelas y se les consagraban falsas puertas excavadas en la roca, en las que se grababan inscripciones analísticas de guerra o relaciones de ofrendas para los dioses, como ocurre en una inscripción conjunta de Menuas e Ispuinis en Meher Karpusi (lago Van). En la carta de Sargón al dios Assur se habla de estatuas muy lujosas en los templos. Los templos poseían fincas para el sostenimiento del culto y de los sacerdotes y personal. Probablemente existió la costumbre de sacrificar prisioneros de guerra a las divinidades.

DOCUMENTOS

1. ASSUR-NASIRPAL II

Cuando Assur, el señor, que me llamó por mi nombre e hizo grande mi reino, confió su arma inmisericorde a mi augusta mano, yo Assur-nasirpal, el egregio príncipe, que teme a los grandes dioses, el poderoso déspota, conquistador de ciudades y montañas hasta los más lejanos límites, el rey de gobernantes, que aniquila al malvado, que es coronado de gloria, que no teme al oponente, el fuerte, el egregio, el generoso, que destruye al oponente, el rey de todos los príncipes, el señor de señores...

... En el comienzo de mi realeza, en el primer año de mi reinado, cuando Shamash el juez de las [cuatro] regiones [del mundo] había extendido su amable sombra sobre mí, y yo me había sentado sobre el trono real en poder, y [cuando] él había colocado en mi mano el cetro, que gobierna los pueblos, yo movilicé mis carros y ejércitos, crucé elevadas montañas por caminos difíciles que no habían sido preparados para el paso de carros y tropas, y marché al país de Tumme. Libê, su ciudad fortificada y las ciudades de Suna, Abuk, Ayura y Ayubé, situadas entre las montañas de Uyini, Ayuni y Etini, fortificadas, las capturé. Maté a gran número de ellos; sus despojos, sus posesiones y su ganado. los

hombres escaparon y ocuparon una escarpada montaña; la montaña era excesivamente empinada y no les seguí. El pico de la montaña era como la punta de una daga de hierro y ningún pájaro volador del cielo llega a él. Como el nido del águila, su fortaleza estaba situada dentro de la montaña, en la cual no había penetrado ninguno de los reyes, mis padres. Durante tres días, el guerrero exploró la montaña, deseando la batalla su denodado corazón; saltó a pie, derribó la montaña, destruyó su nido, despedazó su hueste. Doscientos de sus guerreros los despedacé con la espada; su pesado botín lo llevé como un rebaño de ganado, con su sangre teñí la montaña de rojo como la lana; con el resto de ellos ennegrecí las gargantas y precipicios de la montaña...

LUCKENBILL, *Ancient Records*, I, págs. 139-141

2. ASSUR-NASIRPAL II DEVASTA LA REGIÓN DE KASHIARI (N. DE ASIRIA)

En el eponimato, el año (llamado por) mi nombre, a la palabra de Assur, mi señor, y Urta, que aman mi sacerdocio, aunque en la época de los reyes, mis padres, ningún gobernante del país de Suhi havía venido a Asiria, Ilu-ibni, el gobernador de Suhi, para salvar su vida, junto con sus hermanos y sus hijos, trajo plata y oro como tributo a Nínive a mi presencia. En el mismo eponimato, miembras estaba en Nínive, trajeron la voz de que los asirios y Hulai, su gobernador, a quien Salmanasar, rey de Asiria, un príncipe que me precedió, había instaurado en la ciudad de Halziluha, se habían sublevado y habían marchado contra Damdamusa, mi real ciudad, para tomarla. A la palabraq de Assur, Ishtar y Adad, los dioses mis protectores, reuní mis carros y ejércitos.

En las fuentes del río Subnat, donde se encuentran las imágenes de Tiglat-pileser y Tukulti-ninurta, reyes de Asiria, mis padres, esculpí una imagen de mi real persona y la alcé a su lado. Por esta época recibí el tributo de país de Isalaganados, rebaños y vino. Crucé la montaña de Kashiari hacia Kinabu y me acerqué a la ciudad fortificada de Hulai. Con las masas de mis tropas y en una furiosa y desatada batalla destruí y me apoderé de la ciudad; pasé por la espada a 600 de sus guerreros, quemé a 3.000 cautivos, no dejé vivo a uno solo que sirviera de rehén. A hulai su gobernador lo capturé vivo. Apilé sus cadáveres; a los muchachos y muchachas quemé con fuego; a Hulai, el gobernador, le desollé y su piel la extendí sobre el muro de la ciudad de Damdamusa, a la ciudad la destruí, la devasté y la quemé..

LUCKENBILL, *Ancient Records*, I, págs. 145-146.

3. ORÁCULOS SOBRE ASARDÓN

¡Asar[dón], rey de los países, no temas! Ese viento que sopla contra ti; sólo necesito decir una palabra y puedo terminarlo. Tus enemigos, como un [joven] jabalí en el mes de Simanu, huirán ya cuando te acerques. Yo soy el gran Belet, yo soy la diosa Ishtar de Arbela, la que ha destruido a tus enemigos a tu mera aproximación. ¿Qué orden te he dado que no confías en ella? ¡Yo soy Ishtar de Arbelas! Yo estuve esperando a tus enemigos, yo te los entregué. ¡No temas! Tú que estás aterrado [diciendo]: «Sólo quitando desastre puedo levantarme o sentarme.»

[Este oráculo es] de la mujer Ishtar-la-tashiat de Arbelas.

Yo soy Ishtar de Arbelas, o Asardón, rey de Asiria. En las ciudades de Assur, Nínive, Kalah, Arbela, yo te otorgaré muchos días, años sin fin. Yo soy la gran partera [que te ayudó en tu nacimiento], la que te dio de mamar, que estableció tu gobierno bajo los anchos cielos para muchos días, infinitos años; vigilaré una cámara de oro en los cielos. Yo encenderé una lámpara de piedra *elmeshu* para Asardón, rey de Asiria. Yo le vigilaré como mi verdadera corona. ¡No temas, oh rey! Porque yo te he animado, no te dejaré que sufras vergüenza. Yo te ayudaré a cruzar el río a salvo. ¡Oh Asardón, heredero legítimo, hijo de la diosa Ninlil! Yo soy... para ti. Con mis propias manos, a tus enemigos yo los aniquilaré... ¡Oh Asardón, en la ciudad de Assur yo te otorgaré largos días, años sin fin! ¡Oh Asardón, en Arbela yo soy tu buen escudo! ¡Oh Asardón, heredero legítimo, hijo de la diosa Ninlil, yo estoy pensando en [ti]! Yo te amo muchísimo... Yo despedazaré ante él a los que habían... blasfemias.

[Este oráculo es] de la mujer Ishtar-bel-dayani, el... del rey.

PRITCHARD, *op. cit.* II, pág. 168-9

4. PROFECÍAS ASIRIAS

Los días de su gobernante serán breves. Tu país tendrá otro gobernante.
[Surgirá un gobernante], él [reinará] dieciocho años.
El país vivirá seguro, el interior del país será feliz, el pueblo tendrá abundancia.
Sus dioses tomarán decisiones benéficas para el país, [soplarán] vientos favorables.
La palmera datilera y el surco darán una buena cosecha.
Shakkan y Nisaba... [así] en el país.
Habrá lluvia [formidable] y marea alta, la gente del país observará una fiesta.
Ese gobernante será asesinado en un motín.
Surgirá un gobernante, gobernará trece años.
Habrá un ataque de Elam contra Akkad y
el botín de Akkad será llevado.
Los templos de los dioses grandes serán destruidos, la derrota de Akkad será decretada [por los dioses].
Habrá confusión, disturbios y sucesos infortunados en el país, y el reino disminuirá [en poder]; otro hombre, cuyo nombre no es mencionado [como sucesor] se levantará y se apoderará del trono como rey y conducirá a muerte a sus oficiales.
Llenará con los cadáveres de medio ejército las tierras bajas de Tupliash,
la llanura y el suelo llano, y
la gente del país sufrirá una dura hambre.
[Surgirá] un gobernante, sus días serán contados y no regirá el país.
[Surgirá] un gobernante, reinará tres años,
los canales [de ese país] llenará de sal.

PRITCHARD, *op. cit.* II, pág. 171-172

5. URARTU

Inscripción de Sardur, hijo de Lutipri, el gran rey, el poderoso rey, el rey de la totalidad [de los pueblos y los países] el rey de Naïri que no tiene igual, el admirable pastor, que no teme el combate, que somete a los indomables. Sardur, el hijo de Lutipri [soy yo], el rey de reyes, el que recibe tributos de todos los reyes.

Sardur, el hijo de Lutipri, hace público que: Yo he traído estos bloques de la ciudad de Almina, yo he construido este muro.

THOMAS BERAN, *Kulturgeschichte d. a. Or.*, pág. 607

El que sacó sus carros de guerra para Khaldi, y asoló el país de Eliuni... y lo postró ante Argisti. Con el resplandor del miedo de Khaldi, para grandeza de Khaldi partió Argisti, el hijo de Menua Khaldi lo precedía.

...

Yo pedí a Khaldi, el señor, el dios de la tempestad, el dios del sol, a todos los dioses de los países *bia'i* que fuera victorioso por la grandeza del señor, los dioses me escucharon.

BERAN, *op. cit.* pág. 628.

6. URARTU: LAS RIQUEZAS DEL TEMPLO DE KHALDI

A mis oficiales y funcionario envié al templo de Haldia, su dios y Bagbartu, su diosa, junto con la gran riqueza de su templo, todo lo que había ahí: x + 4 talentos, 3 minas de oro, 162 talentos, 20 minas, menos 6/36 de plata, 3.600 talentos de cobre en bruto, 6 escudos de oro que colgaban a derecha e izquierda de la casa y brillaban esplendorosamente, con las cabezas de perros gruñentes, saliendo de sus centros, y conteniendo 5 talentos y 12 minas de rojo brillante [oro]; 1... cuernos, ...el *ashtarti* de sus puertas, que habían sido fundidas de 2 talentos de oro fino; un cerrojo de oro, un dedo humano [de forma] sujetando la hoja de oro, en cuya cima había un dragón alado, una clavija de oro para asegurar la cerradura, para reforzar el cierre del templo, para guardar los tesoros amontonados y propiedades, dos llaves de oro en forma de diosas salientes llevando tiara, con maza y anillo, con los pies sobre perros aullantes, las cuatro formando la cerradura de la puerta; ornamentos del altar, que pensaron 2 talentos y 12 minas de oro, y aseguraban las hojas de las puertas; una gran daga de oro, la espada de su mano, que pesaba 26 3/36 minas de oro; 96 lanzas de plata, *gurpisi* de plata, arcos de plata, cuya montadura e incrustaciones eran de oro, 12 grandes escudos de plata, cuyas molduras se adornaban con cabezas de dragones, leones y toros salvajes; 67 jofainas de plata, vasos de plata, hornos de plata, fruteros de plata, cuyos engastes e incrustaciones eran de oro. 62 *musarite* de plata, *lukilte* de plata, distintos objetos de plata, engastados e incrustados de oro; 33 carros de plata, arcos de plata, carcajes de plata, mazas (?) de plata, *manziate* de plata (?), escudos de plata, *siprat* de plata, *purdi* y estandartes de plata, 39 sartenes de plata, pesadas y ligeras, de factura asiria, urartia y kirhia y cuernos de grandes aurochs, con incrustaciones y *mikkasu* y con bandas de oro rodeando completamente su incrustación; un sello-anillo de oro para legalizar los decretos de Bagbartu, esposa de Haldia, cubierto completamente de piedras preciosas, 9 vestidos, ornamentos de su divina majetad, cuyos bordes eran de oro, y cuya *iar* era de oro, cuyo *shibtu* era sostenido por *murdû*; 7 *shusuda* de *nigsud* (madera), todas cubiertas de estrellas, con un látigo de plata, cuyo *kiblu* e incrustación eran de oro; un sofa de marfil, una cama de plata, para descanso de su divina majestad, cubierto con joyas de oro; 132 duelas de marfil, mesas de marfil, fruteros de marfil, dagas de marfil, pu-

ñales de marfil y madera de arce (?) engastado en oro; 10 mesas de boj, *mahrisi* de boj, sillas (?) de arce y boj, con incrustaciones de oro y plata; 2 altares, 24 piedras preciosas (?); los ornamentos de [sus] divinas majestades, las joyas de Haldia y Bagbartu, su esposa; 25.212 escudos de bronce, grandes y pequeños *siprat* de bronce, *gurpisi* de bronce, y *gulgullat* de bronce; 1514 lanzas de bronce, grandes y pequeñas, grandes hojas de lanza de bronce, *purdé* de bronce, *kutahi* de bronce junto con sus bases de bronce; 302.412 dagas de bronce pesadas y ligeras, arcos de bronce, *azanâte* de bronce y dardos de bronce; 607 bacines de bronce, pesados y ligeros, palanganas de bronce; *asallâte* de bronce, jarros de bronce, sartenes de bronce; 3 grandes palanganas de bronce que tenían dentro 50 medidas de agua, junto con sus tapaderas de bronce, una gran tinaja de bronce, que contenía 80 medidas de agua, junto con su gran tapadera de bronce, perteneciente a los reyes de Urartu para ofrendas ante Haldia, y que estaba llena de vino para sacrificio y estatuas de bronce, los colosos que guardan sus puertas, cuyas cuatro bases, así como sus altares eran de bronce fundido; una estatua suplicante representando la alteza real de Ishtar-dûri, hijo de Ishpueni, ... una estatua de Argishti, rey de Urartu que llevaba la... diadema de un dios y con la mano derecha levantada en actitud de bendecir, junto con un altar, con un peso de 60 talentos de bronce; una estatua de Ursâ, con dos de sus jinetes, sus aurigas con su altar, fundido en bronce, en la que estaba grabada esta altanera inscripción: «Con mis dos caballos, y mi carrero, mi mano llegó al reino de Urartu»; [estas cosas] junto con su gran riqueza, que no tenía número, la llevé. Esto no incluye los objetos de oro, plata, plomo, cobre, hierro, marfil, arce, boj, y toda clase de madera que el pueblo de Assur y Marduk se había llevado de la ciudad, palacio y templo en cantidades incontables.

(LUCKENBILL, *Ancient Records of Asyr and Babyl.* II. pág. 56-98.

BIBLIOGRAFÍA

A. ALT: «Das System der assyrischen Provinzen auf dem Boden des Reiches von Israel», en *Zeitschrift des deutschen Plaestina-Vereins*, 52 (1929), págs. 20 y sigs.

W. C. BENEDICT: «Urartians and Hurrians», en *Journ. of Am. Or. Soc.*, 81 (1960) pp. 100 ss.

T. BERAN: *Urartu*, en *Kulturgeschichte des Alten Orients*, pp. 605 ss.

E. FORRER: *Die Provinzeinteilung des assyrischen Reiches*, Leipzig, 1920.

F. W. KÖNIG: «Handbuch der chaldischen Inschriften», en *Arch. f. Orient.* 8 (1955-1957), pp. XXX.

R. LABAT: Asiria y los países vecinos (Babilonia, Elam, Irán) desde el 1000 hasta 617 a.C.» en *Historia universal s. XXI. Los Imperios del antiguo oriente* III. Madrid, 1971, Págs. 1-97.

C. F. LEHMANN: *Corpus Inscriptionum Chaldaicarum*, Berlin, 1928-1935.

D. D. LUCKENBILL: *Ancient Records of Assyria and Babilonia*, I, II, Chicago, 1926-1927.

D. D. LUCKENBILL: *Ancient Records of Assyria and Babylon*, vol. II, Chicago, 1927.

E. MICHEL: «Die Assur- Texte Salmanasar III», en *Welt des Orients*, I (1947), págs. 116 y sigs.

P. NASTER: *L'Asie Mineure et l'Asyrie aux VIIIè et VIIè siècles av. J. C.* Lovaina, 1938.

A. T. OLMSTEAD: *Western Asia in the Days of Sargon of Assyria, 722-705 B.C.*, Nueva York 1908.

A. PIEPKORN: *Historical Prisms Inscriptions of Assurbanipal*. Chicago 1933.

B. B. PIOTROVSKY: *L'Ourartou*, París, 1952.

A. H. SAYCE: «The Kingdom of Van (Urartu)», en *Cam. Anc. Hist.*, vol. III, 1925, pp. 169 ss.

M. STRECK: *Assurbanipal*, Lepzig, 1916.

F. THURAU-DAGIN: *Une relation de la Huitième Campagne de Sargon*, París, 1912.

P. E. ZINANSKY: *Ecologie and Empire. The Structure of the Urartian State*, Chicago, 1985.

E. UNGER: *Sargon II von Assyrien, der Sohn Tiglats pilesers III, Estambul, 1933.*

D. J. WISEMAN: «A new Stela of Assurnasirpal», *Iraq*, 14 (1952), págs. 24-39.

E. M. WRIGHT: «The 8th Campaign of Sargon II of Assiria», en *Jour. of Near East. Stud.* 2 (1943) págs. 174-186.

CAPÍTULO XVI

FENICIA E ISRAEL-JUDÁ

I. FENICIA

Después del agitado final del II milenio, las ciudades fenicias y sirias presentan un nuevo aspecto. Algunas como Alalaj o Ugarit desaparecieron para siempre; otras continuaron su existencia y algunas adquieren ahora una importancia especial como Tiro, Sidón, Arwad. Damasco se transforma en el centro más importante de los arameos. En Palestina ya hemos citado la Pentápolis filistea y en el interior los reinos de Edom, Moab y Ammón adquieren a fines del II milenio una efímera importancia frente a los hebreos que luchan por consolidar sus conquistas y dar forma a su estado tribal incipiente. El vecino meridional egipcio aún hará algunas incursiones durante las dinastías XXII, XXIII y XV pero en general sus relaciones con las gentes del norte son buenas y pacíficas. Mucho más peligroso es el vecino asirio que según los momentos atacará más o menos, pero siempre tenderá a controlar los puertos de la costa.

Tiro. Adquiere ahora el protagonismo de las ciudades fenicias. Situada en un islote rocoso separado del continente por un canal de 300 metros de ancho. En la isla no hay un solo pozo y el agua debe llevarse en barcas, por lo que E. Meyer dice que su existencia descansó necesariamente en una gran flota comercial y de guerra. La fundación de la ciudad tuvo lugar según la tradición recogida por Justino por obra de los fenicios expulsados de Askalón y ocurrió según Timeo el año 1194 a.C., y probablemente estuvo relacionada con los «pueblos del mar» (=filisteos). Muy pronto comenzó a fundar colonias por todo el Mediterráneo que colocaba bajo la protección del dios Melkart («el rey de la ciudad»), tanto en Chipre como en Malta, en África del Norte o en España. La colonización tiria tiene fines comerciales de compra de materias primas (metales, trigo) y exportación de productos especializados, de su industria y agricultura. Por el contrario su actividad en el hinterland asiático fue de escasa importancia.

Biblos. Superó los tiempos difíciles de la tormenta de los pueblos del mar y continuó su tradicional relación con Egipto. Dunand en sus excavaciones encontró numerosos objetos de baja época egipcia con cartuchos de Shoshenq, Osorkon I y Osorkon II. La lista de sus reyes es conocida a grandes rasgos y su cronología con cierta aproximación. Ahiram, Ittoba'al, Yehimilk, Abiba'al, Eliba'al, Shipitk'al, Yehawmilk. Del primero se descubrió un sarcófago el año 1923. Se trata de una pieza de baja calidad con una inscripción que dice:

«Sarcófago hecho por Itoba'al, hijo de Ahiram, rey de Biblos para Ahiram, su padre, como su lugar de eterno reposo.

»Si hubiera un rey entre los reyes y un gobernador entre los gobernadores y comandante militar en Biblos que destapara este sarcófago, ¡Que se rompa su vara de justicia y se derribe su trono! ¡Que la paz huya de Biblos y él mismo sea barrido»

Yehimilk dedica un templo a Ba'lshamen. Yehawmilk aparece en un ex voto que debe fecharse en el siglo V-IV a.C.: «Yo soy Yehawmilk, rey de Biblos, hijo de Yeharba'l, nieto de Urimilk, rey de Biblos...».

II. ISRAEL-JUDÁ

La historia de Israel es un caso especial dentro de la historiografía occidental. Durante siglos los historiadores judíos o cristianos tenían necesidad de considerarla como una historia aparte en cuanto que, al tratarse del pueblo elegido por Dios, toda su trayectoria estaba marcada por sus relaciones directas con el único Dios verdadero. La Biblia era la verdad revelada y ello pesaba (y pesa) sobre los criterios históricos a aplicar. Pero esta misma irracionalidad tuvo su parte positiva en la medida en que promovió una crítica textual tan intensa que pocos textos antiguos pueden igualar. Por la misma razón suscitó a finales del siglo pasado y a principios de éste una serie de excavaciones que aclararon muchos puntos oscuros, y actualmente la creación del estado de Israel ha favorecido en gran medida el avance de los estudios históricos de su pasado con criterios generalmente nacionalistas, pero de indudable eficacia.

1. EL ASENTAMIENTO EN PALESTINA

Según la tradición, la conquista y organización de Palestina por los hebreos se hizo por etapas: primero en Gilead y Basan en Trasjordania, antes de la muerte de Moisés, y después en el centro de Palestina, el norte de la misma y más tarde el sur. La idea que se ha repetido siempre en la tradición bíblica es que el pueblo de Israel desde su patria originaria huyó a Egipto, fue sacado de allí por Moisés y después de pasar el Mar Rojo, llegó al Sinaí y emprendió la conquista de Palestina. Evidentemente se trata de una mera fábula que no refleja una realidad objetiva. Es mucho más probable que la emigración a Egipto, si existió, fuera de una parte mínima de la población, cuyo destino se ha magnificado por la saga mosaica. De todos modos, parece que los israelitas van conquistando las ciudades cananeas en todo el país. Bethel debió caer en el siglo XIII a.C. y fue destruida

hasta los cimientos como lo demuestran las cenizas de un incendio descubiertas en las excavaciones. Lakish lo fue hacia el 1230 o algo después. Luego aparece también incendiada Kirjath-sefer. Por estos mismos años (1229) tenemos una famosa inscripción egipcia, la llamada «Estela de Israel» que es un documento del faraón Merneptah, en esencia un himno de victoria de las campañas militares en Palestina. En la estrofa final se dice: «*Israel* está desolado, su semilla ya no existe. Palestina ha quedado como una viuda para Egipto». Es la primera vez que aparece la palabra Israel, pero como se ve, el texto es muy difícil de interpretar rectamente. Para nosotros se trata de una campaña real, probablemente provocada por la inquietud que producían las penetraciones de los hebreos en Palestina. Es curioso que el nombre empleado para designar Palestina sea *H'rw* (Hurrita), aunque esta denominación en egipcio carece de connotaciones exactas tanto locales como étnicas. Albright ha insistido en la huella arqueológica que deja esta primera invasión de los hebreos. La ocupación fue lenta al principio, por ejemplo de Jericó, y se aceleró poco a poco en Bethel y en Tell-beit-Mersin. A finales del siglo XIII se estaban asentando en las tierras montañosas a ambos lados del Jordán. Las plazas fortificadas de los cananeos se les resistieron durante mucho tiempo como demuestran las excavaciones de Megiddo y Betshan. A principios del siglo XII el proceso se complicó por la invasión de los pueblos del mar, especialmente los filisteos y los cheker que se establecieron en la costa. El estadio sociocultural de los invasores no era de unos nómadas pastores, otra de las deformaciones típicas bíblicas. Los hebreos eran agricultores, aunque había pastores seminómadas, como en todo el Oriente antiguo e integrados en el círculo económico agrícola. Vivían en aldeas en las zonas montañosas, que antes no las tenían. El invento de la cisterna con las paredes recubiertas de cal favoreció el asentamiento. De este modo la población de Palestina a comienzos de la edad del hierro se compone de tres grupos principales: hebreos pre-israelitas o sea la población que no había emigrado a Egipto, israelitas invasores y cananeos. Los primeros se mezclaron con sus congéneres sin problemas, aunque las fuentes bíblicas apenas hablan de ellos. Los cananeos fueron incorporados mediante la conquista o pactos con los invasores. Hay que resaltar la crueldad de la conquista, que en muchos casos tuvo el carácter de guerra santa que llevaba a la destrucción del enemigo inmolado como una ofrenda al dios nacional. El estado de Israel que así se formó era una confederación de clanes o tribus que tradicionalmente se admitían que eran doce, aunque este número fue una elaboración posterior. La idea de que la tienda es el hogar del israelita es un tópico mil veces repetido, pero completamente falso en cuanto que se trataba de un pueblo en su gran mayoría sedentario desde el VI milenio a.C. Tenían como punto central el santuario de Silo formando una especie de anfictionía, aunque hay que tomar esta palabra en sentido muy amplio. La tienda y el Arca de la Alianza estaba bajo la custodia del sacerdocio levítico que conservó las tradiciones durante mucho tiempo y constituía el único lazo político-religioso entre ellos, ya que en modo alguno se puede pensar en una «teocracia» como ocurrira más adelante. Los sacerdotes sólo en contadísimas ocasiones fueron caudillos militares. Los jefes de tribus *(Nasi)* sólo tenían poder en su tribu, pero a lo largo del tiempo fueron surgiendo líderes tanto en el campo de la guerra como en la administración de justicia. Otoniel, Ehud, Gedeón, son figuras legendarias como Sansón o Débora. Esta época se denomina de los jueces. Y el nombre *shofet* es una palabra cananea de la que deriva la cartaginesa *sufes*, plural *sufetes*, que adquirió un carácter carismático. Mientras continuaba la lucha con sus vecinos fue surgiendo una conciencia de nación que poco a poco dio como resultado la institución de la monarquía.

2. LA MONARQUÍA UNIDA

Es interesante observar cómo a finales del siglo XII a.C. todos los pueblos que rodeaban a Israel tenían formas políticas desarrolladas: los edomitas, moabitas y ammonitas por un lado se habían organizado en monarquías. Los filisteos se regían por tiranías de tipo egeo (Albright). Los fenicios desde antiguo mantenían el sistema de estado-ciudad. En este medio, muchas veces hostil, los israelitas mantenían su anfictionía con el centro religioso en Silo. A lo lejos, la amenaza asiria representada por Tiglat-pileser I había sometido a tributo a algunas ciudades de Siria y Fenicia. Los filisteos, un pueblo dinámico a mediados del siglo XI a.C., amenazaban con adquirir la hegemonía sobre todo Israel e incluso se apoderaron y destruyeron Silo. La superioridad técnica filistea se basaba en el monopolio del hierro que ahora se había extendido por todo el Próximo Oriente y amenazaba con esclavizar al pueblo israelita. Albrigth cree que esta amenaza fue la que suscitó la necesidad de que el pueblo buscase un rey capaz de unirlo contra tantos enemigos como le cercaban, un ejemplo claro de *challenge and response*, según la teoría de A. Toynbee. La Biblia dice que Samuel, el último de los jueces, ungió como rey a *Saúl* (c. 1020-1000), quedando instaurada la monarquía. Pero sea cual sea la causa de la creación de la monarquía, el modelo que se utilizó parece que fue el egipcio. Al fin y al cabo era la monarquía más venerable de todas las cercanas y conocidas. Instituciones como *soper* «escriba» (=escriba real egipcio), *mazkir*, «jefe de protocolo» (=heraldo egipcio), etc. son buenos ejemplos de estos préstamos egipcios a la monarquía naciente de Israel. Saúl era de la tribu de Benjamín, de donde partió el movimiento de liberación contra el yugo filisteo, cuyo relato ha producido una épica popular recogida en el libro de Samuel, pero de escaso valor histórico. Su hijo Natán atacó a los filisteos y su padre completó la victoria, y a partir de entonces, la guerra de liberación fue su cometido principal. Los filisteos trataron de recuperarse, lo cual ocasionó que la tribu de Judá se incorporase al ejército de Saúl, quien tuvo que guerrear contra los amalecitas que invadían las tierras del sur, entre los que hizo una gran matanza y sacrificó los prisioneros «descuartizando a Gilgal ante Yahvé». Es difícil saber el tipo de monarquía que se creó en tiempos de Saúl, quien probablemente era una gran personalidad del tipo de un Mahdi, que vivió en continuo enfrentamiento con Samuel. Tuvo su capital en Gibea, se rodeó de sus parientes y desde luego fue de una gran significación para la unificación de las tribus.

David (c. 1000-970). Era de la tribu de Judá y desde joven se distinguió como guerrero y tocador de arpa al servicio de Saúl, amigo de Jonatán, el rey lo casó con su hija Mikal, pero pronto cayó en su desgracia y tuvo que refugiarse en su tierra y reunió una partida de aventureros con los que se marchó a Moab donde intentó inútilmente darle caza el rey. Como la población era partidaria de Saúl pasó a tierra de filisteos, donde fue acogido por Akish de Gad y le dio una residencia en Siqlag. Todos los filisteos se decidieron a dar la batalla al naciente reino de Israel. Saúl los esperaba y en la batalla de Gilboé perecieron los hijos de Saúl, Jonatán y sus hermanos. El rey se dio la muerte al ver el desastre y David escribió más tarde una de las más bellas elegías de la literatura hebraica.

¡La flor de Israel muerta sobre tus colinas!
¡Cómo han caído los valientes!

Ante la noticia de la derrota los israelitas abandonaron las ciudades de la llanura y del Jordán estableciéndose en ellas los filisteos que, sin embargo, carecían de fuerza suficiente para dominar a todos los israelitas. Mientras tanto el pariente y capitán de Saúl Abner trató de erigir a Ishbaal, hijo de Saúl, como rey de Israel con capital en Machanaim en Trasjordania y buscó apoyo en Cisjordania entre las tribus de Efraím y Benjamín, probablemente como vasallo de los filisteos, e incluso había intentado someter a Judá, pero David se proclamó en Hebrón rey de Judá. Joab lugarteniente de David, le opuso resistencia y cuando Ishbaal sospechó que su poderoso amigo Abner quería suplantarlo, éste se pasó al bando de David, pero fue muerto por Joab para vengarse de la muerte de su hermano Hazael. Aquí terminó la carrera de Ishbaal, que pronto fue eliminado por dos de sus hombres. Con ello David quedó como rey único. Los filisteos volvieron a la carga y comenzaron una serie de luchas interminables cuya exposición detallada no es propia de este lugar, pero cuyo final fue que los filisteos abandonaron el intento de someter a Israel y sus ciudades. Pronto surgieron relaciones comerciales entre los filisteos y el nuevo estado. El próximo paso de David fue el traslado de la capital a Jerusalén, después de haberla arrebatado a los jebusitas, y construido en ella un palacio con obreros enviados por Hiram de Tiro. Allí trasladó el arca, con lo cual quedó la ciudad consagrada a Yahvé y capital de Israel para todos los tiempos. Continuaron las luchas contra las ciudades cananeas como Dor, contra Amaleq, los edomitas, los moabitas, ammonitas hasta la sumisión. Mediante estos y otros éxitos el reino de David ganó prestigio entre sus vecinos, el rey de Hamat envió a su hijo con ricos presentes, Hiram de Tiro le facilitó maderas, carpinteros y canteros y el rey arameo de Geshur le dio una hija para su numeroso harén. Con Egipto se establecieron buenas relaciones.

De esta manera el estado construido por David superaba la concepción de Saúl y no sólo en extensión sino en su organización interna, que, como hemos visto, se inspiró en modelos egipcios. Hizo un censo para conocer los medios militares y financieros con que contaba, lo cual es muy significativo de una organización estatal. El ejército se formaba con los contingentes de Israel y de Judá que se armaban y alimentaban a su costa. Además, el rey mantenía un cuerpo de soldados profesionales y aventureros y una guardia de corps de filisteos. La organización financiera es prácticamente desconocida, pero se sospecha que al principio no hubo impuestos directos, sino que el rey recibía donativos. No sabemos si había impuestos de mercados y aduanas, pero no es inverosímil que se sacaran ingresos del tráfico de caravanas. Capítulo especial debieron constituir los botines de guerra y los productos de las propiedades del rey junto con las confiscaciones de los bienes de los enemigos del estado. El rey tenía como misión fundamental el mando del ejército y la administración de justicia.

Considerada en su totalidad la figura de David se nos presenta como un beduino que sabía crear lealtades de hombres devotos como Joab, su fiel compañero de armas, cruel y valiente. Amante de la poesía, durante su reinado fomentó el canto, la historiografía y el arte. Probablemente en su tiempo el redactor Yahvístico redactó el Pentateuco.

Los años de vejez de David fueron de trágicas conspiraciones de harén. Como todos los déspotas orientales, había reunido una considerable familia de esposas y concubinas que le dieron una numerosa y enfrentada descendencia, que a su vez fue protagonista de las tendencias separatistas dentro de un reino recién unido. Su hijo Ammón fue muerto por su hermano sin que el padre interviniera. Absalón huyón junto a su abuelo el rey de Geshur, aunque después volvió y, por medio de Joab, consiguió el perdón de su padre, quedando como posible heredero del trono. Habiéndose hecho de un pequeño ejército, se proclamó rey en Hebrón a causa de lo cual David tuvo que abandonar Jerusalén y buscar refugio más allá del Jordán, porque las tribus de Israel se pusieron de parte de Absalón, que entró en Jerusalén. El choque entre las tropas de David y los israelitas de Absalón tuvo lugar en Machanain, donde Joab, olvidando el encargo del viejo rey, dio muerte a Absalón. La monarquía quedó unificada pero la hostilidad entre Judá e Israel se había exacerbado.

Salomón (c. 970-933). Las intrigas de la innumerable familia davídica se enredaron para elevar al trono a Salomón, hijo de Betsabé que había sido esposa de Urías, asesinado por David con astucia beduínica. Los herederos legítimos como Adonías pagaron sus ambiciones al trono con la muerte o el destierro, en uno de tantos capítulos sangrientos de la historia de Israel. Así pereció el fiel Joab que había tomado partido por Adonías. Sobre Salomón tenemos una serie de noticias de distinto valor que tratan de sus construcciones que parecen fragmentos de una obra histórica mayor, por lo cual es muy difícil hacer una historia seguida de su reinado. Incluso la cronología es dudosa. Sabemos que el faraón Siamón de Tanis hizo una ofensiva en Palestina que terminó con un tratado de paz y la boda del rey con una princesa egipcia que llevó en dote la ciudad de Gezer conquistada por el egipcio.

La política de Salomón fue de buenas relaciones con sus vecinos, especialmente con Hiram de Tiro, al que pidió artistas y obreros especializados de los que carecía en Jerusalén para la construcción del templo-palacio, la fortaleza cuya descripción, llena de exageraciones, ocupa un largo espacio en el libro I de los Reyes. En la misma línea está el fomento de las líneas comerciales hacia el norte y hacia el sur hasta el golfo de Aqaba, de donde partieron los viajes marítimos dirigidos por tirios hasta Ofir. Dentro de la saga salomónica ocupa un lugar especial el viaje de la reina de Saba, de cuyo contenido sólo puede saberse el hecho de que probablemente hubo relaciones comerciales con Adem y la Arabia en general. Evidentemente el rey trataba de construir un estado con base económica en el comercio con vieja tradición en las ciudades fenicias. Pero al mismo tiempo creó un aparato administrativo inspirado en modelos egipcios y emprendió unas obras costosas que aunque hayan sido exageradas por los redactores bíblicos, debieron ser costosas para un estado pobre como Israel. El estado de David había sido en el fondo un estado tribal, pero con Salomón aparece el absolutismo oriental que se manifestó en que ignoró los privilegios de los israelitas y los obligó igual que a los cananeos a trabajos de corvada. Dividió el país en doce circunscripciones cuyos jefes debían proveer las necesidades de la corte y la administración un mes cada uno. Ello suponía la introducción de impuestos directos que tenían que alimentar la corte, sus funcionarios y las tropas del rey, pues Salomón creó un aparato militar propio de la época con sus carros a pesar de que, a diferencia de su padre, no fue un rey guerrero. Fomentó la minería del cobre y la fundición del

mismo en Ezjon Geber, en Aqaba. Vivió rodeado de setecientas esposas y trescientas concubinas (¿). Fue reconocido por los ammonitas y moabitas, a los que permitió que tuvieran sus altares y santuarios en los alrededores de Jerusalén. Remitimos a Reyes I, 5-8 para la descripción del templo de Jerusalén.

A pesar del carácter pacífico del rey no faltaron conflictos. Rezón consigue afirmarse en Damasco. Hadad de Edom que había escapado a las matanzas de Joab, huyó a Egipto donde fue bien recibido por el faraón y casado por una princesa egipcia. Regresó a su país y consiguió la independencia de su reino. Pero aun de mayor importancia fue el problema surgido con Jeroboam, hijo de Nebet de Efraím, de familia distinguida, que había sido «inspector del trabajo de la casa de José». Sin que sepamos por qué, Salomón quiso matarlo y huyó hacia Egipto donde reinaba Sheshonq que le dio asilo. Más adelante volveremos sobre él.

Decíamos más arriba que la figura de Salomón aparece un tanto desdibujada en la tradición bíblica. Tuvo fama de ser el hombre más sabio y más rico, dotado para la poesía y la literatura en general y su transigencia con los cultos extranjeros le acarrearon la ira del bando yahvístico que creó toda la leyenda del enojo de Yahvé tan tolerante con su padre, pero tan intransigente con él. Lo cierto es que su política demasiado «civilizada» para el pueblo hebreo no hizo más que dar curso al antagonismo entre Judá e Israel, que no se volverán a unir hasta que la tragedia del exilio lo cure de enfrentamientos baldíos.

3. LOS REINOS SEPARADOS (ISRAEL)

A la muerte de Salomón le sucedió en Jerusalén su hijo *Roboam* (933-917), pero los israelitas le negaron su reconocimiento. Hubo una reunión en Siquem, a la que acudió Jeroboam procedente de Egipto y también Roboam. Cuando se le pidió que aliviara el yugo que pesaba sobre el pueblo, el hijo de Salomón contestó, despreciando el consejo de los ancianos y siguiendo el de los jóvenes: «Mi padre os impuso un pesado yugo y yo le añadiré peso; mi padre os castigó con azotes y yo os castigaré con escorpiones». La asamblea contestó:

¡A tus tiendas, Israel!

¡Ahora mira por tu casa, David!

Era la señal de la rebelión: Israel se separaba de la casa de David y cuando Roboam envió a Adoniram para calmar los ánimos, fue lapidado. Toda la obra unificadora de David había sido destruida. Roboam se refugió en Jerusalén afirmando su poder sobre Judá. Jeroboam lo hizo sobre Israel. Con estos sucesos se acaba la historiografía antigua de Israel, y lo que encontramos en Reyes I y II son una serie de noticias, tal vez resúmenes de anales reales, resumidas por el redactor post-exílico, que añade por su cuenta la condena generalizada a las idolatrías de los reyes, y las profecías de turno que los llama inútilmente al orden.

Jeroboam (c. 933-912), rey de Israel, puso su capital en Siquem y con ello hizo patente que Jerusalén no significaba nada para los israelitas, pero quiso hacer un santuario nacional y lo estableció en Bethel y Dan, donde Yahvé era adorado en forma de toro, lo que despertó el odio de los yahvistas puros. No fundó

una dinastía duradera porque los integristas capitaneados por Ahía se sublevaron contra la laxitud de su política religiosa. Le sucedió *Nadab* (912-911) asesinado por *Besa* (911-888), cuando estaba sitiando a Guibeton, ciudad de los filisteos. Se proclamó rey y exterminó a toda la casa de Nabab. Le suceden *Ela* y *Zimri*, de reinados efímeros, y finalmente *Omri* (c. 887-877), un rey de cierta personalidad que estableció la capital en Samaria y luchó con éxito contra Moab. Su hijo *Ahab* (c. 876-854) luchó contra Barhadad de Damasco, pero también se alió con Judá y demás príncipes sirios para oponerse a Salmanasar III en Karkar, llevando un contingente de diez mil hombres. Murió combatiendo al rey de Damasco por la ciudad de Ramat de Galaad. En su tiempo alcanzó gran importancia el movimiento profético, en clara oposición a la política real demasiado permisiva con los cultos extranjeros. Sobresalen ahora Elías y Eliseo. El profeta, *nabi*, es un hombre «llamado por Dios» para promover la reforma moral y política, o bien la puramente religiosa. Su papel es de muy amplio contenido, pero representa desde el punto de vista que aquí nos interesa, una clara oposición a la monarquía ilustrada inaugurada por Salomón y todos sus sucesores. Los profetas descargaban sus neuróticas actitudes contra los ídolos y las mujeres extranjeras casadas con los reyes, que en el caso de Ahab es Jezabel al que combaten encarnizadamente. Pero también intervienen en política exterior, censurando o aconsejando alianzas, como la de Hazaer, asesino y sucesor de Barhadad de Damasco.

Ocozías (855-854) hijo de Ahab murió víctima de un accidente y le sucedió *Joram* (853-842) su hermano, de cuyo reinado poseemos uno de los pocos documentos históricos palestinos, la estela del rey Mesha, príncipe de Moab, que narra los hechos de su padre Hemosh y los suyos propios en la lucha contra el rey de Israel. Por su parte Reyes II, 3-4 dice que Mesha era tributario de Israel y a la muerte de Joab se rebeló contra el monarca israelita, lo que provocó una invasión de Moab por parte de Joram de Israel, Josafat de Judá y el rey de Edom, durante la cual pusieron en tal aprieto a Mesha que llegó a sacrificar a su hijo primogénito para conjurar a los reyes enemigos, quienes al fin se retiraron.

Mientras Joram luchaba en Aram el profeta Eliseo decidió ungir a *Jehú* (c. 842-815), hijo de Josafat y le ordenó que exterminase a la casa de Ahab, lo que hizo con suma diligencia asaeteando a Joram, todo ello por mandato de Yahvé y ordenó defenestrar a la vieja Jezabel que se escachizó al caer y fue comida por los perros, como había predicho el Dios de Israel. Se trata en suma de una revolución de los integristas yahvistas que extendieron su purificación a una inmensa cantidad de enemigos político-religiosos con el fin de extirpar a los adoradores de Baal. Pero la misma revolución había agotado las fuerzas de Israel que era incapaz de enfrentarse con los sirios, que la invadieron durante su reinado y el de su sucesor *Joacaz* (814-797). De todos modos, el destino de toda la región desde Tiro hasta Damasco, incluido Israel, había caído en la órbita de Asiria.

En Samaria sube al trono *Joás* (796-784) que peleó contra Amasías de Judá. Con la ascensión de *Jeroboam II* (783-743) Israel vive unos años de cierta prosperidad y una notable expansión territorial hasta el Orontes, a costa de los arameos de Damasco y al mismo tiempo se vio libre del yugo asirio porque Assur estaba ocupada en Urartu. Floreció el comercio y el bienestar en las ciudades, pero su política religiosa sincretista despertó el furor puritano de los profetas de la época, Amós y Oseas, que no se cansaban de amenazar a Israel por sus pecados

contra Yahvé. A la muerte de Jeroboam reinó seis meses *Zacarías*, asesinado por un tal *Sallum* que a su vez fue muerto por *Menajen* (c. 743-737), el cual tuvo que entendérselas con Tiglat-pileser III dispuesto a restablecer el control de Asiria sobre todo el oeste. El rey de Israel tiene que pagar un tributo de 1000 talentos de plata para mantenerse en el trono. Esta política de sostenimiento ante el poderoso asirio pesaba sobre los ricos que habían de pagar el tributo y provocó la oposición del ejército en tiempos de *Peqajya* (736) capitaneada por *Peqaj* (736-730) que asesinó al rey y se proclamó rey en Samaria. El resultado fue una revuelta antiasiria en la que participó Damasco y quisieron obligar a Ajaz de Judá a unirse a ellos; pero éste llamó en su ayuda a Tiglat-pileser contra la opinión del profeta Isaías. El resultado fue una derrota de los aliados y la desmembración del reino el año 734. Cuatro años después fue derribado Peqaj y reinó *Oseas* (730-722). Este trató de conseguir la ayuda de Egipto, país que, bajo los etíopes, volvía a tener sueños imperialistas, pero no consiguió más que Salmanasar V invadiera de nuevo el país –ya lo había hecho antes– y redujera a prisión al rey, pusiera sitio a Samaria durante tres años, al cabo de los cuales Sargón II tomó la ciudad el año 722, deportando parte de la población a Media y a la cuenca del Jabur.

4. JUDÁ

La historia de Judá tiene los mismos condicionamientos que ya hemos visto para Israel. Ya en tiempos de Roboam, Sheshonq de Egipto llegó hasta Jersusalén saqueándola. *Abiya* (917-914) no tuvo actuación digna de figurar en I de Reyes y le sucedió su hijo *Asa* (c. 913-873), que guerreó contra Basa de Israel con éxito. Su hijo *Josafat* (c. 873-849) concluyó una alianza con Ahab de Israel, lo que le permitió mantener o restablecer su soberanía sobre los edomitas, hasta el punto de construir una flota en Ezyon Geber. Paralipómenos II, 17 nos habla de la prosperidad de su reino, aunque las cifras que da de su población son exageradísimas. A él se atribuye una reforma religiosa. *Joram* (c. 849-842) reinó sobre Judá después de exterminar a todos sus hermanos y en su tiempo Edom se separó de Judá decididamente. Se casó con Atalía, uno de cuyos hijos, Ococías, fue proclamado rey de Judá, que como hemos visto murió a manos de Jehú. Su madre Atalía se apoderó del trono, después de los asesinatos corrientes en estas cortes, y al cabo de seis años fue derribada por una sublevación dirigida por el sacerdote Yehoyad y en la que participaron el pueblo y el ejército. Tal como aparece en la redacción bíblica, el motivo es el culto de Baal, pero hemos de advertir que no son nada fiables ni Reyes ni Paralipómenos. Evidentemente se trata de un enfrentamiento entre dos bandos religiosos, los yahvistas y los partidarios de cultos cananeos. Pero este conflicto refleja sin duda otros antagonismos políticos y tal vez sociales que se nos escapan. Su final fue el de tantos príncipes, al filo de la espada. *Joas* (836-797) tuvo un largo reinado y supo mantener la paz. Partidario del bando elohísta, tuvo que enfrentarse con el rey de Damasco Hazael al que alejó de Jerusalén pagándole un tributo. *Amasías* (c. 797-771), su hijo, luchó contra los edomitas, les arrebató la ciudad de Sela (¿Petra?) y volvió a abrir el acceso al Mar Rojo. Incluso se atrevió a provocar a Israel, al que suponía debilitado por sus luchas con los arameos, pero fue vencido y hecho prisionero en Betshamesh y llevado por su vencedor Joas a Israel, que abrió unas brechas en los muros de Jerusalén y saqueó los tesoros de la casa de Dios. Los últimos años

de su vida fueron desastrosos. En su capital, Jerusalén, se sublevaron contra él y tuvo que huir a Lakish, pero lo persiguieron hasta allí y lo asesinaron.

El largo reinado de *Azarías* (778-736), el de *Jotam* y *Ajaz* (736-728) suponen un período de cierto respiro a juzgar por Paralipómenos II, 16. De Azarías se dice que obtuvo victorias contra los árabes y ammonitas, fortificó Jerusalén y organizó un ejército eficaz. La tradición beata nos lo presenta leproso por el castigo de Yahvé. Lo mismo más o menos nos dice de Jotam, pero no de Ajaz, que se mostró partidario de los cultos cananeos. Ya hemos visto que pidió ayuda a Tiglat-pileser. La política de los profetas Miqueas e Isaías, verdaderas figuras del profetismo yahvístico, había triunfado en tiempos de Zacarías y Jotam, pero no en el de Ajaz. No obstante, en el reinado siguiente, el de *Ezequías* (727-699), hombre piadoso y amigo de Isaías, se hizo una reforma religiosa dentro del más puro integrismo yahvista, relatada con todo lujo de detalles en Paralipómenos II, 21-31. Se celebró una Pascua esplendorosa y se regularizó el culto divino. En política exterior se ganó algún terreno a los filisteos y se conservó fiel a Asiria hasta la muerte de Sargón II. No así cuando subió al trono de Assur Senaquerib que, para sofocar una revuelta puso sitio a Jerusalén, del que se salvó milagrosamente la ciudad por la gracia de Yahvé al que rogaron piadosamente Ezequías e Isaías.

La explicación histórica no es el ángel exterminador, sino una peste, dificultades en Persia o el pago de un tributo, pero para la conciencia judía quedará como un hecho establecido. La reacción se produjo en tiempos de *Manasés* (698-643) el cual «construyó altares a todo el ejército del cielo en los dos atrios del templo de Yahvé», «instituyó nigromantes y adivinos». Todo ello puede significar la adopción de cultos asirios. Esta política religiosa fue continuada por su hijo *Amón* (643-641) que pereció a manos de sus servidores. El reinado de su sucesor *Josías* (640-609) significa la vuelta al observantismo davídico. Durante su reinado cambia totalmente el panorama político del Oriente Próximo. Asiria, la gran potencia militar, entraba en el camino de la descomposición y del desastre. Primero perdió Egipto donde Psamético I se había hecho independiente hacia 645. Los medos al este no eran más que la vanguardia de un grupo de bárbaros cimerios y escitas. Ciaxares, rey de los medos puso sitio a Nínive el año 625, aunque la ciudad pudo resistir el asedio. Una banda de escitas llegó hasta las fronteras de Egipto. Nabopolasar se apodera de Babilonia el año 625.

Judá se verá pues aflojada del dominio asirio hacia el año 622 cuando Josías emprende su reforma religiosa, que, aparte su contenido espiritual, tiene sin duda todo el aspecto de una afirmación de independencia (Lods); elimina los cultos astrales (asirios) que Manasés había admitido dócilmente. El restablecimiento del dios de Israel con derechos exclusivos fue un acto de afirmación nacional y no muy distinto de lo que ocurría en Egipto y Babilonia. Pero hay más; Josías no se limitó a su capital Jerusalén, sino que también incluiría a la provincia asiria de Israel en su programa. Nínive cayó el año 612 y el estado asirio fue sepultado en Harran en 610. Egipto había acudido en ayuda de su antiguo dominador y cuando Necao II pasó hacia el Éufrates hizo comparecer a Josías en Megiddo, dándole muerte, aunque Paralimómenos II lo hace desaparecer en combate. Cuando la noticia de la muerte del rey llegó a Jerusalén, el pueblo proclamó a *Joacaz*, pero Necao lo depuso y nombró a su hermano Eliaquin, que se llamó

después *Joaquín* (608-597). Éste tuvo que pagar al egipcio 100 talentos de plata y un talento de oro que sacó a sus sufridos súbditos. Mientras tanto continuaban los combates de asirio-egipcios contra babilonios y medos y los egipcios fueron batidos en Karkemish por Nabucodonosor, entonces príncipe. El pueblo de Judá confiaba en la inviolabilidad de la ciudad santa contra la opinión del profeta Jeremías que pedía sensatez y buenas costumbres. Nabucodonosor llegó para establecer el dominio caldeo [602] y Joaquín rehusó el tributo, probablemente pereciendo en la lucha que siguió. El año 597 Nabucodonosor encontró en el trono de Jerusalén a *Jeconías*, que fue desterrado a Babilonia con toda su corte y la *élite* del estado que se cifra entre 3023 y 10.000 personas según las cuentas. El rey de Babilonia dejó al país cierta autonomía bajo el príncipe Matanías que cambió el nombre por *Sedecías* (597-587).

En tiempos de Psamético II la política egipcia se hace ofensiva en Siria-Palestina y Judá se une a la coalición antibabilónica. La reacción no se hizo esperar: el año 587 Jerusalén fue sitiada por los caldeos, un ejército egipcio enviado en socorro obligó a los enemigos a levantar momentáneamente el sitio, lo que llenó de esperanza a los judíos, pero su alegría duró poco tiempo. Los caldeos volvieron y la ciudad fue tomada el 9 de julio de 586. El rey Sedecías huyó hacia el país de Ammón en Trasjordania siendo apresado cerca de Jericó. Llevado a Ribla, se le acusó de perjurio. Sus hijos fueron muertos delante de él, después se le sacaron los ojos y se le condujo a Babilonia cargado de cadenas. El templo fue incendiado lo mismo que el palacio y las casas notables, los muros arrasados y ejecutados ochenta nobles, las gentes deportadas. Hubo algunos coletazos de resistencia, pero el estado había desaparecido. Judá quedó como una provincia babilónica bajo el mando de Gedalías, con Jeremías como consejero. Un nacionalista lo asesinó al cabo de siete meses. Ante el miedo a la represión, muchos judíos huyeron a Egipto.

DOCUMENTOS

1. CANTO DE DÉBORA (Jueces, 5)

En aquel día, Débora, con Baraq, hijo de Abinoam, entonó este canto:
Cuando los adalides han tomado las riendas en Israel,
cuando el pueblo se ha ofrecido voluntario, ¡bendecid a Yahveh!

Escuchad, reyes; príncipes, prestad oídos;
yo a Yahveh quiero cantar,
entonaré un himno a Yahveh, Dios de Israel.

Yahveh, cuando saliste de Seír,
cuando desde los campos de Edom avanzaste,

la tierra retembló, gotearon también los cielos,
también las nubes gotearon agua.
Los montes conmoviéronse delante de Yahveh,
el mismo Sinaí, delante de Yahveh, Dios de Israel.

En los días de Samgar, hijo de Anat,
en tiempo de Jael, quedaron abandonadas las rutas,
y senderos tortuosos habían de tomar los caminantes.
Faltaron los caudillos, en Israel faltaron,
hasta que al fin surgió Débora,
surgió como una madre de Israel.

Dioses nuevos se escogían, a las puertas estaba ya la guerra;
no se veía escudo o lanza entre cuarenta mil en Israel.

Mi corazón se vuelve a los jefes de Israel,
y a los voluntarios del pueblo: ¡Bendecid a Yahveh!
Los que cabalgáis asnas blancas,
los que os sentáis sobre tapices,
y quienes por la ruta camináis: cantad;
por voz de los repartidores de la presa, entre los bebederos,
celébranse los triunfos de Yahveh,
los triunfos de su mando en Israel.
Entonces bajó a las puertas el pueblo de Yahveh.

¡Despierta, despierta, Débora;
despierta, despierta, entona el cantar!
¡Álzate, Baraq, prende tus cautivos, oh hijo de Abinoam!
Entonces bajó Israel a ejemplo de los caudillos,
el pueblo de Yahveh bajó en su apoyo cual los héroes.
Llegan desde Efraím los que en Amaleq moran;
tras él Benjamín marcha con sus tropas.
Desde Makir bajaron los caudillos
y de Zabulón los que portan bengala.
Los príncipes de Issacar están con Débora,
y Neftalí, al igual que Baraq,
tras él precipitóse en la llanura.

En los clanes de Rubén largas fueron las deliberaciones.
¿Por qué permaneciste en las majadas,
escuchando los caramillos de los pastores?
En los clanes de Rubén largas fueron las deliberaciones.
Galaad allende el Jordán reposaba,
y Dan siguió morando en las naves.
Aser permaneció del mar en la ribera,
reposando en sus puertos;
Mas Zabulón es un pueblo que desafió la muerte,
lo mismo que Neftalí encima de la mesetas.

Vinieron los monarcas, pelearon,
combatieron entonces los reyes de Canaán

en Tanak, junto a las Aguas de Meggiddó;
no consurgieron botín de plata.
Desde el cielo lucharon las estrellas,
desde sus órbitas lucharon contra Sísara.
Los arrastró el torrente de Quisón,
el torrente antiquísimo, de Quisón el torrente.
¡Alma mía, camina con denuedo!
Entonces resonaron los cascos de los caballos,
el galopar y galopar de sus corceles.
«Maldecid a Meroz», dijo el ángel de Yahveh,
«maldecid rotundamente a sus moradores;
pues no vinieron en socorro de Yahveh,
en socorro de Yahveh con los bravos.»

¡Bendita Jael entre las mujeres,
esposa de Jéber el quenita,
entre las mujeres que están en la tienda sea bendecida!
Agua pidió él, leche diole;
en copa de honor sirvióle cuajada.
Llevó su izquierda a la estaca
y su diestra al martillo de los artesanos;
a Sísara golpeó, le hendió el cráneo,
quebró y perforó la sien.
A los pies de ella rodó, cayó tendido,
a sus pies rodó y cayó;
donde se desplomó, allí cayó exánime.
A la ventana se asomó gritando
tras las celosías la madre de Sísara:
«¿Por qué tarda tanto en llegar su carroza?
¿Por qué son tan lentos sus carros de guerra?»
De sus damas, la más sabia le responde,
y ella con sus palabras le contesta:
«Seguramente han hallado y se reparten cuantioso botín:
una o dos doncellas por cada guerrero,
telas de colores como botín para Sísara,
uno o dos mantos recamados para el cuello de la reina.»

¡Así, Yahveh, perezcan todos tus enemigos
y sean quienes te aman como el salir del sol en toda su potencia!
Y el país gozó de paz por espacio de cuarenta años.

Traducción de F. CANTERA, *Sagrada Biblia*, págs. 354-356

2. MUERTE DE ABNER (II Samuel, 3)

Larga fue la guerra entre la casa de Saúl y la de David; pero David iba fortificándose, mientras la casa de Saúl se debilitaba cada vez más.

Naciéronle a David en Hebrón varios hijos, y su primogénito fue Ammón, de Ajinóam la yizreelita; el segundo fue Kilab, de Abigaíl, mujer de Nabal el karmelí; el tercero fue Absalón, hijo de Maaká, hija de Talmay, rey de Guesur; el cuarto

fue Adoniyá, hijo de Yagguit; el quinto, Sefatyá, hijo de Abital; y el sexto, Yitream, de Eglá, mujer de David. Estos le nacieron a David en Hebrón.

Durante la guerra entre la casa de Saúl y la de David, Abner fue fortaleciendo su posición en la casa de Saúl. Había tenido Saúl una concubina llamada Rispá, hija de Ayyá; y dijo Isbóset a Abner:

¿Por qué te has llegado a la concubina de mi padre?

Abner se irritó grandemente por las palabras de Isbóset y dijo:

¿Soy acaso cabeza de perro, yo que, contra Judá, uso al presente de benevolencia con la casa de Saúl, tu padre, respecto a sus parientes y amigos, y no te he entregado en manos de David, para que tú ahora me eches en cara una falta de cuestión de mujeres? ¡Dios haga a Abner esto y aun estotro si no procede con David como Yahveh se lo ha jurado, traspasando el reino fuera de la casa de Saúl y estableciendo el trono de David sobre Israel y sobre Judá, desde Dan hasta Bersabee! Isbóset no pudo replicar a Abner, porque le temía.

Abner envió entonces mensajeros a David para que dijesen en su nombre: «¿A quién pertenece el país?», y diciendo: «Celebra alianza conmigo, y mi mano te ayudará a reducir a tu obediencia a todo Israel». Contestó: «Bien, pactaré contigo; una sola cosa te pido: no te has de presentar ante mí si no traes a Mikal, hija de Saúl, cuando vengas a mi presencia.» Envió, pues, David mensajeros a Isbóset, hijo de Saúl, diciendo: «Entrégame a Mikal, mi mujer, cuyos desposorios obtuve por cien prepucios de filisteos.» Isbóset mandó se la tomaran a su marido, Paltiel, hijo de Lais. Su esposo la acompañó llorando en pos de ella, hasta Bajurim. Allí le dijo Abner. «¡Ea, vuélvete!» Y se volvió.

«Por otra parte, Abner habló con los ancianos de Israel diciendo: «Hace mucho tiempo que andáis tratando de que sea David vuestro rey.

Pues bien, hacedlo, supuesto que Yahveh ha hablado a David diciendo: «Por medio de David, mi siervo, salvaré a mi pueblo, Israel, del poder de los filisteos y de manos de todos sus enemigos». Habló también Abner a los benjaminitas y luego marchó a comunicar a David en Hebrón cuanto habían aprobado los israelitas y toda la casa de Benjamín. Llegó, pues, Abner a Hebrón, donde David, acompañado de veinte hombres, y David ofreció a Abner y a las personas que con él venían un banquete. Después Abner dijo a David: «Quiero marchar y reunir junto a mi señor el rey de todo Israel para que concierten contigo un pacto y así reines a medida de sus deseos.» Despidió, pues, David a Abner, y él partió en paz.

Cuando los súbditos de David, y Joab, llegaron de una correría trayendo consigo cuantioso botín, Abner no estaba ya con David en Hebrón, pues éste lo había dejado partir y él había marchado en paz.

Llegaron, pues, Joab y toda la tropa que le acompañaba, y en seguida le contaron la nueva a Joab, diciendo: «Ha venido Abner, hijo de Ner, donde el rey, y éste lo ha dejado partir y se ha ido tranquilamente.» Joab se fue entonces al rey y dijo: «¿Qué has hecho? Abner ha venido donde ti, ¿por qué lo has dejado partir y que se fuera tranquilamente? Conoces a Abner, hijo de Ner; de seguro que ha venido a engañarte, a indagar cuando sales y cuando entras y a averiguar todo lo que haces.» Y salió Joab de estar con David y, sin que éste lo supiera, despachó emisarios tras de Abner, y lo hicieron volver desde la cisterna de Sirá. Cuando Abner llegó a Hebrón, Joab lo llevó aparte del lado de la puerta, como para hablar con él en secreto, y allí, en venganza de la sangre de Asael, su hermano, lo hirió en la ingle y murió. Enterado David de ello, exclamó: «Yo y mi reino somos inocentes ante Yahveh para siempre de la sangre de Abner, hijo de Ner. Recaiga ésta sobre la cabeza de Joab y sobre toda la casa de su padre y

no falte en la familia de Joab gonorreico, ni leproso, ni quien ande con muletas, ni quien caiga a cuchillo, ni quien carezca de pan, ya que Joab y su hermano Abisay han asesinado a Abner, por cuanto él matara a Asael, hermano de ambos, en Gabaón, durante la guerra.»

Y David dijo a Joab y a toda la gente que con él estaba: «Rasgad vuestros vestidos y ceñíos sacos y haced duelo por Abner.» El rey David iba detrás de las andas. Luego enterraron a Abner en Hebrón, y el rey alzó el grito y lloró junto al sepulcro de Abner y todo el pueblo lloró. Además el rey entonó una endecha a Abner y dijo:

¿Debía Abner morir como muere un malvado?
Tus manos no estuvieron jamás atadas,
ni tus pies fueron ligados con grilletes.
Como se cae en manos de asesinos has caído.»

Y todo el pueblo tornó a llorar a Abner. Luego toda la gente se llegó a David para hacerle tomar alimento, siendo aún de día. Más David juró diciendo: «¡Tal cosa y todavía tal otra hágame Dios si antes de ponerse el sol pruebo pan o cualquier otro alimento! Súpolo todo el pueblo y le pareció bien: todo cuanto había hecho el rey halló aprobación a los ojos de la gente.

Aquel día comprendió la multitud y todo Israel que no había salido del rey el dar muerte a Abner, hijo de Ner. Después dijo el rey a sus servidores: «¿No sabéis que el día de hoy ha caído un príncipe y magnate en Israel? Yo soy todavía débil, aunque ungido rey, y esa gente, los hijos de Seruyá, son más fuertes que yo. ¡Pague Yahveh al obrador de maldad conforme a su malicia!»

Traducción de F. CANTERA, *Sagrada Biblia*, pág. 435-436

3. CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO (I Reyes, 6)

Y sucedió que en el año cuatrocientos ochenta de la salida de los israelitas del país de Egipto, el cuarto año del reinado de Salomón sobre Israel, el mes de Ziv, o sea el segundo mes, comenzó a edificar la casa para Yahveh.

La casa que construyó Salomón a Yahveh tenía sesenta codos de longitud, veinte de anchura y treinta codos de altura. El vestíbulo de delante del templo de la casa, y diez de latitud a lo largo de ésta. Hizo también a la casa ventanas cerradas con celosías. Y construyó, adosada al muro de la casa, una edificación de tres pisos todo en derredor de los muros de aquélla: del santuario y del Santísimo; hizo así habitaciones laterales en todo su derredor. Las habitaciones que formaban el piso inferior eran de cinco codos de ancho, las del intermedio de seis y las del tercero de siete; pero dispuso en el muro exterior de la casa, y en torno de ella, unas disminuciones para no necesitar empotrar las vigas en los muros del edificio. En la construcción de éste empleáronse piedras enteras, tal como de la cantera las traían, de suerte que al edificar la casa no se oía ruido de martillos, hachas ni instrumento alguno de hierro. La entrada a las habitaciones del piso inferior hallábase al costado derecho de la casa, y mediante una escalera de caracol subíase a las del piso central, y de éste a las del tercero. Una vez que hubo construido y acabado la casa, la recubrió con artesonados y vigas de cedro.

Luego construyó la edificación de tres pisos adosados a toda la casa y de cinco codos de altura en cada uno y los trabó a la casa mediante vigas de cedro.

Y Yahveh dirigió la palabra a Salomón, diciendo: «Por lo que hace a esta casa que tú estás edificando, si caminas según mis leyes, practicas mis dictámenes y guardas todos mis mandamientos, andando por ellos, entonces te cumpliré la palabra que hablé a David, tu padre, y moraré en medio de los israelitas y no abandonaré a mi pueblo, Israel.»

Una vez que Salomón hubo construido y acabado la casa, revistió sus paredes interiormente con maderas de cedro; desde el suelo hasta las vigas del techo recubrió interiormente de madera, y cubrió el pavimento de aquélla con tablas de ciprés. También recubrió los veinte codos de la parte posterior de la casa con planchas de cedro, desde el suelo hastas las vigas, y lo destinó interiormente para debir o Santísimo. Y los cuarenta codos delante del Santísimo constituían el Santuario. El revestimiento de cedro, al interior de la casa, presentaba entalladuras en forma de coloquíntidas y guirnaldas de flores, todo de cedro; no aparecía nada la piedra.

El Santísimo lo estableció en el fondo de la casa, en el interior, para colocar allí el arca de la alianza de Yahveh. El Santísimo tenía veinte codos de longitud, veinte de anchura y veinte de alto, y lo recubrió de oro puro, pero el altar hízolo de cedro. Salomón recubrió interiormente la casa de oro purísimo, fijando las planchas con clavos áureos delante del Santísimo, que revistió de oro. Recubrió de oro toda la casa, toda ella íntegra; y asimismo cubrió de oro todo el altar del Santísimo.

Hizo también en el Santísimo los querubines de madera de olivo silvestre, cuya altura era de dos codos. Un ala del querubín medía cinco codos y cinco también la otra, resultando diez codos del extremo de un ala al extremo de la otra ala. El segundo querubín medía también diez codos, teniendo ambos querubines la misma medida e igual talla. La altura de uno de ellos era de diez codos, y lo mismo el segundo. Emplazó los querubines en medio de la parte interior de la casa; sus alas estaban explayadas, de suerte que el ala del uno tocada en la pared y el ala del otro querubín tocaba la otra pared; las otras alas tocábanse y la una a la otra, en medio de la casa. Y cubrió los querubines de oro.

Esculpió todas las paredes de la casa alrededor con bajo relieve de talla representando querubines, palmas y guirnaldas de flores, por dentro y fuera. El pavimento de la casa lo recubrió de oro, así interior como exteriormente. En la puerta del Santísimo hizo colocar batientes de madera de olivo silvestre; y el saliente y las jambas eran de cinco esquinas. Los dos batientes de la puerta eran de madera de olivo silvestre, y sobre ellos esculpió entalladuras de querubines, palmas y guirnaldas de flores, y los recubrió de oro, que extendió sobre los querubines y las palmas.

Hizo asimismo para la entrada del santuario jambas de madera de olivo silvestre cuadrangulares y dos batientes de madera de ciprés, cada uno de los cuales se componía de dos piezas giratorias. E hizo esculpir querubines, palmas y guirnaldas de flores, y los recubrió de oro, ajustándolo exactamente a la talla. También construyó el patio interior, con tres hileras de sillares y una hilera de vigas de cedro.

El cuarto año, en el mes de Ziv, se echaron los cimientos de la casa de Yahveh, y el año undécimo, el mes de Bul, o sea el mes octavo, se terminó la casa en todos sus aspectos y con arreglo a los proyectos fijados. Construyóla, pues, en siete años.

Traducción de F. CANTERA, *Sagrada Biblia*, págs. 478-479

4. ORÁCULO SOBRE TIRO (Isaías, 23)

Ululad, naves de Tarsis, pues destruido está vuestro refugio;
de vuelta del país de los kiteos les ha sido revelado.
Han enmudecido los habitantes de la costa, los mercaderes de Sidón,
que atravesando el mar te henchían por las caudalosas aguas.
La simiente de Sijor, la cosecha del Nilo,
eran su producto y se convirtió en emporio de los pueblos.
Avergüénzate, Sidón, pues habla el mar,
el baluarte del mar, diciendo: «No estuve de parto, ni parí,
ni crié muchachos, ni nutrí doncellas.»
En cuanto llegue la noticia a Egipto, se estremecerán por la nueva de Tiro.
Pasad a Tarsis, ululad, habitantes de la costa.
¿Es ésta vuestra jubilosa ciudad, cuyo origen data de antiquísimos tiempos,
y cuyos pies llevábronla lejos para colonizar?
¿Quién ha decretado esto sobre Tiro, la coronada,
cuyos comerciantes eran príncipes y cuyos mercaderes eran de noble tierra?
Yahveh-Sebaot lo ha decidido para profanar el orgullo,
para envilecer toda magnificencia, a todos los magnates de la tierra.
Cultiva tu tierra, hija de Tarsis, ya no hay puerto.
Ha extendido su mano sobre el mar, ha hecho temblar reinos;
Yahveh ha ordenado sobre Canaán destruir sus fortalezas
y ha dicho: «No te regocijarás ya más,
doncella maltratada, hija de Sión.
Levántate y pasa a los kiteos, ni aun allí encontrarás reposo.
He aquí la tierra de los caldeos;
tal pueblo no existía; Assur lo fundó para los animales del desierto,
erigieron sus torres de asedio, destruyeron sus palacios, hásela convertido
en montón de ruinas.
¡Ululad, naves de Tarsis, pues destruido está vuestro refugio!
Y sucederá aquel día que Tiro será olvidada por espacio de setenta años,
como los días de un rey. Al cabo de setenta años le ocurrirá a Tiro.
Como canta la canción de la ramera:
¡Toma la cítara, recorre la ciudad, cortesana olvidada!
¡Toca bien, canta muchas canciones, para que seas recordada!
Así pues, al cabo de setenta años sucederá que Yahveh visitará a Tiro y ella volverá a su salario de ramera y se prostituirá con todos los reinos de la tierra que existen sobre la haz del suelo. Pero su ganancia y su salario será consagrado a Yahveh; no será atesorado ni guardado, sino para quienes moran delante de Yahveh será su ganancia, a fin de que coman hasta la saciedad y se vistan lujosamente.

Traducción de F. CANTERA, *Sagrada Biblia*, pág. 1129

BIBLIOGRAFÍA

ISRAEL-JUDÁ

W. F. ALBRIGHT: *Von Steinzeit zu Christentum*, Bern, 1948.
–, *The Archaeology of Palestine*, Harmondsworth, 1956.
J. BOTTÉRO: «Le Problème des Habiru», en *La quatrième Recontre Assyriologique internationale*. París, 1954.
A. LODS: *Histoire de la Littérature hebraïque et juive*, París, 1950.
R. T. O'CALLAGHAN: *Aram Naharain*. Roma, 1948.
Sagrada Biblia, Madrid, 1953
R. DE VAUX: *Historia Antigua de Israel*, 2 vols. Madrid, 1975.
–, *Les Institutions de l'Ancient Testament*, 2 vols. París, 1955-1960.
R. P. WILSON: *Prophecy and Society in Ancient Israel*, Philadelphia, 1980.
G. E. WRIGHT: *Arqueología Bíblica*, Madrid, 1956.

FENICIA

J. ALVAR EZQUERRA: *La navegación prerromana en la Península Ibérica*, Madrid, 1968.
D. BARANUTI: *Phoenicia and the Phoenicians*, Beirut, 1961.
E. C. GONZÁLEZ WAGNER: *Fenicios y Cartagineses en Península Ibérica*, Madrid, 1983.
D. HARDEN: , *Los fenicios*, Barcelona, 1967.
S. MOSCATI: *I Fenici e Cartagine*, Torino, 1972.
A. PARROT et alii: *Los fenicios. La expansión fenicia. Cartago*. Madrid, 1975.
Cl. F. A. SCHAEFER: *Stratigraphie comparée et Chronologie de l'Asie occidentale*, Oxford, 1948.
W. A. WARD (ed.): *The Role of the Phoenicians in the interactions of Mediterranean Civilizations*, Beirut, 1968.

CAPÍTULO XVII

EL REINO NEO-BABILÓNICO Y LA BAJA ÉPOCA DE EGIPTO

I. EL REINO NEO-BABILÓNICO

Cuando los escitas invadieron la parte occidental del imperio asirio el 630 a.C. no era previsible la ruina total del estado asirio. Aun fue posible conservar la parte central, la Asiria propia y Babilonia. Sin embargo, en los años inmediatos el movimiento separatista, siempre latente, fue tomando forma política. Mientras vivió Kandalanu, la región se mantuvo fiel a los asirios, pero cuando murió, la revuelta se hizo definitiva, poniéndose en su frente un caldeo llamado *Nabopolasar* (625-606) en el que se encarnaba el espíritu arameo-caldeo de la Babilonia meridional, y se proclamó rey. Probablemente pertenecía a la nobleza caldea y es probable que hubiera alcanzado fama como jefe de tropas, pero además estaba dotado de capacidad diplomática como correspondía a un hombre empapado de una vieja cultura experta en alianzas y contra-alianzas. Se alió con el bárbaro medo Cyaxares para luchar contra el asirio, que, aunque acosado, conservaba unas virtudes militares de las que carecían sus oponentes. La guerra tuvo incidencias favorables a los aguerridos soldados asirios, pero el año 614 cayó Assur y después de un largo asedio fue tomada Nínive (612). Pocas veces en la historia se procedió con tanto odio contra un pueblo como en el caso de Asiria. Todas las ciudades fueron completamente destruidas y muertos la mayoría de los habitantes, como explosión de la rabia acumulada durante muchos años. Doscientos años después cuando Jenofonte pasó por allí con sus diez mil, encontró la ciudad abandonada y desierta. Sólo en el siglo XVII Nínive fue identificada por don García de Silva y Figueroa, embajador de Felipe III en la corte de Persia. Durante cuatro años se mantuvo Assur-uballit II en Harran, pero en el 608 cayó también esta ciudad. En el reparto del imperio asirio Babilonia se quedó con el sur y el oeste de Mesopotamia y Media con el norte y el este con Anatolia oriental. El sur de Siria y Palestina se lo disputó a Egipto que bajo Necao había hecho un esfuerzo por recuperarlos. La derrota que el príncipe heredero Nebukadrezar infrigió al egipcio en Karkemish liquidó sus ambiciones (605). Sobre la política de Nabo-

polasar tenemos pocas noticias. La *Crónica babilónica* (B. M. 21.901) relata la guerra contra Asiria y sus incidencias hasta la caída de Nínive y la consumación del desastre de Harran, pero poco más. Las inscripciones hablan casi exclusivamente de construcciones en un estilo conscientemente arcaizante que imita al akkadio en la época de Hammurabi, e incluso de la época sargónica. Recordemos lo que pasa en Egipto en la misma época con el estilo saítico, tanto literario como artístico. Nabopolasar no oculta su origen llamándose «hijo de nadie» y atribuye su éxito a la ayuda del dios Marduk de Babilonia entre otros, e incluso termina sus inscripciones con una plegaria. Es posible que el botín hecho en Asiria le permitiera la restauración de templos y monumentos de todo tipo, algunas de cuyas obras quedarán sin terminar debido a su muerte prematura: el zigurat Etemenanki que estaba completamente derruido, la muralla exterior de la ciudad Nemettienlil fue reedificada y construido un puente de piedra sobre el Éufrates. A la ciudad de Sippar se le hizo que tuviera otra vez el río que se había alejado de ella.

Su hijo y sucesor *Nabukudurussur II* que la Biblia llama, por una falta del escriba, Nabukadnezar y los griegos con mayor acierto Nabucodonosor (605-562) recuerda en muchos aspectos a su padre. De su largo reinado poseemos numerosas inscripciones que describen muchos edificios de Babilonia que terminan usualmente con una plegaria. Es curioso que sus inscripciones no hablan de sus campañas militares sino de sumisiones de rebeldes y cosas parecidas. Si no fuera por el Antiguo Testamento y los autores griegos, nos imaginaríamos a un buen rey de Babilonia dedicado a fomentar el culto de los dioses y a restaurar monumentos, tal vez la imagen que él quería que se tuviera de su persona o también la que encajaba en el ambiente político de la Babilonia de la primera mitad del siglo VI a.C. Pero si consideramos su figura desde una perspectiva exterior como puede ser el Antiguo Testamento hebreo y los escritores griegos, el panorama es radicalmente distinto.

Al tratar de Judá páginas arriba, ya hemos dicho que él o sus generales fueron capaces de las mayores atrocidades. Pero con todo nunca pensó en la creación de un estado universal como el asirio. Tan sólo pretendió conservar Fenicia y Palestina que los egipcios trataban de atraer a su esfera de acción. Los textos que nos hablan de sus campañas en Occidente, excepto las crónicas, nos describen con la minuciosidad de las asirias, las operaciones y crueldades de los ejércitos, pero no por ello podemos pensar que eran más humanos: recordemos el castigo de Sedecías que no cede en crueldad a los más abominables desmanes de Assurnasirpal II. Ya hemos narrado en páginas anteriores la destrucción de Jerusalén y la deportación de sus habitantes. Citemos la sublevación de Fenicia y especialmente la de Tiro pro egipcia. Según Menandro, Nabucodonosor sitió la ciudad durante catorce años en tiempos de Itobaal, pero sabemos muy poco del resultado.

Frente a Egipto, su verdadero enemigo, su política fue prudente. La crónica babilónica del Museo Británico dice que en su año 37 (567) hubo una lucha con mercenarios de Putu-yawan que guerreó con el rey de Babilonia, y se cree que el nombre alude a los jonios.

El nombre del rey egipcio se ha leído (Ama) su, pero no hay seguridad ni del nombre del egipcio ni del alcance de la invasión babilónica. De todos, modos controló Siria-Palestina hasta la frontera de Gaza. Respecto a los medos no buscó

problemas dejándose tranquilos mutuamente durante el proceso de formación de la potencia meda. Además de estos hechos militares, la gran obra de Nabucodonosor fue la restauración de la economía nacional y la recuperación de la grandeza de Babilonia. La riqueza de las regiones dominadas afluía a la capital en mucha mayor abundancia que durante el reinado de su padre y empleó gran parte de ella en continuar su obra restauradora. Las crueles y frecuentes guerras de los últimos cien años de la época asiria habían destruido no sólo los edificios sino que habían diezmado la población. A esto se sumaban las querellas intestinas entre la población autóctona y las tribus arameas. Por ello el rey dedicó toda su energía a reconstruir la gran ciudad. Para protegerla contra un ataque enemigo procedente del norte construyó el llamado «muro medo» a 60 kilómetros de distancia entre el Tigris y el Éufrates que tenía 30 metros de altura. Rodeó a la ciudad de un triple muro que dejaba espacio libre hasta el doble muro interior. Dentro de la ciudad erigió el gran templo de Marduk (Esagila) con su zigurat mundialmente famoso como «torre de Babel» de 70 metros de altura edificado en adobe. Al este del templo corría la avenida que se usaba en las fiestas del año nuevo para la procesión de Marduk y atravesaba el muro por la famosa puerta de Ishtar, adornada de azulejos con animales mitológicos. Sin embargo, no poseemos de Babilonia en esta época nada comparable a los maravillosos relieves asirios. Las demás ciudades también recibieron los efectos de la piedad restauradora del rey y Larsa vio restaurado su Ebarra. Protector del comercio y de la agricultura, siguió la vieja tradición de construir canales e incluso un gran dispositivo para recoger las riadas de primavera. Fue un hombre piadoso a su manera y la imagen que quedó de él en la Biblia obedece a una parte de la realidad. Su personalidad de hombre justo le permitió ser mediador en la guerra medo-frigia. No tuvo un sucesor digno. Su hijo *Amêlmarduk* (561-560) es casi desconocido y de su política sospechamos que dejó de favorecer a los grandes sacerdotes, a diferencia de lo que había hecho su padre, o por lo menos eso dice Beroso. Incluso se le atribuye una amnistía al desgraciado Joaquín, rey de Judá.

Neriglisar (559-556). Había participado como general en el sitio de Jerusalén y había sido comisario regio en el templo de Sippar. Reanudó la política piadosa de Nabucodonosor. Hizo una campaña en Hume (Cilicia) que pertenecía al reino de Babilonia. Su hijo Labashimarduk fue asesinado por el partido del clero arameo de Nanna-Sin de Ur, de Shamash de Larsa y Sippar, con relaciones medas, y que elevaron al trono a *Nabonido* (555-539), ya mayor, y que es una de las personalidades más enigmáticas y complejas de este reino neo-babilónico. Su padre había sido gobernador y príncipe probablemente de alguna tribu aramea de Babilonia y su madre sacerdotisa del dios Sin en Harran como dice la estela hallada en ese lugar. Eran de ascendencia asiria y cuando la ciudad fue tomada por los babilonios, se trasladó con su hijo a la capital. Allí Nabonido sirvió a los reyes y conservó su devoción a Sin hasta hacer a una hija suya Belshalti-nannar sacerdotisa del templo de Sin de Ur.

Cuando consiguió el trono justifica su ascensión como un premio de los dioses y un castigo a la impiedad de sus antecesores. Pasa por ser un rey anticuario y dedicado a la restauración de los templos antiguos con espíritu erudito y amante de las inscripciones primitivas para determinar la exactitud de las reconstrucciones. Poseemos de él numerosas inscripciones que nos relatan su actividad constructora, y ésta se dirige con especial interés a los dioses de su preferencia:

Sin de Harran y Ur, Shamsi de Sippar y Larsa, lo cual suscitaría contra él al clero de Marduk que representaba al viejo espíritu nacionalista babilónico, que tendrá su expresión en los últimos años de su reinado llegando hasta la traición.

En política exterior algunos (Labat) han querido ver que Nabonido pretendió restablecer la vieja idea del «imperio universal» haciendo saltar los cuadros demasiado rígidos del nacionalismo babilónico, pero no tenemos pruebas de ello. De todos modos, hizo una campaña contra Hama (554) y pasó el invierno en el monte Ammanus. Parece que hizo dos campañas en Amurru y Edom. Pero los problemas más graves iban a venir del este. Babilonia asistía al auge de una nueva potencia: Persia. Hacia mediados del siglo VII Aquemenes fundó la dinastía persa y su hijo Teispes, llamado rey de Anshan continuó su obra, pero en esta denominación se ve que ya había incorporado el Elam.

La línea continuó con Ciro I, Cambises II y Ciro II. Astiages rey de los medos casó a su hija Mandane con Cambises I. De este matrimonio nació Ciro II, cuya leyenda recogida por Heródoto recuerda la de Sargón, Mosiés y otros. Al final Ciro II se rebela contra Astiages y es aceptado por los medos, de tal manera que se formó una gran potencia medo-persa que había recogido los ideales de la monarquía universal. Mientras tanto Nabonido retiró su ejército de Palestina y dio como pretexto el que había de dedicar sus soldados a reconstruir el gran templo de Ehulhul de Harran, destruido por los umman-manda de Ciaxares. Es posible que la retirada de Palestina hacia Harran se debiera al temor de los persas. El hecho es que su devoción insistente por el dios Sin de esta ciudad despertó el odio en círculos babilonios: «Pero los ciudadanos de Babilonia, Borsippa, Nippur, Ur, Uruk, Larsa, los administradores y los habitantes de los centros urbanos de Babilonia obraron mal, sin cuidado, e incluso pecaron contra el poder grande y divino sin haber experimentado el horror de la ira del creciente divino (Sin) el rey de los dioses; despreciaron su rito y hubo muchas palabras desleales e irreverentes. Se devoraron unos a otros como perros haciendo que el hambre y la enfermedad apareciese entre ellos. El [Sin] diezmó a los habitantes del país, y me hizo dejar mi ciudad de Babilonia marchando a Terna, Dadanu, Padakku, Hibra, Yadihor hasta incluso Yacridu. Durante diez años estuve vagando por estas [ciudades] y no entré en mi propia ciudad de Babilonia bajo la orden de Sin, rey de todos los dioses, el señor de señores, que ejecutan los dioses y diosas que viven en el cielo bajo la orden del creciente divino, Sin, designaron a Shamash, Ishtar, Adad y Nergal para mirar por mi bienestar».

Esta retirada al desierto y sus oasis ha sido interpretada desde muy diversos puntos de vista. Una tradición del Antiguo Testamento lo entiende como un signo de locura. Para von Soden las razones fueron políticas y hay que tener presente que la potencia persa se había hecho amenazadora y la situación en Babilonia era peligrosa. Ciro II con el apoyo de Babilonia se lanzó contra el rey medo Astiages (550) lo cual era una amenaza para lidio. Ello fue el motivo de que Nabonido buscase un refugio en la parte aramea occidental de su reino. Mientras tanto había dejado a su hijo Baltasar en Babilonia como regente. Otros han explicado la retirada de Nabonido como un medio de buscar recursos en los oasis, amenazando a Egipto, tratando de hacerle deponer su actitud hostil. En nuestra opinión no existe en el estado actual de nuestros conocimientos una explicación racional del hecho.

El resultado fue catastrófico. Los sacerdotes de Marduk siguieron descontentos y empezaron a conspirar contra Baltasar y entraron en contactos con Ciro, que les garantizaba el libre ejercicio de su religión y fue presentado por ellos como un libertador. Es muy posible que la colonia de los judíos deportados colaborara activamente en el mismo sentido. En estas circunstancias Nabonido volvió a Babilonia e hizo celebrar la fiesta del nuevo año con gran solemnidad (539). Su lugarteniente en Gutium (Oriente del Tigris) de origen iranio, llamado Gobrias se pasó a los persas, que no se hicieron esperar. En una batalla librada en Sippar, el ejército babilonio fue puesto en fuga. Dos días después, el 12 de octubre del 539 entrega Gobrias sin luchas a Babilonia; Nabonido se entregó y fue internado en Carmania.

II. EL TERCER PERÍODO INTERMEDIO EGIPCIO

El reinado de Ramsés XI se desarrolló en un período de gran confusión. En Tebas era gran profeta de Amón Amenofis y en Nubia era virrey Panehesi, figuras que se mueven en medio de revueltas y desórdenes, que afectan a la región tebana, causadas por la inquietud de las masas hambrientas. De toda esta confusión saca partido Herihor, hombre procedente del Egipto medio, con una carrera brillante en el ejército, que en edad avanzada fue nombrado gran sacerdote de Tebas, tal vez para contrarrestar la actividad de Panehesi. Asumió los títulos de «virrey de Kush», «intendente de los graneros del faraón», pero habitualmente empleó el de «generalísimo del ejército del Alto y el Bajo Egipto». Combatió a Panehesi, se mantuvo fiel a Ramsés XI, y desarrolló una activa política en Tebas. Poco a poco se fue independizando más *de facto* que *de iure*. En el templo de Khonsu se ve cómo primero pone el nombre de Ramsés XI al lado del suyo en la hipóstila, pero en el patio y en el pilono ya se atreve a poner sólo el suyo. En el patio se titula rey del Alto y el Bajo Egipto. En el año 19 de Ramsés XI el gran sacerdote introduce una nueva era llamada *whm msw*, es decir «repetir el nacimiento» o «era del renacimiento». Murió cuando aún vivía Ramsés. Le sucedió su hijo Piankhi. Mientras tanto en el norte también había un hombre fuerte que detentaba el poder, un tal Nesbanebded (Smendes), que gobierna desde Tanis mientras Ramsés sigue en Pi-Ramsés. Habrá por lo tanto dos gobiernos efectivos, uno en el norte y otro en el sur, que comprende desde el-Hiba hasta Asuán.

En este contexto hay que situar un relato semi-histórico conocido como el *Viaje de Unamón*, un enviado de Herihor que va a Fenicia para traer madera de cedro destinada a la barca sagrada de Amón. Parte el año cinco de la «era del renacimiento» y cuando pasa por Tanis se presenta a Smendes y a su mujer Tanutamón, que le facilitan el viaje en un barco mandado por un fenicio al servicio de Egipto. El relato de las aventuras pone de manifiesto que la autoridad del faraón no contaba para nada en el levante. Un *cheker*, príncipe de Dor, le exige un rico presente, un hombre del barco desembarca con todo lo que llevaba para comprar la madera, sin que pueda hacer nada para impedirlo. Cuando llega a Tiro y por fin a Biblos, las cosas no van mejor. El príncipe de esta última ciudad, Chekerbaal, afirma: «Si el gobernante de Egipto fuera el amo de lo que es mío y yo fuera su servidor, no habría enviado oro ni plata para decir: "realiza los negocios de Amón". No fue un donativo real lo que ellos dieron a mi padre. Yo también yo no soy el criado del que te envió». Después de muchas disputas sobre la omnipotencia de Amón y el desprecio más absoluto por parte del fenicio, Unamón envía un mensajero a Smendes para que traiga el precio de la madera, quedando Unamón en Biblos. Vuelve con cuatro jarras de oro, una vasija de lo mismo, cinco jarras de plata, lino real, pieles de buey, cuerdas, sacos de lentejas y cestas de pescado. Por su parte, la esposa de Smendes manda por su cuenta algunas telas de lino más, otras pocas lentejas y pescado. Sólo ante estos bienes el príncipe de Biblos se decide a enviar trescientos hombres y trescientos bueyes a cortar la madera, lo que se hace durante el invierno, quedando los troncos hasta el tercer mes del verano en el bosque. Esto demuestra el cuidado con que se explotaba la riqueza forestal cortándola en sazón y dejándola secar hasta el verano, como se hace en todas las explotaciones madereras. Otro dato de interés es que en los puertos fenicios había docenas de barcos que comerciaban regularmente con Egipto. Igualmente era egipcio el mayordomo del príncipe llamado Penamón. Entre unas cosas y otras Unamón pasa en Biblos dos años, hasta que puede embarcar la madera y emprender el regreso. Cuando lo hace, el viento le lleva a tierra de Alasiya (¿Chipre?). Allí encuentra a la princesa Hatiba a la que pide ayuda. Señalaremos de paso que los que acompañaban a la princesa entendían algunos el egipcio. No sabemos cómo acaban las aventuras de Unamón, pero es de sospechar que consiguiera llevar la madera a Egipto.

1. LA DINASTÍA XXI Y LOS GRANDES SACERDOTES DE TEBAS

Durante un siglo aproximadamente Egipto tuvo dos gobiernos paralelos, como hemos visto anteriormente, es decir dos dinastías, que se repartieron el país como había sucedido en otros tiempos. A esta situación se llegó, no por medios violentos sino por un proceso de auténtica disolución del poder de los últimos ramésidas. En Tanis y Menfis gobernó la dinastía fundada por Smendes (1069-1043) y en Tebas la que creó Herihor. Ambas se reconocieron mutuamente y tuvieron relaciones amistosas, lo que demuestra la escasa capacidad política de ambas y su falta de ambiciones. De todos modos, Smendes fue reconocido como soberano en todo Egipto, y buena prueba de ello es la ayuda que prestó a Tebas cuando una inundación del Nilo destruyó la columnata de Tutmés III del templo de Luxor. *Amenemnisu* (*c.* 1043-1039) le sucedió.

En estos años en Tebas gobierna *Pianj* (*c.* 1074-1070), al que sucede *Pinedjem* (*c.* 1070-1032). Este primero se consideró solamente gran sacerdote, y a partir de 1054 se proclamó faraón, pero sin oposición del rey de Tanis, el cual era curiosamente reconocido como soberano de todo Egipto. Nada hay tan característico de la pérdida de significado de la titulatura faraónica y en general del mismo concepto de la realeza egipcia. El reconocimiento mutuo se expresó en matrimonio entre las dos casas reales. El «reino» del sur sufrió una inquietud social y política a la que debieron hacer frente los grandes sacerdotes, porque en gran medida era provocada por su misma manera de actuar. A pesar de todo, los templos seguían siendo las únicas estructuras socioeconómicas organizadas y poseedoras de grandes riquezas. Por esta razón los gobernantes siguieron la política de ocupar para su familia los puestos de sacerdotes menores, que llevaban anejos cuantiosos bienes, con el consiguiente descontento de las viejas familias

tebanas en cuyo poder había estado durante siglos. Sin embargo, debía de haber otros problemas de orden más general, siendo uno de ellos en nuestra opinión el hecho de que la división del país en dos reinos tenía forzosamente que romper el equilibrio económico en perjuicio del sur más pobre. Durante todo el Imperio Nuevo los faraones construyeron enormes monumentos en el sur, con lo que gastaban gran parte de sus ingresos allí, restableciendo el equilibrio distributivo de la riqueza. Esto ahora era imposible, con la consiguiente depauperación de la región meridional. Tampoco ayudaba mucho la pérdida de Nubia, y el consiguiente estancamiento de la actividad con el lejano sur. Sea como fuere, el hecho es que bandas de hambrientos remediaban su hambruna saqueando las tumbas de los faraones enterrados en las necrópolis reales, hecho que se repite insistentemente en nuestras escasas noticias. Por otra parte, Pinedjem construye una gran fortaleza en el-Hiba, un lugar del Egipto Medio, donde residieron los grandes sacerdotes con mayor frecuencia que en la misma Tebas. Esto puede explicarse porque además de sacerdotes eran generalísimos de los ejércitos del sur, y en estos tiempos de inquietud su apoyo más eficiente era sin duda el ejército. Incluso en medio de tantas dificultades se hicieron obras en Medinet Habu y en el templo de Khonsu de Karnak. Al final de su pontificado fue nombrado gran sacerdote su hijo Masaharte de efímero mandato y tal vez de otro más hasta que vemos como gran sacerdote y generalísimo a *Menjeperre*, llamado a Tebas para sofocar un levantamiento de perfiles muy oscuros. Se habla de unos desterrados al oasis de Jarga para los que Menjeperre consiguió un oráculo favorable. Continuó las obras en la fortaleza de el-Hiba y empezó otra en Shurafa, lugar cercano. De su época es la construcción de un muro en la parte norte del templo de Amón para defenderlo del populacho que se había instalado en los patios del mismo templo.

En Tanis sube al trono *Psusenes I* (c. 1039-991). Imita a sus colegas del sur proclamándose gran sacerdote de Amón en Tanis, probablemente para asegurarse los pingües beneficios que el cargo llevaba consigo. Las excavaciones de P. Montet descubrieron las tumbas de los cortesanos de la época, y las obras reales en el templo de Amón de la capital. Le sucedió *Amenemope* (c. 993-984) y *Osochor* (c. 984-970), contemporáneos de los comienzos del reinado de David. Cuando se conquistó Edom, el príncipe Hadad huyó a Egipto donde fue bien acogido, y allí vivió hasta que, muerto David, volvieron a Edom Hadad y su hijo Guenubat.

Pinedjem II en Tebas ejerció su pontificado cambiando la política, pero no los fines de sus antecesores. En vez de despojar a las antiguas familias tebanas de sus cargos, buscó su alianza concediéndoles sacerdocios y ventajas para atraérselas, tal vez, ante la imposibilidad de mantener un estado de hostilidad que se venía arrastrando desde antiguo.

Siamón (c. 987-959) es conocido en Tanis por sus obras en el templo de Amón y en Menfis. Es posible que sea el rey a que se refiere el texto de Reyes, 9.10, según el cual el faraón había subido a Gezer y, tomada la ciudad, le prendió fuego dándosela después como dote a su hija casada con Salomón. Creen algunos que esta alianza con Salomón tenía como fin contrarrestar la influencia fenicia que se hacía demasiado activa por estos años. En su tiempo el gran sacerdote de Amón de Tebas *Psusenes*, cansado de tener que restaurar y vigilar las momias de los grandes faraones, tuvo la idea de reunirlas todas y enterrarlas en un escondrijo de Deir el-Bahari, donde fueron encontradas por Mariette en 1881, gracias a lo cual se pudo establecer una parte de la historia dinástica del Imperio Nuevo. La dinastía XXI termina con *Psusenes II* (c. 959-945).

2. DINASTÍA XXII. LOS LIBIOS

Desde la liberación de Egipto del dominio hicso habían gobernado siempre soberanos egipcios. A partir de mediados del siglo X a.C. el poder será detentado durante tres siglos por bárbaros egipcianizados, y después del intermedio saíta, por potencias extranjeras, con algunos episodios de dinastas nacionales. Asistimos, pues a un largo proceso de disolución del estado egipcio, y al mismo tiempo a una larga metamorfosis de su cultura, la cual, a pesar de todas las dificultades, tendrá suficiente vitalidad para superar todos los obstáculos. Es uno de los periodos más apasionantes para el historiador.

Los libios habían sido durante toda la historia de Egipto un elemento contra el que lucharon los faraones para evitar su penetración en el Delta. Hemos visto que durante las dinastías XIX y XX se habían hecho más activos merced a que pueblos egeos se asentaron entre ellos y les proporcionaron una fuerza ofensiva mucho mayor. Las guerras libias de Ramsés II y sobre todo las de Ramsés III lograron contenerlos y muchos de ellos se incorporaron al ejército egipcio en las fortalezas del Delta y del Fayum. A lo largo del tiempo se egipcianizaron, tomaron nombres egipcios, pero siguieron conservando cierta unidad de pueblo. Una familia se asentó en Heracleópolis desde los tiempos de Buyuwawa. Sus descendientes fueron adquiriendo importancia y uno de ellos Namlot llegó a ser padre divino de Arsafes (dios local de la ciudad) y «gran jefe de los *ma* (abreviatura de mashawash). Su hijo *Sheshonq* (c. 950-924) asumió la corona, a la muerte de Psusenes II continuando con la capital en Tanis. Hombre muy capaz, logró la unificación del país sometiendo a Tebas, nombrando a su hijo Iuput gran sacerdote de Amón y generalísimo del ejército, haciendo lo mismo en Heracleópolis con su hijo Nimlot «caudillo de todo el ejército». Actuó en el norte, con motivo de la muerte de Salomón, acogiendo a Jeroboán hasta que le llamaron sus partidarios para reinar en Israel. Incluso hizo una gran expedición a Palestina, al estilo de los antiguos tiempos, saqueando Jerusalén (I de Reyes, 14, 25-26). En el segundo libro de Paralipómenos (12, 2-4) se explicita que: «El año cinco del rey Roboán, Sisaq, rey de Egipto, subió contra Jerusalén –pues fueron desleales a Jahvé– con 1200 carros y 60.000 de a caballo, siendo innumerable el ejército que vino de Egipto con él: libios, sukkies y nubios. Y se apoderó de las ciudades fortificadas de Judá y llegó hasta Jerusalén». La campaña puede reconstruirse también gracias al relieve de Karnak y así lo ha hecho Kitchen, según el cual la expedición partió de Gaza desde donde despachó tres columnas distintas a Hazar-Addar, Ezion-Geber y Rech-Anat, yendo el contingente principal hacia Jerusalén alcanzando Taanakht y Megiddo. Volvió al sur por Gezer, Ascalón y Gaza, entrando en Egipto como faraón triunfante según el modelo de Tutmés y Ramsés. La idea de la recuperación de Egipto la patentizó el rey con sus espléndidas construcciones en Menfis y Tebas. En esta última ciudad construyó un gran patio y en la salida sur, a lo largo del segundo pilono, se grabó la gran victoria sobre los judíos. Es muy probable que hiciera una expedición a Nubia. Con él se acaban los faraones conquistadores.

Osorkón I (c. 924-889) fue un rey gris dedicado a hacer donaciones a los templos, nombró gran sacerdote de Tebas a su hijo Sheshonq, que también fue corregente suyo, pero el trono pasó a otro hijo *Takelot I* (c. 889-874) del que no sabemos casi nada. *Osorkón II* (c. 874-850) trató de hacer una política familiar y para ello puso a su primo Harsiese en el sacerdocio de Tebas, con tan poca fortuna que se desencadenó un cisma, y Harsiese se atribuyó una titulatura real y con ello fomentó las tendencias separatistas de la Tebaida. En Heracleópolis nombró a su hijo Nimlot gran sacerdote de Arsafes y generalísimo. En Menfis, a su hijo Sheshonq. Trató asimismo de embellecer las ciudades de Tanis y Bubastis con edificios de gran fuste y ambiciones dignas de los grandes faraones del pasado. Para ello desmanteló edificios ramésidas de Pi-Ramsés, a la sazón casi abandonada, y aprovechó los sillares. Fue contemporáneo de los grandes reyes asirios Assur-nasirpal II y Salmanasar III, los cuales intentaban la conquista de Palestina y Siria, y participó con un pequeño contingente en la batalla de Qarqar (853) en apoyo de los confederados que se oponían al avance asirio.

Takelot II (c. 850-825) tuvo un reinado conflictivo. No intervino en Asia directamente sino que se limitó a apoyar a distancia la resistencia antiasiria. Los problemas internos ocuparon todo su reinado. En Tebas no se acababa de llegar a una concordia entre las facciones. Ya Harsiese había muerto de muerte violenta con una lanzada en la cabeza, señal de que la violencia venía de antes. Takelot nombró a su hijo Osorkón gran sacerdote de Amón, quien trató de hacer efectivo su nombramiento. Todo su pontificado de 52 años estuvo sembrado de conflictos. Escribió unos *Anales*, que son una fuente histórica de primer orden para la época. Hizo un viaje a Tebas pasando por El-Hiba desde donde emprendió las operaciones militares por todo el Egipto medio y alto. Fue recibido en Tebas con todo género de plácemes, lo que no impide que condene a ser quemados vivos los culpables que le presentan los tebanos, probablemente los revoltosos, cuyo crimen desconocemos. La lucha continuó durante diez años, hasta que se llegó a una paz precaria. Osorkón volvió a Tebas, pero las cosas volvieron a complicarse y de nuevo el sumo sacerdote tuvo que abandonar su sede. En esta situación murió el viejo rey. Subió al trono *Sheshonq III* (825-773) en un país socavado por la guerra civil del sur, que no tenía solución. Intentó resolverla nombrando gran sacerdote de Amón a Harsiese, persona bienquista de los tebanos, que reconocieron al rey de Tanis. Mientras había una pausa en Tebas, no se pudo evitar una secesión en el norte, donde un tal *Pedubast* (818-793) aparece como rey junto a Sheshonq, repitiéndose el mismo fenómeno que en tiempos de Smendes y Ramsés XI, y lo mismo que entonces se fundó una nueva dinastía, la XXIII que reinó paralelamente con la capital en Leontópolis y disfrutó de un cómputo real propio. La disolución del estado egipcio, mejor dicho de la monarquía, había llegado a cotas inferiores a las alcanzadas entonces. Se daba la paradoja de que ambos soberanos eran reconocidos en todo Egipto al mismo tiempo. También los leontopolitas tienen aspiraciones en Tebas, donde no eran mal vistos. El viejo gran sacerdote Osorkón vuelve a parecer en escena en lucha contra Harsiese. Incluso cuando se nombra a Takelot para el puesto no cejará el obstinado Osorkón, que consigue situar a su hermano Bakenptah como general en Heracleópolis, cuando tenía más de ochenta años y seguía guerreando. Pedubast tiene como sucesores a *Iuput I* y a *Sheshonq IV* (c. 783-777), mientras en Tanis seguía reinando Sheshonq III. Le sucedió su hijo *Pimay* (773-767), reconocido en Tebas,

y de él quedan algunos monumentos en Tanis, le sucede *Sheshonq V* (767,730), soberano que a lo largo de su reinado ve cómo surgen nuevos pretendientes a la independencia: Harnakh actúa como soberano de Mendes, Osorkón, un jefe de los *ma*, hace lo mismo en Sais, pero además extiende su mando por el Delta hasta Buto y Kom el-Hisn.

En Leontópolis *Osorkón III* (777-754) era reconocido en Menfis y Mendes e instala en Heracleópolis a su hijo Takelot como sacerdote de Arsafes, y también en Tebas. Este personaje sucedió a su padre como *Takelot III* (754-734), y, mientras que los soberanos de Tanis quedaban reducidos a unos gobiernos puramente locales, él pudo controlar Tebas donde mandaba Shepenupet «esposa divina de Amón». En Heracleópolis se entronizó a Peftawuawy-bast.

La dinastía de Tanis tuvo como último rey a *Osorkón IV* (730-715) y fueron contemporáneos suyos en Leontópolis *Rudamún* (734-731) y *Iuput I* (731-720).

3. CONSECUENCIAS DE LA DOMINACIÓN LIBIA

Para la conciencia histórica egipcia la época libia tuvo unas connotaciones muy definidas especialmente en la literatura. En torno a la figura de Pedubast se tejieron una serie de leyendas de tipo épico que llegaron a nosotros en papiros demóticos de época grecorromana. Reflejan el espíritu caballeresco de las luchas entre los señores feudales, que responden a una moral propia de una sociedad muy poco egipcia en el sentido tradicional de la palabra. Si bien es cierto que en su elaboración literaria no podemos descartar los modelos homéricos, el hecho de que se sitúan en el momento de las luchas entre los distintos jefes semi-independientes, les confiere un trasfondo histórico indudable. Hemos visto algunos casos de asentamiento de los libios, pero no fueron los únicos, sino ejemplos de un fenómeno mucho más general. En las ciudades en las que se asentaron los libios tuvieron primero un mando militar y ascendieron después a los sacerdocios de los dioses locales y se casaban con miembros de las familias egipcias. Estos jefes se egipcianizaron al máximo aunque siguieron distinguiéndose con el nombre de jefes de los *ma* y con el de jefes de los *libu*. Se adaptaron a las estructuras egipcias de la realeza, el funcionariado y los templos. Poco a poco penetraron en ellos acelerando un proceso en marcha. Durante la primera época de los osorkónidas, la monarquía mantuvo el país con una cierta unidad y esto funcionó según las pautas tradicionales. Ya en la segunda parte de la dinastía XXII el reino se dividió, como hemos visto, y el único poder efectivo era el de los jefes militares-sacerdotes, dueños de su feudo, de tal manera que el mapa político del Delta fue un mosaico de jefes y pequeños señores feudales que se agrupaban de alguna manera por regiones. Kitchen ha logrado hacer un mapa sobre los estudios de Yoyotte en el que sitúa a estos jefes de la manera siguiente: la zona situada al este del brazo sebenítico del Nilo está ocupada por los *ma* y constituye la base fundamental de la dinastía XXIII. Las regiones de Busiris y Athribis hasta Heliópolis corresponden a feudos de los príncipes de la dinastía XXII, lo mismo que las tierras de la orilla derecha del brazo canópico con las ciudades de Buto y Sais que están en la misma situación. La parte occidental del Delta hasta el Wadi en-Natrum sólo era un feudo de los libu. La franja central del Delta con la ciudad de Xois sigue en poder de los egipcios autóctonos. Un siglo después el mapa queda

alterado notablemente con la expansión de los *ma* al sur del brazo pelusiaco y al oeste del sebenítico. El antiguo reino de los libu incorpora la zona de Buto y Sais, antes de los *ma* y la región de Xois antes egipcia. La zona de Menfis era disputada por orientales y occidentales. Heracleópolis era un feudo libio desde hacía siglos y al sur El-Hiba, la gran fortaleza de Egipto Medio, estuvo en manos de los tebanos y después de los osorkones. Tebas, siempre rebelde, sostuvo una lucha complicada contra las ambiciones de todos los mandatarios del norte.

4. LA DINASTÍA XXIV

En todo este confuso estado de cosas, ya hemos visto que Osorkón crea un nuevo centro de poder en Sais, y su sucesor *Tefnajt* aparece como jefe de los *ma* y gran jefe de los *libu*, y afirma su poder sobre Sais, Buto, Kom el-Hism, dominando todo el bajo Egipto desde It-tawy hasta el Mediterráneo. Estaba dispuesto a rehacer la ciudad de Egipto, avanzando hacia el sur, pero chocó con la resistencia de Heracleópolis. En este momento apareció otra fuerza en la historia de Egipto.

5. LOS ETÍOPES

Mientras en el norte reinaban las dinastías libias, en el lejano sur había cristalizado una nueva fuerza política en torno a Napata, situada aguas abajo de la cuarta catarata. Probablemente fue fundada por Tutmés III y es citada explícitamente por primera vez en la estela de Amada de Amenofis II, siendo un simple centro de cambio comercial con las poblaciones negras. El distrito era conocido durante la dinastía XVIII como Karoi y comprendía ambas orillas del Nilo desde la moderna el Kurru hasta Nuri incluyendo Merowe, Barkal y Kareima. La capital Napata ha sido excavada por la misión italiana de Sergio Donadoni, aunque se halla en un estado inicial de exploración. Las tumbas, que es lo mejor conocido, sufren una evolución desde el túmulo circular, hasta la mastaba cuadrada, y la tumba con cubierta piramidal. Sin embargo, el enterramiento propiamente dicho conserva siempre rasgos nubios. Pero a comienzos del siglo VIII la influencia egipcia se había hecho predominante, tal vez por la emigración de artesanos egipcios. En Gebel Barkal se construyó en la dinastía XIX un templo de Amón, luego ampliado por Piankhi, y en él vivía una colonia de sacerdotes egipcios. La debilidad de las dinastías, y el casi abandono de Nubia a partir de la dinastía XXI hizo posible la creación de un centro político, con una dinastía propia. El primer nombre conocido es Alara, tal vez descendiente de los jefes de Kerma, cuyas inscripciones de Kawa demuestran que su reino se había extendido hasta la tercera catarata. Le sucedió su hermano Kashta, según el principio de que la herencia pasaba de hermano a hermano y después al hijo del hermano mayor. Kashta tomó el título de rey, ocupó toda Nubia y erigió una estela en el templo de Khnum de Elefantina. Tuvo dos hijas Pebsaker y Amenirdis, y un hijo que heredó el trono, Pianji (Peye).

Pianji (747-716). Lo primero que hace es tomar los mismos títulos que Tutmés III tal como aparecen en la estela de este último en Gebel Barkal, «Toro poderoso que aparece en Napata», «que dura en realeza como Re en el cielo», «santo en epifanías», «poderoso de fuerza». Este mimetismo tiene toda la fuerza de un programa político. Estableció guarniciones en el Alto Egipto y se proclamó protector de Tebas. Su hermana Amernidis fue «adoptada» por Shepenupet y por ello como sucesora. Afortunadamente poseemos de su reinado una inscripción de la mayor calidad tanto histórica como literaria, comparable a los Anales de Tutmés III, que comentamos a continuación para ilustrar la conquista del Valle desde Napata hasta Menfis. Tiene la ventaja sobre otros textos históricos clásicos que describe las acciones militares y políticas o religiosas con racionalidad y sentido común del que carecen la mayoría de los textos históricos conocidos. No en balde fue compuesta cuando ya se escribían los anales asirios, y la historiografía de influencia hitita se iba imponiendo en todo el Próximo Oriente.

Durante los primeros veinte años de reinado Piankhi se mantuvo en su posición de detentador de sus tierras de Nubia y su control del área tebana. Mientras tanto Tefnajt y los dinastas de Tanis y Leontópolis vegetaban en su impotencia para controlar la situación, aunque el más dinámico de todos era Tefnajt que continuaba tratando de sojuzgar a los dinastas y avanzaba hacia el sur. Heracleópolis se resistió a sus ambiciones y esta fue la causa de la intervención de Pianji.

«Uno vino a decir a Su Majestad: "El jefe de occidente, el principal y grande de Netcher, Tefnakht, está en el nomo de..., en el nomo de Xois, en Hapy, en..., en Ayn, en Pernub y en el nomo de Menfis. Ha conquistado todo el occidente desde los marjales costeros hasta Ity-tawy, navegando hacia el sur con un numeroso ejército y con las dos tierras unidas detrás de sí. Y los príncipes y gobernantes de los dominios son como perros a sus pies.

»Ninguna fortaleza ha cerrado sus puertas en los nomos del Alto Egipto: Meratum [Medum], Per-Shejemjeperre [Illahun], el templo de Sobek [Cocodilópolis = Medinet el-Fayum], Permedjed [Oxyrrinchos], Teknesh [Takinash], todas las ciudades del oeste habían abierto sus puertas por miedo de él. Cuando se volvió hacia los nomos del este también se le abrieron: Hut-benu [capital del nomo 18], Teudjoi [actual el-Hiba, la fortaleza], Hut-nesut [ciudad no identificada], Pernebtepib [Afroditópolis]. Ahora está sitiando Heracleópolis. La ha rodeado completamente no dejando salir a los que se iban ni entrar a los que venían combatiendo todos los días. La había medido en todo su circuito y cada príncipe conocía su muro. Había hecho que cada hombre sitiase su parte.

»Su Majestad oyólo con gusto, riendo alegremente.

»Entonces los jefes, los caudillos y generales que estaban en sus ciudades escribían continuamente a Su Majestad diciendo: "¿Has estado callado para olvidar el sur, los nomos del Alto Egipto, mientras Tefnakht lo conquista todo sin encontrar resistencia? Namart, príncipe de Hermópolis, señor de Hutweret, ha demolido el muro de Neferusi. Ha sustraído su ciudad al temor del que podía cogerla para él para sitiar a otra ciudad. Ha ido a ponerse a los pies de Tefnjt; ha rechazado el agua de Su Majestad [la alianza de Pianji]. Está con él como uno de sus hombres en el nomo de Oxyrrinchos. Él les da regalos para contentarlos de los que ha encontrado.

»Su Majestad escribió a los señores y generales que estaban en Egipto, el comandante Purem y el comandante Lemersekny, y a todos los comandantes de

Su Majestad que estaba en Egipto: "Entrad en combate, entablad batalla; rendid... cautivad su gente, su ganado, sus barcos en el río. No dejéis a los campesinos ir al campo, no dejéis que los aradores aren. Tomad el nomo de la Liebre; luchad contra él todos los días". Lo hicieron así. Entonces Su Majestad envió un ejército a Egipto y le dio instrucciones muy estrictas, "No ataquéis de noche como los jugadores de damas. Luchad cuando se pueda ver. Ofrecedle batalla desde lejos. Si se propone esperar la infantería y la carrería de otra ciudad, esperad hasta que lleguen las tropas. Luchad cuando él quiera. Incluso si tiene aliados en otra ciudad, dejad que los espere. Los jefes que le prestan ayuda, y cualesquiera tropas libias que le son fieles, dejadles que sean llevadas a la batalla de antemano diciendo: «Vosotros cuyo nombre no conocéis, quien manda las tropas. Ensillad los mejores corceles de vuestra cuadra, formad vuestra línea de combate y sabed que Amón es el dios que nos envía".

»Cuando hayáis llegado a Tebas en Ipet-sut, meteos en el agua. Limpiaos en el río; usad los mejores trajes de lino. Destensad el arco, aflojad la flecha. No presumáis ante el señor del poder, porque el valiente no tiene fuerza sin él. Él hace que el débilmente armado lo sea fuertemente, de manera que los muchos huyen delante de los pocos, y uno solo venza a miles de hombres. Rociaos de agua de sus altares; besad la tierra ante su faz. Decidle:

»Danos el camino,
Para que podamos luchar a la sombra de tu brazo.
La tropa que enviaste, cuando ataque,
Que los muchos tiemblen ante ella.
Entonces ellos se pusieron sobre su vientre ante Su Majestad:
Es tu nombre el que hace nuestra fuerza,
Tu consejo conduce tu ejército al puerto;
Tu pan está en nuestro estómago todos los días,
Tu cerveza sacia nuestra sed.
Tu valor es el que nos da la fuerza,
Se produce el espanto cuando se pronuncia tu nombre;
Ningún ejército vence con un jefe cobarde,
¿Quién hay igual a ti?
Tu eres el poderoso rey que actúa con las armas,
El jefe del trabajo de la guerra».

Con este programa navegaron río abajo y llegaron a Tebas donde cumplieron lo ordenado por el rey; más adelante encontraron las tropas del norte a las que derrotaron y enviaron los prisioneros a Napata. Cuando llegaron a Heracleópolis encontraron la ciudad sitiada por los aliados de Tefnajt. Allí estaban: El rey Namart y el rey Iuput, el jefe de los *ma* Sheshonq de Per-Usirnebdedu (Busiris), el gran jefe de los *ma* Djedamonefanj de Per-Banebdedet (Mendes) y su hijo mayor, el comandante de Per-Thot-weprehwy (Hermópolis Parva), las tropas del príncipe Bekenefi y su hijo mayor, el jefe de los *ma* Nesnaisu de Hesbu (el nomo 11 del Bajo Egipto) y todos los jefes portadores de pluma del Bajo Egipto. Finalmente el rey Osorkón de Perbast (Osorkón IV de Bubastis). Todos ellos aliados de Tefnajt cuyos títulos eran «gran jefe del occidente», «gobernador de las tierras del Bajo Egipto», «Profeta de Neith, señora de Sais», «sacerdote *setem* de Ptah».

El choque tuvo lugar en el Bahr el-Yusef, brazo del Nilo que pasa al este de Heracleópolis con el resultado de la destrucción de los barcos enemigos de Pianji. Al día siguiente los nubios pasaron el canal y presentaron batalla a la infantería y la carrería confederada. Se desbloqueó la ciudad, y Tefnajt huyó hacia el norte, con parte del ejército. Esto indignó a Pianji que había ordenado su destrucción completa, e hizo saber su enfado a su ejército de Egipto, el cual esta vez atacó a Permedjed del nomo de Oxyrhynchos y lo destruyeron, pero no fue suficiente para apaciguar al belicoso Pianji. Después cayeron sobre una fortaleza llamada «Despeñadero grande de victorias» en el nomo 18, y en el combate murió un jefe de los *ma* hijo de Tefnajt, lo que tampoco fue capaz de satisfacer al rey de Napata. Lo mismo sucedió cuando sus tropas tomaron Hut-benu.

La última parte de la guerra fue dirigida por Pianji en persona. Partió de Napata dispuesto a acabar con la resistencia de Tefnajt. Cuando llegó a Tebas celebró la fiesta Opet, y acto seguido se dirigió al nomo de la Liebre. «Su Majestad salió de la cabina de su barco. Los caballos estaban uncidos, montó en el carro, mientras que la grandeza de su majestad llegó hasta los asiáticos y todos los corazones temblaban delante de él». Revistó el ejército y les increpó su dilación en destruir al enemigo. Plantó el campamento al suroeste de Hermópolis, cercó la ciudad con un muro y construyó una torre desde la que disparaban los arqueros y los honderos. Los días pasaron, la ciudad se vio perdida, y se pensó en la rendición, pero antes se hicieron toda clase de intentos de salvar la corona de Namart. Se ofrecen regalos de oro, piedras preciosas, diademas; en segundo lugar las mujeres del harém del egipcio interceden ante las del harém del nubio. En un momento determinado interviene el mismo Pianji para recordar a los egipcios la moderación que había mostrado en su gobierno del alto Egipto, y, al final el rey Namart se entrega trayendo ante el rey de Nubia un caballo y un sistro de oro y lapislázuli. Pianji acepta la rendición, entra en la ciudad con toda solemnidad, hace pingües sacrificios en el templo de Thot y las tropas vencidas entonan cánticos en honor del vencedor. Hay un detalle lleno de significado cuando Pianji entra en el palacio de Namart. El rey vencido le presenta sus mujeres e hijas, pero cuando Pianji entra en los establos y ve los caballos muertos de hambre se indigna tanto que asegura a su enemigo vencido, que el dejar sin comida a los nobles brutos es el peor crimen que ha cometido. El rey de Heracleópolis, Peftuaubast, reitera su fidelidad mediante una gran cantidad de presentes, y un canto de agradecimiento a la protección prestada por Pianji. Continúa la marcha del rey hacia el norte. Llega a Illahun, antigua Sejemjeperre, que se rindió, más adelante Ity-tawy que hizo lo mismo, y finalmente fue acercándose a Menfis, la gran ciudad del norte, cargada de prestigio que iba a causar una profunda impresión en el rey nubio, devoto de los dioses egipcios, pero en el fondo un semibárbaro. Ofrece toda clase de miramientos a la ciudad si no ofrece resistencia: «El pueblo de Menfis será sano y salvo; nadie llorará por los niños. Mirad los nomos del sur. Nadie fue asesinado allí, excepto los rebeldes que blasfemaron de dios; los traidores fueron ejecutados».

Cerraron las puertas de la ciudad. Tefnajt logró entrar en la ciudad con 8000 hombres escogidos. Pianji llega y ve que está sólidamente fortificada. Empieza la discusión entre los jefes del ejército acerca de cómo ha de ser expugnada, proponiendo unos el bloqueo, otros unas torres. El rey, como Tutmés III ante Megiddo, no estuvo de acuerdo con la opinión de sus oficiales y después de pronunciar el juramento por Amón, decidió el ataque frontal que acabó con la re-

sistencia de la ciudad. La toma de Menfis trajo consigo la rendición de las ciudades vecinas y sus caudillos: el rey Iuput, el jefe de los *ma* Akanosh, el príncipe Pediese. Desde Menfis se dirigió a Heliópolis, visitó su templo y recibió la sumisión del rey Osorkón. Siguió hasta Athribis, donde Pediese le hizo presentes de todas las cosas preciosas que poseían entre ellos los mejores garañones y yeguas que sabía eran del agrado de Pianji. Allí mismo se reunieron los jefes de toda la región en número de catorce, todos los dinastas y jefes del Bajo Egipto. Sólo quedaba Tefnajt que no se daba por vencido, y se refugió en la ciudad de Mesed, la cual fue asolada por un destacamento enviado por los nubios. Tefnajt había podido escapar, y desde su escondite envió mensajeros a Pianji para tratar su rendición. Producida ésta, Pianji dio por terminada su expedición y volvió triunfante a Napata.

6. EGIPTO DESPUÉS DE PIANJI

La invasión napatiense no hizo más que profundizar el estado de atomización política del país, porque no dejó atrás ninguna organización centralizada. Tefnajt olvidó enseguida sus juramentos de sumisión y se proclamó faraón en Sais, respetando a los soberanos de Bubastis y Leontópolis, que no debieron de oponerse a sus aspiraciones. Reinó unos ocho años y fue sucedido por su hijo Bakenraef (el Bochoris de Diodoro) (720-711). También sobrevivió a la tempestad Osorkón IV, al que hemos visto haciendo todas las sumisiones posibles, y posiblemente es el rey So del que habla la Biblia en II Reyes, 17,4, que intervino tímidamente en Palestina, y, después de su fracaso se apresuró a enviar a Sargón II un presente de doce caballos. El reinado de Bochoris es casi desconocido en las fuentes jeroglíficas, pero Diodoro (I,79) da una visión de él probablemente de cierta historicidad. Nos dice que era enteco de cuerpo, sabio y un buen legislador. Le atribuye una legislación sobre los préstamos sin recibo, que se suplía por un juramento. Reguló los intereses que no podían pasar de un 100 %, prohibiendo asimismo la responsabilidad corporal. Todo ello podría interpretarse como un esfuerzo por poner coto a los desmanes de la época feudal de las luchas de los señores locales por el poder, sin que hubiera una monarquía capaz de organizar la convivencia.

7. DINASTÍA XXV. LOS ETÍOPES

El año 716 Pianji fue sucedido por su hijo *Shabako* (716-702), quien en el segundo año de su reinado decidió reconquistar Egipto sin encontrar resistencia. En Menfis asistió al enterramiento solemne de Apis, destituyó a los reyes del norte, y la leyenda griega dice que quemó vivo a Bochoris. Frente a Asia mantuvo una política de neutralidad. En estos años tuvo lugar el episodio de Yamani, un extraño personaje que algunos consideran griego. Los Anales asirios dicen sobre él: «Los hititas complotadores de iniquidad detestaban su gobierno y elevaron [a la realeza] sobre éstos a Yamani que no tenía derecho al trono y que, como ellos, no temía a mi soberanía. En la furia de mi corazón yo no paré de reunir masas de tropas ni de preparar el campamento»... «Marché contra Ashdod. Yamani oyó los avances de mi marcha desde lejos y huyó al lado de Egipto que está en la frontera de Meluhha (Etiopía) para que no se le viera más... El rey de Meluhha...

cuyos padres desde los lejanos días del rey lunar no habían mandado mensajeros a los reyes mis padres para darles saludos, supo de lejos del poder de Assur, Nabu y Marduk y el esplendor terrorífico de mi realeza le sobrecogió y el miedo se derramó sobre ellos y me lo trajeron preso, encadenado y aherrojado a Siria». Ello es un buen testimonio de la prudencia de Shabako ante Salmanasar III.

En Egipto se dedicó a las construcciones monumentales: un pilono en Medinet Habu, el tesoro al lado del pilono IV de Karnak y una columnata en Luxor. Ejerció un completo control sobre el templo de Amón de Karnak, primero a través de su hermana Amenirdis y después nombrando gran sacerdote a su hijo Horemajet.

Shabitku (702-690). Le tocó vivir en tiempos difíciles internacionalmente hablando. Subía al trono Senaquerib el año 705, y su política agresiva en Palestina tenía necesariamente conflictos con Egipto. Shabitku abandonó la política complaciente de Shabako y se preparó para intervenir en Asia. Ahora bien, la situación política y militar del reino distaba mucho de estar en condiciones de una ofensiva efectiva. Isaías, 19, expresa la opinión que le merecía la monarquía:

> «Aguijonearé a Egipto contra Egipto
> y lucharán los unos contra los otros.
> Cada uno contra su prójimo,
> ciudad contra ciudad,
> reino contra reino.
> Transtornado será el espíritu de Egipto en su interior
> y su plan desbarataré.»

Este testimonio coincide con el juicio de Senaquerib cuando dice a Ezequías por boca de Rab Saked (II Reyes, 18,32): «Mira que pones tu confianza ahora en el báculo de esa caña rota de Egipto, en la que si alguno se apoya se le hincará en la mano y la taladrará. Tal será el faraón de Egipto para cuantos confíen en él».

El hecho es que Ezequías de Judá consiguió la alianza de Shabitku, y éste llamó a sus hermanos dando el mando de la fuerza expedicionaria a Taharka. La guerra está contada por los *Anales* de Senaquerib: «(año 701) Los oficiales, nobles y pueblo de Ekrom que habían arrojado a Padî, su rey, aliado con Asia por tratado, encadenándolo y entregándolo a Ezequías el judío –que lo confirmó como a un enemigo–, su corazón se asustó y llamó a los reyes egipcios, los arqueros, los carros y caballos del rey de Meluhha, una hueste inmensa, y esos vinieron en su ayuda. En las cercanías de la ciudad de Altaku, se desplegaron sus filas ante mí y presentaron batalla [confiando] en la ayuda de Assur mi señor, yo luché contra ellos y los puse en derrota. Los carreros egipcios y sus príncipes junto con los carreros del rey de Etiopía, mis manos los cogieron vivos en medio de la batalla». Ignoramos lo que hizo Taharka después de Altaku. Por su parte Shabitku regresó a Napata y fue encerrado en el-Kurru en una tumba que contenía caballos inhumados con el rey, una costumbre que parece inauguró Pianji, y que continuó en Nubia hasta los jefes del Grupo X de Cultura, en el siglo IV.

Taharka (690-664). Fue coronado en Menfis, lo cual demuestra que los nubios napatienses se consideraban auténticos faraones egipcios, pero, dato curioso,

llamó a su madre para que presenciara la coronación. Residió en Tanis, vigilante a los sucesos que se desarrollaban en Asia. En Tebas los asuntos religiosos quedaron en manos de Shepenupet «gran esposa de Amón», mientras que el gobierno del Alto Egipto recayó en Montuehat, «cuarto profeta de Amón» y «príncipe de Tebas». La munificencia real se ejerció en Tebas con el esplendor de tiempos pasados. Entre otros muchos destacaremos la columnata del primer patio de Karnak, formando un kiosko dentro del gran patio bubastita, y el templo del lago; construyó en Medinet Habu, en Nubia (Buhen y Samara). Los textos recuerdan un fenómeno excepcional, cual es el de las grandes lluvias que cayeron sobre Nubia el año seis, que produjo en todo el valle una cosecha extraordinaria. La falta de cohesión del estado egipcio en estos momentos críticos se puso de manifiesto en las tendencias separatistas que surgen por doquier. En Sais hay una línea de dinastas hasta Neco, lo mismo ocurre en Tanis, en Athribis, en Heracleópolis, etc. Ello daba la razón a los juicios que hemos visto de Senaquerib y del profeta Isaías.

8. LOS ASIRIOS EN EGIPTO

La *Crónica babilónica* dice: «el año siete, en el mes de *abat*, día cinco, partió el ejército asirio hacia Egipto». Probablemente esta expedición fue detenida en la frontera por Taharka. Pero cuando Asardón subió al trono y arregló los asuntos de Babilonia, decidió conquistar el valle del Nilo, meta suprema del imperialismo asirio. El motivo fue que el rey de Tiro abandonó la alianza asiria y se alió con el egipcio. Asardón dejó un contingente sitiando la ciudad fenicia y emprendió la marcha hacia Egipto. Taharka no pudo resistirlo, fue derrotado en tres batallas y Asardón se apoderó de Menfis. El faraón escapó.

Taharka huyó a Tebas y Asardón volvió a Siria y después a Assur. Los egipcios volvieron a inquietarse y el rey asirio preparó una nueva expedición que no pudo llevar a cabo, porque murió en el camino lejos de su patria, en octubre del 669. Le sucedió Assurbanipal, el último gran conquistador asirio, que a los dos años de subir al trono habría de reanudar las guerras de conquista contra Egipto. En una brillante campaña se apoderó de Menfis y ascendió hasta Tebas. Assurbanipal hace una ordenación de los principados egipcios. Necao quedó como rey de Menfis y Sais, Sharru-lu-dar en Si'nu (Pelusium), Pasenhor en Tell el-Yahudia (?), Pakrruru en Pi-Soped, Bakenef en Athribis, Nahhê en Heracleópolis parva, Pedubastis en Tanis, Unamunu en Leontópolis (?), Harsiesis en Sebenytos, Sheshonk en Busiris, Tefnajt en Per-nub, Nimlot en Heracleópolis Magna, Montuemhat en Tebas, etc. Estos y otros prometieron obediencia a Asiria, pero sólo la guardaron el tiempo necesario para organizarse en contra del conquistador. «Después estos reyes como muchos que yo había reinstalado, pecaron contra el juramento que habían prestado, no guardaron la maldición de los grandes dioses, olvidaron el bien que les había hecho y sus corazones planearon el mal. Conspiraron la insurrección, siguiendo su propio designio, un designio que no descansaba en un oráculo (?) diciendo: "Están echando a Tarkû fuera de Egipto ¿cómo vamos a quedarnos?". A Tarkû, rey de Etiopía enviaron sus correos con el fin de jurar homenaje diciendo: "Establezcamos un tratado entre nosotros, ayudémonos mutuamente, dividamos el país en dos partes, no haya señor para nosotros". Contra las tropas asirias, mi hueste real, que yo había estacionado en Egipto a su instancia, ellos planearon el mal. Mis oficiales conocieron estos asuntos, prendieron a sus mensajeros y vieron con sus propios ojos su plan subversivo. Cogieron a estos reyes y los ataron de pies y manos con grillos y cadenas de hierro. La maldición de Assur, rey de los dioses, los aniquiló, porque había violado el juramento prestado a los grandes dioses. Yo les requerí el bien que les había hecho en amabilidad. Y la gente de Sais, Pintiti [¿Mendes?], Pelusium y el resto de las ciudades, cuantas se habían unido para perpetrar el mal, los abatieron con la espada, tanto grandes como pequeños, no escapando ni un hombre. Sus cuerpos fueron colgados en estacas, se les arrancó la piel y con ella se cubrieron los muros de las ciudades. Estos reyes que habían planeado el mal contra los ejércitos de Asiria, los trajeron ante mí, vivos, en Nínive. Yo tuve merced para Niku, uno de ellos, le perdoné la vida y le impuse un juramento más duro que el primero. Lo vestí con brillantes vestidos de colores, puse sobre su cuello una cadena de oro como emblema de su realeza. Puse anillos de oro sobre sus dedos, le di una vara de hierro con mi nombre escrito en ella. Carros, caballos y mulas le regalé para su cabalgata real. Envié con él a mis oficiales, a petición suya para servir de perfectos. Lo devolví a su puesto de Sais, donde mi padre lo había colocado como rey, y a su hijo Nabû-shzbanni [Psamético] lo puse en Hathariba [Athribis]. Yo le concedí más honor que mi padre».

Como se ve, la rebelión de los egipcios acabó en el fracaso, y Taharka se refugió en Napata. Allí restauró uno de los pórticos de columnas del templo de Gebel Barkal y construyó un pequeño templo excavado en la roca, situado detrás del anterior. Se cree que por el lado del templo que mira al Nilo construyó cuatro colosos con lo que conseguiría una réplica de Abu Simbel. Erigió su pirámide en Nuri y otro templo en Kawa.

Tanutamón (664-656). Hermano de Taharka. Se coronó en Napata, y, después de la coronación, partió hacia el norte, deteniéndose en Elefantina para honrar a los dioses locales, y llegó a Tebas donde gobernaba Montuemhat. Halló resistencia en Menfis, tomó la ciudad, y volvió a Napata. Más tarde tuvo que retornar a causa de la revuelta de los dinastas, que al final se le sometieron en Menfis. La estrella llamada «del sueño» de Napata no dice más, pero el resto lo cuenta el mismo Assurbanipal:

«Después Tandamanê [Tanutamón], hijo de Shabaku, se sentó en el trono real. A Ni' [Tebas] y Unu [Heliópolis] las hizo sus fortalezas. Reunió sus fuerzas para combatir con mis tropas. Los asirios que estaban en Menfis. Desplegó su ejército en orden de batalla. A esas gentes los encerró en la ciudad y les cortó la retirada. Un veloz mensajero vino a Nínive a decírmelo. «En mi segunda campaña me dirigí a Egipto y Etiopía. Tandamanê tuvo noticias del avance de mi ejército y de que estaba invadiendo el territorio de Egipto. Abandonó Menfis y escapó a Ni' para salvar su vida. Los reyes, prefectos, gobernadores, que yo había instalado en Egipto vinieron a mi encuentro y besaron mis pies. Tomé el camino en pos de Tanutamón, marché hasta Ni' su fortaleza. Él vio aproximarse mi terrible ejército, abandonó Ni' y huyó a la ciudad de Kipkipi [Napata]. Esta ciudad [i.e. Tebas] mis manos la capturaron con la ayuda de Assur e Ishtar. Plata, oro, piedras preciosas, los tesoros de los palacios, todo lo que había, trajes de brillantes colores y de lino, grandes caballos, gentes, hombres y mujeres, dos grandes obeliscos, hechos de

electrón resplandeciente, cuyo peso era de dos mil talentos y que estaban a la puerta del templo, los quité de su sitio y los llevé a Asiria. Copioso saqueo incontable me llevé de Ni'. Contra Egipto y Etiopía hice guerra implacable y establecí mi poder. Con las manos llenas volví sano y salvo a Nínive, mi real ciudad.»

El saqueo de Tebas, la ciudad que nadie había tomado por las armas con riquezas acumuladas durante mil trescientos años, debió de ser uno de los mayores de la historia. Cincuenta años después cuando le tocó el turno a la propia Nínive, el profeta Nahum (3,8-9) exclama dirigiéndose a la capital de Asiria:

«¿Eres tú mejor que No-Amón [Tebas],
asentada entre los canales del Nilo,
circuida de aguas, cuyo baluarte era el mar,
las aguas su muralla?
Etiopía como Egipto era su fuerza sin límites;
Punt y los libios eran sus auxiliares,
más también ella marchó al destierro prisionera;
también sus niños fueron estrellados
en las esquinas de las calles,
y echaron suertes sobre sus nobles,
y todos sus magnates fueron aherrojados con cadenas.»

Parece que las excavaciones descubrieron huellas de la destrucción y del saqueo, seguido de un incendio. Cuando los asirios se retiraron, Montuemhat que había vivido toda la tragedia de la ciudad durante los dos sitios egipcios, se dedica a reparar los daños en la medida de lo posible, purificando los lugares sagrados y restaurando los edificios arrasados.

Como en casi todos los países que conquistaban los asirios, las consecuencias de su dominación fueron totalmente negativas. Egipto quedó en un estado caótico, e incluso Nubia sufrió el contragolpe de la invasión. Los napatienses se retiraron a sus reales de Napata, región que quedó aislada de Egipto, y poco a poco se fue «africanizando» con la pérdida de la cultura egipcia clásica, que había florecido allí durante casi un siglo.

III. LA ÉPOCA SAÍTA

1. LA DINASTÍA XXVI

Hemos visto que Assurbanipal había puesto a Necao al frente de Sais y Menfis y a Psamético cómo reyezuelo de Athribis. Parece que Necao fue muerto por Tanutamón, pero Psamético continuó y su reinado dura desde 664 hasta 610. No sabemos como ni cuándo se retiraron las fuerzas asirias de Egipto, pero es muy posible que el grueso del ejército de ocupación se retirase con el rey. Sea como fuere, Psamético era un hombre de grandes cualidades y energía política, y muy pronto inició una actividad destinada a la unificación. Partió del reino del oeste que había heredado de su padre, la zona canópica con Buto y Sais y de su

propio feudo Athribis, Heliópolis y Menfis, avanzó a Sebenytos y Busiris, y finalmente se apoderó de Tanis, con lo cual se restablecía la unidad del Bajo Egipto. El Egipto Medio planteaba más problemas, pero se resolvieron con facilidad gracias a la colaboración de Sematutefnakht que gobernaba en Heracleópolis Magna. Desde allí Psamético inició la incorporación del sur. Desconocemos las negociaciones para lograr que los grupos dominantes en Tebas admitiesen la soberanía de Psamético. Aún vivía Shepenupet II y Amenirdis, igual que Montuemhat. Todos ellos fueron respetados, pero el caso es que Nitocris fue nombrada «divina esposa de Amón». Recibió una dote de su padre de 903 hectáreas de tierras repartidas en distintos nomos del bajo y medio Egipto. Heródoto, en II, 151, da su versión de la ascensión de Psamético, que aunque parece contener elementos de su invención, es posible que encierre un fondo de verdad. Cuenta Heródoto que los once reyes del Delta lo habían desterrado después de su destierro que había emprendido huyendo de Tanutamón, y lo habían confinado en los marjales del Delta. Pero el oráculo de Buto le pronosticó que la «venganza le vendría del mar cuando apareciesen hombres de bronce». Al cabo de un tiempo desembarcaron jonios, carios, dedicados a la piratería, e iban cubiertos de armaduras de bronce, los cuales vistos por un egipcio, éste, que nunca había visto tal clase de armaduras, le anunció a Psemético la noticia de haber visto «hombres de bronce». Así comprendió que el oráculo se cumplía, se hizo amigo de los piratas, y con su ayuda y la de los egipcios partidarios suyos, derrocó a los reyes que lo habían obligado a huir. El relato herodoteo demuestra la importancia que adquiere la presencia de mercenarios griegos en la política saítica. Eran ya por este tiempo los mejores soldados y Psamético les dio tierras y se establecieron en el país. Esto estaba en la tradición egipcia de empleo de tropas extranjeras desde el Imperio Nuevo, pero, a partir de ahora, la importancia de los mercenarios iba a intensificarse en detrimento de la propia monarquía que los empleaba. La política exterior trató de sacar partido a los sucesos ocurridos en la situación creada por la decadencia de Asiria. Buscó la alianza de Giges de Lidia, y a la caída de éste, ofreció su alianza a los asirios que luchaban en vano por su supervivencia. Sabemos que tropas egipcias lucharon al lado de los asirios en 616 y 612. De momento la decadencia asiria permitía a los egipcios ejercer cierta influencia en Palestina y Siria.

Por esta época se produce una nueva orientación de la política y en general de la vida egipcia. La actividad económica se vuelca hacia el Egeo, mar que desde hacía un siglo se había transformado en el foco de una nueva civilización, que iba a ser protagonista del mayor cambio en la historia de la humanidad. Con los griegos llegaron judíos y otros orientales.

Necao II (609-594). Cuando subió al trono, los asirios luchaban desesperadamente con los babilonios de Nabopolasar. El año 609 salió en socorro de Harran donde Assurubalit se defendía de medos y babilonios. De paso se encontró con Josías de Judá, dispuesto a detener al egipcio, pero en Megiddo fue derrotado y muerto el judío. Pusieron en su lugar a Joacaz, que reinó tres meses, derrocado por Necao y llevado a Egipto; sometió parte de Palestina y cuando se sublevó Gaza la dominó con un cruel escarmiento. Una vez liquidada Asiria, el príncipe Nabucodonosor viene hacia Egipto con un ejército que derrota a Necao en Karkemish, recobrando toda Siria y Palestina, pero el egipcio vuelve a la carga y después de crueles batallas, los babilonios se retiran. Consecuencia de la recuperación

de Egipto bajo los saítas fue la activa política naval desarrollada en tiempos de Necao II. Ante todo, la construcción de un canal que unía el Nilo con el Mar Rojo desde Bubastis hasta Pi-Tamu (Tell el-Maskhuta) y finalmente hasta el Mar Rojo, que no se terminó hasta Darío. En el mismo sentido se debe mencionar el viaje de circunnavegación de África, que partió de las costas del Mar Rojo y regresó por las Columnas de Hércules.

Psamético II (594-588). Este faraón reemprendió la política nubia, que había sido abandonada desde hacía varios siglos. Ello merece algunas consideraciones de tipo teórico. La dinastía XXV de reyes napatienses fue en términos históricos la hegemonía de los dinastas del sur que impusieron su ley sobre el Egipto propio. Los reyes saítas, por el contrario, eran la afirmación de lo egipcio contra lo «africano» y la vinculación del país hacia el Egeo, una dimensión nueva ciertamente, radicalmente opuesta a la barbarie meridional. No sabemos si por estos tiempos existió alguna intentona de Napata para recuperar la influencia perdida, lo cual creemos poco probable; antes bien creemos que Psamético quiso afirmar decididamente que Egipto había recuperado su hegemonía tradicional frente a los nubios, que volvían a ser súbditos tradicionales donde el estado faraónico dominaba sin limitaciones. Psamético II formó un ejército de mercenarios griegos, carios y fenicios, además de tropas egipcias. Una inscripción griega de Abu Simbel dice: «Cuando el rey Psamético vino a Elefantina, esto fue escrito por los que viajaron con Psamético, hijo de Teocles, y llegaron más allá de Kerkis (5.ª catarata) hasta donde el río lo permite. Los que hablaban lenguas extranjeras eran mandados por Potasimto, los egipcios por Amasis». Otra inscripción de Karnak habla de la expedición y dice que llegó a Pnubus (Tombos) y que después de derrotar a los nubios, ocuparon el *país de Shash*, situado en la zona de Dongola y probablemente Napata. El contingente cario deja inscripciones en Buhen y en Kor. Fiel a este espíritu de afirmación egipcia frente a lo nubio, el rey mandó borrar los nombres de los reyes nubios de Egipto y –lo que es menos explicable– los de su padre Necao.

Su política asiática fue menos activa. El año cuatro hizo un viaje al país de Kharu (Fenicia) más diplomático que militar.

Apries (588-568). La caída de Asiria había dado paso al imperialismo babilonio, que, a menor escala, volvía a la política agresiva en Asia Anterior involucrando a Egipto como antaño lo había hecho Nínive. El príncipe de Askalón pidió ayuda a Apries. La marina egipcia hizo una demostración ante Tiro y el ejército de tierra avanzó hacia Sidón, aunque sin consecuencias importantes. La caída de Jerusalén el año 586 provocó una emigración de judíos a Egipto, que se establecieron principalmente en Elefantina.

El final del rey fue una consecuencia de las contradicciones del estado saíta. La presencia masiva de los griegos en Cirenaica originó conflictos con los libios que pidieron ayuda a Apries. Este mandó un contingente de egipcios que fueron derrotados por los hoplitas griegos. Los vencidos se sublevaron contra el rey, que le envió a Amasis para pacificarlos, pero cuando fue a parlamentar con ellos, le proclamaron rey. Se produjo una guerra civil, cuyas vicisitudes cuenta Heródoto en II, 162 y IV, 159. La lucha se resolvió en la batalla de Momenfis, donde Apries y sus griegos fueron muertos por los egipcios de Amasis.

Amasis (568-526). Al comienzo de su reinado, según el fragmento de la *Crónica babilónica*, B. M. 33041, el rey Nabucodonosor luchó contra Amasis y penetró en Egipto hasta Putu-Iaman, sin que continuara la invasión. Reconoció el status de la colonia griega de Naucratis, y conquistó Chipre. Se alió con Creso de Lidia y Polícrates de Samos.

IV. LOS GRIEGOS EN EGIPTO

Las relaciones entre el mundo helénico y Egipto son un tema de la mayor importancia para la historia de la cultura griega y, en consecuencia, para la historia universal. Ya en la época micénica se notan los contactos entre los habitantes de ambas orillas del Egeo. La cerámica importada durante el Imperio Medio y el Nuevo es buen testimonio de ello. Los siglos oscuros vieron cómo poblaciones egeas se infiltraban en Egipto de una manera sistemática. Pero la gran expansión griega corresponde a la fase de afirmación de las *poleis*, cuyo dinamismo se manifiesta en todas las riberas del Mediterráneo. En el caso de Egipto la existencia de un estado fuertemente constituido dificultaba la instalación de colonias en el sentido clásico de la palabra. Heródoto en un texto muy conocido (II, 176) afirma que «Habiéndose hecho [Amasis] amigo de los griegos, les dio pruebas de su buena disposición; a los que venían a Egipto les dio Naucratis para establecerse, a los mercaderes que no querían quedarse les dio terrenos para erigir altares y santuarios a los dioses». Naucratis, según la arqueología, existía mucho antes de Amasis, y se llama en egipcio *Per Merit*, y está situada en el brazo canópico. Las cerámicas griegas fechables más antiguas son de mediados del siglo VII a.C. y continúan sin interrupción hasta el siglo VII d.C. Se conoce un templo de Afrodita, una factoría de escarabeos y otros templos de Hera, Apolo y los Dióscuros, además de un Hellenion. Allí afluían griegos de toda Grecia: jonios de Quíos, Teos, Focea y Clazomene; dorios de Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselis; eolios de Mitilene; eginetas, samios y milesios. No faltó un barrio indígena. El comercio y la manufactura eran sus actividades preferentes. Se exportaba trigo, papiro, productos del sur y manufacturas típicas como los innumerables escarabeos que se encuentran por todo el Mediterráneo. Se importaba plata amonedada, aceite, vino, armaduras y cerámica. Por Naucratis pasaron hombres de negocios, historiadores, poetas, artistas. Tales de Mileto, Solón de Atenas, Heródoto de Halicarnaso, pero también mujeres como Doris, Rodopis, etc. Otros establecimientos griegos fueron Dafne y en Menfis hubo una colonia griega importante.

Un tema fundamental e importantísimo para la historia de la antigüedad es el de las numerosas y complejas relaciones culturales entre la Grecia clásica y Egipto, pero en el estado actual de la investigación pese a los adelantos indudables en documentación sólo se vislumbran, hoy por hoy algunos hechos, quedando mucho por saber, mucho por investigar y mucho por discutir en los seminarios y cursos especializados. La cerámica griega de figuras negras imita motivos egipcios, la escultura arcaica repite el canon egipcio, el *Corpus Hippocraticum* recuerda los papiros médicos por lo menos en sus aspectos formales y así numerosos casos que puedan servir de ejemplo. A Egipto iban los griegos realmente (o quien sabe si únicamente en la leyenda) a buscar la sabiduría milenaria.

V. LOS PERSAS EN EGIPTO

1. LA DINASTÍA XXVII

El Imperio persa era el heredero del imperialismo asirio en todos sus aspectos tanto negativos como positivos, y en consecuencia aspiraba al dominio universal. Egipto era una de sus metas. Reinaba Psamético III cuando Cambises invadió Egipto por el Sinaí con guías árabes y beduinos, y en Pelusium fue vencido el ejército egipcio, refugiándose los griegos y egipcios en Menfis, que se rindió después de un largo sitio. El rey egipcio fue obligado a darse la muerte, según Heródoto (II, 25), los griegos de Libia se sometieron. Fracasaron expediciones a Siwa, a Cartago y a Nubia. Heródoto considera a Cambises como un déspota oriental que cometió toda clase de extorsiones en el país conquistado, especialmente contra los dioses llegando a dar muerte a un Apis, lo que parece una exageración herodotea. Sin embargo, testimonios judíos, que en principio fueron colaboradores de los invasores, hablan de destrucciones de templos egipcios.

Del mayor interés es la conducta de los nacionales frente al persa. Disponemos de una inscripción biográfica de un tal Udjahorresne, grabada en una estatua naófora del Museo Vaticano. Los títulos que ostenta son: Príncipe, conde, inspector de los escribas del consejo, escriba jefe del gran *hall* exterior, administrador del palacio, comandante de la marina real bajo el rey del Alto y el Bajo Egipto *Khenemibre* (Amasis), comandante de la flota real bajo el rey del Alto y el Bajo Egipto *Ankhare* (Psamético III). Por ello tuvo que vivir directamente toda la invasión persa y es de pensar que participó en la defensa de Egipto. Pues bien, de este acontecimiento sólo dice: «El gran jefe de todos los países extranjeros, Cambises, vino a Egipto, y los pueblos extranjeros de todo país extranjero estaban con él. Cuando había conquistado este país en su totalidad, se establecieron en él, y él era el Gran Gobernante de Egipto y Gran Jefe de todos los países extranjeros».

En otro pasaje alude al mismo hecho así: «Yo rescaté a sus habitantes del gran torbellino cuando se produjo en este país. Yo defendí al débil contra el fuerte. Yo acudí en socorro del hombre tímido cuando le vino el infortunio». En un tercer pasaje repite la misma frase de «en medio del gran torbellino que ocurrió en todo el país». Eso es todo. De lo que dice se desprende que el nomo saíta, el núcleo de la independencia egipcia, fue destruido con especial saña. Pero Udjahorresne ocupó cargos importantes a la sombra del Gran Rey. «Su Majestad me concedió el cargo de médico jefe. Me hizo vivir a su lado como compañero y administrador del palacio. Yo compuse su titulatura, para atestiguar su nombre de Rey del Alto y el Bajo Egipto, *Mesutire*. Yo hice conocer a Su Majestad la grandeza de Sais, que es la sede de Neith-la-Grande, que es la madre que parió a Re e inauguró el nacimiento cuando el nacimiento aún no se había producido; y la naturaleza de la grandeza del templo de Neith, que es el cielo en todo su esplendor; y la naturaleza de la grandeza de los castillos de Neith...». «Yo hice una petición a la Majestad del rey del Alto y el Bajo Egipto, Cambises, sobre todos los extranjeros que vivían en el templo de Neith, para que los expulsara de él, y dejar el templo de Neith en todo su esplendor, como había estado antes. Su Majestad mandó expulsar a todos los extranjeros que vivían en el templo de Neith, demoler sus casas y todas sus cosas impuras que había en el templo. Cuando hubieron sacado todas sus pertenencias personales fuera del muro del templo, Su Majestad mandó limpiar el templo de Neith y que volviera su personal a él...». «El rey del Alto y el Bajo Egipto, Cambises, vino a Sais. Su Majestad fue en persona al templo de Neith. Hizo una gran prostración ante Su Majestad [la de la diosa] como todos los reyes habían hecho antes. Hizo una gran ofrenda de toda cosa buena a Neith-la-Grande, la madre del dios, y los grandes dioses que están en Sais, como había hecho antes todo rey bienhechor. Su Majestad hizo esto porque yo le hice conocer la grandeza de la majestad de Neith, que es la madre del mismo Re».

Con estos datos se puede tipificar la actitud de este alto funcionario en momentos decisivos para Egipto. El hecho de que los registre en su biografía significa que se sentía orgulloso de ellos. No hay el menor reproche para los invasores, aunque deplora los efectos de la invasión, que acarreó tragedias entre la población y la profanación de los templos, especialmente el de Neith, ocupados probablemente por la soldadesca persa. Toda su filosofía ética consiste en destacar su beneficencia para las víctimas de la guerra, a la que alude de una manera vaga e imprecisa. De una manera muy egipcia resalta su influencia cerca del Gran Rey Cambises. No debió ser el único y responde a un patrón de conducta muy típico de colaboracionista. Su carrera continúa bajo Darío.

Darío, rey de Egipto (522-485). Cuando subió al trono era sátrapa de Egipto Ariandes, hombre difícil, que tuvo que sofocar una revuelta en Libia, y probablemente también en Egipto reinó el descontento (Polieno, VII, 11,7). Es posible que a ello se deba el que Udjahorresne fuera a Susa, de donde volvió por orden de Darío: «La Majestad del rey del Alto y el Bajo Egipto, Darío, dotado de vida para siempre, me ordenó volver a Egipto cuando Su Majestad estaba en el Elam y era gran Jefe de todos los países extranjeros y gran Gobernante de Egipto, con el fin de restaurar el establecimiento de la Casa de la Vida... después de que había caído en ruinas. Los extranjeros me llevaron de país en país. Me entregaron a Egipto como había ordenado el señor de las Dos Tierras. Yo hice lo que Su Majestad me había mandado. Yo las equipé con sus equipos de gentes de alcurnia, no de baja. Yo les puse al frente de todo hombre ilustrado para enseñarles todos sus oficios. Su Majestad me ordenó darles toda cosa buena con el fin de que pudieran llevar a cabo sus oficios».

Ariandes fue condenado a muerte, según los griegos, por querer gobernar Egipto con autonomía de la corte de Susa.

Darío se preocupó de la prosperidad de Egipto y de sus instituciones, y se habla de una recopilación de leyes, que lamentablemente desconocemos. Hizo un viaje a Egipto para aplacar los ánimos revueltos, se preocupó de buscar un nuevo Apis y mandó construir un templo en el oasis de Jarga. Terminó el canal entre el Nilo y el Mar Rojo.

La derrota de los persas en Maratón suscitó una sublevación general de los súbditos de Darío en la que participó Egipto.

Jerjes (485-464). Egipto seguía sublevado cuando subió al trono, por lo que el año 483 tuvo que hacer un viaje al país del Nilo para sofocarla, lo que consiguió hasta el punto de que la flota egipcia combatió en Salamina al lado de la armada fenicia contra los griegos.

Artajerjes (464-424). La gran victoria griega en la guerra médica creó un clima de inquietud, que provocó una dureza represiva. Egipto volvió a sublevarse bajo Inaros y Amirteo de Sais, apoyados por una flota mandada por Karitimides que llegó a Menfis, y que junto a tropas egipcias vencieron en Papremis aunque en la acción cayeron Karitimides y el sátrapa Aquemenes. La llegada de refuerzos persas inclinó la balanza en su favor, y al final la expedición griega acabó en un fracaso. Inaros fue hecho prisionero y crucificado en Susa. Amirteo continuó la resistencia, aunque sin gran éxito. Poco después viaja Heródoto a Egipto. La impresión que da su descripción es de un país en paz por donde se circula sin dificultad.

Darío II (424-404). La oposición egipcia al régimen persa estalló el año 410 en el Alto Egipto con marcado carácter de xenofobia contra los judíos establecidos en Egipto desde hacía unos cien años. Esta comunidad ha dejado una rica documentación en lengua aramea. Eran considerados colaboracionistas de los persas y servían como mercenarios. El año 17 de Darío fue destruido su templo.

2. DINASTÍA XXVIII.

Amirteo (404-398). Una vez más la resistencia egipcia partió de Sais por obra de Amirteo, aprovechando la guerra civil entre Ciro el Joven y su hermano Artajerjes. Fue reconocido por todo el país.

3. DINASTÍA XXIX

Neferites I (398-292). La *Crónica demótica* dice de él: «Como ha obrado justamente [los dioses] han hecho que le suceda su hijo después de él: pero le han dado pocos días a él, a causa de inmensas desgracias que ocurrieron en su tiempo». Este juicio refleja la buena opinión que dejó en la tradición egipcia posterior, por cuanto esta crónica, redactada en época helenística, califica a los reyes egipcios según su conducta como lo hace la historiografía judía. En su tiempo Agesilao, el rey espartano, lanza su gran ofensiva contra Persia, e inicia negociaciones con Neferites, quien pone a su disposición 100 trirremes y 500.000 sacos de trigo, envío interceptado por Conón.

Achoris (391-379). El año 398 reinaban dos faraones: Muthis y Psamuthis, completamente desconocidos, sabemos algo más de Achoris, que continuó luchando contra los persas. Construyó en Karnak, Medinet Habu y Tôd. Le sucedió Neferites II, destronado por Nectanebo I.

4. DINASTÍA XXX

Nectanebo I (378-369). El primer año de su reinado promulgó un decreto hallado en el templo Neit de la ciudad de Naucratis, que ha sido uno de los textos más discutidos de toda la egiptología. Para todos los intérpretes se ordenaba en el decreto que el diez por ciento de todas las importaciones y manufacturas locales fueran entregadas al templo, y así se dice en innumerables libros de historia de

Egipto. Contra esta idea admitida, M. Lichtheim ha interpretado que lo que en realidad hay que entregar es el diez por ciento de los impuestos recaudados, sin que se especifique el tanto por ciento. «Dése el uno por diez [de] oro, plata, madera, de madera labrada, de todo lo que venga del Mar de Los Griegos, de todos los bienes, registrados para el dominio real en la ciudad llamada Hent [probablemente el puerto de Naucratis]; y el uno por diez [de] oro, de plata, de todas las cosas que se producen en Pi-Merit, llamada Naucratis, en la ribera del Anu (brazo canópico el Nilo) que se registran en la posesión del rey, para hacer una ofrenda divina a mi madre Neith para siempre, además de lo que había antes».

Persia insistía en recuperar Egipto y envió una expedición mandada por Farnabazo, sátrapa de Siria, que los historiadores griegos cifran en 200.000 persas y aliados y 20.000 mercenarios griegos.

Era caudillo de los mercenarios griegos el famoso Ificrates y sus conflictos con Farnabazo dificultaron la empresa, dando tiempo a Nectanebo para reagrupar sus fuerzas y sitiar a las fuerzas invasoras que no debían ser tan numerosas como dicen. Al desastre persa contribuyó una inundación del Nilo. El hecho es que Nectanebo fue un rey constructor, cuyas obras son un buen testimonio del arte saítico. Se abrieron las canteras del Wadi Hammamat para las obras de Karnak, Tôd, Edfu, Menfis, etc.

Teos (361-359). Fue aliado de los griegos y en especial del rey Agesilao, que habiendo acabado en capitán de mercenarios, llegó a Egipto con un millar de hoplitas y allí se reunió con Cabrias y juntos planearon la guerra contra Persia, con un ejército de espartanos, atenienses y egipcios. Agesilao y Teos acabaron peleándose y el espartano apoyó al joven Nectanebo, que volvió a Egipto, mientras que su padre Teos se refugió en Persia donde permaneció hasta su muerte.

Nectanebo II (359-341). Subió al trono apoyado por Agesilao, frente a los egipcios que se habían amotinado en Mendes. Fue el último faraón del Egipto independiente. Y en este sentido es muy ilustrativo hacer hincapié en su labor constructiva, digna de un faraón de cualquier época de la historia egipcia, lo cual indica que el ideal de la realeza egipcia se mantuvo fiel a sí misma hasta el último momento. Así se entiende que tanto los griegos como los romanos no dejaran de erigir templos dentro del estilo tradicional. Pero Artajerjes III Ochos había decidido rehacer el imperio persa y Egipto era la meta más deseada. Sometió Fenicia y Palestina y llegó a Pelusium donde los egipcios ofrecieron resistencia. Los mercenarios griegos de Clinias de Cos fueron derrotados y el rey se retiró a Menfis, cayó Babustis y Nectanebo huyó a Nubia. Egipto volvía a ser una provincia persa.

5. ESTADO Y SOCIEDAD. III PERÍODO INTERMEDIO

Durante el tercer período intermedio el estado sufrió transformaciones muy profundas, en un lento proceso que dura desde 1050 hasta 664. Si se atiende a los textos de contenido político, el faraón sigue siendo la cabeza visible del estado que gobierna, como siempre, con sus visires. Ahora bien, a finales de la dinastía XXI la sucesión de unos cuantos titulares de la corona mediocres, a lo que podemos juzgar, y una serie de factores que nos son completamente desconocidos, fueron degradando la institución monárquica, que acabó en un gobierno local

en Tanis, aunque fuese reconocido por todo Egipto, mientras en la misma ciudad gobernaba Smendes, como verdadero faraón que acabó por serlo oficialmente. En el Alto Egipto el poder fue asumido por los grandes sacerdotes de Amón, y de una manera o de otra se acentuarán las tendencias separatistas del sur. Nubia se separa para siempre y llevará una vida independiente. En todo este caos político se va produciendo una nueva estructura socio-política. Los libios y sus aliados, que se establecieron en el Delta y el Egipto Medio, como Heracleópolis, como guarniciones en las fortalezas reales, y como detentadores de tierras cedidas por el rey, fueron adquiriendo importancia a lo largo de siglo y medio, algo así como los bárbaros asentados dentro del *limes* romano a partir del siglo III, salvando todas las distancias que hay que salvar. Los caminos para llegar al poder fueron, es de suponer, muy variados, pero uno de los conocidos fue la ocupación de los cargos sacerdotales que se doblaron con el desempeño de mandos militares. Sin embargo los faraones libios, con alguna excepción, nunca consiguieron crear un estado unitario como lo fue Egipto en sus buenos tiempos, y al final se escindieron en dos dinastías paralelas, que reinaron juntas sin eliminarse una a otra. Y cuando un hombre de un carácter excepcional estaba a punto de construir un Egipto unido, intervino un factor externo del mayor interés para la historia de Egipto. Los soberanos de Napata son un ejemplo de bárbaros extraliminares, que consiguen conquistar el valle del Nilo siguiendo una tendencia que tenían muchos siglos de existencia. Los soberanos de la XII dinastía, según algunos, fortificaron la segunda catarata para oponerse a la presión que ejercían los nubios sobre la Baja Nubia. Ahora las cosas eran muy distintas. Egipto estaba en manos de soberanos débiles, y el grado de desarrollo de los nubios era mucho mayor tanto técnica como culturalmente.

Por lo que hace a los cambios estructurales del país en este tercer período intermedio son significativos. La descripción del país que encontramos en la gran inscripción de Pianji es reveladora. Las ciudades están amuralladas, aunque no resulta fácil saber por qué. El Bajo y el Medio Egipto están gobernados por dinastas locales, que tienen sus rivalidades y sus ejércitos particulares, que se anulan unos a otros, en luchas de poca monta. Pero al mismo tiempo tenemos noticias escasas y confusas sobre auténticas conmociones sociales con revoluciones o algo parecido, sobre todo en el Medio y el Alto Egipto. A finales del Imperio Nuevo surgieron las huelgas de la región tebana, ocasionadas por la falta de pago de la corona a los obreros que trabajaban en la construcción y decoración de las tumbas reales. Más tarde, los saqueos de tumbas tampoco son un indicio de paz social. Asimismo hay que señalar que las conjuras de finales del reinado de Ramsés III indican una crisis de la monarquía. Unas complicadas relaciones, en su mayoría, desconocidas, producen auténticamente revoluciones en tiempos de Herihor y después cuando Osorkón era gran sacerdote de Tebas. No debemos pasar por alto un testimonio ciertamente literario, pero no por ello desmerecedor de estudio, que es el mundo caballeresco descrito en el llamado ciclo de Pedubast, plasmado muchos siglos después, que en términos generales podemos comparar con el mundo micénico descrito en los poemas homéricos. Para concluir algo sobre este mundo en cambio es necesario remitirnos al hecho de las nuevas capitales que van siendo sedes del poder político: Heracleópolis, Tanis, Bubastis, Leontópolis y poderosas fortalezas como el-Hiba (Teudoi), con todo lo que esto supone de nuevas construcciones, traslado de funcionarios, etc. Los templos siguieron

siendo un elemento fundamental, tanto por su riqueza como por la importancia política de que gozaron.

6. EL EGIPTO SAÍTA

Después de la dominación libia y de la asiria, Egipto renace en el mejor sentido de la palabra, prueba de que no se había agotado la capacidad histórica de este país, tanto en lo político como en lo sociocultural y espiritual. Si atendemos a la literatura veremos como se sigue escribiendo en egipcio clásico con una ideología tradicional. Sin embargo, por esta misma época, mediados del siglo VII, comienza el demótico, es decir, la lengua vernácula del momento. Hay en el terreno del arte una clara intención de la afirmación de lo egipcio tradicional, a veces con un tinte arcaizante evidente. Pero de todos modos no se puede explicar el renacimiento saíta sólo con una perduración inerte del pasado, sino que hay que concederle entidad propia no exenta de originalidad.

La realidad de las dominaciones extranjeras había demostrado la flaqueza intrínseca de Egipto, y el «feudalismo» del tercer período intermedio, la debilidad del faraón frente a los reyezuelos que dominaban el país. A mayor abundamiento, la importancia de los grandes sacerdotes y los generales aparecía como una fuerza a tener en cuenta. El gobierno central tuvo como capital Menfis. Siguió existiendo el visir. Eran altos funcionarios el «director de las granjas», el «escriba de cuentas», el «jefe del ejército» y el «almirante de la flota». La administración provincial recogió parte de la herencia anterior libia y se establecieron los nomos en número de cuarenta, con una administración propia dirigida por el monarca con sus escribas y tribunales. Las aldeas, última unidad, era regida por el *hâti-â*, que también puede ser jefe administrativo de una ciudad. El fin fundamental de la administración era ahora, como había sido siempre, la recaudación de impuestos para el mantenimiento de la corte y toda la política faraónica. Por esta época aparece la organización de las aduanas, tanto en el sur del país como en el norte en los puertos mediterráneos. Ya hemos visto el decreto de Naucratis de Nectanebo, como ejemplo. Si juzgamos la prosperidad de Egipto, como suele hacerse, por el número y calidad de los edificios construidos, hemos de admitir que la actividad edilicia de los faraones saítas no desmereció de la tradición antigua, tanto en cantidad como en calidad. Egipto seguía siendo uno de los países más ricos, capaz de enviar socorros a los griegos en momentos de apuro.

7. LA SOCIEDAD SAÍTA

La mejor fuente es Heródoto. Hablando de Momenfis dice (II, 163) que la ciudad egipcia está dividida en siete clases de personas: la de los sacerdotes, la de los guerreros, la de los boyeros, la de los porqueros, la de los mercaderes, la de los intérpretes y la de los marineros. Y a renglón seguido añade que estos son los gremios de los egipcios que toman su nombre del oficio que ejercen. Naturalmente Heródoto no se refiere a clases sociales propiamente dichas. Sería ridículo considerar que los militares o sacerdotes pertenezcan todos a la misma clase. De hecho sabemos que los militares de alto rango desempeñaban al mismo tiempo elevados sacerdocios, y al revés.

Los *sacerdotes* siempre fueron una clase privilegiada, y aún teniendo en cuenta las distintas categorías existentes en su complicada jerarquización, participaban en mayor o menor medida del alto *status* económico de los templos, que en conjunto siguieron detentando un gran tanto por ciento de la propiedad del suelo egipcio. Recordemos la rica dote que recibió Nitocris de su padre cuando fue promovida a «esposa divina de Amón».

Los *militares* o guerreros tenían, según Heródoto, una alta consideración y se pregunta si esta estima fue tomada de los griegos, también admiradores del estamento militar. Ya hemos hablado a lo largo de la narración política de los altos mandos, ahora citaremos el testimonio herodoteo de que disfrutaba cada uno de doce *aruras* o yugadas de tierra libres de todo trabajo. Cada año dos mil soldados servían en la guardia real, por lo que recibían además una ración diaria de cinco minas de pan cocido, dos minas de carne de buey y cuatro sextarios de vino. Se dividían en dos clases, *calasirios* y *hermotibios*, los primeros asentados en el sur del Delta y el brazo pelusiaco y los segundos en el occidente y centro del Delta. Contaba unos con 250.000 hombres y otros con 150.000, cifra a nuestro juicio exagerada, pero admitida por egiptólogos de solvencia. Aunque Heródoto no los cite es necesario tener presente la clase de los *funcionarios* administrativos que en Egipto siempre fueron numerosos e importantes.

La *clase artesanal* comprendía los enumerados por Heródoto y seguramente a muchos más: escultores, pintores, canteros, bataneros, tejedores, joyeros, etc.

Hasta aquí se trata de hombres libres en el sentido que puede darse a esta palabra en Egipto, que no tiene nada que ver con el concepto de libertad que crearon los griegos. Los siervos de la gleba era una institución tradicional en Egipto como trabajadores de las tierras poseídas por los templos, el faraón, los grandes terratenientes o incluso los medianos, porque el faraón cuando donaba un fundo lo hacía con sus siervos correspondientes, y otras veces se daban los siervos solos, en algún caso prisioneros de guerra. Es difícil distinguir con nitidez entre siervos y esclavos, pero está demostrado que existían estos últimos en sentido estricto, entendiendo por tales los individuos que no poseían nada y eran vendidos por sus dueños. Procedían de extranjeros prisioneros de guerra, o traídos por comerciantes, pero los propios egipcios podían verse reducidos a esta condición. No faltaba la esclavitud voluntaria en casos de extrema necesidad.

Los *extranjeros*. El valle del Nilo a través de su historia fue siempre un centro de atracción para los extranjeros: libios, asiáticos, nubios... Durante el Imperio Nuevo, la afluencia de pueblos vecinos aumentó por la propia posición del estado que abarcaba distintas nacionalidades dentro de sus fronteras. El fenómeno fue en aumento con el paso del tiempo, y en la época saíta se incrementó con nuevas aportaciones de foráneos. Ahora hubo un nuevo factor que tendría influencia especial. Los griegos en primer lugar, asentados, como hemos visto, en Naucratis y otras ciudades. Además los judíos, empujados por los asirios y babilonios. Frente a ellos, especialmente frente a los judíos, se despertó una cierta xenofobia, a la que nos hemos referido. Algunos han resumido esta actitud egipcia como una mezcla de orgullo y de rencor frente a los no egipcios.

DOCUMENTOS

1. NEOBABILONIA: NABUCODONOSOR II

Šamâs-uballit y Urbartum, hijos de Zabir, hijo de Paši-Manne han libremente dado a Nanâ-dirat y su hijo de pecho, sus esclavos por 19 siclos de precio reducido a Kâsir y Nàdin-Marduk, hijos de Ikiša-aplu, hijo de Nùr-Sin. Contra rebelión, el ejercer el derecho de retracto, excepción del servicio real y adopción garantiza a... Samâs-Uballit y Ubartum. Testigos: Na'id-Marduk, hijo de Mahumâsir, hijo de Dabibi, Bil-šumišbum, hijo de Marduk-zîr-ibni, hijo de Irani, Nabû-usallim, hijo de Bîl-ahî-iddin, hijo de Bil-aplu-usur. En presencia de su madre Damkâ y el escriba Nûr-Îa, hijo de Ina-Isaggil-zîri, hijo de Nur-Sin. Babilonia, 19 bišlimu, año 8 de Nabû-kudur-usur, rey de Babilonia.

(Texte juristischen und geschäftlichen Inhalts, von, F. E. PEISER, Keilschriftliche Bibliothek, IV, 1, Berlín 1896, pág. 185)

2. NEOBABILONIA

Estos son los jueces ante los que Šamik-zir, hijo de Zirûtu y Balatu, hijo de Nasikatum, la esclava del secretario del País del Mar, llevan el proceso sobre la casa, respecto a la casa y a la tablilla, que Zirûtu, el padre de Sâpîk-zir selló y le dio Balâtu, y que Balâtu cambió con Sâpik-zir, y transfirieron a casa de Sapik-zir, trajeron la tablilla y se la dieron a Sâpik-zîr: Nabû-itîr-napšati, prefecto del País del Mar. Nabû-šuzzigani, el «segundo» del País del Mar. Marduk-irba, el burgomaestre de Uruk, Imbî-ilî, sacerdote de Ur, Bîl-uballit, hijo de Marduk-sûm-ibnî, el prefecto del «más allá», Aplâ, hijo de Sûzubu, hijo de Bakûtu, Masizib-Bîl hijo de Nâdim-abi, hijo de Babûtu. Masizib-Bîl, hijo de Nâdim-ahî, hijo de Šana-Šišu, Bânîa, hijo de Aplâ, sacerdote de la casa de Šadûrabû, Šamaš-ibni, sacerdote de Sadû-rabû. Babilonia, 6 de Nisan, año 17 de Nabu-kîdur-usur, rey de Babilonia.

Ibidem, pág. 185

3. NEOBABILONIA: NABONIDO

Toma de Jerusalém

Año 4. El rey de Akkad envió su ejército y marchó al país de Hatti. [Marcharon] sin oposición a tierras del país de Hatti. En el mes de Kislimu tomó el mando de su ejército y marchó hacia Egipto. El rey de Egipto tuvo noticias [de ello] y envió su ejército; chocaron en combate abierto y se infligieron graves pérdidas entre sí. El rey de Akkad y su ejército volvieron a Babilonia...

Año 7, mes de Kislimu, el rey de Akkad movilizó su ejército hacia el país de Hatti, puso sitio a la ciudad de Judá y el rey puso sitio a la ciudad el segundo día del mes de Addaru. Nombró en ella un [nuevo] rey de su gusto, tomó un gran botín y lo trajo a Babilonia.

PRITCHARD, *op. cit.* II, pág. 112

4. EL VIAJE DE UNAMÓN A FENICIA

Año V, mes de la III estación, día 16: el día en que Unamón, Superior del Antepatio de la Casa de Amón, Señor de los Tronos de los Dos Países, partió en busca de maderamen para la grande y augusta barca de Amón-Re, Soberano de los Dioses, que está en el Río y que se llama: «Amón-user-he». El día en que llegué a Tanis, lugar donde Smedes y Tanetamón estaban, les entregué las cartas de Amon-Re, Soberano de los Dioses, e hicieron que se leyeran en su presencia. Y dijeron: «¡Sí, haré lo que Amon-Re, Soberano de los Dioses, nuestro Señor, ha dicho!» pase el IV mes de la III estación en Tanis. Y Ne-su-Ba-neb-Ded y Tanet-Amón me despidieron con el capitán del barco Menget-bet, y me embarqué en el gran mar sirio el I mes de la III estación, día 1.

Arribé a Dor, ciudad de los tjeker, y Beder, su príncipe, hizo que me trajeran 50 panes, una jarra de vino y una pata de buey. Y un hombre de mi barco huyó y robó una vasija de oro, estimada en 5 deben, cuatro jarras de plata, evaluadas en 20 deben, y un saco de 11 deben de plata. Total de lo que él robó: 5 deben de oro y 31 deben de plata.

Me levanté por la mañana y fui al lugar en que el príncipe estaba, y le dije: «Me han robado en vuestro puerto. Tú eres el príncipe de esta tierra, y tú eres su responsable. Busca mi dinero, pertenece a Amón-Re, Soberano de los Dioses, señor de los países; pertenece a Smendes; pertenece a Heri-Hor, mi señor, y a los otros grandes personajes de Egipto. Te pertenece; pertenece a Weret; pertenece a Mekmer; pertenece a Zakar Baal, el príncipe de Biblos.»

Y él me dijo: «¿Hablas en serio o inventas? ¡No admito la acusación que me presentas! Supuesto que hubiera sido un ladrón de mi tierra el que fue a tu nave y robó tu plata, te hubiera compensado con mi tesoro hasta que hubiesen hallado a ese ladrón tuyo, sea quien fuere. ¡Pero el ladrón que te robó te pertenece! ¡Pertenece a tu barco! Pasa conmigo algunos días para que pueda buscarle».

Traducción de SIR A. GARDINER, *Egypt of the pharans*, págs. 306-307

5. EGIPTO-BAJA ÉPOCA. AMASIS

Ejercía la administración de los negocios de la siguiente manera. Por la mañana hasta el momento en que la plaza está abarrotada de gente, resolvía con celo los asuntos que le presentaban; y después de esto, bebía y gastaba bromas a sus compinches de juerga y se mostraba vanidoso y desenfadado.

Preocupados por estas cosas, sus amigos se lo recriminaron diciéndole: «Oh, rey: tú no te has comportado rectamente dejándote llevar a una excesiva campechanería; tú deberías, sentado majestuosamente en un majestuoso trono, deberías ocuparte todo el día de los asuntos, y así los egipcios se sabrían gobernados por un gran hombre y tendrías mejor reputación. Lo que haces ahora no es propio de un rey.» Este les replicó así: «Los que tienen arco, si tienen necesidad de usarlo, lo tensan, y después de haberlo usado lo destensan. Porque si estuviera todo el tiempo tensado se rompería, y si lo necesitaran no podrían utilizarlo. Tal es la condición humana: Si quisiera estar siempre aplicado a cosas serias sin dedicar nada a la diversión, me transformaría sin darme cuenta en un loco o un tonto. Y porque lo sé, reparto una parte a cada uno.» Esto fue lo que contestó a los amigos.

(HERÓDOTO, II, 173.)

6. EGIPTO-BAJA ÉPOCA: SOMTUTEFNAJ

El príncipe, conde, tesorero real, compañero único; sacerdote de Horus, señor de Hebnu; sacerdote de los dioses del nomo de la Gacela, sacerdote de Somtus de Yat-hehu; divino de boca, supervisor de la ribera; sacerdote jefe de Sajmet en todo el país, Somtutefnaj, nacido de la señora Anjet; él dice:

¡Oh Señor de los dioses, Arsafes,
Rey de las dos tierras,
Gobernante de las riberas,
cuyo orto ilumina la tierra,
cuyo ojo derecho es el disco solar,
cuyo ojo izquierdo es la luna,
cuyo *ba* es la luz del sol,
de cuyas narices viene el viento del norte
para hacer vivir todas las cosas!
Yo soy tu servidor,
mi corazón está en tu agua.
Yo he llenado mi corazón contigo.
Yo no he sostenido ninguna ciudad excepto tu ciudad,
no dejé de poner su fama ante la de todas;
mi corazón buscó justicia en tu templo noche y día.
Tú me recompensaste un millón de veces.
Tú me diste acceso al palacio.
El corazón del buen dios estaba contento con mi discurso.
Tú me distinguiste ante millones.
Cuanto tú volviste tu espalda a Egipto.
Tu pusiste el amor hacia mí en el corazón del gobernante de Asia,
sus cortesanos alabaron a dios por mí.
Él me dió el cargo de sacerdote jefe de Sajmet,
en lugar del hermano de mi madre.
El sacerdote jefe de Sajmet del Alto y el Bajo Egipto, Nekhtneb.
Tú me protegiste en el combate de los griegos,
cuanto tú rechazaste a los de Asia.
Ellos mataron un millón a mis lados,
y ninguno levantó su brazo contra mí.
Después te vi en mi sueño,
Tu Majestad diciéndome:
«¡Corre a Hnes, yo te protejo!»
Yo crucé los países sólo,
Surqué el mar, intrépido,
Sabiendo que yo no había olvidado tu palabra,
llegué a Hnes, mi cabeza no perdió un cabello.
Como mi comienzo fue bueno por ti,
también tú colmaste mi final.
Tú me diste una larga vida en felicidad.»
...

Traducción de M. LICHTHEIM, *Anc. Egyp. Lit.* III, págs. 41-42

BIBLIOGRAFÍA

A) BABILONIA

P. GARELLI: «Nabonide», en *Dictionnaire de la Bible*, Supl. 6 (1958) págs.269-285.

L. W. LAMBERT: «Nebuchadnezzar King of Justice», *Iraq*, 27 (1965), págs. 1-11.

St. LANGDON: *Die neubabylonische Königsinschriften*, Leipzig, 1912.

M. LEIBOVICI: «Nabucodonosor», en *Dictionnaire de la Bible*, Supl. 6 (1958), págs. 286-291.

W. VON SODEN: «Das Ende Assyriens und die Chaldäerkönige in Babylon» en *Herrsher in Alter Orient*, Págs. 135 y sigs.

D. J. WISEMAN: *Chronicles of Chaldean Kings*, Londres, 1956.

B) EGIPTO

H. BREASTED: *Ancient Records of Egypt*, Vol. IV. Chicago, 1906.

E. BRESCIANI: *Letteratura e Poesia dell'antics Egitto*. Torino, 1969.

F. K. KIENITZ: *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende*, Berlín, 1953.

E. OTTO: *Die biogrkaphischen Inschriften der ägyptischen Spätzeit*, Leiden, 1954.

G. POSENER: *La première domination perse en Egypte*, El Cairo, 1936. HERÓDOTO, II, III.

CAPÍTULO XVIII

PERSIA

1. IRÁN EN EL III MILENIO

La historia de Persia es una continuación de la historia del Oriente siguiendo un proceso que tiene un especial interés para el investigador y en general para el historiador de la antigüedad. Representa uno de los casos más curiosos de una serie de pueblos que sufren una profunda aculturación procedente del foco mesopotámico y llega a formar el imperio oriental de mayor extensión.

En la segunda mitad del IV milenio a.C. aparece en Susa una cerámica monócroma roja con asas y pitorro tubular, lo mismo que en la Mesopotamia de Uruk IV, y hacia el 3000 se inventa en Susa una escritura llamada protoelamita contemporánea de Jemdet Nasr. A partir de entonces la influencia cultural mesopotámica irá penetrando en la meseta irania que en su parte occidental (Giyan) sigue con las viejas tradiciones mientras que en el norte (Hissar) evoluciona lentamente. La parte central de la meseta (Siyalk) recibe la influencia de Susa con sus cerámicas rojas y grises y la escritura protoelamita. La superioridad cultural de Susa se manifiesta en el empleo de una escritura aún no descifrada.

A principios del III milenio los textos escritos mesopotámicos empiezan a arrojar luz sobre la historia del *plateau* iranio, pero además el Elam entra muy pronto en la historia con su propia documentación. Al mismo tiempo los mesopotámicos entran en contacto con Susa. Sargón de Akad, primero y su hijo Manishtusu después, hicieron expediciones contra el Irán. Bajo Naram-sin estalló una revuelta desde el Elam hasta el Zab, pero fue reprimida; se nombró un alto gobernador por Naram-sin y se desarrolló un vasto proceso de influencia cultural con la implantación del akadio como lengua. El siguiente gobernador de Naram-sin Puzur-inshushinak emprendió una serie de campañas contra los guteos situados al norte, hizo gran botín y a la muerte de Naram-sin se proclamó independiente e invadió Mesopotamia aunque fue rechazado. Después de él hicieron lo mismo los lulubis y los guteos. Los lulubis ocuparon la zona situada en la vía

que va desde Bagdad por Kermanshah a Hamadan y Teherán. Sargón y Naramsin habían atacado a estos pueblos montañeses. El último inmortalizó su expedición en la famosa estela del Louvre, una de las obras maestras del arte universal. Esta penetración militar produjo una influencia cultural que se concreta en los bajorrelieves de dos de sus reyes en las rocas de Sar-i-Pul-i-Zahab. Uno, el del rey Tar Lunmi y otro, el de Anubanini, de clarísima influencia akadia. Ambos demuestran el alto grado de asimilación de las formas artísticas akadias entre los indígenas lulubis.

Los guteos habitaban en la cuenca del alto Diyala superior y su proceso histórico es parecido al de los lulubis, aunque son más agresivos que ellos. Fueron un caso típico de bárbaros que se sintieron atraídos por la vida más civilizada de las ciudades mesopotámicas. Su invasión dio al traste con la dinastía akadia y dominaron durante cien años las ciudades del sur de Mesopotamia. Expulsados por los neosumerios, la dinastía de Ur III volvió a la ofensiva contra los montañeses e incluso Elam volvió a caer en sus manos; pero a su final volvieron éstos, esta vez el rey de Shimash (oeste de Isfaán), pero también fueron rechazados por los reyes de Isin que se apoderaron de Elam. Este proceso estaba determinado por la necesidad de los sumero-akkadios de buscar materias primas para su economía: unas que venían de Armenia como el plomo, el lapislázuli de Badashan y otras del propio Irán como el oro, el cobre, el estaño, la piedra y la madera. Como vemos, este proceso afecta a la zona de los Zagros en contacto directo con Mesopotamia. El centro del país es desconocido y sólo la arqueología ayuda a la recontrucción histórica. En Tepe Giyan y Tepe Hissar se ve una continuidad cultural que no es interrumpida por novedades.

2. EL II MILENIO

Los arios.– Evidentemente el hecho más trascendente de la historia del Irán es la aparición de los iranios en el II milenio. El problema es uno de los temas más discutidos de la historia del Oriente Medio que se ha tratado desde dos puntos de vista diferentes: desde el ángulo lingüístico y desde el arqueológico. Los resultados han sido hasta ahora escasos, porque el problema se integra en otro más general cual es el de la reconstrucción de la patria originaria y el nivel cultural de esos llamados indoeuropeos primitivos, que en un largo proceso migratorio se van asentando en territorios que en general eran más cultos y habían desarrollado una civilización urbana. La reconstrucción de una lengua indoeuropea común ha sido uno de los esfuerzos más consistentes de la lingüística comparada. Pero poco puede aprovechar el historiador de estas elucubraciones más teóricas que otra cosa. Por su parte la arqueología con sus limitaciones intrínsecas es incapaz de definir períodos históricos propiamente dichos, si no tiene el apoyo de los testimonios escritos. El fenómeno de la iranización de la meseta irania hay que inscribirlo dentro del proceso del asentamiento de los pueblos de lengua indoeuropea en el Oriente Próximo. Ya hemos visto a los hititas, a los mitanni y a los kasitas (?). Estos pueblos sufrieron evoluciones distintas. Los primeros conservaron su lengua aunque su cultura es fundamentalmente oriental; los mitanni no son propiamente un pueblo indoeuropeo, sino un grupo que fundido con los hurritas no indoeuropeos ni semitas, conservó algunos antropónimos de

tipo indoeuropeo, lo mismo que los kasitas que sólo son indoeuropeos en una ínfima proporción, por lo menos en cuanto a lengua y cultura.

Lingüísticamente se ha reconstruido una *Ursprache* o lengua madre de donde se derivarían en una concatenación compleja las lenguas de la gran familia indoeuropea. Basándose en esta lengua reconstruida, se ha intentado definir la cultura material, la estructura familiar y las creencias religiosas de los indoeuropeos. Se supone que antes de la dispersión estaban en el umbral de la edad de los metales dado que hay palabras comunes para metales (ind. **aios* «metal»; lat. *aes*, «bronce, cobre»; sánsc. *áyas*, «hierro»). Probablemente habían domesticado el caballo *(*ekuos)*, y estaban familiarizados con la agricultura (**ar*, «arar»). Algunos creen que no conocían el mar. En cuanto a organización social el problema es aún más difícil. Suele decirse que eran guerreros y belicosos y que probablemente tenían «una sociedad organizada similar a la de los turcos y a la mayoría de los pueblos migratorios (Frye); eran patriarcales y la unidad principal era la "gran casa" (**ueik, uoik-os*) y la aldea (lat. *vicus*)». Por lo que hace a la religión las dificultades continúan. Abandonadas las viejas teorías de Max Müller y su escuela, hace años Dumézil lanzó sus teorías que se pusieron de moda hace quince años. Para este autor las creencias de un pueblo son un reflejo de las funciones de la sociedad, lo cual no es nada nuevo, pero lo nuevo de Dumézil fue pensar que en el mundo indoeuropeo primitivo existía una sociedad tripartita en sus funciones: la primera detentada por los sacerdotes con aspectos jurídicos y mágicos, la segunda función era la del espíritu marcial, dominio de los guerreros, mientras que la tercera era la fecundidad o crecimiento propia de los labradores y siervos. Cada una de estas funciones tendría sus dioses propios y especializados. No podemos entrar aquí en una discusión a fondo del problema indoeuropeo en general, pero debemos hacer constar que en todas las elucubraciones de este tipo hay una buena carga de ideología política y una tendencia a una ecuación entre lengua, raza y religión, e incluso a creer que los pueblos, o cada pueblo, tienen rasgos culturales estructurales diferentes.

Volviendo a los indoeuropeos del Irán, para unos los indo-arios, llegaron por las montañas orientales, pero no se sabe si a través del Cáucaso o desde Asia central. En principio los indo-arios indivisos están fuera de duda que eran pastores y agricultores y conocían los metales, tal como se puede reconstruir su vida a través de los *Vedas* y los *Gathas*, libros en los que el ganado aparece como fuente primaria de alimento y riqueza. Sabemos también que el caballo y el carro de guerra eran importantes. De la agricultura se cultivaban gramíneas y leguminosas. Socialmente la unidad más importante era el clan (avéstico, *zantu*, sánscrito *junah*, latín *genus*).

Frye no cree que se pueda rastrear la organización tripartita de Dumézil en esta sociedad agrícola pastoril. Veamos ahora cómo entiende el problema un investigador del tipo de Girshman, basándose fundamentalmente en datos arqueológicos. Para este autor hubo dos oleadas invasoras; una a principios del II milenio que estaba formada por los hititas, los mitanios y los kasitas, y la rama oriental que cruzó la Transoxiana y el Oxus (Amu-Daria) y después de un alto en la Bactriana, pasó el Indokush y llegó a la llanura del Indo, los indos. Es posible que durante este paso de los indos por Bactria, algunas bandas se dirigieran al oeste y fueran responsables de la destrucción de Tepe Hissar, fechable a mediados

del II milenio, aunque hay que tener presente que no es segura ni la fecha ni la identificación de los destructores. A principios del I milenio se produce otra oleada invasora indoeuropea que coincide con la introducción del uso del hierro en la meseta irana. Son verdaderos iranios que vinieron por el mismo camino que sus antecesores del II milenio en oleadas sucesivas, pero mientras que los primeros fueron absorbidos por la población indígena asiánica, éstos segundos se establecieron y dominaron a la población indígena, quedando como elemento dominante en todo el país. Eran fundamentalmente ganaderos y agricultores dedicados muy especialmente a la cría y doma del caballo y se enterraban en tumbas en forma de casa. Hacia el oeste fueron contenidos por la cadena de los Zagros, a través de la cual recibieron una profunda influencia cultural de la propia Mesopotamia. Las formas de vida de estos iranos invasores, guerreros y conquistadores, destinados con el tiempo a ser los dueños del Oriente, se organizaron en pequeños estados y tienen todo el aspecto de bárbaros que se instalan sobre poblaciones sedentarias. El ejemplo mejor conocido es el de Tepe Siyalk, yacimiento que pudo ilustrar el modo de estos asentamientos de los conquistadores. Se construyó una muralla flanqueada de torres. Con su venida también cambiaron los ritos funerarios. Ya no se enterraba en el suelo de las casas, sino que se hizo en una necrópolis que ha dado muchos datos acerca de los tipos de los iranios invasores: bocados de caballos, cilindros y sellos, joyería de plata y bronce, aperos de labranza, puntas de flecha, espadas y una espléndida cerámica pintada que en sus piezas más características se nos presenta con vasos de pitorro largo, monócroma o pintada en negro, rojo o gris. Los motivos más corrientes, siempre bajo el efecto de un *horror vacui*, son los motivos solares, caballos alados, típicos del mundo indoeuropeo. También encontramos motivos humanos de hombres con cascos de plumas. Los cráneos humanos en su mayoría pertenecen al tipo braquicéfalo, antes desconocidos en Irán. La sociedad de estos invasores asentados, desde el punto de vista arqueológico puede describirse como una pirámide en cuya cúspide estaba el príncipe que vivía en su palacio y más abajo los nobles, los hombres libres poseedores de tierra y finalmente los desposeídos y los esclavos que, según Girshnan, recuerdan a la sociedad homérica.

3. LA UNIDAD DE LOS MEDOS

Los medos aparecen mencionados por vez primera en los *Anales* de Salmanasar III. El año 844 a.C. los asirios tuvieron noticias de los persas *(parsua)* y en 836 de los medos (madai). Parece que por esta época los persas estaban situados al suroeste del lago Urmia y los medos en las cercanías de Hamadán, pero las tribus se movían continuamente y los partos se trasladaron hacia el este en las Puertas Caspias, mientras que los persas lo hicieron a lo largo de los Zagros llegando a las montañas de Bahtiari. La decadencia de Asiria en la época de finales del siglo IX y principios del VIII hizo que los urartios adquiriesen cierta superioridad sobre los persas, pero la recuperación de Asiria bajo Tiglat-pileser III produciría una nueva intervención de los asirios contra Urartu y los medos. Aparece ahora la figura de *Deiokes* en tiempos de Sargón II, aliado de Rusas de Urartu. Este era un jefe medo que acabó prisionero de los asirios en Siria, pero los asirios bajo Sargón no dejaron de hacer expediciones a Irán y ello provocó la unidad de los medos, como tantas otras veces sucedió en la historia universal.

El hijo de Deiokes, llamado *Fraortes*, vivió en tiempos de Senaquerib (701-681) y consiguió unificar a los medos en torno a la «casa de Deiokes». El siglo VII vio la invasión de los cimerios y escitas que, procedentes de las estribaciones del Cáucaso aparecieron en el escenario próximo oriental como una tempestad, al principio, unidos y después divididos en dos ramas: los cimerios se establecieron en la ribera sur del Mar Negro cerca de Sínope, los escitas se fijaron al sureste del lago Urmia en el actual Azerbaiján, y uno de cuyos jefes, Partatua, pidió la mano de una princesa asiria. En medio de estos avatares, Fraortes logró la alianza de los cimerios y de los maneos y un buen entendimiento con los persas. Fiado en su fuerza atacó Nínive, pero fue derrotado y muerto el año 653 a.C., lo que ocasionó una invasión de Media por los escitas durante veintiocho años (653-625). Unidos con los cimerios se lanzaron contra el oeste y saquearon Asia Menor, norte de Siria, Fenicia, Damasco y Palestina llegando hasta la frontera egipcia.

En circunstancias difíciles sube al trono *Ciaxares*, que tuvo que reconocer la soberanía escita, pero no por ello dejó de reorganizar su ejército bajo modelos escíticos en lo que a caballería se refiere, y según Heródoto, ganó una victoria sobre Madyes, jefe de los escitas, y más tarde sobre los maneos y persas, con lo que quedó dueño del Irán Occidental con su capital en Ecbatana. Una vez más atacó a Asiria, tomó Harhar en el Diyala, y después lanzó un ataque contra Nínive, que resistió la embestida, ante lo cual se dirigió contra Assur con la alianza de Babilonia, cuyo rey Nabopolasar estaba dispuesto a destruir a los asirios a toda costa, y reforzó el pacto casando a su hijo Nabucodonosor II con Amytis, nieta de Ciaxares. La próxima vez, aliados medos y babilonios, tomaron Nínive (612). Ciaxares aprovechó el hundimiento del imperio asirio para anexionarse el reino de Lidia en una larga guerra que terminó por la mediación de Nabucodonosor II.

Astiages (584-549). Se encontró con una situación política en la que la antigua alianza con Babilonia se fue transformando en hostilidad, probablemente a causa de la disputa por Harran, pero en el fondo por una dinámica histórica de todos los tiempos. La astuta política de Babilonia pronto buscó un aliado entre los persas, pero como todos los hábiles, no pudo evitar el fracaso.

4. LOS PERSAS

La historia primitiva de los persas ha sido resumida más arriba. Ahora debemos destacar que hacia el año 700 los persas se encontraban en las montañas Bahtiari en lucha contra los elamitas, y bajo el legendario *Achemenes* fundaron un pequeño reino, aun bajo la soberanía elamita.

Teispes (675-640) hijo y sucesor de Achemenes, llevó el título de «rey de la ciudad de Anshan», rechazó el yugo elamita y tuvo que reconocer el de los medos, pero la derrota de Ciaxares le libró de él, aumentando el territorio de su mando con Anshan y Parsa. A su muerte el reino se dividió entre *Ariaramnes* (640-590) «rey de Parsa» y *Ciro I* (640-600) «rey de Parsumash». El hallazgo de una tablilla de Ariaramnes de oro, escrita en caracteres cuneiformes y en idioma persa antiguo, ha suscitado una bibliografía abundante que en su mayoría se inclina a considerarla como una elaboración posterior, pero de todos modos plantea el origen del sistema persa de escritura cuneiforme que la mayoría de los eruditos creen derivado del akadio, directamente o a través de una escritura anterior meda

o manea, ambas influidas por el urartio. De todos modos, los datos propiamente históricos que tenemos sobre los persas antiguos proceden de los historiadores griegos, fundamentalmente de Herodoto y el *Epítome de Ctesias* por Nicolás de Damasco. De gran interés para los primeros años son las fuentes asirias y la crónica babilónica de Nabonido. No obstante, sabemos muy poco de finales del siglo VII y primera parte del VI a.C. Sea o no auténtica la tablilla de Airaramnes, dice: «Este país de los persas que yo poseo, dotado de buenos caballos y hombres buenos, es el que me concedió el gran dios Auramazda. Yo soy el rey de este país».

Ciro I fue atacado por los asirios de Assurbanipal cuando éstos hicieron la campaña definitiva contra Elam y marchando hacia el este llegaron a las estribaciones de las montañas Bathiari, teniendo que entregar al príncipe Arukka como rehén. Estas y otras noticias nos permiten situar a los persas en el país llamado de Parzumash que comprendía la comarca de la actual ciudad de Masjid-i-Sulaiman, donde se encuentran unas ruinas que forman un recinto ciclópeo, construido de bloques de piedra sin mortero de posible influencia urartia, lo mismo que Bard-i-Nishundah y posiblemente algunas construcciones de Pasargada. De su sucesor *Arsames* poseemos otra tablilla, también atribuida por algunos a la época posterior y debió ser obligado a abdicar por *Cambises I* (c. 602-559).

Se casó con la hija de Astiages, rey de Media, y de este matrimonio nació *Ciro II el Grande* (559-530). Es sin duda una de las figuras más importantes de la historia del Oriente antiguo. Su leyenda puede compararse a la de Sargón de Akkad, del Moisés bíblico o de Rómulo y Remo en la tradición romana y en la propia Persia a la leyenda de Ardashir. Un sueño indicó a Astiages que su nieto lo destronaría y para evitarlo ordenó a su consejero Harpagos que lo matara. Este lo entregó a un pastor, cuya mujer Psipao *(perro)* había dado a luz a un niño muerto y que sustituido por Ciro, éste se crió entre los pastores. Cuando a los diez años fue descubierto por Astiages, los magos le hicieron una interpretación favorable del hecho y permitió que se reuniese con sus padres en Persia. Cuando fue mayor se sublevó y Harpagos fue enviado con el ejército medo contra él, pero éste y su jefe se pasaron al rebelde. Otras versiones de la leyenda (Ctesias) hacen hincapié en el carácter tiránico de Astiages. La realidad es desconocida. No sabemos si Nabonido ayudó a Ciro en su sublevación, pero es posible que viera con buenos ojos la emancipación del persa, ya que suponía un equilibrio frente al potente reino medo que había ocupado Harran, cuna de Nabonido. El caso es que Ciro venció a los medos y unificó el Irán bajo su mando, pero su victoria no fue del estilo de los asirios y babilonios, sino que tuvo un carácter conciliador propia de una nueva forma de entender la política. Ecbatana, la capital, fue conservada y en ella se instalaron los archivos. Como heredero del reino medo, Ciro era dueño de Asiria, Urartu, lo cual le ponía en contacto con el reino lidio de Creso. Probablemente al principio de su reinado sobre el Irán unificado, Ciro tuvo que emprender alguna expedición a la Meseta central o a Armenia, pero hacia el año 547 decidió ocuparse de Lidia, cuyo rey había aprovechado la caída de los medos para ensanchar sus dominios. Ciro se ganó la alianza de Cilicia, con lo que impedía el acceso de los egipcios aliados de Creso. Después de pedir la sumisión del lidio y éste rehusarla, marchó contra Sardes, la capital, después de tomar Harran en manos de Nabonido con lo cual lo echó al campo de sus enemigos, aliados de Creso, entre los que se encontraba Esparta como cabeza de los aliados

lacedemonios. La primera batalla se libró en el Halys y no fue decisiva, a la que sucedió otra en la que los camellos de Ciro espantaron la caballería lidia y Creso tuvo que refugiarse en su capital. Heródoto (I,87) relata la toma de Sardes y el perdón de Creso, pero una posible lectura de la *Crónica* de Nabonido autoriza a pensar que Creso fue muerto, aunque, con todo, creemos más probable el relato de Heródoto por acomodarse más al carácter de Ciro. Tomada Sardes, el persa se dirigió a las ciudades griegas de la costa, a las que sometió o sobornó: Asia Menor fue dividida en dos satrapías: una con capital en Sardes y otra «la de los del mar» que abarcaba los territorios del Mar Negro.

Dice Heródoto (I, 153) que a continuación Ciro volvió a Ecbatana para preparar la guerra contra Bactria, Babilonia, los sakas y Egipto, pero que, al estallar una rebelión en Sardes, fue preciso enviar un ejército al mando de Harpagos (aquel noble medo que le había salvado la vida) para reducir a los rebeldes. Es posible que a consecuencia de ella fuera cuando se ordenó el territorio microasiático. La actividad de Ciro en el este es menos conocida, pero sabemos que Hircania y Partia unidas antes fueron gobernadas por el sátrapa Histaspes, padre de Darío. Después Drangiana, Aracosia, Margiana y Bactria, una tras otra, se incorporaron al reino que llegó hasta el Yaxartes. Sin embargo, desde el punto de vista histórico e ideológico el hecho más trascendental del reinado de Ciro fue la toma de Babilonia. Ya hemos visto el hecho al tratar del imperio caldeo, pero ahora nos interesa considerarlo desde el punto de vista persa. La toma de la ciudad por Gobrias el día 16 de *Tashritu* (octubre) significó la incorporación del estado persa a la tradición milenaria de Sumer y Akkad. Ciro se proclamó «rey del mundo, gran rey, rey legítimo, rey a Babilonia, rey de Sumer y Akkad, rey de las cuatro regiones del mundo», honró a Marduk, olvidado por Nabonido, mostrándose como libertador. Adquiría todo el país y Siria con las ciudades de Fenicia y Palestina. Los fenicios se apresuraron a testimoniarle su fidelidad. Frente a los judíos que habían sido desterrados de Babilonia, decretó que fueran reintegrados a su patria y volvieran a ella bajo la dirección de Zorobabel, acompañado por un alto funcionario persa encargado de vigilar que se cumplieran las órdenes del rey, con permiso para reedificar el templo. Ciro encontró la muerte luchando contra los nómadas del este del imperio. Fue enterrado en una tumba de forma de templete que Girshman dice que es de tipo nórdico, pero yo creo que es de modelo griego. Sobre su personalidad, hemos de decir que los persas le llamaron «padre», los griegos «amo» y «legislador», los judíos, «ungido del Señor» y en Babilonia se dijo que «Marduk había visitado todos los países en busca de un príncipe, un rey de acuerdo con su corazón, a quien tomar de la mano. Él pronunció su nombre "Ciro de Anshan" y al señor de todo el mundo le llamó por su nombre».

Cambises II (530-522). Había sido encargado por su padre de hacer los preparativos para la conquista de Egipto y cuando aquel murió y Cambises quedó como soberano, la realizó sin demora apoderándose de Menfis y Tebas y enviando expediciones al Oeste hacia Libia y hacia el sur Nilo arriba. Su política en Egipto ha sido considerada como tiránica por las fuentes griegas, pero no hay razones poderosas para sustentar este punto de vista. Rindió culto a los dioses egipcios, nombró un egipcio para la administración del país (Uchahorresne) y emprendió reformas en beneficio de los indígenas. Parece que intervino los ingresos de los templos, lo cual explicaría la aversión de la tradición escrita. Las noticias de unas revueltas en Persia le obligaron a regresar a su patria, muriendo en el camino.

Llegamos así a uno de los momentos más discutidos de la historia de Persia, cual es la rebelión de Gaumata y la ascensión de Darío. La fuente principal es la inscripción de Behistun mandada grabar por Darío. Se encuentra en una roca en el camino que va de Kermansha a Hamadan y que tanta importancia tuvo en el desciframiento de la escritura cuneiforme. Está escrita en persa antiguo, elamita y babilonio. En la parte superior aparece Darío sentado pisando al rebelde Gaumata, y delante de él los nueve rebeldes de pie con las manos atadas a la espalda; detrás del rey dos arqueros y encima de él el símbolo alado de Aura Mazda. Se trata de un documento de propaganda del que se hicieron copias y traducciones, algunas de las cuales en arameo se encontraron en Egipto. El hecho se narra así:

«Esto es lo que hice después de llegar a ser rey. (Uno) Cambises de nombre, hijo de Ciro, de nuestra familia, fue rey aquí. Había un hermano de este Cambises llamado Bardiya, de la misma madre y el mismo padre que Cambises. Después Cambises mató a Bardiya. Cuando Cambises asesinó a Bardiya, el pueblo no supo su muerte. Después Cambises marchó a Egipto. Cuando Cambises había ido a Egipto, el pueblo se hizo falso y la mentira se multiplicó en el país, tanto en Persia como en Media y en otros países.

»Dice Darío el rey: Después hubo un hombre, un mago, de nombre Gaumata que se rebeló (desertó) desde Pishiyahuvada. A los catorce días del mes de Viyakhna se levantó en las montañas de Arakadri. Mintió al pueblo de este modo: "Yo soy Bardiya, hijo de Ciro, hermano de Cambises". Entonces todo el pueblo se alió (con él). La Persia y la Media pasaron de Cambises a él. Se apoderó del reino. Pasaron nueve días del mes de Garmapada; entonces se apoderó del reino. Después Cambises murió de muerte natural.

»Dice Darío el rey: Este reino de Bardiya tomó a Cambises, este reino desde los tiempos más antiguos pertenecía a nuestra familia. Después Gaumata el mago se lo quitó a Cambises; tomó para sí la Persia y la Media y otras regiones: las hizo posesión suya; se hizo rey.

»Dice Darío el rey: No había un hombre persa ni medo ni ninguno de nuestra familia que pudiera tomar el reino de Gaumata el mago. El pueblo le temía mucho porque quería matar a los que habían conocido a Bardiya. Por esta razón quería matar a la gente, "para que no sepan que yo no soy Bardiya, el hijo de Ciro". No había nadie que osara decir nada sobre Gaumata el mago hasta que yo vine. Entonces imploré a Aura Mazda. Aura Mazda me prestó ayuda. Pasaron diez días del mes de Bagayadi, entonces yo con unos cuantos hombres maté a Gaumata el mago y a los jefes que le apoyaban. En una fortaleza llamada Sikayahubati, en un distrito llamado Nisaya, en la Media, allí lo maté. Tomé el reino de él: me hice rey por gracia de Aura Mazda. Aura Mazda me otorgó el reino.

»Dice Darío el rey: El reino que había sido arrebatado a mi familia, a éste puse en [su] lugar, lo restablecí en su fundamento, como antes yo hice los templos que Gaumata había destruido. Entregué al pueblo los bienes, los rebaños, los siervos y las casas que Gaumata el mago les había quitado. Repuse al pueblo en sus fundamentos tanto [en] Persia como en Media y en otras regiones».

El relato de Heródoto es parecido (III, 67-80) aunque narrado históricamente. Lo mismo puede decirse de lo que nos queda de Ctesias. La crítica moderna ha

discutido el asunto hasta sus menores detalles. Para algunos se trata de una falsificación de Darío que se inventó a Gaumata para ocultar el asesinato de Bardiya y poder acceder así al trono. Se apoyan en muchas razones de diferente peso, algunas de las cuales son que tanto Ciro como Cambises eran pro-medos y él, Darío, representaba los intereses de los persas. Sin embargo, creemos que hay que hacer caso a la inscripción de Behistun y al relato de Herodoto en líneas esenciales. No obstante es difícil suponer que un mago pudiera pasar por príncipe real, pero también lo es el que Darío se casara con Atossa, hermana de Cambises y esposa de Gaumata si Gaumata hubiera sido Bardiya.

Darío (522-486). La desaparición de Gaumata no eliminó las tensiones internas del país. En Elam la revuelta fue pronto reducida; en Babilonia apareció Midintu-bel proclamado Nabucodonosor III, que tardó en ser sometido. La revuelta también surgió en Susiana, Media, Armenia, Partia, Hircania y de nuevo en Babilonia, y hasta los judíos. Incluso un sátrapa en Egipto se mostró reacio hacia Ecbatana y fue ejecutado. Al fin reinó la paz y Darío pudo dedicarse a reordenar el imperio. Se ha dicho que la política de Ciro había fracasado. Nosotros no participamos de esta opinión, pero, sea como fuere, a Darío hay que atribuirle la organización de la inmensa masa de pueblos que constituían el gran imperio. Como pueblo dominante escogió a los persas, sus fieles, entre los que reclutó a sus altos funcionarios. Creó veinte satrapías, gobernadas por un sátrapa o «protector del reino». A su lado había un comandante de las fuerzas estacionadas en las satrapías. Un tercer funcionario se encargaba de recaudar los impuestos. Todas las satrapías debían contribuir al tesoro central hasta una suma total de catorce mil talentos de plata, un tercio de la cual procedía de la satrapía de la India. Había además impuestos en caballos, ganado y comida. Toda satrapía tenía un secretario que era el enlace con la corte. Unos funcionarios o agentes especiales eran los «oídos del rey» completamente independientes y en caso necesario tenían su fuerza propia y viajaban por todo el imperio. Una innovación de gran trascendencia para la unificación del país fue la mejora de las comunicaciones, creándose una red de vías pensadas ante todo para la administración, pero que tuvieron un interés económico considerable facilitando el tráfico de caravanas. La mayor de ellas era el camino real que iba desde Susa hasta Sardes, cruzando el Tigris aguas abajo de Arbela y que tenía una extensión hasta Éfeso. Medía 1670 millas con 111 mansiones. Era recorrida por las caravanas en 90 días y por los correos oficiales en una semana. Otra vía iba de Babilonia a Egipto vía Karkermish. De Babilonia partía otra hacia el este por Holwan, Behishtun y Hamadán. Más tarde se extendió hasta Kabul y el valle del Indo. Había vías menores que unían Susa y Persépolis, y Susa y Ecbatana.

Un imperio tan vasto necesitaba un estado organizado y potente. A la cabeza de él estaba el monarca de carácter sagrado, elegido dentro de determinada familia por el pueblo o por los guerreros.

La *proskynesis* es la ceremonia que demuestra esta divinidad. Herederos, desde Ciro, de la realeza akadia y de la egipcia a partir de Cambises, se notaron las consecuencias de ello en un mayor acercamiento a la complejidad burocrática y de derecho divino, que en última instancia no era cosa indoeuropea, sino próximo-oriental. Los reyes se coronaban en Pasargada con ceremonias de iniciación en un santuario probablemente de la diosa Anahita. Su sucesor era el primer

varón nacido después del matrimonio. El clan real familiar es de gran importancia y los aqueménidas poseyeron grandes harenes. Cierto matiz político hay que atribuirlo a los amigos y confidentes del rey y entre ellos al comandante de la guardia real. En la corte debió de haber muchos príncipes y señores importantes portadores de títulos honoríficos.

No había una corte fija, por lo que el rey tenía palacios en distintas localidades. La primera capital había sido Ecbatana, pero con Darío se suplantó por Susa, aunque siguiera conservando gran importancia. Babilonia, a su vez, tuvo siempre una gran significación política. Susa era la capital de invierno y allí se construyó un *hadish* (palacio) en el que se emplearon materiales de todo el imperio: los babilonios hicieron los ladrillos, el cedro vino del Líbano, las maderas finas de Kirman y Gandhara, el oro de Sardes y Bactria, las piedras preciosas de Sogdiana (el lapislázuli), de Khoresm (turquesa), de Etiopía (marfil). Los picapedreros eran jonios y libios, los orfebres medos y egipcios. El resultado sería necesariamente una mezcla de estilos, que de alguna manera reflejaba el imperio multinacional de los aqueménidas. Otra capital de notoria importancia fue Persépolis, situada cerca de Naqsh-i-Rustan, donde están enterrados Darío, Jerjes y otros sucesores. Pero los edificios de Persépolis no tuvieron un destino propiamente determinado: allí no se desarrollaba una actividad gubernamental, ni para la recepción de enviados extranjeros. Tampoco era un centro religioso, y a pesar de ello Persépolis era un conjunto maravilloso que, hechizaba el ánimo de todos los que la contemplaban. Tal vez fue un centro de rituales dinásticos. Los pilares y los edificios cuadrados fueron la gloria de los aqueménidas, siendo los primeros más esbeltos que sus prototipos griegos y adornados con capiteles de toros. Toros alados asirios, pero dotado todo de un aire griego que da al arte persa unas características peculiares. La funcionalidad de Persépolis sigue siendo un problema.

Volviendo a Darío y sus campañas, estamos bastante mal informados en lo que se refiere a Oriente, donde pudo llegar a Peshawar, lo que motivó la.anexión de la India Occidental. Desde allí envió a Scylax de Karianda a buscar la ruta índica hasta Egipto. Más decisivos para el porvenir de Persia y del mundo fueron los problemas de Darío con el orbe helénico. Desde las conquistas de Ciro el Grande los griegos de Asia habían sido sometidos al yugo de los persas, lo cual era un detonante que más tarde o más temprano tenía que estallar: se trataba de dos mundos antagónicos que no podían entenderse. El enfrentamiento entre persas y griegos fue, en nuestra opinión uno de los momentos decisivos de la historia del hombre: por un lado, el de los griegos, estaba el hombre libre consciente de su capacidad de decidir sobre su propio destino; por otro, el persa, un déspota oriental que creía en una misión universal de su mandato que debía abarcar todo el mundo por la voluntad de los dioses (Aura-Mazda) y de la suya propia, justificada a su vez por la de aquél. Del triunfo de la primera opción surgió el mundo moderno. Si hubiera triunfado la segunda el mundo se hallaría hoy en el estado evolutivo de la Persia de mediados del siglo XIX. Poco después de la reorganización del imperio persa hacia el 516 a.C., Darío lanzó su primer ataque contra Europa, la llamada «expedición escítica», conocida por el relato de Heródoto, que raya en lo fabuloso. La expedición contaría, según este autor, con cientos de navíos y setecientos mil o más hombres, cifras que deben ser reducidas a la vigésima parte para hacerlas admisibles. La flota la suministraron los súbditos griegos del gran rey. El ejército cruzó el Bósforo por un puente de barcas construido por Mandrocles de Samos; atravesó Tracia hasta el Danubio, lo cruzó y se dirigió a la Escitia. No sabemos la intención de Darío en su campaña, pero es posible que tratara de cortar el suministro de madera y grano a las ciudades griegas. Según Heródoto siguió la costa del Mar Negro hacia las estepas del Don y llegó al río Oarus (¿Volga?), pero no parece cierto porque el mismo autor habla de los agatirsi que habitaban en los Cárpatos, lo cual demuestra que Darío se movía por la llanura de Moldavia. Sea cualquiera la ruta seguida por el gran rey se encontró con la táctica de los escitas consistente en aparecer y desaparecer inesperadamente con ataques intermitentes y practicar el método de la «tierra quemada». Ante la imposibilidad de seguir, tuvo que regresar, pero dejaba, después de sufrir cuantiosas pérdidas, una cabeza de puente en Tracia y una Macedonia sometida. Todo parecía favorecer una rápida sumisión del resto de los griegos. Megabazos quedó en Tracia sometiendo ciudades, y entre sus errores no fue el menor expulsar a Milcíades de sus dominios, por lo cual se ganó un enemigo peligroso. Incluso no pudo reducir a Macedonia, que había rechazado la soberanía persa. Megabazo fue relevado y en su lugar se nombró a Otanes que reconquistó Bizancio, Calcedonia, Lemnos e Imbros.

Pronto se produjo la revuelta jonia que se vio apoyada por una actitud solidaria de los griegos de Europa. Los rebeldes se apoderaron de Sardes aunque resistió la ciudadela; los persas envían refuerzos y al surgir una guerra entre Atenas y Egina, el contingente griego se retiró y dos batallas desgraciadas, la de Salamina de Chipre (498) y la del río Marsias (497) dio al traste con la revuelta y las ciudades hubieron de someterse. Los persas actuaron según sus métodos tradicionales. Hubo un descanso de unos años. El año 494 una armada persa compuesta de navíos fenicios, egipcios, cilicios y chipriotas zarpó hacia las aguas griegas pero chocó con la resistencia de Lindos, que fue socorrida por una flotilla jonia, pero al final tuvo que pactar con el almirante persa, con lo cual los navíos de éste tuvieron libre acceso al Egeo. Las ciudades griegas reaccionaron y presentaron una flota numerosa que se enfrentó a la persa en Lade cerca de Mileto. Esta derrota fue decisiva. Los persas deportaron a la población de Mileto a las bocas del Tigris. Había llegado el momento de acabar con la resistencia griega y Darío decidió enviar una expedición a Europa. Para entender esta decisión hay que tener en cuenta la actividad de los emigrados griegos en el bando persa, procedentes de las discordias civiles que asolaban las ciudades griegas. Una flota de seiscientos barcos dispuestos a apoderarse de Eretría y Atenas fue dispersada por una tempestad en el monte Athos y la operación debió ser reemprendida bajo el mando del medo Datis, que se apoderó de Eretría, que fue destruida y sus habitantes deportados. El ejército desembarcó en Maratón (490), donde se enfrentó con los atenienses y sufrió una famosa derrota. Darío, preocupado por una sublevación en Egipto, regresó a Susa donde murió cuatro años después (486) sin vengar la derrota de Maratón ni dominar la revuelta egipcia.

Jerjes (486-465). Había sido antes gobernador de Babilonia y, una vez en el trono, procuró aplastar la revuelta egipcia con exquisita crueldad. La política tolerante de Ciro había desaparecido por completo, primero por obra de Cambises, después por la de Ciro y ahora por la de Jerjes. Se ensañó con los rebeldes egipcios y con la misma brutalidad trató a los babilonios cuando se sublevaron. Razzió las fortificaciones de la ciudad, destruyó sus templos y fundió las estatuas de oro del dios Bel, abandonando el título de «rey de Babilonia». Restablecida la paz y

dedicado a la vida de corte, no se preocupó de continuar la guerra, pero los emigrados atenienses y el partido persa de la guerra lo decidieron a emprender una gran expedición contra Grecia formada por un inmenso ejército mandado por veintinueve generales. Pasó el Helesponto por un puente de barcas y sometió a Tracia y Macedonia sin resistencia. Los griegos, bajo el liderazgo de Esparta, se mantuvieron firmes en las Termópilas donde pereció la vanguardia persa, aunque no pudo ser detenido el grueso del ejército. El Ática fue ocupada y los atenienses se refugiaron en Salamina y se dispusieron a defenderse contra el invasor con una flota poderosa. En la batalla naval de Salamina (480) la mejor táctica naval griega destrozó y dispersó la flota persa (egipcios, fenicios y griegos). Jerjes impresionado por la derrota dejó el mando a Mardonio y regresó a Asia. Quedaba el ejército de tierra con una gran parte de sus efectivos, pero después de unas negociaciones fracasadas, volvió a invadir el Ática al año siguiente. Los griegos reunieron sus fuerzas y se enfrentaron con los persas en Platea, donde murió Mardonio, ante lo cual los persas se retiraron del campo de batalla. El mismo día una flota griega ganaba la batalla de Micala, lo que ocasionó la pérdida de la guerra. Los atenienses pasaron a la ofensiva y el 466 a.C. volvieron a vencer en las orillas del Eurimidonte. Esta guerra demostró la debilidad del imperio persa, incapaz de enfrentarse con éxito con las dinámicas ciudades griegas. Jerjes fue asesinado en el año 465.

Artajerjes I (465-423). Inició su reinado con la liquidación de toda la familia de su hermano. Egipto volvió a sublevarse ayudado por Atenas, pero pudo ser dominado. Sin embargo Cimón logró vencer a los persas en Cition y Salamina de Chipre. La paz subsiguiente consagró la libertad de los griegos de Asia y los soldados persas ya no podían cruzar el Halys. En Babilonia hubo problemas por la imposición de una administración persa y la dureza fiscal. En Siria se rebeló un sátrapa y en el Oriente se produjeron algunos retrocesos. Mil judíos volvieron a Jerusalén bajo la dirección de Esdras, que reedificó el templo y fue proclamado como sumo sacerdote de Judea.

Darío II (423-404). También se vio envuelto en guerras civiles y asesinatos, gracias a los cuales subió al trono. Los griegos estaban sumidos en la guerra del Peloponeso y no podían ser peligrosos. Hubo revueltas como la del sátrapa de Sardes, continuada por su hijo. También se inquietaron Media y Egipto contra los judíos. La reina Parisátide protegió a su hijo menor Ciro, al que dio un mando importante en Asia Menor, con lo que adquiría fuerza suficiente para preparar la propia sucesión.

Artajerjes II (404-359). Sobre su reinado poseemos una fuente clásica de primer orden cual es la *Anabasis* de Jenofote. El rey Artajerjes escapó del puñal de su hermano Ciro, el cual hizo un esfuerzo desesperado por apoderarse del trono, apoyándose en los mercenarios griegos de Clearco, que después de la muerte de Ciro en Cunaxa, le fue permitido retirarse hacia el mar Negro, pero los jefes griegos fueron muertos a traición y los mercenarios quedaron bajo el mando de Jenofonte. Hostigados por los persas, pero nunca vencidos, lograron bajar al mar Negro en Trapezunte. Dato revelador de la decadencia de Persia. Egipto se rebeló y fue abandonada a su suerte. Pero Agesilao, rey de Esparta, emprendió una expedición en Asia Menor que auguraba la *anabasis* de Alejandro, aunque en medio de sus triunfos fue llamado a su patria gracias al oro persa al que se plegaron los virtuosos éforos espartanos. Los sátrapas de Asia Menor, enzarzados en rivalidades, no pudieron nada contra el joven héroe espartano. A pesar de los triunfos iniciales, al final las ciudades griegas de Asia fueron sacrificadas en «la paz del rey», cuyos artículos leyeron a los embajadores griegos convocados en la corte de Susa.

Artajerjes III Ocos (359-338). Era un hombre capaz y cruel que subió al trono, como era costumbre en Persia, sobre el baño de sangre de sus hermanos y hermanas que sumaban varias docenas. Aplastó a la revuelta de los cadusios y de los sátrapas. Emprendió la reconquista de Egipto, destruyó Sidón, incendiándola con sus habitantes dentro. A la segunda intentona se apoderó de Egipto, expulsando a Nectanebo II a Etiopía. La represión en Egipto fue despiadada. El imperio parecía restaurado. Pero el peligro asomaba, una vez más, por el Occidente. Artajerjes III murió envenenado en el mismo año en que Filipo de Macedonia vencía a los griegos en Queronea. El asesino llamado Bagoas, después de exterminar a lo que quedaba de la familia aqueménida, dio el trono a un lejano pariente, *Darío III* (336-330) que caería, y con él Persia, ante el empuje incontenible de Alejandro Magno.

Si hubiera que resumir el papel que desempeñó el imperio persa en la historia universal, sería adecuado resaltar el concepto de «mundo único» o de «imperio universal» heredado por Alejandro y transmitido por caminos muy difíciles de explicar al imperio romano y de él a la Edad Media y al mundo moderno, pero que a su vez los persas lo habían tomado de los asirios y éstos, de los imperios mesopotámicos más antiguos.

DOCUMENTOS

1. PERSIA: INSCRIPCIÓN DE CIRO

Yo soy Ciro, rey del mundo, gran rey, rey legítimo, rey de Babilonia, rey de Sumer y Akkad, rey de los cuatro bordes [de la tierra], hijo de Cambises, gran rey, rey de Anshan, nieto de Ciro, gran rey, rey de Anshan, descendiente de Teisp, gran rey, rey de Anshan, de la familia que siempre reinó; cuyo gobierno aman Bel, Nebo, a quien quieren como rey para placer de sus corazones.

Cuando entré en Babilonia como un amigo y establecí la sede del gobierno en el palacio del gobernador entre alegría y regocijo, Marduk, el gran señor, indujo a los magnánimos habitantes de Babilonia a amarme, y yo me esforzaba todos los días en adorarle. Mis numerosas tropas paseaban alrededor de Babilonia en paz, no permití a nadie aterrorizar a [ningún lugar] del [país de Sumer] y Akkad. Yo luché por la paz en Babilonia y en todas las ciudades sagradas. En cuanto a los habitantes de Babilonia [que] contra la voluntad de los dioses... Yo [abatí] la corvada que iba contra su bienestar [social]. Yo reparé sus viviendas en ruina, poniendo así fin a sus quejas. Marduk, el gran señor, estaba satisfecho

con mis hechos y me envió amigables bendiciones, a mí, Ciro, el rey que lo venera y a Cambises, mi hijo el fruto de mis visiones, así como a todas mis tropas y todos nosotros [alabamos] su gran [cabeza divina] con alegría, de pie ante él en paz.

Todos los reyes del mundo entero desde el mar superior al mar inferior, en que se sientan en salones de trono [los que] viven otros [tipos de edificios así como] todos los reyes del país del oeste que habitan en tiendas, trajeron sus grandes tributos y besaron mis pies en Babilonia.

PRITCHARD, *The ancient Near East*, I, págs. 207-8

2. LA CIROPEDIA

Ciro, según dicen, fue hijo de Cambises, rey de los persas. Y este Cambises venía del linaje de los persidas, los cuales traen su origen de Perseo. Se sabe también que su madre fue Mandane, la cual era hija de Astiages, rey de los medos. Se dice y se canta todavía hoy por los bárbaros, que Ciro tenía una magnífica presencia, y que era asimismo de alma muy sensible y amigo de las ciencias y de la fama, al grado de no rehuir ningún peligro ni escatimar ningún trabajo con tal de merecer alabanzas.

He aquí lo que se cuenta sobre sus cualidades físicas y morales: Fue criado de acuerdo con las leyes de los persas, las cuales, según parece, se ocupan desde el principio del bien público, y no como se hace en muchas otras naciones. Porque, en efecto, la mayoría de los países permitiendo educar a los hijos como cada uno quiere, y a los adultos y hombres vivir según su voluntad, les ordenan no robar, no arrebatar el bien ajeno, no entrar por fuerza en casa ajena, no pegar a otro injustamente, no desobedecer a su gobernante y otras cosas parecidas. Y si alguno viola estos mandatos, le imponen un castigo.

Pero las leyes pérsicas, anticipándose, procuran desde su principio que no sean tales los ciudadanos, que hagan alguna cosa mala o vergonzosa. Y he aquí cómo lo hacen: tienen una plaza llamada ágora libre, donde están el palacio real y los demás edificios del Gobierno. Pero los mercados y mercaderes con sus voces y maneras indecentes están apartados en otro lugar, para que el tumulto de éstos no se mezcle con el buen orden y decencia de la gente bien educada.

Y esta plaza, que se encuentra cerca del palacio, está dividida en cuatro partes: una está destinada a los niños, otra a los adolescentes, otra a los hombres, y otra a los que están fuera de la edad de las armas. Y está establecido por la ley que cada uno esté presente en su lugar señalado: los niños al despuntar el día, lo mismo que los hombres; los ancianos cuando le convenga a cada uno, excepto en ciertos días señalados, en los cuales están obligados a presentarse. Los efebos duermen armados alrededor de los edificios públicos, excepto los casados; éstos son dispensados si no tienen alguna orden particular, pero no es conveniente que falten muchas veces.

Cada una de estas cuatro clases tienen doce jefes, porque también los persas se dividen en doce tribus. Los niños son gobernados por aquellos ancianos escogidos entre los demás como los más capaces de instruirlos. Los efebos son gobernados por aquellos varones de edad adulta que les parecen poder también hacerlos buenos. Los adultos son gobernados por aquellos que les parece les harán obedecer mejor a lo prescrito y ordenado por la suprema autoridad. En fin, los ancianos tiene sus jefes para que ellos también cumplan con sus deberes.

JENOFONTE, *Cyropaedia*, II, 1-3

3. LOS ESPARTANOS ANTE PERSIA

Entonces Espertias, hijo de Anaristo, y Bulis, hijo de Nicolao, unos espartiatas de noble familia y preeminente posición económica, se ofrecieron voluntariamente para expiar ante Jerjes el asesinato en Esparta de los heraldos de Darío; de manera que los espartiatas los enviaron ante los medos en la creencia de que iban a ser ejecutados.

La singular audacia de esos individuos es digna de admiración, así como el tono de sus palabras, que fue el siguiente. Resulta que, de camino a Susa, se presentaron ante Hidarnes. (Hidarnes era un sujeto de nacionalidad persa que tenía a sus órdenes a las fuerzas del litoral de Asia.) Este personaje los agasajó con un banquete, dándoles presentes de hospitalidad, y, con tal ocasión, les preguntó lo siguiente: «Lacedemonios, ¿porqué razón rehusáis ser amigos del rey (porque, ante él pasáis por ser hombres de valía); cada uno de vosotros, por cencesión del monarca, gobernaría una zona de Grecia.» Ante estas manifestaciones, ellos le respondieron como sigue: «Hidarnes, el consejo que nos braindas no es imparcial, pues nos haces una proposición con conocimiento de causa de una faceta, pero con ignorancia de la otra: sabes perfectamente en qué consiste la esclavitud, pero todavía no has saboreado la libertad y desconoces si es dulce o no. Realmente, si la hubieses saboreado, nos aconsejarías pelear por ella no con lanzas, sino hasta con hachas.» Ésta fue la contestación que dieron a Hidarnes.

Posteriormente, al subir a Susa y comparecer ante el monarca, lo primero que hicieron, cuando los guardias intentaron obligarlos imperiosamente a que se prosternaran de hinojos ante el rey, fue negarse en redondo a hacerlo, aunque los guardianes los arrojaron de buces al suelo, pues no tenían por costumbre —indicaron— prosternarse ante un hombre y, además no habían acudido para ello.

(HERÓDOTO, VII, 134-136)

4. PERSIA: REBELIÓN DE BABILONIA

Después de la partida de la expedición naval para Samos, los babilonios se sublevaron, estando fuertemente preparados, porque cuando el viento gobernaba y los siete se sublevaron, en todo este tiempo, y durante la revuelta, se prepararon para un asedio. Y, de alguna manera, lo hicieron en secreto. Cuando se amotinaron abiertamente, hicieron lo siguiente: poniendo aparte a las madres, cada uno escogió una mujer, la que quería, de la casa, y reuniendo a todas las demás, las ahogaron. La que cada uno había escogido debía prepararle la comida. Mataron a las mujeres para que no gastasen sus provisiones. Sabidas estas cosas, Darío reunió todas sus fuerzas, entró en campaña contra ellos [los babilonios], marchó contra Babilonia, a la que sitió, pero los babilonios no se preouparon nada del asedio. Saliéndose a las almenas de la muralla los babilonios bailaban y se burlaban de Darío y de su ejército, y uno de ellos pronunció estas palabras: «¿Por qué os quedáis aquí, oh persas, sin hacer nada, en vez de marcharos? Porque nos tomaréis, cuando las mulas paran.» Esto dijo el babilonio porque nadie esperaba que pariese una mula. Ya transcurrido un año y siete meses y Darío se enfadaba y todo el ejército no podía apoderarse de los babilonios. Darío había empleado todas las tretas y todos los ingenios, pero sin poder reducirlos, habiendo utilizado otras estratagemas, incluso aquella con la

que Ciro se apoderó de la ciudad, pero como los babilonios estaban vigilantes con diligencia, no podía sorprenderlos.

En el vigésimo mes ocurrió a Zapiro hijo de aquel Megabizo que fue uno de los siete que habían derribado al mago y a Zapiro, hijo de este Megabizo, le ocurrió este prodigio: parió una mula de las empleadas en el transporte de víveres.

... [Relato de la automutilación de Zapiro, que se pasa a los babilonios y después de ganar su confianza, de acuerdo con Darío, abre las puertas de la ciudad al ejército persa].

Babilonia fue así tomada por segunda vez. Después de que Darío venció a los babilonios, destruyó sus murallas y arrancó todas las puertas [porque cuando antes Ciro tomara Babilonia no hizo ni una cosa ni otra]; además Darío hizo empalar a unos tres mil hombres principales, y a los restantes babilonios les dio la ciudad para habitarla.

HERÓDOTO II, 150

BIBLIOGRAFÍA

E. BENVENISTE: *Les Mages dans l'ancient Iran*, París, 1938.
Corpus Inscriptionum Iranicarum, Londres, 1978.
P. M. DYAKONOV: *Istorya Midia*, Moscú, 1956.
W. EILERS: *Iranische Beamtemnamen in der keilschriftlichen Überlieferung*, Leipzig, 1947.
M. EKTÉCHAM: *L'Iran sous les Achéménides*, Friburgo, 1946.
R. N. FRYE: *La herencia de Persia*, Madrid, 1962.
—, *The History of Ancient Iran*, Munich, 1984.
—, *La herencia de Persia*, Madrid, Guadarrama, 1963.
R. GHIRSHMAN: *Persia. Protoiranios, medos, aqueménidas*, Madrid, 1964.
—, *Iran*, Harmondsworth, 1961.
A. GODARD: *Arte Persa*, Barcelona, 1965.
J. HARMATTA: *Studies in the Language of the Iranian Tribes of South Russi*, Budapest, 1952.
V. W. JACKSON: *Zoroaster*, Nueva York, 1898.
O. LANGE: *Die Satrapieneinteilung in Syrien und Zweistromlande*, Halle, 1935.
A. T. OLMSTEAD: *History of the Persian Empire*, Chicago 1948.
R. C. ZAEHNER: *The Dawn and Twilight of Zoroastrism*, Londres, 1961.

LIBRO II

Grecia

PRIMERA PARTE

EDAD DEL BRONCE



CAPÍTULO I

LA CIVILIZACIÓN EGEA EN EL BRONCE ANTIGUO Y MEDIO

1. LA EDAD DEL BRONCE EN LA HISTORIA DE GRECIA

En un sentido restringido, la historia de Grecia se inicia con su llamada época Arcaica, es decir, a comienzos del siglo VIII a.C. A eso llamamos con propiedad la Grecia histórica, no sólo porque la introducción del alfabeto y la fijación de unos primeros géneros literarios produce una documentación escrita contemporánea sino –lo que es mucho más importante– porque la población se encuentra estabilizada y aparecen ya en una forma más o menos germinal los estados que protagonizarán la historia de los siglos sucesivos; además, las instituciones políticas y sociales, la religión y toda una serie de rasgos característicos de la idiosincrasia de los griegos se muestran entonces en unas formas claras y distintas, a las que se sumarán después desarrollos y transformaciones pero no cambios sustanciales.

Sin embargo, cuando hablamos de la Grecia histórica, lo hacemos precisamente por oposición a otra Grecia anterior, que no sólo se vincula a la posterior, a la histórica, por razones de identificación del espacio geográfico o de una filiación étnica, en todo caso muy problemática. La Grecia histórica no se puede comprender sin los importantes antecedentes del segundo milenio, unidos a la vez que separados de la época Arcaica por ese difícil lapsus que es la llamada Edad Oscura. Y no sería demasiado apropiado el denominar Grecia prehistórica a esas raíces de la histórica, porque no es toda la prehistoria griega lo verdaderamente relevante para el período histórico. Al historiador sólo le interesa, como tal, la Edad del Bronce, cuya formación comporta unas innovaciones muy importantes en todos los órdenes, que son las que ponen en marcha el proceso de desarrollo histórico, y cuyos estadios más avanzados vienen a imbricarse con los comienzos de la historia. Entre el Bronce Reciente, la fase protohistórica de la llamada Edad Oscura y la época Arcaica existen desde luego muchos puntos de solución de continuidad, en razón de los movimientos poblacionales y de la transformación de las formas políticas, sociales y económicas, que se muestra muy

significativa, pero son también muchos los hilos conductores y los factores de permanencia. De ahí que la consideración del Mundo Micénico, de la civilización Minoica y del marco en que se inscriben esas dos formas culturales señeras constituya un obligado preludio de la historia de Grecia.

2. PERIODIZACIÓN Y TERMINOLOGÍA DE LA CIVILIZACIÓN EGEA

En Grecia, la Edad del Bronce recibe, por lo general, la denominación de Civilización Egea, de suyo un tanto convencional. Responde al hecho de que el inicio de la Edad del Bronce se produce paralelamente y con una cierta interrelación en cuatro áreas asomadas al Egeo, a saber, Creta, las islas Cícladas, una parte importante de la Grecia continental y la zona minorasiática integrada por la Tróade y algunas tierras insulares o continentales próximas. En las primeras fases de la Edad del Bronce el término *Civilización Egea* resulta bastante adecuado, aunque deja de serlo en el Bronce Reciente, en que Creta primero y luego la Grecia continental alcanzan sendos protagonismos absolutamente dominantes sobre el conjunto. Es entonces cuando las denominaciones de *Minoico* y *Micénico* vienen a imponerse sobre las que articulan homogéneamente toda la Edad del Bronce en el Egeo, creando una cierta confusión.

La evolución de las formas cerámicas, que son un testigo permanente en los yacimientos arqueológicos, ha llevado a crear una periodización de la Edad del Bronce griega, a la que se ha intentado adaptar, a veces con muchas dificultades, el conjunto de la evidencia. Pero en todo caso las ventajas que ofrece el contar con ese marco general de referencia son mayores que los problemas que suscita. Divídese, en primer lugar, todo el período, que cubre aproximadamente los milenios tercero y segundo a.C., en tres grandes etapas, denominadas *Bronce Antiguo, Bronce Medio* y *Bronce Reciente* (llamado también este último Bronce Tardío o Bronce Final), pero esas denominaciones comprensivas apenas se utilizan, debido a que, por lo general, lo que interesa es una referencia específica a una de las cuatro grandes áreas de la civilización Egea señaladas más arriba, para las que, naturalmente, existen denominaciones también específicas. Así, pues, la civilización del Bronce desarrollada en la isla de Creta se denomina *Cretense* (o bien *Paleocretense*, para así distinguirla de la de la Creta histórica), aunque a efectos de periodización ha prevalecido el término *Minoico*, aplicado por Evans en evocación del mítico rey de la isla. Dicho término se acompaña de las menciones *Antiguo, Medio* o *Reciente*, seguidas de cifras romanas, letras y números arábigos (ej.: MR III a 1), cuando, como en el caso de los períodos más avanzados, se pueden establecer divisiones cronológicas muy cortas. Pero, además, en relación con el Bronce cretense se maneja una división que resulta muy expresiva del desarrollo cultural en conjunto, aunque no se adecúa totalmente a la periodización cerámica. Es la de los períodos *Prepalacial, Protopalacial* y *Neopalacial*. El primero se corresponde con el Minoico Antiguo; el segundo, con el Minoico Medio, pero sólo en las fases cerámicas MM Ib-II; y el tercero, con el Minoico Medio III y el Minoico Reciente. Pero todavía hay que hacer una precisión importante sobre este último período. Neopalacial es con propiedad Creta sólo hasta finales del Minoico Reciente I; el MR II (1450-1400 a.C.) es lo que se conoce también como *período del Palacio*, porque es el de Cnoso exclusivamente el que se mantiene como centro

de poder, y con unas peculiaridades que singularizan el período, a pesar de su corta duración; en cuanto a las fases siguientes del Minoico Reciente, posteriores a la destrucción del palacio de Cnoso en el 1400 a.C., se denominan a veces *Período Postpalacial*, debido a que los palacios parecen haber sido reocupados como lugares de culto, pero sin constituir ya los centros de la cultura Minoica que habían sido en otro tiempo, sobre todo porque la cultura Minoica ya está virtualmente extinguida, y la Creta postpalacial es una Creta del Mundo Micénico.

Para los períodos de la civilización Egea en la Grecia peninsular o continental se ha consagrado el término *Heládico*, bastante impropio, por otra parte, ya que la Hélade es por antonomasia la Grecia clásica, con su amplia expansión geográfica por el Mediterráneo oriental y occidental. A este término se le aplican igualmente las periodizaciones de Antiguo, Medio y Reciente, así como las subdivisiones correspondientes, siguiendo el mismo sistema que el Minoico. A su vez, el Bronce de la Cícladas y de las islas próximas es denominado *Cicládico*, y el del área oriental, *Troyano*, aplicándosele a uno y a otro similar periodización. Finalmente, el Heládico Reciente cerámico se corresponde con el importante desarrollo cultural que llamamos *Mundo Micénico*, y de ahí que esta etapa haya dado en denominarse *Micénica*, con las divisiones, del todo relevantes en el aspecto cultural, de *Antiguo, Medio* y *Reciente*. Esa periodización coexiste con la del *Heládico*, que resulta muy operativa para marcar ciertas inflexiones de la historia primitiva de Grecia, como lo es, poe ejemplo, la del tránsito del HR IIIb al HR IIIc. Hay que explicar, en todo caso, que la denominación de *Micénico* para el Bronce Reciente de la Grecia continental no es por más consagrada más adecuada. Nació cuando era Micenas el lugar cuyas excavaciones habían dado a conocer la nueva cultura, pero ahora sabemos que el mundo micénico cubre todo el Peloponeso, gran parte de la Grecia central y una cierta proyección sobre la septentrional, que abarca la Tesalia, de suerte que Micenas es tan sólo una de las ciudades de esa cultura.

El esquema cronológico de la Edad del Bronce en Grecia presenta problemas puntuales de datación. La cerámica ayuda a establecer numerosos sincronismos entre las diferentes áreas del Egeo y, a su vez, entre cada una de ellas y Egipto o el Próximo Oriente, pero las cronologías absolutas que se han establecido son varias y ninguna del todo cierta. De ahí la fluctuación de algunas dataciones.

3. LA TRANSFORMACIÓN DEL MODELO CULTURAL

Son muy pocos los datos en nuestro haber capaces de iluminar el paso en Grecia de las comunidades neolíticas a la Edad del Bronce. La explicación más antigua recurría al expediente de imaginar que las innovaciones se habían producido porque las había traído una población nueva llegada desde alguna zona donde se vivía ya en esa fase, pero lo cierto es que no se ha podido encontrar el supuesto lugar de procedencia de la civilización egea, ni en Oriente ni en Europa ni en África. Se admite, eso sí, la posibilidad de pequeños trasvases de población, operados posiblemente desde Anatolia y la región sirio-palestina, que habrían podido aportar algunas innovaciones. También hay que tener en cuenta la teoría de las influencias, postulada en su día por Gordon Childe, según la cual los movimientos de los prospectores de metales y los contactos comerciales serían el

cauce natural de difusión de las innovaciones, que, una vez surgidas en un lugar, se extenderían como manchas de aceite.

Pero actualmente predomina la tendencia a interpretar esos cambios profundos de los modelos culturales como el resultado de los fenómenos migratorios y de las influencias de culturas más desarrolladas sólo en la medida en que son capaces de inducir una evaluación de esos modelos, que obedece en todo caso a factores internos. Ello explicaría el diferente grado de receptividad y el también diferente ritmo de desarrollo que presentan unas comunidades frente a otras cuando se ven sometidas a unos mismos influjos exteriores. En un autor como Renfrew el nacimiento de la Edad del Bronce en el Egeo se estudia de un modo estructural, analizando los elementos del modelo anterior afectados por el cambio y los condicionamientos recíprocos aceleradores del proceso. Sin entrar en demasiados detalles, señalamos a continuación los aspectos que distinguen a las nuevas comunidades.

En primer lugar, se aprecian diferencias en la *demografía* y en el *poblamiento*. Crece sensiblemente el número de habitantes, aunque mucho más en el sur que en el norte de Grecia, correspondiendo la tendencia más regular a Creta y Mesenia, así como a algunas áreas reducidas de la costa oriental de la península. El despegue demográfico se atribuye a una mayor eficacia en la producción de alimentos, que afecta al utillaje, al empleo de la mano de obra y a la diversificación de las cosechas, a una mejor redistribución de los productos dentro del grupo social y a una mayor seguridad, propiciada por la estructura jerárquica y los perfeccionamientos defensivos. En cuanto al poblamiento, las unidades tienden a ser más grandes, aunque tal proceso es mucho menos acusado que en el Oriente. Con la excepción de Creta, los poblados egeos suelen recibir fortificaciones de piedra.

La *subsistencia* se modifica en varios sentidos. La cebada y las leguminosas se hacen más importantes, al igual que la higuera, cuya introducción es tardoneolítica. Pero lo más significativo es la introducción del cultivo del olivo y de la vid, desarrollándose la producción del aceite y el vino, que se almacena en grandes recipientes y tiene una circulación interna por vía redistributiva, así como externa por vía de comercio. Ese desarrollo de la economía de subsistencia viene determinado por la disponibilidad del utillaje de metal, con el que aumenta la eficacia de las labores agrícolas; por el aumento demográfico, que requiere mayor producción de alimentos por superficie; por la modificación del hábitat, que facilita la custodia de los productos almacenados; por el estímulo de la economía redistributiva, debida a la nueva estructura jerárquica y por la demanda de vino y aceite para usos religiosos y sociales.

El desarrollo de la *metalurgia* es una de las innovaciones más determinantes. Se alea el cobre con estaño o arsénico para producir bronce, se funde y moldea el plomo y se trabaja el oro y la plata con las técnicas de laminado, granulado y alambre. Aparecen ahora la lanza de bronce y el puñal, dando lugar este último a la espada. Se crean herramientas de bronce muy variadas y eficaces, que facilitan las tareas de producción. Se hacen joyas y objetos valiosos, cuya adquisición y tesaurización influye en los aspectos políticos, sociales y económicos del sistema. Las innovaciones tecnológicas requeridas para ese rico y variado crecimiento de la metalurgia deben de haber sido introducidas en general por artesanos llegados de fuera, que serían bien recibidos y recompensados, aunque muchos de los

objetos circulaban por vía de comercio, de dádiva o expolio, como así también las materias primas con las que se fabricaban. Pero, además de esos factores externos, coadyuvaron los internos, allí donde se daban, en el desarrollo de la metalurgia: la necesidad de utillaje y de armamento eficaz, el deseo de poseer objetos de lujo que marcaran las diferencias sociales, o la costumbre de enterrar a los muertos con sus ajuares personales, que aumentaba la demanda de tales objetos.

La *artesanía* no metalúrgica experimenta también en la Edad del Bronce un considerable incremento, impulsado significativamente por las nuevas disponibilidades de utillaje. Nace la industria naval y la relativa a la construcción y decoración, confluyendo en ambas toda una serie de actividades muy variadas. Se complica el vestuario y el adorno personal. Surgen, en fin, una serie de técnicas artesanales nuevas, como el trabajo de las piedras finas para la fabricación de sellos o adornos. Algunas actividades de ese sector se mantuvieron en el ámbito doméstico siguiendo tradiciones muy antiguas, pero la mayoría requerían una mano de obra especializada, exigiendo, por tanto, la introducción en las comunidades del principio de la distribución del trabajo y de la diversificación de los sectores productivos, lo que, a su vez, exigía una forma de redistribución de los bienes y servicios. Por otra parte, ese crecimiento de las actividades artesanales especializadas no habría sido posible sin el crecimiento demográfico y la concentración de las comunidades, que facilitaba la disponibilidad de un excedente alimentario. Finalmente, la guerra y el comercio impulsaron la construcción naval, y el desarrollo jerárquico, la de los palacios bien construidos y lujosamente decorados.

Las *relaciones sociales*, en las comunidades del Bronce, se hacen más complejas en todos los órdenes, y la sociedad se diversifica. Los ajuares funerarios y otros detalles señalan una oposición entre ricos y pobres. A su vez, el desarrollo de la guerra, el de la artesanía y el de la religión contribuyen a crear sectores diferenciados con formas peculiares de interrelación con el resto de la sociedad. La sociedad adquiere una estructura jerarquizada, y aparece la figura del toparca o reyezuelo local, que se destaca por el tamaño y la riqueza de su residencia, así como por ciertos signos externos, cuales son las diademas o las lujosas armas ceremoniales. Los sellos y marcas parecen un indicio del desarrollo de la noción de propiedad privada, aun cuando sea en régimen familiar.

La complejidad creciente de la sociedad fomenta el desarrollo de las *formas de expresión* correspondientes a las nuevas nociones. Aparecen las formas más primitivas de escritura, y probablemente también los primeros patrones de peso y medida. No hay duda de que la lengua se enriquece en todos sus aspectos, lo que puede favorecer la creación de lenguas nuevas y la imposición de las correspondientes a minorías dominantes. Se enriquece y perfecciona la representación plástica, con diversas finalidades, entre ellas la suntuaria, dando lugar a desarrollos artísticos. Los enterramientos y los objetos de uso ritual muestran que hay un desarrollo de la religión en sus diversos aspectos. Surgen instrumentos musicales para el canto y la danza, y se documentan nuevos juegos y rituales. Todas estas innovaciones se ven favorecidas naturalmente por los mayores contactos con otras tierras y por el crecimiento demográfico de los grupos, sumado a la tendencia aglutinante del hábitat.

Finalmente, el *comercio* y las *comunicaciones* experimentan ahora un incremento considerable, en razón del crecimiento espectacular de los intercambios.

Ese desarrollo facilita, además, los contactos humanos y la difusión de las innovaciones. Para algunos historiadores el comercio constituye el factor más importante en el impulso de las sociedades del Bronce, aunque posiblemente tardara mucho en aplicarse en el ámbito interno de las comunidades. El modelo redistributivo parece en este caso el más adecuado para la circulación de los excedentes alimentarios y de los objetos diversos, si bien resulta imposible el hacer precisiones en ese sentido.

El conjunto de las innovaciones reseñadas conducen a la consolidación de un modelo socioeconómico que es en realidad el de la época histórica. En la propia Edad del Bronce la Creta neopalacial y los grandes centros micénicos lo desarrollan hasta formas de cierta complejidad; luego, los estados griegos lo hacen crecer y lo enriquecen en muy diversos aspectos; pero su forma más elemental siempre funciona como un arquetipo que determina la formación de nuevas comunidades, la organización de las zonas más relegadas o la subsistencia en etapas subsiguientes a la disolución de las organizaciones más complejas.

4. EL BRONCE ANTIGUO EN EL EGEO

A comienzos del tercer milenio empiezan a apreciarse en las cuatro áreas señaladas los primeros cambios significativos: un aumento sensible del tamaño de los asentamientos, un trasiego comercial con zonas periféricas, especialmente del Oriente, y una mayor variedad de los tipos cerámicos. Creta se muestra desde el principio como el área más acelerada en su desarrollo.

Las tres fases del período *Prepalacial* o Minoico Antiguo jalonan una evolución de la cerámica, con una serie de estilos cada vez más finos en formas y decoración. En la primera hay unos cálices bicónicos muy característicos, decorados por incisión, imitando modelos en madera (estilo de *Pyrgos*), que tienen su continuidad en otros tipos incisos de las fases siguientes, pero la mayor variedad y riqueza corresponde a las cerámicas pintadas, entre las que destacan los bellos ejemplares de jarra globular de pico del estilo de *Haghios Onouphorios* (MA I), las peculiares teteras con gran pico abierto en forma de cabeza de pájaro del estilo de *Vassiliki* (MA II), o las formas más estilizadas y primorosamente decoradas de la tercera fase.

Las etapas de la cerámica se corresponden con estadios de la evolución del período en general. La primera fase es claramente receptiva. Se puede imaginar a una población neolítica que ha recibido pequeños grupos de inmigrantes especializados en el trabajo del metal y procedentes de zonas que ya vivían en la Edad del Bronce. La cerámica de la segunda fase corresponde ya a minúsculas ciudades, que se ven afectadas por algunos de los movimientos sísmicos tan frecuentes en la isla, pero son reconstruidas para vivir una tercera fase de mayor riqueza. Creta empieza a influir sobre el entorno egeo y hay testimonios de barcos. Todavía no se construyen palacios ni debe de existir la monarquía, pero la religión se ha desarrollado, con indicios de los primeros santuarios y del culto al toro. El vestuario es rico y se completa con joyas. Aparecen dos tipos de enterramiento colectivo –el recinto rectangular con divisiones interiores y el *tholos*– que reciben centenares de inhumaciones, posibles testimonios de la importancia creciente de los grupos sociales.

También las *Cícladas* parecen haber recibido inmigrantes, pero la carencia en ellas de grandes extensiones fértiles orienta la actividad de sus habitantes hacia la exportación de materias primas, como la obsidiana o el esmeril, y de algunos productos manufacturados, como ciertos puñales de bronce y los *idolillos cicládicos*, que responden sin duda a una forma de religiosidad peculiar, pero desconocida. El poblamiento responde a unos módulos muy reducidos y pobres, diseminados por las costas. No hay santuarios ni enterramientos colectivos, y apenas se aprecia en los ajuares funerarios una diferencia de riqueza. Como en Creta, la cerámica evidencia un ritmo de desarrollo, con algunas formas características, cual es la «sartén», tal vez de uso cultual, de la cultura de Ceros-Siros (CA II), o la copa alargada y estrecha con dos grandes asas, de la misma procedencia. Solamente *Philakopi I* (CA III), en la isla de Melos, se puede considerar como una ciudad, aunque carente de fortificaciones. La cerámica tiene los vasos en forma de pato y los *kérnoi*, destinados a ofrendas múltiples. Las Cícladas presentan en el Bronce Antiguo conexiones múltiples con todo el Egeo, pero aparecen como lugares de trasiego, de asentamiento precario, como el puente comercial y cultural entre el Oriente, Creta y la Grecia continental.

Los niveles arqueológicos de *Troya I a V* corresponden al Bronce Antiguo. La ciudad troyana constituye el centro más importante dentro del área egea oriental. Poco hay que destacar en ella, salvo el auge de su cerámica, que cuenta con una copa *anphikýpellon*, de dos grandes asas como la cicládica de Ceros-Siros. El rasgo más peculiar de la ciudad es su amurallamiento. Las islas de Lemnos y Lesbos cuentan en esa época con grupos de población que viven en hábitats mucho más modestos, pero evidencian un nivel cultural similar.

La Corintíade y la Argólide son los lugares de la Grecia continental que más acusan la implantación de la cultura del Bronce, junto con Mesenia. Aparecen poblados más grandes, aunque sin fortificar, de gentes que han iniciado el cultivo de la vid y del olivo en tierras propicias. Naves cretenses y cicládicas parecen las responsables del contacto de esa área con las otras tierras más desarrolladas. Acaso gentes llegadas de fuera han iniciado los nuevos cultivos en zonas habilitadas al efecto, induciendo una lenta aculturación del territorio. La cerámica permite identificar la cultura de *Eutresis*, implantada en la Grecia central, y la cultura de *Korakou*, de dispersión más amplia, correspondiente ya a la fase II, donde se evidencia una superación del modelo cultural neolítico, aunque con rasgos diferentes según los lugares.

Los hallazgos de productos metálicos son raros en los yacimientos de esas fases, debido posiblemente al interés de reutilizar sucesivamente las materias primas, pero hay indicios indirectos de que el utillaje de bronce ha cambiado las formas de vida. Eventualmente, se localiza algún poblado más grande, donde además de las viviendas comunes aparece alguna construcción destacable, posible residencia de un reyezuelo local. Así ocurre con el de Akovitika, en Mesenia y, sobre todo, con el de Lerna, en la Argólide, excavado por Caskey. En la fase de Korakou (HA II) el poblado se convierte en una verdadera ciudad, con doble muralla reforzada por bastiones. El hallazgo allí de la llamada «casa de las tejas», con una planta rectangular de 12,5 × 25 m. y una serie de impresiones sobre arcilla de tipo sigilar, ha sugerido que pudiera tratarse de un precedente de los conjuntos palaciales que aparecen con posterioridad.

La tercera fase del Heládico Antiguo es la de la llamada cultura de *Tirinto*, con su cerámica identificable por casi todo el Peloponeso y la Grecia central, que se fabrica a torno rápido y es novedosa en su decoración y en sus formas. En ciertos lugares este nivel cultural se superpone a uno de la fase anterior con huellas de destrucción y presenta alguna construcción de planta absidal. Ello ha llevado a pensar a algunos historiadores que la llegada de los griegos o protogriegos al suelo helénico se produjo a finales del HA II (2100 a.C.) bajo la forma de una invasión a través de los Balcanes. La llamada «casa quemada» de Sitagroi (Macedonia), con su planta absidal, sería un argumento a favor de tal hipótesis, aunque también se ha defendido la procedencia oriental de este tipo de planta.

5. EL BRONCE MEDIO Y LA CRETA PROTOPALACIAL

Después del milenio que viene a durar el Bronce Antiguo, discurre un período de unos trescientos años, el Bronce Medio (2000/1900 a 1700/1600 a.C.), en que la larga gestación del nuevo modelo cultural ya empieza a cristalizar en formas opuestas en todos los aspectos a las neolíticas. Conforme a la tónica seguida en el período anterior, es ahora Creta el área donde aparece una cultura más rica, sobre todo porque la isla no se ve afectada por las destrucciones que se aprecian en el resto del marco egeo.

En el *Cicládico Medio* la cultura de las islas pierde todo rasgo distintivo. Por causas que desconocemos los niveles CA III aparecen destruidos, y se constatan nuevos asentamientos comerciales cretenses o heládicos. Da la impresión de que los recursos naturales de las Cícladas hayan atraído a los minoicos, que parecen ahora explotarlos por sí mismos y comerciar con ellos. La población de las islas se ve implicada en todo caso en tales actividades e incrementa su nivel de vida. Ya no se fabrican los idolillos cicládicos del período anterior, y, por lo que respecta a la cerámica, sólo se registran piezas llevadas desde Creta y numerosas imitaciones locales de las mismas realizadas para el mercado interior.

En el área troyana el Bronce Antiguo pervive con Troya V durante una centuria más que en el resto. El período Mesotroyano corresponde, en efecto, a Troya VI, la gran ciudad que evocan algunos pasajes de la *Ilíada* en discordancia con la VIIa, mucho más reducida, que es la que podría sincronizarse con la guerra homérica. Troya VI se construye ya con un plan urbanístico, tiene pilares y columnas, y cuenta con varios edificios del tipo mégaron, a más de una cisterna profunda, en parte excavada en la roca, a la que se bajaba por una gran escalera. Las casas se construyeron sobre terrazas con muros de piedra entramados de madera, a fin de conseguir una cierta elasticidad frente a los seísmos. Estos fueron la causa posiblemente de que las murallas se construyeran en tres fases, con un perímetro final de unos 350 m. La cerámica cuenta con un tipo sencillo que perpetúa la del período anterior, pero en su mayoría corresponde a una nueva variedad similar a la *minia* del Heládico Medio, hecha a torno rápido e imitando los vasos metálicos.

Se supone que los constructores de Troya VI, cuyo ámbito cultural se circunscribe ahora a la Tróade, son inmigrantes que vinieran a sumarse en un plano de protagonismo a la población anterior, pero no hay datos para establecer su

filiación étnica. Pueden haber sido los primeros en esa zona en utilizar el caballo, y cabe suponer la existencia de un poder de tipo regio, que, a través de una aristocracia de guerreros, controlara las actividades de la población dependiente capitalizando su trabajo. Una tal organización estaría en consonancia con la existencia de las imponentes murallas y de las sólidas viviendas cobijadas en su interior.

El Heládico Medio es un período lleno de incógnitas. Los poblados presentan muchas diferencias entre sí, pero en conjunto son pobres, con construcciones poco sólidas, y sólo excepcionalmente se rodean de un muro de fortificación que, salvo en el caso de Egina, no merece el nombre de muralla. Las casas presentan plantas muy variadas, aunque predomina la terminada en ábside y hay algún mégaron. Los poblados fortificados carecen de plan urbanístico: las viviendas se apiñan desordenadamente en torno a una principal, que parece la del jefe local; todo ello y un amplio espacio libre, destinado posiblemente al ganado, se rodea por un muro construido por acumulación de piedras pequeñas, que va acomodándose a la morfología del terreno. Las formas de enterramiento, sencillas todas ellas, son igualmente diversas. Los poblados se construyen unas veces sobre las ruinas de los anteriores, y otras en sitios nuevos, presentando todos ellos un carácter agrícola, incluso los situados cerca de las costas.

La cerámica más característica de este período es la llamada *minia* porque fue hallada por vez primera en Orcómeno, habitada, según la tradición, por el pueblo de los Minias. Se encuentra por toda el área de dispersión del Heládico Medio, y es un tipo hecho a torno rápido, con una superficie pulida y brillante, que imita la de los vasos de metal. Después de una primera fase más tosca, se llega a unas variedades estables en coloración y formas, entre las que destaca el *kántharos* conocido como Lianokladi, que es común a Troya VI. Un poco más tarde aparece el tipo llamado *eginético*, que es una cerámica *mate* con un baño de coloración clara decorado en mate, con tonos marrones o negruzcos, a base de motivos geométricos, aunque pronto aparecen motivos de origen minoico; también se estabiliza con sus formas peculiares. La cerámica *minia* fue considerada en otro tiempo como una aportación de las nuevas poblaciones supuestamente indoeuropeas helenohablantes que habrían invadido el territorio heládico a finales del HA. Pero las destrucciones constatadas por Caskey a finales del HA II con indicios de una nueva implantación poblacional, y el hecho de que por ejemplo, en un lugar como Lerna esos nuevos pobladores no empezaran a tener cerámica *minia* hasta el HM, junto con la constatación de que la tal cerámica derivaba de tipos locales tradicionales, llevó a desligar la cerámica *minia* de unos inmigrantes a quienes muchos historiadores identificaban como los griegos. De todos modos, persiste un interrogante sobre la población del Heládico Medio y sobre la falta de desarrollo cultural del período, que podría deberse precisamente a un trasiego poblacional.

Es Creta la única de las cuatro áreas egeas donde se aprecia una continuidad pacífica a lo largo de todo el Bronce Antiguo, que marca igualmente el paso al *Minoico Medio*, caracterizado por la aparición de los primeros palacios. Hay continuidad en los cultos de los santuarios de montaña y se sigue fabricando la cerámica de *Camarés*, que aparece a finales del MA y llega a su apogeo en el MM. Los cambios son, pues, o parecen ser, el resultado de un desarrollo del modelo

económico de la Edad del Bronce en un contexto de paz y de continuidad. Los únicos incidentes traumáticos deben de haber sido las convulsiones sísmicas que azotan la isla con intervalos de unos cien años hasta culminar hacia el 1700 a.C. en una catástrofe generalizada; la reconstrucción de palacios y poblados en formas más ricas y sofisticadas marca entonces el paso al período Neopalacial.

Allá por el 2000-1900 a.C. el mundo minoico se transforma espiritual y materialmente; falta todo tipo de testimonios para saber lo que ocurrió en realidad, pero parece imponerse la conclusión de que fue la aparición de la realeza, sobre una base ideológica capaz de aglutinar las fuerzas físicas y espirituales de la sociedad, lo que actuó como factor determinante del proceso. La isla se muestra distribuida en cuatro zonas naturales con carácter de unidades económicas y sociales, con sendos palacios, que se construyen sobre poblados prepalaciales, derribando las casas que estorbaban. Se constata que el palacio de Cnoso, de dimensiones dobles que el de Festo, no se encuentra ni en la zona oriental ni en la meridional, que eran las más pobladas y las más ricas en la etapa anterior. Aunque carecemos de una secuencia cronológica para establecer el origen sucesivo o simultáneo de los palacios, todo ello podría significar que Cnoso fue el primero en surgir, y que nació en una forma hasta cierto punto tangencial a la organización anterior, siendo emulado después por los grupos sociales que poblaban las otras zonas. No es descabellado pensar en un transplante del modelo de los pequeños estados de la costa sirio-palestina, donde se combinaba la policultura intensiva con la producción artesanal y el comercio terrestre y marítimo. La leyenda de Minos podría evocar, en efecto, ese remoto origen para una monarquía que, según parece, tenía un cierto carácter teocrático, en la medida en que el poder político aglutinante de los elementos del sistema socioeconómico debe de haber tenido como base una ideología que hacía del rey el cauce de transmisión de las fuerzas benéficas de naturaleza divina. Porque, a pesar de nuestra exigua información sobre la religión minoica, se aprecia, a la par de una continuidad de los santuarios tipológicamente adscribibles al período anterior, una gran área de los palacios destinada al culto y un desarrollo de rituales y prácticas cultuales que no pueden sino estar vinculadas a la persona del rey.

Ninguno de los palacios minoicos tiene fortificaciones, detalle ése que se perpetúa a lo largo del Bronce Reciente. Se ha conjeturado que la consabida actividad sísmica de la isla desaconsejaba tales esfuerzos, y que eran las naves las que ejercían el papel defensivo frente a los ataques exteriores. Por lo demás, esos primeros palacios incorporan sabias técnicas de construcción, como el entramado de madera, que, al igual que en Troya VI, proporciona un coeficiente de elasticidad a los muros y se aplica también a las casas de los poblados. Las viviendas comunes son de reducida extensión y se amontonan formando bloques separados por callejuelas o escaleras, según la morfología del terreno, pero también se encuentran residencias más amplias, correspondientes sin duda a personajes importantes. Y, con respecto a los palacios, aunque no alcanzan el lujo de los del período siguiente, ya se puede hablar de una cierta grandiosidad. Se organizan en torno a un patio central y cuentan con una piña de dependencias, incluidos los talleres, que se ensamblan a través de patios, escaleras y pórticos. Suelos enlosados incluso en los espacios abiertos, enlucidos en las paredes y canalizaciones del agua y los residuos son otros tantos refinamientos que evidencian un nivel más alto de las condiciones de vida, no sólo en lo que respecta a los palacios.

El período Protopalacial conoce un incremento cualitativo y cuantitativo en la explotación de los variados recursos de la isla, aunque ignoramos todo detalle sobre el funcionamiento del sistema e incluso sobre el papel de los palacios. Parece claro que la economía palacial no se impuso en forma conflictiva; es probable que, una vez creada una de esas unidades, naciera el estímulo para el surgimiento de las otras, y que el conjunto de las fuerzas y recursos se viera atraído hacia esa nueva fórmula. Es posible que los palacios hayan funcionado en efecto como centros de intercambio y redistribución, implicando en su dinámica a los grupos que perpetuaban formas económicas más primitivas. El caso es que los palacios tenían talleres, que producían una variada serie de productos artesanales, en gran medida para la exportación, como es el caso bien documentado de la cerámica y de los objetos de bronce.

Al igual que la cerámica *minia* del HM, la protopalacial tiende a imitar modelos metálicos, incluso por la delgadez de las paredes, que culmina en la llamada *cerámica de cáscara de huevo*, fabricada en Cnoso y Festo. Siguiendo la tradición de *Camarés*, los vasos presentan un fondo oscuro de brillo metálico, sobre el que se aplica una decoración tricroma, a base de blanco y dos tonos de rojo, con el amarillo, a veces, como cuarto color. En los talleres palaciales se fabrican también vasos de piedra, y se trabaja el marfil, la pasta de vidrio y las piedras finas, como el lapislázuli y el cristal de roca. Con piedras duras preciosas o semipreciosas se hacen sellos, no sólo con fines identificativos sino también en calidad de joyas. La larga tradición de la glíptica que contaba ya por entonces Creta permite ahora reproducir con precisión los signos jeroglíficos o las pequeñas escenas de la vida real, de gran valor artístico. En fin, la orfebrería en oro, plata y electro, aplicada a la elaboración de joyas o a la decoración de armas y otros objetos, está suficientemente documentada en este período en lo que a técnicas y calidades se refiere, aunque los hallazgos en ese género son siempre muy escasos, debido al pillaje sufrido por las tumbas y los palacios.

BIBLIOGRAFÍA

J. L. Ángel: *Lerna, II: The People*, Princeton, 1971.
J. G. P. Best: *The arrival of the Greeks*, Amsterdam, 1974.
C. W. Blegen, J. L. Caskey, M. Rawson, J. Spreling: *Troy I. General Introduction. The First and Second Settlements*, Princeton, 1950.
C. W. Blegen, J. L. Caskey, M. Rawson: *Troy II. The Third, Fourth and Fifth Settlements*, Princeton, 1951.
K. Branigan: *The Tombs of Mesara. A Study of Funerary Architecture and Ritual in Southern Crete, 2800-1700 B. C.*, Londres, 1970.
H. G. Buchholz (ed.): *Agäische Bronzezeit*, Darmstadt, 1987.
H. G. Buchholz, Karageorghis: *Prehistoric Greece and Cyprus*, Nueva York, 1973.

F. CADOGAN (ed.): *The end of the Early Bronze Age in the Aegean*, (Cincinnati Glass., Stud. 6), Leiden, 1986, XIII + 196 pp.

J. L. CASKEY: «Greece and the Aegean Islands in the Middle Bronze Age», *Cambridge Ancient History, II-1 History of the Middle East and the Aegean Region, c. 1800-1380, B. C.*, Cambridge, 1973 (3) p. 117-140.

H. W. CATLING: *«Cyprus, in the Middle Bronze Age», Cambridge Ancient History, II-1, History of the Middle East and the Aegean Region. c. 1800-1380 B. C.*, Cambridge, 1973 (3) p. 165-175.

—, *«Cyprus in the Early Bronze Age». The Cambridge Ancient History, I, 2. Early History of the Middle East, Cambridge*, 1971 (3) pp. 808-823.

J. M. COLES, A. F. HARDING: *The Bronze Age in Europe*, Londres, 1979.

R. A. CROSSLAND; A. BIRCHALL, (eds), *Bronce Age Migrations in the Aegean, Archaeological and Linguistic Problems in Greek Prehistory*, Londres, 1973.

J. H. CROUWEL: *Chariots and other means of Land Transport in Bronze Age Greece*, Copenhague, 1981.

O. T. P. K. DICKINSON: *The origins of Mycenaean Civilization*, Göteborg, 1977.

C. DOUMAS: *Cycladic Art Sculpture and pottery from the N. P. Goulandris Collection*, Londres, 1983

—, *Early Bronze Age burial habits in the Cyclades*, Studies in Mediterranean Archaeology, 48, Göteborg, 1977.

—, *Early Bronze Age settlement patterns in the Cyclades*, Londres, 1973, pp. 227-230.

M. I. FINLEY: *El mundo Egeo*, Madrid, 1970.

G. GLOTZ: *La Civiliçation Egéenne*, París, 1952.

N. G. L. HAMMOND: *Migrations and Invasions in Greece and Adjacent Areas*, 1976.

R. J. HOWELL: «The Origins of the Middle Helladic Culture», en R. A. Crossland; A. Brichall (eds), *Bronze Age Migrations in the Aegean*, Londres, 1973, pp. 76-106.

R. W. HUTCHINSON: *La Creta prehistórica*, Méjico, 1978.

G. F. MYLONAS: *Aghios Kosmas. An Early Bronze Age Settlement and Cemetery in Attica*, Princeton, 1959.

N. PLATON: *La civilización égénne, 1. Du néolithique au bronze recent, 2. Le Bronze récent et la civilisation mycénienne*, París, 1981.

C. RENFREW: *Before Civilization. The Radiocarbon revolution and Prehistoric Europe*, Harmondsworth, 1976.

—, *The Emergence of Civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B.C.*, Londres, 1972.

C. RENFREW: Patterns of population growth in the prehistoric Aegean», P. J. Ucko; R. Tringham; G. W. Dimbley, *Man, Settlement and Urbanism*, Londres, 1973, páginas. 383-399.

—, «Problems in the General correlation of Archaelogical and Linguistic Strata in Prehistoric Greece: The Model of Autochthonous Origin», R. A. Crossland; A. Birchall (eds.), *Bronze Age Migrations in the Aegean*, Londres, 1973, pp. 265-279.

M. SAKELLARIOU: *Les Proto-Grecs*, Atenas, 1981.

—, *Les Peuples Préhelleniques d'origine Indo-Européenne*, Atenas, 1977.

—, *Les peuplement de la Grèce et du bassin égéen aux hautes époques. III. Les proto-Grecs*, Atenas, 1980.

S. SYMEONOGLOU: *The Topography of Thebes from the Bronze Age to Modern Times*, Princeton, 1985.

J. THIMME (ed.): *Art and culture of the Cyclades*, Chicago, 1977.

H. VAN EFFENTERRE: *Les Égéens. Aux origines de la Grèce, Chypre, Cyclades, Crète et Mycènes.*, París, 1986.

R. A. VAN ROYEN: *The arrival of the Greeks. The evidence from the settlements*, Amsterdam, 1979.

E. VERMEULE: *Grecia en la Edad del Bronce*, Méjico, 1971.

C. ZERNER: *The Early Middle Helladic Period at Lerna*, Univ. of Cincinnati, 1978,

CAPÍTULO II

LA CRETA NEOPALACIAL

1. ASPECTOS HISTÓRICOS

Esta fase de la cultura minoica, que, como ya se dijo en el capítulo anterior, comprende una parte del Minoico Medio y una parte del Minoico Reciente, en su correspondencia con la periodización de los estilos cerámicos, se inicia hacia el 1700 a.C. y constituye una de las manifestaciones culturales más fascinantes del Mundo Antiguo. El volumen de los testimonios materiales que nos han llegado sobre la misma es muy grande, ya que los nuevos palacios se han visto libres casi por completo de construcciones superpuestas, lo que ha permitido que fueran exhumados sin dificultad, y, además, han aparecido ciudades, haciendas agrícolas, necrópolis y santuarios.

La carencia, empero, de fuentes escritas directas y la enorme dificultad de interpretación que afecta a las eventuales referencias de los autores griegos a la Creta minoica, lo mismo que al bagaje de los mitos y leyendas, mantienen por desgracia muchas incógnitas sobre la cultura no material de esas gentes –instituciones políticas, sociales, económicas o religiosas– así como sobre el desarrollo histórico del período. La proyección de lo minoico sobre el entorno mediterráneo, que incluye la importante problemática de las relaciones de Creta con el mundo micénico en las distintas fases, está llena de interrogantes.

Una primera cuestión incierta es la causa de las destrucciones, a veces sucesivas, que afectan a los cuatro palacios –Cnoso, Festo, Malia y Zacro– en torno al 1700 a.C. No hay indicios positivos de que se hayan debido a invasores procedentes del exterior ni a luchas intestinas; en la mayoría de los casos se aprecian huellas de incendio, lo que puede obedecer a terremotos, lo mismo que a agentes humanos, mientras que en alguno está claramente atestiguado el seísmo. De ahí que haya parecido ésa la causa de las destrucciones a la mayoría de los investigadores. La amenaza de nuevos temblores, o simplemente la necesidad de recuperarse económicamente, parece explicar el hecho de que los cretenses dejaran

pasar un lapso de medio siglo entre las destrucciones de los palacios y sus reconstrucciones, que se llevaron a cabo de un modo suntuoso. Por lo demás, entre el período Protopalacial y el Neopalacial se aprecian signos de continuidad en todos los órdenes.

Pero en esta nueva etapa los cretenses no sólo consiguen superar los desastres sino que experimentan un claro incremento de su nivel económico, lo que debe de estar motivado por el crecimiento del comercio exterior, que implica ya un grado de expansión colonial, en cierta medida bien documentado. No hay testimonios fehacientes sobre asentamientos minoicos en la Grecia peninsular, pero sí se constatan desde el 1600 a.C. aproximadamente relaciones comerciales con los centros micénicos, así como la presencia en ellos de artífices y constructores procedentes de Creta. Sin embargo, en las Cícladas, Rodas y algunos puntos de la costa minorasiática hay huellas de implantación colonial minoica, respaldadas por algunas leyendas. Tales fundaciones se fechan, con argumentos arqueológicos, entre el 1650 y el 1500 a.C. Por otra parte, en esos lugares se ha podido constatar que la presencia minoica resulta sustituida por la micénica hacia el 1400 a.C., después de una etapa de actividad conjunta de unos y otros elementos, aparentemente en forma cordial. Sabemos que los cretenses comerciaron también con Egipto, aunque esa relación resulta oscura a partir de la documentación en nuestro haber. Parece en todo caso que durante el siglo XV los contactos con Egipto se fueron apagando, lo que viene a sincronizarse con la trayectoria decadente que presenta ya en esas décadas la proyección exterior de Creta, condicionada con gran probabilidad por la competencia micénica.

La cuestión de las relaciones entre minoicos y micénicos en esa época es, sin embargo, muy enjundiosa, puesto que queda implicada en la secuencia de destrucciones que se producen por toda la isla durante la misma y acaban por reducir la Creta neopalacial a la Creta del palacio de Cnoso. Todos los centros de poder cretenses, y muchas ciudades, se vieron gravemente afectados: Cnoso y Malia en el norte, Gurnia, Palaicastro y Zacro en el este, Festo y Hagia Tríada en el sur. Algunas de estas destrucciones se fechan con toda seguridad hacia el 1450 a. C., otras podrían ser algo anteriores, y sólo en el caso de Cnoso se encuentra el estrato afectado por el desastre con cerámica datable hacia 1400, habiéndose hallado más recientemente piezas de evidencia que retrasarían la destrucción incluso hasta el 1370 a.C. De ahí que Evans pensara en su día que había partido de Cnoso una ofensiva contra los demás centros de poder de la isla, logrando aquél someter todo el territorio, para sucumbir, a su vez, medio siglo después a causa de un terremoto.

Posteriormente, el asunto empezó a ser interpretado de otro modo, que se resume en la tesis según la cual los Micénicos habrían invadido Creta hacia el 1450 a. C., llevando a cabo todas las destrucciones y estableciéndose en Cnoso para administrar desde allí toda la isla. Luego, en el 1400, Cnoso habría sucumbido por obra de otros micénicos o bien de los propios cretenses sublevados. Por desgracia, la polémica sobre la causa de las destrucciones y sobre la identidad minoica o micénica de los dirigentes de Cnoso en el llamado *Período del palacio* ha proseguido en los años siguientes y no ha podido ser cerrada. Las excavaciones llevadas a cabo en la isla de Tera, con la exhumación de sus importantísimos restos minoicos, llevaron a Marinatos a desarrollar una compleja hipótesis con

la que pretendía atribuir la ruina producida en la isla en el siglo XV a. C. a las consecuencias geológicas de la erupción volcánica que hacia el 1500 a. C. transformó por completo la morfología de Tera. Bien acogida en un principio, tal teoría ha venido recibiendo sucesivas objeciones de muy diversos tipos, que han acabado por invalidarla.

De todas formas, esa interpretación de las destrucciones no contesta a la pregunta de quiénes gobernaron Cnoso en su última singladura como centro palacial, ya que los micénicos pueden haber asumido el poder en la isla, lo mismo aprovechando una situación precaria creada por los agentes naturales que planteando una ofensiva expansionista desde la ventaja de su pujanza económica y de su capacidad bélica. El problema está en que los testimonios sobre su supuesta presencia allí durante el *período del Palacio* no son concluyentes. El que parece más sólido, el de la utilización de una lengua griega en las tablillas de los archivos de Cnoso, podría recibir otra valoración, y lo mismo ocurre con los indicios netamente arqueológicos. Hay que admitir que ninguno de los elementos de evidencia con los que se pretende demostrar el dominio micénico sobre la isla en esas décadas es rigurosamente incompatible con un dominio minoico, que tendría por entonces, en cualquier caso, una fuerte implicación micénica. El esplendor de Creta ya se había eclipsado, y ya se había producido el relevo de su protagonismo a favor del mundo micénico.

2. PALACIOS Y CIUDADES

Los restos de los primeros palacios fueron demolidos a fin de disponer de los solares rasos para reconstruirlos de nueva planta, mucho más grandes y más ricos. Se mantiene, sin embargo, la estructura básica, que es la de un gran patio central, rodeado por una maraña de habitaciones, patios, pasillos y escaleras. El conjunto presenta un aspecto caótico en apariencia, pero responde en realidad a unos principios y mantiene unas constantes en el diseño. Es una estructura organizada en áreas concretas –la religiosa, con una parte de los almacenes en sus aledaños; la de servicio, con los talleres, otros almacenes diferentes y los correspondientes aposentos– y las dependencias respectivas del rey y de la reina, que contienen piezas de representación abiertas al gran patio central, lugar de celebración y de comunicación. El aspecto exterior del conjunto es descuidado y arquitectónicamente irrelevante, salvo por lo que respecta al acceso a la puerta principal, que es la destinada a las entradas solemnes y está próxima a la zona cultual. En el caso de Cnoso se aprecia muy bien esa diferencia entre tal entrada y la que debía de ser de uso cotidiano, comunicada directamente con el camino del puerto, con su lugar para la guardia, su gran sala hipóstila aneja, presumiblemente para la recepción de las mercancías, y con los talleres y almacenes en proximidad. Las habitaciones son todas ellas muy pequeñas en relación con los patios y las escaleras, lo que eleva el número de las de Cnoso a unas mil quinientas.

A veces, la construcción se hacía directamente sobre el lecho de roca y otras se ponían cimientos; en Cnoso se aprovechó una ladera para dar más seguridad a las plantas superiores, de modo que el palacio quedaba en cierto modo acostado sobre ella. A pesar de la constante amenaza de los seísmos no renunciaron los cretenses a la superposición de plantas, ni a los grandes vanos ni a la sustentación

a base de pilares y columnas. Evitaban, eso sí, los materiales pesados, utilizaban, como ya se ha dicho, muros y tabiques con entramado de madera y relleno de adobe, así como la característica columna en forma de cono invertido, de modo que la base sustentaba la techumbre mientras la parte más estrecha se encajaba a presión con un pivote en un orificio del suelo. Esos recursos permitían aguantar los movimientos sísmicos hasta una cierta intensidad, pero la construcción era muy sensible al fuego, que, debido al uso de lámparas de aceite para el alumbrado, podía declararse con gran facilidad. Las paredes iban cubiertas de yeso y decoradas con estuco, los suelos se cubrían con madera, piedra de río, o bien losas de creta o de mármol. Había sofisticados sistemas para llevar el agua desde fuera, para aprovechar la de las lluvias y para distribuirla por las dependencias, y los aposentos reales, al menos, tenían retretes y baños.

El adorno fundamental de los palacios era la pintura, con la que se realzaban las cornisas y arquitrabes, los extremos de las vigas y los cercos de los vanos. Es frecuente en esos casos el uso de la cenefa a base de los motivos tradicionales de la roseta y la espiral. A su vez, los muros y tabiques se decoraban con escenas varias, inspiradas en la naturaleza o la vida social, que armornizaban con la función del lugar donde se contemplaban. Sobre un enlucido laborioso del muro, a base de capas sucesivas de una pasta de cal y arena cada vez más fina, se aplicaban, cuando aún estaba húmedo, colores de extracción mineral, que eran absorbidos por la pared e integrados químicamente en la pasta, según la técnica común *al fresco*. Una vez seca la pared, se procedía a realizar los detalles finos del dibujo con pinceles, utilizando cola o clara de huevo para su fijación.

El fresco naturalista que incorpora la figura humana es característico de esta etapa neopalacial propiamente dicha; no se da antes y no tiene continuidad en el período del Palacio, al que corresponden los geométricos. Los artistas de ese género aprovecharon, sin duda, la experiencia alcanzada en la decoración de la cerámica, pero supieron aprovechar las posibilidades que ofrecía este nuevo soporte, en cuanto a la utilización del relieve, a la mayor viveza de los colores y a la posibilidad de representar a tamaño natural. Un rasgo a destacar, en fin, de esas pinturas es su aparente interés por representar en las paredes las escenas que tenían lugar en los interiores correspondientes, sin el menor ánimo de individualizar a personajes o incorporar anécdotas. Así, el gran mural que decoraba el corredor de las procesiones de Cnoso, muy mal conservado, pero integrado, según se cree, por unos trescientos individuos a tamaño natural, parece inmortalizar el cortejo de personal religioso, músicos y oferentes que real y efectivamente discurría por allí en ocasiones solemnes. El conjunto más conocido, por mejor conservado, es quizá la porción de friso procedente del ala oriental del palacio de Cnoso en la que tres figuras ejecutan un salto de toro, y la figura más famosa, la del llamado *Príncipe de los lirios*, posible representación del rey como un joven aristócrata con una corona de plumas. Algunas figuras femeninas son también notables, tanto las procedentes de Cnoso como de Tera.

Al lado de los grandes palacios con precedentes en el período anterior, existen ahora otros varios más pequeños, como el llamado *Pequeño Palacio*, muy cercano al de Cnoso, o el de *Hagia Tríada*, próximo a Festo. Se ha discutido mucho sobre el uso de tales construcciones, que no parecen en todo caso residencias de los reyes. Una de las posibilidades adelantadas es que hubieran proliferado en esta

época las construcciones palaciales (podría haber muchas más que no hayan sido localizadas) debido al surgimiento de una clase muy restringida de elementos privilegiados que hubieran compartido las prerrogativas de los reyes. Los pequeños palacios o *villas* repiten la estructura modélica de los grandes, con todos sus elementos fundamentales, incluido el santuario tripartito. A su vez, se han hallado por toda Creta complejos identificados como casas de labor, todos ellos del periodo Neopalacial, con el mismo tipo de santuario y las instalaciones necesarias para llevar a cabo con cierta amplitud las actividades agropecuarias y derivadas. Es posible que estuvieran organizadas como pequeños centros de producción al modo y manera de los palacios.

Pero esta Creta densamente poblada tenía como base el hábitat urbano, en su caso asociado a alguno de los palacios. A la ciudad de Cnoso, por ejemplo, se le ha atribuido una población de ochenta mil personas, y también era muy grande la de Palaicastro, independiente de toda construcción palacial. Abundaban asimismo los pequeños poblados, sobre todo en las costas. Ciudades y pueblos tenían un diseño urbanístico, que se acomodaba a la morfología del terreno. Así, había casos como el de la ciudad de Zacro en que las calles a transitar por carros discurrían sobre terrazas practicadas en la pendiente, en comunicación con los accesos principales, mientras que las que separaban las manzanas de casas en la dirección perpendicular eran escalonadas, debido al desnivel del terreno. El tipo más modesto de vivienda urbana es diminuto, con minúsculas ventanas; el medio cuenta con dos plantas, patio interior y escalera, a más de una serie de pequeñas piezas; y, además, existen viviendas más lujosas, algunas con una estructura similar a la de los palacios, todo lo cual atestigua una gradación de la riqueza. La técnica de construcción es la misma por doquier, y la decoración artística, proporcional a la importancia de la vivienda. Por lo general, se pintan tan sólo los elementos de madera, pero no pocas casas privadas se decoran con frescos.

Además, la arquitectura minoica de esta época tiene una representación en los enterramientos y en los santuarios. Siguen utilizándose ahora los recintos rectangulares y los *tholoi* de fase anterior, aunque se desarrolla una preferencia por la sepultura individual, con las tinajas y los sarcófagos como formas más sencillas. La especie neopalacial característica es la cámara tallada en la roca, idónea en el caso de Creta, donde la piedra es muy blanda. No es seguro, sin embargo, que su origen sea minoico, pues podría proceder de la Grecia peninsular o de Chipre. Su planta y dimensiones son variadas, como también la cubierta, plana o abovedada, que a veces se sostiene a base de pilares, tallados igualmente en la roca. Contaba con una o varias fosas y con bancadas laterales, donde se depositaban los cadáveres, cuyos restos eran arrojados a *bóthroi* o pequeños pozos para dar cabida a nuevas inhumaciones al cabo de cierto tiempo. La entrada a la cámara se cegaba con piedras en cada ocasión, y se comunicaba con el exterior por un *drómos* o corredor. La gradación de la riqueza se manifiesta también en los enterramientos, siendo algunos de ellos, como la *tumba de las Dobles Hachas* de Cnoso, o el *thólos de Isopata*, verdaderos santuarios o criptas subterráneas.

No existe en Creta una arquitectura religiosa propiamente dicha. Los santuarios palaciales carecen de estructura básica; son partes de la construcción continua, que se presentan como conglomerados de pequeñas capillas y criptas, con un pilar en el centro, depósitos de ofrendas, baño lustral y otros varios elementos que revelan un uso cultual. Los santuarios al aire libre tienen aun menor entidad arquitectónica. Se trata básicamente de lugares sagrados naturales, de oquedades en la cima de una montaña, en una ladera o en un acantilado, a las que se añade a veces una portada o un cercado muy simples, cuya finalidad debe de ser la de marcar el límite entre el espacio sagrado y el profano. Ocasionalmente se encuentra alguna construcción similar a una casa, pero que cabe identificar como un santuario.

3. LA PRODUCCIÓN ARTESANAL

Todos los géneros iniciados en la fase protopalacial alcanzan ahora un auge e incrementan su dimensión artística.

Los hallazgos de *cerámica* son muy numerosos, con una pervivencia decadente del *estilo de Camarés*, desplazado por los nuevos tipos bicromos, muy influidos por la pintura de los frescos, con su carácter naturalista. El desarrollo de este estilo manifiesta una tendencia a aligerar las formas de los vasos, situando su centro de gravedad cada vez más arriba y destacando de modo también creciente las bases, los cuellos, los picos o las asas. Las formas se multiplican, y los elementos decorativos se enriquecen y complican.

Tanto la variedad de decoración clara sobre fondo oscuro como la inversa, que vienen a coexistir, explotan sabiamente los recursos del claroscuro, que se completan con adornos en relieve, para dar una sensación de dinamismo y vitalidad. Las fases culminantes son la MR Ia y MR Ib, que corresponden, respectivamente, al *estilo floral* y al *estilo marino*, así llamados en virtud de la diferente fuente de inspiración de los motivos. La influencia de los frescos no llega hasta el punto de introducir la figura humana en la cerámica, ni la de los cuadrúpedos, debido sin duda a su falta de flexibilidad para adaptarse a la forma de los vasos; son, por el contrario, preferidos, además de los vegetales, animales como el pulpo, de formas moldeables. La fase MR II desarrolla el llamado *estilo del palacio*, que perpetúa los motivos florales y marinos, pero introduce unos nuevos principios de composición. Se impone el principio de simetría y el de cubrir al máximo la superficie del vaso, con una tendencia a la repetición de los motivos formando cadenas, con frecuencia integradas en estructuras geométricas o pseudoarquitectónicas. Las piezas ganan en suntuosidad lo que han perdido en frescura y libre inspiración. La tendencia culmina en los últimos años del estilo con una estilización de los motivos tomados de la naturaleza y un gusto por los abstractos.

En el ámbito doméstico destacan entre las innumerables formas los enormes *pithoi* y las grandes *pitánforas*, destinados unos y otras al almacenaje de productos alimenticios; en el comercial, el *ánfora de estribo*, utilizada sobre todo para el transporte de vino y aceite a larga distancia, con una boca situada en un lado del hombro, que facilita el transvase del líquido. La esbelta jarra de elevado pico, o la llamada *copa efirea*, de influencia continental, están asimismo muy representadas. Había también, por supuesto, una serie de piezas producidas expresamente para el uso funerario, bien representadas en las necrópolis. Así, los tradicionales *kérnoi* o vasos múltiples destinados a ofrendas varias, o los *ritones*, que suelen tener forma de cabeza de toro.

La artesanía artística neopalacial está representada en los sectores del trabajo del marfil, la piedra y la faenza con piezas muy ilustrativas, aunque poco numerosas. De faenza son las dos famosas figurillas conocidas como *diosas de las serpientes*, que podrían ser sacerdotisas o incluso la propia reina. El marfil se utilizaba para tallar artísticamente pequeños objetos de uso personal, como peines y cajitas, para hacer incrustaciones, y para realizar figurillas, que alcanzaban bastante realismo al utilizar el oro para los cabellos y las piedras de colores para algunos detalles. Se conservan fragmentos de un grupo que representaba una tauromaquia. La talla de la piedra se utilizaba sobre todo para hacer copas y *ritones*. En algunos ejemplares la superficie exterior se trabajaba con relieves formando escenas. Es el caso del *vaso de los cosechadores*, procedente de Hagia Tríada, que incorpora al parecer, un ritual o una procesión religiosa; o el del ejemplar procedente de Zacro, en el que se representa un santuario de montaña con unos íbices. Las piezas así decoradas tienen una extraordinaria importancia como documentación de aspectos de la vida diaria sobre los que tan poco sabemos.

La estatuaria de bulto redondo no parece haberse desarrollado en el terreno de la piedra, pero sí lo hizo en el del bronce, aunque dentro de unas dimensiones reducidas, que eran las de los exvotos. Para las piezas macizas se utilizaban moldes de arcilla, pero también se conocía el procedimiento de la *cera perdida*, que permitía ahorrar mucho metal, al hacer las piezas huecas. El considerable número de tales exvotos hallado en diversos santuarios está integrado sobre todo por figuras de animales, aunque también hay hombres y mujeres de todas las edades, por lo general en actitudes de plegaria u ofrecimiento. Los animales sustituyen, quizás, a una víctima sacrificial viva, o bien representan a los rebaños del oferente. En la figura humana el realismo en los detalles y las proporciones ha sido sacrificado al fin más importante de la expresividad en las actitudes. Algunas de esas piezas han sido consideradas hipotéticamente como representaciones de divinidades, pero incluso en ese caso debía de tratarse de exvotos. Las imágenes cultuales exigían probablemente mayor suntuosidad y realismo, cual la que recibe las ofrendas en la escena pintada en el sarcófago de Hagia Tríada. Tal vez se hacían de madera, recubiertas de materiales preciosos.

Pero los broncistas minoicos se consagraban, sobre todo, a la fabricación del utillaje y el armamento, ilustrado por diversos hallazgos, procedentes sobre todo de santuarios y tumbas, ya que la producción de uso utilitario era refundida para aprovechar el metal. Las armas de los grandes personajes –quizá sólo armas de parada– y las hachas votivas estaban artísticamente decoradas o hechas todas ellas con materiales preciosos. La espiral y los animales son los motivos más corrientes y, por lo que respecta a las técnicas, se encuentran el repujado, la incisión y la incrustación. En el Período neopalacial los cretenses fabricaban espadas largas, medianas y puñales, con hojas muy resistentes, por lo general, gracias a un refuerzo longitudinal.

Una rama clara y distinta del trabajo artístico de la piedra era la Glíptica, donde se superan las calidades del período anterior. Se sigue utilizando el sello como adorno y como recurso de identificación, y tiene una demanda muy generalizada. Por eso se han encontrado muchos ejemplares en vidrio, barro cocido o serpentina, que es una variedad blanda, fácil de trabajar. Pero también hay piezas valiosas de cornalina anaranjada o de lapislázuli; algunas de ellas son

verdaderas obras de arte. La temática decorativa plantea un problema. Algunos sellos llevan complejas escenas relativas a rituales, o, en cualquier caso, de contenido religioso, que, por cierto, constituyen una fuente de primer orden para el conocimiento de la religión minoica. Ello ha llevado a contemplar la posibilidad de que los que ostentan figuras de animales o escenas de la vida diaria comporten un simbolismo similar, y de que el sello fuera considerado como un instrumento de comunicación con las fuerzas sobrenaturales en el sentido en que lo son, por ejemplo, las medallas de la religión católica.

Finalmente, la orfebrería tiene un papel destacado, al margen de su aplicación a la decoración de armas y otros objetos. Son muy pocas las joyas que han llegado hasta nosotros, pero casos como el del llamado *tesoro de Egina*, que procede de un taller semejante al que realizó el *colgante de Malia*, con dos avispas en composición heráldica, dan una idea de la calidad del género. Además de los colgantes, pendientes, brazaletes, alfileres y placas de oro que se cosían en los vestidos, los orfebres hacían sortijas, por lo general sortijas-sello, con la decoración en negativo del mismo tipo que la de los otros sellos.

4. LA ESCRITURA

Las marcas impresas, que parecen documentarse en alguna forma ya en el periodo Prepalacial, contituyen el primer tipo de escritura utilizado en Creta, que en el periodo Protopalacial presta un servicio importante a la compleja actividad de los palacios. Pero es en el periodo Neopalacial donde se desarrolla una escritura propiamente dicha, es decir, por incisión a mano sobre el barro fresco. El sistema más antiguo era jeroglífico ideográfico puro, de modo que una figura claramente reconocible representaba el objeto correspondiente o bien un concepto relacionado con el mismo. El sistema se combina después con un silabario, al tiempo que los jeroglíficos se hacen cada vez más esquemáticos, hasta llegar a las escrituras conocidas como lineal A y lineal B, que son las que se generalizan. A la primera fase neopalacial se atribuye el *Disco de Festo*, de arcilla, que lleva por los dos lados una secuencia de signos impresos en espiral por medio de sellos. Es totalmente ilegible para nosotros, aunque la recurrencia de una determinada frase ha hecho conjeturar que se trate de un himno religioso.

La escritura lineal A se encuentra representada por inscripciones –rara vez por pictogramas– que llevan ciertos objetos rituales y, sobre todo, algunas tablillas pertenecientes ocasionalmente a archivos, según se ha creído. Algunos signos han podido ser transcritos con la ayuda del lineal B, pero, como la lengua utilizada es desconocida, los documentos no se pueden leer. Extraña lo reducido de los hallazgos de esa escritura, que no parecen corresponder a la contabilidad de los palacios; tal vez se usaran para ésta materiales más perecederos. El lineal A propiamente dicho corresponde a la época de la destrucción de los segundos palacios, y se diferencia de la escritura de un lote de veintiséis tablillas hallado en Festo, que presenta un *protolineal A*, datado en el MMII.

El mejor documentado de los sistemas de escritura utilizados en Creta es el lineal B; es también el último en aparecer y el que corresponde a los documentos escritos en una lengua griega. Las tablillas cretenses en lineal B han sido halladas

en Cnoso y se adscriben al nivel de destrucción del período del Palacio. Pertenecen sin duda alguna a la contabilidad palacial, y tal vez su forma oblonga, que contrasta con la rectangular del lineal A, se deba al hecho de haber sustituido a unas hojas escritas con tinta utilizadas previamente a tal efecto. La opinión más difundida es que el lineal B surgió de la necesaria modificación del lineal A cuando hubo de transcribir una lengua griega: el griego micénico de los señores de Cnoso en el período del Palacio. Pero también se ha defendido la tesis de que se trate de un desarrollo paralelo respecto del lineal A, es decir, de una de tantas variantes de escritura utilizadas en la isla, que, lo mismo aquí que en el continente, se habría especializado en la transcripción del griego.

5. LA SOCIEDAD Y EL ESTADO

Aunque más abundante que la de etapas anteriores, nuestra información sobre la Creta neopalacial sigue siendo insuficiente para conocer las instituciones que dan forma al Estado, así como para establecer los circuitos por los que se encauzan las relaciones políticas y sociales. Se aprecia, eso sí, una continuidad en la preeminencia de la realeza y en la mayor riqueza y grandiosidad del palacio de Cnoso, que resulta muy difícil de explicar, en la medida en que la existencia de otros palacios parece implicar la de otros reyes. Algunos historiadores han creído que el rey de Cnoso ejercía una soberanía sobre toda la isla, acompañada de la percepción de algún tributo, pero la magnificencia de ese palacio no es una prueba fehaciente de la unificación política del territorio, ya que podría justificarse por una simple supremacía en el terreno religioso; de ahí que otros retrasen la consecución de tal unidad hasta el *período del Palacio*, donde, en efecto, se constata la no reconstrucción de los palacios destruidos.

Pudiera ser que el ejercicio colegiado del poder por parte de un grupo de reyes que atribuye Platón a la Atlántida haya estado en verdad inspirado por el recuerdo de una Creta prehistórica integrada por pequeñas unidades soberanas en buen entendimiento mutuo, pero eso no deja de ser una hipótesis. En cuanto a la leyenda sobre la rivalidad entre Minos, Radamantis y Sarpedón por el trono, así como sobre el prodigio que determina la elección a favor de Minos –tal vez un nombre dinástico–, tampoco permite sacar conclusiones sobre la realeza en Creta, aunque sugiere que la investidura del nuevo rey, tal vez designado para un período de nueve años, como apunta la tradición, requería una sanción divina a través de algún prodigio.

No sabemos nada sobre la posible existencia de consejos o asambleas al lado de la figura del rey, ni tampoco sobre una eventual evolución en el carácter de la institución regia desde el período Protopalacial al Palacial. La existencia de los pequeños palacios y de las villas podría, sin embargo, significar que una capa restringida de la población había llegado a compartir hasta cierto punto las dignidades y privilegios del rey, en detrimento de la sacralidad de éste.

El papel de la reina en la monarquía minoica es asimismo enigmático. En los palacios cuenta con un área residencial y, posiblemente, de representación, distinta de la del rey; ello no implica, por supuesto, que compartiera el poder político con el esposo, pero parece clara su importancia como figura pública en el terreno religioso.

Es difícil también hacer precisiones sobre la composición de la sociedad minoica. El mayor desarrollo de los palacios en esta fase sugiere un crecimiento de los sectores improductivos, es decir, del personal religioso y de servicio. También apuntábamos antes la posibilidad de que se haya configurado una clase privilegiada que viviera de los excedentes de producción; a una especie de aristocracia parecen pertenecer en todo caso los varones representados con largas melenas rizadas y brazaletes –igual que el llamado *Príncipe de los lirios*, que podría ser el rey–, aunque ignoramos todo detalle sobre esa supuesta clase. Se sospecha la existencia de esclavos, algunos de ellos negros, pero no sabemos a quién pertenecían ni cuál era su número. En cuanto a los agricultores y los artesanos, unos trabajaban para el palacio y otros lo hacían al margen del mismo, pero desconocemos la forma de adscripción de los individuos a sus respectivas tareas y lugares de trabajo.

6. LA ECONOMÍA

La tierra de Creta producía lo suficiente para alimentar a la población y para exportar en cantidad vino y aceite, lo que se explica, sin duda, por un incremento de la producción agrícola, debido al empleo de mejor utillaje y de semillas más variadas y seleccionadas. Pero la realidad es que desconocemos las técnicas de cultivo y la organización del trabajo en ese sector. Y algo similar cabe decir sobre la ganadería, la pesca y la caza, cuyos respectivos productos completaban la dieta.

Las labores agrícolas exigían abundante mano de obra, ya que el tipo de arado empleado sólo servía para abrir surcos, siendo preciso remover la tierra con un utensilio, especie de mezcla de hacha y de azada, que llevaba un mango de madera con agujero oval, para impedir el giro de la pieza de bronce. La siega se hacía a base de pequeñas hoces de bronce, y creemos que se empleaban trillos de madera con puntas de sílex. Se cultivaban cereales y legumbres, así como varios frutales, sobre todo el olivo y la higuera.

Se criaban cerdos, ovejas, cabras, bueyes y équidos; tanto éstos últimos como los bueyes de piel clara, con grandes manchas oscuras, eran utilizados como animales de tiro. Parece, además, que existían especies salvajes de casi todos ellos, objeto de caza en las zonas donde se daban en abundancia. Los jabalíes eran probablemente los más dañinos. En cuanto al león, motivo frecuente en las representaciones plásticas, como cazador, como objeto de caza o asociado a los dioses, hay que decir que no se ha encontrado nunca en Creta un solo hueso de ese animal, por lo que es probable que no existiera allí, y que las cacerías tuvieran lugar en el norte de África.

Los cretenses de la época practicaban toda una serie de artes de pesca, consiguiendo un abundante producto que consumían, bien crudo bien en forma de salazones. Parece que los delfines colaboraban con los pescadores conduciendo ciertos bancos hasta las redes. En algunos poblados y ciudades costeras, la pesca, que incluía el codiciado múrice, del que se extraía la púrpura, debe de haber sido con mucho la actividad dominante.

El elevado nivel económico de la Creta neopalacial, con su desarrollo de los aspectos suntuarios en todos los terrenos, y con esa peculiar afición de los cre-

tenses a los adornos en el atuendo personal y, en general, la decoración prolija, implica la existencia de un amplio sector de la sociedad dedicado a la artesanía en los más variados géneros. Además, ya no son sólo los palacios los que cuentan con personal especializado en esas actividades, sino que ahora se encuentran por todas partes talleres donde se fabrican las manufacturas que con anterioridad estaban circunscritas al ámbito doméstico. Nos falta, sin embargo, toda información sobre el desarrollo cotidiano de esas tareas y sobre el modo de integración de los artesanos tanto palaciales como independientes del palacio, en el sistema social. Sobre los productos perecederos, como son los tejidos y los cueros, no tenemos otros testimonios que los de las representaciones plásticas, donde no se pueden apreciar calidades, aunque sí, como hemos dicho, una importante implicación de mano de obra. En cambio, tenemos evidencia directa sobre todo lo relacionado con la construcción y decoración de palacios y otras moradas, donde concurren toda una serie de especialidades artesanales muy laboriosas. Destaca, por ejemplo, la labor de los canteros, así como la de los carpinteros, que tenían, por otra parte, una importante proyección en la construcción de las variadas naves utilizadas por los cretenses. Era muy numeroso, asimismo, el grupo artesanal dedicado a la fabricación de la cerámica, o el de los talleres de bronce, actividades ambas que requerían buenos especialistas y abundante peonaje.

Sabemos que Creta mantenía en esta época importantes relaciones comerciales con la Grecia peninsular, las islas del Egeo, la costa minorasiática y siriopalestina y Egipto, aunque los testimonios de tales intercambios no son abundantes, debido sin duda a que consistían fundamentalmente en alimentos y textiles. En Creta se obtenía lana en grandes cantidades, que, dado el suave clima de la isla, se destinaría casi por completo a la exportación, una vez tejida y teñida. Por el contrario, los tejidos vaporosos y finos que predominan en el vestuario cretense se fabricarían en lino, posiblemente importado de Egipto, y, se ha supuesto, en seda procedente de la isla de Cos. De Creta salía también aceite, vino y madera de construcción. Y entraba, con seguridad, papiro, cobre y estaño, a más de otra serie de materiales de elevado costo, como el oro, la plata, el marfil o las piedras finas, y de algunos productos necesarios para las actividades artesanales, como el esmeril o la obsidiana. No sabemos dónde se obtenía el estaño; tal vez en Iberia, en Etruria o en otros lugares. En cambio, tenemos constancia de que el cobre se llevaba de Chipre, en lingotes de 29 Kg, con las caras incurvadas para facilitar el transporte, que se fraccionaban también en mitades o en cuartos.

No hay acuerdo entre los especialistas sobre el papel de los palacios en el comercio exterior. El intercambio de mercancías específicas a larga distancia no podía depender, desde luego, de la libre iniciativa de una serie de pequeños comerciantes, pero el carácter de grandes mercados extrapalaciales que tienen la ciudad de Palaicastro o la isla de Pseira haría teóricamente posible la existencia de sociedades comerciales, con sus propias flotas, dedicadas al comercio exterior con carácter privado. Sin embargo, no tenemos constancia de que en verdad existieran, y se ha defendido la tesis de que tal comercio era monopolio de los palacios. En ese supuesto, la condición de grandes mercados que parecen tener las ciudades costeras de Palaicastro y Gurnia se explicaría por la circunstancia, muy verosímil, de que la inmensa mayoría de las mercancías que circulaban en razón del comercio interior de la isla lo hacían por mar, a lo que habría que sumar también los movimientos comerciales con los asentamientos minoicos de fuera de Creta. Por otro lado, ignoramos si, en el caso de que el comercio exterior fuera en efecto, exclusivamente palacial, había algún tipo de coordinación entre los diferentes palacios en ese terreno o bien funcionaban con total independencia.

Tampoco sabemos cómo se hacían las transacciones en el comercio interior. Es probable que en los centros palaciales funcionara un modelo redistributivo para los productos de primera necesidad, pero hay contextos como el de las ciudades costeras mencionadas en que parece que las gentes debían adquirir lo necesario comprándolo, y también es verosímil que se manejara la noción de precio, por referencia a algún sistema de valoración; como no existía la moneda, el pago se haría, desde luego, en especie, si bien es posible que determinados productos –se ha pensado, a este respecto, en las fracciones de los lingotes de bronce– constituyeran una forma de pago más o menos habitual o estandarizada.

7. LA RELIGIÓN

Son muchos los testimonios a los que se puede atribuir un valor religioso en el bagaje de evidencia que nos ha transmitido el mundo minoico, aunque la ausencia total de fuentes escritas dificulta sobremanera su interpretación. En los primeros estudios consagrados a la religión minoica se consideraron como rasgos característicos de diferenciación frente a la llamada religión olímpica la primacía de la tierra sobre el cielo y de lo femenino sobre lo masculino, así como el aniconismo y la despersonalización de los dioses frente al marcado antropomorfismo de las divinidades griegas. Hoy en día esas oposiciones no se consideran tan estrictas, y se trata, además, de encontrar rasgos positivos que definan la religión minoica.

Parece que se daba en ella una comunicación muy intensa entre el hombre y la divinidad. En ese sentido, los lugares considerados como sagrados tenían gran importancia, no tanto como moradas de los dioses cuanto como ámbitos en los que se manifestaba la divinidad, en forma de epifanía, propiciada por rituales como el de la danza, según sugieren algunas representaciones de sellos. Tales lugares eran oquedades de las montañas o de los acantilados, o puntos asociados a manantiales, o bien santuarios artificiales integrados en los palacios, donde se creaba un espacio sagrado, en el cual el mecanismo ritual tenía supuestamente la misma eficacia que en los santuarios naturales. El árbol, o bien la columna o el pilar, eran, al parecer, un cauce de comunicación entre el cielo y la tierra, por donde accedían al mundo material las fuerzas sobrenaturales que de alguna manera determinaban el mantenimiento de la vida en todos sus aspectos.

Los santuarios minoicos tienen frecuentemente una estructura tripartita, bien porque se represente un frente con una triple arcada, bien porque aparezcan tres columnas o pilares, o bien porque los santuarios palaciales integren los tres niveles, de la cripta, el piso intermedio y el superior; este rasgo puede estar en relación con una distribución de los poderes divinos en divinidades ctónicas y divinidades del entorno circundante, aunque ello no es del todo seguro. Una de las cuestiones poco claras en relación con la religión minoica es la de hasta qué punto es monoteísta o politeísta. Se ha cuestionado, de hecho, la tesis de Evans, que consideraba las numerosas y variadas representaciones divinas femeninas

como referentes a una misma diosa, pero, aunque los argumentos a favor de la diversificación de las figuras parecen elocuentes, no es posible, con la información que tenemos, discernir entre hipóstasis de una misma divinidad y divinidades de suyo distintas y diferentes. La distribución funcional de lo femenino y lo masculino en las divinidades minoicas tampoco es bien conocida. No hay duda de que existe una divinidad masculina, la que aparece ocasionalmente como el señor de los animales, por ejemplo, pero no sabemos si su papel se reduce al de amante de la diosa en el contexto del mito de la recreación de la vida, o bien había desarrollado otra personalidad independiente.

DOCUMENTOS

1. LA CRETA DE MINOS

Varias generaciones después del nacimiento de los dioses, se dice que hubo en Creta gran cantidad de héroes, los más famosos de ellos, Minos, Radamantis y Sarpedón. El mito pretende que habían nacido de Europa, hija de Agenor, de la cual se dice que fue llevada a Creta a lomos de un toro por voluntad divina.

Fue Minos, añaden, quien en su calidad de primogénito reinó sobre la isla. Y fundó allí ciudades en número considerable, entre las cuales se encontraban tres de la mayor fama: Cnoso, en la parte de la isla que mira a Asia; Festo, ciudad marítima que miraba hacia el sur; Cidonia, en las regiones occidentales de frente al Peloponeso. Estableció también para los cretenses un gran número de leyes, que presumía recibir de Zeus su padre, cuando entraba en conversación con él en cierta cueva. Además, creó una fuerza naval considerable, sometió a su poder a la mayor parte de las islas y fue el primero de los griegos que dominó el mar.

(DIODORO DE SICILIA 5.78)

2. LA TALASOCRACIA CRETENSE Y LA PIRATERÍA

Minos es el más antiguo de los personajes que conocemos por la tradición en cuanto a haber adquirido una flota. Sometió en una gran extensión el mar que pertenece hoy a los griegos; fue señor de las Cícladas y el primer colonizador de la mayor parte de las islas, de donde había expulsado a los carios y donde instaló como gobernadores a sus propios hijos. Naturalmente, combatía cuanto podía la piratería marítima para hacerse con sus beneficios.

(TUCÍDIDES 1.4)

3. LA LEYENDA DE DÉDALO

Dédalo era ateniense de nacimiento. Se le saludaba como a uno de los Erecteidas, porque era hijo de Metión, que fue hijo de Eupálamo, hijo él mismo de Erecteo. Muy superior por su genio a todos sus contemporáneos, practicó con ardor las técnicas de la arquitectura, así como la estatuaria y la escultura en piedra. Después de haber inventado un buen número de procedimientos útiles para su arte, creó obras que se admiraban en múltiples lugares de la tierra habida. En la factura de las estatuas sobrepasó a todos, hasta tal punto que lo envolvió la leyenda. Las estatuas que hacía eran, se decía, perfectas réplicas de sus modelos animados: veían y caminaban, y reproducían el comportamiento de todo el cuerpo, tanto y tan bien que el individuo representado parecía estar vivo. Habiendo sido el primero en mostrar los ojos y en realizar las piernas separadas, así como los brazos extendidos, era con justicia objeto de admiración por parte de los hombres: porque los artistas que le habían precedido ejecutaban sus estatuas con los ojos cerrados y con los brazos caídos y pegados a los costados.

Pero Dédalo, a pesar del talento artístico que le daba prestigio, fue desterrado de su patria, por haber sido condenado a causa de un crimen. He aquí cómo. Un hijo nacido de la hermana de Dédalo, Talos, estaba con él de aprendiz. No era más que un niño. Pero, mejor dotado que su maestro, inventó el torno del alfarero, y, habiendo encontrado por azar una mandíbula de serpiente, con la cual había serrado un pequeño trozo de madera, quiso imitar su fuerte dentadura: fabricó así una sierra de hierro, y, al serrar con ella la madera, que era la materia prima de sus obras, consiguió la fama de haber inventado un procedimiento muy cómodo, aplicable a la arquitectura. Del mismo modo, por haber descubierto el compás y otros refinamientos técnicos, adquirió un gran renombre. Dédalo, envidioso del niño y juzgando que iba a sobrepasar en gloria al maestro, lo asesinó a traición. Mientras enterraba el cadáver, se vio rodeado de repente, y ante la pregunta de a quién enterraba, dijo que ocultaba a una serpiente. Sorprenderá la coincidencia: porque a causa de la mención del animal que había dado la idea de fabricar la sierra cayeron en la cuenta del asesinato. Acusado y condenado por su crimen por los miembros del Areópago, Dédalo se refugió primero en una de las aldeas del Ática, cuyos habitantes tomaron por su causa el nombre de Dedálidas. Pero, después, su fuga lo llevó hasta Creta, y, admirado por la celebridad de su arte, se convirtió en amigo del rey Minos.

(DIODORO DE SICILIA 4.76)

4. LA MUERTE DE MINOS

Minos, rey de los cretenses, que dominaba sobre el mar en esa época, había sabido la huida de Dédalo a Sicilia, y decidió hacer una expedición contra ese país. Después de haber equipado una fuerza naval considerable, se alejó de Creta y desembarcó en la región de Agrigento, en el lugar que a causa de él recibió el nombre de Minoa. Hizo desembarcar sus tropas y envió mensajeros al rey Cócalo para reclamarle a Dédalo, a quien quería castigar. Cócalo, habiendo invitado a Minos a una entrevista y habiéndose comprometido a hacer todo lo necesario, acogió al personaje como huésped. Pero, mientras se bañaba, Cócalo mantuvo a Minos demasiado tiempo en el agua caliente y provocó su muerte. Luego envió su cuerpo a los cretenses, alegando como causa de la muerte que

había resbalado en el baño y que había caído en el agua caliente. A continuación, los que habían acompañado al rey en la expedición enterraron su cuerpo con gran pompa, y, habiendo edificado una tumba de dos pisos, depositaron sus restos en el lugar secreto, mientras que de la parte superior, al aire libre, hacían una capilla para Afrodita. Minos fue honrado durante generaciones y generaciones, puesto que los indígenas ofrecían sacrificios ante lo que creían que no era más que la capilla de Afrodita. Pero en una época más reciente, después que se hubo fundado la ciudad de Agrigento e identificado los huesos colocados allí, la tumba acabó por ser demolida, y se restituyeron las reliquias a los cretenses. Era entonces Terón quien detentaba el poder en Agrigento.

Sin embargo, los cretenses de Sicilia, después de la muerte de Minos, conocieron disensiones debidas a la falta de un mando. Como sus barcos habían sido incendiados por los Sicanes de Cócalo, renunciaron a volver a sus patrias y, habiendo decidido establecerse en Sicilia como colonos, fueron un buen número de ellos a fundar una ciudad, a la que, a causa de su rey, llamaron Minoa. Los otros, después de haber errado por el interior, se apoderaron de una buena posición y fundaron en ella una ciudad; por una fuente que corría allí la llamaron Engio. Más tarde, después de la toma de Troya, cuando Meríones de Creta llegó a Sicilia, acogieron, en nombre del parentesco de raza, a los cretenses que llegaban por mar y les dieron el derecho de ciudadanía. Partiendo de su fortaleza, sometieron por las armas a algunos de sus vecinos y conquistaron un territorio considerable. No cesaban de crecer, e instalaron un santuario, que era el de las Madres: honraban particularmente a esas diosas, cuyo lugar sagrado adornaban con numerosas ofrendas. Su culto, se decía, lo habían transplantado de Creta: porque entre los cretenses igualmente esas diosas reciben honores especiales.

(DIODORO DE SICILIA 4.79)

BIBLIOGRAFÍA

J. BEST, F. WOUDHUIZEN: *Ancient Scripts from Crete and Cyprus*. Leiden, 1988.

J. BOARDMAN: *Pre-Classical. From Crete to Archaic Greece*, Harmondsworth, 1978.

K. BRANIGAN: *The Foundations of Palatial Crete. A Survey of Crete in the Early Bronze Age*, Londres, 1970.

–, *The tombs of Mesara: a study of funerary architecture and ritual in Southern Crete, 2800-1700 B. C.*, Londres, 1970.

W. C. BRICE: *Inscriptions in the Minoan Linear Script of Class A.*, Oxford, 1961.

A. BROWN: *Arthur Evans and the palace of Minos*, Oxford, 1986.

G. CADOGAN: *Palaces of Minoan Crete*, Londres, 1976.

H. W. CATLING: *Cyprus and the West. 1600-1050 B. C.*, Sheffield, 1979.

Y. DUHOUX: *Le Disque de Phaestos*, Lovaina, 1977.

A. EVANS: *The palace of Minos at Knossos*. I. The Neolithic and Early and Middle Minoan Ages, Londres, 1921.

A. J. EVANS: *The Palace of Minos at Knossos, II*, Londres, 1928.

–, *The Palace of Minos at Knossos, III*, Londres, 1930.

–, *The Palace of Minos at Knossos, IV*, Londres, 1935.

P. FAURE: *La vida cotidiana en la Creta Minoica*, Barcelona, 1984.

V. GEORGIEV: *Les deux langues des inscriptions crétoises en Linéare A.*, Lingüística Balcánica, VII, 1. Sofía, 1963.

G. C. GESELL: *Town, palace and House Cult in Minoan Crete*, Göteborg, 1985.

G. GLOTZ: *La Civilisation Egeënce*, París, 1952.

L. GODART, J. P. OLIVIER: *Recueil des inscriptions en linéaire A*. Vol. 1. *Tablettes éditées avant 1970*, París, 1976.

–, *Recueiles des inscriptions en Linéaire A*. Vol. 2 *Nodule, scellés et rondelles édités avant 1970*, París, 1979.

–, *Recueila des inscriptions en Linéaire A*. Vol. 3. *Tablettes, nodules etrondelles édités en 1975 et 1976*, París, 1976.

–, *Recueil des inscriptions en Linéaire A*. Vol. 4. *Autres documents*, París, 1982.

J. W. GRAHAM: *The Palaces of Crete*, Princeton, 1962.

R. HAGG, N. MARIONATOS (Eds.): *The Minoan Thalassocracy. Myth and reality*, Estocolmo, 1984.

S. HOOD: *The Minoans. Crete in the Bronze Age*. Londres, 1971.

R. W. HUTCHINSON: *La Creta prehistórica*, Méjico, 1978.

S. D. INDELICATO: *Piazza pubblica e palazzo nella Creta minoica*, Roma, 1982.

N. MARINATOS: *Art and religion in Thera, Reconstructing a bronze age society*, Atenas, 1984.

F. MATZ: «The zenith of Minoan civilization», *Cambridge Ancient History, II-1. History of the Middle East and the Aegean Region. c. 1800-1380 B. C.* Cambridge, 1973 (3) pp. 557-581.

J. P. OLIVIER: *Le Monde Grec*. Bruselas, 1975.

D. L. PAGE: *The Santorini Volcano and the Destruction of Minoan Crete*. (J. H. S., Suppl., Paper 12), Londres 1970.

L. R. PALMER: *Mycenaeans and Minoans. Aegean Prehistory in the Light of the Linear B. Tablets*, Londres, 1965 (2).

–. *The Penultimate Palace of Knossos*, Roma, 1969.

J. D. S. PENDLEBURY: *Introducción a la arqueología de Creta*, Méjico, 1965.

N. PLATON: *La civilisation égénne. 1. Du Néolithique au bronze recent. 2. Le Bronze récent et la civilisation mycénienne*, París, 1981.

M. R. POPHAM: *The destruction of the palace at Knossos. Pottery of the Late Minoan III a Period*, Göteborg, 1970.

J. STRANGE: *Caphtor/Keftiu: A neu investigation*, Leiden, 1980.

H. VAN EFFENTERRE: *Le Palais de Mallia et la Cité Minoenne, Étude de synthèse*, Roma, 1980.

–, *Les égéens. Aux origines de la Grèce. Chypre, Cyclades. Crète et Mycènes.* París, 1986.

G. WALBERG: *Tradition and Innovation. Essays in Minoan Art.*, 1986.

R. F. WILLETTS: *Cretan Cults and Festivals*, Londres, 1962.

CAPÍTULO III

EL MUNDO MICÉNICO

1. DESARROLLO DE LA GRECIA MICÉNICA EN LOS PERÍODOS ANTIGUO Y MEDIO

Así como en el ámbito de la cultura minoica el período Neopalacial presenta claras huellas de continuidad con respecto al Protopalacial, del que es una forma mucho más rica y compleja, en el caso de la Grecia continental el Heládico Reciente viene desde sus mismos comienzos marcado por el signo de la novedad: de ahí que todo él, a pesar de las diferencias que se registran entre sus etapas y de que la documentación se concentra sobre las últimas, sea considerado en conjunto como mundo micénico.

El exponente arqueológico del comienzo de la civilización micénica son las tumbas reales de Micenas, organizadas en dos círculos. El primero, llamado después círculo A, fue encontrado por Schliemann en 1876 en una pendiente de la acrópolis; la fortificación inicial de la misma, construida a comienzos del siglo XIV a.C., lo dejó extramuros, pero después, al ampliarse el perímetro de las murallas, quedó dentro de él, al parecer como un santuario de los reyes heroizados. A esas seis grandes tumbas rectangulares, con sus dieciocho difuntos, se sumaron hacia 1952 las veinticuatro conservadas –pudo haber habido más de cuarenta inicialmente– en un segundo círculo, el llamado B, que se encontró fuera de las murallas. Los ajuares funerarios de este segundo grupo de enterramientos son en general más pobres que los del otro, pero los detalles de la construcción resultan coincidentes.

La fosa de estas tumbas, excavada en la tierra y construida con suelo, paredes y techo, podría ser heredera directa de las cistas de losas o murete del Heládico Medio, pero enterramientos más antiguos, análogos a los de Micenas, han sido descubiertos en diversos lugares del Próximo Oriente, con lo cual el origen del tipo es una de las muchas cuestiones inciertas que afectan a tan importantes hallazgos. Otra es la datación. El círculo A parece arrancar en el 1600 a.C., pero

el círculo B tiene algunos enterramientos con materiales más antiguos, y otros de fecha incierta. Los primeros arqueólogos entendieron que era anterior al A, pero también se ha argumentado en el sentido de considerar como mesoheládicas sus sepulturas más antiguas, y, como contemporáneas de las del A, las demás.

La sincronización de los dos círculos obliga, a su vez, a considerar que no todos los personajes inhumados en ellos eran reyes, porque son demasiados en relación con el período de un siglo a siglo y medio en el que se realizan los enterramientos. Una posibilidad es que el círculo B correspondiera a príncipes y personajes importantes, no a reyes.

Pero la verdadera importancia de esas tumbas, felizmente inviolados, reside en la enorme cantidad de oro y en la variada calidad artística de sus ajuares: un claro contraste con el nivel económico y cultural que evidencian los restos arqueológicos del Mesoheládico. Sobre la procedencia de tales piezas y sobre las razones del súbito enriquecimiento de los personajes allí enterrados, cuyos ajuares funerarios deben considerarse como exponente de lo que los rodeaba en vida, han discutido hasta la saciedad los especialistas, implicando en esas cuestiones la de un eventual origen exótico de los señores micénicos y/o de la población sobre la que ejercían sus poderes. Se han defendido al respecto hipótesis muy variadas, y, desde luego, la cuestión no parece resuelta. Lo más que se puede dar por cierto es que en el mundo micénico están ya de un modo u otro los antepasados directos de los griegos de la época histórica.

Entre los materiales de las tumbas se encuentran objetos importados de Creta, como lo son ciertas espadas y un ritón en forma de cabeza de toro; pero también otros supuestamente fabricados por artesanos minoicos a demanda de señores micénicos, cual las vainas de puñal decoradas con escenas; así como otros que se creen debidos a artesanos locales, a imitación de modelos minoicos, como ciertas copas de oro; incluso algunos, como es el caso de las conocidas mascarillas de oro destinadas a cubrir el rostro del difunto, se consideran puramente heládicos. Sin embargo, esa clasificación es bastante aproximativa, como lo es la de la cerámica, que cuenta con piezas singulares muy difíciles de interpretar: unas piezas corresponderían a la tradición mesoheládica, otras muestran influencia cretense, otras, en fin, cicládica. Por último, está la cuestión de las estelas que señalan las tumbas, decoradas algunas de ellas con espirales esculpidas o con una representación del difunto en su carro, partiendo para la caza o la guerra. El tipo carece de tradición tanto en la Grecia mesoheládica como en Creta o en Egipto, y en los ejemplares micénicos presenta una factura tosca, que remite a artistas locales. Es importante, no obstante, la representación del uso del carro de guerra, que implica, casi con seguridad, una conexión de esos primeros micénicos con el área anatolia.

Para el arqueólogo Evans los reyes enterrados en el círculo A de Micenas pertenecían a una dinastía cretense conquistadora, y a la demostración de tal tesis dedicó un notable esfuerzo. Pero, luego, se defendió la opuesta, a saber, que los mesoheládicos habían invadido Creta al final del Heládico Medio, si bien los argumentos procedían casi todos ellos del Micénico Reciente. Evans había creído que las tablillas en *lineal B* de Cnoso estaban escritas en lengua minoica, y el hallazgo en 1939 de las tablillas de Pilos en parecida escritura lo reafirmó en su idea de que los minoicos habían colonizado el Peloponeso. Por el contrario, el

desciframiento en 1952 del *lineal B* y la consiguiente constatación de que transcribía una lengua griega, inclinaron la balanza en favor de la tesis de la invasión de Creta por griegos del continente, pero, a decir verdad, las tablillas no eran probatorias ni de la una ni de la otra, porque incluso las de Cnoso, más antiguas que las pilias, pertenecían al Micénico Reciente.

Poco a poco se ha ido imponiendo la idea, con unas matizaciones u otras, de que los elementos minoicos del Micénico Antiguo se deben a la proyección exterior de la cultura cretense en la época, ya fuera porque la Grecia continental llegara a incluirse entre las zonas colonizadas por los minoicos, ya porque la capacidad económica y el afán de ostentación de los reyes micénicos atrajera hasta sus palacios a comerciantes y a artesanos minoicos. Lo que sigue resultando enigmático es el modo cómo los micénicos lograron desde un principio acumular tanto oro, teniendo en cuenta, además que, aun admitiendo que en ese aspecto fuera Micenas la ciudad más destacada, según sugiere el epíteto «Rica en oro» que le atribuye la epopeya, varios hallazgos de ajuares funerarios en otros puntos del Peloponeso indican que no era un caso único. La procedencia del metal es incierta y difícil de establecer, puesto que hay que pensar, al menos para la mayor parte de él, en un lugar que, además de tenerlo disponible, recibiera de los reyes micénicos algún elemento de intercambio de elevada cotización. No parece que pueda tratarse de Creta, que aporta, por su parte otras muchas cosas valiosas, hasta el punto de sugerir que haya absorbido como pago oro micénico en lugar de proporcionarlo; ni está nada claro que haya venido de Egipto como pago a mercenarios; el área tracia y anatolia resultan más verosímiles, porque con ellas existía probablemente un activo comercio, que incluía tal vez como producto importante el aceite, el cual podía ser controlado y capitalizado en situación de privilegio por el reino de Micenas, debido a su condición de llave del Peloponeso.

A finales del siglo XVI a.C. concluye este primer período Micénico y se abre el segundo, el Micénico Medio, donde se registra una continuidad en todos los aspectos, pero también unas innovaciones importantes en la cultura material, y, sobre todo, una influencia cretense mucho más intensa. El rasgo más significativo es la sustitución de la tumba de fosa por el *tholos* en los enterramientos regios. A los ya conocidos por los antiguos –el *Tesoro de Atreo* en Micenas y el *Tesoro de los Minias* en Orcómeno– hay que sumar decenas de nuevos hallazgos no sólo en Micenas y en el resto de la Argólida sino también en Mesenia, Laconia y la Grecia central. Se trata de enterramientos familiares, que, a diferencia de los anteriores, requieren un gran esfuerzo constructivo. En su forma más elaborada, presentan un muro frontal, tras el cual se abre un *drómos* o corredor; al fondo está el *thólos* propiamente dicho, que es una construcción abovedada de planta circular, desde la que se accede a una cámara funeraria lateral, y que está recubierta por fuera por un túmulo de tierra rodeado por un murete poco elevado. Esos enterramientos, algunos de los cuales destacan por su magnificencia, presentan un cierto paralelismo con las *cámaras talladas en la roca*, provistas también de *drómos*, que integran las necrópolis comunes de la época.

El origen de las tumbas de cámara, como el de los *tholoi*, ha sido muy debatido, porque, además de una conexión con formas mesoheládicas, encuentran un eco en diversas construcciones de un extremo al otro del Mediterráneo; el origen minoico es una de las tesis defendidas. Otra cuestión incierta es la de si la nueva

forma funeraria se corresponde con unas creencias sobre el más allá también nuevas, o con algún tipo de transformación política o social.

Se supone, por otra parte, que la grandiosidad de los enterramientos del Micénico Medio tenía su contrapartida en la de los palacios, cuya falta de pervivencia arqueológica se debería no a una pobreza en la construcción sino al hecho de haber sido demolidos para levantar de nueva planta los del Micénico Reciente. Algunos restos de frescos procedentes de Micenas, Tirinto y Tebas indican, en cualquier caso, que estaban bien decorados y que habían recibido un aporte minoico incluso en forma de participación directa de arquitectos y pintores. Los restos hallados en Micenas corresponden, en efecto, a una escalera de dos tramos típicamente minoica y a una cripta con pilar central de la misma filiación, lo que sugiere que los palacios micénicos de esa época no respondían al tipo mégaron sino al modelo minoico. A su vez, motivos típicamente minoicos, como el *daimon* de una escalera cultual procedente de Tirinto, revelan una profunda influencia de Creta sobre el mundo micénico, más allá probablemente de la simple intervención de los artífices.

2. LA CULTURA MATERIAL Y LAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN EN EL MICÉNICO ANTIGUO Y MEDIO

Toda el área de la civilización micénica ha proporcionado testimonios arqueológicos de un aumento de la riqueza y del gusto por los productos artísticos, pero esa evidencia se ve limitada por el hecho de proceder casi por completo de los ajuares funerarios, así como por las dificultades que surgen a la hora de establecer la procedencia de los objetos o su adscripción respectiva a artesanos locales o a supuestos inmigrantes minoicos. La implantación de comunidades minoicas en suelo micénico, que no está probada, explicaría mejor la intensidad de la transferencia cultural, pero, de todos modos, hay que pensar que, en el Micénico Medio en especial, las relaciones comerciales entre minoicos y micénicos eran muy importantes, y que se veían estimuladas por alguna forma de cooperación en el marco de la expansión minoica en ultramar. También parece claro que el contacto de los minoicos sirvió de estímulo para el desarrollo de una artesanía netamente micénica, que dará sus frutos característicos en el período Reciente.

Así, por ejemplo, en el terreno de la *cerámica*, los dos primeros períodos evidencian una confluencia de las tradiciones locales mesoheládicas con las formas minoicas y cicládicas, hasta llegar en último término a la llamada *koiné* del Micénico Reciente, donde se combinarán los aportes foráneos con los gustos continentales en el marco de los condicionamientos que establece el sistema de producción palacial. En el Micénico Antiguo y Medio se aprecia una pervivencia de los estilos *minia* y *mate* del Mesoheládico, a lo que se suma la producción que imita lo minoico y lo cicládico importado, utilizando la técnica cretense de barniz brillante y fondo claro.

El desarrollo en el ámbito minoico del arte de tallar la piedra para fabricar vasos –cálices, ánforas o ritones– tiene aquí su eco en algunas piezas que parecen imitaciones locales, aunque los ejemplares más bellos se consideran importados.

Local es, sin embargo, y bastante tosca, la factura de las *estelas* sepulcrales de los círculos micénicos, que tienen el valor de ser la más antigua muestra de relieve griego conocida, así como la primera representación en este ámbito del carro de guerra. El dinamismo en la composición de las escenas se atribuye a la influencia minoica, aunque la estela en sí parece conectar con tradiciones orientales. En cuanto a la talla en madera, marfil o piedras finas, que está bien representada en los ajuares funerarios, cuenta con piezas de probable imitación local, pero la mayoría parecen cretenses. Predomina en todo caso el bajorrelieve sobre el bulto redondo.

La misma distinción, no siempre clara, entre piezas importadas, piezas realizadas por artífices minoicos en territorio micénico, o bien piezas que aparecen como el resultado de imitaciones debidas a artífices locales, se encuentra en el amplio conjunto de objetos metálicos. Destaca un ritón procedente de una tumba del círculo A, en plata y oro, con forma de cabeza de toro, que tiene sus claros paralelos en Creta; o el famoso *ritón del asedio*, de forma cónica, donde se representa el ataque por mar a una pequeña ciudad costera, tal vez cicládica; o la copa de oro, con dos pajarillos sobre las asas en actitud de beber, que el arqueólogo Schliemann bautizó *copa de Néstor* por corresponder al mismo tipo de la crátera de Néstor descrita en la *Ilíada*. A esas piezas procedentes de las tumbas de fosa de Micenas hay que sumar dos ejemplares de excepción entre el también importante conjunto que procede de los *thóloi* y se fecha, por tanto, en el Micénico Medio: los *vasos de Vafio*, en Laconia. La forma es local, pero el motivo de la captura del toro salvaje, ciertos detalles y la excepcional calidad de la composición y anatomía de las figuras han hecho suponer que se debe a una mano cretense.

A artistas minoicos se atribuyen asimismo la mayor parte de las lujosas armas que han proporcionado las tumbas reales de Micenas, con sus hojas decoradas con escenas de caza y sus ricas empuñaduras.

La glíptica, en fin, cuenta con una variada representación, que incluye sellos sueltos y anillos sigilares, de gran valor documental muchos de ellos en el ámbito religioso, aunque en general no sabemos hasta qué punto eran utilizados como simples objetos artísticos, o hasta dónde constituyen un testimonio de la minoicización de la religión micénica.

La cultura no material de esta época carece prácticamente de testimonios, y, como hemos dicho, el material arqueológico comporta muchas ambigüedades que dificultan su utilización como fuente indirecta. Los ricos ajuares de las tumbas sugieren un aumento sensible del nivel de vida, pero es probable que corresponda en realidad a una élite dirigente, mucho más distanciada ahora que antes del resto de la sociedad; puede ser que esa sociedad no se viera afectada en sus mecanismos internos y en sus estándares de comportamiento por la influencia minoica, manteniéndose en las formas más bien primitivas que caracterizaban el período anterior. En cuanto a las instituciones políticas, parece claro que existían unidades soberanas dirigidas por reyes o jefes locales rodeados de la dignidad que les confería su poder económico y su capacidad de ostentación, pero ignoramos hasta qué punto esas monarquías perpetuaban tradiciones ancestrales y hasta dónde asumieron la ideología o los recursos de legitimidad correspondientes a los reyes minoicos; o en qué medida jugaban, respectivamente, como bases del poder la supremacía en el orden religioso y la capacidad militar.

Ya hemos aludido, por otra parte, a los problemas metodológicos que plantea el conocimiento de la dimensión religiosa de los reinos micénicos en estas primeras fases. Con todas sus limitaciones, hay que admitir que la única documentación propiamente dicha es la de las *tablillas* en lineal B, que corresponden todas ellas al año de destrucción de cada uno de los palacios en que han aparecido, de suerte que se deben considerar como fuentes del Micénico Reciente, no extrapolables sistemáticamente a los dos periodos anteriores.

3. LOS REINOS DEL MICÉNICO RECIENTE

La caída final de Cnoso en los primeros años del siglo XIV a.C., cualquiera que haya sido su causa, marca el comienzo de la fase más espléndida de la civilización micénica, tanto en la Grecia continental como en ultramar; es la que corresponde al período cerámico identificado como HR IIIa2, donde los productos netamente micénicos se distribuyen por el ámbito del Mediterráneo. Micenas y Tirinto parecen los centros más importantes de esa civilización, que cubre, sin embargo, toda la Argólide, Mesenia, Laconia, Beocia, Tesalia y el Ática.

Dentro de la Argólide, Argos gozaba del mejor emplazamiento y cuenta con una rica tradición mítica, de donde se deduce que debió de constituir un reino importante, pero las construcciones posteriores dificultan allí sobremanera la investigación arqueológica, que está, por el contrario, libre de tales trabas en Micenas y en Tirinto. Aquí los problemas son los de falta de estratigrafía, que dificulta las dataciones minuciosas de los elementos. Micenas y Tirinto son dos formidables ciudadelas, que registran sucesivas fases de construcción. Ya se dijo en referencia a los círculos de tumbas reales del Micénico Antiguo que el primer anillo de murallas parece de comienzos del Micénico Reciente, y que una subsiguiente ampliación, que incluye la construcción de la Puerta de los Leones, dejó intramuros el círculo A. Pero fue algo más tarde cuando se construyó la rampa con murallas ciclópeas de acceso a dicha puerta, que coincide con un enriquecimiento del palacio y con la construcción de importantes casas; la fortificación del acceso a la fuente subterránea se data, en fin, en ulterior momento, quizá ya en el HR IIIc. Todas esas construcciones se pueden sincronizar conjeturalmente con sendas destrucciones parciales, apreciables tanto intramuros como extramuros; la más importante de esas destrucciones parece situarse en el HR IIIb2, si bien va seguida de reocupación y de otra destrucción parcial extramuros en el IIIc. También en Tirinto se han registrado tres fases sucesivas de fortificación, que permitieron duplicar el perímetro de la ciudadela y reforzar los puntos más débiles, a más del acceso a la fuente subterránea. El palacio arranca de la fase HR IIIa, y la ciudadela sufre hasta tres destrucciones, la última de las cuales podría haber tenido lugar a finales de la IIIb o comienzos de la IIIc. Además de Argos, Micenas y Tirinto, tenían cabida en la Argólida, que sepamos, las ciudadelas de Paliocastro y Asine.

En el área micénica de Mesenia el panorama se muestra diferente. No se aprecia aquí una serie de asentamientos importantes que acaben por desarrollar ciudadelas fortificadas sino una pluralidad de pequeños conjuntos de minúsculos asentamientos asociados a grupos de *thóloi*, con un arranque en el Micénico Antiguo o Medio. Más tarde, en el HR IIIb, el área de Pilos se despeja de esas

construcciones para dar cabida a un enorme palacio, que florece en el siglo XIII y es destruido por el fuego poco después del 1200 a.C., es decir, a comienzos del HR IIIc. Ese conjunto palacial, que presenta grandes semejanzas con los de Micenas y Tirinto, pero carece curiosamente de amurallamiento, sugiere la configuración de un reino por integración, bajo una forma u otra, de una serie de pequeñas unidades. El palacio de Pilos ha proporcionado el lote más importante de *tablillas micénicas*.

En la Grecia central, la mítica ciudad de Tebas identifica de suyo a la región de Beocia como un área micénica. Tenía un gran anillo de murallas y un magnífico palacio, decorado con frescos y dotado de almacenes, talleres y archivos. Pero la misma región albergaba el centro palacial de Orcómeno, al norte del lago Copais, y alguna que otra fortaleza, como la de Gla. En cuanto a la región del Atica, también en la Grecia central, tiene bien probados sus orígenes micénicos. Atenas era ya por entonces una acrópolis fortificada, con palacio y fuente subterránea, pero también parecen haber sido unidades soberanas los núcleos de Eleusis, en el oeste, y de Braurón, en la costa oriental, que conservan una personalidad bien definida en la época histórica.

4. LA PROYECCIÓN DE ULTRAMAR

Ya se dijo antes que el ocaso de la potencia minoica conllevó un relevo por parte de los micénicos en sus empresas ultramarinas, que, en la etapa final, parecen haber conocido ya una implicación micénica. Es probable también que los propios micénicos se hayan abierto nuevas vías de expansión comercial.

El área de las Cícladas es una de las que –suponemos– cayeron bajo la influencia micénica, aunque sólo sabemos de un incremento de las fortificaciones en esta época en alguno de los poblados estudiados. Con respecto a Troya, hay que decir que la VI se mantuvo hasta finales de la fase HR IIIa, en que sucumbió, al parecer, debido a un terremoto. Entonces es cuando se inicia la VIIa, que es la que habría sufrido el famoso asedio aqueo de la legendaria guerra de Troya; sus fortificaciones son potentes, aunque de perímetro bastante más reducido, y la sensación de peligro de sus habitantes viene sugerida, si esa ingerencia es correcta, por el hecho de haberse acomodado nuevos palacios y residencias intramuros.

Mileto, más al sur, en la costa minorasiática, es un lugar con evidencia arqueológica de las posiciones micénicas superpuestas a las minoicas. Había allí una gran colonia con una sólida muralla reforzada por torres. Otros asentamientos próximos evidencian la misma presencia, cual ocurre con las islas de Cárpatos y de Rodas, sobre todo esta última, considerada como el más importante centro micénico de ultramar. La decadencia que en el mundo micénico se registra en el paso de las fases cerámicas HR IIIb a IIIc es, en cambio, en Rodas una trayectoria de signo creciente.

En Creta la caída final de Cnoso parece coincidir con un aumento de la penetración micénica en la isla, iniciada ya tiempo atrás con asentamientos como el de Cidonia, que no se vieron afectados por la destrucción de Cnoso. A partir de ahora lo micénico se hace allí cada vez más dominante hasta un punto en que

la pervivencia de lo minoico adquiere un carácter meramente residual. Por toda la isla se registran asentamientos micénicos a la par de los minoicos, en tanto que la reocupación de los antiguos palacios parece tener unos fines exclusivamente religiosos. La tradición épica contenida en los *poemas homéricos* atribuye a la Creta micénica un rey de Cnoso, de modo que es probable que en efecto se haya constituido un reino en la isla, pero en todo caso el palacio correspondiente no ha sido localizado con seguridad. Varios lugares, como Tiliso, cerca de Cnoso, Festo, Malia o Zacro, conservan, sin embargo, en relativa proximidad a los viejos palacios, restos de importantes residencias del tipo mégaron asociados a otras construcciones que podrían corresponder a centros palaciales.

En Chipre hay cerámica micénica de las fases HR IIIa2 y IIIb, registrándose a partir de ese momento formas toscas que imitan los prototipos genuinos. Se supone que la isla había sido utilizada como jalón de las rutas comerciales, en su condición de enclave del Mediterráneo oriental, hasta la fase HR IIIc, en que parece haberse producido una colonización micénica de la misma, cuando ya los centros continentales estaban en plena desintegración.

Con Egipto llegan a iniciarse relaciones comerciales, según indica el depósito de Tell el Amarna, con cerámica HR IIIa2, pero no tienen continuidad. Por el contrario, en la región siriopalestina el comercio se incrementa en la fase cerámica HR IIIb, con la posibilidad de que haya existido alguna implantación micénica fija en el área de Ugarit. Finalmente, está claro que los micénicos se movían con regularidad por el Mediterráneo central y occidental, aunque tal vez sólo tuvieran asentamientos estables en Sicilia, las islas Eolias y el golfo de Tarento, para comerciar desde allí con el resto de la línea costera hasta la ría de Huelva; el estaño debe de haber sido en ese ámbito la materia más codiciada.

La expansión del mundo micénico por el Mediterráneo oriental plantea el problema de sus relaciones con fenicios e hititas. La existencia en la lengua griega de las *tablillas micénicas* de préstamos semitas de un carácter tan significativamente comercial como lo son los términos «oro», «túnica», «ciprés», «comino» y «sésamo» implica unas conexiones que parecen justificarse por la presencia micénica en Ugarit. Lo que ya resulta más difícil de concretar es la transferencia cultural que haya podido llevarse a cabo a través de esos contactos; es obvio que pudo haber existido recepción de leyendas y de influencias en el orden religioso, por ejemplo, pero no podemos distinguir fácilmente entre lo adquirido en esa fase y lo que, procedente de las diversas áreas del Próximo Oriente, penetró en el universo cultural de los griegos durante la Edad Oscura y en el período Orientalizante. En otro orden de cosas, algún historiador ha postulado la implantación de elementos fenicios en la Grecia continental en el Micénico Reciente, fijándose en casos concretos como el de Tebas, que tiene un cierto respaldo en la leyenda. Con todo, hay que admitir que la influencia oriental sobre Grecia se muestra en una forma bastante homogénea en las distintas áreas, y que el componente helénico, con sus complejas raíces, se comporta siempre como factor dominante, lo que viene a oponerse a cualquier posibilidad de presencia colonial propiamente dicha por parte de los fenicios en la Grecia peninsular.

El asunto de los posibles contactos del mundo micénico con el Imperio Hitita es diferente. En principio, parece improbable que se hayan producido en la propia Asia Menor, si tenemos en cuenta que los hititas no tenían como propias las

zonas del borde costero, de difícil comunicación con el interior, y que no existe constancia de que los micénicos se hubieran establecido de un modo permanente en algún punto del mismo. Por el contrario, la presencia micénica en Ugarit ha podido dar vía a esos contactos, habida cuenta de los intereses en Siria del Imperio Hitita, reforzados por el tratado suscrito con los egipcios después de la batalla de Kadesh.

Pero lo que ha proporcionado una base para especular sobre las relaciones entre micénicos e hititas ha sido la mención en documentos del Imperio Hitita de un país de *Ahhiyawa*, que se ha venido a interpretar como «país de los aqueos», etnónimo este último que ostentan los micénicos en los *poemas homéricos*. Tal ecuación ha sido, sin embargo, cuestionada desde distintos puntos de vista. En primer lugar, no se puede establecer la equivalencia de la mención de los *poemas homéricos*, de fecha muy posterior y de raíces muy poco conocidas, con una realidad concreta de cualquier orden perteneciente a la Edad del Bronce. En segundo lugar, no resulta demostrado en términos lingüísticos que la mención de los documentos hititas, que presenta por cierto una serie de variantes, corresponda en verdad a la de los *poemas homéricos*. Y, por último, la especie mencionada en tales documentos parece ser un reino no demasiado importante y situado en Anatolia, lo que no concuerda con las hipótesis que manejamos sobre una posible presencia micénica en Asia Menor. Pero esos contraargumentos tampoco son claramente probatorios, por lo que la cuestión se mantiene en un terreno de incertidumbre.

5. ESTRUCTURA POLÍTICA Y SOCIAL DE LOS CENTROS MICÉNICOS

Los centros micénicos son unidades políticas con un rey a la cabeza, presumiblemente la figura denominada *wánax* en las *tablillas*, a la que corresponde el tipo de palacio exhumado por los arqueólogos y el gran dominio patrimonial que en los archivos recibe el nombre genérico de *témenos*. La lengua homérica apoya la tesis de que el *wánax* es, en efecto, el rey de los palacios, por más que en las *tablillas* se aplique el término también a los dioses, y, en la época clásica, pase a ser un vocablo inusitado; tampoco *témenos* vuelve a tener conexión con la realeza en épocas posteriores, en que designa únicamente el recinto sagrado de un santuario. La palabra *basiléus*, que es la que significa «rey» en griego clásico, se encuentra en los *poemas homéricos* con un sentido en principio coincidente con el de *wánax*, pero se ha podido constatar que el uso de los dos vocablos no es indistinto, y que *basiléus*, con frecuencia en plural a modo de colectivo, se refiere más bien a un gran jefe de clan, cuya autoridad tiene una base gentilicia, reforzada por la existencia de otras figuras similares a la cabeza de otras tantas pirámides del tejido social. Esa «realeza» es compatible, en teoría, con la existencia de un poder político superior aglutinante, ostentado por uno de esos individuos que se hubiera encumbrado sobre los demás, y hubiera conseguido monopolizar una función política cuya existencia resultaría beneficiosa para el conjunto desde el punto de vista de la defensa y de la potenciación de los circuitos comerciales.

Podemos conjeturar, por tanto, que el *wánax* de los reinos micénicos es el señor del palacio, a quien se reconoce una autoridad y un poder supremos sobre las personas y las cosas de todo el territorio políticamente dependiente, aun cuando sólo lo ejerza de un modo directo en su propio dominio patrimonial. Si, como parece probable, después de la constitución de esos grandes reinos, siguió existiendo la estructura social previa, habría señores locales, con sus propias tierras y grupos dependientes, encumbrados en su pequeño entorno, aunque dependientes, por su parte, de los reyes. La mención *qa-si-re-u* de la tablillas se corresponde, desde el punto de vista lingüístico, con el término *basiléus* y se aplica a ciertos personajes con autoridad militar de ámbito local, que no disfrutan, por otra parte, de un rango muy elevado en relación con el palacio. Podrían ser funcionarios designados por el rey para el cumplimiento de tareas específicas, pero también puede tratarse de esos toparcas o señores locales que tuvieran obligación de prestar determinados contingentes militares, o, incluso, de comandarlos. Por otro lado, si es correcta la interpretación de *ke-ro-si-ja* como *gerousía* –palabra que designará más tarde al *consejo* espartano– tendríamos otro testimonio de la pervivencia de una estructura sociopolítica anterior en la etapa de desarrollo y existencia de la organización palacial. Lo que ya resulta imposible de precisar son las funciones de ese supuesto *consejo de ancianos*.

Más dificultad plantean aun los tipos de funcionarios que en las *tablillas* aparecen relacionados con las tropas: los *e-qe-ta* (tal vez «seguidores, acompañantes» del rey), los *ko-re-te* y los *po-ro-ko-re-te*. Los primeros se suelen vincular de un modo estrecho con la figura del rey, mientras los otros han sido vistos por algunos como una especie de prefectos de aldea, pero, como no sabemos nada sobre la organización de las tropas en los reinos micénicos, todas las especulaciones carecen de base.

Al lado de la figura del rey se destaca en Pilos otro personaje, que también tiene un *te-me-nos*, aunque de un tercio de la extensión del regio, a juzgar por las unidades de grano que se le asignan. Parece relacionado con ciertas funciones religiosas, por lo que algunos han querido ver en él a una especie de sumo sacerdote; sin embargo, el término griego de época histórica por el que podría transcribirse tal mención de las *tablillas* –*lagetés*– corresponde a un jefe militar, que, desde luego, podría tener encomendados, por su misma condición, determinados rituales. Además, hay tradiciones posteriores que aluden a la asignación de un dominio importante por parte del rey a alguien que ha colaborado eficazmente en la defensa de la ciudad y, por ende, tiene la condición virtual de jefe de las tropas. No es imposible, por tanto, que el rey micénico tuviera a su lado, en una condición especialmente destacada, a una especie de jefe militar de primer orden.

Un colectivo social difícil de interpretar es el de los *te-re-ta*, individuos que aparecen con sus propios nombres en las *tablillas* y que tienen, aparentemente, dominios semejantes a los del *lawagetas (lagetés)*. El término que los designa se ha interpretado como *telestai* («hombres de servicio»), y se ha supuesto que aportaban una prestación militar sustanciosa al rey como contrapartida a una asignación de tierras, llegando a conjeturar algún historiador que en la sociedad micénica existía un tipo de estructura feudal. Sin embargo, no hay modo de probar tal hipótesis, porque ni siquiera tenemos constancia de que esos personajes hubieran recibido sus tierras del rey. Algunos detalles, como el hecho de que las asignaciones figuren en registros renovables, o el de que los *te-re-ta* aparezcan eventualmente como subbeneficiarios o como arrendatarios en tierras asignadas a otros *te-re-ta*, en el mismo plano que otros individuos comunes,

resultan enigmáticos en relación con la condición social de esos personajes y con el tipo de tenencia que correspondía a sus tierras.

Suponemos que en los reinos micénicos había esclavos, no sólo por las relaciones que mantenían con los estados orientales sino por lo fácil que debía de ser para ellos el capturarlos. Por otra parte, se encuentra con frecuencia en las *tablillas micénicas* la mención *do-e-ro* (o *do-e-ra*) que se corresponde puntualmente con el término que en griego histórico significa «esclavo». Sin embargo, los individuos que reciben en esos documentos tal calificativo aparecen con sus respectivos nombres, al lado de otros individuos, incluidos los *te-re-ta*, en los registros de poseedores de tierra, lo que, unido al hecho de que se encuentran también las menciones «esclavo del dios» y «esclavo de la sacerdotisa», ha llevado a preguntarse si tal denominación no tendría un carácter simbólico, o bien designaría un tipo de servicio no equivalente a la noción convencional de esclavitud. Algunos historiadores entienden, a su vez, que las mujeres designadas conjuntamente como «esclavas de la sacerdotisa», sin mención individual de los nombres, sí son verdaderas esclavas, aunque esto tampoco es seguro. Otra serie de tablillas pilias menciona conjuntamente a un grupo de mujeres operarias por el nombre ocupacional, acompañadas de sus hijos, lo que también ha llevado a considerar que se trata de esclavas; sin embargo, la omisión de los nombres individuales podría deberse al elevado número de las personas a registrar.

Otra mención de las *tablillas* que se ha considerado como muy sugerente es la del *da-mo*, interpretada como el *demos*, en el sentido de «comunidad». Las series correspondientes al registro de la tierra le atribuyen, a lo que parece, una personalidad jurídica, tanto en la medida en que se muestra como titular de propiedad como en tanto en cuanto puede protagonizar un litigio. Resulta probado que esos colectivos eran varios y que tenían una implantación regional, es decir que el *da-mo* mencionado en relación con un distrito concreto no es el que corresponde a las menciones de otro. Ese carácter de organismo de representación local estaría en consonancia con la entidad de los *demos* históricos del Ática, de raíces muy antiguas, aunque, por supuesto, no se pueden establecer, sin más, correspondencias entre la Edad del Bronce y la época histórica, teniendo en cuenta que no ha pervivido el régimen de organización palacial. En este caso sería viable sólo en razón de la hipótesis, de suyo verosímil, de que el modelo económico y social que representan los palacios hubiera coexistido con una organización de tipo local, llamada a pervivir cuando se produjo la destrucción de los centros palaciales.

Los datos de las tablillas se pueden hacer jugar en muy variadas hipótesis que carecen de posibilidades de confirmación. Hay que admitir, en suma, que esa documentación no nos permite establecer hasta qué punto existía una clase militar y/o una clase sacerdotal propiamente dichas, aunque en los inventarios aparecen personajes con funciones presumiblemente militares, y, desde luego, «sacerdotes» y «sacerdotisas».

Otra cuestión muy debatida en relación con la organización política del mundo micénico es la de la supuesta existencia de un imperio, que de alguna manera, acaso coyuntural, hubiera llegado a integrar en una unidad a los diferentes reinos. La *Ilíada*, con su figura de un Agamenón «rey de reyes», ha influido favorablemente en este sentido, sumándose a la imagen de homogeneidad en la cultura

material que presenta el ámbito micénico. Sin embargo, no hay ningún yacimiento de la época que, por su importancia, se muestre en verdad como una capital de un imperio –ni Pilos, frente a Micenas, ni la magnífica Micenas, en estrecha proximidad como está con la no menos imponente Tirinto. A ello hay que sumar que la tradición más antigua hacía a Agamenón rey de Argos, otra, presumiblemente posterior, rey de Micenas, y otra, en fin, rey de Amiclas. Por otra parte, si en la *Ilíada* resulta ser en verdad Agamenón jefe de la expedición asediadora de Troya, el comportamiento de sus supuestos subordinados, incluso de reinos minúsculos, no se corresponde con la imagen de súbditos de un imperio sino más bien con la de quienes han aceptado voluntariamente a un jefe militar para una acción puntual y concreta, lo que les permite manifestar sus opiniones y contar con una vía abierta a la disensión o a la defección. No hay pruebas, por tanto, de la existencia de un Imperio Micénico.

6. ORGANIZACIÓN ECONÓMICA

En el mundo micénico la tierra seguía siendo la principal fuente de recursos, y, por otra parte, el sistema económico parece tener su centro de gravedad en los palacios, en una forma, en apariencia, compleja. De ahí el interés que suscitan las referencias de los archivos palaciales a la relación patrimonial y económica del hombre con la tierra.

Resulta extraño, hay que decirlo, que un sistema de apariencia sofisticada no haya dejado contratos ni referencia alguna al derecho privado, aunque también hay otros campos, como el de la religión, que se muestran pobremente documentados. El hecho es que los documentos en nuestro haber no nos permiten saber hasta qué punto el sistema era accionado unilateralmente por el palacio y en qué medida pervivían formas económicas ancestrales más tradicionales.

Parece posible afirmar que la titularidad en la posesión de la tierra, bajo una u otra especie, exigía unas contraprestaciones, es decir, imponía unas obligaciones, aunque eso no es decir casi nada. Habría que saber en qué consistían las contrapartidas, quién era su beneficiario y cómo se distribuía el producto obtenido. El problema es que algunas de las menciones de carácter catastral siguen siendo incomprensibles, entre otras cosas porque no sabemos si los términos en cuestión son tecnicismos jurídicos, o bien se refieren a la naturaleza de la explotación que se lleva a cabo en las tierras o a sus dimensiones.

El término *ko-to-na* designa una tierra de cultivo lo suficientemente grande para ser objeto de división en lotes asignados individualmente a personajes importantes –aunque tengan ellos mismos también otras tierras–, pero también lo suficientemente pequeña para ser poseída por una sola persona junto con otras tierras, y, desde luego, inferior a un *témenos* regio. Dicho término se acompaña de la mención *ki-ti-me-na* en unas series y de la mención *ke-ke-me-na* en otras, de suerte que tales menciones operan una clasificación de las *ko-to-na*. Aunque no podamos dilucidarlo con claridad, parece importante el hecho de que a las menciones de *ko-to-na ki-ti-me-na* acompañe la expresión *«paro damo»*, interpretada en general como «procedente del demo».

Se han aportado diversas interpretaciones de esa diferenciación de las tierras. Según una de las más extendidas, *ke-ke-me-na ko-to-na* sería «tierra de reparto»,

cuya titularidad correspondería a las comunidades rurales, las cuales la asignarían en precario a determinados individuos, mientras que las *ki-ti-me-na ko-to-na* serían los dominios otorgados por el rey a sus hombres de servicio, los *te-re-ta*. El término *ki-ti-me-na* se ha relacionado desde antiguo con una raíz del griego clásico que significa «fundar una ciudad, establecer un asentamiento», pero su valor exacto en las *tablillas* ha sido muy discutido, siempre en función del matiz atribuido al otro término que integra la oposición: los de «tierra puesta en cultivo» y «tierra ocupada de un modo permanente» son los más aceptados, si bien se han postulado alternativas como las de «tierra sembrada» frente a «tierra de barbecho», o bien «tierra de cultivo» frente a «pastizal», o «tierra roturada» frente a «tierra salvaje», es decir pendiente de habilitación para el cultivo o explotada de otro modo.

Las dos clases de *ko-to-na* y el *ka-ma*, si en efecto era ése un tercer tipo, producían para su poseedor y/o propietario, pero éste no las trabajaba por sí mismo. La totalidad o una parte de esos dominios se fragmentaban, al parecer, en *o-na-ta*, posiblemente unidades de explotación agrícola en régimen familiar. Esos *o-na-ta* eran recibidos por los llamados *o-na-te-re*, entre los que se cuentan algunos *te-re-ta*, bajo una forma que podría ser similar a un arriendo, aunque nada sabemos de cierto.

El sistema de producción utilizado en la agricultura y la ganadería, lo mismo que la circulación de los productos dentro de la economía palacial, se nos escapa. No hay indicios de que se hayan emprendido formas masivas de monocultivo con o sin abundante mano de obra esclava, e ignoramos cómo se llevaba a cabo la redistribución del producto obtenido. Hay que dar por supuesto en este período, sin embargo, un incremento de los rendimientos agrícolas, debido en buena medida al empleo de mejor utillaje, que facilitaría la puesta en cultivo de nuevas tierras, y a un cierto perfeccionamiento de las técnicas. También la ganadería debe de haberse incrementado, y parece que entre los personajes más importantes se contaban individuos cuya riqueza era básicamente ganadera.

Es probable que el dirigismo de los palacios, con su tendencia a la producción en masa, haya operado propiamente en el sector artesanal, donde las *tablillas* reflejan un sistema de unidades de trabajo de elevada especialización. Libres y/o esclavos, los operarios recibían para sí, y para sus hijos en el caso de las mujeres, una ración fija de alimento; las menciones DA y TA, que se añaden a algunos grupos de trabajo femeninos, se ha supuesto que corresponden a supervisores o directores de esos grupos. Suman centenares los trabajadores del palacio de Pilos, y es de suponer que en los demás centros palaciales existiera análoga organización; ellos eran los que fabricaban la variada serie de artículos micénicos, caracterizados en general por una elevada calidad técnica, pero también por una uniformidad y una simplificación de los elementos decorativos, en consonancia con el sistema de producción en serie.

Sobre las formas de intercambio en el ámbito externo e interno habría que decir algo similar a lo que ya se dijo al tratar la Creta neopalacial, puesto que los archivos micénicos no aportan nada en ese sentido. Es probable que en el comercio exterior el intercambio de presentes sirviera para institucionalizar las relaciones comerciales de acuerdo con unos principios universalmente aceptados; pero la circulación de los productos debe de haberse realizado por vía de com-

praventa con pago en especie –compatible con eventuales prácticas de subasta o de trueque– que era la utilizada en general por los estados con los que se comerciaba. En el orden interno las prácticas comerciales simples debían de combinarse con un sistema redistributivo, más o menos equivalente a un salario en especie, practicado en el contexto de los palacios, aunque ignoramos todo detalle sobre el mismo.

El producto de mayor importancia era tal vez el bronce, en tanto en cuanto servía para fabricar el utillaje y el armamento, y quizá también como forma de tesaurización. No sabemos si el palacio monopolizaba el suministro del metal y la forma como era distribuido entre los broncistas; las alusiones de las *tablillas* a éstos tampoco son fáciles de interpretar, aunque es probable que existiera una distinción entre los adscritos al palacio y los independientes.

La gama de productos que circulaban por vía de comercio exterior debía de ser más o menos la misma que en la Creta neopalacial, aunque naturalmente en mucha mayor cantidad, sobre todo por lo que respecta a los objetos fabricados en serie en los talleres palaciales. La cerámica y las manufacturas textiles deben de haber salido en grandes cantidades, acompañadas de otros objetos de lujo; pero también se exportaba vino, aceite y, quizá, madera. En cambio, se importaba trigo, cobre procedente de Chipre, estaño, metales y materiales preciosos, y, posiblemente, esclavos.

7. RELIGIÓN

Una vez más la falta de fuentes escritas aparece como un obstáculo insalvable para el conocimiento de la religión, ya que, en este caso, las menciones de las *tablillas*, por su mismo carácter, proporcionan una información insuficiente. Por otra parte, sigue siendo incierto el grado de minoicización experimentado por la religión micénicia, así como el tipo de sincretismo operado entre el bagaje religioso de los helenohablantes y el sustrato indígena. Bien es verdad que en el terreno de la religión los conocimientos que tenemos sobre la fase griega histórica ayudan a interpretar los datos micénicos, pero la correspondencia entre figuras y elementos de los dos estratos se muestra muy incompleta.

Ocurre que algunos de los teónimos registrados en las *tablillas* son desconocidos, aunque pudiera tratarse de epítetos locales de divinidades importantes y no de dioses luego olvidados. En cambio, Zeus y Hera son ya importante pareja en Pilos, y, aunque con alguna duda, parecen documentadas las figuras de Atenea, Posidón, Hermes, Ares, Artemis, Dioniso e Ilitía. Tanto en Cnoso como en Pilos el panteón es variado y complejo, sin que haya coincidencia entre los dos, salvo por lo que respecta a Zeus, Posidón y el epíteto Potnia, que se aplica a varias divinidades femeninas. En esta época la figura de Zeus ha arraigado profundamente en Creta, donde aparece en los lugares de culto más importantes y desarrolla mitos recogidos por la tradición posterior. En Pilos lo tenemos instalado en un santuario formando tríada con Hera y un hijo llamado Drimio, si bien aquí es Posidón una divinidad más importante que Zeus. No podemos explicar bien los teónimos femeninos *Di-wi-ja* y *Po-si-da-e-ja*, aparentemente formados a partir de los nombres de Zeus y de Posidón; en los dos casos ésas son diosas titulares de santuarios.

Una de las mayores dificultades la plantea la mención *Po-ti-ni-ja* («Señora»), que se encuentra en tablillas de Pilos, Cnoso, Micenas y Tebas, unas veces sola y otras acompañada de otro término correspondiente a un lugar o a una esfera de acción concreta («Señora de Atana», «Señora de los caballos», por ejemplo, si tales interpretaciones son correctas). No sabemos si se trata en verdad de un epíteto aplicado a diosas diferentes o bien de una divinidad polifacética con cultos diversificados en advocaciones diferentes. Desde el punto de vista tipológico, aparece como una figura singular dentro de la religión micénica, de modo que podría tratarse de una divinidad de origen minoico.

Algunas tablillas parecen implicar la existencia de santuarios, pero resulta muy difícil su identificación arqueológica. Al margen de ciertas grutas naturales, que sin duda tenían ese carácter, lo cierto es que en los palacios micénicos no existe, como en los minoicos, un área cultual bien definida, de modo que son algunas piezas o algunas casas próximas a los palacios las que se han interpretado conjeturalmente como santuarios en razón de la presencia en ellas de objetos o elementos que parecen de uso religioso. Es el caso de la especie de anejo del palacio de Pilos, asociado a un altar, que se ha supuesto podría ser el santuario de Posidón, o el de la llamada *casa de Wace* en Micenas, con el lote de figurillas de terracota consideradas como probables exvotos. También se ha pretendido atribuir un uso cultual a la parte principal del mégaron, en la idea de que podrían haberse realizado sacrificios y ofrendas ante el fuego del hogar; sin embargo, a pesar del probable carácter sagrado del hogar central, está claro que la pieza tiene un uso civil, no religioso.

Es muy poca la información que tenemos sobre las peculiaridades del culto en la religión micénica. Sabemos que se hacían ofrendas de objetos valiosos, de estatuillas o de productos fungibles, y que se realizaban sacrificios y libaciones, pero la falta de detalles nos impide, por ejemplo, establecer la influencia minoica en esos aspectos. Las leyendas griegas aluden con frecuencia a la celebración de sacrificios humanos, que remiten, sin embargo, a circunstancias excepcionales y que presentan unas veces como rechazados y otras como exigidos por los dioses. Se ha supuesto que esos mitos reflejan unas antiguas prácticas, abandonadas en época histórica, pero no sabemos si estaban incluidas en el ritual religioso micénico, y desgraciadamente las *tablillas* no nos resuelven la duda, ya que las menciones de ofrendas de hombres y mujeres a divinidades pueden corresponder lo mismo a víctimas sacrificiales que a personas destinadas al servicio del dios.

Las creencias sobre el más allá y el culto funerario constituyen otra parcela muy oscura de la religión micénica. La inhumación de los difuntos con sus ricos ajuares en tumbas tan sólidas y con tanta apariencia de moradas podría hacer pensar que se les consideraba de alguna manera presentes; pero esa idea hay que matizarla con nuestra constancia arqueológica de que al cabo de un tiempo los huesos eran retirados del lugar inicial y amontonados indiscriminadamente en un rincón del enterramiento para dar cabida a nuevas inhumaciones. Tal vez el monumento funerario y los ajuares estaban destinados a prestar su servicio al difunto tan sólo en la fase de consumición del cadáver. Es posible, por otra parte, que existiera la creencia de que algunos individuos lograban la inmortalidad por asimilación de su condición a la de los dioses, recibiendo por ello alguna forma de culto, pero no podríamos saber a quiénes estaba abierta esa posibilidad y por qué medios se llevaba a efecto.

8. LOS PALACIOS Y DEMÁS CONSTRUCCIONES DEL MICÉNICO RECIENTE

En esta fase, en la que son bastante bien conocidos los palacios micénicos, desde el punto de vista arqueológico, se aprecia en ellos una cierta uniformidad de conjunto y una clara diferenciación frente al tipo palacial minoico. La existencia de talleres y almacenes es tal vez el rasgo que más aproxima a unos y otros, pero ni siquiera esos elementos, que confluyen en su funcionalidad, están integrados estructuralmente del mismo modo en los conjuntos palaciales minoicos y micénicos.

Las fortificaciones ciclópeas –ausentes, sin embargo, en el caso de Pilos– y el *mégaron* son los dos rasgos que de un modo más impresivo caracterizan a los palacios continentales, pero, a decir verdad, es toda la concepción arquitectónica del conjunto la que los singulariza. Así, por ejemplo, la elección de los solares responde en el ámbito micénico, como en el minoico, a sendas tradiciones ancestrales muy diferentes. En lugar de buscar la ladera de una colina, los micénicos prefieren cerros dotados de buenas defensas naturales, que perpetúan, por lo general, asentamientos más antiguos. Y el conjunto palacial no se organiza en torno a un gran patio central, sino que la distribución de las distintas dependencias, la comunicación entre ellas y los espacios abiertos obedece, en cada caso, a las características del terreno.

La tendencia a fortificar las acrópolis se generaliza en el Micénico Reciente, aunque en la inmensa mayoría de los casos no se despliega el enorme esfuerzo requerido por los muros ciclópeos y los grandes ortostatos, conformándose con recursos más sencillos. Micenas es la más grandiosa; Tirinto, la que tiene las murallas más gruesas y el recinto interior mejor organizado; Gla, en Beocia, la fortaleza que cuenta con un perímetro más largo; Atenas, la Cadmea tebana y la de Orcómeno, también en Beocia, completan, en fin, la nómina de las fortificaciones monumentales. En su perímetro final, el amurallamiento de Micenas abarca unos 30.000 m^2, con lienzos de una altura presumible de 12 m. y de un grosor de entre 5 y 9 m. Los elementos más destacables de ese aparato defensivo son la Puerta de los Leones, enmarcada por cuatro megalitos y con un vano de 3 × 3 m., que permitía la entrada de carros, y los accesos a la fuente subterránea, similar a la de Atenas y cuya fortificación aumentaba la capacidad de resistencia frente a un asedio. La fortificación de Tirinto registra unas fases sucesivas más o menos sincronizables con la de Micenas, aunque también se aprecian diferencias. El anillo inicial, que reforzaba las defensas naturales de la parte más alta de la acrópolis, rodeaba el palacio y se vio completado por dos ampliaciones sucesivas. En el HR IIIb el palacio de Tirinto fue totalmente reconstruido, lo que explica la excelente armonía del conjunto que constituye la llamada ciudadela media, en contraste con los trabajos superpuestos a lo preexistente de Micenas, a pesar de que los arquitectos parecen haber sido los mismos en una y otra. En Tirinto se erige en esta fase una formidable puerta, similar a la de Micenas, aunque el planteamiento de la cobertura defensiva es mucho más eficaz. A la tercera fase corresponden las famosas galerías abovedadas y el paso hasta las fuentes a través de túneles.

Los palacios que conservan vestigios más completos son los de Micenas, Tirinto y Pilos, incorporando todos ellos un modelo primitivo de vivienda, el *mé-*

garon, que era patrimonio, aunque no en exclusiva, de los pueblos helénicos. Se compone de un patio delantero –un terreno cercado, en su forma primaria– al que da un pórtico sustentado por dos columnas; de ahí se llega a un pequeño vestíbulo a través de una puerta, y, al fin, cruzando un vano similar, se accede a la pieza principal, que es un gran rectángulo, con un hogar circular en medio; la cubierta de esa pieza está sustentada por cuatro columnas en torno al hogar, por encima del cual se abren ranuras para salida de humos en una especie de linterna. La pieza principal del mégaron era a un tiempo cocina, comedor y dormitorio, y, en los palacios, el principal lugar de estancia y recepción. El mégaron presenta un eje de simetría, que afecta a los muros externos y a la disposición de las columnas, lo que lo aleja del principio de asimetría que caracteriza a los palacios minoicos. En los palacios micénicos, el patio que da acceso al mégaron y que se llama convencionalmente patio central no es tal en realidad, porque no ocupa el centro orgánico del conjunto ni es obligado lugar de paso para el acceso a las distintas dependencias.

9. LA PRODUCCIÓN ARTÍSTICA Y ARTESANAL

Los productos manufacturados se fabrican sobre todo en los talleres de los centros palaciales, algunos de ellos en grandes cantidades, porque no sólo se destinan al consumo interno sino también a la exportación. Ello les confiere una uniformidad característica de la producción en serie, donde se tienden a eliminar, por otra parte, los aspectos que requieran una maestría especial en el artesano; el taller palacial utiliza mano de obra común, entrenada en la repetición de una tarea sencilla. La competencia de estos productos en el mercado exterior se basa en su calidad, no en su excelencia artística, y en su buena distribución, puesto que las naves micénicas recorren continuamente el Mediterráneo, de un extremo a otro.

El producto que ha dejado un testimonio más constante y elocuente de esta proyección de la artesanía micénica es la *cerámica*, cuya asombrosa uniformidad hace que se conozca el estilo como *koiné micénica*. La producción se concentra en una reducida serie de formas básicas de gran demanda –crátera, jarra, copa, vaso píxide, *áskos*, *alábastron* y jarra de estribo– decoradas con motivos vegetales o animales tan estereotipados que a veces resultan irreconocibles, pero que derivan en todo caso de los estilos precedentes. Se utilizan también líneas paralelas y bandas de diferentes anchos, y, en los vasos más grandes sobre todo, la mayor parte de la superficie queda en blanco. La *koiné* cerámica cubre toda la fase HR IIIb, de la que es característica; en la HR IIIc, el eclipse de la producción palacial debe de ser la causa de la diversificación y la renovación que se aprecia en las piezas. Encontramos ahora un *estilo figurativo*, representado por una célebre copa conocida como *Vaso de los guerreros*, que manifiesta unas sugerentes conexiones orientales; un *estilo tupido*, con profusa decoración animal y vegetal, organizada en registros que alternan con las bandas; y, en fin, un llamado *estilo del granero*, de mediocre calidad y decorado de un modo muy simple, a base de líneas curvas irregulares.

Además de los vasos propiamente dichos, se siguen produciendo ritones en forma de cabeza de animal o de pez, así como unas figurillas de terracota de pequeño tamaño, humanas o animales. Las antropomorfas, que no se sabe si son divinidades o seres humanos, aunque esto último parece más probable, se esquematizan al máximo en la fase IIIb, reduciéndose a un tipo alado, otro discomorfo con una base, y otro de brazos cruzados, que destaca la horizontal de los hombros.

Donde más se manifiesta la influencia minoica es en los *frescos* que decoran los palacios, por desgracia muy mal conservados. Se deben a la mano de unos pocos artistas, herederos sin duda de la tradición minoica, adaptada, sin embargo, a los gustos y a la sensibilidad de los micénicos. En las grandes composiciones a base de figura humana coexisten las procesiones y los juegos de toros con las escenas de atletismo y de guerra, apreciándose en todo ello un convencionalismo y un amaneramiento que lo aleja de los modelos minoicos.

Esa época de plenitud del mundo micénico, que es la fase IIIb, resulta en general muy pobre en el terreno de las artes, porque se limita a conservar las tradiciones minoicas sin nuevos estímulos creadores, y, por otra parte, el excesivo dirigismo y la masificación de la producción palacial parecen inhibir el desarrollo del talento individual. La *escultura* en piedra, ya sea la monumental, incorporada a la arquitectura, como es el caso de las leonas de la famosa puerta de Micenas, o de los relieves del Tesoro de Atreo, ya la de los vasos, se mantiene en unas cotas artísticas muy bajas. La *glíptica* es manifiestamente decadente, con una sensible reducción del número de los motivos y una sustitución del primitivo realismo por el esquematismo que caracteriza al período; y ya sólo se producen ejemplares en piedras comunes, como lo son la esteatita y la serpentina.

La *orfebrería* presenta un colapso en las fases IIIb y IIIc, debido a la escasez de metales preciosos, que la lleva prácticamente a desaparecer. Los colgantes y las cuentas de collar de la fase IIIa, hechos con lámina de oro repujada y trabajados primorosamente en motivos varios, tanto vegetales como animales, son en la fase IIIb elaborados en formas mediocres con piedras finas o semifinas.

El único sector artístico que destaca en esta época es el del *marfil*, una materia prima que no escaseaba para los micénicos. Por lo general se trata de trabajos en relieve, con una temática de tradición minoica, pero también con influjos siriopalestinos, que se ejecutan en grandes cantidades para el uso suntuario interno y para la exportación. Los más comunes, hallados en acrópolis y necrópolis, son las placas a aplicar a diversos objetos, las píxides, los peines y los mangos de espejo. El trabajo en bulto redondo es muy raro, destacando una pieza, que también se ha atribuido, sin embargo, al Micénico Medio: la *Tríada de Micenas*, que representa a dos figuras femeninas adultas, madre e hija es de suponer, con un niño de corta edad; se cree que es una representación religiosa conforme al arquetipo que incorpora la tríada Deméter-Core (Perséfone)-Triptólemo en la época histórica.

Las *tablillas* en lineal B de los archivos de los palacios micénicos aluden con frecuencia al cobre, que cuenta con su ideograma particular, y que era importado de Chipre en cantidad quizá suficiente para la amplia producción de bronce que requerían el armamento y el utillaje. No es conocida, en cambio, la procedencia del estaño, difícil sin duda de conseguir, ya que a veces se sustituye por el cinc.

Los palacios han producido, tal vez en exclusiva, una gran cantidad de armas;

tan grande, en el caso de Pilos, que debería atribuirse a una circunstancia de especial amenaza bélica, a no ser que estuviera destinada en parte a la exportación. Los hallazgos, que corresponden casi por completo a las tumbas, carecen de esos ejemplares suntuosamente decorados del Micénico Antiguo, limitándose a las piezas convencionales –dagas, cuchillos rectos o curvos, puntas de lanza y espadas–, que destacan ahora por su calidad, dirigida hacia una mayor eficacia. Así la punta de la lanza presenta un casquillo más largo, y la espada, con una espiga que se introduce en el mango, lleva una hoja sin nervio de refuerzo y bien afilada por los dos cortes. En bronce se hacen también corazas anatómicas a base de piezas articuladas, grebas y cascos, aunque por lo general se utiliza una lámina fina que se recubre de cuero.

En el HR IIIc aparece una nueva espada de gran tamaño *(Naue tipo II)*, unas puntas de lanza con el cañón indiferenciado y unas fíbulas de los tipos de arco de violín y de codo. Estas novedades se consideraron inicialmente como indicios de una penetración étnica desde el norte, pero después se han explicado de otro modo. La espada aparece por el Mediterráneo en el siglo XIII a.C., y, cuando, en el XII, desplaza al tipo micénico genuino producido anteriormente por los palacios, empieza a distribuirse predominantemente por Creta, el Peloponeso y las áreas griegas orientales, incluido Chipre, con ejemplares que se fabrican a veces en hierro. Similar distribución tienen las puntas de lanza, mucho más escasas, que cuentan, sin embargo, con una variedad característica del Epiro y las islas Jónicas, diferente de la que aparece en Creta, Micenas y el Egeo. Para la espada, se ha postulado una procedencia chipriota, que no desentona, desde luego, con el incremento de la presencia de elementos micénicos en la isla durante esta fase HR IIIc. Verosímilmente, el eclipse de los centros palaciales y las dificultades de suministro de metal al continente han hecho cesar la producción local y han obligado a conseguir las armas por vía de importación.

10. LA DISOLUCIÓN DE LOS CENTROS MICÉNICOS

A finales del HR IIIb y durante el HR IIIc se produce en el área micénica una catástrofe generalizada muy difícil de explicar. La fecha convencional del 1200 a.C., que es la que marca el paso de un período al otro, corresponde a la destrucción del palacio de Pilos, que ya no se reocupa, pero unas décadas antes se había producido la de la amurallada ciudad de Tebas, cuyo solar perpetúa, sin embargo, la ocupación. Orcómeno y Gla, también en Beocia, tienen asimismo como última cerámica la HR IIIb, correspondiente al nivel de destrucción, o quizá a una corta fase de reocupación posterior a ésta. Entre las docenas de lugares afectados por tales trastornos algunos han sufrido destrucción en plena fase IIIc, incluso avanzada, otros parecen abandonados al final de la IIIb, sin destrucción, otros, como Micenas y Tirinto, sufren varias destrucciones, y hay algún caso como el de Atenas, en que no se aprecia alteración sensible, y desde luego no destrucción, ni en la fase IIIb ni en la IIIc. De hecho, el Ática oriental, lo mismo que las Cícladas y el Dodecaneso registran en el HR IIIc un auge de la vida. Como ya se dijo, las islas de Rodas, Chipre y Creta conocen en esta fase un importante aflujo micénico. Por otra parte, a finales del siglo XIII se aprecia una conjunción de destrucciones que afectan a casi todo el Egeo oriental, que hacen sucumbir

al Imperio Hitita, que arruinan la mayor parte de los centros del Levante, entre ellos el poderoso de Ugarit, y que amenazan al propio Egipto.

El conjunto de esas piezas de evidencia, algunas de las cuales tienen una datación dudosa, constituye un rompecabezas verdaderamente difícil de resolver, que ha suscitado las hipótesis más diversas, ninguna de ellas lo suficientemente satisfactoria como para cerrar la cuestión. La más antigua atribuía la destrucción de los centros micénicos a una invasión de los griegos dorios, supuestamente desplazados desde el norte; se basaba en realidad en el hecho evidente de que la gran mayoría del área micénica estaba ocupada por dorios y tenía una lengua doria en la época histórica, y presuponía que ante tal invasión la población micénica, de lengua micénica, había abandonado masivamente el territorio, quedando tan sólo en él grupos residuales, que serían absorbidos o marginados. La solución de continuidad que presentan algunos lugares de asentamiento, como la propia Esparta, entre su ocupación micénica y su ocupación doria es, a decir verdad, el único argumento arqueológico en favor de esa tesis, que tiene, sin embargo, en su contra la dificultad de interpretar como el resultado de una invasión la secuencia cronológica de las destrucciones, combinada, por otra parte, con las reocupaciones; a más de que no se ha detectado ningún exponente arqueológico de la supuesta presencia de los dorios en los lugares afectados por la catástrofe. También se ha atribuido esa catástrofe a una ofensiva perpetrada desde el mar por los mismos agentes que causaron los graves trastornos ocurridos antes del 1200 a.C. en el Oriente, pero tampoco es ésa una explicación demasiado convincente para todo lo acaecido en el territorio heládico. Las luchas entre los distintos reinos micénicos, e incluso los agentes naturales, potencialmente causantes de una grave y generalizada escasez de alimentos, han sido asimismo hipotéticamente relacionados con las destrucciones. Otras veces se ha intentado establecer una concatenación entre varios de esos factores, que habrían coadyuvado al desastre.

El propio papel de los dorios en esa circunstancia se ha diversificado, en diferentes interpretaciones modernas, presentándolo sucesiva o alternativamente como el de una población ya presente en la Grecia micénica, que se habría rebelado contra una situación de servidumbre y postergación; como el de unos grupos humanos lentamente infiltrados, que ejercerían una presión; como el de pequeñas hordas de violentos depredadores; como el de grupos bien armados y comandados por jefes deseosos de suplantar a los señores micénicos; o como el de una población que ocupa un territorio evacuado por las élites dirigentes del mundo micénico. El caso es que cualquiera de esas explicaciones parece tener en su contra algún aspecto de la evidencia, tal y como se nos muestra, o bien recurre a una interpretación del proceso, de la constitución de los reinos micénicos incluso, quizá verosímil pero carente de pruebas decisivas.

El caso es que esas destrucciones, cuyos incendios han cocido las *tablillas* de los archivos de los palacios, haciéndolas llegar de ese modo a nuestras manos, marcan el final del sistema socioeconómico palacial y de las instituciones políticas que lo sustentaban. En adelante no habrá, a lo que parece, más archivos, ni se volverá a utilizar el sistema de escritura micénico, ni proseguirá la producción en serie centralizada en los talleres palaciales. Pero, para valorar debidamente el alcance de esa transformación, es preciso también valorar hasta qué punto los

centros palaciales micénicos, que eran fundamentalmente centros de poder, constituían el soporte cultural de la sociedad de la época. Esta cuestión, de suyo muy compleja, se ha abordado estudiando los elementos de continuidad y de discontinuidad que se aprecian entre el mundo micénico y la primitiva Grecia histórica, que se muestra en todo caso como heredera de la Grecia de la Edad del Bronce. Simplificando el problema habría que decir que la inmensa mayoría de los elementos de discontinuidad, tanto los que manifiestan una regresión cultural como los que obedecen a una evolución, parecen deberse a los importantes movimientos migratorios de las comunidades griegas, dentro de la Hélade y en dirección a las costas e islas de Asia Menor, y no al eclipse de los centros palaciales.

El HR IIIc parece una fase de transición en la que la secuencia dilatada de las destrucciones de los centros palaciales debe de haber hecho desaparecer el antiguo sistema paulatinamente, potenciado una infraestructura socioeconómica acaso sólo parcialmente inhabilitada por el desarrollo de los palacios. Una vez desaparecidos esos poderes centralizantes, la unidad política social y económica debió de ser la aldea, el demo quizá, que subyace a la estructura palacial. Ello no tenía por qué implicar un descenso brusco del nivel cultural, que no parece haberse producido, pero la ausencia de esos poderes debió de mermar la capacidad defensiva de las comunidades frente a la penetración de elementos ávidos de sus tierras y debió de dificultar el suministro regular de los metales necesarios para el utillaje y el armamento.

La presencia de cerámica HR IIIb en el nivel arqueológico VIIa de Troya, que es el que corresponde a la ciudad sitiada y saqueada, según la tradición, por un ejército procedente de todas las tierras micénicas, indica que tal expedición se produjo muy poco antes de las primeras destrucciones palaciales, o acaso después ya de alguna de ellas. Eso ha hecho suponer a los historiadores modernos que, si, en una situación amenazante, habían desplazado los micénicos sus efectivos a un lugar tan alejado, tendría que ser o porque iban a combatir directamente esa amenaza, lo que es difícil de argumentar, o porque se veían gravemente afectados en aquello que potenciaba su riqueza y su capacidad defensiva: el comercio exterior y el suministro de metales. Sea como fuere, la empresa troyana parece revelar una situación de debilidad de los reinos micénicos, confirmada no sólo por los subsiguientes indicios arqueológicos sino también por la tradición épica, que, a pesar de registrar la victoria micénica en Troya atribuía desastrosos regresos a sus respectivas patrias a los jefes del ejército aqueo.

Se produjo, en efecto, la disolución de esos poderes, y esa disolución fue de alguna manera el detonante de un complejo proceso migratorio, en el que se acrisolaron las estirpes helénicas y crearon unas nuevas formas culturales sobre aquello que podía funcionar como herencia común. No formaban parte de ella, a lo que parece, ni las instituciones políticas ni el sistema económico característico del mundo micénico, y, por lo que respecta a la cultura material, su evidente receso se explica de suyo por el fenómeno migratorio generalizado: incluso los depositarios más directos de la herencia micénica tuvieron que realizar asentamientos de nueva planta y vivir desde el principio el proceso de sedentarización, en el cual ya no se volvieron a dar las condiciones que habían hecho posible la constitución de los centros micénicos.

Hacia el 1050 a.C. se cierra el HR IIIc y se inicia una etapa indocumentada en todos los aspectos, que sólo hacia el 900 a.C., cuando comienza a evidenciarse una sedentarización definitiva de las comunidades helénicas, empieza a proporcionar indicios arqueológicos significativos, aunque habrá que esperar hasta comienzos del siglo VIII a.C. para encontrar el verdadero arranque de la Grecia histórica. Esos *siglos oscuros*, que en un sentido amplio cubrirían el lapso que separa las últimas *tablillas micénicas* de los *poemas homéricos*, y en un sentido más restringido corresponderían al período comprendido entre el 1050 y el 900 a.C., pero que en todo caso constituyen la fase intermedia entre el mundo micénico y la Grecia arcaica, fueron bautizados por los modernos historiadores anglosajones con un nombre, *Dark Age*, *Edad Oscura*, que ha prevalecido sobre otras denominaciones alternativas, como la de *Edad Media Griega*, época *Geométrica*, o, simplemente *Protohistoria*.

11. ORÍGENES DEL PUEBLO GRIEGO

Los historiadores griegos tenían conciencia clara del trasiego de poblaciones que había experimentado su territorio durante mucho tiempo hasta configurarse los estados de la época histórica, con su estabilización de los grupos humanos en condiciones de vida sujetas a la permanencia en un determinado lugar; pero no se preguntaban por el origen de ese complejo conjunto étnico, al que no llamaban «Griegos» –que tal denominación, *Graeci*, es de origen latino– sino *Hellénes*.

La tendencia de los estados clásicos a legitimar la ocupación de sus respectivos territorios desarrolló en muchos de ellos el mito de la autoctonía, alejado siempre de la realidad histórica. La versión más panhelénica de tal mito era la que configuraba a un héroe epónimo llamado Helén –que venía a dar nombre a las estirpes griegas en general, al colectivo de los helenos–, hijo de Deucalión y Pirra, la pareja humana superviviente del Diluvio helénico. Nacido en Tesalia, Helén habría engendrado a Eolo, a Doro y a Juto, epónimos respectivos de los grupos helénicos *eolio*, *dorio* y, en el caso de Juto, *aqueo* y *jonio*, a través de sus hijos Aqueo e Ión. Pero, al margen de esta leyenda, los atenienses tenían sus reyes primitivos «nacidos de la tierra», es decir «autóctonos», y la tradición griega conservaba etnónimos, como el de los pelasgos y los minias entre otros, que se atribuían a poblaciones muy antiguas, a las que se consideraba como primeros habitantes de territorios helénicos más o menos definidos.

Pero, desde que en las primeras décadas del siglo pasado los lingüistas probaron que la lengua griega pertenecía al tronco indoeuropeo, los historiadores se vieron movidos a rastrear el origen de la población helénica por los caminos que sugerían sus raíces lingüísticas, en la idea de que esa lengua debía haber sido introducida por una población de origen indoeuropeo, que sería asimismo responsable de la implantación en suelo helénico de otros muchos rasgos culturales característicos de lo que se conoce como el mundo griego. Sin embargo, eran muchos los problemas implicados en esa investigación: el de establecer el lugar de procedencia del primitivo núcleo indoeuropeo común y el de determinar el modo como los ancestros de los griegos históricos penetraron en la Hélade eran los más importantes; y, por supuesto, se planteaba la cuestión de la diacronía de los indoeuropeos en sus movimientos de dispersión geográfica y en su diversi-

ficación lingüística, así como el de la adecuación de esos grupos poblacionales al registro arqueológico. Con respecto al territorio helénico, sólo parecía claro que, con anterioridad a la presencia en él de los griegos, había estado habitado por poblaciones cuantitativa y cualitativamente significativas, que constituían un sustrato a tener en cuenta; los nuevos pobladores se adscribían tanto al Asia suroccidental como a la Europa nororiental, pero, en todo caso, a un área alejada de la península Balcánica.

Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en ciudades de la Edad del Bronce como Micenas, Tirinto o Troya, y los estudios filológicos de Kretschmer, llevaron a establecer la tesis de que los griegos habían penetrado en las tierras helénicas a través de tres invasiones que articulaban las tres fases de la Edad del Bronce: la de los *jonios* hacia el 1900 a.C., la de los *aqueos* o *eolios* hacia el 1600 a.C., y la de los *dorios* hacia el 1200 a.C., coincidente esta última con las destrucciones de los palacios micénicos. Esa teoría presuponía una fase anterior a la de la primera invasión, en la que la lengua griega se habría desgajado del núcleo indoeuropeo primitivo hasta el punto de consolidarse en una forma clara y distinta, para luego fragmentarse en los grupos dialectales protagonistas de cada una de las invasiones. Una variante complementaria respecto de esa visión general es la establecida por el historiador Beloch, en el sentido de que la diversificación del griego en sus dialectos prehistóricos se había producido ya en el suelo helénico, lo que implicaba que los griegos habrían entrado en él de una vez –con la primera invasión, la de finales del Bronce Antiguo–, estableciéndose en el área más septentrional del territorio y desplazándose después hacia el sur en los momentos a los que se atribuían las otras dos invasiones.

La adecuación del esquema de las tres invasiones al registro arqueológico movió a los historiadores a considerar la cerámica minia, característica de la Grecia mesoheládica, como exponente de la llegada de los griegos y de la dispersión de la primera oleada de sus integrantes, que, así, desde comienzos del Heládico Medio, habría ido imprimiendo su huella sobre un sustrato poblacional al que las investigaciones arqueológicas y lingüísticas configuraron en la década de los treinta una cierta personalidad, al encontrar una correspondencia entre determinados topónimos griegos y del Asia Menor (con terminaciones en *-ssos*, *-nthos* y *-ndos*). El ámbito geográfico correspondiente a la península balcánica, las islas del Egeo, Creta y el Asia Menor oriental habrían constituido una base poblacional homogénea, sobre la que se habría impuesto la componente helénica insuflada desde el norte. El verdadero problema lo planteaba, sin embargo, el hecho de que en el tránsito del Heládico Medio al Heládico Reciente o Micénico, es decir en el 1600 a.C., al que debería corresponder la segunda de las supuestas invasiones, no se apreciaban huellas de una destrucción generalizada, y, en el terreno de la cerámica, la única novedad era la presencia de variedades minoicas o de sus imitaciones, coexistiendo con una pervivencia de las variedades mesoheládicas. Se recurrió entonces a complicadas teorías para atribuir el origen de la civilización micénica a una «invasión» griega que no había dejado huellas arqueológicas.

En las últimas décadas la cuestión de la llegada de los griegos a Grecia ha experimentado sucesivos replanteamientos, no sólo en función de la nueva evidencia arqueológica, sino muy especialmente debido a una nueva consideración

del desarrollo dialectal de la lengua griega, que ha venido a invalidar la vieja teoría de las tres oleadas. Las conclusiones alcanzadas no pueden considerarse como definitivas, sobre todo porque su mayor aportación es la constancia de que el problema tiene unas bases lo suficientemente complejas y ambiguas como para que pueda y deba ser replanteado una y otra vez.

En primer lugar, hay una tendencia generalizada a rechazar toda relación de causa a efecto entre las destrucciones del 1200 a.C., y los fenómenos migratorios de esas estirpes helénicas de las que descienden los dorios históricos. En segundo lugar, se descarta cualquier aporte poblacional verdaderamente significativo en el tránsito del Heládico Medio al Heládico Reciente. Y, en tercer lugar, la cerámica minia ha demostrado ser el producto de una evolución *in situ* de las formas precedentes, de modo que las destrucciones apreciadas en los niveles HA II, de la Argólida sobre todo, a partir de los estudios arqueológicos de Caskey se han convertido, por exclusión, en el marco señalado para la primera y única dispersión de los griegos por la Hélade. Pero esa tesis dista mucho de ser unánimemente aceptada, porque, después de todo, no tiene más base arqueológica que una media docena de lugares con huellas de destrucción –Lerna en la Argólide es el más evidente–, y, por otra parte, los lingüistas tienden ahora a rebajar la fecha de la introducción del protogriego en el territorio de la Hélade.

El hecho es que Caskey extrajo de sus lecturas arqueológicas una teoría diferente de la que esas mismas apreciaciones inspiraron a otros investigadores. Para él, las destrucciones fechables en Grecia hacia el 2100 a.C., que abren el HA III, serían atribuibles a una primera entrada de indoeuropeos, relacionados étnicamente con los que en torno al 2300 llevaron a cabo importantes destrucciones en Anatolia, siendo responsables de los topónimos considerados tradicionalmente como prehelénicos, a los que se aludió más arriba, y que hoy parecen indoeuropeos. Poco después, hacia el 1900 a.C., es decir hacia finales del Bronce Antiguo, habrían llegado a Grecia los verdaderos hablantes del protogriego, quienes, en razón de su afinidad con los anteriores invasores, se habrían abstenido de atacar sus asentamientos, dirigiéndose, por el contrario, contra los de las poblaciones más extrañas a su lengua y a sus costumbres; ello explicaría el hecho de que estas nuevas destrucciones –no más de cinco en cualquier caso (Argos y Barbati en la Argólida, Eleusis y Haghios Sthephanos en el Ática, y Eutresis en Beocia)– no resulten coincidentes con las anteriores.

El problema sigue siendo que ninguna de las inflexiones culturales de la Edad del Bronce presenta indicios arqueológicos suficientes de una entrada masiva de gentes que se hubieran impuesto por la fuerza sobre la población anterior, y que el criterio de las destrucciones, además de plantear problemas a veces sobre la identificación de las causas de éstas, viene a ofrecer, en el caso que nos ocupa, un panorama similar en el 2100, en el 1900 y en el 1600 a.C. con respecto a una posible invasión.

Por todo ello, Drews, recogiendo nuevas aportaciones de indoeuropeístas y dialectólogos, ha defendido la tesis de que la lengua griega, y todo lo más característico de la cultura micénica que no es atribuible a la influencia minoica, habrían sido introducidos en Grecia en el 1600 a.C. por un grupo selecto de guerreros «protogriegos», procedente en último término de un área situada al sur del Cáucaso, que habría llegado al territorio helénico por mar, desembarcando

en Tesalia, la proverbial tierra «criadora de caballos», para emprender desde allí la creación de sus centros de poder en las tierras más meridionales. La lengua griega se habría formado así dentro del área helénica más genuina, con esa diferenciación en un protogriego septentrional y un protogriego meridional que suele atribuirse a la época micénica.

Hay que advertir que la llegada de los griegos a Grecia desde la zona armenio-anatolia, y no desde Centroeuropa a través de los Balcanes, en la fecha y manera que plantea esta hipótesis, requiere una consideración específica del lugar de origen y el ritmo de dispersión de los pueblos indoeuropeos, que no se opone en sí misma a la evidencia disponible, y resulta, en principio, tan verosímil como las alternativas planteadas. Habría que creer que en una fecha tan avanzada como los comienzos del segundo milenio los indoeuropeos constituían una reducida comunidad carente de toda proyección histórica y afincada al sur del Cáucaso; hasta que, por razones difíciles de precisar en sus detalles, pero relacionadas en todo caso con su conocimiento del carro de guerra y su dominio de las habilidades y de los recursos técnicos necesarios en ese arte militar, comienzan a desplazarse en pequeños grupos, por tierra unas veces y otras por mar, con el propósito de ejercer su dominio sobre amplias poblaciones incapaces de resistir su ofensiva. Esos indoeuropeos se habrían comportado del mismo modo que los hyksos, los casitas o los hurritas, protagonizando como ellos las operaciones de conquista violenta del poder características, en el segundo milenio, de Egipto y el Próximo Oriente, que serían asimilables al dominio de los arios sobre la India y al de los fundadores de la cultura micénica en la Grecia mesoheládica.

La introducción de la lengua griega en la Hélade en la fecha y manera que presupone esta teoría implica que al final de la época Micénica el protogriego meridional, diferenciado en el seno de esos grupos minoritarios bajados de Tesalia y constituido en lengua de las élites dirigentes de los centros palaciales, apenas habría conseguido extenderse al resto de la población del Peloponeso, la cual habría conservado en todo caso su lengua prehelénica; ello explicaría mejor el hecho de que los grupos residuales de esa población hubieran asumido después la lengua de sus dominadores dorios, ya que el contacto entre dos variantes dialectales de una misma lengua, como lo son el micénico y el dorio, debería haber producido, en teoría, una contaminación recíproca, y no la sustitución de una por la otra.

DOCUMENTOS

1. TABLILLAS MICÉNICAS

Pilos en 609

pa-ki-ja-ni-ja to-sa da-ma-te DA 40
(distrito de Pakijana tantas familias (?):

to-so-de te-re-ta e-ne-e-si HOMBRES 14
(tantos te-re-ta se encuentran en él:)

wa-na-ta-jo-jo ko-to-na ki-ti-me-na to-so-de pe-mo TRIGO 2/0/1
(como o-na-te-re tienen de Wanatajo las ko-to-na:)

a-tu-ko- e-te-do-mo wa-na-ka-te-ro o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/0/1
(Atuko, ¿armero? real, tiene un o-na-to; tanto grano:)

i-ni-ja te-o-jo do-e-ra o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/2/4
Inija, esclava del dios, tiene un o-na-to; tanto grano:)

e-ju-to te-o-jo do-e-ro o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/2/0
(Ejuto, esclavo del dios, tiene un o-na-to; tanto grano:)

si-ma te-o-jo do-era o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/1/0
(Sima, esclava del dios, tiene un o-na-to; tanto grano:)

a-ma-ru-ta-o ko-to-na ki-ti-me-na to-so-de pe-mo TRIGO 2/3/0
(de Amaruta las ko-to-na ki-ti-me-na tanto grano:)

o-da-a e-ko-si a-ma-ru-ta ko-to-na o-na-te-re
(como o-na-te-re tienen de Amaruta las ko-to-na:)

so-u-ro te-o-jo do-e-ro o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/0/3
(Souro, esclavo del dios, tiene un o-na-to; tanto grano:)

e-do-mo-ne-u te-o-jo do-e-ro o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/1...
(Edomoneu, esclavo del dios, tiene un o-na-to; tanto grano:)

e-sa-ro te-o-jo do-e-ro o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/0/3
(Esaro, esclavo del dios, tiene un o-na-to; tanto grano:)

wa-na-ta-jo te-re-ta o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/1/0
(Wanatajo, te-re-ta, tiene un o-na-to; tanto grano:)

e-ri-ta i-je-re-ja do-e-ra pa-ki-ja-na o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/1/0
(Erita, esclava de la sacerdotisa de Pakijana, tiene un o-na-to...)

po-so-re-ja te-o-jo do-e-ra o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/1/3
(Posoreja, esclava del dios, tiene un o-na-to; tanto grano:)

i-je-re-ja pa-ki-ja-na o-na-to e-ke to-so-de pe-mo TRIGO 0/3/0
(la sacerdotisa de Pakijana tiene un o-na-to; tanto grano:)

(...)

Pilos Ep 704

o-pe-to-re-u qe-ja-me-no e-ke ke-ke-me-na ko-to-na to-so pe-mo TRIGO 2/5/0
(Opetoreu, qe-ja-me-no (?), tiene ke-ke-me-na ko-to-na; tanto grano:)

u-wa-mi-ja te-o-jo do-e-ra o-na-to e-ke-qe i-je-re-ja ke-ra to-so pe-mo TRIGO 0/1/3
(Uwamija, esclava del dios, tiene un o-na-to de la donación de la sacerdotisa; tanto grano:)

e-ri-ta i-je-re-ja o-na-to e-ke ke-ke-me-na ko-to-na pa-ro da-mo to-so-de pe-mo TRIGO 0/4/0
(Erita, la sacerdotisa, tiene un o-na-to de ke-ke-me-na ko-to-na del demo; tanto grano:)

ki-ri-te-wi-ja o-na-to e-ko-si ke-ke-me-na ko-to-na pa-ro da-mo to-so-de pe-mo TRIGO 0/4/0
(las ki-ri-te-wi-ja (?) tiene un o-na-to de ke-ke-me-na ko-to-na del demo; tanto grano:)

e-ri-ta i-je-reja e-ke e-u-ke-to-qe e-to-ni-jo e-ke-e te-o da-mo-de-mi pa-si ko-to-na-o ke-ke-me-na-o o-na-to e-ke-e to-so pe-mo TRIGO 3/9/0
(Erita, la sacerdotisa, tiene un e-to-ni-jo y pretende que lo tiene para el dios, pero el demo dice que tiene un o-na-to de ke-ke-me-na ko-to-na: tanto grano:)

ka-pa-ti-ja ka-ra-wi-po-ro e-ke-me-no o-pe-ro-sa du-wo-u-pi wo-ze-e o-u-wo-ze to-so pe-mo TRIGO 4
(Kapatija, la portadora de la llave, tiene ke-ke-me-no ¿debiendo con los dos trabajar, no trabaja?; tanto grano:)

Pilos Er 312

wa-na-ka-te-ro te-me-no to-so-jo pe-ma TRIGO 30
(témenos del rey; tanto grano:)

ra-wa-ke-si-jo te-me-no TRIGO 10
(témenos del ra-wa-ke-ta)

te-re-ta-o to-so pe-ma TRIGO 30
(de los te-re-ta tanto grano:)

to-so-de te-re-ta HOMBRE 3
(tantos te-re-ta)

wo-ro-ki-jo-ne-jo e-re-mo to-so-jo pe-ma TRIGO 6
(tierra sagrada deshabitada; tanto grano:)

Pilos Un 718

sa-ra-pe-da po-se-da-o-ni do-so-mo
(contribución ¿del huerto? a Poseidón:)

o-wi-de-ta-i do-so-mo to-so e-ke-ra-wo do-se TRIGO 4 VINO 3 TORO 1
(a los o-wi-de-tai dará Ekerawo tanta contribución:)

tu-ro TU-RO 10 ko-wo(?) 1 me-ri-to LM 0/0/3
(quesos 10, pieles de (?) 1, miel 0/0/3

o-da-a da-mo TRIGO 2 VINO 2 CARNERO 2
(mientras que el damo:)

TU-RO 5 a-re-ro A-RE-PA 0/0/2...
(quesos 5, ¿ungüento? 0/0/2

to-so-de ra-wa-ke-ta do-se CARNERO 2 me-re-u-ro HARINA 0/6 VINO 0/2
(tanta contribución el ra-wa-ke-ta:)

o-da-a wo-ro-ki-jo-ne-jo ka-ma TRIGO 0/6 VINO 0/1 TU-RO 5 me-ri-to 0/1/1
(mientras el kama sagrado:)

Cnoso Gg 702

pa-si-te-o-i me-ri ANFORA 1
(a todos los dioses, miel:)

da-pu-ri-to-jo po-ti-ni-ja me-ri ANFORA 1
(a la Señora del Laberinto, miel:)

Cnoso V 52

a-ta-na-po-ti-ni-ja 1 (...)
(a la Señora de Atana 1?

e-nu-wa-ri-jo 1 pa-ja-wo-(ne 1?) po-se-da-(o-ne 1?)
(a Enialio 1, a Peán (?) 1, a Poseidón 1)

Pilos Fr 1225

e-ra-wo u-po-jo po-ti-ni-ja
(aceite para la Señora de Upo)

we-a-no-i a-ro-pa ACEITE-A 0/1/0
(ungüento para ropas; almendra ??)

2. EL TESORO DE LOS MINIAS (ORCÓMENO, BEOCIA)

Las rentas de Minias fueron tan copiosas que pudo dejar atrás a sus predecesores en lo que respecta a la riqueza. De todas las gentes que conocemos, Minias es el primero en haberse hecho construir un tesoro para guardar en él su fortuna.

Con todo, los griegos tienden a admirar más las cosas extranjeras que las suyas propias. Porque hombres que fueron historiadores famosos tuvieron la idea de escribir sobre las pirámides de Egipto un comentario de lo más preciso. En cambio, sobre el Tesoro de los Minias y sobre las murallas de Tirinto no han hecho la menor mención, aunque no son desde ningún punto de vista trabajos menos admirables.

(PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*, 9.36.4-5)

BIBLIOGRAFÍA

F. R. ADRADOS: «Más sobre el culto real en Pilos y la distribución de la tierra en época micénica», Emerita 29, 1961 pp. 53-116.

P. ALIN: *Das Ende der Mikenischen Fundstätten auf dem Griechischen Festland*, Lund, 1962.

T. W. ALLEN: *The Homeric Catalogue of Ships*, Oxford, 1921.

P. B. ANDREWS: «The falls of Troy in Greek tradition», *Greece and Rome*, 1965, páginas 28-37.

J. L. ÁNGEL: *Lerna*, 2. Princeton, 1971.

G. BECATTI: «Interrogativi sul Vaso dei Guerrieri di Micenne», *Studi in Onore di Luisa Banti*, Rome, 1965, pp. 33-46.

J. C. BERMEJO: *El Mundo Egeo en el II milenio*, Madrid, 1989.

E. L. BENNETT: «The landholders of Pylos», *Amer. Journ. Arch* 1956, pp. 103-133.
E. L. BENNETT & J. P. OLIVIER: *The Pylos Tablets Transcribed*, 1, Roma, 1973.
J. G. P. BEST, Y. YADIN: *The Arrival of the Greeks*, Amsterdam, 1973.
P. P. BETANCOURT: «The end of the Greek Bronze Age», *Antiquity*, 1976, páginas 40-47.
F. BIANCOFIORE: *Civiltà Micenea nell'Italia Meridionale*, Roma, 1967 (2).
C. W. BLEGEN: *Troy*, 3, Princeton, 1953.
–, *Troy*, 4, Pricenton, 1958.
–, *Troy and the Trojans*, Londres, 1963.
–, *The Palace of Nestor*, 1 Princeton, 1966.
–, *The Palace of Nestor*, 2, Princeton, 1973.
J. BOUZEK: *Homerisches Griechenland*, Praga, 1969.
K. BRANIGAN: *The Foundations of Palatial Crete*, Londres, 1970. –*The Tombs of Mesara*, Londres, 1970.
C. BRILLANTE: *La leggenda eroica e la civiltà micenea*, Roma, 1981.
A. R. BURN: *The world of Hesiod; a study of the Greek Middle Ages. c. 900-700 B. C.*, Nueva York, 1966[2].
CARLIER: *La royanté en Gréce avant Alexandre*, Estrasburgo, 1984.
R. CARPENTER: *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge, 1966.
–, *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge, 1966.
P. CARTLEDGE: *Sparta and Lakonia. A regional History. 1300-362 B. C.*, Londres, 1979.
J. N. COLDSTREAM: *Greek Geometric Pottery. A survey or ten local styles and their chronology*, Londres, 1968.
P. COURBIN: *Tombes geometriques d'Argos I, (1952-1958)*, París, 1974.
E. M. CRAIK: The Dorian Aegean, Londres, 1980.
J. CHADWICK: *El Mundo Micénico*, Madrid, 1977 (*The Mycenaean World*, Cambridge, 1976)
J. CHADWICK, J. T. KILLEN & J. P. OLIVIER: *The Knossos Tablets*, Cambridge, 1971 (4).
J. N. COLDSTREAM & G. L. HUXLEY: *Kythera*, Londres, 1972.
J. M. COOK: *The Troad*, Oxford, 1973.
L. COURTOIS: *Chariots and other means of Land Transport in Bronze Age Greece*, Copenhague, 1981.
L. DEROY: *Les Leveurs d'Impôts dans le Royaume Mycénien de Pylos*, Roma, 1968.
L. DEROY, MONIQUE GERARD: *Le Cadastre Mycénien de Pylos*, Roma, 1965.
V. R. d'A. DESBOROUCH: *The Last Mycenaeans and their Successors*, Oxford, 1964.
V. R. d'A. DESBOROUGH: *Protogeometric Pottery*, Oxford, 1952.
–, *The Greek Dark Ages*, Londres, 1972.
O. T. P. K. DICKINSON: *The Origins of Mycenaean Civilisation*, Göteborg, 1977. «Revieu of Mylonas, Grave Circle B», *Journ. Hell. Stud.* 1976, pp. 236-237.
B. C. DIETRICH: *The Origins of Mycenaean Civilisation*, Göthenburg, 1977.
–, *Tradition in Greek Religion*, Berlín-Nueva York, 1986.
B. C. DIETRICH: *Tradition in Greek Religion*, Berlín-Nueva York, 1986.
R. DREWS: *Basileus. The evidence for kingship in Geometric Greece*, New Haven-Londres, 1983.
R. DREWS: *Basileus. The evidence for kingship in Geometric Greece*, New Haven-Londres, 1983.
–, *The Coming of the Greeks*, Princeton, 1988.
H. VAN EFFENTERRE: *Les Egéens. Aux origines de la Gréce. Chypre, Cyclades, Crète et Mycènes*, París, 1986.

–, *La Vie Quotidienne en Grèce au Temps de la Guerre de Troie*, París, 1975.
–, *The Last Mycenaeen and their Successors, an Archaeological Survey, c 1200-c. 1000 B. C.*, Oxford, 1964.
M. I. FINLEY: *La Grecia Antigua. Economía y Sociedad*, Barcelona, 1984.
H. FRANKFORT: *Cylinder Seals*, Londres, 1939.
A. FURUMARK: *The Chronology of Mycenaean Pottery*, Estocolmo, 1972 (2)
M. GÉRAD-ROUSSEAU: *Les Mentions Religieuses dans les Tablettes Mycéniennes*, Roma, 1968.
E. GRUMACH: *The Coming of the Greeks*, Manchester, 1969.
E. GRUMACH: *The Coming of the Greeks*, Manchester, 1969.
–, «The Coming of the Greeks» *Bull. John Ryl. Libr. 1968-1969, páginas. 73-103 y 399-430*.
C. F. C. HAWKES: *The Prehistoric Foundations of Europe ot the Mycenaean Age*, Londres, 1940.
R. HESTRIN: *The Philistines and other Sea Peoples*, Jerusalén, 1970.
N. G. L. HAMMOND: *Migrations and Invasions in Greece and Adjacent Areas*, Park Ridge, (N. J.), 1976.
J. T. HOOKER: *Mycenaean Greece*, Londres, 1976.
G. L. HUXLEY: *Achaeans an Hitites*, Oxford, 1960.
–, *The Early Ionians*, Londres, 1966.
N. F. JONES: *Tribal Organization in Dorian Greece*, Berkeley, 1975.
T. A. KELLY: *A History of Argos to 500 B. C.*, Minneapolis, 1976.
R. LAFFINEUR, (ed.): *Thanatos. Les contumes funéraires en Egée à l'Age du Bronze* (Actes du Coloque de Liège), Lieja, 1987.
M. L. LANG: *The Palace of Nestor, 2*, Princeton, 1969.
M. LEJEUNE: «Les forgerons de Pylos» *Historia* 1961, pp. 409-434. –*Textes mycèniens rélatifs aux esclaves* Historia, 1959, pp. 129-144.
J A. A. LENCMAN: *Die Sklaverei im Mykenischen und Homerischen Griecheland*, Wiesbaden, 1966.
M. LINDGREN: *The People of Pylos*, Uppsala, 1973.
M. LITTAUER: *The Military use of Chariots in the Aegean in the Bronze Age Amer. Jouru. Archi.* 1972, pp. 145-157.
H. L. LORIMER: *Homer and the Monuments*, Londres, 1950.
G. MADDOLI, (ed.): *La civiltà micenea. Guida storica e critica*, Bari, 1981.
M. MARAZZI, (ed): *La sociedad micénica*, Madrid, 1982.
J. L. MELENA: *Troy and the Trojan War*, Brin Mawr, 1986.
R. S. MERRILLEES: *Trade and Transcendence in the Bronze Age Levant*, Gothenburg, 1974.
A. MORPUNGO DAVIES: *Mycenaeae Graecitatis Lexicon*, Roma, 1963.
I. MORRIS: *Burial and ancient society. The rise of the Greek city-state*, Cambridge, 1987.
O. MURRAY: *Early Greece*, Glasgow, 1980.
A. MUSTI (ed.): *Le origini dei Greci. Dori e Mondo Egeo*, Bari, 1986.
O. MUSTI, (ed.): *Le origini dei Greci, Dori e Mondo Egeo*, Bari, 1986.
–, *Acta of the Second International Colloquium of Aegean Prehistory: The First Arrival of Indo-European Elements in Greece*. Atenas, 1972
G. E. MYLONAS: *Ancient Mycenae*, Londres, 1957.
–, *Aghios Kosmas*, Princeton, 1959.
–, *Eleusis and the Eleusiniam Mysteries*, Princeton, 1966.
G. MYLONAS: *Mycenae and the Mycenaean Age*, Princeton, 1966.
A. NIBBI: *The Sea Peoples and Egypt*, Park Ridge, N. J., 1976.

M. P. NILSSON: *The Minoan-Mycenaean Religions Lund*, 1950[2].
D. L. PAGE: *History and the Homeric Iliad*, Berkeley/Los Ángeles, 1959.
L. R. PALMER: *Acheans and Indo-Europeans*, Oxford, 1955.
—, *Mycenaeans and Minoans*, Londres 1965.
—, *The Penultimate Palace of Knossos*, Roma, 1969.
J. D. S. PENDLEBURY: *The Archaeology of Crete*, Londres, 1939.
A. W. PERSSON: *The Religion of Greece in Phehistoric Times*, Berkeley/Los Ángeles, 1942.
N. PLATON: *La civilisation égéenne. 2. Le Bronze récent et la civilisation mycénienne*, París, 1981.
M. R. POPHAM: *The Destruction of the Palace at Knossos*, Gothenburg, 1970.
B. RUTKOWSKI: *Cult Places in the Aegean World*, Varsovia, 1972.
F. SCHACHERMEYR: *Poseidon und die Entsebung des Griechischen Götterglaubens*, Munich, 1950.
C. F. A. SCHAEFFER: *The sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean 1250-1150 B.C.*, Londres, 1978.
A. M. SNODGRASS: *Arms and Armour of the Greeks*, Londres, 1967.
—, *The Dark Age of Greece*, Edinburgh, 1971.
L. A. STELLA: *La Civiltà Micenea nei Documenti Contemporanei*, Roma, 1965.
F. STUBBINGS: «The Rise of Mycenaean Civilization», *The Cambridge Ancient History*, II, 1, Cambrige 1960, pp. 627-658.
C. G. STYRENIUS: *Submycenaean Studies*, Lund, 1967.
W. D. TAYLOUR: *The Mycenaeans*, Londres, 1964.
M. G. F. VENTRIS, J. CHADWICK: *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge, 1973[3].
E. T. VERMEULE: *Grecia en la Edad del Bronce*, Méjico, 1971 *(Greece in the Bronze Age)*, Chicago, 1964.
—, *The art of the Shaft Graves on Mycenae*, Cincinnati, 1975.
T. B. L. WEBSTER: *From Mycenae to Homen*, Londres, 1964.

SEGUNDA PARTE

LOS SIGLOS OSCUROS

M. P. NILSSON: *The Minoan-Mycenaean Religions Lund*, 1950[2].
D. L. PAGE: *History and the Homeric Iliad*, Berkeley/Los Ángeles, 1959.
L. R. PALMER: *Acheans and Indo-Europeans*, Oxford, 1955.
—, *Mycenaeans and Minoans*, Londres 1965.
—, *The Penultimate Palace of Knossos*, Roma, 1969.
J. D. S. PENDLEBURY: *The Archaeology of Crete*, Londres, 1939.
A. W. PERSSON: *The Religion of Greece in Phehistoric Times*, Berkeley/Los Ángeles, 1942.
N. PLATON: *La civilisation égéenne. 2. Le Bronze récent et la civilisation mycénienne*, París, 1981.
M. R. POPHAM: *The Destruction of the Palace at Knossos*, Gothenburg, 1970.
B. RUTKOWSKI: *Cult Places in the Aegean World*, Varsovia, 1972.
F. SCHACHERMEYR: *Poseidon und die Entsebung des Griechischen Götterglaubens*, Munich, 1950.
C. F. A. SCHAEFFER: *The sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean 1250-1150 B.C.*, Londres, 1978.
A. M. SNODGRASS: *Arms and Armour of the Greeks*, Londres, 1967.
—, *The Dark Age of Greece*, Edinburgh, 1971.
L. A. STELLA: *La Civiltà Micenea nei Documenti Contemporanei*, Roma, 1965.
F. STUBBINGS: «The Rise of Mycenaean Civilization», *The Cambridge Ancient History*, II, 1, Cambrige 1960, pp. 627-658.
C. G. STYRENIUS: *Submycenaean Studies*, Lund, 1967.
W. D. TAYLOUR: *The Mycenaeans*, Londres, 1964.
M. G. F. VENTRIS, J. CHADWICK: *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge, 1973[3].
E. T. VERMEULE: *Grecia en la Edad del Bronce*, Méjico, 1971 *(Greece in the Bronze Age)*, Chicago, 1964.
—, *The art of the Shaft Graves on Mycenae*, Cincinnati, 1975.
T. B. L. WEBSTER: *From Mycenae to Homen*, Londres, 1964.

SEGUNDA PARTE

LOS SIGLOS OSCUROS

CAPÍTULO I

MIGRACIONES POR LA GRECIA CONTINENTAL. HERACLIDAS Y DORIOS

Los movimientos migratorios que a buen seguro tuvieron lugar a finales de la Edad del Bronce por el área de dispersión de la cultura micénica resultan muy difíciles de rastrear a partir de los indicios arqueológicos, porque afectan a pueblos cuya cultura material no deja prácticamente huellas en ese registro, y los fenómenos de destrucción, seguidos o no de recocupación de los hábitats, se muestran equívocos y, en todo caso, muy poco elocuentes. En tal situación las leyendas perpetuadas en la tradición literaria que pueden relacionarse, aunque sea vagamente, con esos estratos históricos, no pueden dejar de atraer la atención del historiador. El de los dorios es un caso límite en este sentido, en la medida en que su importante presencia en el Peloponeso desde comienzos de la época histórica requiere una reconstrucción de su trayectoria inmediatamente anterior, que, como ya se ha dicho, no ha dejado huellas arqueológicas.

1. ANTECEDENTES DE LOS DORIOS

Los supuestos movimientos de los dorios durante el período Micénico, tal y como los esboza Heródoto (1.5b), podrían proceder de una fuente espartana, puesto que el poeta Tirteo maneja el dato de que los antepasados de los dorios espartanos procedían de Erineo, que es un asentamiento de la región llamada Dóride, en la Grecia central. Otros testimonios de las fuentes resultan concordantes con tal idea, aludiendo a un estadio anterior de esa migración, que sería el de la ocupación del área de la cadena del Pindo y la región del Epiro. Hay que establecer, no obstante, la precisión de que la genealogía Deucalión-Helén asignada a Doro, el epónimo de los dorios, no es específicamente doria, sino más bien una forma tópica en el conjunto de las tradiciones griegas de atribuir a un pueblo o a un linaje un origen remoto, puesto que Helén aparece como el antepasado de los griegos en general, y Deucalión es el protagonista de la leyenda griega sobre el origen de la humanidad que desarrolla el tema del Diluvio. Sin

dar lugar a grandes precisiones, esas tradiciones migratorias sugieren en todo caso un movimiento en dirección sur de poblaciones griegas establecidas en el norte de la península Balcánica, que podrían haber alcanzado los límites del área de dispersión de la civilización micénica en la fase de mayor esplendor de la misma, es decir, una generación antes de la guerra de Troya. De hecho, la Dóride se encontraba en esa zona limítrofe. Según todos los indicios, se trataba de pueblos pastores, familiarizados con un tipo de trashumancia que los hacía bajar en otoño desde las zonas más altas en busca de pastos, para recorrer el camino inverso en primavera. Durante una o varias generaciones la movilidad de los rebaños podía mantenerse dentro de unas áreas fijas, pero en cualquier momento, por variación de las condiciones climáticas, por presión de otros pueblos o en función de factores similares, podían buscar nuevos pastos; de suerte que su género de vida los hacía más proclives a la migración de lo que lo eran los pueblos de economía básicamente agrícola, más sedentarizados. Además, esos movimientos, si se producían por pequeños grupos y con un ritmo irregular, podían encontrar poca resistencia en las zonas penetradas. Hay que señalar también que los movimientos a que nos referimos, aunque hubieran llegado a alcanzar el Peloponeso en forma incluso significativa –el mítico combate de Hilo, hijo de Heracles en la tradición épica, con un oponente de la Arcadia podría reflejar un intento fallido en ese sentido– serían anteriores a la expansión masiva, por más que dilatada en el tiempo, de las gentes que sólo una vez instaladas en el Peloponeso en situación dominante, empiezan a llamarse dorias. Hoy en día el fenómeno de la dorización del Peloponeso, que es un hecho históricamente constatado, se vislumbra muy complejo y de larga duración; lo que se registra en la tradición legendaria como conquista y apropiación del territorio, que el historiador tiende a poner en consonancia con un vacío de poder y una evacuación importante de la población preexistente, podría haberse visto precedido por una prolongada presión de pequeños grupos, instalados en unas cotas cada vez más meridionales, en función de la inveterada tendencia de las poblaciones del norte a bajar hacia el sur.

2. HERACLIDAS

Insistimos en el hecho de que el pueblo de los dorios no debió de configurarse como tal hasta una época relativamente avanzada, de modo que sus anteriores movimientos pudieron aglutinar a elementos más o menos afines, e incluso a algún personaje o grupo procedente del área micénica. Desde esa perspectiva abierta sería preciso contemplar, en todo caso, el protagonismo de los llamados Heraclidas en la conquista del Peloponeso, que en su forma legendaria constituye un potencial bagaje de evidencia difícil de analizar. En términos lingüísticos y en la propia tradición heroica, los Heraclidas son los descendientes de un héroe, Heracles, que fue elevado por los dorios después a la categoría de su héroe nacional; pero ellos se consideraban aqueos y descendientes de Perseo, un mítico rey de Micenas. El propio Heracles tendría que haber heredado el trono de Micenas o de Tirinto, según la leyenda. Su conexión con los antepasados de los dorios parece haber sido históricamente secundaria, y nos referiremos a ella después, aunque su correcta ubicación dentro del área micénica, si en verdad procedían de la misma, plantea dificultades. Para quien considera el *catálogo de las naves* del canto segundo de la *Ilíada* como un mapa de la geografía micénica correspondiente a la época de la guerra de Troya, el hecho de que no haya ningún Heraclida entre los caudillos de los contingentes de ese área aquea, y el de que los únicos miembros del clan mencionados en la *Ilíada*, Tlepólemo y Tésalo, procedan de un modo u otro de la Tesprotia, indican que en esa época los Heraclidas vivían en el Epiro, en posible vecindad con los antepasados de los dorios. Ello no excluye, sin embargo, la posibilidad de que procedieran del Peloponeso y hubieran sido expulsados de allí por razón de rivalidades dinásticas, como quiere la leyenda. Tal eventualidad no tiene, en teoría, nada de inverosímil, aunque también es posible que esta leyenda haya sido inventada para otorgar a los Heraclidas un título de legitimidad en su dominio del Peloponeso.

De acuerdo siempre con su leyenda, los Heraclidas fugitivos de la Argólida habrían encontrado acogida en Atenas, para intentar después con el rey ateniense Teseo una acción contra Euristeo, rey de Micenas y de Tirinto, que los perseguía, la cual acabó con la vida de éste y con la de sus hijos. Penetraron los Heraclidas en el Peloponeso, comandados por Hilo, hijo de Heracles, y capturaron varias ciudades, pero, habiendo aparecido una plaga, tuvieron que retirarse, porque el oráculo délfico les reveló que su acción era prematura, y que debían esperar hasta la «tercera cosecha». En la idea de que la espera sugerida era de tres años, lo volvieron a intentar después de ese plazo, pero Hilo fue muerto en combate singular por el rey de la Arcadia, y los invasores se replegaron de nuevo, con la excepción de Licimnio y Tlepólemo, a los que se habría permitido establecerse en Argos. La «tercera cosecha» significaba en realidad la «tercera generación» de Heraclidas, que fueron los que años después conquistaron, en efecto, el Peloponeso.

Tucídides (1.12) recoge, asimismo, la tradición de que la llamada antes Cadmeide, donde se asentaba la ciudad de Tebas, que, según leyenda, habrían destruido los Epígonos de los Siete, tomó el nombre de Beocia, cuando se asentaron en ella los beocios, expulsados de su primitivo solar por los tesalios; sitúa la gran migración sesenta años después de la toma de Troya, pero puntualiza, acaso influido por el *catálogo de las naves*, que antes de esa guerra se había producido un corrimiento de beocios hacia esa región. No podemos establecer, por supuesto, la historicidad de tales movimientos anteriores a la guerra de Troya, pero unos u otros, o bien ambos, podrían haber sido la causa de que se construyera un muro que fortificaba el istmo de Corinto, datable en la última parte del Heládico Reciente IIIb, es decir, poco antes de la guerra de Troya.

3. NÚCLEO PROTODÓRICO

Si es verdad que los dorios no merecen tal calificativo, en términos del gran grupo étnico que conocemos en la época histórica, hasta su implantación masiva en el Peloponeso, el etnónimo en cuestión ofrece unas raíces más antiguas. La tradición menciona a un personaje, Doro, que puede ser un héroe epónimo creado a posteriori, porque en verdad carece de leyenda. Lo importante es que un tal Egimio, al que se hace hijo suyo, aparece como rey de las regiones llamadas Hestiótide y Dóride; amenazado por los lapitas, que vivían cerca, habría llamado en su ayuda al héroe Heracles, prometiéndole como pago un tercio de su reino.

El relato añade que Heracles, después de su victoria, no cobró inmediatamente el servicio prestado sino que lo hicieron sus descendientes, esos Heraclidas fugitivos que habrían vivido así en la Dóride antes de recuperar con creces el reino supuestamente perdido en el Peloponeso. Y se puede poner en relación con esta leyenda el hecho de que los orios estuvieran divididos en tres tribus, la de los hileos, cuyo nombre se vincula al del hijo de Heracles, Hilo, adoptado como propio por Egimio, la de los dimanes y la de los pánfilos. A su vez, la estructura tripartita de esos primitivos dorios, con los que se habrían integrado los Heraclidas, parece revelar su antigüedad en el hecho de que la colonización de Rodas atribuida al Heraclida Tlepólemo hubiera sido llevada a cabo, en palabras homéricas, «de modo triple, por tribus».

También el grupo humano con el que se relaciona el héroe Aquiles, caudillo procedente de la Ftiótide, según la *Ilíada*, se ha considerado con buenos argumentos como un posible integrante de ese núcleo protodórico que acabaron por comandar eficazmente los Heraclidas, según la leyenda, en su ofensiva contra el Peloponeso. Los propios Heraclidas deben de haber crecido considerablemente en número a lo largo de esas generaciones, al sumarse a la línea genuina otras colaterales, atribuidas a las uniones del héroe con numerosas mujeres. De esa forma se pudo constituir un verdadero clan, en gran medida aglutinante, integrado por los elementos dirigentes del núcleo protodórico.

4. MOVIMIENTOS DE TESALIOS, BEOCIOS Y DORIOS

El caso es que entre la guerra de Troya y la gran expansión por el Peloponeso podemos ubicar un cambio importante en el mosaico étnico de la Grecia central. Los tesalios, conducidos, a lo que parece, por una familia de Heraclidas, pasan desde la Tesprótide hasta la región que en adelante se llamará Tesalia; a su vez, los beocios, que tienen una relación especial con los posteriores espartanos, ocupan la Beocia histórica, dividiendo entonces posiblemente a los locrios en los dos grupos que ocupan las posteriores lócrides, dado que en la geografía homérica estos últimos sólo parecen encontrarse en la zona oriental; y, en fin, otros grupos menores sufren también desplazamientos que no vamos a detallar aquí.

Finalmente, los dorios, dirigidos por Heraclidas, y llevando consigo, según se dice, a muchas gentes de Etolia, se dirigen a su objetivo ancestral, la Argólida, pero no lo hacen por el istmo, sin duda porque esperaban encontrar por ahí una mayor resistencia. Se embarcan en Naupacto y cruzan el golfo de Corinto, enfilando una ruta a través del territorio de los arcadios, quienes les facilitan el paso, porque uno de los Heraclidas se había desposado con la hija del rey de esa región. La referencia que conservamos de esa primera operación es muy sucinta, de modo que no sabemos cómo se organizó ni cómo se llevó a cabo. Lo que sí parece claro es que tuvo éxito, y que el trasvase hacia el Peloponeso de gentes de la misma procedencia se prolongó durante un tiempo. Las áreas que pasan a control dorio son básicamente tres: la Argólida, Mesenia y Laconia. Pero muy pronto se ocupan las islas de Melos y Tera, que constituyen un puente entre el Peloponeso y la Dóride minorasiática, donde parece haber existido ya una colonización dirigida por Heraclidas alguna generación antes; la isla de Creta se integra asimismo en ese movimiento de expansión.

5. IMPLANTACIÓN DE LOS DORIOS EN EL PELOPONESO

El modelo de los tres reyes que aparece en la herencia de Egimio, supuestamente repartida entre sus dos hijos naturales, Pánfilo y Dimante, y el adoptivo Hilo, que es el Heraclida, se vuelve a encontrar en la generación que conquista el Peloponeso; y ello refuerza la hipótesis de su relación estructural con las tres tribus dorias, sugerida en todo caso por la tradición que adecúa los nombres de las tribus a las de los hijos de Egimio. Esas tres figuras vuelven a aparecer como tres hermanos –Témeno, Cresfontes y Aristodamo–, hijos del Heraclida Aristómaco, que había muerto en un anterior intento de conquistar el Peloponeso. Aristómaco era nieto de Hilo, de modo que sus hijos eran descendientes por vía natural de Heracles, y, por la adoptiva, de Egimio, perpetuando así la integración de los Heraclidas con la Dóride que se había llevado a cabo con anterioridad. Los ahora nacientes dorios conservarán en adelante a los Heraclidas como un clan selecto, cuyo prestigio se refuerza por la importancia que adquiere entre ellos Heracles en su condición de héroe nacional.

De acuerdo con la leyenda, esos tres Heraclidas, que aparecen como jefes militares de la expedición de conquista, y el último de los cuales, Aristodamo, se ve muy pronto sucedido en sus derechos, a causa de su muerte, por los gemelos Eurístenes y Procles, se adjudican por sorteo las grandes regiones del Peloponeso que constituyen el primer objetivo inmediato de la ocupación: la Argólida corresponde a Témeno, Mesenia a Cresfontes y Laconia a los gemelos, a la sazón representados por su tío materno Teras, subsiguiente colonizador de la isla de Tera. Se ha sugerido que tal reparto pudo tener lugar a raíz del primer éxito de la invasión, es decir, cuando se veía abierta la posibilidad de una ocupación a gran escala, lo que obligaría a establecer a la vez una estrategia militar frente a la resistencia y un modelo de asentamiento. Entonces se habría decidido que las tres tribus no constituyeran reinos separados sino que se instalaran conjuntamente en cada una de las zonas ocupadas, manteniendo así el modelo primitivo de integración tribal, que habría contribuido a la homogeneidad del conjunto llamado *dorio*.

Por lo demás, la consolidación del dominio político sobre esas grandes áreas de tradición micénica puede haber sido larga y conflictiva, produciéndose el relevo poblacional que se aprecia a grandes rasgos por tres vías simultáneas: la del exterminio, la de la integración bajo condiciones diversas y la de la huida del estrato anterior. Parece que los dorios fueron expulsados de Mesenia, después de haber llegado a alguna forma de reparto del territorio con la población allí existente, y que la región sólo llegó a integrarse del todo en la órbita doria cuando la conquistaron más tarde los espartanos. En Laconia el poblamiento de Lacedemonia podría haberse beneficiado de un área a la sazón evacuada, tal y como sugieren los datos arqueológicos, pero la conquista de Amiclas, un poco más al sur, se presenta como difícil y sólo lograda con ayuda de los beocios; la expansión espartana por toda Laconia parece haber llevado tiempo y haber deparado una suerte muy desigual a la población anterior: unos pocos habrían accedido al status superior de los espartanos; otros, quedado en condición de siervos –los ilotas– y otros, mantenido una condición intermedia –los periecos–. En cuanto a la Argólida, se muestra como la región controlada más pronto, desde la cual se ocuparon áreas periféricas. Se registran, en efecto, fundaciones dorias en Sición,

Epidauro, Trecén y la isla de Egina. También se dorizó la Corintíade, aunque, según se dice, por iniciativa de una familia de Heraclidas que no era del linaje de Témeno, lo que habría justificado su subsiguiente oposición frente a los argivos. El control del istmo y la necesaria conexión con las poblaciones amigas de la Grecia central fueron logrados, en fin, con la ocupación de la Megáride. Este último movimiento dorio, que habría implicado a elementos procedentes de diversas regiones ya ocupadas, habría fracasado en un intento de conquistar el Ática, pero se habría proyectado hacia Creta y la Dóride oriental –Rodas y la costa de enfrente– consolidando definitivamente su dorización.

6. ÁREAS NO DORIAS

La Arcadia, en el Peloponeso, y Chipre, en el Mediterráneo oriental, se libraron de la ocupación doria. También la Elide, en el noroeste del Peloponeso conservó un carácter peculiar. Según la tradición, no había sido ocupada por los Heraclidas, porque éstos se la dejaron a Oxilo, el etolio que los había ayudado a cruzar el golfo de Corinto y los había conducido por una ruta segura dentro ya del Peloponeso, el cual se habría establecido después como rey en la Elide, con sus propias gentes; el dialecto de la región tiene en época histórica muchos rasgos eolios, que presuponen una pervivencia de la población anterior. Finalmente la Acaya, en el norte del Peloponeso, que en ese momento parece haber estado ocupada por jonios, recibió a los fugitivos de la resistencia frente al empuje dorio comandada en la Argólida y el norte de Laconia por Tisámeno, hijo de Orestes y nieto, por tanto, de Agamenón. Con el tiempo el influjo dorio sobre la región tendió a aumentar, pero siempre constituyó una zona marginal de esa cultura.

El balance final de todos esos movimientos migratorios iniciados verosímilmente en época todavía micénica intensificados en el tránsito a la Edad Oscura y consolidados en este último período, se puede establecer también en relación con la Grecia central y con el área colonizada en Oriente, a la luz de los datos de la época histórica, pero la dinámica del proceso es, en general, menos reconstruible que en el caso de las áreas finalmente dorias. Ya se ha dicho que Tesalia fue ocupada por un grupo procedente del oeste y comandado por un Heraclida, aunque la parte oriental de la región parece haberse visto menos afectada y haber conservado mejor su población anterior, a juzgar por los indicios de tipo lingüístico; esa invasión debida a elementos de los que hemos llamado protodorios, podría haber sido la causante de la existencia en Tesalia de una población servil, sobre la que no sabemos casi nada, pero que tenía una situación semejante a la de los ilotas espartanos y a otras poblaciones más o menos afines de la órbita doria. La sustitución de los nueve reinos que presenta allí el *catálogo de las naves* por los cuatro cantones históricos, coordinados por el poder centralizante del magistrado llamado *tagós*, se atribuye también a la conquista del territorio por los tésalos. En Beocia la situación se muestra menos unificada, debido sin duda a la dificultad en las comunicaciones y a la polarización regional que propiciaba el lago Copais. Acabaron por lograr los beocios una cierta unidad política, que llegaba hasta las fronteras del Ática y que tenía a Tebas como la ciudad más importante, pero no se extinguieron nunca las tendencias separatistas de Orcómeno, en el norte, que posiblemente era un reducto de población anterior a la

invasión de los beocios. En cuanto al Ática, la tradición la presenta como una zona no invadida, porque los beocios habrían sido derrotados en sus intentos expansionistas por el héroe Melanto, y, una generación después, los dorios procedentes del Peloponeso tampoco lograron, como se ha dicho, su conquista. Esos datos crearon entre la población del Ática, integrante del Estado clásico ateniense, el mito de su autoctonía, que no tiene ninguna validez histórica, ni siquiera en los términos restringidos en que se podría asumir. Precisamente la capacidad del Ática para ofrecer resistencia a esos dos intentos de invasión parece deberse al hecho de que había recibido aportaciones masivas de refugiados procedentes de las áreas micénicas atacadas. El transplante hasta allí de los jonios –o de los llamados después jonios–, que procedían de la Acaya, parece un hecho probado, y, en todo caso, el aumento de su densidad de población en la fase de mayor intensidad de las migraciones por el continente da razón de su capacidad colonizadora de la costa minorasiática. Incluso la existencia en su territorio de los *hectémoros*, especie de agricultores sometidos a un régimen de dependencia personal, se ha interpretado hipotéticamente como la reliquia histórica de una superposición conflictiva de grupos de población. En fin, la unificación política del Ática, que no se logró hasta los comienzos de la época histórica, no consiguió borrar del todo los rasgos diferenciadores de las zonas que integraban el Estado, verosímilmente relacionables con la componente heterogénea de su población.

DOCUMENTOS

1. LA ARCHAIOLOGÍA DE TUCÍDIDES

1a. Parece, en efecto, que la ahora llamada Hélade no estaba antiguamente habitada de un modo estable, sino que al principio había migraciones y todos abandonaban fácilmente sus lugares de residencia, forzados siempre por algunos más numerosos. No existiendo el comercio y no pudiéndose relacionar unos con otros sin temor, ni por tierra ni por mar; administrando cada uno lo suyo justo para sobrevivir, sin reservas de riquezas y sin plantar la tierra, porque no se sabía cuándo llegaría algún otro y, por falta de fortificaciones, se lo llevaría todo; considerando, en fin, que en cualquier sitio podían hacerse con el necesario alimento cotidiano, se mudaban sin resistencia, y por ello no se hacían fuertes ni en el tamaño de las ciudades ni en ningún otro recurso material.

Eran sobre todo las mejores tierras las que experimentaban cambios continuos de habitantes: la ahora llamada Tesalia y Beocia, y la mayor parte del Peloponeso, excepto la Arcadia, y, de lo demás, todo lo mejor. Al aumentar la fuerza de algunos a causa de la buena calidad de sus tierras, surgían enfrentamientos internos, a consecuencia de los cuales se debilitaban al máximo, y a la vez sufrían más que otros las asechanzas de los pueblos de fuera.

Un ejemplo no pequeño de la idea de que los demás no han crecido igualmente a causa de las migraciones es el siguiente: los fugitivos del resto de la Hélade,

por razón de guerra o de enfrentamiento interno, venían los más fuertes de entre ellos, con los atenienses, en la idea de que era un lugar seguro, y, convirtiéndose en ciudadanos enseguida, fueron haciendo desde antiguo más y más grande la ciudad en número de hombres, hasta el punto de que después se enviaron colonias a Jonia porque no era ya suficiente el Ática. (TUCÍDIDES 1.2)

1b. Los antiguos griegos, y de entre los bárbaros los que habitaban en las zonas costeras del continente y en islas, cuando empezaron con las naves a tratar de tomar contacto unos con otros, se inclinaron hacia la piratería, conducidos por hombres que no eran de los menos poderosos y que buscaban su propia ganancia, y alimento para los humildes. Cayendo sobre las comunidades sin murallas, que vivían en pequeñas aldeas, las despojaban y obtenían por esa vía la mayor parte de la subsistencia, no resultando aún vergonzoso ese proceder, sino, al contrario, aportando un tanto más de fama *(dóxe)*. Ponen eso de manifiesto aún hoy algunos pueblos del continente, para los cuales es un honor *(kósmos)* el hacerlo bien; y también los poetas antiguos, que por todas partes preguntan a los que desembarcan si son piratas, en la idea de que ni los que son preguntados consideran indigno el hecho ni los que tratan de averiguar van a echárselo en cara. Y también se robaban unos a otros por las tierras interiores. Hasta el día de hoy gran parte de la Hélade se rige por la costumbre antigua –por donde habitan los Locrios Ozolios, los Etolios, los Acarnanios– y por las regiones continentales de esa parte; la costumbre de llevar armas ha permanecido entre esas gentes del continente desde la antigua piratería. (TUCÍDIDES 1.5)

1c. También después de la guerra de Troya la Hélade registraba aún migraciones y asentamientos nuevos, de suerte que no podía crecer tranquila: porque el regreso de los griegos desde Troya, como se produjo después de un tiempo, resultó muy conflictivo, y, en general, hubo en las ciudades luchas internas, a consecuencia de las cuales tuvieron que salir algunos y fundaron ciudades. Los beocios de ahora, en efecto, marchándose de Arne sesenta años después de la conquista de Troya por causa de los tesalios, ocuparon la Beocia actual, antes llamada Cadmeida (había ya antes en esa tierra una inmigración de esas gentes, algunas de las cuales se integraron en la expedición hacia Troya); y los dorios, ochenta años después de esa fecha, se hicieron dueños del Peloponeso en compañía de los Heraclidas. Con muchas dificultades y después de un largo tiempo de tranquilidad, cuando se encontraba segura y ya no había migraciones, envió colonias, y los atenienses ocuparon las tierras jonias y la mayoría de las insulares, los peloponesios la mayor parte de Italia y de Sicilia, así como algunos lugares del resto de Grecia. (TUCÍDIDES 1.12)

2. MOVIMIENTOS DE LOS DORIOS

El uno (el pueblo de los atenienses) no ha emigrado jamás, mientras que el otro (el pueblo de los Lacedemonios, entiéndase aquí los dorios) ha andado errante con mucha frecuencia. Pues en tiempos del rey Deucalión habitaba la Ftiótide (en Grecia central), y en tiempos de Doro, el hijo de Helén, el territorio situado al pie del Osa y del Olimpo, la llamada Hestiótide; y, cuando fue expulsado de la Hestiótide por los cadmeos, habitó en el Pindo, con el nombre de Macedno; y de allí, a su vez, se fue a la Dríopide, y así, desde la Dríopide fue al Peloponeso y tomó el nombre de Dorio.

(HERÓDOTO 1.56)

3. POSIBLES CONTINGENTES DORIOS EN LA GUERRA DE TROYA

Tlepólemo, descendiente de Heracles, valiente y grande, desde Rodas conducía nueve naves de arrogantes rodios, que habitaban Rodas organizados en tres grupos, el de Lindo, el de Yáliso y el de la blanca Camiro. Los comandaba Tlepólemo, famoso por su lanza, a quien había engendrado Astioquea con Heracles, que se la había llevado de Efira, junto al río Seleente, después de haber saqueado muchas ciudades de hombres vigorosos, vástagos de Zeus. Tlepólemo, cuando hubo crecido en el bien construido palacio, dio muerte al tío materno de su padre, Licimnio, vástago de Ares, que ya era viejo. Enseguida construyó barcos y, habiendo reunido un grupo numeroso de gente, se embarcó como fugitivo, porque lo amenazaban los demás hijos y nietos de Heracles. Y llegó a Rodas errante, pasando calamidades; se establecieron en tres grupos por tribus *(kataphyladón)* y fueron amados por Zeus, que reina sobre los dioses y los hombres, y abundante riqueza derramó sobre ellos el hijo de Crono.

A su vez, Nireo de Sime (pequeña isla entre Rodas y Cnido) conducía tres naves bien equilibradas; Nireo, hijo de Aglaye y del rey Cáropo; Nireo, el más bello llegado a Ilión de todos los Dánaos después del irreprochable hijo de Peleo, aunque no tenía fuerzas, y lo acompañaba un contingente poco numeroso.

Los que poseían Nisiros, Crápatos (Cárpatos), Casos (son las Espórades meridionales cercanas a la isla de Cos), Cos, ciudad de Eurípilo, y las islas Calidnas eran conducidos por Fidipo y Antifo, dos hijos del rey Tésalo, descendiente de Heracles; llenaban treinta cóncavas naves.

(*Ilíada* 2.653-680)

BIBLIOGRAFÍA

A. BARTONEK: «The Place of the Dorians in the Late Helladic World», en CROSSLAND-BIRCHALL (eds.), *Bronze Age Migrations in the Aegean*, Park Ridge, 1974.

C. BRILLANTE: «L'invasione dorica oggi», *Quad. Urbin. Cult. Class. 1984, pp. 173-185.*

O. BRONEER: «The Cyclopean Wall on the Isthmus of Corinth», *Hesperia*, 1966, pp. 355-65.

P. CARTLEDGE: *Sparta and Lakonia: A Regional History 1300-362 a.C.* Londres, 1979.

J. CHADWICK: «Who were the Dorians?», *Par. Pass.* 1976, pp. 103-117.

V. R. d'A. DESBOROUGH: *The Last Mycenaeans and their Successors*, Oxford, 1964.

— *The Greek Dark Ages*, Londres, 1972.

GIOVANNINI, A: *Etude historique sur l'origine du catalogue des vaisseaux*, Berna, 1969.

E. M. GRAIK: *The Dorian Aegean*, Londres, 1980.

N. G. L. HAMMOND: «The End of Mycenaean Civilization and the Dark Age: the Literay Tradition for the Migrations», *The Cambridge Ancient History*, II, 2. Cambridge 1975, pp. 678-712.

N. G. L. HAMMOND: «The End of Mycenaean Civilization and the Dark Age: the Literay Tradition for the Migrations», *The Cambridge Ancient History*, II, 2, Cambridge 1975, pp. 678-712.
—, *Migrations and Invasions in Greece and Adjacent Areas*, Park Ridge, 1976.
—, *Epirus*, Oxford, 1967.
J. T. HOOKER: «New Reflexions on the Dorian Invasion», *Klio*, 1979, pp. 353-360.
R. S. HOPE, SIMPSON, J. F. LAZENBY: *The Catalogue of the Ships in Homer's Iliad*, Oxford, 1970.
N. F. JONES: *Tribal Organization in Dorian Greece*, Berkeley, 1975.
A. LOZANO: *La Edad Oscura*, Madrid, 1988.
O. MUSTI (ed.): *Le origini dei Greci. Dori e Mondo Egeo*
T. C. SKEAT: *The Dorians in Archaeology*, Londres, 1934.
A. M. SNODGRASS: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.
P. G. SOESBERGEN: «The Coming of the Dorians», *Kadmos*, 1981, pp. 38-51.
R. A. TOMLINSON: *Argos and the Argolid*, Londres, 1972.
F. VIAN: *Doriens et Ioniens*, París, 1956.
—, *Les origines de Thèbes: Cadmos et les Spartes*, París, 1963.
P. WATHELET: «L'origine du nom des Hellènes et son dévelopment dans la tradition Homérique», *Et. Class.* 1975, pp. 122.
E. WILL: *Doriens et Ioniens*, París, 1956.
R. F. WILLETTS: *Aristocratic Society in Ancient Crete*, Londres, 1955.
—, *Cretan Cults and Festivals*, Londres 1962.
—, *Ancient Crete: A Social History*, Londres-Toronto, 1974.

CAPÍTULO II

MIGRACIONES A LA COSTA DE ASIA MENOR Y LAS ISLAS ORIENTALES DEL EGEO

1. CONSIDERACIONES GENERALES

En la llamada Edad Oscura, aunque con un probable arranque en el HR IIIc, se produce una importante migración de griegos desde la península Balcánica a través del Egeo, en busca de nuevas tierras, donde llevan a cabo numerosos asentamientos. Algunos historiadores llaman a este movimiento Primera Colonización, una denominación no demasiado acertada, porque son muchas las diferencias cualitativas que separan ese fenómeno de la verdadera colonización griega, que es la de la época Arcaica. En el caso de la Edad Oscura no se trata de empresas organizadas por una metrópoli, entre otras cosas porque no existían aún ciudades que pudieran tener tal condición, sino de grupos de emigrantes que de un modo espontáneo abandonan sus antiguos solares, con los que pierden ya todo contacto, y buscan otros nuevos en ultramar. Aunque no podemos establecer con certeza el motivo de estos desplazamientos poblacionales, hay que descartar en principio el comercio, y también la escasez de tierras en términos absolutos, puesto que coinciden con una evidente despoblación del territorio peninsular. Se ha pensado, por tanto, en factores climáticos adversos y en la presión de pueblos más fuertes como causas de esas migraciones. Y también se diferencia esta colonización de la posterior en el hecho de que no consiste en el trasplante de un modelo cultural que reproduce en otras tierras el de la patria de origen; en este caso los emigrantes son ellos mismos los creadores de la cultura en que vivirán en la época histórica sus comunidades. Naturalmente llevaban consigo sus tradiciones, sus recuerdos y sus costumbres, pero habían vivido en la fase subsiguiente a la disolución de los centros micénicos en que, según todos los indicios, se había llegado a niveles culturales más bajos y primitivos; de modo que fueron muchas las cosas que tuvieron que crear de nuevo: desarrollaron un nuevo tipo de civilización urbana, y, desde luego, nuevas instituciones y nuevas formas de pensamiento.

La primera fase de esas ciudades, la que corresponde a la Edad Oscura, es casi por completo desconocida, porque carece de fuentes escritas contemporáneas, y las arqueológicas son pobres, y, por lo general, bastante problemáticas. Para empezar, la primitiva organización política y social de los asentamientos es una laguna total en nuestro conocimiento. En cuanto a las circunstancias que rodearon en cada caso el hecho concreto de la migración y el sucesivo poblamiento, se nos muestran ilustradas por leyendas diversas, con nombres de personajes, pero esos relatos no merecen la confianza de los historiadores, ya que no es posible distinguir en ellos con certeza entre unos recuerdos genuinos, que hubieron de ser transmitidos durante largo tiempo por vía oral, y las eventuales manipulaciones y reelaboraciones de los mismos en función de los sentimientos y los intereses de épocas posteriores. Los datos relativos al lugar de origen de los grupos de emigrantes y a la filiación de quienes los conducían, que son los que más podrían interesarnos a efectos de reconstruir la migración, resultan precisamente los más susceptibles de haber sido alterados. Finalmente, la consideración lingüística en términos de variantes dialectales ayuda, en principio, a establecer a grandes rasgos el origen de las comunidades fundadoras, pero nuestra documentación en ese sentido corresponde a la época histórica, y sabemos que, antes de producirse la consolidación definitiva de las nuevas ciudades hubo importantes cambios, tanto en el componente poblacional como en los propios lugares de asentamiento. Estas migraciones, en suma, constituyen uno de los aspectos de la Edad Oscura que justifican el nombre dado al período.

Considerando como un conjunto la costa minorasiática y las islas adyacentes, el área colonizada se distribuye en tres regiones, de norte a sur: la Eólide, la Jonia y la Dóride. El grueso de la información sobre ese área corresponde a la época histórica, en que se habían producido importantes modificaciones en la distribución de las regiones, por lo que se hace muy difícil reconstruir la situación original.

2. EÓLIDE

La *Eólide* es la región peor documentada, difícil de distinguir de la Jonia, aunque la gran isla de Lesbos es claramente eolia; siguió siéndolo después, cuando se convierten en dominantes las dos importantes ciudades de Mitilene, en el sector oriental, y Metimna, en el occidental. El problema es que no se puede distinguir allí con claridad la migración de la Edad Oscura propiamente dicha, porque parece que se vio precedida por algún otro asentamiento griego, tal vez eolio, ya que se registran huellas arqueológicas de continuidad a finales de la Edad del Bronce. En todo caso, podría deducirse una homogeneidad étnica del hecho de que las ciudades de la isla tuvieran un santuario común, con los altares de Zeus *Antiaos*, el la diosa Eolia (quizá Hera) y Dioniso *Omestés*. Además, en época histórica el dialecto de Lesbos tiene una gran semejanza con los de Tesalia y Beocia, y los propios eolios de Lesbos reconocían su parentesco con los beocios, de modo que los inmigrantes de la Edad Oscura pueden haber venido de allí. En cuanto a la costa minorasiática, Heródoto menciona una Dodecápolis eolia (1149-151), es decir un grupo de doce ciudades que corresponden al área comprendida entre la llanura del río *Kaikos* y el golfo de Esmirna; las excavaciones realizadas en la

ciudad de este nombre permiten, por la cerámica, datar en el año 1000 a.C. aproximadamente un asentamiento presumiblemente eolio, si bien revelan que antes del siglo VIII la ciudad se había vuelto jonia, tal y como señala Heródoto. Es razonable atribuir esa misma fecha a los otros once asentamientos, si en verdad habían formado una dodecápolis. Algunas de esas ciudades han podido ser localizadas, pero las excavaciones son escasas, y se puede decir que en conjunto la Eólide es una región mal estudiada, con muchas dificultades a la hora de diferenciar su cultura material de la del reino de Frigia, en el que queda englobada.

El asentamiento griego primitivo mejor conocido arqueológicamente es el de Esmirna, que tuvo enormes murallas erigidas en el siglo IX y reformadas en el VIII. De las demás, la más importante parece haber sido Cime, desde donde emigró a Beocia el padre del poeta Hesíodo y que sería después la patria del gran historiador Eforo. La tradición atribuía su fundación a emigrantes de la Lócride, en la Grecia central. En general estas ciudades eolias costeras no muestran una proyección comercial hacia el interior; el área urbana se estableció en pequeñas penínsulas o en colinas próximas a la orilla del mar, viviendo de la explotación agropecuaria de un pequeño territorio adyacente, que desde luego era fértil. No llegaron a tener un desarrollo significativo ni económica ni culturalmente.

3. JONIA

La *Jonia* es, por el contrario, la región señera de Asia Menor. En la época histórica constituía una especie de liga, la Paniónica, integrada por doce ciudades, dos de las cuales, Samos y Quíos, eran insulares. Algunas de ellas perpetuaban asentamientos de época micénica. Frente a la isla de Quíos estaban Focea, a la entrada del golfo de Esmirna, y Clazómenas, en su parte interior, cerca de la propia Esmirna; finalmente, Eritras, la más próxima a la isla, se asentaba en la fértil península que forma el monte Mimante. Un poco más al sur el valle del Halis albergaba a Lébedo y Teos en la costa, y a Colofón, en el interior. Luego estaba Éfeso, cerca de la desembocadura del Caistro. Por último, el grupo más meridional, frente a Samos, lo integraban, en el valle del Meandro, que desemboca en el golfo Milesio, Priene, Miunte y Mileto.

Los testimonios literarios (Heródoto 1.145; Estrabón 14.1.2-3) muestran que en la época histórica la migración jonia se consideraba como una empresa organizada en Atenas, en la que habrían participado refugiados procedentes de otras regiones, entre ellas la Pilia, del Peloponeso. El linaje del rey ateniense Codro es el que protagoniza la colonización, con una rivalidad manifiesta entre Mileto y Éfeso por el liderazgo de toda la Jonia. A su vez, a esos jonios que aparecían como el núcleo colonizador y como una estirpe clara y distinta, se les hacía proceder del norte del Peloponeso, aunque Codro era de origen mesenio, pues su padre había emigrado desde allí a Atenas y había conseguido suceder a la dinastía real de Teseo, mientras que Mileto habría sido fundada por el propio Neleo, antepasado de Codro. En fin, los jonios tenían como héroe epónimo a Ión, hijo de un fugitivo de Tesalia, que habría emigrado primero a Atenas y luego a Acaya, en el Peloponeso septentrional.

Las leyendas relativas a estos personajes y a la formación de la estirpe jonia presentan numerosas variantes que en parte se excluyen y en parte se comple-

mentan, pero que muestran en todo caso una falta de fiabilidad en los detalles. Del conjunto se desprende la idea de que en la colonización de la Jonia participaron gentes diversas de la Grecia central y el Peloponeso, aunque resulta muy difícil distinguir entre diacronía y sincronía en estas migraciones. Es bastante probable que el nombre de jonios proceda de la propia Asia Menor, y, por lo que respecta al protagonismo ateniense en la empresa colonizadora, constituye para algunos historiadores un mito inventado en la época en que Atenas asumió el liderazgo de la Jonia frente a los persas. Para otros, en cambio, la uniformidad que se aprecia en el territorio en muchos aspectos culturales, comunes, por otra parte, al ámbito de Atenas –así los nombres de las cuatro tribus en que estaba distribuida la población, las fiestas Apaturias, el culto eleusino de Deméter, etc. –implican una organización ateniense de la empresa, sin negar por ello, desde luego, la participación en la misma de beocios, aqueos o pilios.

Sin embargo, la aceptación de esa idea no permite resolver los numerosos problemas que plantea la migración jonia. La diacronía de ese proceso es, insistimos, totalmente desconocida por falta de testimonios adecuados; los hallazgos cerámicos permiten todo lo más apuntar el año 1000 a.C. como fecha posible del comienzo de los asentamientos. Estas primeras manifestaciones se encuentran en varias de las ciudades de la Dodecápolis, pero también en otros solares que no corresponden a ellas, de modo que no es posible establecer cuándo se constituyó la anfictionía, es decir, si corresponde al poblamiento inicial o bien surgió más tarde, como un proceso aglutinante históricamente secundario. Los antecedentes de colonización en la zona también son difíciles de relacionar con esta migración. Sabemos que minoicos y micénicos habían tomado posiciones en ella, lo que se hace particularmente evidente en el caso de Mileto. Pero la cuestión a dilucidar es si la ocupación registra una continuidad poblacional y cultural que permitiera retrotraer la llamada colonización jonia hasta el siglo XIV a.C., o bien el s. X a.C. marca el inicio de nuevos asentamientos. El panorama arqueológico no resuelve la cuestión, y cabe, además, conjeturar un corte progresivo de los movimientos micénicos ultramarinos de tipo comercial en el Heládico Reciente IIIc. En fin, el hecho de que los *poemas homéricos* mencionen Mileto como única ciudad de Asia Menor y la identifiquen como caria, unido a la tradición de que los jonios empujaron tierra adentro a los carios para establecer sus propias ciudades, invita a suponer que la presencia micénica en la Jonia, cualquiera que haya sido, tuvo una discontinuidad con respecto a la migración jonia propiamente dicha.

4. DÓRIDE

La *Dóride*, la región más meridional del Asia Menor griega, acusa también una significativa presencia caria. Los griegos dorios tenían dos ciudades continentales: Cnido, en la lengua de tierra que avanza hacia la isla de Cos (cabo Triopio) y Halicarnaso, en la pequeña península situada un poco más al norte; en la entrada de la bahía estaba la isla de Cos, cuya ciudad formaba un conjunto con esas ciudades. La Exápolis Doria, con cultos e intereses comunes, se veía completada con las tres ciudades de la isla de Rodas: Lindo, Camiro y Yáliso. De acuerdo con el testimonio de Estrabón, sólo las fundaciones continentales lo fueron *ex novo*; y los *poemas homéricos* registran, en efecto, contingentes griegos

procedentes de la isla de Rodas, comandados por Tlepólemo, así como otros de Cos, con dos hijos de Tésalo. Tlepólemo y los hijos de Tésalo son descendientes de Heracles, el héroe dorio por excelencia, aunque la alusión homérica podría corresponder a una situación predoria. Sin embargo, las tropas rodias aparecen distribuidas en tres grupos «por tribus», y las naves que proceden de Rodas y de la coalición de Cos –nueve y treinta respectivamente– suman múltiplos de tres (*Ilíada* 2.653-2.680), todo lo cual podría significar una temprana presencia doria en el sur del Egeo, en contra de la opinión tradicional de que sólo después de que los dorios hubieran conquistado el Peloponeso se habían lanzado a la colonización. A la sugerencia de que el pasaje relativo a las islas pudiera ser una interpolación de época histórica se ha objetado, por un lado, la correspondencia que existe entre esos datos y el panorama arqueológico, y, por otro, la imposibilidad de determinar los motivos que hubieran llevado al supuesto interpolador dorio a incluir a los dorios en los *poemas* para asignarles un papel tan poco lucido: no sólo la aportación militar a la guerra de Troya es pobre sino que la única mención expresa de los dorios en esas obras, que corresponde a la *Odisea* (19.177), los hace formar parte de la población mezclada de Creta sin ningún realce especial. Pero también es posible que la integración de los dorios en la empresa troyana corresponda a la fase jonia de elaboración de la epopeya.

El problema principal es que no existen rasgos materiales que permitan distinguir arqueológicamente a los dorios de los demás griegos, y los lingüísticos se documentan muy tarde, de modo que no es posible establecer cuándo y en qué zonas se fueron desarrollando. Conforme a lo expuesto anteriormente sobre las migraciones dorias, parece teóricamente posible que se hubieran producido movimientos dorios hacia el Egeo a finales de la Edad del Bronce. La objeción más seria frente a esta posibilidad es que el auge que manifiestan esos asentamientos en la época micénica y su aparente continuidad respecto de otros minoicos anteriores hace suponer que hubieran sido realizados por iniciativa directa de los centros palaciales, lo que no termina de casar con la hipótesis de que fueran selectivamente dorios. Sólo el carácter tan enigmático que tiene para nosotros la trayectoria de los dorios en las últimas fases de la época micénica permite dejar hasta cierto punto abierta tal alternativa. Y ocurre también que desde el 1050 hasta el 900 a.C. hay una laguna de evidencia arqueológica en esos asentamientos, sincronizable con el eclipse definitivo de la civilización micénica. La primera cerámica protogeométrica da pie para fijar el 900 a.C. como *terminus post quem* de la migración doria de la Edad Oscura, que se desvincula así de la colonización anterior, cualquiera que hubiera sido la filiación étnica de sus protagonistas.

En las fuentes literarias posthoméricas aparecen leyendas relacionadas con las fundaciones de la Dóride, así como con la colonización doria de Creta y Tera; en conjunto el movimiento dorio se muestra en ellos paralelo al eolio y al jonio, lo que podría obedecer a una sistematización secundaria. Ya hemos visto que los testimonios arqueológicos de la colonización doria sugieren una fecha un siglo posterior para su inicio con respecto a la eolia y la jonia; y, sin embargo, la tradición griega la situaba a continuación de la derrota de los dorios por el rey ateniense Codro, es decir, la sincronizaba con la jonia.

La morfología de los asentamientos dorios es diversa, y, a lo que parece, también difería su orientación económica. Lindo y Cnido tienen sendas acrópolis

asomadas al mar; se parecen a las ciudades jonias, con la doble vocación marinera y agropecuaria. Camiro y Yáliso, como también Astipalea de Cos, están cerca de la costa, pero tierra adentro; se supone que eran asentamientos de carácter agrícola. A pesar de que la isla de Rodas tenía una situación absolutamente privilegiada para las actividades comerciales, dos de sus ciudades habían sido establecidas por gentes que sólo buscaban tierras de cultivo y pastizales. Habrían de pasar varios siglos, de hecho, para que los habitantes de la Dóride desarrollaran la dimensión comercial que les dio su verdadera prosperidad, centrada en la nueva ciudad de Rodas con su importantísimo puerto.

Halicarnaso, en fin, tenía rasgos muy distintivos. Sus habitantes se consideraban dorios, atribuyendo la fundación de la ciudad a unos emigrantes de Trecén, en la Argólida. No participaban en el festival Triopio en la época clásica, pero Heródoto señala que habían sido excluidos del mismo por una razón anecdótica, y considera desde luego que su ciudad natal formaba parte de la Exápolis doria. Sin embargo, el dialecto hablado y escrito era allí el jonio, no el dorio, y, además, la ciudad había absorbido singularmente la población caria del territorio circundante. Parece, incluso, que el asentamiento originario estaba en la pequeña península rocosa que formaba el puerto, habiéndose trasladado con posterioridad a la costa propiamente dicha, lo que puede tener que ver con la integración de los griegos con la población indígena.

Digamos, para terminar, que los orígenes y la personalidad de los carios son prácticamente desconocidos, pues en la época en que los ilustran las fuentes aparecen totalmente helenizados. El territorio no presenta huellas de ocupación en la Prehistoria, de modo que se supone que su instalación en el mismo debió de ocurrir a finales de la Edad del Bronce. La onomástica, que es lo más genuino que se conserva de ellos, no tiene rasgos indoeuropeos, y, por otra parte, parecen haberse movido con soltura por el mar en sus fases más remotas. Es un pueblo que emerge como tal en la Edad Oscura y que no es posible conectar satisfactoriamente ni con los minoicos ni con los micénicos. Teniendo en cuenta los movimientos de pueblos tan importantes que se intuyen en el Asia Menor occidental en el tránsito del mundo micénico a la Edad Oscura, resulta imposible establecer una hipótesis firme sobre su filiación.

DOCUMENTOS

1. LA EÓLIDE (Heródoto 1.149-1.151)

Las ciudades eolias son las siguientes: *Kyme*, que lleva el sobrenombre de *Phriconís*, *Lérisai*, *Néou teíchos*, *Témnos*, *Kílla*, *Nótion*, *Aigiróessa*, *Pitáne*, *Aigaíai*, *Myrina* y *Gryneía*. Esas once son las antiguas ciudades de los eolios porque una de ellas, *Smyrne*, fue segregada por los jonios; también ésas eran,

en efecto, doce, las situadas en el continente. Esos eolios lograron establecerse en una tierra mejor que los jonios, aunque no cabe decir lo mismo de su clima. (...) Tales son las ciudades eolias continentales, dejando a un lado las situadas en la región del Ida, que constituyen un grupo aparte. En cuanto a las que ocupan las islas, cinco ciudades se reparten la de Lesbos (pues la sexta que se había creado en Lesbos, *Arísba*, fue reducida a esclavitud por los de Metimna, aunque sus habitantes eran de la misma sangre), en Ténedos hay establecida una sola ciudad, y en las llamadas Cien Islas otra única.

2. LA JONIA (Estrabón 14.1.2-3)

El periplo costero de la Jonia es de unos 3.430 estadios (algo más de 600 km.), a causa de los golfos y de que el territorio constituye en su mayor parte una península, pero la distancia en línea recta no es grande. La de Éfeso a Esmirna, en directo (es decir, a través del istmo) es un camino de 320 estadios (unos 57 km.). (...) El límite de la costa jonia va desde el Posidio de los milesios y desde las fronteras de los carios hasta Focea y el río Hermo.

Dice Ferécides sobre esta costa que Mileto, Miunte, las tierras del cabo Mícale y Éfeso las tenían en un principio los carios, y que el resto de la costa, con Quíos y Samos, que gobernaba Anceo, era de los léleges; que unos y otros fueron expulsados por los jonios, y que fueron a parar a las demás regiones de la Caria. Dice que Androclo, hijo legítimo del rey ateniense Codro, dirigió la colonización de los jonios, después de haber tenido lugar la Eolia, y que fue el fundador de Éfeso; por lo cual dicen que fue establecida allí la sede real de los Jonios. Todavía ahora los decendientes de su familia son llamados reyes *(basileís)*, teniendo ciertos honores, a saber, los asientos delanteros en los juegos, la púrpura como insignia de linaje regio, la vara en lugar del cetro y la administración del culto de Deméter Eleusina. Mileto la fundó Neleo de una familia de Pilos (...) Dicen que muchos pilios se unieron al grupo de Melanto, el padre de Codro, en su camino hacia Atenas, y que toda esa gente participó en la colonización junto con los jonios. De hecho, en el Posidio se muestra un altar como erigido por Neleo. Miunte fue fundada por Cidrelo, hijo bastardo de Codro; y Andropompo fundó Lébedo, tras haberse apoderado de un lugar llamado Artis; Colofón la fundó Andremón de Pilos, como dice también Mimnermo en su *Nano*; Priene, Epito, el hijo de Neleo, y más tarde Filotas, que se llevó un grupo desde Tebas. Teos la fundó primero Atamante, por lo que la llama Atamántide Anacreonte; en la época de la colonización jonia, Nauclo, hijo bastardo de Codro, y, después de éste, Apeco y Dámaso, atenienses, y Geres, un beocio. Eritras la fundó Cnopo, también hijo bastardo de Codro; Fócea, los atenienses que iban con Filógenes; Clazómenas, Páralo; Quíos, Egercio, conductor de un grupo mezclado; Samos, Tembrión y luego, después, Procles.

3. LOS JONIOS (Heródoto 1.145)

A mí me parece que los jonios hicieron doce ciudades y no quisieron admitir más (en la confederación) por lo siguiente: porque también cuando habitaban en el Peloponeso tenían doce distritos, lo mismo que ahora hay doce distritos entre los aqueos (los habitantes de la región de Acaya), que expulsaron de allí a los jonios. (...) Porque decir que ésos son más jonios que los demás jonios, o

de un linaje más noble es una gran bobada, existiendo como existe entre ellos una parte no pequeña de abantes de Eubea, que no tienen nada, ni siquiera el nombre, en común con la Jonia: y hay mezclados con ellos minias de Orcómeno, cadmeos, dríopes, focios escapados, molosos, árcades pelasgos, dorios epidaurios y otros muchos pueblos. Y los que habían salido del Pritaneo de los atenienses y creen ser los más nobles de los jonios ésos no se llevaron mujeres a la colonia sino que las tuvieron carias, tras haber dado muerte a sus padres. A causa de tal crimen las mujeres establecieron una norma: hicieron juramentos entre ellas y los transmitieron a sus hijas en el sentido de no comer nunca con los hombres ni llamar por su nombre al marido, puesto que habían matado a sus padres, a sus maridos y a sus hijos, y luego, después de hacer eso, estaban viviendo con ellas. Así sucedió en Mileto. Unos hicieron reyes a descendientes de Glauco, el hijo de Hipóloco, otros a caucones de Pilos descendientes de Codro el hijo de Melanto, y otros a miembros de ambas estirpes. (...) En realidad son jonios todos los que proceden de Atenas y celebran la fiesta de las Apaturias; y la celebran todos, excepto los efesios y los colofonios, que no lo hacen por causa de un cierto homicidio.

BIBLIOGRAFÍA

E. AKURGAL: «The Early Period and the Golden Age of Ionia», *Amer. Journ. Archaeol.* 1962, pp. 369-379.
I. R. ARNOLD: «Festivals of Rhodes», *Amer. Journ. Archaeol. 1936, pp.* 432-36.
G. E. BEAN: *Aegean Turkey*, Londres, 1966.
G. E. BEAN, J. M. COOK: «The Cnidia», *Ann. Brit. Sch. Ath.* 1952, pp. 171-213.
–, The Halicarnassus peninsula, *ibidem*, 1955, pp. 85-171.
–, «The Carian Cost», *Ibidem*, 1957. pp. 58-146.
J. BERARD: «La migration éolienne», *Rev. arch.* 1959. pp. 1-28.
F. BILABEL: *Die ionische kolonisation* (*Philologus*, supl. 14), Leipzig, 1921.
J. BOARDMAN: «Chian and Early Ionic Architectura», *Antiquarles Journal*, 1959. pp. 170-218.
J. BOARDMAN: *Los Griegos en ultramar*, Madrid, 1975 (*The Greeks Overseas*, Harmondsworth, 1964).
L. BREITHOLTZ: *Die Dorische Farce im griechischen Mütterland*, Göteborg, 1960.
J. L. CASKEY, M. I. FINLEY, G. S. KIRK, D. L. PAGE: «The Trojan War», *Journ. Hell. Stud.* 1964, pp. 1-20.
F. CASSOLA: *La Ionia nel Mondo Miceneo*, Nápoles, 1957.
J. M. COOK: «Greek Settlement in the Eastern Aegean and Asia Minor», *The Cambridge Ancient History*, II, 2, Cambridge, 1975(2), pp. 820-850.
–, *The Greeks in Ionia and the East*, Londres, 1962.
–, «Archaeology in Western Asia Minor», *Journ. Hell. Stud. Arch. Reports*, 1959-1960, pp. 39-50; 1964-1965, pp. 43-53; 1970-1971, pp. 38-46.
–, *Old Smyrna: 1948-1951*, *Ann. Brit. Sch. Ath.*, 1958-59, pp. 1-34.
F. CORDANO: «Rhodos prima del sinecismo e Rhodioi fondatori di colonies», *Par. Pass.* 1974, pp. 179-181.

E. M. CRAIK: *The Dorian Aegean*, Londres, 1980.
V. R. d'A. DESBOROUGH: *Protogeometric Pottery*, Oxford, 1952.
R. DREWS: «The Earliest Greek Settlements on the Black Sea», *Journ. Hell. Stud*, 1976, pp. 18-31.
A. G. DUNHAM: *The History of Miletus*, Londres, 1915.
C. J. EMLYN-JONES: *The Ionians and Hellenism*, Londres, 1980.
A. J. GRAHAM: «The Date of the Greek Penetration of the Black», *Sea, Bull. Inst. Class. Stud.*, 1958, pp. 25-42.
G. L. HUXLEY: *The Early Ionians*, Londres, 1966.
G. KLEINER: «*Alt-Nuket*», Wiesbaden, 1966.
G. KLEINER, P. HOMMEL, W. MULLER WIENER: *Panionion und Melie*, Berlín, 1967.
A. LAUMONIER: *Les cultes indigènes en Carie*, París, 1958.
S. LLOYD: *Early Anatolia*, Londres, 1956.
S. MAZZARINO: *Fra Oriente e Occidente*, Florencia, 1952.
M. RIEMSCHNEIDER: *Rhodos. Kultur und Geschichte*, Leipzig-Viena, 1974
C. ROEBUCK: *Ionian Trade and Colonization*, Nueva York, 1959.
C. F. ROEBUCK: «The Economic Development of Ionia», *Class. Philol.* 1953, pp. 9-16.
–, «The Early Ionian League», *Class. Philol.* 1955. pp. 26-40.
–, «Tribal Organisation in Ionia», *Trans. Amer. Philol. Assoc.*, 1961, pp. 495-507.
M. B. SAKELLARIOU: *La Migration grecque en Ionie*, Atenas, 1958.
F. H. STUBBINGS: *Mycenaean Pottery from the Levant*, Cambridge, 1951.
E. WILL: *Doriens et Ioniens*, París, 1956.

CAPÍTULO III

LA FORMACIÓN DE LA LENGUA GRIEGA

Desde comienzos de la época arcaica el área de dispersión de la cultura griega presenta una lengua, el griego, con un número suficiente de rasgos comunes a todos sus hablantes como para que podamos considerarla como unitaria. Estaba diversificada en una serie de dialectos, distribuidos por zonas geográficas concretas y relacionados con estirpes también determinadas dentro del conjunto de los griegos, pero se distinguía con claridad de cualquier otra lengua conocida incluso de las que acusan un cierto parentesco con ella; y, aunque para la mayor parte de los griegos las variantes dialectales planteaban dificultades en el intercambio de mensajes, los que estaban familiarizados con las mismas conseguían entenderse sin dificultad.

1. CLASIFICACIÓN DE LOS DIALECTOS

Ya los antiguos habían clasificado los dialectos griegos en tres grandes grupos: *eólico*, *jónico* y *dorio*; modernamente se suele utilizar el término eólico en un sentido más restringido, denominando *aqueo* a ese primer grupo amplio, que puede así incluir el *arcado-chipriota*, o bien considerando el eólico y el arcado-chipriota como dos grupos diferentes. Una clasificación más comprensiva permite, en fin, agrupar los dialectos en dos únicos bloques, el *griego occidental* y el *griego oriental*, separados por una línea ideal en dirección norte sur que dividiera en dos mitades la Grecia septentrional y la Grecia central, derivando hacia el este al llegar al istmo de Corinto, de modo que el Peloponeso, Creta y la parte meridional de las tierras griegas orientales bañadas por el Egeo queden en el área occidental. Sólo la Arcadia y Chipre serían enclaves lingüísticos incluidos en el área que no les corresponde.

El bloque occidental viene a coincidir con el grupo dorio, aunque desde el punto de vista cultural del periodo histórico esta mención debe excluir a los pueblos noroccidentales. El bloque oriental es más complejo. La rama arcado-

chipriota vincula dos zonas que en la época clásica presentan variantes dialectales afines, a pesar de haber perdido el contacto entre sí desde siglos atrás; esta rama muestra, a su vez, semejanzas con la única lengua griega conocida de la Edad del Bronce, que es la de las *tablillas micénicas*, de donde se ha deducido que corresponde a dos parches residuales de un área lingüística prehistórica muy amplia, cubierta con posterioridad casi por completo por los hablantes del griego occidental, es decir, por los dorios. Otra rama del mismo bloque es la jónico-ática. Incluye dos dialectos mínimamente diferenciados entre sí: el *ático*, que es el del territorio del estado ateniense, y el *jónico*, hablado en la isla de Eubea, las Cícladas y la Jonia minorasiática. Por último, la rama eólica comprende tres dialectos: el de la isla de Lesbos, el *beocio* y el *tesalio*; se muestran bastante diferenciados, lo que se atribuye fundamentalmente a las influencias respectivas del jónico sobre el primero y del griego noroccidental sobre los otros dos. En términos generales las colonias presentan los dialectos de sus metrópolis.

2. PREHISTORIA DE LA LENGUA GRIEGA

Los primeros lingüistas modernos que se dedicaron al estudio de la historia de la lengua griega asumieron la idea de que se trataba de una lengua del tronco indoeuropeo, constituida al norte del área balcánica e introducida en ella por tres oleadas de invasores, jonios, aqueos y dorios, que ya hablaban dialectos diferenciados en los supuestos momentos de su penetración en Grecia, identificados respectivamente con el final del Heládico Antiguo, del Heládico Medio y del Heládico Reciente. Sin embargo como ya se ha dicho, posteriores reconsideraciones de la evidencia arqueológica, por un lado, y de la lingüística, por otro, de esas hipotéticas invasiones han venido a cambiar sustancialmente la primitiva visión. Sigue considerándose como correcta la adscripción del griego al gran grupo lingüístico indoeuropeo, pero hay razones de peso para concluir que esa lengua se formó dentro de la Península Balcánica, no fuera de ella. Esos invasores indoeuropeos, cualquiera que haya sido su procedencia, su camino, su número y su fecha de penetración, habrían introducido un ancestro de la lengua griega, una especie de *protogriego*, que después de un largo proceso de transformación, con influencias del sustrato lingüístico prehelénico, fenómenos de diversificación y mutuas interacciones, habría dado lugar al mosaico dialectal del griego tal y como lo conocemos en la época histórica.

Faltan, sin embargo, los datos necesarios para reconstruir la diacronía de ese mosaico dialectal en las etapas anteriores, que se supone compleja, por cuanto que debe guardar una relación estrecha con los movimientos de población por el territorio heládico, de suyo muy numerosos y difíciles de establecer. Parece claro, en todo caso, que la fase más relevante para la diferenciación dialectal que llega a consolidarse en el periodo histórico es la que corresponde a los primeros siglos de la llamada Edad Oscura; de ahí que tratemos la cuestión lingüística en este capítulo.

El caso más simple sería el del bloque occidental, si admitimos, al margen de las precisiones de detalle y de las fluctuaciones cronológicas, que todo el Peloponeso, salvo la Arcadia, acabó siendo dominado políticamente e impregnado poblacionalmente por gentes procedentes de la Grecia noroccidental, y que Creta,

Rodas y la Dóride minorasiática sufrieron una colonización de elementos de la misma filiación étnica. Las diferencias que muestran entre sí los dialectos y subdialectos de ese bloque concuerdan sin dificultad con esa interpretación general; sobre todo, el distanciamiento lingüístico entre los habitantes del Peloponeso y el área colonial con respecto a los del noroeste de la Península, que se debería a la falta de ulteriores contactos, así como al desarrollo cultural, más acelerado, de los dorios propiamente dichos, los del sur, que acaban por formar una nueva comunidad étnica con rasgos distintivos propios. La lengua de la población dominante parece haberse ido imponiendo en el área doria al tiempo que se consolidaba, sin dejar de asumir alguna influencia de la población anterior; no sabemos hasta qué punto era ésta numerosa ni cómo estaba distribuida, pero es natural que se eclipsara su lengua frente a la de los dorios, tanto si se trataba de elementos sometidos a una condición servil como si se habían integrado sin actitudes conflictivas en las nuevas unidades políticas comandadas por los dorios. Según se ha apuntado antes, cabe incluso la posibilidad de que la mayor parte de la población predoria del Peloponeso hablara una lengua no griega, que se habría perdido con cierta facilidad por no ser comprensible para los dorios.

La prehistoria lingüística del bloque oriental es mucho más problemática. Hay constancia en términos de evidencia lingüística de que en la fase micénica, es decir en el Heládico Reciente, existía ya una diferenciación entre lo que podríamos llamar el *protogriego septentrional* (al norte y al oeste de Beocia), ancestro de los dialectos históricos del bloque occidental, y el *protogriego meridional* (Grecia central, Peloponeso y Creta), que incluye en cualquier caso la lengua de las *tablillas*. Es razonable suponer que el distanciamiento cultural cada vez mayor del área de dispersión de la cultura Micénica frente al resto del territorio heládico fuera la causa de ese desarrollo lingüístico divergente, aunque los lingüistas suponen que el grado de diferenciación entre las dos variantes dialectales no llegó a ser demasiado importante. De acuerdo con la tesis ya clásica de Risch, el *jonio* habría surgido cuando los hablantes del protogriego meridional *(aqueo-micénico)* cayeron bajo la influencia del protogriego septentrional, mientras que el *eolio* se originaría en virtud de un proceso inverso, por una influencia del dialecto meridional sobre el sustrato septentrional; por su parte, el *dorio* constituiría, junto con el *griego noroccidental*, el más puro heredero del protogriego septentrional, como lo sería el *arcado-chipriota* respecto del meridional. Posteriores puntualizaciones sobre esa tesis han venido a suponer que la formación del eolio habría tenido lugar en Tesalia, especie de zona freática entre las dos áreas lingüísticas del protogriego, y no antes del 1200 a.C. (HR IIIc), aunque todavía se sostiene la existencia de un *protoeolio* en una fase micénica anterior; en cambio, parece seguro que la diferenciación del jonio respecto del protogriego meridional es posterior a esa fecha.

Heládico Reciente Dialéctos históricos

Protogriego

protogriego septentrional

protogriego meridional

(aqueo-micénico)

griego noroccidental

dorio

eolio

jonio ático

arcado-chipriota

Formación de los dialectos griegos históricos

derivación influencia

BIBLIOGRAFÍA

Ph. BALDI: *An Introduction to the Indo-European Languages*, Carbondale (Illinois), 1983.

A. J. BEATTIE: «Languages of the prehistoric Aegean», *Wiener Studien*, 1961, páginas 311-324.

C. D. BUCK: *The Greek Dialects*, Chicago, 1955.

G. CARDONA, H. M. HOENIGSWALD, A. SENN (eds.): *Indoeuropean and Indoeuropeans. Papers Presented at the Third Indo-European Conference at the University of Pennsylvania*, Philadelphia, 1970.

A. CARNOY: «Les suffixes toponymiques pré-Grecs, *Antiqu. Class.* 1960, páginas 319-336.

J. CHADWICK: «The Greek Dialects and Greek Prehistory», *Greece and Rome*, n. s. 1956, pp. 38-50.

—, The Prehistory of the Greek Language, *The Cambridge Ancient History*, II, 2, Cambridge, 1975 (3), pp. 805-819.

R. G. G. COLEMAN: «The dialect geography of ancient Greece, Trans. Philol. Soc. 1963, pp. 58-126.

R. A. CROSSLAND, A. BIRCHALL (eds.): *Bronze Age Migrations in the Aegean: Archaeological and Linguistic Problems*, Park Ridge (N. J.), 1974.

I. M. DIAKONOV: «On the Original Home of the Speakers of Indo-European», *Journal of Indoeuropean Studies*, pp. 92-174.

T. V. GAMKRELIDZE, V. V. IVANOV: «The Problem of the Original Homeland of the Speakers of Indo-European Languages in Response to I. M. Diakonov's Article», *Journal of Indoeuropean Studies, 1985, pp. 175-184.*

J. L. GARCÍA-RAMÓN: «Les Origines postmycéniennes du group dialectal éolien Minos», *supl. 6, Salamanca 1975.*

J. B. HAINSWORTH: «The Greek Language and the Historical Dialects», *The Cambridge Ancient History*, III, 1, Cambridge, 1982(2) pp. 850-865.

—, Greek Views of Greek Dialectology, *Trans. Philol. Soc. 1963-1967*, pp. 62-76.

P. KRETSCHMER: «Zur Geschichte der griechischen Dialekte», *Glotta*, 1909, pp. 1-59.

E. RISCH: «Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht», *Mus. Helv. 1955*, pp. 61-75.

—, Die griechischen Dialekte im 2. vorchristlichen Jahrtausend *Studi micenei ed egeo-anatolici*, 1979, pp. 91-111.

Wm. F. WYATT: «Greek Dialectology and Greek Prehistory», *Acta of the Second International Colloquium on Aegean Prehistory*, Atenas, 1972, pp. 18-22.

—, The Prehistory of the Greek Dialects, *Trans. Proc. Amer. Philol. Assoc.*, 1970 páginas 557-632.

CAPÍTULO IV

LOS POEMAS HOMÉRICOS

Para los griegos de la época clásica los *poemas homéricos* constituían uno de los elementos más importantes de su patrimonio cultural; se utilizaban como material didáctico en las escuelas, y, si creemos a los antiguos, había quien se sabía sus, más o menos, veintiocho mil versos de memoria. Este es un hecho sorprendente en sí mismo, porque, después de todo, el primero de ellos, la *Ilíada*, desarrollaba sin inicio ni conclusión, el asedio de la ciudad lejana de Troya, en una época remota, por un ejército de coalición, cuyos reinos integrantes apenas conectaban con las unidades políticas de la época clásica; mientras que el otro, la *Odisea*, cantaba el regreso a su patria de uno de aquellos combatientes, señor de una pequeña isla, Itaca, de la costa occidental griega, que no tenía significación alguna para esos griegos posteriores. El por qué de una tal devoción hacia ellos es, por lo tanto, una de las muchas cuestiones que plantean los *poemas homéricos* al historiador moderno. Tal vez su calidad como obras literarias; quizá el atractivo del desarrollo de las acciones bélicas en una, y de las peripecias del viaje, llenas de fantasía, en la otra; o, posiblemente también, su capacidad de integrar el mundo de los dioses con el de los hombres, su profundidad en el tratamiento de las relaciones humanas y de los problemas importantes del hombre en su lucha por la vida, sean otras tantas claves de su éxito, del haberse convertido en la *Biblia* de todos los griegos, a pesar de que contaban con otros muchos poemas épicos en los que se glosaban las hazañas de héroes tradicionales tan importantes como los de la *Ilíada* y la *Odisea*.

1. VALORACIÓN DEL HISTORIADOR

En cierto modo ese prestigio alcanzado por tales poemas en la antigüedad ha motivado una sobrevaloración de los mismos como fuente histórica entre los autores modernos, pero la cuestión requiere muchas puntualizaciones. La primera de ellas es la de establecer la parcela cronológica y geográfica a la que

corresponde esa evidencia. Los hechos que se describen –la guerra de Troya y el subsiguiente regreso de uno de sus héroes a la patria– deben situarse en la última fase de la Edad del Bronce, de modo que ése es un primer estrato potencialmente cubierto por los poemas. Sabemos, por otra parte, que no alcanzaron una forma fija y estable hasta una época que se puede identificar en términos generales como el siglo VIII a.C., y que ello tuvo lugar en la región minorasiática conocida como Jonia; este marco cultural constituye otro de los estratos incorporados a los poemas. Y entre ése y el de la Edad del Bronce hay que contar con el intermedio, que es el de la llamada Edad Oscura, eslabón necesario en la cadena de transmisión de la tradición épica. Por último, tenemos también la certeza de que el texto que ha llegado hasta nosotros sufrió ulteriores alteraciones, que pueden afectar a la información contenida en el mismo, lo que significa que hay que añadir un cuarto posible estrato al esquema general.

Desde esta primera consideración se plantea el problema de ubicar correctamente los elementos de evidencia en ese esquema cronológico, y, para resolverlo, el historiador tiene que implicarse necesariamente en las cuestiones de lingüística y de técnica de composición literaria que afectan a los poemas y que están inmersas en una dilatada polémica aún no definitivamente cerrada. No podemos recoger aquí todas esas enjundiosas discusiones, por lo que vamos a limitarnos a manejar las hipótesis que parecen más verosímiles.

Es posible que en la fase de vitalidad de los grandes palacios micénicos existiera ya un género poético épico consagrado al canto de las acciones de los héroes, y que desde el continente pasara al área jónica cuando se produjeron las migraciones subsiguientes a la disolución de los reinos micénicos. Sin embargo, faltan indicios claros de que se hayan compuesto poemas en torno al tema de la guerra de Troya inmediatamente después de su conclusión; el reflejo de ese estrato histórico en los *poemas homéricos* sugiere más bien un intervalo de dos generaciones entre los acontecimientos de referencia y su primera versión épica. Y conviene señalar que en esas dos generaciones se produjeron unos cambios tan importantes en todos los órdenes como para que los datos relativos al marco cultural del pasado dependieran para su transmisión tan sólo de la memoria, porque ya no formaban parte del mundo que rodeaba al poeta. Las técnicas de combate, los palacios, los reyes y la estructura político-social en general de ese pasado habían presumiblemente desaparecido o adoptado formas diferentes.

Por lo que respecta a la lengua de los poemas, que se presenta muy compleja desde el punto de vista de las variantes dialectales, y que ha sido analizada hasta la saciedad por los especialistas, hay que decir que refleja los cuatro estratos históricos antes señalados, pero lo importante para el historiador es que no subviene de modo fehaciente a la datación de los elementos de contenido, debido a la tendencia conservadora y arcaizante del lenguaje épico: elementos para los cuales se puede establecer con criterios lingüísticos un *terminus ante quem* pueden haber conservado su virtualidad entre los aedos y haber sido utilizados para la composición de la epopeya. El análisis estructural de los poemas ha permitido a algunos especialistas concluir que la *Ilíada* fue redactada como obra unitaria por un solo autor, al margen de que haya podido admitir adiciones posteriores, como parece el caso del canto décimo, la *Dolonía*; y que la *Odisea* es obra de dos autores, uno de ellos contemporáneo tal vez del de la *Ilíada*, que

habría desarrollado lo que es propiamente el regreso de Odiseo a su patria, y otro, una generación posterior, interesado en los problemas que suscitó ese regreso, en especial el de la recuperación de las propiedades y de la condición de rey y señor del dominio largo tiempo abandonado, en razón de la ausencia, es decir, todo lo que tiene que ver con el hijo Telémaco y la presión de los llamados pretendientes de Penélope por ocupar el puesto de Odiseo. Sin embargo, estas especulaciones sólo sirven para matizar la estratigrafía de los poemas en un sentido muy concreto, que puede ser el de la distinción entre el siglo VIII, en que se registra una preocupación por los problemas de la justicia y de la legitimación del poder, frente a una época inmediatamente anterior, interesada fundamentalmente en las aventuras de los héroes mitificados y en las experiencias difíciles de una navegación que, después de la disolución de los reinos micénicos, se lanzaba abiertamente por las rutas mediterráneas en busca de nuevos solares.

Frente a esas disquisiciones sobre la personalidad única o múltiple de los redactores de los poemas en la época en que la introducción de la escritura permitía ya la fijación de textos largos, se ha señalado la mayor importancia que tiene para la fiabilidad de los datos puntuales la larga etapa de transmisión oral de la tradición contenida en ellos, durante la cual los poetas se servían de un recurso característico, el lenguaje formular. Quiere esto decir que el material épico que aprendían los nuevos poetas de sus predecesores no eran ni poemas completos ni, desde luego, un conocimiento teórico de la geografía, las costumbres, las instituciones o la cultura material de esa época cada vez más alejada; sino unos argumentos, unas leyendas, vinculadas a determinados protagonistas y susceptibles de alteraciones, y unas unidades fijas de composición integradas por grupos de palabras cuya secuencia métrica, adecuada al exámetro dactílico, que es el metro de la epopeya, proporcionaba al poeta mitades o tercios de versos ya hechos, que le ayudaban mucho en la ejecución de los poemas, la cual tenía, al parecer, el carácter de una semi-improvisación. Esta técnica puede haber servido en ocasiones para conservar inalterados datos correctos relativos al estrato histórico más antiguo, pero el análisis comparativo de las variantes combinatorias que presentan todas esas fórmulas sugiere que los condicionamientos métricos y la necesidad de contar con un amplio repertorio formular pudieron llevar a la asociación de epítetos con personajes, ciudades u objetos que no les correspondían necesariamente, y, en definitiva, a la creación de mensajes válidos desde el punto de vista poético, pero sin valor documental. Y el problema es que no estamos en condiciones de distinguir los datos correctos de los espúreos a partir de un análisis del texto desde cualquier perspectiva.

Se considera, por tanto, que el valor de los *poemas homéricos* como fuente histórica, con ser muy importante, debe tener siempre un carácter subsidiario, es decir, condicionado a la verificación de los datos sobre la base de otra fuente de evidencia. Por desgracia, esa restricción reduce mucho el aporte documental en relación con los estratos más antiguos.

2. Estrato micénico

La historicidad del asedio de la ciudad de Troya llevado a cabo por una expedición de *aqueos* procedente del área cultural micénica no es en sí misma

cuestionable. Sobre la implicación tan generalizada en esa operación de los reinos aqueos que presupone la *Ilíada*, no se pueden establecer precisiones críticas, ni a favor ni en contra. Sin embargo, el llamado *catálogo de las naves*, contenido en el canto segundo de la *Ilíada*, aunque parece haber sufrido interpolaciones, comporta una geografía regional de Grecia que sí se corresponde con la etapa micénica y presupone un aceptable conocimiento de la misma en ese aspecto por parte de los primeros creadores del poema. En cuanto a los datos genealógicos relativos a los personajes implicados, que son muy numerosos, pueden tener un grado similar de exactitud, aunque en este punto la comprobación se hace más difícil. La presentación de los troyanos resulta más problemática. Ostentan unos rasgos culturales prácticamente similares a los de los griegos, lo que no merece la confianza del historiador salvo que se admita, en efecto, la tesis de la entrada de los griegos en Grecia procedentes de Asia Menor en el 1600 a.C. Como ya se dijo en un capítulo anterior, la arqueología de Troya ilumina muy pobremente incluso la cultura material de los troyanos, y deja en el misterio toda su cultura no material; además, desconocemos la filiación étnica de esas gentes. Como el interés verdadero del poeta épico era el de atraer y deleitar a sus oyentes con una acción dramática viva y rica en lo que hace al tratamiento de los personajes y sus circunstancias, es muy posible que haya elaborado artificialmente unos antagonistas de los aqueos que le sirvieran para sus fines literarios, si carecía de información suficiente sobre los mismos, a esos efectos, como es probable. También hay que contar, en fin, con la eventualidad de que el desarrollo bélico de la *Ilíada*, tal y como lo conocemos, haya aglutinado leyendas de héroes que no habían vivido en la misma generación y que, por tanto, no habían podido participar conjuntamente en la misma empresa, aunque quizá sí en otras llevadas a cabo en esa zona; y lo mismo cabe decir de los detalles sobre la muerte de cada cual y sobre las peripecias que inflexionan la trama del poema. Precisamente la complejidad de la misma, su coherencia y la calidad literaria de su estructura, que ha venido a reconocer la crítica moderna, sugieren una primacía de la creación poética en posible detrimento de su historicidad.

Es importante destacar hasta qué punto son escasos los elementos de cultura material incorporados a esos poemas que tienen una datación rigurosa en la Edad del Bronce. Se trata sobre todo de piezas del armamento, que han podido permanecer en la tradición épica fosilizadas dentro de sus correspondientes fórmulas. En concreto son la «espada (tachonada) de clavos de plata», el gran escudo en forma de torre que lleva el guerrero Ayante y el casco guarnecido con dientes de jabalí. A esto hay que añadir la copa de Néstor y algún objeto con decoración a base de nielados, cuya descripción no permite identificar con precisión la técnica empleada y, en consecuencia, proceder al correcto contraste con el material arqueológico.

3. APORTACIÓN DE LA EDAD OSCURA

Pero lo que ha hecho considerar a muchos historiadores modernos que el núcleo original de los *poemas homéricos* supuestamente elaborado en la Edad del Bronce era muy reducido o, en todo caso, se vio muy alterado en el curso de su ulterior tradición, es el bagaje de elementos que evidencian una discontinuidad

con respecto a la época que se refleja en ellos. En el campo del armamento el testimonio más significativo es el del carro de guerra. En la *Ilíada* los héroes lo utilizaban como medio de transporte para llegar hasta el campo de batalla; una vez allí, el guerrero desciende para combatir a pie con su enemigo, mientras vehículo, caballos y auriga esperan la conclusión del enfrentamiento. El procedimiento causa extrañeza en relación con un tipo de batalla masiva, que es la que aquí se contempla, porque parece difícil que esos animales inmóviles hubieran podido sobrevivir a la lluvia de flechas que se producía en esos combates. Se ha supuesto, por tanto, que la presencia del carro de guerra en los poemas se debe a que en la Edad del Bronce había sido utilizado por los aqueos al modo egipcio e hitita, es decir como plataforma móvil para el arquero y el combatiente con lanza. El poeta épico manejaría, sin embargo, una forma de combate que ya no utilizaba ese recurso, pero lo habría introducido en ella, aunque de un modo incoherente, porque el carro, asociado por tradición a la batalla heroica, le servía para evocarla con mayor verosimilitud. Algo semejante se ha conjeturado con respecto al empleo por los héroes homéricos, en una forma aparentemente inconsecuente, de las dos lanzas ligeras, utilizadas como arma arrojadiza, y de la pesada lanza única con la que se agredía al enemigo sin soltarla de la mano: parece que esta última era una reminiscencia de los tiempos micénicos que se combina con las lanzas, de datación posterior.

El esperado reflejo en los *poemas homéricos* de los grandes palacios micénicos, centros de producción artesanal en serie y dotados de un abundante equipo de trabajadores, es por demás inexistente. En ninguna de las cuatro alusiones descriptivas a palacios que presenta la *Odisea* –Pilos, Lacedemonia, Esqueria e Itaca– se encuentra mención alguna de la actividad de los escribas o de la amplia producción de los talleres. El modelo palacial utilizado por el poeta debe de corresponder más bien a la Edad Oscura.

Los datos relativos a las formas políticas son difíciles de evaluar. En la medida en que no tenemos constancia cierta de la existencia de reyes en la Jonia de la Edad Oscura, todo lo que contienen los *poemas homéricos* en relación con la realeza podría proceder de la Grecia continental, y de una etapa anterior a la migración; pero la cuestión está en saber si corresponde a las monarquías palaciales o bien a la fase siguiente. El término *ánax*, aplicado al rey de Pilos o a Agamenón, presenta una correlación con el de *wa-na-ka*, que es en las *tablillas* el señor del palacio, aunque la aplicación homérica del mismo a dioses distintos de Zeus indica que al menos en una época postmicénica no significaba «rey» sino «señor»; no podemos asegurar, sin embargo, que ese sentido no fuera micénico, por lo cual cabe dentro de lo posible el hecho de que la epopeya haya conservado en este caso una mención genuina. El verdadero problema lo plantea la palabra *basiléus*. Si entendemos por un «rey» un *monarchos*, es decir, un gobernante único de una unidad política soberana, hemos de concluir que la palabra *basiléus* no significa estrictamente «rey» en la *Ilíada*, sino que cubre una parcela semántica más amplia. Los reyes homéricos son «jefes de pueblos», calificados como «vástagos de Zeus», que pueden ser reyes en verdad, como parece el caso de Agamenón con respecto a Micenas, de Príamo con respecto a Troya, o de Néstor en relación con Pilos; pero no lo es el de Aquiles, el de Ayante o el de Paris, cuyos padres están todavía vivos. Los héroes homéricos reciben todos ellos el calificativo de *basiléis*, lo que significa que hay más de uno simultáneamente en cada reino

o grupo humano políticamente definido como una unidad. Otro detalle a tener en cuenta es que la única fórmula homérica en que *basiléus* va seguido de un genitivo identificador del supuesto dominio regio es el que corresponde a Agamenón, «rey de Micenas, rica en oro»; y, como quiera que en general la tradición homérica relaciona a sus héroes con otros tantos reinos, parece que lo que falta es una conexión semántica entre el *basiléus* y el «reino», es decir, que esa palabra no significaría en realidad «rey». La imagen de los *basiléis* homéricos como una casta, o como los integrantes de una capa social muy restringida y fuertemente privilegiada, depositarios alternativa o conjuntamente del poder político, así como de las funciones militares dirigentes, parece adecuarse, al menos por exclusión, a la Grecia continental postmicénica, aunque tal vez se encontraba ya durante la fase micénica en algunas áreas del territorio. Tal consideración igualitaria en términos de linaje y de excelencia de todos esos personajes resulta, por el contrario, difícil de conciliar con los reinos micénicos palaciales, tal y como los interpretamos a partir de la documentación en nuestro haber, en los que la figura del rey debería de eclipsar a los poderes inferiores. Cierto que los *pa-si-re-u* de las *tablillas* atestiguan el uso del vocablo en época micénica, pero sabemos muy poco sobre su condición y función; si se trata, como parece, de dignatarios de implantación local subordinados al poder central, habría que suponer que el uso micénico y el uso homérico del término corresponden a dos sistemas sociopolíticos diferentes. Lo que sí parece es verosímil es que la disolución de los reinos micénicos haya producido una rehabilitación de la estructura gentilicia ancestral de sus respectivas poblaciones en términos de distribución de los poderes, propiciando el desarrollo de esas aristocracias locales que se reflejan como un conjunto mitificado en los poemas y que asumen el protagonismo de la primera fase de la Grecia histórica. Una vez más sería la Edad Oscura el estrato histórico homérico, en este caso en relación con las formas políticas.

La falta de protagonismo de los dorios en general en los *poemas homéricos* se explicaría suficientemente por el desarrollo del género épico en la Jonia, que debe de haber recibido directamente la herencia continental eólica y/o aquea. No obstante, como ya se dijo más arriba, se mencionan contingentes comandados por Heraclidas, es decir, por descendientes del héroe dorio por excelencia, que corresponden al área del Egeo colonizada por dorios, y lo mismo cabe decir sobre la alusión a la colonización de Rodas por Tlepólemo, también un Heraclida. Tales datos se deben de haber incorporado a la tradición épica en la fase subsiguiente a esas migraciones, pues, de haberse tratado de interpolaciones más recientes, añadidas por los propios dorios, cabría suponer que les hubieran otorgado a esos personajes un papel más brillante en el conjunto de la expedición.

En cuanto al excursus consagrado en la *Ilíada* a las guerras llevadas a cabo por los pilios contra los arcadios y los epeos, se entiende que puede proceder de una tradición pilia llevada a Atenas por los refugiados pilios e incorporada desde allí a la tradición jonia. Puede tener, pues, una historicidad, aunque es difícil atribuirle una diacronía. La guerra con la Arcadia se considera posterior a la gran destrucción del palacio de Pilos en torno al 1200 a.C. La de los epeos, que aparece precedida por un ataque de Heracles, en el que éste habría dado muerte, de acuerdo con el relato homérico, a los once hermanos de Néstor, podría ser también posterior, o bien anterior al periodo de florecimiento del palacio; lo primero resulta más verosímil, debido a la asociación de los epeos o eleos con una forma primitiva de los Juegos Olímpicos y habida cuenta de la confusión postmicénica, más que probable, entre la Pilos mesenia, que es la que corresponde al palacio excavado, y la pequeña Pilos de la región próxima de Trifilia, acaso ocupada por supervivientes de la destrucción de la otra.

4. ELEMENTOS JONIOS Y POSTERIORES

La fase jónica de la tradición épica debe de haber incorporado muchos elementos a los *poemas homéricos*, porque es en las ciudades jónicas donde se construyeron en realidad esos poemas en sus formas más elaboradas, a partir del material de base aportado por los inmigrantes. Sin duda las frecuentes alusiones a lugares y aspectos varios de la costa minorasiática, así como la correcta topografía que presenta la Tróade, a veces en pequeños detalles –y que contrasta con el tratamiento tan poco peculiar de los troyanos a que aludíamos más arriba– tienen que haber sido una aportación de los poetas jonios. Los símiles, en general, con sus notas coloristas sobre la vida cotidiana, revelan, incluso en términos lingüísticos, su pertenencia al estrato jónico del poema; lo enriquecen desde un punto de vista literario, aunque no nos ilustran propiamente sobre las costumbres de los jonios, porque los poetas parecen haber evitado los tintes que pudieran resultar anacrónicos para sus respectivos auditorios. La historia de esas ciudades está asimismo ausente de la épica jónica.

Sin embargo, hay filtraciones de gran interés para el historiador en relación con esa época, por más que su datación exacta resulte problemática. Así, la actividad comercial de los fenicios por el Egeo, que parece haber tenido una trayectoria creciente a partir del 900 a.C. más o menos; o la «constitución» de la isla de Esqueria, inspirada posiblemente en las ciudades jonias de la época; o la escena del juicio incorporada a la decoración del escudo de Aquiles, a la que se puede atribuir la misma procedencia. El viaje de Odiseo es deudor en conjunto de las experiencias de los griegos minorasiáticos por el Mediterráneo en esa fase. Algún elemento, en fin, reclama una datación especialmente tardía, que debe sincronizarse con la redacción de los poemas en su forma más amplia. Tal sería el caso del pretendido reflejo de la táctica hoplita de combate en algún pasaje de la *Ilíada*; o la presencia del motivo de la Gorgona, de origen oriental, que se difunde por el área helénica en el período llamado Orientalizante.

BIBLIOGRAFÍA

V. BERARD: *Les Navigations d'Ulysse*, París, 1928.
C. R. BEYE: *The Iliad, the Odyssey and the Epic Tradition*, Londres, 1968.
C. BRILLANTE: *La leggenda eroica e la civiltà micenea*, Roma, 1981.
C. M. BOWRA: *Tradition and Design in the Iliad*, Oxford, 1930. –, *Heroic Poetry*, Londres, 1952. –, *Homer*, Londres, 1972.

J. Buffiere: *Les Mythes d'Homère et la pensée grecque*, París, 1956.
E. Cantarella: *Norma e sanzione in Omero. Contributo alla protostoria del diritto greco*, Milán, 1979.
J. L. Caskey: «The Trojan War», *Journ. Hell. Stud.* 1964, pp. 1-20.
F. Codino: *La questione omerica*, Roma, 1976.
J. N. Coldstream: *Geometric Greece*, Bonn, 1977.
R. Drews: «Argos and Argives in the Iliad», *Class. Philol.* 1979, pp. 111-135.
B. Fenik: *Typical Battle Scenes in the Iliad*, (Hermes, Einzelschriften 21), Wiesbaden, 1968.
M. I. Finley: *El mundo de Odiseo*, Madrid, 1980 (*The World of Odysseus*, Londres, 1962(2)
L. Gil (ed.): *Introducción a Homero*, Madrid, 1963.
A. Giovannini: *Etude historique sur l'origine du catalogue des vaisseaux*, Berna, 1969.
P. A. L. Greenhalagh: *Early Greek Warfare: Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages*, Cambridge, 1973.
J. Griffin: «The Epic Cycle and the Uniqueness of Homer», *Journ. Hell. Stud.* 1977, pp. 39-53.
J. B. Hainsworth: *The Flexibility of the Homeric Formula*, Oxford, 1968.
A. Hoekstra: *Homeric Modifications of Formulaic Prototypes*, Amsterdam, 1965.
P. Hope Simpson, J. F. Lazenby: *The Catalogue of the Ships in Homer's Iliad*, Oxford, 1970.
G. S. Kirk: *Los Poemas de Homero*, Buenos Aires, 1968 (*The Songs of Homer*, Cambridge, 1962).
—, The Homeric Poems of History, *The Cambridge Ancient History*, II, 2, Cambridge, 1975(2), pp. 820-850.
A. B. Lord: *The Singer of Tales*, Cambridge, 1960.
H. L. Lorimer: *Homer and the Monuments*, Oxford, 1950.
J. V. Luce: *Homero y la Edad Heroica*, Barcelona, 1984.
V. A. McDonald: *The Discovery of Homeric Greece*, Londres, 1967.
A. Mele: *Società e lavoro nei poemi omerici*, Nápoles, 1968.
G. Murray: *The Rise of the Greek Epic*, Oxford, 1934.
M. Nilsson: *Homer and Mycenae*, Londres, 1933.
D. Page: *History and the Homeric Iliad*, Berkeley, 1959.
—, *Folktales in Homer's Odyssey*, Cambridge, 1973.
L. Pareti: *Homero y la realidad histórica*, Méjico, 1961.
A. Parry (ed.): *The Making of Homeric Verse*, Oxford, 1971.
A. M. Snodgrass: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.
—, *Early Greek Armour and Weapons from the End of the Bronze Age to 600 BC*, Edimburgo, 1964.
G. Stagakis: *Studies in the Homeric Society*, Wiesbaden, 1975.
G. Vlachos: *Les sociétés politiques homériques*, París, 1974.
A. J. B. Wace, F. H. Stubbings (eds.): *A Companion to Homer*, Londres, 1962.
T. B. L. Webster: *From Mycenae to Homer*, Londres, 1964.

CAPÍTULO V

LA CULTURA MATERIAL Y LAS FORMAS DE VIDA

Después de la fase HR IIIc hay una laguna en la documentación arqueológica, que coincide con la mayor intensidad de las migraciones, y sólo a partir del año 900 a.C. se aprecia, *grosso modo*, en consonancia con una estabilización de los asentamientos, el desarrollo de formas nuevas capaces de dejar huellas arqueológicas algo significativas. El dominio de las nuevas poblaciones en las nuevas áreas de implantación se sincroniza con un descenso del índice demográfico en general por el territorio griego, y con una introversión de la cultura material muy importante, lo que se traduce en una dificultad a veces insuperable para el arqueólogo a la hora de identificar los estratos correspondientes a esa fase en los asentamientos excavados. Cuando faltan ya en ellos los testimonios micénicos y se detectan los primeros atribuibles al periodo protohistórico, se plantea el problema de establecer el momento inicial de la ocupación del lugar, en la medida en que debemos contar, al menos como principio metodológico, con una posible fase cuyos elementos materiales, de carácter perecedero, hayan hurtado toda huella de ocupación.

1. INCINERACIÓN Y HIERRO

La sustitución de la inhumación por la cremación como hábito funerario se documenta en una forma muy gradual y no llega a generalizarse del todo. Tampoco se difunde esa práctica al mismo tiempo que la metalurgia del hierro, que se había empezado a introducir en el continente griego en la última fase micénica. Ninguna de las dos innovaciones se puede considerar como patrimonio ancestral de las nuevas poblaciones sino más bien como elementos de cultura llegados a éstas desde fuera después de la Edad del Bronce y a través, posiblemente, de las poblaciones micénicas. Se da la circunstancia, por ejemplo, de que Tesalia y el Peloponeso son áreas menos receptivas frente al nuevo rito funerario, que tarda mucho en penetrar en ellas, mientras que en Atenas se había generalizado hacia

el siglo XI, lo que sugiere para el mismo una procedencia oriental. En cuanto a la difusión del hierro, parece haber sido lenta, y tarda mucho en todo caso en cobrar una importancia en el registro arqueológico.

2. CERÁMICA PROTOGEOMÉTRICA Y GEOMÉTRICA

La penuria de la evidencia arqueológica que caracteriza a esta época impide establecer unos marcos espacio-temporales para la cultura material. En realidad, el único hilo conductor es la cerámica, aunque su presencia casi exclusiva en depósitos funerarios y la falta de estratigrafía de los asentamientos limitan en extremo su capacidad para establecer una diacronía válida como esquema de referencia. Porque, además, la evolución de la cultura material, en lo que se puede apreciar, carece de homogeneidad en el conjunto de las áreas implicadas, primando los desarrollos locales, de un carácter y un ritmo muy desiguales. Hay, eso sí, un denominador común del desarrollo paralelo, que conduce hasta el estilo llamado protogeométrico, pero los sincronismos entre las distintas regiones se muestran muy elusivos. En el Ática, que es la zona que presenta la evolución más rica y puede, por tanto, servir de guía, el protogeométrico, como estilo sucesor de la cerámica micénica IIIc y precursor del gran estilo geométrico, viene a cubrir el período que discurre más o menos entre el 1050 y el 900 a.C., que es el más oscuro en términos generales para la cultura material de Grecia.

La definición de ese estilo de transición, donde es mejor conocido y presenta tal carácter, no resulta, sin embargo, fácil. Su rasgo más distintivo es el de estar basado en un sistema geométrico de decoración, así como el de ser predecesor en su ámbito de una escuela geométrica posterior. En general, parecen haberse producido desarrollos locales, a partir de las propias fuentes y de la difusión del uso del compás y la brocha múltiple como instrumento de la decoración, acaso iniciado desde Chipre; para algunos especialistas la forma primera del estilo se habría originado en Atenas, irradiando desde allí hacia otros lugares, aunque existen opiniones más matizadas. La eventual existencia de alfareros itinerantes y las posibilidades de la distribución de la cerámica por vía de comercio, combinadas con la subsiguiente creación de escuelas locales, dificulta la interpretación, así como la evaluación del índice de desarrollo de la cultura material en conjunto dentro de un área determinada a partir del hallazgo de cerámicas de mejor calidad. No hay que olvidar, por otra parte, el hecho de que, con independencia de la documentación de esta cerámica, hecha a torno rápido, se registra en la Argólida una variedad muy fina de cerámica modelada a mano, totalmente diferente, que evidencia un desarrollo local.

La forma básica del protogeométrico es la ovoide pura, con el mayor diámetro hacia el centro de la panza y con la concentración en la parte superior del vaso de los principales motivos, organizados siempre en bandas horizontales. Destaca la tendencia a diferenciar en la construcción de la forma las distintas partes de la pieza –pie, panza, hombro, cuello y labio–, que se singularizan con nitidez, realzadas frecuentemente por la decoración. Esta inclinación a concebir el individuo como la combinación de una serie de elementos sabiamente articulados para constituir un conjunto funcional, en el que cada pieza manifiesta su relevancia, se muestra como un elemento característico del hombre griego de la fase

arcaica, patente en diversos géneros de su creatividad, y acaso plasmado de modo incipiente en el desarrollo de las formas cerámicas. De hecho, cuando empieza a aparecer en la cerámica la figura humana, en forma esquemática, hay en su tratamiento una evidencia de esa organización orgánica. Las dos primeras fases del geométrico, hasta la exuberante eclosión del estilo que se produce a mediados del siglo VIII, se caracterizan por alguna modificación en el tratamiento de la superficie de los vasos, pero, sobre todo, por una cierta alteración de las formas. Hay una tendencia a aumentar el eje horizontal en relación con el vertical, al tiempo que el centro de gravedad se desplaza hacia abajo, produciendo una serie de formas más bien achaparradas. La decoración sigue estando al servicio de la forma, realzando ahora la nueva tendencia. Desaparece el motivo de los semicírculos concéntricos y prevalece el de los meandros; al mismo tiempo, la división horizontal de los motivos se combina con la vertical. Una innovación importante es, en fin, la habilitación de zonas específicas del vaso para el acomodo de escenas a base de figuras humanas múltiples, de gran expresividad. Los ejemplares áticos, entre los que destacan las magníficas piezas del Dipilón, son los mejores, imitados de lejos por las escuelas argivas de Argos y de Tirinto. Tampoco la cerámica geométrica corintia presenta todavía el desarrollo artístico que alcanzará en la fase orientalizante. En Asia Menor destaca la producción de Mileto.

3. CIUDADES Y ALDEAS

Apenas hay restos de los poblados de la Edad Oscura, incluso en una fecha tan avanzada como el siglo VIII a.C., en que ya se inaugura la época arcaica y es de presumir por otros indicios una mejora sustancial en las condiciones materiales de la vida. La continuidad del poblamiento de las ciudades más importantes durante siglos ha podido borrar las huellas arqueológicas de los estratos más antiguos: es el caso presumible de Atenas, Corinto o Argos. Sin embargo, el estudio de algunos asentamientos excepcionales en que no se da tal continuidad sugiere que el tipo común de ciudad del siglo VIII a.C. era en realidad una especie de aldea, sin fortificaciones y sin edificios públicos; con casas construidas a base de adobes sobre una implantación mínima de piedras, y con espacios descubiertos, tanto para el culto de los dioses, en que una simple empalizada podía delimitar el lugar sagrado, como para las concentraciones de los hombres con fines comerciales o de gestión de la comunidad. Esa forma de hábitat no deja en general otras huellas que los objetos muebles, en especial la cerámica, ya que los metálicos suelen refundirse para la elaboración de piezas nuevas.

El caso mejor conocido entre los que se salen de esa tónica común es el de Esmirna. Aún así las casas son allí muy modestas, y lo que en verdad destaca como construcción son las impresionantes murallas, erigidas primeramente en el siglo IX a.C. y reforzadas, con la adición de bastiones defensivos, en el VIII, cuando la ciudad parece haberse incorporado a la Jonia. Dentro hay unas dependencias algo más grandes y un conjunto caótico de pequeñas barracas, ensambladas con patios cercados y lo que parecen graneros circulares. Las plantas son rectangulares, ovales y, sobre todo, absidales, perpetuando así la tradición que arranca de finales del Heládico Antiguo, en el continente, pero que podría tener, como se ha dicho, un origen oriental. Cuentan con un pequeño murete de

piedras en la parte inferior, que soporta la pared de ladrillos, la cual recibe una cubierta de paja a dos aguas montada sobre un armazón de madera. Este tipo de casa no se podía adosar ni era capaz de adquirir una estructura compleja, por lo que debía mantener unas dimensiones reducidas, resultando poco confortable en lo que respecta a la disposición del espacio interior.

Esa pobreza de las viviendas hace más impresionante la técnica constructiva de las murallas, con sus grandes bloques poligonales, bastante bien ensamblados, que se adopta un siglo más tarde en Mileto, muy perfeccionada. Se duda de que en una fecha tan temprana los artífices jonios hubieran podido aprender esas técnicas de construcción monumental en el Oriente, por lo que se ha sugerido que los propios inmigrantes han podido llevar consigo las tradiciones micénicas en este aspecto, como también una posible conexión con la tradición anatolia que se manifiesta en Troya VI, demasiado remota, sin embargo. En cualquier caso, la vieja Esmirna es la única pieza de evidencia sobre tales técnicas entre los griegos orientales, que se puede fechar en el siglo IX, careciendo de antecedentes conocidos en toda esa área.

Zagora, en la isla de Andros, y Emporio, en la de Quíos, completan nuestra visión de la morfología urbana en la Grecia del siglo VIII a.C: Zagora puede haber sido una colonia de Eretria, fundada antes del 800 a.C. y abandonada hacia el 700 a.C. Las casas están diseminadas por una plataforma elevada, dotada de unos buenos escarpes naturales, para su defensa, que se completa con sólidos trabajos de fortificación; en su interior alberga un santuario. Emporio, en cambio, es una aldea desparramada en torno a una colina, con una acrópolis fortificada y presidida por un santuario de Atenea. Las dos tienen sus respectivos puertos, pero el área urbana se mantiene apartada de ellos, debido sin duda a la amenaza que constituían los piratas. El diseño urbanístico se pliega a las características del terreno en cada caso. En Emporio una vía parte del puerto hacia la acrópolis, dividiéndose en dos brazos que rodean la colina; a los lados cuelgan las casas, sobre terrazas y por lo general exentas. Por el contrario, en Zagora las viviendas están adosadas unas a otras, siendo el templo el único edificio aislado; algunas están divididas en varias piezas. En ambos lugares las casas son rectangulares y construidas en piedra. Tenían cubiertas planas, con soportes interiores, que hacían posible la existencia de piezas más amplias que las de Esmirna; el armazón era de madera, pero estaba recubierto con lajas de pizarra, completadas con chimeneas de barro para la evacuación de humos. Es importante destacar la diferenciación de las viviendas que se aprecia en Emporio: una variante sencilla de una sola pieza, frente a una vivienda más amplia de tipo *megarón*, que presenta un ejemplar particularmente espacioso e identificado como la residencia del jefe local. Y también Zagora ostenta una posible residencia singular, próxima al santuario y de dimensiones destacadas, que podría pertenecer a la familia más importante. Se aprecian en algunas viviendas de esas ciudades hogares domésticos y despensas excavadas en el suelo o adosadas a la pieza de estancia.

Las actividades artesanales deben de haber tenido en esas ciudades un desarrollo muy modesto, porque no se detecta la existencia de talleres. Hasta donde era posible se realizaban sin duda en el ámbito doméstico, aunque al menos los alfareros y los trabajadores del metal tenían que ser especialistas. Hay algún raro hallazgo que documenta su actividad, probablemente muy concentrada en lugares

concretos y ampliamente distribuida por vía de comercio. Porque en el siglo VIII los eubeos y los corintios, a la par de los activos fenicios, recorrían ya con sus naves el Mediterráneo oriental. Al margen del movimiento de mercancías a larga distancia, había, según documentan los *poemas homéricos*, barcos que se cargaban con un surtido de mercancías varias y que arribaban a los puertos, permaneciendo varados durante meses en la costa, hasta que colocaban sus productos para regresar luego con lo que habían obtenido como forma de pago en cada lugar.

En la Edad Oscura y en el propio siglo VIII a.C. no parece tener mucha importancia la oposición entre hábitat urbano y hábitat rural. Todo el mundo vive prácticamente de la agricultura y la ganadería, pero no reside en el campo sino que tiene sus viviendas habituales agrupadas en aldeas, cuyas dimensiones y distancias respectivas se establecen, al margen de otros factores, en función del mayor agrupamiento que permita, sin embargo, trasladarse cada día al sembrado o al pastizal donde hay que ejercer la actividad. Sólo así, en grupos, se pueden mantener a seguro las pertenencias: en la aldea se almacena el grano y se guardan cada día los ganados, que podrían ser robados por cualquiera. Es a partir de esa época cuando el desarrollo político y una serie de razones de orden económico propician en contados casos la integración de esas unidades de poblamiento en unidades mayores, que constituyen ciudades-estado; a veces, un núcleo urbano que se erige en capital atrae entonces cada vez a más pobladores, manteniéndose, sin embargo, las aldeas, lo que conduce, ya en la época arcaica avanzada, a una eventual diferenciación entre vida urbana y vida rural.

4. PRODUCCIÓN AGROPECUARIA

El ganado bovino es, en general, escaso en esta época; abundan mucho más la cabra y el cordero, con una importancia creciente del cerdo. Los frutos más comunes son las uvas, los higos y las aceitunas; y, como cereal, la cebada, más abundante que el trigo. En las fases más traumáticas de la Edad Oscura debe de haberse registrado un receso de la agricultura en favor de la ganadería, no sólo porque las acciones bélicas inciden, por lo general, más negativamente en los cultivos que en los rebaños, sino porque las poblaciones llamadas a prevalecer estaban integradas sobre todo por pueblos pastores. Tal inversión de las fuentes de recursos debió de afectar solamente al área continental; porque a las tierras de colonización del oriente se trasladaron, a lo que parece, agricultores, que encontraron allí buenos campos para el cultivo. La exhortación del poeta Hesíodo al cuidado de los trabajos agrícolas corresponde así a un inmigrante, que lo era por vía paterna, procedente de la Eólide, instalado en una Beocia muy poblada por ganaderos y en vías de un desarrollo agrícola. El aumento de la población en las áreas continentales, que se registra a finales de la Edad Oscura, debió de estimular la agricultura, capaz de alimentar a más bocas, siempre que se dieran condiciones de paz, como ocurría entonces; aunque los cultivos intensivos, sin una atención a la regeneración de los campos, y con el aumento de la población que propiciaban a corto plazo, pueden haber conducido pronto a una merma de los rendimientos agrícolas, posible factor determinante de la crisis social relacionada con los agricultores que se registra en la época arcaica en muchas zonas.

Con respecto al siglo VIII a.C. la cuestión está en saber si el crecimiento de la producción agrícola se produjo –y hasta qué punto– por habilitación para el cultivo de zonas anteriormente improductivas, sin detrimento de la producción ganadera, o por una reorientación de tierra y recursos humanos hacia las actividades agrícolas. No contamos con una respuesta cierta, porque el análisis de esta cuestión es complejo y debería realizarse por zonas, algunas de las cuales están faltas de la evidencia necesaria. Lo único que tenemos en realidad son conclusiones muy puntuales. Así, el estudio de los restos óseos de una familia ateniense de la época ha evidenciado que la carne y la leche constituían una parte importante de su dieta; y, sin embargo, el temprano auge que alcanzan los cultos agrarios de Eleusis y algunos otros detalles revelan la importancia de la agricultura en el Ática en los siglos inmediatamente precedentes al VIII a.C.

5. SOCIEDAD Y FORMA POLÍTICA

La evolución de las instituciones públicas tampoco es manifiesta, ni siquiera en términos de balance final, en la Edad Oscura. Ya hemos dicho que los testimonios homéricos, sumados a los de Hesíodo, revelan la importancia del desarrollo de las aristocracias, conforme a un modelo de distribución del poder que descansa en una identificación de la estructura política con la estructura social en términos selectivos; es decir, que una forma indiferenciada y aglutinante de los poderes, con los que se ejerce el gobierno de la comunidad y la administración de justicia, es ejercida por unos elementos sobrevalorados por la pretendida excelencia de su linaje, frente a los cuales viven todos los demás en una situación, eventualmente diversificada, de dependencia personal. Es, al parecer, un modelo en el que existe una frontera infranqueable entre quienes mandan y quienes obedecen.

Pero sigue habiendo dos puntos oscuros en este esquema interpretativo, que pueden tener una entidad diferente en cada caso. Uno es el de la realeza; otro el de la asamblea. Para algunos autores lo que se entiende comúnmente por monarquía no existe en realidad en la Edad Oscura, porque lo que consideramos ahí como reyes, sustituidos después por magistrados, son en realidad figuras que ejercen poderes muy concretos, aunque puedan ser de transmisión hereditaria, sometidos al control y la aceptación de la comunidad o de sus elementos dirigentes. Y, ciertamente, hay razones de peso, que no podemos pormenorizar aquí, para mantener esa postura. En cuanto a la cuota de poder atribuida en cada caso al conjunto de los ciudadanos, todavía resulta más difícil de evaluar. A diferencia de la monarquía propiamente dicha, la asamblea sí parece un órgano político ancestral de los pueblos de raigambre indoeuropea en general, pero no sabemos hasta qué punto la sedentarización de las comunidades y la forma de las tácticas de combate han podido restar poder efectivo a la masa en favor de una nobleza que tenía potencialmente muchos medios de control indirecto sobre ella. Sólo al llegar a la época arcaica, más rica en documentación, se puede plantear un análisis de esa cuestión. Y entonces se aprecian diferencias muy importantes entre unas áreas, o entre unas comunidades, y otras. En general, cabe suponer que las comunidades que habían surgido con una población más mezclada, como parece ser el caso de las ciudades jónicas, permitieron un desarrollo menor del fenómeno de la aristocracia como forma de distribución del poder, e, inversamente, que la mayor concentración de las fuentes de riqueza, unida a la existencia de población en régimen servil, incrementó ese desarrollo, pero no dejan de ser ésas unas líneas muy generales de aproximación a los casos concretos.

La existencia de un consejo como órgano político, dotado de una autoridad reconocida por todos, parece un hecho generalizable a las comunidades de esa época, porque está claro que pertenece al arquetipo político ancestral de los pueblos que las integran, y tiene, por otra parte, su reflejo en los *poemas homéricos*. Pero lo que habría que dilucidar es hasta qué punto ejerce un monopolio del poder político, tanto frente a la asamblea como frente a los reyes o magistrados. Y otra posible variable diferenciadora de las comunidades es el hecho de que ese consejo de ancianos incorpore a todos los individuos más viejos de cada familia, o bien quede restringido a quienes pertenecen a linajes selectos. En este último caso y cuando el principio de autoridad está llamado a imponerse sistemáticamente, entendemos que se ha configurado una aristocracia.

Según la interpretación más común, la unidad social primaria es una especie de clan, integrado en otra unidad suprafamiliar, ligada también por vínculos ancestrales, que es la *tribu*. Esa unidad primaria es aglutinante, por vía de parentesco o adopción, y, en la medida en que constituye una célula de poder, está abierta al crecimiento. En las comunidades más amplias que forman los grandes estados esa tendencia conduce, al parecer en el siglo VIII a.C:, si no es en un momento anterior, a la asociación de los clanes en unidades más grandes, que permiten de un modo más fácil la agregación de elementos nuevos, siempre en un régimen de dependencia social, con proyección en la esfera política. Suponemos que tales unidades intermedias entre el clan familiar y la tribu, las llamadas *fratrías*, tienen un carácter local, en la medida en que los elementos menos privilegiados pueden verosímilmente haber buscado la protección de los poderosos que tenían más cerca. Los estados dorios presentan, considerados en conjunto, un desarrollo político bastante disímil, aunque su estructura social puede parecer, desde cierto punto de vista, un tanto homogénea. Citaremos ahora tan sólo el caso de Creta, que ya no se tratará más adelante. Es el primer lugar, que sepamos, donde el ágora adopta una forma arquitectónica, que, en el caso concreto de la ciudad de Drero, se data a finales del siglo VIII a.C., lo mismo que su templo de Apolo Delfinio. Y el hecho se repite unas décadas después en la de Lato. En esa época Creta estaba gobernada, desde luego, por aristocracias, pero su ejercicio de los poderes se vio muy pronto definido y limitado por leyes, como parece haber ocurrido en Esparta. Falta un edificio de residencia de una figura importante en esas ciudades, y, en cambio, se construye el destinado a albergar a los magistrados en ejercicio, que, aunque fueran de extracción aristocrática, tenían unos tiempos de mandato muy limitados.

6. RELIGIÓN

La dimensión religiosa, en sus diversas facetas, constituía uno de los pilares básicos de las comunidades de la Edad Oscura en su fase más desarrollada, e, inmediatamente después, aparece potenciada en su asociación con el desarrollo de los estados. Se puede decir que la documentación arqueológica más antigua

de los asentamientos, situada en términos generales en la cota cronológica del 900 a.C., comporta siempre como elemento destacado y claramente identificable un santuario consagrado a una divinidad protectora. Y, a su vez, el crecimiento cuantitativo y/o cualitativo de los mismos va en paralelo con la mejora de la infraestructura del templo y con el incremento de las ofrendas. La razón es que, para la mentalidad griega, la divinidad local era a un tiempo defensora de la ciudad y de la comunidad que la ocupaba, cauce de la piedad individual y término de referencia de las manifestaciones sociales importantes que marcaban las etapas y los acontecimientos del individuo. En la época clásica aparecen muy desarrollados los santuarios y cultos panhelénicos, que podían diversificar las vivencias religiosas, pero en esta fase anterior que ahora tratamos las gentes vivían en círculos cerrados, de suerte que los cultos locales absorbían toda su proyección en la órbita religiosa.

En las primeras etapas la dimensión religiosa alcanzó un modesto desarrollo material; sin embargo, en el siglo VIII a.C., que conoce un despegue de las técnicas constructivas, nace el templo como una estructura peculiar, que en las etapas sucesivas se enriquece, pero siempre sobre la base de la misma concepción. Es un lugar sagrado en el que mora la divinidad, bajo la forma de una representación antropomórfica y al que sólo tienen acceso quienes deben prestarle unas atenciones específicas; las celebraciones de masas, con un carácter de culto público, discurren fuera. Pero también desaparecen en esta época las formas de culto doméstico a las divinidades que habían caracterizado a la religión minoica y a la micénica. El culto implica a la comunidad y se celebra al aire libre, usualmente en un altar erigido en el recinto sagrado, donde se realizan los sacrificios destinados a la divinidad que se encuentra en el interior. Se considera en general que esos altares han precedido por doquier a las construcciones propiamente dichas, que luego se suman eventualmente a ellos.

Los planos de los templos se corresponden con los modelos tradicionales de vivienda. En Creta y las Cícladas se encuentra un tipo sencillo, representado por el Heraion de Delos y por el Delfinion de Drero. Consta de una pieza cuadrada o rectangular, con un banco de piedra adosado al muro trasero, que servía para depositar las ofrendas, y un hogar en el centro. La forma característica del continente es, en cambio, la de un rectángulo con la cabecera en ábside y con un porche a la entrada sustentado por columnas. El templo de Hera en Perácora, que se supone construido en torno al 800 a.C., es un buen representante de este tipo, mejor conocido gracias al hallazgo en el santuario de una reproducción del mismo en terracota, depositado allí como ofrenda. La tercera variedad tiene como planta un largo rectángulo, heredero del mégaron micénico, y es de la que derivan los templos dóricos y jónicos. Presenta la triple división interior, formando una antesala, una sala principal y una pequeña pieza al fondo, que aparece después en los templos clásicos.

Casi todas las divinidades titulares de los santuarios en esta época corresponden al Panteón Olímpico. En realidad, su identificación sólo es posible a través de testimonios posteriores, pero podemos suponer que ningún santuario cambió de titular después del período Geométrico, dado que las poblaciones se habían estabilizado en sus respectivos asentamientos. Por el contrario, tenemos razones para sospechar que los griegos de la Edad Oscura no perpetuaron, en general,

los cultos de la etapa micénica. Hubo, eso sí, muchas veces una continuidad en la utilización de determinados lugares sagrados como santuarios, especialmente cuando tenían unas características topográficas que favorecían esa consideración, o cuando los grupos de población llegados de nuevo encontraban cultos establecidos por las poblaciones allí existentes. Pero en esos casos de integración poblacional hay que presuponer hechos de sincretismo, y en los de la ocupación de solares abandonados, la implantación de divinidades nuevas. En Delfos, por ejemplo, Apolo sustituye a una divinidad femenina anterior, lo que también ocurre en Delos, aunque aquí se registra una persistencia del culto femenino bajo la forma de Artemis, una diosa que se vincula estrechamente en el mito con la figura de Apolo. En Olimpia no hay huellas del culto a Zeus anteriores al siglo X a.C. En muchos de esos casos, como son también los del santuario de Eleusis, el de Egina, el de Epidauro, o el de Amiclas, se registran en el lugar restos de construcciones micénicas, pero falta toda huella de continuidad en lo que respecta a los cultos. El caso de la ciudad de Esparta es por demás elocuente: su santuario de Artemis Ortia, situado en zona baja, junto al río, parece una creación totalmente nueva; el lugar de culto micénico pudo estar en lo alto de la Acrópolis, donde los dorios entronizan a una Atenea *Poliouchos* («Poseedora de la ciudad»), que, si tiene una vaga continuidad respecto de un arquetipo micénico, constituye en todo caso una divinidad tópica, en su calidad de protectora de ciudades. Es la de Atenas, la de Tegea en la Arcadia, la de los asentamientos dorios coloniales de la isla de Rodas, la de la colonia de Siracusa, fundada por corintios, y la de las ciudades de la Dodecápolis jonia.

Apolo, en cambio, tiene sus principales santuarios fuera de las áreas urbanas; no es protector de ciudades, sino un dios oracular y sanador, al que se dirigen consultas y se acude en demanda de curación. Su culto está representado por toda la costa de Asia Menor; por la Grecia central, en Delfos y en Beocia; por el Peloponeso, con las advocaciones de Maleatas en Epidauro y Hiacintio en Amiclas; o en islas, como Delos y Paros, así como en Creta, en la ciudad de Drero. En algunos de esos lugares recibe también culto su hermana Artemis, que tiene, por otra parte, santuarios propios famosos, igualmente fuera del área urbana: el de Esparta, ya mencionado, el de Braurón en el Ática, el de Áulide en Beocia, o el de Éfeso en la costa minorasiática. El de Zeus es, en fin, otro culto que cubre todo el territorio helénico ya en esa época, asociado o no al de su esposa Hera. Tiene su oráculo en Dodona, en el Epiro, y muchos santuarios de montaña, como el de Itome en Mesenia. Es el señor de Olimpia y se introduce como divinidad principal en la isla de Creta.

Más restringido a los Estados dorios se muestra el culto de Hera, aunque uno de sus santuarios más antiguos es el de la isla de Samos. Afrodita está vinculada específicamente a la isla de Chipre, Hefesto a la de Lemnos, Deméter a Eleusis y Poseidón al Istmo.

Un rasgo característico del siglo VIII a.C. en relación con el culto de las divinidades es el enorme incremento de las ofrendas votivas, que antes se concentraban en los enterramientos. En el caso de los santuarios pertenecientes a una ciudad en particular, ese aumento de las ofrendas no tiene por qué estar en relación exacta con el crecimiento demográfico y con el de la riqueza, puesto que también puede deberse a un desarrollo de los valores cívicos: a una mayor inte-

gración del individuo en el marco de la *pólis*, que crearía en él una motivación hacia la búsqueda de prestigio a través de una ostentación pública de riqueza, asociada al acto de piedad para con los dioses de la ciudad. A su vez, los ahora incipientes santuarios panhelénicos, como el de Delfos o el de Olimpia, constituían una plataforma semejante en lo que respecta a las ciudades y a sus elementos dirigentes, sin olvidar, además, que la voz del santuario, sobre todo en el caso de Delfos, tenía una influencia, a veces decisiva, en el desarrollo de las relaciones internacionales.

La mayor parte de las ofrendas seguían siendo libaciones o frutos, es decir, bienes no tesaurizables. Como testimonios de las mismas nos quedan las piezas de cerámica que las contenían, a veces de valor artístico, que se han encontrado hechas añicos, posiblemente porque el oferente o el personal del templo las rompían para que no pudieran ser reutilizadas.

Un segundo tipo, que puede tener el carácter de un exvoto, o simplemente el de la prestación de un esfuerzo económico al acto de piedad, o, tal vez, el de una consagración simbólica de la persona del oferente o de sus animales a la divinidad, es el de las figurillas de terracota, que posiblemente se vendieran en los templos, constituyendo así una contribución indirecta a los mismos. A veces se trata de una reproducción del propio santuario, otras de representaciones de la divinidad, otras son claramente imágenes de oferentes; en el caso de las figuras de animales, —los caballos, por ejemplo— no sabemos si representan el status del dedicante, y si los animales domésticos, como toros o cabras, sustituyen simbólicamente a animales sacrificados. También se encuentran escarabajos de bronce, lo que se ha interpretado como una búsqueda de protección contra las plagas que amenazaban habitualmente a las cosechas.

Más difícil de interpretar es la ofrenda de artículos de adorno personal, como las fíbulas o las joyas, si queremos buscarles un sentido profundo, al margen de la posibilidad de que sean formas ritualizadas de las manifestaciones de piedad. La cuestión está en saber, desde el punto de vista fenomenológico, cuáles eran las razones que llevaban a elegir un tipo de ofrenda u otro, y la realidad es que no tenemos una respuesta cierta.

Una ofrenda muy característica, que resultaba a buen seguro más costosa que las hasta ahora reseñadas, es el caldero de bronce montado sobre un trípode. Además del valor intrínseco de la materia prima empleada, muchos ejemplares tenían una cuidada elaboración artística de las asas y los pies, que los convertía en objetos de lujo. En rigor, se trata de una pieza de ajuar doméstico, pero su presencia masiva en los templos en calidad de ofrenda y su representación plástica en escenas de culto, unida a algunos testimonios más tardíos de las fuentes escritas, indica que simbolizaba la aproximación del hombre a la divinidad y que constituía un instrumento de comunicación con ella. Decíase que la Pitia, la profetisa de Delfos, se colocaba sobre un trípode para recibir las revelaciones de Apolo.

DOCUMENTOS

1. EL ESCUDO DE AQUILES

Primeramente hizo (el dios Hefesto) un escudo grande, robusto y bien trabajado por todas partes. Alrededor le puso un borde brillante, triple, resplandeciente, y colgó de él un asidero de plata. Había cinco placas en el escudo, y colocó en ellas un prolijo adorno, bien trabajado, hecho con enorme maestría.

Representó allí la tierra, y el cielo, y el mar, el sol infatigable y la luna llena, y todos los astros que coronan el cielo, las Pléyades, la Híades, el fuerte Orión, y la Osa, llamada también Carro, que gira en su sitio y espía a Orión, y es la única privada de los baños del Océano.

Hizo allí dos ciudades humanas, hermosas. En la una había bodas y fiestas. Las novias eran conducidas desde sus casas, bajo las antorchas flameantes, por la ciudad, y de todas partes se elevaba el himeneo. Jóvenes danzantes daban vueltas, y en medio de ellos resonaban flautas y liras. Las mujeres, en pie, miraban con admiración desde la puerta de sus casas.

El pueblo estaba reunido en la plaza pública. Se había producido una disputa, y dos hombres discutían acerca de la compensación por un muerto. El uno pretendía pagarlo todo y reclamaba la ayuda del pueblo; el otro se negaba a coger nada. Ambos deseaban un experto para llegar a una solución. El pueblo gritaba a favor de los dos, apoyando a uno y a otro. Los heraldos mantenían a raya a esa multitud. Los ancianos estaban sentados en las pulidas piedras, en el círculo sagrado. Sus cetros se encontraban en poder de los heraldos de voz penetrante; iban a tomarlos enseguida, para adelantarse y manifestar su criterio por turno. En medio había depositados dos talentos de oro, para dárselos a aquel de entre ellos que aportara el juicio más recto.

En las proximidades de la otra ciudad acampaban dos ejércitos, brillantes bajo sus armas. Una de estas dos cosas habían decidido hacer: o destruir la ciudad o dividirse a medias todos los bienes que guardaba la adorable ciudadela. Pero los asediados no consentían en ello aún y se preparaban en secreto para una emboscada. Las murallas, sus mujeres y sus hijos de corta edad las defendían, encaramados en ellas, y también los hombres a quienes poseía la vejez. Los otros marchaban. A su cabeza iban Ares y Palas Atenea, ambos de oro, vestidos con dorados ropajes, bellos y grandiosos con sus armas, como dioses en verdad, bien visibles; los guerreros a su lado parecían más pequeños. Una vez llegados al lugar adecuado para la emboscada, en el punto del río donde beben todos los rebaños, se apostaron allí, cubiertos de bronce resplandeciente. Alejados de la tropa se mantenían dos vigías, esperando hasta ver a los corderos y a los bueyes de cuernos retorcidos. Pronto aparecieron, seguidos de dos pastores que se deleitaban con la flauta; no preveían para nada la trampa. Al verlos, los hombres escondidos se echaron encima, y, cruzando inmediatamente entre los grupos de bueyes y entre los hermosos rebaños de blancos corderos, dieron muerte a los pastores.

Los asaltantes, al percibir el gran tumulto que había donde los bueyes, mientras estaban sentados delante del lugar de la asamblea, montaron al punto en sus carros de caballos piafantes y se presentaron allí de inmediato. Habiendo tomado posiciones, libraban batalla en las orillas del río; y los combatientes se atacaban unos a otros con sus broncíneas lanzas. Discordia y Tumulto se mezclaban entre ellos; y la funesta diosa de la Muerte, que, manteniendo a unos

vivos, aunque recién heridos, y a otros ilesos, arrastraba por los pies a otros, muertos, a través del campo de batalla; tenía el vestido, sobre los hombros, rojo de sangre humana. Se mezclaban en la lucha del mismo modo que los mortales y combatían; y se disputaban los cuerpos de los muertos.

Puso también en el escudo un blanco barbecho, pingüe tierra de cultivo, vasta, capaz de soportar tres labores. Muchos labriegos, haciendo girar sus yuntas, las conducían de acá para allá. Cuando, después de haber dado media vuelta, volvían al límite del campo, tomaban en sus manos una copa de vino dulce como la miel, que les daba un hombre que se acercaba hasta allí. Y volvían a los surcos, impacientes por llegar de nuevo al límite del profundo barbecho, que se ennegrecía tras sus pies y parecía una tierra labrada, aunque fuera de oro. Este trabajo del herrero suscitaba alrededor una gran admiración.

Puso allí también un *témenos* real. En él cosechaban unos obreros, con las hoces cortantes en la manos. De las mieses, unas caían, abundantes, a la tierra a lo largo del surco; otras las estaban atando los gavilladores. Había allí tres gavilladores; tras ellos, unos chicos, recogiendo las mieses y transportándolas en sus brazos, se las entregaban sin cesar. El rey, en medio, en silencio, con el cetro en la mano, estaba de pie en un surco, con el corazón gozoso. A un lado, bajo una encina, los heraldos se ocupaban del banquete. Habían sacrificado un gran buey y lo preparaban; las mujeres, para el almuerzo de los obreros, vertían abundante harina blanca.

Puso allí también, toda cargada de racimos, una viña, hermosa, dorada. Había unas uvas negras en lo alto de las cepas, que mantenían erguidas rodrigones de plata. Alrededor hizo una zanja de metal azulado, y, a lo largo de ella, una cerca de estaño. Un único sendero conducía hasta allí, por el que iban los porteadores a la vendimia. Muchachas y muchachos, llenos de tiernos sentimientos, llevaban en cestos trenzados el fruto dulce como la miel. Entre ellos, un chiquillo, con la cítara de claro sonido, tocaba de un modo encantador, y, acompañándose con esa música, cantaba un hermoso *linos* con una voz delicada. Los otros, golpeando el suelo al unísono, acompañaban la cadencia de su canto y sus suaves acentos con pies danzarines.

Hizo en el escudo un rebaño de vacas de cuernos rectos. Eran de oro y de estaño, y con un mugido se lanzaban del estiércol a los pastizales, junto a un río rumoroso, junto a unos cimbreantes rosales. Pastores de oro acompañaban a las vacas; eran cuatro, y nueve perros de ágiles patas los seguían. Terribles, dos leones, en medio de las primeras vacas, sujetaban un toro mugiente. Era arrastrado entre grandes mugidos, y los perros lo perseguían, y los jóvenes. Los dos leones, después de desgarrar la piel del buey, devoraban sus entrañas y su negra sangre. En vano los perseguían los pastores, azuzando a sus rápidos perros; éstos se resistían a morder a los leones y ladraban cerca de ellos, evitándolos.

Hizo también un prado el ilustre cojo, en un hermoso valle, un gran prado de ovejas blancas; y establos, cabañas y rediles.

Y reprodujo allí también un coro el ilustre cojo, semejante al que una vez, en la vasta Cnosos, realizó Dédalo para Ariadna, la de hermosos rizos. En él muchachos y muchachas, que valían muchos bueyes, danzaban cogidos de las muñecas. Ellas llevaban vestidos de tela fina; ellos vestían túnicas bien cosidas, con el dulce brillo del aceite; ellas llevaban hermosas coronas, y ellos, puñales de oro colgando de tahalíes de plata. Unas veces corrían en círculo, con sus expertos pies, llenos de soltura, como cuando el alfarero, sentado, con una rueda suave en las manos, trata de comprobar si gira bien; otras, por el contrario, corrían en filas unos hacia otros. Una muchedumbre rodeaba a ese coro encantador, llena de júbilo. Entre los danzantes cantaba un divino aedo, que tocaba la cítara; y dos saltimbanquis, dirigidos por su ritmo, daban volteretas en medio.

Y puso allí la enorme fuerza del río Océano, en el mismo borde del escudo sólidamente hecho.

(*Ilíada* 18.478-18.617)

2. UNA POLIS DE LA EDAD OSCURA

Y, cuando íbamos a entrar en la ciudad que rodea una elevada muralla –hay un buen puerto por cada lado de la ciudad, cuya entrada es estrecha, y las cóncavas naves dan guarnición al camino porque cada hombre tiene allí un amarradero–. Y tenían allí también un ágora cerca del hermoso templo de Poseidón provista de grandes piedras profundamente hincadas en el suelo.

(*Odisea* 6.262 y ss.)

BIBLIOGRAFÍA

A. ANDREWES: *Greek Society*, Londres, 1971.

R. BIANCHI BANDINELLI (ed.): *Orígenes y desarrollo de la ciudad. El medioevo griego*, en *Historia y civilización de los Griegos*, Barcelona, 1982 (Milán, 1978).

A. R. BURN: *The World of Hesiod; a study of the Greek Middle Ages c. 900-700 B.C.*, Nueva York, 1966 (2).

R. CARPENTER: *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge, 1966.

J. N. COLDSTREAM: *Geometric Greek Pottery*, Londres, 1968.

–, *Geometric Greece*, Bonn, 1977.

E. M. CRAIK: *The Dorian Aegean*, Londres, 1980.

V. R. d'A. DESBOROUGH: *The Greek Dark Ages*, Benn, 1972.

R. DREWS: *Basileus. The Evidence for Kingship in Geometric Greece*, New Haven, 1983.

V. EHRENBERG: «When did the Polis Rise», *Journ. Hell. Stud.* 1937, pp. 147-159.

–, *The Greek State*, Londres, 1960 (*L'état grec*, París, 1976).

C. J. EMLYN-JONES: *The Ionians and Hellenism*, Londres, 1980.

M. I. FINLEY: *El mundo de Odiseo*, Méjico, 1961 (*The World of Odysseus*, Londres, 1962(2))

D. H. F. GRAY: «Houses in the Odyssey», *Class. Quart.* 1955, pp. 1-40.

F. GSCHNITZER (ed.): *Zur griechischen Staatskunde*, Darmstadt, 1969.

G. HUXLEY: *Early Sparta*, Londres, 1962.

F. KIECHLE: *Lakonien und Sparta*, Munich, 1963.

J. V. LUCE: «The Polis in Homer and Hesiod», *Proc. Royal Irish Acad.*, 1978, páginas 1-15.

A. MELE: *Società e lavoro nei poemi omerici*, Nápoles, 1968.
G. PUGLIESE CARRATELLI: «Dal regno miceneo alla Polis», *Atti del convengo internazionale sul tema Dalla tribù allo stato*, Roma, 1962.
A. M. SNODGRASS: «A Historical Homeric Society», *Journ. Hell. Stud.* 1974, p. 114.
–, *Archaeology and the Rise of the Greek State*, Cambridge, 1977.
–, *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.
C. G. STARR: «The Early Greek City-State», *Par. Pass.* 1957, pp. 97-108.
C. G. THOMAS: «The Roots of Homeric Kingship», *Historia*, 1966, pp. 387-407.
–, *Homer and the Polis*, Par, Pass., 1966, pp. 5-14.
G. VLACHOS: *Les sociétés politiques homériques*, París, 1974.
R. F. WILLETS: *Aristocratic Society of Ancient Crete*, Londres, 1955.

TERCERA PARTE

ÉPOCA ARCAICA

A. MELE: *Società e lavoro nei poemi omerici*, Nápoles, 1968.
G. PUGLIESE CARRATELLI: «Dal regno miceneo alla Polis», *Atti del convengo internazionale sul tema Dalla tribù allo stato*, Roma, 1962.
A. M. SNODGRASS: «A Historical Homeric Society», *Journ. Hell. Stud.* 1974, p. 114.
–, *Archaeology and the Rise of the Greek State*, Cambridge, 1977.
–, *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.
C. G. STARR: «The Early Greek City-State», *Par. Pass.* 1957, pp. 97-108.
C. G. THOMAS: «The Roots of Homeric Kingship», *Historia*, 1966, pp. 387-407.
–, *Homer and the Polis*, Par, Pass., 1966, pp. 5-14.
G. VLACHOS: *Les sociétés politiques homériques*, París, 1974.
R. F. WILLETS: *Aristocratic Society of Ancient Crete*, Londres, 1955.

TERCERA PARTE

ÉPOCA ARCAICA

CAPÍTULO I

LA INFLUENCIA DEL ORIENTE

1. CONTACTOS EN ORIENTE

El tránsito de la Edad Oscura a la época arcaica, que es también el paso desde lo que se ha venido a denominar Protohistoria a la Historia, dentro del proceso de formación de la cultura griega, presenta, como factor más impresivo y generalizado, una influencia oriental. La circulación de los elementos culturales en dirección este-oeste dentro del gran marco que constituyen las tierras asomadas al Mediterráneo se puede constatar en momentos varios, anteriores y posteriores al que ahora contemplamos, pero muestra en este caso una especial intensidad, hasta el punto de tipificar toda una fase cultural, no sólo en Grecia sino en tierras tan alejadas como el sur de la Península Ibérica. Una innovación especialmente relevante, que procede de allí, es el uso de la escritura, pero la impregnación oriental se hace patente en aspectos tan significativos desde el punto de vista sociológico como lo son el arte y la religión. Las costumbres y el pensamiento acusan igualmente esa influencia. El sustrato cultural y las características etnográficas del conjunto de pueblos, cada vez más homogéneo, que se puede llamar ya con propiedad *helénico* funcionan en todo caso como componente dominante de la Grecia clásica, pero la influencia oriental producida a comienzos de la fase arcaica enriquece y cataliza ese desarrollo. La transferencia de la savia oriental se aprecia en el siglo que discurre entre el 750 y el 650 a.C.

El mayor problema del estudio de esas influencias reside en el hecho de que los testimonios más directos sobre la recepción de las mismas con que contamos son los que aporta la cerámica pintada, que no es importada sino fabricada en los medios helénicos. La entrada de los nuevos motivos que la decoran debió de producirse a través de la importación de objetos metálicos y de telas, mínimamente presentes en el registro arqueológico los primeros y del todo ausentes las segundas. Las costas de Siria y Fenicia, que tenían ya por entonces una larga tradición artística y cultural, parecen haber constituido el área principal de irradiación hacia Grecia, aunque el mayor trasvase de experiencias, conocimientos

y objetos, debió de producirse en la isla de Chipre, donde convivieron en estrecha proximidad fenicios y griegos, implicados conjuntamente en una importante actividad comercial. También sabemos de la existencia de contactos, por vía de mercenariado, entre griegos y carios con Egipto a mediados del siglo VII a.C. Pero hay otra área significativa en la orientalización de Grecia en esa época: Asia Menor. Allí se había constituido el reino de Frigia, y las excavaciones realizadas en Gordio, que han exhumado amplios edificios y tumbas, revelan el elevado nivel artístico y cultural alcanzado por los frigios a finales del siglo VIII a.C. No hay duda de que ese desarrollo, que se manifiesta sobre todo en las técnicas del trabajo de los metales y que incluye, a lo que parece, la utilización de un alfabeto, le había llegado a ese pueblo en razón de sus contactos con Asiria, la Siria septentrional y el reino de Urartu, porque las raíces culturales de los frigios eran muy pobres.

Tenemos constancia de que una variada gama de productos de lujo fabricados en diversas regiones del Próximo Oriente fueron distribuidos por vía de comercio, y luego imitados, *in situ*, por las tierras del Egeo y la Magna Grecia, si bien resulta por lo general difícil distinguir entre lo importado, lo fabricado por artífices orientales emigrados y lo imitado por los locales. Los objetos trabajados en madera o marfil son muy escasos, debido sin duda a su condición más perecedera, de modo que el grueso de los testimonios corresponde a los de bronce; ya hemos aludido, por otra parte, a la importante ausencia de las telas y los bordados, en cuya elaboración eran especialistas las mujeres de Sidón, y que constituían una de las mercancías de lujo más apreciadas por los griegos de la época.

2. TÉCNICAS ARTESANALES

El siglo VII a.C. registra la aparición en Grecia de nuevas técnicas de grabado, cincelado y trabajo de los metales, que revelan la participación, directa o indirecta, de artífices orientales. Predomina la técnica del martillo, pero poco a poco se va introduciendo la del molde por el procedimiento de la cera perdida, que consiste en modelar la pieza sobre una capa de cera montada sobre un núcleo de madera u otra sustancia de relleno, para luego recubrir el conjunto con una capa de arcilla, dejando unos agujeros; por ellos se introduce el metal fundido, que desplaza a la cera y adopta así la forma que se le había dado a ésta. Los escudos con cabezas de animales repujadas, que se fabricaron en talleres cretenses para su depósito como ofrendas en los santuarios de la isla, son una buena muestra de la primera técnica, pero una y otra están, representadas en abundancia, en lugares como Delfos u Olimpia, en las asas de esos calderos de tipo oriental que sustituyen ahora a los montados sobre trípodes, característicos del período Geométrico. El motivo del grifo y la sirena en estas piezas es de indudable origen oriental, aunque se ha señalado que presentan unas formas menos rígidas y estereotipadas, más articuladas y vivas, que las de sus remotos modelos, lo que implica una pronta asimilación helénica de técnicas y motivos.

También los marfiles orientalizantes se pueden distinguir con facilidad de los que corresponden a la fase geométrica. En la costa minorasiática y las islas próximas hay una semejanza mayor con los modelos orientales, como es el caso de un león de tipo asirio hallado en Esmirna y fechado en la última parte del siglo VII a.C.; más helenizado parece, en cambio, un joven desnudo de la misma fecha,

parte de la guarnición de una lira, que podría ser un trabajo continental, aunque se ha encontrado en Samos.

Las técnicas de la filigrana y el granulado en el trabajo del oro, perdidas después de la Edad del Bronce, se reciben ahora de nuevo desde Egipto o el Próximo Oriente.

Sin embargo, es la cerámica pintada, debido a su amplia utilización por los griegos y a su singular permanencia en los niveles arqueológicos –porque no se reutiliza como materia prima y es resistente al paso del tiempo– la que verdaderamente nos revela lo que significó la conexión oriental en el universo artístico de la incipiente Grecia histórica.

3. CERÁMICA PROTOCORINTIA

El estilo orientalizante aparece en la cerámica conrintia hacia el 725 a.C., con el llamado protocorintio; luego transforma el geométrico ático, y, finalmente, en apenas medio siglo, todos los talleres locales, prácticamente, lo habían adoptado. La falta de desarrollo de la figura humana en el geométrico corintio, en claro contraste con el ático, se considera como la razón de la temprana receptividad de Corinto frente al nuevo estilo, aunque también han podido coadyuvar otros factores aleatorios, más difíciles de establecer. Los vasos protocorintios muestran ya las dos innovaciones fundamentales del estilo. Primero, en la temática, cobran importancia los motivos de animales reales –pájaros, cabras, toros y leones– combinados ya, a veces, con los monstruos –la esfinge y el grifo– que vienen del Oriente. Estas figuras han perdido todo tratamiento geometrizante: los elementos característicos de sus anatomías están claramente destacados, y los animales adoptan actitudes naturales, o bien se presentan en composición heráldica, asociados a algún tipo de representación del árbol de la vida, es decir, de un modo más genuinamente oriental. Suelen aparecer en la ancha banda que decora la panza del vaso, mientras en la parte superior se acomodan los frisos florales, a base del loto y la palmeta. Pero una innovación todavía más importante corresponde a la técnica de decoración de los vasos, que es la llamada de «figuras negras». El negro de la figura contrasta con el fondo claro, pero dentro de ella se dibujan los detalles por incisión, a base de líneas finas que muestran el barro claro; al mismo tiempo, el rojo y el blanco se utilizan como pintura en pequeñas superficies –el pelo, las orejas o el contorno de los ojos, por ejemplo–, lo que sirve para realzar esos rasgos. La figura humana es todavía escasa, si bien a mediados del siglo VII a.C. se manifiesta un gusto por los motivos heroicos y las escenas de combate. El llamado «vaso Chigi», fechado en ese tiempo, es la pieza maestra del protocorintio, dentro de lo que se ha conservado, con su magistral friso de hoplitas, marchando al ritmo de la flauta doble.

4. CERÁMICA PROTOÁTICA

En los talleres áticos se aprecia una transición más matizada entre el geométrico y el orientalizante protoático. Los motivos nuevos tienden a la interpretación geométrica, y no se adopta la técnica de figuras negras, de modo que el

creciente naturalismo del estilo se traduce en un dibujo más elaborado y sinuoso de las siluetas. Eventualmente se encuentra la incisión y la pintura blanca para marcar los detalles. Sin embargo, el protoático tiene una importante cuota de aportación al sucesivo gran estilo cerámico de la época arcaica, en lo que respecta a la figura humana. La tradición con que contaba en el geométrico local facilita el desarrollo del estilo narrativo, en contraste con la temática netamente orientalizante de los animales y los monstruos. Una pieza ilustradora de esa tendencia es la que representa al gigante Polifemo cegado por Odiseo y sus compañeros, que lo han emborrachado previamente, como indica la copa que tiene en la mano. La escena se representa en un vaso funerario, hallado en Eleusis, que se fecha hacia la mitad del siglo VII a.C. Al mismo tiempo, la costumbre de colocar grandes piezas cerámicas marcando las tumbas permite utilizar las figuras de gran tamaño, frente a la tendencia miniaturista del protocorintio, lo que obliga a plantearse problemas sobre la realización anatómica. Entre las numerosas escuelas orientalizantes que cubren el territorio helénico, cabe destacar la producción de Rodas y Jonia, que se prolonga hasta el siglo VI a.C., sobre las pautas corintias de decoración animal y motivos vegetales en bandas diferenciadas y paralelas. Alcanza unas cotas inferiores de calidad técnica, pero revela una asimilación de la influencia oriental con una vitalidad semejante. La cabra es ahí el motivo animal dominante.

5. ESCULTURA

Sabemos de la realización en madera de imágenes cultuales en esta época, pero no se han conservado testimonios directos. Las calizas blandas también eran trabajadas en la incipiente escultura, y el desarrollo de ésta debió de verse favorecido por el modelado de placas en relieve, conforme a las técnicas introducidas desde el este; ello explica, posiblemente, la aplicación sistemática del principio de la frontalidad a las figuras realizadas en bulto redondo. A finales del siglo VII a.C. se realizan piezas, o bien en bronce, o bien en mármol, como la llamada «dama de Auxerre», que parecen destinadas a la decoración de los templos. Es el tipo conocido como «dedálico», con las aparatosas pelucas y la vestimenta cretense. El establecimiento en Naucratis de griegos de diversas ciudades parece dar razón, sin embargo, del verdadero primer desarrollo de la estatuaria griega, que se manifiesta hacia el 600 a.C. con un género de escultura monumental, todavía dedálico en algunos aspectos, pero ya de tamaño natural y realizado en piedra dura. El *kouros* de Sunio es una pieza ática característica de este tipo, con una cabeza dedálica, pero ya totalmente desnudo, y con un cuerpo aplomado, aunque el hecho de tener una pierna adelantada con respecto a la otra aleja esta figura de los modelos egipcios y la conecta con la tendencia a la representación del movimiento que se inicia en la etapa arcaica.

6. ESCRITURA

El alfabeto constituye uno de los elementos culturales más importantes entre los transferidos ahora al mundo griego desde el Oriente. Recordemos que durante casi toda la Edad del Bronce los antepasados de los griegos históricos habían

utilizado formas diversas de escritura, pero el elevado número de signos empleados y la coexistencia de sistemas diferentes convertía el dominio de ese recurso en una verdadera técnica, que al igual que las artesanales, estaba restringida a los que se dedicaban a ella por oficio. A su vez, la limitación del uso de la escritura al registro de la contabilidad de los palacios o al de las actividades comerciales, es decir, su falta de utilización como medio de transmisión de la cultura y como forma de comunicación entre las personas, impedía el que existiera un interés generalizado hacia su aprendizaje. Por el contrario, el alfabeto, con su reducido número de signos, era potencialmente accesible al conocimiento de cualquiera.

Se considera que el alfabeto griego fue una adaptación del sistema de escritura desarrollado por los fenicios, que, a su vez, derivaba de pictogramas. Esta importante innovación, que no sólo superaba a los sistemas jeroglíficos sino también a los silabarios, resultó más fácil en una lengua semita, donde no existían vocales netas, salvo la *a*, de suerte que el valor fonemático, es decir, diferenciador de las palabras, correspondía al conjunto de las consonantes. El griego, en cambio, no podía prescindir de la representación de las vocales e, incluso, de la transcripción diferenciada de las largas y las breves, teniendo, sin embargo, un sistema consonántico más reducido; de ahí la necesidad de cambiar los valores fonéticos de algunos signos, que se tradujo en una serie paralela de variantes hasta llegar a la consolidación de una forma más o menos homogénea.

En el siglo VII a.C. la utilización por los griegos de la escritura había tenido ya importantes consecuencias sobre el desarrollo de los géneros literarios. Bien es verdad que el conocimiento de la poesía por la sociedad seguía produciéndose a través de su ejecución oral, pero la posibilidad de recoger los poemas por escrito condujo a la fijación de textos muy largos, como es el caso de la *Ilíada* y la *Odisea*, y al predominio de unos sobre otros. También hizo posible la existencia de leyes escritas, con sus consiguientes implicaciones políticas y sociales, así como el registro de las listas de magistrados y de los acontecimientos importantes, que contribuyó al nacimiento de la historiografía. La inscripción de los vencedores olímpicos y de las dedicaciones de las ofrendas depositadas en los santuarios coadyuvó asimismo a la formación de una memoria del pasado que hizo entrar a los griegos en la Historia.

Es difícil saber hasta qué punto y con qué ritmo se generalizó el conocimiento de la escritura como un elemento de la cultura común. No parece que haya habido escribas profesionales, pues sólo contamos con algún raro testimonio sobre funcionarios públicos que pudieran tener ese carácter. Por otra parte, la existencia de alfabetos locales, con variantes peculiares en algunos signos, se ha pretendido explicar no tanto como el resultado de la introducción independiente del alfabeto fenicio en diversos puntos de Grecia, cuanto como una consecuencia de la difusión a través de mercaderes inexpertos, que habrían cometido errores llamados a prevalecer, de una primera forma unitaria de alfabeto griego, creado a partir del fenicio en algún centro comercial como Al Mina.

El testimonio más antiguo sobre la inclusión de las letras en la enseñanza infantil es la mención por parte de Heródoto (6.27) de un accidente ocurrido en el 496 a.C. en una escuela de Quíos, cuyo techo se desplomó, dando muerte a ciento diecinueve de los ciento veinte niños que estaban allí aprendiendo las letras. El dato coincide con nuestra constancia de que en la Atenas del siglo V

a.C. los individuos varones sabían por lo general leer y escribir. Es probable, por tanto, que a lo largo del siglo VI a.C., e incluso antes en algunos lugares, se haya asumido el principio de que la enseñanza de la escritura debía figurar en la formación de los menores.

Sin embargo, al no disponer para la escritura de un soporte barato de producción local, el uso de ésta siguió siendo muy restringido en las ciudades de la Grecia clásica. Es seguro que el papiro era bien conocido y utilizado en esos ambientes, pero debía importarse desde Egipto, y eso lo convertía en un material de lujo. Muy pocos individuos poseían bibliotecas, y muy pocos conocían las obras literarias por haberlas leído, a no ser en la etapa escolar, que no daba mucho de sí en ese aspecto, puesto que la mayor parte del esfuerzo había que dedicarlo a aprender a leer y a escribir. Con anterioridad al siglo III a.C. los hallazgos de papiros son muy escasos, y tampoco contamos con testimonios indirectos sobre el uso generalizado de los mismos en esa época. Por consiguiente, parece que la sociedad griega clásica no era una sociedad de analfabetos, pero tampoco era una sociedad de lectores, salvo en lo que respecta a una élite cultural reducidísima.

7. RELIGIÓN Y VALORES ÉTICOS

El campo de la religión refleja de un modo intenso la influencia oriental de la época, aunque aquí resulta muy difícil la identificación de los elementos de esa procedencia, entre otras cosas porque los estratos más antiguos de la religión griega habían incorporado ya, con toda seguridad, un componente oriental.

El caso más claro es quizá el del culto de Afrodita, asociado al de Adonis. La diosa griega del amor es la semítica Istar-Astarté, que penetra en el ámbito helénico a través de Chipre, según todos los indicios. Representa una concepción del amor como una fuerza de la naturaleza, que actúa sin limitaciones ni prejuicios y que integra bajo una idea unitaria de la sexualidad el mecanismo de la reproducción y las formas sofisticadas de la sensualidad, incluida la prostitución. Es un amor que merece el respeto de lo divino y al que deben hacer las debidas concesiones, aunque sea en el marco singular de la fiesta o en el del santuario. Los principios limitadores de la sexualidad desarrollados por el orden social. Los griegos aceptaron a esta Afrodita oriental, aunque no se adecuaba fácilmente a sus valores tradicionales ni al desarrollo intelectual del erotismo que encontramos en alguno de sus filósofos. Y esa aceptación, además de dar respuesta a una parte de las apetencias naturales de la sociedad, resultó enriquecedora para la literatura y las artes plásticas; porque la Afrodita venida del oriente no sólo es la llamada *Pandémos* («Vulgar»), como representante de la forma más trivializada del amor, sino también un numen inspirador de la producción artística.

Adonis venía igualmente del mundo semítico y del área fenicia. Su culto tenía una especial importancia en Biblos, y la tuvo luego en Chipre. El nombre que adoptó en Grecia es el del epíteto que significa «Señor» en la lengua semítica, porque él se llamaba en realidad Dumuzi o Tamuz. El bíblico libro de *Isaías* (17.10) alude en un tono de reproche a los jardines de Adonis y a su cosecha que florece de súbito, para desvanecerse enseguida, provocando la lamentación ritual. Adonis era, como Perséfone, el símbolo del ciclo vegetal, con su secuencia de

muerte, y resurrección después de la siembra; pero su carácter de amante de Afrodita hizo prevalecer en su culto la sexualidad sobre la vegetación. Todas las mujeres, incluidas las extranjeras y las prostitutas, tenían acceso a las *Adonias*, cuya licenciosidad arrastraba a las más recatadas a los mayores desmanes. Sobre los tejados de las casas, en una especie de macetas muy planas, se hacían crecer unas plantas de ciclo rápido, que, al marchitarse, eran arrojadas al mar. Igual que en el ritual oriental, las mujeres entonaban cantos fúnebres y proferían lamentos por la muerte de Adonis.

También en el terreno del mito se ha apreciado una influencia oriental notable en esta época. El caso más claro parece el del mito de las edades y el de la sucesión, contenidos en la obra de Hesíodo pero totalmente ausentes de los *poemas homéricos*, lo que ha hecho suponer que no eran conocidos por la tradición épica. El primero imagina el pasado de la humanidad como una sucesión de razas que se corresponden con las edades llamadas de oro, de plata, de bronce, de los héroes y de hierro. Dejando de lado la penúltima de ellas, que rompe el esquema y que ha sido incluida por el poeta porque constituía una etapa bien diferenciada e inmediatamente anterior a aquélla en la que él vivía –y cuya importancia impedía, por otra parte, identificarla con la fase decadente del bronce–, el mito se corresponde con la imagen de las cuatro edades contenida en el poema indio titulado *Mahabharata*, con el relato persa del sueño de Zoroastro sobre las cuatro edades metálicas y con el sueño de Nabucodonosor, incluido en el libro bíblico de *Daniel*, sobre los reinos simbolizados por los mismos cuatro metales. Las versiones que manejamos de esos textos son posteriores a la obra de Hesíodo, pero es de suponer que recojan una tradición oriental muy antigua introducida en esos marcos culturales diversos; en todos los casos la idea básica es la de una humanidad decadente imaginada como una sucesión de razas que simbolizan los metales, desde el más valioso, el oro, hasta el más común, el hierro.

El otro mito de raíz oriental es el que en la *Teogonía* presenta la sucesión de los dioses más importantes como un relevo dinástico conflictivo. Urano (el Cielo) es desplazado por su hijo Crono (el Tiempo), que le corta los genitales, de los que nacen algunas divinidades. Para impedir que lo destronen a su vez, Crono devora a los hijos que va teniendo con Gea (la Tierra), pero uno de ellos, Zeus, se salva y se hace con el poder, tras una lucha con su padre, que es apoyado por sus hermanos los Titanes. El mito hurrita de Kumarbi, que lucha con Anu (el Cielo) y le arranca los genitales de un mordisco, para ser destronado después por el dios del tiempo, su hijo, es el paralelo más cercano a la historia referida por Hesíodo, pero también el mito babilónico de la creación, recogido en el poema acadio que comienza «Enuma Elish» y con probadas raíces sumerias, parece responder al mismo arquetipo.

Desde el punto de vista literario la obra de Hesíodo ha sido considerada por algunos autores como un producto orientalizante. Parece independiente de la tradición épica peninsular y tampoco se muestra heredera de otra eventual tradición paralela, en la medida en que imita el lenguaje y el estilo homéricos. Es posible, por tanto, que Hesíodo se haya formado como poeta con maestros similares a los de la línea homérica, y, sin embargo, el contenido de sus obras lo presenta como el representante de un género nuevo dentro de la literatura griega. No se emplea en recrear el pasado heroico, con esos personajes legendarios que

están tan cerca de los dioses. Le interesa el mundo en que vive, las tareas y los afanes cotidianos, y, sobre todo, encontrar el camino por el cual se pueda mejorar la raza decadente de los hombres de hierro. Y ese camino es doble: el trabajo sabiamente dirigido, en la tierra y en el mar, puede evitar el hambre y las calamidades físicas; el comportamiento de los hombres en sus relaciones sociales ajustado a unas normas de moralidad puede, a su vez, acabar con la injusticia, que envenena los corazones y obstaculiza la convivencia. Esas preocupaciones determinan la temática de la obra de Hesíodo. Su tratamiento de los dioses quiere explicar el origen del mundo como un camino desde el caos hasta el orden presidido por la figura de Zeus, símbolo de la justicia; la idea de que los dioses son garantes del respeto a la justicia y de la valoración del trabajo, por referencia a un orden cósmico no demasiado alejado de las elaboraciones de los filósofos jonios, introduce un tanto de esperanza en el mensaje de Hesíodo. Parece ineludible el conectar el interés por el tema del origen del mundo y la idea de una divinidad providente, que recompensa al hombre justo, con las obras bíblicas, que incorporan, por su parte, tradiciones más antiguas; y lo mismo cabe decir de la forma exhortativa, de ese llamamiento a evitar la molicie y la ganancia fácil frente al esfuerzo que requiere el trabajo, patente en muchos de los versos de Hesíodo. El recurso, en fin, al apólogo, al ejemplo vivo, protagonizado por animales, que conecta con la fabulística de posterior desarrollo autónomo, tiene también claras raíces orientales. Es muy probable, por tanto, que el trasiego comercial entre oriente y el Egeo, que revelan los productos de la cultura material, hubiera servido de cauce para la circulación de las formas literarias, de la literatura sapiencial y de una filosofía moral renovadora.

8. ARMAMENTO

Los cambios en el armamento y las tácticas de combate que empiezan a detectarse en el siglo VII a.C. se han atribuido también, al menos parcialmente, al influjo oriental. Los *poemas homéricos*, la obra de Arquíloco y algunas representaciones en vasos indican que en el siglo VIII a.C. los hombres combatían a pie, conducidos de una manera bastante informal por jefes de grupo, y armados tan sólo con escudo, espada y lanza. Por el contrario, desde el siglo VI los guerreros atacan en una formación compacta, la *falange*, integrada por filas muy apretadas, que actúa en forma coordinada, fruto de un minucioso entrenamiento: es un bloque cerrado por los escudos, que presiona en primera línea intentando hacer retroceder al enemigo, mientras las líneas siguientes están prestas a aguantar el choque y a relevar a los heridos. Su armamento ofensivo consta igualmente de lanza y espada, pero el defensivo es mucho más completo, con el gran escudo redondo, la coraza, las grebas y el casco. Estas diferentes piezas y la táctica de la falange fueron adoptadas, según parece en forma progresiva, entre los años 750 y 650 a.C. más o menos; en todo caso, es en esa última fecha en la que se documenta por vez primera la falange. El casco y el escudo con una correa para pasar el brazo y un asa para agarrarlo se consideran derivados de modelos orientales, conocidos tal vez por los griegos cuando las fuerzas asirias de Tiglat-Pileser III hicieron movimientos por la costa siria.

DOCUMENTOS

1. EL APÓLOGO DEL HALCÓN Y EL RUISEÑOR

Y ahora un apólogo voy a decir a los reyes *(basileis)*, que ellos mismos tienen también en sus mentes.
Así dijo el halcón al ruiseñor de moteado cuello,
mientras se lo llevaba por las nubes cogido con sus garras,
y él, traspasado por los curvos garfios, pedía llorando piedad:
«Infeliz, ¿por qué gritas? Te tiene en sus manos uno mucho más fuerte que tú,
e irás allí donde yo te lleve, por más que seas un cantor *(aoidós)*.
Y haré de ti mi comida, si quiero, o te soltaré.
Loco es el que pretende medirse con los más fuertes.
Se ve privado de la victoria y sufre males, además de vergüenza».
Así dijo el halcón de rápido vuelo, el pájaro de largas alas.
....
Perses, tú presta oídos a la justicia *(díke)* y no fomentes la desmesura *(hybris)*,
porque la desmesura es funesta para un pobre mortal; ni siquiera el importante puede llevarla con facilidad, sino que se hunde bajo su peso,
cuando se encuentra con el castigo divino *(áte)*. El otro camino es mejor,
el que conduce a la justicia *(es tà díkaia)*; porque *Díke* prevalece sobre *Hybris*,
cuando la carrera toca a su fin. Pero sólo después de haber sufrido comprende el necio.
Pronto alcanza *Horkos* (Juramento) en su carrera a las sentencias *(díkai)* torcidas.
Y hace ruido *Díke* (Justicia), cuando es arrastrada por donde la llevan los hombres
«devoradores de regalos» (sobornables), que aplican el derecho *(krínosi Thémistas)* con sentencias torcidas.
Y ella acompaña llorosa a la ciudad y a las moradas de las gentes,
envuelta en la niebla, portadora del mal para los hombres,
para esos que la arrojan de su lado y no la administran con rectitud.
Pero aquellos que, a los extranjeros como a los de casa, dan sentencias rectas
y no se conducen al margen de lo que es justo,
para esos florece la ciudad, y sus gentes prosperan en ella.
Y la paz nutricia está sobre su tierra, y nunca para ellos
la guerra cruel dictamina el providente Zeus.
Y nunca a los hombres de rectas sentencias los ronda el hambre *(limós)*
ni el castigo divino *(áte)*, sino que con espíritu gozoso atienden las tareas que tienen a su cargo.
Para ellos produce la tierra abundantes alimentos, y en los montes la encina
lleva bellotas por arriba y abejas por el medio.
Y las lanudas ovejas se sienten pesadas por el abundante vellón.
Y engendran las mujeres hijos iguales a sus padres.
Y prosperan sin cesar, llenos de bienes; y en las naves
no tienen que viajar, porque les da su fruto la tierra pródiga en grano.
Pero, para quienes practican la maldita desmesura y las acciones crueles,
para ésos un castigo *(díke)* el Cronida dictamina, el providente Zeus.
Muchas veces incluso toda una ciudad sufre por un hombre malvado,
cuando peca y abriga en su mente proyectos presuntuosos,

y a ellos desde el cielo una gran calamidad envía el hijo de Crono,
hambre *(limós)* y plaga *(loimós)* al mismo tiempo, y perecen las gentes.
Y no engendran las mujeres, y las familias *(oíkoi)* disminuyen,
por los designios de Zeus Olímpico; y a veces también
de ellos un gran ejército destruye, o las murallas,
o acaba con sus naves en el mar el hijo de Crono.

(HESÍODO, *Los trabajos y los días* 202-247)

2. LOS DIOSES DE HESÍODO Y HOMERO

De dónde procede cada uno de los dioses, si siempre existieron todos ellos, y cuáles son sus formas, eso lo ignoraban hasta anteayer por así decirlo. Porque yo creo que Hesíodo y Homero son cuatrocientos años más antiguos que yo, no más. Ellos son los que hicieron para los griegos la genealogía de los dioses, los que dieron a los dioses sus epítetos, les distribuyeron honores y competencias y determinaron sus formas: los poetas que dicen haber vivido antes que esos hombres, a mí, desde luego, me parece que son posteriores.

(HERÓDOTO, 2.53)

BIBLIOGRAFÍA

E. AKURGAL: *The Birth of Greek Art*, Londres, 1968.
–, *Orient und Okzident*, Baden Baden, 1966.
–, *Die Kunst Anatolien von Homer bis Alexander*, Berlín, 1961.
R. D. BARNETT: «Early Greek and Oriental Ivories», *Journ. Hell. Stud.* 1948, páginas 1-125.
R. BIANCHI BANDINELLI (ed): *Orígenes y desarrollo de la ciudad*, Barcelona, 1982.
J. BOARMAN: *Preclassical: From Crete to Archaic Greece*, Londres, 1967.
W. BURKERT: *Greek Religion*, Oxford, 1985.
A. R. BURN: *The Lyric Age of Greece*, Londres, 1967(2).
F. CANCIANI: *Bronzi Orientali e Orientalizzanti a Creta nell'VIII e VII secolo a.C.*, Roma, 1970.
J. M. COOK: *Greek Painted Pottery*, Londres, 1972(2)
M. DETIENNE: *The Gardens of Adonis*, Londres, 1978.
B: C: DIETRICH: *The Origins of the Greek Religion*, Berlín, 1974.
T. J. DUNBABAIN: *The Greeks and Their Eastern Neighbours*, Londres, 1957.
G. P. EDWARDS: *The Language of Hesiod in its Traditional Context*, Londres, 1971.
C. J. EMLYN-JONES: *The Ionians and Hellenism. A study of cultural achievement of the early Greek inhabitants of Asia Minor*, Londres, 1980.
H. FRANKEL: *Early Greek Poetry and Philosophy*, Londres, 1975.
J. FRAZER: *La rama dorada*, Méjico (*The Golden Bough*, Londre, 1914).

E. A. HAVELOCK: *The Literate Revolution in Greece and Its Cultural Consequences*, Princeton, 1982.
G. S. KIRK: *Myth, Its Meaning and Function in Ancient and Other Cultures*, Londres, 1974.
G. S. KIRK.-J. E. RAVEN: *The Presocratic Philosophers*, Cambridge, 1957.
S. MAZZARINO: *Fra Oriente e Occidente*, Florencia, 1947.
O. MURRAY: *Grecia Arcaica*, Madrid, 1981 (*Early Greece*, Glasgow, 1980).
D. PLACIDO: *Cultura y Religión en la Grecia Arcaica*, Madrid, 1989.
B. SNELL: *Dichtung und Gesellschaft*, Hamburgo, 1965 (*Poesía e Società*, Bari, 1971).
–, *Las Fuentes del Pensamiento Europeo*, Madrid, 1963.
O. SZEMERENYI: «The origins of the Greek lexicon», *ex oriente lux*», *Journ. Hell. Stud.* 1974, pp. 144-157.
T. B. L. WEBSTER: *Greek Art and Litterature*, Londres, 1959.
M. L. WEST: *Hesiod's Theogony*, Oxford, 1966.
–, *Hesiod's Works and Days*, Oxford, 1978.

CAPÍTULO II

LA COLONIZACIÓN

1. CONCEPTO Y TERMINOLOGÍA

La expansión de los griegos hacia tierras de ultramar, más o menos alejadas de la Grecia peninsular, es un fenómeno recurrente a lo largo de su historia. Se había dado en forma limitada y con fines, a lo que parece, exclusivamente comerciales, en la época micénica; se produjo en la Edad Oscura, cuando grupos humanos, adscritos a las estirpes eolias, jonias y dorias, se establecieron en numerosos lugares de la costa de Asia Menor e islas adyacentes; y se dará mucho más tarde en la época clásica y en la época helenística. Cada uno de esos movimientos colonizadores tiene rasgos peculiares que lo singularizan, y, a su vez, todos ellos se diferencian del que recibe por antonomasia el nombre de *Colonización*, que es el de la época arcaica. Gracias a él la cultura helénica, en una fase llena de vitalidad creadora, se trasplanta, bajo la forma política de la *pólis*, a toda una serie de áreas nuevas, que, por así decirlo, cubren el ámbito del Mediterráneo: Macedonia, Tracia y la zona de los Estrechos, por un lado; Egipto y Libia, por otro; Sicilia y la Magna Grecia, por otro; y, en fin, el sur de la Galia y la costa oriental hispana. En términos generales, este movimiento colonizador se inscribe entre el 775 y el 550 a.C., con dos etapas, hasta cierto punto diferenciadas, que se articulan convencionalmente en el año 675. Durante el primer período se suelen elegir los lugares de asentamiento en función sobre todo de sus posibilidades agrícolas, mientras que en el segundo priman los motivos comerciales y estratégicos. Numerosas fuentes literarias, de un valor muy desigual, unas pocas epigráficas, de fecha muy avanzada, y un enorme bagaje arqueológico contribuyen a ilustrar este proceso, aunque no siempre son coincidentes los distintos testimonios en relación con un asentamiento en concreto, y no son pocos los problemas generales y específicos que se plantean.

Las colonias fundadas son muchas y presentan bastantes diferencias entre sí. Varias y diversas son también las ciudades fundadoras, que en muchos casos

son ellas mismas colonias. Y por demás heterogéneas son las circunstancias que, en la realidad o en la leyenda, han concurrido en cada fundación. De ahí la dificultad de establecer un denominador común y una tipología de los asentamientos, siendo así, además, que faltan muchos datos, y, en algunos casos, los que hay son discordantes.

Los colonos son grupos de emigrantes, que abandonan su tierra patria e instalan su hogar en otro sitio; a ese sentido corresponde el término *apoikía* («separación de la casa»), que designa técnicamente tanto la expedición colonial como el subsiguiente asentamiento. Pero hay rasgos muy claros que diferencian la colonización de una migración. No se trata en este caso de familias que espontáneamente cambian de solar, o de pueblos que dejan su hábitat anterior. En el común de los casos es la ciudad fundadora, que permanece inalterada, quien decide y planifica la creación de otra nueva, enviando a tal efecto por la fuerza o de grado, al número de sus elementos varones que cree conveniente, proporcionando los recursos necesarios para llevar a cabo la expedición y estipulando los detalles y condiciones que considera pertinentes. La designación de un *oikistés*, jefe del grupo emigrante y «fundador» de la colonia, y la atribución al mismo de las funciones y poderes necesarios, es otra competencia importante de la ciudad fundadora.

Por otra parte, la *apoikía* se distingue de la *klerouchía*, palabra derivada del término *kléros* («lote de tierra asignado a un individuo»). También las cleruquías, creación ateniense, eran asentamientos de ciudadanos lejos del hogar patrio, donde cada emigrante –y no eran pocos– recibía en propiedad una tierra; sin embargo los *kleroúchoi* seguían siendo miembros de la comunidad ateniense, aunque establecidos fuera del territorio ático, que conservaban su ciudadanía originaria, mientras que las *apoikíai* nacían como ciudades nuevas, con independencia política *(autonomía)* respecto de sus respectivas metrópolis, y con sus propios ciudadanos, que ya no lo eran de éstas. Pero tal diferencia sustantiva no era la única, ya que las cleruquías asumían, en la mayoría de los casos, una función de carácter estratégico: así, las de las islas de Imbros y Lemnos, creadas a finales del siglo VI a.C., cuando ya prácticamente estaba apagado el movimiento colonizador griego, venían a vigilar y controlar el tránsito hacia los estrechos del Mar Negro, mientras que el aporte de nuevos clérucos a mediados del siglo V a.C. a las de Calcis y Eretria buscaba el impedir una nueva defección de la isla de Eubea. En función de estos elementos diferenciadores no resultaba apropiada a tales asentamientos la denominación de *apoikía*. Y tampoco será esa la palabra empleada para designar los asentamientos de colonos con carácter militar que tienen lugar durante la época helenística; también en este caso se trataba de una realidad diferente y, por ello, se le aplica un término, *katoikía*, también diferente.

Del mismo modo, es recurrente la distinción entre la *apoikía* y el asentamiento en suelo extranjero destinado al comercio, que es lo que se llama *empórion*. Esta última palabra significa «lugar de comercio», mercado, y, por extensión, el núcleo urbano o las instalaciones que le corresponden. Algunos de esos *emporia* pudieron surgir de forma espontánea en lugares determinados de las rutas comerciales más frecuentadas y tener una entidad mínima. Pudieron también, como Naucratis, pertenecer a varias ciudades. No son *póleis* propiamente dichas y, aunque hubieron de tener unos órganos administrativos, no está claro que fueran au-

tónomos. El problema es que en razón del carácter predominantemente comercial que asumen algunas colonias y de la propia independencia del emporio, que se inscribe, por otra parte, en el movimiento de la colonización, los dos términos tendían eventualmente a confluir; por ejemplo, Heródoto (4.24) llega a utilizar *empórion* para referirse a los asentamientos coloniales griegos de las costas del Mar Negro, fundados al modo tradicional de las colonias y autónomos. La palabra no está utilizada aquí en un sentido técnico, sino en el general y primario de «mercado», lo que se explica por la índole comercial de esas ciudades.

2. MOTIVACIONES DE LA COLONIZACIÓN

Las fuentes literarias, en especial Heródoto, Diodoro Sículo y Estrabón, recogen tradiciones relativas a la fundación de determinadas colonias, que nos ayudan a comprender los motivos determinantes de la misma, al margen de que la escasez de tierras se pueda considerar como una causa profunda muy generalizada. Aparecen ahí diversos móviles de índole personal, unas veces; relacionados con cuestiones de política interna, o bien externa, otras. Así, por ejemplo, la presión persa sobre Focea habría determinado la colonización emprendida por esta ciudad minorasiática; el deseo de aventura reflejado con frecuencia en sus poemas, parece haber movido a Arquíloco de Paros a participar en la empresa colonizadora realizada por su ciudad en la isla de Tasos. Y singular es el caso de la única fundación colonial espartana, Tarento, que se explica como una manera de dar salida y asentar lejos de Esparta a los *Partheníai* («Hijos de soltera»), hijos ilegítimos nacidos mientras los espartanos estaban ausentes de la ciudad combatiendo en la Primera Guerra Mesenia. En cuanto a la partida para colonizar Corcira, y luego Siracusa, del Baquíada de Corinto, Arquias, supuestamente implicado en la muerte de un joven, sugiere la existencia de tensiones dentro del grupo dirigente de la metrópoli. Es de suponer que en las aristocracias de las ciudades, que tenían como fundamento ideológico la pureza del linaje, surgieran líneas colaterales cuyos componentes se verían obligados a asumir un papel secundario. El descontento de esos elementos, que tenían sus propios grupos dependientes, contribuiría a agravar la tensión social característica de la época; por lo tanto, la empresa colonial podía proporcionar un alivio en los problemas internos, si alejaba de las ciudades a una parte del sector que los generaba. Las tierras coloniales, potencialmente abundantes, no sólo aportaban un medio de vida a quien carecía de él sino que ofrecían la posibilidad –sólo eventualmente asumida– de configurar unas comunidades más igualitarias, libres de los condicionamientos sociales y económicos que se habían desarrollado en las ciudades viejas; o, aunque, como era lo más frecuente, se adoptaran las formas políticas y sociales de la metrópoli, la nueva fundación permitía configurar nuevas aristocracias, haciendo así posible la promoción política, social y económica de algunos elementos de la ciudad de origen. Por lo tanto, en algunos casos el móvil de la emigración puede no haber sido simplemente la miseria.

De todas formas, los motivos económicos constituyen en conjunto el factor predominante en el proceso de la colonización, como se hace paradigmáticamente evidente en el relato de Heródoto relativo a la fundación de Cirene, llevada a cabo hacia el 630 a.C. por los colonos de la isla de Tera: la metrópoli se encuentra en una situación económica calamitosa, y los emigrantes son obligados a partir. El

propio Heródoto (4.156) refiere cómo se les impidió regresar a Tera, cuando les iban mal las cosas, lo que se corresponde con el testimonio de una inscripción que recoge el decreto fundacional de la colonia (S.I.G. IX.3). De modo similar Plutarco (*Moralia* 293b) registra el caso de los colonos eretrios de Corcira, cuya ciudad de origen los rechazó cuando fueron expulsados de la colonia por los corintios, debiendo entonces buscar otro lugar de asentamiento, que fue Metone, en Tracia.

Las fuentes literarias utilizan el término *stenochoría* («falta de tierra») cuando aluden a la causa fundamental de la emigración colonizadora. En verdad la tierra, como fuente de recursos, desempeña un papel predominante en la mayoría de los asentamientos coloniales, y tiene mucha importancia incluso en aquellos en los que se aprecia una orientación económica de carácter comercial. La colonia tiende a ser autosuficiente, es decir, a no depender del comercio para la obtención de los productos de primera necesidad; de tal suerte que el territorio de índole rural y el centro urbano situado en la costa y con orientación comercial son dos elementos que se complementan en la ciudad colonial. Sin embargo, esta configuración general de la colonia griega se explica suficientemente por el hecho de que pretende convertirse en una *polis* del mismo tipo que la metrópoli y, desde luego no demuestra que el móvil de las fundaciones hubiera sido siempre la escasez de tierra. De hecho, hay otra motivación económica, que sin duda ha tenido una importancia decisiva en el proceso de la colonización: el comercio.

Aunque la tendencia a la autarquía constituía un ideal griego característico, las ciudades helénicas tenían deficiencias, que fueron aumentando a medida que crecían en número de habitantes y a medida que se desarrollaban en todos los órdenes. Tenían excedentes diversos que podían ser intercambiados, y les faltaban ciertos alimentos o materias primas; apetecían, además, en muchos casos artículos suntuarios de procedencias muy concretas. Cierto que los griegos habían practicado el comercio desde muy antiguo, pero es en consonancia con el proceso colonizador como algunas ciudades griegas, significadas por su dominio de las técnicas de navegación y por el desarrollo artesanal alcanzado, explotan las posibilidades económicas que brinda la ampliación real y potencial del mercado exterior. Entre otras cosas, la manufactura artesanal y el movimiento de las mercancías absorbe una parte de la población que tenía dificultades para vivir de la producción de la tierra, aunque también es cierto que el despegue económico determina un crecimiento poblacional y una diversificación en la redistribución de las riquezas, capaces de generar graves tensiones sociales, como las que nos sorprende encontrar en ciudades que están viviendo una fase de desarrollo económico. El fenómeno es muy complejo y no está exento de paralelismos con otros del mismo tipo correspondientes a etapas muy posteriores de la Historia. Lo cierto es que el panorama arqueológico pone de manifiesto una intensa circulación de mercancías por toda el área de dispersión de los griegos en la fase correspondiente a la colonización. La cerámica es un testigo elocuente a este respecto. No puede resultar extraño que, consolidadas las colonias, explotaran éstas en provecho propio, y, eventualmente, en el de las propias metrópolis respectivas, los recursos naturales de las comarcas en las que se enquistaban, pues esos recursos solían permitirles incrementar sus actividades comerciales.

La falta de tierras y la presión demográfica son dos causas interrelacionadas que la moderna historiografía suele aducir como motivaciones determinantes de

la mayoría de las fundaciones coloniales. No obstante, esta consideración general requiere algunas matizaciones. Es probable que desde finales de la Edad Oscura el mundo griego haya experimentado un aumento excesivo de la población, que explicaría en parte conflictos bélicos como la guerra Lelantina protagonizados por algunos estados griegos, aunque ese aumento demográfico sólo se aprecia con relativa claridad en algunas regiones, por ejemplo el Atica. Parece, en cualquier caso, que las actividades artesanales y comerciales no pudieron absorber tal aumento, de modo que la explotación de la tierra seguía siendo con mucho la actividad económica más importante. Y precisamente en el capítulo de la tierra es donde podían producirse con mayor facilidad alteraciones del equilibrio entre la fuente de recursos y el conjunto de las personas que tenían que vivir de ella.

Hay que tener presente a este respecto que el régimen de herencia imperante en el mundo griego era el reparto igualitario de los bienes entre los hijos; de modo que la sucesión de las generaciones conducía potencialmente a una fragmentación de las haciendas hasta unos módulos insuficientes para el mantenimiento de una unidad familiar primaria. Hace falta un hijo que perpetúe la familia y pueda sostener al padre incapaz de trabajar por sí mismo la pequeña propiedad, pero, según afirma el poeta Hesíodo, debe ser uno solo, porque de otro modo no aumenta sino que disminuye la riqueza. No deja de ser significativo, en efecto, el hecho de que la no participación de Esparta en el proceso colonizador se corresponda con una expansión territorial de gran envergadura por la vecina Mesenia.

En definitiva, muchas de las ciudades que participaron en el proceso de la colonización debieron de estar padeciendo a la sazón una apremiante necesidad de tierras, debida, alternativa o conjuntamente, a las limitaciones materiales del territorio y al aumento demográfico; a la desigualdad, tal vez creciente, en las dimensiones de los patrimonios; y a un descenso de la productividad agropecuaria motivado por circunstancias climáticas y, por una explotación abusiva. El régimen jurídico de las herencias, las malas cosechas y el endeudamiento y subsiguiente insolvencia de muchos agricultores son factores que han podido ejercer una compleja interacción, conduciendo ocasionalmente a situaciones límite para las que la fundación de colonias ultramarinas sería una salida deseable. Es siempre un problema en cada caso concreto el establecer hasta qué punto existía en la Grecia arcaica pequeña y mediana propiedad independiente, y cuál era el alcance real de la concentración de la propiedad en pocas manos, porque los factores relevantes a tales tendencias actúan de un modo complejo, sumándose unas veces, neutralizándose entre sí otras, a favor de cada una de esas tendencias, y, desde luego, la falta de registros catastrales nos impide seguir los correspondientes procesos. Sin embargo, la designación, por ejemplo, de los aristócratas de Samos como *geomoroi* («partícipes de la tierra»), la de los *gamoroi* de la colonia de Siracusa, o la de los *hippobótai* («criadores de caballos») de los aristócratas de Eretria en Eubea sugieren una polarización de la titularidad de la tierra en un sector privilegiado.

3. ASPECTOS FORMALES DE LA FUNDACIÓN COLONIAL

Las narraciones historiográficas proporcionan informaciones precisas en relación con algunas colonias, que permiten hacerse una idea de las prácticas

seguidas en la fundación más o menos habitualmente. En el caso de la colonia de Cirene –cuyo valor paradigmático ha sido, sin embargo, muy discutido– el larguísimo relato de Heródoto, que se basa en información obtenida entre los de Tera y entre los de Cirene, recoge una complicada serie de peripecias que, en el recuerdo de los descendientes, habían rodeado a la fundación de esa próspera colonia africana, engendrada por una más que modesta metrópoli. Felizmente, una inscripción del siglo IV recoge en restrospectiva el supuesto decreto fundacional de la colonia, aportando datos muy valiosos y mostrándose concordante en líneas generales con la información de Heródoto. El decreto en cuestión y la versión herodotea, que no muestran una interdependencia, pueden contener anacronismos y refecciones, pero algunos aspectos reseñados en esas fuentes revisten un cierto interés general.

El primero es la función del oráculo de Delfos, que, tanto en Heródoto como en la inscripción, se muestra claramente prospectiva. El dios, que conoce de antemano la sequía que va a afectar a la isla de Tera, ordena fundar una colonia, lo que habría resuelto el problema, si en efecto se hubiera llevado a cabo. Después, vuelve a aconsejar lo mismo cuando ya ha llegado la calamidad. Pero la función del dictamen oracular no acaba ahí, sino que también incluye la designación de un lugar, de una zona más bien, donde a la larga se consolida una próspera colonia; aunque la falta de precisiones sobre el solar a elegir obliga a los terenses a hacer averiguaciones por sí mismos y es la causa de que tomen inicialmente una decisión equivocada, que provoca una primera fundación fallida.

No resulta fácil para el historiador moderno evaluar correctamente el papel del oráculo de Delfos en relación con las empresas coloniales en general, porque las tradiciones fundacionales que le otorgan un papel destacado pueden haber sido reelaboraciones posteriores, pero no deja de ser cierto que es en la época de la colonización cuando el santuario délfico alcanza la importancia panhelénica que conserva en adelante. La cuestión debe relacionarse en todo caso con las implicaciones religiosas que tenía la fundación de una ciudad. El nuevo asentamiento carecía de tradición propia, pero era preciso que se asemejara a cualquiera de las ciudades antiguas, que se suponía habían prosperado y se mantenían incólumes gracias a la intervención favorable de los dioses y de los héroes. De alguna manera la fundación necesitaba de los auspicios divinos y tenía que ser llevada a cabo con unos formalismos que, desde el punto de vista religioso, produjeran un efecto favorable; la delimitación del espacio, la instalación de los altares y santuarios, o la configuración de los cultos y rituales, debía complacer a los dioses, y Delfos era un lugar en el que se podían recibir respuestas concretas a preguntas concretas de una divinidad tan importante como Apolo, que por entonces recibe el epíteto de *Archagétes*, es decir «Conductor (de colonos)».

Tal vez se adoptara, por tanto, la costumbre de recabar una especie de autorización oracular para tomar la iniciativa de enviar una colonia, para elegir el lugar donde habría de establecerse y para designar a la importantísima figura del fundador, quien durante el viaje y hasta la materialización del asentamiento representaba a la propia divinidad (se le denomina también *archagétes*), y luego podía asumir el poder político, incluso en calidad de *basileús*. Porque era el fundador quien tendría que consagrar el espacio, luchar por su defensa contra la posible hostilidad indígena –como se creía lo habían hecho en otro tiempo los

héroes fundadores de las grandes ciudades–, establecer formalmente los cultos y demás instituciones, y en algún caso, seguir protegiendo indefinidamente a la colonia tras su muerte desde el enterramiento *intra muros* que se le podía otorgar, acompañado de un culto de carácter heroico. No debe extrañar, pues, que se buscara la pureza de su linaje y la sanción divina de su misión. Otros santuarios oraculares, como el de Dodona o el de Amón, fueron consultados al respecto, pero en la inmensa mayoría de los casos el elegido es Delfos.

Otra cosa es que las leyendas conservadas no recojan pura y simplemente una consulta práctica sobre los aspectos señalados, y, en cambio, dibujen la intervención del oráculo de un modo más complejo. Un tema tópico es el de la consulta al oráculo con otros propósitos, de donde se deriva la orden relativa a una fundación colonial, que a la larga resulta ser providencial, como en el caso de Tera; o que las palabras de la Pitia tengan un carácter ambiguo y enigmático, que sólo se aclara con el tiempo. De estos desarrollos legendarios deducen los historiadores modernos que una gran parte de la iniciativa en el proceso de la colonización correspondió, en efecto, al oráculo délfico; aunque, sin llegar al extremo de pensar que Delfos contara con un verdadero archivo de datos concretos y prácticos a disposición de las ciudades, sino más bien en la idea de que consideraba favorablemente el proceso y prestaba un apoyo moral a las iniciativas, combinado con unas orientaciones muy vagas sobre los lugares a elegir. A veces, como en el caso de Tera, se designa una gran región, Libia, totalmente desconocida para los colonos; otras, la zona ha sido previamente inspeccionada por los griegos, y el oráculo dado menciona algún accidente geográfico significativo que permita identificar un lugar concreto, aunque pueda prestarse al equívoco. Consultas sucesivas al oráculo pueden, en fin, dirigir y estimular una azarosa y accidentada búsqueda del solar definitivo, que en la dimensión mítica se atribuye a la torpeza humana en su interpretación de los designios de los dioses. Así los colonos de Tera se establecen primeramente en la isla de Platea, lo que tiene sentido para su defensa frente a los indígenas y parece haber sido aconsejado por un mercader; pero, como el asentamiento no prospera, vuelven a consultar, y, entonces, se les dice que tenían que ir a tierra firme. Desde un primer lugar elegido, los propios indígenas conducen a los colonos seis años después al privilegiado solar donde se funda con el mayor éxito la colonia de Cirene. Al final, por lo tanto, el conjunto de la ayuda prestada a Tera por el oráculo en su empresa colonial se considera como positivo.

Otro aspecto interesante, documentado en la inscripción de Tera correspondiente a Cirene, es la forma que adopta en la metrópoli la decisión de crear la colonia, aunque, desde luego, no es generalizable en sus detalles. Trátase en este caso de una iniciativa adoptada *in extremis* cuando una larga sequía ha llevado al punto crítico de desforestar por completo la isla; y la aventura se muestra difícil, sin ninguna garantía de éxito. El sacrificio de los que se van permitirá la supervivencia de los que se quedan, de suerte que cada familia, en la medida en que se beneficia, debe contribuir con un miembro varón en la mejor edad, o con uno de cada dos, que se señalará por sorteo. Todos se comprometen, bajo la pena máxima, a no hurtar esa prestación y a no acoger de vuelta a los eventuales desertores de la empresa, porque, en cualquier caso, quienes parten deben intentar durante un periodo mínimo de cinco años salir adelante donde sea y como sea.

El acuerdo se adopta en asamblea y resulta sancionado por un juramento (*hórkion*). En cuanto a las garantías sobre su cumplimiento, son dobles y paralelas. Por un lado el estado establece la pena de muerte y la confiscación de los bienes para quien lo incumpla; por otro, la comunidad en pleno, incluidos mujeres y menores, lleva a cabo una imprecación de carácter mágico, impetrando la ayuda de las fuerzas sobrenaturales para la destrucción de los elementos insolidarios. Los deberes de piedad familiar, que obligan a auxiliar al de la misma sangre, son drásticamente subordinados a un interés de la comunidad, no sólo por decisión de la comunidad política, es decir del estado, sino por manifestación de todos y cada uno de los miembros de la comunidad natural.

Puede haberse dado algún otro caso similar, sobre el que no conservemos documentación tan directa, tal vez porque se haya tratado de empresas fracasadas. Desde luego, las circunstancias de Tera han podido concurrir más de una vez en otras ciudades. No sabemos nada sobre la partida de unos eretrios de la isla de Eubea para establecerse en la de Corcira; pero sí se nos informa de que, al ser expulsados muy poco después de allí por los corintios, su antigua ciudad de Eretria no los recibió, y acabaron fundando la colonia de Metone, en la costa macedonia.

Es presumible que en la mayoría de los casos la lista de colonos se completara a base de voluntarios, porque tenemos constancia de que a veces se invitaba a elementos de otras ciudades a formar parte de una expedición colonial; así el caso de la fundación de Naxo por Teocles (Éforo, *fr.* 137 Jacoby), quien, además de calcidios, llevaba muchos megarenses y algunos jonios y dorios. Pero, sea como fuere, la decisión de la empresa tendría que ser adoptada formalmente por los órganos políticos del estado, no sólo por lo que respecta a la nominación e investidura del fundador sino al equipamiento de los expedicionarios, y, lo que es más importante, a la regulación de su situación futura frente a la metrópoli, cuya ciudadanía perdían potencialmente desde el momento en que se convertían en colonos. Es verosímil que las posibilidades de regresar con todo derecho, en caso de necesidad, fueran discutidas y establecidas por el estado fundador en el momento inicial.

Hemos tratado anteriormente algunos puntos relativos a la persona del *oikistés*. Hay que señalar ahora que los poderes que se le atribuían no están directamente documentados, y, que en todo caso, no era común el que se convirtieran, como Bato, en reyes de la colonia. A veces, regresaban a la metrópoli para dirigir nuevas expediciones o para quedarse a vivir en ella. Es el caso de Lamprón, fundador de la colonia de Turios, que volvió a su patria una vez consolidado el asentamiento. Y hay que recordar también, aunque sea de una fecha muy avanzada, a Democlides, *oikistés* de Brea, en Tracia, que tan sólo permaneció allí el tiempo suficiente para, asistido por treinta *geonómoi* («distribuidores de tierra») y diez *apoikistaí* («ayudantes del fundador»), constituir los lotes de tierra y poner en marcha, desde el punto de vista institucional, la vida de la colonia. Las circunstancias de cada fundación, la filiación étnica de la misma y el momento más o menos avanzado del período determinaron muchas diferencias en la figura del *oikistés*, en sus poderes y en el tipo de gobierno que normalmente estaba estableciéndose.

4. RELACIONES DE LA COLONIA CON LA METRÓPOLI

Como se ha dicho, las comunidades griegas implicadas en la colonización organizaban y equipaban la expedición, y nombraban un *oikistés* con poderes para estructurar el nuevo espacio urbano y rural del asentamiento, el cual consagraba la colonia, a la que había llevado el fuego sagrado desde la ciudad madre, e introducía los cultos patrios. Pero en adelante la colonia constituía un Estado nuevo, que gozaba de una independencia política total –*autonomía*–, asumiendo los colonos la ciudadanía de la nueva comunidad. Con todo, el proceso no implicaba una ruptura total con la metrópoli: persistían unos lazos especiales entre ambas, que tenían que ver con la pertenencia de las respectivas poblaciones a linajes comunes, con la semejanza de los cultos y con la afinidad de las instituciones políticas. Y estaba, además, la comunidad dialectal, la similitud de las costumbres y, sobre todo, quizá, la conjunción de intereses, pues es de suponer que en la mayoría de los casos en que la colonia surgía en una zona de trasiego comercial y con una orientación de ese tipo, la relación estrecha con la metrópoli en tal terreno resultara vital para ambas. Determinados detalles puntuales, como el envío de magistrados a la colonia de Tasos por su metrópoli, Paros, o el requerimiento de un *oikistés* a Corinto por sus colonias Mégara Hiblea, Corcira y Zancle, cuando éstas emprendieron, respectivamente, las fundaciones de Selinunte, Epidamno y Regio, ponen de manifiesto, por otra parte, que, a pesar de las frecuentes desavenencias entre los grupos dirigentes de una y otra, la colonia estaba formalmente obligada a reconocer una dependencia filial respecto de su metrópoli.

5. RELACIONES CON EL MEDIO INDÍGENA

Las colonias griegas se establecieron en espacios geográficos tan distantes y heterogéneos, desde el punto de vista de las culturas indígenas, como el área del Mar Negro, la costa minorasiática, la costa africana, la península Itálica o las costas del Mediterráneo occidental. Nuestro conocimiento de esas poblaciones es muy incompleto en general, y sólo esporádicamente sabemos algo sobre sus relaciones con los colonos.

El relato literario de algunas fundaciones proporciona cierta información al respecto. No son infrecuentes los casos de un contacto pacífico, como parece ser el de Emporio (Ampurias); o el de Mégara Hiblea, en que el rey sícelo Hiblón cede el territorio necesario; o el de Cirene, al final, a cuyo solar son conducidos los colonos por los naturales del país. Otras veces, desde luego, existe tensión y hasta fuertes luchas por mantener el lugar ocupado. El poeta Arquíloco (*fr.* 93a) muestra cómo, después de consolidada la colonia de Tarsos, que evidentemente trataba de explotar los recursos de la región continental situada enfrente, fueron constantes las luchas contra los «perros tracios»; de igual manera, los colonos procedentes de la minorasiática ciudad de Clazómenas no pudieron mantener un primer asentamiento en Abdera, «por haber sido arrojados de allí por los tracios» (Heródoto 1.168). Sobre las fundaciones de Sicilia, las fuentes aluden a la necesaria expulsión de los sicelos de los lugares elegidos.

Todos esos relatos muestran, en conjunto, que la empresa colonial era una aventura sujeta a muchos riesgos, porque, además, no se trataba de empresas

con gran cobertura militar. Se ponían en cultivo unos campos y había que estar en guardia frente a la hostilidad no siempre abierta de los indígenas. El final, a veces, era dramático. Es frecuente, por ello, que para la ciudad propiamente dicha, la cual, debido a una economía del esfuerzo, no se podía dotar inmediatamente de murallas, se buscara un islote pegado a la costa, porque así constituía un refugio más seguro. Los lugares idóneos eran, en principio, los que contaban con abundancia de tierras salvajes, susceptibles de ser habilitadas para el cultivo, y tenían, por el contrario, escasa población indígena; cuando no existía conflicto por la tierra, podía no ser difícil encontrar, incluso, la buena acogida y la cooperación del medio indígena, interesando a sus jefes en la obtención de los productos que llegaban a la colonia por vía de comercio.

En aquellas zonas mejor conocidas arqueológicamente, como algunas de Sicilia, se cuenta con datos suficientes para comprender la diversidad de situaciones en las distintas colonias con respecto a los indígenas. Así, en la Sicilia oriental los colonos griegos calcidios asentados en Naxo, Catana y Leontinos lograron penetrar pacíficamente; ello se deduce del hecho de que los materiales griegos e indígenas exhumados detectan una presencia en proximidad de las dos poblaciones, que dará paso a una progresiva helenización de la zona. Por el contrario, en el hinterland de las colonias dorias de Siracusa y Gela van desapareciendo las necrópolis indígenas al tiempo que surgen puestos griegos de vigilancia militar en varios puntos del territorio, exponente de la agresividad de los colonos frente a los nativos, algunos de los cuales acabaron siendo esclavizados y utilizados como mano de obra. Aquí, posiblemente, no había operado una acogida hostil por parte de los naturales del país, sino que los inmigrantes intentaban seguir el precedente de algunos pueblos griegos que a finales de la Edad del Bronce y durante la Edad Oscura habían establecido formas de sumisión muy onerosas con respecto a las poblaciones que ocupaban previamente los territorios que ellos conquistaron, cual es el caso de los espartanos con los ilotas, o el de los tesalios con los penestas. Ahora bien, aunque ese tipo de siervos era frecuente en los Estados del grupo dorio y eolio, y, aunque la esclavitud constituía un fenómeno común en las comunidades griegas, la sumisión a esa clase de *status* de los elementos indígenas próximos a las colonias no parece haber sido un procedimiento demasiado frecuente; los casos que se registran en las fuentes literarias son muy pocos –el de los *Killyrioi* en Siracusa (Heród. 7.155), el de los *Mariandynoí* de la colonia de Heraclea Póntica (Platón, *Leyes* 776d), o el de los bitinios de Bizancio–, y da la sensación de que son señalados por su rareza.

Una de las consecuencias de la colonización fue la extensión de la cultura helénica hacia zonas alejadas del territorio genuino de la Hélade y pobladas por gentes muy diferentes étnicamente de los griegos. En esas zonas el influjo helénico se deja sentir con mucha intensidad, no sólo en la cultura material sino también en las formas de vida en general. Es frecuente, sin embargo, que nuestra información sobre ese aspecto sea muy limitada, y que la posterior romanización de una determinada zona haya encubierto en parte su primitiva helenización.

6. SICILIA, MAGNA GRECIA (SUR DE LA PENÍNSULA ITÁLICA) Y CALCÍDICA

Las primeras colonias fueron fundadas por un número limitado de ciudades griegas, entre las que destacan Corinto, las eubeas de Calcis y Eretria, y Mégara.

Las zonas elegidas son las formadas por Sicilia y la Magna Grecia, en la ruta occidental, y la península Calcídica, en la oriental, que conducía hacia los Estrechos.

Sicilia, que, al parecer, ya había sido visitada con anterioridad por corintios, fue la primera zona abierta a la colonización. En el 734 a.C., los eubeos de Calcis fundaron la colonia de Naxo a la entrada del estrecho de Mesina, punto estratégico para controlar la ruta que pasaba por el mismo. Enseguida, en el mismo estrecho establecieron los asentamientos de Zacle y Milas, que completan con la fundación de Regio, realizada por colonos calcidios y mesenios, en la otra orilla. Por esas fechas, en tierras situadas al sur de Naxo, gentes calcídicas establecieron las colonias de Catania y Leontinos, sumándose enseguida otras ciudades griegas al proceso colonizador. Con colonos corintios se fundó la colonia de Siracusa, en un emplazamiento muy apropiado, que disponía de un puerto excelente. Los megarenses, a su vez, instalaron una colonia en Mégara Hiblea, mientras que un poco después una expedición conjunta de cretenses y rodios se asentó en Gela.

Por lo que hace referencia a la Italia meridional, Pitecusas (isla de Ischia) fue el primer asentamiento que realizaron los griegos, en una fecha controvertida, que se sitúa entre el 775 y el 760 a.C. También en esta ocasión fueron gentes de Calcis y de Eretria las que poblaron la colonia. Un poco después colonos procedentes de esas ciudades se instalaron en Cumas, en un lugar que ofrecía grandes posibilidades económicas. Durante el último cuarto del siglo VIII se amplía la colonización de la costa sureste de Italia gracias a la actividad de aqueos, espartanos, locrios y gentes de Colofón, única ciudad asiática que participa en esta época en la colonización, fundando la colonia de Siris. Los aqueos constituyeron los asentamientos de Síbaris y Crotona; los espartanos, Tarento; y los locrios, Locros Epicefiria.

También en la primera mitad del siglo VIII d.C. las ciudades de Calcis y de Eretria tomaron la iniciativa de enviar colonos a las costas de Macedonia y de Tracia. Se trataba de unas zonas de grandes posibilidades agrícolas, con sustanciosos recursos madereros –necesarios para la construcción naval y de los que las metrópolis estaban necesitadas– y, además con grandes reservas de oro y plata. Los eretrios, en la pequeña península de Palene, establecieron las colonias de Mende y Escíone, mientras que los calcidios, que en razón de la gran cantidad de fundaciones realizadas allí darán el nombre a toda la península de la Calcídica constituida por las pequeñas penínsulas de *Pallene*, *Sithonia* y *Acté*, realizaron un importante asentamiento colonial en Torona.

Durante este primer periodo colonizador, las iniciativas de algunas ciudades habían abierto un nuevo camino para aliviar los desequilibrios sociales, las tensiones políticas y la falta de tierras que estaban padeciendo también otras muchas. En segundo lugar, se habían explorado y controlado zonas concretas de la Italia meridional, de Sicilia y del norte del Egeo, que ofrecían grandes posibilidades económicas; y, en tercer lugar, desde algunos de los asentamientos establecidos podían controlar la ruta comercial que pasaba por el estrecho de Mesina, y tener en el Mediterráneo oriental desde las costas de Tracia, unas avanzadillas en la rutas que a través de los Estrechos llevaban al Mar Negro.

Durante el segundo periodo colonizador las fundaciones se multiplican en estas zonas. En la Calcídica, a los asentamientos ya existentes se suma hacia el 600 a.C. Potidea, debido a una iniciativa corintia. En la isla de Tasos surge la colonia de igual nombre fundada por Paros, que establece también en la costa de enfrente los asentamientos de *Oisine* y *Neápolis*. Otras ciudades contribuyeron igualmente a la repoblación griega de la zona. Clazómenas, la ciudad jonia de Asia Menor, estableció un primer asentamiento en Abdera, aunque, expulsados sus colonos por los tracios, fue precisa una segunda fundación con colonos procedentes de Teos; gentes eolias se establecieron en Eno, y las de Quíos, en Maronea.

En la Italia meridional, la colonia de Síbaris, que había alcanzado una gran significación económica, causa de su permanente enfrentamiento con Crotona, fundó Laos y las importantes colonias de Posidonia y Metaponto. A su vez, la expansión de Crotona se pone de manifiesto con nuevos asentamientos en Petelia, al norte de la metrópoli; en Caulonia, sobre tierras próximas a las ocupadas por Locros Epicefiria; y en Terina, en la costa occidental de la Italia meridional.

En Sicilia, el control del estrecho de Mesina por los calcidios se hizo más efectivo con la fundación desde Zancle del enclave de *Mylae*. Colonia de Zancle es también Hímera, fundada hacia el 648 a.C. con gentes huidas de Siracusa y colonos calcidios. La propia Siracusa inició enseguida su expansión con asentamientos en Acra, Casmena y Camarina. Con colonos procedentes de Mégara Hiblea y un *oikistés*, Pamilo, remitido desde Mégara, se fundó Selinunte, colonia que a su vez estableció el asentamiento colonial de Heraclea Minoa. La expansión de Gela se realizó en la parte occidental de Sicilia, en donde estableció la colonia de Agrigento.

7. ZONA DEL ADRIÁTICO

Además de ampliarse con nuevos asentamientos el panorama colonizador de las zonas ensayadas, se incorporan después otras nuevas. Entre éstas se encuentra la zona del Adriático, que daba cobertura a la ruta hacia la Magna Grecia. En un primer momento, como ya se ha dicho, los Eretrios habían colonizado la isla de Corcira, que era uno de los puntos clave en esa ruta; pero en torno al 733 a.C. colonos corintios los habían expulsado de allí y se habían establecido en su lugar. Desde esta isla y con un *oikistés* llegado de Corinto se fundó en la costa del Adriático la colonia de Epidamno, mientras Corinto creaba muy cerca la colonia de Apolonia.

8. ZONA DEL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

Las tierras del Mediterráneo occidental habían sido visitadas por los griegos en épocas anteriores. Su riqueza en plata, cobre y estaño –escaso este último en la zona del Mediterráneo oriental y absolutamente necesario para la elaboración de los objetos de bronce– llevó el interés de los griegos hacia aquellas tierras, en donde entrarían en concurrencia con fenicios y cartagineses; la documentación arqueológica sugiere incluso para la época micénica la existencia de contactos comerciales con el sur de la Península Ibérica. Los primeros intentos de época histórica fueron acciones exploratorias de comerciantes y aventureros, que en-

cuentran su eco en Heródoto. Así, nos dice el historiador que Coleo de Samos, durante una travesía que realizaba en dirección a Egipto, fue desviado por una tempestad hasta más allá de las Columnas de Heracles, para así llegar al reino de Tarteso, cuyo rey Argantonio le habría proporcionado un cargamento de sesenta talentos de plata. Este viaje, de ser cierto –y no hay razones suficientes para cuestionarlo– habría tenido lugar hacia el 640 a.C., pues Heródoto lo pone en relación con la fundación de Cirene. La alusión al cargamento de plata, y el mismo nombre semilegendario de Argantonio, señalan la alta valoración de las tierras hispanas en lo que respecta a la abundancia de plata y cobre.

Pero conocimiento exploratorio de las tierras del Mediterráneo occidental y visitas esporádicas a las mismas no presuponen asentamientos coloniales propiamente dichos. A lo que parece, fueron los foceos quienes protagonizaron la colonización griega de la zona. Hacia el 600 a.C. se instalaron en *Massalia* (Marsella), en donde el foceo Protis se casó con la hija del reyezuelo local. Desde esa posición los foceos controlaban la ruta comercial que, remontando el Ródano, alcanzaba las tierras de donde procedía el estaño. El desarrollo de Masalia fue rápido y enseguida se convirtió en un gran centro comercial, desde donde, a partir del 580 a.C., los productos griegos se distribuyeron por la Galia meridional, como ponen de manifiesto los hallazgos cerámicos. Aunque disponía de abundantes y ricas tierras de cultivo, Masalia fue preferentemente un centro comercial muy relacionado con el entorno indígena, pronto establecerá en la misma Costa Azul los enclaves de Agate (Agde), Nicea (Niza), Antípolis (Antibes) y Olbia (Hyères); y, sobre todo, en la Península Ibérica, Emporio (Ampurias). Esta última se funda no mucho después de Masalia, primero en un islote *(Palaiópolis)* y luego en tierra firme *(Neápolis)*, en vecindad con la población indígena de *Indike*. Rosas (Rhode) es otra fundación griega de la misma zona, cuyo nombre llevó tradicionalmente a atribuirla a los rodios. Se acostumbra a adscribirle una fecha de fundación bastante remota, sin disponer, sin embargo, de una confirmación arqueológica que la justifique: faltan allí testimonios de la supuesta presencia rodia, de modo que, en principio, se encuadra en el movimiento colonizador foceo.

Otras fundaciones foceas en las costas de Hispania serían los enclaves de *Mainake* y *Hemeroskopeion*, cuyas fechas concretas de fundación se desconocen, pero que parece razonable situarlas en los comienzos del siglo VI a.C. Estos asentamientos constituyeron una expansión focea hacia territorios que caían dentro del área de influencia cartaginesa. La presencia focea en el Mediterráneo occidental, que se amplió con la fundación, en el 560 a.C., de la colonia de Alalia en Córcega, creció en términos cuantitativos cuando la metrópoli, Focea, fue tomada en el 545 a.C. por los persas, y sus habitantes buscaron refugio en Masalia y en Alalia. Este nuevo aflujo de gentes griegas y la expansión territorial alcanzada crearon suceptibilidades entre los etruscos y los cartagineses, que intentaron quebrantar militarmente la expansión griega mediante el enfrentamiento naval ocurrido en el 540 a.C. en las proximidades de Alalia. Aunque no se puede hablar de una derrota griega, los foceos abandonaron Córcega y se retiraron, a lo que parece, de sus zonas de influencia del Levante peninsular, aunque mantuvieron sus posesiones en el noreste de Hispania y los mercados abiertos para las actividades comerciales.

En las tierras de Hispania confluyeron la presencia y las influencias culturales

de fenicios y griegos, como ponen de manifiesto no sólo los textos literarios sino también la relativa abundancia de objetos de procedencia oriental y griega exhumados en las excavaciones arqueológicas. Por lo que hace a la presencia griega, algunos investigadores la detectan en determinadas manifestaciones arquitectónicas, escultóricas y cerámicas que se producen en el ámbito de la cultura ibericotartésica. Es materia de discusión, sin embargo, hasta qué punto hubo realmente asentamientos griegos en el mediodía peninsular, responsables de los objetos griegos encontrados y de las influencias, valoradas por algunos investigadores como griegas, que se aprecian en los vasos del tipo de Carambolo y en los escudos, fíbulas y carros representados en las estelas del suroeste peninsular –entre ellas las cacereñas–; hasta qué otro se deben esos objetos e influencias a la presencia frecuente de comerciantes griegos en la zona; y, en fin, en qué medida los asentamientos fenicios, con su intensa actividad comercial, podrían haber sido causas suficientes para la penetración de esos elementos helénicos. El dosier arqueológico es todavía insuficiente para cerrar la cuestión.

9. PRESENCIA GRIEGA EN EGIPTO Y LA CIRENAICA

Egipto era un país de vieja y rancia civilización, con una organización política firme y estable, todo lo cual lo hacía muy diferente de aquellos países en los que establecían los griegos sus asentamientos coloniales. Por otra parte, durante el siglo VII a.C., lo mismo que en momentos inmediatamente anteriores, Egipto vivió una existencia azarosa debido a la presión que los reyes asirios ejercían sobre el país, de suerte que no era ése un momento favorable para intensificar relaciones comerciales. Pero, desde que Psamético I liberó a Egipto de los asirios con la ayuda de mercenarios jonios y carios, que posiblemente le remitiera Giges de Lidia, y a los que Heródoto (II, 152) alude bajo la forma oracular de que «la venganza vendría del mar, cuando a las costas llegasen hombres de bronce», la presencia de gente de raigambre griega y su utilización como mercenarios fue continua, como pone de manifiesto la existencia de inscripciones griegas y el hallazgo de objetos de la misma procedencia.

Tras los mercenarios griegos llegaron allí los comerciantes, que fueron instalados en Naucratis, en el brazo canópico del Nilo. Las excavaciones arqueológicas del lugar han aportado una gran abundancia de productos cerámicos, cuya cronología se remonta a los años finales del siglo VII a.C., por lo que es posible que para esas fechas hubiera ya alguna presencia griega en el lugar. Según Estrabón, Naucratis fue una fundación de Mileto; comerciantes milesios se habrían instalado en el llamado «Muro de los Milesios», para luego hacerlo en Naucratis. Fue, no obstante, con el faraón Amasis (568-526 a.C.) cuando Naucratis recibió tierras y, según el testimonio de Heródoto, un estatuto ventajoso, que la convertía en el único puerto de embarque y desembarque de mercancías de todo el Delta. En Naucratis tenían presencia mercaderes de ciudades jonias como Quíos, Teos, Focea y Clazómenas; dorias, como Rodas, Cnido, Halicarnaso, Fasalis; y también la eolia Mitilene. Estas ciudades compartían el recinto sagrado llamado *Hellenikón*, mientras que los samios tenían un santuario propio dedicado a Hera, los eginetas otro a Zeus y los milesios el de Apolo.

Con esta concentración de mercaderes griegos de procedencias diversas en un mismo lugar, donde gozaban de autonomía administrativa y de privilegios

comerciales, el faraón excluía posteriores asentamientos griegos en otras tierras de Egipto, sin dejar por ello de beneficiarse de las ventajas de un comercio que le aportaba los productos que Egipto demandaba –telas, vasos, vino, plata–, al tiempo que absorbía sus excedentes de trigo, lino o papiro. Naucratis gozó de una gran prosperidad en manos griegas hasta que en el 525 a.C. Cambises conquistó Egipto.

El área llamada posteriormente Cirenaica, en la que se instalara la colonia de Cirene, se encontraba entre las posesiones púnicas y Egipto. Desiertos y grandes distancias, que hacían difícil cualquier comunicación, la matenían aislada de esas regiones de desarrollo cultural avanzado; las relaciones por mar resultaban más difíciles, sobre todo con los griegos.

Ya hemos aludido a las vicisitudes padecidas por los fundadores de Cirene. Situada en una rica llanura de grandes posibilidades agrícolas, la colonia alcanzó un gran desarrollo, según atestiguan las excavaciones arqueológicas. La abundancia de trigo, aceite y lana, así como su singularidad en el cultivo del *silphion*, planta medicinal de la que la casa reinante tenía el monopolio y que constituye el emblema monetal de la ciudad, hicieron posible un auge económico que le permitió la aceptación de nuevos colonos venidos del Peloponeso, de Creta, de Rodas y de las Cícladas. La importancia alcanzada por la colonia acabó por inquietar a los indígenas libios, quienes con la ayuda del faraón Apries (589-570 a.C.) intentaron infructuosamente quebrantar su desarrollo; lejos de verse debilitada, Cirene logró ampliar su esfera de influencia con la instalación de otros asentamientos en Barca y en *Enesperides* (Benghasi).

Entre el 525 al 510 a.C., la Cirenaica sucumbió al ímpetu persa y pasó a constituir una satrapía, aunque la nueva autoridad política siguió manteniendo al frente de Cirene a la casa real de los Batíadas. Aprovechando la serie de derrotas sufridas por los persas durante las Guerras Médicas, Cirene recuperó su independencia, y hacia el 455 a.C. proporcionó cobijo a los supervivientes del cuerpo expedicionario remitido por Atenas en ayuda de Egipto, que se había sublevado contra la opresión persa.

10. COLONIZACIÓN DE LA PROPÓNTIDE

La ruta marítima que comunicaba el Mediterráneo oriental con el Mar Negro pasaba por dos estrechos, el Helesponto (Dardanelos) y el Bósforo, a la entrada y a la salida, respectivamente del pequeño mar llamado por los antiguos Propóntide (Mar de Mármara). El interés comercial que tenían las regiones asomadas al Ponto Euxino (Mar Negro) hizo que los Estrechos, verdaderas llaves de la ruta, se convirtieran en enclaves apetecidos por los estados comerciantes; de ahí el atractivo de la Propóntide. Así, durante la época de las colonizaciones cristalizaron en asentamientos los viajes exploratorios, que tenían un precedente micénico, a juzgar por la leyenda relativa al viaje de los argonautas en busca del Vellocino de Oro. Las fechas de estos asentamientos coloniales son, sin embargo, muy inciertas, en razón de la discrepancia que existe entre la tradición historiográfica y los incompletos testimonios arqueológicos de que se dispone. Por otra parte, es razonable suponer que la colonización de la Propóntide sea, en términos generales, anterior a la del Ponto, y en esta última región las fuentes literarias

sitúan, de una manera imprecisa, algunas fundaciones coloniales en el siglo VIII a.C., mientras que los testimonios arqueológicos sugieren fechas más avanzadas, en torno a la segunda mitad del siglo VII a.C.

Dos ciudades en especial intervienen en la colonización de los Estrechos y de la Propóntide: Mégara y Mileto. La primera, en la orilla asiática del Bósforo, fundó Astaco, a finales del siglo VIII a.C. o comienzos del siglo VII a.C., y hacia el 680 a.C., Calcedonia. A su vez, en la orilla europea los megarenses completaron la colonización del Bósforo con las colonias de Selimbria y, sobre todo, de Bizancio, fundada, según se dice, hacia el 660 a.C., aunque la cerámica más antigua hallada en el lugar, la corintia, no va más atrás del 600 a.C. Hacia finales del siglo VIII a.C., una expedición de gentes de Mileto, a la que se unieron grupos procedentes de Paros y de Eretria, establecieron un asentamiento en Pario, en el Helesponto. A éste siguieron otras colonias milesias en la orilla asiática: así Abidos, en el Helesponto, y Cícico (c. 676 a.C.), en la Propóntide asiática.

Otras ciudades contribuyeron a ese esfuerzo colonizador. Entre Abidos y Cícico, los foceos establecieron una colonia en Lámpsaco, mientras que en la zona europea de la Propóntide los samios fundaron la colonia de Perinto. Ambas fundaciones pueden situarse cronológicamente en la segunda mitad del siglo VIII a.C. Más tarde, empresas individuales de aristócratas atenienses como Milcíades e Hipias consiguieron posesiones en el Quersoneso tracio.

El material arqueológico hallado hasta ahora en la zona de la Propóntide no es anterior a los comienzos del siglo VII a.C. Por lo tanto, pese a las ambiguas referencias literarias, no se dispone de razones sólidas que confirmen una temprana colonización megarense de la Propóntide. Es probable, a este respecto, que la presencia megarense en la zona haya seguido a la de los milesios, que posiblemente ya se habían asentado en el Helesponto y que ésa haya sido la razón por la que los megarenses eligieron el Bósforo.

Heródoto registra la extrañeza manifestada por un general persa de Darío por el hecho de que se hubiera tardado tanto tiempo en llevar una colonia a Bizancio. De ahí se ha deducido que en la fundación de Bizancio los megarenses no estuvieron movidos por un deseo de controlar el paso del Bósforo, que les habría obligado a realizarla antes, sino más bien por la necesidad de proporcionar tierras de cultivo a sus forzados emigrantes, o bien a los otros colonos ya establecidos. De todos modos la colonia de Calcedonia, sobre la costa asiática del Bósforo, fundada a lo que parece con anterioridad a Bizancio, presentaba, en principio, menos dificultades para su consolidación que Bizancio, rodeada como estaba esta última por un pueblo indígena, los bitinios, a quienes fue preciso reducir a la condición de siervos dependientes. Sin embargo, Bizancio desarrolló muy pronto una intensa actividad portuaria, y ya en el siglo VI a.C. tenía importantes astilleros. De esta forma, la actividad portuaria y comercial, y la importancia estratégica que por imperativo de su posición geográfica cobró el lugar, se sumaron a las ventajas de la explotación agraria del entorno.

11. ZONA DEL MAR NEGRO

La colonización de la Propóntide abría la puerta a la del Mar Negro, llamado por los griegos Ponto Euxino («Mar Hospitalario»), un eufemismo, sin duda, de

intencionalidad conciliadora para ese mar carente de la luminosidad del Mediterráneo y el Egeo, con tormentas inesperadas, que bañaba tierras de un clima poco atractivo para un griego.

Durante el siglo VII a.C., los griegos parecen haber emprendido la colonización de esas tierras. Mileto asumió el papel preponderante, hasta tal punto que se dijo de ella que había llegado a realizar noventa asentamientos coloniales. Naturalmente, en esta tarea se vio secundada por Mégara y por colonias ya consolidadas. Al norte del Bósforo, en la costa europea, y en lugar no muy alejado del Danubio, los milesios fundaron a mediados del siglo VII (hacia el 625 a.C.) la colonia de Istro. Los hallazgos arqueológicos concuerdan con esas fechas: la cerámica más antigua encontrada en el enclave de la colonia, la griega oriental, está en consonancia con ellas; y luego aparecen las cerámicas rodias, áticas, etc. La ciudad fue saqueada por los escitas y durante el siglo V a.C. acabó siendo fortificada con una muralla.

Parece que ya a comienzos del siglo VII a.C. los milesios establecieron pequeños e inseguros enclaves en la costa noroeste del Ponto. Así en el islote de Berezan se ha encontrado cerámica rodia correspondiente al último cuarto del siglo VII a.C., que no tiene por qué hacer suponer que se trataba de un asentamiento rodio; desde este enclave comercial los Milesios pudieron percibir las posibilidades económicas de la zona. Las buenas relaciones con los indígenas, perceptibles en las influencias culturales, propiciaron la consolidación de la floreciente colonia de Olbia, situada en la desembocadura del río Bug; es a partir de finales del siglo VII a.C. cuando aparecen en Olbia vasos de Rodas, de Quíos y de Clazómenas, a los que se suman, desde el primer cuarto del siglo VI, cerámicas áticas y corintias.

Además de la colonia ya mencionada de Istro, la costa europea, desde el Bósforo a Olbia, se nutrió de nuevos y posteriores asentamientos milesios, que marcaban sucesivos puntos de apoyo en el camino hacia el norte. Uno de ellos fue Apolonia, que, en razón de los hallazgos de cerámica corintia y ática, puede haber sido fundada a finales del siglo VII (*c.* 610 a.C.), mientras que las colonias de Odeso en la costa búlgara, Tomis en la ruta comercial que llevaba al Danubio y Tiras en las ricas tierras de aluvión del Dniester, son fundaciones posteriores, que pueden situarse en el siglo VI a.C. Otras colonias ya consolidadas participaron también en la implantación de nuevos asentamientos coloniales en la zona. Las colonias megarenses de Bizancio y Calcedonia, que controlaban el paso del Bósforo, fundaron hacia el 510 a.C. Mesembria, entre las colonias milesias de Apolonia y Odeso, mientras que la colonia megarense de Heraclea del Ponto (hacia el 560 a.C.), en la costa norte de Anatolia, creó el asentamiento agrario de Calatis (hacia el 540 a.C.) entre las colonias milesias de Odeso y Tomis.

En las costas meridionales del Ponto los milesios crearon la colonia de Sinope, cuya data tradicional de fundación, mitad del siglo VII a.C., concuerda con los exiguos testimonios arqueológicos de que se dispone, que sugieren una fundación de finales del siglo VII a.C. o comienzos del VI a.C. La colonia ocupaba una posición privilegiada, en medio de la costa norte de la península de Anatolia. Disponía del mejor puerto de la zona, lo que propició el surgimiento de importantes astilleros, alimentados con los recursos madereros de la zona. La segunda colonia milesia de importancia en la región, situada más allá de Sinope, era Amiso, de donde proceden materiales arqueológicos datables a comienzos del siglo VI a.C. Además

de esos asentamientos, Mileto y sus colonias establecieron en la región una serie de pequeños enclaves, entre ellos Trapezunte, tendentes a facilitar y completar los intercambios con las gentes indígenas del interior. Tampoco en esta región estuvieron ausentes las fundaciones megarenses. Entre el Bósforo y Sinope fundó Mégara hacia el 560 a.C. la colonia agrícola de Heraclea del Ponto, donde, al igual que en Bizancio, la población indígena, en este caso los mariandinos, fue reducida a la condición servil. La prosperidad alcanzada por Heraclea del Ponto le permitió fundar, a su vez, otras colonias como la ya mencionada Calatis, en la costa occidental del Mar Negro, y, cien años más tarde, en el 422 a.C., Quersoneso, en el extremo occidental de la Península de Crimea.

Es precisamente en esta costa norte del Ponto donde la relativamente intensa colonización milesia se ve completada con la modesta participación de la fundación realizada por Heraclea del Ponto en Quersoneso, o la de la isla minorasiática de Teos, con la creación de la colonia Fanagoria. En la Península de Crimea se encontraban los establecimientos coloniales de Teodosia, en la parte suroriental, y de Panticapea en el estrecho de Kertch, que da acceso al lago *Maeotis* (mar de Azov), en donde, junto a la desembocadura del Don, se encontraba el establecimiento de Tanais. Desde el punto de referencia de los testimonios cerámicos, estas colonias se remontan cronológicamente a finales del siglo VII a.C. Tres pequeños establecimientos milesios de carácter comercial, Pitios, Discorias y Fasis, remontables al siglo VI a.C., y diseminados por la costa oriental del Ponto, completaban la colonización de la cuenca del Mar Negro.

En suma, desde el punto de vista cronológico, la colonización griega de la cuenca del Mar Negro es posterior a la de otras regiones. Algunas colonias, entre otras la megarense de Heraclea del Ponto, responden a la motivación subyacente a la mayoría de las colonias griegas de búsqueda de ricas tierras en las que asentar colonos. Otras, además de esta finalidad agrícola, se beneficiaron comercialmente de los recursos de la región en la que estaban asentadas. Las zonas cerealistas del Bósforo y las tierras norteñas y occidentales del Mar Negro proporcionaron pescado y, sobre todo, trigo abundante, del que tan necesitados estaban los griegos continentales. Los bosques de las tierras septentrionales de Anatolia abastecían de madera. Y los minerales de cobre y hierro extraídos en las regiones de Tracia y del Cáucaso llegaban en abundancia a los enclaves de la costa. Las intensas relaciones con los indígenas que ponen de manifiesto ese rico y variado comercio propiciaron una progresiva recepción en las manifestaciones artísticas de escitas y tracios de las influencias culturales de los griegos.

DOCUMENTOS

1. FUNDACION DE CIRENE (Heródoto 4.150)

Grino, hijo de Esanias, que era descendiente de Teras y reinaba en la isla de Tera, llegó a Delfos conduciendo una *hecatombe* desde su ciudad; y entre los ciudadanos que lo acompañaban figuraba Bato, hijo de Polimnesto, que era un Eufémida, linaje perteneciente a los Minias. Al consultar Grino, el rey de los Tereos, sobre otros asuntos, la Pitia le responde que funde una ciudad en Libia, y él contestó: «Yo, señor, soy ya bastante viejo y estoy tan pesado que me cuesta ponerme en pie; ordena tú a alguno de estos jóvenes que haga eso». Y, al tiempo que decía estas cosas, señalaba a Bato. Tal ocurrió entonces, pero luego, cuando regresaron a casa, no tuvieron en consideración el oráculo, al no saber en qué parte de la tierra estaba Libia y al no atreverse a enviar una colonia *(apoikía)* a ciegas. Sin embargo, después de esto hubo siete años sin lluvia en Tera, en los cuales se secaron todos los árboles de la isla, excepto uno solo. Al consultar los Tereos al Oráculo, les señaló la Pitia la colonia a fundar en Libia. Como no había modo de remediar la calamidad, envían a Creta unos mensajeros para que averigüen si alguno de los Cretenses o de los otros habitantes había ido a Libia. En su recorrido por la isla llegaron a la ciudad de Itano, y en ella se encontraron con un mercader de púrpura llamado Corobio, quien les dijo que, arrastrado por los vientos, había llegado a Libia, y, dentro de Libia, a una isla denominada Platea. Habiendo convencido a éste con una remuneración *(misthós)*, se lo llevaron a Tera, y desde Tera se hicieron a la mar al principio unos cuantos hombres, no muchos, para inspeccionar el terreno; habiéndolos conducido Corobio a la isla ésa en verdad, a Platea, dejan a Corobio con trigo para unos cuantos meses y se embarcan ellos mismos rápidamente para llevar las noticias sobre la isla a los de Tera.

1 BIS. (Heródoto 4.153)

Decidieron los de Tera enviar a un hermano de cada dos designado por sorteo –hombres de la totalidad de los siete distritos que había– y que fuera de ellos conductor *(hegemón)* y rey *(basiléus)* Bato. De ese modo envían dos pentecónteras a Platea.

2. DECRETO FUNDACIONAL DE CIRENE (sig. IX. 3).

Acuerdo de los fundadores. Decidido por la Asamblea.

Después que Apolo dio espontáneamente a Bato y a los Tereos el designio oracular de fundar Cirene, resolvieron los Tereos enviar a Libia a Bato como conductor *(archagétes)* y rey *(basiléus)*, que los Tereos se hicieran a la mar como sus compañeros, que se embarcaran en condiciones de igualdad y equidad con respecto a su procedencia de cada familia, que un hijo fuera llamado de cada familia, que partieran los que estaban en la flor de la juventud y que de los demás Tereos pudiera partir cualquiera de condición libre.

Si los colonos mantienen el asentamiento, cualquiera de sus conciudadanos que emigre después a Libia podrá participar de aquella ciudadanía y de los honores, y recibirá por sorteo una parte de la tierra no ocupada. Pero, si no mantienen el asentamiento, y los Tereos no pueden socorrerlos, sino que se ven forzados a pasarlo mal hasta un periodo de cinco años, podrán volver de esa tierra sin miedo a Tera, a sus posesiones, y ser ciudadanos. Pero el que no quiera hacerse a la mar habiendo sido enviado por la ciudad, será condenado a muerte, y sus bienes, confiscados. Y el que reciba o proteja a otro, incluso si es un padre a un hijo o un hermano a un hermano, sufrirá lo mismo que el que no quiera partir.

En esas condiciones hicieron el acuerdo los que se quedaban y los que salían para la fundación, y establecieron maldiciones contra los que transgredieran esos acuerdos y no los respetaran, tanto de los que habitaran en Libia como de los que se quedaran allí. Habiendo modelado imágenes de cera, las quemaron, al tiempo que pronunciaban todos juntos, hombres, mujeres, niños y niñas, la siguiente imprecación: «el que no se mantenga firme en estos compromisos y los deje de lado que se funda y se derrame como las imágenes, él mismo, sus descendientes y sus bienes. Y, en cambio, para los que respeten los acuerdos, tanto los que navegan a Libia como los que se quedan en Tera, que haya abundancia y prosperidad para ellos y para sus descendientes.

3. FUNDACIONES COLONIALES EN SICILIA (Tucídides 6.34)

Habiendo sido los primeros de entre los griegos en hacerse a la mar, unos calcidios de Eubea, con Tucles como fundador *(oikistés)*, fundaron Naxo y erigieron un altar de Apolo *Archegétes* («Conductor») –el que ahora se encuentra fuera de la ciudad–, sobre el cual, cuando los *theoroí* parten de Sicilia, hacen primeramente un sacrificio.

Al año siguiente, Arquias uno de los Heraclidas procedente de Corinto, fundó Siracusa tras haber expulsado primero a los Sícelos del islote –que hoy ya no es tal islote– donde se encuentra la ciudad interior. Más tarde, con el tiempo, llegó a estar muy poblada la ciudad exterior, agregada a la otra por su muralla.

Teocles y los Calcidios, saliendo de Naxo en el año quinto después de la fundación de Siracusa, fundan Leontinos, tras expulsar a los Sícelos por las armas, y después Catana; pero los Cataneos tomaron ellos mismos como fundador a Evarco.

También por el mismo tiempo Lamis, procedente de Mégara, llegó a Sicilia conduciendo una colonia *(apoikía)*. Se estableció en un lugar llamado Trótilo, por encima del río Pantacias; después, desde allí pasó a Leontinos y durante un pequeño período de tiempo formó ciudad común *(sympoliteúein)* con los Calcidios; luego, expulsado por éstos, fundó él mismo Tapso. Murió entonces, y los demás, habiéndose marchado de Tapso, y habiéndoles entregado el territorio y convertido en su conductor el rey sícelo Hiblón, fundaron la colonia llamada Mégara Hiblea.

4. DECRETO FUNDACIONAL DE BREA (IG i 2 45)

(....... 30-35 líneas iniciales perdidas)

Los *apoikistaí* («ayudantes del fundador») harán provisión para el sacrificio en favor de (o en nombre de) la colonia, del modo como crean conveniente. Serán elegidos diez *geonómoi* («distribuidores de tierra»), uno de cada tribu. Ellos

distribuirán la tierra. Democlides establecerá la colonia *(apoikía)* con plenos poderes *(autokrátor)* lo mejor que le sea posible. Los recintos sagrados *(teméne)* que hay que reservar se dejarán como están, y no se constituirán ya otros después. La colonia ofrendará una vaca y una panoplia en las Grandes Panateneas, y un falo en las Dionisias (se entiende, en Atenas, la metrópoli). Si alguien ataca el territorio de los colonos, las ciudades (de la zona) proporcionarán ayuda lo más rápidamente posible, conforme a los acuerdos que, siendo secretario (...), se adoptaron con respecto a las ciudades de la región tracia.

Este decreto será inscrito en una estela y depositado en la Acrópolis; los colonos proporcionarán la estela a sus expensas. Si alguien presenta a votación una moción contraria a la estela, o habla en contra de ella en calidad de orador público, o intenta convencer a otros para rescindir o anular alguna de las disposiciones adoptadas, será condenado a *Atimía* (pérdida infamente de derechos civiles) él y sus hijos, y su propiedad será confiscada, y un diezmo irá para la diosa; a menos que los propios colonos (le hayan solicitado) algo semejante.

Aquellos que sean enrolados como colonos, encontrándose ahora en el ejército, deberán establecerse en Brea en un plazo de treinta días a partir de su regreso a Atenas. La expedición colonial saldrá dentro de treinta días, y Esquines la acompañará y pagará los gastos.

Pantocles propuso: Con respecto a la colonia de Brea, me sumo a la propuesta de Democlides, pero los prítanes de la tribu Erecteide introducirán a Pantocles en el Consejo en la primera sesión (se supone, para tratar algún punto en especial). Los colonos que vayan a Brea serán seleccionados de entre los *Thetes* y los *Zeugitai*.

5. EL EMPORIO DE NAUCRATIS (Heródoto 2.178)

Habiéndose convertido en un amigo de los griegos, Amasis se mostró acogedor con algunos de ellos en muchos sentidos. Así, en verdad, a los que iban a Egipto les dio la ciudad de Naucratis para que se establecieran en ella, y a los que no querían vivir allí sino seguir navegando les concedió lugares para que instalaran altares y santuarios para sus dioses. El santuario más grande, más famoso y más frecuentado es el llamado Helenio, y las ciudades que lo han erigido en común son las siguientes: de los jonios, Quíos, Teos, Focea y Clazómenas; de los dorios, Rodo, Cnido, Halicarnaso y Faselis; y de los eolios, sólo Mitilene. De ésas es dicho santuario, y ésas ciudades son las que aportan los presidentes *(prostátai)* del emporio. Y todas las demás ciudades que participan lo hacen sin ningún derecho. Aparte, los Eginetas erigieron para sí mismos un santuario de Zeus, y otro de Hera los samios, y los milesios, uno de Apolo. Antiguamente Naucratis era el único emporio; que no lo era ningún otro lugar de Egipto. Y, si alguien arribaba a alguna otra de las bocas del Nilo, tenía que jurar que lo había hecho involuntariamente y, después de haber jurado, dirigirse con la propia nave a la (boca) Canópica. Y, si no le era posible hacerlo a causa de los vientos contrarios, tenía que transportar la carga en las barcas egipcias rodeando el Delta hasta llegar a Naucratis. Hasta tal punto gozaba de privilegio Naucratis.

6. EXPEDICIONES COLONIALES DE DORIEO (Heródoto 5.42)

Cleómenes, según se dice, era insensato, casi un loco; en cambio Dorieo era el primero de todos los de su misma edad, y confiaba, en razón de su excelencia, en que obtendría él mismo la realeza. De modo que, al pensar así, cuando murió Anaxandrides, y los lacedemonios, aplicando la ley, hicieron rey al mayor, a Cleómenes, Dorieo, tomándoselo muy a mal y teniendo por indigno el tener tal rey, habiendo pedido y obtenido la autorización, condujo a unos espartanos a una colonia, sin haber consultado al oráculo de Delfos a qué tierra tenía que ir para fundarla y sin haber hecho nada de lo que está establecido. En su indignación lanzó directamente los barcos hacia Libia, y le sirvieron de guía unos hombres de Tera. Habiendo llegado a la región del Cínipe, se estableció en el lugar más hermoso de Libia, junto al río. Pero, habiendo sido expulsado de allí en el tercer año por el grupo libio de los Macas y por los cartagineses, regresó al Peloponeso.

Allí un tal Anticares, eleonio (de una ciudad de Beocia), le aconsejó, basándose en los oráculos de Layo, que fundara la Heraclea de Sicilia, diciéndole que todo el territorio de Erice era de los Heraclidas, por haberlo poseído el propio Heracles. El, al oír eso, se fue a Delfos, para preguntar al oráculo si obtendría el territorio adonde se le enviaba; y la Pitia le dice que lo obtendría. Tomando entonces Dorieo el grupo que había conducido a Libia, se dirigió hacia Italia. (En lugar de consagrarse directamente a la fundación, Dorieo interviene en las luchas entre Síbaris y Crotona, donde perece.)

7. FUNDACIÓN DE REGIO (Estrabón 6.6)

Regio fue fundada por los calcidios que, según se dice, elegidos a razón de uno por cada diez, habían sido consagrados a Apolo en cumplimiento de un oráculo, recibido con ocasión de unas malas cosechas; y que luego, desde Delfos, habían partido en expedición colonial hasta aquí, llevando con ellos a otros más, procedentes de su patria. Pero, según dice Antíoco, fueron los de Zancle quienes mandaron a llamar a esos calcidios y nombraron a Antimnesto su jefe fundador *(oikistés)*.

Y formaban parte también de la colonia los fugitivos de entre los mesenios del Peloponeso que habían sido vencidos en una revuelta interior por los que no querían sufrir de los lacedemonios el castigo correspondiente a la violación ocurrida en Limnas de unas doncellas que habían sido enviadas para la celebración religiosa siendo así que eran ellos mismos quienes las habían violado y dado muerte a quienes acudieron en su ayuda. Habiéndose dirigido, pues, los fugitivos a Macisto, envían una embajada al oráculo del dios, preguntando en tono de queja a Apolo y a Artemis si iba a ser ése su destino (el de unos fugitivos sin patria) a cambio de haber intentado vengarles a ellos (enfrentándose a quienes habían cometido el sacrilegio en su templo), y tratando de averiguar cómo podrían salvarse estando como estaban perdidos. Apolo les ordenó dirigirse a Regio con los calcidios y ser agradecidos con su hermana (Artemis, diosa titular del templo de Limnas), porque no estaban perdidos sino salvados, ya que no serían destruidos junto con su patria, que poco después iba a ser capturada por los espartanos. Y ellos obedecieron. Por ello, los jefes de los reginos, hasta Anaxilas, siempre fueron nombrados del grupo de los mesenios.

8. LA COLONIZACIÓN DE FOCEA

Los foceos fueron los primeros griegos en emprender largas navegaciones, y ellos son los que han descubierto el Adriático, Tirrenia (Etruria), Iberia y Tarteso. Navegaban no en naves redondas, sino en naves de cincuenta remos (penteconteres). Al llegar a Tarteso, se hicieron amigos del rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que gobernó Tarteso durante ochenta años y vivió en total ciento veinte. Y tan amigos se hicieron de ese hombre en verdad los foceos que primero les dijo que abandonaran Jonia y se establecieran en el lugar que quisieran de su territorio, y, luego, como no pudo convencerles para que hicieran eso y sabedor por ellos de cómo aumentaba el poder de sus vecinos los medos, les dio riquezas para que rodearan su ciudad con una muralla. Y les dio sin reservas, porque, desde luego, esa muralla tiene un perímetro de no pocos estadios y es toda ella de piedras grandes y bien ensambladas.

(HERÓDOTO 1.163)

BIBLIOGRAFÍA

M. ALMAGRO BASH: *Ampurias. Historia de la ciudad y guía de las excavaciones*, Barcelona, 1951.

J. ALVAR EZQUERRA: «Los medios de navegación de los colonizadores griegos», *Arch. Esp. Arqu.*, 1979, pp. 67-87.

P. AMANDRY: *La mantique apolinienne à Delphes*, París, 1950.

—, «Les thèmes de la propagande delphique», Rev. Philol. 1956, 268-282.

D. ASHERI: «Distribuzioni di terre nell'antica Grecia», *Memor. Accad. Tor.* ser. 4, n. 10, Turín, 1966.

—, Osservazioni sulle origini dell'urbanistica Ippodamea», *Riv. Stor. Ital.* 1975, pp. 5-16.

—, «La colonizzazione greca», en GABBA, E. VALLET, G. (eds.), *La Sicilia antica I, 1: Indigeni, Fenici-Punici e Greci*, Nápoles, 1980, pp. 89-142.

M. M. AUSTIN, P. VIDAL-NAQUET: *Economic and Social History of Ancient Greece: An Introduction*, Londres, 1977.

E. BELIN DE BALLU: *Olbia. Cité antique du littoral de la mer noire*, Leiden, 1972.

M. BENDALA GALAN: «Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos», *Arch. Esp. Arqu.* 1979, pp. 33-39.

J. BERARD: *La Colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'Antiquité*, París, 1957.

—, *L'expansion de la colonisation grecque jusqu'aux guerres médiques*, París, 1960.

—, *La Magna Grecia*, Turín, 1965.

J. BOARDMAN: *Los Griegos en Ultramar*, Madrid, 1975 (*The Greeks Overseas*, Hardmondsworth, 1964).

C. BOHRINGER: *Cultes et actes fondateurs de la cité grecque (8ème-7ème siècles)*, París, 1979.

T. D. BOYD-M. H. JAMESON: «Urban and Rural Land Division in Ancient Greece Hesperia», 1981, pp. 327-342.

F. T. R. G. BRAUN: «*The Greeks in Egypt*», *The Cambridge Ancient History*, III, 3, Cambridge, 1982(2).

A. BRELICH: *Gli eroi greci: un problema storico religioso*, Roma, 1958.

J. BRUNEL: «Marseille et les fugitifs de Focée», *Rev. Et. Anc.* 1948, pp. 5-26.

S. M. BURSTEIN: *Outpost of Hellenism: the Emergence of Heraclea on the Black Sea*, Berkeley, 1976.

J. CASABONA: *Recherches sur le vocabulaire des sacrifices en grec, des origines à la fin de l'époque classique*, París, 1966.

M. CASEVITZ: *Le vocabulaire de la colonisation en grec ancien*, París, 1985.

F. CASTAGNOLI: *Orthogonal Town Planning in Antiquity*, Cambridge (Mass.) 1971.

E. CIACERI: *Storia della Magna Graeca*, Milán, 1927.

M. CLAVEL-LEVEQUE: *Marseille grecque*, Marsella, 1977.

M. CORSANO: «Sparte et Tarente: le mythe de fondation d'une colonie», *Rev. Hist. Rel.* 1979, pp. 113-140.

R. CRAHAY: *La littérature oraculaire chez Hérodote*, París, 1956.

E. M. CRAIK: *The Dorian Aegean*, Londres, 1980.

F. CHAMOUX: *Cyrène sous la monarchie des Battiades*, París, 1953.

J. DEFRADAS: *Les thèmes de la propagande delphique*, París, 1972(2).

M. DELCOURT: *L'Oracle de Delphes*, París, 1955.

C. A. DOXIADIS: *Architectural Space in Ancient Greece*, Cambridge (Mass.), 1972.

H. P. DROGEMULLER: *Syrakus. Zur Topographie und Geschichte einer griechischen Stadt*, Heidelberg, 1969.

T. J. DUMBABIN: *The Western Greeks*, Oxford, 1948.

V. EHRENBERG: «Early Athenian Colonies», en *Aspects of the Ancient World*, Oxford, 1946.

N. ERHARDT: *Milet und seine Kolonien*, Frankfurt am Main, 1983.

J. FONTEROSE: *The Delphic Oracle. Its Responses and Operations with a Catalog of Responses*, California, 1978.

G. FORREST: «Colonization and the Rise of Delphi», *Historia*, 1957, 160-175.

M. GIANGIULIO: «Deformità eroiche e tradizioni di fondazione. Batto, Miscello e l'oracolo delfico», *Ann. Sc. Norm. di Pisa*, 1981, pp. 1-24.

A. GIULIANO: *Urbanistica delle città greche*, Milán, 1966.

A. J. GRAHAM: *Colony and Mother City in Ancient Greece*, Nueva York, 1971(2).

—, «The Colonial Expansion of Greece»; «The Western Greeks», *The Cambridge Ancient History*, III, 3, Cambridge, 1982(2), caps. 37 y 38.

R. HAGG (ed.): *The Greek Renaissance of the 8th Century B. C. Tradition and Innovation*, Estocolmo, 1983.

S. C. HUMPHREYS: «Colonie e madre patria nella Grecia antica», *Riv. Stor. Ital.* 1966, pp. 912-921.

B. H. ISAAC: *The Greek Settlements in Thrace until the Macedonian Conquest*, Leiden, 1986.

L. M. JEFFERY: «The Pact of the First Settlers at Cyrene», *Historia*, 1961, páginas 139-147.

L. LACROIX: *Monnaies et colonisation dans l'Occident grec*, Bruselas, 1965.

E. LEPORE: «Per una fenomelogia storica del rapporto città-territorio in Magna Grecia», en *La cità e il suo territorio*, Nápoles, 1968.

—, «Problemi dell'organizzazione della chora coloniale», en *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, M. I. FINLEY (ed.), París-La Haya, 1973.

P. LEVEQUE: «Colonisation grecque et syncrétisme», en *Les Syncrétismes dans les religions grecque et romaine*, París, 1973.

I. MALKIN: *Religion and Colonization in Ancient Greece*, Leiden, 1987.

J. P. MOREL: «L'expansion phocéenne en Occident: dix annés de recherches (1966-1975), Bull. Corr. Hell. 1975, pp. 853-898.
C. MOSSE: *La colonisation grecque*, París, 1969.
J. MYRES: *Geographical History in Greek Lands*, Oxford, 1953.
G. NENCI (ed.): «Ricerche sulla colonizzazione greca», *Ann. Sc. Norm. di Pisa* 1972.
R. OLMOS: «Perspectivas y nuevos enfoques en el estudio de los elementos de cultura material (cerámica y bronces) griegos o de estímulo griego hallados en España», *Arch. Esp. Arqu.* 1979, pp. 33-39.
R. OLMOS, M. PICAZO: «Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der iberischen Halbinseln», *Madr. Mitel.* en *La citta e il suo territorio*, Nápoles, 1968.
—, «Espace privé et space public dans une cité coloniale d'Occident».
M. OSTWALD: *Nomos and the Beginning of the Atheniam Democracy*, Oxford, 1969.
J. PAPASTAVRU: *Amphipolis: Geschichte und Prosopographie*, Leipzig, 1936.
H. W. PARKE, D. E. W. WORMELL: *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956.
L. PICCIRILLI: «Aspeti storico giuridici dell'anfizionia delfica e suoi rapporti con la colonizzazione greca», *Ann. Sc. Norm. di Pisa*, 1972, pp. 35-61.
F. POLIGNAC: *La naissance de la cité grecque: cultes, espace et société VIII-VII avant J. C.* París, 1984.
E. RIPOLL PERELLO: *Els Grecs a Catalunya*, Barcelona, 1983.
H. H. ROHRBACH: *Kolonie und Orakel. Untersuchungen zur sakralen Begründung der griechischen Kolonisation*, Heidelberg, 1960.
A. SCHENK VON STAUFFENBERG: «Dorieus», *Historia*, 1960, pp.181-215.
V. SCULLY: *The Earth, The Temple and The Gods. Greek Sacred Architecture*, New Haven-Londres, 1979.
G. VALLET: *Rhégion at Zancle. Histoire, commerce et civilisation des cités chacidiennes du détroit de Messine*, París, 1958.
—, «La cité et son territoire dans les colonies grecques d'Occident», «Megara Hyblaea», en *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, (M. I. FINLEY, ed.), París-La Haya 1973.
J. WEVER: «La *Chora* massaliote d'après les fouilles récentes», *Ant. Class.* 1966, pp. 71-117.
R. R. WYCHERLEY: *How the Greeks built Cities*, Nueva York, 1976(2).

CAPÍTULO III

LA GUERRA Y EL COMERCIO. LOS ESTADOS DE LA GRECIA CENTRAL

La Edad Oscura había conocido un proceso que conduce desde una inestabilidad de los grupos humanos en movimiento, con la consiguiente lucha por ocupar tierras apetecidas para establecerse en ellas, hasta una fase de estabilización de los asentamientos en un régimen generalizado de economía cerrada, con pocos contactos con el exterior. En la época arcaica las unidades de poblamiento han empezado ya a aglutinarse para formar estados, y cada uno de ellos tiende a establecer para sí un territorio lo más amplio posible, intentando eventualmente anexionarse regiones vecinas. Surgen así guerras por las fronteras, que unas veces se cierran con el exterminio y la desaparición de ciudades, otras con la integración de territorios y poblaciones antes independientes y otras con la liberación de quienes habían sido sometidos; pero que, en cualquier caso, conducen a la fijación de las grandes unidades políticas de la época clásica. La implicación de los intereses comerciales, a la sazón muy desarrollados, en esas guerras provoca la participación de terceros en los conflictos bilaterales, incrementando su envergadura. La guerra y el comercio son en esta época dos fenómenos muy relacionados entre sí, aunque hay casos en que las acciones bélicas responden únicamente a problemas de soberanía política en relación con el territorio.

1. GUERRA LELANTINA

El primer enfrentamiento conocido de esta fase afecta a las principales ciudades de la isla de Eubea: Calcis y Eretria. Ambas estaban regidas por aristocracias cuyos nombres, *Hippobótai* en Calcis y *Hippéis* en Eretria, sugieren que tenían como rasgo distintivo la crianza de caballos, aunque lo más importante en esos estados parece haber sido las actividades comerciales ultramarinas: la cerámica euboica prevalece en Al Mina, el activo asentamiento del norte de Siria, donde esas gentes estaban aposentadas a comienzos del siglo VIII a.C., y, por

otra parte, los eubeos aparecen como pioneros en el movimiento colonial hacia el oeste, que cubre la Magna Grecia y Sicilia. En general, resulta difícil distinguir el protagonismo de las dos ciudades en esas empresas; es probable que hayan actuado conjuntamente, aunque luego se hayan producido rivalidades entre una y otra.

El hecho es que entraron en una guerra, la llamada Lelantina, que Tucídides identifica como un conflicto por las fronteras, elevado a un tono mayor por la intervención de un gran número de aliados. El bocado en litigio era la llanura de Lelantio, ubicada entre ambos territorios. En cuanto a la fecha del enfrentamiento, que no precisa Tucídides, se sitúa en los últimos años del siglo VIII a.C., dado que el poeta Hesíodo compitió en los juegos fúnebres celebrados en honor del héroe Anfidamente, un líder de Calcis que sucumbió en esa acción bélica. Tampoco sabemos quién fue el ganador. Pero, en cambio, sí parece claro que el conflicto implicó a los extranjeros porque tenía algo que ver con las áreas de expansión colonial y con la proyección de las actividades comerciales. En cualquier caso, la guerra no conllevó la ruina de ninguna de las partes: parece que Calcis ganó alguna batalla en la famosa llanura, pero no es menos cierto que la cerámica de Eretria siguió circulando con normalidad hasta el siglo VI a.C. y, por otra parte, Lisanias de Eretria figuraba entre los ricos pretendientes de Agariste, la hija del tirano Clístenes de Sición. Sobre la participación masiva de aliados sólo sabemos que Samos apoyaba a Calcis y que Mileto estaba al lado de Eretria, y podemos conjeturar que Corinto iba con la primera y Mégara con la segunda. La victoria de Calcis parece haberse debido al apoyo de la caballería tesalia, y de esa preponderancia puede haberse seguido la participación de Calcis en las empresas coloniales de Corinto por el oeste.

2. CORINTO Y MÉGARA

También tenemos noticia de una guerra entre Corinto y Mégara, concluida hacia el 700 a.C. a favor de la primera, con una anexión por parte de ésta del territorio que necesitaba para controlar los dos accesos más fáciles al Istmo por mar, lo que convirtió a ese estado en el mercado central del mundo griego, al tiempo que le adjudicaba unas tierras ricas en madera y pastizales. Mégara se empleó entonces en la ocupación de la isla de Salamina, que le fue arrebatada sin embargo después por los atenienses en la época de Solón.

En el Peloponeso hubo asimismo, en esta época, conflictos por la fijación de los límites de los Estados que mencionaremos al tratar la historia primitiva de Esparta, porque fue en ellos la principal protagonista.

3. PRIMERA GUERRA SAGRADA

En cuanto a la Grecia Central, problemas similares provocaron lo que se ha dado en llamar la *Primera Guerra Sagrada*. Delfos, con el santuario de Apolo como centro, había constituido una anfictionía, es decir, una especie de federación de doce tribus ubicadas en la Grecia septentrional y central, cada una de las cuales tenía dos votos en el consejo que la regía. Sin embargo, la ciudad de

Crisa controlaba los accesos al santuario desde el norte y desde la costa, y parece que extorsionaba a los peregrinos, por lo que Delfos pidió ayuda a la Anfictionía. El centro original de ésta había estado en las termópilas, cerca del santuario de Deméter en Antela, de modo que los tesalios deben de haber tenido un poder especial de decisión en la misma. El caso es que el consejo declaró, bajo los auspicios del oráculo délfico, la guerra a Crisa, que fue condenada a la destrucción. Sición y Atenas se unieron a las fuerzas de la Anfictionía, comandadas por el tesalio Euríloco, y destruyeron Crisa, esclavizando a los supervivientes y consagrando el territorio a Apolo. Con esta acción el santuario délfico aumentó su prestigio, constituido en adelante como una comunidad encargada del culto y con atribuciones para reglamentar el ritual, mientras la supremacía de Tesalia sobre los Estados situados al norte del istmo de Corinto quedaba también reforzada con la presidencia de la Anfictionía, cuyo consejo asumía la protección del santuario y el control de sus finanzas. La destrucción de Crisa se fecha en el 591 a.C., y los primeros Juegos Pitios, creados para conmemorar esa victoria, en el 582.

4. EXPANSIÓN DE TESALIA

Después los tesalios intentaron una expansión territorial importante. Subyugaron la Fócide y la Lócride, para penetrar luego en Beocia, llegando hasta la fortaleza de Cereso, cerca de Tespias, en el sur de la región, donde fueron derrotados. La fecha de esas operaciones es incierta, como lo es, consecuentemente la duración del dominio tesalio sobre la Fócide. En una de las versiones, la batalla de Cereso se ubica en el 571 a.C., lo que implicaría que la Fócide, situada entre Tesalia y Beocia, había sido conquistada en un momento anterior. Pero también es posible que la derrota de los tesalios por parte de los beocios haya tenido lugar poco antes del 480 a.C., que es la fecha atribuida por Heródoto a las que les infligieron los focios, consiguiendo así la independencia; en tal caso no sabemos cuándo se produjo la conquista. Dice Heródoto que los focios destruyeron por separado la infantería y la caballería tesalias: la primera victoria se habría debido al consejo de un adivino de perpetrar un ataque por la noche con los cuerpos embadurnados de blanco, de modo que parecían fantasmas y sembraron el pánico en el campamento tesalio, situado cerca del monte Parnaso, donde los focios habían buscado refugio. En cuanto a la derrota de la caballería tesalia, la lograron los focios en el paso de Hiámpolis, gracias a haber enterrado allí tinajas vacías, que hicieron caer a los caballos. Estas noticias se pueden poner en relación con las que aportan otras fuentes posteriores en el sentido de que los focios se rebelaron contra los gobernadores tesalios que les habían sido impuestos y los asesinaron, provocando así la entrada del ejército tesalio, que los derrotó primero, para sucumbir luego en dos nuevos encuentros sucesivos –los que recoge Heródoto.

Aunque Heródoto menciona un intento de los tesalios en el 480 a.C. por recuperar la obediencia de los focios a través de una alianza con los persas, lo cierto es que no condujo a nada positivo, de suerte que Tesalia hubo en adelante de replegarse sobre sí misma, renunciando a sus aspiraciones expansionistas. Pero antes de las derrotas de los focios, en la segunda mitad del siglo VI, parece

que se consideraba en condiciones de dominar la Grecia central; concertó una alianza con la dinastía de tiranos del Ática, Pisístrato y sus hijos, a la que ayudó frente a los intentos de los espartanos por incluir al estado ateniense en la Liga Peloponesia.

5. ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS DE LA GRECIA CENTRAL

La consolidación de los Estados de la Grecia central se vio condicionada por los movimientos de grupos de población en dirección sur que se han tratado en capítulos precedentes. Parece que los locrios quedaron divididos en dos secciones, empujadas hacia el este y el oeste respectivamente por los focios, que lograron establecerse en el valle del Cefiso. A partir de entonces los locrios tendieron a la diferenciación. En el este constituyeron una *sympoliteia*, un sinecismo, semejante al de los atenienses, con una ciudad, Opunte, sede del gobierno central. Era una especie de aristocracia, comandada por las llamadas «Cien casas», el grupo selecto de familias; y tenían, a su vez, una asamblea restringida, «los Mil». Esta aristocracia u oligarquía hereditaria se mantuvo sin cambios durante la época clásica. La Lócride oriental parece haber tenido una importante ascendencia sobre la occidental, participando de algún modo en la empresa colonizadora protagonizada por ésta. La colonia de Locros Epicefiria produjo un famoso código de leyes, atribuido a un personaje llamado Zaleuco, que vivió a mediados del siglo VII a.C. Tenía un carácter inmovilista: cualquiera que hiciera una propuesta para cambiar las leyes vigentes o recurriera contra la decisión de un juez y perdiera el caso, podía ser condenado a muerte. Era, pues, un tipo de código arcaico, destinado a preservar el orden establecido, cualquiera que fuese, sin reconocer una vía legítima para la modificación de las leyes, que es la característica de las democracias.

Los locrios occidentales siguieron constituyendo pequeñas comunidades autónomas establecidas en torno a colinas, aunque tenían algún puerto, el de Naupacto sobre todo, que les permitía un contacto activo con el exterior. Sin embargo, a mediados del siglo V a.C. los atenienses se lo arrebataron para dárselo a unos hoplitas mesenios, exiliados a raíz de la gran revuelta contra Esparta.

En cuanto a Tesalia, es una fértil llanura, muy extensa, irrigada por el río Peneo y rodeada de montañas, excepto por el valle de Tempe en el noreste, que abría una salida al mar. Como se ha dicho, los tesalios la habían ocupado después de desplazar a los beocios, quienes tuvieron que emigrar hacia el sur para establecerse en otra llanura semejante, que tenía en su centro el lago Copais. Algunos de los desplazados se lanzaron al Egeo y colonizaron la isla de Lesbos y la costa minorasiática de la Eólide; otros se integraron con la población invasora, y otros, en fin, permanecieron como una población marginada, refugiados en las colinas circundantes, mucho más pobres que la llanura. Esta se conservó como la zona privilegiada, dividida en cuatro cantones, que eran gobernados por familias preminentes. Había, además, un poder central coordinante, denominado *tagós*, equivalente a un *basiléus*; se trataba fundamentalmente de un cargo militar, que controlaba las levas de todo el territorio.

Las haciendas de los tesalios eran trabajadas, al parecer, por un tipo de siervos dependientes, los *Penéstai*, que tal vez perpetuaban una rama de población re-

sidual muy antigua; también eran entrenados para la guerra, incluso como jinetes. En cuanto a los *períokoi* de las colinas, pagaban un tributo a los Tesalios y entraban en el ejército como soldados armados a la ligera, con un pequeño escudo. Los cuatro cantones o *tétradas* de Tesalia y la *perioikís* formaban así una especie de reino federal, de un marcado carácter conservador y aristocrático; aunque como se ha dicho, tuvo que renunciar al fin a sus pretensiones expansionistas, mantuvo, sin embargo, durante la época clásica una gran estabilidad interna y consiguió hacer valer sus alianzas con otros Estados.

Beocia era un estado agrícola, en contraste con la orientación más ganadera de Tesalia. El lago Copais, que no ha sido drenado hasta comienzos de este siglo, aportaba pesca, aunque también contribuía a la disgregación del territorio al tiempo que hacía el clima más insano que el de Tesalia. Orcómeno en el norte y Tebas en el sur eran los dos centros más importantes, opuestos por un cierto antagonismo que tenía posiblemente raíces étnicas. Pero también había un cinturón de colinas, con tierras de bajo rendimiento, que requerían un gran esfuerzo, como lo eran las que poseía el poeta Hesíodo en la aldea de Ascra. No hay duda de que la ciudad dominante era Tebas, no sólo en razón de su prestigioso pasado sino también debido a su situación privilegiada: a ella llegaba la ruta que venía del norte de Grecia a través de la Fócide, dividiéndose en ese lugar en tres ramas, una de las cuales iba hacia Mégara y el istmo de Corinto, otra hacia el Ática y otra, en fin, en dirección este, hacia el puerto de Aulide, situado frente a Calcis, la ciudad de la isla de Eubea.

Beocia constituye el modelo más genuino de Estado federal, la llamada Liga Pambeocia o Confederación Beocia, aunque el título oficial era «los Beocios». Estaba integrada por las *póleis* de la región, que decidieron unirse sin duda para hacer frente con más eficacia a la presión de los tesalios. Desconocemos, sin embargo, la fecha en que se creó la federación, aunque está documentada desde mediados del siglo VI a.C. por monedas acuñadas conforme al patrón fidonio, que llevan en el anverso el emblema beocio del escudo en ocho, mientras en el reverso aparece la leyenda *BOI*. Algunas de esas monedas federales llevan también la leyenda *THEBA*, lo que implica una prominencia de Tebas como centro de la Liga. Otras ciudades beocias hicieron sus propias acuñaciones, marcadas con la inicial correspondiente a sus nombres, pero conservando el emblema federal del escudo, símbolo a la vez del carácter militar de la Liga y de su vinculación a la diosa Atenea Itonia, en cuyo santuario situado cerca de Coronea se celebraba el festival Pambeocio.

Además del interés militar de defenderse frente a Tesalia y frente a Atenas, la Liga Beocia tenía objetivos económicos. Pero en el aspecto político no parece haber tenido la consideración de un estado, sino que se reconocía la soberanía de cada uno de los miembros, con un margen de iniciativa en política exterior. Así, cuando en el 519 Platea e Hisias se aliaron con Atenas, no hubo una reacción directa contra ellas por parte de los demás beocios sino tan sólo una política anti-ática de la Liga, que en el 506 se unió a Calcis para atacar el Ática, y, después del desfavorable resultado de esa operación, lo hizo con Egina, hostilizando de nuevo por tierra el territorio de los atenienses. Para conmemorar la alianza con Calcis se acuñó una moneda con el escudo beocio en el anverso y con el carro, emblema de Calcis, en el reverso, acompañado de la leyenda *BOI*.

Aunque formaba parte de la Anfictionía Délfica en la época clásica, y tal vez con anterioridad, el hecho es que Beocia no parece haber intervenido en la Guerra Sagrada, tal vez debido a su posición frente a los tesalios. Por lo demás, Tebas fue la verdadera cabeza regente de la Liga, la ciudad que marcó sus iniciativas y la convirtió en uno de los poderes más importantes de Grecia, aun a costa de provocar con su protagonismo la defección de algunas ciudades beocias. Formalmente, sin embargo, los miembros eran iguales, contribuyendo cada uno de ellos al ejército común con un contingente mandado por su propio general, que se convertía así en magistrado federal con el título de *beotarca*. En la Segunda Guerra Médica la Confederación se puso del lado de los persas.

También la Fócide formó un Estado federal integrado por las ciudades y por las tribus que no habían constituido asentamientos urbanos propiamente dichos. Con el título formal de «los focios» emprendieron acciones militares conjuntas, y en la segunda mitad del siglo VI a.C. acuñaron moneda federal, adoptando un toro como emblema. Como en el caso de Beocia, el móvil de la unidad debió de ser la presión de los tesalios.

6. LA GUERRA Y EL ARMAMENTO

El nacimiento de los Estados creó una nueva moral entre los individuos ahora llamados «ciudadanos». En el pasado heroico la guerra, tal y como se recordaba en la tradición épica, era una ocasión para mostrar la excelencia de los héroes en el combate individual. Ahora la defensa de la ciudad, del estado, era la tarea de todos sus miembros, que anónimamente, sin aspiraciones de gloria personal, debían cooperar para defender un conjunto, en el que estaban integradas sus familias y sus posesiones y que podía salvarse o sucumbir en una sola batalla; y podía crecer, anexionando nuevos territorios que harían más ricos a los ciudadanos. La supervivencia y el crecimiento dependían en todo caso de la superioridad militar. Los versos de Tirteo en Esparta y los de Solón en Atenas, que exhortan, respectivamente, a la conquista de Mesenia y a la de Salamina, tienen el mismo tono: hay que luchar por la ciudad, por la patria, porque eso es el máximo honor que puede alcanzar un hombre.

Algunas convenciones bélicas aliviaban la dureza de la guerra. Los vencidos podían recuperar a sus muertos, privados ya de las armas, porque el derecho a la sepultura se reconocía como sagrado. Las treguas eran respetadas; el derecho de asilo de los santuarios también. Los heraldos y los embajadores eran inviolables. Pero la suerte de los vencidos resultaba siempre muy triste. A consecuencia de la conquista espartana Mesenia dejó de ser un estado durante siglos, y ya hemos hablado de la destrucción de Crisa. Normalmente los derrotados eran reducidos a esclavitud, siendo vendidos en ultramar, o bien permaneciendo al servicio del vencedor. Para prevenir la rebelión de las ciudades sometidas se solían exigir rehenes, y se amenazaba con el exterminio de la población en lugar de la esclavitud, en caso de sedición.

La caballería constituía una tropa de élite, pero su importancia en la guerra de la época arcaica parece haber sido muy desigual. En los estados de la Jonia, como también en Lidia, era todavía decisiva; fue la fuerza principal en la Guerra

Lelantina, y el arma poderosa de los estados con una aristocracia fuerte y con buenos pastizales, como Tesalia. Pero el desarrollo del armamento y las tácticas hoplitas le hizo perder relevancia en el Peloponeso, porque no era capaz de romper la falange. Como ya se dijo más arriba, la formación hoplita es el resultado de una serie de innovaciones de distinta procedencia que se van sucediendo entre el 750 y el 650 a.C. aproximadamente, de modo que hasta este último momento no debe de haber empezado a imponerse como fuerza militar. En el 650 o poco antes se data, en efecto, el famoso vaso «Chigi», que documenta la falange en Corinto, y hacia el 650 también empiezan a aparecer en los santuarios espartanos de Artemis Ortia y de Menelao las figurillas de hoplitas realizadas en serie, que eran presumiblemente depositadas como ofrendas por los soldados.

A lo largo de ese siglo el armamento se va haciendo cada vez más pesado, y se supone que sólo cuando se contó con las dos piezas defensivas fundamentales, el casco y el escudo, pudo empezar la formación en falange. Para Heródoto (1.171), el casco y el escudo hoplitas habían sido adoptados por los griegos en razón de sus contactos con los carios en la Jonia meridional y en la Dóride; y, como quiera que los asirios contaban con dos piezas similares, parece posible que hayan sido los responsables últimos de la innovación griega, a través de los carios. La forma característica del casco hoplita es la corintia, de una sola pieza y con una escotadura frontal en forma de T, que sólo hace visibles los ojos y la boca; se adorna con una cimera de crines de caballo de origen oriental. Su datación inicial en la cerámica corresponde al 700 a.C. más o menos. El peso considerable de ese casco, y el hecho de que impidiera la audición e hiciera sólo posible la visión frontal, sugieren que no resultaba útil para una forma móvil de combate, es decir, que se había desarrollado en función de la táctica de formación compacta, donde lo importante era la resistencia de la pieza y la máxima cobertura de la cabeza, y lo indispensable, el poder mirar al frente.

También el escudo del hoplita había desarrollado en Grecia una forma peculiar, a partir de ese posible modelo de escudo redondo oriental. Era de madera, recubierto por una gruesa lámina de bronce decorada y con una correa vertical por la que se pasaba el brazo, al tiempo que la mano lo agarraba por un asa situada cerca del borde, de tal manera que su diámetro era dos veces la longitud del antebrazo de un hombre. Otra vez estamos ante una pieza de armamento muy pesada, con poca maniobrabilidad y que deja un flanco descubierto; sus ventajas y sus inconvenientes frente a otro tipo de escudo sugieren que era idónea para las tácticas hoplitas, no desde luego para una forma de lucha que no fuera el escuadrón compacto. No es fácil identificar esos escudos en las representaciones plásticas cuando no se aprecia su cara interior; solamente el hecho de que no pudieran girar y presentaran siempre una posición fija por referencia a un eje vertical permite conjeturar que los motivos decorativos con tal eje de simetría corresponden a esos escudos, lo que establece para ellos una datación inicial aproximada del 700 a.C.

La documentación más antigua de la coraza de bronce que llevaba el hoplita es la de la tumba de un guerrero de Argos, fechada hacia el 725 a.C., donde apareció también un casco primitivo, de los que dejaban toda la cara descubierta. La coraza constaba de dos piezas modeladas en forma anatómica y articuladas en bisagra por un lado, mientras por el otro se ataban en el costado y en los

hombros. Las raíces de este recurso del armamento defensivo no se encuentran en Oriente sino en la Europa central.

El choque de las formaciones de hoplitas decidía muchas veces las contiendas cuando las partes se avenían a aceptar el resultado final del enfrentamiento; pero, en ocasiones la parte vencida seguía hostilizando a la vencedora conforme a la táctica de la guerrilla, que dependía de soldados armados a la ligera. Esto parece haber ocurrido con los mesenios refugiados en el monte Itome y con los focios que lo hicieron en el Parnaso. Algunos estados tenían excelentes soldados entrenados en esa forma de lucha, que podía dilatar las guerras y eventualmente lograr victorias estratégicas desde una posición de inferioridad, como parecen haber sido las de los focios sobre los tesalios.

7. COMERCIO EXTERIOR

No hay duda de que el comercio exterior era una de las bases económicas de los estados griegos de la época arcaica, directa o indirectamente; sin embargo, es muy escasa la documentación que tenemos sobre esas actividades. El grueso de los testimonios arqueológicos corresponde a la cerámica, por lo que respecta a las mercancías que se movían por esos circuitos, pero sabemos que los productos textiles, más o menos lujosos, y los esclavos eran partidas importantes. Sobre el desarrollo cotidiano de tales actividades lo ignoramos casi todo, porque los autores de la época no se interesan por esas cuestiones; incluso en la época clásica, que está mejor documentada en general, los asuntos comerciales sólo afloran indirectamente, a través de los discursos escritos para los pleitos, que se han conservado por su estimación literaria como piezas de oratoria.

A pesar de la relativamente temprana introducción del alfabeto, la mayor parte de los negocios comerciales parecen haber sido llevados a cabo en forma oral, o tal vez inscritos sobre materiales perecederos. No sabemos, por tanto, cómo se decidían en realidad las diferencias entre extranjeros, que debían de ser un hecho cotidiano en las actividades comerciales; desde mediados del siglo VI a.C. se empieza a documentar, desde luego, la figura del *próxenos*, una especie de protector oficial de los extranjeros en cada ciudad, un tanto asimilable a los modernos cónsules, aunque no eran en verdad representantes legales de los interesados.

Tampoco sabemos nada sobre precios y sobre cómo se fijaban. Es frecuente que en esta época se establezcan por referencia a animales o a medidas de productos agrarios, porque la moneda no era todavía un instrumento de compra generalizado, pero eso no implica que no existiera una noción de precio, que parece ya documentada en los *poemas homéricos*. Lo más probable es que hubiera un régimen de precios fluctuantes, y que la transacción tuviera frecuentemente un carácter de subasta, con independencia de cuál fuera la forma de pago acordada. Al mismo tiempo, ese libre mercado debía de tener sus convenciones, a partir de las cuales se pudieran establecer compromisos bilaterales que favorecieran a dos partes implicadas en un negocio; y, a su vez, los Estados podrían imponer medidas dirigistas que aseguraran los suministros de primera necesidad, a fin de evitar la subida espectacular de sus precios. Para la época clásica hay documentación al respecto, pero no para la inmediatamente anterior. De

todos modos, hay que contar con que la mano de obra tenía un costo muy bajo, lo que dejaba amplios márgenes de maniobra a los comerciantes, quienes tenían que asumir los riesgos de la pérdida de una mercancía por causa de un naufragio. Tampoco está clara la vinculación que tenían en esta época los comerciantes con sus ciudades de origen; es posible que comerciantes corintios hayan eventualmente facilitado la salida de la cerámica ática frente a la corintia, en función de sus intereses particulares.

Otra cuestión capital es la de establecer hasta qué punto era importante el comercio exterior en las comunidades griegas. Algunos historiadores resaltan el hecho de que la economía griega tendía a ser autosuficiente, de tal manera que la circulación de los productos de lujo adquiridos en el exterior tenía un carácter suntuario y marginal respecto del modelo básico de circulación económica, es decir que se beneficiaba de un excedente de riqueza acumulado por algunos elementos de la sociedad, pero que no constituía una base económica. En el período Orientalizante esto puede ser cierto con carácter general, pero desde comienzos de la época arcaica algunos estados empiezan a desarrollar talleres locales que trabajan para la exportación, de tal manera que al llegar a la época clásica su sistema económico depende en efecto del comercio exterior.

Por otra parte, desde fecha muy temprana los comerciantes griegos no se limitaban a pagar los productos orientales con esclavos y artículos de primera necesidad, porque la demanda creciente de artículos de lujo muy costosos por parte de las clases altas de las comunidades griegas difícilmente podría haber sido compensada con la exportación de tales mercancías; parece que el equilibrio se lograba gracias a que los comerciantes podían aportar a los talleres orientales metales necesarios para las manufacturas, que obtenían en el Mediterráneo occidental, donde, por otra parte, era fácil colocar un artículo producido en Grecia: la cerámica. Ese esquema general de la actividad comercial es muy verosímil, aunque las dificultades son muchas a la hora de saber cómo funcionaba en cada lugar y en cada momento, o hasta qué punto esa actividad resultaba sustancial en las economías locales, o bien discurría por un circuito muy restringido –artesanos, comerciantes y consumidores de productos de lujo– de carácter marginal en relación con la economía general. Lo que sí parece claro es que el comercio exterior creó el estímulo necesario para el desarrollo de la producción artesanal, que, desde luego, en algunos estados acabó por resultar sustancial.

En la época arcaica el istmo de Corinto es el centro del comercio exterior griego. Lo que procedía del Egeo y del Mar Negro afluía al golfo Sarónico, y lo que venía del oeste, al golfo de Corinto. Gracias a la calzada que recorría transversalmente el Istmo, los barcos podían ser arrastrados de un puerto al otro, evitando así la navegación alrededor del Peloponeso; pero también eran muchos los intercambios que se hacían en esos puertos. La combinación de esas excelentes condiciones naturales con la iniciativa colonizadora convirtió a la pequeña Corinto en un estado poderoso, que controló virtualmente el comercio con el Occidente hasta la época clásica. La expulsión de los colonos eretrios de Corcira, donde se establece Corinto, inicia el predominio de esta ciudad sobre las actividades comerciales euboicas; los calcidios parecen haber llegado a un entendimiento con los corintios, de modo que sus colonias de Sicilia y la Magna Grecia colaboraban con la fundación corintia de Siracusa y con su propia metrópoli, recibiendo a cambio po-

siblemente un trato de favor en los puertos corintios del noroeste de Grecia y en los propios mercados del Istmo. Por el este, la cerámica corintia no sólo se encuentra en las ciudades griegas de Asia Menor sino también en el área colonial del Mar Negro, en Siria, en Palestina y en Egipto. Y, además, el control de la ruta terrestre que comunicaba por el Istmo el Peloponeso con la Grecia central otorgó a Corinto un papel preponderante en el intercambio comercial entre las dos áreas.

Aunque en mucha menor escala, Mégara también supo sacar partido de su ubicación en el Istmo. Sus tempranas fundaciones en el Mar Negro y el haber logrado una implantación colonial en Sicilia le permitieron desarrollar su actividad en las dos direcciones, este y oeste, lo que le garantizó una supervivencia que no habría obtenido del exiguo y pobre territorio con que contaba. El enorme trasiego comercial que registraba la zona del Istmo, además de colmar las aspiraciones de Corinto hasta el máximo desarrollo de sus capacidades, y de hacer posible el buen pasar de Mégara, enriqueció a otros dos Estados próximos, que funcionaron como centros de intercambio: el insular de Egina al este y el costero de Sición al oeste.

A su vez, las colonias fundadas en Sicilia y la Magna Grecia, en África y en el área de los Estrechos, se constituyeron en centros de intercambio de esa compleja red comercial; tanto más cuanto que sus respectivas poblaciones iban desarrollando un creciente poder adquisitivo de manufacturas de lujo y objetos metálicos diversos, como las armas, que, por lo general, eran importados. Por el sureste Tera, Creta y Rodas también se beneficiaron con sus puertos de la posibilidad de funcionar como centros comerciales. A partir del siglo VI a. C. las ciudades jonias que se habían quedado más rezagadas en ese sentido alcanzaron una promoción gracias a sus relaciones preferenciales con Egipto sobre todo.

8. APARICIÓN DE LA MONEDA

Según Heródoto, la moneda, es decir la pieza de metal de un peso fijo y con un diseño característico, fue una invención de los lidios, y probablemente sea cierto, aunque las modernas dataciones de las piezas más antiguas lidias y de algunas ciudades griegas de Asia Menor resultan sincronizables, por lo que no conocemos con certeza el lugar donde se acuñó primero. En cualquier caso, el último tercio del siglo VII a.C. conoce esa innovación, que se extiende con rapidez por las ciudades griegas.

El precedente de la moneda hay que buscarlo en la costumbre de pagar el precio de las mercancías –o de establecerlo al menos, aunque luego se pagara en realidad en especie– en lingotes o en pequeños bloques de metales preciosos, o de bronce o incluso de hierro. El primer paso puede haber sido la iniciativa de hacer una incisión sobre esas piezas mientras estaba el metal caliente para mostrar, en el caso de los metales preciosos, que no habían sido doradas ni plateadas en la superficie. Luego se cubrió con múltiples estrías toda una cara, para evidenciar, posiblemente, el grado de desgaste. Finalmente, se estamparon emblemas representativos del lugar de acuñación, a través de los cuales no sólo se cumplían esos objetivos sino que la ciudad amonedadora respondía del peso y la calidad del metal. Se ha supuesto que esta última necesidad se hizo más fuerte

en Lidia, debido a la utilización allí del electro, una aleación natural de plata y oro, de proporción variable. Pero también ciudades griegas como Mileto, Éfeso, Cícico, Focea o Mitilene acuñaron en electro, al parecer por la misma época. El emblema de Lidia era una cabeza de león para las monedas más grandes, y una garra de ese animal para las más pequeñas. Mileto adoptó asimismo el león, aunque el diseño era un animal entero con la cabeza girada; y Éfeso, la abeja. Más tarde, el rey lidio Creso procedió a separar el oro y la plata y produjo acuñaciones de esos dos metales. Samos y Quíos, por su parte, sacaron pronto moneda de plata. La equivalencia del oro respecto de la plata era 1: 13 1/3, la del oro respecto del electro 1: 1 1/3 y la del electro respecto de la plata 1: 10, de modo que la circulación conjunta en el comercio internacional de monedas acuñadas en cada uno de esos tres metales, que debían ser aceptadas indistintamente, obligaba a hacer grandes esfuerzos, a la hora de establecer los patrones, para lograr el mayor ajuste entre las diferentes series y facilitar así las transacciones.

Las monedas griegas continentales fueron de plata, porque allí no había ni oro ni electro. Parece que las primeras se acuñaron en Egina en el último cuarto del siglo VII a.C., con sus características tortugas como emblema; los antiguos se las atribuyeron al tirano Fidón de Argos, lo que no está muy claro, porque su mandato debe de haber sido anterior. Las acuñaciones de Egina tenían pesos y composición diferentes de las lidias, pero Samos y Corinto hicieron una moneda, conforme a un nuevo patrón, el llamado *euboico*, cuyo peso de plata se relacionaba a la vez con el patrón lidio y con el *egineta*. Los dos sistemas coexistieron en el mundo griego durante la época arcaica: el egineta prevaleció en el Peloponeso, y fue adoptado por Beocia, las islas del Egeo alineadas entre Egina y Rodas y alguna otra ciudad; el euboico, representado por Corinto con su emblema del caballo, fue adoptado por Atenas, Calcis y Cirene, además de por Samos, como se ha dicho. En cuanto a los griegos de Occidente, acuñaron con cierto retraso, probablemente porque Corinto monopolizaba su comercio, y, cuando lo hicieron, siguieron, en general, el patrón euboico. A su vez, las ciudades monorasiáticas de Mileto, Éfeso, Focea y Quíos mantuvieron el patrón *lidio*, y hubo, por otra parte, alguna acuñación esporádica con patrón propio. Está claro que la distribución de los patrones principales por las ciudades griegas estaba en relación directa con el desarrollo de las actividades comerciales, que, como ya se ha dicho, era muy complejo en el mundo griego, por cuanto dependía de múltiples piezas con iniciativa propia, pero vinculadas unas a otras por relaciones peculiares. La necesidad de utilizar para las acuñaciones un metal como la plata, que no era de disponibilidad común sino que constituía por sí mismo una de las mercancías objeto de comercio a larga distancia y eventualmente sujetas a monopolio, complicaba todavía más la cuestión de la moneda, que presenta un panorama de conjunto en esta época bastante caótico. Así, por ejemplo, donde no había plata ni se podía conseguir de fuera en condiciones favorables, las monedas de plata podían alcanzar un precio muy superior al valor medio del metal que contenían, si se hacían necesarias para pagar alguna mercancía vital o apetecida.

Aunque parece que, una vez introducida en Grecia la moneda, las ciudades que no la tenían se vieron obligadas a adoptarla por razones de comercio, este planteamiento general requiere matizaciones y no deja de tener puntos oscuros. En primer lugar, está claro que tanto el comercio exterior como el interior podían desarrollarse sin moneda. Cartago, por ejemplo, que tenía una amplia actividad

comercial, no acuñó hasta que hubo de pagar a mercenarios sicilianos, y entonces lo hizo tan sólo para ese fin específico; por no hablar de los fenicios, que tampoco amonedaban hasta el siglo V a.C. Por otra parte, la difusión de la moneda entre los griegos es tan rápida que cuesta trabajo creer que responda a una transformación total de la forma de pago, porque es muy difícil que se hubiera podido disponer de tal cantidad de moneda en tan poco tiempo. Ha sorprendido también el hecho de que algunos Estados acuñen moneda muy pequeña, como lo son la mitad de las de electro encontradas en el Artemision de Efeso, mientras otros tienen monedas grandes. Se ha querido apreciar también en la tendencia a acuñar por parte de todas las ciudades un móvil de búsqueda de prestigio, debiendo admitir la posibilidad de que, para las que debían importar la plata, el gasto de la acuñación podía no verse compensado por las posibles ventajas de contar con moneda propia para las transacciones exteriores.

Hay que contar, en todo caso, con la posibilidad de que la mayor funcionalidad de la moneda no fuera la de facilitar el comercio sino su tesaurización; era un bien imperecedero, que ocupaba poco espacio y tenía un valor permanente en cualquier mercado, siendo convertible en cualquier momento en bienes de primera necesidad o aplicable al pago de servicios importantes. Puede haber sido así la forma de pago requerida por los mercenarios, de lo que no faltan testimonios. Puede haber sido una ofrenda muy apreciada por los templos, porque se ajustaba a los patrimonios más variados y, a diferencia de la mayor parte de los exvotos, tenía un valor intrínseco permanente. Y puede, en fin, haber sido también una forma de tasaurización de los Estados, que podían así disponer de recursos para el pago de mercenarios o de trabajadores de obras públicas. Se han encontrado algunas monedas con un número muy grande de marcas que no corresponden a los estados ni serían necesarias para la circulación pública; por lo que se ha deducido que quien las tenía las marcaba con una contraseña, en la idea de guardarlas, tal vez para transmitirlas en forma de dote. Es posible, por tanto, que hasta que no fueron acuñadas y puestas en circulación regular monedas de cobre, para lo cual habría que esperar en Grecia hasta el siglo IV a.C., la moneda no se usara sistemáticamente en los mercados locales.

DOCUMENTOS

1. LOS GUERREROS DE EUBEA

No serán tensados muchos arcos ni hondas
abundantes cuando Ares trence la lucha
en la llanura: de las espadas que arrancan gemidos será la tarea,
porque en ese tipo de lucha son avezados
los señores de Eubea, gloriados por sus lanzas.

(ARQUÍLOCO *Fr.* 3 D)

2. LA FORMACIÓN COMPACTA

Los ejércitos hacen todos esto: suelen cabecear hacia su ala derecha en las acometidas y, en consecuencia, dominan ambos con su ala derecha el ala izquierda del contrario, y ello a causa de que cada soldado, por temor, protege lo más posible su lado desnudo (es decir, el derecho) con el escudo del compañero situado a su derecha, y por considerar que la formación compacta es lo que ofrece mayor seguridad. En realidad, el que inicia el desvío es el que va el primero por la derecha, en su afán de hurtar continuamente la parte desnuda de su cuerpo a los contrarios; después, le siguen por el mismo temor también los demás.

(TUCÍDIDES, 5.71)

3. HOPLITAS ESPARTANOS

Poniendo pie junto a pie, apoyando escudo sobre escudo
y el penacho al penacho, el casco al casco
y el pecho al pecho aproximando, luchad con el enemigo
empuñando la espada o larga lanza.

(TIRTEO, *Fr.* 8 Diehl 31-34)

4. LA LUCHA POR LA PATRIA

Aquel de vosotros que herido o golpeado se encuentre con la muerte y con el destino, que muera: no es vergonzoso para él morir luchando por su patria, y, en cambio, la esposa y los hijos que deja, y la casa y la heredad permanecerán sin daño, si los aqueos se vuelven con sus naves a su tierra patria.

(*Iliada*, 15, 494-499.)

El que se sienta morir, que arroje un último dardo,
porque es honroso y magnífico que un hombre luche
por su tierra, sus hijos y su amada esposa
con los enemigos. La muerte llega cuando en verdad
las Moiras la hilan.
A ése el humilde lo llora y el poderoso, si algo le ocurre;
porque todo el pueblo añora al hombre de espíritu fuerte
cuando muere, y vivo, recibe el honor de un semidiós.

(CALINO, *Eleg.* 1.5-19)

A ése lo lloran igualmente los jóvenes y viejos
y con grande añoranza se siente afligida la ciudad toda;
su tumba y sus hijos reciben honor entre los hombres
y los hijos de sus hijos y toda su descendencia.
Nunca perece su buena fama ni su nombre
sino que, aun estando bajo tierra, se convierte en un inmortal

aquel a quien haciendo gala de su excelencia, aguantando a pie firme y luchando
por su tierra y por sus hijos, el violento Ares hace perecer.

(TIRTEO, *Fr.* 9Diehl 27-34)

5. EL VALOR EN EL COMBATE

Ya conocéis, en efecto, las obras destructivas del luctuoso Ares
y habéis experimentado bien los embates de la penosa guerra
y habéis estado entre los perseguidos y entre los perseguidores,
oh jóvenes, de lo uno y de lo otro llegando hasta la saciedad.
Los que en verdad atacan permaneciendo unidos los unos junto a los otros
mientras se lanzan al combate cuerpo a cuerpo en línea de vanguardia
mueren en número menor y salvan a los que van detrás;
en cambio, cuando desfallecen unos, a todos se les acaba el valor.

(TIRTEO, *Fr.* 8Diehl 7-14)

Esta es la excelencia *(areté)*, éste es, entre los hombres, el premio agonal mejor
y más hermoso que puede llevarse un joven.
Es un bien común ése para la ciudad y el pueblo todos,
el hombre que, con las piernas bien abiertas, aguanta en primera fila
sin desfallecer, y en la huida vergonzosa no piensa un solo momento,
su alma y su espíritu abnegado exponiendo,
e infunde valor con sus palabras al vecino, acercándosele.
Ese es el hombre bueno en la guerra.

(TIRTEO, *Fr.* 9Diehl 13-20)

6. LA GUERRA Y EL DESARROLLO CONSTITUCIONAL

Entre los griegos el primer tipo de constitución surgió, después de la abolición de la monarquía, de los que hacían la guerra, en un principio de los caballeros (porque la guerra tenía su fuerza y su superioridad en la caballería, debido al hecho de que sin una formación coordinada la infantería armada resulta inútil y los antiguos no conocían ni las tácticas ni los tipos de formación de los hoplitas, de suerte que su fuerza estaba en los jinetes); pero, al crecer las ciudades y hacerse más fuertes los que tenían armas, fueron más también los que participaron en el gobierno.

(ARISTÓTELES, *Política* 1297b.)

7. LA CASA DE UN ARISTÓCRATA DE LESBOS

Resplandece la gran casa por el bronce. Todo el gran techo está adornado por obra de Ares con cascos relucientes, de los que penden, balanceándose, los blancos penachos de crines de caballo, adorno de las cabezas de los hombres.

Colgadas de unos clavos ocultos, en derredor, aparecen las grebas broncíneas, brillantes, defensa contra los fuertes dardos.

Apiladas en el suelo se amontonan las corazas de lino recién tejido y los cóncavos escudos; a su lado, las espadas calcidias y un poco más allá las cotas metálicas en gran número y las túnicas. Cosas todas que no debemos olvidar en el momento mismo en que nos aprestamos a esta tarea.

(ALCEO, *Fr.* 54 Diehl)

8. COMERCIANTES DE SAMOS Y DE EGINA

Ellos (Coleo y su tripulación), habiendo sacado el barco de la isla, se hicieron a la mar con el deseo de llegar a Egipto, siendo, sin embargo, desviados por un viento del este. Y no amainó, en verdad, el viento, sino que, habiendo atravesado las columnas de Heracles, llegaron a Tartesos, guiados por los dioses. Ese emporio estaba virgen por entonces, de suerte que, a su regreso, pudieron obtener del cargamento que se habían llevado consigo una ganancia muy grande en comparación con los demás griegos de cuyo comercio tenemos constancia; siempre, claro está, después de Sóstrato de Egina, el hijo de Laodamante, porque con ése no ha sido capaz de rivalizar ningún otro.

(HERÓDOTO, 4.152)

BIBLIOGRAFÍA

M. S. BALMUTH: «Remarks on the Appearence of the Earliest Coins», *Studies presented to G. M. A. Hanfman*, Mainz, 1971.

A. CARTLEDGE: «Hoplites and heroes: Sparta's contribution to technique of ancient Warfare», *Journ. Hell. Stud.* 1977 pp. 11-27.

R. M. COOK: «Speculations on the origins of coinage», *Historia*, 1958, pp. 257-262.

M. DETIENNE: «La phalange: problèmes et controverses», en *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne* (J. P. VERNANT, ed.), París, 1968.

V. EHRENBERG: *The Greek State*, Londres, 1969(2).

P. A. L. GREENHALGH: *Early Greek Warfare*, Cambridge 1973.

R. J. HOOPER: *(et alii) Essays in Greek Coinage presented to Stanley Robinson*, Oxford, 1968.

W. JAEGER: «Tyrtaeus on true areté», en *Five Essays*, Montreal, 1966.

C. M. KRAAY: *Greek Coins and History*, Cambridge, 1969.

C. M. KRAAY-M. HIRMER: *Greek Coins*, Londres, 1966.

J. LARSEN: *Greek Federal States*. Oxford, 1968.

H. L. LORIMER: «The hoplite phalanx», *Ann. Brit. Sch. Ath.* 1947, pp. 76-138.

K. SALMON: «Political hoplites», *Journ. Hell. Stud.* 1977, pp. 84-101.

A. M. SNODGRASS: *Early Greek Armour and Weapons*, Edimburgo, 1964.

—, The hoplite reform and history, *Journ. Hell. Stud.* 1965, pp. 110-122.
—, «L'introduzione degli opliti in Grecia e in Italia», *Riv. Stor. Ital.* 1965, pp. 434 ss.
P. VIDAL-NAQUET: «Fonction de la monnaie dans la Grèce archaïque», *Annales*, 1968, pp. 206-208.
E. WILL: «De l'aspect éthique des origines grecques de la monnaie», *Rev. Histor.* 1954, pp. 209-231.

CAPÍTULO IV

LAS TIRANÍAS

1. SURGIMIENTO DE LAS TIRANÍAS

En el siglo VII y comienzos del VI a.C. en la mayoría de los estados del Peloponeso y también fuera de allí, surge una figura política, la del *tirano*, sobre cuya novedad no cabe dudar, puesto que se le aplica un nombre nuevo *(týrannos)*, inusitado hasta entonces en la lengua griega y, muy posiblemente, de procedencia oriental. En ese momento las *póleis* constituían estados que se pueden definir como aristocráticos, en la medida en que en ellos el poder político era monopolio de una serie limitada de familias, que destacaban por la pretendida excelencia de su linaje; combinada, desde luego, con un poder económico y social, derivados respectivamente de su control, en términos patrimoniales, sobre una gran parte de la producción de la tierra, y de sus amplias atribuciones en el plano religioso, y en el jurídico.

Los historiadores modernos, y en cierto modo también los antiguos, se han preguntado sobre las causas de la aparición de la tiranía, habiendo postulado teorías alternativas, a las que nos referiremos después; todas ellas merecen una consideración, aunque hayan operado de forma distinta en cada caso, pero lo que ahora nos interesa resaltar son las condiciones básicas que parecen haber potenciado esos supuestos factores causantes, condiciones que se muestran de un modo un tanto homogéneo en las diferentes *póleis*.

El estado aristocrático era una forma política inestable, porque se correspondía con un modelo socioeconómico de tipo gentilicio que empezaba a transformarse en el marco de la *pólis*. La ciudad, con su capacidad de proyección económica, con su apertura hacia el exterior, con su poderosa atracción frente a los elementos vinculados ancestralmente a sus moradas rurales tradicionales y, en definitiva, con la enorme vitalidad que le confería el ser un organismo en formación, funcionaba como un crisol capaz de agitar el espectro social y económico. La masa no tiene en esa coyuntura capacidad para organizarse o siquiera para

tener conciencia de sí misma, de modo que no hay un enfrentamiento entre clases o entre sectores económicos; lo que ocurre más bien es que la *pólis* constituye el marco idóneo para la activación de las disensiones dentro de la aristocracia. Quienes se encuentran a la cabeza de las pequeñas pirámides sociales de implantación rural rivalizan por conseguir un poder mayor en esa superestructura que es la *pólis*; porque ahora existe la posibilidad de liderar todo un estado y de conseguir así la preeminencia sobre los grupos sociales que lo integran. Y, a su vez, en el seno de la aristocracia se cuestiona la ancestral estructura piramidal, de modo que cualquiera de los individuos que la componen puede sentirse llamado a ejercer un protagonismo y a aglutinar en torno a su persona un bloque nuevo de elementos dependientes. Sigue funcionando de hecho el modelo de los grupos sociales de vinculación personal, totalmente diferentes de las clases o de los modernos partidos políticos, pero ahora los grupos son más amplios, inestables y cambiantes. En esas circunstancias, y con la concurrencia de unos determinados factores, incluso un advenedizo o un extranjero puede llegar a hacerse con el poder, aunque no es menos cierto que los tiranos proceden, en su mayoría de la aristocracia local.

Hasta el momento en que de una forma u otra se consolidan unas instituciones políticas para los nuevos estados, existe una especie de vacío de poder central que hace posible el desarrollo de poderes fácticos aglutinantes totalmente marginales a la tradición política de esas comunidades, que, por lo mismo, tienen un carácter transitorio. A la larga se impone el arquetipo político, que da lugar a formas constitucionales adaptadas a la *pólis*, pero en el ínterin la tiranía viene a canalizar –como ocurre en el caso de la ateniense de Pisístrato, que es la mejor documentada– las tensiones que operan en el proceso de consolidación de la ciudad-Estado. Cuando esas ciudades alcanzan una constitución más o menos democrática sobre la base de que el poder político debe corresponder en forma igualitaria, o bien proporcionada, al cuerpo de ciudadanos, y cuando las magistraturas personales asumen unas atribuciones que permiten a los líderes políticos actuar a través de ellas, el fenómeno del poder personal autoconstituido y autolegitimado, en oposición a los poderes del estado, resulta odioso para todos, y se contempla como una amenaza. Antes, sin embargo, el convertirse en tirano es algo deseable para muchos, y el odio al tirano procede por lo general de quien, pudiendo haber llegado a serlo, no lo ha logrado, o de quien piensa que la tiranía es un atentado contra el viejo ideal aristocrático, que ha perdido en todo caso en la ciudad su contexto natural.

2. CONCEPTO DE TIRANÍA

El tirano griego es un *mónarchos*, es decir una figura política que asume por principio la totalidad de los poderes y las funciones de gobierno del Estado, sin otra legitimidad que la que él mismo se otorga y sin un término establecido para el final de su mandato. Puede ser un buen gobernante y tener, incluso, a su favor potencialmente a la mayor parte de la comunidad; o puede ejercer un poder despótico y conservarlo con el único apoyo de una tropa bien armada y gracias a la represión sangrienta de sus oponentes. Puede decidir por sí mismo todos los asuntos; o puede reunir la asamblea y mantener las magistraturas, influyendo

indirectamente sobre las decisiones a tomar. En cualquiera de esos supuestos, el poder del tirano es ilegítimo, en la medida en que se sitúa al margen de las instituciones políticas del estado, y, especialmente, por el hecho de que los principios que definen esas instituciones –la temporalidad, la distribución de los poderes y funciones, y la nominación de los gobernantes por parte de la comunidad– son opuestos a los que constituyen el fundamento de la tiranía.

El tirano, es, pues, un elemento extraño al arquetipo político de los pueblos indoeuropeos, y su semejanza, aunque vaga, con la figura del rey, que había sido eliminada o postergada en el estado aristocrático, le propicia unas connotaciones negativas que no hacen sino aumentar con el desarrollo del pensamiento político clásico, polarizado en dos tendencias, la democrática y la oligárquica, igualmente contrarias al modelo político en el que se incluye la tiranía.

Hipias de Elide, que escribió hacia el 400 a.C., afirma que la palabra *týrannos* se empezó a utilizar en griego en la época del poeta Arquíloco, es decir, a mediados del siglo VII a.C.; y otro autor antiguo dice que fue aplicada por primera vez a Giges, un lidio contemporáneo de Arquíloco que asesinó al rey de Lidia y se hizo allí con el poder. Aristóteles, felizmente (*Ret.* 1418b), nos ha transmitido un fragmento de un poema perdido de Arquíloco, donde aparece ya el término en cuestión, que se relaciona, aunque indirectamente con el propio Giges.

De todos modos, la utilización del vocablo *týrannos* en la época arcaica es bastante compleja. A veces parece funcionar con el sentido primario de «monarca» o «rey», desprovisto de todo juicio de valor: o bien es un sinónimo de *basiléus*, o bien se emplea ese término y no este último porque en esa época se está llamando *basiléis* a los grandes jefes de los grupos gentilicios, integrados ya en la unidad política de la ciudad-estado, en tanto que los reyes tradicionales de procedencia aristocrática han ido desapareciendo. Pero, a su vez, el hecho de que el tirano, cualquiera que sea su origen, alcance el poder y lo ejerza en oposición a la aristocracia puede justificar la introducción del nuevo vocablo y su empleo preferencial frente a *basiléus*. En cuanto a su valor despectivo en esta misma época, parece meramente contextual, dependiendo de quién lo utilice y en qué circunstancias. Ese doble sentido se hace jugar en un fragmento atribuido a Solón (*Fr.* 23 Diehl 8-12). La tiranía no es a la sazón universalmente condenada, e incluso se requiere a Solón para que la asuma a fin de poder colmar su obra, hasta el punto de que el legislador se ve obligado a justificar por qué no lo ha hecho: la violencia contra la patria que comporta le parece irrespetuosa, amarga y denigrante, y la victoria del tirano, peor que la de quien logra cumplir unos objetivos, aunque sean más modestos, dentro de la legitimidad.

La asociación de la tiranía con una forma ostentosa de riqueza es muy común en las fuentes. Debe relacionarse con los tiranos orientales, a los que imitarían los demás, lo que favoreció posiblemente la importación del vocablo *týrannos*. Aunque los módulos fueran en Grecia más modestos, no hay duda de que la tiranía surge en relación con unos circuitos económicos recientemente potenciados, que son distintos de los que caracterizaban al estado aristocrático en sus raíces y que siguen funcionando en un sector de la aristocracia. Como apunta Tucídides (1.13), el desarrollo de una riqueza en forma de metal o moneda, que se transmite fácilmente de una mano a otra y que puede crecer de modo ilimitado –lo que no ocurre con la tierra y sus beneficios– es un fenómeno asociado a la

tiranía, que la hace deseable no sólo para quienes pueden alcanzarla sino para todos los que esperan enriquecerse colaborando con ella. El tirano es, en suma, un hombre espectacularmente rico y capaz de irradiar su riqueza en forma de dádivas o salarios; de ahí su ventaja frente a una aristocracia terrateniente a veces empobrecida, que obtiene sus rentas gracias a la miseria de quienes trabajan su patrimonio y le deben, por imperativo social, obsequios y servicios.

Por lo que respecta, en fin, a la consideración de la tiranía como algo opuesto a la democracia, que no es ciertamente característica de la época arcaica, tenemos sin embargo un documento de finales del siglo VI donde se refleja de una forma incipiente. Se trata de una canción de bebedores que celebra a Harmodio y Aristogitón, asesinos del tirano Hiparco, hijo de Pisístrato. Es probable que la palabra «democracia» fuera todavía inusitada, pero el autor del escolio en cuestión dice que, al matar al tirano, han hecho a Atenas *isónoma*, siendo así que *isonomía* comporta el sentido de «leyes iguales para todos». La tiranía es, en efecto, una forma política que, por su propia indefinición constitucional, implica una aceptación tácita de la arbitrariedad como principio de ejercicio del poder. La isonomía, en cambio, excluye la tiranía y prefigura el concepto de democracia.

3. CAUSAS O FACTORES RELACIONADOS CON LA APARICIÓN DE LAS TIRANÍAS

Como ya se ha dicho antes, es posible vislumbrar unas determinadas condiciones básicas que han debido de operar en el fenómeno del surgimiento de las tiranías arcaicas, aunque sea de una forma indirecta; los historiadores modernos, sin embargo, han pretendido identificar ciertos factores operativos, bajo cuyo estímulo se habría activado el proceso. En el caso del Peloponeso, en que la tiranía se generaliza, por así decirlo, en los siglos VII y VI, se plantea necesariamente la cuestión de si su éxito es debido a unas causas comunes a los diferentes estados. Si entendemos que la transformación del modelo económico es una circunstancia que se da por doquier en la Grecia arcaica y que constituye un elemento fundamental de la infraestructura, hemos de prestar atención especial a dos teorías que insisten, respectivamente, en otros tantos factores determinantes. La primera es la llamada teoría *predoria*, donde se valora la supuesta importancia del elemento predorio en la mayor parte de las ciudades del Peloponeso, entendiendo que vivía una situación de postergación con respecto al elemento dorio, al que correspondería la aristocracia. En tal supuesto, los tiranos habrían capitalizado el descontento de esa población infravalorada, erigiéndose en sus adalides frente a los aristócratas, lo que les habría permitido acceder al poder. La segunda teoría, que, de ser correcta, tendría una aplicación más generalizada, es la teoría *hoplita*, en virtud de la cual se presume que la introducción del armamento y las tácticas de lucha de los hoplitas habrían tenido unas importantes consecuencias sociales y políticas. La guerra, la defensa de la comunidad, había dependido hasta entonces de una aristocracia de jinetes, capaces de mantener sus caballos y sus costosos armamentos con vistas a los combates individuales de larga tradición; el equipamiento de los hoplitas, accesible al conjunto de los propietarios agrícolas, y las nuevas tácticas de combate, basadas en la formación compacta de un grupo que opera solidariamente de forma anónima por lo que respecta a los individuos, habrían creado una conciencia de fuerza en la masa, frente a la de la aristocracia,

hasta el extremo de exigir una participación en la gestión del estado proporcional a la nueva importancia de su participación en la defensa del mismo; de eso, que inicialmente no habría sido más que una aspiración política, se habrían erigido en campeones los tiranos. Estas teorías deben ser valoradas en relación con las tiranías concretas que surgieron en el Peloponeso en esta época, y, en cualquier caso, no hay que olvidar que tales móviles, en la fase histórica en que nos movemos, han debido de operar, si en verdad lo hicieron, de forma indirecta, estimulados siempre por unos líderes que tenían sus propias apetencias y objetivos, y que eran capaces de compensar los servicios prestados a sus causas personales con beneficios concretos y puntuales, nunca con la concesión a una determinada ideología o reivindicación de amplio espectro.

El mayor problema es que las fuentes relativas a esos gobernantes son muy escasas y poco claras. La única que con seguridad no está contaminada por las tendencias historiográficas del siglo IV, dirigidas a reinterpretar la historia primitiva de los estados griegos de un modo anacrónico, es Heródoto, que habla de Clístenes de Sición, de los Cipsélidas de Corinto y, brevísimamente, de Fidón de Argos. No es el caso de Aristóteles (*Pol.* 1310b), cuyas puntualizaciones sobre la tiranía dependen en gran medida de su visualización del espectro social y económico en la Grecia del siglo IV a.C., además de que no sabemos hasta qué punto depende de la historiografía anterior o contemporánea, y en qué medida pudo él mismo, o su escuela, llevar a cabo una investigación personal y directa sobre el asunto. De todos modos, las líneas que dedica en su *Política* a las tiranías arcaicas resultan muy válidas para el historiador, no sólo por los datos que contienen sino también por el hecho de que constituyen un tipo de aproximación al problema que no se encuentra en la historiografía ni en ninguna otra obra conservada.

Esta penuria de fuentes es la causa de que se planteen muchos interrogantes sin respuesta sobre las tres tiranías peloponesias mejor conocidas –las de Sición, Corinto y Argos– y de que sepamos poquísimo sobre las demás. En realidad sólo hay escasas noticias en relación con la de Mégara y la de Epidauro, lo que nos permite, con todo, suponer que la tiranía estuvo muy extendida por el Peloponeso en la segunda mitad de la época arcaica, y que su generalización se debió a factores comunes. Con respecto a Mégara, el pequeño Estado situado por encima del istmo de Corinto, se documenta su tirano Teágenes en el pasaje que Tucídides (1.26) consagra a la fallida intentona de Cilón para convertirse en tirano de Atenas. Sea o no cierto que Cilón era el yerno de Teágenes y que éste prestó a aquél sus tropas para la empresa ateniense, el relato de Tucídides refleja, en todo caso, la tendencia de los tiranos a cooperar en el establecimiento de regímenes políticos semejantes en otros estados, su disponibilidad de efectivos militares y la importancia de las relaciones de tipo personal en el refuerzo de sus respectivas posiciones. Ello indica que existía entre los tiranos una cierta conciencia de afinidad y solidaridad, que parece explicarse por su común oposición a la aristocracia. Resulta interesante, por otra parte, la mención de Aristóteles (*Pol.* 1305a) en el sentido de que Teágenes «había degollado los rebaños de los ricos, haciendo presa en ellos mientras pacían junto al río», porque pone de manifiesto un afán de empobrecer a la aristocracia, así como el empleo abierto de la violencia.

La aparente generalización de las tiranías en los estados peloponesios y el hecho de que en muchos de ellos se pueda constatar, en efecto, un enfrentamiento

entre el elemento dorio, y el no dorio no permite, sin embargo, considerar el factor racial como causante del fenómeno, puesto que ni en Atenas ni en Mitilene o en Mileto se daba enfrentamiento racial alguno y, en cambio, hubo también tiranías. Hay que pensar, por tanto, en una oposición de carácter social, presente, en general, en las *póleis*, que en el caso de las dorias parece haber coincidido con la oposición racial.

Y también la teoría hoplita requiere muchas matizaciones. Por un lado está la posible anterioridad del establecimiento de la tiranía argiva con respecto a la introducción del armamento hoplita; por otro, la importancia de la oposición racial, en el caso de Sición, que no se puede reducir a una oposición entre los hoplitas y la aristocracia; y está, en fin, el silencio de las fuentes sobre la identificación de los hoplitas como la facción que dio su apoyo a las tiranías. Una cosa es que en la mayor parte de los casos haya que suponer, por razones cronológicas, que los contingentes armados que manejaban los tiranos fueran de hoplitas, y otra muy distinta que los hoplitas, identificados como el conjunto de los pequeños y medianos propietarios rurales con capacidad para costearse ese armamento, hubieran asumido masivamente unas reivindicaciones políticas y hecho de los tiranos sus adalides. El factor hoplita ha podido jugar de otro modo en esa coyuntura y, aunque nuestra información al respecto es muy limitada, no se puede olvidar el hecho de que Tucídices señala el crecimiento económico y la circulación de la riqueza como la causa de la aparición de la tiranía; el testimonio de Teognis sobre la conexión entre el afán generalizado de ganancia y el surgimiento de los tiranos; y, en fin, el planteamiento de Aristóteles, que pudiendo haber señalado a la clase de fortuna media –equivalente lógico de la clase que prefigura la teoría hoplita– como la facción enfrentada a la aristocracia y consagrada a los tiranos, se refiere, sin embargo, una y otra vez en ese sentido al pueblo, es decir a una masa que incluye a los elementos más pobres de la sociedad.

No parece arriesgado suponer que muchos de los hoplitas con que contaban los tiranos procedían del sector más pobre y que habían sido equipados por éstos, al igual que debieron de contar entre sus filas a mercenarios venidos de fuera, como de fuera eran las tropas que les prestaban otros tiranos. Por supuesto, a la causa de la tiranía han debido de sumarse pequeños y medianos propietarios por unas razones o por otras, pero es igualmente probable que muchos de ellos permanecieran fieles a los vínculos sociales que los unían a los aristócratas enfrentados a los tiranos. La mayor potencia económica de los tiranos y su capacidad de engrandecer las ciudades que comandaban, fomentando su proyección exterior en todos los órdenes, puede haberles hecho ganar la partida en un torbellino de fuerzas y vínculos de dependencia cambiantes, como parece haber sido la *stasis* de esas ciudades, carente todavía de cualquier planteamiento reivindicativo de conjunto.

En suma, la conexión entre los tiranos y los hoplitas, que es un hecho, se muestra compleja y llena de puntos oscuros; posiblemente en cada caso se haya establecido de un modo diferente, lo que invalida la teoría hoplita como planteamiento general. De todos modos es tanto o más probable que la masa de los hoplitas, identificada formalmente con el pueblo, sea una consecuencia, no un factor causante de las tiranías, y que tenga que ver más con su inexorable ocaso en la segunda generación, que con su nacimiento; es decir, que esa fuerza militar

se haya convertido en una fuerza política precisa y paradójicamente gracias a la potenciación del *demos* que en el orden económico y social propiciaron los tiranos. En tal supuesto, la ofensiva de los hoplitas debería relacionarse con carácter general, cual ocurre en el caso particular de Esparta, con el desarrollo constitucional que elimina el estado aristocrático.

4. LA TIRANÍA DE CORINTO

La formidable acrópolis del Acrocorinto ha proporcionado algunos restos micénicos dispersos, y es probable que el estado de época histórica conserve el nombre del asentamiento de la Edad del Bronce, pero el registro arqueológico significativo se inicia con el establecimiento de los dorios en el lugar, hacia el 900 a.C. Tras un siglo y medio de una forma de vida pobre y sin aparentes contactos con el exterior, la ciudad crece súbitamente y se llena de productos importados, algunos de los cuales proceden incluso del Próximo Oriente. El movimiento colonizador y el desarrollo comercial de las ciudades griegas a partir del siglo VIII a.C. ha potenciado sin duda la privilegiada situación de este estado, llave del Peloponeso y abierto directamente a las rutas marítimas del Oriente y a las del Occidente. Las reducidas dimensiones de su territorio, que bloqueaban el desarrollo demográfico y apenas permitían una actividad agropecuaria, se vieron compensadas por la fundación de colonias ultramarinas, las cuales impulsaron el crecimiento de la industria y del comercio; en definitiva, Corinto se convirtió muy pronto en la encrucijada comercial del Mediterráneo oriental.

Esta eclosión de Corinto fue dirigida por su propia aristocracia, por uno de sus clanes o *gene*, el de los Baquíadas, que era ya, o se convirtió entonces, en el más poderoso. Ellos fundaron las colonias de Corcira y Siracusa (esta última en el 733 a.C. según Tucídides (6.3.2), y Corcira por las mismas fechas) y ellos impulsaron sin duda la magnífica industria cerámica, que desde el mismo siglo VIII se distribuye por todo el Mediterráneo. Dionisio de Halicarnaso se refiere a un Baquíada llamado Damárato, que tuvo que expatriarse al establecerse la tiranía y se llevó consigo a Etruria a un puñado de artistas corintios, introduciendo allí la industria cerámica y la escultura en terracota.

A propósito del congreso celebrado en Esparta por los miembros de la Alianza Espartana a finales del siglo VI. a.C. con objeto de tratar la propuesta espartana de restablecer en Atenas al tirano Hipias, Heródoto (5.92) recoge el discurso del delegado corintio, que se manifiesta contrario a la moción, debido a la amarga experiencia que dice haber sufrido Corinto con la tiranía; el historiador introduce un excursus sobre el establecimiento de esa tiranía, que se integra en el discurso y constituye una de las dos versiones transmitidas por los antiguos sobre tal circunstancia. El corintio dice que los Baquíadas, a la sazón dirigentes del Estado, prohibían los matrimonios fuera del clan, pero que una de sus mujeres, llamada Labda, fue rechazada en razón de su cojera, y que se le permitió desposarse con un individuo, Eetión, que ni siquiera era de estirpe doria, sino descendiente de los míticos Lapitas. Produjose entonces un oráculo délfico con estas palabras: «Eetión, nadie te honra, aunque estás lleno de honor. Labda está encinta y alumbrará una piedra de molino; caerá sobre los hombres que monopolizan el poder (*mounárchoi*) y hará justicia sobre Corinto». Un segundo oráculo (Heród. 5.92)

vino a corroborar el mensaje del primero, por lo que el clan intentó dar muerte al recién nacido. Su madre logró, sin embargo, ocultarlo, y el así llamado Cípselo se impuso luego como tirano, matando a unos corintios y desterrando a otros, cuyas propiedades confiscó. Gobernó durante treinta años, y le sucedió su hijo Periandro, que acabó siendo más duro de lo que lo fuera su padre.

La ascendencia lapita de Eetión ha permitido a algunos historiadores interpretar la tiranía de Cípselo como la imposición del elemento predorio de Corinto, liderado por éste, sobre la aristocracia doria, representada por el clan de los Baquíadas; ignoramos, sin embargo, la importancia cuantitativa y cualitativa de la oposición racial en Corinto, y, por lo tanto, la composición de las fuerzas que llevaron a Cípselo al poder. Un pasaje del escritor augusteo Nicolás de Damasco, que parece depender de la *Historia de Grecia* escrita por Éforo en el siglo IV a.C., recoge la noticia de que Cípselo se convirtió en tirano tras haber sido elegido para la magistratura de *polémarchos* y haber organizado desde ella sus fuerzas, pero el argumento ha parecido anacrónico, y, además, Aristóteles incluye a Cípselo entre los tiranos demagogos, no entre los exmagistrados. Nos falta, por lo tanto, una información, siquiera mínima, para interpretar con certeza el caso de Corinto. El sentido común invita a pensar, no obstante, que, si Cípselo logró vencer al poderoso clan de los Baquíadas en un momento en que ellos parecen haber controlado el desarrollo económico de la ciudad y, por ende, esa riqueza que es la que promociona precisamente a los tiranos, fue porque consiguió aglutinar un grupo que tuviera una capacidad económica, pudiendo haber pertenecido también él mismo por línea paterna a una familia importante del territorio de Corinto. Podría interpretarse, por tanto, este caso dentro de un marco de rivalidad entre grupos poderosos, sometidos hasta entonces a la égida de la superaristocracia que representaban los Baquíadas.

En cuanto a la leyenda del origen de Cípselo y los oráculos, resulta difícil discernir entre lo auténtico y la recreación posterior, destinada a magnificar y legitimar a la persona del tirano. En esa leyenda se ha introducido sin duda el tema, de origen posiblemente oriental, que encontramos en la historia de Sargón de Akad, de Moisés, de Ciro y de tantos otros forjadores de pueblos. Tampoco es posible interpretar con certeza la supuesta sanción favorable del oráculo de Delfos a la iniciativa de Cípselo. Cabe destacar, en todo caso, la continuidad que manifiesta la política del tirano y de su hijo, con respecto a la de los Baquíadas, en la orientación económica de Corinto y en la proyección de su imagen hacia el exterior, lo que constituye un rasgo singular de esta tiranía.

La imagen de Periandro, hijo y heredero de Cípselo, también tiene puntos oscuros. Impresionó a los antiguos por su afición a las artes y por su fuerte personalidad, y, desde luego, bajo su mandato la ciudad continuó en la línea de prosperidad. Sin embargo, también está claro que tuvo dificultades para mantenerse en el poder y que hubo de recurrir a la represión. Heródoto dice en el pasaje de referencia que en un principio fue más blando que su padre, pero se volvió más cruel que él cuando, habiendo preguntado (a través de un mensajero) al también tirano Trasibulo de Mileto, cómo podría conservar el poder, condujo éste al enviado hasta un campo de trigo y procedió a cortar ante sus ojos las espigas que sobresalían sobre el conjunto. Periandro comprendió el mensaje y dio muerte o desterró a los ciudadanos más importantes. No hay por qué pensar

en una revitalización del viejo clan postergado, sino más bien que la tiranía había agotado su misión histórica y que los grupos sociales, con sus respectivos líderes, presionaban sobre el régimen para constituir una oligarquía más o menos orientada hacia la democracia.

Las relaciones entre Corinto y su gran colonia Corcira en la época de Periandro resultan un tanto enigmáticas, aunque podrían explicarse hasta cierto punto sobre la base de que los Baquíadas habían emigrado a la colonia al producirse la ascensión de Cípselo al poder y mantenían un odio inveterado a la familia usurpadora de sus antiguos privilegios. Según refiere Heródoto (3.48-53), Periandro había casado con Melisa, hija del tirano Procles de Epidauro, y después la había asesinado. El suegro consiguió entonces que el hijo menor de Periandro, Licofrón, se enemistara con su padre, por lo que éste lo envió a Corcira, marchando seguidamente contra Epidauro. Sin embargo, viéndose ya viejo, el tirano mandó llamar a Licofrón para que lo sucediera en el gobierno de Corinto, disponiéndose él mismo a marchar a Corcira. El plan fracasó porque los colonos no querían a Periandro y, a fin de impedir su venida, asesinaron a Licofrón; pero el tirano se vengó cruelmente enviando a trescientos hijos de los corcirenses más importantes al rey de Licia como presente, que no llegaron, por cierto, a su destino, porque, habiendo hecho escala el barco en Samos, los samios los ayudaron a escapar. Al margen de la anécdota familiar, el relato de Heródoto muestra, por un lado, la tendencia de los tiranos a vincularse unos con otros a través de relaciones familiares, como veíamos en el caso de Teágenes de Mégara; por otro, su afán de relacionarse con los reinos orientales, que tiene indudablemente un designio económico; por otro, las tensiones entre los Estados comerciantes, como sería el caso de Samos frente a Corinto; por otro, el interés de Periandro por controlar a su colonia, Corcira, que había crecido espectacularmente y tenía una gran importancia en la proyección de Corinto hacia el Occidente; por otro, en fin, la existencia en Corcira de un grupo fuerte enfrentado al tirano de Corinto.

Si las fundaciones de Corcira y Siracusa fueron, como se ha dicho, anteriores al mandato de los tiranos, en la época de éstos se prosiguió la política colonial. Epidamno, en la costa del Adriático fue fundada en el 625 a.C., es decir bajo el mandato de Periandro, por elementos procedentes de Corcira, pero la metrópoli proporcionó al fundador, un Baquíada, para cumplir con la norma tradicional de que el *oikistés* perteneciera al mejor linaje; no podía esperar quizá mucho Periandro de esa colonia, pero tal vez se libraba de un elemento perturbador en su propio estado. En vida de Cípselo, por otra parte, se habían fundado en la isla de Léucade Ambracia y Anactorio, que reforzaban las rutas comerciales del oeste. Por el noreste, la colonia de Potidea jalonaba la ruta balcánica.

Después de la muerte de Periandro la tiranía se extinguió, dando paso a una oligarquía amplia que vinculaba el poder político a la capacidad económica. No sabemos si el oráculo de Delfos tuvo alguna participación en la sustitución del régimen, o se limitó, como en tantos otros casos a sancionar unos hechos consumados. El caso es que Cípselo parece haber gozado de su favor, o habérselo granjeado diplomáticamente, porque fue él quien construyó el primer Tesoro, que albergaba sus propias ofrendas, junto con las de los reyes de Lidia. Desaparecida la tiranía, sin embargo, el oráculo autorizó a los corintios según indica Plutarco, a que borraran el nombre de Cípselo de esa construcción.

5. LA TIRANÍA DE ARGOS

Aristóteles (*Pol.* 1310b) registra el caso de Fidón de Argos como el de un rey que se convierte en tirano, sin aportar ninguna precisión al respecto, aunque tampoco hay razones para dudar de la autenticidad de esa noticia, tomada sin duda de la tradición historiográfica. Se plantea, entonces, la cuestión de por qué se consideró a Fidón como un tirano.

Según la tradición mítica, Argos había correspondido en sorteo a Témeno, uno de los Heraclidas. Parece que se convirtió una vez en la ciudad más fuerte del Peloponeso, superada después por el creciente poder de Esparta, si bien en un primer momento Esparta habría llegado a ser, vencida por Argos, lo que ha hecho suponer que ésta fuera pionera en la introducción del armamento hoplita. Sin nombrar a Fidón, Pausanias dice, en efecto (2.24.7), que los argivos derrotaron a los lacedemonios en el 669 a.C. en la batalla de Hisias, lo que se ha interpretado como un conflicto entre los dos estados por la posesión de la llanura de Tirea, intermedia entre los respectivos territorios. Esta tierra habría correspondido inicialmente al lote de Témeno, de modo que Fidón, si en verdad fue el vencedor de Hisias, habría conseguido reconstruir un reino previamente fragmentado, es decir, habría reunificado la Argólide, construyendo sobre esa herencia mítica un estado poderoso.

Otra tradición que contribuye a iluminar la personalidad y la iniciativa de Fidón es la recogida por Heródoto (6.126), en el sentido de que «expulsó a los presidentes eleos y presidió él mismo las competiciones de Olimpia». Esto se ha interpretado como una ingerencia del tirano en la privilegiada situación de los eleos, la aristocracia de la Élide, donde se situaba Olimpia, a favor de otro grupo de habitantes del territorio, que vivía en los distritos rurales y sufría una postergación política y social. Estos últimos, los Pisatas, podrían haber alcanzado, por influencia de Fidón, una cierta preponderancia durante el siglo VII a.C., acaso bajo una dinastía de tiranos. La lista de vencedores olímpicos sitúa el comienzo del control de los Pisatas sobre los Juegos hacia el 668 a.C.

Falta en las fuentes una conexión explícita entre la figura de Fidón y los hoplitas, y, además parece existir una dificultad cronológica: aunque se documentan piezas del armamento hoplita con anterioridad, la formación de esos soldados en falange no está atestiguada antes de mediados del siglo VII, por lo que resulta dudoso que se hubiera utilizado en Hisias, salvo que la fecha atribuida a esta batalla no sea correcta. Todavía es más improbable, por tanto, que Fidón se hubiera convertido en tirano gracias a estos contingentes, y, desde luego, que hubiera podido capitalizar en su favor los supuestos efectos sociales de esta forma de lucha.

Eso no implica, sin embargo, que no haya manejado una fuerza militar importante, y que la utilización de tales tropas en el exterior, a su entero albedrío y con un tanto de prepotencia, sea lo que le haya valido la calificación de tirano. Tal vez un desprecio hacia la aristocracia local y una tendencia a la suntuosidad al modo oriental contribuyeron a identificarlo como un tirano y no como un rey, aunque se ha sugerido que tal etiqueta le ha podido ser colocada por la historiografía posterior.

También se ha atribuido a la iniciativa de Fidón la supuesta ayuda prestada por los argivos a los megarenses en un enfrentamiento de éstos con los Corintios (Pausanias 6.19.12-14). Con el botín obtenido de los corintios, los megarenses habían construido un tesoro en Olimpia, y esta victoria se sitúa conjeturalmente en la época en que Mégara funda Bizancio y Calcedón, porque es, en efecto, la de mayor fuerza de ese estado en el aspecto colonial; en tal caso, la batalla en cuestión sería sincronizable con el mandato de Fidón.

Algunos historiadores modernos han defendido una fecha más reciente para el mandato de Fidón. Se basan en la falta de fiabilidad de la lista olímpica con anterioridad al 580 a.C. y en alguna otra mención de las fuentes que plantea problemas cronológicos. Así, Heródoto (6.127.3) registra a un tal Leocedes, hijo de Fidón, como pretendiente de Agariste, la hija de Clístenes de Sición, que se casó hacia el 570 a.C. Ello obligaría, en principio, a situar a Fidón en la segunda mitad del siglo VII, no en la primera; sin embargo, la hostilidad conocida entre Clístenes y Argos ha hecho pensar que el Fidón mencionado por Heródoto no sea en verdad el tirano argivo.

Otro inconveniente parece surgir en un fragmento del historiador Éforo donde se dice que Fidón hizo medidas y que acuñó moneda en Egina; reforzado por Aristóteles (*Fr.* 401), al constatar que Fidón inventó las monedas, acuñándolas en Egina, y dedicó *obeliscos* (pequeñas barras de hierro) en el templo de Hera en Argos. La creación de un sistema de medidas por parte de Fidón aparece constatada ya por Heródoto (6.127), y es un hecho que en la época clásica la mayor parte de los peloponesios utilizaban un sistema común de pesas y medidas llamado *fidonio*. Sin embargo, hoy sabemos que las primeras acuñaciones lidias no son anteriores al 630 a.C. y que la moneda se introdujo en la Grecia continental con cierta lentitud, correspondiendo a Egina los primeros ejemplares, de finales del siglo VII. Por consiguiente, si fueron acuñadas por Fidón, el tirano tuvo que haber vivido en esta época. Los defensores de la cronología alta de Fidón alegan, sin embargo, que la vinculación de éste con el origen de la moneda, ausente, a lo que parece, de las fuentes de Heródoto, puede ser espúrea; propiciada tal vez por la tendencia de la historiografía clásica a relacionar la tiranía con el desarrollo económico, que en ese momento no se concebía en independencia del uso de la moneda. Y pudo influir también en ese sentido la noticia de la dedicación de los obeliscos en el Heraión, que es verosímil, puesto que tales piezas de metal, con peso, composición y forma estandarizada, aunque sin acuñar, habían constituido un instrumento comercial previo y similar a las monedas.

6. LA TIRANÍA DE SICIÓN

Sición era una ciudad-estado situada en el golfo de Corinto, entre la Corintíade y el territorio de Acaya, que vivió un siglo de tiranía, desde mediados del VII hasta mediados del VI a.C. El régimen fue fundado por Ortágoras y parece ser que recreado en condiciones de violencia por Clístenes, abuelo del famoso Clístenes de la democracia ateniense. Los detalles que aportan las fuentes invitan a pensar que se trata en realidad de dos tiranías, aunque sucesivas, y, si la segunda de ellas tiene muchos puntos oscuros, la primera resulta todavía bastante más enigmática, porque es muy verosímil que haya sido reinterpretada por la tradición.

Diodoro de Sicilia (8.24) refiere que el oráculo de Delfos había revelado a una embajada sicionia que su ciudad sería fustigada durante un periodo de cien años; aquel de entre ellos que, al regresar tuviera noticia el primero de que le había nacido un hijo sería, en efecto, el padre del tirano fustigador. Los embajadores no sospecharon que el aludido pudiera ser un cocinero, de nombre Andreas, que habían llevado consigo a sueldo para realizar los sacrificios, de modo que su hijo Ortágoras creció sin dificultad y se convirtió en el tirano de Sición. No cabe la menor duda de que el oráculo en cuestión ha sido elaborado *a posteriori* con los tintes adecuados para atribuir un linaje inferior a quien se suponía había fundado la tiranía. Concordante con esta imagen es la noticia contenida en Éforo en el sentido de que, a pesar de sus humildes orígenes, Ortágoras se había destacado desde muy joven en las escaramuzas de frontera y había ido ascendiendo en el terreno militar hasta convertirse en polemarco con el apoyo del pueblo. Ninguno de estos datos se puede utilizar con confianza a la hora de interpretar el origen de la tiranía sicionia.

Por lo demás, Aristóteles (*Pol.* 1315b) atribuye a los Ortagóridas un juicio favorable, señalando su moderación, su atención al pueblo y el carácter casi constitucional de su mandato, lo que no permite establecer ningún tipo de precisión.

Las fuentes que aluden específicamente a Clístenes son más enjundiosas. Éforo cuenta que hizo asesinar a uno de sus hermanos y depuso al otro, lo que podría significar tan sólo que hubo una irregularidad en la sucesión dinástica dentro de la misma familia. Pero Aristóteles parece implicar algo más profundo al afirmar que la sucesión de Clístenes fue una revolución que no hizo más que sustituir a un tirano por otro. A su vez, la información de Heródoto nos introduce en la cuestión racial en el orden interno y en la proyección de Clístenes hacia el exterior, que constituye una novedad en el estado sicionio.

En uno de los pasajes que dedica al tirano (5.67-68) afirma el historiador que, estando en guerra con Argos, puso fin a las competiciones de rapsodas celebradas en Sición, porque los cantos épicos homéricos celebraban mucho todos ellos a los argivos y a Argos; además trató de erradicar al héroe argivo Adrasto, que tenía un santuario en el ágora, y, como quiera que, al consultar al respecto al oráculo de Delfos, la Pitia le respondió que Adrasto había sido un rey de los sicionios y él, en cambio, un «tirapiedras» *(leustér)*, se volvió atrás, pero consiguió traerse de Tebas los huesos del héroe Melanipo y le hizo un santuario en el mismo lugar de reunión de los magistrados sicionios. A este héroe tebano, enemigo mortal de Adrasto en la tradición mítica, transfirió Clístenes casi todo el culto de Adrasto, mientras que los coros trágicos que le habían pertenecido se los otorgó al dios Dionisos, de modo que el santuario del héroe tradicional era respetado, pero a su titular se le condenaba al olvido.

A continuación, afirma Heródoto que cambió los nombres que llevaban las tribus de Sición –que eran los mismos de todos los estados dorios– a fin de no compartirlos con los argivos. Y que se mofó de los sicionios, porque bautizó a las tribus a partir de los nombres del cerdo y del asno, excepto a la suya, a la que puso un nombre derivado de la función de gobierno que él mismo desempeñaba *(arché)*. Así, pues, unos pasaron a llamarse *Archélaoi* («Gobernantes del pueblo»), otros *Hyátai* («Cerd-atas»), otros *Oneátai* («Asn-atas») y otros *Choireátai* («Puerc-atas»). Finalmente, dice Heródoto que los sicionios conservaron estos nombres para sus tribus durante sesenta años después de la muerte de Clístenes, en que los sustituyeron por los de las tres tribus dorias comunes, Hileos, Pánfilos y Dimanatas, llamando a la cuarta Egialeos, a partir de Egialeo, hijo de Adrasto.

Verdaderamente es difícil no valorar en este caso el factor racial como determinante en relación con la tiranía de Clístenes. Las tres tribus dorias representaban, es de suponer, a la aristocracia de Sición, mientras que en la cuarta se integraban elementos predorios y/o no pertenecientes a las estirpes dorias genuinas. Aquí es donde empieza nuestra incertidumbre: a la hora de valorar la oposición étnica en términos de oposición social. Y en este caso es mayor porque se trata, recordemos, de una tiranía que necesita imponerse –sin unas tensiones fuertes internas no se explican esas medidas– cuando ya existe otra tiranía ejercida por la misma familia. Los datos en nuestro haber permiten, de hecho, establecer varias hipótesis, pero es difícil verificar cualquiera de ellas. ¿Se había convertido la tiranía de los primeros Ortágoridas, o iba a convertirse, en un instrumento al servicio de la prepotencia de la aristocracia doria? ¿Se había recrecido esa aristocracia y pretendía derrocar la tiranía? ¿Fue la simple rivalidad de unos hermanos por ocupar el poder lo que los llevó a polarizarse en los dos sentidos del espectro social? ¿Cuál fue el papel del elemento militar en este conflicto? ¿Cómo actuaron los factores económicos? ¿Cuál era la verdadera razón del odio de Clístenes hacia Argos?

Parece lógico dudar, como se ha hecho , de que un enfrentamiento con Argos –que, por otra parte, no debe de haber tenido trascendencia– haya dado lugar a unas medidas internas tan importantes, que tenían, además, un presumible objetivo de vilipendiar y perjudicar a la aristocracia; porque eso está claro en lo que respecta a las tribus, pero también es probable que la transformación de los cultos arrebatara prerrogativas y funciones a ese sector social en beneficio de otros. Tal vez Argos había apoyado a los oponentes de Clístenes, identificados con las tribus dorias tradicionales. Se ha cuestionado asimismo la pervivencia de la oposición dorios/predorios en una fecha tan avanzada, entendiendo que, si existía, no debía de corresponderse exactamente con la oposición entre los propietarios ricos y los campesinos dependientes. Y se ha señalado que el paralelo que establece Heródoto (5.69) entre Clístenes el sicionio y Clístenes el ateniense en la cuestión de la reforma tribal debe responder a que ambos hicieron una reforma tendente a restar poder a la aristocracia. La falta de información fidedigna sobre la etapa anterior de la tiranía de Sición es un obstáculo muy fuerte para interpretar las reformas de ese Clístenes.

Lo que parece claro es que Clístenes se enfrentó a los elementos correspondientes a las tres tribus formalmente dorias, que posiblemente constituían una minoría con respecto a los integrados en la cuarta y posiblemente estaban ligados a Argos, que en otro tiempo había dominado sobre Sición. Es probable que la antigua división tribal favoreciera a ese conjunto en su ejercicio del poder a través de las instituciones del Estado, máxime si la tiranía de los Ortagóridas funcionaba con esas instituciones; y es probable que, además del escarnio que conllevaban los nuevos nombres, la reforma tribal potenciara a la tribu del tirano en su capacidad de acceder al poder, pero nada hay de cierto. No sabemos hasta qué punto contaba Clístenes con la fuerza del número, con la fuerza del resentimiento y con la fuerza militar.

Al margen de esa oscura guerra con Argos, se registra una participación de Clístenes en la Primera Guerra Sagrada, que tuvo su inicio hacia el 595 a.C. En la etapa final de esta guerra se produjo el asedio de Crisa, situada en la costa septentrional del golfo de Corinto y que tenía bajo su control una de las principales rutas que iban a Delfos. Se dice que Clístenes equipó una flota que logró cortar los suministros de la ciudad, provocando su caída. Delfos consagró definitivamente su independencia respecto de la Fócide y pudo celebrar los Juegos Pitios ya en el 582, año en que Clístenes ganó la carrera de carros. Diez años después el tirano sicionio se coronó como vencedor olímpico en la misma prueba (Heródoto 6.126) e hizo una proclama solemne invitando a acudir a Sición a todo el que aspirara a desposar a su hija Agariste. Acudieron muchos, y, tras averiguar los respectivos pedigrees, el tirano los retuvo a su lado durante un año para observar sus costumbres y su comportamiento. Tal y como cuenta Heródoto, quedaron dos finalistas de familias áticas distinguidas: un Alcmeónida, que procedía de la aristocracia próxima a Atenas, y un Filaida, procedente de la de Braurón; este último fue inicialmente el preferido, pero lo descartó Clístenes por haber bailado de una forma poco elegante y por haberse mostrado demasiado altanero.

Aunque en el relato de Heródoto puede haber mucho de anécdota recreada, el pasaje constituye un buen exponente del protagonismo que otorgó Clístenes a su pequeño estado, de la ostentación de riqueza que hacía, como todos los tiranos en general, de su afán por emparentar con la aristocracia más genuina y de la respuesta favorable de ésta a tal llamamiento. No sabemos de dónde procedían los bienes del tirano, aunque se constata la exportación a gran escala de la cerámica de Sición, lo que implica una actividad comercial, y, por otra parte, no hay que olvidar que pertenecía a una familia ancestralmente establecida en el poder. El final del régimen parece debido a una ingerencia espartana, justificable no ya por la apetencia de Esparta por incluir en su órbita a todos los estados del Peloponeso, sino por el hecho especial de que por el territorio de Sición pasaba la única ruta que comunicaba el espartano con el golfo de Corinto sin pasar por la Coríntide ni utilizar sus puertos. Desde mediados del siglo VI a.C. Sición se convirtió en un estado oligárquico.

7. LAS TIRANÍAS DE JONIA Y LAS ISLAS DEL EGEO

Sabemos que por Asia Menor y las islas del Egeo la tiranía fue en la época arcaica una forma de gobierno harto frecuente, aunque de algunos casos sólo conocemos el nombre de un tirano, y presumiblemente hay muchos del todo indocumentados. La mayor información en nuestro haber corresponde a Mitilene, Mileto y Samos.

Mitilene era una de las dos ciudades importantes de la isla de Lesbos: la patria del poeta Alceo, quien vivió intensamente la lucha política en la que se encuadra la tiranía. Se aprecia un cierto paralelismo entre este caso y el de Corinto, pues aquí también existía un *genos* aristocrático poderoso –el de los Pentélidas, supuestos descendientes de Pentilo, un hijo de Orestes que pasaba por el fundador de la ciudad– que monopolizaba el gobierno. Dice Aristóteles (*Pol.* 1311b) que fueron derrocados por Megacles y sus amigos, porque recorrían la ciudad golpeando con palos a la gente.

La situación de violencia callejera y el enfrentamiento entre grupos, dirigidos, a lo que parece, por aristócratas, no cesó aquí, sin embargo, con la caída de los Pentélidas, sino que acompañó a la tiranía al menos hasta el momento en que Pítaco logró consolidar su poder. Un pasaje de Estrabón (13.2.3) alusivo a este personaje, que fue incluido por los antiguos entre los Siete Sabios de Grecia, registra una sucesión de tiranos, señalando que el poeta Alceo glosaba estas luchas en sus *Stasiotiká* («Poemas de *stasis*», es decir de «discordia civil»), a los que debe de pertenecer alguno de los fragmentos conservados.

La fundación de Sigeo por los atenienses en la zona del Helesponto en que Mitilene había establecido Sesto e Ilión ocasionó luchas por el territorio, en las que Pítaco alcanzó prestigio por haber dado muerte en combate singular al jefe ateniense. A continuación conspiró con Alceo para derrocar al tirano Mirsilo, pero antes de llevar a cabo ese objetivo, tal vez se puso de acuerdo con él, o, en cualquier caso, cambió de bando, y Alceo fue desterrado. A la muerte de Mirsilo, Pítaco accedió al poder, ejerciendo una forma peculiar de tiranía, que se diferencia del tipo común por ser electiva y por estar limitada en el tiempo.

Así la presenta Aristóteles en un pasaje de su *Política* (1285a), que plantea algunos problemas, aunque sí parece cierto que Pítaco fuera designado, y, que, pudiendo haber prolongado indefinidamente su situación, le puso fin al cabo de diez años. Por otra parte, el hecho de que Pítaco se hubiera desposado con una Pentélida (Alceo, *fr.* 43 Dieh. 145 Reinach) indica que jugaba sus bazas entre la aristocracia, y, una vez más, que los resentimientos nacidos en el seno de ese sector social, y quizá también unos intereses materiales concretos, propiciaban su aceptación de los poderes tiránicos.

El título de *aisymnétes* que atribuye Aristóteles a Pítaco resulta problemático. Corresponde a un magistrado en algunos estados griegos de Asia Menor, y, en cambio, no se aplica, por ejemplo, a Solón, cuyo mandato parece asemejarse más al de Pítaco que al de un magistrado ordinario; además, ninguna otra fuente se lo adjudica a esa especie de *dictador* de Mitilene. El hecho, en fin, de que Aristóteles no mencione a ningún otro personaje de los que presupone entran en esa categoría acaba de bloquear las posibilidades de argumentación sobre el verdadero carácter de la *monarchía* de Pítaco.

En otro pasaje de la *Política* (1274b) Aristóteles incluye a Pítaco en la lista de los legisladores griegos, puntualizando que fue «artífice de leyes, pero no de una constitución». A seguido, y como única glosa de su labor, dice que es característica de él una ley en virtud de la cual se aplica un castigo mayor al que comete un delito en estado de embriaguez. Este punto aparece también documentado en Diógenes Laercio, que recoge una buena serie de detalles de la vida y el carácter de Pítaco, aunque, en general esas fuentes tardías que tratan su figura conforme a la imagen de uno de los Sabios que le otorgó la tradición, resultan poco fiables: la sobriedad proverbial del tirano, por más que pueda aparecer exagerada, es quizá el dato más fidedigno que podemos extraer de esa evidencia, y tiene, desde luego, un valor, en la medida en que contrasta con la tendencia ostentosa de la tiranía. En ese sentido se le atribuye el haber limitado los gastos en la celebración de los funerales, lo que encuentra un paralelo en la legislación ateniense al respecto.

Después del mandato de Pítaco el gobierno de Mitilene fue de un tipo oligárquico, lo que se corresponde con el hecho de que no hubiera llegado a elaborar una constitución protodemocrática, como lo hizo Solón. La evolución natural de la sociedad de la época y algunas medidas puntuales pudieron erosionar los antiguos privilegios de una aristocracia restringida, ampliando el sector de los poderosos, sin llegar más allá. Es probable, por otra parte, que el coro de aduladores, merecedor de las invectivas de Alceo, que puso a Pítaco en el poder, no fuera el *demos* reunido en asamblea, o, en todo caso, que el pueblo actuara dirigido por la propia aristocracia de la que era dependiente. La larga *stasis* que la venía desgarrando fue tal vez la causa de que acordaran confiar el poder a un hombre hábil, enérgico y rodeado de un cierto carisma.

La tiranía de Samos presenta una imagen totalmente diferente bajo el protagonismo del famoso Polícrates, aunque la fecha tan avanzada en que este personaje llegó al poder (hacia el 535 a.C.) ha llevado a suponer que le hubieran precedido en la isla otros tiranos; sobre todo, porque Samos era uno de los estados más avanzados de la Jonia, y el paso en él de la realeza a la aristocracia parece haberse producido a la par que en otros lugares. Es posible, de hecho, que la ascensión de Polícrates haya tenido lugar cuando ya Samos había sustituido la tiranía por una especie de oligarquía y había superado hasta cierto punto la *stásis*. Porque se nos dice que en ese momento la isla estaba gobernada por los *geomóroi*, lo que significa primariamente «propietarios de tierra»; no sabemos, sin embargo, si el título correspondía a una aristocracia selecta o bien era una mención genérica de todos los campesinos independientes. También ignoramos hasta qué punto estaban enfrentados a ellos y hasta qué otro coincidían con ese sector los elementos implicados en las importantes actividades comerciales de Samos por el exterior. En cualquier caso, Polícrates debe de haber sido hijo de un hombre rico y partícipe del poder en la isla, a juzgar por la inscripción (*G.H.I.*, col. M.N. Tod, vol 1, n.° 6) de una estatua sedente encontrada en Samos, que dedica Eaces, padre de Polícrates, con una parte del producto de un botín; el hecho se produce durante una magistratura o función pública del dedicante, y es imposible saber, por otra parte, si la operación aludida es una batalla o un acto de piratería. En cuanto a la toma del poder por el tirano, no parece que haya tenido que ver con ningún enfrentamiento interno de gran envergadura, porque se nos dice que ocupó la acrópolis de la ciudad con tan sólo quince hoplitas, estableciendo inicialmente una especie de gobierno familiar, compartido con sus hermanos; luego, utilizó la violencia para librarse de ellos. Se menciona también en las fuentes una ayuda recibida del tirano Ligdamis de la isla de Samos, tal vez para sofocar la reacción producida por su asalto al poder y por su conducta impía.

Lo cierto es que en la tiranía de Polícrates destacan la fuerza militar, la proyección comercial de la isla y, desde luego, la ostentación de riqueza –sólo comparable, según Heródoto, a la de los tiranos de Siracusa–, que se traduce, por encima de todo, en el embellecimiento de la ciudad. La peculiar situación de Samos, frente a Mileto, su inveterada rival, y pegada a la costa que amenazaban los persas, fue capitalizada favorablemente por un personaje, Polícrates, que tenía una enorme capacidad de acción y una audacia probada. Logró hacerse temer y respetar, hasta el punto de obtener importantes beneficios materiales en la protección que dispensaba a los vecinos contra los persas. El desarrollo del poderío naval de Samos, que constata Tucídides, tuvo también una dimensión comercial,

como muestra la visita del samio Coleo a la ibérica Tarteso. En ocasiones sus empresas marítimas aparecen en las fuentes como acciones de piratería, pero en esa época el comercio marítimo internacional no estaba demasiado regulado, y está claro que existía una rivalidad entre los estados que lo practicaban, no exenta de violencia.

Heródoto celebra las tres maravillas más importantes de Samos, que se atribuyen a Polícrates. La primera es un túnel hecho por Eupalino de Mégara bajo una montaña para llevar agua a la ciudad, que se comenzó por los dos extremos a la vez, encontrándose los perforadores justamente en el centro; la segunda la impresionante fortificación y el acondicionamiento, en general, del puerto; la tercera, el magnífico templo de la diosa Hera, construido por Roico de Samos. Además, la corte de Polícrates estaba abierta a los poetas, algunos de los cuales se establecieron gustosos en ella: así Ibico, que procedía de Regio, en la Magna Grecia, y escribió delicadísimas odas corales; o Anacreonte, un jonio de Teos, de muy diferente carácter y famoso por haber encarnado un cierto ideal de vida, basado en la fuerza del vino y el amor.

Mileto constituye, en fin, un caso de tiranía bajo los auspicios persas. La ciudad, que tenía antecedentes de época micénica, había sido, al parecer, recolonizada por elementos jonios, los cuales, según la tradición, se habían unido a mujeres carias. Contaba con un puerto privilegiado y tiene probada su temprana orientación comercial, habiendo fundado colonias en la zona del Mar Negro. Además, Mileto, junto con Samos y Egina, tiene una presencia muy destacada en el puesto comercial de Naucratis.

La cumbre de su poderío corresponde, en todo caso, al mandato del tirano Trasíbulo, que supo aguantar los ataques del vecino y a la sazón poderoso reino lidio. Es contemporáneo de Periandro de Corinto y parece haber tenido los mismos problemas que él con la oposición de «las espigas sobresalientes». Parece que asumió la tiranía desde la magistratura suprema, la pritanía, que correspondía a un estado inicialmente aristocrático y orientado después hacia una oligarquía. La tiranía de Mileto se relaciona también con un enfrentamiento entre ricos y menos ricos, que podría haber sido propiciado por la implicación en el comercio ultramarino de los unos, con el consiguiente aumento de su riqueza, y por la promoción, en calidad de hoplitas, de los otros, que habría desarrollado en ellos una tendencia a la reivindicación. Pero eso no es más que una interpretación de unos datos bastante ambiguos.

DOCUMENTOS

1. ARQUÍLOCO, FR. 22 DIEHL ***Arquíloco y la tiranía***

No me importa lo que tiene Giges, el rico en oro,
ni ha hecho presa en mí la emulación, ni me dan envidia
las acciones de los dioses; y no voy en busca de la arrogante tiranía.
Lejos está, en verdad, de los ojos míos.

2. (CANCIÓN DE BEBEDORES (SKÓLION) COMPUESTA EN ATENAS A FINALES DEL SIGLO VI A. C., ED. EDMONDS, ATTIK. SKOL. 10 VV. 13-16 ***Los Tiranicidas de Atenas***

Siempre de vosotros la fama permanecerá en la tierra,
queridísimos Harmodio y Aristogitón,
porque al tirano disteis muerte
e *isónoma* a Atenas hicisteis.

3. (TEOGNIS, ELEG., VERSOS SELECTOS) ***Gestación de la tiranía***

Cirno, está preñada la ciudad esta, y me temo que va a parir a un hombre
enderezador de la funesta desmesura *(hýbris)* nuestra.
Que los ciudadanos tienen aún la mente sana, pero los que los guían
han llegado a caer en mucha vileza.
Ninguna, Cirno, ninguna ciudad han arruinado los hombres honestos;
pero, cuando complace a los malvados el extralimitarse,
al pueblo corrompen y a favor de los injustos dan las sentencias,
buscando ganancias y poder personales,
no esperes que esa ciudad durante mucho tiempo permanezca en calma
–por más que ahora siga viviendo en la mayor tranquilidad–
cuando para los malvados llegan a hacerse habituales esas cosas,
las ganancias que llegan con perjuicio público.
De ahí salen en verdad los enfrentamientos, y las matanzas entre ciudadanos
y los tiranos *(moúnarchoi)*; ¡ojalá *nunca* siga tal camino la ciudad! (vv. 39-52)
No ayudes a crecer a un tirano *(týrannon)*, por lo que esperes
de él, llevado por el deseo de ganancias. (v. 323)

4. (SOLÓN, FR. 23 DIEHL, VV. 8-12) ***Solón contra la tiranía***

... y, si tuve consideración con la tierra
patria, y a la tiranía y a la violencia amarga
no me agarré, mancillando y deshonrando mi fama,
no voy a avergonzarme lo más mínimo; porque creo que así
venceré aún más a todos los hombres.

5. (TUCÍDIDES 1.13) ***Origen de las tiranías***

Cuando la Hélade se vuelve más poderosa y tiene en mayor estima que antes la adquisición de riquezas, se establecen en general tiranías en las ciudades, al hacerse más abundantes los ingresos (antes había *basileíai* hereditarias con privilegios económicos fijos); y la Hélade iba organizando sus flotas y se orientaba cada vez más hacia el mar.

6. (ARISTÓTELES, POL. 1310B) ***Concepto y desarrollo de la tiranía***

La realeza *(basileía)* se corresponde con la aristocracia, y, en cambio, la tiranía es una mezcla de oligarquía extrema y de democracia; por eso también es la más dañina para los gobernados, porque tiene dos componentes malos y conlleva los extravíos y los defectos de ambas formas de gobierno. La propia génesis de cada una de esas *monarchíai* es opuesta a la de la otra; porque la realeza ha surgido para defender a los notables contra el pueblo, y sale el rey de entre los notables, debido a una superioridad de su propia excelencia o de las hazañas realizadas a partir de su excelencia, o bien por una superioridad de índole semejante, mientras que el tirano procede del pueblo y de la masa enfrentada a los notables, con el fin de que el pueblo no sufra injusticia por parte de ellos. Los hechos lo indican con claridad. La mayoría de los tiranos han salido entre los demagogos, por así decirlo, ganándose la confianza del pueblo con sus acusaciones contra los notables. Unas tiranías se establecieron de ese modo, cuando las ciudades ya se habían desarrollado; otras, anteriores, surgieron de reyes que se salían de las normas tradicionales y se inclinaban hacia un gobierno un tanto despótico; otras, de los elegidos para las magistraturas principales (...); y otras, de las oligarquías que elegían a un único individuo soberano para las magistraturas más importantes.

7. (HERÓDOTO 5.92) ***Cípselo de Corinto***

Un águila está preñada en las rocas, y dará a luz un león fuerte, carnicero; y a muchos le aflojará las rodillas. Meteos eso bien en la cabeza, corintios, que en torno de la hermosa Pirene habitáis y a la elevada Corinto.

(Oráculo délfico. El águila es Labda, que vivía con su esposo Eetión en la aldea de Petra («Roca»); el león es Cípselo; Pirene, la famosa fuente del Acrocorinto)

8. (HERÓDOTO 6.127) ***Fidón de Argos***

Del Peloponeso llegó Leocedes, hijo de Fidón, el tirano de los argivos; de Fidón, el que creó las medidas para los peloponesios y se mostró en verdad muy insolente con todos los griegos, porque, habiendo expulsado a los presidentes de los Eleos, presidió él mismo el agón en Olimpia.

9. (ARISTÓTELES, POL. 1285A) ***Pítaco de Mitilene***

Esas son, pues, dos formas de *monarchía*, y otra también la que existía entre los antiguos griegos, la de los que llaman *aisymnétai*. Es, para decirlo de

un modo simple, una tiranía electiva, que se diferencia de la de los bárbaros no porque no sea legítima sino por no ser hereditaria solamente*. Unos ejercían tal magistratura de por vida, y otros, durante un tiempo predeterminado o hasta que concluían una cierta empresa; así, por ejemplo, eligieron los de Mitilene a Pítaco para defenderse contra los exiliados, al frente de los cuales estaban Antiménides y Alceo, el poeta. Muestra Alceo que eligieron como tirano a Pítaco en uno de sus escolios, pues los censura porque: «al plebeyo (*xaxópatris*, "de mal linaje") Pítaco de esta ciudad sin cólera y desventurada hicieron tirano, cantando todos juntos sus alabanzas». Por consiguiente, esas *monarchíai* son y eran *tyrannikaí* por ser *despotikaí*, pero, por ser electivas y por tener unos súbditos que las aceptan de buen grado, son regias (*basilikaí*).

10. (HERÓDOTO 3.39) *Polícrates de Samos*

Los lacedemonios hicieron una expedición contra Samos y contra Polícrates, hijo de Eaces, que dominaba Samos, tras haberse levantado. Al principio, dividiendo el estado en tres partes, lo compartió con sus hermanos Pantagnoto y Silosonte, pero luego, habiendo dado muerte a uno de ellos, y habiendo expulsado al más joven, Silosonte, tuvo para sí toda la isla de Samos; y, cuando ya la tenía, hizo un pacto de hospitalidad (*xeiníe*) con Amasis, el rey de Egipto, enviando presentes y recibiendo otros de aquél. En poco tiempo subieron como la espuma los asuntos de Polícrates, e iban de boca en boca por la Jonia y por toda la Hélade; porque allí donde dirigía una empresa militar todo le salía bien. Había conseguido tener cincuenta pentecónteras y mil arqueros; y llevaba y conducía a todos sin ningún miramiento con nadie, porque decía que sería más grato para un amigo cuando le restituía lo que le había quitado que si no llegaba a quitárselo. Se había apoderado de muchas de las islas vecinas, y también de muchas posiciones del continente (*scl.* en la costa minorasiática). Habiendo vencido en batalla naval a unos lesbios que acudieron en ayuda de los milesios, los hizo prisioneros, y fueron los que, encadenados, abrieron todo el foso que rodeaba la muralla de Samos.

11. EL AFÁN DE RIQUEZA

Cada uno se afana de un modo diferente: el uno, por el mar lleno de peces
va y viene en sus naves intentando llevar a su casa una ganancia,
arrastrado por los terribles vientos
y sin hacer estimación de su vida;
otro trabajando la tierra llena de árboles, sirve todo el año como asalariado
y vive de los arados curvos;
otro, experto en el trabajo de Atenea y del industrioso Hefesto,
se allega los recursos con la habilidad de sus manos;
otro ha sido iniciado por las Musas Olímpicas en sus dones

* Entre los bárbaros –es decir, en Oriente– hay una *monarchía* (= gobierno de uno solo) que es *despotiké* porque se ejerce sin sujeción a unas leyes, pero que es legítima porque no se impone ni se ejerce en contra de la voluntad de los súbditos. Considera Aristóteles que esa es la forma de gobierno característica (= natural) de esos pueblos, al igual que entre los griegos es natural que el gobernante esté sometido a la ley.

y conoce las formas de esa deliciosa sabiduría,
a otro lo hizo adivino el señor de las flechas, Apolo,
y percibe el mal que desde lejos se dirige a un hombre
porque los dioses se comunican con él, aunque el destino
ni el ave agorera lo puede torcer ni los sacrificios.
Otros saben hacer el trabajo de Paión, el de los muchos remedios:
los médicos, cuyo arte es imperfecto.
...
De la riqueza ningún límite se ha puesto ante los ojos de los hombres,
pues aquellos de nosotros que ahora tienen mayores recursos
se afanan por doblarlos; ¿quién podría saciarlos a todos?

(SOLÓN *Eleg.* 1, 43-73)

12. EL EXILIO DEL POETA ALCEO BAJO LA TIRANÍA DE PÍTACO

Yo, pobre ruina, vivo una vida rústica, añorando oír la convocatoria de la asamblea, Agesilaidas, y el consejo; aquello en cuya posesión envejecieron mi padre y el padre de mi padre, entre estos ciudadanos que tanto se agravian el uno al otro, de eso me encuentro privado, en mi exilio en la frontera; como Onomacles, solitario me he instalado aquí entre los matorrales de lobos (...) vivo, manteniéndome lejos de los disturbios, donde las muchachas de Lesbos con sus largas túnicas van y vienen mientras se juzga su belleza y donde surge cada año el sonido maravilloso del grito sagrado de las mujeres (...) ¿Cuándo me librarán las deidades olímpicas de estas numerosas (fatigas)?

(ALCEO *Fr.* 130-73 Diehl)

13. LA «METÁFORA DE LA NAVE» (del estado)

No comprendo la porfía de los vientos:
una ola embiste por este lado,
otra desde aquél, y nosotros en el medio
somos llevados en nuestra negra barca
luchando en una tempestad de terrible furor.
El agua llega hasta la base del palo mayor,
ahora todo el velamen deja pasar la luz del día
y hay enormes rasgaduras en él...

(ALCEO *Fr.* 46 Diehl)

14. EL OCASO DE LA ARISTOCRACIA EN MÉGARA

Los carneros, los asnos los buscamos, oh Cirno, y los caballos
de buena raza (*eugenés*), y uno quiere que de buenos padres (*ex agathón*)
nazcan; pero casarse con una villana (*kakén*), hija de un villano, no le preocupa
al hombre noble (*esthlós*) si ello le proporciona muchas riquezas;
y una mujer no se avergüenza de ser la esposa de un hombre vil (*kakós*),
pero rico, sino que prefiere al opulento frente al bien nacido (*agathós*).

Son las riquezas, en verdad, lo que estiman *(timosi)*: el noble *(esthlós)* se casa con la hija del villano *(kakós)*
y el villano con la del bien nacido *(agathós)*; el dinero ha mezclado la raza *(génos)*.

(TEOGNIS 183-190)

BIBLIOGRAFÍA

A. ANDREWES: *The Greek Tyrants*, Londres, 1956.
J. P. BARRON: «The sixth-Century Tyranny at Argos», *Glass. Quart.* 1964, pp. 210-229.
H. BERVE: *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967.
H. J. DIESNER: *Griechische Tyrannis und griechische Tyrannen*, Berlín, 1960.
R. DREWS: «The first Tyrants in Greece», *Historia*, 1972, pp. 129-144.
A. GITTI: «Clistene di Sicione e le sue riforme», *Mem. Accad. Linc.* 1929, pp. 607 ss.
D. LANZA: *Il tiranno e il suo publico*, Turín, 1977
A. MEISTER: «Das Tyrannenkapitel in der Politik des Aristoteles», *Chiron* 1977, pág. 35 ss.
C. MOSSE: *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969.
M. P. NILSSON: *The Age of the Early Greek Tyrants*, Belfast, 1936.
D. L. PAGE: *Sappho and Alcaeus*, Oxford, 1955.
G. PUGLIESE CARRATELLI: «Note di storia greca arcaica», *Rend. Accad. Nap.* 1941, pág. 295 ss.
A. SÁNCHEZ DE LA TORRE: «Valoración ético-social de la tiranía clásica», en *Derecho y soberanía popular, Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 1976, pp. 93-109.
J. J SAYAS: *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico*, Madrid, 1988.
C. G. STARR: «The decline of Early Greek Kingship», *Historia*, 1961, pp. 129-138.
P. N. URE: *The Origin of Tyrannis*, Cambridge, 1921.
K. H. WATERS: *Herodot on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971.
M. WHITE: «The Duration of Samian Tyranny», *Journ. Hell. Stud.* 1954 pp. 36 ss.
E. WILL: *Korinthiaka*, París, 1955.
E. W. WORMELL: «Studies in Greek Tyranny», *Hermathena*, 1945, pp. 1 ss.

CAPÍTULO V

EL ESTADO ATENIENSE

1. TERRITORIO Y HABITANTES

La pólis de los *atenienses* tenía como soporte territorial la península del Ática. La larga costa, con sus buenos puertos naturales, la llanura central, prolongada hacia el oeste en la de Eleusis, de elevados rendimientos agrícolas, y las montañas del Parnes, el Pentélico, el Himeto y el Egaleo, que rodeaban la llanura separándola de las zonas costeras, constituían tres tipos de tierras muy diferentes, que propiciaron la diversificación económica y social de la población: en la llanura predominaba una aristocracia terrateniente; en la costa, las gentes proyectadas hacia el mar, y, en las áreas montañosas, los agricultores pobres, que lograban salir adelante con un gran esfuerzo y con la combinación de variados recursos naturales. Pero, al margen de esas zonas naturales, se desarrolló en el Ática una gran área urbana, la de la ciudad de Atenas, que constituyó un polo de atracción para todo tipo de gentes y que determinó, gracias al desarrollo de la artesanía y al magnífico puerto con que contaban, próximo, por otra parte, al istmo de Corinto, una evolución económica singular, donde quedaron implicados, por así decirlo, casi todos los habitantes del territorio.

La barrera montañosa del norte reducía el montante anual de las lluvias y sin proporcionar por sí misma buenas corrientes de agua, por lo que la agricultura era de secano; dábase allí sobre todo el olivo, cuyo cultivo, estimulado y protegido por el estado, pudo compensar el déficit en la producción de grano, que se hizo sentir muy pronto, debido al aumento de la población. La ganadería era sobre todo ovina y caprina, pero no había pastos suficientes para que se desarrollara en abundancia, de modo que la carne que mayormente se consumía era la de cerdo. Los bosques eran también comparativamente escasos y tendieron a reducirse cada vez más, no sólo por la acción del hacha sino también porque las cabras devoraban las yemas de los rebrotes, impidiendo así su recuperación. El mármol del Pentélico, las ricas minas de plata y plomo del Laurión y el limo de excelente calidad que depositaba el Cefiso en sus orillas constituían, sin embargo,

unos recursos naturales complementarios que los atenienses supieron aprovechar en su economía.

AteniensesAntes de constituirse la *pólis* de los atenienses había en el Ática al menos cuatro áreas importantes cubiertas de aldeas, con algún núcleo más destacado y con una aristocracia implantada en las mejores tierras: la llanura central, con la acrópolis de Atenas, la llanura eleusina con Eleusis, la pequeña llanura de Maratón con su Tetrápolis (Maratón, Enoe, Tricórito y Probalinto) y la estrecha llanura del Mesogeo entre el Himeto y la costa oriental, que tenía como centro Braurón. La unificación política de esas áreas no borró todos sus rasgos diferenciadores, que pervivieron sobre todo en la esfera religiosa, aunque parecen haber tenido también una relevancia política en determinados momentos; sin embargo, la evolución del estado fue tendente a reforzar la unidad, plenamente lograda en la época clásica.

Los pobladores del Ática pertenecían al grupo dialectal jónico-ático y se sentían muy diferentes de sus vecinos por el norte, los beocios, y desde luego de los dorios megarenses; hasta tal punto que desarrollaron el mito de la autoctonía, que carece naturalmente de base histórica. Como todos los griegos, procedían en último término de fuera; además, aunque los atenienses no habían sido desplazados del territorio por otro grupo de población más fuerte en el Bronce Final, habían recibido refugiados procedentes de varias tierras, que se habían mezclado con ellos de un modo u otro.

2. FUENTES

El Estado ateniense está muy mal documentado en la época arcaica en comparación con la clásica. Los *poemas homéricos* contienen contadas alusiones a la primitiva organización del Ática. Los fragmentos conservados de la poesía lírica de Solón apenas sí aluden a las reformas constitucionales, aunque contienen una información valiosa sobre otros aspectos. Heródoto no aporta casi nada importante sobre la época anterior a Pisístrato, pero desde ese momento hasta las guerras Médicas refleja bastante bien la historia ateniense, basándose, parece ser, en la tradición oral aristocrática de los llamados *logógrafos*, las primeras fuentes historiográficas; sin embargo, algunos aspectos que hoy en día interesan en gran medida desde una concepción de la Historia que rebasa lo puramente fáctico y lo anecdótico, han sido descuidados en su obra. Dependiendo también de esos primeros historiadores, sin duda, Tucídides completa la información herodotea con datos sobre los Pisistrátidas, la tiranía de Cilón y la unificación del Ática.

La *Athenaion Politeía* o *Constitución de los atenienses*, perdida hasta que fue localizada a finales del siglo pasado en un manuscrito, ha parecido una obra de la escuela aristotélica, no del propio Aristóteles, en razón de las graves discrepancias que se aprecian en algunos puntos entre ese texto y la *Política* del mismo autor. La primera parte de la obra es histórico-narrativa, mientras que la otra constituye una descripción de la constitución ateniense tal y como era en los tiempos de Aristóteles. El problema es que el valor de la primera, la que ahora nos interesa, resulta discutible, debido a que se aprecia en ella mucho de espe-

culación personal, desarrollada a partir de las características de la constitución del siglo VI; como también al hecho, dado por cierto, de que las únicas fuentes de que se disponía en ese momento eran las obras de los historiadores inmediatamente precedentes, influidas por la polarización del pensamiento político en una doble tendencia, la democrática y la oligárquica.

3. FORMACIÓN DEL ESTADO ATENIENSE

La tradición atribuía la unificación del Ática a un héroe, Teseo, anterior a la guerra de Troya, lo que implicaría que el estado ateniense de época histórica perpetuaba un reino micénico de similar extensión. Tenemos la certeza, prácticamente, de que en el Ática se había constituido un reino palacial, con su centro en el palacio micénico cuyos restos se han localizado en la acrópolis de Atenas, pero también parece claro que sucumbió a finales de la Edad del Bronce como tal forma política y económica. Además, la propia tradición heroica secundada por la evidencia arqueológica, sugiere que Eleusis era a la sazón independiente. En cuanto a la figura de Teseo como artífice de la primera constitución de Atenas y forjador del estado, parece una recreación legendaria más bien tardía, destinada a fomentar entre los atenienses una conciencia de unidad ancestral, paralela y similar a la que proporcionaba a los dorios su héroe Heracles, que aparecía como el compañero de Teseo en muchas hazañas.

Incluso quienes retrotraen la unidad del Ática a una fecha muy antigua admiten que Eleusis y la Tetrápolis de la zona de Maratón se incorporaron mucho después. El caso es que el sinecismo ateniense se muestra más bien como un proceso gradual que habría tenido lugar después de la Edad Oscura, aunque precedido verosímilmente por la constitución de varias unidades aglutinantes, las correspondientes, suponemos, a las cuatro zonas diferenciadas que señalábamos al describir el territorio. Es posible que la Tetrápolis se haya incorporado primero al núcleo de Braurón, uniéndose todo ese conjunto al de Atenas en una fecha anterior en cualquier caso al 669 a.C., ya que el arconte de ese año lleva el nombre de Pisístrato, y el de los años 664 y 659, el de Milcíades, oriundos ambos de Braurón. Con respecto a la incorporación de Eleusis, se ha pensado que pudo ser conflictiva, en razón del hallazgo de un gran edificio destruido a comienzos del siglo VII a.C., que fue reemplazado un siglo después por una pequeña cámara con un altar. Es posible, en efecto, que Eleusis se haya unido a Atenas tras el derrocamiento de su familia reinante. El caso de Braurón, al menos, muestra que las aristocracias de las unidades integradas fueron reconocidas como tales, ya que de otro modo no habrían podido acceder al arcontado, que era la máxima dignidad del estado; y ello justifica asimismo el mantenimiento de la unificación realizada.

Según señala Tucídides, después del sinecismo los habitantes del Ática se mantuvieron en sus moradas ancestrales, de suerte que ese término resulta un tanto impropio para designar lo que en realidad fue una integración política sin modificación del hábitat; *sympoliteia*, no *synoikismós*, sería el vocablo que designaría el proceso con mayor propiedad, aunque el festival que conmemoraba la unificación fue llamado *Sinecias*, lo que indica que para los griegos el término tenía un sentido figurado aplicable a ese caso concreto.

4. ESTRUCTURACIÓN DE LA SOCIEDAD

Los ciudadanos atenienses estaban integrados en una serie de unidades que perpetuaban la organización tribal previa a la constitución del estado, como también en otras nacidas en el seno de la sociedad urbana. Por lo general nos falta la información necesaria para establecer las funciones de cada una de esas unidades, aunque sí sabemos que a través de ellas se producía el control de los grupos sociales por parte de sus elementos dirigentes, de tal manera que tenían una enorme relevancia en la vida política; por eso la transformación del estado aristocrático en un estado democrático conllevó la distribución de los ciudadanos en unas nuevas tribus, que tendían a quebrantar los vínculos ancestrales de dependencia personal.

Al igual que los dorios, los atenienses conservaban una organización tribal muy antigua; en este caso las tribus eran cuatro: *Geléontes*, *Hoplétes*, *Argadéis* y *Aigikoréis*. Los nombres resultan enigmáticos. Los antiguos los atribuían a sendos héroes epónimos, hijos del mítico Ión, que habría dado su nombre a los jonios; o bien los interpretaban como designaciones parlantes relativas a actividades concretas, alternativa esta última que resultaría muy sugerente, pero ninguna de las dos explicaciones resulta fidedigna. Los mismos nombres tribales se encuentran, junto con otros, en el área jónica de Asia Menor y el Egeo, lo que sugiere que la estructura tribal del grupo étnico jónico-ático tenía un carácter similar a la de los dorios: posiblemente se había originado por asociación en la fase migratoria de grupos de clanes con anterioridad independientes. Ignoramos cuál era la distribución de las tribus desde el punto de vista territorial, por lo que no podemos saber hasta qué punto propiciaron el proceso de sinecismo, aunque es de suponer que tuvieran en él un papel importante. No sabemos si fue la unificación política del Ática lo que integró a los miembros de cada tribu en una sola unidad, o bien esa integración existía antes y sirvió de base para la confluencia; el caso es que en el estado ateniense cada tribu tenía un único «rey de tribu» *(phylobasiéus)*, que había sido reconocido como una institución pública, por más que sus funciones fueran ya muy restringidas.

Las tribus estaban divididas en *fratrías*, de modo que cada ciudadano era miembro, por herencia, de una tribu y de una fratría. Sobre las atribuciones de esta unidad social estamos algo mejor informados. Sin duda había tenido competencias judiciales, asumidas más tarde por el estado, ya que la ley de Dracón sobre el homicidio otorgaba a la fratría, representada por diez de sus miembros aristócratas, el derecho a perdonar al homicida involuntario, cuando no existían parientes próximos de la víctima. Pero mucho más importante era la función de la fratría en la habilitación de los nuevos ciudadanos, que se muestra como una pervivencia del reconocimiento por parte de la tribu de sus nuevos integrantes. Al alcanzar la mayoría de edad, los jóvenes atenienses eran aceptados solemnemente como miembros de la fratría del padre, tras haber superado la prueba de filiación. Cuando el demo, que era la unidad administrativa del Estado democrático, llegaba a cuestionar el derecho de un individuo a su inclusión en la lista de ciudadanos, el interesado podía resolver el asunto a su favor presentando testigos de su admisión en la fratría, que funcionaba así como una especie de registro civil paralelo. No sabemos si todos los miembros de cada fratría residían en una misma zona; en principio, es probable que fuera así, aunque la transmisión hereditaria de la pertenencia a las fratrías debe de haber motivado bastantes excepciones en ese sentido. Todas ellas tenían un lugar de culto, con un santuario y un dominio de tierra explotable; y tenían un sacerdote y una cabeza rectora, el *phratríarchos*.

El origen de las fratrías sí que resulta problemático. Las funciones que ostentan en la época de la que hay documentación, que es la clásica, parecen propias de la tribu, de donde podría deducirse que habían nacido en un momento en que el área de dispersión de las tribus era demasiado amplia, y procedía, por tanto, una fragmentación de las mismas en unidades de implantación territorial, las cuales permitirían, a su vez, la integración de elementos foráneos. Por otra parte, su posible paralelismo con las *hetairéiai* cretenses, a las que se atribuye un carácter militar, ha sugerido la hipótesis alternativa de que fueran agrupaciones surgidas en la Edad Oscura, en que la inseguridad y la falta de cobertura por parte del estado habrían llevado a quienes habitaban en un mismo lugar a unirse para la protección común, pero no hay nada de cierto el respecto. De hecho, la existencia de una organización de carácter gentilicio intermedia entre la tribu y la familia está bien documentada en poblaciones indoeuropeas muy alejadas entre sí, lo que permite conjeturar que pertenece al arquetipo social de ese conjunto étnico, aunque resulte muy difícil el precisar su función originaria y haya que admitir que pudo experimentar transformaciones diversas en función de circunstancias específicas.

En toda el área jónico-ática la fratrías celebraban el festival de las Apaturias, dedicado a Zeus *Phrátrios*, a Atenea *Phrátria* y a Dionisos *Melánaigis*, durante el cual se votaba la admisión de los hijos de los miembros llegados en ese año a la mayoría de edad. Por eso ha extrañado que tal unidad sólo aparezca mencionada una vez en todos los *poemas homéricos* (*Il.* 2.362); máxime cuando en esa mención constituye una unidad de distribución de tropas, es decir, figura en un contexto harto frecuente en los versos homéricos. De ahí se ha venido a suponer que la fratría debía de estar ausente de la tradición épica: habría surgido en el siglo VIII, época de consolidación de las aristocracias, como una unidad de clientela personal, integrada por el grupo de seguidores de cada uno de los nobles. Tal hipótesis es, sin embargo, indemostrable; la existencia de una familia dominante, constatada en algunas fratrías, no es una prueba al respecto, mientras que el funcionamiento democrático que evidencia, por ejemplo, en la época clásica la de los Demotiónidas (IG II² 1237), y la sospecha de que las había integradas solamente por *thíasoi* parecen abogar en su contra.

La unidad social denominada *génos* plantea asimismo muchos problemas de interpretación. Parece que se trata de una división ancestral de la sociedad correspondiente al grupo familiar en un sentido amplio, es decir a todos los elementos que pertenecen a un mismo linaje, pero los testimonios que contamos sobre los *géne* áticos resultan bastante discordantes. La tradición historiográfica local, la contenida en las *Atthís* o historia ateniense oficial, establece que cada una de las cuatro tribus estaba integrada por tres fratrías, y, a su vez, cada fratría, por treinta *géne* de treinta miembros. De ser eso cierto, habría que concluir que en un momento dado se estableció un esquema cerrado del cuerpo de ciudadanos, porque en ningún caso podría obedecer al desarrollo natural de una sociedad. Y el hecho es que no tenemos noticia de que eso haya ocurrido, como tampoco de

que existiera tal restricción numérica para la habilitación de los nuevos ciudadanos; la correspondencia del esquema con el número de las estaciones, los meses y los días del año acaba, en fin, de apoyar la sospecha de que se trata de una lucubración enteramente simbólica. Por otra parte, en la época clásica los *géne* eran grupos familiares naturales, que se consideraban como descendientes de un antepasado común, cuyo nombre no era sin embargo el de un verosímil fundador de un linaje sino el de un héroe o un dios, que no podía estar unido por relación de parentesco a los integrantes del *génos*. Esto ha llevado a pensar que se hubieran constituido secundariamente cuando una población muy mezclada, a consecuencia de los avatares de la última fase de la Edad del Bronce, alcanzó una estabilidad en su implantación en el territorio y vino a reorganizarse conforme a la estructura tradicional. De hecho, los *géne* no se mencionan en los *poemas homéricos* ni tampoco en la legislación criminal o civil de la Atenas arcaica; aquí la unidad que sigue a la fratría es la familia propiamente dicha, compuesta no por los *gennétai* sino por los *kasígnetoi* («hermanos») y los *anchistéis* («parientes próximos»), que comprenden normalmente hasta el grado de primo e hijo de primo en parentesco agnaticio o cognaticio.

Por otra parte, muchos ciudadanos atenienses, que por el hecho de serlo pertenecían a una fratría, no eran, sin embargo, miembros de un *génos*, sino que probablemente estaban integrados en los grupos denomindos *thíasoi*, acaso un sector de la población agregado al cuerpo de los ciudadanos en una fase posterior a la de la constitución del conjunto estructurado en *géne*. La *Atthís* no menciona esas unidades, pero en uno de los fragmentos conservados del historiador Filócoro se cita una ley que obligaba a las fratrías a admitir a los *orgéones* —miembros de los *thíasoi*— junto con los *homogálaktes* o *gennétai*, es decir, los miembros de los *géne*. Se ha atribuido tal ley a Clístenes, suponiendo que con ella se abría, en efecto, el acceso a la ciudadanía a elementos de origen extranjero que hasta la fecha habrían permanecido en una situación más o menos afín a la de los metecos.

El problema de la interpretación de las fratrías como divisiones de la tribu se complica por la existencia de otras divisiones de la misma, mal conocidas, pero en todo caso documentadas en forma fidedigna. Se dice en la *Athenaion Politeia* (8.3) que cada una de las cuatro tribus —es decir, las antiguas— estaba dividida en tres *trittyes* y en doce *naukraríai*; y que al frente de cada una de estas últimas había un *náukraros*, encargado de las contribuciones y de los gastos. Parece que las *naukraríai* eran divisiones locales destinadas a distribuir la carga militar de la flota, de modo que los *náukraroi* aportaban las naves y actuaban como trierarcas bajo las órdenes del arconte polemarco, ocupándose ellos mismos de requerir las contribuciones necesarias y de administrarlas. Como quiera que las *naukráriai* fueron abolidas en el 483 a.C. por Temístocles al constituir la flota ateniense con carácter permanente, es de suponer que su función hubiera sido la de proveer de naves para la guerra cuando se hiciera necesario. Estaban reguladas por las leyes de Solón, pero deben de haber existido con anterioridad, puesto que se menciona a sus magistrados presidentes en relación con el intento de Cilón por establecer en Atenas la tiranía. Con respecto a su distribución igualitaria entre las tribus, cabe dudar de la información de las fuentes, a no ser que por algún procedimiento se hubiera intentado mantener una cierta equivalencia numérica entre sus respectivos integrantes, pues es de suponer que los gastos

de la flota se hayan repartido en forma equitativa. No sabemos, por otra parte, si las *naukráriai* correspondían tan sólo a las zonas costeras, aunque es más probable que la contribución a la defensa naval se requiriera desde un principio a todo el territorio, porque ello la haría más eficaz.

La *trittýs*, asumida por Clístenes como división tripartita de las nuevas tribus creadas por él, lo era con seguridad de las antiguas, puesto que al testimonio de la *Athenaion Politeia* viene a sumarse el de una inscripción de finales del siglo V a.C., que menciona la *trittýs* de los *Leukotainíoi*, perteneciente a la vieja tribu de los *Geléontes*; aparece en este caso con unas funciones religiosas, pero debe tratarse de las conservadas cuando las demás fueron transferidas a las nuevas tribus con la reforma de Clístenes. Por lo demás, ignoramos cuáles eran esas funciones y si tal división de las tribus tenía alguna relación funcional con la distribución de éstas por el territorio.

Aparte de las mencionadas divisiones de la sociedad, se documenta en las fuentes una clasificación de los ciudadanos, atribuida por Plutarco (*Teseo*, 25) al supuesto unificador del Ática, a Teseo, que resulta difícil de interpretar. Dice Plutarco que a los *Eupátridas*, miembros de la primera clase, concedió Teseo el ser elegibles para el arcontado; que los *Geomóroi* sobresalían por su utilidad, y los *Demioûrgoi*, integrantes del tercer estrato, por el número. A su vez, en la *Athenaion Politeia* (13.2) se recoge la misma clasificación, aunque los *Geomóroi* aparecen con la designación de *Agroíkoi*, y, en fin, otro fragmento de esa obra menciona como clases sociales de la Atenas primitiva a los *Georgoí* y a los *Demiourgoí*. No sabemos si tal clasificación es auténtica, o bien se debe a la especulación de los Atidógrafos; podría responder en todo caso a una diferenciación social entre una aristocracia restringida y muy privilegiada, un sector relativamente amplio de campesinos con un lote de tierra, titulares de derechos políticos, y una masa carente de tierras que se ganara la vida de modos diversos. Pero la identificación de esos sectores no es fácil.

Si en verdad los Eupátridas monopolizaron una vez el arcontado, ese privilegio tuvo un fin, al menos formalmente, con el establecimiento de las clases solonianas, donde quedaron englobados en función de sus respectivas capacidades patrimoniales. Los historiadores modernos han interpretado de modos diversos la condición de los Eupátridas, porque la información sobre ellos es muy tardía y más bien escasa, pero, desde luego, no parece que se tratara de un clan como el de los Baquíadas de Corinto por ejemplo, puesto que no se designan por un patronímico, y, además, ya se ha dicho que en la primera mitad del siglo VII a.C. accedieron al arcontado elementos procedentes de un área tan periférica como Braurón. Más probable es que el término englobara a las familias más poderosas de todo el territorio del estado.

El orden segundo, que se refiere en sus tres denominaciones a los campesinos, podría corresponder a los miembros de la asamblea de ciudadanos, si, como es verosímil, coincidían éstos en un principio con quienes tenían un *klêros*, es decir una hacienda, por pequeña que fuese. Sin embargo, tal interpretación de los dos primeros órdenes obliga a suponer que el resto de la población quedaba incluido en el tercero, y, en ese caso, la denominación que se le atribuye no parece muy adecuada. En la Atenas clásica corresponde al colectivo de los artesanos, que no podrían haber integrado el sector más numeroso en la etapa primitiva, ni haber

incluido a todos los no propietarios de tierra. No es imposible, sin embargo, que en una época anterior al desarrollo de un sector artesanal importante la palabra *demiourgós* tuviera un sentido más neutro e indiferenciado: tal vez designara a quien trabaja para otro u otros, debido a que se ofrecía en la aldea, en el *demo*.

5. INSTITUCIONES POLÍTICAS DEL ESTADO ARISTOCRÁTICO

Aunque los atenienses tendían, en la época clásica, a considerar como ancestral su constitución democrática, lo cierto es que en su primera singladura el Estado formado por sinecismo en el Ática había sido de tipo aristocrático; los órganos de gobierno eran básicamente los mismos –consejo, magistraturas y asamblea–, pero el centro de gravedad del poder político se situaba en un consejo de extracción aristocrática, el desempeño de las magistraturas importantes estaba determinado por el linaje y, en fin, no todos los ciudadanos formaban parte de la Asamblea. A lo largo del siglo VI a.C., desde Solón hasta Clístenes, se van introduciendo una serie de reformas que conducen a la democracia, coronadas por las de Efialtes, ya en el siglo V a.C. De hecho, un especialista en esos temas como lo era Aristóteles sabía muy bien que en Atenas se habían sucedido distintas constituciones.

Por cierto, que la palabra «constitución», que empleamos en este caso, a falta de otra más apropiada, es una traducción bastante anacrónica del término griego *politeia*. Los antiguos no habían llegado a elaborar ordenamientos jurídicos completos, concebidos como textos legales fundamentales y permanentes a los que hubiera de plegarse la legislación menuda y las actuaciones de los poderes públicos; de suerte que *politeía* era para ellos un término bastante impreciso, que podía englobar el conjunto de la legislación, de carácter acumulativo y a veces incoherente, o bien referirse, de un modo más específico, a las instituciones políticas características de un estado, diferentes siempre en sus detalles de las de otro. Tampoco «magistratura» traduce bien el término *arché*, de un sentido muy laxo. La *arché* es una cuota de participación en el gobierno y la administración de la comunidad, que se ejerce bajo propia responsabilidad a cualquier nivel y en cualquier función; así, cuando esa tarea es asumida en su totalidad por un solo hombre, se la denomina *mónarchos*, al margen de que su posición sea o no legítima desde el punto de vista de la comunidad. Además, el desempeño de las *archaí* no exige cualificación alguna a los candidatos; sólo en las aristocracias y en las oligarquías está condicionado el desempeño de las más importantes por el linaje o la capacidad económica, respectivamente, de los ciudadanos.

La primera constitución ateniense conocida tenía ya los nueve magistrados principales denominados *árchontes*, es decir «gobernantes». En singular, el término se aplicaba al más importante de ellos, el que daba su nombre al año, y tenía funciones judiciales y poderes ejecutivos en la órbita civil. Otro arconte, llamado *basiléus* («rey»), asumía la jurisdicción en la esfera religiosa, con un importante papel en determinados cultos públicos. Un tercero, el *polémarchos* («conductor de la guerra»), era jefe supremo del ejército, incluida la flota, y tenía competencias judiciales en ese terreno. Finalmente, un colegio formado por los seis arcontes *thesmothétai* («fijadores de las leyes») actuaba en el campo de la jurisprudencia y la legislación. El desarrollo de la constitución en las fases sucesivas de la historia ateniense influyó sobre los poderes de los arcontes, por lo que la información con que contamos sobre ellos, que es casi toda posterior, no resulta aplicable a esta etapa, de la que sabemos muy poco más de lo ya dicho. El mandato de todos los arcontes era anual, y sobre su designación dice la *Athenaion Politeía* que tenía lugar «en razón del linaje y de la riqueza», pero es probable que en esa primera fase sólo jugara el primer criterio, aunque indirecta y subsidiariamente pudiera llegar a operar también el segundo; al menos, en la ley de Dracón sobre el homicidio la designación de los Efetas es *aristínden* («en razón de la excelencia»). Pero el mayor problema que plantea al historiador el arcontado es el de su origen, implicado con otro no menos arduo, el de la amortización de la realeza.

La tradición ateniense recordaba una lista de reyes correspondientes a dos dinastías sucesivas. La primera, que incluye a Teseo, está integrada por héroes míticos, de dudosa entidad histórica y, desde luego, imposibles de ubicar en un esquema cronológico. La segunda es la de los llamados Medóntidas, aparentemente un clan que había logrado un cierto monopolio del poder, como ocurrió en otros estados. Medón, el epónimo de la dinastía, aparece en el tercer lugar de la lista, mientras los dos primeros han sido reservados para Melanto y Codro, respectivamente, dos figuras magnas de la tradición heroica local, con cuyo emparentamiento, con toda probabilidad manipulado, conseguía la casa de los Medóntidas una carta de legitimidad; y, además, una conexión familiar con los reyes jonios, ya que un hijo de Codro, Neleo, pasaba por ser el conductor de la expedición que fundara Mileto.

De acuerdo con una tradición que recogen la *Athenaion Politeía* (3.3) y Pausanias (4.5 y 13.7), el arcontado se habría creado en el reinado de Codro, o bien en el de su hijo Acasto, y los Medóntidas habrían renunciado a la realeza a cambio de desempeñar esa magistratura con carácter vitalicio y hereditario, lo que se habría mantenido hasta el final de la dinastía. En cambio, el Mármol Pario presenta a los Medóntidas como reyes, de acuerdo con la versión, recogida por otra fuente, que ignoraba el arcontado vitalicio. No estamos en condiciones de resolver la cuestión, pero quizás esas tradiciones no sean excluyentes, porque no es improbable que los Medóntidas hayan sido reyes con atribuciones concretas, no *monarcas* en el sentido etimológico del término. En Atenas, como en Esparta, el nacimiento de las magistraturas y la limitación de los poderes de los reyes por una y otra vía pueden tener una conexión de causa a efecto con el sinecismo que hace nacer a esos estados, debido a la necesidad de llegar a un acuerdo de coparticipación en el poder entre los antiguos clanes dominantes; pero también es posible que la diferencia tan neta que se establece entre las magistraturas y la realeza desde la perspectiva de la época clásica fuera mucho más difusa en un primer momento, si en verdad lo que llamamos «rey» no era sino una *arché* rodeada de mayores privilegios y dignidades que las otras. De hecho, en las consideraciones que hace Aristóteles en su *Política* sobre la realeza *(basíleia)* se aprecia una gran ambigüedad conceptual de la institución en la Grecia primitiva. Y, si consideramos el bagaje documental integrado por las leyendas, podemos constatar la relativa facilidad con que un rey puede ser sustituido por otro, un extranjero incluso, que demuestre una capacidad sobresaliente para defender a la comunidad, la cual lo acepta aparentemente sin conflicto: es, en Atenas, el caso del mesenio Melanto, que libra al Ática de la presión de los beocios y se convierte

así en el fundador de una nueva dinastía, porque quien entonces reinaba, Timetes, no se había atrevido a aceptar el combate singular acordado entre los bandos para dirimir la cuestión. Otras veces, en Atenas y en muchos lugares, el reinante casa a su hija con quien ha dirigido una guerra eficazmente, sea cual sea su origen y condición. La realidad es que la realeza, supuestamente existente en todos los estados griegos a comienzos de la época histórica y supuestamente sustituida por magistraturas, está muy mal documentada, pero, en cualquier caso presenta unos rasgos que hacen relativamente comprensible su desaparición. Se trata en realidad de la eliminación del carácter vitalicio, y, sobre todo, de la transmisión hereditaria, de los poderes y privilegios de un rey que no destaca por su excelencia sobre el resto de la comunidad sino que comparte esa excelencia con toda una élite aristocrática, la que monopoliza las magistraturas cuando «desaparecen los reyes».

No tiene demasiada importancia, por tanto, el tratar de averiguar cuál de los arcontes atenienses perpetuaba la figura del rey; puede que alguna de ellas conservara durante un tiempo el privilegio del mandato vitalicio y/o de la transmisión hereditaria. El caso es que el conjunto de los *basileis*, los nobles prominentes, se llamaron a una participación más equitativa en el poder, y ello pudo ocurrir cuando, a consecuencia del sinecismo, se convirtieron en un colectivo más numeroso.

Es importante, a este respecto, el detalle de que el consejo del Estado aristocrático ateniense, el *Areópago*, estuviera integrado, con carácter vitalicio, por los exarcontes, sobre todo porque parece muy claro que ese consejo era el órgano más poderoso del Estado; debió de nacer como un consejo de reyes, de *basileis*. Es probable, como señala Tucídides, que el sinecismo del Ática haya exigido la sustitución de los consejos de las anteriores unidades políticas por uno nuevo, único, convertido en un cuerpo de élite precisamente por integrarlo los que habían sido arcontes: a la excelencia que garantizaba su eligibilidad, uníase la experiencia adquirida por el desempeño de la magistratura. Hubo, parece ser, entre los antiguos quien atribuyó a Solón la creación del Areópago, lo que, unido a la falta de testimonios fidedignos sobre su anterior existencia, ha llevado a algunos historiadores modernos a dudar de que fuera en verdad ése el primitivo consejo del Estado aristocrático. Pero la adscripción a Solón del origen de las instituciones importantes que se tenían por antiguas no es fiable, y, por otro lado, también existía la idea de que el Areópago era un consejo ancestral, puesto que Esquilo, en la *Orestía*, lo hacía actuar en la generación siguiente a la guerra de Troya. No podemos establecer las competencias de ese consejo, porque carecemos de documentación al respecto. Es probable que no tuvieran una definición precisa, sino que funcionara como la instancia suprema del Estado, sobre la base de un prestigio y de una autoridad reconocida por todos. La transformación de Atenas en una polis democrática le fue restando funciones y atribuciones, pero, como seguía componiéndose de los altos magistrados salientes, que después ya no fueron de extracción aristocrática, pudo conservar su primitivo prestigio, convertido en una institución que, si no gobernaba, merecía un gran respeto y seguía ejerciendo una autoridad.

Pero todavía se sabe menos sobre la Asamblea, llamada en Atenas *Ekklesia*. Parece, eso sí, que en esta etapa no formaban parte de ella todos los ciudadanos

sino tan sólo quienes poseían un lote de tierra. Ignoramos, sin embargo, hasta dónde llegaban sus atribuciones y qué asuntos dependían de su opción o de su aceptación.

6. LAS LEYES DE DRACÓN

El Estado aristocrático es claramente conservador en el terreno del derecho, pero no deja de ser cierto que antes de iniciarse las reformas constitucionales que conducen a la democracia asistimos en Atenas al hecho trascendental de la codificación de las leyes. Una obra como la del poeta Hesíodo indica que incluso en una región que no era pionera en el desarrollo del pensamiento existía una preocupación por el tema de la justicia como principio regulador de las relaciones sociales, y, lo que es más importante, una iniciativa de denuncia abierta contra la venalidad de quienes tenían el privilegio de dirimir las disputas entre los miembros de la comunidad, los *basileîs*. La famosa escena del juicio representada en el escudo de Aquiles (*Ilíada* 18.497-508) pone de manifiesto hasta qué punto la imprecisión del derecho dejaba un margen para la actuación del juez en su elaboración de la sentencia: los jueces sentados en círculo en presencia del pueblo pronunciarán por turno la sentencia, y recibirá un premio aquel que aporte la más oportuna. Pero ese procedimiento tan transparente, que corresponde quizá a las ciudades jonias, no estaba generalizado, porque no se ajusta a la evocación que hace Hesíodo de su propio caso, en que los jueces son acusados de sobornables. Allí donde existía una aristocracia fuerte no hay duda de que la aplicación del derecho estaba condicionada por el dominio de esa élite sobre el resto de la comunidad, lo que, a su vez, tendría que provocar la indignación de ésta.



Pero la propia formación del estado ha debido de operar en favor del desplazamiento hacia los poderes públicos de unas funciones judiciales que, mientras fueran patrimonio de los dirigentes de los grupos sociales primitivos, contribuirían a reforzar el poder de éstos, en probable detrimento de la autoridad de aquél. Y está claro que la aplicación del derecho por parte de los magistrados y del Areópago obligaba a superar el estadio en que constituía un saber impreciso transmitido de padres a hijos y basado en una autoridad paternalista indiscutida. Esta tarea de reducir el primitivo bagaje jurídico a leyes, es decir, a definiciones precisas de supuestos de hecho, con la fijación de la pena correspondiente, puede ser la que haya dado origen a los arcontes tesmotetas, sobre los que se dice en la *Athenaion Politeia* (3,4) que fueron creados para que « poniendo las leyes por escrito, pudieran garantizar su cumplimiento en los juicios de las cuestiones dudosas».

En la fase más antigua el derecho estaba intrínsecamente relacionado con la religión. No quiere eso decir que las normas que regulaban la convivencia hubieran emanado de los santuarios; su origen estaba posiblemente en la respuesta espontánea de la comunidad, por consenso o por la sabia iniciativa de sus dirigentes, a las necesidades que determinaban las circunstancias; pero se consideraba que esas normas estaban de acuerdo con el orden natural de las cosas y con la voluntad de los dioses, que garantizaban su cumplimiento. Por ello tales principios reguladores, denominados *thémistes*, servían para distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal, considerándolo a un tiempo como «lo estable-

cido» y como «la voluntad divina». Ocurría, sin embargo, que las *thémistes* no estaban escritas en parte alguna; eran los dioses, depositarios de la sabiduría, quienes las transmitían por vía de inspiración, a los hombres con autoridad para juzgar a los demás, los cuales emitían dictámenes, es decir, «sentencias» (*díkai*), que resolvían los litigios, en virtud de una supuesta adecuación de los casos concretos a las *thémistes*. Naturalmente, la comunidad tenía, por vía de experiencia, un cierto conocimiento de la doctrina jurídica subyacente a las *thémistes*, que orientaba las actuaciones de los individuos y permitía catalogar las sentencias de los jueces como «rectas» o «torcidas», pero la realidad es que las protestas al respecto no servían de mucho, y las gentes no podían, por otra parte, prever las consecuencias jurídicas de sus actos.

Al margen de la actividad de los arcontes tesmotetas, sobre la que nada sabemos, los atenienses creían haber contado en una fecha tan temprana como el 620 a.C. con una figura de gran prestigio, la de Dracón, tal vez uno de los tesmotetas en ejercicio, que había escrito sus leyes; luego, al ser elegido arconte Solón en el 594 a.C., las habría vuelto a escribir de nuevo todas, excepto las relativas al homicidio, que se habrían mantenido tal y como las dejara Dracón. La existencia de dos legisladores famosos en un mismo lugar y separados por tan poco tiempo ha sorprendido a los historiadores modernos, lo que, unido a la falta completa de noticias sobre la persona y la vida de Dracón, ha suscitado dudas sobre la historicidad de tal personaje, a pesar de que las leyes de Dracón aparecen citadas con mucha frecuencia en los discursos forenses conservados. Sin embargo, el hallazgo de una estela del 409 a.C., donde los atenienses recopiaron esas leyes, que, aunque incompleta y bastante deteriorada, conserva buena parte del decreto legal, precedido del texto que ordenaba la copia, ha venido a convencer de la existencia de un código anterior al de Solón, ya fuera la obra de un solo legislador, ya el resultado final de un proceso diacrónico de fijación de las leyes. Pero también se ha impuesto la convicción de que ese código se refería sólo a la legislación criminal, o que, en cualquier caso, no incluía una constitución, como pretende la *Athenaíon Politeía* (4.2-3). No vamos a entrar aquí en detalles sobre ese asunto, pero diremos que hay argumentos suficientes para suponer que la escuela aristotélica ha incorporado una tradición espúrea, forjada presumiblemente en los medios políticos del siglo IV a.C. que hacían la oposición a la democracia radical; en ese momento, la supuesta constitución de Dracón constituía una alternativa de corte oligárquico a la democracia avanzada, que, sin embargo, carece prácticamente de sentido para una época anterior a Solón, entre otras cosas, porque haría aparecer las reformas de éste como involucionistas en algunos aspectos. Detalles como la valoración de los patrimonios en unidades monetales o la sobrevaloración de la *strategía*, la magistratura militar que alcanza un rango elevado mucho después, son anacronismos que refuerzan las dudas sobre la autenticidad de esa tradición.

Parece que las leyes de Dracón fueron copiadas y expuestas al público del mismo modo que las de Solón, en unos bloques prismáticos triangulares, o cuadrangulares, giratorios (*áxones*), en cuyas caras figuraba el texto en columna. Primero se recogía el homicidio involuntario, luego, probablemente, el justificado, y, finalmente el voluntario. En la consideración religiosa del hombre griego arcaico el homicidio se conceptuaba como un acto criminal que contaminaba a quien lo llevaba a cabo, incluso aunque la muerte se hubiera producido de forma fortuita,

sin la menor intencionalidad. Por ello, la distinción entre ese primer tipo de homicidio, el segundo que derivaba de una agresión consciente, pero dirigida a la propia defensa, y el verdaderamente intencional, constituye un avance en el desarrollo del derecho, que posiblemente se había ido produciendo de forma paulatina y había influido en la decisión de los jueces, cuando llegaba a plantearse una querella por esa cuestión, pero que sólo ahora quedaba convenientemente tipificado. El derecho primitivo reclamaba siempre una venganza al grupo familiar que se había visto privado de la vida de un hombre; la nueva legislación obligaba a valorar la intencionalidad del homicida para establecer si había lugar a una compensación pecuniaria, o bien debía ser castigado como un elemento indeseable para la comunidad. La armonización de las competencias varias que entraban en conflicto en la ciudad, requería una labor de jurisprudencia, en la que pudo desempeñar el papel más importante la figura de Dracón.

A pesar de todo, el derecho criminal fue la parcela jurídica que conservó los rasgos más arcaicos a lo largo de la época clásica. Las innovaciones más significativas fueron la valoración de la intencionalidad y la intervención del estado, que controlaba hasta cierto punto la venganza familiar, pero el homicidio se seguía manteniendo fundamentalmente como un delito de carácter privado; bastará decir al respecto que sólo después de Dracón, tal vez por obra de Solón, tal vez después aun, se creó un procedimiento legal, la *graphé phónou*, mediante el cual cualquier ciudadano podía llevar un caso de homicidio ante un tribunal ordinario cuando no lo había hecho la familia de la víctima. Por lo demás, en las leyes de Dracón, conservadas en la fase posterior, el homicida involuntario sólo eludía la pena de destierro si todos los parientes de la víctima hasta el grado de hijo de primo, o, en su defecto, un tribunal constituido por los miembros de su fratría, concedían de común acuerdo el correspondiente perdón; la única garantía para ese homicida era que no podía ser linchado por el grupo familiar de su involuntaria víctima. Eso sí, quedaba exculpado del todo quien cometía homicidio justificado (*phónos díkaios*).

Parece que las leyes de Dracón crearon el tribunal de los *Efetas*, un colectivo de cincuenta y una personas, elegidas entre los nobles en el estado aristocrático y por sorteo en la democracia. Ante ellos tendría que acudir necesariamente la familia de una víctima, antes de emprender cualquier acción reivindicativa, para que se determinara si el homicidio había sido voluntario o involuntario; en el primer caso, quedaría abierta la posibilidad de aplicar la ley del talión, o bien de acordar una compensación, mientras que en el segundo la familia afectada tendría que aceptar el exilio del homicida como pena máxima, pudiendo asimismo acordar una compensación u otorgar su perdón graciosamente. En cuando a los *Phylobasileís*, dirigentes de las antiguas tribus áticas, que posiblemente veían transferida su antigua jurisdicción a los Efetas, conservaban el juicio ritual sobre el homicida anónimo, y sobre los animales u objetos que hubieran causado la muerte de alguien, los cuales eran arrojados fuera de las fronteras del Atica.

7. LA TIRANÍA DE CILÓN

La tendencia a constituir tiranías, que tanto se generaliza en el ámbito de los estados griegos durante el siglo VII a.C., afectó también a Atenas, aunque fracasó

en su primer intento, llevado a cabo en los últimos decenios de esa centuria. Tucídides (1.1126.3-11), Heródoto (5.71) y Plutarco (*Solón* 12) nos documentan ese episodio de la historia ateniense, que conserva, sin embargo, muchos puntos oscuros. El protagonista de la aventura fue un tal Cilón, que habría desposado a la hija del tirano Teágenes de Mégara y habría recibido apoyo de éste en su empresa. Esa alianza matrimonial, no probada, ha hecho conjeturar a algún historiador que Cilón perteneciera a la aristocracia de Eleusis, fronteriza con Mégara, y posiblemente descontenta con el escaso protagonismo político que tenía dentro del estado ateniense, pero no hay modo de verificar tal hipótesis. Es ya antigua, de hecho, la sospecha de que la evidencia sobre el asunto de Cilón esté muy contaminada; la razón es el papel tan desafortunado que tuvieron en él los Alcmeónidas, una familia lo suficientemente importante en la historia posterior ateniense como para haber logrado manipular la información al respecto.

Tucídides dice que Cilón tomó la Acrópolis con sus amigos y con las fuerzas megarenses enviadas por su suegro, pero Heródoto, que no menciona el matrimonio con la hija de Teágenes, afirma que se había puesto al frente de un grupo de jóvenes nobles, de una *hetaireia*, y había intentado tomar la Acrópolis sin llegar a conseguirlo, porque los presidentes de la naucrarías habían dado muerte al grupo. En la versión de Tucídides el pueblo, congregado en el centro de la ciudad, encarga a los nueve arcontes que resuelvan el asunto conforme a su criterio, y éstos consiguen separar a los sediciosos del altar donde habían buscado refugio, bajo promesa de respetar sus vidas, aunque luego los matan. Cualesquiera que hayan sido los detalles de la operación, el caso es que los encargados de reprimir la sedición se excedieron al ejecutar sin juicio, sobre la marcha, a quienes ya estaban reducidos. La familia de los Alcmeónidas, a la que pertenecía al menos el arconte epónimo, Megacles, fue la responsable del hecho, y hubo de cargar durante generaciones con una mancha sólo compensada por su gran habilidad y su poder en el juego político.

Es muy difícil determinar, por tanto, cuál era el grupo que apoyaba a Cilón, así como la procedencia y magnitud de sus fuerzas. La grave decisión de linchar a los sublevados sugiere que se les consideraba capaces de imponer la tiranía, aunque también podría haber ocurrido que los Alcmeónidas aprovecharan la ocasión para librarse de unos rivales importantes dentro del juego político.

8. LA FIGURA DE SOLÓN

Solón es el arconte epónimo del año 594 a.C., y algunos historiadores modernos han secundando la sincronización aristotélica de su labor legislativa con su arcontado; pero también se ha considerado demasiado reducido el espacio de un año para tan enjundiosa tarea, que, por otra parte, requería mayores poderes que los ordinarios de un arconte. De ahí la posibilidad de que la obra soloniana haya sido realizada después de ese arcontado, entre los años 580 y 570 a.C.: a esta etapa podría referirse el nombramiento de *diallaktés* («árbitro») y *árchon* (arconte, en este caso *thesmothétes*), que le atribuye la *Athenaíon Politeía*. En tal supuesto, las irregularidades en la sucesión de los arcontes que se reflejan en la misma obra –años sin arconte, expulsión por la fuerza de uno que había rebasado por dos veces el mandato regular, elección de diez simultáneamente–

habrían tenido lugar entre el arcontado epónimo de Solón y su posterior nominación extraordinaria, en consonancia con un clima de enfrentamiento político que justificaría esta última nominación.

Pero el problema cronológico es sólo uno de tantos planteados por la figura de Solón. El más serio es el de la fiabilidad de sus fuentes. Entre la serie de leyes que se le atribuyen, la mayoría de las cuales son conocidas a través de citas contenidas en los discursos forenses, puede haber más de una de fecha posterior, agregada al código soloniano. Por otra parte, tenemos constancia de que a mediados del s. IV a.C. Solón se convirtió en el símbolo de la ideología democrática, que otorgaba a ésta la legitimidad de la tradición frente a los postulados de los oligarcas; es probable, por tanto, que se le hayan atribuido en esa época innovaciones que no le corresponden en realidad. Por ello la información procedente de la escuela aristotélica puede estar muy contaminada; no sólo la que encontramos en la *Athenaíon Politeía* sino también la que se contenía en los cinco libros de *Comentario a los áxones de Solón*, hoy perdidos, pero que debieron de influir sobre el conocimiento posterior del legislador y, desde luego, sobre la biografía elaborada por Plutarco.

A diferencia de lo que ocurría con Dracón, la vida y la personalidad de Solón eran conocidas por los antiguos, aunque naturalmente no todos los datos al respecto tienen que ser correctos. La tradición lo incluía entre los nobles, los Eupátridas a lo que parece, pero le atribuía una fortuna mediana; por esa razón, o por afán de conocer, se habría dedicado al comercio marítimo desde su juventud. Entre sus variadas facetas contábase la creatividad literaria, manifiesta en los numerosos poemas líricos que escribió, de los que sólo se conservan pequeños fragmentos, si exceptuamos la famosa *Elegía a las Musas*. Al valor literario de esas piezas se suma el que tienen como documentos de la época y de la labor política del autor. El más famoso de los Siete Sabios de Grecia y el hombre que inició a su patria en el camino hacia la democracia, al tiempo que sentaba las bases para su peculiar orientación económica, es sin duda uno de esos protagonistas de la Historia que invitan a interpretar su personalidad desde diversos puntos de vista. Solón se vio llamado a resolver un grave problema de inestabilidad política que afectaba a la sazón a su ciudad, y su labor, coronada a la larga por el éxito, estuvo llena de dificultades; pero, como él mismo confiesa, tuvo en todo momento una idea clara de lo que debía hacer y se mantuvo firme en su trayectoria, aun a costa de tener que llegar a expatriarse voluntariamente, a cambio, según parece, de que fueran mantenidas sus reformas. No quiso ejercer la tiranía, ni siquiera para coronar su labor, y, sin embargo, tuvo que soportar al final de su vida la ascensión política del tirano Pisístrato.

Leemos en la *Athenaíon Politeía* que a Solón «se le encomendó la constitución», tras haber sido elegido «árbitro» en un momento en que «el pueblo se había enfrentado a los Notables, y la lucha abierta entre unos y otros *(stásis)* duraba ya mucho tiempo (5.1-2). El testimonio del propio Solón corrobora la existencia de una grave *stásis*, es decir de un enfrentamiento entre los ciudadanos, que en términos generales se podría reducir, en efecto, a un conflicto de intereses entre una minoría ancestralmente privilegiada y una masa infinitamente superior en número, que se rebela contra su situación. Sin embargo, la falta de ideologías definidas, de partidos políticos y de clases propiamente dichas, que es evidente

en ese contexto histórico, configura el enfrentamiento de un modo más complejo. Está claro que una parte de la población vivía una situación opresiva debido a un sistema de préstamos que no sólo hacía muy difícil el pago de las deudas sino que amenazaba a la libertad personal del deudor, que podía acabar por convertirse en esclavo vendido en ultramar. Y también es probable que la masa de los ciudadanos se creyera con derecho a una mayor participación en el gobierno de la comunidad. Pero no es verosímil que esos colectivos se hayan puesto en movimiento por sí mismos. El problema del endeudamiento, en probable conexión con un rendimiento decreciente de la tierra por exceso de cultivo y con un aumento demográfico, debía de ser ya antiguo, y no se ve la razón por la que hubiera tenido que agudizarse en ese momento. Por otra parte, a juzgar por los hallazgos de cerámica de figuras negras, el comercio ático ultramarino se encontraba en un punto de acelerado crecimiento, lo que significa que había una nueva fuente de riqueza, capaz posiblemente de compensar el déficit de otros sectores, o, cuando menos, de paliar sus efectos. Así, pues, o bien la incipiente transformación del modelo económico conllevó algún factor distorsionante que no está documentado, o bien la *stásis* no se debió a un deterioro de las condiciones económicas. Y, desde el punto de vista político, tampoco se vislumbran las razones de un descontento puntual en la masa de los ciudadanos, que no se podría relacionar de ningún modo en una fecha tan temprana con el desarrollo del ejército hoplita.

Mucho más probable parece que la *stásis* estuviera en realidad motivada por un enfrentamiento en el seno de la propia aristocracia, cuya capacidad de movilizar a sus bloques sociales dependientes era a la sazón muy grande: el intento de establecer la tiranía pocos años antes y la desmesurada actuación de los Alcmeónidas en el incidente apuntan en esa dirección. Precisamente el desarrollo del comercio y la industria debió de facilitar la circulación de la riqueza, que está por doquier relacionada con el surgimiento de las tiranías y con la disensión interna de las élites aristocráticas.

9. EL HECTEMORADO Y LOS PROBLEMAS DE DEUDAS

Se atribuyen a Solón una serie de disposiciones destinadas, a lo que parece, a rehabilitar a personas que, mereciendo la condición de ciudadanos, se encontraban en una situación de dependencia personal, esclavitud o exilio. Se trata en concreto de la abolición del hectemorado, de la cancelación de deudas, acompañada de una prohibición de hacer préstamos con garantía de la persona, y, en fin, de la repatriación de atenienses que habían sido vendidos como esclavos o que habían huido para evitar la esclavitud.

La *Athenaion Politeia* (2.2) utiliza la palabra *hectémoros* para designar a un colectivo de cultivadores que, con sus mujeres y sus hijos, trabajaban los campos de los ricos y tenían una cierta dependencia respecto de ellos, expresada con el término *douloi* («esclavos»). También relaciona esa fuente el nombre genérico de *hectémoroi* con un alquiler *(misthosis)*. Y el propio Solón se refiere a ellos en los versos en que dice haber convertido en libre una tierra antes esclava, arrancando de ella los mojones que la señalaban (citados en la *Ath. Pol.* 12). La cuestión de los *hectémoroi* es, sin embargo, muy poco clara. No parece tratarse de esclavos propiamente dichos, puesto que esa condición se mantiene en Atenas después

de Solón, en tanto que el hectemorado es abolido; y porque el autor de la *Ath. Pol.* dice que cuando no pagaban se convertían en «embargables», lo que significa que su condición podía conducir a la esclavitud, luego no era la esclavitud. A eso hay que añadir que Solón llama esclava a la tierra de esos individuos pero no directamente a ellos. La deducción más obvia es la de considerar que se trata de personas que, no siendo esclavos, vivían en una situación de dependencia personal muy opresiva, que, además, podía conducir fácilmente a la esclavitud. En su condición de cultivadores obligados a entregar a unos dueños una parte sustancial del producto obtenido, han sido relacionados con los ilotas de Esparta y con otros tipos similares de las áreas doria y eolia, que por desgracia son poco conocidos. Y a todo ello hay que añadir que el vocablo con que se les designa no permite establecer si pagaban una sexta parte de lo obtenido, o bien, como han supuesto algunos autores pensando que tal canon es muy bajo, era ésa la cantidad que retenían para sí, debiendo entregar el resto.

El problema de la condición de los hectémoros está ineludiblemente relacionado con el del origen de su situación. Para la mayoría de quienes se han ocupado de estudiar el tema un empobrecimiento progresivo de las tierras del Ática, debido a un cultivo irracional de las mismas, habría hecho decrecer la producción en consonancia precisamente con un aumento de la presión demográfica, hasta el punto de que un número importante de pequeños propietarios habrían tenido que endeudarse para llegar a obtener la cosecha siguiente; y tal condición de deudor obligaría a ofrecerse a sí mismo como bracero al rico que había prestado el grano, así como a entregar un sexto de la propia cosecha. El incumplimiento de esas obligaciones contraídas habría otorgado al acreedor una disposición sobre la persona del deudor o de alguien de su familia, que asumiría así la condición de esclavo.

El hecho es, sin embargo, que en ninguna de las fuentes que se refieren a los *hectémoroi* se documentan las deudas como causa del hectemorado ni éste como forma de pago de las mismas; parece absurdo, por otra parte, que los deudores tuvieran que pagar una cantidad establecida en función de la cosecha. Por esas razones se ha abierto camino la tesis de que el hectemorado pudiera ser una condición ancestral, heredada de la época de consolidación del poblamiento en el territorio. Cualquiera que hubiera sido el motivo de su nacimiento, que no lo sabemos, implicaría que los hectémoros tenían como suya una tierra que en realidad pertenecía a otro, al cual debían obsequios y servicios, además de un tanto de la cosecha. En cualquier caso, la medida aplicada por Solón parece haber consistido en dejar como propietarios de esas tierras a quienes ya las trabajaban, arrancando los mojones que marcaban su condición.

Un tercer punto importante en relación con el hectemorado es el de su valoración de conjunto desde el punto de vista socioeconómico y político; es decir, establecer hasta qué punto era significativo ese grupo para el sistema económico del Estado en que se integra y cuál era el grado de habilitación como ciudadanos titulares de derechos políticos de las personas que lo integraban. No existe documentación directa sobre tales cuestiones, de modo que las conclusiones a que se puede llegar en este aspecto son más bien especulativas. No parece probable que el hectemorado fuera el sistema de explotación de las grandes propiedades en general, porque en ese supuesto su abolición total habría sido una medida

muy distorsionante del sistema económico, y cuesta creer que se hubiera podido llevar a efecto en un momento tan temprano. El asunto se entiende mejor si suponemos que se trataba de una servidumbre impuesta sobre algunas tierras desde tiempo inmemorial, que resultaba opresiva tanto desde el punto de vista económico como desde una consideración social para el colectivo que la sufría: se trataba probablemente de campesinos con haciendas pequeñas, que, además de tener que hacer esfuerzos para mantener a partir de ellas a sus respectivas familias, tenían la condición permanente de deudores –con la amenaza de esclavitud que pesaba sobre ella–, puesto que siempre debían pagar un canon; y, por añadidura, se veían obligados a prestar otros servicios personales a aquellos ciudadanos de quienes dependían sus tierras. Cabe suponer que se tratara, en efecto, de ciudadanos e incluso que formaran parte de la *Ekklesia*; ello explicaría mejor sin duda la adopción de una medida como la abolición del hectemorado, que perjudicaba sustancialmente a los Notables. Más o menos numeroso, el grupo de los hectémoros debía de formar parte del *demos* implicado en la *stasis* de la época y al que Solón afirma en sus poemas haber cumplido con creces las promesas hechas.

Tanto la *Ath. Pol.* como la *Vida de Solón* debida a Plutarco mencionan con el término *seisáchtheia* («acción de sacudirse la carga») una cancelación de deudas llevada a cabo por Solón, que se habría visto acompañada de una disposición que prohibía hacer préstamos en lo sucesivo «con garantía de los cuerpos», es decir, comprometiéndose el prestatario a entregarse a sí mismo –o a entregar a alguien de su familia– como esclavo al prestamista en caso de insolvencia. La *Ath. Pol.* alude a este punto en un capítulo distinto del que trata del hectemorado y de las deudas de los hectémoros, lo que hace suponer que había otros deudores además de ésos, amenazados como ellos por las graves consecuencias del impago. Ha extrañado la ausencia de alusions a la cancelación de las deudas en la obra poética de Solón, lo que ha llevado a algunos historiadores a dudar de su autenticidad, entendiendo que, a pesar de ser el vocablo *seisáchtheia* indiscutiblemente arcaico, pudo haber sufrido una reinterpretación errónea posterior, e, incluso, haberse referido en el origen a la abolición del hectemorado. La verdad es que esa medida, sumada a esta última, parece un logro demasiado importante del sector social más oprimido en contra de los intereses de quienes suponemos tenían todavía por entonces en sus manos el poder, y por ello se cuestiona su documentación, de suyo problemática. Pero es Solón quien afirma haber rescatado a quienes habían sido vendidos como esclavos y hecho volver a los que habían huido para evitar el caer en la esclavitud, y eso, relacionado con la reglamentación de los préstamos a que nos referíamos más arriba, sugiere, en efecto, que se había llegado a una cancelación de las deudas contraídas bajo las condiciones usuales, llegando la retroactividad de tal medida a solucionar el problema de todos los que sufrían las consecuencias de su pasada insolvencia como deudores.

Es probable, en suma, que el enfrentamiento a que habían llegado en Atenas los grupos sociales permitiera a Solón convencer a los Notables, o al menos a una parte de ellos, de que la renuncia a determinados intereses era la única forma de controlar la *stásis* y de crear una cierta concordia beneficiosa para todos. Y, a su vez, el establecimiento de un sistema de préstamos que no fuera tan peligroso para el deudor podía crear un estímulo para su utilización como motor del desarrollo de la industria y el comercio.

10. LAS REFORMAS POLÍTICAS DE SOLÓN

La tradición atribuye a Solón una serie de medidas de carácter constitucional que facilitan, según todos los indicios, la transformación del Estado aristocrático en una oligarquía de base económica, preludio de la subsiguiente democracia.

La más importante de todas ellas parece la que organiza a los ciudadanos en cuatro clases, a fin de establecer una proporcionalidad entre el disfrute de los privilegios políticos y la capacidad económica, la cual, a su vez, determinaría las obligaciones de prestación militar. Aunque hay algunos aspectos de la reforma que no están del todo claros, parece que se amplía considerablemente el número de los integrantes de las clases privilegiadas, dando con ello satisfacción a unas ansias de promoción política, al tiempo que aumentaban cuantitativa y cualitativamente los efectivos militares.

Con anterioridad a Solón existía, parece ser, una clasificación de los ciudadanos en *Hippéis* («Caballeros»), *Zeugítai* («los de una yunta») y *Thetes*; los primeros eran quienes prestaban servicio en la caballería, los segundos quienes componían la infantería y los últimos, los que se integraban en la flota o en el ejército para realizar tareas auxiliares, entendiéndose que cada uno debía aportar a sus propias expensas el armamento, y, en su caso, el caballo, con el que fuera a combatir. Conforme a la reforma soloniana, los atenienses quedaban organizados en cuatro clases, denominadas igual que antes las tres últimas, y *Pentakosiomédimnoi*, la primera. En la *Ath. Pol.* (7.3-4) se especifica que pagaban el tributo de la primera clase los que obtenían de la tierra propia una renta mínima de quinientos medimnos entre áridos y líquidos; de la segunda, los que sacaban trescientos; de la tercera, los de doscientos; y de la cuarta, los demás.

La referencia al tributo ha parecido anacrónica, porque es muy improbable que en esa época hubiera impuestos directos, pero no plantea mayores problemas. En cambio, sobre la estimación de las rentas sí existe una controversia de implicaciones importantes. Sabemos que en esa coyuntura había ciudadanos como el propio Solón que tenían rentas comparativamente elevadas procedentes del comercio y/o de la producción artesanal, pero no de la tierra; y parece absurdo que hubieran quedado postergados en el disfrute de los derechos políticos y eximidos de unas prestaciones militares que interesaban a la comunidad. La cuestión está en saber cómo se integraban en las nuevas clases solonianas, definidas como están en función de las rentas agrícolas. Para algunos autores esos ciudadanos habrían sido muy pocos y por ello no estarían contemplados en la reforma; otros suponen que los beneficios obtenidos por tales vías se invertían en la compra de tierras; y otros, en fin, entienden que en las clases de Solón podían integrarse los que contaran con fuentes de recursos diferentes de la tierra, a partir de una adecuación de sus rentas a las otras.

La tercera posibilidad es la más verosímil, ya que la estimación en medimnos puede estar, en cualquier caso, determinada por la falta de uso en ese momento de la moneda; hay que tener en cuenta que en ella no se contabiliza la riqueza pecuaria, que era un componente importante de las rentas de los propietarios de tierras; por otro lado, la puntualización de que los medimnos incluían la producción de áridos y líquidos puede muy bien ser una deducción lógica del autor de la *Ath. Pol.*, o de su fuente, condicionada por la idea de que se hacía referencia

a los productos obtenidos. Lo más probable, insistimos, es que los medimnos funcionen aquí como sistema de valoración al que pudiera adecuarse todo tipo de riqueza, y que las clases solonianas no tuvieran otro criterio restrictivo que la capacidad económica, fuera cual fuera su origen.

De acuerdo con las fuentes, los *Thetes* sólo tenían derecho, en el mejor de los casos, a formar parte de la Asamblea; las magistraturas menores correspondían a los *Zeugítai* y las mayores a las dos primeras clases. Lo que se ha discutido, porque la evidencia no es decididamente clara, es si el arcontado estaba abierto a la segunda clase en la constitución de Solón. En el siglo IV a.C. parece que no había certeza sobre la cuestión y que se tendía a pensar que sólo los *Pentakosiomédimnoi* habían sido elegibles. Sin embargo también se ha venido a demostrar que las disposiciones de Solón sobre la elección de los arcontes permanecieron sin cambios hasta mediados del siglo V a.C., en que se abrió a los *Zeugítai* el acceso a esa magistratura; es posible, por tanto, que fueran sólo los *tamíai*, los tesoreros, los que requirieran la cualificación de la primera clase, como garantía frente a su importante disposición de los bienes públicos. Era, en todo caso, ésa una magistratura prestigiosa, adecuada, al margen de las razones económicas, a la élite de los ciudadanos. Ahora bien: si, en efecto, el arcontado quedaba abierto a la segunda clase, ello implicaría que con una renta comparativamente baja se podía acceder a la magistratura más importante, que era también la que daba entrada al Areópago. Atribuye a Solón la *Ath. Pol.* la introducción del procedimiento de la *klérosis ek prokríton* –sorteo entre cuarenta candidatos elegidos por las tribus a razón de diez por cada una de ellas– para la selección de las magistraturas principales, pero no existe garantía alguna sobre la autenticidad de esa noticia. La mayoría de los historiadores entienden que tal innovación es posterior.

Sobre los dos órganos políticos más importantes de la constitución ateniense, el consejo y la asamblea, apenas sabemos en qué medida se vieron afectados por las reformas de Solón. La *Ath. Pol.* atribuye al legislador la creación de un consejo de Cuatrocientos miembros, al que otorga las mismas funciones que tendría más tarde el consejo de los Quinientos –la *Boulé*– creado por Clístenes, pero toda una serie de razones fundamentan entre los historiadores modernos la convicción de que esa noticia es espúrea, creada por la propaganda oligárquica del s. IV a.C., que habría querido encontrar en la constitución ancestral un precedente del consejo por el que entonces pretendían sustituir al existente. Lo más probable es que Solón haya conservado el Areópago como único consejo, aunque tal vez se fijaran por escrito sus competencias. Hasta las reformas de Efialtes el Areópago tenía, según parece, capacidad para decidir sobre las acusaciones de conductas ilegales de los magistrados, recibía de los arcontes el juramento de obedecer las leyes y entendía sobre los delitos de conspiración contra las instituciones del Estado, todo lo cual justifica el carácter de «guardián de las leyes» que le atribuyen los autores antiguos. Además, con anterioridad al siglo V a.C. llevaba los asuntos patrimoniales de los templos oficiales y juzgaba los delitos de impiedad, así como los casos de homicidio intencional.

La composición de la Asamblea y sus atribuciones en la época de Solón son cuestiones inciertas. La *Ath. Pol.* atribuye al legislador el haber incluido en ella a todos los *Thetes* así como la capacidad de éstos de formar parte de los tribunales de justicia; sin embargo, los *dikastéria* parecen de creación posterior, y, por otro

lado, se duda de que quienes no tuvieran recursos para cooperar en la defensa de la comunidad hubieran tenido la misma capacidad decisoria en la asamblea que los demás. Falta de suyo documentación para establecer este punto.

11. EL COMERCIO Y LA MONEDA

Es bastante probable que fuera Solón quien introdujera la moneda en Atenas, puesto que las primeras acuñaciones áticas parecen fechables en el 570 a.C., al margen de que pudieran haberse utilizado allí monedas de Egina con anterioridad para las transacciones exteriores. El caso es que Solón impuso el patrón euboico, especie de puente entre el minorasiático y el egineta, que había sido creado por Samos y Corinto. Se supone que tal decisión estaba destinada a facilitar el comercio con el área económica de Corinto. Las unidades adoptadas eran más grandes, y, en el caso de las monedas, parece que tenían un valor superior a su peso real, lo que las convertiría en cierto modo en monedas fiduciarias; la reducción de la cantidad de plata, que se estima en un 20%, habría tenido como finalidad el cubrir los gastos de la acuñación.

De acuerdo con el testimonio de Plutarco, Solón habría establecido unas equivalencias fijas entre la nueva moneda y el medimno (medida de productos agrícolas sólidos y líquidos), la oveja y el buey, de modo que un dracma valdría lo mismo que un medimno o una oveja, en tanto que un buey valdría cinco dracmas. De ese modo, la moneda podía introducirse como forma de pago en los circuitos comerciales en los que la forma tradicional de valoración eran cabezas de ganado o bien unidades de productos agrarios. No sabemos hasta qué punto la introducción de la moneda estuvo dirigida en Atenas solamente a facilitar el comercio exterior y en qué medida se pretendía con ella potenciar el interior. Lo que sí parece claro, dado que el estado tenía minas de plata propias, es que ese recurso permitía insuflar un tanto de riqueza a la economía, porque la moneda daba más juego en el mercado que la plata en su calidad de forma de pago.

El déficit de grano debía de hacerse sentir con cierta crudeza en la Atenas de Solón, ya que el legislador parece haber prohibido su exportación, autorizada, sin embargo, en el caso del aceite. La medida no perjudicaba demasiado a los más ricos, cuyas haciendas producían aceite, y, sin embargo, garantizaba el necesario suministro de grano a la ciudad, evitando las especulaciones. La multa establecida para quien incumpliera la prohibición era de cien dracmas, es decir, la mitad de la renta anual de un *zeugítes*. Al mismo tiempo, los armadores atenienses tenían prohibido en sus viajes de regreso hacer transportes de cereales para cualquier otro sitio que no fuese el Ática, lo que venía a equivaler a una obligación indirecta de importarlo. Por otra parte, el hecho de encauzar las exportaciones hacia el aceite, que tenía una demanda exterior asegurada, estimuló sin duda la plantación de olivos, garantizando, por consiguiente, una potencialidad exportadora capaz de ir cubriendo la demanda siempre creciente del grano que debía venir del exterior. A lo que hay que añadir que el aceite mantenía una industria cerámica destinada a producir los envases, así como una industria cosmética derivada, que necesitaba asimismo de la cerámica. Esa especie de dirigismo económico que se aprecia en la política de Solón parece, por tanto, muy acertado e inspirado por una visión de futuro bastante certera.

12. LA ASCENSIÓN DE PISÍSTRATO AL PODER

No cabe duda de que las diversas medidas que Solón consiguió sacar adelante fueron incapaces de resolver los conflictos planteados; debieron de frenar hasta cierto punto la presión que ejercía el *demos*, pero también fomentaron nuevas tensiones, en la medida en que no podían dar satisfacción a todas las demandas, y creaban, además, una desazón entre quienes debían asumir las costas de esas medidas. El testimonio del propio legislador a través de sus versos sugiere que se llegó a un punto crítico, en el que unos lo instaban a que se convirtiera en tirano, para así poder proseguir las reformas, mientras otros trataban de obligarle a dar marcha atrás. Parece ser que llegó a establecer un compromiso por el que se expatriaba voluntariamente durante un período de diez años a cambio de que sus leyes no fueran derogadas.

Abrióse entonces una tregua política, a lo largo de la cual coinciden Heródoto y la *Atehn. Polit.* en señalar que se formaron tres facciones: la de los *Pedieis* («los de la llanura»), comandados por Licurgo, que pretendían reconducir las instituciones hacia el orden tradicional; la de los *Páraloi* («los de la costa»), dirigidos por el Alcmeónida Megacles, defensores de la permanencia de las leyes solonianas; y la de los llamados alternativamente *Hyperákrioi*, *Diákrioi* o *Epákrioi* («los de las alturas», o bien «los de más allá de las alturas»), seguidores de Pisístrato y propugnadores de nuevas reformas. Heródoto puntualiza que esta última se había constituido cuando ya existían las otras dos, de donde podría deducirse que naciera por segregación, bajo un líder, de un grupo de los *Páraloi*. No hay razones para pensar que detrás de esas facciones hubiera otros tantos programas políticos alternativos, basados en una estructuración de la sociedad en tres niveles o clases de intereses económicos definidos y discordantes, sino más bien una orientación de las fuerzas hacia tres líderes, cuyas adhesiones se basaban en gran medida en vinculaciones de tipo personal y que pretendían alcanzar el poder por el camino de dar una mayor satisfacción a quienes eventualmente los seguían. Ello se intuye no sólo por el grado de desarrollo tan limitado que había alcanzado por entonces el pensamiento político, sino también por las dificultades que manifiesta el autor de la *Athen. Polit.* a la hora de glosar el contenido de las facciones. Dice, por un lado, que el nombre de las mismas correspondía a los lugares donde respectivamente cultivaban los campos, lo que implica una composición localista, dependiente más de las vinculaciones de tipo personal que de las condiciones de vida; e identifica, por otro, a los pobres con quienes se habrían arruinado a consecuencia de la cancelación de las deudas llevada a cabo por Solón, afirmación ésa muy discutida, porque produce perplejidad y resulta enigmática.

A partir de esa información tan precaria, los historiadores modernos han hecho toda suerte de especulaciones para definir las facciones. Se ha pretendido, por ejemplo, identificar a los *Páraloi* con los comerciantes y artesanos, entendiendo que los *Pedieis* eran los terratenientes, y los *Hyperákrioi*, los desheredados, pero es muy improbable que en esos momentos el sector artesano-comercial hubiera cobrado una importancia tal como para constituir de suyo una facción, además de que no parece haber tenido su implantación precisamente en las costas sino más bien en Atenas y el Pireo; y también se muestra anacrónica la posibilidad de que los «desheredados» hayan podido constituir en ese momento una facción capaz de llevar a alguien al poder.

Otra alternativa de interpretación ha sido la de suponer que las facciones representan sendas tendencias regionalistas, que en el contexto de la *stasis* social y económica habrían desarrollado unas actitudes contrarias a la unificación, relativamente reciente, del Ática; según esa teoría, los nombres de las facciones corresponderían a los de los lugares de origen de sus respectivos líderes. Ello podría ajustarse, en efecto, a los *Pedieis*, puesto que la gran llanura central del Ática era el lugar de implantación de la aristocracia tradicional, pero los otros dos nombres se resisten a tal interpretación: no sólo no tenemos la menor constancia de que las tierras de los Alcmeónidas estuvieran en zonas costeras sino que, de acuerdo con Tucídides, la Paralía incluía el área de Braurón, que era el lugar de origen de los Pisistrátidas, los cuales tampoco tenían, que sepamos, vinculaciones locales con el área del Himeto o de más allá de él, es decir con los *Hyperákrioi*. Y a estas dificultades se suma el hecho de que faltan indicios sobre tendencias contrarias a la unidad del Ática por parte de las facciones: de hecho, la que se hizo con el poder, que es una de las que podrían haberse manifestado con más fuerza en ese sentido, la de Pisístrato, desarrolló una política tedente a fomentar la unidad del Ática.

Lo más verosímil quizá es que la oposición inicial estuviera orientada en dos facciones, la conservadora de los *Pedieis* y la reformista de los *Páraloi*, cuando Pisístrato intentó por vez primera alcanzar el poder, ya que, según se cuenta, tomó la acrópolis con una guardia personal que le había concedido el pueblo ante sus alegaciones de haber sido herido por sus enemigos. Cabe suponer que tales enemigos fueran los *Pedieis*, y que Pisístrato tuviera poco menos que el liderazgo de la facción contraria, aprovechando la popularidad conseguida, al parecer, por haber realizado con éxito la guerra contra Mégara en calidad de arconte polemarco. El haber recibido esa guardia y su resistencia en el poder durante cinco o seis años sin recurso a la fuerza sugiere, en efecto, que contaba con un apoyo popular fuerte; sólo el rechazo que presentaban frente a la tiranía algunos sectores dentro de la línea renovadora debió de ir minando sus posiciones hasta un punto en que Megacles, el Alcmeónida, consiguió poner en su contra a una facción, la cual, unida a la de los *Pedieis* de Licurgo, logró derrocar a Pisístrato. A lo que sabemos, no hubo violencia, pero el tirano tampoco fue desterrado; se retiró a sus reales de Braurón en espera de una nueva oportunidad. En ese momento ya cobra más sentido el esquema de las tres facciones que presentan las fuentes como preludio de la tiranía de Pisístrato. En cualquier caso, la polarización de las fuerzas en tres bloques no pudo ser superada por Megacles, quien fue incapaz de aprovechar la ausencia de Pisístrato para convertirse en líder de las fuerzas enfrentadas a los *Pedieis*. Debió de intentarlo, pues se dice que entró de nuevo en discordia con Licurgo, pero el desenlace del asunto, tal y como se presenta en la tradición, indica que tuvo que renunciar incluso a sus propias posiciones: envió un mensajero a Pisístrato con la oferta de entregarle el poder del estado si desposaba a su hija, es decir, que le propuso una alianza por la que le ponía en las manos sus propias fuerzas. Es de suponer que, si Megacles hizo eso, fue porque, al menos a corto plazo, no tenía otra salida, lo que implica que en su retiro Pisístrato seguía siendo muy popular. Y ello se hace patente en el momento de su segunda salida del poder, por una acusación formal de tiranía, que le valió el destierro y la confiscación de los bienes: puntualiza Heródoto que Calias, uno de los *Pedieis*, fue el único que se atrevió a comprar las propiedades confiscadas.

Aunque los detalles no están muy claros, la condena de Pisístrato se vincula a una disensión con Megacles, quien se alió de nuevo con Licurgo, gracias a lo cual, verosímilmente, la Asamblea emitió el voto desfavorable a Pisístrato. Pero otra vez fue incapaz Megacles de capitalizar esa victoria; tanto es así que los Alcmeónidas fueron desterrados, y, cuando Pisístrato volvió a regresar por propia iniciativa, haciéndose definitivamente con el poder, ya no tuvo una oposición eficaz. Había pasado el exilio en Tracia, acumulando riquezas procedentes de las minas de plata y de los ricos recursos madereros de la región; riquezas que, sumadas al apoyo económico de efectivos militares aportado por ciudades griegas afines a su causa, le permitieron desembarcar en Maratón en el 546 a.C., y, tras haber ganado muchos adeptos por esa área del Ática, derrotar en Palene a las fuerzas atenienses que le salieron al encuentro, para ocupar en seguida la Acrópolis. Ordenó a los vencidos que regresara cada uno a sus propiedades, tomó rehenes entre los hijos de las familias importantes e inició una larga etapa de gobierno firme, que habría de durar hasta su muerte en el 528 a.C. e incluso alcanzar una continuidad en las personas de sus hijos, los Pisistrátidas.

13. EL GOBIERNO DE PISÍSTRATO

Durante el mandato de Pisístrato siguieron funcionando las magistraturas y demás órganos constitucionales, no siendo las leyes del Estado derogadas. Esa es la impresión que nos transmiten Heródoto, Tucídides y la *Athen. Polit.*, añadiendo que Pisístrato se aseguraba de que las magistraturas fueran desempeñadas por sus partidarios. Está claro que, aunque fuera en parte de modo indirecto, ejercía el monopolio del poder político, pero estamos pocos informados sobre las claves que manejaba y cómo lo hacía. No desempeñaba ningún puesto ni cargo definido, de modo que formalmente era un ciudadano cualquiera; el calificativo de tirano se le aplica por haber ejercido *de facto* un poder que eclipsaba, por así decirlo, los poderes públicos legítimos, y por haber respaldado su posición a través del control de los elementos armados. No obstante, parece más que probable que Pisístrato tuviera el voto favorable de la Asamblea prácticamente asegurado y que se haya servido, en efecto, de él. Se ha supuesto, por ello, que fuera en ese momento cuando todos los *Thetes* se integraron en la *Ekklesia* e incluso que se ampliara el número de los ciudadanos otorgando el status a extranjeros residentes en el Ática.

Pero es en el terreno económico donde aparece más brillante la política de Pisístrato. Es prácticamente seguro que dotó de tierras a algunos ciudadanos sin recursos; tal vez dispusiera al efecto de las confiscadas a los exiliados, o bien de tierras hasta entonces públicas, además de aprovechar las posibilidades que le brindaba la recuperación de la antigua colonia de Sigeo, así como la ocupación del Quersoneso tracio. Parece también que hizo préstamos a los pobres para que salieran adelante con el cultivo de sus tierras, una vía que había quedado dificultada con la legislación de Solón sobre las garantías. La creación de un impuesto del diez o del cinco por ciento sobre la producción agrícola pudo financiar esas ayudas, al tiempo que proveía al tirano de unos recursos capaces de reforzar su posición. Existen indicios de que Pisístrato hubiera concedido inmunidad fiscal a las tierras de más bajo rendimiento, aunque no se puede afirmar taxativamente,

pero, en cualquier caso, el impuesto tenía un carácter popular, en la medida en que incidía sobre los contribuyentes en proporción a sus recursos.

La *Ath. Pol.* atribuye a Pisístrato la creación de unos jueces que administraban la justicia por demos en forma itinerante, indicando que su finalidad era la de evitar que los agricultores descuidaran sus trabajos al verse obligados a acudir a tales fines a la ciudad. Parece esto último, sin embargo, una extrapolación del autor, y se ha sospechado que la medida estuviera destinada en realidad a restar poder a los señores locales, que eran los que presumiblemente seguían dirimiendo la inmensa mayoría de las diferencias surgidas entre los campesinos.

Un aspecto relevante de la política de Pisístrato contemplada desde el punto de vista económico es el de la importancia prestada a las relaciones con el exterior, a través de las cuales la tiranía potencia el desarrollo comercial y, por ende, el artesanal. El control del Helesponto y las conexiones con Naxos, Samos y Eubea que se reflejan en las fuentes, así como la abundancia de cerámica ática hallada en la costa del Mar Negro, ponen de relieve esa tendencia. Las posiciones atenienses en el área de los Estrechos no resultaron fáciles de consolidar, pero el interés que ofrecían justificaba al parecer todos los esfuerzos. Sabemos que Mitilene, la importante ciudad de la isla de Lesbos, hostilizó durante largo tiempo Sigeo, donde Pisístrato después de conquistarla, había instalado a su hijo Hegesistrato. El asunto se decidió finalmente a favor de Atenas cuando las partes decidieron someterlo al arbitraje del tirano corintio Periandro. En cuanto al Quersoneso, a pesar de que el establecimiento de Milcíades con un grupo de voluntarios había sido sancionado favorablemente por el oráculo de Delfos y contó con cierto apoyo en el medio indígena, debió afrontar la belicosidad de Lámpsaco, ciudad situada en la otra orilla del Helesponto. Tras el asesinato de Esteságoras, sobrino y sucesor de Milcíades en el gobierno del territorio, los Pisistrátidas enviaron allí a un hermano de éste, llamado también Milcíades, que se vio asistido por quinientos mercenarios. Finalmente, Hipias estableció una alianza con Hipoclo de Lámpsaco, lo que venía a consolidar la presencia ateniense en la zona y su control sobre el Helesponto.

Las relaciones con Naxos y Samos estaban basadas en lazos personales de amistad y colaboración entre los tiranos. Cuando Pisístrato se dirigió en armas contra Atenas para tomar el poder, el naxio Ligdamis, con sus propios hombres, formaba parte de las fuerzas del tirano; lo que explica que más tarde fuera Pisístrato quien ayudara a Ligdamis a convertirse en tirano de Naxos. Después ayudó a su vez a Polícrates a alcanzar la misma condición en Samos. Y también con Argos había establecido Pisístrato una relación similar: había desposado a una mujer argiva y recibió de allí mil hombres que lucharon a su lado en la batalla de Palene. La alianza con Tesalia y con Tebas acababa de reforzar la posición del tirano.

No hay duda de que Pisístrato contribuyó al engrandecimiento de Atenas, porque eso aflora con claridad a las fuentes. Paradójicamente su férreo control de la situación en el orden interno debió de contribuir no poco a la consolidación de las reformas de Solón, facilitando de ese modo el camino hacia la democracia. Y también hay que atribuir a la tiranía un estímulo importante de las artes y de las letras. Poetas famosos fueron recibidos en la corte de los Pisistrátidas, y a Pisístrato corresponde el haber desarrollado las fiestas Panateneas hasta el punto

de convertirlas en una celebración magna y fastuosa. Por entonces se introdujeron en ellas las competiciones de rapsodas que recitaban los *Poemas Homéricos*.

14. EL FIN DE LA TIRANÍA Y EL LIDERAZGO DE CLÍSTENES

A la muerte de Pisístrato ejercieron conjuntamente la tiranía sus hijos Hipias e Hiparco, hasta que este último fue asesinado en el 514 a.C. por Harmodio y Aristogitón. Parece Hipias haber proseguido el gobierno de su padre en las líneas generales, aunque ha adquirido un perfil sanguinario, debido muy posiblemente a la represión ejercida contra los implicados en la conjura que acabó con la vida de su hermano. La tradición muestra de un modo confuso ese episodio, en el que deben de haber intervenido de algún modo los Alcmeónidas, puesto que por entonces fueron de nuevo desterrados. Intentaron seguidamente derrocar al tirano, sin conseguirlo; parece que habían reunido a bastantes partidarios y fortificado un lugar cerca de la frontera, en Leipsidrio, pero el movimiento fue reprimido. Una canción de bebedores felizmente conservada lamenta la muerte en aquel lugar de miembros de la aristocracia que hicieron entonces honor al nombre de Eupátridas («Bien-nacidos»); circulaba entre los jóvenes nobles que, en la subsiguiente etapa democrática, se jactaban de haberse opuesto, ellos o sus antepasados, tenazmente a la tiranía. Esa era la baza política que jugaban los Alcmeónidas y que les sirvió para superar el estigma familiar derivado de la antigua condena de la matanza de Cilón y los suyos. Por las mismas razones, los llamados Tiranicidas, que, según parece, habían dado muerte a Hiparco por motivos personales, fueron exaltados a la categoría de héroes nacionales.

Pero el caso es que la oposición a Hipias sólo logró su objetivo con la ayuda militar de Esparta y con el apoyo del oráculo de Delfos, que, al decir de Heródoto, había sido sobornado por los Alcmeónidas. A pesar del auxilio que le prestaron los tesalios, Hipias no pudo resistir la presión del ejército lacedemonio, comandado por el propio rey Cleómenes, y, cuando éste puso sitio a la acrópolis, el tirano se exilió a Sigeo, que era una especie de dominio de los Pisistrátidas.

Tras la marcha de Hipias en el 510, se reanudó la lucha política en unos términos que aparecen poco claros en el relato de Heródoto y en la referencias complementarias de otras fuentes. Ahora las facciones son dos, aunque no se nos dice su composición; sus respectivos líderes, Clístenes e Iságoras, pertenecen a familias nobles, lo que era de esperar en esta época en que la promoción política depende del control sobre grupos sociales. El linaje de Clístenes es bien conocido, así como la tendencia de esa familia a desmarcarse de la aristocracia más tradicional, pero también a vincularse a ella en la oposición a la tiranía; sobre el de Iságoras, que Heródoto desconoce, se ha supuesto que procediera de Brauron, o bien de Icaria, cerca de Maratón –dos áreas en todo caso tradicionalmente afectas a Pisístrato. Las alusiones de Heródoto al *demos*, que habría que interpretar como la masa de votantes en la Asamblea, sí nos ayudan a aclarar algo las cosas, aunque no del todo, ya que es preciso mantener un tanto de reserva sobre la propia visión de Heródoto, quizás no demasiado bien informado. Alude el historiador a una primera rivalidad entre los que ya eran los dos líderes, que se habría saldado con la derrota de Clístenes; esa fase debería ponerse en relación con el arcontado epónimo desempeñado por Iságoras durante los dos años sub-

siguientes a la liquidación de la Tiranía. Y también dice Heródoto que Clístenes tenía inicialmente al pueblo apartado de su facción, de modo que, en principio, habría que ver en Iságoras algo así como el heredero político de Pisístrato, al margen de que hubiera cooperado en la expulsión de Hipias; Clístenes aglutinaba por entonces en su bando posiblemente a los *Pedieis*. La penuria de referencias cronológicas en relación con los hechos y las reformas no permite hilar muy fino a la hora de reconstruir la ascensión de Clístenes a un plano político en el que, como dice Heródoto, ya no tenía rivales; como tampoco juzgar hasta qué punto fue la torpeza de Iságoras y hasta qué otro la habilidad de Clístenes lo que decidió la partida a favor de este último. Si Heródoto nos informa correctamente, hay que entender que Clístenes dio un viraje a su facción, propugnando unas medidas que atrajeron al pueblo hasta ella. Como a reglón seguido menciona el historiador la reforma tribal y el reforzamiento de la posición de Clístenes cuando la hubo sacado adelante, parece que, en efecto, fuera ésa la primera de sus innovaciones constitucionales. En suma, Clístenes invadió el espacio político de su rival, tal vez a costa de perder adhesiones en el grupo más conservador, aunque también es posible que convenciera a muchos de sus partidarios de que era ésa la política más eficaz.

Siempre según Heródoto, la derrota de Iságoras en la lucha por el liderazgo movió a éste a urdir una intriga con el rey espartano Cleómenes, que se había alojado en su casa cuando acudiera a Atenas para forzar el exilio de Hipias. Deseoso de incluir el Estado ateniense en la órbita lacedemonia, lo que podría lograr ayudando a Iságoras a establecerse en el poder, empezó por pedir solemnemente la expulsión de los «sacrílegos», que eran los Alcemónidas. Ello movió a Clístenes a escapar de la ciudad en secreto, circunstancia que fue aprovechada por Cleómenes para acudir a Atenas con su tropa, expulsar a setecientas familias señaladas por Iságoras, intentar disolver el Consejo y nombrar para las magistraturas a trescientos partidarios de su amigo. Todo ello equivalía a reinstaurar la tiranía, a lo que el Consejo se habría resistido. Entonces Cleómenes e Iságoras tomaron por la fuerza la acrópolis, pero en realidad cayeron en su propia trampa, pues los atenienses hicieron causa común con el Consejo y pusieron sitio a la acrópolis. Al cabo de dos días se llegó al acuerdo de que Cleómenes depondría su actitud, a cambio de un salvoconducto para él y los suyos.

Imediatamente regresaron los exiliados, y Clístenes, de nuevo dueño de la situación, tuvo ante sí la difícil papeleta de impedir la vuelta de la tiranía, muy posible, si se empleaba en ello la Liga Peloponesia. Llegó al extremo de enviar una embajada a Persia para recabar la cobertura de Darío; y los embajadores aceptaron los términos en que se la ofrecía el rey, que era la sumisión de Atenas por el rito de la tierra y el agua. A pesar de todo, Cleómenes movilizó las tropas de la Liga, disponiéndose a invadir el Ática por el oeste con el ejército peloponesio, tras haber gestionado el ataque conjunto de los beocios por el norte y de los calcidios de Eubea por el noreste. La retirada de los corintios cuando ya habían cruzado el Istmo y la defección del otro rey espartano, Damárato, obligó, sin embargo, a Cleómenes a volverse atrás, y entonces los atenienses se libraron con facilidad de beocios y calcidios. Por último, Cleómenes consiguió reunir la famosa asamblea que se suele fechar en el 505, en la que propuso a la Liga restablecer a Hipias en Atenas por la fuerza; allí los corintios se mostraron contrarios a la moción y arrastraron con su voto a otros miembros, de modo que Cleómenes hubo de

desistir, esta vez definitivamente, de la empresa. Libre ya de Iságoras y de Hipias, y confortado por el dictamen délfico favorable a la libertad de Atenas, Clístenes se vio seguro en el poder y pudo completar su tarea política.

15. LAS REFORMAS DE CLÍSTENES

El primer punto de las reformas promovidas por Clístenes parece haber sido, según se dijo más arriba, la reforma tribal. No se trata en rigor de una sustitución de las viejas tribus, que siguieron existiendo y conservaron sus actividades religiosas, sino de la creación de otras nuevas, a las que se transferían, aparentemente, algunas de las funciones de las antiguas, al tiempo que se les conferían algunas otras de reciente creación. Desde ese momento los atenienses siguieron perteneciendo a la tribu antigua que les correspondía por sus ascendientes, pero, a efectos de su potencial designación como miembros de la Boulé o como magistrados, y a efectos de reclutamiento y distribución en regimientos, estaban incluidos en aquella de las nuevas diez tribus que englobara el demo donde residieron sus antepasados en el momento de la reforma.

Eran los demos unidades de población rural de muy variada extensión, que reflejaban el desarrollo natural del poblamiento. Por iniciativa de Clístenes recibieron unas funciones administrativas a las que nos referiremos después, y, además, por exigencia sin duda de la reforma de las tribus, se crearon algunos nuevos, al dividirse también en demos el área urbana de Atenas y su entorno rural inmediato. Así, los demos, que alcanzaban el número aproximado de ciento cuarenta, fueron agrupados en tres grandes regiones: la ciudad *(Asty)*, la costa *(Paralía)* y el interior *(Mesógeios)*. A su vez, cada una de esas regiones fue dividida en diez partes, denominadas *trittyes*, las cuales englobaban uno o varios demos completos, según su extensión o quizá su volumen de población. Una *trittys* del *Asty*, sumada a una de la *Paralía* y a una del *Mesógeios*, pasaron a formar con carácter definitivo cada una de las nuevas diez tribus.

Al igual que las tribus tradicionales, las nuevas tuvieron sus repectivos héroes epónimos, de donde pasaron a denominarse: Erecteide, Egeide, Pandiónide, Leóntide, Acamántide, Eneíde, Cecrópide, Hipotoóntide, Ayántide y Antióquide. Todos eran héroes integrados en leyendas locales, con la única excepción de Ayante, y fueron señalados por el oráculo de Delfos, a partir de una lista de cien héroes áticos propuestos, lo que implicaba que la nueva organización tribal no sólo tenía la legitimidad que le otorgaba el propio estado sino también la sanción religiosa de la máxima autoridad panhelénica, la única en realidad que existía por entonces, el oráculo délfico, donde se manifestaba la voz de Apolo.

No hay duda de que la reforma de las tribus y las otras innovaciones constitucionales de Clístenes sentaron las bases de la democracia griega, y una prueba clara de ello es que se mantuvieron vigentes en las etapas en que el sistema llegó a ser más radical. Sin embargo, la realidad es que no sabemos con qué criterio se hizo la distribución de los demos en las *trittyes*, y, a su vez, de éstas en las tribus, ni hasta qué punto existieron unos objetivos inmediatos en la reforma nacidos de intereses y motivaciones personales. Leemos en la *Athen. Polit.* que la finalidad de las nuevas tribus fue la de «mezclar a los ciudadanos para que

pudiera participar de la *politeia* un número mayor», pero tal vez sea ésa una deducción del autor, y, además, el término *politeia* resulta aquí ambiguo, en la medida en que puede significar «colectivo de ciudadanos», es decir, derecho de ciudadanía, o bien «conjunto de las instituciones del Estado», es decir, gobierno del Estado.

Hay una tendencia generalizada de los historiadores modernos en el sentido de presuponer que Clístenes diseñó una estructura favorable a sus propios intereses, a su rivalidad con Iságoras, a la sazón todavía peligroso, si la supuesta datación de la reforma es correcta. Tal intencionalidad es teóricamente verosímil, pero debió de subordinarse en todo caso a la popularidad de la propuesta, que tuvo que ser votada favorablemente por la *Ekklesia*. Si Clístenes se ganó la adhesión de la masa de votantes, tiene que ser porque les ofrecía unas ventajas; lo difícil es precisar con exactitud cuáles fueron. La división de las tribus en *trittyes* constituye simplemente un factor de continuidad con respecto a las tribus antiguas; algunas habrían de ser en las primitivas tribus las funciones de tal unidad divisoria, por más que las desconozcamos, y es probable que fueran heredadas por las nuevas. En cuanto a la división del *Asty*, también podría perpetuar una estructura tribal en el ámbito de la ciudad, que es bastante verosímil que existiera, aunque no podemos asegurarlo porque no sabemos cómo se distribuían las tribus antiguas; por otra parte, la implantación parcial de las tribus en la ciudad a través de su *trittys* del *Asty* tenía la ventaja de que todas ellas (con una posible excepción, la Hipotoóntide, con sede en Eleusis) podían tener su centro en Atenas, algo muy conveniente, por cuanto que sus listas eran la base para la nominación de los magistrados y para el reclutamiento militar. Y tampoco está nada claro que el hecho de residir en el *Asty* un tercio de cada tribu –y estar así de mezclado el conjunto de ciudadanos que tenía más facilidad para acudir a las reuniones de la *Ekklesia* y la *Boulé*– fuera favorable a los Alcmeónidas, quienes en el siglo V están documentados como miembros de tres demos urbanos pertenecientes a tres tribus diferentes; de hecho era ésa una dispersión de votos no demasiado conveniente para asegurarse un arcontado, ya que los nueve arcontes y el secretario se elegían a razón de uno por cada tribu. Mas probable parece que la presencia de todas las tribus en el área de Atenas haya sido una exigencia de conjunto destinada a lograr un modelo de geografía electoral un tanto equilibrado.

Algo importante que no sabemos es hasta qué punto la distribución de las nuevas tribus intentó adecuarse en lo posible a la de las antiguas, o, si, por el contrario, se evitaba esa coincidencia. Conocemos, eso sí, de forma bastante aproximada la localización de las nuevas *trittyes*, y ello ha permitido cuestionar la afirmación de la *Ath. Pol.* en el sentido de que las *trittyes* se combinaron por sorteo: detalles como el de que cuatro de las diez tribus tengan contiguas sus respectivas *trittyes* costera e interior parecen excluir esa posibilidad. Además, en algunos casos se ha podido apreciar que los límites de las *trittyes* dividían áreas de cultos locales, que muy posiblemente eran otras tantas unidades de dependencia social, con presumibles consecuencias en el resultado de las votaciones. Por tanto, aunque nada se puede asegurar, no parece descabellado pensar que el sistema pretendiera desvirtuar los efectos de la coacción del voto ejercida por la aristocracia sobre sus elementos dependientes. Por otra parte, la adecuación numérica del cuerpo de los arcontes a las tribus facilitaba posiblemente un acceso más generalizado a las más altas magistraturas.

Decíamos que los demos fueron potenciados, convirtiéndose en verdaderas unidades administrativas. Cada uno de ellos tenía un *demárchos*, magistrado presidente de mandato anual, que elegían los varones adultos del demos, reunidos en asamblea. Había en el demo un registro con la relación de sus miembros, que implicaba el reconocimiento de éstos como ciudadanos. Al cumplir los dieciocho años los jóvenes se presentaban para su inclusión en el mismo, debiendo probar por medio de testigos su edad y ascendencia. Si eran rechazados, podían recurrir a su fratría, para que depusiera en su favor, ya que las fratrías conservaban sus primitivas atribuciones para habilitar a los nuevos ciudadanos, actuando así como un doble registro. Los nuevos lazos de cohesión creados por esta potenciación de los demos debieron de contribuir a debilitar, o al menos a neutralizar, los más antiguos, que derivaban de la estructura gentilicia. Además, se estableció la nominación personal de los ciudadanos por el nombre del demo, que, una vez fijada, se transmitía de padres a hijos con independencia de cuál fuera el lugar de residencia de los descendientes, constituyendo una especie de apellido, llamado a prevalecer sobre la nominación gentilicia a base del genitivo del nombre del padre.

Clístenes es también el creador del consejo ateniense conocido en general con el nombre de *Boulé*. La atribución de tal nombre por Heródoto al consejo que hizo resistencia a las presiones de Cleómenes e Iságoras ha planteado dificultades, porque parece seguro que la *Boulé*, fue creada después de ese incidente. Para resolver el problema se ha supuesto que en la época en que no había más consejo que el Areópago, llevaba éste el nombre de *Boulé*, y que fue al crearse el nuevo cuando hubo que hacer una distinción, llamándose ya siempre desde entonces Areópago a la *Boulé* que se reunía en el Areópago (la «Colina de Ares»).

Como ya se ha dicho, el Areópago era el consejo aristocrático tradicional, aunque su extracción social debió de ampliarse a consecuencia de las reformas de Solón, que abrían a más ciudadanos el acceso a la alta magistratura. A su vez, durante la tiranía debió de recibir a algunos de los partidarios de Pisístrato, después de sus respectivos arcontados. Pero, a pesar de las turbulencias políticas que se sucedieron en todos esos años, su actitud debe de haber sido en general moderada, aunque no demasiado abierta a las reformas. No era en realidad un órgano político activo sino un guardián de las leyes, en el aspecto constitucional como en el judicial, lo que explicaría su oposición a la violencia que pretendía hacer Cleómenes a la constitución.

Por todo ello la creación por parte de Clístenes del nuevo consejo no implicaba, al menos formalmente, una postergación del Areópago, que parece haber conservado en ese momento todas sus funciones, tal y como quedaron establecidas en las leyes de Solón.

Correspondía al nuevo consejo, a la *Boulé*, ejercer la *proboúleusis*, es decir el tratamiento previo de las cuestiones que habrían de someterse a la *Ekklesía*: la cual, de ese modo, sólo podría pronunciarse sobre propuestas transmitidas por la *Boulé*. Así se facilitaban los debates, y se evitaba el que se plantearan y aprobaran mociones contrarias a las leyes; y, sobre todo, se conocían con cierta antelación las cuestiones a tratar por la Asamblea, lo que evitaba las maniobras por sorpresa de movilización de los votantes.

Es verdad que la *proboúleusis* implicaba una restricción de la soberanía de la *Ekklesia*, y por eso tal vez no se pudo confiar tal función al Areópago, pues ello habría resultado involucionista. En cambio, la *Boulé* estaba compuesta por los mismos ciudadanos que integraban la Asamblea, a parte de que su relevo anual permitía que la condición de consejero fuera rotando entre los ciudadanos. El procedimiento del sorteo para su nominación era un elemento más a favor de su identificación cualitativa, ya que no cuantitativa, con la *Ekklesia*. Constituíase la *Boulé* o Consejo de los Quinientos con cincuenta miembros de cada tribu, que no podían ser reelegidos después de un año de mandato.

DOCUMENTOS

1. EL SINECISMO DEL ÁTICA

«En tiempos de Cécrope y de los primeros reyes hasta Teseo la población del Ática estaba distribuida en ciudades, que tenían sus pritaneos y sus magistrados, y que, a menos que se vieran amenazadas por algún peligro, no acudían a deliberar con el rey sino que cada una se gobernaba por sí misma y tomaba sus propias decisiones; incluso algunas de ellas hicieron alguna vez la guerra, como los eleusinos con Eumolpo contra Erecteo. Pero, cuando accedió al trono Teseo, que era inteligente y capaz, organizó el territorio en todos los aspectos y, habiendo disuelto los consejos y las magistraturas de las demás ciudades para reconducirlos hacia la que es ahora la ciudad, estableció un solo consejo y un pritaneo, operando el sinecismo de todas ellas. Y, aunque cada uno seguía administrando sus propios bienes como hasta entonces, los obligó a tener esta única ciudad, que, gracias a la contribución de todos, logró engrandecerse y así fue transmitida por Teseo a sus sucesores. Desde ese momento los atenienses vienen celebrando las Sinecias, la fiesta nacional en honor de la diosa (...).

Como durante mucho tiempo los atenienses habían habitado ciudades autónomas dispersas por todo el territorio, y después del sinecismo la mayor parte de ellos conservaron por inercia sus agrupaciones familiares y sus moradas de los campos justo hasta esta guerra (la Guerra del Peloponeso), no les resultó fácil el trasladarse, entre otras cosas porque acababan de recuperar su ritmo de vida después de las Guerras Médicas. Les dolía y llevaban muy mal el tener que dejar sus casas y los que habían sido sus santuarios familiares a lo largo de las generaciones, desde la primitiva forma de organización política; tenían que cambiar sus hábitos vitales y abandonar cada uno de ellos lo que para sí no era otra cosa que la propia ciudad.

(TUCÍDIDES 2.15-16)

2. LA CONSTITUCIÓN DEL ESTADO ARISTOCRÁTICO

«El orden de la primitiva constitución anterior a Dracón era como sigue. Las magistraturas se designaban en razón del linaje y de la riqueza. En un principio eran vitalicias, y después, por un período de diez años. Las más importantes y las primeras eran el rey, el polemarco y el arconte. De éstas la primera era el rey –porque era la ancestral–; en segundo lugar se estableció la polemarquía, a causa de que hubo algunos reyes blandos para la guerra (...); y la última fue la del arconte (...). Una prueba de que ésta es la más moderna es que el arconte no administra ninguna de las cosas tradicionales, tal y como lo hacen el rey y el polemarco, sino simplemente las que se han ido añadiendo (...). Los tesmotetas empezaron a ser elegidos muchos años después, cuando ya las magistraturas eran anuales, para que, poniendo por escrito las leyes, pudieran garantizar su cumplimiento en los juicios de las cuestiones dudosas.

«(Los arcontes) tenían plenos poderes y capacidad para dictar sentencia ellos mismos, no sólo para instruir los procesos, como ocurre ahora (...). El consejo de los areopagitas tenía la función de conservar las leyes y administraba la mayor parte de los asuntos de la ciudad y los más importantes, castigando y multando con plenos poderes a todos los que quebrantaban el orden establecido. El linaje y la riqueza determinaban la elección de los arcontes, de entre los cuales se elegía a los areopagitas; por ello es ésta la única magistratura que sigue siendo vitalicia».

(ARISTÓTELES, *Ath. Pol.* 3)

3. LA TIRANÍA DE CILÓN

«Cilón era un ateniense, otrora vencedor en los Juegos Olímpicos, de familia noble y poderoso. Había desposado a una hija de Teágenes, un megarense que por aquel tiempo ejercía la tiranía en Mégara. Habiendo consultado al oráculo de Delfos, le respondió el dios que tomara la acrópolis de los atenienses durante la fiesta mayor de Zeus. Y Cilón, tras haber recibido fuerzas de Teágenes y convencido a sus amigos, ocupó la acrópolis como tirano cuando comenzaron las Olímpicas del Peloponeso, considerándolas como la fiesta mayor de Zeus y la circunstancia en cierto modo apropiada a él, que era un vencedor olímpico. Si lo que se había querido decir era la fiesta mayor del Ática o de algún otro lugar, eso ya no lo discurrió Cilón ni lo aclaraba el oráculo (...), y, pensando que había comprendido correctamente, puso manos a la obra. Los atenienses, al enterarse, acudieron de todas partes desde los campos contra ellos y, apostándose allí, los sitiaron; pero, cuando pasó un tiempo, los más, cansados del asedio, se retiraron, encargando a los nueve arcontes que llevaran la vigilancia y todo el asunto con plenos poderes del modo que consideraran más adecuado (...).

«A Cilón y sus hombres, sitiados como estaban, les iba mal, porque carecían de alimentos y de agua. Cilón y su hermano consiguen, sin embargo, escapar, y los demás, como se encontraban agobiados y algunos incluso estaban a punto de morir de hambre, se postran en el altar de la acrópolis como suplicantes. Entonces, los atenienses que ejercían la vigilancia, como veían que iban a morir en el altar, los levantaron de allí y se los llevaron, con la promesa de que nada malo les harían, y luego los mataron.»

(TUCÍDIDES 1, 126.3-11)

4. LAS LEYES DE DRACÓN

Primer *axon*

Incluso si alguien da muerte a alguien sin intención de hacerlo (será desterrado). Los *basileis* pronunciarán el veredicto sobre el causante del homicio (...) y los *ephetai* lo emitirán. El perdón tendrá que ser concedido si existe padre, hermano o hijos), por todos ellos, o prevalecerá el que se oponga. (Y si no) existen tales parientes, será concedido por los demás hasta el grado de hijo de primo y primo, si tienen a bien concederlo todos, prevaleciendo el que se oponga. Y, si no existe ninguno de esos parientes, y el homicida actuó involuntariamente y los cincuenta y uno, los Efetas, estiman que actuó involuntariamente, entonces que lo admitan en el territorio diez miembros de su fratría, si quieren. Los cincuenta y uno elegirán a éstos entre los nobles. Y también los que hayan cometido homicidio con anterioridad quedarán incluidos en esta ley. Se hará una proclama en el *ágora* contra el homicida por sus parientes hasta el grado de hijo de primo y primo. Podrán participar en la acusación el primo, los hijos de los primos, el cuñado, el suegro y los miembros de la *fatría* (...) Si alguien mata al condenado por homicidio o es causante de su muerte, siendo así que se mantenía apartado del mercado fronterizo, de los juegos y de los ritos anfictiónicos, será juzgado en las mismas condiciones que si mata a un ciudadano ateniense (...). Y, si alguien mata a otro mientras intenta impedir que se lleve por la fuerza e injustamente cosas de su propiedad, no habrá compensación por la muerte de ese hombre.

Segundo *axon*

(...)

(*Ley de Dracón sobre el homicidio: IG* I².115)

5. LA OBRA DE SOLÓN

Al pueblo di tanto honor como le basta
sin quitar ni añadir nada a su estimación social.
Y los que eran poderosos y notables por sus riquezas,
también de ésos me preocupé para que no se les atropellara.
Me mantuve en pie interponiendo mi fuerte escudo entre unos y otros,
y no permití que ninguno de ellos venciera injustamente.
....
Es así como el pueblo puede seguir mejor a sus jefes,
ni demasiado suelto ni demasiado forzado.
Porque la saciedad engendra desmesura, cuando una gran fortuna acompaña
a los hombres que no tienen suficiente inteligencia.
....
Los que vinieron a hacer rapiña esperaban mucho,
y creía cada uno que iba a encontrar una gran fortuna,
y que yo, que los halagaba suavemente, iba a mostrar un espíritu duro.
Vanas ideas tenían entonces, y ahora, irritados contra mí,
me miran todos de mala manera como a un enemigo.
....
Yo, de las cosas para las que reuní
al pueblo ¿ante cuál me he detenido antes de cumplirla?
Podría testimoniarlo en el juicio del Tiempo

la gran madre de los Dioses Olímpicos,
la excelente, la Tierra negra, a la que yo antaño
arranqué los mojones en muchas partes clavados,
y que, siendo antes esclava, ahora es libre.
Y a muchos a Atenas, a su patria fundada por los dioses,
los traje de nuevo cuando habían sido vendidos, injustamente unos,
con justicia los otros; y a los que por la fuerza
de la necesidad se habían exiliado y la lengua ática
ya no recordaban, de tanto vagar por muchos sitios;
y a los que aquí mismo una esclavitud indigna
soportaban, siempre temerosos ante sus dueños,
los hice libres. Esas cosas, con autoridad
y armonizando la fuerza con la justicia,
las realicé y fui actuando como había prometido.
Leyes, lo mismo para el de abajo que para el de arriba,
aplicando a cada uno recta justicia,
escribí. Otro que hubiera tenido, como yo, el aguijón,
un hombre malintenciondo y codicioso,
no habría sujetado al pueblo. Y, si hubiera estado dispuesto a hacer,
lo que complacía entonces a los contrarios,
y, a su vez, lo que para éstos tramaban los otros,
de muchos hombres sería hoy viuda la ciudad.
Por esto, haciéndome fuerte por todas partes,
me revolví como un lobo entre muchos perros.
....

(SOLÓN, fragmentos varios, citados en la *Athenaíon Politeía*, 12)

5 bis. LA MORALIDAD DE SOLÓN

Eunomíe hace aparecer todas las cosas en buen orden y ajustadas:
a menudo encadena a los que comenten injusticias
lima asperezas, acaba con la saciedad *(kóros)*, borra la violencia *(hýbris)*
y marchita las flores de la desgracia *(áte)* cuando se están abriendo:
endereza las sentencias torcidas y las acciones altivas
humilla; y acaba con los enfrentamientos,
y acaba con el rencor que produce la penosa discordia *(éris)*, y por obra suya son
todas las acciones humanas correctas y sensatas.

(SOLÓN, *Fr.* 3 Diehl, 32-39)

5 tris. SOLÓN CONTRA STASIS

Nuestra ciudad nunca perecerá por decisión
de Zeus ni por voluntad de los bienaventurados dioses inmortales:
hasta tal punto en verdad nuestra magnánima guardiana de padre poderoso,
Palas Atenea, tiene sus manos sobre nosotros. Son ellos mismos los que quieren destruir la gran ciudad
con sus insensateces, los ciudadanos, seducidos por las riquezas,

y la mente injusta de los que dirigen al pueblo, a quienes espera
sufrir muchos pesares por su gran desmesura *(hýbris)*.
Porque no saben controlar su saciedad *(kóros)* ni la presente
alegría moderar en la paz del banquete.

(SOLÓN, *Fr.* 3 Diehl, 1-10)

6. LAS CLASES SOLONIANAS

«Distinguió cuatro clases tributarias, conforme se dividían antes: los *Pentakosiomédimnoi* ("los de quinientos medimnos"), los *Hippéis* ("Caballeros"), los *Zeugitai* ("los de un par") y los *Thetes*. Todas las magistraturas las atribuyó para su desempeño a los *Pentakosiomédimnoi*, a los *Hippéis* y a los *Zeugitai* (...); a los *Thetes* sólo les concedió que tomaran parte en la *Ekklesía* y en los tribunales. Pagaba el tributo de los *Pentakosiomédimnoi* el que sacase de la tierra propia quinientos medimnos entre áridos y líquidos; el de los *Hippéis*, los que sacasen trescientos, o según dicen algunos, los que podían mantener un caballo (...; el de los *Zeugitai*, los que sacasen doscientos; y los demás, el de los *Thetes*.»

(ARISTÓTELES, *Athenaion Poleiteía*, 7.3-4)

7. EL HECTEMORADO

«Los pobres, sus mujeres y sus hijos eran esclavos de los ricos y se les llamaba *pelatai* y *hektémoroi*, porque por ese alquiler *–misthosis–* trabajaban los campos de los ricos. Toda la tierra era de pocos, y, si no pagaban los alquileres, se volvían embargables *–agógimoi–* ellos y sus hijos. Y los préstamos se hacían a todo el mundo bajo garantía de los cuerpos, hasta el tiempo de Solón.»

(ARISTÓTELES, *Ath. Pol.* 2.2)

8. LA TIRANÍA DE PISÍSTRATO

«Las facciones eran tres: una, la de los *Parálioi* ("Costeros"), dirigida por Megacles, hijo de Alcmeón, que eran los que se inclinaban sobre todo en favor de una constitución moderada; otra, la de los *Pediakói* ("Llaneros"), que buscaban la oligarquía, comandados por Licurgo; y la tercera, la de los *Diákrioi* ("Montañeses"), al frente de la cual estaba Pisístrato, que se mostraba como el más favorable al pueblo. Se contaban entre estos últimos, por falta de recursos, los privados de las deudas, y, por temor, los que no tenían una filiación familiar limpia (...)

«Administraba Pisístrato, como se ha dicho, la ciudad de un modo moderado y más como un ciudadano que como un tirano. Pero, además de ser generoso, suave y comprensivo con los que cometían faltas, prestaba dinero a los que no tenían recursos para sus trabajos, a fin de que pudieran vivir en el campo. Hacía esto por dos razones: para que no permanecieran en la ciudad, sino que se distribuyesen por el campo, y para que, disfrutando de un cierto acomodo y ocupados en sus cosas, no sintieran deseos de meterse en política ni tuvieran

tiempo de hacerlo. Y con ello consiguió que fueran mayores las rentas de la tierra, ahora trabajada, porque cobraba el diezmo de lo obtenido (...).

«Y quería que se administrara todo según las leyes, sin concederse a sí mismo ninguna prepotencia (...). Por esto duró mucho tiempo en el poder, y, cuando lo perdía, volvía a recuperarlo fácilmente: se prestaban a ello, en efecto, la mayoría de los Notables y de los elementos populares, porque a los unos se los atraía con su trato, y a los otros, con su ayuda en los asuntos particulares, siendo por naturaleza noble para con unos y otros.»

(ARISTÓTELES, *Athenaíon Politeía* 13.4-5; 16.2-4, 8-9)

¡Ay Leipsidrio, traidor a los camaradas.!
¡A qué hombres destruiste, en la lucha
valerosos y de linajes ilustres,
que entonces mostraron de qué padres habían nacido!

(*Escolios áticos*, 21 Diehl)

En una rama de mirto mi espada llevaré,
como Harmodio y Aristogitón
cuando al tirano dieron muerte
e *isónoma* a Atenas hicieron.
Amadísimo Harmodio, de ningún modo estás muerto:
en las Islas de los Bienaventurados dicen que estás,
allí en verdad donde el veloz Aquiles
y el hijo de Tideo, el valeroso Diomedes, se encuentra aún.
En una rama de mirto mi espada llevaré
como Harmodio y Aristogitón
cuando en las fiestas de Atenea
al tirano, a Hiparco, mataron.
Por siempre vuestra fama permanecerá en la tierra,
amadísimo Harmodio y Aristogitón,
porque al tirano disteis muerte
e *isónoma* a Atenas hicisteis.

(*Escolios áticos*, 47 Diehl)

9. LA ASCENSIÓN DE CLÍSTENES AL PODER

«Atenas, que era ya grande antes, entonces, una vez libre de los tiranos, se volvió aun más poderosa. En ella mandaban dos hombres: Clístenes, un Alcmeónida, que en verdad se dice había sobornado a la Pitia, e Iságoras hijo de Tisandro, de familia noble, pero no sé de qué origen –su familia ofrece sacrificios a Zeus Cario–. Esos hombres luchaban por el poder, y, derrotado, Clístenes hizo causa común con el pueblo. Luego, a los atenienses, organizados como estaban en cuatro tribus, los configuró en doce tribus, cambiándoles los nombres de los hijos de Ión –Geleonte, Egicoreo, Argades y Hopleto– y sacando denominaciones de otros héroes locales, excepto Ayante: y a ése, porque era vecino y aliado, lo sumó, aun siendo extranjero.»

(HERÓDOTO, 5.66)

«Cuando al pueblo de los atenienses, antes apartado, lo tuvo totalmente sumado a su facción (Clístenes), cambió los nombres de las tribus y aumentó su número. Instituyó diez filarcos en vez de cuatro, y, formando diez grupos, atribuyó los demos a las tribus. Y, con el pueblo de su parte, estaba muy por encima de los que se le oponían.

«Derrotado por su parte, Iságoras, maquina, en respuesta, lo siguiente: Llama a Cleómenes el lacedemonio, con quien tenía relación de hospitalidad desde el asedio de los Pisistrátidas, a más de que se acusaba a Cleómenes de frecuentar a la mujer de Iságoras. Enviando primeramente Cleómenes a Atenas un heraldo, trataba de hacer expulsar a Clístenes y a otros muchos atenienses con él, acusándolos de sacrílegos. Enviaba a decir eso a partir de la sugerencia de Iságoras, porque los Alcmeónidas y sus compinches llevaban consigo la culpa de aquella matanza, y, en cambio, ni él ni sus amigos habían participado.»

(HERÓDOTO, 5.69-70)

BIBLIOGRAFÍA

F. E. ADCOCK: «The Exiles of Peisistratos», *Class. Quart* 1924, pp.
A. ANDREWES: *The Greek Tyrants*, Londres, 1956.
–, «Hellanicus and an Alcmeonid Tradition», *Historia* 1968, pp. 381 ss.
–, *The Greeks*, Londres, 1967.
–, «Philochoros on Phratries», *Journ. Hell. Stud.* 1961, pp. 1 ss.
–, «Phratries in Homer», *Hermes*, 1961, pp. 129 ss.
–, *The Greeks*, Londres, 1967.
B. L. BAILEY: «The Export of Attic Black-Figure Ware», *Journ. Hell. Stud.* 1940, pp. 60 ss.
P. J. BICKNELL: *Studies in Athenian Politics and Genealogy*. (Historia, Einzelschriften, Heft 19) Wiesbaden, 1972.
D. W. BRADEEN: «The Trittyes in Cleisthene's Reforms», *Trans. Amer. Philol. Assoc.* 1955, pp. 22 ss.
T. D. CADOUX: «The Athenian Arcons from Kreon to Hypsichides», *Journ. Hell. Stud.* 1948 pp. 70 ss.
T. J. CADOUX: «The Athenian Archons from Kreon to Hypsichides», *Journ. Hell. Stud.* 1948, pp. 70 ss.
F. CASSOLA: «Solone, la terra e gli ectemori», *Parol. Pass.* 1964, pp. 26 ss.
K. M. T. CHRIMES: «On Solon's Property Classes», *Class. Rew.* 1932, pp. 2 ss.
J. K. DAVIES: *Athenian Propertied Families, 600-300 B. C.*, Oxford, 1971.
J. DAY, M. CMAMBERS: *Aristotle's History of Athenian Democracy*, Berkeley-Los Angeles, 1962.
S. DOW: «The Law Codes of Athens», *Proceed. Massach. Hist. Soc.* 1959, pp. 3 ss.
V. EHRENBERG: *The Greek State*, Londres, 1969.
C. N. J. ELIOT: *Coastal Demes of Attica. A Study of the Policy of Kleisthenes*, Toronto, 1962.

J. R. Ellis, G. R. Stanton: «Factional Conflict and Solon's Reforms», *Phoenix* 1968, pp. 95 ss.

G. Ferrara: *La Politica di Solone*, Nápoles, 1964.

A. J. V. Fine: «Horoi», *Hesperia. Suppl.* 9 (1951), pp. 178 ss.

C. W. Fornara: «The Tradition about the Murder of Hipparchus», *Historia* 1968, pp. 400 ss.

W. G. Forrest: *Los orígenes de la democracia griega*. Madrid, 1988.

W. F. Forrest: *Los orígenes de la Democracia Griega (The emergence of Greek Democracy*, 1966), Madrid, 1988.

A. French: «The Party of Peisistratos», *Greece and Rom.* 1959 pp. 46 ss.

–, *The Growth of the Athenian Economy*, Londres, 1964.

K. Fritz: «The composition of Aristotle's Constitutions of Athens and the so called Dracontian Constitution», *Class. Philol.* 1954, pp. 73 ss.

N. G. L. Hammond: «Land and Society in the Athens of Solon», *Studies in Greek History*, Oxford, 1973.

–, «Land Tenure in Attica and Solon's Seisachtheia», *Journ. Hell. Stud.* 1961, pp. 76 ss.

C. Hignett: *A History of the Athenian Constitution*, Oxford, 1952.

R. J. Hopper: *The Early Greeks*, Londres, 1976.

–, *«Plain. Shore and Hill in Early Athens»*, *Ann. Brit. Sch. Ath.* 1961 pp. 189 ss. pp. 189 ss.

F. Jacoby: «Die attische Königliste», *Klio*, 1902, pp. 406 ss.

L. H. Jefrey: *Archaic Greece. The City-States c. 700-500 B.C.*, Londres, 1976.

J. W. Jones: *The Law and Legal Theory of the Greeks*, Oxford, 1956.

B. Jordan: «Herodotus 5.71.2 and the Naukraroi of Athens», *Calif. Sud. Class. Antiq. 1970, pp. 153 ss.*

D. Kagan: «The Enfranchisment of Athens by Cleisthenes», *Historia*, 1963, página 41 ss.

C. M. Kraay: «The Archaic Owls of Athens. Classification and Chronology», *Num. Chron* 6ª. ser 1956, pp. 43 ss.

–, «The Early Coinage of Athens. A Replay», *Num. Chron.* 1962, pp. 417 ss.

M. Lang: «Kylonian Conspiracy», *Class. Philol.* 1967 pp. 243 ss.

P. Leveque, P. Vidal Naquet: *Clisthène l'Athénien*, París, 1964.

N. Lewis: «Solon's Agrarian Legislation», *Amer. Journ. Philol.* 1941, pp. 148 y ss.

D. M. Lewis: «Cleisthenes and Attica», *Historia* 1963, pp. 22 ss.

R. López Melero: *La formación de la democracia ateniense I. El estado aristocrático*, Madrid, 1989.

–, *La formación de la democracia ateniense II. De Solón a Clistenes*, Madrid, 1989.

H. L. Lorimer: «The Hoplite Phalanx», *Ann. Brit. Sch. Ath*, 1947, pp. 76 ss.

D. M. MacDowell: *Athenian Homicide Law in the Age of the Orators*, Manch. Univ. Press. 1963.

O. Murray: *Grecia Arcaica*, Madrid, 1983 *(Early Greece*, Glasgow, 1980)

C. Mossé: *Historia de una democracia. Atenas*, Madrid, 1980.

–, «Classes sociales et régionalisme à Athènes au début du VIème Siècle», *Antiq. Class.* 1964, pp. 401 ss.

–, «Les dépendants paysans dans le Monde Grec è l'époque Archaique et Classique», en *Terre et paysans dépendants dans les sociétés antiques*. Besançon, 1974, pp. 85 ss.

G. E. Mylonas: *Eleusis and the Eleusinian Mysteries*, Princeton, 1962.

J. H. Olivier: *The Athenian Expounders of the Sacred and Ancestral Law*, Baltimore, 1950.

–, «Reforms of Cleisthenes», *Historia*, 1960, pp. 503 ss.

M. Ostwald: *Nomos and the Beginnings of the Athenian Democracy*, Oxford, 1969.

–, *Nomos and the Beginnings of the Athenian Democracy*, Oxford, 1969.

E. S. G. Robinson: «The Date of the Earliest Coins», *Num. Chron.* 1956, pp 1 ss.

E. Ruschenbusch: «Phonos Zum Recht Drakons und seiner Bedeutung für das atheinischen Staates», *Historia*, 1960, pp. 129 ss.

–, *Solonos Nomoi*, (Historia), Einzelschriften. Heft 9), Wiesbaden, 1966.

–, «Patrios Politeia. Theseus, Drakon, Solon und Kleisthenes in Publizistik und Geschichtsscheibung des 5. und 4. Jahrhundets v. Chr», *Historia* 1958, pp. 398 ss.

–, *Untersuchungen zur Geschichte des attenischen Stafrechts*. Colonia, 1968.

M. Sakellariou: «Les hectemores» (discursión), *ibid*, pp. 99 ss.

G. de Sanctis: *Atthis: Storia della Republica Ateniese*, Turín, 1912.

R. Sealey: *A History of the Greek City States, 700-338 B.C.*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1976.

–, «Eupatridai», *Historia* 1961, pp. 512 ss.

–, «Regionalism in Archaic Athens», *Historia*, 1960, pp. 155 ss.

A. M. Snodgrass: «The Hoplite Reform and History», *Journ. Hell. Stud.* 1965, páginas 110 ss.

R. S. Stroud: «Drakon's Law on Homicide», *Univ. Calif. Public. Class. Stud.* 3, 1968 (edición, traducción y comentario).

H. T. Wade-Gery: «Eupatridai Archons and Areopagus», *Class. Quart.* 1931, página 1 ss.

–, «Eupatridai, Archons, and Aeropagus», *Class. Quart.* 1931, página 1 ss.

–, «Studies in the Structure of Attic Society, I. Demotionidai», *Class. Quart.* 1931, pp. 129 ss.

–, «The Laws of Kleisthenes», *Class. Quart.* 1933, pp. 17 ss.

–, «Miltiades», *Journ. Hell. Stud* 1951, pp. 212 ss.

W. P. Wallace: «The Early Coinages of Athens and Euboea», *Num. Chron.* 1962 pp. 23 ss.

K. H. Waters: «Solon's Price-Equalization», *Journ. Hell. Stud*, 1960, pp. 187 ss.

E. Will: «Aux origines du règime foncier grec: Homère, Hésiode et l'arrière-plan mycénien», *Rev. Etud. Anc.* 1957, pp. 5 ss.

CAPÍTULO VI

EL ESTADO ESPARTANO

1. TERRITORIO Y HABITANTES

Desde finales del siglo VII hasta el siglo IV a.C. el Estado espartano incluía dos grandes regiones del Peloponeso bastante semejantes entre sí, pero separadas por la cadena del Taigeto, que discurre de norte a sur desde la Arcadia hasta el cabo Ténaro, y que hacía muy difíciles las comunicaciones entre una y otra incluso en verano. La mayor de ellas, Laconia, era la situada al este; estaba constituida por una fértil llanura irrigada por el Eurotas, que atraviesa la región de norte a sur para desembocar en el golfo de Laconia. Por el este la cadena del Parnón formaba una barrera a lo largo de la costa, dejando tan sólo entre las montañas y el mar una franja de terreno larga y estrecha, la Cinuria, reivindicada por Argos e incorporada al final por Esparta. Esos flancos montañosos, que se completaban con las estribaciones de los montes de la Arcadia por el norte y con la dificultad que presentaba el acceso desde el mar a las costas del sur, hicieron posible que la ciudad de Esparta o Lacedemonia, situada en la mitad norte del valle del Eurotas, permaneciera sin murallas hasta la época helenística; pero también propiciaron el aislamiento de la región, afianzado por el hecho de que, a consecuencia de la conquista de Mesenia y del modelo socioeconómico asumido, en consonancia con sus peculiaridades de orden político, el estado espartano pudo crecer y desarrollarse dentro de una economía autosuficiente, al margen de toda actividad comercial exterior. La otra región, Mesenia, al oeste del Taigeto, aunque era algo más pequeña, tenía más tierra de cultivo; en su mayoría la formaba una gran llanura, irrigada por el Pamiso y sus afluentes.

En términos políticos, los ciudadanos del Estado espartano eran los habitantes de las cuatro aldeas que integraban la ciudad de Esparta –Pitana, Mesoa, Limnas y Cinosura o Conoura–, especie de barrios establecidos en la proximidad a la acrópolis, que no habían llegado a desarrollar una forma urbana propiamente dicha. Sólo el templo de Atenea *Poliouchos* («Dueña de la ciudad») se erigía en la acrópolis; el otro verdaderamente importante, el de Artemis *Orthia*, estaba cerca del Eurotas, junto a la aldea de Limnas. También eran ciudadanos los habitantes

de la aldea de Amiclas, situada a pocos kilómetros, río abajo, y algunos historiadores creen que los *Spartiatai* ocupaban otras aldeas más. En el resto de ese amplio territorio con que contaba el Estado vivía una población de siervos dependientes, los *ilotas*, así como una larga serie de comunidades independientes en el aspecto administrativo, pero carentes de soberanía política y sujetas a prestaciones militares, los *periecos*. Los lacedemonios o espartanos constituían una de las poblaciones dorias del Peloponeso, organizadas en las tres tribus características de ese grupo étnico. Sobre su origen e implantación en el territorio ya se ha hablado en un capítulo precedente.

Las fuentes de la época clásica presentan a los espartanos como unos individuos cerrados a todo contacto con el exterior, carentes de sensibilidad artística, incultos e interesados tan sólo en los valores de carácter militar; incluso su proverbial disciplina se atribuía a un comportamiento inercial, carente de entusiasmo y de personalidad. Al margen del tanto de exageración que pueda haber en ese retrato, parece que la tendencia endogámica de los ciudadanos de Esparta, combinada con un sistema político y un modelo económico que los mantenía alejados de las actividades artesanales y comerciales, exigiendo de ellos por encima de todo un entrenamiento militar óptimo para funcionar en la falange de hoplitas –sólo así se aseguraba el dominio sobre Mesenia y el control de los elementos económica o políticamente dependientes–, había influido sobre su idiosincrasia, configurando un modelo de ciudadano muy diferente del ateniense o el corintio.

Pero también se intuye que ese desarrollo era históricamente secundario; que no tenía que ver con unas diferencias ancestrales entre los espartanos, tan dorios, por otra parte, como los corintios, los argivos o los sicionios, y el resto de los griegos. De hecho, a comienzos de la época Arcaica las diversas estirpes griegas, consolidadas ya en sus respectivos asentamientos, muestran unas características bastante similares. Despiertan del letargo correspondiente a la Edad Oscura con una tendencia común a los contactos con el exterior, con una importante receptividad frente a lo que empieza a ser un patrimonio cultural helénico y con una notable capacidad de desarrollo artístico. En ese sentido Esparta no desentona en el conjunto de los incipientes Estados griegos. Su cerámica, sus bronces, sus marfiles y su cultivo de unos géneros literarios que requerían para su ejecución un entrenamiento de los jóvenes en la música y la danza, pueden rivalizar, en efecto, con los productos de otras áreas habitadas por griegos, y, desde luego, no se muestran inferiores a los de esa ciudad que habría de convertirse en capital de la cultura helénica, Atenas. Esparta produjo un poeta excelente, como lo es Tirteo; Esparta recibió a Terpandro de Lesbos, que creó allí una escuela de música; y Esparta sirvió de inspiración, con sus celebraciones religiosas llenas de encanto y delicadeza, al gran poeta Alcmán, que procedía de Jonia o de Lidia. El colapso cultural de los espartanos parece haberse producido a raíz de las guerras Mesenias, en el siglo VI, cuando todavía no habían podido alcanzar unas cotas elevadas de desarrollo artístico.

2. FUENTES

La reconstrucción de la historia primitiva de Esparta, la de la época arcaica, presenta graves dificultades. La primera, que se plantea también en relación con

otros estados griegos, es la penuria de fuentes contemporáneas. Para el siglo VII a.C. no tenemos otro testimonio directo que la obra poética de Tirteo, quien exhorta en sus poemas a los espartanos a luchar con los mesenios, proporcionando, sin embargo, una exigua información al historiador. En cuanto al siglo VI a.C., contamos con la obra de Heródoto, donde se refleja sobre todo la política exterior del Estado; no resulta del todo fiable en los aspectos internos, a no ser el excursus que dedica a glosar los poderes de los reyes (6, 56-60) presumiblemente bien documentado. El conjunto de la documentación se completa con la descripción que hace Tucídides (1.67-87) de una sesión de la Asamblea espartana. Por desgracia se ha perdido el tratado de la escuela de Aristóteles sobre la constitución espartana, conservándose del mismo tan sólo pequeños fragmentos de tradición indirecta; es muy valioso, por supuesto, el pasaje aristotélico de la *Política* consagrado a Esparta (2.1269a-1271b), aunque no tiene un carácter descriptivo y resulta muy incompleto. Las demás fuentes están, sin duda, seriamente contaminadas por la imagen tópica que adoptó Esparta en el contexto del debate político ateniense sobre la democracia y la oligarquía como formas alternativas de gobierno, así como por la remodelación de la tradición que sabemos tuvo lugar en la propia Esparta en el siglo III a.C. con ocasión de las reformas de Agis IV y Cleómenes III y por la creación en el siglo IV a.C. por parte de los mesenios, recién constituidos en Estado independiente bajo los auspicios tebanos, de una saga que evocaba su antigua resistencia frente a Esparta, de la que no podían conservar sino unos pocos recuerdos transmitidos de padres a hijos y utilizados ahora de un modo tendencioso, a fin de crear una conciencia nacional sobre la base de un resentimiento histórico frente a Esparta. Por lo tanto, lo que podemos encontrar en obras como la *Constitución de los Lacedemonios* atribuida a Jenofonte, en la biografía de Licurgo elaborada por Plutarco o en los libros dedicados a Mesenia y a Laconia por Pausanias en su *Descripción de Grecia* resulta sospechoso de manipulación cuando se refiere a la parte más antigua de la historia de Esparta. Y, ciertamente, las reservas de carácter teórico que se pueden plantear con respecto a tal información se ven confirmadas por la existencia en ella de datos incoherentes que no permiten establecer las cuestiones importantes con un mínimo de certeza.

3. EL NÚCLEO PRIMITIVO DEL ESTADO

En general, el territorio de Laconia evidencia el mismo tipo de discontinuidad cultural con respecto a la etapa micénica que registran otras áreas griegas a partir del siglo XII a.C. Luego, aparece cerámica protogeométrica en Esparta, Amiclas y otros lugares, que presenta pocas conexiones con el exterior; el estilo se mantiene allí hasta el siglo VIII a.C., para recibir, en la centuria siguiente, influencias del tardogeométrico corintio y argivo, al tiempo que se empieza a detectar en la Arcadia y la Magna Grecia cierta presencia de la cerámica laconia. La cerámica micénica hallada en la acrópolis espartana es muy escasa, lo que sugiere que sus pobladores dorios hayan podido encontrar el solar deshabitado.

Como ya se ha dicho, la ciudad histórica de Esparta estaba integrada por cuatro asentamientos independientes, cuya secuencia no es posible establecer, aunque parece que no se hayan producido simultáneamente. La cerámica más

antigua se ha encontrado en Pitana y Mesoa, que son los más próximos a la acrópolis, y, como quiera que en Pitana tenía sus enterramientos la que parece la casa real más antigua, algunos historiadores creen que fueran esos dos los lugares de implantación poblacional más antiguos. Sin embargo, Limnas daba sepultura a la otra casa real y tenía al lado el importante santuario de Artemis *Orthia*, cuyos primeros testimonios arqueológicos son ligeramente posteriores al 900 a.C., de modo que su ocupación podría haber seguido de cerca a la de Pitana, sobre todo si el nombre de Mesoa significara, como es probable, «situada en medio». Todo parece indicar que en el siglo VIII a.C. se produjo un sinecismo que unificó políticamente los cuatro núcleos –y tal vez ya también el de Amiclas– para formar la *pólis* de Esparta, pero no sabemos nada sobre ese proceso; y también desconocemos si la estructura cuatripartita primitiva tenía algo que ver con la organización tribal y con el componente poblacional, y, a su vez, si su mantenimiento posterior, sin desarrollo de un núcleo urbano común, se debió a las peculiaridades del modelo económico y social de los espartanos, o bien obedecía a otras razones.

4. INCORPORACIÓN DE LACONIA

La tradición historiográfica griega atribuye al reinado de Arquelao y Carilo (1.ª mitad del siglo VIII a.C.) una expansión hacia el norte que habría incorporado al dominio espartano la parte más septentrional del valle de Eurotas, después de la destrucción de la ciudad de Egis. A Télecio, sucesor de Arquelao, correspondería, según Pausanias (2.6), la expansión hacia el sur, con la consiguiente ocupación de las ciudades de Amiclas, Faris y Gerontras, poseídas a la sazón por los aqueos; y a su hijo Alcámenes, la conquista de la también aquea Helos, ya cerca del mar, cuyos habitantes habrían recibido en su resistencia el apoyo de los argivos. Los historiadores modernos mantienen, sin embargo, ciertas reservas ante esa versión de los hechos. Se duda de que en una fecha tan avanzada siguieran existiendo tantos territorios «aqueos» y, por otra parte, se valora en favor de una mayor homogeneidad poblacional el hecho de que a partir del 900 a.C. la evidencia arqueológica correspondiente a Esparta y a Amiclas resulta enteramente homologable, lo que no tendría mucho sentido si en esta última ciudad se hubiera perpetuado hasta finales del siglo VIII un reino aqueo. Además, el hecho de que Amiclas sea el único núcleo de población conocido que se sumó a las cuatro aldeas de Esparta para gozar del privilegio de la ciudadanía espartana hace pensar que su población fuera significativamente doria; y lo mismo cabe decir de la conservación, con toda la importancia, del culto a Apolo Hiacintio, que tenía su sede en Amiclas. De todos modos, no es improbable que en esa ciudad hubiera permanecido una cierta población predoria, acaso integrada con un estrato dorio conquistador y constituyendo en conjunto un reino independiente que luego fuera sometido por los espartanos e incorporado a su estado; porque la realidad es que esa ciudad lleva como epónimo, según la tradición, a Amiclas, un rey de época micénica, anterior a los Heraclidas.

También Faris y Gerontras, situadas en los confines del territorio laconio, plantean dificultades, porque, si, como afirma Pausanias, los aqueos que las ocupaban se habían exiliado voluntariamente, deberían ser espartanos sus su-

cesivos ocupantes, y, sin embargo, no parecen éstos haber gozado de los mismos derechos que los habitantes de Esparta y de Amiclas. Tal vez, como se ha sugerido, la distancia de esas ciudades respecto de Esparta llevara a constituirlas en comunidades independientes, a modo de colonias, y sólo más tarde, cuando el territorio del Estado logró ampliarse, habrían quedado incluidas en él, alcanzando entonces un *status* que podría haber servido de modelo para las ciudades de los periecos. En cuanto a la conquista de Helos, recogida por Pausanias y que la tradición conectaba con los enfrentamientos con Argos, podría haber sido, según se ha apuntado, una acción emprendida antes, tan pronto como los espartanos habían dominado el valle medio del Eurotas, ya que era fácil seguir hacia abajo por un camino que estaba más abierto que cualquier otro; mucho más fácil, en todo caso, que intentar la conquista de Mesenia.

5. PRIMERA GUERRA MESENIA Y PRIMEROS CONFLICTOS CON ARGOS

Pausanias adscribe al reinado de Teopompo y Polidoro, que, de acuerdo con la cronología más fiable, se situaría a comienzos del siglo VII a.C., la guerra que incorporó Mesenia o una parte sustancial de ella al territorio del estado espartano. Parece que esta ofensiva se vio precedida por un movimiento de colonización del valle de Nadón, que chocó con el rechazo de los mesenios, quienes habrían asesinado al rey Téleclo, provocando años después el ataque a gran escala de los espartanos. La consecuencia inmediata de ese dominio es un enriquecimiento de Esparta, que se pone de manifiesto en los exvotos dedicados en el templo de Artemis Ortia.

El crecimiento de Esparta debe de haber alimentado los recelos de Argos, que se creería amenazada, porque a la sazón controlaba, a lo que parece, el borde oriental del Peloponeso y el área del Egeo correspondiente (Heródoto, 1.82.2); razón por la cual pudo haber prestado a Helos una ayuda que resultó ineficaz, o bien en su primera resistencia frente al ataque de Esparta, o bien en una sublevación posterior. El caso es que Nicandro, sucesor de Carilo, pasa por haber saqueado la argólide, a lo cual habrían respondido los argivos con la destrucción de la ciudad de Asine hacia el 700 a.C.

De todos modos, en esta primera fase el enfrentamiento con Argos no fue importante, posiblemente porque Esparta concentraba sus esfuerzos en la conquista de Mesenia. Se dominó entonces la llanura de Esteníclaro, en el norte de Mesenia, provocando quizá la organización de la resistencia mesenia en el monte Itome y la sumisión voluntaria de comunidades que alcanzaron así el *status* de periecos; Mesenia no era por entonces una unidad política, según sugieren los testimonios arqueológicos, de modo que es muy probable que la adscripción de sus núcleos de población al estado espartano haya sido muy desigual.

6. SEGUNDA GUERRA MESENIA Y BATALLA DE HISIAS

La documentación relativa a esta guerra es problemática. La versión más común sobre ella corresponde al historiador Éforo, del siglo IV a.C., que distinguió dos guerras mesenias, una primera de veinte años de duración, que habría lo-

grado la conquista de la región, y una segunda, algo posterior, provocada por una rebelión de los Mesenios, que protagonizaba su héroe nacional, Aristómenes. Sin embargo, el historiador Calístenes, que vivió en el mismo siglo, contaba con una sola guerra Mesenia, en la que situaba a Aristómenes. Por otra parte, la evidencia más fiable sobre las guerras Mesenias parece la que se contiene en los poemas de Tirteo, que tomó parte en ellas; y los versos del poeta podrían respaldar la existencia de dos guerras, que se habrían sucedido con un intervalo de dos generaciones, aunque también es posible que haya habido una sola guerra, seguida por una serie de escaramuzas provocadas por revueltas locales de menor envergadura. Tampoco sabemos si la incorporación de toda Mesenia se hizo de una vez, o bien hubo una primera fase en que la parte meridional se mantuvo independiente.

Finalmente, la datación de la segunda guerra, en la que participó Tirteo, es un tanto incierta. Epaminondas entendía haber creado el estado de Mesenia después de doscientos treinta años de sumisión de sus habitantes a Esparta, y, como la independencia tuvo lugar en el 370 a.C., habría que situar en el 600 el final de las guerras Mesenias. Sin embargo, las listas de vencedores olímpicos permiten fechar la primera guerra entre el 735 y, más o menos el 715 a.C., de modo que, si, como indica Tirteo, transcurrieron dos generaciones entre ésa y la que él vivió, no podría esta última haber comenzado después del 660 a.C. No resulta verosímil que la segunda guerra haya durado sesenta años, por lo que se supone que una de las dos dataciones de las fuentes es incorrecta.

Pausanias (2.47.7) ubica en el 669 a.C. la derrota de los espartanos por los argivos en la batalla de Hisias; aunque se llegó a dudar de la historicidad de ese encuentro, un fragmento papiráceo recientemente identificado como perteneciente a un poema de Tirteo (*P. Oxyrr.* 3316) parece documentarla. Lo que ya no está tan claro es que su datación sea correcta; no lo sería, posiblemente, si la victoria argiva se hubiera debido a la utilización del armamento y las tácticas hoplitas, pues, como ya se ha dicho, la falange hoplita se documenta algo después.

En cualquier caso, Hisias se encuentra en la llanura de Tirea, que estaba entre los territorios de Argos y de Esparta, por lo que esa confrontación debe considerarse como una de tantas guerras protagonizadas en esa época por los estados griegos con vistas a la fijación de las fronteras. Es probable, por otra parte, que la derrota de los espartanos haya estimulado la sublevación de los mesenios, que provocó su segunda guerra contra los Espartanos y su definitiva sumisión a ellos. La conquista final de Mesenia, que tiene de todos modos el año 600 a.C. como *terminus ante quem*, constituye la fijación definitiva del territorio de Esparta, hasta el siglo IV a.C. Con la única excepción de la llanura de Tirea, que acabó poco después en manos espartanas, el crecimiento político del Estado se produjo en adelante a través de alianzas, que tan sólo condicionaban la soberanía de los implicados en cuestiones de política exterior.

7. GUERRA CON TEGEA Y BATALLA DE LOS CAMPEONES

Una vez consolidado el dominio de Mesenia y confiando sin duda en su fuerte capacidad militar, los espartanos parecen haber intentado incorporar nuevos territorios. La ofensiva se dirige ahora contra la Arcadia, a la que tal vez se

pretendió subyugar en las mismas condiciones que Mesenia. Su ciudad más importante, Tegea, fue atacada, según informa Heródoto (1.65-68) en el reinado de Laón y Agasicles –comienzos del siglo VI a.C.– aunque la guerra no concluyó hasta el siguiente, el de Anaxandridas y Aristón. Probablemente fueron las condiciones naturales del territorio, muy montuoso e intrincado, lo que favoreció la resistencia de los tegeatas, impidiendo la victoria aplastante de Esparta, quien hubo de contentarse con asumir el pepel de «protectora de Tegea», sancionado por el oráculo de Delfos. El tratado de alianza suscrito entre las dos partes, aunque no parece haber impuesto cargas económicas a los tegeatas, era, sin embargo, favorable a los intereses espartanos; por un lado, obligaba a Tegea a expulsar de su territorio a los mesenios», posiblemente ilotas fugitivos; por otro, Esparta empezaba a ganar posiciones frente a los Estados rivales del Peloponeso, iniciando así el camino hacia su hegemonía sobre el sur de Grecia. Una medida inteligente, que debió de mejorar la imagen espartana frente a la población no doria, fue la decisión de conducir a Esparta los huesos de Orestes, el hijo del rey aqueo Agamenón, que habría sido sugerida, según la tradición, por el oráculo de Delfos, para así lograr la victoria sobre Tegea.

Por las mismas fechas más o menos, Esparta reclamó a Argos la llanura de Tirea, cuyo dominio había perdido a consecuencia de la batalla de Hisias. Dícese que los dos Estados llegaron al acuerdo de dirimir la cuestión a través de un combate entre trescientos soldados elegidos por cada bando, y que fue el resultado incierto de ese encuentro lo que provocó una batalla convencional, que fue ganada por Esparta.

8. LIGA PELOPONESIA

A finales del siglo VI a.C. Esparta había conseguido ya la hegemonía sobre el Peloponeso, tras haber suscrito una serie de tratados de alianza, semejantes posiblemente al que hiciera con Tegea, aunque tal vez sin mediar conflicto bélico alguno, ya que no tenemos información al respecto. Parece que las demás ciudades de la Arcadia habían seguido el ejemplo de Tegea. Por el este, se habían vinculado a Esparta, además de Argos, Micenas, Tirinto, Epidauro, Trecén y el Estado insular de Egina; por el noreste, Corinto, Mégara y Sición; y por el noroeste, Elide. Aunque no sabemos prácticamente nada sobre el origen de esa alianza múltiple, sí se puede suponer que no resultaba gravosa para los implicados, pues, de otro modo, no la habría asumido con tanta facilidad una nómina tan larga de Estados, algunos de los cuales tenían capacidad de resistencia armada; y tampoco parece que hayan existido intereses económicos positivos en el establecimiento de esos lazos, habida cuenta de las peculiaridades del Estado espartano en ese terreno. Es probable que el oráculo de Delfos, con el que la ahora rica Esparta puede haberse mostrado muy generosa, haya inspirado esos acuerdos, que evitaban guerras destructoras y podían aparecer como favorables a todas las partes: los más pequeños veían garantizada en cierto modo su independencia, los intermedios consolidaban sus posiciones y Esparta afianzaba el preciado dominio sobre Mesenia.

La Liga Peloponesia o Alianza Espartana se denominaba oficialmente «los Lacedemonios y sus aliados». No parece que esos aliados hayan pagado ningún

tipo de tributo o contribución fija a Esparta, aunque es probable que en la primera época hubieran de seguir las iniciativas de ésta en política exterior, aportando unos recursos bélicos proporcionales a su capacidad respectiva. Sin embargo, al menos desde finales del siglo VI las decisiones se tomaban a través de una votación entre los representantes de los distintos aliados, que, reunidos en congreso, tenían la oportunidad de defender sus propios puntos de vista. Así ocurrió, en efecto, según refiere Heródoto, cuando el rey espartano Cleómenes quiso restablecer a Hipias como tirano en Atenas, con la colaboración de la Liga; la iniciativa no prosperó porque el delegado corintio consiguió que prevaleciera su oposición a la misma. De todos modos, Esparta tenía un papel principal, ya que, una vez acordada una guerra, eran los espartanos quienes la dirigían en todos los aspectos.

Si alguno de los aliados era atacado por un Estado que no lo fuera, Esparta estaba comprometida a acudir en su ayuda con todas sus fuerzas, pero, por lo demás, los miembros de la Alianza podían guerrear entre sí, puesto que sólo tenían acuerdos bilaterales con Esparta.

9. RELACIONES CON EL EGEO

Los contactos ultramarinos de Esparta son escasos y, por lo general, no parecen debidos a la iniciativa espartana. Refiere Heródoto que, en unión de los corintios, los espartanos atacaron Samos, aunque tuvieron que volverse sin haber conseguido nada. Según el historiador, esa ofensiva contra la tiranía samia se debía a que los exiliados de la isla habían ayudado a los espartanos en sus luchas contra Mesenia, y, a su vez, en el caso de Corinto, a que los samios habían dado cobijo, cuando hicieron escala en la isla, a trescientos jóvenes de Corcira que el tirano corintio Periandro enviaba al rey lidio como presente. Pero el otro motivo que se aduce para el resentimiento de Esparta contra Samos, a saber, que los barcos de ésta habían pirateado las naves que conducían un presente para el rey lidio Creso, lo mismo que los regalos enviados a ellos por el faraón Amasis, podría estar más cerca de la causa real de ese ataque; porque Samos tenía por entonces buenos barcos y muchos mercenarios, que empleaba presumiblemente en las rutas comerciales del Egeo, y tal vez también en las de Occidente, donde se podían obtener ricos botines. La implicación de Corinto en la operación sugiere que fuera la salvaguarda de sus intereses por el mar el objetivo buscado. Sin olvidar, por otra parte, que Samos se encontraba por entonces en la órbita de influencia ateniense, en razón de los lazos de amistad que unían a los tiranos; devolvérsela a los exiliados implicaría hacerla entrar en la Liga Peloponesia.

En cuanto a la conexión de Esparta con Lidia, que recoge también Heródoto, se debió en especial a la actividad diplomática de Creso, quien, al verse amenazado por los persas, había buscado la ayuda de los Estados griegos peninsulares. Si la respuesta de Esparta fue positiva y tenía como precedente, según indica Heródoto, el hecho de que Creso hubiera regalado a los espartanos con anterioridad el oro que habían ido a buscar a su reino para hacer una estatua de Apolo, el caso es que éstos no llegaron a cruzar el mar, porque, cuando se disponían a hacerlo, supieron, con gran sorpresa por su parte, que el rey lidio había sido capturado.

10. ACTIVIDAD DE CLEÓMENES

Cleómenes es el único rey de la Esparta arcaica que lleva a cabo una política exterior importante. No siempre consiguió lo que se proponía, pero tampoco expuso las tropas y el prestigio de su país en acciones comprometidas. En general, parece haber evitado toda empresa que requiriera un desplazamiento lejano de las tropas y que no se viera compensada por un refuerzo efectivo de la Alianza Espartana. Se negó, así, a intervenir en las disputas entre los tebanos y los plateenses cuando estos últimos requirieron su ayuda; hizo oidos sordos a las demandas del tirano Meandro de Samos, cuya isla, después de la muerte de Polícrates, había sido ocupada por los persas; y rehuyó asimismo el enfrentamiento con el rey en la ocasión en que los escitas acudieron en busca de ayuda. Ni qué decir tiene que todas esas solicitudes tenían de un modo u otro un incentivo económico, al que el espartano no llegó a ceder. En el caso de Aristágoras, el tirano de Mileto sublevado contra los persas, se dice en concreto que intentó sobornar personalmente a Cleómenes ofreciéndole hasta cincuenta talentos, lo que era de suyo una fortuna, a más de la expectativa de un rico botín y la posible implantación del poderío espartano en las costas de Jonia. Cleómenes supo, sin embargo, valorar el riesgo de una empresa militar que debía realizarse en un lugar desconocido, a tres meses de marcha desde la costa jonia, y convenció a sus conciudadanos para que no aceptaran la propuesta de Aristágoras. Pero el espartano no dejó de protagonizar acciones importantes. Parece que sometió por la fuerza a Mégara a una cierta obediencia, aunque nos faltan detalles sobre esa campaña. Y también emprendió una ofensiva contra Argos, que plantea, sin embargo, problemas de interpretación, si entendemos que por entonces ese estado era miembro de la Alianza Espartana: o bien había disgustado de algún modo a Esparta en su comportamiento directo o indirecto respecto de ella, o bien había expirado una tregua suscrita para un periodo determinado, como se ha supuesto. El caso es que Cleómenes atacó la Argólida y dio muerte a muchos hombres, aunque no logró tomar la ciudad. El ejército argivo fue derrotado por sorpresa en Sepea, y Cleómenes masacró hasta tal punto a los supervivientes que Argos quedó privada de sus ciudadanos (Heródoto 6.83), debiendo ocupar los esclavos los cargos públicos hasta que los hijos de los muertos alcanzaron la edad viril. Con todo, Cleómenes fue acusado de soborno, en la idea de que ésa era la causa por la que no había atacado la ciudad de Argos, si bien, después de haber pronunciado su defensa, resultó absuelto.

La intervención de Cleómenes con respecto a Egina fue decidida y eficaz. Enterados los atenienses de que ese Estado había aceptado la propuesta de sumisión que le hicieran los persas, concibieron fundados temores de llegar a ser el primer objetivo militar de las tropas de Darío, precisamente con su ayuda; y, como quiera que Egina estaba integrada por entonces en la Alianza Espartana, pidieron a Cleómenes que exigiera a los eginetas diez rehenes procedentes de las mejores familias, a fin de que sirvieran de garantía del comportamiento de Egina respecto de Atenas. Parece, sin embargo, que el otro rey espartano, Damárato, enemigo de Cleómenes, aconsejó a los eginetas que se negaran a dar los rehenes, alegando que Cleómenes había sido sobornado por los atenienses. Consiguió, sin embargo, éste, con la ayuda del oráculo de Delfos, a quien se dice había sobornado, que Damárato fuera declarado bastardo, depuesto y sustituido por Latíquidas.

favorable a Cleómenes. Acudieron entonces los dos reyes a Egina y consiguieron los rehenes.

El verdadero fracaso de Cleómenes fue, a decir verdad, su intento, que no era en sí mismo descabellado, de introducir a Atenas en la órbita política espartana. Por dos veces llegó con sus tropas hasta la acrópolis, debiendo retirarse sin conseguir restablecer en el poder a un incondicional de Esparta; y en el tercer intento, logró poner en marcha un ejército peloponesio, tras haber gestionado la colaboración en la empresa de los tebanos y los calcidios, pero, cuando las tropas estaban ya en Eleusis, los Corintios se retiraron, y lo mismo hizo el otro rey espartano, Damárato, todo lo cual provocó el repliegue de Cleómenes. Una vez más convenció el rey a sus conciudadanos para intentar conseguir el control sobre los atenienses. Se hizo regresar a Hipias del exilio y se convocó un congreso de los Aliados con la propuesta de restablecerlo en el poder por la fuerza, pero, como ya se ha dicho, los corintios lograron que Esparta perdiera la votación evocando la amarga experiencia que ellos habían vivido con la tiranía (Heródoto 5.91).

Los últimos años del mandato de Cleómenes fueron amargos. Damárato consiguió demostrar que el dictamen oracular sobre su linaje había sido una patraña urdida por Cleómenes para deshacerse de él, de modo que el rey, acorralado, optó por exiliarse a Tesalia. Según Heródoto (6.74-75), fue luego a la Arcadia y, con la ayuda de sus habitantes, que le hicieron un juramento de fidelidad, preparó su regreso a Esparta por la fuerza, si bien los espartanos, al conocer sus planes, lo recibieron de nuevo como rey. Añade el historiador que por entonces estaba ya loco y que poco después se suicidó.

Las actuaciones de Cleómenes en el exterior parecen claras, pero los detalles de su personalidad, tal y como se muestran en la obra de Heródoto, y sus relaciones con los propios espartanos presentan aspectos enigmáticos. No hay duda de que era una figura carismática, que solía conseguir de sus conciudadanos lo que se proponía, y parece que ello se basaba en la devoción que le profesaban las tropas. Así se explicaría, entre otras cosas, la sorprendente historia sobre su regreso del exilio, que no resulta del todo fiable en sus detalles. Se ha sugerido, en efecto, que el suicidio de Cleómenes, perpetrado con su propia espada, podría ser en realidad un asesinato encubierto, preparado por quienes habían debido aceptar de muy mala gana su regreso. Y es posible también que la insistencia sobre su locura y sobre su temperamento colérico, lo mismo que la acusación de haber intentado dirigirse en armas contra su ciudad, que no puede darse por probada, correspondan a una imagen difundida por sus enemigos personales y aceptada de buen grado por la tradición historiográfica hostil a la tiranía, que él había tratado de establecer repetidamente en Atenas.

Porque las actuaciones de Cleómenes no fueron las propias de un loco, ni de un insensato, ni de alguien que se deja llevar por los primeros impulsos. Y, si algo está claro, es que tenía muchos enemigos entre los suyos. Para empezar, había nacido de una segunda esposa que su padre, el rey Anaxandridas, había tomado con la autorización de los Eforos y de la Gerusía, en la idea de que la primera era estéril; sin embargo, luego le nacieron hasta tres hermanastros, el mayor de los cuales, Dorieo, tenía esperanzas de suceder al padre, aun no siendo el primogénito. Al producirse la sucesión a favor de Cleómenes, Dorieo, muy disgustado, emprendió una empresa colonial que resultó un fracaso y acabó per-

diendo la vida en Sicilia, pero es de suponer que el grupo familiar al que pertenecía y que todavía tenía a dos hijos de Anaxandridas como potenciales aspirantes al trono, siguiera siendo hostil a Cleómenes. Bien conocida es, por otra parte, la inquina que le profesaba Damárato, su colega regio, perteneciente a la otra casa real de Esparta. Y parece, en fin, que su excesivo protagonismo, basado en la adhesión de las tropas, haya alimentado el recelo de los Eforos y quizá también de la Gerusía, que eran los verdaderos titulares del poder político en Esparta y veían normalmente secundadas sus propuestas por la Asamblea, salvo que alguien, como parece haber sido el caso de Cleómenes, tuviera el carisma suficiente como para arrastrar a la masa. Hay que decir que nuestra ignorancia sobre muchos detalles importantes del funcionamiento de los órganos políticos espartanos no permite hacer muchas precisiones en casos como éste, pero en conjunto la interpretación es razonable.

11. CIUDADANOS DE ESPARTA

Los espartanos estaban organizados en las tres tribus –*Pamphyloi, Hylleis* y *Dymanes*– que aparecen en los estados dorios en general. Un fragmento de un poema de Tirteo (*Fr.* 1, vv. 50-52) no sólo documenta esa división sino que parece darle una relevancia a efectos de la distribución de los soldados en el ejército, aunque este punto ha sido discutido. La realidad es que no sabemos cuál era la trascendencia de la división tribal espartana, ni hasta qué punto tenía una continuidad desde la época migratoria, o en qué medida esas tribus se habían transformado o habían adquirido un carácter aglutinante frente a grupos de población eventualmente admitidos como ciudadanos. Porque se documentan otras divisiones de los espartanos, que no son fáciles de interpretar y de integrar en un esquema conjunto.

El *Fr.* 541 de la *Constitución de los Lacedemonios* elaborada por la escuela de Aristóteles dice que Esparta tenía cinco regimientos ancestrales *(lóchoi)*, uno de los cuales se denomina Mesoa, y, por su parte, Heródoto alude a un *lóchos* de Pitana, lo cual ha hecho pensar que todos ellos tenían un carácter local. Pero, además existía otra división de los ciudadanos denominada *oba*, de larga pervivencia, puesto que está muy presente en la epigrafía de época romana. Sabemos que Limnas, Pitana y Conoura eran *obai*, como también que lo eran Amiclas y Neápolis, fundación esta última, a lo que parece, de época helenística; es lógico suponer, pues, que Mesoa fuera igualmente una oba, y, por otra parte, una inscripción que se fecha en el siglo V ó IV a.C. (SEG. XI 475a4) menciona la oba de *Arkaloi*. Habida cuenta de la posible adecuación de los *lóchoi* a las obas, y sin olvidar, desde luego, que sabemos muy poco de éstas, cabe deducir, en líneas generales, que la oba era una división de carácter territorial, necesaria para la distribución de las cargas militares, y tal vez, como en el caso de las nuevas tribus territoriales creadas en Atenas, para el control de la participación de los ciudadanos en las tareas públicas. Tal necesidad resultaría comprensible si las tribus tradicionales seguían siendo de tipo gentilicio y sus integrantes no tenían una distribución local, como es lo más probable. Pero la cuestión de la relación entre las tribus y las obas, debido precisamente a nuestra penuria de evidencia al respecto, ha provocado interpretaciones muy diferentes entre los historiadores

modernos, que no dejan, desde luego, de ser meramente hipotéticas. De acuerdo con una de ellas, el número de cinco correspondiente a los regimientos no tendría por qué ser el de las obas, dado que no hay certeza sobre la época a la que se refiere, ni tampoco tienen por qué haber englobado esos regimientos la totalidad del ejército espartano; en la idea de que las cuatro aldeas de Esparta, con Amiclas, parecen insuficientes para albergar a los ciudadanos, y teniendo en cuenta que se han hallado restos arqueológicos de otras varias aldeas demasiado próximas quizá a la ciudad como para ser comunidades de periecos, se entiende que las obas eran más de cinco y que constituían una división territorial de los ciudadanos, basada en la distribución del hábitat, que alcanzó relevancia a efectos de la organización militar, integrándose en la división tribal. Como quiera que el festival de los *Karneia* –estructurado en el 676 a.C.– contaba, según refiere el anticuario Demetrio de Escepsis, con nueve tiendas, cada una de las cuales albergaba a los representantes de tres fratrías, se deduce que el número de las obas pudo ser de nueve, integradas cada una de ellas por tres fratrías, que, a su vez incluirían, respectivamente, a los ciudadanos de cada tribu existentes en la unidad territorial correspondiente. Así, tanto en la Asamblea como en el ejército, los espartanos estarían al mismo tiempo con los miembros de su tribu y con los de su oba.

A primera vista, esta interpretación es muy sugestiva, pero también tiene puntos débiles. Obliga a suponer, en primer lugar, que la fratría era una división a la vez local y gentilicia que hubiera nacido para integrar las tribus y las obas en un único sistema, y de eso no sólo no hay la menor documentación sino tampoco sospecha alguna razonable. Además, si suponemos que la división territorial pretendía organizar a los ciudadanos en grupos numéricamente análogos, y que en cada uno de ellos había, a su vez, una representación más o menos proporcionada de cada tribu, hay que dar por supuesta una distribución de las tribus por el territorio que tampoco está documentada y que tampoco es probable, si, como creemos, el crecimiento y evolución de las mismas se había producido de un modo espontáneo, es decir, sin condicionamientos de tipo local. Hay que tener en cuenta también que el pasaje de Demetrio de Escepsis que sirve de base a esa argumentación no menciona ni las tribus ni las obas, y que el testimonio aristotélico sobre la organización del ejército espartano en cinco secciones, consonante, por otra parte, con el número de los Eforos, no es fácilmente desechable, en la medida en que pertenece al tipo de evidencia más fidedigna.

Otra interpretación audaz maneja la posibilidad de que las tres tribus tradicionales hubieran sido sustituidas por cinco, de implantación territorial, a semejanza de lo que se hizo en Atenas; el número de cinco, que se encuentra en los Eforos y en otros magistrados menores espartanos, así como el de treinta, múltiplo de cinco, que corresponde a los miembros de la Gerusía, estaría en consonancia con las nuevas tribus, de las cuales las obas serían una división. No hay la menor constancia, sin embargo, de la creación de nuevas tribus en Esparta, y es difícil que una reforma tan importante no estuviera recogida de algún modo en la tradición; de manera que esa interpretación, como todas las que son demasiado especulativas, debe ser considerada con las mayores reservas.

Hay que decir, en fin, que hasta el momento no es necesariamente superior a cinco el número de las obas documentadas. Como se ha dicho, la Neápolis debe

de haber surgido en la época helenística; y la de *Arkaloi* podría ser en realidad según se ha sugerido, la de Amiclas, ya que la inscripción que la recoge fue hallada al sur de esa ciudad, y Arcalo, posible epónimo de la misma, es, de acuerdo con la tradición, uno de los hijos de Amiclas. También esta observación carece de argumentos fehacientes, pero sirve, al menos, para reforzar la conciencia de que no sabemos con certeza lo que eran las *obai* espartanas, aunque parece que se trataba de unidades divisorias de la población con base territorial.

Los ciudadanos de Esparta tenían unas instituciones sociales que regulaban su vida, prevaleciendo sobre las relaciones familiares, con el fin de que alcanzaran unas condiciones óptimas para la guerra y se consideraran siempre a sí mismos como elementos funcionales del Estado, por encima de cualquier tendencia individualista. La educación de los futuros ciudadanos, estrictamente programada, y llevada a cabo fuera del marco familiar, y la costumbre de las comidas en común, parecen recursos dirigidos a lograr ese objetivo. Sólo así un número relativamente reducido de ciudadanos podría haber mantenido durante tanto tiempo en condición servil a tantos ilotas, y bajo dominio político, a los periecos. La paradoja de Esparta consistía, sin embargo, en que, para mantener la falta de libertad de los sometidos, los propios señores tenían que perder la suya: un espartano se debía a una férrea disciplina y al servicio de los valores que le imponía la comunidad.

Parece, para empezar, que el recién nacido era examinado por la tribu para saber si merecía ser criado o bien tenía algún defecto por el cual había que rechazarlo y dejarlo morir. En caso favorable, permanecía con la madre hasta los siete años, pero durante su crianza se evitaban los mimos, porque había que prepararlo para lo que le esperaba después. Desde ese momento hasta que se convertía en adulto, el pequeño espartano vivía fuera del hogar, en grupos constituidos en función de la edad, donde, bajo unas condiciones de extrema dureza, se buscaba su endurecimiento físico y moral, sin preocuparse demasiado por el límite de la resistencia. Recibía una cierta instrucción en la música y las letras, pero lo fundamental era la prestancia física, la capacidad de moverse con el pesado armamento del hoplita y de aguantar las condiciones más adversas.

Entre los veinte y los treinta años el espartano era un soldado profesional, con una actividad y un entrenamiento exclusivamente castrenses. Luego ya se abría una etapa de mayor libertad, en la que el ciudadano atendía a su familia, a las tareas públicas que le fueran encomendadas y a la administración de su hacienda.

Tales condicionantes incidían sobre el carácter de la vida familiar, y propiciaban, a lo que parece, una mayor libertad para las mujeres. Salvo en lo que respecta al entrenamiento militar, recibían éstas una educación similar a la de los hombres. Llegado el momento, contraían matrimonio, pero ello no implicaba una limitación estricta de sus relaciones sexuales, ya que el delito de adulterio no existía como tal en Esparta. En este punto hay que admitir nuestra incapacidad para establecer precisiones y para interpretar correctamente los datos, a veces sorprendentes, que nos aportan las fuentes. Claro que se maneja la noción de hijo legítimo y de bastardo, y esa distinción tiene consecuencias en relación con la herencia, pero también se documenta una institución como la poliandria, que permitía tomar en común una sola esposa a los hijos de un mismo padre; y los lexicógrafos registran como «costumbre laconia», es decir espartana, el hecho de

que la mujer se ofreciera al huésped. No estamos en condiciones de evaluar, sin embargo, la relevancia sociológica de esos testimonios.

La información relativa a las famosas comidas comunes de los espartanos es toda ella de época clásica o posterior, pero no cabe duda de que la institución es muy antigua: como mínimo debe de proceder de la etapa en que el Estado espartano asume sus rasgos más característicos, lo que se sitúa, como más tarde, a raíz de las guerras Mesenias. Por otra parte, la existencia en la Creta doria de unas comidas en común, en este caso sufragadas por el erario público, sugiere un mismo origen para la costumbre cretense y la espartana, interpretables ambas como un rasgo de pervivencia de la mayor importancia del clan con respecto a la familia, por más que se hubieran visto hasta cierto punto transformadas en el seno de los nuevos Estados.

Aristóteles presupone, en cualquier caso, el origen ancestral de las mesas comunes espartanas cuando indica (*Política* 2.1272a) que en la época más antigua se llamaban *andreia*, como las cretenses. El término con que se las designa con más frecuencia en las fuentes es el de *phidítia*, tal vez correspondiente a la fracción social que las celebraba, si bien el más conocido es el de *syssítia*, el único que significa «comida en común». Parece que todos los ciudadanos de Esparta estaban obligados a hacer una determinada comida al día con sus compañeros de ese colectivo, y que, a tal efecto, y posiblemente también al de contribuir a la educación y mantenimiento de los niños en las escuelas públicas, debían entregar puntual e inexcusablemente una contribución en especie. Se ha supuesto que el número de miembros de un *phidítion* podía aproximarse a los quince, pero en realidad lo ignoramos; y, lo que es más importante, tampoco sabemos nada sobre la posible relación de esa unidad social con la fratría.

En lo que respecta a los derechos políticos, es seguro que en un momento dado todos los ciudadanos llegaron a disfrutarlos en unas condiciones de igualdad; por eso se llamaban los *Hómoioi*, los «Iguales».

12. PERIECOS

Los periecos ocupaban una parte muy importante del territorio del Estado, especialmente en Laconia. Eran individuos libres, aunque sin la condición de ciudadanos, que vivían en sus propias comunidades, incorporadas no sabemos cuándo, ni exactamente cómo, al estado espartano. La designación oficial de éste, que era «los Lacedemonios», incluía a los periecos, si bien el término *Spartiátai* se refería tan sólo a los ciudadanos.

Las aldeas de los periecos deben de haber sido, como mínimo, unas cien, y haber alcanzado ese *status* de forma diferente. Faris y Gerontras eran, como hemos dicho, antiguos asentamientos de Esparta semejantes a colonias. Otras comunidades pueden haber logrado esa condición gracias a haber colaborado con los espartanos o, al menos, a haber aceptado la sumisión sin resistencia; y otras, por haber contado con tierras de bajo rendimiento, o bien situadas en regiones limítrofes, con un interés estratégico. Aunque naturalmente esa hipótesis sólo tiene sentido en la idea de que la reducción de los ilotas a su *status* se haya debido a su resistencia y a la calidad de las tierras que ocupaban, lo que no es seguro.

Pero tampoco resulta probable que la filiación étnica –doria y no doria– haya sido el factor determinante para la diferenciación de los súbditos en periecos e ilotas. Una cuestión muy importante para entender la situación de los periecos es la de sus relaciones con el Estado al que pertenecían. Apenas sí tenemos información sobre eso, pero resulta significativo el hecho de que sólo una vez, que sepamos, se haya producido, antes de la liberación de Mesenia, una revuelta de periecos, que, por otra parte, correspondió a los de Mesenia, unidos en su suversión a los ilotas. O bien los periecos vivían una situación que no resultaba opresiva, o bien era el riesgo de caer en la de los ilotas, lo que impedía su rebelión.

No conocemos la existencia de tratados que regularan las relaciones de los periecos con los espartanos, pero tampoco tenemos la menor constancia de que pagaran tributos, aunque debían una prestación militar, y se les pueden haber exigido contribuciones extraordinarias. Da la sensación de que en sus comunidades se administraban con autonomía. Jenofonte (*Hel.* 5.3.9) y Plutarco (*Cleón.* 11) afirman que había individuos nobles entre los periecos, y algunos, desde luego, eran ricos; lo suficiente, cuando menos, para participar en los concursos atléticos panhelénicos y para integrarse como hoplitas en el ejército. Es, además, prácticamente seguro que tenían esclavos privados; no consta que estuviera prohibido adquirirlos, y existen testimonios sobre esclavos de áreas de periecos que es más verosímil adscribir a los propios periecos que a los espartanos.

Desde el momento en que la actividad de los ciudadanos de Esparta se vio orientada hacia la prestación militar, con la prohibición de ejercer oficios lucrativos, es de suponer que fueran los periecos quienes asumieran la producción artesanal y el comercio interno, lo que hace probable que se integraran en el sistema económico del estado en una situación de equilibrio. Tal vez, incluso, la sumisión a Esparta mantenía en esas comunidades una estabilidad interna que no habrían conservado si hubieran sido independientes; de suerte que no es improbable que sus elementos dirigentes hayan llegado a una conjunción de intereses con los espartanos favorable al mantenimiento del *status*; a fin de cuentas, los ciudadanos del Estado vivían en unas condiciones quizá no envidiables para las pequeñas élites dominantes de las comunidades periecas, que, por otra parte, se hicieron cada vez peores cuando la tendencia a la acumulación de la propiedad de la tierra vino a alterar de forma significativa la situación privilegiada en que había colocado a los espartanos en general la conquista de Mesenia.

Algunos historiadores han considerado que los periecos tenían una situación en cierto modo semejante a la de los Aliados, entendiendo que el *status* de aquéllos pudo haber servido de modelo para la constitución de la Alianza Espartana. Y, en ese sentido, se ha supuesto que el ejército del Estado era en realidad el de sus ciudadanos, de suerte que los periecos habrían sido llamados a filas de modo eventual y subsidiario, aunque en esos casos tuvieran la obligación inexcusable de acudir. No podemos establecer esos detalles, pero, en cualquier caso, la convivencia entre los periecos y los Espartanos parece haber sido buena.

13. ILOTAS

Constituían el elemento social verdaderamente oprimido del Estado espartano, aunque nuestro conocimiento sobre ellos es también muy precario. La dificultad

de definir su *status* aparece ya en los antiguos, que no podían establecer si se trataba de libres o esclavos. Es significativo el hecho de que Aristóteles, que admitía la esclavitud como una institución genuina de las comunidades humanas, encontraba, sin embargo, en el ilotado uno de los elementos más negativos del sistema de Esparta (*Pol.* 1269); posiblemente era su elevado número frente al de los espartanos, y el hecho de que se consideraran, al menos los de Mesenia, como una comunidad natural a la que se negaba el derecho a formar un Estado, y a la que se mantenía en una situación vejatoria y opresiva, lo que los apartaba de los esclavos comunes.

En el siglo II a.C. Aristófanes de Bizancio atribuyó a los ilotas y a algún otro tipo de cultivadores sometidos de Grecia un *status* intermedio entre los libres y los esclavos. La mayor parte de las fuentes los asimilan a los esclavos, aplicándoles los términos de *doúloi*, *oikétai* o *andrápoda*, que corresponden a éstos. Y, en una aproximación más especulativa, el oligarca Critias parece haber afirmado que en Esparta se podía encontrar a los más libres y a los más esclavizados de todos los griegos; con la primera afirmación, Critias se refiere, sin duda, a los ciudadanos espartanos, que no tenían que «trabajar» para asegurarse el sustento, y, con la segunda, a los ilotas, pero no sabemos si quiere decir que eran ésos los esclavos que vivían en las peores condiciones o bien los libres más esclavizados, aunque esto último parece lo más verosímil.

Los ilotas estaban vinculados a la tierra que trabajaban, y, a través de ella, al ciudadano de Esparta que la tenía adjudicada. Su señor no podía ni venderlos ni manumitirlos, pero tampoco los vendía el Estado, aunque excepcionalmente los liberaba de su condición. Vivían con sus propias familias –lo que explica que hayan seguido reproduciéndose con normalidad, a diferencia de los esclavos, que apenas tenían hijos–, no sabemos si en viviendas dispersas o bien en pequeñas aldeas, lo que resulta más probable. Suponemos que, al igual que los siervos cretenses, podían poseer sus propios ganados.

Es difícil valorar las condiciones económicas de los ilotas, porque los testimonios al respecto, además de escasos, no son concordantes. Un pasaje de Tirteo (Fr. 5 Diehl) establece que tenían que entregar a su señor la mitad de todo lo que producían las tierras que cultivaban, pero no sabemos si esas condiciones, que deben de corresponder en concreto a los ilotas mesenios después de la primera guerra, eran comunes a todos los ilotas y se mantuvieron en las etapas siguientes; en cualquier caso, otras fuentes parecen indicar que la cantidad a entregar era fija, no proporcional a lo obtenido. La referencia de Plutarco a la renta producida al ciudadano por su tierra (*Lic.* 8.4) podría servir para calcular la carga que soportaban los ilotas, pero nos faltan datos básicos al respecto, como lo son el tamaño de las haciendas, el número de ilotas que tenían que vivir de ellas, la posibilidad de completar su dieta por otras vías, etc. Ni siquiera sabemos si esa cantidad señalada por Plutarco era la producción total, de la cual recibían los ilotas una asignación para el sustento, o bien la parte que entregaban al señor. Lo que sí parece claro, a partir de su cotejo con la que debía aportar al *phidítion* el ciudadano, es que éste se beneficiaba de un importante excedente de la producción de los ilotas; porque no sabemos de la existencia de otras contribuciones debidas al Estado, y, además, la correspondiente al *phidítion* parece demasiado grande para la comida de una sola persona, de donde se ha deducido que podría

servir también para costear las comidas de los niños, que era el gasto público verdaderamente importante.

Se supone que el número de ilotas correspondientes a cada hacienda era variable, puesto que parece que se trataba de familias naturales de adscripción permanente. Heródoto dice (9.10) que en la batalla de Platea cada uno de los cinco mil soldados espartanos presentes estaba atendido por siete ilotas; por lo tanto, si excluimos a las mujeres, a los niños y a los viejos, la cifra total debería pasar de los cien mil, pero, lo probable es que fueran bastantes más, pues cabe pensar que no se movilizara a todos los varones adultos. Lo que está claro es que el número de los ilotas multiplicaba varias veces el de los espartanos.

Es probable que no fuera sólo la sumisión política, la falta de derechos y la carga económica lo que fomentaba en los ilotas el odio hacia sus señores, sino también la miseria en términos absolutos. Varias veces se revolvieron, sin éxito, contra sus dominadores, que vivían, al parecer, atentos y vigilantes en todo momento. Dice Plutarco (*Lic.* 28) que cada año los Eforos les declaraban formalmente la guerra, a fin de poder matarlos sin juicio alguno y sin cometer crimen. Y también se registra en las fuentes una institución singular, la *krypteia* o *krypté*. Plutarco (*Lic.* 28 y 611.10 Rose), que atribuye su creación a Licurgo, constatando expresamente que se mantenía en su época, explica que salían los jóvenes, armados de puñales, y se distribuían por el territorio, separados unos de otros, con el alimento necesario para vivaquear durante un tiempo; por el día permanecían ocultos, pero, al llegar la noche, salían y mataban a los ilotas que encontraban, a veces a los más fuertes y poderosos. Esa práctica se ha identificado como un rito iniciático ancestral que deberían cumplir con éxito, y a riesgo de sus vidas, los jóvenes en situación de alcanzar la mayoría de edad. Entre los atenienses hay huellas de algo similar, aunque hubiera dejado de practicarse en la época histórica, entre otras cosas porque ya no había enemigos del tipo de los que habían justificado la existencia de esas prácticas. En Esparta, sin embargo, la existencia de los ilotas parece haber propiciado su mantenimiento, el cual ayuda, por otra parte, a perfilar los verdaderos lazos que unían a los ilotas con sus señores; para éstos, los ilotas, o una parte de ellos, eran enemigos subyugados, frente a los cuales no existían deberes de piedad. Se ha supuesto, sin embargo, que en la vida cotidiana las condiciones no fueran tan duras y que hayan tenido una tendencia a mejorar con el tiempo.

De todo lo dicho se deduce la dificultad que presenta para el historiador la tipificación del ilotado como *status*. Por el hecho de no ser vendidos y de vivir a parte, con sus respectivas familias, los ilotas se diferencian de los esclavos; por su dependencia formal del Estado se aproximan a los esclavos públicos; por su dependencia *de facto* de un particular, a los privados; y por su *status* jurídico, a los prisioneros de guerra. Parecen, con todo, asimilables a otros cultivadores de ciertas regiones de la Grecia eolia y doria, que tampoco son ni libres ni esclavos. Muy poco sabemos de ellos por desgracia, aunque al igual que los ilotas, podría aplicárseles la vaga etiqueta de «siervos agrícolas». Se trata, al parecer, de un sector de la población del Estado diferenciado de los demás no sólo en términos políticos, económicos y jurídicos, sino también en términos étnicos, por lo que se supone que sea una población sometida por otra más fuerte que hubiera ocupado después el territorio. Los *penestai* de Tesalia y los *gymnétes* de Argos, a más de

los siervos cretenses, pueden haber tenido esas características, que se encuentran eventualmente en la población indígena de alguna colonia de fundación doria.

Esto nos lleva a la cuestión del origen del ilotado, que no está claro, en razón, sobre todo, de la doble pertenencia, mesenia y laconia de los ilotas. La mayoría eran de Mesenia, y su situación podría explicarse por el simple derecho de conquista, derivado de las guerras Mesenias, pero sobre los de Laconia no sabemos nada. Parece que se concentraban sobre todo en la llanura de Helos, en el bajo Eurotas, que era la región más fértil de Laconia. Cabe suponer también que haya una relación entre el término que los designa y el topónimo *Helos*, pero no es menos cierto que ambos podrían derivar de una raíz verbal griega que significa «capturar», lo que haría ese sentido extensivo a otras zonas. Y la cuestión se complica porque no sabemos cuándo conquistaron los espartanos la llanura de Helos; si, como creía Helánico (*Fr. Gr. Hist.* 4F 188), fue la primera zona que se sumó al territorio inicialmente ocupado, es posible que se estableciera allí por primera vez la fórmula de obligar a los vencidos a permanecer en sus tierras y a cultivarlas en beneficio de los conquistadores, no bajo una forma de prestación tributaria, que es en general la más común, sino por el sistema de asignarla por lotes a particulares. Ese primer ensayo podría haber proporcionado el modelo para nuevos territorios y, en especial, para Mesenia. El problema es que tal hipótesis no explica, al menos de forma obvia, el origen de los ilotas correspondientes a las tierras próximas a la ciudad de Esparta, las que venían siendo cultivadas, es de suponer, por los espartanos antes de cualquier movimiento expansionista. Si el *status* tuvo su origen en Helos, tal vez fueran deportados cultivadores hacia las otras zonas, pero caben otras posibilidades teóricas, y carecemos de toda información. No sabemos, en suma, si los espartanos se vieron desde un principio liberados de las tareas de producción porque los primeros lotes de tierra tenían ya la correspondiente dotación de cultivadores sometidos, o, por el contrario, esa situación se configuró a raíz de la primera expansión territorial importante.

14. LA IGUALDAD DE LOS ESPARTANOS Y LA TENENCIA DE LA TIERRA

Es ésa una de las cuestiones más espinosas de la historia primitiva de Esparta, porque es también una de las que se han visto más afectadas por la distorsión de la imagen espartana operada en la Atenas de la época clásica, y, poco después, en la propia Esparta, según se ha indicado más arriba. Si hubiéramos de tomar al pie de la letra lo que dice Plutarco al respecto (*Lic.* 8), habría que creer que Licurgo, el legislador espartano, había convencido a sus conciudadanos para dividir todo el territorio en lotes iguales, distribuidos luego entre ellos, de tal manera que pudieran vivir en un nivel económico similar; pero no se puede tomar, ni mucho menos, tal afirmación al pie de la letra.

Puntualicemos, para empezar, que el modelo de igualdad económica atribuido a los espartanos no era comunista, porque no se basaba en una explotación colectivista de las fuentes de riqueza, con la subsiguiente redistribución del producto. El ciudadano percibía la renta de su hacienda directamente de sus cultivadores y luego debía entregar de ella a su grupo social la cuota establecida. Parece que era responsable personal de su contribución, hasta el punto de que,

si no la entregaba, podía perder sus derechos e incluso el lote asignado; ello implica que debía estar en cierto modo pendiente de la administración del mismo. Sobre la igualdad de los lotes de los espartanos, los denominados *kleroi*, tampoco hay ninguna certeza. La idea, aparentemente asumida por Platón y por Isócrates, de que se hubieran mantenido unos lotes iguales desde el momento de la implantación de los espartanos en el territorio es por principio insostenible, y sobre el supuesto *anadasmós* o «redistribución» atribuido a Licurgo no contamos con información fidedigna. Sí hay indicios de la existencia de conflictos en fuentes tan fiables como lo es Tucídides, quien afirma que la *stásis* –el enfrentamiento interno– duró en Esparta más que en otros lugares; pero es probable que se haya solucionado con las tierras de Mesenia, o bien que la haya propiciado un reparto desproporcionado de esas tierras, que hubiera luego de ser enmendado, dando quizá esa circunstancia origen al mito del *anadasmós*.

Lo verdaderamente significativo es que las fuentes literarias son unánimes en constatar la existencia de ricos y pobres en Esparta desde la época arcaica; además, la evidencia arqueológica la corrobora, por así decirlo, a partir del siglo VIII, y la epigrafía, desde mediados del VII. Parece que a comienzos del siglo IV a.C. el éforo Epitadeo logró establecer una *réthra*, es decir, una ley, en virtud de la cual se podía donar en vida o transmitir por vía testamentaria el *kléros* a quien se deseara. No vamos a tratar ahora los posibles motivos de esa medida, que sin duda son función de las circunstancias peculiares que en el orden interno afectaban a Esparta en esa época, pero sí hay que decir que para el común de los historiadores la diversificación patrimonial por vía de acumulación de los *kléroi* habría empezado a producirse bastante antes.

La cuestión de si hubo o no una aristocracia en Esparta ha divido a los historiadores modernos. De acuerdo con la constitución espartana, todos los ciudadanos eran iguales, de donde la denominación de *Homoioi* que se les aplica, pero es probable que esa situación no sea anterior al final de las guerras Mesenias; que haya sido el resultado de una especie de revolución, en la que se adoptaran medidas para asegurar un lote de tierra a cada ciudadano. Esta hipótesis estaría en consonancia con la noticia de Tucídides sobre la *stasis* y con la afirmación de Aristóteles –generalmente bien informado– en su *Política* (3.136b) en el sentido de que algunos habían sufrido a consecuencia de la guerra con Mesenia y reclamaban una redistribución de la tierra, que se pone en relación, a su vez, con un poema de Tirteo titulado *Eunomía* («buena distribución»). Ello implicaría que, aun en el caso de haber nacido la comunidad espartana en unas condiciones de igualdad derivadas del reparto equitativo de la tierra entre los primeros habitantes, la subsiguiente integración de elementos no privilegiados y la primera expansión territorial habían dado lugar al desarrollo de una aristocracia fundiaria semejante a la de otros Estados griegos de la época. Un reparto no equitativo del botín en las guerras Mesenias habría acentuado esa tendencia a la diferenciación social, pero también habría creado un conflicto, debido al sacrificio que exigieron al común de los ciudadanos y al protagonismo de la masa en la nueva forma de lucha. La resolución de ese conflicto a través de medidas políticas y económicas importantes pudo dar su forma definitiva al Estado espartano.

Esa reconstrucción de la trayectoria espartana durante la época arcaica, con ser la más verosímil, se aparta, sin embargo, de la tradición contenida en Plutarco,

que sospechamos está contaminada. En el capítulo octavo de su *Licurgo* afirma Plutarco que el legislador había distribuido las tierras de los espartanos en nueve mil lotes, adjudicados a otros tantos ciudadanos (o bien se habían producido dos distribuciones sucesivas, llevadas a cabo, respectivamente, por Licurgo y por el rey del siglo VII a.C. Polidoro), y el resto del territorio en treinta mil, asignados a los periecos. A su vez, el mismo autor precisa en su *Agis* que, queriendo volver al sistema de Licurgo, el rey reformador se dispuso a dividir la Laconia central en cuatro mil quinientos lotes para los verdaderos espartanos, y el resto en quince mil para los demás habitantes del Estado que podían servir en el ejército. Sin embargo, no hay constancia alguna de que en la época arcaica los espartanos hayan intervenido en las tierras de los periecos, y, además, la datación más probable de Licurgo es anterior a la conquista de Mesenia. Parece, pues, que toda esa historia pertenece a la recreación de la figura de Licurgo llevada a cabo en el siglo IV a.C. con vistas a otorgar una legitimidad a las reformas que se pretendían: los lotes antiguos duplicaban su número porque se entendía que en aquel momento Esparta contaba con el territorio de Mesenia. Y se llevaba asimismo hasta nueve mil la cifra de los antiguos ciudadanos, lo que resulta inverosímil, si, como afirma Heródoto (7.234), la Esparta del 480 a.C. contaba ocho mil, ya que durante el siglo VI a.C., época del mayor esplendor económico del Estado, debe de haberse producido un crecimiento demográfico.

Así, pues, los historiadores modernos tienden a considerar que la igualdad patrimonial de los espartanos no era más que un mito creado en el siglo IV, que servía de base a las utopías políticas, y de justificación, dentro de la propia Esparta, para los intentos de reforma. Pero también se cree que, cuando se estableció el sistema dirigista que controlaba la vida de los ciudadanos, impidiéndoles dedicarse a actividades lucrativas y exigiendo de ellos unas prestaciones tan duras, se arbitró también un procedimiento para que cada uno de ellos tuviera un lote de tierra que le proporcionara los recursos necesarios. Sin embargo, las noticias al respecto son poco claras. Dice Plutarco (*Lic.* 16) que los recién nacidos eran examinados por los ancianos de la tribu, y, al que encontraban fuerte y bien formado, ordenaban que se le criara, atribuyéndole un *kleros* de los nueve mil; pero eso es difícil de aceptar, entre otras cosas porque, en tal supuesto, la disponibiidad de un *kleros* vacante por parte del Estado tendría que haber sido un criterio restrictivo con respecto a la crianza, lo que no dice Plutarco ni consta en fuente alguna. Además, tiene más sentido suponer que la adjudicación se hiciera al llegar el ciudadano a la mayoría de edad, o al momento de constituir una familia, es decir, cuando empezaba a tener que contribuir al *phidition* y cuando tenía capacidad para administrar la hacienda.

Por otra parte, aunque sabemos poco sobre le ley de sucesión en Esparta, parece que la tenencia del *kleros* era hereditaria, de modo que no siempre sería necesario dotar con ese patrimonio a los nuevos ciudadanos. A su vez, la alusión a la poliandria indica que a veces los hijos heredaban *pro indiviso* el dominio paterno. Pero la cuestión fundamental es la de saber si los *kléroi* eran acumulables, y por qué vías podían unos ciudadanos poseer más tierras que otros, que es lo que parece haber ocurrido. Aristóteles, cuyo silencio en la *Política* sobre esa supuesta igualdad de los espartanos se considera como uno de los argumentos más fuertes en contra de la misma, dice, en uno de los pocos fragmentos que se conservan del tratado perdido sobre la constitución espartana (*Fr.* 611, 21 Rose),

que entre los lacedemonios se consideraba vergonzoso vender la tierra, y que, por lo que respecta al lote antiguo, no era posible hacerlo. Cabe suponer que los lotes antiguos, las *archaiai móirai*, eran los *kléroi*, constituidos en uno o en varios momentos –pero en todo caso en la época en la que se presionaba por la concesión a todos los ciudadanos de una hacienda capaz de subvenir dignamente a sus necesidades–, que pudieron permanecer inalterados en un sentido puramente catastral, aunque llegaran a acumularse en la práctica. Pero lo más importante de ese pasaje aristotélico es la distinción que establece entre los lotes antiguos y el resto de la tierra del Estado, lo que indica que al margen de las asignaciones de lotes, cualesquiera que fuesen, los ciudadanos podían incrementar sus respectivos patrimonios con tierras que se vendían libremente, aunque estuviera mal visto el hacerlo. No sabemos hasta qué punto esa situación tenía su origen en la época arcaica, pero nada impide suponer que, en efecto, lo haya tenido.

El hecho es que la posibilidad de donar en vida o legar por vía testamentaria el *kléros* a quien se quisiera –que daba pie a una venta encubierta–, combinada con la alienabilidad de las demás tierras, debe de haber posibilitado una diferenciación patrimonial entre los espartanos, tanto más cuanto que la tierra era la única fuente de recursos que no les estaba vedada, y, habida cuenta, de la responsabilidad que pesaba sobre el ciudadano de detraer de las rentas de su *kléros* la contribución exigida. La tendencia a la reducción del número de los ciudadanos de Esparta que se aprecia en la época clásica podría estar en consonancia con la dificultad de obtener un *kléros* del Estado, debido a la acumulación de la tierra por un número de personas cada vez menor.

15. LICURGO Y LA RETRA

De un modo general, los antiguos atribuían a un personaje llamado Licurgo todo el orden político y social de los espartanos: la constitución, la división de la tierra en lotes iguales, el sistema educativo y la normativa reguladora de las conductas dentro de la sociedad. Licurgo aparecía al mismo tiempo como fundador y como reformador del Estado, sin una ubicación cronológica cierta ni siquiera aproximada; hasta tal punto que, según Plutarco, el historiador Timeo suponía la existencia de dos personajes de igual nombre que hubieran vivido en épocas diferentes. La mitificación del legislador y las dificultades que planteaba la reconstrucción de su vida y de su obra hacen a Plutarco comenzar su biografía con estas desalentadoras palabras: «Nada en absoluto se puede decir que no esté sujeto a dudas acerca del legislador Licurgo».

De ahí que los historiadores modernos se hayan mostrado en ocasiones escépticos sobre la historicidad de Licurgo. Heródoto (1.65) nos transmite las palabras que le habría dirigido la Pitia délfica cuando acudió a consultar el oráculo, y en ellas se plantea la duda sobre si es Licurgo un hombre o un dios, inclinándose a favor de esta última alternativa; por eso algún historiador moderno ha admitido que pudo haber sido, en efecto, un dios. También se le ha considerado como un héroe legendario, y, en cualquier caso, se ha insistido en la idea de que su historicidad no puede ser probada, así como en el hecho de que se separa del común de los legisladores griegos al no haber producido leyes escritas. Cabe la posibilidad, con todo, de que detrás de esa figura mítica, a la cual atribuyeron los

espartanos sus instituciones más peculiares, se esconda un personaje histórico de especial relevancia en la configuración del Estado; ello aconsejaría situarlo en el siglo VIII a.C. que es, con gran probabilidad, cuando los espartanos constituyeron una *pólis* propiamente dicha y hubieron de adaptar sus modos ancestrales de regirse a la nueva realidad política. La supuesta conexión de esas leyes con las que diera Zeus en Creta al mítico legislador Radamantis, la intervención del oráculo de Delfos en el proceso y la propia idealización de la figura de Licurgo tenderían a otorgar una sanción de legitimidad a la nueva normativa.

Dice Plutarco (*Lic.* 6) que Licurgo llevó a Esparta desde Delfos un vaticinio al que se llama *rhetra*, cuyo texto recoge a continuación; y que los reyes Polidoro y Teopompo le añadieron luego una frase, la que modernamente se conoce como Adición a la Retra. Unos versos de Tirteo, citados por el propio Plutarco y por Diodoro de Sicilia, presentan un contenido similar, que en todo caso es de carácter constitucional. Esos documentos, por demás breves, constituyen la única evidencia directa sobre las instituciones políticas espartanas en la época arcaica, y de ahí su excepcional interés; pero tienen muchos puntos enigmáticos y se han convertido en un verdadero desafío para los historiadores modernos, que no han encontrado el modo de cerrar las varias cuestiones que suscitan, entre ellas nada menos que la relativa a la autenticidad de los textos.

El primer problema es la valoración semántica del término *rhetra*, de suyo ambiguo. Aunque está claro que su valor funcional es el equivalente a «ley», su significado literal de «cosa dicha» deja abiertas una serie de alternativas sobre el sentido original, que tienen que ver con la naturaleza de esa ley: «revelación oracular», «dictamen», «acuerdo» o incluso «pacto o contrato» son posibles matices que han dado pie a interpretaciones divergentes. Así, ha habido quien ha entendido que la Retra reflejaba la creación del Estado espartano a través de un pacto de unificación, suscrito, bien por las pequeñas aldeas que llevaron a cabo el sinecismo, bien por la aristocracia y los reyes. Sin embargo, la puntualización de Plutarco (Lic. 13), que depende de Aristóteles, en el sentido de que Licurgo había dado a sus leyes el nombre de *rhetrai* «como decretadas por los dioses y como sus oráculos» ha llevado a otros a considerar la Retra como un oráculo, que habría determinado la configuración constitucional del Estado espartano; y ambas alternativas se combinan en cierto modo en la interpretación según la cual la tradición posterior habría atribuido un carácter oracular a una constitución elaborada en realidad por los ciudadanos. No estamos en condiciones de dilucidar esa cuestión, que se ve implicada en la de la autenticidad de la Retra y en la de la historicidad de Licurgo: si el documento es genuino y si en verdad actuó un legislador en su elaboración, resulta verosímil que se presentara como un oráculo, pues de ese modo lograba una autoridad que favorecía su aceptación. Hay que decir que el hecho de que la información de Plutarco sobre la Retra proceda de la *Lakónon Politeía* de Aristóteles, es decir del tratado elaborado en su escuela sobre la constitución espartana, unida a las menciones arcaicas que se contienen en el texto, difícilmente atribuibles a un falsario de época clásica, abogan en favor de la autenticidad del documento, por más que la versión recibida del mismo haya podido ser conscientemente adulterada o haya sufrido corruptelas en el curso de su transmisión.

Para quien admite la autenticidad de la Retra, se plantean, entre otros problemas, el de su datación. Hoy por hoy resulta muy difícil admitir conforme a la

tradición antigua, que la obra de Licurgo haya tenido lugar entre los siglos X y IX a.C. Incluso la datación de finales del siglo IV a.C., que es la de Tucídides, resulta demasiado temprana, en la medida en que la Retra parece reflejar la constitución del Estado nacido de un sinecismo que no debe de haberse producido antes del siglo VIII a.C. A su vez, la falta de mención de los éforos por parte del documento sugiere que haya sido elaborado en un momento en que esos magistrados no tenían demasiada importancia: antes quizá del 754 a.C., en que empiezan a dar su nombre al año.

Sin embargo, para algunos historiadores, la Retra reflejaría una reforma de la primera constitución, llevada a cabo a mediados del siglo VII a.C., en que podría haberse producido una presión del pueblo sobre las instituciones, apadrinada por el rey Polidoro. Pero esa argumentación es demasiado especulativa: depende de una interpretación peculiar de la evidencia que proporciona Pausanias sobre el reinado de Teopompo y Polidoro.

El texto de la *Retra*, tal y como lo conservamos, comienza aludiendo a la creación de un santuario en honor de Zeus y de Atenea, inspirada, suponemos, por el oráculo de Delfos; también en Atenas tenían ambos dioses un templo conjunto, el Paladio, donde se reunía el tribunal de los Efetas para juzgar los homicidios de su competencia. Es probable que ese nuevo culto esté destinado a proteger al Estado recién constituido, con sus nuevas instituciones, pues sabido es que la pareja Zeus-Atenea simboliza y protege las relaciones humanas presididas por la justicia. Esa noción, desarrollada en la época arcaica, vendría a sumarse, aunque de un modo independiente, a la protección sobre la ciudad ejercida desde antiguo por su divinidad tutelar, que en Esparta como en Atenas es la diosa Atenea, entronizada en un templo de la acrópolis.

Sigue una alusión a las tribus y a las obas, que implica probablemente un reconocimiento más que una orden de creación de esas grandes divisiones del cuerpo de los ciudadanos, ya que, en caso contrario, parece que habría debido establecerse su número, como se hace con los miembros de la Gerusía; y tampoco hay, por otra parte, evidencia sobre nuevas tribus en Esparta. A continuación, hay una referencia a la institucionalización del consejo espartano, la Gerusía, en la forma en que lo conocemos por otras fuentes: se fija el número de sus miembros en treinta, indicando que ese colectivo incluye a los *archagétai*, los dos reyes de acuerdo con la glosa del propio Plutarco. Tal consejo debe de ser creación del nuevo Estado, llamado a sustituir a los primitivos consejos tribales que suponemos existían en las comunidades integradas en el sinecismo. El punto siguiente se refiere a la asamblea de ciudadanos, llamada en Esparta *Apélla*: es de suponer que, como antes, haya estado abierta a todos los ciudadanos, por lo que no se dice nada sobre su composición, pero la probable convocatoria irregular de la misma correspondiente a la etapa anterior, parece ahora sustituida por unas reuniones periódicas –mensuales, ya que sabemos que esas asambleas se celebraban en el plenilunio– en un lugar fijo. Da la sensación de que la Retra convierte a la asamblea en un verdadero órgano constitucional, mucho más importante de lo que lo había sido previamente, pero, por desgracia, a partir de aquí el texto se muestra elusivo. La primera frase alude a la introducción de las propuestas: no está claro si quien debe hacerlo es el Consejo o la Asamblea, aunque los historiadores se inclinan a favor de la primera alternativa. La segunda parece referirse

a la disolución de la Asamblea, que correspondería a la propia Gerusía, si bien no es seguro que tal interpretación sea la correcta. Finalmente, la última frase presenta un texto con seguridad corrupto, donde tal vez se otorgaba al pueblo, es decir, a la Asamblea, el poder de decisión sobre las propuestas, ya que ésa es la idea que aparece en el penúltimo de los versos alusivos a la Retra que Diodoro Sículo atribuye a Tirteo.

La cláusula que presenta Plutarco como una Adición a la Retra ha sido aceptada como tal por la mayoría de los historiadores modernos; sin embargo los que atribuyen una fecha avanzada al primer documento identifican la Adición como una parte originaria del mismo. Pero lo más lamentable es que el sentido de la Adición no resulta claro, y se muestra difícil de conciliar con el de la Retra. Para Plutarco, la Adición se habría hecho necesaria porque, al amparo de la Retra, el pueblo «distorsionaba y transformaba las propuestas, quitando y añadiendo cosas». Es decir, que la cláusula complementaria otorgaría al Consejo la capacidad de disolver la Asamblea cuando en la discusión de una propuesta se introdujera alguna modificación sobre la misma. El problema es que esa facultad parece, como se ha dicho, establecida en la propia Retra, lo que haría superflua la Adición; y, además, el texto de esta última no resulta muy adecuado para expresar esa noción, ya que el supuesto que contempla es más bien el de la orientación del debate hacia la votación de una propuesta contraria a derecho. Tampoco queda claro, por otra parte, si la disolución de la Asamblea colapsaba definitivamente la decisión a tomar, lo que no sería grave en casos de propuestas de modificación de las leyes, pero sí en los que se plantearan cuestiones de gestión. Y se ha hecho notar asimismo que la posibilidad de cortar un debate a su entero albedrío otorgada al Consejo habría reducido a unos mínimos la soberanía popular. Es posible, en suma, que la Retra haya pretendido proteger al Estado contra la influencia de los demagogos con algún recurso constitucional que no implicara en realidad una merma de la soberanía del pueblo, pero el texto recibido no permite establecer detalles sobre el mismo.

16. INSTITUCIONES POLÍTICAS

El sistema constitucional de los espartanos se había desarrollado, como en otros Estados griegos, a partir de un arquetipo ancestral que presuponía una distribución del poder político, *de iure* o *de facto* entre la Asamblea de los ciudadanos –todos los varones adultos–, el Consejo de ancianos y unas figuras políticas a las que se encomendaban funciones específicas y que eventualmente podían aproximarse a lo que se entiende comúnmente por un rey al igual que a lo que solemos identificar como un magistrado. Había, así, en Esparta dos figuras regias de carácter hereditario y atribuciones militares; un cuerpo de cinco magistrados de mandato anual y competencias civiles, denominados *éphoroi*; un consejo, la *Gerousía*, integrado por los dos reyes más ventiocho ciudadanos de al menos sesenta años, elegidos con carácter vitalicio; y una asamblea, la *Apélla*, abierta a todos los ciudadanos, que eran los varones adultos.

Se dice que Esparta se había singularizado entre los Estados griegos más avanzados por su conservación de la institución regia, pero también hay que admitir que los reyes espartanos se apartaban del común de los reyes por un

rasgo que los aproximaba a los magistrados: la colegialidad. Porque, al margen de que la realeza fuera allí hereditaria y vitalicia, lo cierto es que los reyes eran dos, que ejercían simultáneamente sus poderes y mandaban el ejército a la par, hasta un momento en que los inconvenientes de esa paridad movieron a los espartanos a designarlos individualmente para las campañas. Por lo demás, los reyes de Esparta tenían importantes privilegios, pero, en lo que respecta a su ejercicio del poder, estaban muy condicionados por la supervisión de los éforos y por la responsabilidad a la que tenían que hacer frente ante el Consejo, que podía incluso condenarlos a muerte. Y, aunque había dos casas reales que monopolizaban la sucesión regia, parece que la investidura del nuevo rey dependía en alguna medida de la aceptación de la comunidad, a través de sus órganos políticos más representativos. Para algunos historiadores los reyes espartanos habrían sido más bien una especie de magistrados militares.

La tradición heroica atribuía la diarquía espartana a un parto de gemelos que habría tenido la esposa del rey Aristodamo, conquistador del territorio, la cual se habría negado a identificar al nacido en primer lugar, debiendo, en consecuencia reinar conjuntamente Eurístenes y Procles y sus respectivas descendencias. Sin embargo, los reyes espartanos pertenecían a familias distintas, que tenían sus lugares de enterramiento por separado, en Pitana los Agíadas y en Limnas los Euripóntidas. La primera dinastía parece más antigua, y, en general, hay razones para sospechar que la diarquía no era originaria; incluso la conexión con los hijos de Aristodamo que aparece en las listas de reyes transmitidas por las fuentes podría ser secundaria, es decir, imaginada para justificar el monopolio de la sucesión regia ejercido por esas dos familias frente a otras dorias o descendientes también de Heraclidas. La realidad es que esas listas, que presentan, además, discrepancias en Pausanias frente a Heródoto, han sido consideradas desde antiguo con escepticismo por varias razones: la sucesión perfecta de padre a hijo que se establece en ellas es un tanto inverosímil, pero lo es mucho más la equivalencia numérica entre las dos dinastías, siendo como era vitalicio el mandato de los reyes espartanos.

Sobre el origen de la diarquía se han adelantado hipótesis explicativas muy diversas, lo que de suyo indica que no podemos establecerlo con un mínimo de certidumbre. Lo más probable es que tenga que ver con el sinecismo por el que se configuró el Estado espartano, que no habría logrado postergar a las dos familias más poderosas de los núcleos primitivos de población, acaso ya por entonces aglutinados en dos unidades. De todas formas esos reyes tenían muy recortados sus poderes y dignidades en el seno del Estado no sólo por el hecho mismo de su duplicidad sino también por su integración en el Consejo en paridad con los demás consejeros y por su sumisión a los poderes públicos.

Los intentos, formulados por distintos historiadores, de explicar la diarquía espartana por referencia a una dualidad étnica, o bien a la división tribal, no resultan convincentes, debido a nuestra ignorancia sobre el carácter de la integración étnica y sobre la distribución de las tribus. Insistimos en que la hipótesis más viable parece la de hacer arrancar la diarquía del momento en que las comunidades de Pitana y de Limnas se unieron para formar la *pólis* de Esparta: Arquelao y Carilo, cuyos reinados coinciden poco antes de la mitad del siglo VIII a.C. y que además son las primeras figuras a las que se adscriben hazañas concretas, podrían haber sido también los primeros correyes.

Sobre los poderes de los reyes espartanos contamos con la información de Heródoto (6.56-57). La constitución les otorgaba el mando supremo del ejército, y parece que inicialmente tenían facultades para declarar por sí mismos la guerra; sobre la conducción de la misma eran plenipotenciarios, aunque, al menos desde cierto momento, se encontraban vigilados en campaña por los éforos, a consecuencia de cuyos informes podían ser llamados a comparecer ante el Consejo. Cuando, a raíz de la defección de Damárato, decidieron los espartanos que fuera un solo rey el que en adelante estuviera al frente de cualquier operación militar, la Asamblea designaba a uno de ellos para el mando, después de haber decidido una declaración de guerra; incluso el reclutamiento era llevado a cabo por los éforos. Con todo, las atribuciones de los reyes en campaña les permitían ganarse la adhesión de las tropas, que en definitiva eran quienes componían mayoritariamente la Asamblea; tal implicación del poder militar con el poder político explica un protagonismo como el alcanzado por Cleómenes, a pesar de la fuerte oposición con que contaba.

Al margen de lo referente al ejército, los reyes conservaban una cierta jurisdicción en el derecho de familia relativo a las herencias, y en materias religiosas, como las relaciones con el oráculo de Delfos. Esos poderes residuales se veían complementados con una serie de privilegios en las mesas y en el reparto del botín, que contribuían a mantener su dignidad.

Aristóteles, en su *Política* (5.1313a), adscribe al rey Teopompo la creación del eforado, lo que se ve secundado por otras fuentes posteriores, entre ellas Plutarco (*Lic.* 7); Heródoto, por el contrario, (1.65), con algún otro autor anterior también a Aristóteles, la atribuyen a Licurgo. Ambas tradiciones podrían obedecer a esa tendencia de los antiguos a vincular las innovaciones transcendentales a las grandes figuras, aunque pudiera ser que en el reinado de Teopompo los éforos, que en todo caso existían ya, hubieran adquirido los poderes más característicos. El hecho es que, a partir del 754 a.C., se inicia la lista de éforos epónimos, y esa fecha precede en tres décadas al reinado de Teopompo. Es probable que el cuerpo de los éforos se haya constituido en su número de cinco, que posiblemente coincidía con el de las obas, en el momento en que empezaron a dar, como los arcontes en Atenas, su nombre al año, pero no sabemos si existían con anterioridad, y, en caso afirmativo, cuál era su número y cuáles sus funciones. El mayor problema es que casi toda la información que tenemos sobre los éforos corresponde a la época clásica.

El autor de la *Constitución de los Lacedemonios* dice que todos los años se cruzaba un juramento entre los reyes y los éforos: los reyes juraban ejercer el poder de acuerdo con las leyes de la *pólis*, y los éforos juraban, en nombre de la ciudad, respetar la realeza mientras los reyes cumplieran su juramento. No sabemos si tal juramento había sido establecido en el momento en que es posible sincronizar hipotéticamente el sinecismo espartano, la Retra, el origen de la diarquía y la configuración del cuerpo de los éforos, es decir, la primera mitad del siglo VII a.C., o bien, como es lo más probable, a raíz de ese supuesto enfrentamiento posterior entre el pueblo y la aristocracia, del que parece haber salido reforzado el poder de los éforos.

En la *Constitución de los Lacedemonios* (8.4) se compara el poder de los éforos con el de los tiranos, y, por su parte, Aristóteles (*Pol.* 2.1270b) considera el eforado

como uno de los elementos negativos del Estado espartano, insistiendo en que sus poderes son desorbitados, hasta el punto de que los reyes se ven obligados a comportarse como demagogos para mantener sus posiciones. En su calidad de representantes de la comunidad, los éforos recibían a los embajadores extranjeros y preparaban los tratados, que debían ser ratificados por la Asamblea, sobre la cual ejercían la presidencia, como también, posiblemente, sobre el Consejo. Tenían la función de supervisar a todos los demás magistrados y la capacidad de imponerles multas; y podían multar, e incluso arrestar, a los reyes. Los ciudadanos en general estaban bajo su jurisdicción, tanto en materias de derecho civil como penal, salvo las más graves, que implicaran pena de muerte o de destierro; pero a los ilotas podían darles muerte sin necesidad siquiera de juzgarlos. Se supone que la mayor parte de esos poderes los adquirieron después de las guerras Mesenias.

Entre los éforos conocidos de Esparta destaca la figura de Quilón, que ejerció su mandato en el 556 a.C. y fue incluido entre los Siete Sabios de Grecia. Parece haber tenido un protagonismo especial en la configuración definitiva del Estado espartano que tiene lugar en el siglo VI a.C., de suerte que algunas de las disposiciones atribuidas a Licurgo podrían haber salido en realidad de él.

Sobre la forma de designación de los éforos sólo contamos con una enigmática alusión de Aristóteles, que califica el procedimiento de «pueril», lo que presupone que no era ni la votación ni el sorteo. Es posible que tuviera que ver con los auspicios, ya que los éforos parecen relacionados con prácticas augurales, pero no hay nada cierto.

Ya se dijo más arriba, en relación con la Retra, que las funciones de la Gerusía, el consejo espartano, son muy mal conocidas. Sabemos, eso sí, que funcionaba como tribunal para juzgar las causas criminales con pena de muerte o destierro, y que a esa jurisdicción estaban sometidos también los reyes. Es probable que los consejeros tuvieran una extracción social restringida, en función del linaje o de la riqueza, aunque no hay testimonios ciertos al respecto. Plutarco (*Lic.* 26) dice que, cuando se producía una vacante, el pueblo elegía a unos jueces honorables, que eran encerrados en una habitación sin ventanas, contigua al lugar donde se encontraba reunida la Asamblea. Los candidatos se iban presentando ante ella por un turno establecido por sorteo y recibían la correspondiente aclamación, que era evaluada comparativamente por los jueces; al final éstos declaraban quién había sido más aclamado, sin conocer su identidad.

Finalmente, la Asamblea, la *Apélla*, es tan poco conocida en sus funciones como el Consejo. La ambigüedad de la Retra y la poca información posterior impiden sobre todo establecer la trayectoria seguida por este órgano político en relación con su participación en el poder. El protagonismo atribuido a los éforos en su manipulación de la *Apélla* durante la época clásica sugiere que los poderes de ésta se hayan visto acrecentados a finales de la época arcaica, y, por lo que respecta a la época anterior, ya hemos dicho que parece haber tenido tan sólo capacidad para aceptar o rechazar propuestas tal y como eran presentadas por el Consejo.

DOCUMENTOS

1. LA CONQUISTA DE MESENIA

A nuestro rey, a Teopompo caro a los dioses,
con el cual la amplia Mesenia conquistamos,
Mesenia, buena para arar y buena para plantar.
Por ella lucharon durante diecinueve años
sin tregua y con espíritu valiente,
armados de lanzas, los padres de nuestros padres,
y en el vigésimo ellos, dejando tras sí los fértiles campos,
huyeron de los grandes montes de Itome.

(TIRTEO, *Fr.* 4 Diehl)

2. DISCURSO DEL DELEGADO CORINTIO EN LA ASAMBLEA DE LA ALIANZA ESPARTANA DEL 505 a. C.

«Acabará en verdad el cielo estando bajo la tierra, y la tierra en los aires por encima del cielo, y los hombres tendrán su sitio en el mar, y los peces el que antes era de los hombres, siendo así que vosotros, Lacedemonios, disolviendo las *isocracias*, os disponéis a establecer en las ciudadaes tiranías, lo más injusto y lo más criminal que hay entre los hombres. Pues, si en verdad eso os parece adecuado, que las ciudades se gobiernen con tiranos, entonces, sólo después de haber colocado vosotros mismos los primeros a un tirano entre vosotros, juzgad que hay que imponérselo a los demás. Porque ahora vosotros, que no habéis tenido experiencia de tiranos y procuráis que eso no suceda en Esparta con las más terribles precauciones, actuáis mal con los aliados. Y, si tuvierais experiencia de ello como la tenemos nosotros, podríais aplicar al asunto mejores criterios que los que tenéis ahora mismo.»

(HERÓDOTO, 5.92)

3. LA SITUACIÓN DE LOS ILOTAS

Al igual que asnos por grandes cargas agobiados,
a sus dueños entregando por triste necesidad
la mitad de cuantos frutos produce la tierra.

(TIRTEO, *Fr.* 5 Diehl)

4. ORÍGENES DEL ILOTADO

Los quienses fueron los primeros griegos, después de los tesalios y de los espartanos, que utilizaron esclavos, pero los adquirieron de un modo diferente: porque los espartanos y los tesalios constituyeron claramente su clase de esclavos con los griegos que antiguamente habían habitado esas tierras y que ellos poseen ahora; los espartanos, cogiendo esas tierras de manos de los aqueos, y

los tesalios, de las de los perrebeos y de los magnesios; en el primer caso, llamaron a los hombres esclavizados ilotas y en el segundo *penestai*. Pero los quienses adquirieron esclavos bárbaros por los que pagaron un precio.

(TEOPOMPO, *Frag. Hist. Graec.* Muller, Fr. 122)

5. APORTACIÓN DEL CIUDADANO A LA MESA COMÚN

Llevaba cada uno al mes un medimno de harina, ocho jarras de vino, cinco minas de queso, cinco medias minas de higos.

(PLUTARCO, *Licurgo* 12)

6. PRODUCCIÓN DEL KLEROS

El *kleros* de cada uno era de unas dimensiones tales como para producir una renta *(apophorá)* al hombre de setenta medimnos de cebada, y a la mujer, de doce, y un número equivalente de frutos frescos.

(PLUTARCO, *Licurgo* 8)

7. LA FAMA DE LICURGO

«Meditando yo una vez eso de que Esparta, una de las ciudades menos pobladas, se haya revelado la más poderosa y afamada de Grecia, me pregunté con admiración cómo pudo ello ocurrir; y, desde luego, cuando consideré las costumbres de los espartanos, dejé de admirarme. A Licurgo, el que les había dado las leyes en cuya obediencia alcanzaron la prosperidad, a ése sí que lo admiro y lo considero sabio hasta el límite; porque él, sin imitar a las demás ciudades, e incluso discurriendo lo más opuesto a la mayoría de ellas, encauzó a su patria por el camino de la prosperidad.»

(JENOFONTE, *La Constitución de los Lacedemonios*)

8. LA REDISTRIBUCIÓN DE LA TIERRA

«Decidido Licurgo a eliminar la desmesura y la envidia, el crimen y el lujo, y esos males aún más arraigados y desastrosos para el Estado, que son la pobreza y la riqueza, convenció a sus conciudadanos para hacer un todo del territorio, dividirlo de nuevo y vivir en una total uniformidad e igualdad en los medios de subsistencia, no concediendo preeminencia sino a la virtud, en la idea de que la única desigualdad entre los hombres es la que establecen la condena de las malas acciones y la alabanza de las buenas.»

(PLUTARCO, *Licurgo* 8)

9. LAS FUENTES DE LA RETRA

1. La Gran Retra

«Habiendo erigido un santuario a Zeus *Syllanios* y a Atenea *Syllania*, habiendo mantenido (?) las tribus y configurado las obas, y fijada en treinta (miembros) la *Gerousía* con los *archagetai*, se reunirán periódicamente en asamblea entre *Babyka* y *Knakión*, a fin de que introduzcan las propuestas y (?); (...)»

(PLUTARCO, *Licurgo* 6)

2. La Adición a la Retra

«Pero, si el pueblo habla de un modo inadecuado *(skolián éroito)*, los ancianos y los *archagetai* disolverán la asamblea.»

(Ibíd).

3. Los versos de Tirteo

(citados en Plut. Lic. 6)

«Habiendo escuchado a Febo, desde Delfos se trajeron los oráculos del dios y las palabras de inexorable cumplimiento. Actuen primero como consejeros los reyes honrados por los dioses, a quienes está encomendada Esparta, la hermosa ciudad, y los ancianos; luego, los hombres del pueblo, discutiendo con palabras derechas.»

4. Los versos de Tirteo

(citados en Diodoro 7.12)

«El, en efecto, el del arco de plata, el señor flechador, Apolo el de cabellos de oro, profetizó desde su rico santuario: "Actúen primero como consejeros los reyes honrados por los dioses, a quienes está encomendada Esparta, la hermosa ciudad, y los ancianos; luego los hombres del pueblo, intercambiando palabras derechas, dirán lo adecuado y ejecutarán todo lo justo, y no añadirán a su deliberación nada torcido (?) para esta ciudad. La victoria y la supremacía corresponderán al cuerpo principal del pueblo". Febo, en verdad, sobre estas cosas profetizó a la ciudad.»

10. LOS ÉFOROS

«Y también lo que se refiere al eforado es insatisfactorio; porque es esa magistratura la que ejerce los poderes supremos, y se elige entre todo el pueblo, de suerte que muchas veces acceden al cargo hombres muy pobres, que son sobornables a causa de su indigencia (...). Y, por ser su poder excesivo y semejante al de los tiranos *(isotyrannos)*, los propios reyes se ven obligados a actuar frente a ellos como demagogos, lo que perjudica al Estado. Se ha pasado en verdad de la aristocracia a la democracia.

«Ese poder consolida realmente el régimen, porque el pueblo se mantiene tranquilo mientras puede acceder a la más alta magistratura (...). Era necesario sin duda que para ese cargo fueran elegibles todos, pero no del modo como se hace ahora, que es demasiado pueril. Además, los Éforos toman por sí mismos las decisiones más importantes, siendo unos ciudadanos cualesquiera *(ontes hou tychontes)*; mejor sería que decidieran, no a su entero albedrío, sino de acuerdo con unos preceptos escritos y con las leyes.»

(ARISTÓTELES, *Política* 2.1270b)

11. EL GOBIERNO DE ESPARTA

Lacedemonia, en efecto, aunque a partir del establecimiento de los dorios que ahora la habitan ha sufrido tensiones internas más prolongadas que las que conocemos en otras ciudades, sin embargo desde muy antiguo ha gozado de un buen gobierno y se ha mantenido siempre al margen de la tiranía, ya que el fin de esta guerra se puede situar con la mayor probabilidad a algo más de cuatrocientos años del momento en que los lacedemonios comenzaron a utilizar esa misma constitución; y, gracias al poder que le dio esto, manipularon también los asuntos de las demás ciudades.

(TUCÍDIDES, 1.18)

12. JURAMENTOS DE REYES Y ÉFOROS

De su asiento se levantan cuando aparece el rey, pero no los éforos de los tronos eforales. Se intercambian juramentos todos los meses, los éforos en nombre de la ciudad y el rey en el suyo propio; el juramento implica para el rey reinar según las leyes establecidas en la ciudad, y, para la ciudad, mantener la monarquía inquebrantable, si aquél mantiene lo jurado.

(JENOFONTE, *Constitución de los Lacedemonios*, 15.6-7)

BIBLIOGRAFÍA

A. ANDREWS: «Eunomia», *Class. Quart.* 1938, pp. 89 ss.

D. ASHERI: «Sulla legge di Epitadeo», *Athen.* 1961, pp. 45 ss.

–, «Laws of inheritance. Distribution of Land and Political Constitutions in Ancient Greece», *Hist.* 1963 pp. 23 ss.

A. J. BEATTIE: «An Early Laconian Lex Sacra», *Class. Quart.* 1951, pp. 46 ss.

J. BOARDMAN: «Artemis Orthia and cronology», *Ann. Brit. Sch. Ath.* 58 pp. 1 ss.

D. BUTHER. «Competence of the Demos in the Spartan Rhetra», *Hist.* 1962 pp. 385 ss.

P. CARLIER: «La royauté en Grèce avant Alexandre», Estrasburgo. 1984.

P. CARTLEDGE: «En torno a la sociedad espartana», En *El marxismo y los estudios clásicos*. Madrid, 1982.

–, *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B.C.* Londres, 1979.

K. M. T. CHRIMES: *Ancient Sparta*, Manchester, 1952.

J. N. COLDSTREAM: *Geometric Greece*, Londres, 1977.

W. DEN BOER: *Laconian Studies*. Amsterdam. 1954.

V. R. DESBOROUGH: *The Greek Dark Ages*, Londres, 1972.

G. DICKINS: «The Growth of Spartan Policy», *Journ Hell. Stud.* 1912.

H. J. DIESNER: «Sparta und das Helotenproblem», *Wiss. Zeit. Greifwald* 1953 pp. 222 ss.

V. EHRENBERG: «Spartiaten und Lakedaimonier», *Hermes*, 1924 pp. 23 ss.

–, «Der Damos in archaischen Sparta», *Hermes*, 1963, pp. 22, 288.

W. G. FORREST: *A History of Sparta 950-192 B. C.*, Londres, 1968.

–, «The Date of the Lykourgan Reforms in Sparta», *Phoenix*. 1963, página 157 ss.

G. GILBERT: *Studien zur altspartanischen Geschichte*. Gotinga, 1872.

F. GSCHNITZER: *Historia social de Grecia*, Madrid, 1987.

N. G. S. HAMMOND: «The Lycurgean Reform at Sparta», *Journ. Hell. Stud.* 1950, pp. 42 ss.

F. HAMPL: «Die lakedaimoschen Periöken», *Hermes* 1937 pp. 1 ss.

R. J. HOPPER: *The Early Greeks*, Londres, 1976.

G. L. HUXLEY: *Early Sparta*, Londres, 1962.

G. L. HUXLEY-J. WELLS: *Studies in Herodotus*, cap. 4. Oxford. 1923.

L. H. JEFFERY: *Archaic Greece, The City-States c.700-500 B.C.*, Londres, 1976.

A. H. M. JONES: *Sparta*. Oxford. 1967.

–, «The Lycurgan Rhetra», *Stud. Ehrenberg. Oxford*, 1966, página 165 ss.

U. KAHRSTEDT: «Die spartanische Agrarwirtschaft», *Hermes* 1919 pp. 279 ss.

–, «Lykurgos», PWRE 13.2 (1927).

F. KIECHLE: *Lakonien und Sparta*. Munich-Berlín, 1963.

–, *Messenische Studien. Untersuchugen zur Geschichte der Messenischen Kriege un der Auswanderung der Messenier*. Kallmünz Opf., 1959.

J. A. O. LARSEN: «Períokoi», PWRE 19.1 (1937).

–, «The Constitution of the Peloponnesian League», *Class. Phil.* 1933, pp. 257 ss.

M. A. LEVI: *Quattro Studi Spartani e Altri Scritti di Storia Greca*, Milán, 1967.

R. LÓPEZ-MELERO: *El estado espartano hasta la época clásica*, Madrid, 1989.

D. LOTZE: *Metaxy eleutheron kai dúlon*. Berlín, 1959.

H. MARROU: *Historia de la educación en la antigüedad*. Madrid, 1958.

H. MICHELL: *Sparte et les Spartiates*, París, 1953.

A. MOMIGLIANO: «Sparta e Lacedemone e una ipotesi sull'origine della diarchia spartana», *At. Rom* 1932 pp. 3 ss.

O. MURRAY: *Grecia Arcaica*, Madrid, 1983 (*Early Greece*, Glasgow, 1980).

K. J. NEUMANN: «Die Enstsehung». oc.

J. OEHLER: «Heloten», *Rev. Et. Anc.* 1912 pp 204 ss.

P. OLIVA: *Sparta and her Social Problems*, Amsterdam-Praga, 1971 (trad. cast. Madrid, 1983).

R. A. PADGUG: «Clases y sociedad en la Grecia clásica». En *El marxismo y los estudios clásicos*. Madrid, 1982.

L. PARETI: «Postilla: Sullórigine della diarchia spartana», *At. Rom* 1932 pp. 11 ss.

–, *Storia di Sparta arcaica* I. Florencia, 1920.

–, *Der Stadt der Griechen*. Zurich-Stuttgart. 1965.

R. SEALEY: *A History of the Greek City States 700-338 B.C.*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1976.

A. M. SNODGRASS: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.

E. N. TIGERSTEDT: *The Legend of Sparta in Classical Antiquity*. Estocolmo. 1965.

H. T. WADE-GERY: *Essays in Greek History*, Oxford, 1958.
–, «The Growth of the Dorian States», *Cambr. Anc. Hist.* III, 1925.
–, «The Rhianos-Hypothesis», *Stud. Ehrenberg*. Oxford. 1966.
C. WACHSMUTH: «Der historische Ursprung des Doppelkönigtums in Sparta», *Jahr. Philol.* 1868 pp. 1 11.
F. W. WALBANK: *Historical Commentary on Polybius*, Oxford. 1957-67.
R. F. WILLETTS: *Aristocratic Society in Ancient Crete*. Londres, 1955.

CAPÍTULO VII

LOS PERSAS Y LAS GUERRAS MÉDICAS

Desde el inicio de la colonización hasta mediados del siglo VI a.C. los griegos habían alcanzado una expansión territorial sin precedentes, que no había sido hostilizada, a no ser en acciones nimias, por los medios indígenas implicados, y que no había provocado tampoco ofensivas de estados fuertes. Pero después, el enfrentamiento en la batalla de Alalia, del 540 a.C., de etruscos y cartagineses contra los griegos, y las presiones primero lidias y luego persas ejercidas sobre ellos en el Mediterráneo oriental, hicieron cambiar el panorama, aunque no llegaron a tener consecuencias negativas irreversibles: muy al contrario, Grecia, y en especial Atenas, salió revitalizada del enfrentamiento con los persas, aunque ello le costó el sacrificio de muchas vidas.

1. RELACIONES CON FRIGIA Y LIDIA

Pese a la proximidad geográfica de las grandes potencias asiáticas, los griegos de la zona costera de Asia Menor no se vieron implicados en sus acciones bélicas, en parte porque tuvieron la habilidad de mantenerse al margen. Los territorios situados a sus espaldas estaban ocupados por los reinos de Frigia y de Lidia, con los que habían mantenido relaciones amistosas, atestiguadas por los hallazgos de objetos frigios en suelo griego y por la tradición historiográfica. El rey frigio Minas se casa con la hermana de Agamenón, rey de la ciudad eolia de Cime, y hace en Delfos una ofrenda en honor de Apolo; y las relaciones con los lidios fueron más intensas, al menos por lo que se desprende de los relatos mitográficos griegos, que hacen derivar de un descendiente de Heracles, llamado Agrón, la línea dinástica del reino de Lidia.

Hacia el 680 a.C., el Heraclida Candaules, de acuerdo con el relato de Heródoto, fue muerto por Giges, de la familia de los Mermnadas, que acabó apoderándose del trono con el beneplácito del oráculo de Delfos. La utilización del nombre

gentilicio de Heraclidas por parte de los reyes lidios y el recurso del rey Giges al oráculo délfico es una muestra de las relaciones existentes entre griegos y lidios, así como de la acusada tendencia al acercamiento entre ambas culturas. El oráculo no sólo vaticina la toma del poder por Giges, sino que admite sus consultas como si se tratara de cualquier griego. Pero ello tiene también otro trasfondo y sugiere otra lectura. Con anterioridad a Giges, los lidios habían estado en la órbita de influencia de los frigios; sin embargo, cuando los cimerios, oriundos de Crimea y del norte del Ponto, fueron empujados por los escitas, invadiendo, en consecuencia la Frigia, los lidios, bajo la autoridad de Giges, trataron de afianzar el reino con alianzas, no dudando incluso, para resistir a los cimerios, en buscar la colaboración de los Asirios, bajo el compromiso, luego no respetado, de aceptar la supremacía asiria. Con todo, una vez conjurado el peligro cimerio, Giges inició contra las ciudades griegas de Asia Menor una ofensiva en la que el trato amable dispensado a algunas contrastaba con la ocupación decidida de otras. Desde el punto de vista estratégico, esa política era oportuna, porque, de haber ocupado militarmente todas las ciudades griegas de Asia Menor y establecido las necesarias guarniciones en ellas, la superioridad militar lidia habría quedado potencialmente disminuida, con el consiguiente riesgo ante cualquier ataque de los cimerios. En cambio, una actitud conciliadora en líneas generales frente a los griegos resultaba más eficaz, sobre todo si se reforzaba con apoyos ideológicos, como la supuesta procedencia de los Heraclidas atribuida al reino lidio, o la política de consulta y aceptación del oráculo délfico por parte de Giges; se trataba, en definitiva, de hacer más tolerable la supremacía lidia, favorecida, por otra parte, por el fuerte individualismo y la insolidaridad de las *póleis* minorasiáticas.

Giges murió en el 652 a.C. combatiendo a los cimerios. Y, aunque su reino, lo mismo que algunas ciudades griegas de Asia Menor, vivió situaciones extremas provocadas por los cimerios, logró con su esfuerzo y habilidad diplomática convertirlo en una potencia importante. Frente a las ciudades jonias de la costa sus sucesores mantienen una política semejante, donde se mezclan la captación de voluntades, la fuerza y el engaño. El mantenimiento de las buenas relaciones con Éfeso y sus armadores se combina con el ataque a Priene, el asedio a Mileto y el trato brutal dispensado a Esmirna, para cuya defensa el poeta Minnermo anima a sus habitantes con versos encendidos (*Fr.* 13 Diehl).

El territorio de Lidia era de gran fertilidad. Disponía de densos bosques, y sus ríos eran ricos en oro y electro. Desde Sardes, capital del reino, partían las dos grandes rutas, la que atravesaba de Este a Oeste el Asia Menor y la que, descendiendo por Siria septentrional, alcanzaba Babilonia. Por esas vías los lidios tenían posibilidad de dar salida a las materias primas de su territorio, así como de procurarse productos procedentes de la cuenca del Mediterráneo, por mediación de las ciudades jonias, y del Próximo Oriente. Cuando esas ciudades cayeron en la órbita de influencia del reino lidio, sus ganancias derivadas de ese comercio crecieron considerablemente.

2. INTERVENCIÓN PERSA EN LIDIA

Hacia la mitad del siglo VI a.C., cuando el Aqueménida Ciro II, un persa (559-530 a.C.), derrota a los medos, con la posible ayuda de Babilonia, y configura un

estado unitario de medos y persas, cuatro potencias mantienen inicialmente un equilibrio de fuerzas: el reino lidio del afamado Creso, la Babilonia de Nabónido, el Egipto de Amasis y la Persia de Ciro. Pero se trataba de un equilibrio precario. Babilonia y Egipto mantenían latentes sus aspiraciones sobre el dominio de la región siriopalestina, y Lidia, superadas ya las destrucciones que habían llevado a cabo los cimerios, alcanzaba su mayor extensión territorial y vivía días de riqueza y de esplendor. Pero la rápida consolidación del poder de Ciro II sorprendió directamente a Babilonia y preocupó a Creso, quien intuía el gran peligro que Ciro representaba para la estabilidad de la zona. Astuto diplomático, confiaba más en su habilidad para tejer coaliciones que en sus propias fuerzas militares, por lo que ideó una alianza entre el reino de Lidia, Egipto y Babilonia contra Persia, y otra con Esparta, que refiere Heródoto (1. 69). Sin embargo, antes de que la alianza llegara a cristalizar en una conjunción de fuerzas, Ciro comenzó a mover sus piezas: sometió la Cilicia y penetró en Capadocia, donde se enfrentó a Creso sin esperar a que pudiera recibir ayuda de los aliados. Después de una batalla de resultado incierto, el rey de Lidia regresó a Sardes, pero Ciro no le dio tregua y se presentó con su ejército ante las puertas de la ciudad, que tomó al asalto, llevándose a Creso como cautivo, según precisa una tradición.

3. OFENSIVA CONTRA LA JONIA

Con la conquista del reino de Lidia (546 a.C.) los griegos de la Jonia, hasta entonces sometidos a la suave influencia política de Creso, quedaban a la expectativa de las nuevas iniciativas de los persas, la potencia triunfadora, bastante desconocida para ellos. Aunque los griegos de Asia Menor habían estado en la órbita de influencia de los lidios, el poder de éstos, en general, no fue opresivo; de hecho, se abstuvieron de intervenir en los asuntos internos de las ciudades griegas, ante las que procuraban mostrarse como una potencia amiga y culturalmente afín. Con respecto a los persas, en cambio, las diferencias en la civilización, la religión y las instituciones políticas eran muy grandes sin duda alguna, como suele ocurrir en estos casos.

Los jonios pretendieron obtener de Ciro un trato semejante al recibido de Creso, pero sólo Mileto lo consiguió. El resto de las comunidades griegas fortificaron sus ciudades, y los miembros de la Confederación Jonia se reunieron en su sede del Panionion para deliberar, decidiendo solicitar, infructuosamente, la ayuda de Esparta. Ya en otras reuniones celebradas allí en Panionio se habían hecho algunas propuestas tendentes a reforzar esa confederación, o a encontrar una salida frente a la presión persa (Heródoto, 1.170), pero la desunión y el individualismo proverbiales de esos griegos dieron tiempo a que los generales persas Mazares, primero, y luego Hárpalo iniciasen el sometimiento de las ciudades jonias. Priene fue esclavizada. Los habitantes de Focea huyeron y encontraron nueva patria en Alalia (Córcega) y en Elea (Italia meridional). De manera semejante, los habitantes de Teos se embarcaron en sus naves y buscaron acomodo en Abdera (Tracia) y en Fanagoria (Bósforo cimerio). El resto de las ciudades jonias fueron cayendo una tras otra, y los griegos de las islas próximas, atemorizados, se rindieron a los persas (Heródoto, 1.169-170). Enseguida, los demás pueblos de Asia Menor sucumbieron al mismo yugo.

4. CONQUISTA PERSA DE BABILONIA

Con igual decisión y energía Ciro emprendió en el 540 a.C. la conquista de la Babilonia de Nabónido, que estaba más interesado en el culto del dios Sin que en preparar la defensa de su reino. No era un personaje de talla, y no había logrado acabar con las disensiones internas, de las que supo aprovecharse Ciro. El persa fue recibido como un liberador e hizo una entrada triunfal en Babilonia, mostrándose muy tolerante. Las estatuas de los dioses extranjeros que Nabónido había hecho llevar a Babilonia fueron devueltas, y los judíos que se encontraban allí como deportados pudieron regresar a Palestina, llevándose los vasos sagrados del templo de Jerusalén. Resulta difícil saber si esta benevolencia era sincera, porque, en cualquier caso, no dejaba de proporcionar ventajas políticas: sosegaba a los pueblos integrantes del anterior reino babilónico, perturbados por la intolerancia religiosa de Nabónido, y aseguraba la tranquilidad de la región siriopalestina, imprescindible para la conquista de Egipto que deseaba emprender.

La conquista del reino de Babilonia ha podido afectar indirectamente a los griegos de Asia Menor. Los fenicios formaban parte del reino babilónico, que se beneficiaba del comercio realizado por sus navegantes, quienes, a su vez, tenían acceso preferencial a las rutas caravaneras controladas por Babilonia, de enorme interés comercial. Con la conquista persa, el comercio marítimo fenicio se incorporó a las grandes rutas comerciales que atravesaban el Imperio, lo que le permitió reforzar su posición en ese terreno, favorecida por su mejor situación geográfica en comparación con la de los griegos. También es posible, no obstante, que la competencia fenicia no haya provocado un debilitamiento de los griegos de Asia Menor, ya que la demanda de mercancías por parte de un imperio tan extenso como el persa debió de ser muy grande, lo suficiente acaso como para que las ciudades que habían comerciado con él siguieran manteniendo su actividad sin merma significativa.

5. CONQUISTA DE EGIPTO POR CAMBISES (529-522) Y OTRAS EXPEDICIONES DEL REY

Cambises, hijo mayor de Ciro, se encargó del gobierno de Babilonia y de preparar la guerra contra Egipto, mientras Ciro se veía obligado a conducir su ejército contra los pueblos situados al este del Imperio, donde debió de encontrar la muerte. Su cuerpo fue conducido a Pasargada y enterrado allí; todavía existía su sarcófago en tiempos de Alejandro Magno. Ciro fue realmente el creador del Imperio persa, al lograr la sumisión y la integración en una unidad política superior de los reinos de Media, de Lidia y de Babilonia. Y, aunque las circunstancias históricas pudieron ayudarle en su empresa, difícilmente la habría colmado, si no hubiese estado dotado de grandes cualidades militares y de una habilidad política superior a la de aquellos a quienes se enfrentó.

A la muerte de Ciro, el poder de Cambises no fue reconocido de inmediato. Surgieron revueltas por doquier, tras las cuales, quizá no sin razón, veía Cambises la mano de su hermano menor Bardiya, gobernador de las provincias orientales de Khârem, Partiana, Caramania y Bactriana. Bien porque lo considerase instigador de esas revueltas, o tal vez movido por el enfermizo temor de que en su

ausencia pudiera desposeerle del trono, si se decidía a iniciar la ofensiva contra Egipto, el caso es que Cambises hizo asesinar secretamente a su hermano. Una vez libre de revueltas y de temores, emprendió la conquista de Egipto. El faraón Amasis lo había previsto, y tenía, en consecuencia, preparado un plan de defensa; junto a las dificultades de una difícil travesía por el desierto hasta alcanzar Egipto, los persas se encontrarían con una alianza sellada entre los egipcios y algunos estados isleños griegos, entre ellos el de Samos, comandado por el tirano Polícrates, que enviarían las naves necesarias para hacer frente a un eventual intento de desembarco por parte de los persas a través de flotas fenicias o jonias. Pero todos los planes se vinieron abajo: Polícrates de Samos abandonó apenas iniciadas las operaciones, y la travesía del desierto se salvó rápida y satisfactoriamente con inmensas caravanas de camellos que previamente transportaban y depositaban en lugares determinados víveres y reservas de agua para el ejército que marchaba por detrás. La conquista de Egipto era cuestión de tiempo, y de muy poco tiempo desde el momento en que el faraón Amasis murió, sucediéndole su hijo Psamético III, que no tenía sus cualidades para dirigir la defensa. El enfrentamiento producido en Pelusio forzó el repliegue del ejército egipcio hacia la ciudad de Menfis, que los persas no tardaron en tomar (525 a.C.). Cambises convirtió Egipto en una satrapía y la mantuvo sujeta con la ayuda de tres guarniciones de mercenarios judíos instaladas en Dafne, Elefantina y Menfis.

El dinamismo expansionista que animaba a la sazón al reino persa y del que Cambises estaba contagiado, lo llevó a pergeñar otros planes de conquista sobre tierras remotas y desconocidas. Las colonias griegas de Cirene y Barca se sometieron voluntariamente, pero el rey pretendía llegar más allá, hasta las tierras dominadas por los cartagineses. La tradición griega atribuye a los fenicios el haberse negado a ayudarle en una expedición contra Cartago, su antigua colonia, mientras que del ejército de cincuenta mil hombres enviados contra el oasis de Amón nada más se supo, si hemos de creer a las fuentes griegas. El tercer proyecto, la campaña contra Nubia, comandada por Cambises en persona, ofrecía menos dificultades tácticas, pues la mayor parte de la expedición debía hacerse remontando el Nilo, por donde llegaba también el aprovisionamiento; la cuestión cambiaba sensiblemente, sin embargo, cuando se penetraba en el desierto en dirección a Napata, pues la efectiva coordinación entre la marcha del ejército y el suministro de víveres y agua adquiría allí una importancia decisiva. El caso es que falló, y, carente de víveres y de agua, el ejército emprendió el regreso, con grandes pérdidas. Pero la expedición no fue un fracaso total: se fundó la ciudad de Meroé, y las gentes de las zonas más septentrionales de Etiopía se convirtieron en súbditos del rey persa.

Con relación a Egipto, Cambises actuó de una manera semejante a como lo había hecho su padre en Babilonia. Asumió el título de faraón, pero dejó intacta toda la organización política y administrativa del estado egipcio, al igual que su estructura económica peculiar. Los reyes de Persia eran conscientes de que su reino era un conglomerado de gentes diversas, con costumbres y estructuras económicas y sociales muy disímiles; y eso, indudablemente, los mantenía alejados de cualquier iniciativa arriesgada de transformar los modos tradicionales por los que se regían, política y económicamente, los pueblos conquistados. En el caso de Egipto, además, eran muchos los siglos que llevaba manteniendo el país la misma forma de administración y de gobierno, de modo que cualquier

cambio importante a este respecto hubiera conducido al caos. Es en el terreno religioso donde las fuentes griegas presentan la actuación de Cambises con rasgos más opresivos. Heródoto (3, 27-29) señala que en un ataque de ira el rey apuñaló en una pierna al toro sagrado Apis, y que sus tropas se instalaron en el templo de Nit, causando en él desperfectos. Pero el templo fue evacuado y los daños reparados; por otra parte, se sabe que Cambises realizó ofrendas al dios Apis. En líneas generales, debió de seguir la política de tolerancia religiosa que tan buenos resultados había proporcionado a su padre, por lo que, de ser ciertas esas acciones ultrajantes, pudieron deberse a los accesos incontrolados de locura que le atribuyen, no sabemos si con razón, las fuentes griegas.

6. SUBIDA AL TRONO DE DARÍO I (521-486 a. C.)

La muerte de Cambises (521 a.C.) se vio acompañada por una serie de levantamientos y de convulsiones internas. Como se ha dicho, los reyes persas se habían mostrado respetuosos con las costumbres de los diversos pueblos que integraban el Imperio. Al mismo tiempo habían mantenido, en la medida de lo posible, y siempre subordinados a la autoridad suprema del estado persa, los poderes y privilegios de las aristocracias locales. Este proceder, que tanto había contribuido a mantener unidas porciones territoriales tan dispares, no obstaculizaba, sin embargo, las ambiciones particulares ni atajaba los anhelos de algunas regiones, o al menos de sus cuadros dirigentes, de recuperar la independencia. Incluso, el carácter hereditario de la monarquía, no totalmente consolidado, posibilitaba la aparición de pretendientes que alegaban derechos a la sucesión del trono. Así, un año antes de la muerte de Cambises, el mago Gaumata, que pretendía ser en realidad Bardiya, el hermano que el rey había ordenado asesinar, pero que los magos propalaban que estaba vivo, logró apoderarse del trono, mientras Cambises regresaba desde Egipto a la capital del reino. La intentona de Gaumata puede haber sido fomentada por una reacción de la clase sacerdotal de los magos ante la tolerancia religiosa manifestada por los reyes hacia los pueblos conquistados, como también puede haber operado la reacción de los medos frente al poder hegemónico de los persas, o las tendencias separatistas de las provincias. De cualquier modo, la respuesta del poder establecido fue rápida. Las siete familias persas más influyentes, a fin de impedir cualquier merma del predominio ejercido por los persas, eligieron como rey a Darío I, para que con el ejército, cada vez más profesionalizado, procediese a restablecer el orden en el reino.

Gaumata apenas reinó dos meses. Su asesinato a manos de Darío fue seguido de una serie de batallas tendentes a acabar con todos los movimientos de rebeldía surgidos en las distintas provincias. En la inscripción de la fachada de Behistun registró Darío las guerras conducidas contra esos sublevados, algunos de los cuales contaban con fuerte apoyo de los habitantes de sus regiones. En poco más de un año acabó con todas las sediciones y restableció el orden del reino, matando a los jefes de la revuelta y ejecutando a aquellos sátrapas reticentes a la hora de elegir el camino de la obediencia en la pasada situación, o sospechosos de protagonizar una futura sublevación. Desde la Cirenaica hasta la India, desde el mar Caspio hasta Etiopía, Darío dominaba inmensos territorios.

La rápida y enorme expansión de los persas, así como el mantenimiento de su Imperio durante tanto tiempo, ha sorprendido a los historiadores modernos, que se han preguntado repetidamente por las razones de tal éxito; pero esa es una pregunta muy difícil de contestar. Ni los medos ni los persas que iniciaron la expansión eran depositarios de una civilización superior a la que tenían algunos de los pueblos sometidos; ni sus tropas disponían de una mejor preparación o de un armamento más eficaz; ni su capacidad económica o su organización social y política hacían presagiar tan rotundo triunfo. En muchos de estos aspectos son en realidad deudores de experiencias ya ensayadas por otras potencias del Próximo Oriente. A falta de una causa clara, se suelen aducir algunos factores generales como posibles determinantes de dicha expansión: circunstancias históricas propicias; reyes excepcionales y carismáticos como Ciro, Cambises y Darío; educación aguerrida de los persas; libertad otorgada a los pueblos sometidos para seguir con sus normas, costumbres y formas de organización; tolerancia religiosa frente a las creencias extranjeras; e ideas religiosas persas emanadas del zoroastrismo, que llevaban a los creyentes a participar en las tareas del Estado tendentes a lograr el triunfo del Bien frente al Mal.

7. ADMINISTRACIÓN DEL IMPERIO PERSA

La administración del reino persa, cuyos fundamentos puso Ciro y cuyo sistema completó Darío I, integró inmensos territorios poblados por gentes de etnias y de nacionalidades diversas, que hablaban una gran variedad de lenguas. Se basaba en un esquema que combinaba una administración central, donde confluían en última instancia todos los asuntos, con una administración provincial o regional encomendada a las personas leales al rey. Durante siglos se mantuvo este sistema administrativo, utilizado ya previamente en sus pautas generales por otras potencias del Próximo Oriente; había dado muestras de su eficacia para aglutinar los diversos territorios y mantener obedientes a sus habitantes a la autoridad central –como también de su inherente capacidad para provocar movimientos separatistas si las circunstancias llegaban a ser propicias. En el Imperio persa las distintas poblaciones sometidas, como los griegos de Asia Menor, los fenicios, los judíos, o los egipcios, conservan sus administraciones particulares, que distaban mucho de ser semejantes. Mientras se mantuviesen obedientes a la autoridad del rey y pagaran sus impuestos, el *sátrapa* o gobernador y las demás autoridades persas colocadas por el poder central como instrumentos de control evitaban la ingerencia en sus asuntos internos. Ciro trató de garantizar la necesaria y efectiva relación jerárquica entre las autoridades delegadas en las distintas provincias del Imperio y la autoridad del rey nombrando para esos cargos a familiares y miembros de la nobleza persa de total confianza.

Pero la inseguridad de Cambises respecto a la lealtad de algunos gobernadores, las luchas por el poder que siguieron, las experiencias de Darío con Oroites en Lidia y con Arjandes en Egipto, mostraron que no debía existir una confianza desmedida en la fidelidad de las autoridades regionales y llevaron a adoptar medidas precautorias. Así, al lado del sátrapa se situaba a un secretario con la misión, entre otros objetivos, de vigilar los actos de aquél y denunciar ante el poder central los que se consideraran contrarios a los intereses del Estado. Ade-

más del secretario, un grupo de funcionarios conocidos como «los ojos y oídos del Rey», recorrían las diversas regiones del Imperio para hacer sobre el terreno una valoración de la situación y emitir el informe partinente. Más de un sátrapa fue víctima de estos procedimientos de control de su actuación, que se hacía necesario no sólo por el peligro potencial que constituía la importante cuota de poder que, por delegación, recibía el sátrapa, sino también debido a los muchos años de permanencia de la mayoría de ellos en el cargo, que en ocasiones acabó por convertirse en hereditario. La larga duración del mandato en una misma región facilitaba el conocimiento por parte del sátrapa de los habitantes de la satrapía y propiciaba unas relaciones armoniosas que a todos beneficiaban; pero en algunos casos esas satrapías eran regiones históricas, que tenían tras sí un pasado glorioso y contaban con una civilización avanzada, todo lo cual fomentaba deseos de independencia, que algunos sátrapas, originarios de la región o con muchos años de permanencia en la misma, aspiraban a utilizar en provecho propio. Disuadir a los sátrapas de eventuales iniciativas contra el Estado, conocerlas y notificarlas antes de que adquiriesen proporciones peligrosas para el poder central, eran los objetivos de esas medidas de control. Y, cuando, a pesar de todo, se producía la sedición, la rápida intervención del ejército, facilitada por una red viaria que ponía en comunicación las diversas regiones del reino, conjuraba el peligro antes de que la consolidación del movimiento propiciara el levantamiento de otras regiones, animadas por sentimientos semejantes.

8. SATRAPÍAS

El reino persa estaba dividido en satrapías, colocadas bajo la autoridad de esos gobernadores fieles al rey conocidos con el nombre de sátrapas («protectores del reino»). Las satrapías comprendían regiones naturales en las que sus habitantes mantenían desde antaño formas unitarias de organización, territorios pertenecientes a un pueblo con tradición cultural y política propias, o zonas geográficas con límites imprecisos habitadas por tribus. Según las épocas, el número de satrapías ha variado, sufriendo algunas de ellas cambios territoriales cuyos detalles resulta difícil conocer.

Los sátrapas eran miembros de la nobleza persa o meda, a veces emparentados con la casa reinante, o bien pertenecían a la aristocracia tradicional de los territorios que componían la satrapía. Estaban investidos por delegación del rey de amplios poderes en el terreno civil, militar y judicial. Eran responsables de garantizar el orden y la seguridad de las comunicaciones en su provincia. Entre sus competencias se contaba el realizar el reclutamiento correspondiente a su provincia, si bien las tropas existentes como guarnición en la satrapía no dependían del sátrapa sino de oficiales directamente dependientes del rey. También sus poderes en materia judicial estaban muy mediatizados. Los delitos contra el rey y contra el Estado eran juzgados y sentenciados por el rey. En materia civil el rey delegaba en un conjunto de jueces nombrados por él, cuya existencia conocemos desde época de Cambises por episodios como el del juez real Simamnes, condenado a muerte por corrupción en la administración de justicia. Fue desollado, y con su piel, cortada a tiras, se tapizó el asiento desde el que impartía justicia, asiento que debió ocupar el hijo del ajusticiado cuando fue nombrado juez para suceder a su padre (Heródoto, 5.25).

El cobro de los impuestos a los que estaban sometidas todas las provinicias, que de esta forma eran también distritos tributarios, era uno de los cometidos principales del sátrapa, que en los casos en los que no resistía la tentación de enfrentarse al poder central no dudaba en utilizar en provecho propio. A este respecto conviene recordar que Gaumata, cuando pretendía el trono, y con la intención de ganar adeptos y popularidad, prometió la liberación de los impuestos y otras cargas durante varios años. Heródoto (3.90-97) es el único autor que proporciona una información acerca de la contribución anual en talentos de plata y en especie que pagaban las veinte satrapías durante el reinado de Darío. La suma total de metal precioso, evaluado en talentos del sistema euboico, se elevaba a 14.560 talentos de plata, con la siguiente distribución por satrapías: 1ª. satrapia de jonios, eolios, carios, licios, magnesios, pamfilios, 400 talentos de plata; 2ª. lidios, misios, lasonios, cabalios, hiteneos, 500 talentos de plata; 3ª. frigios, paflagonios, capadocios, helespontios, 300 talentos de plata; 4ª. Cilicia, 500 talentos de plata y 360 caballos; 5ª. Fenicia, Siria, Palestina y Chipre, 350 talentos de plata; 6ª. Egipto y los anexos tributarios de Cirene y Barca, 700 talentos de plata y 120.000 medidas de trigo para las tropas de guarnición, valoradas en 610 talentos, más los que debían tributar las pesquerías del lago Moeris, valorado en 240 talentos; 7ª. satagidianos, gandarianos, dadicas y aparitas, 170 talentos de plata; 8ª. Susiana, 300 talentos de plata; 9ª Babilonia y Asiria, 1.000 talentos de plata y 500 eunucos; 10ª. Media, excepto su parte norte, 450 talentos de plata; 11ª zona norte de Media y regiones habitadas por caspianos, pausicas, dareitas y pantimatos, 200 talentos de plata; 12ª. Bactria, 360 talentos de plata; 13ª. Armenia, 400 talentos de plata; 14ª. sarangas, sagartianos, utianos y otros, 600 talentos de plata; 15ª. Sacas, 250 talentos de plata; 16ª. región habitada por los areos, corasmianos, sogdianos y partianos, 300 talentos de plata; 17ª. tierras habitadas por los paricanios y «Etíopes» de Asia, 400 talentos de plata; 18ª. la región de los saspeires, alarodios y matienos, 200 talentos de plata; 19ª. región al sureste del Mar Negro habitada por los tibarenos, moscos, macrones, 300 talentos de plata; 20ª. India, 360 talentos de oro en polvo equivalente a 4.680 talentos de plata.

Como se ve, además de las contribuciones en moneda, había otras en especie. A las ya reseñadas, entre las que destaca la gran cantidad de trigo de Egipto y los eunucos de Babilonia, hay que añadir, como entradas significativas, los tres mil caballos, los cuatro mil mulos y las cien mil ovejas que entregaba Media; los dos mil mulos, los mil quinientos caballos y las cincuenta mil ovejas que entregaba Capadocia y los mil talentos de incienso que tributaba Arabia.

Esta tributación, que se basaba en la extensión de la satrapía, la fertilidad de su suelo y su desarrollo económico, pone de manifiesto con sus diferencias que las diversas satrapías que componían el reino persa se encontraban en diferentes niveles económicos, desde aquellas que conocían la economía monetal y obtenían pingües beneficios de actividades comerciales muy desarrolladas, hasta las que permanecían todavía en las pautas de una economía natural. Por eso no parece apropiado valorar la tributación desde el punto de vista exclusivamente monetal. Es cierto que a este respecto Darío hizo un esfuerzo significativo al introducir una moneda imperial susceptible de ser utilizada en todas partes. Las comunidades griegas de Asia Menor y el reino de Lidia ya usaban desde algún tiempo atrás la moneda acuñada, y el reino de Babilonia, trozos de metal precioso, *siclos*,

y sus correspondientes fracciones, como término de valoración referencial. Darío introdujo una moneda de oro, estampada en una cara solamente con la figura de un arquero, rodilla en tierra. Esta moneda, conocida como *darico* o *toxótes* («arquero») tenía un peso de 8,35 gramos y un contenido en oro del 98 %, y guardaba una proporcionalidad respecto del siclo babilónico y el *stater* minorasiático. Los especialistas consideran que Darío buscó intencionadamente esta relación para hacerla compatible con dos de los sistemas monetales y paramonetales de más amplio desarrollo en el Imperio. Es posible que esto fuese así, pero, en cualquier caso, el sistema persa no produjo todo el rendimiento económico que proporciona la rápida y continuada circulación de la moneda, porque las piezas emitidas eran enseguida tesaurizadas, en las arcas estatales o en las de la nobleza.

9. EXPEDICIÓN DE DARÍO A LA ESCITIA

Con relación a esta expedición dos cuestiones sobre todo han centrado la atención de los investigadores: su datación y los motivos que la impulsaron, o la finalidad que Darío persiguió con ella. A la mayoría de los historiadores modernos les parece bastante inapropiada la fecha del 519 a.C. propuesta para la misma. Las razones para que no haya tenido lugar en ese año no son nimias: todavía no se había dado término a la sublevación de Egipto, persistía también alguna otra revuelta y, por otra parte, se estaba en pleno proceso de reorganización administrativa del Imperio. No parece ése, pues, el momento oportuno para abrir, sin haber mediado provocación, un nuevo frente de guerra contra otro pueblo, movilizando, rumbo a lo desconocido, a un ejército numeroso, aunque no lo fuera tanto como indican las fuentes históricas. Una empresa de esta envergadura encaja mejor en una fase de paz y de tranquilidad del reino, y con una organización administrativa ya consolidada. De ahí que se haya preferido situar esa expedición entre los años 515 al 510 a.C.

Resulta difícil dar una respuesta satisfactoria sobre la causa o causas que movieron a Darío a realizar esa expedición contra los escitas, que no estaban implicados en ninguna coalición contra los persas ni atacaban a la sazón sus fronteras. Aunque, a decir verdad, tampoco sería ése un hecho singular, en la medida en que desde antiguo los persas habían tenido una fuerte tendencia expansionista, que puso en sus manos grandes extensiones territoriales de países limítrofes; ya Cambises, si hemos de creer a Heródoto (3.17-19), soñó y preparó, sin llevarla a efecto, la conquista de la alejada Cartago, con la que no tenía ninguna cuestión pendiente. Sobre la expedición a la Escitia, Heródoto (4.1) da la siguiente razón: «después de la conquista de Babilonia aconteció la expedición de Darío contra los escitas, de quienes el rey decidió vengarse». Simplifica la cuestión en un deseo de venganza, originado cuando los escitas, presionando a los Cimerios, penetraron en tierras de los medos y los derrotaron. Justino apunta otro motivo, a saber, la negativa del rey escita a entregar a su hija como esposa de Darío. Ambas explicaciones son muy simplistas. Es cierto que los escitas habían presionado a los cimerios, que en sus incursiones saquearon tierras de Asia Menor y del reino lidio de Giges, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Pudiera ser, no obstante, que en la explicación de Heródoto sobre el motivo de la expedición se haya tergiversado un deseo de Darío de proteger las fronteras septentrionales de

su Imperio conquistando las tierras situadas al norte del Mar Negro, ricas por otra parte, en cereales y materias primas. Pero también esa justificación, aunque más verosímil, resulta incompleta si no se le incorpora el deseo de conquistar también las tierras de Tracia y de asumir el control de las rutas comerciales en manos griegas que llevaban a esas tierras del Mar Negro y que, gracias a la expedición, acabarán controlando los persas. Todos estos posibles motivos, que no tienen por qué ser excluyentes, y que se suelen sintetizar en el deseo de contar con fronteras seguras y de disponer de nuevas fuentes de riqueza, al margen del simple móvil expansionista, pueden dar razón de la expedición.

El caso es que hacia el 515 a.C., Darío tomó personalmente el mando de un ejército considerable, que la tradición historiográfica (Heródoto, 4.87; Ctesias *fr.* 13 Muller) estima en seiscientas naves y setecientos a ochocientos mil hombres. Las cifras son a todas luces muy abultadas, pero no tanto porque el imperio persa, con su extensión territorial y la cantidad de pueblos que lo habitaban, no pudiera estar en condiciones de movilizar un ejército numeroso, sino por las dificultades logísticas, casi insalvables, que habría planteado el trasladar y suministrar durante un recorrido tan grande a un ejército de tan elevado número de componentes, sin disponer, además, del apoyo y cobertura de la flota, que fue enviada directamente a la desembocadura del Danubio. Las cifras de los contingentes persas debieron de ser, pues, sensiblemente, inferiores, por más que se tratara, en todo caso, de un ejército expedicionario importante.

Darío y sus tropas pasaron a Europa por el Bósforo, a través del puente construido por el griego Mandrocles de Samos. Sin encontrar gran resistencia de parte de las tribus tracias, el rey se encaminó, en dirección norte, hacia el Danubio, en cuya desembocadura entró en contacto con la flota que le estaba esperando y había preparado un puente de barcas. A partir de ahí no se perciben con claridad las intenciones de Darío en su avance. Heródoto sugiere un plan grandioso, conforme al cual, rodeando el Mar Negro se alcanzaría el río Don, para luego llegar al Oarus (posiblemente el Volga). Pero eso parece poco probable, pues tal operación resultaba mucho más fácil y rápida si se realizaba con un desembarco de la flota en el mar de Azof, donde ya había un asentamiento griego en Tanais. De cualquier forma, pasado el Danubio y en su camino hacia el norte, mientras se iba adentrando en las estepas, comenzaron enseguida a surgir dificultades. Los Escitas, sin llegar a entablar combate, hostigaban a los persas con su caballería y los iban arrastrando hacia el interior, donde encontraban una tierra calcinada y los pozos de agua destruidos. La descripción de Heródoto hace representar a los persas el papel de unos ingenuos que se dejan arrastrar infantilmente hacia el interior de las estepas. Sin embargo, es posible que eso sea más bien un modo atractivo para los destinatarios de su obra de describir las dificultades y penalidades sufridas por las tropas persas en su marcha por un terreno abandonado por sus habitantes, hasta que tomaron la penosa decisión de regresar; un regreso calamitoso, que habría acabado en catástrofe si las tropas griegas que protegían los puentes del Danubio, cuando conocieron la desventura de Darío, hubieran seguido la petición de los escitas y las supuestas instigaciones de Milcíades, señor por entonces del Quersoneso tracio, en el sentido de destruir los puentes para así dificultar la retirada del rey. Pero Histieo, tirano de Mileto, que gozaba de la protección de Darío y que era el encargado de la vigilancia de los puentes, rechazó la propuesta, porque temía que el deseado desastre persa se viera seguido de

perturbaciones sociales en las ciudades griegas, de las que eran tiranos la mayoría de los jefes griegos que militaban en el ejército persa (Heródoto, 4.137).

Los puentes fueron así preservados, y Darío pudo cruzar el Danubio, dirigiéndose a la región tracia. Dispuesto a pasar a Asia, el rey confió a su lugarteniente Megabazo la conquista de la zona costera de Tracia, desde el Helesponto hasta las tierras del Estrimón, ricas en yacimientos de oro y plata, y una de cuyas ciudades, Mirquinos, fue entregada como recompensa a Histieo. Es muy probable que las posesiones de Milcíades en el Quersoneso hayan engrosado estas conquistas, aunque ya no está tan claro que los persas hayan logrado la obediencia de Macedonia. Por su parte, el persa Otanes fue sometiendo las ciudades griegas de la Propóntide y los Estrechos, entre ellas Bizancio y Calcedonia, para posteriormente con una flotilla griega conquistar las islas de Lemnos e Imbros, mientras Quíos, Samos y Lesbos caían en la órbita de influencia persa. La expedición contra los escitas no había resultado, pues, un fracaso total. Toda la costa oriental del Mediterráneo en sus dos vertientes había pasado a menos de los persas, que de esa forma se convertían, además, en la potencia naval más importante del Mediterráneo.

10. MOTIVOS DE LA SUBLEVACIÓN JONIA

Los persas no registraron la sublevación de los jonios, o, si lo hicieron, se ha perdido su versión de los hechos. En este aspecto dependemos casi exclusivamente del relato de Heródoto (nacido en Halicarnaso en el 480 y muerto hacia el 420 a.C.), elaborado a partir de tradiciones orales y de sus interpretaciones personales, que están presumiblemente contaminadas por prejuicios antijonios y condicionadas por el conocimiento que tenía el historiador del desarrollo y resultado de unos acontecimientos que habían tenido lugar hacía ya algunos años. La inclinación de los jonios al lujo y su falta de ardor combativo están en la base de su explicación de la derrota griega. Su reiterada tendencia a hacer derivar las decisiones históricas transcendentales de motivaciones coyunturales de carácter personal le lleva, a su vez, a centrar la causa de la sublevación en los motivos que habría tenido para ello el tirano de Mileto, Aristágoras. Al decir de Heródoto, Aristágoras, aprovechando los disturbios en que estaba sumida la isla de Naxos, propuso a Artafernes, sátrapa de Lidia, realizar una expedición conjunta para apoderarse de ella. Después de cuatro meses de bloqueo, la expedición fracasó, y, temiendo Aristágoras que el rey le pidiera cuentas por la falta de éxito de la empresa, provocó la sublevación de los jonios. A ello lo animó también su suegro Histieo, que vivía en Susa disfrutando de un confinamiento dorado: hizo llegar hasta Aristágoras un esclavo que pidió le fuese afeitada la cabeza en secreto; y, realizada la operación, apareció tatuado sobre su cuero cabelludo un mensaje que exhortaba a la revuelta contra los persas.

Ya hemos aludido a la propensión de Heródoto a sembrar sus relatos de anécdotas y descripciones coloristas, que son el condimento literario de la narración, pero que quizá no responden a la realidad de los hechos. No obstante, despojado el relato de esos adornos, queda un fondo que no desentona con lo que se intuye pudo acontecer. El deseo de conquistar Naxos, e incluso las islas Cícladas, no debió de estar muy lejos ni de los intereses inmediatos persas ni de las aspira-

ciones de Aristágoras a aumentar el poderío de Mileto y convertirse en líder de la zona, sin dejar de prestar obediencia y pleitesía a los persas. Y, desde luego, el fracaso colocaba a Aristágoras en una posición difícil. Ahora bien: que se haya seguido de ahí, como pretende Heródoto, la sublevación de los jonios no es del todo verosímil, puesto que la causa aducida parece demasiado parcial, y la explicación de los hechos que proporciona, incompleta. Porque, aunque puede resultar relativamente satisfactoria en relación con la persona de Aristágoras, está muy lejos de dar una respuesta a los motivos por los que las ciudades griegas de Asia Menor y de algunas islas próximas, cuyos dirigentes distaban mucho de encontrarse en una situación límite semejante a la de Aristágoras, decidieron secundar la sublevación.

La moderna historiografía entiende que la incorporación de las otras ciudades griegas a la insurrección hubo de tener motivos más consistentes: por ejemplo, el amor griego a la libertad, la supuesta recesión económica de las *póleis* griegas de Asia Menor, debida a la actuación persa en este terreno y a su expansionismo; o el odio larvado de la masa social griega contra los tiranos, que se mantenían, en general, con el apoyo de los persas. Todas estas razones, y otras de menor fuste que se suelen aducir, han podido fomentar la participación griega en la sublevación, pero el asunto sigue siendo enigmático.

A este respecto y por lo que se refiere a la posible recesión económica de las ciudades griegas sublevadas, se suele suponer que la conquista persa de las costas del Mar Negro y la conquista de Egipto provocaron una disminución del comercio griego en esas zonas, y que, además, los persas favorecieron el comercio fenicio en detrimento del griego. De haber ocurrido así, que no lo sabemos de cierto, se podría conjeturar que las continuas pérdidas económicas habían fomentado un odio soterrado contra los persas, que acabó por estallar. De todas formas, nada parece indicar que los impuestos que los griegos pagaban a los persas fueran insoportables o más elevados que los exigidos antes por los Lidios; y tampoco hay evidencia de que los persas hayan favorecido comercialmente a los fenicios en detrimento de los griegos. Es cierto que desde el punto de vista arqueológico parece apreciarse un decaimiento en la actividad comercial de las ciudades griegas de Asia Menor, pero se debe en una parte sustantiva, eso está claro, a la competencia que les hacen en sus circuitos comerciales tradicionales otras ciudades griegas. No son, pues los persas los causantes directos de esa posible merma económica, aunque los impuestos exigidos por ellos pudieran resultar más onerosos en esa situación, hasta el punto, quizá, de crear un clima favorable a la sedición.

Tampoco parece que los persas hayan ejercido sobre los griegos de su órbita de influencia un dominio opresivo, al menos más opresivo que el de los lidios, contra los que no habían llegado a sublevarse. Desde el punto de vista político, los persas mantuvieron el control de las ciudades griegas a través de los propios tiranos griegos, a quienes ayudaban a mantenerse en el poder. (Heródoto, 4.137.) Y, aunque resulta razonable suponer que las tiranías impuestas por los persas a las comunidades griegas pudieron ser uno de los motivos de resentimiento de éstas, tal consideración no deja de ofrecer puntos oscuros, sobre todo si tenemos en cuenta que las ciudades insurrectas no parecen haber sentido por sus tiranos una aversión semejante a la que llegaron a sentir por los persas, o al rechazo de

la tiranía que se manifiesta en algunas otras comunidades griegas, por ejemplo Atenas. Allí simplemente los tiranos fueron depuestos; y no sólo se pudieron marchar con libertad, sino que, paradójicamente alguno de ellos, cual Aristágoras, asumió el liderazgo de una comunidad que se había liberado de la tiranía (Heródoto, 5.37). Ni la actitud de rechazo frente a la tiranía ni la innegable inclinación griega a la libertad, que hay que suponer existiera ya durante la etapa del dominio lidio, son motivos que expliquen suficiente y satisfactoriamente la insurrección jonia. Da la sensación más bien de que nos faltan claves para entender lo ocurrido.

11. LA INSURRECCIÓN JONIA

En el proceso histórico de la humanidad no son tan infrecuentes los casos de líderes carismáticos que arrastran a las gentes a aventuras descabelladas, pero no está claro hasta qué punto haya sido Aristágoras uno de ellos, y cómo jugaron en el asunto las motivaciones personales que recoge Heródoto. Difícilmente habría incitado a la sublevación y se habría embarcado en ella sin tener al menos una relativa seguridad de que iba a ser secundado por las demás comunidades jonias; de la misma manera cuesta creer que éstas se hayan lanzado a la insurrección contra la mayor potencia conocida en aquellos tiempos sin tener una cierta esperanza de victoria y unos motivos realmente serios.

El núcleo inicial de la sublevación lo constituyó el *koinón tôn Iónon*, la Confederación Jonia, constituida en tiempos antiguos en torno al *Paniónion*, que era el santuario de Poseidón del cabo Mícale. Allí celebraron las asambleas en las que decidieron los preparativos y la contribución de cada uno de ellos en tropas, barcos y dinero para la empresa conjunta. Incluso se llegó a acuñar una moneda común para todos ellos. Los sublevados eran conscientes de que el éxito de la operación requería la incorporación a su causa de otras comunidades griegas: para lograrlo, en el invierno del 499 a.C. Aristágoras cruzó el Egeo. En Esparta, de acuerdo con la tradición recogida por Heródoto, el líder jonio explicó sobre un mapa del mundo en bronce las ventajas económicas que podrían derivarse de esa empresa, cifrando en la superioridad militar de los hoplitas griegos y en su mejor preparación táctica la expectativa de éxito de la misma. Pero el rey espartano Cleómenes no se dejó convencer, a causa, según se dice, de la gran distancia que mediaba hasta la capital del reino persa, aunque también hay que tener en cuenta que por entonces estaba haciendo preparativos para la guerra contra Argos. De hecho, sólo Atenas, con veinte naves, y Eretria, con cinco, acudieron en ayuda de los sublevados. No están claras las razones que impulsaron a los eretrios a hacerlo; Heródoto alude a la ayuda que los milesios habían prestado a Eretria durante la Guerra Lelantina, pero es probable que hubiera alguna motivación más viva. En cuanto a Atenas, vivía la euforia de una democracia recién estrenada y veía con hostilidad la acogida persa a Hipias, el tirano expulsado cuyo regreso se temía. Además, no podía soportar con resignación el control persa de los Estrechos, de donde le venían los suministros necesarios de trigo. El éxito de la insurrección de los jonios permitiría a Atenas asegurar sus posesiones en la zona de los Dardanelos, en Imbros y Lemnos.

Los jonios y sus aliados iniciaron la ofensiva en el 498 a.C., dirigiendo un ataque contra Sardes, capital de la Lidia, cuya ciudadela no lograron tomar. Pero

el incendio y saqueo de Sardes se vio seguido por la incorporación a la sublevación de las comunidades griegas de la Licia, de la Caria, del Bósforo, de la Propóntide y de Chipre, si bien las naves atenienses, por motivos posiblemente de política interior –dos años después, en el 496 a.C., el pisitrátida Hiparco, hijo de Carmo, fue elegido arconte– decidieron regresar a la patria.

Los persas reaccionaron con lentidud, pero, una vez puesta en marcha su maquinaria militar, siguieron un plan bien meditado, que trataba de aislar el foco de los sublevados. Ya en el 496 a.C. capituló Chipre, y enseguida lo hicieron las comunidades de los Estrechos, mientras otras fuerzas terrestres presionaban sobre la Caria: la tenaza militar persa se iba cercando inexorablemente sobre los jonios. Estos, en un consejo celebrado en el *Panionion* decidieron arriesgar su suerte en una batalla naval, concentrando la flota federada cerca de la isla de Lade, próxima a Mileto. Después de iniciado el encuentro, se retiraron las naves de Samos y Lesbos, y, a pesar de la valerosa resistencia ofrecida por el contingente de Quíos y del heroísmo del jefe de la flota, Dionisio de Focea, la batalla se perdió. La suerte de Mileto estaba echada, por más que se empeñara en una empecinada resistencia: asediada por tierra y por mar, Mileto sucumbió en el 494 a.C. La ciudad fue destruida, y sus habitantes parcialmente deportados hacia el interior de Persia. En el año 493 a.C. los persas habían logrado ya restablecer su dominio sobre todas las ciudades sublevadas.

Las represiones y las exiguas deportaciones de una parte de la población de algunas de las comunidades rebeldes cesaron enseguida. El rey persa Darío I era un gran organizador y se sintió más inclinado hacia una política de moderación y de reconstrucción que a la imposición de un régimen de terror y económicamente opresivo. Ello se aprecia en la fijación de los impuestos que los griegos debían satisfacer al Imperio persa; no sólo no eran más gravosos que antes sino que la distribución se hizo de una manera más racional y equitativa, al disponer de los datos que proporcionaron las nuevas mediciones de las tierras y su registro catastral. Por otra parte, desde el punto de vista político, las ciudades griegas sometidas seguían manteniendo su propia organización interna. Algunas volvieron al régimen tiránico, otras implantaron el sistema democrático, sin que los persas intervinieran o se sintiesen inquietos por ellos. Estaban interesados en el apaciguamiento y la tranquilidad, que resultaba muy beneficiosa a los intereses expansionistas persas. Y, en ese sentido, forzaron a los griegos sometidos a suscribir entre ellos acuerdos de arbitraje, conforme a los cuales pudieran solucionar los litigios.

La sublevación griega acabó, pues, en fracaso, y las ciudades derrotadas se resignaron a su suerte, pero en la Atenas democrática la derrota griega convulsionó los ánimos de las distintas facciones políticas. Probablemente en el 493 a.C. Frínico representó en Atenas la tragedia titulada *Toma de Mileto*, que glosaba el desdichado final de la ciudad, con tal énfasis que el poeta fue castigado con una multa por recordar desgracias (Heródoto, 6.21). El dolor sentido por los atenienses en el teatro ante la suerte de los sublevados, y la penalización del poeta, a quien posiblemente se reprochaba el haber hecho una solapada crítica de la pasividad de Atenas en el conflicto, pueden ser muy bien exponentes de las tendencias mantenidas allí por las diversas facciones políticas. Se ha pensado, a modo de hipótesis, que detrás del apoyo al poeta Frínico que hizo posible la

representación de su tragedia se encontraba la figura de Temístocles, quien en esos momentos empezaba a acceder a la escena política, con sus partidarios. Estos serían los interesados en alimentar los sentimientos antipersas, mientras que lograron imponer el castigo a Frínico los que no deseaban comprometer a la ciudad en riesgos excesivos con los persas y, pese al sentimiento de solidaridad que pudieran experimentar hacia los griegos sometidos, aceptaban como algo inevitable la suerte que les había correspondido.

Lograda la sumisión de la Jonia, el yerno de Darío I, Mardonio, pasó el Helesponto con un ejército y restableció el dominio persa en la región tracia. El reino macedónico de Alejandro Filoheleno aceptó la sumisión, lo mismo que la rica isla de Tasos, que deseaba retener las minas de oro que poseía en la parte continental. Sin embargo, tanto el ejército de tierra como la flota persa sufrieron dos reveses importantes: un ataque por sorpresa de miembros de la tribu tracia de los Brigios causó numerosas bajas en las tropas persas, al tiempo que la flota era empujada por una tempestad contra los acantilados del monte Atos. Con todo, las pérdidas que cifra Heródoto (6.44) en 300 naves y 20.000 hombres pueden haber sido hinchadas intencionadamente por el historiador con el objeto de reforzar su presunción de que la expedición ocultaba planes más ambiciosos, a saber un ataque contra Eretria y contra Atenas, que no habrían podido llevarse a efecto en razón de tales pérdidas.

12. SITUACIÓN POLÍTICA EN GRECIA ANTES DE MARATÓN

El fracaso de la sublevación jonia mostró a los Estados griegos la superioridad de las armas persas y creó entre ellos un sentimiento bastante generalizado de resignación ante lo que pudiera ocurrirles en el futuro. Así, cuando en el 491 a.C. Darío I, de acuerdo con el relato de Heródoto, remitió embajadores a Grecia para pedir tierra y agua, símbolos de la sumisión, fueron muchos los estados que la aceptaron. Heródoto añade que Atenas y Esparta reaccionaron con indignación ante tal propuesta, hasta el punto de dar muerte a los embajadores, pero no sabemos si no está retrotrayendo la postura de esas dos ciudades, que serán luego paladines de la libertad de Grecia. Porque, lo cierto es que incluso en estas ciudades las opiniones estaban, a lo que parece, divididas; más, quizá, como resultado de las actitudes personales y cambiantes de los líderes, que procuraban y lograban convencer a sus conciudadanos en un sentido o en otro, que como inclinaciones decididas y permanentes de las distintas facciones políticas. Por eso, los hechos real o aparentemente contradictorios que afloran a la exigua información con que contamos sobre política interna de Atenas en los años anteriores a la batalla de Maratón –ayuda a los sublevados jonios en el 498 a.C., subsiguiente retirada de esa ayuda, elección en el 496-495 a.C. para el arcontado del Pisistrátida Hiparco, aceptación y multa de la tragedia de Frínico en el 493-492 a.C. etc.– no parece adecuado conceptuarlos como triunfos alternativos de opiniones firmemente sostenidas por las distintas facciones políticas, sino más bien como exponentes de sentimientos fluctuantes, que se veían condicionados por factores diversos. El miedo a la intervención militar persa, la relativa suavidad con que, en cambio, ejercían su domino sobre los sometidos, la posibilidad de que se reinstaurara la tiranía bajo los auspicios persas, el amor a la libertad, etc.

No hay duda, pues, de que la cuestión persa asumía un carácter primordial en las discusiones políticas de Atenas, conducidas por tres líderes que en esos momentos adquieren especial relevancia; el Pisistrátida Hiparco, hijo de Carmo, Temístocles, hijo de Neocles, de la familia de los Licómidas, y Milcíades, propietario de las ricas tierras del Quersoneso. Hiparco había sido elegido arconte (Dionisio de Halicarnaso, 5.77, 6; 6.1, 1.) en el 496-495 a.C., en un momento, de acuerdo con esta fuente tardía, en que la sublevación jonia iba de mala manera, lo que tampoco tiene por qué significar un intento de acercamiento hacia los persas, o una actitud favorable al tirano expulsado; en cualquier caso, el protagonismo político pasó enseguida a los otros dos personajes. También la misma fuente tardía (Dionisio de Halicarnaso, 6.34,1) informa que Temístocles fue arconte en el 493-492 a.C. después de que Mileto hubiera caído en manos persas; no es extraño que por entonces la cuestión de la defensa de Atenas cobrara la máxima importancia. Y, así, Tucídides (1.93), sin indicar fecha concreta, señala que Temístocles inició la construcción de las defensas del Pireo, que se reanudaría más tarde en el 483-482 a.C., asociada a la de la flota. El oscurecimiento de la figura de Temístocles durante ese intento puede estar en relación con el regreso de Milcíades a Atenas desde sus posesiones del Quersoneso ante el avance persa; aunque fue acusado de ejercer la tiranía en el Quersoneso, no sólo se libró de la acusación sino que consolidó su prestigio y ascendencia ante los atenienses, que secundaron sus iniciativas.

También Esparta se encontraba en una situación diferente a la de los comienzos de la sublevación jonia. Su rey Cleómenes había logrado asestar a Argos un golpe lo suficientemente importante como para no temer de ella ninguna acción militar, y, por lo tanto, tal vez considerara que tenía ahora más margen de maniobra que cuando los jonios preparaban la sublevación. Tras lograr la deposición de su colega Damárato, secundó la exigencia ateniense de diez rehenes dirigida a los eginetas, bien fuera porque también él creía que los habitantes de la isla de Egina ayudarían a los persas en una ofensiva contra Grecia, bien porque pensara que con su conducta solidaria podría arrastrar a Atenas a formar parte de la Liga del Peloponeso. De cualquier modo parece que tanto Esparta como Atenas se habían hecho a la idea de que el enfrentamiento con Darío I era inevitable.

13. CAMPAÑA DE MARATÓN

El fracaso de la expedición de Mardonio no desanimó a los persas en su propósito de lograr la sumisión de Grecia. Posiblemente, tales intenciones no respondían a un simple impulso de expansionismo, o a un eventual deseo de venganza sino a sustantivas razones geopolíticas, porque no era fácil garantizar la sumisión estable de las posesiones persas en la región de la Tracia y las islas del mar Egeo si no se controlaba también el resto de las comunidades griegas continentales.

En el 490 a.C. las tropas persas se concentraron en las costas de Cilicia, donde se había construido una flota que Heródoto fija en 600 barcos, la cual transportó «un ejército enorme y bien armado». Fuentes históricas posteriores elevan el volumen del ejército persa a unas cifras que resultan inadmisibles, porque aunque

se admita el número de naves señaladas por Heródoto y se presuponga para ellas una capacidad grande, difícilmente podrían haber albergado a más de 20.000 infantes y 800 jinetes. Luego, la flota persa se hizo a la mar en Cilicia, llevando como jefes a Datis y a Artafernes, hijo este último del sátrapa del mismo nombre, a los que acompañaba Hipias, el antiguo tirano de Atenas. El plan persa contemplaba una invasión por mar y un ataque directo a la Grecia central, lo que evitaría los riesgos de una prolongada navegación por el norte del Egeo y los inconvenientes del traslado del ejército por vía terrestre, innecesarios en cualquier caso, toda vez que casi toda la Grecia del Norte estaba en manos persas o aceptaba su dominio.

El primer objetivo fueron las Cícladas. La isla de Naxos fue atacada y castigada en recuerdo de la resistencia ofrecida en el año 500 a.C.. Sin embargo, con la isla de Delos, donde se encontraba el santuario de Apolo, los persas se mostraron respetuosos, y el mismo Datis ofreció al dios valiosas ofrendas. Desde Delos los persas se dirigieron hacia el extremo meridional de la gran isla de Eubea para hacer capitular primero a la ciudad de Caristo tras una infructuosa resistencia. A continuación enfilaron hacia la ciudad de Eretria en represalia por la ayuda y colaboración que había prestado anteriormente a los sublevados de la Jonia. Algunos de sus habitantes la evacuaron, y los demás, abandonados a su suerte, se dispusieron a resistir. La ciudad fue tomada y los supervivientes, deportados a Susa, donde Heródoto (6.119) los encontró después cuando visitó Persia.

Todas estas operaciones militares las llevaron a cabo los persas sin que ninguna flota griega les saliese al encuentro; eran, pues, dueños del mar y podían elegir sin riesgos los lugares de desembarco. Es probable que los atenienses temiesen un ataque persa a la misma Atenas mediante un desembarco en la bahía del Falero, pero los persas, aconsejados quizá por el propio Hipias, desembarcaron en la llanura de Maratón, no sólo porque en ella podían maniobrar relativamente bien sus fuerzas de caballería, sino, tal vez, porque esperaban contar con el apoyo de las gentes de la zona que en el pasado se habían manifestado partidarias de la tiranía. Esta última eventualidad explicaría en cierta manera el que los persas, una vez realizado el desembarco, no hayan movido rápidamente el ejército. En cuanto a la falta de esos apoyos, se podría explicar tal vez por el hecho de que las reformas constitucionales de Clístenes, en lo que se refiere a las nuevas tribus de carácter territorial, hubieran comenzado a producir sus frutos, quebrantando la solidaridad de las clientelas tradicionales.

Enterados del desembarco persa, los atenienses pidieron ayuda a los espartanos, quienes prometieron acudir tan pronto como hubieran celebrado las fiestas Carneas, ya que en ese perído se consideraba impiedad el tomar las armas. Abandonados así a sus propias fuerzas, los atenienses deliberaron en asamblea popular sobre si debían salir, como proponía Milcíades, al encuentro del enemigo, o bien quedarse en Atenas para defender la ciudad. Se decidió marchar hacia Maratón y enfrentarse a los persas. Durante algunos días el ejército ateniense, que se cifra hipotéticamente en unos 10.000 hombres, reforzados por un contingente de 1.000 hoplitas de Platea, y el ejército persa permanecieron tranquilos en sus posiciones. Tal vez los persas se demoraron en tomar la iniciativa porque esperaban, como se ha dicho, el apoyo de las gentes griegas de la zona partidarias en el pasado de la tiranía; y, por lo que respecta a los atenienses, el paso del tiempo

les favorecía, en tanto en cuanto podía dar lugar a que llegara el contingente espartano prometido. Sin embargo, éste hizo acto de presencia cuando ya había acabado la batalla, iniciada por los atenienses, quienes se vieron forzados quizá a tomar la iniciativa sin aguardar a los espartanos ante la amenaza de que los persas atacaran directamente su ciudad. Esa es, al menos, una de las versiones propaladas en época tardía. Sin embargo, Heródoto (6.109) ofrece otra razón, que resulta más verosímil: el temor de que, si no atacaban, el miedo hiciera presa en los ánimos de los soldados hasta el punto de hacerles inclinarse del lado persa.

Los generales atenienses tomaron algunas medias tácticas para contrarrestar la superioridad numérica de los persas. Alargaron la alineación de la falange, debilitando el centro pero reforzando los flancos y, cuando los griegos estuvieron a tiro de las flechas persas, recibieron la orden de acelerar la carrera, para evitar así el ser blanco del enemigo, al tomar contacto con él lo más rápidamente posible; porque en un combate cuerpo a cuerpo los arcos persas resultaban inoperantes y sus espadas poco eficaces ante las largas lanzas de los griegos, quienes, además, estaban protegidos por sólidas armaduras. Los soldados persas lograron romper el debilitado centro de los griegos, pero, una vez rebasados sus flancos, corrían el peligro de verse rodeados por ellos, lo que les hizo iniciar el repliegue hacia las naves. En la batalla de Maratón, dice Heródoto (6.117), perecieron del lado persa seis mil cuatrocientos hombres, y ciento noventa y dos del lado ateniense, entre los que se encontraba el polemarco Calímaco.

Las tropas persas reembarcadas se apresuraron a poner rumbo hacia Atenas, que estaba desguarnecida de sus mejores hombres, para intentar un ataque por sorpresa contra la misma, realizando un desembarco en el Falero. Pero los atenienses que habían combatido en Maratón, temerosos de que ello ocurriera, aceleraron el regreso a la ciudad y tomaron posiciones. Así, cuando la flota persa hizo su aparición y se dio cuenta de que había fallado en sus previsiones, renunció al desembarco y regresó a Asia.

Desde el punto de vista material las pérdidas de los persas eran insignificantes, pero no insuficientes para herir su orgullo y para poner de manifiesto que sin un poderoso y adiestrado ejército no lograrían someter a los griegos continentales. El inmenso contingente movilizado por Jerjes y la minuciosa preparación de la expedición serán la consecuencia posterior de esa toma de conciencia. Para Atenas el triunfo tuvo una gran importancia. Los espartanos, la otra gran potencia de Grecia, habían llegado tarde, de suerte que la imagen de Atenas había crecido cara al exterior. Y, en el orden interno, el hecho de que un ejército integrado por los ciudadanos hubiera salvaguardado la libertad de la patria y la del resto de las comunidades griegas aun no sometidas, haciendo retroceder al ejército de la nación más poderosa conocida, no podía por menos de tener una trascendencia política. Tras la victoria, al mismo tiempo que se robustecía la confianza en las instituciones democráticas que habían llevado al triunfo, languidecía la fuerza de quienes se sentían inclinados en favor de los persas o hacia la neutralidad. Además, ya no era posible dar marcha atrás en la enemistad con Persia. Finalmente, Hipias había perdido una nueva oportunidad de reestablecer en Atenas la tiranía. Dice Heródoto (6.115) que, después de Maratón, se hicieron señales con un escudo a los persas que reembarcaban, para indicarles que en Atenas estaba todo preparado para una revuelta; posiblemente fueran acusaciones in-

fundadas, pero el hecho de que circularan tan graves sospechas debió de mantener a los partidarios de la tiranía y de los persas sumidos en un cauteloso silencio. En adelante, la acusación de «medismo» será considerada como de traición.

14. ATENAS Y ESPARTA DESPUÉS DE MARATÓN

Tras la batalla de Maratón, Milcíades el general victorioso, se convirtió en el ídolo del pueblo, y, posiblemente apoyado en la confianza popular, obtuvo el mando de una pequeña flota, con la que se lanzó a la aventura de recuperar las Cícladas, la mayoría de las cuales se habían plegado a las exigencias de los persas. Pero la empresa fracasó ante la resistencia ofrecida por los habitantes de la isla de Paros; Milcíades fue herido, y la flota emprendió el regreso. A su llegada a Atenas, el desdichado general fue acusado por sus detractores de haber engañado al pueblo, y se le impuso una multa de cincuenta talentos, que no llegó a satisfacer, porque murió enseguida, a consecuencia de las heridas recibidas en Paros.

El proceso de Milcíades es el preámbulo de la turbulencia política, mal conocida por el estado fragmentario de las fuentes, que se desencadenó en Atenas con ocasión de las reformas introducidas con la constitución para hacerla más democrática. Fue hacia el 487 a.C. cuando se habilitó como procedimiento para la designación de los arcontes el sorteo entre quinientos candidatos elegidos por los demos. Con ello se abría el cargo del arcontado a los miembros de la segunda clase censitaria, la de los caballeros. En este período de convulsiones políticas se aplicó varias veces el ostracismo: que sepamos, el Pisistrátida Hiparco fue expulsado en el 488-487 a.C., el Alcmeónida Megacles lo fue en el 487-486 a.C. Jantipo en el 485 a.C. y luego Arístides en el 483-482 a.C. Es posible que el responsable de esos ostracismos haya sido Temístocles, con sus partidarios, comprometidos como estaban con una política tendente al desarrollo naval de Atenas. También Esparta vivió, antes de la batalla de Maratón, momentos de una grave tensión política, perceptible en la deposición del rey Damárato a instancias del otro rey, Cleómenes, en la acusación y huida de este último y en la actitud de leotíquidas respecto a los eginetas. Si bien las sólidas estructuras constitucionales espartanas no llegaron a verse alteradas, se percibe una creciente desconfianza respecto al excesivo protagonismo de los reyes espartanos en la gestión de los asuntos estatales, que provoca la reacción de los miembros de la Gerusía y de los éforos.

El triunfo de Maratón había sido obra de la falange de hoplitas batiéndose en tierra firme. La euforia consiguiente no ocultó, sin embargo, a un sector de la población ateniense, del que Temístocles es figura más representativa, la debilidad del sistema defensivo del estado y las dificultades que tenían para defender adecuadamente sus intereses fuera del Ática con un ejército basado predominantemente en los hoplitas. El Ática era una zona geográfica muy abierta, y su defensa no podía asegurarse de forma efectiva con un plan de fortificaciones, como podían hacerlo los peloponesios en el istmo de Corinto. En cualquier momento podía llegar el zarpazo persa, bien con un desembarco, bien por medio de un ejército que avanzaba por vía terrestre. Además, los Persas tenían el predominio marítimo y podían colapsar el acceso hacia el litoral del Mar Negro, de donde le venía a Atenas la mayor parte de los suministros alimenticios. El con-

seguir una superioridad en el mar se revelaba como una imperiosa necesidad, que una vez más se ponía de manifiesto ante la impotencia ateniense por reducir a Egina, que disponía de una flota importante. Así, el deseo de acabar con Egina mediante la utilización de una flota poderosa, y de estar mejor preparados para hacer frente a una posible invasión persa, habría llevado a un sector de la población ateniense a trabajar en favor de la construcción de una poderosa flota y a alejar de la ciudad a las personas más influyentes que se oponían a ello, partidarios de una defensa terrestre que protegiese los campos.

La elección de la alternativa militar marítima no resultaba fácil porque conllevaba el otorgar al sector empobrecido de la ciudad, que era el destinado a servir en las naves, un peso significativo en la defensa, que antes gravitaba sobre el sector de los propietarios agrícolas. Y no todas las dificultades eran de índole política. Para construir una flota importante había que invertir sumas considerables de dinero que sólo el Estado y los grandes propietarios podrían aportar, lo que debió de provocar serias resistencias. Pero un hecho fortuito contribuyó a allanar estas dificultades. En el 483 a.C., fueron descubiertos nuevos yacimientos de plata en las minas de Laurion, y Temístocles logró convencer a sus conciudadanos para que los ingresos producidos por esos yacimientos fueran invertidos en la construcción de una armada. En un plazo moderado de tiempo se logró así contar con casi doscientas naves de guerra, se completaron las defensas de la ciudad y se construyeron dársenas en el puerto del Pireo.

15. PREPARATIVOS DE LA SEGUNDA GUERRA

Para los persas la derrota sufrida en Maratón careció de la trascendencia que tuvo para los griegos. Era tan sólo un primer intento fallido por dominar la Grecia continental, de modo que enseguida iniciaron los preparativos de una nueva invasión, que se ralentizaron porque los persas debieron prestar atención a un asunto más preocupante, como lo fue la sublevación de Egipto en el 486 a.C., y debido también a la muerte de Darío en esa misma fecha. Su hijo y sucesor, Jerjes, necesitó un tiempo prudencial para consolidar su posición dentro del reino, mientras realizaba los preparativos para invadir Grecia, que pudieron sufrir asimismo un relativo frenazo como consecuencia del levantamiento producido en Babilonia. Pero, una vez reprimida tal sublevación, los persas pudieron ya dirigir todas sus energías a la preparación material y diplomática de la expedición, que seguiría el antiguo plan de Mardonio de un ataque por la ruta del norte. Se establecieron almacenes de abastecimiento a lo largo de la costa de Tracia, se facilitó el paso de los ríos tracios con la construcción de puentes sobre pontones, y, para evitar a la flota todo peligro de naufragio, se abrió un canal en el istmo del monte Atos. Los grandiosos preparativos persas, que, naturalmente, no pasaban desapercibidos, resultaban impresionantes y sin duda alguna contribuyeron al éxito de la actividad diplomática del rey ante los estados griegos que no eran aún enemigos formales; no fueron pocos los que aceptaron la sumisión, mientras otros se inclinaban por la neutralidad. Por lo que hace referencia a esa actividad diplomática, no deja de aparecer como verosímil el supuesto acuerdo persa con Cartago, dirigido a impedir cualquier ayuda procedente de los griegos occidentales. Incluso, el oráculo de Delfos, que desde antiguo gozaba de reco-

nocido prestigio en su papel orientador de las decisiones de los estados griegos, consciente de la superioridad persa, contribuía a enfriar los ánimos, aconsejando la neutralidad y la sumisión o profetizando la destrucción total.

Sin embargo, Esparta y Atenas, a la sazón los dos estados más poderosos de Grecia, se sentían dispuestos a la resistencia, por más que fueran conscientes de las pocas posibilidades que tenía una empresa de ese tipo, si no lograban que otros estados participaran en ella. Pero las gestiones realizadas a tal fin arrojaron un balance descorazonador. Argos se declaró neutral; Creta, temerosa por su proximidad a los territorios dominados por los persas, se negó a colaborar; Corcira adoptó una posición ambigua friamente calculada; Siracusa no se decidió a dar el paso adelante, pues temía la posible reacción de Cartago; y, en fin, ya se sabía previamente que en Tesalia y Beocia la opinión general se inclinaba en favor de los persas.

En el otoño del 481 a.C. los estados griegos que estaban dispuestos a resistir se reunieron en un congreso y constituyeron una alianza defensiva que agrupaba a todos ellos. Se proclamó una tregua universal para poner fin a las mutuas querellas y se permitió el regreso de los exiliados, no sólo con la intención de incorporarlos a la resistencia, sino para evitar que fuesen utilizados por el enemigo. Por otra parte, a los estados griegos que voluntariamente simpatizaran con los persas se les amenazaba con la destrucción y la entrega de la décima parte de sus bienes al santuario de Apolo Délfico.

16. COMIENZO DE LA GUERRA

En la primavera del año 480 a.C. el ejército persa se puso en marcha, atravesando el Helesponto a través de puentes levantados sobre barcazas, mientras la flota se hacía a la mar. El núcleo del ejército de tierra lo constituían soldados persas, si bien había contingentes hasta de las satrapías más alejadas, mientras que la flota estaba integrada primordialmente por naves fenicias y griegas de Asia Menor. El movimiento de un ejército tan numeroso fue hábilmente dirigido, procurando en todo momento y en la manera de lo posible coordinar la marcha por tierra y el movimiento de la flota. Dice Heródoto (7.21) que «ninguna de las otras operaciones puede compararse con ésta», lo que en cierta manera explica el terror que provocó en los griegos la contemplación de la marcha de la avanzadilla persa. De todas formas, la cuestión relativa a las fuerzas que componían el ejército persa se presenta como irresoluble. Las cifras aportadas por Heródoto (6.60; 7.89) de millón setecientos mil infantes, ochenta mil jinetes y mil doscientas siete naves, que elevarían el número de personas implicadas en la operación a varios millones, son a todas luces exageradas e inadmisibles. Los historiadores que se enfrentan con la cuestión de esos contingentes y los estudiosos de la estrategia que lo abordan desde el punto de vista de la dificultades logísticas planteadas por el abastecimiento de un ejército numeroso en marcha proponen cifras más racionales, que oscilan entre los doscientos mil y los cien mil soldados, limitando el número de naves a unas seiscientas.

Frente a ese ejército persa, la inferioridad griega tanto por tierra como por mar era manifiesta, pero no decisiva: la superioridad del armamento, las dife-

rencias en el ardor combativo, la disciplina y la mejor concepción de los planes estratégicos y tácticos, podían llegar a neutralizar la superioridad numérica del enemigo. El ejército persa era un conglomerado de unidades procedentes de pueblos diversos, que combatían por el temor al castigo, mientras que los griegos, llegados a una situación límite, lo hacían por la supervivencia. Por otra parte, el armamento del ejército de tierra griego era superior, y no había que dudar, como demostraría el sacrificio supremo de Leónidas y sus espartanos, de la disciplina de los ciudadanos de Esparta. Desde el punto de vista táctico, la inferioridad numérica griega desaconsejaba el entablar combate en campo abierto, donde las tropas y la caballería persa podían moverse a su gusto; así, la ocupación de los desfiladeros, para diezmar allí al ejército invasor, si no era posible hacerle retroceder, se revela como uno de los puntales básicos del plan estratégico griego.

Pero ese plan debía conjugarse con los intereses particulares de los estados combatientes y de los que prometían su ayuda. Uno de ellos era el de los tesalios, que jugaban con la doble baza griega y persa. Para tenerlos de su lado, los miembros de la alianza defensiva decidieron, en su segundo congreso, remitir un cuerpo expedicionario de diez mil hoplitas con el encargo de bloquear a los persas los pasos que desde Macedonia conducían a Tesalia; el ejército aliado griego ocupó el desfiladero del Tempe, entre los montes Olimpo y Osa. Sin embargo la posición, aunque fácilmente defendible, perdió su valor estratégico cuando el ejército griego tuvo conocimiento de que existían otros accesos hacia el interior de Tesalia que ellos no podían defender; en consecuencia, las tropas regresaron y se replegaron hacia el istmo de Corinto, dejando libres a los persas las ricas tierras de Tesalia.

17. LAS TERMÓPILAS

Es posible que fuera a partir de esos momentos y como consecuencia del repliegue, cuando los griegos concibieron el plan estratégico de combatir a los persas mediante una acción coordinada en la que se conjugaba la actuación del ejército de tierra con la actividad de la flota. De cualquier forma, este plan común se adaptaba a los intereses particulares de los estados implicados en la lucha. Se estableció una primera línea defensiva en la que un cuerpo expedicionario al mando del espartano Leónidas con siete mil soldados (cuatro mil habían sido aportados por la Liga Peloponesia, pero sólo había entre ellos trescientos espartanos; además había mil focidios, mil cien beocios, entre tespios y tebanos, y unos centenares de locrios) ocupó el estrecho desfiladero de las Termópilas, mientras la flota de doscientas setenta y una naves al mando del espartano Euribíades fondeaba en el cabo Artemisio, al norte de la isla de Eubea. Pero los espartanos no comprometieron más tropas sino que, a la espera del desarrollo de los acontecimientos, constituyeron una segunda línea defensiva en el istmo de Corinto, mientras que la flota, en caso necesario podría replegarse y fondear en la isla de Salamina.

Presentóse el ejército persa ante el desfiladero de las Termópilas sin que todavía la flota persa hubiera aparecido, pues navegaba con retraso y había sufrido pérdidas a consecuencia de una tempestad. Parece que fue ésa la causa por la que Jerjes tardó varios días en dar la orden del asalto a las Termópilas. Cuando ambas flotas estuvieron próximas, sucesivas oleadas del ejército persa iniciaron infruc-

tuosamente el ataque a las posiciones griegas. Leónidas y sus tropas resistieron incluso cuando los famosos «Inmortales» persas fueron colocados en primera línea (Heródoto, 7.210-211.); pero, de acuerdo con la tradición, un aborigen condujo a los soldados persas por senderos de montaña para que pudieran caer por sorpresa sobre el contingente de focidios que guardaba el paso, de suerte que los griegos desistieron de emplear todos sus efectivos en la defensa de una posición irremisiblemente perdida. Así, pues, Leónidas informó a la flota sobre la situación, ordenó la retirada de los aliados peloponesios y se mantuvo en una colina con los trescientos espartanos y setecientos voluntarios focidios. En el lugar de su sacrificio los griegos levantaron luego un monumento, con la figura de un león y el texto: «extranjero, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos después de cumplir lo que se nos ordenó» (Heródoto, 7.228).

18. SALAMINA

Tomadas las Termópilas, quedaba expedito el camino que a través de Beocia conducía a Atenas. Locrios, beocios y dorios se sometieron voluntariamente a los persas, mientras el territorio de los focidios era saqueado a sangre y fuego, llegando los enemigos hasta los límites del santuario délfico, que no se atrevieron, sin embargo a saquear. En esa situación ya no tenía sentido que la flota griega continuara sus combates con la persa en la zona de Eubea, siendo así que tampoco resultaban victoriosos para ellos; por lo tanto, mientras el ejército peloponesio reforzaba y fortificaba las defensas del istmo de Corinto, la flota se dirigió a Atenas, pues los atenienses, faltos de tropas terrestres, habían tomado la decisión de evacuar la ciudad. Mujeres, niños y ancianos fueron llevados a Trecén, Egina y Salamina, de modo que, cuando los persas llegaron a Atenas, se encontraron con una ciudad prácticamente abandonada, a pesar de lo cual destruyeron con saña todo cuando pudieron, y en especial la Acrópolis. La flota aliada se concentró en Salamina, porque allí era donde Temístocles, por razones tácticas, deseaba entablar batalla. Los peloponesios eran partidarios de que fuese a reforzar y proteger desde el mar las defensas del istmo de Corinto, pero la opinión de Temístocles prevaleció, pues no en balde la mayoría del contingente naval era ateniense. Según la tradición, Jerjes dudaba entre combatir en Salamina y esperar a que las naves griegas tuvieran que salir a mar abierto, pero se decidió por la primera alternativa debido a que Temístocles preparó un falso desertor, el cual comunicó al rey que los griegos estaban desmoralizados y le aconsejó que los atacara entonces, porque era el momento de destruirlos. Cuando la flota persa estuvo en posición de combate, un destacamento persa realizó una operación de desembarco para ocupar el islote de Psitalia, que cerraba, parcialmente por el sur, el espacio de las operaciones. Enseguida, las naves griegas, con un rápido ataque a uno de los flancos persas, lo achicaron todavía más. Con esta maniobra, la ventaja inicial que proporcionaba a la flota persa su mayor número de naves se transformó en un inconveniente, tal y como había previsto Temístocles: forzadas a moverse en un espacio reducido, chocaron unas con otras. Los náufragos ni siquiera pudieron conseguir su salvación en el islote de Psitalia, pues mientras tanto un destacamento griego al mando de Arístides había realizado un desembarco y capturado a la guarnición persa. Al llegar la noche, la flota persa estaba ya prácticamente deshecha.

19. CAMPAÑAS DE PLATEA Y MÍCALE

La victoria naval en Salamina no supuso el fin de la guerra. El ejército de tierra persa permanecía intacto, aunque Jerjes, conmocionado por la derrota naval, decidió regresar a Asia, dejando en Grecia el grueso de las tropas bajo el mando de Mardonio. Temístocles propuso entonces asestar a los persas un golpe definitivo atacando con la flota el Helesponto e impidiendo el regreso del rey, pero la mayoría de los estados aliados, que eran peloponesios, no se sentían atraidos por un proyecto que los privaba temporalmente de la protección de las tropas mientras los persas mantenían en Grecia cuantiosos efectivos.

En el año 479 a.C., Mardonio, por mediación del rey Alejandro de Macedonia, hizo a Atenas propuestas generosas, con la condición de que se separase de la alianza que mantenía con el resto de los estados griegos enfrentados a los persas. El rechazo ateniense desencadenó una nueva invasión del Ática y provocó la vuelta de la población a Salamina, en busca del amparo de la flota. Volvió Mardonio a reiterar su propuesta, esperando que ahora sí fuera aceptada. No lo consiguió, pero los atenienses comenzaron a sentirse hondamente preocupados por la falta de decisión de los aliados peloponesios ante una situación en la que ellos tenían que contemplar impotentes la devastación de sus campos, mientras los peloponesios se encontraban a resguardo tras las fortificaciones del istmo de Corinto y, además, se beneficiaban de la cobertura que les proporcionaba la flota. La situación se hacía ya insostenible, y Arístides, que había sustituido a Temístocles, remitió una embajada a Esparta con la exigencia de que el ejército aliado avanzara contra los persas, manifestando que, en caso contrario, ellos estaban dispuestos a pasarse al enemigo. La amenaza surtió efecto, y el ejército fue movilizado. Las tropas aliadas, compuestas sobre todo por treinta mil hombres de la Liga del Peloponeso, a los que se sumaron contingentes de Atenas y de Platea, se dirigieron bajo el mando del regente de Esparta, Pausanias, hacia Platea, en donde se encontraba estacionado el ejército persa. El lugar elegido por Mardonio estaba próximo a una llanura en la que, en caso de combate, la caballería persa podría maniobrar con facilidad. Pero también Pausanias se percató de los inconvenientes que tenía para los griegos esta posición, de modo que, durante varios días y, pese a las provocaciones persas y la desaprobación de algunos de sus hombres, rehusó descender de las colinas y entablar combate. Cuando los griegos realizaban desordenadamente una retirada táctica hacia otra posición, el ejército de Mardonio se les vino encima, pero la tranquilidad de Pausanias y la férrea disciplina de los espartanos y de la tropa de Tegea resistieron las sucesivas embestidas. Mardonio cayó en el combate, y entonces las fuerzas persas iniciaron una huida que su caballería apenas pudo proteger. Los griegos se apoderaron del campamento persa y se repartieron las riquezas en él depositadas. Grecia alcanzaba así una liberación pagada al precio de muchas vidas. La euforia de la victoria no apagó el resentimiento contra aquellos que habían colaborado con el invasor: Tebas fue sitiada y, después de veinte días de asedio, la población tebana entregó a los cabecillas de la colaboración con los persas, que fueron rápidamente ejecutados.

Aunque algunas fuentes lo dan como un hecho simultáneo, es más probable que haya sido después de la batalla de Platea cuando la flota aliada, al mando del rey espartano Laotíquidas, se dirigió hacia las costas de Asia Menor. Cerca del promontorio de Mícale se encontraba varada parte de la flota persa, a la que daba

protección un campamento naval persa. Con la colaboración de los jonios que se encontraban en ese campamento, los griegos de la flota realizaron un desembarco y tomaron las instalaciones. Los persas fueron masacrados, y las naves, incendiadas. La victoria de Mícale fue la señal para el levantamiento general de los griegos de Asia Menor. Parte de los estados de la Grecia continental que en el pasado les habían negado su ayuda les llevaban, pues, ahora la ansiada liberación.

DOCUMENTOS

1. POLÍTICA DE CIRO

Yo soy Ciro, rey del mundo, Gran Rey, rey legítimo, rey de Babilonia, rey de Sumer y Akad, rey de los cuatro confines... Cuando he entrado en Babilonia como amigo y cuando he establecido la sede del gobierno en el palacio del jefe... Marduk el gran señor incitó a los generosos habitantes de Babilonia (a amarme) y yo me he esforzado por ofrecerle un culto cotidiano...

Gobierno en favor de la paz en Babilonia y en todas las ciudades sagradas. De los habitantes de Babilonia he abolido el yugo... Todos los reyes del mundo entero, desde el mar alto hasta el mar bajo, los que se sientan en sus salas del trono... todos los reyes del oeste que viven en tiendas, aportaron sus preciosos tributos y besaron mis pies en Babilonia... He hecho regresar a esas ciudades sagradas las imágenes que habían permanecido allí y les he construido santuarios permanentes...

Que todos los dioses a quienes he restablecido en sus santas ciudades rueguen cada día a Bel y a Nebo una larga vida para mí.

(*Inscripción sobre un cilindro de arcilla*. Ancient Near Eastern Texts. PRITCHARD p. 316)

2. EL IMPERIO DE JERJES

Ahuramazda es el gran dios que creó esta tierra, que creó este cielo, que creó la humanidad, que creó la prosperidad para sus adoradores, que hizo a Jerjes, el rey, gobernar a las multitudes como único rey, dar él solo órdenes a los demás reyes.

Yo soy Jerjes, el Gran Rey, el rey de reyes, el rey de todos los países que hablan todas las clases de lenguas, el rey de toda esta grande e inmensa tierra: el hijo del rey Darío, el Aqueménida, un persa, un hijo de un persa, un ario, de semilla aria.

Así habla el rey Jerjes: Estos son los países, además de Persia, sobre los que soy rey bajo la sombra de Ahuramazda, sobre los que tengo dominio, los que me traen sus tributos a mí –todo lo que les es ordenado por mí lo hacen, y se atienen a mis leyes–: Media, Elam, Aracosia, Armenia, Drangiana, Partia, Haria, Bactria, Sogdia, Corasmia, Babilonia, Asiria, Satagidia, Sardis, Egipto, los jonios que viven en el salado mar y los que viven en la otra orilla del salado mar, Maka, Arabia, Gandara, India, Capadocia, Daan, los Cimerios Amirgianos, los Cimerios que llevan gorros de punta, los Skudra, los Akupish, Libia, los Carios y Kush.

Así habla el rey Jerjes: Después de convertirme yo en rey, hubo algunos entre esos países registrados arriba que se sublevaron, pero aplasté a esos países, una vez que Ahuramazda me había dado su apoyo, bajo la sombra de Ahuramazda, y los volví a colocar en la situación anterior. Además, había algunos entre esos países que daban culto a los dioses del Mal, pero bajo la sombra de Ahuramaza destruí esos templos de los dioses del Mal, e hice la siguiente proclama: «No debéis dar culto nunca más a los dioses del Mal». Allí donde antes se daba culto a los dioses del mal yo di culto a Ahumarazda y al orden cósmico reverentemente. Además, había otras cosas que eran hechas de una mala manera, y ésas también las hice del modo correcto.

Todas las cosas que he hecho las he realizado bajo la sombra de Ahuramazda, y Ahuramazda me ha dado su apoyo hasta que he llevado a término cada cosa.

Quienquiera que sea el que piense en el futuro: «¡Sea yo próspero en esta vida y bendito después de mi muerte!» –que viva de acuerdo con esta ley que Ahuramazda ha promulgado: «Rinde culto sólo a Ahuramazda y al orden cósmico reverentemente». Un hombre que viva de acuerdo con esta ley que Ahuramazda ha promulgado y que rinda culto sólo a Ahuramazda y al orden cósmico reverentemente, será próspero mientras esté vivo y, cuando muera, bendito.

Así habla el rey Jerjes: Que Ahuramazda me proteja a mí, a mi familia y a estos países de todo mal. Esto le pido a Ahuramazda y esto deseo que Ahuramazda me conceda.

(Versión acadia de una tablilla de Persépolis, *Ancient Near Eastern Texts*, PRITCHARD p. 316)

3. CARTA DE DARÍO A UN SÁTRAPA

El rey de reyes Darío, hijo de Histaspes, a su esclavo Gadatas dice lo siguiente: Me dicen que tú no obedeces mis órdenes en todo. Por eso de que, en efecto, estás trabajando mi tierra trasplantando los cultivos de allende el Éufrates (Siria) a las zonas bajas de Asia (la costa occidental de Asia Menor), alabo tu actitud y por ello habrá para ti gran favor en la casa del Rey; pero por ignorar mis disposiciones en relación con los dioses te daré, si no cambias de actitud, buena prueba de cuál es mi cólera cuando me siento agraviado: porque has cobrado tributos a los jardineros sagrados de Apolo y les has ordenado cultivar tierras profanas, sin tener en consideración el espíritu de mis antepasados hacia ese dios que a los persas reveló toda la verdad...

(*Greek Historical Inscriptions*, Tod, n.º 12)

4. EL ORÁCULO DE SALAMINA

«No le es posible a Palas apaciguar del todo a Zeus Olímpico, por mucho que le suplica, intentando presionarle en sus designios. A ti voy a darte un consejo

templado como el acero... queda *el muro de madera* para Tritogenia, dado por Zeus, dueño del espacio, como único medio de romper los ataques. A ti y a tus hijos servirá. Tú no vayas a esperar la llegada de la caballería ni de las tropas terrestres que afluyen de un continente. No te quedes en el sitio. Debes retroceder, volver la espalda. Un día, créeme, acabarás por hacer frente. ¡Divina Salamina!... Vas a aniquilar a los hijos nacidos de mujer, cuando en algún lugar se derrame el trigo de Deméter o cuando sea la cosecha».

Esta respuesta era menos dura que la anterior y así lo consideraron ellos, poniéndola por escrito antes de partir para Atenas. Pero, una vez de regreso, cuando presentaron ante el pueblo un informe sobre su sagrada misión, surgieron toda clase de opiniones intentando comprender el oráculo, y sobre todo éstas crearon un conflicto. Algunos, entre los más ancianos, decían que en su opinión el dios profetizaba la conservación de la Acrópolis. En efecto, la acrópolis de Atenas estaba defendida antiguamente por una empalizada, y por ello suponían que ése era el «muro de madera». Otros, por el contrario, afirmaban que en la revelación del Dios se hacía referencia a barcos, e insistían en que había que prepararlos, abandonando lo demás. Sin embargo, los que pretendían que los barcos constituían el «muro de madera», se encontraban desconcertados ante los dos últimos versos pronunciados por la Pitia.

Sobre esos versos las opiniones estaban confusas. Los especialistas en oráculos las intepretaban como que en los parajes de Salamina se sufriría una derrota si se disponía un combate naval. Pero había entre los atenienses un hombre que había logrado sobresalir desde muy pronto: su nombre era Temistocles, hijo de Neocles. Este personaje negó que fuera correcta la interpretación de los especialistas. Alegaba que, si fuera a los atenienses a quienes realmente se dirigieran esas palabras, el oráculo no diría «divina Salamina» sino «infortunada Salamina», puesto que sus habitantes debían perecer en esos lugares. En realidad era a los enemigos a quienes el Dios había hecho la predicción, para quien supiera entenderlo bien, y no a los atenienses. Por lo tanto, Temistocles les aconsejaba prepararse para una batalla naval, ya que era eso el «muro de madera». Habiéndoles manifestado así él su opinión, la consideraron preferible a la de los especialistas, que no admitían que se afrontara una batalla naval, ni siquiera que se ofreciera una resistencia, sino que querían que se abandonara el Ática para ir a establecerse en otra región.

(HERÓDOTO, 7.140)

5. DECRETO DE LA ASAMBLEA ATENIENSE ANTE LA LLEGADA DE LOS PERSAS

Dioses.

Ha decidido el consejo y la asamblea:

Temístocles, hijo de Neocles, del demo de Frearros propuso: Confiar la ciudad a Atenea, protectora de Atenas, y a los demás dioses todos, para que la guarden y rechacen al bárbaro en defensa del territorio; que todos los atenienses y los extranjeros que habitan en Atenas lleven a sus hijos y a sus mujeres a Trecén... y que depositen en Salamina a los ancianos y las propiedades; que los tesoreros y las sacerdotisas permanezcan en la Acrópolis guardando todo lo de los dioses; que todos los demás atenienses y los extranjeros jóvenes se embarquen en las doscientas naves que están equipadas y rechacen al bárbaro, en defensa de su propia libertad y la de los demás griegos, junto con los lacedemonios, los corintios, los eginetas y los otros griegos que quieran compartir el peligro; que los generales *(strategoí)* nombren doscientos trierarcas, uno para cada barco, a partir del día de mañana, de entre los que poseen tierra y casa en Atenas, que tengan hijos legítimos y no más de cincuenta años de edad, y que los asignen a las naves por sorteo; y que elijan también a los marineros *(epibátai)* a razón de diez por nave de entre los que tengan de veinte a treinta años, y cuatro arqueros; y que designen asimismo por sorteo a los oficiales especializados para las naves cuando sorteen a los trierarcas; que los generales inscriban también a los demás por naves en tablillas blancas, a los atenienses según los registros de los demos y a los extranjeros según las listas del polemarco; y que los inscriban distribuyéndolos en las doscientas formaciones hasta un número de cien (por formación) y que agreguen a cada formación el nombre de la trirreme y del trierarca y del oficial para que puedan ver en qué trirreme se tiene que embarcar cada formación; y que, cuando estén constituidas todas las formaciones y asignadas por sorteo a las trirremes, el consejo y los generales las hagan embarcar en todas las naves, después de haber ofrecido un sacrificio propiciatorio a Zeus Pancrates, a Atenea, a Nice (Victoria) y a Posidón Salvador; y cuando las naves estén llenas, que lleven ayuda al Artemisio, en Eubea, con cien de ellas, y que las otras cien sean ancladas en torno a Salamina y al resto del Ática para proteger el país; y que, para que rechacen al bárbaro todos los atenienses unidos, los que hayan sufrido penas de destierro por diez años regresen a Salamina y permenezcan allí hasta que el pueblo decida sobre ellos...

(*Greek Historical Inscriptions*, Tod, n.° 23)

6. ACTITUD DE LOS ATENIENSES ANTE LA INVASIÓN PERSA

En la época en la que tuvo lugar la ofensiva persa contra los griegos, contra todos los habitantes de Europa quizá, teníamos una constitución antigua, con los cargos públicos distribuidos en cuatro clases censitarias; reinaba entre nosotros por encima de todo una disciplina, que nos obligaba a aceptar el vivir sometidos a aquellas leyes. Además, la importancia de la expedición, tal y como se manifestaba por tierra y por mar, inspiraba un terror irreprimible. Ello nos hacía doblegarnos aun más ante los magistrados y ante las leyes, y por esos motivos se estableció entre nosotros una gran concordia. Me explicaré.

Unos diez años antes de la batalla de Salamina, Datis llegó con una flota persa; lo había enviado expresamente Darío contra los atenienses y los eretrios con la misión de esclavizarlos, y le había amenazado con la muerte si no cumplía su misión. En un lapso de tiempo bastante corto Datis redujo a los eretrios por la fuerza, gracias a sus apretados batallones... Los atenienses enviaron delegaciones a todas partes, pero nadie consintió en socorrerles salvo los lacedemonios. Sin embargo, los lacedemonios... llegaron con un día de retraso, después de la batalla que se desarrolló en Maratón.

En los años siguientes llegaba de vez en cuando de las tierras del Gran Rey la noticia de que se estaban haciendo preparativos importantes... Pasaba el tiempo. Anunciaron que Darío había muerto; que su hijo, joven y fogoso, había alcanzado el poder; y que no renunciaba a la política de agresión. Los atenienses creían que todos esos preparativos estaban dirigidos contra ellos por lo que había ocurrido en Maratón. Cuando se enteraron de la apertura del canal del Atos, del encadenamiento del Helesponto y del gran número de barcos, consideraron que no habría salvación para ellos, ni por tierra ni por mar: nadie los

ayudaría. Recordaban que, cuando los persas habían llegado la primera vez y realizado la operación de Eretria, nadie les había prestado ayuda ni había corrido el riesgo de ser su aliado. Se esperaban lo mismo de antes, al menos por tierra, y, con respecto al mar, no veían más que obstáculos para su salvación, puesto que eran más de mil los navíos que se acercaban. No veían más que un medio de salir del apuro, un medio precario y difícil de utilizar: habían vuelto sus ojos al pasado, al hecho de que su victoria en la batalla parecía haber salido del reino de los imposibles, y se dejaban llevar por esa esperanza, comprendiendo que sólo podrían encontrar refugio en sí mismos y en las divinidades.

Pero todo eso les inspiraba una complaciente solidaridad... El temor que los invadía entonces era el que habían concebido al someterse a sus leyes tradicionales, y que más de una vez, en nuestros argumentos anteriores, hemos llamado sentido del deber. A ese son necesariamente fieles, decíamos, los hombres que se vuelven valientes; el cobarde se libra de él, no lo siente... Pero si un temor reverencial no hubiera hecho presa de él aquel momento, jamás hubiera participado en la defensa, ni hubiera defendido los santuarios y las tumbas, la patria, todas sus pertenencias y todo lo que le atraía como lo hizo entonces: en esas circunstancias nosotros habríamos salido corriendo cada uno por su lado.

(PLATÓN, *Leyes* 3.698b-699d)

7. (HERÓDOTO 1.137) *Respaldo de los persas a los tiranos*

Sobre esos asuntos los jonios deliberaron. La opinión de Milcíades, el ateniense, que era el general y gobernaba por sí mismo a los habitantes del Quersoneso asomados al Helesponto, era seguir a los escitas y hacer libre a la Jonia, pero la de Histieo de Mileto fue la contraria a ésa, afirmando que entonces, por medio de Darío, cada uno de ellos era tirano de la ciudad, pero que, una vez destruida la fuerza de Darío, era de suponer que ni él mismo habría de gobernar a los milesios, ni ningún otro de ellos a nadie; porque, en efecto, cada una de las ciudades preferiría vivir en la democracia a vivir en la tiranía. Al mostrar Histieo ese punto de vista, inmediatamente todos se volvieron favorables al mismo, por más que se hubieran inclinado antes hacia el de Milcíades.

BIBLIOGRAFÍA

H. G. BENGTSON: *Griegos y Persas*, Madrid, 1972.

L. BRACCESI: *Il problema del decreto di Temistocle*, Bolonia, 1968.

G. BUCHANAN: «The Foundation and Extension of the Persian mire», *The Cambridge Ancient History*, IV, Cambridge, 1969 (2), pp. 1-25.

A. R. BURN: *Persia and the Greeks*, Londres, 1962.

G. G. CAMERON: «The Persian Satrapies and related matters», *Jour. Near Eastern Stud.* 1973, pp. 47-56.

J. M. COOK: *The Persian Empire*, Londres, 1983.

G. A. R. CHAPMAN: «Herodotus and Histieus role in the Ionian Revolt», *Historia*, 1972, pp. 546-548.

A. DASCAKAKIS: *Problèmes historiques autour de la bataille des Termopyles*, París, 1962.

J. DUCHESNE, GUILLEMIN: «Religion et politique de Cyrus à Xerses», *Persica* 1967, pp. 5-6.

D. EVANS «Herodotus and the ionian Revolt», *Historia*, 1976, pp. 31-38.

B. GALLOTTA: *Dario e l'Occidente delle guerre persiane*, Milán, 1980.

M. GIBELLINO: *Gli Sciti, studio storico e archeologico*, Roma, 1942.

A. GHINATTI: «I gruppi politici atenisi fino alle guerre persiane», *Roma*, 1971.

G. B. GRAY, M. CARY: «The Reign of Darius», *The Cambridge Ancient History*, IV, Cambridge, 1969(2), pp. 226-267.

N. G. L. HAMMOND: «The Campaing and the Batle of Marathon», *Journ. Hell. Stud.* 1968, pp. 13-57.

C. HIGNETT: *Xerxes Invasion of Greece*, Oxford, 1963.

J. LABARBE: *La loi navale de Thémistocle*, París, 1957.

J. F. LAZENBY: «The Strategy of the Greeks in the Opening Campaing of the Persian War», *Hermes*, 1964, pp. 264-284.

R. J. LENARDON: *The Saga of Themistocles*, Londres, 1975.

D. M. LEWIS: «Notes on the Decree of Themistocles», *Class. Quart.* 1961, 61-66.

V. MARTIN: «La politique des Achéménides», *Mus. Helv.* 1965, pp. 38-48.

M. MAYRHOFER: «Xerxès roi des rois», *Acta Iranica*, 1974, pp. 108-110.

S. MAZZARINO: «Le vie di comunicazione fra impero achemenide e mondo greco», en *La Persia e il mondo greco-romano*, Roma, 1965, pp. 75-85.

G. MESSINA: «Mito, leggenda e storia nella tradizione iranica», *Orientalia*, 1935, pp. 242-262.

M. MOGGI: «La tradizione delle guerre persiane in Platone, *Stud. Class. Orient.* 1968, pp. 213-226.

J. A. R. MUNRO: «Xerxe's Invasion of Greece», *The Cambridge Ancient History*, IV, Cambridge, 1969(2) pp. 268-316.

—, «The Deliverance of Greece», *The Cambridge Ancient History*, IV, Cambridge, 1969(2), pp. 317-345.

J. A. R. MUNRO, E. M. WALKER: «Marathon», *The Cambridge Ancient History* IV, Cambridge, 1969(2), pp. 173-227.

G. NENCI: *Introduzione alla guerra persiana*, Pisa, 1958.

M. PICAZO: *Griegos y Persas en el Egeo*, Madrid, 1989.

A. J. PODLECKI: *The life of Themistocles*, Montreal-Londres, 1975.

G. de SANCTIS: «Aristagora di Mileto» en *Problemi di Storia Antica*, Bari, 1932.

D. SCHLUMBERGER: «L'argent grec dans l'Empire achémenide», *París*, 1953.

T. TALBOT RACE: *The Scythians*, Londres, 1958.

P. TOZZI: «Per la storia della politica religiosa degli Acheminidi: distruzioni persiane di templi greci agli inizi del V secolo», *Riv. Stor. Ital.* 1977, pp. 18-31.

P. N. URE: «The Outer Greek World in the Sixth Century», *The Cambridge Ancient History*, IV, Cambridge 1969 (2), pp. 83-123.

A. E. VARDMAN: «Herodotus on the cause of Greco-Persian wars», *Amer. Journ. Philol.* 1961, pp. 133-150.

G. WIDENGREN: «La Royauté de l'Iran Antique», *Acta Iranica*, pp. 24-90.

CUARTA PARTE

GRECIA CLÁSICA Y HELENÍSTICA



CAPITULO I

CONSECUENCIAS DE LAS GUERRAS MÉDICAS



1. TEMÍSTOCLES Y LOS MUROS DE ATENAS

Cuando los medos, vencidos por los griegos, se retiraron de Europa, tras la batalla de Mícala, con las naves y la infantería, el rey espartano Leotíquides regresó al Peloponeso y los atenienses con sus aliados de Jonia y del Helesponto, que se habían independizado de los persas, se quedaron y sitiaron Sesto, que estaba ocupada por aquéllos, y la tomaron nada más abandonarla los bárbaros al final del invierno. Luego cada uno volvió navegando a su ciudad. Más tarde, los ciudadanos que habían quedado en Atenas, llevaron allí a las mujeres y niños y se dedicaron a reconstruir la ciudad y las murallas. Entonces los lacedemonios enviaron una embajada, pues preferían que nadie tuviera muralla debido al temor de sus aliados a la magnitud de la flota ateniense, que antes no existía, y a la audacia que habían mostrado en la guerra contra los medos. Los lacedemonios proponían a los atenienses que los ayudaran a abatir cuantas murallas existían fuera del Peloponeso, pero no contaban sus verdaderas intenciones ni sus sospechas, sino que decían que el Peloponeso era suficiente para protegerse y, si los bárbaros ocupaban una ciudad amurallada, podrían subyugar a Grecia fácilmente. Los embajadores lacedemonios hicieron parar ellos mismos las obras. Pero los atenienses, tras el desconcierto primero, según el consejo de Temístocles, se mantuvieron tranquilos, pues los lacedemonios podrían marchar contra ellos e impedirles la fortificación, pero enviaron una embajada para hablar del asunto.

Primero fue el propio Temístocles con la intención de esperar en Esparta al resto de la embajada; ahora bien, esta sólo iría cuando las murallas estuvieran construidas. Según Diodoro, participaron en la construcción, con gran entusiasmo, niños, mujeres, extranjeros y esclavos. Tucídides sólo habla de mujeres y niños. Entretanto, Temístocles se dedicaba a demorar cualquier intento de negociación por parte de los espartanos. Y, cuando los espartanos enviaron una delegación para ver qué pasaba con el resto de la embajada, Temístocles en secreto

ordenó que retuvieran a los espartanos, mientras los embajadores atenienses estuvieran en Esparta, para que los lacedemonios se vieran obligados a dejarlos volver. Según Teopompo, citado por Plutarco, lo que hizo fue comprar a los éforos, no engañarlos. Andócides habla de las dos cosas: «Primero hubo engaño... y, para no tener que someterse a juicio por el mismo, los atenienses ofrecieron dinero». Temístocles confesó la verdad cuando ya Atenas estaba fortificada y era suficiente para proteger a sus habitantes.

En adelante tendrían que dirigirse a ellos con la convicción de que se trataba de un pueblo conocedor de sus conveniencias y de las comunes. Ya habían sabido decidir el abandono de la ciudad y la utilización de las naves sin la ayuda de Esparta. Ahora consideraban que lo mejor, tanto para ellos como para los aliados, era tener su propia fortificación. Sólo así podían deliberar de igual a igual. Aparentemente, la condición fue aceptada, habida cuenta de la nueva situación de concordia tras la victoria frente al medo. Aristóteles habla de la colaboración entre Temístocles y Aristides, a pesar de la rivalidad. En apariencia, ahora triunfa la concordia tanto en las relaciones entre ciudades como en las internas de Atenas. Desde el día siguiente de las Guerras Médicas, detrás de la continuación de la concordia entre los griegos se esconden dificultades tanto en la consideración de la alianza como en los diferentes modos de concebir la continuidad de la unidad de los griegos. El primer momento representó el crecimiento del prestigio para Temístocles. Pero luego llevaría a cabo la construcción de un puerto que sería muy útil para la expedición contra los persas, pero que, según sabía, no les iba a gustar a los lacedemonios. Consistió en la remodelación del Pireo, porque veía que tenía buenos fondeaderos y porque quería unir toda la ciudad al mar. Según Tucídides, lo que hizo fue acabarlo. Para Plutarco, de este modo hacía la política contraria a los antiguos reyes, que pretendían que los atenienses vivieran de la agricultura y no del mar: así interpretaba el triunfo de Atenea y el olivo en su disputa con Posidón para el patronato de la ciudad. Con ello, sigue Plutarco, dio la fuerza al pueblo frente a los nobles y puso el poder en manos de los marineros, remeros y pilotos. Plutarco sigue aquí la opinión de Platón y Aristóteles, que consideran que la masa, gracias a la batalla de Salamina, hizo más fuerte la democracia. Y, posiblemente, también comparte la de los 30 tiranos que, según el mismo Plutarco, cuando expulsaron la democracia en 404, hicieron que la Pnix dejara de mirar al mar y estuviera orientada al interior, pues pensaban que el imperio marítimo engendraba la democracia y los agricultores estaban mejor en la oligarquía.

2. ESPARTA

Inmediatamente después, empiezan a surgir en Esparta problemas internos, que se manifestaron en que a Leotíquides, que había intentado castigar a los tesalios por no haber colaborado en la lucha contra los persas, lo condenaron por dejarse corromper con dinero, lo exiliaron y destruyeron su casa. Tuvo que huir a Tegea, donde moriría en 469. Es posible que en este asunto también estuvieran implicados los atenienses, que no querían que quedaran excluidos de la Anfictionía los tesalios, argivos y tebanos, porque entonces se crearía el peligro de que sólo dos o tres grandes ciudades dominaran el *Synedrion* o consejo común de

los griegos. En relación con esto también puede estar el hecho de que Cimón apareciera en Atenas como rival de Temístocles. Los espartanos lo apoyaban frente a éste, al tiempo que los atenienses se verían favorecidos por su política imperialista.

Pero el problema más grave se presentó en Esparta con Pausanias el cual, al frente de la flota, fue enviado para liberar las ciudades griegas de las guarniciones persas. Llevaba también treinta naves atenienses al mando de Arístides. En su expedición sometió a Chipre y Bizancio, pero actuó con tal violencia que irritó a los griegos, sobre todo a los jonios y a todos los que se habían liberado del rey recientemente. Éstos, en consecuencia, solicitaron a los atenienses que asumieran la hegemonía, lo que aceptaron de buen grado. A Pausanias lo acusaban de actuar como tirano y, aunque al principio lo declararon inocente, luego lo acusaron también de *medismo*. Según Diodoro, cuando conquistó Bizancio, había hecho un plan para devolver a Jerjes a los persas más notables, pues había establecido un pacto secreto de amistad con el rey e incluso iba a casarse con su hija: el proyecto consistiría en entregar a los griegos en manos de los persas. Artabazo era el encargado de dar grandes sumas de dinero a Pausanias y de corromper a todos los griegos que estuvieran dispuestos.

El modo de vida persa y el comportamiento tiránico son dos partes de la misma realidad. Tucídides dice que Pausanias, al recibir las propuestas de rey, adoptó una nueva forma de vida, vestía como un persa y llevaba por Tracia una escolta de medos y egipcios. Además, se mostraba inaccesible para todos. Los aliados ya no quisieron aceptar la jefatura de otro espartano, Dorcis, con lo que los lacedemonios terminaron aceptando que fueran los atenienses quienes ostentaran el mando, con lo que ellos se sustraían de la guerra contra Persia. El papel de Arístides parece haber sido importante para atraer a los aliados, gracias a la oportunidad que ofrecía el descontento ante Pausanias. Aquél, en cambio, trató a los aliados de forma suave y filantrópica y hacía que Cimón se comportara de la misma manera. Así quitó la hegemonía a los lacedemonios por medios políticos, sin necesidad de armas, naves ni caballos. Para Plutarco es Cimón quien actúa de esa misma manera, al ver que Pausanias estaba en tratos con los persas y se comportaba violentamente con los aliados. Pero dice que fue Arístides quien lo apoyó, al conocer su naturaleza, con ánimo de convertirlo en un rival digno de Temístocles, frente a la audacia y habilidad de éste. El personaje de Pausanias quedó como un modelo de amor al lujo y simbolizó por tanto la ruptura con las tradiciones espartanas. Así se transparentaba en Esparta un cierto inicio de evolución hacia rasgos o características que rompían con las estructuras admitidas. El choque se resolvió, de momento, en favor de la tradición. Plutarco dice que los espartanos renunciaron voluntariamente a la hegemonía porque preferían que los ciudadanos se mantuvieran dentro de la tradición a tener el poder sobre toda Grecia.

3. ARÍSTIDES Y LA FORMACIÓN DE LA LIGA DE DELOS

La consecuencia fue que los navarcos y estrategos de los griegos, sobre todo quiotas, samios y lesbios, se dirigieron a Arístides para que tomara la hegemonía y hacerse ellos aliados de los atenienses, al tiempo que se desembarazaban de los

espartanos. Así los atenienses fijaron qué ciudades debían proporcionar dinero y cuáles naves para luchar contra el bárbaro. El fin de la alianza era vengarse de todo lo que habían sufrido por culpa del rey. Y entonces por primera vez entre los atenienes se estableció la magistratura de los *helenotamías*, encargados de recaudar el *phóros*, que así se llamó la contribución en dinero. El primer *phóros* ascendió a 460 talentos, aunque Diodoro habla de 560; el tesoro estaba en Delos, en cuyo santuario se hacían las reuniones. De todos modos, la alianza con Esparta no acabaría hasta el año 461.

Se atribuye a Arístides personalmente el establecimiento de los primeros tributos para las ciudades, dos años después de la batalla de Salamina, es decir en 478/477. También fijó el juramento con los jonios, consistente en tener los mismos amigos y los mismos enemigos, a lo que se dio consistencia por medio del acto simbólico de arrojar bloques de hierro al mar. Las circunstancias obligaron en seguida a Arístides a actuar injustamente con los aliados, según Teopompo, a pesar de que con respecto a sus propios ciudadanos siempre fue justo y se mantuvo sin enriquecerse, dice Plutarco, mientras que, en cambio, enriqueció a la ciudad. La transformación de la liga se iría viendo poco a poco. Ya en la guerra del Peloponeso, Tucídides pone en boca de los mitilenios un discurso en que justifican su defección porque ellos no habían entrado en alianza con Atenas para someter Grecia a su poder, sino para liberar a Grecia de los medos. El proceso sería largo, pero las relaciones de Atenas con los aliados se manifestaron ambiguas desde el primer momento, hasta tal punto que al propio Arístides, modelo de justicia, se le reconocen injusticias en este terreno. Según Hammond, Atenas mantuvo el programa de la igualdad, pero se trataba de una igualdad entre dos entidades: Atenas, por un lado, y los aliados, por otro. Los atenienses dominan a los aliados, no están incluidos entre ellos. «Los atenienses y los aliados» es la fórmula que define la alianza.

De todos modos, al principio, la hegemonía se ejerció sobre aliados autónomos y se deliberaba en reuniones comunes, pero, poco a poco, entre las dos guerras, fueron avanzando en el control de la situación y tuvieron que enfrentarse, no sólo a los bárbaros, sino también a los propios aliados que intentaban rebelarse y a los peloponesios que siempre se mezclaban en cada caso.

4. CIMÓN

En primer lugar, Cimón venció a los persas, que entonces ocupaban Eón en el Estrimón. Los encerró en la ciudad y les puso sitio. El motivo era que los persas se dedicaban a molestar a los griegos de la región. Por fin, los atenienses tomaron la ciudad y esclavizaron a la población. Heródoto cuenta que allí gobernaba Boges, que se hizo digno de grandes alabanzas entre los persas en el momento del asedio por Cimón, porque no accedió a la capitulación con la que podría salir ileso y volver a Asia, sino que resistió hasta el último momento. Cuando ya no quedaban víveres, en una gran pira, degolló a sus hijos y a su mujer, a sus concubinas y sacerdotes, arrojó al río Estrimón todo el oro y la plata que había en la ciudad y luego se arrojó él mismo al fuego. Cimón no sacó provecho de la ciudad pero sí del territorio, que era muy fértil, y lo entregó a los atenienses para que se establecieran en él. Esta victoria le valió la erección de tres hermes de mármol con

inscripciones laudatorias, en que más bien se menciona como épico el heroísmo de los atenienses. Esquines lo pone de relieve; no se menciona a los generales, sino al *demos*.

Plutarco atribuye las glorias obtenidas entre los atenienses por Cimón al hecho de que no se trataba sólo de defenderse de unos enemigos, sino de conquistar y colonizar territorios. Luego también esclavizaron la isla de Esciro, en el Egeo, que habitaban los dólopes, y establecieron allí una colonia. Los dólopes no se dedicaban a la agricultura, sino a la piratería, y no comerciaban con los marinos que llegaban sino que los aprisionaban. La expulsión de los dólopes significó liberar el mar de la piratería. Cimón, más tarde, se dedicó a construir la tumba de Teseo para seguir un oráculo que le ordenaba restituir sus huesos a la ciudad. Esto fue otro de los motivos por los que ganó el favor del pueblo. Los atenienses lo acogieron como si el propio Teseo volviera a la ciudad y su nueva tumba se convirtió en lugar de asilo para los esclavos porque Teseo era el símbolo de la protección de los débiles.

Más tarde tuvo lugar una guerra contra Caristo, en Eubea, pero con el tiempo se llegó a un acuerdo. Como Naxos trató de separarse de la alianza, los atenienses le pusieron sitio y, según Tucídides, se convirtió en la primera ciudad aliada que fue esclavizada contra lo establecido, pero luego volvió a repetirse el caso con otras. Este proceso vuelve a tener su eco en el discurso de los mitilenios en Tucídides: «Mientras tenían la hegemonía en un plano de igualdad los seguimos de buena gana, pero luego vimos que debilitaban su odio al medo y se dedicaban a la esclavización de los aliados...». Diodoro no mezcla las conquistas a los persas con las luchas contra los griegos sino que une en un solo capítulo correspondiente a un año los sucesos de diez años, desde el 476, en que tuvo lugar la conquista de Eón, hasta la batalla de Eurimedonte en 467 o 466, en que se incluyen la liberación de las ciudades de Caria y Licia del poder de los persas. De la batalla de Eurimedonte, queda un epígrafe de Simónides, recogido en la Antología Palatina: «Perdieron en tiempos su brillante juventud, luchando con los medos. Al morir, dejaron el más bello monumento de su virtud».

De la toma de Sesto y Bizancio, cuenta Polieno que Cimón dejó que los aliados se repartieran los tesoros y él se quedó con los prisioneros de los que, gracias a los rescates, sacó más provecho que los aliados. Por ello fue muy admirado y los atenienses quedaron muy satisfechos.

5. EVOLUCIÓN DE LA LIGA

Tucídides atribuye las causas de las defecciones a que cada vez eran mayores los fallos en las aportaciones, tanto en tributos como en naves, e incluso había deserciones, y los atenienses actuaban inquebrantablemente y con dureza ante pueblos que no estaban acostumbrados ni querían soportar las coacciones. Los atenienses, dice Plutarco, echaban de menos la época del tributo de Arístides, que le había ganado la fama de justo, pues luego se dobló y hasta se triplicó. El montante posterior del tributo queda en las fuentes oscuro y variable. Tucídides habla de que en las comienzos de la guerra del Peloponeso era de 600 talentos, pero es una cifra discutida, porque las listas encontradas nunca sobrepasaron

los 500. Gomme considera que debe de tratarse del total de la suma aportada por los aliados y no sólo del *phóros*, ya que había otros pagos que podemos considerar de categoría especial, y da algunos ejemplos que pueden revelar esta práctica. El máximo parece haber sido en 425 de 1.460 talentos. Tales medidas las atribuye Plutarco menos a la guerra en sí que a la práctica de los demagogos que hacían distribuciones al demos, pagaban el *teórico* y se dedicaban a erigir estatuas y santuarios. Éupolis en *Las Ciudades (Polis)*, en boca del Coro, formado por las ciudades aliadas, según el escolio de Aristófanes, *Las aves*, 880, habla de Quíos, «hermosa ciudad, que os envía naves y hombres cuando hace falta, y ordena hermosamente lo demás».

El último acto de la serie de acciones contra Persia fue la batalla de Eurimedonte, en que los atenienses y sus aliados obtuvieron la victoria por tierra y por mar sobre los persas y las naves fenicias. Era el final de un proceso por el que Cimón liberaba toda Grecia de los persas. Además, amplió la capacidad de las naves para contener un mayor número de hoplitas. A los griegos que habían sido aliados de los persas los aceptaba en la alianza. Plutarco habla aquí de una paz que se ha podido identificar con la Paz de Calias, aunque ésta suele situarse casi veinte años después, en 449. La venta del botín proporcionó ganancias al demos utilizadas para la construcción del muro sur de la Acrópolis. Cimón fue el primero que embelleció Atenas con edificios nobles y elegantes para reuniones. Luego, conquistó para Atenas todo el Quersoneso y tuvo que someter la rebelión de los tasios contra la ciudad. Cuando parecía que podía invadir Macedonia no lo hizo y lo acusaron de dejarse sobornar, acción en la que presumiblemente participó Pericles.

6. PAUSANIAS

Tras la victoria de Platea, Pausanias protagonizó un hecho que seguramente hay que tener en cuenta para la comprensión de su actuación posterior. Impidió que los soldados tocaran el botín y ordenó que los hilotas reunieran las riquezas, lo que posibilitó que éstos robaran gran cantidad de objetos preciosos, que en parte vendieron a los eginetas, pero también ellos mismos los exhibían en abundancia. Luego se hizo un reparto entre todos los griegos que participaron en Platea: había carros, caballos, mujeres, etc. También cuenta Heródoto que Pausanias se hizo preparar una comida al estilo de los persas en que hizo comparar su lujo con la sobriedad de los laconios. Se reía de que los persas, que poseían tales lujos, tuvieran interés en conquistar Grecia y compartir su sobriedad. De todo el episodio se desprenden dos rasgos que luego quedarán explícitos: la invitación a los hilotas por la que les permite acceder a riquezas nunca soñadas y el atractivo más o menos disimulado por el mundo oriental y sus riquezas. Ya hemos visto que los aliados se separaron de Esparta a causa de Pausanias y que ésta prefirió renunciar a la hegemonía seguramente porque le hacía correr el riesgo de que se produjeran casos como el narrado, que significaban un deterioro de sus estructuras tradicionales. El paso de los aliados a Atenas se explicaba por los rasgos autoritarios que Pausanias adoptaba. Esto estaba en consonancia con su carácter despótico, orientalizante y tiránico, con todo lo que el término tiene de alusivo a una política de apoyo a los más oprimidos de la sociedad, en Esparta

representados por los hilotas. Las circunstancias, en cualquier caso, eran diferentes de las que habían facilitado la tiranía en otras ciudades griegas. En éstas el proceso estaba en formación, mientras en Esparta ya se había consolidado, y eran firmemente, el sistema por el que los sin tierra quedaban sometidos y fuera de la ciudadanía.

7. ESPARTA Y SUS ALIADOS

La guerra había provocado la manifestación de conflictos internos, que se extendieron a los miembros de la alianza espartana. Los de Mantinea y Élide llegaron tarde a la batalla de Platea y, al decir de Heródoto, pretendían perseguir a los medos fugitivos hasta Tesalia. Los lacedemonios se opusieron y aquéllos volvieron a sus patrias respectivas, pero allí unos y otros expulsaron a sus jefes, lo que indica que el retraso se interpretaba como el resultado de su acción voluntaria.

Había también entre los lacedemonios quienes consideraban que la pérdida de la hegemonía marítima se había producido de modo no razonable y pretendían castigar a los griegos que se les habían separado. En una reunión de la Gerusía propusieron hacer la guerra a los atenienses para recuperar la hegemonía. En la reunión de la Asamblea, los más jóvenes y muchos otros demostraban grandes deseos de poseerla, pues creían que, si la obtenían, tendrían grandes riquezas, Esparta en general se haría más grande y poderosa y las casas de los privados obtendrían mayores ingresos y aumentaría la prosperidad. La Gerusía estaba al parecer convencida y nadie se atrevía a oponerse, hasta que Hetemárides, uno de los Heráclidas, hombre de gran prestigio entre los ciudadanos por su virtud, los persuadió de que dejaran la hegemonía del mar en manos de los atenienses, pues el mar no estaba entre los intereses propios de los espartanos, y así prescindieron de emprender la guerra contra Atenas. Esta ciudad había estado ampliando sus contingentes ante tal posibilidad y había tratado muy convenientemente a los aliados para garantizar su colaboración, pero desde entonces, dice Diodoro, los atenienses se dedicaron más bien al crecimiento de su propia ciudad. El episodio muestra muy claramente cuál era el fundamento de las posturas antagónicas. Había en Esparta quienes eran partidarios de que la ciudad se orientara en un sentido imperialista y a favor del crecimiento de los cambios. Pero el triunfo correspondió a los oponentes.

8. PAUSANIAS Y LAS RELACIONES ENTRE ESPARTA Y ATENAS

En el plano «internacional» Tucídides describe la situación como la de una especie de equilibrio de fuerzas, en que los griegos se agruparon en torno a Esparta o Atenas, y el poder de la primera estaba en tierra y el de la segunda en las naves. En adelante, hasta que entraron en conflicto abierto en la guerra del Peloponeso, todos los helenos, cuando se encontraban con problemas, acudían a ellas, con lo que sobrevino un período ininterrumpido de guerras y tratados.

En Esparta, el caso de Pausanias tuvo sus repercusiones internas e influyó también en las relaciones con Atenas. Cuando volvió del Helesponto la primera

vez, reclamado por los espartanos, fue absuelto en el juicio correspondiente, pero no se le volvió a dar ningún mando oficialmente. Ahora bien, de manera privada, tomó una triere y se dirigió de nuevo al Helesponto, con el pretexto de hacer la guerra griega, pero, de hecho, dice Tucídides, para tratar con el rey, actitud que ya había iniciado antes, porque aspiraba al dominio griego. Aquí se darían las circunstancias relatadas: Pausanias se dedicó a practicar el medismo y aproximarse al rey. Los espartanos volvieron a reclamarlo, esta vez a Colono, en la Tróade, donde se había instalado cuando los atenienses lo obligaron a abandonar Bizancio. Si no seguía al heraldo los éforos lo declararían enemigo público.

Para no despertar sospechas acudió a la llamada, en la confianza de que obtendría la absolución gracias a su dinero, y se ofreció a someterse a juicio. La realidad era que no había indicios claros para castigar a un hombre que era de sangre real y cargado de honores, dado que ejercía la regencia como primo de Plistarco, el hijo de Leónidas, que todavía era menor. Había, eso sí, muchas sospechas y los enemigos buscaban datos significativos de su deseo de sobresalir, como, por ejemplo, el hecho de que, en el trípode consagrado en Delfos por la victoria sobre los medos, la inscripción le atribuía a él personalmente tanto la victoria como la ofrenda, hecho que se consideraba coherente con sus actuales actitudes. Pero, además, se enteraron de que negociaba con los hilotas y de que les prometía la libertad y la ciudadanía si colaboraban con él. Ya hemos visto la coherencia entre los rasgos tiránicos y personalistas y la concesión de derechos a los sectores oprimidos que es propia de la ciudad griega en general. Los espartanos no tenían la costumbre, sin embargo, de confiar en las delaciones de hilotas contra los ciudadanos y fue necesario el hallazgo de una carta enviada al rey por medio de un mensajero. Pausanias tuvo tiempo de refugiarse en el templo de Atenea Calcieco, donde, sin embargo, los éforos lo encerraron con un muro y lo sitiaron por hambre, de modo que sólo lo sacaron para que muriera fuera del santuario y no cometer así sacrilegio. Los lacedemonios también acusaban a Temístocles de colaborar con Pausanias y, por medio de embajadores, reclamaban que los atenienses lo castigaran de modo similar. Los atenienses estaban dispuestos a hacerlo y trataban de buscarlo, pero él se había refugiado en Argos, porque ya antes había sido condenado al ostracismo. Para los lacedemonios, el crimen de Temístocles afectaba a toda Grecia, por lo que debía someterse a juicio del Congreso común de los griegos. Según Plutarco, la acusación de traición partió de los enemigos de Temístocles en Atenas y fue apoyada por los espartanos. Pausanias había buscado el apoyo del ateniense precisamente cuando había sido expulsado de la ciudad, tal vez entre 472 y 470. Pero Temístocles no había accedido a colaborar, sino que se había limitado a no denunciar los planes de Pausanias. A pesar de las declaraciones de Temístocles, el demos ateniense se dejó persuadir por sus enemigos, lo que es un indicio de que los efectos del triunfo sobre los persas estaban adoptando formas nuevas y complejas dentro de Atenas.

9. TEMÍSTOCLES Y EL PELOPONESO

Heródoto cuenta que los espartanos concedieron la ciudadanía al adivino eleo Tisámeno y a su hermano, caso único en toda la historia de Esparta. Por ello les ayudó a la obtención de cinco victorias: Platea, Tegea, contra los tegeatas y argivos; Dipea, contra todos los argivos salvo los de Mantinea; Mesenia, Tanagra, contra

atenienses y argivos. Importa destacar la conflictividad reinante en el Peloponeso, la actividad antiespartana de Argos y la posible influencia de las conspiraciones de Temístocles, posiblemente no ajenas a las acusaciones hechas contra él, ni tampoco al cambio de orientación que parece producirse en la política ateniense: Temístocles es atacado porque ya no ataca a los persas sino a los espartanos, en cambio sus enemigos se prestan a colaborar con éstos y, lo que es más importante por su significación, persuaden al demos. Al año 471 atribuye Diodoro el Sinecismo de los eleos en una sola *polis* llamada Elis. No es claro qué relación puede tener este hecho con la colaboración de Tisámeno y la situación conflictiva en el Peloponeso, pero tal vez exista alguna.

10. LOS HILOTAS

En el año 469 un gran terremoto sacudió Esparta, en que perecieron más de 20.000 lacedemonios y se hundieron muchísimas casas. Pero esta situación se agravó con una rebelión de hilotas y mesenios, que solían permanecer tranquilos sólo por temor a la fortaleza de los espartanos, y ésta ahora estaba quebrantada. La coyuntura fue también aprovechada por Argos más tarde, en 468, para atacar Micenas, que era protegida por Esparta en las disputas territoriales entre ambas ciudades en la Argólide. Los argivos destruyeron Micenas y vendieron a sus habitantes como esclavos. La ciudad nunca volvió a estar habitada. El territorio se dividió entre los habitantes de Argos, Cleonas y Tegea.

11. ATENAS TRAS LAS GUERRAS MÉDICAS

La expedición de Jerjes había producido en Atenas una reacción solidaria que trataba de fomentar la concordia civil frente al enemigo común. La manifestación más evidente fue la llamada a todos aquellos que habían sido víctimas del ostracismo como consecuencia de los conflictos de los años ochenta.

Entre los exiliados, se encontraba Arístides, que tenía fama de justo. Pero, según Plutarco, esta fama fue también la fuente de sus problemas, pues, si primero le produjo el amor de Temístocles, posteriormente fue objeto de envidia de su parte. Los ataques de éste ante la multitud consistieron principalmente en acusarlo de que sustituía los tribunales y de que juzgaba y decidía todo privadamente, lo que equivalía a una monarquía oculta, salvo en el hecho de que no se encontraba apoyada en las armas. Por otro lado, añade Plutarco, el demos se encontraba muy orgulloso de su victoria y se consideraba digno de las mayores cosas, por lo que se sentía ofendido por los que tenían nombre y dignidad por encima de los «muchos». Así, cuando se hubieron reunido en la ciudad desde todas partes, condenaron a Arístides al ostracismo y «calificaron de temor a la tiranía lo que no era más que envidia de su gloria».

12. EL DEMOS

El episodio revela lo que ocurría en Atenas. De un lado, el crecimiento de la importancia del demos durante las Guerras Médicas choca con el aumento del

prestigio personal de individualidades como la de Arístides, que, por su parte, de algún modo ha tratado de influir en las decisiones judiciales de tal manera que se consideró que estaba pasando a una justicia de tipo privado frente a la justicia popular encarnada en la Helíea. De otro lado, crece el papel de una figura como Temístocles, que entiende de un modo nuevo la relación del dirigente político con el demos y que resulta ser el primero que hace coincidir con éste sus propios intereses. Fue significativo que el proceso quedara truncado precisamente después de que había alcanzado sus mejores frutos en la batalla de Salamina. La concordia se tradujo en una recuperación de los exiliados y en la vuelta a una política evergética triunfante en los primeros decenios de la Pentecontecia. Plutarco comenta que el ostracismo no era un castigo que se aplicaba a los «malos», sino precisamente contra alguien que alcanzaba demasiado prestigio y poder como para convertirse en opresivo. El benefactor, el justo, puede llegar a transformarse, por esa vía, y no por las armas, en un tirano desde el punto de vista del demos. En este sentido, el pueblo adopta la mentalidad tradicional aristocrática al hacer suya la idea plasmada en la expresión «nada demasiado».

El personaje muy protector es un tirano en potencia, por eso el castigo no era considerado como tal, sino una especie de alejamiento benefactor, frente al peligro colectivo representado por el hombre aspirante a la tiranía. Estamos ante una curiosa relación entre el individuo y la colectividad, con rasgos procedentes del mundo aristocrático, que se manifiesta tanto en el posible papel que el aristócrata puede desempeñar con respecto a la colectividad, como en la misma forma de conducta del demos, que reacciona ante el tirano como había reaccionado, medio siglo antes, la misma aristocracia. Ahora ya, por tanto, el tirano no habría desempeñado el papel protector del demos propio del tirano arcaico frente a la aristocracia, sino que adopta formas benefactoras para mejor controlarlo a favor de los intereses de la aristocracia. Por ello, es posible, según los orígenes de las opiniones, calificar de intentos de tiranía tanto la actitud de Arístides como la de quienes trataran realmente de hacer coincidir sus intereses con los del demos, y sería Temístocles, más tarde, quien fuera objeto de una condena al ostracismo.

Este episodio es aprovechado por Plutarco para contar la anécdota del rústico iletrado que dio su óstraco a Arístides, como si fuera uno más de la multitud, para que escribiera en él el nombre de Arístides, y cuando éste, sin identificarse, le preguntó qué mal le había hecho, le contestó que estaba harto de oírlo llamar «Justo». Arístides no contestó, sino que escribió su propio nombre y le devolvió el *óstraco*. Al marcharse suplicó al cielo que nada obligara a los atenienses a volver a llamarlo. Se sabe que así lo hicieron, y que las circunstancias cambiaron luego en Atenas hasta el punto de que entonces fue cuando alcanzó verdadero protagonismo. La anécdota, aparentemente paradójica, adquiere todo su sentido en el contexto citado. El exceso de elogio por virtudes positivas puede llegar a convertir a un hombre en un elemento negativo para la misma comunidad que primero lo elogiaba.

DOCUMENTOS

1. TUCÍDIDES, HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO I. 89-91. (TRADUCCIÓN F. R. ADRADOS)

Los atenienses llegaron a prosperar del modo siguiente: una vez que los persas se retiraron de Europa vencidos por mar y por tierra, y que de entre ellos fueron destrozados los que huyeron por mar a Micala, Leotíquides, el rey de los lacedemonios, que mandaba a los griegos que lucharon en Micala, se retiró a su país con los aliados del Peloponeso; mientras que los atenienses y los aliados de Jonia y el Helesponto, que se habían rebelado ya contra el rey, se quedaron y sitiaron Sesto, que ocupaban los persas y después de pasar allí el invierno lo tomaron, retirándose los bárbaros; después de esto, se dispersaron desde el Helesponto en dirección a sus respectivas ciudades. Los magistrados de Atenas, en tanto, una vez que los bárbaros marcharon del país, trajeron del lugar donde los habían puesto a salvo a los niños y mujeres y los bienes transportables de los atenienses, y se dispusieron a reedificar la ciudad y las murallas; pues sólo una muy pequeña parte del recinto fortificado estaba en pie y la mayoría de las casas se habían derrumbado, quedando indemnes sólo unas pocas, en las que se instalaron los persas principales.

Mas los lacedemonios, dándose cuenta de lo que iba a pasar, vinieron en embajada, en parte porque ellos mismos hubieran visto con gusto que ni los atenienses ni ningún otro pueblo tuviera murallas, pero sobre todo porque sus aliados les impulsaban a ello y tenían miedo de su numerosa escuadra, que antes no lo era tanto, y del ardor que habían desplegado en las Guerras Médicas. Les pedían, pues, que no construyeran murallas, sino que por el contrario cuantos fuera del Peloponeso tenían en pie sus recintos fortificados los demolieran al tiempo que ellos, sin mostrar a los atenienses su intención y sospechas, sino alegando que si volvieran los bárbaros no tendrían un lugar fortificado donde apoyarse, como ahora lo habían hecho en Tebas; y afirmaron que el Peloponeso era un lugar de retirada y una base de operaciones suficiente para todos. Mas los atenienses, por consejo de Temístocles, despidieron al punto a los lacedemonios que les hicieron esta proposición, diciendo que les enviarían embajadores acerca de la cuestión de que hablaron; y Temístocles les aconsejó que le enviaran a él mismo a Esparta y que eligieran además de él otros embajadores; pero no los mandaron inmediatamente, sino que esperaron hasta tanto que levantaran la muralla lo suficiente para defenderse desde la altura más indispensable; y que trabajaron en ella todos juntos, no respetando ningún edificio particular ni público del que pudieran sacar alguna utilidad para la construcción, sino cogiendo toda clase de materiales. Después de darles estas instrucciones y decirles que él se ocuparía de lo demás en Esparta, partió. Llegado a Esparta, no se presentaba a los magistrados, sino que dejaba pasar el tiempo y buscaba pretextos. Y cuando alguien que desempeñaba algún cargo público le preguntaba por qué no se presentaba a los magistrados, decía que esperaba a sus compañeros de embajada, pero que por una dificultad se habían retrasado, aunque esperaba que llegarían en seguida y se extrañaba de que no estuvieran ya allí.

Los que oían a Temístocles le creían por ser amigo de Esparta; pero cuando llegaban testigos presenciales y hacían claramente la acusación de que las mu-

rallas estaban siendo construidas y ganaban ya altura, no encontraban forma de ponerlo en duda. Dándose cuenta él, les invitó a que no se dejaran engañar con palabras y enviaran a algunos de sus conciudadanos de confianza que les dieran noticias fidedignas después de ver la realidad. Marcharon pues unos enviados, y Temístocles a su vez mandó otros en secreto a los atenienses para tratar de los primeros, a fin de que les retuvieran en la forma menos ostensible posible y no les dejaran marchar antes de regresar ellos –pues ya se habían unido a él sus compañeros de embajada, Abrónico, hijo de Lísides, y Arístides, hijo de Lisímaco, que le anunciaron que las murallas eran ya utilizables–; pues temía que los lacedemonios no les dejaran irse cuando se enteraran de la verdad. Retuvieron pues los atenienses a los enviados como se les encargó y Temístocles se presentó ante los lacedemonios, y fue entonces cuando claramente dijo que su ciudad estaba ya fortificada de suerte que reunía condiciones para mantener a salvo a sus habitantes, y que si los lacedemonios o los aliados querían ir a ellos con alguna embajada, que fueran en adelante haciéndose la cuenta de que dirigían a un pueblo que conocía lo que era conveniente para sí mismo y lo que lo era para todos; pues cuando los atenienses resolvieron que era preferible evacuar la ciudad y embarcarse, se atrevieron a ello sin contar con la opinión de los lacedemonios, y en cuantas cosas habían deliberado en unión de ellos se había visto que no eran inferiores a nadie en capacidad de juicio ahora. Opinaban por tanto que era preferible que su ciudad tuviera murallas y que esto había de ser más ventajoso para los ciudadanos en particular y para todos los aliados; pues no era posible deliberar en la Asamblea de los aliados con autoridad igual o semejante si no se poseía una defensa de guerra parecida a la de los demás. Afirmó que, en consecuencia, era preciso que o todos integraran la alianza careciendo de murallas o que pensaran que lo que los atenienses habían hecho estaba bien.

BIBLIOGRAFÍA

A. W. Gomme: *A Historical Commentary on Thucydides*, Oxford, Clarendon Press, 1945-1981, 5 vol. (IV y V con A. Andrewes y K. J. Dover).

N. G. L. Hammond: *History of Greece to 322 B.C.*, Londres, Oxford University Press, 1986 (3ª. ed.), 691 págs.

—, *Studies in Greek History. A Companion Volume to A History of Greece to 322 B.C.*, Oxford, Clarendon Press, 1973, 574 págs.

CAPITULO II

HISTORIA INTERNA DE ATENAS TRAS LAS GUERRAS MÉDICAS. LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE

1. EL AREÓPAGO

Las Guerras Médicas produjeron doble efecto contrario, sobre todo en la batalla de Salamina. El prestigio del Areópago aumentó y, como consecuencia, según Aristóteles, hizo más dura la *politeía*, pues venía a acercarse más a la oligarquía, pero la victoria marítima dio más fuerza a la democracia. Sin duda, se iniciaba una época pacífica y concorde, pero que escondía graves conflictos, sólo ocultos gracias al triunfalismo de la ciudad y a los beneficios que se esperaban como consecuencia de la victoria. En la *Constitución de Atenas*, el mismo Aristóteles establece una cronología más rígida: hasta la expedición de Jerjes había crecido la ciudad junto con la democracia, pero, después de las Guerras Médicas, la fuerza recayó en el Areópago, que gobernaba la ciudad y tenía la hegemonía sin el apoyo de ningún mandato legal, pues había sido promotor de la batalla de Salamina. Así se notan en Aristóteles los influjos de las contradicciones del momento: la batalla de Salamina es, unas veces, motivo de crecimiento del poder del demos y, otras, del poder oligárquico del Areópago. Este habría sido quien embarcó en las naves a todo el mundo por medio de la distribución de 8 dracmas cuando los estrategos se encontraban desesperados. A tal contexto atribuye Aristóteles no sólo el buen gobierno de Atenas, sino también su capacidad para obtener la hegemonía del mar, a pesar de los lacedemonios. Los dirigentes del demos eran, al alimón, Arístides y Temístocles, el primero con más dotes militares y el segundo con más dotes políticas y más útil como consejero. A ambos, actuando en común, aunque como rivales, les atribuye Aristóteles la reconstrucción de las murallas de la ciudad, en cambio, sólo a Arístides adjudica la atracción de los jonios a la alianza con Atenas y la fijación de las condiciones de la misma. Tal situación duró 17 años a partir de la guerra, aunque durante el mismo periodo iba declinando poco a poco el poder del Areópago, mientras aumentaba el del demos hasta llegar a las reformas de Efialtes.

2. ARISTIDES Y TEMÍSTOCLES

La colaboración puede también desprenderse de la narración de Plutarco en la vida de Arístides, según la cual el protagonista de la biografía, a su regreso, al ver que los atenienses deseaban la democracia, consideró que eran dignos de obtenerla a causa de su valor y porque se habían hecho fuertes gracias a sus victorias, y propuso un decreto por el que la *politeía* sería común y los arcontes se elegirían de entre todos los atenienses. Temístocles, entre tanto, tenía, dice, una propuesta «útil» consistente en quemar las naves de los aliados griegos. Arístides respondió que era muy útil, verdaderamente, pero muy injusta, y el pueblo hizo caso a éste último, con lo que se demostraba que el pueblo era amigo de la justicia y Arístides fiel y seguro para el pueblo. La colaboración comienza pronto a deteriorarse. En este retrato, Arístides aparece más democrático y Temístocles más imperialista. La inclinación del pueblo comienza a definirse a favor del primero, contrariamente a lo que había ocurrido en las vísperas de las Guerras Médicas. En la vida de *Temístocles*, Plutarco cuenta la misma anécdota, pero añade que se opuso a la propuesta de los lacedemonios de eliminar de la alianza a aquéllos que no habían tomado parte en la lucha contra el medo. Esto iba a significar la absoluta hegemonía de Esparta, por lo que Temístocles argumentó en favor de la inclusión para evitar que las ciudades más fuertes quedaran como dueñas de la mayoría que, en efecto, no había participado. Por esto, dice Plutarco, se ganó el odio de los lacedemonios que, desde entonces, se dedicaron a apoyar a Cimón como posible rival para minar sus fuerzas. Su actividad postbélica se describe por parte de Diodoro de un modo un poco diferente, aunque no imposible de conjugar con la anterior; convenció al demos para que construyera cada año 20 nuevas trieres y para liberar de tasas a los metecos y artesanos, de modo que se reuniera una gran masa en la ciudad para poder beneficiarse más fácilmente de las artes. Esto añadía la ventaja de la utilidad proporcionada por la fuerza naval.

3. OSTRACISMO DE TEMÍSTOCLES

Seguramente, todos los factores que reflejan las fuentes estaban presentes de un modo o de otro en la Atenas de esta época.

En este ambiente contradictorio, Temístocles es sometido al ostracismo y luego es buscado a petición de los lacedemonios. Temístocles escapó al Peloponeso y se refugió en Corcira, pero, como los habitantes de la isla temían a Esparta y Atenas, pasó al continente, donde se detuvo junto a Admeto, rey de los molosos, que lo hizo pasar hasta Pidna, la ciudad de Alejandro, de donde partió en barco hacia Jonia, y de allí llegó a Éfeso, tras haberse detenido junto a Naxos, sitiada por los atenienses. Luego penetró al interior y dirigió una carta al rey Artajerjes, en que le ofrecía su amistad. Tucídides dice que el rey se convenció porque veía en su ayuda la posibilidad de apoderarse de toda Grecia. Al parecer, allí murió de muerte natural, pero sus restos fueron llevados al Ática a escondidas de los atenienses, porque no podían enterrar a quien había sido expulsado acusado de traición.

El propio Tucídides, cuando trata de la fortificación de la ciudad, deja constancia del cambio que se ha producido en la personalidad de Temístocles, pues,

en aquel momento, todo su esfuerzo, en cuya perfección técnica insiste el historiador, estaba dirigido a la formación del imperio y al dominio del mar, pero lo haría, piensa él, porque consideraba que la llegada del rey por mar era mucho más probable que por tierra, es decir, pensando principalmente en enfrentarse al persa. Las cosas fueron luego de otro modo, pero esto se debió posiblemente más a la transformación de las circunstancias que a tendencias propersas de Temístocles. La situación interna de Atenas y sus relaciones con Esparta inclinaron la balanza de tal modo que a Temístocles no le quedó otra salida que la aproximación al rey. Tucídides hace su elogio a pesar de que, justamente en ese momento, el tema que trata es el de su traición. Ello indica que, a pesar de todo, la historia subsecuente no había borrado los recuerdos positivos que su figura había dejado en la memoria de los atenienses. Su alabanza consiste principalmente en resaltar sus condiciones naturales, pues sobresalía por su inteligencia innata que no necesitaba ningún añadido debido a los estudios y le era posible tomar las decisiones más rápidas y hacerse una idea acertada del futuro. Cuando llegaba un asunto a sus manos, era capaz de tomar la mejor determinación, aunque no tuviera experiencia sobre ello, y podía prever las ventajas y los inconvenientes aunque todavía el asunto no estuviera claramente discernido. Con la capacidad natural y la poca observación su principal cualidad fue la improvisación.

En el capítulo 28,2 de su *Constitución de Atenas* Aristóteles hace una enumeración un tanto esquemática de los que considera dirigentes o conductores del demos y, en algunos casos, establece paralelos con dirigentes de los nobles. Entre los primeros, cita a Solón, Pisístrato, Clístenes y, luego, a Jantipo frente a Milcíades, a Temístocles frente a Arístides, Efialtes frente a Cimón; finalmente sitúa a Pericles frente a Tucídides, hijo de Melesias. Cimón, en efecto, puede ser el siguiente en la línea representada por Arístides, pero el hecho de que continúe la lucha contra los persas sólo se convirtió en un dato digno de ser contrapuesto a Temístocles desde el momento en que éste tuvo que salir de su ciudad y cuando sus acciones contra Esparta le valieron, no sólo las acusaciones de ésta, sino también la hostilidad de la propia Atenas. Temístocles es, en principio, coherente con su actuación en Salamina y pretende seguir defendiendo la protección de Grecia frente a Persia, lo que significaba el crecimiento del imperio, como para Arístides o Cimón. Sin duda, el enfoque metódico podía ser distinto, pero donde surgieron las diferencias fue en la actitud frente a Esparta. Para Arístides y Cimón la expansión de Atenas no era contradictoria con el sostenimiento de la amistad con esta ciudad, mientras que, para Temístocles, preocupado también por el apoyo de los *thetes* y el avance de la democracia, Esparta representaba una amenaza contra el futuro político de su ciudad. En el fondo, venían a ser dos modos distintos de concebir el poderío ateniense y sus repercusiones sobre la realidad local de la ciudad. De momento, fue la representada por Cimón la que el propio demos ateniense consideró más positiva para sus intereses.

4. LA ÉPOCA DE CIMÓN

Cimón era hijo de Milcíades, el vencedor de Maratón, símbolo de la victoria hoplítica, posteriormente contrapuesta por los pensadores a la victoria naval de

Salamina. Su padre se había visto en graves dificultades después de la victoria, cuando comenzaba a transformarse el panorama ateniense en la dirección que llevaría a la batalla de Salamina y al triunfo de Temístocles. Sin embargo, las transformaciones no cesaron, y ahora la balanza se inclina de nuevo del lado del hijo de Milcíades. Por línea materna, era nieto del rey de Tracia Oloro, nombre que también llevaba el padre del historiador Tucídides. Plutarco relaciona todo esto con la posesión de minas de oro en Tracia. Estesímbroto de Tasos, en tono de alabanza, dice que carecía de la educación que era norma entre los atenienses y, sobre todo, no practicaba la elocuencia, de tal modo que se decía que su carácter era más propio de un lacedemonio que de un ateniense. Plutarco hace referencia a una historia amorosa entre su hermana Elpínice y el pintor Polignoto, que reflejó su rostro en la imagen de Laodice, cuando pintó a las mujeres troyanas en la Stoa Pecile. Plutarco se apresura a aclarar que Polignoto no era un pintor asalariado, sino que lo hizo sólo para honrar a la ciudad gratuitamente, y cita como testimonio unos versos de Melantio, que dice que a sus expensas decoró los templos de los dioses y el Ágora de Cécrope con las excelencias de los héroes. La pintura de Polignoto era objeto de admiración entre quienes exaltaban sobre todo la tradición maratoniana.

Sin embargo, cuando Plutarco hace el elogio de sus cualidades políticas, en las que sobresalía más que en las militares, el ejemplo que pone es el de haber sabido apoyar la política de Temístocles en favor de la defensa naval en el momento de la batalla de Salamina y el de haber dado a entender simbólicamente que la ciudad no necesitaba para nada en esa ocasión de los caballeros.

Después, cansado de Temístocles, el demos, según Plutarco, lo elevó a los más altos honores y cargos, con el apoyo de Arístides, por quien participó en la embajada a Esparta de 479. Era ya, seguramente, un modo de irse interfiriendo en la línea política de Temístocles.

Cimón estuvo como estratego de los atenienses en las expediciones que hicieron todavía bajo las órdenes de Pausanias, pero, cuando éste se ganó la enemistad de los griegos, supo hacerlos colaborar en la hegemonía, no por medio de las armas, sino de las palabras, y gracias a su talento.

5. EVERGETISMO

El botín que Cimón sacaba de sus expediciones lo gastaba en provecho de los ciudadanos. Se dice que quitó las vallas de sus tierras para que todos pudieran coger los frutos, tanto extranjeros como ciudadanos necesitados, y preparaba en su casa una comida para que los pobres entraran y obtuvieran el sustento y dispusieran de tiempo para dedicarse a los asuntos públicos. Según Aristóteles, los beneficiarios eran sólo los pertenecientes a su demos, el de los Laciadas. De todas las maneras, se trata de un modo de proporcionar a los pobres el ocio *(scholé)* necesario para la participación pública, pero obtenido gracias a la beneficencia individual del poderoso. Este mismo carácter se muestra en el reparto de vestidos y dinero que efectuaban los jóvenes que habitualmente lo acompañaban: «el hombre más hospitalario», lo llamaría el poeta cómico Cratino. El sofista Gorgias dice que Cimón adquiría riquezas para usarlas y las usaba para

obtener honra. Con ello, Cimón es el modelo de la sociedad de la época, el de quien no atesora, sino que hace circular y con ello favorece su propio prestigio y su capacidad del control de la sociedad que lo rodea. Plutarco cuenta que con sus propios bienes hizo realidad la fábula de la edad de oro de tiempos de Cronos. Pero esto, aclara, no quiere decir que tratara de adular a la multitud, pues su línea política, de hecho, era aristocrática y laconizante y combatió a Temístocles y Efialtes, los representantes, en sus tiempos, de una línea democrática.

En la práctica, quien recibía dinero se hacía dependiente. En la política hacia los aliados, era partidario de que éstos pagaran el tributo y dejaran en manos de los atenienses todas las labores de defensa. Así respetaba la voluntad de alejarse de las guerras, de las que estaban cansados, y dedicarse a cultivar sus tierras, pero, de paso, conseguía que los atenienses, al protegerlos, se hicieran dueños de quienes les pagaban y que los otros se fueran convirtiendo cada vez más en sometidos y esclavos. En la misma época de Cimón, el imperio va desarrollando sus características de dominio sobre fundamentos que representan lo contrario de lo que se produce dentro de la ciudad y que permitirán que sirva de elemento determinante para los cambios de la ciudad misma. La versión de Plutarco es que, mientras Cimón estuvo presente, supo contener a la multitud que quería arrebatar la autoridad y el poder a la aristocracia. Pero que, cuando estuvo alejado a causa de una nueva expedición, aquélla se desató y, bajo la guía de Efialtes, quitó al Consejo del Areópago todas las funciones judiciales salvo unas pocas y se hicieron los dueños de los tribunales, por lo que arrojaron a la ciudad en una democracia sin mezcla, en que ya el poder estaba en manos de Pericles, coincidente con las masas. Al regreso de Cimón, éste intentó volver a la «aristocracia de Clístenes» y lo acusaron, entre otras cosas, de laconismo. Aunque la fuente es demasiado tardía, es significativo que todas las corrientes políticas comiencen a apropiarse la tradición representada por las reformas de Clístenes. Aquí, por ejemplo, llega a convertirse en bandera de la aristocracia y programa de alguien cuyas ideas se consideran claramente próximas a la instauración de un sistema como el espartano. El crecimiento del poder ateniense, tal como se hará bajo la dirección de Cimón, no inquietó nunca, según Plutarco, a los lacedemonios: era dulce con los aliados y complaciente con los espartanos. En el momento de las revueltas de hilotas que aprovecharon el terremoto para liberarse y refugiarse en el monte Itome, Cimón fue el máximo defensor de que los atenienses ayudaran a los espartanos a reprimir el movimiento.

6. LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE. GELÓN

Tras la muerte de Hipócrates de Gela, que se había hecho dueño prácticamente de toda Sicilia, tomó el poder Gelón. Era descendiente de una familia sacerdotal y, por tanto, aristócrata y formaba parte de la guardia de Hipócrates, pero había sido nombrado jefe de toda la caballería, la cual seguía siendo en Sicilia la fuerza más importante junto con los mercenarios sículos, al saltar de los caballeros, sin duda los miembros de la aristocracia, a los indígenas sículos. La situación era, pues, la de dominio de un pueblo sometido, que cumple entre otras cosas funciones militares, por una minoría que ejercía estas funciones en la caballería. La fuerza hoplítica, si existía, no era digna de consideración. Gelón colaboró, en

consecuencia, en el dominio de la isla, del que sólo quedó al margen Siracusa, gracias a la que recibió la ayuda de corintios y corcirenses. No está claro cuál pudo ser la política llevada a cabo por Hipócrates que, al decir de Heródoto, había provocado la reacción de los ciudadanos que no querían seguir sometidos. La toma del poder de Gelón se llevó a cabo por medios engañosos, suplantando a los hijos de Hipócrates, para luego ser él mismo quien ejercitaba el poder. Entre sus primeras acciones estuvo la de restablecer a los *gamoros* siracusanos, clase aristocrática poseedora de las tierras, que habían sido expulsados por el demos y sus propios esclavos llamados *cilirios*. La consecuencia fue que los siracusanos pusieron la ciudad en sus manos. El caso de los *cilirios*, dentro de las relaciones de dependencia antiguas, suele clasificarse entre las relaciones de servidumbre colectiva. La alianza con el demos de esta clase de dependientes es mucho más frecuente que la del dependiente esclavo, propiedad de un dueño.

Desde entonces, Gelón se preocupó principalmente de Siracusa y dejó Gela en manos de su hermano Hierón. Gelón procuró una gran prosperidad para Siracusa y la engrandeció con la participación de los habitantes de Camarina y de una parte de los habitantes de Gela. Más curiosa resulta su actitud ante los habitantes de Mégara Hiblea: fueron asediados y forzados a rendirse, pero precisamente a los culpables de la guerra y a los poderosos los llevó a Siracusa y los hizo ciudadanos, en cambio a los elementos del demos, que no habían tenido culpa de la guerra, los llevó a Siracusa, pero los vendió para su traslado fuera de Sicilia. La misma práctica la ejerció con los habitantes de Eubea de Sicilia. Actuaba así, dice Heródoto, porque pensaba que en cualquier caso el demos era poco complaciente. De esta manera Gelón se convirtió en el gran tirano de Sicilia.

7. LA TIRANÍA DE SICILIA

La historia de esta isla, a principios del siglo V, reviste, pues, caracteres peculiares, dado que se produce una tiranía que difícilmente puede identificarse con los rasgos de los tiranos griegos arcaicos. Hay, desde luego, muchas zonas oscuras, pero el modo en que Gelón llegó al poder en Siracusa y su acrecentamiento de la ciudadanía con los habitantes de Mégara hacen ver claro cuáles eran los sectores sociales que lo apoyaron, a pesar de algunas contradicciones dentro de los grupos dominantes. Su actuación con los dominantes tiene como antagonistas a unos sectores dominados con rasgos que podemos definir como arcaizantes. Por ello, estos tiranos resultan más próximos a la antigua realeza que a la tiranía arcaica. Su papel fue controlar al demos y a los dependientes colectivos en favor de los grandes acumuladores de tierras, los *gamoros*, exactamente lo contrario de lo que estaban dispuestos a hacer los tiranos arcaicos. Con ello se ve hasta qué punto las circunstancias históricas cambian con las diferencias de tiempo y lugares. En Sicilia se han asentado los griegos procedentes del proceso colonizador arcaico y han establecido relaciones de dependencia con la población indígena, sin embargo, la ciudad de Siracusa, en sus relaciones de dominio sobre otras ciudades, se introduce en el mercado esclavista ya existente en el Mediterráneo al vender al demos en Mégara Hiblea, al mismo tiempo que establece pactos de colaboración y de integración con los poderosos de esas otras ciudades. La potente tiranía de Gelón muestra, pues, caracteres específicos.

Otro factor importante es que Sicilia, desde antes de las Guerras Médicas, poseía una importante flota que Tucídides compara con la de Corcira. A los rasgos anteriormente descritos hay que añadir este otro. La situación de la isla, y de Siracusa en concreto, era sustancialmente diferente. La flota sirvió para afirmar el poder de los dominantes y no para que algunos nobles adoptaran posturas alternativas a las consistentes en la explotación de la colectividad campesina; allí sirvió para fortalecer la presión sobre esa colectividad. Tucídides establece justamente una diferencia entre los demás tiranos y los de Sicilia. Aquellos no realizaron ninguna empresa digna de mención y se dedicaron a explotar lo suyo, mientras tenían que oponerse a sus vecinos respectivos. En cambio, los de Sicilia llegaron a tener un gran poderío. Su tiranía era más bien un modo de explotación externa que reforzaba la explotación interna. Sus métodos se hicieron imperialistas. Por otro lado, gracias al control interno, adquirían fuerza para la expansión territorial y el control de otras ciudades, donde, por otro lado, colaboraban al control de la situación por parte de los dominantes.

Aristóteles cuenta el caso de la toma del poder por parte de Gelón de Siracusa como uno de los que se producen en las democracias cuando el pueblo comete excesos y se gana el desprecio. Aristóteles se refiere sin duda a la expulsión de los *Gamoroi* y a la colaboración del demos con los cilirios, lo que, desde su punto de vista, rompe el equilibrio de la recta *politeía*, caracterizada por un poder intermedio y de colaboración, donde el demos estaría más bien controlado por los sectores dominantes. Así se justifica para él el paso a la tiranía de Gelón.

La ampliación de la ciudadanía por parte de Gelón, al parecer, provocó problemas y posteriormente ya no consideraron a los extranjeros dignos de participar en tal dignidad. Diodoro dice que desconfiaba de ellos porque habían colaborado con la tiranía y habían servido bajo un monarca, lo que da la impresión de que, porque había ampliado la ciudadanía también por la vía de los mercenarios, éstos podían resultar peligrosos como posibles promotores de la revolución. Dice Diodoro que eso fue precisamente lo que sucedió. Gelón enroló como ciudadanos, al decir de Diodoro, a más de 10.000 mercenarios. Son caballeros y mercenarios los que forman, pues, el ejército siracusano en tiempos de la tiranía. Esta estructura militar es reflejo de la peculiar estructura social que caracteriza a las ciudades de Sicilia.

8. CARTAGO Y SICILIA

Cuando, por la amenaza persa, los griegos acudieron en busca de la ayuda de Gelón, con la idea de que había que defender la Hélade entera de la agresión, Gelón respondió que el peligro bárbaro les afectaba a los sicilianos directamente por la presencia de los cartagineses en la isla, pero que, aun así, estaba dispuesto a participar, siempre que él mismo poseyera el mando de las tropas griegas. Se entabla de este modo un debate entre el derecho de los lacedemonios o de Gelón a mandar sobre los griegos y dirigirlos en la guerra, entre la dirección colectiva representada por la polis menos individualista, en la que los brotes individualistas eran cortados de raíz, como en el caso de Pausanias, y la dirección individual misma representada en este caso por el tirano, definido como fácilmente dispuesto a la cólera, que dice basar su derecho en la mayor abundancia de hombres y de

naves. En su réplica los atenienses lo acusan de querer acceder a la jefatura militar de toda Grecia. Ellos, por su parte, aspiran, según Heródoto, al mando de la flota sobre el fundamento de representar al pueblo más antiguo de la Hélade. El historiador de Halicarnaso dice que Gelón se apresuró a prepararse para cualquier eventualidad, para estar preparado ante la victoria de cualquiera de los contendientes, y someterse al rey en el caso de que suya fuese la victoria.

Las fuentes antiguas coinciden en la sincronía entre la batalla de Salamina y la que los sicilianos libraron en Hímera frente a los cartagineses. Con el tiempo, como había dicho Gelón, tal sincronismo se convirtió en símbolo de la victoria de los helenos frente a los bárbaros, en un acontecimiento que servía para dar fundamento a la entidad griega, al tiempo que podía dar base a la teoría de la diferencia natural que justificaba el proceso de esclavización del bárbaro entonces en crecimiento. Es curioso que sea Aristóteles quien dice que ambas batallas tuvieron lugar, en efecto, en la misma época pero que no tienden al mismo fin. La defensa contra el bárbaro era un hecho anecdótico, la afirmación de sus entidades helénicas fue más el resultado que el motivo de los enfrentamientos. En cada una de las ciudades el objeto de la lucha fue diferente, de acuerdo con sus diferentes estructuras.

Según Diodoro, Jerjes había enviado una embajada a los cartagineses para urgirlos a atacar y así coordinar las acciones sobre los griegos de todas las tierras, colaborando los cartagineses con la sumisión de Sicilia e Italia. De acuerdo con ello, los cartagineses reunieron dinero y mercenarios de Italia, Liguria, Galia e Hispania, y también de Libia y Cartago. Heródoto comprende la posible existencia de este pacto como justificación de que no participara Gelón en la defensa contra los persas. Sirvió de obstáculo que el tirano de Hímera, expulsado por Terón de Agrigento, hiciera venir un ejército que, según el historiador, estaba formado por fenicios, libios, íberos, ligures, elísicos, pueblo de la narbonense, sardos y cirnios, de Córcega, al mando de Amílcar, en nombre de unas presuntas relaciones de hospitalidad.

Diodoro trata este tema como parte de las aspiraciones imperialistas de los cartagineses, objetivo para el que eligieron como general a Amílcar. Debido a diversos contratiempos, continúa Diodoro, después de detenerse algunos días en Panormo (Palermo), atacó Hímera, desde donde controlaba la parte occidental de la isla y atemorizaba a los habitantes de la ciudad, por lo que Terón acudió a Gelón en busca de ayuda.

Heródoto lleva la coincidencia de las batallas hasta colocarlas el mismo día. Sobre Amílcar cuenta una historia que se repite en varias ocasiones en la historia de la antigüedad: desapareció durante la batalla y no lo encontraron ni vivo ni muerto, por más que Gelón ordenó que lo buscaran por todas partes. Tal vez, dice Heródoto, se arrojó a la hoguera en que sacrificaba cuando vio que sus tropas eran derrotadas. En cualquier caso, en todas las ciudades de sus colonias y sobre todo en Cartago, los fenicios le ofrecían sacrificios. Estamos ante un caso de heroización: el jefe, aun derrotado, no puede perecer.

Gelón, en efecto, había acudido rápidamente en ayuda de Hímera. Según Diodoro, Gelón consiguió más prisioneros que nadie por medio de una estratagema consistente en proclamar que no iba a tomar prisioneros. No se recuerda

a nadie que capturara más bárbaros que él. El sentido de la guerra como captura de prisioneros bárbaros se impone tanto en occidente como en oriente según avanza el siglo V. Los cartagineses pagaron rescate y además regalaron una corona de oro a Demarete, la esposa de Gelón. Desde entonces existía una moneda cuyo nombre hacía referencia a la dama *(Demareteion)*, índice evidente de un desarrollado culto a la personalidad extendido a la familia del gobernante, lo que parece prefigurar las características de las dinastías helenísticas.

Gelón participó con sus triunfos en las tradiciones helénicas. En Olimpia, junto al tesoro de los sicionios, Pausanias menciona el de los cartagineses, obra de Poteo, Antífilo y Megateles, que constaba de ofrendas votivas, una (imagen de Zeus), dedicada a Gelón y los siracusanos después de vencer a los fenicios en batalla naval o terrestre, lo que se interpreta como referencia a Hímera.

Esta participación olímpica tiene un correlato en las dedicatorias que recibe en las odas del poeta Píndaro, para quien es en cierta medida el reproductor de las condiciones en que vivía la aristocracia tradicional. Gelón desempeña el papel del heredero de los héroes cuya reproducción había estado representada por jóvenes nobles vencedores de los juegos y símbolo de la reproducción del sistema, al participar en unos juegos cuyo origen estaba en los rituales de reproducción de la colectividad representada en ese caso por la juventud del grupo. El sentido ritual originario había quedado oculto, pero el peso ideológico de las tradiciones que contenían hacía posible su revitalización con un sentido nuevo, diferente e idéntico al mismo tiempo al originario.

9. HIERÓN

Su sucesor, Hierón, siguió los mismos pasos en lo que se refiere a proyectos de expansión imperialista y, al mismo tiempo, afirmó su poder en lucha contra su propio hermano Policelo. En cualquier caso, las rivalidades terminaban en la concordia, como en el caso de Hímera, donde la oposición a Trasideo, hijo de Terón, fortaleció los lazos entre éstos y Hierón, momento en que se aprovechó la ocasión para reintegrar igualmente a Policelo en la amistad común.

También siguió Hierón una política de cambios en la población de las ciudades. Expulsó a los habitantes de Naxos y Catania, y repobló las ciudades con nuevos colonos reunidos del Peloponeso y de Siracusa. A Catania le cambió el nombre por el de Etna, alabada por Píndaro como fundación suya, y le añadió nuevos territorios para repartir entre 10.000 colonos. Según Diodoro, no sólo pretendía aumentar su poder, sino también tener la garantía de que los recién asentados le rendirían honores heroicos. A los de Naxos y Catania los asentó en Leontinos y les obligó a convivir con las poblaciones indígenas. También Terón siguió el sistema de asentar poblaciones en Hímera, necesitada de colonos. En 474, Hierón decidió responder positivamente a la llamada de los griegos de Cumas, atacados por los etruscos, a quienes derrotaron en batalla naval. En 470, Píndaro dedica la Pítica I a Hierón de Etna, vencedor en la carrera de carros (71, ss):

«¡Otorga, te suplico, Crónida, que en pacífico hogar se contenga el fenicio y de los tirsenos el grito de guerra, ya que he visto el orgullo gimiendo en sus naves delante de Cumas!».

También Terón de Agrigento, a su muerte en 472, recibió honores de héroe. Su hijo Trasideo adquirió fama de cruel, reunió un ejército y se dispuso a atacar Siracusa, pero Hierón, con un ejército considerable, lo derrotó. Según Diodoro, los acragantinos recuperaron así la democracia e hicieron la paz con Hierón.

Hierón murió en 467, denominado rey de los siracusanos, y recibió honores como héroe y como fundador de la ciudad de Catania. Su hermano Trasibulo fue expulsado del trono al año siguiente. Diodoro hace una especie de balance de la historia anterior de la familia de los Dinoménidas: Gelón era justo, Hierón era ambicioso y violento, por lo que creció la tendencia a la rebelión, que quedaba reprimida gracias al recuerdo de Gelón. Pero Trasibulo superó a su padre: condenó a muchos ciudadanos a muerte y al exilio injustamente y confiscó sus posesiones en favor del tesoro real. Ante la oposición dominante, se dedicó a reclutar mercenarios para oponerlos al ejército de ciudadanos. Con ello se acrecentó el deseo de destruir la tiranía entre los siracusanos, que consiguieron extender el movimiento a otras ciudades e incluso a los indígenas del interior de la isla. Trasibulo, solo con sus mercenarios, fue derrotado. Las ciudades que se liberaban iban restableciendo la democracia. En Siracusa este sistema se conservó hasta el establecimiento de la tiranía de Dionisio, en 406. Trasibulo pasó el resto de su vida entre los locrios como un ciudadano privado. Para Aristóteles la tiranía pereció a causa de las facciones internas que debilitaron a la familia. Algunos de sus miembros sólo tenían la intención de expulsar a Trasibulo, pero el conflicto fue aprovechado por otros para liberarse de todos.

DOCUMENTOS

1. ARISTÓTELES, CONSTITUCIÓN DE ATENAS, 25 (TRADUCCIÓN A. TOVAR)

Entonces, pues, hasta este punto progresó la ciudad juntamente con la democracia, creciendo poco a poco; después de las guerras médicas, de nuevo predominó el consejo del Areópago y gobernaba la ciudad, sin que se hubiese atribuido el poder por ningún decreto, sino por haber sido quien causó que se diera la batalla naval de Salamina. Pues cuando los estrategos, desesperados de la situación, proclamaron que cada uno cuidase de salvarse a sí mismo, procuró el Areópago ocho dracmas a cada uno, las repartió y los embarcó en las naves. Por esta causa todos reconocieron la dignidad del Areópago, y los atenienses fueron muy bien gobernados en aquel tiempo. Pues por esta época les sucedió que se ejercitaban en la guerra y tuvieron gloria entre los griegos y se apoderaron del predominio de mar aun con la oposición de los lacedemonios.

Eran jefes del pueblo, por este tiempo, Arístides, hijo de Lisímaco, y Temístocles, hijo de Neocles, el uno tenido por hábil en la guerra y el otro en el gobierno y sobresaliente entre los de la época por su justicia, por lo cual se servían del uno como general, del otro como consejero. La reconstrucción de las murallas

la administraron en común, aunque ambos eran enemigos entre sí, pero la separación de los jonios de la alianza con los lacedemonios fue Arístides el que la propugnó, mirando el momento en que los laconios eran odiados a causa de Pausanias. Por ello fue él el que señaló a las ciudades jonias los primeros tributos en el año tercero después de la batalla de Salamina, siendo arconte Timóstenes, e hizo con los jonios los juramentos de que tendrían al mismo enemigo y al mismo amigo, después de los cuales echaron al mar trozos de hierro.

2. HERÓDOTO VII, 154-167 (TRADUCCIÓN C. SCHRADER)

Así fue, en definitiva, como Telines se hizo con ese privilegio.

A la muerte de Cleandro (hijo de Pántares), que ejerció la tiranía de Gela por espacio de siete años (encontró la muerte a manos de Sabilo, un natural de Gela), fue cuando asumió el poder Hipócrates, que era hermano de Cleandro. Durante la tiranía de Hipócrates, Gelón, que era descendiente del *hierofante* Telines, formaba parte (junto con otros muchos, entre quienes se contaba Enesidamo, hijo de Pateco) de la guardia de Hipócrates. Sin embargo, al cabo de no mucho tiempo, fue designado por su valía para el cargo de general en jefe de toda la caballería, pues, cuando Hipócrates puso sitio a Calípolis, Naxos, Zancle y Leontino, además de Siracusa y de numerosas ciudades bárbaras, en dichas operaciones militares Gelón demostró que era un guerrero excepcional.

Por cierto que, de todas las ciudades que he citado, ninguna, a excepción de Siracusa, pudo evitar el yugo de Hipócrates. Fueron los corintios y los corcireos quienes salvaron a los siracusanos, que habían resultado derrotados en una batalla librada a orillas del río Eloro (los salvaron logrando que ambas partes llegaran a un armisticio según el cual los siracusanos entregarían Camarina a Hipócrates, pues, antaño, Camarina pertenecía a los siracusanos).

Cuando al propio Hipócrates, que había ejercido la tiranía el mismo número de años que su hermano Cleandro, le sorprendió la muerte en las inmediaciones de la ciudad de Hible, durante una expedición contra los sículos, en esa tesitura Gelón fingió ayudar a los hijos de Hipócrates, Euclides y Cleandro (dado que los ciudadanos de Gela se negaban a seguir siendo unos meros vasallos), pero lo cierto es que, tras haberse impuesto en el curso de una batalla a los de Gela, se hizo cargo del poder personalmente, despojando del mismo a los hijos de Hipócrates.

Después de este afortunado incidente, como quiera que los siracusanos que recibían el nombre de *gamoros* se vieron expulsados de la ciudad por el pueblo y por sus propios esclavos, que recibían el nombre de *cilirios*, Gelón los repatrió, desde la ciudad de Cásmena, a Siracusa, apoderándose también de esta ciudad; pues cuando Gelón se disponía a atacar, el pueblo de Siracusa le entregó la ciudad, rindiéndose incondicionalmente.

Tras adueñarse de Siracusa, Gelón prestaba menos atención a la política de Gela, de manera que confió su gobierno a su hermano Hierón y él se dedicó a consolidar la posición de Siracusa, ya que para él Siracusa lo era todo. La ciudad, entonces, se desarrolló y prosperó rápidamente, pues, ante todo, trasladó a todos los habitantes de Camarina a Siracusa, concediéndoles la ciudadanía, y mandó arrasar la ciudad de Camarina. Por lo que se refiere a los megareos de Sicilia (que, sometidos a un asedio, se avinieron a capitular), trasladó a Siracusa, concediéndoles la ciudadanía, a los personajes hacendados, que habían sido los promotores de la guerra con él mantenida y que, por dicho motivo, suponían

que iban a perder la vida; en cambio, a los megareos integrantes del pueblo, que no eran responsables de aquella guerra y que creían que no iban a sufrir daño alguno, los trasladó, asimismo, a Siracusa y los vendió a condición de que se los llevasen de Sicilia. Y esa misma distinción hizo con los eubeos de Sicilia. En ambos casos actuó así por considerar que el pueblo constituía un grupo social muy desagradable.

Así fue como Gelón se había convertido en un poderoso tirano. Por aquellas fechas, pues, cuando los emisarios de los griegos llegaron a Siracusa, en una entrevista que mantuvieron con Gelón, le dijeron lo siguiente: «Los lacedemonios, [los atenienses] y sus aliados nos han enviado para conseguir tu apoyo contra el bárbaro, pues, sin ningún género de dudas, debes de estar enterado de que piensa invadir Grecia: que un persa, tras haber tendido puentes sobre el Helesponto, se dispone a efectuar, procedente de Asia, una expedición contra Grecia a la cabeza de todas las fuerzas del mundo oriental. El pretexto que aduce es que se dirige contra Atenas, pero tiene el propósito de someter a su autoridad toda la Hélade. Como quiera que tú posees un considerable poder, y, al imperar de hecho en Sicilia, te pertenece una parte, ni mucho menos insignificante, del mundo griego, acude en socorro de quienes anhelan la libertad de Grecia y coopera con ellos en esa empresa. Pues, si toda la Hélade hace causa común, podrá reunirse un importante contingente de tropas y estaremos en condiciones de presentar batalla a los invasores; en cambio, si en nuestro bando se producen defecciones, si hay quienes se niegan a prestarnos ayuda, y son escasos los elementos sanos del mundo griego, en esa tesitura existe el peligro de que sucumba toda Grecia. Pues no creas que, si el persa nos derrota en el campo de batalla y nos somete, no se presentará ante ti mismo; al contrario, toma precauciones antes de que ello ocurra: si acudes en nuestro socorro, estás protegiendo tus propios intereses. Además, el resultado de un plan perfectamente concebido suele ser, por lo general, un feliz desenlace.»

Esto fue lo que le dijeron los embajadores. Entonces Gelón, con gran vehemencia, les dijo lo siguiente: «Griegos, os habéis atrevido a venir para solicitar, con un propósito egoísta, que me alíe con vosotros contra el bárbaro. Pero, cuando hace tiempo yo os pedí que me ayudaseis a combatir a un ejército bárbaro –en el momento en que entre los cartagineses y yo existían abiertas hostilidades–, cuando os urgí para que se vengara el asesinato, a manos de los egesteos, de Dorieo, hijo de Anaxándridas, y cuando os propuse que cooperaseis conmigo para liberar los establecimientos comerciales que os proporcionan rendimientos y ganancias importantes, vosotros no acudisteis con socorros, ni en atención a mi persona, ni a fin de vengar el asesinato de Dorieo, de modo que, si de vosotros hubiera dependido, todas esas tierras seguirían estando bajo el poder de pueblos bárbaros. Pero lo cierto es que nuestra situación se ha afianzado favorablemene, de manera óptima incluso. Y es ahora, una vez que la guerra se cierne sobre vosotros y ha llegado hasta vuestra tierra, cuando precisamente os habéis acordado de Gelón. Pues bien, aunque en vosotros hallé desprecio, no pienso imitaros; al contrario, estoy dispuesto a socorreros proporcionándoos doscientos trirremes, veinte mil hoplitas, dos mil jinetes, dos mil arqueros, dos mil honderos y un contingente de caballería ligera de dos mil hombres; además, me comprometo a suministrar trigo a todos los efectivos griegos hasta que hayamos concluido la guerra. Ahora bien, os ofrezco lo que os he dicho a condición de que, operativa y tácticamente, sea yo el general en jefe de las fuerzas griegas contra el bárbaro, de otro modo, y por lo que a mí se refiere, me negaría a acudir o a enviar el menor refuerzo».

Al oír aquella propuesta Siagro no pudo contenerse y dijo lo siguiente: «A fe que mucho se afligiría Agamenón, descendiente de Pélope, si se enterara de que los espartiatas hemos sido privados del mando por obra de Gelón y de unos siracusanos. Así que renuncia plenamente a esa pretensión de que te cedamos el mando. Mira, si deseas acudir en ayuda de Grecia, ten en cuenta que estarás a las órdenes de los lacedemonios; pero, si, por lo que sea, consideras una afrenta recibir órdenes, en ese caso no acudas en su ayuda».

Ante estas manifestaciones, Gelón, en vista del disgusto latente en las palabras de Siagro, les hizo una última proposición; fue la siguiente: «Extranjero espartiata, los desprecios de que un hombre es objeto suelen provocar su cólera; sin embargo, pese a los insultos que has proferido en tu intervención, no has logrado incitarme a que sea descortés en mi respuesta. Pero, dado que vosotros mostráis tanto interés por el ejercicio del mando, también es lógico que yo muestre más interés que vosotros, pues tengo a mis órdenes un ejército muy superior al vuestro y un número de naves mucho más elevado. No obstante, supuesto que mi pretensión os resulta tan inadmisible, vamos a atenuar un tanto nuestra primitiva exigencia, si vosotros estáis al frente de las fuerzas de tierra, sobre la flota ejerceré el mando yo, y, si vuestro deseo es estar al frente de las fuerzas navales, yo quiero ejercer el mando sobre el ejército de tierra. Y debéis daros por satisfechos con estas condiciones o marcharos sin contar con unos aliados como nosotros».

Éstas eran, en suma, las proposiciones de Gelón. Pero entonces el emisario ateniense intervino antes que el lacedemonio y le respondió como sigue: «Soberano de Siracusa, Grecia nos ha enviado a entrevistarnos contigo no porque necesite un general; lo que precisa son tropas. En cambio tú insistes en que no vas a enviar soldados si no capitaneas a la Hélade, ya que tu máximo deseo es ser general en jefe. Pues bien, mientras exigías estar al frente de todos los efectivos griegos, nosotros, los atenienses, nos limitamos a guardar silencio, pues sabíamos que el representante laconio iba a ser perfectamente capaz de defender a la vez los derechos de nuestros dos Estados. Pero, dado que, al tener que renunciar al mando supremo, exiges el de la flota, tu pretensión plantea el siguiente problema: aunque el laconio te permita estar al frente de la misma, seremos nosotros quienes no lo toleraremos, pues has de saber que el mando de la flota nos corresponde a nosotros, si es que los lacedemonios no quieren ejercerlo personalmene. A este respecto, no nos opondremos a ellos si desean hacerlo, pero no permitiremos que nadie más esté al frente de la flota, pues, de lo contrario, de nada nos serviría poseer la mayor fuerza naval de Grecia si, siendo como somos atenienses, cediéramos el mando a unos siracusanos, cuando constituimos el pueblo más antiguo de la Hélade y somos los únicos griegos que no hemos cambiado de país. Es más, Homero, el poeta épico, llegó a afirmar que, de cuantos acudieron a Ilión, el guerrero más diestro a la hora de alinear a un ejército en perfecto orden de batalla fue un compatriota nuestro. Por consiguiente, no somos acreedores a ningún reproche al hablar como lo hacemos».

«Extranjero ateniense –fueron los términos en los que le respondió Gelón–, según parece, vosotros disponéis de generales, pero os van a faltar soldados que obedezcan. Pues bien, dado que queréis tenerlo todo sin hacer la menor concesión, lo mejor que podríais hacer es regresar cuanto antes para informar a Grecia que, para ella, el año ha perdido su primavera.»

[Por cierto que el significado de esa frase –lo que obviamente pretende decir– es el siguiente: al igual que la primavera es lo más destacado del año, sus tropas

lo hubiesen sido entre los efectivos griegos. Gelón, por consiguiente, comparaba a Grecia, privada de su alianza, a un año que hubiese perdido su primavera.]

Después de haber mantenido las citadas negociaciones con Gelón, los emisarios griegos, como es natural, zarparon de regreso. Por su parte Gelón, temeroso de que, ante lo ocurrido, los griegos no pudieran imponerse al bárbaro, pero considerando una intolerable afrenta trasladarse al Peloponeso para estar –él, que era tirano de Sicilia– a las órdenes de los lacedemonios, desechó esa solución y adoptó otra: tan pronto como tuvo noticias de que el persa había franqueado el Helesponto, envió a Delfos, con tres penteconteros, a Cadmo, hijo de Escita, un natural de Cos, provisto de elevadas sumas de dinero y de propuestas de amistad, a fin de que esperase a ver de qué lado se decantaba la guerra, de suerte que, si era el bárbaro quien se alzaba con la victoria, le entregase el dinero, así como la tierra y el agua en nombre de los territorios sobre los que imperaba Gelón; en cambio, si triunfaban los griegos, debía regresar a su punto de partida.

Por cierto que, con anterioridad a estos acontecimientos, el tal Cadmo había heredado de su padre, en Cos, una tiranía sólidamente enraizada, pero, por propia iniciativa y sin que le amenazase peligro alguno, simplemente por su apego a la justicia, puso el poder en manos del pueblo de Cos y se trasladó a Sicilia, donde se apoderó, con ayuda de los samios, de Zancle y se instaló en dicha ciudad, que había cambiado su nombre por el de Mesene. Así fue, en suma, como llegó a Sicilia el citado Cadmo: por su apego a la justicia, cualidad que, según pudo comprobar en varias ocasiones el propio Gelón –que le encomendó aquella misión–, era una constante de su personalidad, pues, además de diversas muestras de rectitud de las que hizo gala, en aquel viaje ofreció una que no desmerecía de las otras; fue la siguiente: pese a que tenía en su poder las elevadas sumas de dinero que Gelón le había confiado y podía apropiarse de ellas, no quiso hacerlo; al contrario, cuando los griegos se alzaron con la victoria en la batalla naval y Jerjes emprendió la retirada, él hizo lo propio, regresando a Sicilia con todo el dinero.

Sin embargo, los habitantes de Sicilia cuentan también la siguiente versión de los hechos: aunque iba a tener que estar a las órdenes de los lacedemonios, Gelón, pese a ello, hubiese acudido en socorro de los griegos, si el tirano de Himera, Terilo, hijo de Crinipo (que había sido expulsado de su ciudad por el soberano de Acragante, Terón, hijo de Enesidamo), no hubiese hecho intervenir en Sicilia, por aquellas mismas fechas, a un ejército de trescientos mil hombres integrado por fenicios, libios, íberos, ligures, elísicos, sardonios y cirnios, a cuyo frente se hallaba Amílcar, hijo de Hannón, que era rey de los cartagineses y a quien había ganado para su causa por el vínculo de hospitalidad que con él mantenía, pero principalmente debido a la decidida mediación de Anaxilao, hijo de Cretines, que era tirano de Regio y que había entregado a Amílcar a sus propios hijos en calidad de rehenes para que interviniese en Sicilia y vengase a su suegro (pues Anaxilao estaba casado con una hija de Terilo, cuyo nombre era Cídipe). Ésa fue, por lo tanto, la razón de que Gelón no pudiese socorrer a los griegos y de que enviara el dinero a Delfos.

Y, además, añaden la siguiente puntualización: la victoria de Gelón y Terón sobre el cartaginés Amílcar, en Sicilia, y la de los griegos sobre el persa, en Salamina, tuvieron lugar el mismo día.

Y por cierto que he oído decir que Amílcar, que era cartaginés, por parte de padre, pero siracusano por parte de madre, y que llegó a rey de Cartago por su valía personal, desapareció en el transcurso de la batalla, cuando, una vez trabado combate, estaba siendo derrotado; de hecho, no apareció, ni vivo ni muerto, en parte alguna del teatro de operaciones; y eso que Gelón mandó rastrearlo todo en su busca.

Entre los propios cartagineses, sin embargo, circula esta versión, que resulta verosímil: los bárbaros, dice, estuvieron luchando contra los griegos [en Sicilia] desde el amanecer hasta bien avanzada la tarde (durante tanto tiempo, según cuentan, se prolongó el enfrentamiento). Por su parte, Amílcar permanecía, entretanto, en su campamento y ofrecía sacrificios propiciatorios, inmolando sobre una gran pira reses enteras. Y resulta que, cuando estaba realizando libaciones sobre las víctimas y vio que sus tropas se daban a la fuga, se arrojó a las llamas. Así fue, en definitiva, como desapareció: quedó reducido a cenizas.

Pero, ya desapareciera de la manera que dicen los fenicios, o de otra cualquiera, lo cierto es que a Amílcar le ofrecen sacrificios y, además, le han erigido monumentos funerarios en todas las ciudades de sus colonias, el más importante de los cuales se encuentra en la propia Cartago.

Sobre lo ocurrido en Sicilia basta con lo dicho.

BIBLIOGRAFÍA

A. W. GOMME: *A Historical Commentary on Thucydides*, Oxford, Clarendon Press, 1945-1981, 5 vol. (IV y V con A. ANDREWES y K. J. DOVER).

N. G. L. HAMMOND: *History of Greece to 322 B.C.*, Londres, Oxford University Press, 1986 (3ª. ed.), 691 págs.

–, *Studies in Greek History. A Companion Volume to A History of Greece to 322 B.C.*, Oxford, Clarendon Press, 1973, 574 págs.

CAPITULO III

REFORMAS DEMOCRÁTICAS

1. REFORMAS DE EFIALTES Y OSTRACISMO DE CIMÓN

El año 462/461, Efialtes promovió en Atenas una serie de reformas con las que, principalmente, se minaban los poderes del Areópago. En efecto, de este modo, perdía las funciones por las que se constituía en guardián de la *politeia*, en favor de la *boulé* de los Quinientos, el pueblo y los tribunales. Los *nomophylakes*, como guardianes de las leyes, obligaban a los magistrados a usar de ellas e impedían que la *boulé* y la *ekklesia* hicieran nada inconveniente para la ciudad. Eran siete y según Filócoro se establecieron cuando Efialtes dejó en manos del Consejo del Areópago sólo lo referente a delitos corporales; los mismos *nomophylakes* impedían votar en las asambleas lo que les parecía que era ilegal o inconveniente para la ciudad. Según Filócoro, con ello se trataría de establecer sobre la asamblea un control diferente al del Areópago. Algunos autores consideran que se trata de un error del atidógrafo, pero, para Jacoby, no hay suficientes argumentos para pensar así.

Plutarco considera que Efialtes fue simplemente uno de los miembros de la *hetairía* de Pericles y que actuaba en nombre suyo cuando destruyó el poder del Areópago. En su opinión la libertad dada a los ciudadanos se ponía en relación, no sólo con la democracia, sino también con la agresividad imperialista. Después de hablar de estas medidas, se refiere a la acusación, que llevó a cabo contra Cimón, de ser amigo de los lacedemonios y enemigo de la democracia, por lo que éste fue condenado al ostracismo.

La fecha del ostracismo oscila entre 459 y 461, según los estudiosos. El nuevo elemento aquí introducido hace referencia a las relaciones con los lacedemonios, con lo que las tendencias democráticas se definen como imperialistas y contrarias a la alianza con Esparta, mientras que de Cimón se destacan sus victorias frente a los bárbaros. En estas victorias Cimón adquiría la suficiente riqueza para desempeñar entre los ciudadanos de Atenas un papel benefactor que lo hacía obtener

una abundante clientela. Plutarco cuenta, ya lo hemos visto, que Gorgias decía de él que, gracias a la utilización de sus riquezas, obtenía honra. Y este prestigio se utilizaba a favor de una política «aristocrática y lacónica» y para combatir a Efialtes cuando quiso abolir el Consejo del Areópago. En lo que se refiere a la confederación délica, Plutarco lo define como partidario de no ejercer coacción sobre sus aliados, pero sí de marcar la superioridad de los atenienses, basada en que son precisamente ellos los que llevan a cabo las campañas. En cambio, realizó importantes acciones para liberar a los griegos y a Asia de las armas persas. Sólo atacaba a los griegos cuando querían estar sometidos al rey. En el juicio que se siguió contra él, acusado de dejarse corromper por el rey Alejandro de Macedonia, declara ante los jueces, según Plutarco, que no era como otros, próxeno de jonios ni de tesalios, que son ricos, para recibir favores y tomar riquezas, sino de los lacedemonios, a quienes imita y ama por su simplicidad y moderación, virtudes que honran más que la riqueza, pero con todo deseaba enriquecer a la ciudad a costa de los enemigos.

2. CIMÓN Y LA GUERRA CON ESPARTA

Mientras Cimón estaba fuera de Atenas por motivo de su ostracismo, entre tanto, en el año 457, los lacedemonios invadieron el territorio de Tanagra con un ejército considerable. Cimón volvió entonces del exilio y se presentó al combate con los de su tribu. Según Plutarco, quería justificarse ante los ciudadanos de su laconismo, pero los amigos de Pericles se confabularon y lo expulsaron como exiliado. Los amigos de Cimón, a quienes Pericles también acusaba de laconismo, perecieron todos. Luego, por deseo de la multitud, según Plutarco, Pericles lo hizo volver y fue él quien negoció la paz entre las ciudades. Los lacedemonios se mostraban tan amables con él como odiaban a Pericles y a los demás demagogos. Según dicen, Pericles había establecido como condición para el regreso de Cimón que tomara doscientas naves y ejerciera el mando en el mar mientras se dedicaba a hacer pillaje en el territorio del rey, y que le dejara a él el poder en la ciudad.

3. CONTENIDO DE LAS REFORMAS

Efialtes, para Plutarco, pudo haber sido asesinado, en consecuencia, por miembros de la oligarquía. Pero nunca por Pericles, como dice Idomeneo. Aristóteles relaciona el hecho de que Efialtes mutilara el Consejo del Areópago con la creación de lo que él considera la actual democracia, cuyo rasgo principal consiste en agradar al demos como a un tirano. Existe la posibilidad, sin embargo, de que haya un problema historiográfico en el hecho de que se atribuya un poder tan grande al Areópago en los años subsiguientes al final de las guerras médicas. En el pensamiento político del siglo, existe una tendencia a magnificar los rasgos conservadores del sistema político tradicional anterior a las reformas de Efialtes, al tiempo que los mismos reformadores podían justificar sus medidas sobre la base de que el Areópago había ejercido el poder abusivamente. En cualquier caso, la traducción institucional de este juicio de valor de Aristóteles es el haber hecho al tribunal *(dikasterion)* señor de todas las cosas, cuando se trata de un organismo que se forma por sorteo.

Este es el método que permitía la participación de todo el demos en los organismos de gobierno, sin limitaciones económicas y sin permitir que, como en el caso de la elección, se ejercieran fuertes presiones sobre los votos a partir del prestigio ganado a base de la acción benéfica de los poderosos. A Aristóteles el sistema le resulta indiscriminado. En la *Constitución de Atenas*, el filósofo, tras hacer referencia a los procesos iniciados por Efialtes contra muchos areopagitas, cuenta que, en el arcontado de Cimón, es decir en 462/461, quitó al Consejo todas las funciones por las que era guardián de la *politeia* y las repartió entre los 500, el demos (la asamblea) y los tribunales. La medida intenta, sin duda, fortalecer los organismos colectivos y nombrados por sorteo. Pericles siguió por este camino. Él quitó también ciertos derechos al Areópago, aunque tal vez haya aquí una reduplicación de noticias, si tenemos en cuenta que desde la antigüedad existe la tradición de que Pericles estaba detrás de las acciones de Efialtes. Entre las medidas de los Treinta Tiranos, al final de la guerra del Peloponeso, estuvo la de abolir tales medidas. Diodoro califica a Efialtes de demagogo y dice que excitó a la masa contra el Areópago y convenció al demos de que por medio del voto quitara fuerza al Consejo del Areópago y disolviera la constitución patria, pero fue castigado y nunca se supo cómo había perdido su vida. A pesar de que aquí se sigue dando un protagonismo evidente a la personalidad de Efialtes, hay que observar que, al menos, hace una referencia a la masa y al demos, aunque sólo sea para decir que fue excitado y se dejó persuadir. Con todo, está más cerca de una posible realidad en que las actitudes del demos comienzan a cambiar y a volver a sus exigencias democráticas, después de haber pasado por una etapa en que su postura estaba sumamente condicionada por el optimismo del triunfo frente a los persas y por el acomodo al sistema evergético, en que se sentía satisfecho y complacido con los inmediatos beneficios recibidos de los poderosos. Aristóteles habla de que, en un momento determinado, se limitó el poder judicial de la *boulé*. Rhodes cree que, antes de las reformas de Efialtes, la *boulé* no tenía poderes judiciales importantes. Estos le fueron atribuidos en dichas reformas y desde el principio estaban limitados por los tribunales que entonces obtuvieron la mayor soberanía judicial.

Con respecto a la capacidad de la *boulé* para pedir cuentas a los magistrados, a éstos siempre les queda la posibilidad de acudir al tribunal. Aristóteles llega a la conclusión, al tratar de las reformas de Solón, de que el pueblo, cuando es el dueño del voto, llega a ser también el dueño de la *politeia*, lo que seguramente fue más verdad que nunca en la época que siguió a las reformas de Efialtes. Ser dueño o señor de la *politeia* significa tener de verdad el derecho de ciudadanía plenamente ejercido gracias al voto, lo que hace posible que sea también quien decide en última instancia sobre los asuntos de gobierno. El *demos* está en condiciones de que se haga su política, lo que quiere decir también que se haga la política que favorece sus derechos. No es cuestión de entrar aquí en las limitaciones reales que pueden existir como resultado de las influencias de los poderosos, dependencias económicas, etc., que fueron verdaderamente aminorados en el periodo democrático, ni en la capacidad de engaño por medio de la persuasión y la retórica que tanto auge adquirieron en este período. Ni tampoco es preciso discernir si las restricciones procedentes de la *boulé* por las que, según Aristóteles, tal vez exagerando, el demos no podía votar nada que no se hubiese discutido antes en la *boulé* y que los prítanos no hubieran preparado para discusión, puedan interpretarse, como lo hace Rhodes, en el sentido de que, en general, la *ekklesía* estaba preparada para que fuera la *boulé* quien decidiera lo que se debatía, ni, sobre todo, si esto representaba algún tipo de incidencia más o menos oligárquica en la marcha de los intereses del demos, habida cuenta de que la composición de la *boulé* era también producto del sorteo.

La realidad legal era un reflejo relativamente exacto de la realidad social, cuando existía una posibilidad de expresión y de participación como la señalada y cuando el voto popular afectaba tanto a la ley como a su aplicación en los tribunales. La expresión de los intereses del pueblo se dejó notar de modo inmediato. Plutarco, a propósito de la medida de Efialtes de disolver el poder del Areópago, se refiere a unos comentarios del cómico Platón que dice que sirvió a los ciudadanos mucha libertad y muy pura, por lo que el demos se lanzó como un caballo desbocado; no quería ya obedecer, según otro cómico no citado, por lo que «mordió» Eubea y se lanzó sobre las islas. Quiere esto decir que las medidas legales tuvieron un efecto inmediato en la política exterior, que consistió en la agudización del imperialismo, acto de política exterior que, en definitiva, era también de política interior, pues por ello se permitiría más adelante su participación política real, con la que conservar realmente sus privilegios y con la que, a su vez, volver a insistir, de todas las formas posibles, en la política imperialista del momento.

Junto a los juicios negativos que se expresan, por ejemplo, en Aristóteles, hay otras opiniones, como la de Plutarco, que considera que Efialtes obstaculizó el poder de un senado opresivo y oligárquico. Llegó a existir la opinión, teñida desde luego de todos los colores de las luchas políticas en que el conjunto de la historia constitucional de Atenas verdaderamente se elabora, de que antes de Efialtes no había habido realmente democracia. La de Clístenes no era verdaderamente democrática o popular, sino parecida a la de Solón. Las oscilaciones en el contenido del término son amplísimas. A veces se defiende el sistema como democrático y otras, como en el texto de Aristóteles, se acepta la reposición del sistema de Clístenes porque no era verdaderamente democrático, sino que era más bien como el de Solón. Lo importante ahora no es entrar en el tema del verdadero contenido que puede haber en la legislación de estos dos famosos reformadores, sino constatar que hay una opinión antigua según la cual la verdadera democracia comienza con Efialtes. Cuando Cimón volvió de sus expediciones y se encontró con las reformas de Efialtes, se indignó porque en su opinión se había denigrado la dignidad del Areópago y trató de devolverle los juicios y de despertar de nuevo la aristocracia de tiempos de Clístenes, pero ya lo único que consiguió fue ganarse las injurias y acusaciones del demos. Cimón no se había dado cuenta de que los tiempos habían cambiado y de que ya no era posible conseguir que el demos actuara contra sus propios intereses como en los años inmediatamente anteriores, cuando lo había convencido de que enviara a los hoplitas a ayudar a los lacedemonios frente a los hilotas, o cuando se había conseguido el ostracismo de Temístocles. Si entonces estaba cansado de Temístocles y de su política agresiva y deseoso de disfrutar de las ventajas de la victoria y de ejercer la hegemonía, ahora estaba ansioso de alcanzar el control de la ciudad y de ser dueño él mismo del imperio que con sus esfuerzos había conseguido y que podía repercutir en su posición social interior si la política era dirigida por él mismo, o por las personalidades cuyos intereses coincidieran con los suyos propios.

4. LA «ORESTÍADA» DE ESQUILO

En el año 458, se representó la *Orestíada (Orésteia)* de Esquilo. El tema histórico es el de la reconciliación entre las fuerzas de las tradiciones primitivas representadas por las Erinias, como símbolo del derecho de sangre y de la sucesión matrilineal, y las nuevas fuerzas del Estado moderno representado por Apolo, símbolo del derecho patriarcal y de las instituciones de la ciudad. El choque es, primero, dramático. La ciudad de Atenas y sus instituciones son las que poseen la capacidad para discernir en tan difícil cuestión, con la participación determinante de la diosa Atenea, protectora de la ciudad. El coro advierte, en: *Las Euménides*, contra la anarquía y el despotismo, sólo el término medio tiene el apoyo de la divinidad. Atenea habla en los mismos términos: ni anarquía ni despotismo es lo que quiero que respeten los ciudadanos. Y el coro vuelve, más tarde, a proclamar su rechazo de la discordia dentro de la ciudad. Es muy difícil determinar las ideas políticas de un autor dramático, ni siquiera si era o no partidario, y hasta qué punto, de una institución que desempeña un papel protagonista en su obra. Desde luego, alude a la mano gobernante del demos en lo que debe de hacer alusión a la ciudad de Atenas. Lo que sí resulta evidente es que Esquilo era profundamente consciente de los problemas de su ciudad en su época y que éstos marcan tanto el fondo como la forma de sus tragedias, y concretamente de ésta, representada en tiempos dramáticos y tormentosos para la ciudadanía ateniense.

5. POLÍTICA NAVAL

Desde los tiempos posteriores a las Guerras Médicas, Temístocles había conseguido persuadir al pueblo de que cada año construyera veinte nuevas naves y de eliminar las tasas a metecos y artesanos para que de todas partes se acudiera a la ciudad de Atenas y hubiera allí trabajo para toda clase de especialistas. Esto serviría para aumentar las fuerzas navales de la ciudad. Sin duda, la persuasión fácil de Temístocles se debía a que en principio coincidía con los intereses del demos. Luego las cosas habían cambiado relativamente y Temístocles había tenido que marcharse de la ciudad. Ciertos aspectos continuaron vivos, sin embargo, aunque orientados según los intereses de ciertas minorías. Con las nuevas reformas el panorama cambió una vez más. La política imperialista pasa a reorientarse según los intereses del demos. Con Cimón, éstos venían a ser satisfechos de manera mediada a través de las decisiones del político. También embellecía la ciudad, pero como si se tratara de una acción personal en que actuaba como benefactor. Las ventajas iban a él y él redistribuía. Las reformas producen el efecto de que sea el mismo demos el redistribuidor.

En la época de Cimón, sin embargo, se continuaba ampliando la flota. Lo que él hacía en favor de una línea política, se convertía en instrumento por el que el demos iba a adquirir la fuerza suficiente para hacer cambiar la orientación general del sistema imperialista que se iba creando. Sus aliados eran cada vez más reacios a participar con naves, lo que favorecía que toda la participación naval fuera recayendo poco a poco en manos de los atenienses. La fuerza de éstos hacia el exterior, subalterna en época de Cimón desde el punto de vista interno, iba a

permitir que también se ejerciera en el interior de la ciudad y que el control político y militar fuese a caer de lleno en manos del demos. Lo que por otra parte había sido un proyecto de Aristides, el que los atenienses abandonaran el campo para vivir en la ciudad y sustentarse del imperio, se convirtió en un fin en sí que permitió a los ciudadanos ejercer el control sobre el imperio mismo. Con la política proclamada por Aristides podrían conservar la hegemonía y, gracias a ésta, iban a ganar el control interior de la política de la ciudad, que les permitiría a su vez reorientar el sistema hegemónico hacia formas imperialistas.

6. NUEVA DEMOCRATIZACIÓN

En 458/457, o tal vez en 457/456, los atenienses tomaron una nueva medida que puede considerarse democratizadora. Se refiere esta vez al cuerpo de los nueve arcontes. Aristóteles dice que en líneas generales no se produjeron cambios en esta institución, naturalmente después de que hubieran pasado a seleccionarse por sorteo tal vez en el año 487/486. En aquella ocasión, en la década que transcurrió entre las dos grandes etapas de las Guerras Médicas, se procedió a esta designación por sorteo entre candidatos previamente seleccionados. Era una medida democratizadora, pero al mismo tiempo significó que, a partir de ahora, el poder real de los arcontes se vio disminuido, y fue siendo sustituido poco a poco en la práctica por el cuerpo de los estrategos. Dentro de estas circunstancias es como hay que entender la medida tomada ahora, en 458/457, consistente en que los magistrados mencionados podían reclutarse no sólo entre los *pentakosiomedimnos* y caballeros del censo de Solón, sino también entre los *zeugitas*, es decir, la tercera de las clases, que incluía a los que poseían un lote de tierra que pudiéramos llamar intermedio, que no pertenecían a las grandes familias aristocráticas incluidas entre las dos primeras.

Los *zeugitas* eran propietarios agrarios que habían visto su situación estabilizada gracias a las medidas solonianas y que habían dejado de correr el riesgo de perder sus explotaciones. Habían sido, además, el grueso de los combatientes de Maratón, de los maratonómacos, pues formaban el ejército de los hoplitas y, con el desarrollo de la comunidad ciudadana, se habían sentido identificados con la *polis*, y habían llegado a adquirir, como grupo, los rasgos ideológicos de la aristocracia; ellos como ciudadanos, como colectividad solidaria, asumen la ideología heroica. Sus enterramientos imitan el sistema heroico, pero se hace de manera colectiva: erigían la estela para todos los que habían perecido en la batalla durante un año. A partir de las Guerras Médicas, se va creando una diferenciación dentro del demos entre los hoplitas y los que se encuentran por debajo del censo necesario para incluirse en la clase censitaria de los *zeugitas* y que reciben el nombre de *thetes*. Simbólicamente, ambas clases reclaman el protagonismo en cada una de las dos batallas importantes de la guerra contra el bárbaro: Maratón era la victoria hoplítica, mientras que Salamina era la victoria de los *thetes*.

Las circunstancias posteriores a la guerra manifiestan, dentro de la concordia ciudadana cimentada en el triunfo, ciertas tensiones que, con las reformas de Efialtes, parecen solucionarse en un sentido favorable a los sectores menos poderosos. En éstos se incluyen, en principio, todos, *zeugitas* y *thetes*, pero las tensiones reales no se resuelven. Las medidas de incluir a los *zeugitas* en el acceso

al arcontado tienen poco valor efectivo, dada la disminución de la eficacia real de la institución, pero al mismo tiempo posee un valor simbólico susceptible de definirse en un sentido que tendrá grandes repercusiones posteriores. Se trata de establecer una diferenciación institucional dentro de lo que tradicionalmente era considerado demos. Ahora ya no habrá, por lo menos en algunos terrenos de la vida política, una diferencia entre *demos* y eupátridas o nobles y caballeros, sino que se podrá distinguir entre quienes tienen acceso al arcontado y quienes no, es decir entre propietarios y no propietarios. Todo ello, naturalmente, dentro de que, al mismo tiempo, en el mismo periodo, se fortalece el poder real de los no propietarios. Como las fuerzas sociales siguen en tensión, la evolución no puede producirse de manera lineal.

Otra medida de interés fue el restablecimiento, en 453/452, de los jueces de los *demos*, es decir, 30 jueces encargados de los asuntos correspondientes a los demos del Ática, tomando «demos» como concepto indicativo de la distribución territorial de la región. La institución había sido creada por el tirano Pisístrato, pero había debido de abolirse en algún momento en fecha desconocida.

7. DEFINICIÓN ARISTOTÉLICA DE LA DEMOCRACIA

La *Política* de Aristóteles es, sin duda, un libro básico para conocer la institución y el funcionamiento constitucional en la antigüedad griega. Como toda obra, especialmente política, tiene sus limitaciones, procedentes de la propia ideología del autor. En Aristóteles se añade además una concepción general del mundo que tiende a observar en la realidad un sistema cerrado, y que considera en la historia más bien lo sistemático que lo cambiante. Por otro lado, los mismos cambios aparecen en su obra como pasos para llegar a un sistema cerrado. Por todo ello, el filósofo es especialmente partidario de las definiciones que, desde su punto de vista, hagan comprensible un sistema. Con estas precauciones, sin embargo, es muy útil tener en cuenta los rasgos con que define el sistema democrático que en él sería válido de manera general, pero que se puede observar como genéricamente aplicable al momento de mayor apogeo del sistema, siempre en la idea de que al escribir más de un siglo más tarde que la época que estamos considerando, hay elementos que entran en su definición que no sean aplicables a la época central del siglo V.

Sin embargo, los rasgos fundamentales descritos en el libro VI de la *Política* pueden ser aplicables a la época aquí tratada: elección de las magistraturas entre todos y por todos los ciudadanos, para que haya una especie de sucesión entre gobernantes y gobernados; atribución de cargos por sorteo, salvo los que necesiten experiencia, como la «estrategia», soberanía de la asamblea, salarios para asistir a jurados y al Consejo de la *boulé*, que Aristóteles atribuye también a la *ekklesía*, lo que parece referirse a una realidad posterior.

8. LA CIUDADANÍA

La expansión de los derechos democráticos entre los ciudadanos atenienses produjo un efecto curioso: el de que gozar de esta ciudadanía se convirtió en un

privilegio que debía limitarse, de ahí que en el año 451/450, a propuesta de Pericles, decidieran que sólo fueran miembros de la polis los que eran hijos de dos ciudadanos. Plutarco pone esta medida en relación con el reparto del trigo enviado por el rey de Egipto en 445/444 como regalo al demos. Entonces, dice, al descubrirse la realidad según la aplicación de la ley, unos 5.000 fueron acusados, condenados y vendidos como esclavos, con lo que se muestra el valor de la ciudadanía antigua como protección contra tal desgracia. Según Plutarco, se consideraron atenienses 14.040.

Según Filócoro, se encontraron 4.760 ilegalmente insertos. Los datos numéricos son, en general, poco unánimes para sacar conclusiones demográficas sobre la Atenas de la época.

DOCUMENTOS

1. ARISTÓTELES, CONSTITUCIÓN DE ATENAS 25 (TRADUCIÓN A. TOVAR)

Los alimentos al pueblo le eran asignados por estos medios. Unos diecisiete años después de las guerras médicas duró el gobierno con el Areópago al frente, aunque poco a poco había ido declinando. Habiendo crecido la plebe, se hizo jefe del pueblo Efialtes, hijo de Sofónides, tenido por incorruptible y lleno de justicia hacia el Estado, y atacó al Consejo.

Primero, eliminó a muchos de los miembros del Areópago, poniéndoles pleitos sobre su administración; después, siendo arconte Conón, le quitó al Consejo todas las funciones añadidas que le convertían en guardián de la constitución, y unas atribuciones se las devolvió a los Quinientos, otras al pueblo y a los tribunales.

Hizo esto teniendo como colaborador a Temístocles, que pertenecía al Areópago, pero iba a ser juzgado de inteligencia con los medos. Y queriendo Temístocles que el Consejo fuera disuelto, dijo a Efialtes que el Consejo quería detenerle, y a los del Areópago que iba a denunciar a ciertos ciudadanos que iban a levantarse para derribar la constitución. Condujo, pues, a los designados por el Consejo donde estaba actuando Efialtes, como si fuera a mostrar a los conjurados, y se puso a hablar con aquéllos excitadamente. Y Efialtes, cuando vio esto, sorprendido, se refugió con sólo la túnica en el altar. Como todos se admiran de lo sucedido, reunióse después de esto al Consejo de los Quinientos y acusaron a los de Areópago Efialtes y Temístocles, y con aquellos del mismo modo de nuevo ante el pueblo, hasta que les arrebataron el poder. Y... y fue muerto Efialtes, asesinado traidoramente después por Aristódico de Tanagra.

2. **ESQUILO, «LAS EUMÉNIDES», 490-565 (TRADUCCIÓN B. PEREA)**

CORO.

Estrofa 1.ª

Ahora será el momento de la aniquilación que acarrearán unas leyes nuevas, si llega a triunfar el derecho y la culpa de este matricida. Este hecho va a acostumbrar a todo ciudadano a la licencia. ¡Muchos auténticos sufrimientos de heridas causadas por hijos aguardan a padres a partir de ahora a lo largo del tiempo!

Antístrofa 1.ª

Pues ni siquiera va a ir contra estos delitos nuestro rencor de furiosas bacantes que vigilamos a los mortales. No me preocuparé de muerte alguna, y, mientras uno comenta las desgracias de sus vecinos, preguntará de qué otro sitio llegará el fin y el alivio de los sufrimientos y cualquier desdichado lo consolará inútilmente con remedios que no son seguros.

Estrofa 2.ª

Que nadie que haya sido herido por una desgracia pida ayuda gritando palabras como éstas: «Oh Justicia» y «Oh tronos de las Erinis». Quizás un padre o una madre que acaba de sufrir se lamenten con ese grito lastimero, puesto que se derrumba la casa de Justicia.

Antístrofa 2.ª

Veces hay en que está bien que exista miedo, y debe morar de continuo, vigilante, en el alma. Es conveniente tener prudencia, cuando se es víctima de la angustia. ¿Quién que en la luz de su corazón no alimente un continuo temor—sea ciudad o un simple mortal, para el caso es igual—podría ya venerar a Justicia?

Estrofa 3.ª

No elogies ni la vida sin control ni la sometida a tiranía. La deidad otorga victoria siempre al término medio pero lo demás lo conduce de un modo distinto.

Cito una sentencia que viene al caso: «La soberbia es realmente una hija de la impiedad, pero de la salud del alma procede la dicha, amada por todos y muy deseada.»

Antístrofa 3.ª

Como norma general te lo digo: respeta el altar de Justicia, no lo deshonres a patadas con un pie impío, por haber visto en ello una ventaja, pues, con el tiempo, tendrás el castigo, que el fin aguarda con poder supremo.

Por tanto, que todos honren en primer lugar el respeto debido a los padres y sean reverentes en las atenciones con que se concede honor a los huéspedes de una morada.

Estrofa 4.ª

El que sea justo por voluntad propia y sin que lo obligue la necesidad, no será un hombre carente de dicha y nunca podrá llegar a perderse del todo.

Pero el que se rebela con audacia, conculcando la ley, y en tropel amontona innúmeras riquezas mediante violencia y sin justicia, digo que, con el tiempo, recogerá la vela, cuando de él se apodere la angustia, al rompérsele el mástil del barco.

Antístrofa 4.ª

«Entonces, hundido en el centro del remolino irresistible, llama en su ayuda a quienes no lo oyen y la deidad se ríe de este hombre fogoso, al ver al desdichado, que nunca lo hubiera presumido, en plena desgracia irremediable, sin superar la cresta de la ola y que, tras estrellar contra la escollera de Justicia la dicha que a lo largo de su vida antes disfrutó, muere en la oscuridad, sin que nadie lo llore.

vv. 696-704 (Atenea).

Aconsejo a los ciudadanos que respeten con reverencia lo que no constituya ni anarquía ni despotismo y que no expulsen de la ciudad del todo el temor, pues, ¿qué mortal es justo si no ha temido a nada? En cambio, si con temor sentís, como es justo, ese respeto, en ello tendréis un baluarte que vendrá a ser la salvación del país y de la ciudad, como ningún otro pueblo puede tenerlo ni entre los escitas, ni en las regiones de Pélope.

(v. 976-988) Coro

Antístrofa 2.ª

¡Que jamás ruja en esta ciudad la discordia civil, siempre insaciable de desgracias!, lo suplico. ¡Que no vaya el polvo, llevado de su irritación por haber bebido negra sangre de ciudadanos, a exigir represalias que son la ruina de la ciudad! Antes, al contrario, que unos a otros se ofrezcan ocasiones para la alegría, mediante una forma de penar impregnada de mutuo amor y que, si odia, lo hagan también con espíritu de unidad, pues entre los mortales, tal proceder es el remedio de muchas desgracias.

BIBLIOGRAFÍA

M. CRAWFORD, D. WHITEHEAD: *Archaic and Classical Greece. A Selection of Ancient Sources in Translation*. Cambridge University Press, 1983, 634 págs.

F. JACOBY: *Die Fragmente des Griechischen Historiker*, Berlín, Leiden, Brill, 1923-1943, 3 vols.

R. MEIGGS, D. LEWIS: *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century B.C.* Oxford, University Press, 1969, 308 págs.

P. J. RHODES: *The Athenian Boule*, Oxford, Clarendon Press, 1972, 351 págs.

CAPITULO IV

LA ATENAS DE PERICLES

1. RELACIONES EXTERIORES DE ATENAS

Entre tanto, se sucedían importantes acontecimientos en las relaciones exteriores de Atenas. Por un lado, Cimón obtuvo una victoria bastante decisiva sobre los persas, en Eurimedonte, Panfilia, en la costa sur de la península de Anatolia, al mando de las tropas propias y de los aliados, en una doble batalla, por tierra y por mar el mismo día. Doscientas naves fenicias, en total, fueron tomadas o destruidas. Pero, por otro lado, inmediatamente después, se produjo la defección de Tasos, que, según Tucídides, nació como consecuencia de diferencias en relación con los emporios y la explotación metalúrgica de la costa de enfrente, en Tracia, que controlaban ellos. La alianza ateniense para luchar contra el persa se ve afectada así por dos fenómenos de diferente orden, pero igualmente significativos y coincidentes en el tiempo. Por un lado, la victoria aliada, que parece bastante definitiva, empieza a hacer innecesaria la alianza al disminuir el peligro bárbaro; de otro lado, las relaciones con los aliados aparecen menos como tales y más como relaciones imperialistas, al afectar a explotaciones importantes desde el punto de vista económico, en que los aliados se sienten perjudicados por el posible intervencionismo de los atenienses. En principio, éstos vencieron en la batalla naval y desembarcaron y ocuparon el territorio. Al mismo tiempo, enviaron al Estrimón 10.000 colonos, tanto propios como voluntarios de los aliados, con la intención de instalarse en Los Nueve Caminos, posterior Anfípolis; desde allí intentaron penetrar en el territorio de los tracios, pero fueron derrotados en Drabesco, en el territorio de los edones, por el conjunto de los tracios. Por su parte, los tasios sitiados hicieron un llamamiento a los lacedemonios para que les sirvieran de apoyo por medio de la invasión del Ática, con lo que las alianzas y sus problemas comienzan también a involucrar a Esparta y se demuestra la interrelación entre cada una de las formas de contacto de las ciudades. Parece que los espartanos estaban dispuestos a prestar esa forma de ayuda, pero en principio mantenían el secreto de cara a los atenienses.

2. ITOME Y LA RENDICIÓN DE TASOS

Pero se interfirió un acontecimiento ya mencionado: un temblor de tierra creó la confusión suficiente para que los hilotas se aprovecharan y para que, junto con periecos de dos localidades, Turia y Etea, se rebelaran y se hicieran fuertes en el monte Itome. Tucídides explica que la mayoría de los hilotas eran descendientes de los mesenios que habían sido sometidos a esclavitud en la guerra mesenia, por lo que ahora fueron llamados también mesenios y se conoce el acontecimiento como tercera guerra mesenia. Era el cuarto año de reinado de Arquidamo, es decir el año 466/465, aunque algunos autores consideran más probable que el temblor de tierra se produjera en el invierno o la primavera de 464. Se abrieron varias simas del Taigeto, la ciudad quedó demolida y el seísmo destruyó todas las casas, excepto cinco. En el terremoto mismo perecieron más de 20.000 lacedemonios. Según Diodoro, hilotas y mesenios habían permanecido hasta entonces sumisos porque creían en la superioridad de sus dominadores, pero al verlos perecer pasaron a despreciarlos y a aprovecharse de su superioridad numérica. Así, se unieron y se lanzaron a la guerra contra los lacedemonios.

El salvador de Esparta fue el rey Arquidamo, pues fue el primero en lanzarse al campo y servir de ejemplo a sus ciudadanos. Pausanias, que sitúa el acontecimiento en 464, cree que el seísmo fue debido al castigo que Posidón lanzó contra los espartanos que no quisieron tener en cuenta que algunos de ellos, condenados a muerte, se habían refugiado como suplicantes en Ténaro, pero los éforos los arrancaron del templo y los condenaron igualmente. Al encontrarse los lacedemonios en esta guerra, los tasios no pudieron resistir y trataron con los atenienses, al tercer año de asedio; el resultado fue que tuvieron que destruir las murallas y entregar las naves, se fijó una cantidad que debían pagar inmediatamente y otras para tiempos sucesivos, y renunciaron al continente y a las explotaciones metalíferas. Ya se ha visto que asimismo se pretendía establecer colonos y explotar el territorio, con lo que solucionar posibles problemas internos de Atenas, pero también haciendo colaborar a los aliados, con lo que la relación entre éstos y Atenas se reviste de complejidad, dado que permite el proteccionismo ateniense, mezclado con la violencia de la intervención en Tasos, y el acaparamiento de fuentes de riqueza. La explotación de las minas del monte Pangeo, ahora Pirnari, había sido fundamental para Atenas desde la época del tirano Pisístrato y seguiría siendo un elemento importante a lo largo de toda su historia, determinante de los conflictos con Filipo de Macedonia, al siglo siguiente.

En estas circunstancias, después de que conquistó el Quersoneso tracio y las minas de oro, es cuando Plutarco menciona las posibilidades que tuvo Cimón de apoderarse de Macedonia y la acusación de que fue objeto de haberse dejado sobornar por el rey Alejandro para no hacerlo, en la que intervendría Pericles.

Heródoto se refiere también a las minas que los tasios explotaban, tanto en la isla como en el continente, y a las riquezas que de ellas obtenían. Sus recursos, dice, los empleaban en construir una flota y edificar una muralla alrededor de la ciudad y obtenían un beneficio que pudo ser hasta de 300 talentos. Pero ya antes, con el rey de Persia, se habían visto en problemas similares a los que ahora los enfrentaban a los atenienses. Su riqueza les daba ventajas, pero también los hacían atractivos a las ambiciones imperialistas de unos y de otros.

En el combate por las minas de oro, cuenta Heródoto, en el continente, frente a los edones, murió Sófanes, que iba al mando de los atenienses junto a Leagro. Éste llevaba en su coraza como emblema la imagen de un ancla. Antes ya se había cubierto de gloria en la batalla de Platea. Los muertos en Drabesco fueron los primeros atenienses a quienes se conmemoraba en un monumento construido para los muertos en batalla en el camino de la Academia, donde se alternaban enterramientos colectivos, de los héroes de la ciudad, con héroes individuales, como símbolo de la realidad histórica de la Atenas de la época, simbiosis equilibrada del papel del personaje protagonista con el papel del grupo solidario tanto en la guerra como en la vida política.

3. AYUDA ATENIENSE A LOS ESPARTANOS

La complejidad de las relaciones entre Atenas y Esparta, y las existentes dentro de las ciudades mismas, se hace mayor cuando los espartanos, agobiados por la situación, solicitan la ayuda a Atenas y es atendida por Cimón, que era próxeno espartano en Atenas y acude con un ejército ateniense. Pero, en seguida, surgieron las sospechas, entre los espartanos, de que los atenienses estaban actuando como para promover una revolución y, como consecuencia, no mucho más tarde, los hicieron partir de Itome. Todavía en el 411, en la comedia *Lisístrata* de Aristófanes, se recordaba el hecho. Los lacedemonios habían venido a suplicar la ayuda ateniense cuando estaban agobiados por los mesenios, al tiempo que el dios les sacudió la tierra. Cimón fue con 4.000 hoplitas y ¡salvó a Lacedemonia entera! El tono propio de la comedia impide reflejar la realidad con precisión. Se trataba, en clave cómica, de reprochar que ahora los lacedemonios invadieran la tierra del Ática, en plena guerra del Peloponeso y de recordar, dice el escolio, la amistad y los beneficios que unos y otros habían recibido mutuamente: los atenienses los salvaron de los mesenios, mientras los lacedemonios los habían liberado de la tiranía de Pisístrato. Es, evidentemente, una visión simplificadora de las relaciones pasadas entre ambas ciudades.

Así pues, fue Cimón quien convenció a los atenienses de que enviaran ayuda a los espartanos en apuros. Según Ion de Quíos, los conmovió sobre todo con el argumento de que no debían dejar a Grecia coja ni a Atenas privada de su rival, pero Critias decía que Cimón había hecho pasar los intereses de Lacedemonia por delante de la grandeza de su patria. Frente a él, Efialtes había tratado de impedir la ayuda porque significaba sostener a la ciudad rival de Atenas, mientras que lo que había que hacer era dejarla caer y patear su orgullo. También ayudaron a los espartanos los eginetas, lo que era más coherente con los juegos de alianzas que se estaban formando, pues éstos estaban en constante tensión con los atenienses. También los de Platea habían acudido en ayuda de los espartanos en apuros, con el tercio de sus fuerzas disponibles; lo mismo, al parecer, habían hecho los habitantes de Mantinea.

4. MÉGARA

Al regreso de Lacedemonia, Cimón pasó por Corinto con sus tropas, pero Lacarto le reprochó el haberlo hecho sin antes haber tratado con los ciudadanos.

Cimón les reprochó a su vez el haberse introducido en Mégara y Cleonas. Las relaciones en el Istmo entran en una fase de suma complejidad. Los megarenses se separan de Esparta para aliarse con Atenas, porque los corintios les presionaban a causa de la tierra en torno a las fronteras. Los atenienses ocuparon Mégara y Pegas, construyeron largos muros entre la ciudad y Nisea, y se instalaron en Corinto, lo que fue el origen de la hostilidad de los corintios hacia Atenas.

En Atenas también se complican las relaciones internas, pues, ante el despido de las tropas que habían acudido en ayuda de los espartanos, se desarrolló una viva hostilidad hacia los laconizantes y, en consecuencia, hacia Cimón mismo, que fue sometido al ostracismo en 461.

5. EXPEDICIÓN ESPARTANA A LA DÓRIDE

Por otro lado, los lacedemonios han acudido a la Dóride a proteger a los habitantes, antepasados suyos, de los ataques de los focidios. Al regreso, acamparon en Tanagra y los atenienses acudieron a hacerles frente, a lo que se sumó Cimón con los hombres de su tribu, con ánimo de rechazar a los lacedemonios junto con sus ciudadanos. Pero la *boulé*, cuando se enteró, más bien lo consideró objeto de temor y preocupación, ya que los enemigos lo acusaban de querer provocar la agitación e introducir a los lacedemonios en la ciudad. Por ello prohibió a los estrategos que aceptaran la colaboración de Cimón. Éste se retiró, pero dice Plutarco que antes pidió a sus compañeros, acusados también de laconismo, que lucharan con fuerza para anular las acusaciones de que eran objeto. Todos murieron y dejaron la amarga sensación en los atenienses de que los habían acusado injustamente. Por ello, la irritación contra Cimón cesó y predominó el recuerdo de los servicios prestados a la ciudad, por lo que, después de la derrota sufrida en Tanagra, cuando parecía existir un peligro de invasión por parte de los espartanos, volvieron a llamarlo al parecer en 457, por iniciativa del propio Pericles. Para Plutarco, esto era síntoma de que, a pesar de todo, en esa época las rivalidades eran moderadas y se plegaban en última instancia al interés general, la ambición de gloria cedía a las necesidades de la patria. Fue Cimón a su regreso quien negoció la paz entre las dos ciudades.

6. CONSECUENCIAS DE ITOME

Cuando los atenienses volvieron de Esparta, se aliaron con los argivos, los enemigos tradicionales de ésta, y además ambos se unieron por juramentos a los tesalios. Estas son las circunstancias externas que acompañan a las reformas internas protagonizadas principalmente por Efialtes, coincidentes con la segunda expedición de Cimón, que, según Plutarco, arrojaron a la ciudad a la democracia pura y al poder de Pericles, que se identificaba con los intereses de la mayoría.

Otra medida tomada por los atenienses fue la de acoger en Naupacto a los mesenios que se habían refugiado en Itome, una vez que se habían marchado bajo un pacto. Era una localidad que habían tomado de los locrios ozolios junto a Etolia.

Tucídides dice que esto tuvo lugar a los diez años, cuando los de Itome no

pudieron resistir más y trataron con los lacedemonios la forma de dejar el Peloponeso y no volver más a la península. El que fuera capturado en ella se convertiría en esclavo de quien lo cogiera. La duración de la revuelta ha parecido excesiva a muchos estudiosos, pero no se ha ofrecido por el momento alternativa convincente a la lectura del texto tucidídeo. Había un oráculo pítico anterior que decía que se dejara ir al suplicante del Zeus de Itome. Se trata de un santuario a donde podía acudir el hilota, según esa tradición, a buscar refugio en caso de persecución. Heródoto hace referencia a un acontecimiento que posiblemente haya que situar en este punto: un tiempo después de la guerra médica, Arimnesto, hombre ilustre en Esparta, con trescientos hombres, combatió en Eteniclaro, en una guerra contra todos los mesenios, y murió él mismo y los trescientos.

Filócoro considera que por estas circunstancias los atenienses tomaron la hegemonía, debido a las desgracias que habían sobrevenido a los lacedemonios. Jacoby cree que hay en esta versión una especial insistencia en identificar con Pericles la hegemonía ateniense. Se trataría de resaltar un periodo de 30 años más que el periodo de 50, y de poner el acento en el protagonismo de Pericles.

7. REVUELTA DE EGIPTO

Por otra parte, el hijo de Psamético, Inaro, rey de los libios, que eran vecinos de Egipto, partiendo desde Marea, más allá de Faros, levantó a la mayor parte de Egipto contra el rey Artajerjes. A la revuelta colaboró la muerte de Jerjes y los desórdenes que tuvieron lugar en el reino persa por motivo de la sucesión al trono. Para Diodoro, el movimiento partió de los egipcios, que expulsaron a los recaudadores de impuestos y luego eligieron rey a Inaro. Éste reunió un ejército, primero de egipcios y luego de mercenarios de diverso origen. Cuando él mismo se convirtió en jefe acudió a los atenienses. Inaro les prometía que, si llegaba a liberar Egipto, les daría una parte del reino y podría restituirles con creces los beneficios recibidos. En la decisión positiva de los atenienses contó, según Diodoro, que así podían humillar a los persas y vincularse estrechamente a los egipcios. Aquéllos se encontraban precisamente rumbo a Chipre con 200 naves entre las suyas y las de los aliados; dejaron su ruta y se dirigieron hacia el Nilo, controlaron el río y las dos terceras partes de Menfis, y combatían por la tercera, donde se habían refugiado medos y persas y los egipcios que no habían participado en la revuelta. El jefe persa fue ya Aquemenes. Al principio habían mantenido una cierta ventaja hasta que los atenienses tomaron la ofensiva. Con el tiempo, la evolución de la guerra fue muy variada. En 460, Aquemenes hijo de Darío y sátrapa de Egipto fue derrotado por el libio Inaro en Papermis, lugar situado probablemente en la región de Pelusias al oriente del delta. Había sido nombrado sátrapa por su hermano Jerjes. Al principio, los atenienses controlan Egipto y el rey envía a Lacedemonia al persa Megabazo con dinero, con el ánimo de convencer a los peloponesios de que invadan el Ática para que los atenienses se vean obligados a retirarse de Egipto. Como esta vía no surtía efecto y el enviado se gastaba el dinero, Megabazo tuvo que volver a Asia, y el rey envió a Megabazo y Artabazo con un importante ejército que reclutó hombres de todas las satrapías, al tiempo que se dedicaba a construir naves. Al llegar, venció por tierra a los egipcios y sus aliados, expulsó de Menfis a los griegos y los encerró en la isla de Prosopitis,

donde los tuvo sitiados un año y seis meses hasta que desecó el canal, desvió el agua, dejó las naves en seco y convirtió a la isla en parte del continente, con lo que pudo pasar a pie y apoderarse de ella en el año 454. Parece que, más tarde, Tauniras, el hijo del Inaro, recuperó el poder que tuvo su padre, según Heródoto, gracias a que se abstuvo de intrigar: en esos casos, dice, los persas suelen tratar con honor a los hijos de los reyes, a pesar de que difícilmente, en este caso concreto, nunca hayan recibido más perjuicios que de parte de Inaro.

8. CAMPAÑAS ATENIENSES

Por los mismos tiempos, en 458, los atenienses hicieron un desembarco en Habias en el Golfo Sarónico, se enfrentaron a corintios y epidaurios, y fueron derrotados, aunque luego vencieron en Cecrifalea a la flota de los peloponesios. Más tarde, consiguieron una nueva victoria naval contra Egina, con la participación de aliados por uno y otro lado, después de una revuelta. Para Diodoro, las características de Egina, próspera en el mar, llena de orgullo y abundante en dinero y naves, la llevaban a una constante rivalidad con los atenienses. Por otra parte, según aumentaba su poder, los atenienses trataban a los aliados con mayor dureza y arrogancia. Además de tomar sesenta naves, desembarcaron en la isla y comenzaron un asedio bajo el mando de Leócrates. Los peloponesios acudieron a ayudar a los eginetas con los hoplitas que antes habían combatido en favor de Corinto y Epidauro. Por otro lado, los corintios se apoderaron de Gerania en la Megáride, en la idea de que los atenienses no podrían venir en ayuda de los megarenses por tener su ejército en Egina y Egipto; o, en caso contrario, tendrían que abandonar el asedio de Egina. Pero resultó que los atenienses pudieron venir con un ejército reclutado entre los más viejos y los más jóvenes, bajo las órdenes de Mirónides. El enfrentamiento terminó sin resultado claro, aunque cada uno se atribuía la ventaja. Los atenienses pusieron un trofeo y, cuando los corintios quisieron hacer lo mismo, los atenienses aparecieron de repente y obtuvieron el verdadero triunfo. Los corintios que pudieron escapar cayeron en un lugar sin salida y los atenienses los lapidaron. Por su parte los eginetas fueron obligados a sumarse al triunfo en Atenas. Era el año 459.

9. TANAGRA Y SUS CONSECUENCIAS

Los atenienses construían entre tanto los Largos Muros que unían la ciudad al mar, con un extremo en Falero y otro en el Pireo. Por otro lado, los lacedemonios habían realizado la expedición contra los focidios para proteger la Dóride y regresaban después de haber conseguido su objetivo. El paso se ofrecía difícil, tanto por tierra como por mar, por la presencia de los atenienses en el golfo, en Mégara y en Pegas, por lo que decidieron permanecer momentáneamente en Beocia, contando con que algunos atenienses acudían a ellos en secreto con la esperanza de derrocar al demos y suspender la construcción de los muros. Pero los atenienses, con los argivos y otros aliados, los atacaron, precisamente al enterarse de que los lacedemonios no sabían por dónde pasar y por sus sospechas de que había planes para destruir la democracia. También colaboraban caballeros tesalios, pero éstos iban a pasarse a los lacedemonios. Atacaron una expedición de provisiones que

venía del Ática. Al principio, los vigilantes los acogieron como amigos, pero luego se trabó allí la primera batalla violenta. Así, tuvo lugar la batalla de Tanagra y hubo una gran carnicería de una y otra parte, pero vencieron los lacedemonios. A pesar de que Diodoro habla de un resultado indefinido, los lacedemonios pudieron así entrar en la Megáride, donde cortaron los árboles y pasaron a su patria a través de la Gerania y del istmo. Sesenta y un días después, los atenienses hicieron una expedición a las órdenes de Mirónides, vencieron en Enófita a los beocios, se apoderaron del territorio de Beocia y Fócide, destruyeron la muralla de Tanagra, tomaron como rehenes a los cien más ricos de los locrios opuntios y se dedicaron a concluir sus propios Largos Muros. Luego, bajo el mando de Tólmides, harían una expedición alrededor del Peloponeso, en 456/455, con varias acciones contra los lacedemonios, corintios y sicionios.

En el epigrama de la Antología Palatina atribuido inverosímilmente a Simónides, es posible ver una alusión a los atenienses muertos en Tanagra: «salve, excelentes guerreros que poseéis la gran gloria de la guerra, jóvenes atenienses sobresalientes en la caballería, que en tiempos perdisteis la juventud por la patria de hermosa danza, combatiendo contra la mayoría de los griegos».

No siempre la lucha contra los griegos era poco digna de gloria, como se puso de moda considerar en tiempos posteriores.

Durante el año 457, los tebanos, dice Diodoro que para rehacerse del desprestigio provocado por su alianza con Jerjes cuando la invasión de Grecia, habían buscado la hegemonía sobre Beocia con el apoyo lacedemonio, mientras prometían su acción contra los atenienses. Así, los lacedemonios no necesitarían superar los límites del Peloponeso, por lo que accedieron y con su ejército de Tanagra favorecieron la ampliación de las murallas de Tebas y forzaron a las ciudades de Beocia a someterse a los tebanos. Aquí estaría el motivo directo de la expedición de Mirónides, con un ejército no muy numeroso, pero destacado por su valentía y buena disposición, ya que el general se habría negado a esperar a los rezagados en la idea de que éste podía ser un síntoma de cómo iban a comportarse en el frente. Después de la victoria, Mirónides se apoderó de todas las ciudades beocias excepto Tebas, y se dirigió a Tesalia, pero regresó ante la resistencia de Farsalia.

A petición de Orestes, hijo del rey tesalio que habría sido expulsado, los atenienses decidieron ayudarlo a restituirse en el trono y, con beocios y focidios, se dirigieron contra Farsalia, pero se volvieron sin obtener nada. Luego, se dedicaron a saquear el Peloponeso.

Según Aristóteles, en Tebas la democracia fue abolida porque se siguió una política nefasta después de la batalla de Enófita. Sería también después de esa batalla cuando fue instaurada aunque fuera por poco tiempo.

En el 455, Tólmides, al año siguiente de su expedición del Peloponeso, estaba ocupado en Beocia, por lo que fue Pericles el enviado contra el Peloponeso, donde saqueó una buena parte de la costa. Luego llegó hasta Acarnania y se ganó a todas las ciudades salvo Eniadas, con lo que los atenienses durante el año controlaron un buen número de ciudades y ganaron fama por su valor y estrategia.

Tólmides, en efecto, después de su campaña en torno al Peloponeso, llevó clerucos atenienses a Eubea y Naxos y luego se dirigió con un ejército a Beocia, donde saqueó gran parte del territorio y se apoderó de Queronea por asedio.

Entre tanto, los griegos en Egipto habían sido derrotados y en su mayoría perecieron, salvo algunos que habían encontrado refugio en Cirene a través de Libia. Inaro fue crucificado y prácticamente todo Egipto volvió bajo el poder del rey. Desde Atenas había partido una expedición de socorro, pero ni siquiera llegaron a encontrarse con sus compatriotas, sino que fueron atacados, las naves en su mayoría destruidas y las que pudieron regresaron. La versión de Diodoro dice que los atenienses llegaron a un acuerdo con los persas, por lo que éstos los dejaban salir de Egipto para llegar así a Cirene.

En 453, volvió a desembarcar en el Peloponeso, saqueó el territorio de los sicionios y estuvo asediándolos hasta que los lacedemonios fueron en su ayuda. Luego saqueó también el territorio de Eniades en Acarnania.

Entre las acciones de Tólmides y de Pericles parece existir una cierta diferencia de consideración, por lo menos en lo que se refiere en la opinión reflejada en la comedia, donde los tiempos del primero se echan de menos como valiosos para el prestigio del ejército ateniense en el exterior.

10. PERICLES

De los tiempos de Pericles, la alabanza se dirige principalmente a dos aspectos que no dejan de estar relacionados entre sí: las obras públicas de la ciudad y la concordia. A las primeras dedica Plutarco todo un capítulo de la vida de Pericles: se destaca la grandeza, la belleza y la gracia, la perfección técnica en que rivalizaban los artistas y, sobre todo, la rapidez. Si lo normal es que una obra duradera necesite tiempo de ejecución, en el caso de los monumentos de Pericles se hace más admirable que su valor sea duradero a pesar de la rapidez de ejecución. Cuando se terminaban, ya parecían antiguos, en lo que Plutarco revela el desarrollo del concepto de clasicismo que ya influía en la consideración en que se tenía la obra artística ateniense. Fidias no era sólo el artista, sino quien presidía y supervisaba todo para Pericles, a pesar de la presencia de importantes creadores. Entre las obras destaca el Partenón, la sala de iniciaciones de Eleusis *(telesterio)*, los muros y el Odeón, hecho a la imagen de la tienda del Gran Rey. Pericles es como Zeus, que lleva el Odeón en su cabeza, dice el cómico Cratino. Por otra parte, las actividades colectivas desempeñaron también un importante papel en la vida de la ciudad: Pericles se preocupó de los concursos musicales en las Panateneas y de la regulación de los distintos certámenes. También se acabaron los Propileos, bajo la protección de la diosa Atenea. Pero por encima de todo destaca la estatua de oro de la diosa, obra de Fidias, símbolo de la ciudad.

11. FIGURA POLÍTICA DE PERICLES

En correspondencia con esta actividad artística también estaba su papel excesivamente personalista desde el punto de vista de algunos antiguos. Unos lo comparaban con los Pisistrátidas, otros se referían al hecho de que los atenienses lo habían dejado todo en sus manos. Plutarco justifica, desde la perspectiva de un observador de época imperial romana, su método de acumulación del poder. Se trata de algo conseguido por el mérito y por la honestidad y la incorruptibilidad.

Pericles es también hombre de su época porque es orador. El discurso es instrumento para persuadir y al mismo tiempo para conseguir la concordia de la ciudad, por ello merecía el nombre de Olímpico, porque, como Zeus, se colocaba por encima de todos y con su lengua lanzaba el rayo. El propio Tucídides hijo de Melesias, su principal contrincante, reconocía que cuando parecía caído en la lucha Pericles reaccionaba con la réplica oratoria y vencía convenciendo a los presentes. Pero no quiere esto decir que formalmente Pericles fuera un orador desmesurado; el efecto procedía de una retórica más morigerada.

12. VIDA INTELECTUAL

Pericles pertenecía a una familia aristocrática. Jantipo, su padre, se había casado con Agariste, nieta de Clístenes, modelo de creación de la constitución equilibrada. Pero hubo quienes lo consideraron aspirante a ser algo así como un jefe sobrehumano, principalmente en la comedia. Entre los maestros tuvo a Damón, que según se opinaba escondía detrás de sus preocupaciones musicales otras que actuaban de manera oculta en favor de la tiranía. También se cuenta a Zenón entre sus maestros, del que se destaca su capacidad para la controversia o antilogía. Pero el más importante fue Anaxágoras, a quien llamaban *Noûs*, el espíritu o la inteligencia a imitación del que en su teoría era capaz de ordenar los elementos dispersos *(homeomerías)* del universo. El universo se organizaba por medio de la inteligencia, no por el azar o la necesidad, seguramente como el propio Pericles quería actuar en sus pretensiones políticas ante la diversidad de la ciudad democrática. Gracias a Anaxágoras, Pericles estaba por encima de la superstición, como vencedor de las causas de los fenómenos naturales. Pero Plutarco cuenta aquí una anécdota que demuestra la ambigüedad de esta afirmación y del papel de la superstición en la vida pública de la ciudad, incluso en su época más racional y democrática: trajeron a Pericles del campo una cabeza de carnero con un solo cuerno; Lampón, el adivino, interpretó que de la fuerza doble que dividía la ciudad, Pericles y Tucídides, quedaría una sola, la de aquél a quien se le había producido el fenómeno, que era Pericles, mientras que Anaxágoras cortó en dos la cabeza y mostró el fenómeno como procedente de la estructura misma, irregular, del cráneo. En aquel momento, la admiración se dirigió a Anaxágoras, pero, cuando se cumplió la profecía de Lampón, fue éste quien quien la recibió.

13. REALIZACIÓN DEMOCRÁTICA

Desde muy pronto, Pericles tomó el partido del demos, a pesar de que por temperamento no era democrático, según Plutarco. Aquí estaría la contradicción de los aristócratas que se dedicaron plenamente a la democracia, al comprobar la posibilidad de que ambos intereses coincidieran. La realidad es que tal coincidencia sólo se produjo plenamente en un corto lapso de tiempo y por ello sólo fue posible la existencia de un Pericles, capaz de ser aristócrata y demócrata al mismo tiempo. Pero para ser demócrata tuvo que renunciar a algunas de las características de la aristocracia: los banquetes y las reuniones entre «amigos» y camaradas que servían de lugar de fomento de las ideas aristocráticas y de conspiraciones antidemocráticas.

La materialización económica de la política democrática estuvo plasmada en la creación de las indemnizaciones para el ejercicio de los cargos o funciones políticas. Según Aristóteles, fue Pericles quien creó en primer lugar el pago por asistencia y participación en los juzgados o tribunales populares, con lo que rivalizaba en popularidad o actuaba demagógicamente en frente de la riqueza de Cimón *(antidemagogôn)*. Éste tenía una gran fortuna y una hacienda «tiránica», dice Aristóteles, y con ella ejercía brillantemente todas las liturgias y sostenía a muchos de los miembros del demos. Era el sistema evergético, el que se realizaba desde la riqueza, y con el que se ganaba la adhesión para una política aristocrática y laconizante. Las medidas establecidas por Pericles sustituían este sistema por el de la redistribución oficial. Era la misma ciudad la que pagaba al demos, no benéficamente, sino a cambio de un servicio que a su vez se hacía en provecho de la comunidad. Desde luego, las opiniones antidemocráticas, recogidas por Plutarco, consideran que éste fue un modo de crear malos hábitos en el demos. Para Platón, en el *Gorgias*, Pericles había hecho a los atenienses cobardes, perezosos, charlatanes, etc., al dar al demos el estipendio por funciones públicas. Con el apoyo del demos conseguido por estos medios, decían, Pericles aumentó el poder del pueblo. Así se ve de qué manera realmente aparece como intermediario entre el poder y los intereses del mismo demos, cómo realmente no hace más que desempeñar un papel ejecutivo de una tendencia colectiva de la sociedad ateniense, donde su personalidad es importante en tanto en cuanto fue posible la coincidencia de sus intereses con los del demos.

14. LA DEMOCRACIA Y EL IMPERIO

Desde ese momento los más necesitados tenían más interés que los poderosos en presentarse al sorteo para los cargos públicos. Esto se posibilitaba gracias al pago de los tributos que hacían los aliados de Atenas. Aristóteles atribuye a tiempos de Aristides el que tales tributos permitieran a la multitud vivir con cierta abundancia, pues alimentaba a más de 20.000 hombres, entre jueces, arqueros, caballeros, miembros de la *boulé*, guardias de los arsenales, guardias de la ciudad y del exterior y, cuando había guerra, hoplitas, tripulaciones de las naves, tanto de las de guerra como de las recolectoras del tributo, miembros del pritaneo, huérfanos y guardianes de las prisiones.

Más adelante, sin embargo, Aristóteles habla concretamente de Pericles, al atribuirle el impulso para aumentar el poder marítimo gracias al cual el pueblo pudo tomar en sus manos el control de toda la vida política.

15. PAZ DE ATENAS CON ESPARTA Y PERSIA

Entre 454 y 451 hubo un intervalo de tres años sin conflictos entre Esparta y Atenas, que culminó en un tratado de paz por cinco años entre ambas ciudades. Los atenienses se abstuvieron entonces de la guerra en Grecia e hicieron una expedición con doscientas naves propias y de los aliados al mando de Cimón. Unos se dirigieron hacia Egipto y otros a poner sitio a Citio. Pero Cimón murió y además se produjo una situación de hambre que los obligó a abandonar. Al

navegar cerca de Salamina de Chipre atacaron a los fenicios, cilicios y chipriotas por tierra y por mar y, tras obtener una doble victoria, volvieron al mismo tiempo que las naves de Egipto. Aquí sitúa Diodoro la embajada de los persas a Atenas para plantear la posibilidad de la paz. Los atenienses se mostraron favorables y enviaron embajadores con plenos poderes encabezados por Calias, el hijo de Hipónico, cuya riqueza se atribuía a un tesoro encontrado en Maratón. Así concluyeron la paz cuyos términos consistían principalmente en que todos los griegos de Asia serían autónomos, que los sátrapas de los persas no se acercarían al mar a una distancia de tres días y que sus naves no rebasarían Faselis, en Licia, en el Golfo Panfílico, ni Cianeas, a la entrada del Mar Negro en Bizancio; los atenienses no enviarían tropas a los territorios en que gobernaba el rey. Tras la paz, los atenienses retiraron sus fuerzas de Chipre después de obtener una brillante victoria y hacer un pacto muy significativo.

La muerte de Cimón fue el final de toda campaña contra los persas. Luego, dice Plutarco, la guerra fue entre griegos, lo que los llevó a su propia destrucción.

Ya Plutarco se hace eco de las dudas sobre la existencia de esta paz y cita a Calístenes como uno de los autores que la rechaza, al tiempo que dice que figura una copia entre los decretos recogidos por Crátero y menciona el altar a la Paz que los atenienses erigieron con este motivo.

16. EFECTOS DE LA PAZ

Los embajadores de Mitilene en Esparta, según Tucídides, consideraban que el final de la guerra contra el medo había sido el comienzo de la esclavización y del temor de los aliados.

El contraste entre los efectos del imperialismo se manifestaba, por una parte, en que Atenas se había podido convertir en una hermosa ciudad, que sorprendía a los visitantes y que hacía que su poder tuviera una constatación material en los monumentos construidos por Pericles; por otra, en la evolución de la alianza, en que Atenas se había manifestado como una ciudad tiránica, al haber transferido el tesoro de la Confederación de Delos a la propia ciudad, con lo que despertaba la envidia, las críticas de los enemigos de Pericles y el temor a adquirir mala reputación por parte del demos. Con ello, se decía, se había quitado el pretexto de defender a los griegos contra la tiranía, ya que Atenas misma se había convertido en tiránica. El pretexto del temor a los bárbaros había desaparecido con la paz. Pericles defendía que ellos no tenían que rendir cuentas a los aliados, pues precisamente éstos no aportaban a la comunidad ni flota, ni caballería, ni infantería: sólo dinero, que deja de pertenecer a quien lo da para pertenecer a quien lo recibe por los servicios que presta. Una vez que estén cubiertas las necesidades de la guerra, la ciudad debe ocuparse de las obras que le sirvan para ganar una fama inmortal, además de satisfacer todas las necesidades y mantener el bienestar de todos sus habitantes. Con ello se proporcionaría trabajo, no sólo a los que participaban en la guerra, sino también a los que permanecían en la ciudad. El imperio proporcionaba de este modo los medios de vida para la ciudad de Atenas, así como el instrumento para hacer de la ciudad misma el símbolo de su propio poder.

Las transformaciones del imperio afectaron en principio a todos los aliados, salvo a los habitantes de Quíos, Lesbos y Samos, a los que, según Aristóteles, consideraban guardianes del imperio y les permitían su propia constitución y gobierno.

17. RELACIONES IMPERIALISTAS

El apoyo de los atenienses al demos de las ciudades aparece manifiesto en algunos textos, como en Pseudojenofonte, pues, explica el autor, si alguna vez apoyaban a los mejores, el resultado no les era favorable, sino que el demos de los beocios, en esas circunstancias, fue esclavo en poco tiempo, y lo mismo ocurrió en Mileto: apoyaron a los mejores y, al poco tiempo, éstos se rebelaron y oprimieron al demos, igual que, cuando apoyaron a los lacedemonios en vez de a los mesenios, enseguida los lacedemonios abatieron a los mesenios y lucharon contra los atenienses. El sistema ateniense, según esto, no podía tener como aliados en las ciudades a los «mejores». Si lo hacía, inmediatamente se producía una inversión por la que estos mejores ejercían una fuerza precisamente contra el demos, lo que se da por supuesto que es contrario a las intenciones atenienses. Lo único coherente es la alianza con el demos.

Por otra parte, el imperio crea también la condición por la que los atenienses podían enviar clerucos. Pericles los envió al Quersoneso, Naxos, Andros, Tracia y a Italia, al territorio de Síbaris, reconstruida como Turios. Con ello, dice Plutarco, alejaba el ocio, al tiempo que conseguía aliviar la miseria del demos y establecía guarniciones para evitar las revueltas entre los aliados. En el caso del Quersoneso, Plutarco dice además que fue una expedición muy bien acogida porque sirvió de protección a los griegos que habitaban allí. De este modo reforzó la población de las ciudades con mil colonos atenienses y además construyó muros con los que impedía las incursiones de los tracios y los ataques de los piratas. Los objetivos eran múltiples, de protección y de provecho. Pericles, sin embargo, también realizó algunas expediciones que favorecían a los atenienses, pero perjudicaban a estos griegos, como fue el caso de la expedición a Eubea para someter las ciudades; en Calcis expulsó a los hipóbotas, que eran los que sobresalían por su riqueza y prestigio, y en Hestiea expulsó del territorio a todos los habitantes e instaló atenienses: sólo con ellos Pericles se mostró implacable, porque habían apresado una nave ática y matado a sus hombres.

18. GUERRA SAGRADA

En la península helénica, surgen nuevos conflictos que afectan indirectamente a las relaciones entre Atenas y Esparta. Los lacedemonios emprendieron la que se llamó guerra sagrada, se apoderaron del templo de Delfos y lo entregaron a los delfios, pero, cuando se retiraron, acudieron los atenienses y entregaron de nuevo el santuario a los focidios. Lucharon los atenienses, dice Filócoro, por los focidios a causa de su odio a los lacedemonios. El motivo, para él, no estaba en el templo de Delfos, sino en su hostilidad a los lacedemonios, que se había materializado en ese caso en su rivalidad por el control de Delfos y la oposición de lealtades entre focidios y delfios.

Aquí surgían cuestiones de prestigio y control religioso y, como los lacedemonios habían hecho grabar sobre la frente del lobo de bronce que los delfios habían ofrecido a Apolo el privilegio de *promanteia*, de consultar primero el oráculo, que se les había concedido a ellos, Pericles recibió el mismo privilegio para los atenienses y, demostrando un interés por ella, lo hizo grabar en el lado derecho del mismo lobo.

19. DECRETO PANHELÉNICO

Seguramente en la primera mitad de la década de los cuarenta, si es que se acepta su existencia, discutida por algunos, hay que situar el decreto, propuesto por Pericles, para exaltar la grandeza del demos, en el que convocaba a todos los griegos de cualquier parte de Europa o de Asia, de ciudades pequeñas o grandes, a un congreso en Atenas para deliberar sobre los templos griegos que habían incendiado los bárbaros, sobre los sacrificios que se debían a los dioses, prometidos a favor de Grecia cuando habían luchado contra los bárbaros, y sobre el mar, para que todos naveguen sin temor y vivan en paz. Convocaron a los jonios y dorios de Asia, insulares hasta Lesbos y Rodas, el Helesponto y Tracia hasta Bizancio, Beocia, Fócide y el Peloponeso y, al norte, a través de Lócride, hasta Acarnania y Ambracia; a través de Eubea, hasta los eteos, el Golfo Maliaco, los ftiótidas y los tesalios: intentaban convencerlos para que acudieran a tratar de la paz y de los intereses comunes de Grecia. Pero el plan no dio resultado y las ciudades no se reunieron. Al parecer, los lacedemonios se oponían de forma solapada y en el Peloponeso no cuajó la idea. Es probable que interpretaran la iniciativa como un modo de monopolizar los méritos de la guerra médica, sobre el fundamento de su continuación posterior hasta la paz de Calias, y de lograr así asentar en la paz la superioridad de Atenas, y es también probable que tal interpretación estuviera en el recto camino. En estos momentos, la noción imperialista ateniense estaba fortaleciendo su base ideológica y el panhelenismo, bajo dirección e iniciativa ateniense, podía desempeñar un papel importante en este sentido.

20. BATALLA DE CORONEA

Entre tanto, los exiliados beocios de las ciudades democráticas que Atenas controlaba se habían ido concentrando en Orcómeno, Queronea y algunos otros lugares, lo que alarmó a los atenienses. Tólmides llevó una expedición a Queronea, la tomó, vendió como esclavos a sus habitantes y estableció una guarnición. Pero mientras los atenienses regresaban, en Coronea los atacaron los exiliados beocios de Orcómeno, junto con otros de la Lócride, Eubea y cuantos compartían la misma ideología. A los atenienses que no mataron los tomaron vivos, con lo que tuvieron que abandonar Beocia entera por un acuerdo para recuperar a los prisioneros, y los beocios se hicieron autónomos. Diodoro también reseña para ese año, 447, una invasión del Ática por parte de los lacedemonios. Según Plutarco, la expedición de Tólmides fue llevada a cabo a pesar de las advertencias de Pericles, que preveía el desastre, lo que le valió fama de hombre previsor y preocupado por sus conciudadanos: *filopolita*.

21. REVUELTA DE EUBEA

Poco después hubo una revuelta en la isla de Eubea. Cuando Pericles se dirigía hacia ella con una expedición, se le anunció que también Mégara se había rebelado, que los peloponesios iban a invadir el Ática y que las guarniciones de los atenienses habían sido destruidas por los megarenses, excepto los soldados que se refugiaron en Nisea. Los megarenses se habían rebelado tras pedir ayuda a los corintios, sicionios y epidaurios. Pericles rápidamente se trajo la expedición de Eubea. Además, los peloponesios que habían hecho la invasión del Ática devastaron hasta Eleusis y Tría bajo las órdenes del rey Pausanias y luego se volvieron a su patria sin avanzar más. Plutarco habla aquí de un posible soborno de Pericles a Cleándridas, consejero del rey Plistoanacte. A la vuelta, los lacedemonios condenaron al rey a una multa y a Cleándridas a muerte. Los atenienses entonces se volvieron a Eubea a las órdenes de Pericles, la sometieron enteramente y, aunque con el resto de la isla llegaron a un acuerdo, desalojaron Hestiea y ocuparon ellos mismos el territorio.

Diodoro atribuye esta revuelta al debilitamiento que se le suponía a Atenas en Grecia a causa de la derrota de Coronea. Con todo, él mismo habla de una revuelta en Eubea con un término que no indica sólo idea de defección, sino también de cambio interno. Las medidas tomadas concretamente en Histiea parecen indicar la misma dirección en la interpretación de los hechos. Igualmente, en Mégara, sin duda se ha debido de experimentar un proceso de cambio que explique por lo menos la toma de actitud nueva con respecto a Corinto. Con respecto a Calcis se conserva una inscripción en la que se reproduce el juramento que la *boulé* y el demos de los atenienses impusieron a sus habitantes: no expulsaré a los calcidios de Calcis, ni destruiré la polis, ni privaré a nadie de sus derechos, ni lo castigaré con el exilio, ni lo arrastraré, ni lo mataré, ni confiscaré la propiedad de nadie, sin la aprobación del demos de los atenienses. También otras medidas políticas se hacen depender del mismo demos. Así mismo se comprometen a no rebelarse de él ni obedecer a quien se rebele, sino más bien a denunciarlo, a pagar el tributo y ayudar y defender al demos de los atenienses. El juramento lo vigilaría una embajada de Atenas. Una estela reproduciría el decreto en la acrópolis de Atenas a expensas de los de Calcis. Aquí tratarían sus propias cuestiones judiciales salvo las que implicaban muerte o pérdida de derechos, para lo que el asunto se trasladaría a la Heliea de Atenas.

22. LA PAZ DE 30 AÑOS

En 446/445, a la vuelta de Eubea, no mucho después, los atenienses establecieron una paz de 30 años con los lacedemonios y sus aliados, y entregaron Nisea, Pegas, Trecén y Acaya, que eran los territorios de los peloponesios que ocupaban los atenienses. Hay que destacar el hecho de que Atenas aparece sola, mientras los peloponesios se presentan como una alianza. Egina, aunque no aparezca en estas referencias, había conseguido en la letra cierta autonomía que la ciudad reclamaría años más tarde. También era contrario al tratado el que a los de Mégara se les impidiera más tarde el acceso a los puertos del imperio ateniense y al ágora del Ática.

Pausanias cuenta que delante del Zeus de Olimpia estaba la estela de bronce del tratado de paz de 30 años entre los lacedemonios y los atenienses. Cita un artículo por el que Argos, aunque no está incluida en el tratado, podía llegar en privado a la paz con los atenienses.

23. TUCÍDIDES EL DE MELESIAS

En Atenas, los aristócratas ya se habían dado cuenta de que Pericles se había colocado por delante de todos los ciudadanos, por lo que quisieron oponerle en la ciudad a alguien que debilitara su poder para que no llegara a la monarquía del todo, y ese hombre fue Tucídides de Alopece, hijo de Melesias, hombre prudente y pariente de Cimón, menos «guerrero» que éste, pero más orador y político, que se asentó en la urbe y competía con Pericles en torno a la tribuna, por lo que llevó rápidamente la situación política a un punto equilibrado. No permitió que los nobles se dispersaran y se mezclaran con el pueblo como antes, donde su prestigio quedaba eclipsado por la masa, sino que los mantuvo aparte y al reunir el poder de todos en una misma dirección estableció la balanza en su fiel. La reacción aristocrática va dirigida a dar coherencia a sus intereses y evitar que los nobles que actúan en política se dejen llevar por los intereses del demos. Es preciso volver a Cimón, pero ya no es fácil hacer en el demos una política aristocrática. Para ello, ahora, hay que prescindir del demos. El problema estriba en que éste ha adquirido demasiada fuerza con las reformas democráticas y el imperio. Tal vez opinaban que la paz era un buen momento para intentar modificar las condiciones históricas.

Antes, continúa Plutarco, entre las opciones aristocráticas y democráticas había muy poca diferencia, pero ahora, al enfrentarse estos dos hombres, quedó claro que había un abismo entre ambas, entre el pueblo y los «pocos». La reacción consistió en que Pericles dejó más libre al demos y gobernaba a su agrado, creando nuevas fiestas, banquetes, procesiones y educando a la ciudad con placeres no ajenos a las musas. Enviaba sesenta trieres con gran número de ciudadanos que cobraban su salario durante ocho meses y que se ejercitaban en la navegación, además de enviar clerucos a las tierras controladas. Con ello, los aspectos democráticos, tanto formales como de fondo, se agudizan. A esto hay que añadir las obras que contribuían a embellecer la ciudad. El resultado de la reacción aristocrática fue que se fortaleció el apoyo popular a Pericles. Los enemigos se dedicaron a acusarlo de malgastar los fondos públicos. Pericles ofrecía la alternativa de emplear sus propios fondos, con lo que recibió el apoyo de nuevo. La alternativa significaba volver al evergetismo tipo Cimón. En el momento en que se planteó el ostracismo, Pericles consiguió la expulsión de Tucídides, así como la disolución de la *hetairía* que se le había opuesto.

24. EL SISTEMA SOCIAL E IDEOLÓGICO

Según Plutarco, una vez que no tenía enemigos, Pericles adoptó una forma de actuar más propia de la aristocracia y de la realeza que de la democracia, mientras el pueblo se mostraba concorde, aunque a veces tenía que exhibir cierta

dureza para contener a la multitud. Era, dice, el único capaz de tratarla como convenía en estas circunstancias, en que se sentía segura y poderosa gracias al imperio. Además, se sumaba a ello su naturaleza incorruptible y su prestigio como hombre honesto. A pesar de las ideas personalistas propias de Plutarco, integrado en el sistema imperial romano, se traduce que las relaciones individuo-colectividad, revolución democrática-conservadurismo aristocrático, son posibles dentro de unas condiciones históricas peculiares y, en cierto modo, irrepetibles, donde el desarrollo de la ciudad, acompañado del crecimiento del imperio, permite un grado de libertad del demos que no hubo en ninguna otra ciudad clásica, pero donde también se creaban métodos de asimilación de las tradiciones aristocráticas que hacen del demos ateniense un heredero muy específico de las ideologías arcaicas griegas. Él es ahora quien representa colectivamente el espíritu aristocrático encarnado en la ciudad, lo que hace posible la convivencia con formas de gobierno que revisten por ello un alto grado de ambigüedad, siempre que sea posible el mantenimiento de la libertad del demos y de su capacidad para sobrevivir sin caer en una dependencia más o menos servil.

25. LA FUNDACIÓN DE TURIOS

En el Sur de Italia, los sibaritas habían sido expulsados por los de Crotona de su ciudad y enviado embajadores a Grecia, a los lacedemonios y a los atenienses, para que les ayudaran en su restablecimiento y tomaran parte en la colonia. Sólo los atenienses prometieron colaborar, dispusieron 10 naves y las enviaron bajo la guía de Lampón y Jenócrito; éstos anunciaron por varias ciudades del Peloponeso que quienes quisieran podían participar en la colonia. Muchos aceptaron, recibieron el oráculo de Apolo y marcharon a Italia. Encontraron cerca de Síbaris un lugar llamado Turia donde fundaron la ciudad llamada Turio cerca de la fuente que Apolo les había señalado. Dividieron el territorio en distritos y organizaron una ciudad perfectamente construida. Hubo conflictos debido a que los primitivos sibaritas monopolizaban el poder y acaparaban las tierras próximas a la ciudad, por lo que los nuevos mataron a la mayoría y pasaron ellos mismos a colonizar la ciudad, con colonos llegados de Grecia, con los que establecieron un sistema democrático y dividieron la ciudad en tribus según los orígenes de cada uno con una legislación que Diodoro atribuye al semilegendario Carondas, compuesta, según dice, de lo mejor de las legislaciones conocidas y muchas innovaciones propias. Por las características descritas por el propio Diodoro la legislación se interpreta como de inspiración neopitagórica, tendencia bastante dominante, en su vertiente política, en el sur de Italia. Más tarde, Diodoro pone de relieve las similitudes de Carondas y Zaleuco, al que describe como discípulo del filósofo Pitágoras.

26. SAMOS Y MILETO

En 441 surgió una guerra entre samios y milesios a propósito de Priene. Como éstos últimos estaban siendo derrotados, acudieron a los atenienses a quejarse contra los samios. Pero también los apoyaban algunos hombres privados de la propia Samos que deseaban transformar el sistema político. Los atenienses na-

vegaron hacia Samos con cuarenta naves y restablecieron la democracia, tomaron como rehenes a cincuenta niños y otros tantos hombres y los instalaron en Lemnos; tras dejar una guarnición se retiraron. Pero algunos de los samios, que no aceptaban la nueva situación, huyeron al continente donde se aliaron con el sátrapa de Sardes y penetraron en Samos de noche con unos setenta colaboradores. En primer lugar, promovieron la sublevación contra el demos y se ganaron a la mayoría, luego recuperaron a los rehenes de Lemnos y entregaron al sátrapa la guarnición ateniense y los magistrados que habían quedado allí y se prepararon para hacer una expedición contra Mileto, plan al que se sumaron los de Bizancio. Los atenienses enviaron una nueva expedición con Pericles como general, como la primera vez que derrotó a la flota samia. Luego puso asedio a la ciudad, aunque el propio Pericles se dirigió a combatir a las naves fenicias que los persas enviaban en apoyo de los samios. A pesar de todo, los samios controlaron durante un tiempo una salida al mar por la que podían hacer entrar y salir lo que necesitaban hasta que los atenienses recibieron nuevos refuerzos de la ciudad y de Quíos y Lesbos, por lo que los samios tuvieron que rendirse y llegar a un acuerdo para destruir las fortificaciones, entregar rehenes y las naves y pagar una suma para los gastos de guerra. Diodoro habla de los arietes y tortugas empleados por Pericles en el asedio de la ciudad, construidos por Artemón de Clazómenas.

27. LA POBLACIÓN DE LAS CIUDADES ALIADAS

El ejercicio del control por parte de Atenas sobre los aliados fue sin duda cada vez más estricto. El problema estriba en si dentro de estas ciudades había diferencias notables entre unos y otros. El texto anónimo atribuido a Jenofonte, titulado *Constitución de Atenas*, declara que los atenienses tratan especialmente mal a los ricos o poderosos, pues saben que el dominante siempre será odiado por el dominado y que, si los ricos y nobles son poderosos en las ciudades, el dominio del demos de Atenas no puede ser duradero, por lo que privan a los buenos de sus derechos y reciben sus riquezas, los matan y los exilian, y colocan a los malos en el poder. Reproducimos aquí a propósito el vocabulario de connotación moral que se refiere a las clases sociales, pero que en la mentalidad del oligarca ateniense posee una misma significación. Los buenos atenienses protegen a los buenos de las ciudades aliadas. De aquí se desprende que, en líneas generales, el imperio se interfería con cuestiones de estructura social, tanto en la propia ciudad de Atenas como de las ciudades de la confederación.

Este escrito, cuya fecha de composición puede situarse en las vísperas o ya dentro de la guerra del Peloponeso, usa un lenguaje bastante significativo de las divisiones internas de Atenas tal como se van fraguando a lo largo del proceso de formación y crisis de la democracia imperialista. Para el autor, posiblemente un oligarca ateniense, a quien los anglosajones han dado en llamar «Viejo oligarca», no es digno de alabanza el sistema político de Atenas porque prefieren los malos a los buenos, pero comprende que en él los pobres y el pueblo tengan más que los nobles y los ricos, porque es el pueblo quien maneja las naves y da el poder a la ciudad, y por ello participan en el poder y es lógico que a cualquiera le sea posible acceder a los cargos que se ejercen por sorteo o por elección, y que cualquiera pueda hablar si lo desea. Seguramente, si mandaran los ricos y los buenos,

no permitirían participar al pueblo, pues la virtud del bueno no es favorable al malo. Por ello éste no desea la eunomía, el buen gobierno, sino ser libre y dominar. El texto anónimo, desde su perspectiva antidemocrática, es posiblemente donde con más clarividencia se describen desde la antigüedad las características sociales de la democracia ateniense y de sus relaciones con el imperio.

Una de las formas de manifestación del tipo de relaciones existente entre los ricos y el demos fue el modo de pago de las construcciones. Ya se vio la reacción ante la propuesta de Pericles de subvencionar personalmente los gastos y lo que esto significaba como contrapartida al sistema evergético de Cimón. Existe un decreto, fragmentariamente conservado, sobre la construcción de una fuente en la ciudad, en que se especifica el control de la asamblea sobre los arquitectos y, aunque se dan las gracias a Pericles y a sus hijos, se determina que el gasto ha de hacerse con el dinero del tributo perteneciente a los atenienses una vez que la diosa Atenea ha recibido su correspondiente porción. Con esto se nota la autonomía del demos y su capacidad de control de las actividades en la ciudad, y también el papel colaborador de los individuos sobresalientes social y políticamente, pero también que toda esta actividad y la capacidad de colaboración, y concretamente de esta forma de colaboración, depende, en última instancia, de la existencia del tributo procedente del imperio. La importación de todos los productos de la tierra es una de las características que, según el discurso de Pericles citado, permiten que la vida de Atenas sea rica desde todos los puntos de vista, material o cultural.

29. EL IMPERIO COMO TIRANÍA

Por otro lado, las relaciones con los aliados se fueron haciendo cada vez más tensas. Pericles sabe, según Tucídides, que para los atenienses es necesario luchar para conservarlo; no sólo porque en la guerra se juega el hecho de ser esclavos o libres, sino porque el dominio crea odios en los sometidos que pueden ser peligrosos para el dominante. Se trata, en definitiva, de una tiranía, cuya posesión puede parecer injusta, pero su pérdida es peligrosa. En Atenas no se puede ser inactivo. Lo propio de quien manda no es permanecer en la seguridad que da la esclavitud. Comienza, pues, a perfilarse el hecho de que, para Atenas, la única alternativa al imperio es su propia servidumbre.

También en las relaciones con los peloponesios surgieron los problemas. En el momento de la revuelta de Samos, se planteó la posibilidad de intervenir en favor de la isla, pero tal posibilidad no llegó a cuajar a causa de la división de posturas entre los mismos peloponesios.

30. ACTIVIDAD EXTERNA DE PERICLES

Pericles hizo luego una expedición al Ponto Euxino, donde apoyó a las ciudades griegas y hacía notar el poder de Atenas ante los bárbaros. En Sinope dejó a Lámaco para combatir al tirano Timesileo hasta que lo expulsó e instaló a seiscientos atenienses para compartir casas y tierras con los habitantes. En general, había un fuerte impulso expansivo en la ciudad; había quienes pretendían di-

rigirse de nuevo a Egipto o quienes estaban deseosos de apoderarse de Sicilia, e incluso había quienes soñaban con Etruria y Cartago.

En 436, los atenienses vuelven a Los Nueve Caminos. En una expedición dirigida por Hagnón expulsan a los edones y hacen una fundación en el territorio con el nombre de Anfípolis. La mayoría de la población, sin embargo, era de origen diverso, y los atenienses constituían sólo una minoría. La ciudad era útil principalmente para acceder a la madera y por los ingresos que proporcionaba. Por su parte, entre 439 y 436, Formión acude a la llamada de los habitantes de Argos de Anfiloquia, que se han aliado con los acarnanios frente a los ambraciotas que los habían expulsado. El resultado de la acción ateniense fue la creación en Argos de una colonia mixta de gentes de Anfiloquia y Arcanania, y su alianza con los atenienses. En la década de los treinta, la geografía del dominio ateniense, por unos medios o por otros, se ha ampliado considerablemente.

DOCUMENTOS

1. TUCÍDIDES, I, 100: (TRADUCCIÓN F. R. ADRADOS)

Después de todo esto tuvieron lugar las batallas naval y terrestre del río Eurimedonte entre los atenienses y sus aliados, y los persas; en el mismo día triunfaron en una y otra los atenienses bajo el mando de Cimón, hijo de Milcíades, apresaron algunos trirremes de los fenicios y destruyeron unos doscientos en total. Más tarde los tasios se les sublevaron por diferencias acerca de los puertos comerciales y las minas situadas en la zona de Tracia, que está enfrente de ellos, de que obtenían beneficios. Los atenienses marcharon en sus naves contra Tasos, vencieron en batalla naval y desembarcaron; y por entonces enviaron mil colonos de sus ciudadanos y de sus aliados para colonizar el lugar entonces llamado Los Nueve Caminos y ahora Amfípolis, y se apoderaron de Los Nueve Caminos, que habitaban los edonos; pero al avanzar hasta el interior de Tracia fueron destrozados en Drabesco de Edonia por los tracios unidos, para quienes la fundación de la colonia era una amenaza.

2. PLATÓN, GORGIAS 515b-516c (Sócrates, Calicles)

SOC.– Pues no te pregunto por afán de disputar, sino porque deseo saber de qué modo crees, realmente, que se debe tomar parte en la vida pública entre nosotros. ¿O te vas a ocupar de otra cosa cuando llegues al gobierno de la ciudad y no, sobre todo, de que los ciudadanos seamos lo mejor posible? ¿No hemos convenido repetidas veces que éste es el deber del político? ¿Lo hemos convenido o no? Responde: «Sí lo hemos convenido»; contesto en su nombre. Pues bien, si esto es lo que un hombre bueno debe procurar a su ciudad recordando lo dicho dime si te sigue pareciendo que han sido buenos ciudadanos aquellos que citabas hace poco: Pericles, Cimón, Milcíades y Temístocles.

CAL.– Desde luego que sí.

SOC.– Así pues, si han sido buenos, es evidente que cada uno de ellos haría a los ciudadanos mejores de lo que eran antes. Hacían esto o no.

CAL.– Sí.

SOC.– Por consiguiente, cuando Pericles empezó a hablar al pueblo ¿no eran los atenienses peores que cuando pronunció sus últimos discursos?

CAL.– Tal vez.

SOC.– No vale decir tal vez, excelente Calicles, por que ello es de necesidad según lo que hemos convenido si de verdad él era un buen ciudadano.

CAL.– ¿Qué quieres decir?

SOC.– Nada, pero dime, además, si la opinión general es que los atenienses se han mejorado por obra de Pericles o, por el contrario, que han sido corrompidos por él. Pues yo oigo decir que Pericles ha hecho a los atenienses perezosos cobardes, charlatanes y avariciosos al haber establecido por vez primera estipendios para servicios públicos.

CAL.– Eso se lo oyes decir a los de las orejas rasgadas.

SOC.– Pero esto no lo he oído, sino que sé con certeza, lo mismo que tú, que al principio Pericles gozó de gran reputación y que los atenienses, cuando eran malos, no votaron contra él ninguna sentencia infamante; pero después que por obra suya se hicieron buenos y honrados, ya al final de su vida, lo condenaron por malversación y faltó poco para que lo castigaran con la muerte, evidentemente porque, en opinión de ellos, era un mal ciudadano.

CAL.– ¿Y qué? ¿Por esta razón era malo Pericles?

SOC.– Por lo menos, al obrar de este modo un encargado de cuidar asnos, caballos y bueyes, parecería malo si cuando los tomó no le coceaban, corneaban ni mordían y él dejó que se acostumbraran a hacer cerrilmente todas estas cosas; ¿no te parece malo todo guardián de animales que tomándolos mansos los hace más cerriles que cuando los tomó? ¿Te parece malo o no?

CAL.– Te diré que sí para darte gusto.

SOC.– Pues bien, compláceme también respondiendo a esto: ¿la especie humana es o no una especie animal?

CAL.– ¡Cómo no!

SOC.– ¿No eran hombres los que tenía bajo su cuidado Pericles?

CAL.– Sí aquellos lo eran.

SOC.– ¿Y qué? ¿No era preciso, según antes hemos convenido, que, por su intervención éstos se hicieran más justos de lo que antes eran, si es verdad que él que los gobernaba, era un buen político?

CAL.– Ciertamente.

SOC.– Y bien, los justos son de ánimo pacífico, según dijo Homero. ¿Qué dices tú? ¿No piensas lo mismo?

CAL.– Sí.

SOC.– Pero, sin embargo, Pericles los hizo más irritables de lo que eran cuando los tomó por su cuenta, y esto contra él mismo, contra quien menos hubiera deseado.

BIBLIOGRAFÍA

M. GRAWFORD, D. WHITEHEAD: *Archaic and Classical Greece. A Selection of Ancient Sources in Translation*. Cambridge University Press, 1983, 634 págs.

JACOBY: *Comentario a Filócoro*.

PLUTARQUE: *Vies. VII* por R. FLACELIERE et E. CHAMBRY, París, Las Belles Lettres, 1972.

CAPITULO V

INTRODUCCIÓN A LA GUERRA DEL PELOPONESO

1. LAS CONDICIONES DE LA GUERRA

Al margen de las motivaciones concretas de que se hablará a continuación, cuando se trate del enfoque dado por el historiador Tucídides al problema y que se ha esbozado en el capítulo anterior como punto final del desarrollo de las relaciones imperiales de Atenas, el panorama histórico general que sirve de causa global al inicio de la guerra es el representado por el desarrollo de la ciudad del Ática. Pero, desde luego, lo concreto y lo general son dos aspectos de la misma realidad y no dos realidades separadas y diferenciadas. Lo general se manifiesta y se materializa en lo concreto. Estos acontecimientos ocurrieron dentro del contexto del desarrollo general del imperio ateniense y de los conflictos que se producían con las ciudades aliadas y con las ciudades pertenecientes a la Liga del Peloponeso. Cada acontecimiento es sintomático del contexto total en que se desenvuelve. Podemos desprender la causa general del conocimiento de los hechos concretos, mientras éstos se explican dentro del contexto de la causa general.

La evolución que siguió, la democracia ateniense y sus relaciones con el desarrollo imperialista de la misma ciudad hizo que sus condicionamientos tuvieran graves repercusiones sobre el resto de Grecia. Ya Tucídides hace constar que la importancia de la guerra estribó en haber implicado a todas las ciudades griegas de modo directo o indirecto.

En efecto, el desarrollo del sistema, tal como había tenido lugar en Atenas, era consecuencia de condiciones similares a las del resto de Grecia, pero al mismo tiempo había alcanzado formas que resultaban contradictorias con el sistema mismo, especialmente cuando no se daban las características producidas en Atenas, sobre todo si se tiene en cuenta que éstas se basaban en sus relaciones con los demás. Aquellas ciudades en que el desarrollo de Atenas se apoyaba no podían, por esta misma circunstancia, alcanzar las condiciones de Atenas: ellas mismas no podían apoyarse a su vez en otras. Las circunstancias en que se movía Atenas

eran al mismo tiempo irrepetibles y determinantes para las demás ciudades. Sólo allí era posible que el desarrollo del sistema esclavista creara condiciones que alteraban el sistema mismo, al ir unido a sus características como ciudad imperialista, pero en las demás ciudades sólo se conseguía la alteración del sistema. Por ello se da la paradoja de que la democracia esclavista unida al imperio ponía en peligro el sistema esclavista mismo. En Atenas, las peculiares condiciones hacen posible la existencia de la concordia entre los diferentes sectores de la población libre e incluso se alcanza un cierto estatuto de aparente convivencia con el mundo de los esclavos. Fuera de Atenas, en cambio, o se conserva la sumisión de los sectores no poderosos de la población libre, con lo que la libertad de éstos es por tanto más aparente que real, o las tendencias a imitar la democracia ateniense ponen en peligro el sistema mismo. Atenas es, pues, culminación del sistema esclavista, en sus vertientes democrática e imperialista y, paralelamente, en relación dinámica y contradictoria con esto, una amenaza para el sistema esclavista mismo, que se reproduce en una escala de estatutos de dependencia que sirve para su fortalecimiento. Las relaciones de dependencia se fortalecen en un sistema escalonado de *status*, que la democracia ateniense pone en peligro al procurar la libertad del demos.

La contradicción más importante de la democracia ateniense está en que se consigue la libertad del demos al hacer de éste el hegemón de las ciudades del imperio. Lo que en el terreno interno de la ciudad son relaciones democráticas se traduce en el imperialismo exterior. El demos liberado de su propia servidumbre adopta hacia el exterior las actitudes del señor que domina sobre poblaciones dependientes. De ahí la importancia de que Tucídides utilice constantemente la terminología de la esclavitud para referirse a las relaciones entre Atenas y las demás ciudades. El imperialismo pasa a concebirse en los términos de las relaciones esclavistas. La libertad del demos, en las condiciones de la ciudad antigua, sólo es posible si las relaciones de dependencia se elevan por encima de la ciudad misma. El imperialismo viene a ser la forma de dependencia externa que hace posible la independencia interna del demos.

Pero hay también otro aspecto en que se produce el mismo modo de proyección. El imperialismo permite la concordia dentro de la ciudad de Atenas. Sin embargo, la consecuencia es la discordia externa. Desde muy pronto, en la época de la teórica paz, se hizo patente que la existencia de la ciudad imperialista creaba conflictos entre ciudades. Atenas choca con sus propios aliados, en condiciones que ponen de manifiesto las contradicciones internas de estas ciudades, pero también choca con las ciudades ajenas a la confederación de Delos, sobre todo con las que formaban parte de la Liga del Peloponeso.

Los principales afectados por el proceso de desarrollo imperialista ateniense fueron Corinto, cuyo dominio se ejercía sobre zonas que resultaban vitales para el control ateniense de los mares, y Esparta, que veía afectado el control general de la situación griega por la expansión de Atenas y que, además, desde el punto de vista ideológico, veía cómo se deterioraba el fundamento en que se asentaba su prestigio debido a la expansión del «espejo» democrático sobre el modelo ateniense, al mismo tiempo que se detectaban problemas internos dentro de la propia Esparta que muy probablemente no dejan de tener algún tipo de relación con la existencia del mismo «espejo» ateniense; y, en último lugar, pero no por ello con

menos incidencia en los hechos, hay que contar entre los afectados por el crecimiento del poder ateniense a los *oligoi*, «los pocos», es decir, a las oligarquías de las ciudades sobre las que se ejercía el poder ateniense, donde éste creaba en el demos las expectativas democráticas que podían lograrse con la imitación de Atenas, pero en las que no había condiciones reales para que el demos pudiera disfrutar de esos mismos derechos al tiempo que se mantenía la concordia. En estas ciudades la liberación del demos significaba la pérdida de los privilegios de los pocos. Éstos, por tanto, en general, veían cómo su enemigo no sólo al propio demos de su ciudad sino también a la democracia ateniense.

2. TUCÍDIDES

La guerra del Peloponeso fue el objeto de atención de Tucídides, historiador ateniense que se propuso contarla porque había sido el hecho más grande que había sucedido nunca. Escribió ocho libros en los que llega hasta el año 411, pero tanto el libro VIII como el V son objeto de controversia sobre su carácter de obra terminada o inconclusa. Entre otras cosas, estos libros se caracterizan por carecer de discursos, que son, en el resto, una de las características más sobresalientes. En ellos es, normalmente, donde Tucídides «interpreta» la historia por medio de la exposición de posturas variadas que resaltan la capacidad del historiador para no contemplar los hechos de manera monolítica. La historia de la guerra del Peloponeso contada por Tucídides es, por ello mismo, uno de los acontecimientos que el mundo antiguo nos ha transmitido más cargado de matices y donde el historiador actual puede captar, de modo más directo, a través de la fuente, el carácter contradictorio y conflictivo. Pues bien, en los libros II-IV se narra la guerra arquidámica, que ocupa los años 431-421. El libro V cuenta los años que transcurren entre la paz de Nicias y la expedición a Sicilia. Se ha considerado una especie de apéndice, imperfectamente elaborado, de los libros anteriores. Los libros VI y VII se refieren, de nuevo con detalle y discursos, a la expedición a Sicilia. El libro VIII trata de los sucesos que llevaron al establecimiento de la oligarquía en 411.

El libro I consta de tres bloques principales. El primero está constituido por la «arqueología» en que Tucídides cuenta la historia antigua de Grecia, principalmente para demostrar que nunca se dieron condiciones como las que hicieron tan importante su guerra. El tema principal es el desarrollo de la riqueza y del poder marítimo. El segundo bloque es el que narra la «Pentencontencia», los «50» años desde el final de las Guerras Médicas hasta el inicio de la guerra del Peloponeso. Aquí le importa explicar el crecimiento del poder ateniense. Con esto está íntimamente relacionado el tercer bloque, el de la explicación de las causas y los antecedentes de la guerra. Para Tucídides, la causa «más verdadera», la que no se dice ni se utiliza nunca, es el «temor» al crecimiento del poder ateniense. En ello el autor profundiza en la realidad histórica de manera que nos hace patente todo lo antes expuesto. El imperialismo chocaba en la realidad con las estructuras griegas establecidas en la mayoría de las ciudades. Pero el historiador profundiza aún más. El temor es un motivo de las acciones humanas. Y no sólo lo era para los enemigos de Atenas o para las ciudades sojuzgadas. Lo era también para Atenas y, concretamente, para el demos. En definitiva, su libertad dependía del

imperio y éste dependía a su vez de la guerra. Los enemigos de Atenas luchan contra ella para no caer en la esclavitud, que es como Tucídides denomina habitualmente a la relación imperialista. Pero el demos ateniense lucha también por temor, porque para él perder la guerra y perder el imperio significa perder las condiciones por las que puede permanecer libre, significa correr el riesgo de caer en la «esclavitud», utilizada esta vez como metáfora de la relación de dependencia en que cae el demos de las ciudades donde no hay democracia y en que el demos no disfruta de los derechos políticos, de la *politeía* que le permite conservar su libertad. El propio Tucídides indica que, con la llegada de la oligarquía, el demos tenía miedo de ser esclavizado.

Cuando Tucídides elige como tema de su historia la guerra del Peloponeso, lo hace porque considera que en la guerra es donde se manifiesta de manera más verdadera la auténtica naturaleza humana. Y la guerra del Peloponeso era para él la más grande porque en ella se manifestó más que nunca esa naturaleza. Las condiciones de las ciudades griegas en ese momento no tenían precedentes. Y, sobre todo, lo que no tenía precedentes era la situación en que se encontraba la ciudad de Atenas. En la guerra, el demos se jugaba su pervivencia como tal. Pero, al mismo tiempo, la paradoja estaba en que era inevitable. La naturaleza misma imponía sus condiciones al demos ateniense que, para seguir disfrutando de la situación que se permitía con el imperio, tenía que mostrarse constantemente activo, no podía vivir en tranquilidad. El problema más grande estribaba en que esa actividad a que lo impulsaba su propia necesidad lo llevaba a su propia destrucción: la guerra se convirtió en el escenario en que entró en crisis la democracia y el imperio.

3. TUCÍDIDES Y LA TRAGEDIA

Es frecuente la afirmación de que Tucídides está influido por la tragedia. En su obra se exponen determinadas condiciones que llevan al protagonista, al demos ateniense, a actuar de manera positiva en una determinada dirección hasta un punto en que, por el propio impulso de esa actuación, la dirección se invierte y la actuación se hace negativa, un punto que puede identificarse con la *peripéteia* de la tragedia: momento en que algo se convierte en su contrario, cuando por ejemplo la investigación positiva del *Edipo Rey* de Sófocles se vuelve contra él mismo. Sin negar esta posible influencia de un género tan vivo en la ciudad democrática, también se podría afirmar algo que en cierto modo es lo contrario. Son las condiciones de la democracia ateniense, las mismas que en su crisis dentro de la guerra llevaron a Tucídides a escribir su historia y a escribirla así, las que permiten al artista creador de la tragedia percibir el elemento contradictorio y autodestructivo presente en la sociedad de su época. La tragedia alcanza su apogeo y su forma clásica dentro del ambiente de la democracia que tiene en sí el germen de su destrucción, de su propia *peripéteia*, y su público es la ciudad de Atenas, colectivamente, es decir, el protagonista mismo de ese proceso, lo que explica la identificación de público y obra característica del teatro griego hasta un grado raramente repetido en la historia.

Tucídides percibió, pues, la realidad de su época con el espíritu que se desprendía de esa misma realidad. De ahí también la identificación entre tema y

condicionamientos. Lo que Tucídides expone son las propias condiciones que lo llevaron a escribir sobre ese tema de esa manera.

4. CAUSAS DE LA GUERRA

Pero el historiador ateniense baja al mismo tiempo a lo concreto. Ha sido objeto de elogios y de críticas por su carácter «positivista», por ser un narrador minucioso de hechos y batallas, por contar los datos y las circunstancias políticas con extremada precisión, por nombrar un buen número de protagonistas individuales de los hechos. Junto a lo que él considera la causa «más verdadera», Tucídides expone también con detalle los motivos inmediatos, las causas que cada uno esgrimía para iniciar la guerra. Para él son principalmente dos y ambas están relacionadas con los problemas surgidos entre Atenas y Corinto.

5. CORCIRA

Epidamno, luego Dirraquio *(Dyrrhachium)* y más tarde Durazzo, era una colonia del mar Adriático, en la costa ilírica, que habían fundado los corcirenses, con la participación de Corinto y otros dorios. De Corinto provenía el fundador y, además, Corcira era, por su parte, una colonia corintia. En el año 435, en medio de circunstancias complejas en que está implicada la guerra con los bárbaros vecinos, el demos expulsó a los poderosos y éstos se dedicaron, en alianza con los bárbaros, a hacer pillaje contra los de la ciudad por tierra y por mar. Los de la ciudad enviaron un embajador a Corcira para que sirvieran de intermediarios, pero los corcirenses no hicieron caso. El oráculo de Delfos aconsejó entonces a los epidamnios que acudieran a Corinto en calidad de fundadores y se entregaran a su hegemonía y protección. Estos aceptaron, a causa, en gran medida, de que estaban dolidos con los de Corcira porque, según se desarrollaba como potencia naval, se había ido desligando cada vez más, rompiendo los lazos, incluso los religiosos, tradicionales de toda colonia. Así, enviaron su apoyo a Epidamno, lo que irritó a los corcirenses que lo interpretaban como una entrega de la colonia a Corinto; y, al mismo tiempo, como los exiliados de Epidamno habían acudido a Corcira en busca de ayuda, ésta envió una flota reclamando el regreso de los exiliados y la expulsión de los corintios. Al no ser atendidos, asediaron la ciudad. Los corintios organizaron una expedición al mismo tiempo que una nueva fundación colonial, a la que se apuntaron muchos. Para la expedición se disponía además de la colaboración de varias ciudades. A pesar de todo, en un primer enfrentamiento, los corcirenses, para demostrar su superioridad, se dedicaron a devastar las colonias corintias de la zona. Pero, dado que Corinto se consagraba a prepararse con mayores recursos para un nuevo ataque, los corcirenses se asustaron y, como no formaban parte de ninguno de los pactos, del Peloponeso ni de Atenas, se dirigieron a ésta en busca de alianza y de ayuda. Al aceptar los atenienses, nos encontramos a éstos enfrentados a Corinto, ciudad perteneciente a la liga del Peloponeso.

Importa tener en cuenta las circunstancias en que se produjo este agrupamiento de alianzas porque, en principio, resulta chocante el hecho de que Atenas

se aliara a Corcira, que apoyaba a los «poderosos» exiliados por el demos de Epidamno. Las relaciones de alianzas no se forman siempre de modo automático entre formas sociales y políticas más o menos similares. Hay que sumar factores variados. Entre éstos aquí tenemos presentes las relaciones de colonato, no sólo las antiguas, sino las nuevas intenciones de Corinto, la importancia de la flota y la posible competencia de la paz y la guerra. Según Tucídides, los atenienses aceptaron la alianza porque les parecía que la guerra con el Peloponeso iba a producirse en cualquier caso y no querían dejar Corcira en manos de los corintios, con la potencia marítima que tenía, sino procurar que aquéllos y los demás que poseían flota estuvieran más débiles para la guerra. Por lo demás, la isla estaba muy bien situada, en el camino de Italia y de Sicilia. Es éste un argumento que habían utilizado los corcirenses en el discurso pronunciado, según Tucídides, para convencer a los atenienses de que les prestaran ayuda. Las circunstancias previas a la guerra son condicionantes de las alianzas.

La consideración de que Corcira se encontraba en el camino de Italia y Sicilia ha dado lugar a la hipótesis de que se trataba de rivalidades por rutas comerciales. Ste-Croix se enfrenta a estos argumentos sobre la base de que la guerra antigua estaba siempre movida por problemas derivadas de los territorios limítrofes o por el control de territorios lejanos, lo que es coherente con la consideración de que la base de la economía antigua es siempre la agricultura. Sólo surgen problemas comerciales cuando afectan a necesidades de aprovisionamiento de la ciudad desde lejos y que pueda ser objeto de bloqueo por los enemigos. Existen, con todo, casos en que las fronteras no están claramente delimitadas. Desde luego hay que evitar el uso del concepto de «rivalidad comercial» como si se tratara del mundo moderno. De esto se ha abusado de una manera especialmente destacada para tratar de explicar los problemas surgidos entre Corinto y Atenas: dos ciudades con relaciones exteriores notables en esta época que parecen competir por el mercado, para lo que el estudio de la cerámica ha servido de fundamento. Hay que reconocer que, aun tomándolo con muchas precauciones, queda algo de verdad en la afirmación de que existe una cierta «rivalidad ultramarina». De todos modos, también tiene razón Ste-Croix al insistir en que tal rivalidad perdura por lo menos desde 461/460, cuando se produjo la alianza de Mégara con el Ática porque aquélla sufría la guerra con Corinto «por las fronteras de la tierra» y abandonó para ello la alianza con Esparta. De aquí surgió en los corintios, dice Tucídides, su violento odio hacia los atenienses. Esto ocurría justamente después de que los atenienses vieran rechazada la ayuda que habían enviado a los espartanos contra los hilotas refugiados en el monte Itome.

6. POTIDEA

El segundo acontecimiento que llevó a la guerra tuvo lugar en la colonia corintia de Potidea, en el istmo de la península de Palene, en Calcídica. La ciudad pagaba tributo a Atenas como miembro de la Liga de Delos. En el año 432 el tributo pagado era de quince talentos, mientras que el normal era de seis. Según Tucídides, los atenienses plantearon una especie de ultimátum por el que debían destruir el muro hacia Palene, entregar rehenes y expulsar y no volver a admitir a los epidemiurgos que enviaban cada año los corintios. Temían, continúa Tu-

cídides, que los potideatas se rebelaran convencidos por Perdicas y los corintios. éstos se encontraban en situación hostil por el asunto de Corcira, y Perdicas II se hallaba en guerra con los atenienses porque éstos apoyaban a su hermano Filipo, y a Derdas, en su rivalidad con aquél. Los atenienses terminaron atacando Potidea con tropas al mando de Calias y Formión, lo que los enfrentó a Perdicas, a la Liga Calcídica, reducida a la ciudad de Olinto por el consejo de Perdicas de que abandonaran las ciudades costeras y se reunieran en una ciudad fuerte, y a Aristeo, enviado por Corinto. Ste-Croix considera que los corintios fueron los instigadores de la revuelta. Este autor intenta demostrar que todas las responsabilidades de la guerra hay que colocarlas en el lado peloponésico y aquí encaja la interpretación de este hecho concreto. Atenas sólo se limitó a reaccionar y nunca tuvo la iniciativa en la violación de la paz de treinta años. Fueron aquéllos los que la violaron, pues este hecho, piensa, era una transgresión evidente, a pesar de que Tucídides diga que la guerra no había estallado, sino que la tregua todavía existía, dado que los corintios habían hecho esto privadamente.

7. MÉGARA

La tercera causa de la guerra, según la interpretación tradicional, fue un decreto promulgado por los atenienses que recibe el nombre de *pséphisma* megárico, por el nombre que se da en griego a tal tipo de texto legislativo, procedente de una votación de la asamblea, y por referencia a la ciudad de Mégara contra la que tal decreto iba presuntamente dirigido. La existencia de tal decreto, su verdadero carácter y su real incidencia en las causas de la guerra han sido objeto de viva polémica recientemente. Tucídides hace solamente algunas breves menciones: en I, 67, 4, cuando Corinto plantea sus reclamaciones ante la Liga del Peloponeso a causa de los problemas de Corcira y Potidea, dice que se presentaron otros pueblos que tenían también sus reclamaciones que hacer, y sobre todo Mégara, que mostró algunas exigencias de no poca importancia, pero especialmente la de que se había visto apartada de los puertos del imperio ateniense y del mercado del Ática, contrariamente a los pactos; en I, 139, 2-3, donde los espartanos hicieron a Atenas las exigencias necesarias para evitar la guerra, entre ellas estaba el levantamiento del decreto, pero los atenienses se negaron, invocando que los megarenses se habían puesto a cultivar la tierra sagrada e indivisa y acogieron a los esclavos fugitivos; y, finalmente, como objeto de la discusión misma de la asamblea ateniense.

El decreto también aparece mencionado varias veces por Plutarco, en su *Vida de Pericles*, y Aristófanes hace algunas alusiones en *Los acarnienses* y en *La Paz*. La polémica anunciaba parte de la crítica realizada por Ste-Croix en su estudio sobre los *Orígenes de la Guerra del Peloponeso*. Para este autor, en la parte correspondiente al análisis concreto de las fuentes, hay que admitir en primer lugar la existencia de varios decretos atenienses referentes a Mégara, con diferentes fechas, intenciones y contenidos, aunque todos ellos sean producto de las relaciones conflictivas mantenidas con esa ciudad desde hacía algunos años. Con respecto al fondo de la cuestión, el autor critica la interpretación general dada al decreto, que llama «de exclusión» para diferenciarlo de los demás. No se puede admitir que el decreto tuviera una finalidad inmediata de tipo económico,

ni una finalidad remota de tipo estratégico y militar, ni, en consecuencia, que por este decreto se pueda llegar a la conclusión de que Atenas mostraba sus intenciones agresivas. Ste-Croix vuelve a insistir en que las razones «de mercado» no son determinantes en el mundo antiguo, ni las medidas comerciales son fácilmente controlables por ninguna ciudad. De hecho, los megarenses seguían encontrándose posteriormente en los mercados atenienses. En definitiva, sus conclusiones afectan principalmente al concepto de mercado, ágora, comercio internacional, política económica de los Estados, etc, en el mundo antiguo, así como a las responsabilidades en el inicio concreto de la guerra del Peloponeso. La polémica suscitada afecta, por ello, a varios campos historiográficos, desde el análisis de las fuentes al de las culpabilidades bélicas, pasando por un terreno teórico e interpretativo que, en muchos casos, da lugar a la ambigüedad. En cualquier caso, todos estos acontecimientos estarían inmersos en una realidad subyacente a la dinámica general emprendida por el imperio ateniense y sólo adquieren su pleno sentido si no se pierde de vista la perspectiva global.

8. ESPARTA

En Esparta, la situación interior no era monolítica. En general, la carencia de fuentes sobre los problemas ideológicos de la vida espartana obliga a que, sólo de vez en cuando, y como un reflejo en las relaciones exteriores, se perciba la existencia de una cierta conflictividad. El rey Arquidamo se manifiesta partidario de intentar todos los esfuerzos para conservar la paz, mientras el éforo Estenelaidas se revela vivamente favorable a emprender la guerra. Tras los discursos de uno y de otro para discutir la propuesta iniciada por los corintios, Tucídides se hace una escueta reflexión: los lacedemonios votaron que había existido ruptura del tratado y que había que hacer la guerra, no tanto porque fueran convencidos por sus aliados con sus razonamientos cuanto porque temían que los atenienses se hicieran aún más poderosos, al ver que la mayor parte de Grecia estaba en sus manos.

Es necesario constatar el hecho curioso de que, en medio de tales crudas relaciones bélicas e imperialistas, en que el dominio y la sumisión se encuentran en primer plano y se manifiestan de manera descarnada, donde aparentemente se evita cualquier encubrimiento ideológico más o menos embellecedor o justificativo, los lacedemonios dan comienzo a sus reclamaciones a Atenas, pretexto sin duda para hacer la guerra, con la de que alejaran de sí la mancha de la diosa, cometida por los Alcmeónidas en el momento de la expulsión de Cilón, aspirante a la tiranía, cuando mataron a sus partidarios, después de hacerlos alejarse del altar de la Acrópolis en que se habían refugiado como suplicantes. Pero Tucídides ve claro detrás de las apariencias: externamente trataban de vengar a los dioses, pero sabían que Pericles pertenecía a esa familia por línea materna y hacían creer que si lo expulsaban se llegaría más fácilmente a un acuerdo. No esperaban que surgiera tal cosa, pero sí que se desprestigiara ante la ciudad, como si la guerra fuera al menos en parte consecuencia de sus circunstancias personales. Pero los atenienses respondieron con las mismas armas cuando exigieron que se alejaran las manchas obtenidas en el caso de los hilotas refugiados en el Ténaro o en el de Pausanias en el templo de Atenea Calcieco.

Por parte de los espartanos, las reclamaciones que alcanzaban un mayor efecto propagandístico y que más repercusión tuvieron a lo largo de la guerra eran las referentes a la obtención de la autonomía de los griegos sujetos al dominio ateniense. La respuesta de Pericles es firme: no se puede ceder a ninguna de las pretensiones de los lacedemonios. Todo lo que se haga en ese sentido no hará más que debilitar a los atenienses y, al final, la guerra tendrá lugar igualmente. El objetivo inmediato es la reducción de las defensas del contrario. De aquí puede deducirse que, desde el punto de vista de Tucídides, son los lacedemonios los que quieren la guerra y es suya la iniciativa, pues utilizaban una serie de pretextos que inevitablemente tenían que llevar a ella, lo que es coherente con su visión global de que la causa «más verdadera» estaba en el temor a Atenas. La exigencia de Esparta, dice Will, era inaceptable para los atenienses y los espartanos tenían que saberlo.

DOCUMENTOS

1. TUCÍDIDES, I, 44. (TRADUCCIÓN F. R. ADRADOS)

Así hablaron los corintios. Los atenienses, una vez que oyeron a ambos bandos, en la primera Asamblea de las dos que celebraron atendieron a las razones de los corintios no menos que a las de los corcirenses; mas en la última resolvieron, cambiando de opinión, no establecer con los corcirenses una alianza que estipulara los mismos amigos y enemigos –porque si los cocirenses les exigían atacar con ellos Corinto por mar, quedaría roto su tratado de paz con los peloponesios– pero concertaron con los corcirenses una alianza defensiva para proteger sus territorios en el caso de que alguien atacara Corcira o Atenas o a los aliados de estas ciudades: pues se pensaba que la guerra contra los peloponesios había de tener lugar de todos modos, y querían no abandonar a los corintios Corcira con su gran escuadra, sino dejarles chocar unos contra otros lo más posible, para, si hacía falta, entrar en guerra una vez debilitados los corintios y los demás que poseían escuadra. Y además pensaban que la isla estaban situada muy oportunamente en la ruta costera de Italia y Sicilia.

Por estas razones aceptaron como aliados los atenienses a los corcierenses, y poco después, al marcharse los corintios, les enviaron diez naves como ayuda; las mandaban Lacedemonio, hijo de Cimón, Diótimo, hijo de Estrómbico, y Proteas, hijo de Epicles. Les ordenaron no luchar contra los corintios, a no ser que navegaran hacia Corcira o alguna posesión suya y fueran a desembarcar, y que en ese caso se lo impidieran con todas sus fuerzas. Les dieron estas órdenes para no quebrantar la paz. Y llegaron a Corcira las naves áticas.

2. TUCÍDIDES, I, 140-144. (TRADUCCIÓN F.R. ADRADOS)

Continúo ateniéndome, siempre a la misma opinión de no ceder ante los peloponesios, ¡oh atenienses! aunque sé que los hombres no hacen la guerra con igual disposición de ánimo que la que tienen cuando se dejan decidir a ella, y que cambian de opinión según los acontecimientos. Pero veo que también ahora os tengo que aconsejar cosas parecidas y semejantes, y considero justo que aquellos de vosotros que se dejen persuadir defiendan nuestra común manera de pensar si tenemos algún fracaso o que, en otro caso, no se atribuyan inteligencia si tenemos éxito; pues sucede a veces que el curso de los acontecimientos se desarrolla en forma no menos imprevisible que los planes del hombre, razón por la cual solemos culpar a la fortuna de cuanto sucede contra lo previsto.

Ya antes era evidente que los lacedemonios maquinaban contra nosotros, y ahora lo es más que nunca; pues habiendo propuesto nosotros que ambas partes sometan a arbitraje sus diferencias y, que en tanto cada uno conserve en su poder lo que tiene, ni nos han exigido someternos a arbitraje, ni ofreciendo nosotros hacerlo, así lo aceptan, sino que prefieren satisfacer sus quejas con la guerra y no con discusiones, y ahora han venido dando ya órdenes y sin hacer acusaciones, pues exigen que levantemos el sitio de Potidea, concedamos la independencia a Egina, y, deroguemos el decreto megárico, y estos últimos que han llegado nos piden que devolvamos la libertad a los griegos. Ninguno de vosotros piense que haría la guerra por un motivo fútil si no derogamos el decreto megárico, que pretenden con la mayor insistencia que si fuera derogado no estallaría la guerra, ni dejéis dentro de vosotros mismos la acusación de que entrasteis en guerra por una cosa pequeña, pues esta pequeña cosa comprende en sí la reafirmación y prueba de vuestra política, ya que, si accedéis a ella, al punto os darán otra orden de más importancia, pensando que les atendisteis en esto por miedo; mientras que si corroboráis vuestra política, les haréis ver claramente que deben, por el contrario, trataros como a iguales.

Así, pues, decidid ahora mismo obedecer antes de sufrir daños o luchar, cosa que estimo preferible, dispuestos a no ceder ni ante un pretexto grande ni ante uno pequeño, y a no poseer con miedo lo que es nuestro. Pues la exigencia grande y la pequeña impuesta a otros por sus iguales sin atenerse a arbitraje significan igualmente la esclavitud.

Enteraos oyéndome con atención de que no seremos inferiores en lo que toca a los recursos militares de cada bando. Los peloponesios trabajan con sus manos y no tienen dinero ni en poder de los particulares ni en el de los estados, y además carecen de experiencia en guerras largas y de ultramar, a causa de hacerla unos contra otros durante breve tiempo, debido a su pobreza. Hombres como éstos no pueden equipar naves ni enviar fuera muchas veces grandes ejércitos, ya que en este caso están distantes de sus dominios y encima gastando de sus recursos, y además con el mar cerrado; y son las reservas en dinero más que las contribuciones extraordinarias las que sostienen las guerras. Además, los que trabajan con sus manos están más dispuestos a luchar con sus cuerpos que con su dinero, pues tienen confianza en que los primeros podrán sobrevivir a los peligros, mientras que no consideran seguro que el segundo no se gaste antes de tiempo, sobre todo si, como es lo natural, la guerra se prolongase más de lo que esperan; pues los peloponesios y sus aliados tienen fuerza para hacer frente en una batalla a todos los griegos unidos, pero no son capaces de hacer la guerra contra una organización militar diferente, ya que no disponen de una Asamblea permanente para poner en práctica con energía un plan, y que teniendo todos igual voto y no siendo de igual estirpe, cada uno se afana por lo que le interesa, situación en la que suele no llevarse nada a término. Pues, en efecto, los unos quieren ante todo tomar venganza, y los otros inflingir el menor daño posible a sus propiedades. Y cuando al cabo del tiempo se reúnen, examinan algún asunto de interés común en una pequeña fracción de tiempo, mientras que durante casi todo él negocian sus asuntos privados y cada uno piensa que no va a sufrir daños por su falta de atención, sino que le corresponde a algún otro tomar medidas en su interés, de modo que, al pensar de esta forma cada uno por su parte, no se dan cuenta de que los intereses comunes todos juntos se echan a perder.

Y, sobre todo, les será obstáculo su escasez de dinero, pues sufrirán demoras al procurárselo con dificultad; y las oportunidades que ofrece una guerra no esperan. Tampoco, en verdad, se debe tener miedo a que hagan fortificaciones en el Ática, ni a su marina. Pues aún en la paz es difícil que una ciudad de igual poder lo lleve a término, y mucho menos en territorio enemigo y estando nosotros por nuestra parte tan fortificados como puedan estarlo ellos; y aunque construyan un fuerte, podrán dañar una parte del país con incursiones y acogiendo a esclavos fugitivos, pero no bastará para impedir que nosotros, mediante expediciones navales, nos fortifiquemos en su país y que nos defendamos con la escuadra, que es nuestra fuerza. Porque, a pesar de todo, la guerra naval nos da más experiencia en la terrestre que la que a aquéllos les da la terrestre en la naval. Y no lograrán con facilidad hacerse expertos en el arte naval; pues ni vosotros siquiera que habéis ejercitado este arte desde las mismas Guerras Médicas, lo habéis llevado aún a la perfección. ¿Cómo, pues, gentes labradoras y no marineras, y que además ni siquiera podrán adquirir práctica por estar bloqueadas permanentemente por muchas naves, podrían hacer algo de provecho? Pues contra unas pocas que les bloquearan podrán arriesgarse dando confianza a su inexperiencia con el número; pero al tener cerrado el mar por muchas, no se moverán, y al no ejercitarse se harán más inexpertos y por lo mismo más inactivos. El arte naval, en efecto, es una técnica como cualquier otra y no admite ser aprendida como cosa accesoria en cualquier ocasión, sino que, por el contrario, exige no tener junto a sí ninguna otra cosa accesoria.

Y si tomando prestado dinero de Delfos u Olimpia intentaran con una soldada mayor quitarnos los marineros extranjeros, sería esto cosa grave si no pudiéramos hacerles frente embarcándonos nosotros y nuestros metecos; pero la verdad es que esto nos es dado y que, sobre todo, tenemos ciudadanos por pilotos, y el resto de nuestras tripulaciones es más numeroso y mejor que el de toda Grecia reunida. Además, ninguno de los extranjeros aceptaría con peligro propio ser desterrado de su patria y luchar en unión de ellos por percibir una gran soldada por pocos días con menor esperanza de salvación.

Tal o semejante me parece ser la situación de los peloponesios, mientras que la nuestra creo que carece de los defectos que reprochamos a aquellos y que tiene otras grandes ventajas que no admiten comparación. Si avanzan por tierra contra nuestro territorio, nosotros navegaremos contra el suyo, y no serán cosas equivalentes que una parte del Peloponeso sea devastada y que lo sea el Ática entera: ellos no podrán adquirir a cambio otra tierra sin lucha, mientras que nosotros tenemos muchas posesiones en las islas y en el continente; pues el imperio del mar es una cosa decisiva. Mirad: si fuéramos isleños, ¿quiénes serían más inexpugnables? Pues bien, es preciso que os hagáis ahora una idea semejante a dicha situación, y abandonando la campiña y las casas, defendáis

el mar y la ciudad, y además que no os confiéis, indignados por la suerte de las primeras, a una batalla decisiva contra los lacedemonios, superiores en número –porque, si vencemos tendremos que luchar otra vez con un número no inferior de ellos, y si somos derrotados, perderemos encima nuestros aliados, que son nuestra fuerza, pues no dejarán de organizar expediciones contra ellos, si no somos capaces de defenderlos–, ni lloréis por las casas ni la campiña, sino por los hombres; pues estas cosas no nos procuran hombres, sino que son los hombres quienes nos las procuran. Y si confiara en persuadiros, os invitaría a salir de la ciudad para destruirlas vosotros mismos y mostrar a los peloponesios que no les obedeceréis por vuestro interés por ellas.

Muchas otras razones puedo exponer que dan esperanza de que salgamos vencedores si os decidís a no adquirir nuestras posesiones durante la guerra y a no atraernos peligros arrostrados voluntariamente, pues tenemos más a nuestros errores que a la estrategia del enemigo. Pero éstas las expondré en otro discurso cuando estemos en guerra; ahora debemos despachar a los embajadores respondiendo de este modo: que dejaremos que los megarenses utilicen nuestro mercado y puertos, si los lacedemonios no decretan expulsiones de extranjeros que nos alcancen a nosotros o a nuestros aliados pues ni lo uno ni lo otro está prohibido en el tratado de paz; que devolveremos a las ciudades su libertad si cuando concertamos el tratado la tenían, y siempre que ellos permitan a las suyas gobernarse libremente, no según sus conveniencias, sino según las de cada una de ellas conforme a su deseo; y que, finalmente, nos sometemos a arbitraje de acuerdo con el tratado y no comenzaremos la guerra, pero nos defenderemos de los que la comiencen. Esta es la respuesta justa y a la vez digna de nuestra ciudad; pues hay que convencerese de que la guerra es necesaria – y cuanto más voluntariamente la aceptemos, menos dispuestos estarán nuestros enemigos al ataque– y de que los mayores peligros resultan para las ciudades y los individuos los mayores honores. Nuestros padres, por ejemplo, hicieron frente a los persas, y aunque no dispusieron de tantos recursos como nosotros, sino que incluso abandonaron lo que tenían rechazaron a los bárbaros y llevaron nuestra prosperidad al estado presente, más por cálculo que por buena suerte y gracias a una audacia superior a su fuerza, y no debemos quedar detrás de ellos, sino defendernos por todos los medios de nuestros enemigos y procurar entregar esta prosperidad a nuestros descendientes no disminuida.

CAPITULO VI

LA GUERRA DEL PELOPONESO

1. CONDICIONES MATERIALES

La guerra comenzaba con grandes recursos financieros y marítimos en poder de Atenas. De los años anteriores de recaudación en el imperio, la ciudad tenía acumulados 6.000 talentos. Su flota constaba de 300 trieres, que se proveían con la población de los *thetes* y de los metecos como remeros. Era ésta una característica del sistema democrático, que permitía el uso del ciudadano en la marina, cuando no poseía tierras que le permitieran el acceso al censo hoplítico. Además contaba con las flotas de Quíos y Lesbos que continuaban realizando su aportación a la Liga de esta manera. A ello se había sumado recientemente, a partir de sus problemas con Corinto, la flota de Corcira, una de las más importantes de Grecia. Los 13.000 hoplitas atenienses eran, en cambio, menos que los espartanos y el ejército de caballeros constata de unos 1.200 jinetes.

Los peloponesios, por su parte, contaban principalmente con un ejército de 40.000 hoplitas, formado, naturalmente, como subraya Tucídides, por campesinos que no están demasiado dispuestos a alejarse de sus campos. El ejército hoplítico está sobre todo habituado, por tradición y por razones tácticas, a luchar en defensa de los territorios próximos a su propia ciudad. Por otro lado, en principio, eran prácticamente impotentes en el mar. Sus aspiraciones consistían en realizar una campaña brillante que les diera una victoria rápida. La guerra prolongada podía ser francamente perjudicial para sus intereses. Los hechos resultaron ser diferentes, pues la guerra fue en sí misma un factor de cambio.

Los aliados de Esparta contaban en total con cien trieres, pero, además, en aquel momento inicial de la guerra, era Atenas quien controlaba las vías de acceso al suministro de madera para la construcción de nuevas naves. Por otro lado, todas las ciudades de la Liga del Peloponeso presentaban más dificultades para la obtención de recursos por razones de orden social. Ninguna de ellas gozaba de las características que la historia reciente había proporcionado a la ciudad de

Atenas: la liberación de los *thêtes* y su acceso a la defensa de la ciudad, con la contrapartida del beneficio que la flota les proporcionaba a ellos a su vez. La flota era el medio de que la ciudad fuera suya y sus intereses fueran plenamente compartidos por ellos.

2. ESTRATEGIA ESPARTANA Y ATENIENSE

El plan ideado por los espartanos para llevar a cabo una guerra rápida y una victoria fulminante, a ser posible por medio de una batalla decisiva, consistía en invadir el Ática y devastar su territorio. En cierto modo, era el resultado de trasponer a esta región las condiciones históricas de su propia ciudad. La invasión del Ática, por lo demás, había constituido ya en varias ocasiones el proyecto que los espartanos habían ideado para, en un momento determinado, alejar a las tropas atenienses de algún punto donde estuvieran operando, por ejemplo de Egipto, a propuesta de los persas. Era el proyecto que podía producir de manera inmediata el alejamiento de los atenienses de los puntos en que ejercían su poder, es decir, de materializar su programa de liberar a las ciudades griegas de la presencia ateniense.

Tal vez Pericles comprendió estos objetivos y es posible que por ello Tucídides aprobara la estrategia ateniense en los primeros años de la guerra. Se trataba de impedir que el ataque espartano significara la liberación de las ciudades. Para ello no había otra alternativa que prescindir de obstaculizar ese ataque y actuar en otros terrenos, pero no forzar la disposición de las tropas para defenderse de la invasión.

Por ello Pericles eligió una estrategia que pudo definirse en principio como conservadora. Consistía en dejar Atenas y los puertos cerrados a los territorios interiores, pero abiertos al mar. La ciudad, así, podría recibir suministros del mar, dado que, según el Pericles de Tucídides, se surtía más de productos de fuera que del Ática. Sus acciones primeras consistirían en que la flota iba a atacar las ciudades marítimas del Peloponeso. La táctica contaba además con una tradición representada por la política de Temístocles desde Salamina y asentada en la existencia de los largos muros desde la ciudad hasta el Pireo y el Falero y las murallas de la ciudad misma, cuya construcción se hizo a pesar de los lacedemonios, de acuerdo con una visión previsora del mismo Temístocles. Con ello, por otro lado, se mantenía la idea de que Atenas era fundamentalmente urbana. Esto era cierto desde el punto de vista de la configuración política general, pero no era toda la verdad. Ninguna ciudad antigua dejó nunca de ser de base eminentemente rural. Otra cosa es que el peso de la población rural se notara más o menos durante el período de formación y desarrollo de la democracia y del imperio.

Así, junto a un acierto histórico y político, la estrategia de Pericles contenía un error de interpretación. En Tucídides, Pericles hace una contraposición entre la Atenas urbana y el Peloponeso rural, sustancialmente válida, pero no exclusivamente. La consecuencia de la política urbana de Pericles fue que la población tuvo que abandonar sus tierras y acudir a la ciudad, lo que de un problema rural se transformó a su vez en un problema urbano. Allí se acumuló una cantidad de

población tal que facilitó la expansión de una epidemia, cuyo contenido patológico no está claro, pero que suele definirse como de peste. Esta enfermedad fue un factor agravante de origen externo, pero las circunstancias en que se extendió tuvieron que ver con factores históricos, dependientes de decisiones políticas y de realidades sociales. Ello hizo que la población en determinado momento se volviera contra Pericles.

Por otro lado, el funcionamiento de la asamblea antigua dependía en muchos casos de elementos ocasionales. No siempre eran los mismos quienes acudían a las sesiones. En general, era el demos urbano el que formaba la mayoría. Ello explica que la estrategia de Pericles fuera de orientación principalmente urbana. Pero esta misma estrategia, producto de una línea política y de unas circunstancias sociales, produjo un efecto negativo. Al decretarse el abandono del campo y la reclusión en la ciudad, traía como consecuencia un aumento del peso de la opinión del campo en los organismos tradicionalmente más ciudadanos.

A ello hay que añadir que la flota, que faenaría por aguas en torno al Peloponeso, iba llena de *thetes*, es decir de los miembros posiblemente más activos del demos urbano.

Tucídides, como es habitual, vio cuál era el problema. Los atenienses, dice, cuando, hubieron escuchado las exposiciones de los planes de Pericles, hicieron caso y desde los campos trajeron a los hijos, las mujeres y todo el mobiliario que usaban en casa, tras recoger incluso la madera de sus propias viviendas, y mandaron a Eubea y a las islas vecinas los ganados y las acémilas. Pero fue para ellos muy difícil de soportar porque en su mayoría estaban acostumbrados a vivir siempre en sus campos. Allí era donde tenían sus agrupaciones familiares y sus santuarios, que habían recibido de sus padres. Para ellos representaba un cambio de vida muy profundo que afectaba a sus más íntimas convicciones y sus tradiciones colectivas.

La estrategia recibiría, pues, la oposición de la población campesina. El Diceópolis de *Los acarnienses* de Aristófanes, representada en el año 425, en su primer parlamento pone de manifiesto su queja de la guerra. Para él, esto está relacionado con su nostalgia del campo y con su cambio de costumbres, que ahora le obliga a comprar todo, cuando antes ignoraba el verbo «comprar». De este modo, se daba un paso definitivo en la ruptura de la tradición autárquica propia de la ciudad estado. Lo que había sido un proceso lento e incompleto recibía ahora un impulso que agravaba en la ciudad los efectos de la guerra. Con todo, desde el punto de vista táctico y a corto plazo, la estregia de Pericles dio resultados. No hubo que abandonar el control sobre las ciudades ni los lacedemonios consiguieron bloquear Atenas, ni que se produjera un combate hoplítico decisivo.

3. PLATEA

El estallido de la guerra tuvo como motivo inmediato un episodio sintomático de las luchas internas de la ciudad de Platea, aliada de Atenas y posiblemente con un sistema político más o menos democrático. Un grupo de habitantes de Platea, que, al decir de Tucídides, por razones privadas quería eliminar a sus

adversarios y entregar la ciudad a manos tebanas, abrió las puertas de noche a un grupo de estos últimos. Los de la ciudad reaccionaron a tiempo y asesinaron a los traidores, después de haber hecho unos pactos, según la interpretación de los tebanos, no admitida por los de Platea. Los atenienses acudieron en ayuda de la ciudad, pero ya todo había terminado. Ahora bien, la violencia y las mutuas intervenciones sirvieron de chispa para el estallido de la guerra. Desde el principio, pues, ésta se encuentra en situación de interferencia con la *stasis* o conflicto interno de la ciudad. En prácticamente todos los acontecimientos de la guerra del Peloponeso subyacen casos de este tipo de enfrentamientos.

4. GUERRA ARQUIDÁMICA

La actuación inicial del rey Arquidamo, en la realización de los planes espartanos de invadir el Ática, siguió un proceso muy lento. Al llegar a la península se encontró con que el territorio estaba abandonado y decidió esperar en la región de Acarnes. Ante esta situación de expectativa surgieron las primeras diferencias entre los atenienses. Por parte de campesinos y de jóvenes nació el proyecto de hacer frente a los enemigos, pero tropezaban con la actitud prudente de Pericles. Hubo, sin embargo, algunas salidas de la caballería. Más tarde, en 424, Aristófanes representaría su obra los *Los caballeros* donde se configura una especie de alianza entre éstos y los campesinos, que los ven como sus protectores. Esta situación hizo crecer la oposición a Pericles, que procedía de varios orígenes. Sin duda, campesinos y caballeros podían manifestarse contrarios a la estrategia general. Más sorprendente, en principio, resulta la oposición representada por Cleón, que posteriormene tendría un protagonismo notable y cuya definición política resulta ahora difícil de precisar. Junto a la caballería, también los hoplitas se sentían humillados, situación resultante tanto de los efectos agrarios de la estrategia como de los efectos militares. Se sentían humillados al no permitírseles hacer frente a los ejércitos espartanos correspondientes. La duda surge sobre si hay que encuadrar a Cleón en alguna de estas corrientes o admitimos la interpretación de Plutarco que le atribuye fines exclusivamente personales, en su camino hacia la *demagogia*, conocida por su biografía posterior, para cuya realización aprovechaba la irritación de los ciudadanos contra Pericles. La definición social de Cleón no concuerda con estos grupos de oposición definidos, pero, por un lado, tal definición responde a determinados esquemas de propaganda contraria a los demagogos y hay que considerarla con muchas precauciones y, por otro, da la sensación de que la realidad ateniense, una vez comenzada la guerra, dio lugar a muchas transformaciones que podían afectar a colectividades e individuos y, finalmente, también es posible que Plutarco se haya adelantado a poner en escena el protagonismo de Cleón.

En el año 430 se practicó la misma estrategia que el año anterior por parte de ambos contendientes, pero la actividad fue mayor. Arquidamo, por ejemplo, llegó hasta Laurio, lugar donde se encuentran las famosas minas de plata que fueron el fundamento del sistema monetario ateniense, fuente de riquezas para la ciudad en general y, en especial, para aquellos propietarios de esclavos que los alquilaban para el trabajo de explotación. Las repercusiones podían ser más amplias que las puramente agrarias. A este dato se sumaron los efectos de la peste,

agravada por el hacinamiento de la población en la ciudad que produjo fuertes repercusiones en la demografía, pero también en la moral y, principalmente, en la solidaridad. Tucídides hace una descripción magistral de sus efectos, no sólo físicos: lo grave era que la sensación de final hacía cambiar todos los valores y transformar los conceptos en sus contrarios. Y no se sabía qué era bueno y qué era malo. Habida cuenta de la perspectiva futura, se consideraba que ningún delito iba a recibir castigo por falta de tiempo.

5. LA OPOSICIÓN A PERICLES

La oposición crece y Pericles es sometido a juicio. La pérdida de la estrategia no impidió que luego fuera llamado de nuevo. Las circunstancias empezaban a ser lo suficientemente graves como para que ni el propio Pericles fuera capaz de mantener el equilibrio y la concordia que él mismo simbolizaba, pero tampoco era posible la sustitución. Si alguien podía mantenerse en tal papel, era, a pesar de todo, sólo él, que ya poseía el carisma resultante de haberlo desempeñado con éxito en los tiempos en que todavía la concordia era posible.

Las circunstancias concretas del contradictorio acontecimiento son, con todo, oscuras. De hecho, coincide con una serie de éxitos en la guerra que harían más explicable la adhesión. Es la época en que, por fin, Potidea cae en manos de los atenienses y se establecen clerucos en el territorio de la ciudad y en que Formión obtiene una resonante victoria sobre la flota peloponésica, en Río, cerca de Patras, lo que sirve para la protección de Naupacto, donde se habían instalado los mesenios que tan importante pepel desempeñarán en los años sucesivos de la guerra.

Pericles murió víctima de la peste el año 429 después de haber presenciado la muerte de sus dos hijos Páralo y Jantipo, víctimas también de la epidemia. En la muerte de sus hijos, decía Protágoras, demostró su naturaleza superior y su capacidad para estar por encima de los mutables acontecimientos de la vida cotidiana.

6. LOS «SUCESORES» DE PERICLES

Es un problema aparentemente poco importante, y que, sin embargo, ha dado lugar a una cierta controversia, el de tratar de determinar quién o quiénes pueden considerarse los sucesores de la línea política representada por Pericles en los años posteriores a su muerte. Su figura ha dejado una huella tal, como consecuencia de su identificación con la grandeza de Atenas, aumentada por el hecho de que tal grandeza fue acompañada de una concordia, en parte aparente, pero en mayor parte también real, que era imprescindible para todo político tomarla como punto de referencia. De algún modo, todos los que desempeñaron un papel público, por lo menos durante la guerra del Peloponeso, aspiraban a imitar su figura y a reproducir sus éxitos. Posiblemente el problema historiográfico planteado se resuelve con la doble respuesta de que en cierta medida todos son sucesores de Pericles, pero ninguno lo fue totalmente; ahora bien, lo que caracterizó su papel histórico fue que asumía un papel totalizador, superador de las contradicciones, y los demás estaban inmersos en esas contradicciones.

Sobre esta base, se plantea el significado de dos figuras que desempeñaron un importante protagonismo: Nicias y Cleón. Algunos de los aspectos del primero han sido insistentemente interpretados como una continuación de la figura de Pericles. Entre ellos destacaría su moderación, tanto desde el punto de vista de la política interna como de los planteamientos estratégicos y tácticos de la guerra. Sin embargo, Aristóteles lo califica como uno de los dirigentes de los «pocos», mientras a Pericles lo sitúa entre los dirigentes del pueblo. Bien es verdad que esta lista aristotélica, de la *Constitución de Atenas*, responde a una cierta tendencia a la esquematización de la realidad propia del pensamiento del filósofo de Estagira. De todos modos, no parece que, en líneas generales, los intereses de Nicias se muestren coincidentes con los del demos. En política exterior, por otro lado, tal vez no haya que confundir la moderación estratégica de Pericles, que más bien perjudicaba a los campesinos áticos al menos en una primera impresión, con la tendencia de Nicias a la paz, coincidente con los intereses de dichos campesinos, y que llegó a tal extremo, en algunas circunstancias, que hizo que el propio Aristófanes utilice irónicamente su nombre para formar un verbo que significa algo así como ser cobarde o tener miedo. Los temores de Nicias difícilmente pueden identificarse con la prudencia de Pericles. Aquéllos, además, se encuentran muy frecuentemente unidos a actitudes calificadas como supersticiosas. Sin duda, la superstición y la dependencia de los adivinos eran fenómenos muy generalizados en el mundo antiguo y en concreto en la misma Atenas que servía de escenario a las enseñanzas de los sofistas. Pero, aun dentro de ese mundo, la figura de Nicias resulta especialmente chocante por sus excesos adivinatorios. Los propios antiguos así lo consideraban.

Sobre todo hay que tener en cuenta que se trata de un intento de calificar a Nicias como sucesor de Pericles, y éste último se representa como sustancialmente ajeno al mundo de la superstición y de la adivinación. Plutarco mismo, precisamente, lo que hace es contraponer a los dos personajes en este contexto. Nicias queda caracterizado como un personaje propio de la época de dominio de la superstición, que manifiesta sus temores ante teorías como las de Anaxágoras, filósofo especialmente vinculado al círculo de Pericles. Se dice de Nicias que contaba con adivinos que estaban directamente a su servicio, tanto para las decisiones políticas como para las domésticas. Sin duda, hay que concluir que Nicias no perteneció al círculo de Pericles desde el punto de vista intelectual. Posiblemente este círculo le era incluso hostil. De Protágoras, intelectual que pone en duda la capacidad de llegar a conocer si existen o no los dioses, que sustenta una teoría que puede encontrar su correlato en la práctica en la persona de Pericles, se dice que tuvo que huir de Atenas en tiempos en que en la ciudad predominaba la corriente representada por Nicias. Si Pericles puede ser el orador modelo de la teoría de Protágoras, el que es capaz de hacer fuerte el argumento débil, de Nicias dice Tucídides que presentaba en sus propuestas frente a Alcibiades solamente el argumento débil.

Desde el punto de vista económico, Nicias era propietario de numerosos esclavos, que al parecer alquilaba para la explotación de las minas de Laurio. Por otro lado, tenía intereses económicos en Tracia, centro de aprovisionamiento tradicional de plata para Atenas, pero también fuente de la mayor parte de la mano de obra esclava existente en la ciudad durante la época clásica. De los datos existentes, en cambio, parece deducirse que no pertenecía a ninguna de las fa-

milias aristocráticas tradicionales del Ática. No era, como Pericles, miembro de una de las estirpes de mayor prestigio, pero tampoco adoptó su actitud de reflejar, acomodados a los suyos propios, los intereses del pueblo. Sólo hay una similitud en el aspecto conservador y prudente, difícilmente comparable a la actitud del Alcmeónida. El parecido estaría exclusivamente en el rechazo de las posturas en exceso agresivas, y en seguir el consejo de no ampliar el escenario de la guerra.

Aristóteles dice que Cleón era un orador irregular, que introdujo en la tribuna prácticas completamente inaceptables desde el punto de vista de la tradición retórica y de las formas aristocráticas. Se dice que era curtidor, pero estas atribuciones de oficio, en la Atenas clásica, están llenas de afán desprestigiador, y suelen querer decir que el personaje no pertenece a las familias tradicionales de la aristocracia, que su modo de vida no depende exclusivamente de la tierra y que sus ideas puedan calificarse como demagógicas, es decir, que se acerca al pueblo para convencerlo y llevarlo a un terreno que coincida con sus propios intereses. Ste-Croix define a este tipo de individuos como poseedores de esclavos, a quienes pueden dedicar mayoritariamente a la actividad que se les atribuye a ellos mismos, tal vez como propietarios de talleres especializados en esa misma actividad. Tales individuos comenzarían a dedicarse a la política en el período de la guerra del Peloponeso y Cleón pudo ser el primero por lo menos de cierta importancia. Su orientación política puede ser definida como «popular» y era calificada habitualmente por los antiguos como demagógica. Hay, con todo, múltiples variedades dentro del tipo de personaje y es bastante frecuente en ellos el cambio de actitud, así como las manifestaciones que a los investigadores actuales resultan, en general, contradictorias sobre todo si se atienen a modelos un poco esquemáticos. Sus contradicciones pueden resultar más bien significativas.

En concreto, Cleón es objeto de las más duras críticas de las fuentes antiguas. Tucídides lo desprecia abiertamente. Se nota en él que convivieron en la misma ciudad y que se enfrentaron con motivo de los mismos problemas. Está claro que sus actitudes fueron absolutamente divergentes e incluso cabe la posibilidad de que haya surgido entre ellos algún problema que los enfrentara personalmente. Es también la víctima más frecuente y el objeto de los ataques más virulentos de Aristófanes. Está claro que, en su línea política, no se identificó con los intereses del campesinado ático, a no ser que admitamos un cambio desde sus primeros ataques a Pericles, contemporáneos de las primeras muestras de descontento de la población rural.

El hecho de que su elocuencia se considerara vulgar es coherente con el desprecio que manifiesta por la oratoria y por la enseñanza de los sofistas. Considera que escuchar al orador es perder el tiempo y restar eficacia a las decisiones del pueblo. Pero se sirve de la persuasión con métodos más expeditivos. Este rasgo y los anteriores marcan una distancia considerable de la imagen proporcionada por la figura de Pericles. Sin embargo, en parte coincide en ciertos aspectos de su doctrina. Es partidario de la guerra, como Pericles en el momento en que los espartanos plantearon sus reclamaciones antes de empezar la contienda, y también de la expansión ateniense, como lo era Pericles en la época de la Pentecontecia, aunque luego, en este caso, su estrategica se definiera como moderada. Sigue su tradición cuando se declara alejado de «amigos» y «compañeros», modo de definición de las relaciones existentes entre los miembros de grupos aristo-

cráticos, que actuaban coherente y solidariamente tanto en sus actividades privadas del tipo de los banquetes, como en las públicas, es decir, en la vida política. Era, pues, un modo de definir una política no ceñida a los intereses de los grupos aristocráticos.

Intenta, además, presentarse, igual que Pericles, como un individuo capaz de colocarse por encima de la polis. Frente a la «amistad», la *philía*, como concepto unificador de los intereses políticos, Pericles y Cleón se definen como «amigos» de la ciudad, su *philía* es la ciudad misma. La ciudad está por encima de la cofradía o hermandad de «compañeros» de la *hetairía*. El personaje del *hetairos* queda sustituido por el *philopolis*, el amante de la ciudad. Pero así como, en el caso de Pericles, su papel superador de las diferencias hace verosímil ese papel, con la consideración de la *polis* por encima del grupo, en el caso de Cleón, con su política demagógica, su labor se define como la de un *philodemos*, amante del pueblo, es decir, de una parte de la ciudad, pero la contraria a la *hetairía*.

La realidad de Atenas durante la guerra no permitía, pues, la reproducción de la figura de Pericles. Todos sus sucesores pecan de no ser capaces de imitarlo totalmente, pero ese carácter de totalidad era precisamente lo que no era posible hacer volver a la ciudad. La guerra destruye, paulatinamente, las condiciones en las que se podía hacer una política donde todos estuvieran de acuerdo, al menos en el plano de las apariencias.

7. LA GUERRA DESPUÉS DE LA MUERTE DE PERICLES

En el año 429, los lacedemonios renunciaron a invadir el Ática. La peste se convirtió en un elemento disuasor, dado que se temía el posible contagio de las tropas al acercarse a Atenas. La alternativa fue el ataque a Platea, con el pretexto de su anterior represalia contra los tebanos. Se estableció un asedio que tardó dos años en producir frutos. Suele considerarse un ejemplo de las dificultades que ofrecía la táctica del sitio en la antigüedad, antes de la aplicación de ciertos métodos poliorcéticos.

El año 428 los espartanos se dirigieron de nuevo al Ática. El efecto, como en los casos anteriores, fue exclusivamente moral. Parece que, por su parte, los atenienses se encontraron con algunas dificultades en el terreno financiero, pues emprendieron una acción como resultado de la cual forzaron a la isla de Tera a pagar tributo. También lo intentaron en Cidonia, al noroeste de Creta, pero no lo consiguieron. Ésta última acción, sin embargo, también se interpreta, por Hammond, como un intento de cortar por el sur los suministros del Peloponeso. Más bien en consonancia con la interpretación financiera estaría el hecho de que se tuvo que recurrir por primera vez al pago de la *eisphorá*, impuesto interno que sostenían los más ricos, dirigido a financiar los gastos de la guerra. Era una medida que colaboraba a agrietar el equilibrio interno de la ciudad, dado que los ricos tenían que financiar una guerra que empezaba a ser principalmente el resultado de los intereses de los pobres para los que el final de la misma y la «liberación» de las ciudades por Esparta, es decir, la pérdida del imperio, significaría el fin de la posibilidad de mantener la propia libertad y participación activa en la vida política de la ciudad.

8. MITILENE

En Mitilene, en Lesbos, los oligarcas consiguen reunir a toda la isla, salvo la ciudad de Metimna, para promover la rebelión frente a Atenas. Por un lado, se solicita la ayuda espartana, pero, por otro, se entregan armas al demos para fortalecer el movimiento. Da la sensación de que los oligarcas esperaban conseguir que se creara en las ciudades la solidaridad del pueblo por medio de su integración en el ejército de ciudadanos y de que por tanto ese demos no estaba armado, sino que formaba un grupo no integrado propiamente en la ciudadanía, dada la unión entre ambos conceptos propia de la ciudad antigua. Pero los cálculos de los oligarcas eran erróneos: el demos amenaza, por el contrario, con entregar la ciudad. Al menos en determinadas circunstancias, el demos podía preferir la dependencia con respecto a Atenas antes que el dominio de sus propios oligarcas, aunque para éstos no siempre fuera un fenómeno evidente. Desde luego no lo fue en este caso. Para los oligarcas resultó también preferible llegar a una negociación con Atenas, en lo que queda claro que las relaciones entre ésta y las ciudades podía variar, seguramente en relación con las actitudes adoptadas por los oligarcas dominantes: desde la no intervención hasta el apoyo a un cambio democrático. El general encargado de reprimir la rebelión fue Paquete. Entre tanto, los atenienses atacaron la costa del Peloponeso para impedir que llegase ninguna ayuda espartana.

Mientras los mitilenios negocian en Atenas, los de la isla se rinden. En un primer momento, el demos ateniense, a propuesta de Cleón, decide dar muerte a todos los varones sin distinción y proceder a la esclavización de las mujeres y los niños. Ya había salido la expedición encargada de la violenta represión cuando se reclama una nueva reunión del demos en asamblea para reconsiderar la actitud. La sesión tal como la refleja Tucídides es un modelo de discursos contrapuestos típico del estilo utilizado por el historiador para describir una situación conflictiva. Cleón defiende el mantenimiento de la decisión tomada en la sesión anterior. Volverse atrás significaría el debilitamiento del demos; éste tiene que asumir que su imperio es una tiranía y que las muestras de debilidad no harán más que provocar nuevas rebeliones. No tiene sentido perder el tiempo escuchando a los sofistas, en vez de actuar de modo eficaz. Las disquisiciones sobre la justicia no sirven para nada cuando se trata de conservar una situación cuyo final significaría la propia destrucción. Diódoto, frente a ello, hace una defensa de la retórica. La capacidad de persuasión sirve para ver realmente qué es lo más útil, incluso más allá de la apariencia inmediata. Sus argumentos frente a Cleón no son una defensa de la justicia, sino de que es preciso averiguar dónde está lo verdaderamente útil para el demos. Frente a la eficacia de la destrucción enarbola la conveniencia de conservar parte de la ciudad para poder tener la garantía de que se va a seguir percibiendo el tributo. Es preciso también garantizar la lealtad y el favor del demos de Mitilene, pues éste, dice, es favorable al demos de Atenas.

Sean o no auténticos los discursos reproducidos, de lo que no cabe duda es de que Tucídides refleja la compleja realidad del momento dentro de la ciudad, las repercusiones que, en la política interna, tienen las relaciones imperialistas y el efecto que sobre ésta producen los conflictos internos, así como los motivos que puede ofrecer la plasmación concreta de los intereses atenienses incluso desde puntos de vista que, al menos en apariencia, reflejan intereses del mismo sector de la población.

Los atenienses enviaron una nueva nave que impidió la puesta en práctica de las medidas tomadas en la primera sesión de la asamblea, pero procedió a la destrucción de las murallas, a la confiscación de la flota y al establecimiento de clerucos atenienses en toda la tierra, que en cambio seguía cultivada por los lesbios. El demos de la isla cambiaba así de explotadores. Es difícil, desde luego, determinar si se alteraban en alguna medida las condiciones de tal explotación.

9. EL AÑO 427

Este año fue nefasto en la violencia desatada por la guerra. No sólo se produjo la revuelta y represión de los mitilenios; también los espartanos consiguieron reducir la resistencia de la ciudad de Platea, cuyos habitantes fueron entregados a los tebanos. La represión será igualmente señalada en los anales negros de la guerra.

Por otro lado, en Corcira se produjo una violenta guerra civil o *stasis*. Tucídides describe sus circunstancias con gran detalle. Para él era un espejo de lo que ocurría en general en toda Grecia: la inversión de todos los valores y la violencia desatada. El historiador pone de relieve que la situación interna repercutió muy intensamente en la guerra. Los bandos en contienda solicitaban la ayuda de las «potencias», el demos acudió a Atenas mientras los oligarcas buscaban la ayuda espartana. El conflicto duró hasta 425 en que se llegó a una solución de orientación democrática, lo que era también un triunfo de Atenas.

En el mismo año 427, los atenienses hicieron una expedición a Sicilia a favor de las ciudades calcídicas del este de la isla, víctimas de la hegemonía siracusana. Parece que, por lo menos, Regio y Leontinos eran aliados de Atenas, tal vez desde el año 433. Sería la continuación de una política occidental esbozada ya desde tiempos de Pericles y, posiblemente, desde antes. Según Tucídides, se trataba de evitar el envío de trigo a los peloponesios, pero también habla el historiador de que podía servir de práctica para los remeros. Esto significaría algo relacionado con la ocupación de los *thetes* y con el sueldo o *misthós*, lo que ya se venía haciendo también desde época de Pericles. Tucídides añade que también había en esa acción un intento de dominio de la isla.

10. CAMPAÑA DE DEMÓSTENES

En el año 426, Demóstenes emprendió una serie de campañas en Etolia. Era un plan de conquista continental, en territorios relativamente alejados, que podía tener un precedente en las intervenciones de Formión, en los años previos a la guerra. Junto a la importancia que tales campañas pudieran tener desde el punto de vista de las rutas hacia occidente, tal vez exista también el intento de controlar un territorio alternativo al del norte del Egeo que cubriera, como éste, el otro aspecto, no mercantil, de la expansión imperialista ateniense, y que estaba constituido por el aprovisionamiento de hombres para cubrir las necesidades de la mano de obra.

El desarrollo de los cambios en la antigüedad está vinculado al crecimiento de la explotación del trabajo esclavo; paralelamente, Atenas, como ciudad democrática, en que el libre es ciudadano y tiende a vivir de la función de ciudadano, necesita suplir el trabajo no realizado por éste. El proceso de crecimiento de la explotación de esta forma de trabajo es ilimitado, salvo que las circunstancias impongan un límite. Etolia podía ser un campo donde desarrollar la actividad conquistadora enfocada en este sentido. Tucídides habla de los etolios como de un pueblo en situación primitiva, apto, pues, desde el punto de vista antiguo, para ser sometido a esclavitud. Ahora bien, esta misma situación que se puede definir como de pueblo primitivo tenía a su vez un aspecto negativo, en el momento de proceder a su sumisión. En territorios montañosos, organizados de manera tribal, los etolios poseían una movilidad que los hacía prácticamente inasequibles a las tropas de hoplitas atenienses, hechas para el combate organizado a favor de la defensa de la ciudad, en terreno adecuado, y enfrentadas a otro ejército de condiciones similares. Los primeros intentos de Demóstenes terminaron en un fracaso. Cuando luego tuvo que intervenir en Anfiloquia, en el golfo de Ambracia, había aprendido la lección y realizó la campaña después de recoger un contingente de tropas ligeras compuestas por los mesenios que habían establecido los atenienses anteriormente en Naupacto. Aquí comenzaba una época que, desde el punto de vista militar, estuvo dominada por el prestigio de Demóstenes, caso especialmente destacado de hombre cuya actividad se limita al terreno de la guerra, del que no se conocen en cambio pretensiones en el mundo de la política. Desde ahora, estos casos se darán con mayor frecuencia.

11. PILOS

En el año 425, cuando acompañaba a una expedición que se dirigía a occidente, Demóstenes decidió detenerse en Pilos, en la actual bahía de Navarino, y erigir una fortificación. Tucídides atribuye el hecho al mal tiempo, pero Will, a partir de ciertos indicios, cree que podría estar previsto; tal vez respondía a un plan consistente en promover un levantamiento de hilotas. De hecho, a partir de este momento, los atenienses utilizarían con cierta frecuencia la táctica de apoyar las acciones de las clases dominadas por los espartiatas.

La primera consecuencia de la ocupación de Pilos fue que los espartanos abandonaron el Ática para concentrar sus esfuerzos en el ataque a Demóstenes, pero éste consiguió bloquear a 420 hoplitas en la isla de Esfacteria que cierra la bahía. Esparta se ve obligada a hacer una petición de tregua para negociar y a ofrecer la paz a Atenas. Aquí, como consecuencia, se abre un debate público que tiene repercusiones en toda la vida intelectual. Los partidarios de la paz lanzan una fuerte ofensiva. La obra de Aristófanes, representante de un género, la comedia, promotor de la vida pacífica, reflejo de los intereses campesinos, ahora integrado en la ciudad, adapta sus tradiciones a las nuevas necesidades y entra en la polémica de la polis sin dejar de manifestarse como perteneciente al mundo rural. El personaje principal de *Los acarnienses*, Diceópolis, aparece solicitando que se haga por parte de la asamblea la petición de una paz larga y duradera. En la asamblea, sin embargo, triunfa la postura defendida por Cleón consistente en continuar la lucha. Los combates vuelven, pero la situación se prolonga. Los espartanos sitiados consiguen romper el bloqueo y recibir alimentos a través de hilotas que se prestan a socorrerlos a cambio de una retribución y tal vez de promesas de libertad.

En Atenas, la indecisa situación crea un ambiente propicio al debate. Cleón culpa a los estrategos de la demora y del poco éxito de la operación. Nicias, que era estratego, pero que evidentemente no quería acudir al punto de conflicto, en una de sus primeras manifestaciones públicas conocidas, hace una propuesta aparentemente revolucionaria: que sea el propio Cleón quien dirija las operaciones contra los espartanos en Pilos. Cleón no era estratego ni lo había sido nunca. Las consecuencias de esta medida podían ser incalculables desde el punto de vista político y social. Del cargo originariamente militar de la estrategia como trampolín para el control político y la influencia social se pasa a la influencia política como demagogo convertida en trampolín para la estrategia. El carácter selectivo de este cargo comienza a deteriorarse. Según Tucídides, a Cleón la propuesta lo cogió por sorpresa. No eran éstos sus objetivos, sino más bien presionar desde fuera y tratar de influir en las grandes decisiones a través de la asamblea. Por otro lado, se trataba de un arma de doble filo. Era evidente que las intencions de Nicias no eran precisamente promocionar a Cleón. Tucídides expresa con bastante claridad cuál era la actitud de los «prudentes». En definitiva, estaban satisfechos de que aceptara, pues podían ocurrir dos cosas: o que Cleón triunfara y esto constituiría una victoria para la ciudad y el final de la angustiosa situación, o que fracasara, lo que representaría el final de Cleón y, seguramente, el fracaso de la línea por él representada y la reorientación de la política de la ciudad. De las palabras de Tucídides puede desprenderse que esta última posibilidad era la que realmente se esperaba, aunque la esperanza quedara contrapesada por los resultados de la guerra. Para los «prudentes», existe sin duda una situación difícil de encarar de modo monolítico, entre la derrota en la guerra o el triunfo de sus oponentes políticos.

El resultado fue favorable a Cleón. Los espartanos se rindieron. Los atenienses entregan Pilos a los mesenios de Naupacto, que desde allí se dedican a promover la agitación entre los hilotas. Los prisioneros quedaron convertidos en rehenes que servían para evitar la invasión del Ática. Las consecuencias son, sin duda, positivas para Atenas desde el punto de vista militar, pero, al mismo tiempo, significaban un fortalecimiento de las actitudes más agresivas e imperialistas. En relación con esto, y con la figura de Cleón, suele ponerse el hecho de que, por aquellas fechas, se decretara una elevación del tributo, al parecer, hasta 1.460 talentos, aunque la cifra concreta permanece sujeta a controversia.

El ambiente obligaba desde entonces a tomar iniciativas eficaces en la guerra. Nicias mismo busca la recuperación de su prestigio, lo que consigue con la victoria en Corinto, después de haberse dedicado a atacar sus costas, y, posteriormente, con la toma de Citera, isla situada al sur del Peloponeso. Como sus habitantes eran periecos de los espartanos, seguramente no fue para ellos negativo el trato al que se llegó de permanecer cultivando la tierra a cambio de pagar un tributo a los atenienses y sustituir la guarnición espartana por una guarnición ateniense.

Por la misma época, la expedición enviada a Sicilia regresa a Atenas. El resultado había consistido en un pacto, por el que las ciudades aliadas quedaban protegidas, pero, al mismo tiempo, tal situación se había acordado sobre la base de las teorías expuestas por Hermócrates, que podrían sintetizarse en el remedo de un eslogan contemporáneo: Sicilia para los sicilianos. Desde el punto de vista atenienes sólo parcialmente se habían cumplido los objetivos, si es cierta la alusión de Tucídides a que pretendían en realidad dominar el occidente. Este aspecto seguramente se había visto acrecentado por la euforia resultante del triunfo de Pilos, por el optimismo dominante y porque en la ciudad se habían impuesto, en consecuencia, las actitudes más agresivas. El resultado fue que los estrategos que habían dirigido la expedición fueron objeto de los reproches de los atenienses y víctimas de una condena.

12. BRASIDAS

Pero la situación comenzó a cambiar casi inmediatamente. Las novedades en el campo de batalla proceden, al menos aparentemente, del predominio, en Esparta, de la persona de Brasidas. En primer lugar, hizo fracasar los intentos atenienses de intervenir en los asuntos internos de Mégara. Luego, éstos se vieron derrotados también en Delio, en Beocia, a pesar del amplio despliegue de fuerzas que se llevó a cabo.

Pero lo más significativo del cambio producido fue que Brasidas lanzó una expedición de largo alcance, aventurándose a una campaña en Tracia, tras atravesar toda Tesalia. Esto constituía de hecho una ruptura con las tradiciones del hoplita espartano de no lanzarse más allá de las defensas de sus propias fronteras o atacar, como mucho, lugares relativamente próximos. Las ciudades griegas de la costa norte del Egeo habían pedido ayuda a Esparta frente al dominio ateniense. La ayuda ahora no consistía sólo en invadir el Ática, como en ocasiones anteriores, sino en dirigirse a la propia ciudad, al campo de operaciones. En las ciudades, de todos modos, no siempre está claro cuál era el sector que llamaba a los espartanos en su ayuda. En esta parte de su obra, Tucídides insiste en el papel liberador de los lacedemonios frente a la tiranía del imperio ateniense y eso le impide percibir los matices que en otros libros de su obra resultan tan claros. Sin embargo, se ha dicho que el editorialista Tucídides se ve a veces contestado por el propio historiador como cronista y, en efecto, en ocasiones, su propia narración de los hechos difiere de su interpretación general. Otro factor importante fue la presencia de los macedonios. Perdicas, descontento con el apoyo de Atenas a sus rivales, busca también el apoyo de Brasidas y apoya a su vez sus acciones. Para Atenas, esta zona era fundamental como fuente de recursos importantes para su economía y para el mantenimiento de su imperio, como eran las minas y la madera. El período que se abre resulta clave para el desarrollo de la guerra.

En Esparta, el cambio estratégico representado por Brasidas se apoya en una nueva orientación del sistema de relaciones sociales y de prestaciones militares. En alguna ocasión se había acudido ya al servicio de los hilotas, incluso con promesas de concesión de libertad y ciudadanía como fue el caso de Pausanias. Tales intentos habían chocado con el sistema. En un caso, los hilotas se habían comportado valientemente con este señuelo y esperaban el premio. El resultado fue que desaparecieron, sin saber cómo, unos 2.000 hilotas. Ahora, Brasidas propone su integración y, en la expedición a Tracia, se enrolaron 700 como hoplitas, a los que se añadió un número de mercenarios. Era una transformación militar, de raíz y de consecuencias sociales, que iba a tener importantes repercusiones.

Tras una serie de campañas en que las ciudades cedían con relativa facilidad, Anfípolis ofreció una mayor resistencia, pero en el invierno de 424/423 también se rindió. En este caso está más claro, seguramente gracias a las mayores dificultades, que Brasidas se dedicaba a apoyar a las minorías calificadas como antiatenienses. Anfípolis abrió las puertas al dominio general de la zona. Para Esparta se abría así el acceso a la madera y por tanto a las posibilidades de construir una flota capaz de hacer la competencia a Atenas. Esto además era posible debido al cambio del sistema económico y militar por el que se hacía más fácil contar con una población capaz de servir en la flota.

En estas circunstancias, es Atenas quien solicita una tregua de un año, pero, a pesar de su teórica puesta en práctica, se continúan algunas acciones, precisamente por parte de Atenas en Escione, isla situada al sur de Palene, una de las tres penínsulas de la Calcídica, y en Mende, en la misma península. Y fue precisamente Nicias quien dirigió las operaciones. Se ha argüido que pudo haber algunos problemas de falta de coordinación en la interpretación del calendario, circunstancia comprensible por el carácter variable y aleatorio que caracterizaba los calendarios antiguos.

13. PAZ DE NICIAS

Más tarde, en 422, Cleón dirigió algunos ataques hacia Anfípolis, lo que lo llevó al enfrentamiento directo con Brasidas en el que perecieron ambos personajes. Se ha considerado que la muerte de los dos individuos caracterizados por su mayor agresividad fue una circunstancia que abrió la posibilidad de llegar a la paz. Eso fue cierto por lo menos de manera coyuntural. Pues detrás había un ambiente favorable a ella, que ya estaba presente desde hacía varios años, pero que chocaba, en Atenas, con el triunfalismo que respaldaba los intereses del demos. Los últimos años habían echado por tierra toda posibilidad de postura triunfalista. En el año 421 se llegó a la firma de una paz que debía durar cincuenta años. Los representantes de ambas ciudades estaban encabezados por Nicias y Plistoanacte, pero también estaban, por parte de Atenas, Hagnón, Demóstenes y algunos otros de los personajes de la vida pública ateniense significados principalmente por su activa participación en las acciones bélicas. Demóstenes ha estado en acciones claramente agresivas y expansivas, y ahora promueve la paz. Está claro que no se trata sólo de belicistas y pacifistas; se trata también de que las circunstancias en Atenas se han modificado.

Pero el cambio no abarca a todos los aspectos, ni a todos los puntos geográficos. Los aliados de Esparta, corintios y beocios, permanecieron al margen, al igual que Mégara. De otro lado, Anfípolis no se entrega. Son los que dominan la situación interna los que prefieren quedar fuera del imperio ateniense; no es sólo una cuestión de «potencias». Atenas, por su parte, no devuelve Pilos, que se consideraba parte integrante del territorio de los lacedemonios.

Una de las preocupaciones de éstos era la producida por las posibles rebeliones serviles. Se pacta que los atenienses los ayudarían en tal caso. Que Atenas solicitara la tregua y accediera a la paz es, en estos momentos, comprensible. No sólo la situación era adversa, sino que el desarrollo de los hechos estaba produciendo

el efecto de que la guerra se hacía peligrosa para el imperio mismo. Llega un momento en que éste está más a salvo en condiciones de paz que de guerra. No es, pues, sólo la muerte de Cleón lo que conduce a los atenienses a la paz. En Esparta, en situación triunfante y tras los éxitos de Brasidas, sería más fácil considerar que había sido la muerte de éste la que facilitaba las condiciones de paz, pues no parece haber razones de carácter general, salvo que tengamos en cuenta la mencionada preocupación por las revueltas serviles, con todos los precedentes, facilitados por la presencia de mesenios en Pilos y la ayuda ateniense desde Citera. Es obvio que la guerra está sirviendo como elemento disgregador del rígido sistema espartano, disgregación agudizada por el sistema táctico iniciado por Brasidas. No es, pues, porque a su muerte no hubiera belicistas por lo que se tiende a la paz, sino porque sólo él, de momento, era partidario de reconducir los problemas internos de Esparta hacia una transformación del sistema que aprovechara las condiciones de la guerra y transformara en útil lo que de otro modo era problemático. De momento, sin embargo, en Esparta vuelve a triunfar, una vez más, la solución conservadora. Los intereses de los partidarios de ésta coincidían, en este caso, con los que querían conservar el imperio ateniense sobre el sustento de la paz.

14. ALCIBIADES

La ciudad de Corinto, al margen de las condiciones de paz y descontenta con los lacedemonios, intenta construir una nueva alianza peloponésica con la participación de Argos. Pero esta alianza despierta suspicacias porque Argos es una ciudad democrática. Las oligarquías están más proclives a la alianza con sistemas similares. Es una nueva manifestación del condicionante interno sobre las vicisitudes de la guerra que además se va haciendo cada vez más notorio.

La aparición de Alcibiades en escena constituye un factor muy importante tanto para la evolución de la ciudad como para el desarrollo de la guerra misma. No se puede dudar del impacto causado por su figura y su modo de actuar. Pero lo verdaderamente significativo desde el punto de vista de la comprensión histórica es que el fenómeno de su personalidad y de su impacto se haya producido, precisamente, entonces. En definitiva, la paz se ha asentado sobre bases débiles y coyunturales. Hay aliados peloponesios que no participan en ella. Para Atenas, la paz es sustento de imperio sólo debido a circunstancias inmediatas. Su verdadero sustento es la guerra, el dominio y la agresividad, el no poder estar tranquilos. Además, en la nobleza ática se ha creado la necesidad de la acción, tanto militar como política, como base de la promoción social. La paz impide que individuos formados en ese ambiente alcancen sus aspiraciones. La tradicional competitividad de la aristocracia, heredada del arcaísmo, se ha adaptado al mundo del imperialismo democrático, no necesariamente porque compartan las ideas del demos, sino en favor de sus propios intereses. En determinadas circunstancias, éstos pueden coincidir con los del demos, cuando unos y otros, por distintos motivos coyunturalmente convergentes, necesitan la acción.

Éstas son las circunstancias en que aparece en escena Alcibiades, con características personales sin duda notables, pero no incoherentes con el momento histórico. Su definición es la de un joven aristócrata, formado en las tradiciones

propias de su clase, pero en la fracción que llamaremos periclea para dar a entender que se trata de aquella parte de la aristocracia que considera positivo colaborar con la democracia, Pericles ha sido su tutor. Naturalmente, los tiempos han cambiado y las personas son diferentes. Él no es Pericles y la ciudad imperialista siente los primeros efectos de la crisis. Como aristócrata, no ha dejado a sus amigos, como había hecho su tutor. Su mundo es el de los caballos y de las tradiciones según las cuales hay que competir en juegos panhelénicos para dar gloria a la ciudad, pero también para que ésta reconozca que es él y la aristocracia quien le da gloria, para afirmar el papel de la aristocracia dentro de la colectividad. La victoria en los juegos y, sobre todo, en pruebas con caballos, representa un elemento enarbolado por Alcibiades para asentar su prestigio, pero también produce temor en Atenas en este momento: en torno a Alcibiades crece el temor de que, sobre la base de su prestigio, aspire a la tiranía. Además, Alcibiades se presenta como discípulo de los sofistas. Éstos son capaces de proporcionar un instrumento al joven que desea ser ilustre en la ciudad. La utilización del instrumento puede servir para hacer triunfar la postura justa en la colectividad, como defiende Protágoras, pero también es susceptible de utilizarse para hacer triunfar lo más injusto, para ir contra los intereses del demos, como ya percibía Cleón. La sofística no era monolítica, desde el punto de vista político.

Las circunstancias y las personas le daban el matiz, en cada caso, en un sentido o en otro. También frecuentaba Alcibiades los círculos socráticos. Sócrates aparece, en los diálogos platónicos, como el principal enemigo ideológico de los sofistas. La presencia de Alcibiades en los diálogos está revestida de complejidades. Lo tratan con cariño, pero ven en él el peligro de quien, por acceder a la política, puede convertirse en un amante del demos, al estilo de Cleón. Como se ve, la apreciación de Alcibiades es contradictoria en cualquier caso, para el demos y para los círculos platónicos y socráticos, que el joven político vive como grupos de compañeros dedicados a una mezcla de actividades culturales, políticas y hedonísticas, como los grupos de aristócratas que en época arcaica se reunían en el banquete. La visión contradictoria responde a una personalidad contradictoria que vive en una época contradictoria. Lo individual y lo colectivo, como lo ideológico y lo material, no necesitan separarse para comprender el proceso histórico general.

15. ARGOS

La primera acción de Alcibiades fue la de llegar a una alianza defensiva con Argos, en busca de una unión de intereses, creada por confluir frente a los espartanos, pero también por coincidir en el hecho de poseer un sistema democrático. La unión se extiende luego a Mantinea y Elis, con lo que abarca buena parte del norte del Peloponeso. Sobre esta base, Argos ataca Epidauro en 419, lo que provoca la reacción espartana sobre la Argólide, defendida entonces por Mantinea y Elis. Alcibiades propone una acción más audaz y ataca la Arcadia, concretamente la ciudad de Tegea, pero la reacción espartana conduce a la batalla de Mantinea, en el año 418, y a la victoria de los lacedemonios. El plan ha resultado un fracaso. Los acontecimientos se suceden con rapidez. A causa de la derrota, en el invierno de 418/417, la oligarquía argiva consigue hacerse con el control de la situación

y se manifiesta rápidamente como proespartana, lo que lleva a la paz entre Argos y Esparta. En 417, sin embargo, se produce un nuevo cambio interno que lleva a Argos otra vez a la alianza con Atenas. Los corintios, por su parte, en vista de la nueva complicación en el campo de las alianzas, se acercan de nuevo a Esparta. En Atenas crecen, a su vez, los temores. La situación interna vuelve a mostrarse claramente conflictiva. La división ahora se refleja en una nueva dicotomía individualista, en la que, por un lado, se encuentra una vez más Nicias y, por otro, Alcibiades. El primero es partidario de consolidar la paz y le preocupa sobre todo el fundamento pacífico del imperio, para lo que hay que solucionar un problema pendiente, que es el de Anfípolis. No deja de ser significativo que, siempre que Nicias se muestra activo, esta actividad está localizada en la costa norte del Egeo. Alcibiades aparece como promotor del imperialismo agresivo, de explotar los temores ajenos, de promover a las nuevas generaciones ansiosas de alcanzar la gloria en la guerra. Alcibiades es más aristócrata, pero sus aspiraciones coinciden más con las del demos.

16. HIPÉRBOLO

La conflictividad de la situación se hace aún más patente cuando aparece en escena la figura de Hipérbolo, representante en teoría de los ciudadanos belicosos. Su figura es comparada en muchas ocasiones con la de Cleón y también recibe los ataques satíricos de Aristófanes, que usa contra él el mismo tipo de armas, el desprestigio social y el calificativo de demagógico. El resultado de este conjunto triangular es, en apariencia, sorprendente. Alcíbiades y Nicias se unen y consiguen, entre ambos, el ostracismo de Hipérbolo. Fue el demos el que votó su exclusión. Sorprende la alianza y sorprende el resultado. Las aspiraciones del pueblo ya no se enfocan en la misma dirección que en tiempos de Cleón. También es nuevo que un método, ideado para eliminar a los aristócratas sospechosos de aspirar a la tiranía, se emplee ahora para eliminar a un demagogo. Fue el ostracismo inhabitual de un hombre nuevo. Plutarco comenta que, a partir de ahora, el sistema no volvió a emplearse. Antes se utilizaba contra el hombre excelente y ahora se ha aplicado contra un hombre de origen incierto. La institución ha perdido su prestigio y su sentido, ha quedado desacreditada. En realidad, ha quedado obsoleta tras el desarrollo de la nueva sociedad y de sus crisis.

17. MILO

En el año 416, los atenienses obligaron a los habitantes de la isla de Milo a pagar un tributo. No pertenecía a la alianza, ni siquiera existía la teórica justificación que se basaba en el carácter metropolitano de Atenas con respecto a los jonios: los melios eran dorios. Tucídides reproduce el diálogo que presuntamente tendría lugar entre los de Milo y los de Atenas, donde se manifiesta descaradamente el carácter del imperialismo ateniense. La justicia sólo prevalece en circunstancias de igualdad, los poderosos hacen lo que les permiten sus fuerzas y los débiles ceden ante ellos. La seguridad de Atenas está precisamente en dominar a los demás. El asunto terminó con la muerte de los varones, la esclavización de mujeres y niños y la colonización de la isla.

18. SICILIA

En la isla de Sicilia se sucede un período de conflictos con algunos rasgos similares a los que aparecen en la Grecia propiamente dicha. En Leontinos ha triunfado la oligarquía apoyada por Siracusa, pero se ha producido una reacción y se ha restablecido la democracia, por lo que tratan de obtener el apoyo ateniense. También Egesta se encuentra en peligro en una guerra contra Selinunte. Detrás está también la potencia siracusana. Egesta pide ayuda a Atenas y ésta envía a Féace. El resultado de su inspección es simplemente que ve muy difícil la posibilidad de llegar a crear una coalición siciliana contra Siracusa.

El tema se convierte en Atenas en objeto de un vivo debate. Cuenta Tucídides que la causa confesada del interés ateniense por Sicilia era que veían en Siracusa un peligro si llegaba a hacerse verdaderamente fuerte en occidente, pero que, detrás de ello, estaba la «causa más verdadera», consistente en que crecía la idea de que Atenas podría llegar a someter totalmente la isla. Esto se debía, piensa el historiador ateniense, a que en el fondo la mayor parte de los compatriotas ignoraba su realidad histórica y geográfica. Hacían mapas en el suelo para explicar su forma y todos se forjaban muchas ilusiones con el posible proyecto. El resultado fue que se votó el envío de una expedición mandada por Nicias, Alcibiades y Lámaco.

19. NICIAS Y ALCIBIADES

Pero Tucídides rodea la decisión de un debate de gran interés, con la participación, en discursos contrapuestos, de Nicias y de Alcibiades. El primero se oponía a la expedición. Sus argumentos se basaban en la difícil situación de Atenas en Grecia: la paz no era nada segura. Lo que hay que hacer es consolidar el imperio existente. Es preciso, antes que nada, solucionar el problema de Tracia, del control de la costa norte del Egeo. La expedición, además, sería cara, aunque este aspecto no se atreve a defenderlo claramente por temor a que lo acusen de querer eludir las liturgias. El deseo de partir era para él propio de una juventud irreflexiva y ambiciosa que miraba ante todo por sus beneficios privados. Alcibiades argumenta, en contra de Nicias, al margen de la defensa de su actitud personal, que el pueblo ateniense no puede estarse quieto, porque, para ello, tendría antes que cambiar su sistema político, que el imperio es beneficioso para todos y se conserva con la acción.

De todo ello se deduce que Alcibiades estaba movido por intereses personales, pero que éstos coincidían coyunturalmente con los del pueblo.

20. LA MUTILACIÓN DE LOS HERMES

La noche antes del día previsto para la salida de la expedición, aparecieron mutilados los hermes de la ciudad. Eran pilares dedicados al dios de los caminos y calles, de la vida al aire libre, del hombre de la ciudad, identificado con la protección de la población urbana de Atenas, que conservaban el aspecto rural y primitivo en su significación como divinidad de la fecundidad y su simbolismo

fálico. La reacción fue de escándalo por lo que tenía de violación religiosa y renacimiento de la superstición, pero también de temor por el simbolismo popular y la identificación del culto con los más humildes de la población. Existía la sensación de ataque de orden social. De aquí nació un profundo miedo a la expedición, porque la acción podía en el campo de la mentalidad supersticiosa traer como consecuencia un castigo de la divinidad que podía materializarse en hacer fracasar los planes de los atenienses. Se ha planteado la hipótesis de que éste pudiera ser el deseo de los autores del hecho: crear el temor y poner en peligro la expedición decidida, por lo que la culpabilidad había que atribuirla a los enemigos de la decisión tomada poco antes. A ello se sumó el rumor y la denuncia de que ciertos jóvenes de la aristocracia, en fiesta privada, se habían dedicado a hacer una parodia de los misterios de Eleusis. Las consecuencias iban en el mismo sentido. Al mismo tiempo que el temor a los problemas que pudieran surgir en torno a la expedición, también surgen interpretaciones en el sentido de que todo se basaba en una especie de complot contra la democracia. De aquí nace la relación con los temores que había suscitado ya desde antes la personalidad de Alcibiades, que era considerado posible aspirante a la tiranía. Aristófanes establece una relación entre su carácter de hombre de acción y su personalidad tiránica.

21. LA EXPEDICIÓN

Ante toda esta confusa situación, los atenienses deciden acelerar la marcha de la flota. Era el modo de evitar las repercusiones que el suceso podía tener sobre ella. La despedida fue una auténtica manifestación de entusiasmo popular.

Dentro de los miembros de la expedición, desde muy pronto comenzaron a manifestarse entre los dirigentes diferencias tácticas, que eran en definitiva de origen estratégico e incluso ideológico. Los planes respectivos chocaron pronto entre sí. Nicias creía, o aparentaba creer, que, en efecto, la única finalidad era la protección de Segesta. Por diferentes motivos, en principio, Laques y Alcibiades estaban de acuerdo con que había que planear un ataque directo a Siracusa. Cuando así estaban las cosas, en Atenas el conflicto y los problemas procedentes de las acciones sacrílegas terminan con la reclamación de Alcibiades, por lo que se envía a Sicilia una nave especial para llamarlo.

22. ALCIBIADES EN ESPARTA

Siracusa pide ayuda a Corinto y Esparta, con lo que el conflicto se generaliza rápidamente y afecta al escenario anterior de la guerra. Alcibiades, por su parte, acude a Esparta en busca de su intervención y de su protección para él mismo. Su discurso, según Tucídides, es lo suficientemente explícito. Las intenciones de Atenas son las de dominar todo el mundo. A todas las ciudades les interesa, por tanto, unirse en su lucha contra ella. Él, por su parte, sólo era demócrata por conveniencia. Era la única manera de hacer carrera política en su ciudad, pero no considera que fuera el mejor sistema político. Posiblemente, con ello no sólo definía Alcibiades su propia actitud personal, sino que se reflejaba la verdad de un cierto grupo de individuos de Atenas, en quienes estas circunstancias también se daban, aunque tal vez en un grado menos notorio que en él mismo.

En consecuencia, Alcibiades propone que se lleve a cabo una nueva invasión del Ática, sistema de apoyo a terceros ya propuesto anteriormente, pero el plan es más ambicioso que el de Arquidamo. Se trata de ocupar y fortificar Decelia, consiguiendo con ello un efecto más estable, pero también de intentar paralizar desde allí la explotación de las minas de Laurio. En el plan se notaba que había detrás un conocimiento profundo de los medios de vida atenienses. El objetivo era lograr que Decelia sirviese de lugar de refugio. Las defecciones en la liga podían agravarse con las fugas de otra clase de dependientes, los esclavos, y con la carencia de los recursos procedentes de las minas. Ello podía significar el final de la capacidad de resistencia ateniense.

23. LA DERROTA DE SICILIA. LOS PERSAS

Tras una serie de vicisitudes, en el 413 se produce la derrota ateniense en Sicilia y la muerte de Nicias y de Demóstenes, que había acudido en una segunda expedición. La derrota principal tuvo lugar en el gran puerto de Siracusa, amplia bahía donde los atenienses reprodujeron los errores que había cometido su enemigo en Salamina y en la bahía de Navarino. Era un síntoma de cómo los antiguos defensores de la libertad, triunfadores, se habían convertido en opresores, derrotados. Coincidiendo con esto, con Darío II, renacen las aspiraciones persas en Asia Menor. En la conflictiva situación griega, Persia y Esparta llegan a un pacto por el que aquélla controlará Asia Menor. Desde aquí, el sátrapa Tisafernes desempeñará un importante papel. Reaparece Alcibiades, cuyas relaciones con Esparta se han ido deteriorando, y entra en conversaciones con el sátrapa. La situación se hace especialmente confusa.

24. LA OLIGARQUÍA

En Atenas, por la derrota de Sicilia y el cariz que van tomando los acontecimientos debido a la complejidad del sistema de pactos, también se extiende el ambiente de crisis. Se nombra a diez *próbouloi*, delegados o encargados de llevar, en la práctica, todos los asuntos. Aristóteles ya explicará que cuando existen *próbouloi* al margen de la institución de la *boulé* es que se ha producido una inclinación hacia la oligarquía. No es la *boulé* quien presenta los *probouleumata* o proyectos de ley, sino estos individuos, nombrados al margen del sistema constitucional. En este ambiente, crece la actividad de los grupos oligárquicos. El resultado de sus acciones fue el establecimiento de un régimen en que la asamblea se reducía a 5.000, que eran, según la fuente, los que poseían armas, *hopla*, es decir los hoplitas, aunque el número parece indicar que incluso dentro de éstos había una reducción. Junto a ella se muestra una *boulé* de 400, reproducción teórica de la época de Solón y, al parecer, en la práctica, controlada por los organizadores de la conspiración. Entre sus medidas estaba la abolición de las pagas por servicios públicos.

Entre tanto, la flota ateniense, que se encontraba en Samos, se erige en defensora de la democracia. Se trata de la mayor parte de los *thetes* que actúa, consecuentemente, en la marina. Alcibíades consigue su apoyo al tiempo que se

aceptan sus propuestas de volver a tomar la iniciativa con el apoyo persa. Tras complicadas negociaciones, se llega a un acuerdo por el que en Atenas el régimen se transforma para dar mayor papel a los cinco mil. Era una solución intermedia, apoyada por Terámenes, que según Tucídides lo hacía por temor a la flota, y en la que participa al parecer Sófocles, el dramaturgo. La solución recibe las alabanzas de Tucídides como el mejor régimen desde la época de Pericles. La argumentación con que se hizo aprobar el sistema por parte del demos era que la democracia plena era incapaz de alcanzar la victoria en la guerra, puesta en boca de Pisandro por Tucídides. Pero este personaje fue precisamente quien desde el primer momento quiso aprovechar la coyuntura para llegar a establecer la paz con Esparta. Terámenes recibía el apoyo de la masa de los hoplitas.

25. DE 411 A 404

Alcibiades, entre tanto, conseguía victorias en los estrechos, en Cícico, en la Propóntide y en Abido, en el Helesponto. Fue la época en que se iniciaba el período de la guerra cuyo principal escenario fueron los estrechos. Pero, al mismo tiempo, en Atenas, se iba produciendo un fortalecimiento de la democracia, cuyo principal protagonista, entonces, era Cleofonte. Así, en 410, se vuelve al restablecimiento de las instituciones democráticas, la *boulé* de los Quinientos y los tribunales populares junto con la restauración de los pagos por funciones públicas al que se añadía un *diobolo*, dos óbolos a cualquier ciudadano, en caso de necesidad o por cualquier tipo de función: no está claro cuál era su materialización específica.

En el 408, se produce el regreso triunfal de Alcibiades a Atenas, que recibe el título de *hegemón autokrátor*. Entre tanto, Ciro el joven, sátrapa de Sardes, refuerza su amistad con Esparta, esencialmente con Lisandro, que, en cierto modo, representa dentro de su ciudad la continuación de una actitud como la anteriormente representada por Brasidas. Esto da lugar al crecimiento, de nuevo, de la flota espartana por razones externas e internas. El resultado fue la victoria de Notion en el año 407, en la costa de Asia Menor, frente a Samos. Para Alcibiades esto representó un fracaso que lo forzó a refugiarse en el Quersoneso.

En el 406, los atenienses alcanzaron una victoria naval en las Arginusas, entre Lesbos y Asia Menor. La victoria, contrariamente a lo que parecía normal, en lugar de favorecer la concordia interna, produjo un efecto negativo. Por razones no bien explicadas, los generales, después de la batalla, no recogieron los cadáveres de los muertos atenienses, lo que se consideraba una acción sacrílega. El no enterramiento era objeto de temas trágicos, de trascendencia ciudadana, como en la *Antígona* de Sófocles. El tratamiento dado al asunto, en cualquier caso, estaba condicionado por las tensiones del momento. Al regreso de la expedición, con Terámenes como promotor, según la noticia de Jenofonte, se entabló un juicio contra los estrategos, cuyo resultado fue la condena a muerte en una sola sentencia de todos ellos. El único voto contrario fue el de Sócrates. La victoria no era suficiente para aliviar la crisis interna de la ciudad.

Después de esta derrota, los espartanos buscan la paz, pero en Atenas el demos la rechaza. Con todo, seguía siendo partidario de continuar la guerra, dados los peligros que podría representar para él la pérdida del imperio, o simplemente la

imposibilidad de seguir creciendo para obtener su supervivencia. Es posible que la victoria, y en consecuencia la confianza, fuera un espejismo que repercutió tanto en la postura del pueblo ante los problemas exteriores como ante los internos. Así, en 405, las tropas espartanas, bajo el mando de Lisandro, vencieron a los atenienses en Egospótamos, en el Quersoneso. De este modo, en 404, se llegó a la paz, en que tuvo un papel importante Terámenes, llamado *coturno*, calzado que servía para ambos pies, porque tomaba actitudes contrarias entre sí alternativamente. Atenas tiene que renunciar a la Liga y a las *clerouquías*.

26. LOS TREINTA

El sistema establecido, el régimen de los treinta, tuvo, entre sus personajes sobresalientes, a Critias, pariente de Platón, representante de la oligarquía más radical. Aristóteles habla de dos tipos de nobles, los que defendían la oligarquía y los que proponían una *patrios politeía*, la vuelta a la constitución de los padres, a la constitución ancestral. Todos ellos se caracterizarían por su oposición al demos, al pueblo, o, más bien, al sistema democrático. La vuelta a la *patrios politeía* era un modo de reconstituir el sistema predemocrático atribuyéndole la apariencia de la democracia, lo que habitualmente se llama el sistema de los moderados. El sistema claramente oligárquico fue el que en definitiva se impuso con el apoyo espartano y encabezado por la figura de Critias. Es el régimen de los treinta tiranos, donde el término tiranía se aplica ya de un modo claro para definir un régimen oligárquico opuesto a la democracia, cuando, en su origen, la tiranía había servido para abrir las puertas a la democracia.

DOCUMENTOS

1. TUCÍDIDES, II, 14-16 (TRADUCCIÓN F. R. ADRADOS)

Los atenienses al oírle le obedecieron e hicieron entrar del campo a sus hijos y mujeres y los enseres domésticos en general que utilizaban en el campo, e incluso el maderamen de sus propias casas, que se llevaron; y transportaron a Eubea y las islas cercanas sus ovejas y animales de tiro. Llevaron con dolor la evacuación porque la mayoría de los atenienses había por lo general vivido siempre en el campo.

Desde antiguo había sido ésta una característica de los atenienses más que de cualesquiera otros; pues desde Cécrope y los demás reyes hasta Teseo, la población de Ática estuvo siempre repartida en ciudades con sus Pritaneos y magistrados, y cuando no temían ningún peligro no acudían al rey para consultar con él, sino que cada ciudad se gobernaba por sí sola y decidía por sí misma. E incluso alguna vez guerrearon contra el rey algunas poblaciones, como los habitantes de Eleusis bajo el mando de Eumolpo contra Erecteo. Mas cuando Teseo subió al trono, como era a más de inteligente poderoso, además de organizar en otros conceptos el territorio, eliminó los Consejos y magistraturas de las demás ciudades y las unificó con la ciudad actual, designando un solo Consejo y un solo Pritaneo; y obligó a todas la poblaciones a que, aun continuando cada una habitando su propio territorio como antes, tuvieran a la sola Atenas por capital; la cual, al contarse todos como pertenecientes a ella, fue entregada por Teseo a sus sucesores convertida en una gran ciudad. Y en memoria de esto todavía hoy los atenienses celebran a expensas públicas las fiestas Sinecias en honor de la diosa. Hasta entonces la ciudad era lo que ahora es Acrópolis y la parte que está bajo ella y orientada al sur principalmente. He aquí una prueba: en la propia Acrópolis están el templo de Atenea y los de otros dioses, y los de fuera de ella están construidos con preferencia en dicha parte de la ciudad, así el de Zeus olímpico, el de Apolo pítico, el de la Tierra y el de Dioniso de Limna, donde se celebran las más antiguas fiestas dionisíacas el doce del mes Antesterión, según la costumbre de los jonios, descendientes de los atenienses, que aún perdura. Otros varios templos antiguos están situados en esta zona. Los habitantes de entonces utilizaban para las ceremonias más importantes, por estar cerca, la fuente llamada Eneacruno por haberle dado esta disposición los tiranos y que antes, cuando tenía los manantiales al descubierto, era llamada Calírroe; y todavía hoy, por la tradición antigua, se acostumbra a usar su agua para las ceremonias que preceden a las bodas y en los demás ritos sagrados. Y por este hecho de haber sido habitada antiguamente, la Acrópolis es llamada hoy día Polis por los atenienses.

A causa, pues, de esta larga costumbre de vivir con autonomía fuera de Atenas, aun después de establecida la unidad, la mayoría de los atenienses de los tiempos antiguos y de los posteriores hasta hoy han nacido y vivido en el campo esta tradición; por ello llevaron a término la evacuación en unión de toda su familia con dificultad, dado sobre todo que hacía poco que, después de las Guerras Médicas, habían recobrado sus posesiones; y se entristecían y soportaban mal el abandonar sus casas y sus templos, que habían sido los suyos tradicionales desde la época de la antigua constitución, así como el estar a punto de cambiar su género de vida y de hacer algo que significaba tanto como abandonar cada uno su ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

W. R. CONNOR: *The New Politicians of Fifth Century Athens*. Princeton University Press, 1971, 218 págs.

J. K. DAVIES: *Athenian Propertied Families 600-300 B.C.*, Oxford, Clarendon Press, 1971, 653 págs.

M. I. FINLEY: «The Athenian Demagogues», *Past and present*, 21, 1962, recogido en *Studies in Ancient Society*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1974, 324 págs. traducidos como *Estudios sobre Historia Antigua*, Madrid, Akal, 1981, 357 págs.

HAMMOND y WILL, ya mencionados.

G. E. M. de STE-CROIX: *The Class Struggle in the Ancient Greek World. From the Archaic Age to the Arab Conquest*. Londres, Duckworth, 1981, 732 págs.

CAPITULO VII

LA RESTAURACIÓN DEMOCRÁTICA EN ATENAS

1. LOS TREINTA Y ESPARTA

La tiranía de los treinta había llevado al exilio a una gran cantidad de ciudadanos atenienses. La violencia de la reacción oligárquica había creado conflictos dentro de la misma clase dominante, que ya habían comenzado a manifestarse en 411. Los conflictos internos estaban, por otra parte, complicados con las diferentes posturas en las relaciones con Esparta. Otro factor que introduce graves elementos de complejidad es la sucesión de rebeliones por parte de las ciudades aliadas. La existencia de una oligarquía en Atenas no significaba la solidaridad automática de las oligarquías de las ciudades. Por otro lado, la política espartana llevada por Lisandro en los últimos años de la guerra había creado ciertas diferencias entre los aliados de la Liga del Peloponeso.

En estas circunstancias, fueron exiliados muchos atenienses que, con otros métodos, pudieron haber formado parte del grupo de colaboradores de la oligarquía, como fue el caso de Trasibulo y Ánito. La violencia de los Treinta se fue agudizando y el número de los desterrados se hizo cada vez mayor. Muchos huyeron al Pireo, pero, como también allí los perseguían, llenaron Mégara y Tebas de fugitivos, es decir, las mismas ciudades aliadas de Esparta servían de refugio a los perseguidos por un gobierno apoyado por Esparta y la misma ciudad de Tebas sirvió de punto de partida a la reacción encabezada por Trasibulo.

Diodoro dice que los lacedemonios se alegraban al ver que la ciudad de Atenas se debilitaba, pero querían evitar que los exiliados se fortalecieran y decretaron que todos éstos fueran entregados a los Treinta por cualquiera de las ciudades en que se refugiaran. El decreto se consideró terrible, pero las ciudades, en general, se plegaron por temor al poder de los espartanos, salvo, en primer lugar, los argivos, que odiaban la crueldad de los lacedemonios y, por compasión con la suerte de los desafortunados, acogieron filantrópicamente a los exiliados. Los tebanos, continúa Diodoro, también votaron que someterían a una multa a todo

el que viera a un exiliado y no lo socorriera dentro de sus posibilidades. La evolución de Esparta en los años finales de la guerra del Peloponeso también había producido grietas dentro de la alianza peloponésica.

2. CRITIAS Y TERÁMENES

Pero la complejidad de la situación ateniense también había llevado muy pronto a la ruptura dentro de las mismas filas de los partidarios directos de la oligarquía. Los dos dirigentes más importantes, Critias y Terámenes, en principio parecen haber coincidido en formar un sistema en que se diera participación a todos los hoplitas. El apoyo espartano, sin embargo, condicionó que se eligiera a treinta hombres para ponerse al frente de la *politeía*. El régimen oligárquico, para imponer sus condiciones dentro de la ciudad, necesitaba el apoyo espartano y éste, naturalmente, imponía las suyas propias. Es evidente, por otra parte, que la mayor restricción también gozaba de partidarios dentro de la ciudad de Atenas. Jenofonte arroja toda la responsabilidad en Critias y sus partidarios. Por un lado, considera que así podían actuar de acuerdo con sus propios intereses y, por otro, pone en su boca la teoría de que la única manera de mantenerse pocos en el poder es por medio de la tiranía. Terámenes aconsejaba que se ampliara la participación; según Jenofonte, ante tales presiones, Critias y sus amigos acceden a que se forme un grupo de 3.000 y que se incluyan en el catálogo para la participación en los asuntos políticos, número que, al decir del mismo Jenofonte, resulta ridículo a Terámenes. Esto llevó al enfrentamiento declarado entre Critias y Terámenes. Critias lo acusó de intentar derrocar la oligarquía, al tiempo que se organizaban bandas de hombres armados contra él, que tuvo que refugiarse en el altar de Hestia, a pesar de lo cual lo tomaron preso y lo condenaron a muerte. Según Diodoro, Sócrates y varios de sus amigos intentaron salvarlo. La multitud lloraba, no sólo por la desgracia a Terámenes, sino también por su propia esclavitud.

Jenofonte pone en boca de Critias el discurso de acusación contra Terámenes en que se resaltan las contradicciones de este personaje, que desea el derrocamiento de la democracia y el establecimiento de la oligarquía, pero que se muestra reticente a que ésta se lleve a sus últimas consecuencias, en lo que, a los ojos de Critias, se convierte en traidor. Seguramente ello fue lo que lo hizo ganarse el sobrenombre de *coturno*, calzado escénico que vale para ambos pies, con el que se lo designa no sólo en la comedia, sino por el propio Critias en este discurso. Para él, los cambios experimentados por personas como Terámenes están en la base de las desgracias de la ciudad en los últimos tiempos. El modelo que debe seguirse es la constitución inamovible de los atenienses. Para Terámenes, en su defensa, quien realmente está socavando la oligarquía es Critias con sus colaboradores, al matar a hombres de bien como León de Salamina y perseguir a los metecos, pues lo único que iba a conseguir con ello es que aumentara el número de los enemigos del régimen. Terámenes no consideraba que fuera más ventajoso para los lacedemonios que la ciudad estuviera completamente debilitada: en ese caso, podrían haberla arrasado. Terámenes cree que puede haber democracia sin que participen los esclavos ni los que necesitan una dracma de paga para poder intervenir en la política y que puede haber oligarquía sin que haya tiranía, con

lo que se pone de relieve la ambigüedad de la disyuntiva democracia/oligarquía en ciertos sectores de la vida política ateniense. Si se define de una determinada manera, los límites pueden quedar borrados. En la realidad, Terámenes pudo ser acusado tanto de ir contra la oligarquía como de atacar la democracia.

Critias decide eliminar a Terámenes del Catálogo, con lo que, según las leyes redactadas por ellos mismos, los Treinta pueden darle muerte sin necesidad del voto del Consejo. Fue obligado a beber la cicuta.

3. ESPARTA Y LAS CIUDADES

Los aliados peloponésicos no se sentían identificados con la Esparta vencedora. Ésta había impuesto condiciones que sólo beneficiaban a ellos mismos. Corintios y beocios consideraban que los espartanos querían asegurar la posesión y fidelidad del territorio ateniense. Lisandro, por otra parte, tras la victoria de Egospótamos, se dedicó a instalar *harmostas* lacedemonios y diez gobernadores en cada ciudad elegidos entre *hetairías* que él había instituido. Según Plutarco, aplicaba este tratamiento por igual a las ciudades enemigas y las que se habían hecho aliadas. Entregaban las ciudades a las más violentas de las minorías.

La ambición de Lisandro, dice el mismo Plutarco, hizo que se dejara influir por los aduladores y que careciera de medida tanto en los premios como en los castigos. A sus amigos en las ciudades les daba poderes y tiranías sin ningún control y hacía perecer al que odiaba. En Mileto había prometido respetar a los demócratas y, cuando se entregaron, los puso en manos de los oligarcas para que los degollaran. En todas las ciudades los asesinos de demócratas fueron innumerables. No sólo atendía a sus propios odios, sino que ayudaba a los de sus amigos en las ciudades. Plutarco se contradice cuando, en la *Vida de Licurgo*, habla de cómo, en la mayoría de los casos, los extranjeros acogen con gusto las intervenciones de generales espartanos y pone el ejemplo de los griegos de Asia con relación a Lisandro. Aquí dice que se veía a los *harmostas* y al estado espartano como pedagogo y maestro, lo que no parece corresponder a la realidad de las intervenciones de Lisandro.

4. TRASIBULO

Así pues, desde Tebas, Trasibulo se lanzó con unos setenta hombres sobre File, cerca de la frontera beocia, y allí, a pesar de los ataques de los Treinta y de la guarnición espartana, no sólo resistió, sino que aumentó su número hasta unos 700, con lo que pasan al ataque y obtienen una victoria. Luego, cuando habían alcanzado aproximadamente el número de 1.000, se dirigieron al Pireo, donde ya se había concentrado un gran número de refugiados. Los Treinta intentaron ganarse a Trasibulo ofreciéndole el lugar que había dejado libre Terámenes, pero aquél se negó a colaborar. Esto era sin duda un paso importante y debía de ser cada vez más claro que los hombres procedentes de File estaban obteniendo un apoyo creciente. En el Pireo se fortificaron en Muniquia donde, desde una posición favorable, obtuvieron una nueva victoria. Esto, dice Aristóteles, hizo que el *demos* se pusiera de su parte.

En la ciudad, los Treinta abandonaron, se retiraron a Eleusis y eligieron a Diez. La situación era inestable y todos desconfiaban, hasta el punto de que los caballeros hacían guardia día y noche en el Odeón, mientras los del Pireo se fortalecían constantemente y se organizaban. Los oligarcas, Jenofonte dice que los treinta, y Diodoro que los Diez, que a su vez se habían transformado en tiranos, pidieron ayuda a Lisandro. Pero aquí se pusieron de manifiesto las diferencias existentes dentro de la clase dirigente de la ciudad de Esparta. El rey Pausanias, envidioso de Lisandro y, según Diodoro, porque veía que Esparta estaba cayendo en mala reputación entre los griegos, intervino también con los aliados corintios y beocios. Por medio de complicadas acciones y negociaciones, consigue que ambos bandos lleguen a deponer las armas y a promover la negociación. Jenofonte da el protagonismo a la colaboración con los del Pireo y al papel de Trasibulo. Aristóteles, en cambio, atribuye más importancia a un segundo cuerpo de Diez y a Rinón, que mostraban buena voluntad hacia el demos y que, a pesar de haber estado con la oligarquía, se sometían a la rendición de cuentas. Según Jenofonte, Trasibulo pronunció un discurso en que manifestaba que la superioridad de la riqueza no se traducía en la justicia ni en la valentía ni en la inteligencia. La actitud dominante se definía como el renacimiento de la concordia y la restauración de las instituciones democráticas, que consistía en servirse de las leyes antiguas.

5. RESTAURACIÓN DEMOCRÁTICA

En el año 403/402, el del arcontado de Euclides, se restauró oficialmente la democracia en Atenas. Según Aristóteles, la importancia de la actuación de Rinón en el proceso de reconciliación fue el motivo de que fuera elegido estretego para ese mismo año. Este es uno de los elementos que define cuál vino a ser el espíritu triunfante.

Aristóteles destaca también el papel desempeñado por Arquino, que tomó medidas para proteger e inspirar confianza a los oligarcas refugiados en Eleusis, y dar seguridades de que se respetaría la amnistía concedida a los que habían colaborado con los treinta. Aristóteles alaba estas medidas y la de pagar las indemnizaciones a Esparta, frente a otras medidas tomadas en otras ciudades en que se procedió a la redistribución de la *chora*, de la tierra cultivada.

También se aprobó la restauración de la ley de Pericles por la que sólo poseían la ciudadanía ateniense los que eran hijos de padre y madre de la misma ciudadanía. Fue el mismo Arquino, según Aristóteles, quien denunció a Trasibulo con una *graphe paranomon*, especie de recurso de ilegalidad por haber propuesto un decreto que concedía la ciudadanía a todos los que habían colaborado en Muniquia con los restauradores de la democracia, entre los que había sin duda esclavos y tal vez metecos: Arquino obtuvo el apoyo del demos, lo que, con la anterior norma del *metrexenos*, sería prueba de las necesidades del demos de restringir los privilegios representados por los derechos de ciudadanía, sólo que estos privilegios ahora se encontraban en una nueva situación de peligro, dadas las condiciones en que se está produciendo el proceso de restauración de la democracia y los contenidos ambiguos que, en consecuencia, va tomando el concepto mismo de democracia. En este ambiente es donde hay que situar el intento

de Formisio, que había pertenecido al grupo de Terámenes en 404. Propuso un decreto por el que, con la restauración de la democracia, no se daría la ciudadanía a todos, sino sólo a aquéllos que poseían tierras. Según Dionisio de Halicarnaso, los espartanos apoyaban esta medida. Para el mismo Dionisio, si el decreto hubiera triunfado, se habrían excluido de la comunidad alrededor de 5.000 atenienses. El discurso de Lisias al que se refiere la introducción de Dionisio fue escrito para un político que argumentaba contra este decreto. Con su rechazo se conservó el derecho de los *thêtes*. El debate es ilustrativo de las tensiones de la sociedad ateniense en los momentos sucesivos a la guerra del Peloponeso.

6. SÓCRATES

Ciertamente, hay muchos datos para considerar que, a pesar de la amnistía y la restauración de la democracia, los conflictos dentro de Atenas pervivieron y la lucha política no dejó de ser encarnizada. De los sucesos que tuvieron lugar en los años del cambio de siglo, en la vida pública ateniense, sin duda el que ha tenido más resonancia, al mismo tiempo que es objeto de estudios y elucubraciones, sin que se haya logrado una explicación satisfactoria, es el de la condena y muerte de Sócrates. Esquines dice que los atenienses acusaron a Sócrates por haber sido el maestro de Critias. En la *Apología* de Sócrates, Platón hace alusiones a acusaciones antiguas y a las referencias que a su maestro hizo Aristófanes en *Las nubes*, representada en 423, en que lo definía como sofista. La condena se basó en las acusaciones de no reconocer a los dioses que la ciudad reconoce, de introducir nuevas divinidades y de corromper a la juventud. Aparte del reflejo de sus enseñanzas en los diálogos de Platón y de Jenofonte, que forman una literatura doctrinal difícilmente utilizable desde el punto de vista histórico concreto, son pocos los datos que se poseen sobre la figura de Sócrates.

Se sabe que fue el único que votó en contra de la condena masiva de los generales que no habían enterrado a los muertos después de la batalla de las Arginusas, hecho en el que tuvo una actuación decidida Terámenes. Por otro lado, Platón insiste en que se negó a acatar las órdenes de los treinta de arrestar a León de Salamina, acontecimiento que, según Jenofonte, también fue criticado por Terámenes. El encuadramiento de su personalidad es difícil por muchos conceptos: no es el menor el de las peculiares características de las fuentes que tratan de él; pero también hay que tener en cuenta que nos encontramos con una personalidad peculiar, aunque seguramente no por ello menos característica y significativa del momento histórico, dado que determinadas exigencias intelectuales difícilmente podían acomodarse a las realidades ofrecidas por la coyuntura histórica. El estudio de los acusadores no aclara mucho más la situación. El mejor conocido es Ánito, que había sido de los partidarios de Terámenes y estaba situado luego junto a Trasibulo. Aparece definido como un «curtidor», al estilo de los políticos «radicales» atenienses de plena guerra del Peloponeso. Pero las circunstancias han cambiado para este tipo de personajes.

La sensación general que se produce es la de que el grupo socrático reviste ciertos aspectos que pueden ser identificados con *hetairías*, como aquéllos que actuaron políticamente en momentos críticos de la guerra del Peloponeso, y que ello resultó peligroso para los políticos que buscaban una situación en que la

reconciliación fuera el escaparate detrás del cual se escondiera una forma de organización social y política con aspecto democrático, pero que fuera definiendo poco a poco las formas de dependencia del demos que con el final de la guerra se habían podido establecer plenamente. Tanto Alcibiades como Critias, personajes con los que se relacionaba a Sócrates, eran ambos demasiado definidos y opuestos al ideal de «moderación» que obsesionaba a la clase dominante después de la experiencia de la guerra y de los treinta tiranos.

7. CONSECUENCIAS SOCIALES Y ECONÓMICAS DE LA GUERRA EN ATENAS

Al margen de las consideraciones que se hagan en un capítulo posterior sobre el problema de la crisis de la polis en general y de la ciudad de Atenas en particular, aquí hay que hacer constar que, en el cambio de siglo, como consecuencia del imperialismo y de la guerra del Peloponeso, en Atenas tuvo lugar una etapa que reflejaba una transformación importante, a la que, al menos de momento, hay que llamar crisis.

En general, no se acepta que con la guerra del Peloponeso se produjera la desaparición del pequeño campesino en provecho de los grandes terratenientes. Sin embargo, las condiciones del imperialismo habían creado circunstancias económicas que hicieron que, al menos de momento, los pequeños campesinos atravesaran una situación crítica. La distribución de la riqueza había experimentado un cambio que, en las condiciones mismas del imperialismo, no había producido consecuencias graves; pero, al terminar la guerra, como se venía previendo a lo largo de ésta, según se destaca en las comedias de Aristófanes, la situación del campesino pobre parece haber sido difícil; por lo menos éste es el panorama que se desprende de la miseria retratada en la figura de los campesinos del *Pluto* de Aristófanes, que se quejan del mal reparto de la riqueza, que abandona a los buenos y honestos agricultores y favorece a los «malos». Este aspecto de la crisis no significa de ninguna manera una reducción cuantitativa de la producción. Se trata de una crisis de distribución, como ha puesto de manifiesto Mossé, favorecida sin duda por el crecimiento de la circulación monetaria, promovida por el imperio.

Es interesante constatar que, al parecer, este aspecto de las ventajas del imperio no desapareció con la derrota ateniense. Sus víctimas fueron los ciudadanos que ejercían sus derechos gracias al pago de indemnizaciones y los que disfrutaban de tierras gracias a las *clerouquías*. Víctimas que por otra parte se resistían a serlo y de ahí la conflictividad interna de Atenas entre diferentes sectores de la ciudadanía. En cambio, hubo posibilidades de aumentar riqueza y productividad, según se desprende de *Memorables* de Jenofonte y de varios discursos de Lisias y de Demóstenes. Frente a ello, comienzan a resaltarse las desgracias del hombre libre que tiene que dedicarse a labores impropias de su estatuto de ciudadano. Es evidente, sin embargo, que la crisis en Atenas, con todo, no revistió las características de gravedad que tuvo en otras ciudades, en que se documentan diferentes conflictos sociales y reclamaciones de redistribución de la tierra. Las características de Atenas fueron únicas, porque el desarrollo imperialista permitió un desarrollo económico que fue más allá de las condiciones propias de la ciudad-estado antigua, con lo que en ciertos aspectos económicos creó condiciones de

diferenciación más grave y permitió la existencia de actividades económicas muy productivas ajenas a la tierra, pero también, por eso mismo, facilitó las vías de conciliación, dentro de unas formas de conflictividad peculiares, tal vez de mayor repercusión «política», pero de más fácil solución económica.

En estas condiciones, la tierra se convirtió en un objeto de provecho que no tiene paralelo en otras ciudades antiguas; son condiciones que pertenecen a un mundo económico diferenciado, aunque esa diferenciación se base precisamente en la existencia de otras *poleis* que no alcanzan el mismo grado de desarrollo económico y financiero.

Esta capacidad de producir beneficios por parte de la tierra va unida a la existencia de un mercado de transacciones inmobiliarias y de compra-venta de productos que refleja un desarrollo de riqueza crematística que sólo fue posible en Atenas.

El desarrollo monetario tendría repercusiones positivas y negativas. Los fenómenos financieros que tuvieron lugar en Atenas en el siglo IV, y el desarrollo del mercenariado van unidos al crecimiento de la banca y las actividades de no ciudadanos que rompen los moldes de la ciudad-estado clásica. Al mismo tiempo, la falta de imperio causó problemas de abastecimiento y de medios de pago al demos para la conservación de su libertad. Todo ello hizo que la moneda adquiriera un valor específico que se refleja en el fenómeno de la reducción de plata de la dracma, de la que ya se queja un personaje de Aristófanes. Todo ello, sin embargo, adquiere su pleno sentido en el segundo cuarto del siglo. Ahora sólo es preciso tener en cuenta ciertos cambios para entender el trasfondo sobre el que crece la democracia restaurada.

DOCUMENTOS

1. JENOFONTE, HELÉNICAS, II, 3, 42-44: (TRADUCCIÓN O. GUNTIÑAS)

Ni el pagar a la guarnición me agradó, cuando se podía atraer a tantos ciudadanos propios hasta que llegáramos a dominar con facilidad los gobernantes a los gobernados. Y realmente cuando vi en la ciudad a muchos contrarios a este gobierno, a muchos que eran desterrados, no aprobaba asimismo que Trasíbulo, Ánito y Alcibíades fueran desterrados; pues de este modo la oposición sería fuerte, si añadían al partido de la mayoría jefes prestigiosos y si se mostraba a los que querían ser jefes muchos partidarios. Bien, quien advierte eso públicamente, ¿sería considerado con justicia leal o traidor? Critias, quienes impiden que los enemigos se multipliquen y quienes enseñan a adquirir muchos aliados ésos no fortalecen a los enemigos, sino mucho más quienes se apoderan injustamente de riquezas y condena a muerte a los que no han cometido ninguna injusticia, ésos son quienes multiplican a los contrarios y traicionan no sólo a los amigos, mas incluso a sí mismos a causa de una ganancia reprobable. Y si no es posible reconocer de otra manera que digo la verdad, examinad de lo siguiente: ¿Creéis que Trasíbulo, Ánito y los demás desterrados preferirían que pase lo que yo defiendo o lo que éstos hacen? Por supuesto, yo creo ahora que ellos piensan que todo está repleto de aliados; pero si lo mejor de la ciudad nos fuera favorable reconocerían ser difícil incluso el pisar cualquier punto del territorio.

2. JENOFONTE, HELÉNICAS II, 4, 40-42: (TRADUCCIÓN. O. GUNTIÑAS)

Y Trasíbulo dijo: «Hombres de la ciudad os aconsejo que os conozcáis a vosotros mismos; y os podéis conocer sobre todo si reflexionáis de qué os debéis sentir orgullosos como para intentar dominarnos. ¿Es que sois más justos? Bien, el pueblo, que es más pobre que vosotros, nunca os ofendió en nada por riquezas; pero vosotros que sois más ricos que todos habéis cometido muchas cosas vergonzosas por avaricia. Y ya que de la justicia nada podéis reclamar, mirad, pues, si por el valor os debéis sentir orgullosos. ¿Y qué mejor juicio de ello había que cuando luchamos unos con otros? Mas ¿diréis que aventajáis en inteligencia, vosotros que, teniendo murallas, armas y dinero y aliados peloponesios, habéis sido acosados por quienes no tenían nada de esto? Bien, ¿creéis, por fin, que os debéis sentir orgullosos por los lacedemonios? ¿Cómo, si incluso ellos se retiran y marchan después de entregaros a este pueblo ofendido como se entregan perros que muerden atándolos con una cadena? Sin embargo, camaradas míos, al menos a vosotros os exijo que no quebrantéis nada de los que habéis jurado, mas incluso deis prueba de lo siguiente además de otras cosas buenas; que sois fieles a lo jurado y piadosos». Después de exponer esto y otras razones semejantes, y también que no se debía en absoluto promover desórdenes, sino servirse de las leyes antiguas, levantó la asamblea.

BIBLIOGRAFÍA

M. CRAWFORD, D. WHITEHEAD (citado): *Lisandro* (p. 478), negociaciones con los Treinta (p. 466; en nº. 1, la visión de Aristóteles; en nº. 9, la amnistía; también p. 464); decreto de Formisio (p. 467).

J. K. DAVIES: *Democracy and Classical Greece*, Glasgow, Fontana, 1978, 284 págs. Trad. esp. Madrid, Taurus, 1981, 255 págs.: pp. 14 ss., para los conflictos entre oligarcas en 411.

N. G. L. HAMMOND: *History of Greece* (citado): Trasíbulo en el Pireo (pp. 444-445 y nº. 1), restauración de la ley de ciudadanía (pp. 447-448).

C. HIGNETT: *History of the Athenian Constitution to the End of the Fifth Century B. C.*, Oxford, University Press, 1952, pepr. 1970, 420 págs.: restauración democrática en Atenas.

P. KRENTZ: *The Thirty at Athens*, Ithaca, Londres, Cornell University Press, 1982, 167 págs. File (p. 70, con nota 4), restauración de la ley de ciudadanía (p. 113), ciudadanía y concepto nuevo de democracia (pp. 110 *et circa*).

C. MOSSE: «La vie économique d'Athènes au IV Siècle: crisis ou renouveau?», *Praelectiones Patavinae*, Roma, L'Erma, 1972, pp. 135-144.

J. PEVIRKA: «The Crisis of the Athenian Polis in the Fourth Century B. C.», *Eirene*, XIV, 1976, 5-29.

D. PLACIDO: «Esclavos metecos», *In memoriam. Agustín Díaz Toledo*, Granada, Almería, Universidad de Granada, 1985, pp. 297-303: sobre concesión de ciudadanía.

F. SARTORI: *Una pagina di storia ateniese in un frammento del «Demi» Eupolidei*, Roma, L'Erma, 1975, 107 págs. para la evolución de determinados personajes en la guerra del Peloponeso.

—, *Le Eterie nella vita politica ateniese. del VI e V secolo a.C.*, Roma, L'Erma, 1957, 169 págs.

R. SEAGER: «Thrasybulos, Conon and Athenian Imperialism, 396-386 B. C.», *JHS* 87, 1967, 95-115.

F. VANNIER: *Le IV siècle grec* (colección U), París, A. Colin, 1967, 288 págs. Tratamiento de las ciudades por Lisandro (p. 87), desarrollo económico de Atenas (p. 139).

CAPITULO VIII

LA HEGEMONÍA ESPARTANA

1. LISANDRO

Desde los últimos años de la guerra del Peloponso, en Esparta, la política dominante había sido la seguida por Lisandro, consistente en el control sobre las ciudades conquistadas y aliadas, por medio de *harmostai* asistidos por gobernadores designados *(decarquías)* entre los amigos y clientes de Lisandro. Con ello, además, destruía las democracias, en algunos casos de modo violento. Su poder se hizo de tales dimensiones que Duris de Samos, según relata Plutarco, hablaba de altares y sacrificios dedicados a él en las ciudades, así como de un himno y un festival en Samos a Hera Lisandrea. El expansionismo imperialista espartano, con todo, se movía en un contexto de diferencias internas, como se puso de manifiesto en la intervención en Atenas de Lisandro y Pausanias con intenciones al parecer diferentes y movidos por la rivalidad. Según Diodoro, la recaudación de tributos se hacía en talentos (más en 1.000 al año), aunque anteriormente no había en Esparta moneda acuñada, lo que sin duda repercutía en las transformaciones internas de la ciudad.

2. ESPARTA Y PERSIA

A la muerte de Darío, Ciro el Joven pretendió la sucesión a la corona frente a su hermano mayor Artajerjes y, para ello, envió mensajeros a Esparta solicitando ayuda en reciprocidad por la prestada por los persas durante la guerra del Peloponeso. Las relaciones entre Esparta y Persia se habían transformado de hecho en relaciones personales entre Lisandro y Ciro. Así se realizó la expedición de los persas, con un importante contingente de mercenarios griegos, que acabó con la muerte de Ciro en la batalla de Cunaxa y cuyo regreso fue detalladamente relatado por Jenofonte en su *Anábasis*. La consecuencia fue que Artajerjes ordenó al sátrapa Tisafernes que ocupara las ciudades griegas de Jonia. Éstas se encuen-

tran en un grave dilema porque, de un lado, pretendían liberarse del dominio espartano, pero, de otro, temían a Tisafernes porque anteriormente habían sido partidarios de Ciro, por lo que decidieron pedir ayuda a Esparta.

Ésta envió un contingente de neodamodes y de peloponesios, pero también de 300 jinetes atenienses, que según Jenofonte fueron enviados porque consideraban que sería una ganancia para el demos que marcharan e incluso que perecieran, pues habían servido con los Treinta.

3. CONSPIRACIÓN DE CINADÓN

Los síntomas de crisis en la ciudad de Esparta se manifestaron durante el primer año del reinado de Agesilao, en que se produjo la conspiración de Cinadón (398). Las transformaciones debieron de afectar a la reestructuración social y a la aparición de sectores «inferiores» dentro de la ciudadanía. A esto, tal vez, se refieren Plutarco y Jenofonte al tratar de los males producidos con la introducción de la moneda.

Aristóteles cuenta que había un oráculo según el cual los espartanos se destruirían en cuanto se dedicaran a honrar el oro y la plata.

David considera que había crecido una contradicción entre el deseo de «liberalización» económica de quienes se habían enriquecido y su misma necesidad de que el orden se conservara dentro de las normas tradicionales. Consecuencia del primero sería la reforma promovida por el éforo Epitadeo, que dio lugar a un proceso de concentración de tierras, lo que producía para otros la pérdida del *klêros*, pero también de la plenitud de los derechos de ciudadanía. La ley de Epitadeo no hay que colocarla inmediatamente antes de la conspiración contrariamente a lo que piensa Oliva. El proceso podía venir desde antes.

Según Jenofonte, Cinadón no era de los «iguales». David cree ver un contraste entre las características personales de Cinadón y su posición social, aquí y en Aristóteles, pero ambos autores coinciden en que no era de los «iguales» y por tanto no tenía derechos políticos como ciudadano. Quería no ser menos que nadie en Lacedemonia; por ello, proclamaba la superioridad del número frente a los espartiatas: «en los campos había un enemigo frente a muchos aliados», decía, según Jenofonte; para ello, animaba a los hilotas, neodamodes, «inferiores» (*hypomeiones*) y periecos. El otro dirigente, Tisámeno, posiblemente había quedado *ákleros*, al corresponderle la herencia a su hermano. Esta situación podía ser el ejemplo que sirve a Platón para describir la oligarquía: «al ser entonces negligentes, en la oligarquía, y tolerantes con la licenciosidad, fuerzan a ser pobres, a veces, a hombres no desprovistos de nobleza (...). Y éstos andan en el país sin hacer nada, provistos del aguijón y bien armados, unos cargados de deudas, otros privados contra los que poseen patrimonio propio y contra los demás, anhelando una revolución».

Por otra parte, los periecos debían de estar descontentos después de la guerra del Peloponeso, debido a la carga que caía sobre ellos sin ninguna compensación, como se demostraría en Leuctra, en que muchos de ellos se pasaron a cooperar con los tebanos. Los hilotas ya habían mostrado una actitud hostil y colaboradora

con el enemigo durante la guerra del Peloponeso. En algunos casos, en cambio, llegaban a ser neodamodes gracias a su participación en el ejército y, así, debieron de definirse como clase hacia 424-421.

Por otro lado, los rebeldes tenían armas por el hecho de servir en el ejército, lo que es índice de que los *hypomeiones* prestaban servicio militar, seguramente pagados, al igual que los mercenarios, gracias al desarrollo monetario que había producido la transformación social. Por eso, uno de los problemas de las oligarquías era, para Platón, el «verse compelidos a servirse de una multitud armada, a la cual se teme más que a los enemigos». Además, la masa contaba con instrumentos tales como las herramientas que se encontraban en el mercado, que usaban porque se dedicaban a actividades que el código de Licurgo consideraba impropias de los libres. El movimiento fue descubierto antes de que se materializara, a consecuencia de una denuncia. Los éforos detuvieron a Cinadón fuera de la ciudad y éste denunció a sus compañeros, según Polieno, bajo tortura. Los denunciados fueron ejecutados.

4. AGESILAO

Además, en 398, a la muerte de Agis, hubo una crisis dinástica por la sucesión entre su hijo Leotíquides y su hermano Agesilao. Éste fue elegido rey, contra las tradiciones de la sucesión de padre a hijo y contra el oráculo de Apolo. Según Plutarco, fue Lisandro quien lo persuadió para que reclamara la realeza y quien convenció a los ciudadanos gracias a su enorme poder. Plutarco mismo comenta más tarde que Lisandro había proyectado quitar el privilegio de la realeza a las dos casas reales y extenderla a todos los Heraclidas, e incluso hay quien piensa, añade Plutarco, que quería extenderla a todos los espartiatas. Las revueltas de Cinadón y las pretensiones de Lisandro demuestran que la rigidez de los estamentos espartanos estaba pasando por un momento crítico.

En efecto, Agesilao comenzó a llevar a cabo inmediatamente la política exterior de Lisandro. Ante los problemas suscitados en las ciudades de Asia Menor, Agesilao comienza un programa que adopta el aspecto de irredentista y «panhelénico» y de construcción del imperio espartano: «él en persona quiso ir a sacrificar a Áulide, donde precisamente había sacrificado Agamenón al dirigirse por mar a Troya» y respondió a una pregunta de Tisafernes diciendo que reclamaba «que las ciudades de Asia sean libres, como las de Grecia entre nosotros». Allí surgieron ciertas rivalidades con Lisandro, pero Agesilao hizo algunas campañas y, sobre todo, al año de partir, derrotó a los persas en el Pactolo. Los persas acusaron a Tisafernes de traición y lo ejecutaron. Luego ofrecieron a Agesilao un acuerdo diciendo: que volviera a casa y que las ciudades de Asia seguirían siendo independientes, aunque le paguen el antiguo tributo.

5. ATENAS Y TEBAS

Entre tanto, el ateniense Conón estaba al frente de la flota fenicia, al servicio de los persas, en la que obtuvo éxitos en el verano del 395. Se dedicaba a atacar a los tiranos proespartanos y a apoyar la democracia. La acción de Conón culminó

en el año 394 con su victoria frente a la flota espartana en Cnido. Es importante considerar cómo estas acciones, al servicio de los persas, podían colaborar en el renacimiento de las aspiraciones imperialistas de Atenas y en la agudización de las pretensiones democráticas.

Entre tanto, en Tebas cobra fuerza el movimiento antiespartano, con el apoyo de algunas ciudades de la Confederación Beocia. Intervinieron en apoyo de los locrios en su guerra contra Fócide, sostenida por Esparta, y devastaron el territorio focidio en 395. Tebas y Atenas entraron en una alianza defensiva que contaba con el apoyo persa. Jenofonte declara que los atenienses pensaban conseguir de nuevo el imperio. En Atenas, dicen las *Helénicas* de Oxirrinco, había quienes deseaban apartar a los atenienses de la tranquilidad y la paz y llevarlos a la guerra y a la acción para poder hacer dinero a través de los bienes comunes.

Las alianzas de Atenas con Beocia y con Lócride se conocen directamente gracias a la conservación de dos inscripciones, cuyo texto es muy similar: se trata del compromiso de acudir en defensa del otro si alguien marcha hacia su ciudad en son de guerra.

6. LA GUERRA DE CORINTO

Esto obligó a los espartanos al abandono de la guerra en Asia y al regreso de Agesilao. Antes de que éste llegara, los aliados habían sufrido su primera derrota en Nemea en 394. Agesilao, al llegar, los derrotó en Coronea de modo más contundente. Los años siguientes se caracterizaron por la acción incansable del rey espartano mientras, en Atenas, Conón conseguía reconstruir los Largos Muros como símbolo del fortalecimiento democrático. En la ciudad, sin embargo, crecían los conflictos entre los partidarios de la guerra, que se identifican normalmente con los demócratas, y los partidarios de la paz. En otras ciudades también incide el conflicto interno, como en Corinto, donde los demócratas derrotan a la oligarquía y establecen una alianza con Argos, en que permanece el sistema democrático a pesar de las derrotas sufridas. En general, fue una guerra en que el papel protagonista en el campo de batalla lo desempeñaron los mercenarios y donde fue importante la participación persa que ayudaba a los griegos a destruirse entre sí y evitaba que cualquiera de las ciudades se hiciera demasiado fuerte en el Egeo. Pero, en principio, fue Atenas quien más provecho sacó de la situación, ya que recuperó parte del Egeo y, en 392, ya ocupaba Lemnos, Imbros y Esciro con clerucos atenienses.

7. LA PAZ DEL REY

Las noticias de que Conón reconstruía las murallas con el dinero del rey y que igualmente fortalecía la flota y ganaba islas y ciudades marítimas del continente preocupaba a los espartanos: por lo que trataron de acercarse a los persas por medio del sátrapa Tiribazo. Para ello enviaron a Antálcidas como informador y para conseguir la paz. Pero los atenienses se enteraron de esto y enviaron también a embajadores, entre los que estaba el mismo Conón, acompañados de otros embajadores de las ciudades aliadas. Antálcidas sólo proponía la liberación de

islas y ciudades. A Atenas sin embargo le preocupaba principalmente el control de Lemnos, Imbros y Esciro, recientemente recuperadas, y el control de las ciudades beocias. Tampoco los argivos admitieron los pactos por temor a verse privados del control sobre Corinto que entonces poseían. Por todo ello, la paz quedó momentáneamente frustrada, pero Tiribazo subvencionaba a Antálcidas para que presionara con una flota a Atenas hasta obligarla a pedir la paz y, entre tanto, detuvo a Conón, según Diodoro, porque estaba envidioso de él, con el pretexto de que utilizaba el dinero del rey para engrandecer Atenas.

Conón adquirió mucho prestigio y recibió honras en su ciudad e incluso erigieron estatuas en su honor por haber librado a Atenas de la tiranía lacedemonia, comparable a la de los Pisistrátidas, por lo que Conón se hacía comparable a los tiranicidas, a quienes también se erigieron estatuas. Pero incluso también lo hicieron en otras ciudades. De Eritras se conserva un decreto del año 394 que lo honra como *evengétes* y *próxenos* y le conceden la ciudadanía y la exención de tributos, al tiempo que se le dedica una estatua de bronce sobredorado. Pausanias también habla de estatuas en el templo de Hera de Samos y en el de la diosa de Éfeso.

Luego, los lacedemonios hicieron proposiciones directamente a Atenas. Aquí se entabla un debate en que se inscribe el discurso de Andócides *Sobre la paz*, en el año 391. Los oradores contrarios a la paz defendían sus posturas por el temor a que se derrocara el régimen democrático. El discurso de Andócides trata de mostrar la falsedad de tales argumentos y defiende que con la paz es más posible la prosperidad de la ciudad. El resultado fue negativo desde el punto de vista de Andócides.

Los embajadores se marcharon sin haber conseguido nada, dado que Andócides no logró ser suficientemente convincente, según Filócoro.

Por una parte, se plantea el problema de la fidelidad a las alianzas. Andócides defendía que se obtuviera una política realista y que Atenas se aliara a los más fuertes y no a los más débiles, como hasta ahora. Por otro lado, estaba también presente el problema interno, el del tipo de democracia que era posible conservar si no se recuperaba el imperio. La actitud de Andócides es la de quien considera que, a pesar de hacer la guerra, no va a ser posible recuperar el Quersoneso ni las colonias. Según las *Helénicas* de Oxirrinco, las diferencias de actitudes entre los atenienses se producían entre los nobles por un lado y los «muchos» y «demóticos» por otro. Es la misma división que se expresa en el discurso de Praxágora, en la *Asamblea de las mujeres* de Aristófanes (193, ss.), representada el año 392: los pobres opinan que hay que sacar las naves, los ricos y los agricultores opinan que no.

Aquí la disyuntiva está ampliada, porque se especifica que los agricultores están en alianza con los ricos, con lo que se define la dicotomía económica en un sentido que ya se venía produciendo desde la guerra del Peloponeso. Las actitudes pacifistas son las propias de los agricultores que, con ello, tienden a formar un grupo solidario con los ricos. Los interesados en continuar la guerra son los pobres de la ciudad, principalmente, porque son los que viven de la actividad naval, los que sirven en la flota y los que sacan un provecho inmediato de que Atenas controle un imperio. Aquí reside su posibilidad de mantenerse libres y de que su pobreza

no los obligue a realizar trabajos serviles. A esta actitud se suman algunos personajes de la política, es decir, miembros de la clase dominante y, por tanto, ricos. El cuadro de relaciones entre la multitud y estos personajes es complejo. Son necesarios, dados los mecanismos de la actuación política de la ciudad-estado, pero sus intenciones y sus actuaciones concretas no siempre son claras. Ese puede ser el caso de Ergocles acusado en el discurso XXVIII de Lisias, que colaboró en las campañas de Trasibulo para la recuperación del Imperio en el Quersoneso, pero cuya actuación financiera lo hizo objeto de acusaciones de corrupción. Su flota anda falta de dinero, pero ellos personalmente se han enriquecido.

Como consecuencia, los espartanos adoptaron en 391 una actitud agresiva y se dedicaron a hacer pillaje en el territorio del rey desde la ciudad de Éfeso, que habían tomado como base. En su táctica, se dedicaron a ayudar a los ricos frente a los demócratas, como en el caso de Rodas, en que aquéllos habían sido expulsados. Los espartanos, dice Jenofonte, acudieron, al darse cuenta de que, si los demócratas dominaban, Rodas entera sería de los atenienses, pero, si dominaban los ricos, sería de ellos. En efecto, los partidarios de los atenienses fueron expulsados. Según Diodoro, los lacedemonios, como sus intervenciones navales iban saliendo bien, decidieron seguir fortaleciéndose en este terreno, se hicieron con una potente flota y enrolaron a los mejores remeros de Samos, Cnidos y Rodas. La orientación lacedemonia en el fortalecimiento de la flota sigue siendo la de nutrirse de las zonas controladas, y no la de proveerse de marinos dentro de su ciudad, lo que habría significado una transformación interna, en la que habían fracasado ya los intentos anteriores.

Trasibulo, en el año 390, se dedicó a ganarse la amistad de pueblos como los odrisias, para fortalecer el apoyo de las ciudades del Helesponto y de Asia Menor. Con este fortalecimiento de la situación ateniense en la zona, fue a Bizancio y apoyó el paso de la oligarquía a un gobierno democrático. Dice Jenofonte que el demos de los bizantinos no veía mal que hubiese muchísimos atenienses en la ciudad.

Los lacedemonios decidieron intervenir, dado que notaron que los atenienses en el Helesponto tenían buenas relaciones, obtenían ganancias y eran amigos de Farnabazo, por lo que, a su vez, los atenienses enviaron a Ifícrates. Las acciones continuaban de modo no determinante para ninguno de los dos bandos. Algunas de las campañas son explicadas por Jenofonte como modo de mantener las naves equipadas y a los soldados contentos, gracias al botín con que se les pagaba.

Trasibulo, en su proceso de conquista de los territorios del Egeo, sigue el método de buscar la solidaridad de todos los posibles interesados. Cuando se ha pasado a los lacedemonios toda Lesbos salvo Mitilene, procura conseguir la colaboración de esta ciudad con la promesa de que serían los dueños de toda la isla, pero también procura atraerse a los desterrados de las ciudades para que actuaran conjuntamente, con lo que todos saldrían favorecidos, y a la tripulación, pues podían ganar mucho dinero si Lesbos volvía a ser amiga. Algunas de las violencias cometidas y la acumulación de riquezas a lo largo de estas acciones fueron factores que crearon mal ambiente con Atenas en torno a la figura de Trasibulo, que por otro lado pereció porque en Aspendo reaccionaron ante los atropellos cometidos por sus soldados, aun después de haber recibido dinero de la ciudad.

El año 387 el demos ateniense votó un decreto por el que se elogiaba la lealtad de los clazomenios, se confirmaba como pago el 5% que ya se había establecido por Trasibulo y se dejaban en manos del demos de la ciudad de Clazómenas las decisiones referentes a sus propios exiliados, pero quedaba en manos de la Asamblea ateniense la decisión de enviar guarniciones y magistrados o dejar que lo decidieran los de Clazómenas.

Un tal Heráclides de Clazómenas desempeñó importantes cargos en Atenas y parece ser que fueron él y Agirrio quienes tomaron medidas a favor del pago por asistencia a las asambleas, en un momento en que, a veces, era preciso fomentar la afluencia para dar validez al voto, pues se acudía poco a las reuniones.

En estas circunstancias, para lograr la paz, Antálcidas busca la alianza con el rey, con el propósito de forzar a los atenienses si seguían negándose. De este modo pudo hacerse con el control del mar, lo que hizo crecer entre los atenienses los deseos de paz. Así, se presentaron casi todos los griegos a la convocatoria de Tiribazo, que leyó el escrito del rey por el que consideraba justo que fueran suyas las ciudades de Asia y las islas de Clazómenas y Chipre, y que quedaran libres todas las demás ciudades griegas, grandes o pequeñas, salvo Lemnos, Imbros y Esciro, que seguirían siendo de los atenienses. El rey declarará la guerra a todos cuantos no acepten esta paz, por tierra y por mar, con naves y con dinero en alianza con quienes la acepten. Los lacedemonios, que estaban agotados de sostener la guerra contra los persas y contra los atenienses, aceptaron sin oposición los términos de la paz, pero atenienses, tebanos y algunos otros griegos soportaban con dificultad que las ciudades de Asia quedaran en manos de los persas. En el año 387, los persas se dedicaron así a la guerra contra Chipre, donde Evágoras de Salamina se había hecho con el poder sobre toda la isla, aunque algunos, que habían sido sometidos por la fuerza, habían pedido ayuda al rey contra el dominio de Evágoras, desde el año 391. Evágoras de Salamina se fortaleció con una alianza con Egipto, con naves fenicias y con mercenarios. En el año 385 tuvo que rendirse y someterse al rey, pero siguió reinando en Salamina.

En cualquier caso, todas las ciudades firmaron la paz. Los tebanos trataron de firmar en nombre de todos los beocios, pero Agesilao se negó a admitirlo: se trataba de todas las ciudades y no se tenían en cuenta para nada las confederaciones. En cierto modo, ése era uno de los objetivos, acabar con las confederaciones. Así, los tebanos presionados se vieron obligados a disolver la Liga. En Corinto, después de marcharse la guarnición que mantenían los argivos, tuvieron que recibir a los desterrados por ellos.

8. HEGEMONÍA ESPARTANA

Isócrates se plantea el nuevo papel del rey de Persia en el mundo griego. El que anteriormente ha sido vencido por los griegos unidos, es ahora el árbitro de los problemas de los griegos y es el que impide que éstos se dediquen a las guerras intestinas, porque ésa es la labor más provechosa para él, pues así puede hasta conseguir que le ayuden en su dominio de Chipre. El orador se queja de que el rey se ha convertido en el árbitro de los problemas del mundo griego. El plan espartano de liberar a los griegos se ha convertido en un método de esclavización,

pero entregándolos a manos de los bárbaros, a quienes ahora pagan igualmente tributo y tienen que soportar la presencia de sus guarniciones. Están en peores condiciones que nuestros esclavos comprados y, además, tienen que combatir contra quienes aspiren a la libertad. Los lacedemonios se han convertido en defensores de la monarquía al apoyar la Paz del Rey. Los persas, sin embargo, apoyaron a los lacedemonios mientras éstos eran los primeros entre los griegos. Después de Leuctra, los persas se desentenderían. La mala reputación de Esparta se extendió debido a la consideración de que había entregado los griegos de Asia a los persas y que había organizado las ciudades de Grecia de acuerdo con su propio interés, aunque había jurado en los pactos comunes el mantenimiento de la autonomía. Entre estas acciones, se recuerda que en 386 decidieron hacer la guerra a Mantinea sin tener en cuenta los tratados previos. Con ello se aprovechaban de que los griegos, gracias a la paz de Antálcidas, habían retirado las guarniciones, al haberse hecho autónomas todas las ciudades de acuerdo con esos tratados. Los lacedemonios, en definitiva, no estaban dispuestos a prescindir de la guerra, actividad a la que dedicaban todos sus esfuerzos y en la que ponían toda su esperanza.

Algunas medidas importantes se tomaron con relación a la alianza espartana, entre ellas que los aliados podían aportar dinero en lugar de hombres, para con él alquilar mercenarios, en lo que podría permitirse una comparación con la Liga de Delos, pero con la importante diferencia de que en este caso el dinero iba a pagar, mayoritariamente, la participación de los ciudadanos atenienes y, en el caso espartano, la sustitución se hace por ejércitos mercenarios.

La actividad militar espartana era conducida en esta época fundamentalmente por el rey Agesilao. Además de los métodos militares, también utilizaba los políticos. Formaba en las ciudades grupos de partidarios por medio de sus amigos y en muchos casos apoyaba a la facción derrotada cuando el pueblo había enviado al exilio a sus enemigos, a quienes ayudaba a restaurar y con ello intervenía y sometía no sólo a las ciudades más débiles. Tal fue el caso de Mantinea. Esa ciudad se había comportado de modo ambiguo con Esparta en la guerra al haber enviado trigo a los argivos. Por ello, les pusieron sitio y los obligaron a distribuirse por aldeas, lo que era como regresar a la época anterior a la polis, volver al régimen de vida antiguo; así, los poseedores de tierras estaban satisfechos porque vivían más cerca de sus fincas, se encontraban libres de los demagogos y se servían de un régimen aristocrático. Ahora participaban en las campañas con más celo que cuando tenían un régimen democrático. Los mantineos pidieron ayuda a Atenas, pero los atenienses prefirieron no romper la paz común.

También los exiliados de Fliunte acudieron a Esparta y explicaron cómo, cuando ellos estaban en la ciudad, eran mucho más fieles y colaboraban más con los espartanos. Ahora en cambio los lacedemonios son los únicos a quienes no acogen dentro de la ciudad. Éstos, por tanto, presionaron en ese sentido y los de la ciudad temieron que hubiera reacciones internas, pues había dentro quienes deseaban un cambio político. Y no sólo admitieron de nuevo a los exiliados sino que les devolvieron sus bienes e indemnizaron a sus compradores con dinero público. Cuando hubieron regresado, sin embargo, surgieron problemas con los tribunales encargados de decidir en los conflictos concretos. Los regresados querían que se trataran en tribunales imparciales ajenos a la ciudad y se quejaron ante Esparta, por lo que la ciudad los multó. Los espartanos volvieron a poner sitio a la ciudad de Fliunte hasta que se rindieron.

En la Calcídica, entre tanto, los olintios se han atraído algunas ciudades para formar una *isopoliteía*, una especie de confederación de ciudades bajo las mismas leyes y formando un solo estado, e incluso intentaban liberar a algunos de los que se encontraban bajo el poder del rey de Macedonia. Los lacedemonios decidieron que había que intervenir antes de que la unión se consolidara. En el año 393 los calcídicos habían hecho una alianza con Amintas, rey de Macedonia, por la que las dos partes se ayudarían en caso de ataque exterior y se regulaban las normas de exportación e importación, en lo que desempeñaría un importante papel la madera. Los tratados con otras ciudades eran tomados por acuerdo de las dos partes. Pero Amintas, al ser derrotado por los ilirios, había hecho una donación de tierras a los olintios, que disfrutarían de las rentas. Cuando el rey recuperó su poder los olintios no quisieron devolverle las tierras. Entonces Amintas se alió con los lacedemonios, que aprovecharon la oportunidad para extender su control en tierras de Tracia y enviaron a Fébides a luchar junto con Amintas.

También llegaron a Esparta embajadores de Acanto y Apolonia, las mayores ciudades de los alrededores de Olinto. Había ya un cierto acuerdo de éstas con Amintas. Los olintios por su parte habían iniciado una alianza con Tebas y Atenas y tenían ya como aliada a Potidea. Esto podía llevar a un crecimiento del poder tebano, incluso por mar, dadas las posibilidades de aprovisionamiento de madera que el territorio tracio ofrece. Además, pueden contar con la alianza de los tracios, con lo que dominarán también las minas de oro. Las tropas lacedemonias tomaron como base Potidea, que inmediatamente se había puesto de su parte. Hubo luego varias expediciones sin resultados definitivos, hasta que consiguieron obligar a los olintios a enviar mensajeros a pedir la paz por medio de un violento asedio; los olintios tuvieron que aceptar ser aliados de los lacedemonios, tener los mismos amigos y enemigos y acompañarlos en sus expediciones. Esto tenía lugar en 380/379. Como resultado de ello, dice Diodoro, los lacedemonios tuvieron el mayor poder de toda Grecia por tierra y por mar. Los tebanos estaban sujetos por una guarnición, corintios y argivos estaban humillados como resultado de las guerras anteriores, los atenienses habían adquirido mala reputación entre los griegos por las *clerouquías* establecidas en las tierras vencidas.

En 382, en la marcha de la expedición hacia Tracia, al acampar en las afueras de Tebas, los lacedemonios conocieron que en la ciudad había conflictos y rivalidades, y uno de los polemarcos, Leontiades, propuso introducir a los lacedemonios en la acrópolis cadmea, en la idea de que los apoyaría la mayor parte de la ciudad e incluso colaboraría en la expedición. Ismenias, el otro polemarco, fue juzgado y condenado como colaborador con los persas y enemigo de Grecia. Los lacedemonios consideraban que Tebas siempre podía representar el peligro de que, en cualquier condición favorable, trataría de hacerse con la hegemonía de Grecia.

Como consecuencia de su expansión, los más poderosos de la época, el rey de Persia y Dionisio de Sicilia, se ponían al servicio de la hegemonía espartana y buscaban su alianza. Pero, según Diodoro, fueron ellos mismos con sus actos violentos, sus guerras injustas y su soberbia hacia los griegos, los que lógicamente se procuraron la pérdida del imperio.

9. LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE

En Siracusa, terminada la guerra con Atenas en 413, hubo una asamblea para decidir sobre la suerte de los cautivos, y fue Diocles, el más famoso de los demagogos, quien propuso que a los generales atenienses los mataran por medio de torturas y a los demás prisioneros los arrojaran a todos a las *latomías* (canteras), y que luego los aliados de los atenienes fueran vendidos como botín y los atenienses trabajaran ellos mismos con un alimento mínimo. Esta fue la decisión que tomó la multitud, a pesar de las propuestas lacedemonias. Según Diodoro, se libraron de las *latomías* algunos que poseían mejor educación y fueron rescatados por los más jóvenes. De Diocles cuenta que, después de terminar la guerra, fue víctima de una desgracia promovida por sus propias leyes: entre las muy duras que había promulgado, una prohibía estar con armas en el mercado y, en un momento de conflicto interno, fue descubierto llevándolas, por lo que optó por matarse a sí mismo. Diocles era también el autor de la propuesta por la que se instauraba el sorteo para las magistraturas, además de otras que se caracterizarían por su significación democrática. Es de considerar la peculiaridad de que, en este contexto, también haya sido el promotor de las represalias violentas contra los atenienses. Hermócrates, en cambio, era contrario a tales medidas de dureza. Pero Hermócrates y otros fueron desterrados.

Para los egestanos, el final de la guerra fue desastroso, pues se enfrentaron de nuevo a su conflicto contra Selinunte. En 410, por ello, enviaron embajadores a Cartago a pedirle ayuda. Estos consideraron que sería positivo contar con el dominio de una ciudad estratégicamente situada y su jefe Aníbal pensaba que podría obtener algunas ventajas para sí mismo y para su pueblo. En principio se proponían como árbitro, pero fueron rechazados por los de Selinunte. Los cartagineses se contentaron con enviar una ayuda de lidios y campanios. También tomó mercenarios de Iberia. Los de Selinunte esperaban la ayuda de los siracusanos. Pero la ciudad fue tomada y saqueada. Diodoro cuenta el enfrentamiento como una lucha de pueblos bárbaros contra griegos. A Aníbal se le habían unido los indígenas sículos y sicanos. La solución vino, después de haber destruido Selinunte e Hímera, con la marcha de Aníbal triunfante, a pesar del apoyo de otras ciudades, entre ellas de Siracusa, de la que sobre todo se reseñan los méritos de Hermócrates. El pueblo de Siracusa lo acoge de nuevo después del exilio, cuya injusticia reconocieron todos.

Pero Diocles se oponía a su regreso y ello hizo surgir la lucha civil a su llegada. Sin embargo recibió el apoyo de la multitud por su actuación humanitaria en la guerra y también porque había sido quien se había preocupado de los restos de los siracusanos muertos en ella. Diocles fue exiliado, pero tampoco estaba clara, ahora, la actitud general con respecto a la persona de Hermócrates, debido a que se podía pensar que su posición de hegemonía tal vez lo moviera a intentar la tiranía. Entre los que quedaron a salvo, sin represalias por parte de la multitud, estaba Dionisio, que luego llegó a ser tirano de los siracusanos.

10. DIONISIO

Entre los cartagineses, dice Diodoro que todavía perduraban los deseos de esclavizar toda la isla, donde fundaron la ciudad de Terma en 407. En 406 hacen

una expedición con mercenarios de Iberia y de las islas Baleares, libios y fenicios, y otros pueblos del norte de África hasta Cirene. En principio, la lucha se inclina del lado de los siracusanos, que luego entran en alianza con griegos de Italia y con lacedemonios. Pero al final de la campaña los cartagineses habían destruido ciudades y hecho pillaje de objetos y prisioneros. La única escapatoria estaba en Siracusa o en el paso a Italia. Cuando nadie sabía qué hacer, Dionisio acusaba a los generales de entregar la situación a los cartagineses y exigía el castigo sin necesidad de juicio. Presentaba además a los ciudadanos más prominentes como partidarios de la oligarquía. Aconsejaba que se eligieran como generales, no a los ciudadanos más influyentes, sino a los más favorables al pueblo. Para los primeros, las desgracias de su patria podían convertirse en fuente de ingresos, mientras que los más humildes temían su propia debilidad en momentos de desgracia. Dionisio había ganado mucho prestigio en sus propias actuaciones militares. Con todo esto se ganó el apoyo de la masa popular, pero ante los peligros volvió a llamar a los exiliados, a quienes esperaba ganarse para su propio sostén. En Gela también apoyó al pueblo que se encontraba en lucha con los más ricos. Entre los méritos militares y sus críticas a los políticos desde una perspectiva demagógica, Dionisio consigue que lo nombren *strategós autokrátor*, posición desde la que lo primero que hizo fue doblar la paga de los mercenarios y solicitar una guardia pesonal. Desde entonces prácticamente ejerció la tiranía. Diodoro la considera la tiranía más fuerte y más duradera de la historia. Aristóteles dice que, al acusar a los ricos, fue considerado digno de obtener la tiranía, pues gracias a esta enemistad se es digno de confianza en calidad de «popular». En 405 vuelven los ataques cartagineses. La mayor parte de las ciudades terminaron pagando tributo.

Dionisio se preocupó de extender su prestigio fuera de la isla. En 393 recibiría los honores de la ciudad de Atenas, lo que se repetiría de nuevo, más tarde, en 368 y 367, fecha en que se llevó a cabo una alianza. Más que a intentar seguir la guerra se dedicó a fortalecerse por otros medios. Protegió la isla de Ortigia y la separó del resto de la ciudad. El territorio de ésta lo dividió entre sus amigos y concedió la ciudadanía a los esclavos manumitidos, como *neopolitas*, para dedicarse a atacar a los sículos. La finalidad de sus acciones fue siempre la conservación de la tiranía. Los esclavos y los mercenarios eran los elementos fundamentales para su sostén, según Diodoro en el discurso de un tal Teodoro: la acrópolis se ha convertido en un elemento hostil a la ciudadanía y los mercenarios sirven para mantener a los siracusanos en la esclavitud.

Por otro lado, pronto comenzó a promover obras en la ciudad que servían para el fortalecimiento de la misma y para ocupar a una parte de la población, a la que ofrecía regalos para premiar su diligencia en el trabajo, con lo que completó la muralla en treinta días. Además, Dionisio se dedicaba a hacer preparativos para la guerra, a la que dedicó grandes sumas de dinero, con armas de todo tipo y naves de varias dimensiones, y mercenarios de todos los orígenes armados con las armas propias. Todo se llenó de trabajadores que se dedicaban a fabricar armamento. Se hicieron catapultas y toda clase de ingenios bélicos. Contaba con 30.000 soldados de infantería, más de 3.000 de caballería y 180 naves de guerra de las que sólo unas pocas eran *trieres*. Dionisio contaba con el apoyo de la mayoría de la población de la isla, más que nada por el odio dominante hacia los cartagineses.

En el año 398, envió mensajeros en que declaraba la guerra a Cartago, a no ser que liberaran a los ciudadanos griegos que tenían esclavizados. Para los cartagineses era un momento de debilidad debido a una epidemia que había diezmado a la población. También se dedicaron por ello a reclutar mercenarios por toda Europa. Los cartagineses se vieron acosados de nuevo por la epidemia y su flota fue destruida. Los que quedaron entraron en negociación personalmente con Dionisio, sin conocimiento de los siracusanos, para que los dejara escapar a cambio de 300 talentos, pero sólo les fue permitido a los ciudadanos de Cartago. Dionisio enroló a los íberos como mercenarios y a los demás bárbaros los hizo prisioneros. El motivo que atribuyeron sus oponentes a la acción de Dionisio era que necesitaba a los cartagineses como enemigos para sostener su tiranía como defensa de la libertad frente a aquéllos. En 392, los cartagineses vuelven a intentar el dominio de Sicilia, pero de nuevo fracasaron y los sículos, según el tratado, fueron expulsados de Tauromenio, donde Dionisio se dedicó a controlar las ciudades griegas de la isla y del sur de Italia. Al parecer tuvo intenciones de construir una muralla en el istmo para dar seguridad a los de dentro frente a los lucanos, pero en realidad, dice Estrabón, para disolver las alianzas de los griegos entre sí y poder dominar el interior sin problemas. No le permitieron que lo hiciera. Luego, hacia 385, extendió sus planes al Adriático y se alió con los iliros. Se le atribuyen las intenciones de descender por el Epiro y llegar a Delfos. Hay algunos autores que dicen que Adria fue fundada por Dionisio.

En 383, los cartagineses volvieron a atacar, pero esta vez formando una alianza con los griegos de Italia, para hacer la guerra al tirano. El resultado fue que Dionisio tuvo que pagar mil talentos, y Selinunte y Acragante pasaron a control de los cartagineses. Todavía en el último año de su vida, en 368/367, Dionisio continuaba manteniendo la rivalidad con los cartagineses por el control de algunos puntos de la isla. Eliano cuenta que Dionisio se dedicó a confiscar los bienes de los templos y los tesoros dedicados a los dioses.

Dionisio es uno de los estadistas antiguos de quien más anécdotas se cuentan en el *Económico* atribuido a Aristóteles. Son medidas más o menos astutas para recoger dinero. Ello va muy relacionado con el hecho de utilizar principalmente en la guerra tropas mercenarias. Es un tipo de ejército que promueve la circulación económica y por tanto la recaudación por parte del estado, que cobra así un carácter ambiguo: por un lado suele ser peligroso porque necesita dinero y expolia al ciudadano, pero, por otro, gracias a ello, consigue más garantías defensivas, sin necesidad de que el ciudadano rico se preocupe y sin tener que reconocer la participación del ciudadano pobre por sistemas que afectarían más a la estructura social. Por este método, consiguió ganar el prestigio, no sólo de haber reconstruido Sicilia después de los problemas de la guerra con Atenas y de sus conflictos con Cartago, sino de haber hecho de Siracusa la más poderosa de las ciudades griegas de su tiempo.

Su hijo Dionisio el Joven, que llevó una existencia pacífica, deshizo, por ello mismo, las condiciones en que se apoyaba la tiranía de su padre. Para Platón, éste había sido capaz de adquirir en Sicilia un gran número de ciudades devastadas por los bárbaros, pero no fue capaz de constituir gobiernos seguros. Su forma de gobierno y sus características históricas son bastante peculiares, porque representan un renacimiento de la tiranía, pero pertenece a una forma que, en

caso de necesitar algún tipo de definiciones, había que relacionarla más con el mundo helenístico, donde no se cuenta con el ejército ciudadano, el poder está vinculado a una persona apoyada directamente en soldados mercenarios y se toman de vez en cuando medidas que pueden calificarse como populistas, que rompen en cierto modo las estructuras de la ciudad antigua, cual es el caso de la concesión de la ciudadanía o de la libertad de los esclavos. Por otro lado, la persona del tirano o rey necesita rodearse de elementos de prestigio que le hacen ganar la cohesión y el apoyo de las poblaciones que dependen de él. En el caso de Dionisio hubo una gran tendencia a fortalecer su vinculación con la Grecia peninsular como lo habían hecho los anteriores tiranos de Siracusa, con participaciones en juegos, etc., al tiempo que en las ciudades griegas crece una tendencia a buscar la solución a la crisis en personajes acumuladores del poder personal del tipo de Dionisio y otros jefes de mercenarios que aprovechan una coyuntura favorable extendida en el siglo IV.

DOCUMENTOS

1. JENOFONTE, REPÚBLICA DE LOS LACEDEMONIOS (TRADUCCIÓN M. RICO)

Y si alguno me preguntara si creo yo que todavía permanecen inmutables las leyes de Licurgo, por Zeus que esto ya no osaría yo afirmarlo. Pues sé que antes los lacedemonios preferían vivir en la patria todos juntos con un mediano pasar, mejor que ser harmostas en las ciudades y dejarse corromper por las adulaciones. Y sé que antes éstos, si tenían algo de oro, vivían en el temor de ser descubiertos; ahora, en cambio, hay quienes hasta se jactan de poseer riquezas. Y bien me sé que por esto ocurrían antes las expulsiones de extranjeros, y por esto no era lícito salir del país, para que no llenaran de molicie los ciudadanos, a la manera de extranjeros; ahora, en cambio, de sobras sé que los que aparecen como primeros tienen puesto su afán en no dejar jamás harmostas en tierra extraña. Y tiempo hubo en que porfiaban por hacerse dignos de la hegemonía; ahora, en cambio, se esfuerzan mucho más en tener mando que en ser dignos de ello. Pues, efectivamente, los griegos solían dirigirse en otro tiempo a Lacedemonia para suplicarles que fueran sus caudillos contra los que, al parecer, obraban injustamente; mas ahora, muchos son los que mutuamente se llaman en ayuda para impedir que vuelvan éstos a mandar. No hay, sin embargo, por qué admirarse de este vituperio que sobre ellos recae, pues es claro que no obedecen ni al dios ni a las leyes de Licurgo.

2. JENOFONTE, HELENICAS, III, 3 4-11 (TRADUCCIÓN O. GUNTIÑAS)

Aún no hacía un año que reinaba Agesilao, cuando al hacer uno de los sacrificios prescritos en favor de la ciudad, el adivino le dijo que las cosas le

habían revelado una conspiración de las más terribles. Después de volver a sacrificar declaró que las señales de las víctimas eran aún más temibles. Al sacrificar por tercera vez dijo: «Agesilao, como si estuviéramos en medio de los primeros enemigos, así me parecen las señales». Después de esto sacrificaron a los dioses protectores y a los salvadores, pero con dificultad consiguieron que les fueran favorables. Dentro de los cinco días siguientes después de terminar el sacrificio alguien descubrió a los éforos una conspiración y a Cinadón su instigador. Éste era un joven de constitución fuerte y de ánimo muy decidido pero no de los iguales. Al intentar preguntar los éforos cómo aseguraba que se realizaría el plan, el denunciante dijo que Cinadón lo llevó al extremo del ágora y le mandó contar cuántos espartiatas había en ella. «Yo, afirmó, después de contar al rey, éforos, ancianos y a otros cuarenta aproximadamente, pregunté: Cinadón, ¿por qué me mandaste contarlos?» El respondió: «Supón que esos son tus enemigos y aliados todos los demás del ágora que pasan de cuatro mil». Añadió también que le había indicado haberse encontrado en las calles aquí con uno, allá con dos enemigos, pero que todos los demás eran aliados y que con cuantos espartiatas se encontraban en los campos, que había un enemigo, el dueño, pero aliados muchos en cada uno. Como los éforos preguntaran si podía decir cuántos eran los confidentes que conocían el plan, declaró sobre eso que Cinadón decía que no tenían muchos directores, pero que eran los confidentes más fieles; éstos aseguraron que se comprometían con todos, hilotas, neodamodes, inferiores y periecos; efectivamente, en cualquier sitio que se habla entre ellos de los espartiatas, nadie podía ocultar que los comería con gusto incluso crudos. Al volver a preguntar si decían de dónde tomarían las armas, declaró que había dicho: «nosotros los que servimos en el ejército tenemos las armas que se precisan» y para la masa le había mostrado, llevándolo al mercado de herramientas, muchos puñales, espadas, muchos dardos, muchas hachas dobles y simples y muchas hoces. Declaró también que decía que todos cuantos trabajaban la tierra, los bosques y las canteras tenían estas armas, y que la mayor parte de los demás oficios tienen instrumentos que son armas suficientes y sobre todo contra hombres desarmados. Por último, preguntando qué día iba a realizarse el plan, dijo que le había sido comunicado permanecer en la ciudad. Después de oír esas declaraciones los éforos creyeron que exponía proyectos bien planeados y se aterrorizaron; no reunieron siquiera la llamada pequeña asamblea, sino que se reunieron los ancianos en diversos lugares y decidieron enviar a Cinadón a Aulón con otros jóvenes y ordenarle volver con algunos aulonitas y con los hilotas inscritos en la escítala. Ordenaron incluso traer a una mujer de la que se decía que era la más bella del lugar y que tenía fama de seducir a los lacedemonios que llegaban viejos y jóvenes. Cinadón había prestado ya otros servicios semejantes a los éforos. Así, también en esta ocasión le dieron la escítala en la que estaban escritos los nombres de las personas que había que detener. Al preguntar a qué jóvenes llevaría consigo le respondieron: «Vete y ordena al más antiguo de los hipagretes que te acompañen seis o siete de los que se hallen presentes».

Se habían cuidado de que el hipagretes supiera también a quiénes se debía enviar y que los enviados supieran que se debía arrestar a Cinadón. Incluso dijeron a Cinadón que enviaban tres carros para que no trajera a los arrestados a pie, disimulando lo máximo posible que los enviaban únicamente contra él. No lo detuvieron en la ciudad porque no sabían qué importancia tenía la conspiración y querían oír primero de Cinadón quiénes eran los cómplices, antes de que se enteraran que estaban denunciados, para que no se escaparan. Los encargados de detenerle debían retenerle, y después de conocer por medio de él los conjurados y escribir sus nombres, remitir la lista rapidísimamente a los éforos. Éstos estuvieron tan pendientes del asunto que enviaron un escuadrón de caballería a los que despacharon a Aulón. Después de ser detenido vino un jinete con los nombres de los denunciados por Cinadón, y al instante arrestaron al adivino Tisámeno y a los otros más importantes. Cuando compareció Cinadón y quedó convicto, confesó todo y dio los nombres de los conjurados; y por ultimo le preguntaron por qué deseaba realizar esa conjuración. Él respondió que no quería ser menos que nadie en Lacedemonia. Después de esto, atado con una argolla de cuello y manos, azotado y aguijoneado, él y sus compañeros fueron paseados por la ciudad. Así encontraron su castigo.

BIBLIOGRAFÍA

A. ANDREWES: «Spartan Imperialism?», en P. D. A. GARNSEY, C. R WHITTAKER, *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge University Pres, 1978, páginas 91-102.

M. CRAWFORD, D. WHITEHEAD: p. 475: festival de Hera Lisandrea en Samos.

E. DAVID: «The Conspiracy of Cinadon», *Athenaeum*, 57, 1979, 239-259.

J. K. DAVIES: *Democracy*, pp. 154-155: destrucción de las democracias por Lisandro; p. 182: festival de Hera Lisandrea en Samos; p. 160: imperio espartano.

C. D. HAMILTON: *Sparta's Bitter Victories. Politic and Diplomacy in Corinthian War*. Ithaca, Londres, Cornell University Press, 1979, 346 págs.

N. G. L. HAMMOND: *History of Greece*, pp. 442; 455 (Atenas y Tebas); 460 (Argos).

D. M. LEWIS: *Sparta and Persia*, Leiden, Brill, 1977, 168 págs.

P. OLIVA: *Sparta and her Social Problems*, Amsterdam, Praga, A. M. Halkert 1971, 347 págs. Trad. esp. Madrid, Akal.

CAPITULO IX

LA SEGUNDA LIGA ATENIENSE Y LA HEGEMONÍA TEBANA

1. LA SEGUNDA LIGA ATENIENSE

Después de la derrota de la guerra del Peloponeso y de la restauración de la democracia, la situación de Atenas ofrecía ciertas contradicciones: se pretendía conservar un sistema político cuyo sostén había estado en el imperio, pero, al mismo tiempo, éste había desaparecido sustancialmente como consecuencia del resultado de la guerra. No es sorprendente, pues, que desde la primera década del siglo IV aparecieran los síntomas de que en Atenas una importante parte de la población pretendía recuperarlo. Apoyados en la victoria de Conón de 393 y agrupados en torno a Trasibulo, cuyo prestigio se fundamentaba en su papel en la restauración de la democracia, los atenienses comenzaron a ver llegado el momento de la recuperación. La reconstrucción de los muros, el establecimiento de tasas en los estrechos, el crecimiento de la flota y los acuerdos con las islas eran síntomas significativos. Los acuerdos de Esparta con Persia representaron un obstáculo, pero, a pesar de todo, el proceso no se detiene del todo. Las *clerouquías* de Lemnos, Imbros y Esciro, las alianzas bilaterales con Quíos, en el año 385, con Rodas y con Bizancio, fueron fundamento para la segunda Confederación ateniense.

Así, en el año 377, por el decreto de Aristóteles, se crea una *simmaquia* cuya finalidad es promover la autonomía de las ciudades griegas frente al imperio *(arché)* de los espartanos. Según Diodoro, los atenienses aprovechan el fortalecimiento de los tebanos para enviar como embajadores a los más ilustres entre ellos a las ciudades sometidas a los lacedemonios y convocarlas a alinearse en pro de la libertad común, pues los lacedemonios, por la grandeza de su fuerza, dominaban sobre sus sometidos de modo altivo y oneroso, por lo que muchos se inclinaban hacia los atenienses. Los primeros que atendieron a la defección fueron Quíos y Bizancio, y luego Rodas, Mitilene y algunas otras islas, y con el crecimiento del impulso muchas ciudades se unían a los atenienses. El demos,

enaltecido por la buena acogida de las ciudades, estableció un *sinedrio* común de todos los aliados para el que se nombraron representantes de cada ciudad. Se decidió por común acuerdo que el *synedrion* se reuniera en Atenas, que cada ciudad por igual, grande o pequeña, poseería un voto, que todas permanecerían autónomas y que tendrían a los atenienses como hegemones. Según el decreto de Aristóteles, entre las características principales que distinguirían en principio la segunda confederación de la primera estarían la prohibición del establecimiento de *clerouquías* y la sustitución del *phoros*, que había adquirido mala fama como consecuencia de la transformación de la Liga de Delos en imperio, por una *syntaxis*, que implicaba la idea de colaboración a un fondo común más que la de un tributo impuesto por una potencia dominante. Sin embargo, para algunos antiguos, esto no era más que el ocultamiento de una realidad imperialista, lo que, por lo menos en principio, no parece responder a la realidad. Así, sin tierras que cultivar ni *phoros* no parece que el demos ateniense sacara un provecho muy definido de la existencia de la Confederación. Las cargas para el sostenimiento de ésta, en consecuencia, repercutieron en la política interior, por medio de la institución fiscal de la *eisphorá*, que afectaba a los ricos, y se hizo prácticamente anual desde el año 378/377. Mossé considera que la reforma de 378/377 es obra de Calístrato.

2. EL DEMOS Y LA II CONFEDERACIÓN

Por otro lado la falta de protagonismo del demos se refleja también en el papel desempeñado por la *boulé*, por encima de la *ekklesía* (órgano que controlaba la Liga de Delos), como órgano intermediario entre la *ekklesía* ateniense y el *sinedrio* de los aliados, al margen de que gran parte de la jurisdicción sobre los problemas de la Liga se dejaba en manos de los aliados o se compartía con ellos. Se producía, pues, la situación de que la Atenas democrática necesitaba el imperio, pero que la segunda confederación no cumplía con este cometido.

Por otro lado, la ciudad de Atenas, tradicionalmente, necesitaba el suministro de cereales desde el exterior. En 387, en el decreto de la *ekklesía* referido a Clazómenas, sólo hay preocupación reguladora en lo tocante a la *sitagogia*, a la provisión de grano, y en la Paz de Antálcidas, Atenas consigue conservar el control sobre Imbros, Lemnos y Esciro, es decir, sobre las islas que jalonan la ruta cerealista desde el Mar Negro. Pero, a pesar de la confederación, la actividad militar tiene que continuar en defensa de las rutas, como se puso de manifiesto en la expedición de Cabrias, enviada para proteger el suministro de grano, según Diodoro. Gracias a la batalla de Naxos, se llevó trigo a los atenienses. Éste fue el motivo por el que Cabrias obtuvo reconocimiento público por medio de una corona y una estatua, como restaurador de la gloria de Atenas de la época de Pericles. Parecía recuperado el imperio cuando no se trataba más que de un concepto muy concreto del mismo.

Ahora bien, como la confederación no proporciona ingresos y el suministro hay que garantizarlo por las armas, la situación obliga al aumento de los gastos militares y, en consecuencia, de la *eisphorá*. Por ello, la paz de 375/374 fue acogida con gusto por los atenienses, porque estaban fatigados por la *eisphorá*. Por otro lado, probablemente la paz favorecía el comercio del puerto del Pireo, como más

tarde, en 356, cuando Isócrates escribe el discurso *Sobre la paz*: «veremos que la ciudad recibe el doble de ingresos que ahora y se llena de comerciantes, extranjeros y metecos, de los que en este momento está desierta». Pero, por otra parte, la paz acabaría con la justificación de la existencia de la Confederación, que se había fundado para evitar la tiranía espartana. Y la paz misma cumplía con esa misión. Precisamente por ello, la Confederación toma un nuevo giro a partir de este momento y comienza a identificarse con la Liga de Delos. La paz pasaría a ser el sustento de la Liga, como lo fue la Paz de Calias, en que se reconoció la existencia de la Liga. La justificación de la Liga es la paz, no la guerra. De ahí la importancia del papel de Timoteo que, con la batalla de Alicea, forzó a los espartanos a la paz. Él no sería un iniciador, sino el que con su victoria modificaría las condiciones. Con ello se justificarían los honores recibidos tras la victoria, con los que se equiparó a Cabrias y se asoció su figura a la erección del altar de Eirene. Sobre esta base se reforzó y aglutinó la Confederación, probablemente en la segunda pritanía de 375/374, y se propició la entrada en ella de nuevos territorios. De esa fecha datan los decretos de alianza de Corcira, Acarnania y Cefalenia, lo que sería principalmente obra de Timoteo, que seguiría así la línea marcada por su victoria de Alicea, tendente a convertir la paz en la justificación del renacimiento del imperio ateniense.

Este es el modo en que se materializa la conflictividad interna ateniense en lo referente a la Confederación y a la paz. Para unos, la paz era el final de las contribuciones de guerra y la garantía de los mercados; para otros, es la reposición de la supremacía ateniense. Éstos serían los que suelen definirse como partidarios de la guerra, y en muchos casos lo eran: se trataba de garantizar ingresos y parcelas de tierra para el demos ateniense. Pero la paz, en condiciones de superioridad, como la propia del imperio del siglo V, podría servir para alcanzar los mismos objetivos.

3. LOS MERCENARIOS

Ahora bien, el ejército ateniense se ha convertido en un ejército mercenario, lo que libera del servicio militar al ciudadano y da poderes independientes a las personalidades que ejercen la estrategia, pero crea problemas financieros al hacer indispensable el pago de salarios, lo que carga, o bien de nuevo sobre las clases ricas, o sobre los aliados que se convierten así a su vez en parte del imperio ateniense. La tendencia imperialista se ve favorecida por esta institución. Ya al referirse a la batalla de Alicea, Jenofonte dice que Timoteo «mandó traer dinero de Atenas, pues necesitaba mucho, ya que tenía muchas naves». El problema surgió cuando las actividades de este tipo, realizadas principalmente por Timoteo, se vieron con dificultades financieras. El resultado fue un círculo vicioso con implicaciones económicas importantes: se necesitaba continuar la lucha imperialista, condicionada por ambiciones individuales y por presiones del demos, pero costaba dinero; o el problema revertía en la conflictividad ateniense por medio de la continuación de la *eisphorá* (con lo que acabarían las ventajas de la paz para los ricos) o revertía en la Confederación: en la expedición de 373, Timoteo se ve obligado a tomar dinero de sus aliados. La Confederación, con sus contradicciones, se está convirtiendo en imperio, o en caricatura de imperio, porque lo

curioso es que la recaudación se hace, por lo menos en gran parte, para sufragar los gastos de la recaudación. La paz que estabiliza la confederación deja de ser paz para ampliar y consolidar la misma. Las contradicciones se manifestaron en las acusaciones contra Timoteo por haber roto la paz de 374 y se reflejaron en la conflictividad entre las personalidades sobresalientes de la época. Cuando Timoteo hace de la paz un modo de expansión imperialista, hay sectores que se vuelven contra él para tratar de imponer su propia visión de la paz. El concepto de paz como garante de la superioridad se ve contradicho por el de paz como carencia de gastos para los sectores poderosos. La superioridad ateniense y el mantenimiento del sistema democrático se hace imposible sin la colaboración económica de los ricos. La campaña de Timoteo era la continuación de la política hegemónica garantizada con la paz, pero choca con quienes veían en la paz el inicio de una colaboración con Esparta. Esta última venció, y la nueva paz de 371 sería la «Paz de Calístrato» frente a la anterior «Paz de Timoteo».

4. LA HEGEMONÍA TEBANA

Por otra parte, en Tebas se habían manifestado diferencias internas que habían repercutido en la alianza con Esparta y Atenas, y que hicieron que la ocupación de la Cadmea por Fébides en 382 contara con la colaboración de grupos tebanos, que Plutarco define como oligarquías frente a los más democráticos representados por Ismenias. La vuelta de los exiliados, entre cuyos dirigentes se encuentra Epaminondas, en el invierno de 379/378 con el apoyo de Atenas, significó la expulsión de los espartanos y el exilio de sus simpatizantes. Esparta se dedicó a intentar mantener el control sobre el resto en las ciudades de Beocia instalando oligarquías muy estrictas, lo que al mismo tiempo provocaba la huida desde estas ciudades y el fortalecimiento de Tebas como centro de la resistencia. Su poder por tanto fue creciendo y las campañas espartanas en Beocia conducidas por Agesilao se mostraron ineficaces a lo largo de los años 378-376: al mismo tiempo se iba fortaleciendo el prestigio del «Batallón Sagrado» y de su jefe Pelópidas, que obtuvo varias victorias sobre los espartanos hasta el punto de que, en 374, Orcómeno era la única ciudad beocia aliada de Esparta y en las demás se habían ido imponiendo sistemas democráticos.

El batallón era una fuerza de *élite* de 300 hombres que combinaban la relación homosexual con los ideales de una sociedad secreta. La Liga que se rehacía después de la expulsión de los espartanos tenía carácter democrático. Todos los beocios poseían los derechos de ciudadanía y se reunían en la Asamblea o *Sýnodos* común también llamado *damos* de los beocios, aunque sin duda la capacidad de influencia de Tebas era mayor que la de las demás ciudades. Aristóteles muestra algunas restricciones. Desde 375 los tebanos pasan a la ofensiva apoyándose en la alianza con Jasón de Feras, en Tesalia, y realizan una campaña contra Fócide, que pide ayuda a Esparta; al mismo tiempo, los atenienses firman la paz con esta última. En 373/372 los tebanos destruyeron Platea y sus habitantes se refugiaron en Atenas y obtuvieron la *isopoliteía*. Calístrato fue el nuevo promotor de la paz por parte de Atenas, en 371. El enfrentamiento de Leuctra significó el triunfo de los hoplitas tebanos sobre los lacedemonios. Con ello acaba la hegemonía espartana y empieza el decenio de hegemonía tebana.

Numerosas ciudades de Grecia central se hacen aliadas de la Confederación beocia. Orcómenos se hace miembro de la Confederación, se establecen alianzas con Fócide, Lócride Ozolia y Etolia, y, después de la muerte de Jasón, también con Lócride Opuntia, Eubea, Acarnania. En el año 370 se extiende una invitación para invadir el Peloponeso. Epaminondas llegó hasta Laconia, pero regresó en 369. Siguió haciendo expediciones en los años sucesivos. La invasión de Laconia también facilitó la fuga de muchos hilotas y periecos. En 367, Sición, Mégara y Corinto eran prácticamente estados clientes. En Argos triunfan los demócratas sobre la oligarquía. En Arcadia se forma una confederación que imita la Confederación beocia con la capital en Megalópolis, ciudad de nueva fundación; Mesenia recupera su independencia y se funda Mesena; Tebas controla además Tesalia y Macedonia.

En 364, Pelópidas marcha en ayuda de los tesalios frente a Alejandro de Feras, aliado de Atenas, y allí murió, en el encuentro de Cinoscéfalas. En el otoño del mismo año, los beocios lograron someter a Alejandro. Como reconocimiento de su dominio en Grecia central, Delfos concedió a Tebas el derecho de preeminencia en la consulta del oráculo. En Mantinea, los oligarcas consiguen el apoyo de Esparta y de Atenas, pero a pesar de su victoria, sin embargo, la muerte de Epaminondas debilita a los tebanos que no sacan provecho de ella (362), lo que significó el inicio de una decadencia paulatina. Sin embargo, todavía en 352 pudo proteger a Megalópolis del poder espartano y en 354 envió una expedición para ayudar a una revuelta contra Artajerjes en Asia Menor.

En 346 con todo tras una larga guerra con Fócide cayó en una situación precaria.

5. LA GUERRA SOCIAL

En los primeros años después de la batalla de Leuctra, Atenas estuvo implicada en su alianza defensiva con el Peloponeso, con lo que se vio obligada a participar en las guerras con Tebas. Pero sus intereses más directos estaban en el Egeo, donde, en la década de los sesenta, los generales atenienses intensifican su actividad conquistadora, en Samos, el Quersoneso, la península Calcídica, aunque fracasan en sus intentos de recuperar Anfípolis y otros asentamientos de Tracia. En 357 Eubea se separa de Beocia e invita a los atenienses a enviar ayuda. Entre tanto aumentan las intervenciones, tanto por el establecimiento de *clerouquías* en Samos y Potidea desde 366, como por la exacción de contribuciones por los estrategos. Además hay interferencias en la autonomía, como en la isla de Ceos.

En el año 357, Quíos, Rodas y Cos, con ayuda de Bizancio y Mausolo de Caria, derrocaron sus gobiernos democráticos y se separaron de la alianza ateniense. Los intentos por controlar la situación fracasan. El asunto se había visto complicado por el hecho de que Filipo de Macedonia tomara Anfípolis y Pidna, se aliara con la Liga Calcídica contra Atenas y la sustituyera como aliado de la Liga Tesalia. En otoño de 356, en la batalla de Ambata, canal entre Quíos y el continente, pierde Atenas la guerra naval. Cares intenta apoyarse en Artabazo, sátrapa rebelde, y compra la neutralidad del rey para que Mausolo se retire. Pero Artajerjes obliga a Atenas a hacer la paz y la Confederación queda en 355 reducida a un tercio.

DOCUMENTOS

1. JENOFONTE, HELÉNICAS, V, 2, 25-36 (TRADUCCIÓN O. GUNTIÑAS)

Después de concentrarse los últimos de Eudámidas, Fébidas se puso en marcha con ellos. Cuando llegaron a Tebas, acamparon fuera de la ciudad, en los alrededores del gimnasio. Los tebanos andaban en revueltas cuando se encontraban como polemarcos Ismesias y Leontíades, que eran rivales y ambos jefes de una facción oligárquica. Ismenias ni siquiera se acercó a Fébidas por odio a los lacedemonios. Mas Leontíades le trató de modo diferente y una vez que tuvo confianza con él le dijo lo siguiente: «Fébidas, tú puedes en este día rendir el mayor bien a tu patria, pues si me acompañas con los hoplitas, yo te introduciré en la acrópolis. Piensa que toda Tebas estará con los lacedemonios y con nosotros, vuestros amigos, si se realiza este plan. Aunque ahora, como ves, se ha proclamado que ningún tebano te acompañe en la expedición contra los olintios, no obstante si tú haces eso con nosotros, inmediatamente nosotros enviaremos muchos hoplitas y jinetes contigo; de modo que ayudarás a tu hermano con grandes fuerzas y mientras él va a someter Olinto, tú someterías Tebas, ciudad mucho mayor que aquélla». Al oír ese proyecto Fébidas se llenó de esperanzas; efectivamente deseaba incluso más que la vida realizar alguna acción brillante, mas no parecía ser un hombre calculador ni muy prudente. Cuando aceptó, le ordenó disponerse como si estuviera preparándose para marchar; Leontíades añadió: «Cuando sea el momento oportuno, yo me presentaré y guiaré personalmente». Mientras el Consejo estaba en sesión en el pórtico del ágora porque las mujeres celebraban las Tesmoforias en la Cadmea, y había la mayor soledad en las calles por ser verano y mediodía, en esos momentos Leontíades se acercó a caballo, mandó a Fébidas dar la vuelta y lo llevó directamente a la acrópolis; después de apostar allí a Fébidas con los suyos, entregarle el cerrojo de las puertas y ordenar que nadie pasara a la acrópolis si no lo mandaba él personalmente, se dirigió al Consejo. Al llegar dijo lo siguiente: «Ciudadanos, no os desaniméis en absoluto porque los lacedemonios tengan la acrópolis, pues aseguran que no han venido como enemigos de nadie que no desee la guerra. Como la ley prescribe que el polemarco puede detener a quien juzgue que realiza acciones merecedoras de la pena de muerte, yo detengo a Ismenias, aquí presente, por declarar la guerra, vosotros los capitanes y los que estáis a sus órdenes, levantaos y llevadlo detenido a donde se dijo». Entonces se presentaron los que estaban al tanto del plan, obedecieron y lo detuvieron. Los que no lo sabían y eran rivales de los de Leontíades, unos huyeron en seguida fuera de la ciudad por miedo a morir, otros se refugiaron primero en sus casas, mas cuando se enteraron de que Ismenias estaba preso en la Cadmea, entonces se refugiaron en Atenas; eran unos trescientos los partidarios de Androclidas y de Ismenias. Una vez realizado este plan eligieron a otro polemarco en lugar de Ismenias, y Leontíades marchó inmediatamente para Esparta. Allí encontró a los éforos y a la mayor parte de la ciudad irritados con Fébidas por no haber cumplido las órdenes recibidas; aunque Agesilao alegó que de haber ocasionado algún perjuicio a Lacedemonia, sería justo castigarlo, pero si eran hechos favorables, que había una costumbre antigua que permitía improvisar los tales. Afirmó, pues: «Conviene investigar eso mismo, si los hechos son buenos o malos».

Luego Leontíades, compareciendo ante los asambleístas, dijo lo siguiente:

«Varones lacedemonios, que los tebanos eran hostiles antes de ocurrir lo que se ha hecho ahora, lo decíais incluso vosotros, pues los veíais siempre como amigos de vuestros contrarios y enemigos de vuestros amigos. ¿No es verdad que no quisieron participar en una expedición contra el partido democrático del Pireo, que era vuestro mayor enemigo? ¿No efectuaron una campaña contra los focidios al ver que os eran leales? Asimismo, concluyeron una alianza con los olintios al saber que vosotros ibais a declararles la guerra, y entonces vosotros siempre prestabais atención cuando oíais que ellos tenían sometida Beocia a la fuerza, mas ahora cuando se ha logrado esto, no debéis temer ya a los tebanos, pues os bastará una pequeña escítala para que os ayuden desde allí en todo lo que pidáis si vosotros os cuidáis de nosotros como nosotros de vosotros». Los lacedemonios le escucharon y decidieron conservar la acrópolis, ya que se había tomado y juzgar a Ismenias, luego enviaron tres jueces lacedemonios y uno por cada ciudad grande o pequeña. Después de constituirse el tribunal se acusó a Ismenias de ser partidario del bárbaro y huésped del persa, por supuesto, no para bien de Grecia: de haber recibido dinero del rey y de que él y Androclidas eran los mayores culpables de todas estas acusaciones, mas no consiguió librarse de las de ambición y hostilidad. Fue condenado y ejecutado. El grupo de Leontíades conservó la ciudad y ayudó a los lacedemonios más de lo que se les pidió.

BIBLIOGRAFÍA

G. L. Cawkwell: «Notas on the Peace of 375/4», *Historia*, XII, 1963, pp. 84-95

M. Crawford, D. Whitehead: p. 506: decreto de Aristóteles: p. 512: el batallón sagrado.

J. J. Davies: *Democracy*, p. 200: el batallón sagrado; p. 215: los estados «clientes» de Tebas y su protección de Megalópolis frente a Esparta, así como la decadencia desde 346; p. 222: actividades atenienses en el Egeo.

N. G. L. Hammond: *History of Greece*, p. 485: carácter democrático de la nueva Confederación beocia; p. 492: los plateenses obtienen la *isopoliteia* en Atenas; p. 496: alianzas tebanas; p. 505: expedición de Pelópidas contra Alejandro de Feras; p. 515: defecciones en la alianza ateniense.

R. J. Hopper: *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres, Thames and Hudson, 1979, 240 págs., trata, entre otros, el tema del aprovisonamiento de grano.

A. Lintott: *Violence, Civil Strife and Revolution in the Classical City. 750-330 B. C.*, Londres, Croom Helm, 1982, 289 págs. En pp. 227, ss., trata de los problemas internos de Tebas y su repercusión en las alianzas.

C. Mosse: «Les symmories athéniennes», en *Points de vue sur la fiscalité antique*, París, Publications de la Sorbonne, 1979, pp. 31-42: sobre la *eisphorá*.

D. Placido: «La ley ática de 375/4 a.C. y la política ateniense», *MHA*, IV, 1980, 27-41: papel legislador del demos.

F. Vannier: pp. 101-102: alianzas sobre las que se fundamenta la segunda confederación ateniense; p. 102: decreto de Aristóteles; 105-108: interferencias atenienses en Ceos.

CAPITULO X

LA CRISIS DE LA POLIS

1. EL CONCEPTO DE CRISIS

El problema que puede enunciarse como el de la crisis de la polis contiene un fuerte elemento teórico. Habría que partir de qué es el concepto de crisis. Ello ha sido objeto de importantes debates recientes. Baste aquí, por el momento, aclarar que se acepta más como enunciado establecido que como asunción de una determinada conceptualización. Con la «crisis de la polis» podemos entender contenidos muy diversos, pero puede admitirse prácticamente un enunciado periodizador. La ciudad-estado, en el siglo IV, reviste algunas características que la definen de modo específico, aunque tales características sean, naturalmente, consecuencia de la evolución procedente por lo menos del siglo anterior.

Lo que mejor se conoce es Atenas y sin duda muchos, o casi la totalidad, de sus características importantes son intransferibles a las demás ciudades. Ahora bien, es también evidente que en todas éstas hay además rasgos que revelan una transformación significativa. Porque, en definitiva, de eso se trata, de una transformación significativa, que, tal vez, por lo menos en algunos casos, y sobre todo en el de Atenas, introduzcan elementos que son ajenos a lo que normalmente sirve como criterio de definición de la ciudad clásica. En ciertos ejemplos, esto ocurre de modo general: así, la Atenas del siglo IV rompe con los moldes de tal definición generalizadora; otras veces, de modo específico: Esparta en el siglo IV introduce elementos que no son coherentes con lo que era la Esparta tradicional, sobre todo con la imagen de Esparta que servía de modelo a determinadas formas de ideología atenienses.

2. ECONOMÍA

Ya se ha hecho alusión a las características propias del aprovisionamiento de grano a la ciudad de Atenas. Fue éste un problema que afectó a la ciudad por lo

menos desde la época de Solón. No se trata sólo de las dificultades creadas por las situaciones bélicas, que podían encontrar su solución en la paz. Más bien hay que pensar que posiblemente pueda admitirse una situación hasta la guerra del Peloponeso coherente con las características del mercado y de la economía antigua, o con lo que se acepta como su realidad canónica. Pero puede pensarse que éste sea precisamente un terreno en que, sobre todo a partir de la citada guerra, comenzaron a aparecer ciertos rasgos propios para definir un desarrollo de las características de la economía de mercado en la antigüedad. En él se manifiestan por primera vez los efectos de las tensiones entre oferta y demanda, en el conflicto que conocemos gracias al discurso XXI de Lisias, *Contra los comerciantes de trigo*, datado hacia el año 387.

K. Polanyi ve en «La adquisición de productos lejanos» el elemento constitutivo básico del comercio antiguo. De ahí la necesidad constante de proteger la importación. Sin embargo, esas mismas necesidades de protección como elemento determinante de la actividad de la polis, así como la conflictividad puesta de manifiesto en algunas fuentes, revela el desarrollo relativamente autónomo de la actividad mercantil, que entra en contradicción con la estructura misma de la polis: ésta se ve obligada a poner condiciones para el comercio y a poner vigilantes para que se cumplan tales condiciones, así como a los préstamos referidos a los negocios, condicionados a que se lleven a cabo en el mercado ático, por ejemplo la *Ley ática* de 375/374. Seagar pone de manifiesto la conflictividad subyacente al problema de los acaparadores y la contradicción entre las necesidades importadoras de Atenas y sus intentos de regulación de tal importación, así como las variadas implicaciones que afectan a amplios sectores de la población.

Las necesidades comerciales vienen a enquistar un cuerpo extraño en el sistema de la polis tradicional, pero son tales estas necesidades que incluso los más ardientes defensores de esa tradición se ven forzados por la realidad a admitir sus implicaciones, aunque pongan en peligro el sistema de la ciudad antigua, pero se impondrán sus condiciones básicas, apoyadas en la forma de explotación del trabajo esclavo y con el concierto de los poderes exteriores monárquicos, que en definitiva acaban con la polis. El mercado hace que la polis entre en contradicción con su propia estructura y por ello es precisamente en el mundo del comercio donde se tiende a liberalizar las relaciones esclavistas: de ahí la frecuente manumisión en el mundo de la banca y las particularidades de las normas comerciales en el hecho de conceder libre acceso a los tribunales a esclavos y metecos. Hopper ve así el papel de la banca en la Atenas del siglo IV: en cierta medida llegó a ser puente entre las primitivas funciones bancarias y la acumulación de capital para un potencial desarrollo de proyectos económicos, pero la normativa impidió que se realizara la transición a los modernos sistemas capitalistas. Matizando más, habría que destacar que tal normativa es el modo de defensa de las estructuras básicas de la sociedad antigua.

3. MERCENARIADO

Otro aspecto importante de la vida económica de estas fechas es el desarrollo del ejército mercenario como forma fundamental de lucha de las ciudades griegas. En cierta medida, tal ejército es una primera forma importante y masiva del trabajo asalariado en el mundo antiguo y, por ello, un factor de desarrollo de la economía monetaria. Quizá sea excesiva la teoría de R. M. Cook, para quien el origen de la moneda puede estar precisamente en el pago de las tropas mercenarias, pero sí parece claro que por lo menos hay ahí un cierto tipo de utilización y funcionamiento de la moneda y del sistema monetario que revela un modo distinto de división del trabajo. No deja de ser significativo que sea en la vida militar donde se dan determinadas «estratagemas» económicas, como la realizada en Clazómenes y en otras ocasiones citadas en el *Económico* atribuido a Aristóteles. Como ejemplo más próximo estarían las medidas de Timoteo en 364, que hizo que los comerciantes utilizaran una moneda devaluada con que pagaba a sus soldados. Estableció un mercado con moneda de curso forzoso. Este tipo de medida era muy frecuente en la vida militar, sobre todo cuando se hacía uso de ejércitos mercenarios. El trabajo asalariado se da en la guerra antes que en la paz. Es interesante comprobar que Timoteo, autor de varias de estas «estratagemas», sea un hombre tan íntimamente vinculado a las actividades bancarias y a los problemas financieros. El ejército mercenario será un factor importante en el giro que tomen los acontecimientos como salida a los problemas de la primera mitad del siglo IV: con él se favorecerá el poder monárquico, que en el futuro encauzará las soluciones a los problemas planteados a la polis como consecuencia del mismo tipo de desarrollo que llevó al apogeo de los ejércitos mercenarios. Pero antes de ello creará más bien problemas, como se ve en la postura de Isócrates que, en el discurso sobre la Paz, insiste en el abandono de los mercenarios, o en las utopías características del siglo IV, lo que pone en evidencia la imposibilidad de solucionar en el marco de la ciudad-estado los problemas planteados por mercenarios, comercio, moneda y, tal vez por primera vez en la historia, por la producción de mercancías.

4. PROBLEMAS FINANCIEROS

Sobre todo esto, Atenas, en los tiempos posteriores a la guerra del Peloponeso, sufre una evidente carencia de numerario, producida por la falta de explotación de las minas. Desde finales de la guerra del Peloponeso, seguramente como consecuencia de la ocupación espartana de Decelia, la fuga de esclavos y el consiguiente descenso de la producción minera de Laurio, aparecen emisiones de moneda ática que Starr considera recubiertas, pero que A. Giovannini considera emisiones rebajadas, no recubiertas con ánimo de falsificación, sino con valor pobre pero reconocido. Esta sería la moneda que, en *Las ranas*, Aristófanes, en el año 406, compara con los malos políticos frente a las buenas de antes, comparables a los nobles. Pero tal emisión sería desmonetizada en el año 392, como se ve en *Asamblea*: «el heraldo anunció que no aceptáramos ya ningún cobre, que usemos plata». Pero posteriormente la escasez continúa.

La causa suele situarse en la coyuntura económica de Atenas: aumento de la inversión agrícola por parte de los ricos, tras la crisis agraria resultante de la guerra del Peloponeso, miedo a la evidencia económica por parte de los mismos, por temor a las exigencias fiscales y litúrgicas. La *ousía aphanés* consistía en un modo de conservar el capital que en cambio se pondría claramente de manifiesto en las inversiones mineras. Tales exigencias fiscales trataban de reemplazar

al imperio y sus ingresos, pero disuadían de la inversión minera e inclinaban a la inversión estable y no productiva: Lisias pone de manifiesto el movimiento de compra-venta de tierras y Jenofonte trata de la recuperación de tierras abandonadas. En esta situación, parece que la capacidad exportadora ateniense disminuye y no llega a compensar las necesidades de la importación. El único medio de pago era la moneda, tradicionalmente fuerte. Pero también en este terreno se está experimentando un proceso de cambio.

Los problemas de la minería fueron ya explicados por los antiguos trabajos de Ardaillon y Boeck: al parecer, desde finales de la guerra del Peloponeso, la explotación de las minas de Laurio sufrió un serio frenazo, dado que ofrecía menos incentivos que otros medios de inversión, así como más riesgos fiscales por la claridad de la ganancia. Con todo, ya Ardaillon supone que, hacia 378, con el renacimiento de Atenas, debió de haber también una renovación en la explotación de las minas, quebrada posteriormente por el nuevo estallido de las guerras. También Hopper, sobre la base de las listas publicadas por Crosby relativas al arriendo de las minas por parte de los *poletai*, de las que la primera se data en el año *ático* 327/326, pero hace referencia a otra anterior, considera que esta última tiene que caer dentro del periodo de actividad de Calístrato, que se sitúa entre los años 378 y 361: podría corresponder, pues, a los planteamientos políticos y financieros de Calístrato. A este personaje le atribuye Sealey un papel importante en el primer impulso para la paz de 375/374, basándose fundamentalmente en razones financieras y en su prestigio en este terreno.

Cuando Jenofonte, en sus *Poroi*, hablando de las minas que no se explotan en serio desde el año 413, dice que «se trabajan de nuevo recientemente», Gauthier considera que debe de ser a partir de 377, debido a las necesidades de numerario planteadas por la aparición de la segunda Confederación ateniense. Puede apreciarse, pues, un cierto renacer de la explotación minera hacia el año 375/374, relacionado con la política representada por Calístrato. Pero en tiempos de la redacción de los *Poroi*, año 355, los problemas de la explotación minera siguen siendo los mismos; casi todas las minas son de explotación reciente y «ahora son más pobres los que se dedican a las minas».

De algún modo, el ideal de los *Poroi* de Jenofonte se centra en el intento de solucionar los problemas de Atenas, tras el fracaso de la confederación, por medio de la explotación minera y de la intervención estatal en la vida económica: en un párrafo anterior, propone la creación de naves mercantes estatales, seguramente como reacción a los problemas que trae el mercado libre para el abastecimiento de Atenas. Ésta es incluso su alternativa a la solución imperialista. Su aversión al imperio es obvia. Frente al imperio y a la guerra fratricida, propone la resurrección de los recursos mineros para garantizar el prestigio ateniense. También parece evidente la aversión al imperio por parte de Calístrato, que, según Teopompo, llamaba *phoros* a la *sýntaxis*, seguramente, según se deduce del texto de Teopompo y de su intencionalidad antiimperialista, con el ánimo de atribuir a la nueva confederación las connotaciones negativas que habían llegado a caracterizar al imperio ateniense del siglo V.

La alternativa de Jenofonte se basaba en el principio de que el valor del dinero/plata difícilmente se altera y la moneda ática tiene tal fuerza que constituye un medio de cambio aceptado por todos los comerciantes debido a su prestigio en

cualquier puerto, dado que además la producción de plata es la única que no crea concurrencia, pues la demanda es infinita. Hay que tener en cuenta que todo esto es un programa que insiste en la necesidad de que la moneda sea firme, entre otras cosas protegiendo y garantizando con incentivos el comercio de importación. En efecto, la abundancia de acuñación monetaria, contrapesada con la abundancia del producto en el mercado y, por tanto, con el éxodo de la plata, no sufriría baja de valor en el mercado, de acuerdo con unas condiciones que podrían ser las del siglo V y las que en su programa económico quiere volver a establecer Jenofonte; su utopía consiste en que, de hecho, no cuenta con las condiciones del siglo V para la economía ática: las condiciones del 355 son muy diferentes, y de ahí que su programa quedara en eso.

5. EL AÑO 375/374

Parece claro, por lo dicho anteriormente, que Jenofonte conocía un intento previo de dar nuevo impulso a la explotación de las minas, y que tal intento podría colocarse en la época de Calístrato de Afidna. Más concretamente, podríamos relacionarlo con una época de algún modo similar a la que plantea estos problemas a Jenofonte: la época de la paz de 375; y con una política que, también de modo parecido a Jenofonte, plantea una alternativa a la necesidad de que Atenas viva del imperio: seguramente la política de Calístrato de Afidna en contraposición a la de Timoteo. El planteamiento teórico de la medida sería coherente con los planteamientos utópicos que parecían rodear a la paz de 375: con ello Atenas representaba adoptar una actitud hegemónica sin base en la realidad. La utopía llevaría a reforzar la actividad minera como contrapartida a la debilidad de fondo. Pero la realidad se impone: las dos condiciones necesarias para el mantenimiento inalterable del valor de la moneda de plata no se dan: ni hay mercancías de importación necesarias para compensar el aumento de numerario, ni la salida al exterior de moneda ática evita la inflación; Cabrias ha tenido que garantizar poco antes el suministro de cereales por medio de las armas y la moneda ateniense deja de aparecer en muchos mercados de oriente por esa época.

En 375/374 se publicó una ley, la primera conocida que se aprobó por los *thesmóthetas*, no por la *boulé* y el demos, lo que indica una reducción de la función legisladora de la Asamblea, en que se obligaba a aceptar la moneda de plata ática a todos los comerciantes, y se establecía un control de la autenticidad y del valor metálico y forzaba a que, una vez comprobada su legitimidad, se aceptara en el ágora y en el Pireo. Puede deducirse que tal ley se enfrentaba a una reducción del valor de la moneda de plata, incluso de la buena, en el mercado. En consecuencia, la ley corresponde justamente al momento clave en que existe un aumento coyuntural de la moneda de plata ática con dificultades en el mercado de importación en el Pireo.

Estos fenómenos coyunturales sólo pueden explicarse dentro de una estructura determinada. Se insiste en el valor estable del dinero y de la plata en la antigüedad, habida cuenta de su economía básica primitiva. Sin embargo, pueden entresacarse datos significativos de ciertos fenómenos propios de una economía relativamente desarrollada. Se ha visto el fenómeno del funcionamiento de la ley de la oferta y la demanda. Aristóteles tiende a definir el dinero como algo

de valor constante frente a las mercancías concretas y, así, pone como ejemplo la famosa anécdota de Tales como acaparador de grano, pero él mismo es consciente de las posibilidades de alteraciones, y reconoce que «es lo que más tiende a permanecer, aunque no siempre vale lo mismo». La economía monetaria tiene que ser, para ello, un fenómeno perfectamente difundido; no sólo como moneda que sirve de intermediario en el intercambio de productos, sino como modo de vida propio e independiente; precisamente en el suministro de trigo, hay quienes compran barato para vender caro, y el autor del *Económico* del *corpus* aristotélico caracteriza la economía ática por el hecho de que se compra y se vende. Aristóteles es quien con mayor clarividencia observó la realidad de la moneda en el estadio económico de su época y quien, al mismo tiempo, percibió los problemas que podía ocasionar a la sociedad antigua.

Frente a la forma de intercambio definida como *oikonomiké*, en que se vende para comprar, es decir, en que se sigue el proceso mercancía-dinero-mercancía, y donde el dinero es, por tanto, un paso intermediario, las necesidades crean una *chrematistiké*, un modo de intercambio en que se sigue el proceso dinero-mercancía-dinero, en que se compra para vender, que, para Aristóteles, constituye un elemento disolvente de la *koinonía*, de la comunidad. Esta visión aristotélica ha de responder a una realidad. En efecto, dentro del marco de la economía agraria y esclavista, se desarrollan formas de comercio en que se define el valor de los productos como mercancías y formas de trabajo asalariado representadas por los mercenarios con el respaldo de la actividad bancaria, con lo que se ponen en peligro los lazos comunitarios de la sociedad antigua de la *polis*, sin que se desarrolle la capacidad de sustituirlos por nada; en cambio, crean como reacción la ideología representada por Aristóteles ideología muy en consonancia con todas las vicisitudes y perspectivas de la misma, tan inclinada a este tipo de reacciones. Las ideologías siempre inciden en la política de los pueblos.

Estas circunstancias serían las que produjeran reacciones como la representada por la ley mencionada de 375/374, rodeada de aspectos externos que pretenden reproducir las antiguas costumbres de la época de la grandeza ática, en que Atenas imponía su moneda sobre la base del dominio imperialista. Este aspecto también está presente en el Jenofonte de los *Poroi*. Se trata de volver a la grandeza ática, a establecer una coherencia entre la apariencia de imperio y la apariencia de una moneda fuerte. Se trata además de una alternativa al imperio, cuando éste, para las clases poderosas, es más problemático que productivo, y se expresa en una ley dictada por los *thesmóthetas*, no por la Asamblea, con el posible protagonismo de Calístrato frente a Timoteo. Tanto en la ley como en Jenofonte se advierte la necesidad de la utilización de esclavos públicos para la explotación de recursos internos como la plata. Pero las medidas chocan con la manifestación coyuntural de la inflación, debida al tipo de intercambios comerciales que se han desarrollado por las necesidades de aprovisionamiento de grano de Atenas, y necesitan garantizar su funcionamiento por medio de medidas impositivas en el mercado monetario, cosa que no es capaz de imponer una Atenas falta de la capacidad de coacción propia del imperio. Todavía después de 375 se seguirá insistiendo en la actitud imperial, pero, tras la derrota de la guerra social, Jenofonte volverá a teorizar sobre una postura parecida a la que promovía la ley de 375/374.

6. SENTIDO GENERAL DE LA CRISIS

En este contexto, podemos preguntarnos por la crisis en la ciudad-estado. El tema es objeto de importantes debates recientes. Pečirka resumía bien las posturas. Se requiere aclarar qué concepto de crisis puede aplicarse, qué definición de polis puede verse afectada y de qué polis en concreto se trata. Pečirka rechaza, como otros, el concepto de crisis como decadencia en su aplicación a la Grecia del siglo IV, y se centra en la ciudad de Atenas. No se trata de aceptar las quejas de Platón, ni la concepción modernizante de Rostovtzeff, ni la trasposición de los criterios utilizados para el estudio de la crisis de la República romana, como ha puesto de manifiesto sobre todo L. Guskina. En Atenas no había, entre otras cosas, suplantación de trabajo libre por el trabajo esclavo, ni grandes latifundios. La crisis de la República romana se produce en un periodo de guerras de conquista, aumento de posesiones y aflujo de esclavos. Atenas en cambio ve imposibilitada su expansión exterior.

Los esfuerzos para vencer la crisis por la expansión exterior dieron un resultado inverso. Es evidente que se produce un cambio y éste puede definirse, según Pečirka, como que la evolución económica y política de la sociedad ateniense rompió los límites fijados por la polis en el sentido más estrecho de la palabra, tanto los límites de sus principios económicos y políticos como los de su estructura social y de los valores morales tradicionales. Esta crisis no tiene que proceder de la decadencia económica, sino que también puede ser fruto de crecimiento, dado que la expansión puede perturbar la estructura social y los moldes institucionales en la polis. Este proceso, añade Pečirka, adquirió en Atenas proporciones excepcionales a causa del desarrollo único de la ciudad en la segunda mitad del siglo V, de la existencia del imperio, que, en muchos aspectos, fue más allá de los moldes de la polis tradicional. Lo que se rompe es el carácter exclusivamente agrario de la economía de la polis y su autarquía, reflejada políticamente en la participación exclusiva en la vida pública del poseedor de tierras. Esta ruptura se produjo en la época del imperialismo ateniense. Durante el siglo IV, los efectos de las transformaciones persistían e incluso en algunos aspectos se desarrollaron más, pero las condiciones fundamentales de su desarrollo se vieron perturbadas al final del siglo V, cuando ya las barreras tradicionales de la polis se habían roto. Entonces, la creación de riqueza al margen de la tierra había alcanzado un alto grado de desarrollo, la economía como crematística ha adquirido personalidad propia, pero al mismo tiempo la producción sigue basada en el trabajo esclavo. Estas contradicciones entre el crecimiento que rompe la estructura y la conservación de rasgos propios de las estructuras tradicionales son las que justifican que los problemas de Atenas del siglo IV sean considerados como el resultado de una crisis.

7. LA ESCLAVITUD

Justo es, pues, tener en cuenta que la parte media del s. IV se considera la época de mayor explotación esclavista de la historia de Atenas y que entonces el esclavo típico era el esclavo comprado. Cuando el esclavo es predominantemente objeto de transacción, es que hay detrás un sistema de circulación fiduciaria,

una importante penetración de la producción de mercancías dentro de la economía de la polis, lo que aumentaba la demanda de trabajo servil. Aquí interviene la lógica según la cual alguien que realiza determinado tipo de trabajo tiene que ser esclavo. El *argumentum* en Demóstenes LVII y la Introducción de Dionisio de Halicarnaso a Iseo VII muestran que podía terminar vendido como esclavo.

El autor se refiere a esta posibilidad, según Kazakevic, en las décadas que siguieron a la derrota de Egospótamos. Es la contradicción entre la claridad jurídica de la situación del esclavo y la realidad canónica que lleva al libre a esclavizarse. Las desgracias económicas de los ciudadanos atenienses amenazaban su situación como libres. La mentalidad de Platón y Aristóteles, para quien todo trabajo físico tenía carácter servil, representaba el pensamiento de una parte pequeña de la población, de los propietarios, pero en el demos había muchos que trabajaban, como puede deducirse de la opinión de los jurados que se desprende de los discursos civiles. Cuando todo trabajo productivo se consideraba esclavo, se estaba rompiendo la base económica de la democracia ateniense. Con ello se deduce que la situación del siglo IV en que se extiende la esclavitud, en el desarrollo del sistema económico de mercancías, va unida a un deterioro de los fundamentos en que se apoya la democracia, al extender el concepto servil al trabajo físico en general, porque en el imperialismo era posible, «por lo menos como horizonte utópico», que sólo realizaran trabajos «serviles» los esclavos. Esto repercute negativamente en las relaciones entre los libres, cuya polaridad se expresa por un lado en la teoría platónica y aristotélica y por otra en la visión del demos en el *dikasterion* que ve posible que un libre ciudadano realice determinados trabajos sin perder su condición jurídica.

El contexto de las *Memorables* de Jenofonte habla del desarrollo del modo de producción esclavista y dice que la utilización de esclavos en grupos relativamente importantes fue el rasgo notable de los métodos de producción de Ática en la primera mitad del siglo IV. El aumento del número de esclavos en la propiedad es seguramente lo que ha hecho posible en las *Memorables* elevar la gestión de los asuntos privados al nivel de los problemas sociales. Podía afectar a un número reducido de propietarios, mientras el pequeño puede suponerse que estaba en situación difícil. Los obreros agrícolas eran normalmente una mercancía: los esclavos eran el elemento característico de la *chora* ática; el testimonio más preciso es la nota irónica de Sócrates en el *Económico* de Jenofonte donde no hay términos relativos a la esclavitud.

8. LA ESCLAVITUD EN EL PLANO TEÓRICO

El papel de la esclavitud se muestra también en la importancia que el problema de la relación entre dueño y esclavo tuvo en las teorías sofistas y socráticas consagradas al *oikos*. En estas relaciones es donde hay que aplicar principalmente las tendencias racionalizadoras de la economía. Estas teorías adquirieron su desarrollo principalmente en el siglo IV. Según Jenofonte, Sócrates enseñaba a sus discípulos el comportamiento adecuado frente a los ocupantes de la casa, a los *oiketai*. Lo mismo se atribuía al discurso de Pródico un poco más tarde. Lo que está claro, ha recalcado Klees, es que ha habido debate sobre las relaciones con los esclavos en el contexto de la significación general que tuvo en esta época

la teoría de la casa. De todos modos el *Económico* de Jenofonte es el primer texto conservado, posiblemente escrito antes de 387, en que se trata el tema. Jenofonte se dirige a los ciudadanos más ricos, que sacan sus rentas de la agricultura. El interés de Jenofonte se centra más en la dominación del dueño frente a sus subordinados que en los datos materiales de la explotación agrícola. Las teorías sobre el dueño de casa tienen rasgos comunes con la teoría de Jenofonte sobre el soberano como conductor de hombres. Lo que le importa en realidad a Jenofonte es que la casa esté lo suficientemente bien organizada para que el amo se pueda dedicar a la política y a la vida pública en general. Son cosas que siempre se desarrollan de forma semejante.

9. AGRICULTURA

De otro lado, la historiografía reciente niega que en el terreno de la agricultura, en el siglo IV, se haya producido un proceso acumulativo causante de la crisis. Hay 5.000 ciudadanos sin tierra en 403 según Dionisio de Halicarnaso y los datos de Finley no parecen indicar que el tamaño de las posesiones fuera muy grande. Andreyev añade otros datos a las fuentes literarias. La movilidad en la propiedad de la tierra no significó acumulación «capitalista». Posiblemente, estas ventas se realizaban entre clases altas, entre «empresarios» de la ciudad. La economía tiene también sus reglas.

10. LIBERTAD Y MANUMISIÓN

La epigrafía parece demostrar que el número de libertos se hace mayor en el siglo IV, y que su peso específico aumenta en la vida económica y social de Atenas. Al manumitirse, su estatuto legal es similar al de los metecos, pero estaban obligados a conservar un lazo con sus antiguos dueños. Era frecuente que estuvieran encargados de la dirección de algún establecimiento suyo, pero el liberto no obtenía ningún documento de garantía como ocurría en tiempos posteriores. Incluso en situaciones económicas acomodadas, el liberto corría el peligro de reesclavización si no contaba con el apoyo de algún ciudadano ateniense. En caso de reclamación del antiguo dueño se entablaba un proceso (*díke apostasíou*): si el esclavo resultaba reconocido como liberto ya quedaba garantizada jurídicamente su situación. Si había esclavización ilegal, el proceso sólo podía entablarlo un ciudadano ateniense. La dificultad que surge de las fuentes estriba en saber cuál es la situación exacta del liberto que tiene obligaciones con su dueño anterior y cuáles son los derechos que éste puede reclamar sobre aquél. Varios ejemplos ponen de relieve las dificultades reales de esta indeterminación jurídica, como el discurso XXIII de Lisias, sobre la situación de Pancleón, o el fragmento XII de Iseo. Hasta tal punto es así que tampoco es precisa la definición terminológica y Aristóteles no incluye a los libertos como grupo específico entre los componentes de la *polis*. Es frecuente su designación como esclavos, o bien con intenciones ofensivas, sobre todo en los discursos relativos a procesos que les afectan, o bien como reflejo de su real indeterminación jurídica, donde pesa en ocasiones su condición «innata» de esclavos y el hecho de que, en ciertos aspectos, conservaran su condición de persona dependiente.

11. EL MERCENARIADO Y LA DEPENDENCIA

En relación con esto, se encuentra el modo en que evoluciona el mercenariado entre los siglos V y IV, tema estudiado por Marinovic. En la *Anábasis* de Jenofonte, todavía se percibe una situación de transición. Se busca fortuna, aunque no siempre se encuentra, y se parte habitualmente de una situación económica mediocre, pero no miserable. Había que pagarles bien. En pleno siglo IV, en cambio, el mercenariado se nutre de miserables y vagabundos y puede pagárseles una soldada pequeña con el señuelo del botín y la posibilidad de obtener una parcela de tierra al término del servicio. Los posibles planes conquistadores obtienen así el apoyo de buena parte de la población. El mercenariado era, por tanto, junto a otras cosas, el resultado del enfrentamiento creciente entre ricos y pobres propio del siglo, enfrentamiento que se manifiesta también en los proscritos procedentes de las ciudades y de sus conflictos internos. Ahora bien, a estos personajes les es posible enrolarse porque crece el mercenariado mismo y las ciudades lo utilizan cada vez más frecuentemente gracias al desarrollo de formas económicas, anteriormente estudiadas, que también están en la base del conflicto mismo. Es el ejército propio de las nuevas formas sociales, económicas y políticas que adopta la ciudad estado justo en el momento previo a su desaparición.

12. CONCLUSIÓN

En Atenas, desde 403, parece claro que la Asamblea no legisla como tal, ya que, a partir del decreto de Tisámeno, los *nomóthetas* actúan independientemente de otras instituciones. Por lo tanto, se puede deducir que, a pesar de ciertas apariencias, de hecho se produce una reducción de la función política del ciudadano. Andócides dice que según las normas patrias no conviene que ningún decreto, *pséphisma*, votado por la Asamblea sea superior a un *nómos*. Eso significó un giro importante en la forma de legislar de la ciudad y una reducción del poder legislativo del demos.

El primer ejemplo conocido epigráficamente es la *Ley ática* de 375 sobre la moneda de plata anteriormente comentada. Allí se dice que decidieron los *nomóthetas* no la *boulé* y el demos, como era habitual; los juicios se presentan ante la *boulé*, y no se abren las puertas a la *ephesis*, especie de recurso al demos; con ello se revela una pérdida de control por parte de éste. La legislación de este tipo se sabe que fue muy frecuente desde 356, en la época de la guerra social. Son años de tensión por la defensa de los derechos del demos.

Aristóteles se planteará el problema de para qué sirve ser ciudadano sin participación en la vida política. Da la impresión de que el hecho de serlo suele reducirse al carácter de *status* y perder el sentido de la función de plena época democrática. Ésta es la tendencia de los sectores dominantes, desde luego siempre en conflicto con la presión del demos mismo.

Éste se encuentra en situación miserable, lo que se refleja en la obra de Aristófanes perteneciente a esta época, en el *Pluto* y en *La asamblea de las mujeres*, referidas a la vida del campo. También en el *corpus* de Demóstenes aparecen situaciones que obligan a trabajos serviles. Tal es la evolución hasta que al llegar el fin de siglo, y con el respaldo macedonio, en la época de Foción, se llega a la

pérdida de la ciudadanía a causa de la pobreza. Se dice de sus víctimas que son revoltosas por no *archein*, que aquí no es propiamente mandar, sino participar en las magistraturas y en los organismos públicos en general, en definitiva, en la ciudadanía. Hay, pues, una relación directa entre la no participación, la no ciudadanía y el desempeño de trabajos serviles.

Demóstenes dice que se ha pasado de la existencia de un *demos despótes*, de un pueblo soberano, por encima de los políticos, a otra situación en que son los políticos los señores *(kyrioi)* del demos. Cuando llega la época de Foción, en la Asamblea se puso de manifiesto la solidaridad entre los libres y los esclavos, lo que, según Canfora, era el resultado final de la larga crisis del siglo IV en que el libre, pobre, se aproxima cada vez más al esclavo.

El arma del demos era el imperio, su control de la situación política le había servido como medio de presión para sostener el imperio y la democracia. Dice Andócides que, según algunos, la paz es lo más temible para el demos, pues teme que en ella se destruya la actual forma de gobierno, la *politeía*. La falta del imperio trae consigo problemas para los ciudadanos, debido a la falta de tributo de los aliados, a la falta de *clerouquías* en las ciudades y a la imposibilidad de obtener ocupación y salarios como remeros.

La falta del imperio también representa un problema desde el punto de vista del aprovisionamiento, pero para solucionar esta cuestión basta con que exista una confederación que no soluciona los otros problemas. En los decretos de Teopompo del año 387, relacionados con los primeros pasos de la segunda confederación, se proclama la independencia de Clazómenas, es decir, se prescinde de las posibles ventajas que afectaban al pueblo.

El demos, por tanto, necesita la guerra. Cuando Andócides en el año 391 habla contra los argumentos contrarios a la paz, dice que éstos se expresan por parte de los que argumentan que sus cosas privadas no les vienen del extranjero, ni el alimento les viene de las murallas. Para éstos, es necesario algo más que no proporciona la situación de paz. De ahí las tensiones creadas con la Paz de Antálcidas, del año 386. Esta puede garantizar el suministro, pero elimina las *clerouquías*. La guerra se hace para recuperar colonias, posesiones, ganancias. En las *Helénicas* de Oxirrinco se dice que los que desean la guerra son los «muchos», los «populares», para que les sea posible enriquecerse a partir de las cosas comunes. Los ricos en cambio son contrarios a las expediciones militares. También Aristófanes en *La asamblea de las mujeres* dice, en boca de Praxágora, que echar las naves al mar le parece bien al pobre, pero no a los ricos ni a los campesinos.

La guerra provoca la *eisphorá*, el impuesto directo de los ciudadanos ricos, de modo generalizado desde el año 378/377. La paz de 375 fue aceptada con gusto, según Jenofonte, porque se liberaban de la *eisphorá*. También favorece la paz el aprovisionamiento de grano y el comercio. Según Isócrates, en *la paz*, así la ciudad se llena de comerciantes. Favorece además la compra de esclavos, pues la guerra entre ciudades griegas no favorece el sistema esclavista y esta guerra es la que se está debatiendo.

Isócrates, en el *Panegírico*, del año 380, considera la paz un síntoma de superioridad; en *La paz* del año 356, es también garantía de falta de gastos: la paz sirve para evitar las liturgias subvencionadas por los ricos.

Desde la década de los sesenta, se producen interferencias atenienses a las ciudades confederadas. En el 362 se trasladan los juicios a Atenas; en 361 se establecen clerucos en Potidea. Pero este comienzo de imperialismo agresivo condujo a la guerra social y de ahí al final del segundo intento de imperio. La crisis se agudiza.

Cuando Antípatro reduzca la ciudadanía a quienes poseen una propiedad, Diodoro comenta que con ello estaba imitando a Solón. La política reductora de la ciudadanía busca un modelo en el pasado. O en Esparta, que, a pesar de los cambios experimentados, sigue poseyendo ciertos caracteres que hacen de ella un modelo. La solución se encuentra también en individuos sobresalientes, como Agesilao, e incluso Ciro para Jenofonte. Isócrates comienza a plantearse la posibilidad del panhelenismo, de la unión entre ciudades griegas que, por tanto, no luchan entre sí, sino que buscan un objetivo común en el exterior. Los antecedentes se buscan en la «paz común», firmada entre las ciudades griegas, generalmente con la supervisión del rey. Aquí hay una aparente contradicción, pero no lo es en tanto en cuanto sirve de precedente a la búsqueda de intervención de los reyes de fuera: Evágoras, Agesilao y, finalmente, Filipo de Macedonia. Todo ello tiene también sus precedentes en los jefes mercenarios.

En el *Areopagítico*, Isócrates proclama que la solución está en que haya ricos buenos que den trabajo a los pobres. Si los ricos tienen prosperidad, los pobres tendrán abundancia. Las ocupaciones de cada uno deben definirse según su propiedad. Los inferiores se dedicarán a la agricultura y al comercio. Confiesa que lo acusan de oligárquico, y él se proclama demócrata, pero también dice que lo más democrático que existe es Esparta. En definitiva, para él, el demos equivale a los periecos. Como hay muchos que viven en la escasez, es lógico que no se ocupen de las cuestiones comunes. La solución está en que Filipo haga hilotas a los bárbaros. El sistema que se proclama es, en definitiva, la consecución de hilotas colectivos. Toda la ambición y el esfuerzo debe reservarse para la lucha contra los bárbaros con estos fines. Por ello en el *Filipo* se utiliza el modelo representado por Heracles, que fue capaz de unir a todos los griegos contra Troya. Los antimacedonios son, en cambio, los que ven la paz como una guerra contra sus propios intereses. Filipo representa la paz, en tanto que guerra contra el exterior.

La disolución de la comunidad temida por Aristóteles procede de la unión de democracia e imperio y de la economía libre con ciudadanos libres. La solución se busca en una constitución ancestral, en que el criterio sea censatario, y en la unidad frente a un enemigo común. Viene a ser el encauzamiento de la disolución de las polis hacia el mundo helenístico. La finalidad está en separar ricos y pobres y fundar colonias colectivas que resuelvan el problema económico, para lo que es preciso tomar la vía que lleva a eliminar los derechos del demos con la ayuda del jefe personal que sea capaz de controlar la conflictividad social. Frente a las aspiraciones del demos de conservar la democracia, se busca el poder fuerte y la solución que teóricamente esté situada en un pasado prestigioso. La empresa externa y la constitución ancestral buscan el mismo fin: acabar con la conflictividad nacida en el demos cuando se produce la pérdida de la democracia.

Los grandes propietarios se refugian principalmente en la inversión agraria y en los préstamos para realizar negocios lucrativos. Esto es una forma de huir de

las liturgias. Al acabarse la comunidad ciudadana, los ciudadanos pobres quedan esclavizados en la práctica, eliminados de la colectividad, convertidos en ciudadanos pasivos. No se invierte en minas; se prefiere la inversión oscura y no controlable, por temor a los *sicofantas* que pueden denunciar el hecho frente a la ciudad. Esto colabora al problema citado de la producción de la plata.

El empobrecimiento del ciudadano favorece la sustitución del hoplita por el mercenario, que a su vez se hace imprescindible para mantener el imperio y la democracia. Demóstenes en la *Filipica I* dice que si no se aporta dinero no es posible sostener el imperio. Conón, con sus mercenarios, se pone al servicio de los persas, pero tras la batalla de Cnido, en 394, se hace fuerte para restaurar los muros de Atenas y fortalecer la democracia. El mismo Demóstenes defiende el *misthós stratiotikós*, el pago militar a los mercenarios, con el fin de garantizar la democracia. Pero, con ello, se fortalece el poder personal de los jefes militares, que hacen grandes fortunas, como Conón, Ifícrates, Timoteo, Aristófanes, objeto de un discurso de Lisias; y se favorece la intervención del rey. Conón se apoya en el oro persa. Son jefes con poder económico, capacidad de protección, carisma personal. No es raro que se inicie el género literario de la biografía. Mercenariado, nuevos programas sociales, panhelenismo, personalismo, esclavización del demos, son todos ellos aspectos de una misma situación que se conoce habitualmente como la de la crisis de la ciudad-estado, que no es propiamente decadente, sino de reestructuración. Quizás sea su riqueza de matices lo que permitió que en ella floreciera el pensamiento clásico y la oratoria, dos géneros que tuvieron entonces su mejor época dentro de la Grecia clásica y que requieren ambos que se parta de condiciones no especialmente acomodadas, sino violentas y conflictivas, pero suficientemente libres para dar rienda suelta a la reflexión y al debate público. Sócrates, Platón y Aristóteles; Isócrates y Demóstenes estuvieron en condiciones de penetrar profundamente en las relaciones humanas de tal modo que su validez supera los límites de su época y de la antigüedad en general.

DOCUMENTOS

1. PLATÓN, REPÚBLICA, 37A. D. (TRADUCCIÓN C. EGGERS LAN)

–Y también el número de servidores a cargo de la importación y exportación de bienes. ¿Son comerciantes, verdad?

–Sí.

–Por lo tanto ¿también necesitamos comerciantes?

–Por cierto.

–Y en caso de que este comercio se realice por mar, harán falta muchos otros hombres conocedores de las tareas marítimas.

–Muchos, sin duda.

–Ahora bien, en el seno del Estado mismo, ¿cómo intercambiarán los ciudadanos aquello que cada uno ha fabricado? Pues en vista a eso creamos la sociedad y fundamos un Estado.

–Es obvio que por medio de la venta y de la compra.

–De ahí, por ende, surgirá un mercado y un signo monetario con miras al intercambio.

–Claro.

–Y en caso de que el labrador o cualquier otro artesano que lleva al mercado lo que produce no llegue en el mismo momento que los que necesitan intercambiar mercadería con él, ¿no dejará de trabajar en su propio oficio y permanecerá sentado en el mercado?

–De ningún modo –repuso–, porque existen quienes, al ver esta situación, se asignan a sí mismo este servicio. En los Estados correctamente administrados son, en general, los de cuerpo más débiles y menos aptos para ejercitar cualquier otro oficio. Deben permanecer en el mercado y adquirir, a cambio de plata, lo que unos necesitan vender, y vender, también a cambio de plata, lo que otros necesitan comprar.

–Esta necesidad, pues –dije a mi vez–, da origen en el Estado a los mercaderes. ¿O no llamamos «mercaderes» a los que, instalados en el mercado, se encargan de la compra y venta, y «comerciantes» a los que comercian o viajan de un estado a otro?

–¡Por supuesto! Por otro lado, en la mayoría de las ciudades, los comerciantes se ven también obligados a importar algo a cambio de lo que exportan, pues fuera no existe moneda de curso legal. Mas en Atenas es posible exportar, a su vez, muchísimas más cosas que necesitan los hombres, y si no quieren importar algo a cambio, exportan una buena mercancía con la exportación de plata, pues donde quiera que la vendan, siempre obtienen más de lo inicial IV, 4. Incluso ahora, de los que poseen esclavos en las minas ninguno reduce el número, sino que contrata continuamente a todos los que puede. Realmente si perforan y buscan el filón pocos, creo que también se encuentra poco rendimiento; mas, si hay muchos, el filón de plata descubierto es también infinitamente mayor.

IV,14. En cambio, de la ciudad nos resulta muy sorprendente el hecho de que viendo cómo muchos particulares se están enriqueciendo en vez de ella no trate de imitarlos. En efecto, entre los que se encargaron de las minas en el pasado, hemos oído que Nicias, el hijo de Nicérato, en cierta ocasión tuvo en ellas mil hombres que le contrató el tracio Sosias, con la condición de abonar un óbolo de beneficio neto al día por cada uno y de mantener siempre el mismo número.

III. Asimismo, es bueno y hermoso premiar a comerciantes y armadores con los asientos de preferencia y, de cuando en cuando, ofrecer los derechos de hospitalidad a quienes se estime que beneficien a la ciudad por la importancia de sus barcos y mercancías, pues con esos premios, como si se tratase de ayudar a los amigos, serían más diligentes no sólo por la ganancia sino, además, por el premio.

IV, 8-10 En verdad, cuando las ciudades progresan, las personas reclaman plata. Efectivamente, los varones quieren emplearla como adorno de sus magníficas armas, de sus buenos caballos, de sus casas y de su espléndido ajuar y sus esposas buscan el vestido costoso y las joyas de oro. Y a su vez cuando las ciudades están en crisis debido a la escasez de las cosechas o a la guerra, entonces, al volverse la tierra improductiva, necesitan mucho para sus necesidades y para su defensa.

Si alguien declara que no es menos útil el oro que la plata, por supuesto que no le replico; pero bien sé que, cuando aparece mucho oro de improviso, se devalúa y en cambio hace subir el precio de la plata.

IV, 28 ¿Por qué, entonces, podría decir alguien no se abren también ahora, como antes, muchos cortes nuevos? Simplemente, porque ahora son más pobres los que se ocupan de las minas, pues hace poco tiempo que se han reinstalado. Además, hay un riesgo grande para el que abre nuevos cortes:

BIBLIOGRAFÍA

V. N. Andreyev: «Some Aspects of Agrarian Conditions in Attica in the Fifth to Third Centuries B.C.», *Eirene*, XII, 1974, pp. 5-46: la agricultura y la crisis.

Arensberg, H. W. Pearson: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, Labor, 1976, pp. 111-141; también, p. 304, sobre la adquisición de productos lejanos.

L. Canfora: «Los oradores áticos», en *R.* Bianchi-Bnadinelli (dic.), *Historia y civilización de los griegos*, V. Barcelona, Icaria, 1980, pp. 317-339.

R. M. Cook: «Speculations on the Origins of Coinage», *Historia*, VII, 1958, pp. 257-262: los mercenarios y el origen de la moneda.

–, *Greek Painted Pottery*, Londres, Methuen, 1960; pp. 271-277: problemas de exportación en Atenas.

M. I. Finley: «Aristotle and Economic Analysis», en *Studies in Ancient Society*, Londres, Boston. –Routledge and Kegan Paul, 1974, pp. 26-51; pp. 38-39 y 50, sobre necesidades comerciales y sus implicaciones; sobre el tamaño de las posesiones agrarias.

Y. Garlan: *War in the Ancient World: a Social History*, Londres, Chatto and Windus, 1975; p. 187: medidas económicas con los ejércitos mercenarios.

P. Gauthier: *Un Commentaire historique des Poroi de Xénophon*, Ginebra, París.-Droz, Minard, 1976, p. 161: trabajo de las minas.

A. Giovannini: «Athenian Currency in the Late Fifth and Early Fourth Century B. C.», *GRBS*, XVI, 1975, pp. 185-195.

L. M. Gluskina: «El aspecto específico de la polis griega clásica y el problema de sus crisis» (en ruso), *VDI*, 2, 1973, pp. 27-42: Comparación entre la crisis ateniense y la crisis de la república romana.

–, «El estatuto legal de los libertos atenienses en el siglo IV antes de n. e», (en ruso), *VDI*, 91, 1965, 51-61: esclavitud y manumisión.

E. L. Grace-Kazakevic: «Qué es un esclavo y el arte de manipular a los hombres» (en ruso), *VDI*, 1970, 49-66: sobre la esclavitud en el siglo IV.

A. R. W. Harrison: *The Law of Athens. II. Procedure*, Oxford, Clarendon Press, 1971; p. 176: la manumisión en relación con el mundo de la banca.

R. J. Hopper: «The Attic Silver Mines in the Fourth Century B.C.», *BSA*, XLVIII, 1953, p. 253: recuperación de la explotación de las minas.

–, *Trade and Industry*, p. 17: problemas de la exportación; pp. 93-107: situación de la tierra en la Atenas del siglo IV; pp. 118, ss.: papel de la banca en la Atenas del siglo IV; p. 179: exigencias fiscales; pp. 200-4: *ousía aphanés*.

H. KLEES: *Herren und Sklaven*. Wiesbaden, Steiner, 1975, pp. 62, ss.: teorías sobre la esclavitud.

D. A. KOUNAS: *Studies on the Ancient Silver Mines at Laurion*. Kansas, Coronado, 1972; edita los antiguos trabajos de ARDAILLON y BOECK, sobre la crisis de la explotación de la minas.

P. MARIMOVIC: «Los mercenarios griegos al final del siglo V y a principios del siglo IV antes de n. e.», (en ruso), *VDI*, 1958, pp. 70-87.

K. MARX: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Borrador, 1857-1858 (Grundrisse)*. Madrid, siglo XXI, 1976, I, p. 30: el trabajo asalariado en la guerra.

S. MEIKLE: «Aristotle and the Political Economy of the Polis», *JHS*, XCIX, 1979, pp. 57-73: la teoría aristotélica de la «crematística» y la realidad.

C. MOSSE: «Le rôle politique des armées dans le monde grec à l'époque classique», en J. P. VERNAT (ed.), *Problèmes de la guerra en Grèce ancienne*, París, Mouton, 1968, pp. 221-229; p. 226: ejército mercenario y poder monárquico.

—, *La fin de la démocratie athénienne*, Paris, P.U.F., 1962; pp. 93, ss.: exigencias fiscales para suplir ingresos del imperio; p. 124: problemas de la exportación.

J. PECIRKA: «A Note of Aristotle's Conception of Citizenship and the role of Foreigners in Fourth-Century Athens», *Eirene*, VI, 1967, pp. 23-26 la producción de mercancías.

—, *The Crisis...*, para el sentido general de la crisis.

E. PEROTTI: «Esclaves choris oikoûntes, Actes du Colloque 1972 sur l'esclavage», París, Les Belles Lettres, 1974, pp. 47-56; pp. 54-55: libre acceso de los esclavos y metecos a los tribunales en normas comerciales.

K. POLANYI: «Aristóteles descubre la economía», en K. POLANYI, C. M.

R. ROGAERT: *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leiden, Sijthoff, 1969; p. 74: vinculaciones de Timoteo a la banca.

M. I. ROSTOVTZEFF: *Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, Espasa Calpe, 1967, I, pp 97-98: *idem*.

R. SEAGER: «Lysias againt the Corndealers», *Historia*, XV, 1966, 172-184.

R. SEALEY: «Callistratus of Aphidna and his Contemporaries», *Historia*, V, 1956, p. 192: papel de Calístrato en la paz de 375/4.

C. G. STARR: *Athenian Coinage 480-449 B.C.* Oxford, Clarendon Press, 1970: emisiones de monedas a fines del siglo V; interpretación diferente de la de

R. S. STROUD: «An Athenian Law on Silver Coinage», *Hesperia*, XLIII, 1974, pp. 157-188, y D. PLACIDO, «La ley ática...», sobre la misma ley.

CAPITULO XI

MACEDONIA

1. MACEDONIA ANTES DE LAS GUERRAS MÉDICAS

La Baja Macedonia está formada por la llanura de los ríos Axiunte y Haliacmón, en el golfo Termaico. Está constituida por una tierra pastoril y arable. La Alta Macedonia, en cambio, la forman altas montañas con algunos pasos, de los que destaca el valle del Tempe. Otros abren camino hacia Iliria y Peonia.

La Baja Macedonia es un buen centro de comunicaciones, produce madera y excelentes pastos para el ganado, así como cereales. En época histórica quedan residuos de tribus, que pueden ser griegas, del final de la edad del bronce. Ahora bien, no acaba de estar claro el origen de los macedonios. La lengua conocida puede ser igualmente un dialecto griego o una lengua indoeuropea más o menos próxima. Un dato relativamente significativo es que *Pherenike*, portadora de la victoria, se dice en macedonio Berenice. Entre los griegos se refieren a ella como lengua macedónica y dicen «hablar macedonio». Según Plutarco, en la biografía del héroe conquistador, Alejandro, proponía que se aprendiera la lengua griega, pues, y para el propio Alejandro, su lengua se concebía como diferente a la griega, no como un dialecto que se pudiera encuadrar dentro del término «heleno».

Dascalakis defiende el carácter griego de los macedonios. Según él, Egas era cabeza de un estado grecomacedónico desde el siglo IX. También era griega la Alta Macedonia, incluida Lincestas, con predominio dorio. Se trataría de griegos que se encontraban rodeados de bárbaros y que recibían ellos también el nombre de bárbaros por las diferencias de civilización. En Atenas, sobre todo, el concepto de bárbaro se extiende a los pueblos sin cultura. Dascalakis está en contra de la versión según la cual las leyendas sobre el origen griego de los macedonios fueron inventadas por reyes macedónicos helenizantes.

En efecto, en el siglo VII se habla ya de macedones, que proclaman una pretendida descendencia de Argos, por el nombre de los Argéadas, que formaban el grupo gobernante de los Teménidas. En realidad se trataba de una monarquía electiva dentro de un grupo reducido, que correspondía a los rasgos sociales de una situación tribal dentro de la que se han creado diferencias, ha aparecido una gama de dependencias y, dentro del conjunto, se ha originado una nobleza. Pero, con estas limitaciones, es una sociedad de hombres y mujeres libres y de grupos que funcionan como copropietarios con respecto a las tierras.

La Alta Macedonia constituye un conjunto de pueblos comparable al de los lincestas, pueblos encabezados por reyes. Tucídides dice que forman parte de los macedonios los lincestas, elimiotas y otros pueblos de las zonas altas, que son aliados y súbditos de aquéllos, pero tienen realezas propias, y también que en la guerra del Peloponeso, en la campaña de Brasidas, Arrabeo, hijo de Brómero, era rey de los macedonios lincestas. Existe, por tanto, un conjunto de pueblos que pueden estar aliados, pero que poseen reyes propios. Y hasta tal punto es así que, a pesar de alianzas ocasionales, las luchas entre la Baja Macedonia y los reyes de Lincestas prosiguen hasta la época de Arquelao. Éste entra en guerra con Arrabeo y se alía por matrimonio con el rey de Elimea. Todavía en época de Aristóteles, los elimiotas tenían una dinastía cuyos reyes eran colaterales de la casa reinante en Macedonia.

En la Alta Macedonia dicen que proceden de los Baquíadas de Corinto desde 657. Puede tratarse, en ambos casos, de una aristocracia helenizada a partir de los siglos VII-VI, a través de los contactos mantenidos con tesalios y áticos. Existen leyendas que hablan de un tal Macedón, hijo de Eolo, y otras que se relacionan también con el ciclo troyano. Pero leyendas de este tipo existen también entre molosos y epirotas, que se consideraban descendientes de Aquiles. Polixena, la madre de Alejandro, era de la familia de los Eácidas. Estrabón hace referencia a Cadmo. Entre los lincestas aparece la figura de Heracles. Todo ello podría corresponder a la época de primera helenización, comenzada hacia la mitad del siglo VII.

Junto a ello existen tradiciones sobre orígenes esclavos, que se refieren a Arquelao, Menelao y Amintas. Según Eliano, Arquelao, el rey de los macedonios, era hijo de la esclava Símica, Menelao, el abuelo de Filipo, se remontaba a los «bastardos» y el hijo de éste, Amintas, fue confiado como *hyperétes* y esclavo de Aeropo. Son versiones que proceden del hecho de que los griegos no entienden ciertos modos de dependencia entre libres, que pueden representar estructuras diferentes a las suyas. Entre ellos, suelen nacer leyendas sobre orígenes serviles, como en el caso de Servio Tulio o Rómulo, cuando existen dificultades para explicarse ciertas relaciones de dependencia primitivas. Heródoto cuenta una curiosa historia folclórica, referida al personaje de Cárano, con la presencia de cabras, que le proporciona un tono muy primitivo; pero también esta historia se encuentra ya helenizada por medio de la participación del oráculo y de Heracles.

En las tumbas se han encontrado máscaras de oro, que se han comparado con las de los monarcas micénicos. Son realmente enterramientos correspondientes a los años entre 540 y 470, muy ricamente adornados al estilo micénico, desde luego. Podría tratarse, claro está, de una forma sofisticada de refección del pasado, en el momento en que se conoce mejor la historia legendaria griega y las

casas reales tratan de asimilarse a ella sobre la base de ciertas similitudes auténticas.

2. LAS GUERRAS MÉDICAS

Durante las Guerras Médicas se crean vínculos con los persas. Desde 515 se conocen relaciones entre ellos. En la expedición de 513, los persas se aliaron con Amintas. En el relato de Heródoto, Amintas accede a ofrecer a los persas las mujeres y concubinas solicitadas, pero Alejandro, su hijo, por medio de un engaño, mata a los persas que habían tocado a las mujeres. Las relaciones se definen, sin embargo, con los términos propios de las relaciones de hospitalidad. En las mismas guerras médicas, Hipias se alía con Amintas, que le ofreció también la hospitalidad, al mismo tiempo que lo obsequiaban con la ciudad de Antemunte, cuando los tésalos, por su parte, le daban Yolcos. Los macedonios, por tanto, entran en contacto con persas y con griegos dentro de las complejas relaciones grecopersas, no de una manera monolítica: el acercamiento a Persia no significa antihelenismo, sino proximidad a determinados sectores de la población griega que también son favorables a los persas.

En Platea se encuentran alineados con los persas, pero también están allí, por ejemplo, los tesalios, beocios, locrios, malieos, foceos. Alejandro I dio a los persas «muchas riquezas» y también entregó a su hermana al persa Bubares, hijo de Megabazo. Según Heródoto, la entrega se hizo para detener la venganza que buscaban los persas por la matanza anterior. Alejandro era considerado huésped de los persas, pero también es llamado por Heródoto «hombre griego». La situación resulta contradictoria. Tal vez el historiador no entendía ya bien la relación, pero hay que tener en cuenta que Heródoto escribe cuando ya se ha desarrollado el antimedismo en Grecia y concretamente en Atenas. Esto hacía difícil la definición de la actitud de Alejandro; en la época inicial, todavía no hay una dicotomía tal que determine la contradicción: ésta sólo aparece tras las Guerras Médicas.

Por otro lado, se le aplica el epíteto de Filoheleno, lo que, como hace notar Moretti, no se aplicaba, lógicamente, a los griegos. En Atenas se presenta como enviado por Mardonio, para convencer a la ciudad de que participe en la colaboración con los persas. Su embajada se justificaba en su calidad de *próxeno* y benefactor. Cuando los atenienses rechazan la propuesta, le dicen que no quieren que él caiga en desgracia entre ellos siendo como es *próxeno* y amigo.

Cole presenta la hipótesis, que Moretti considera poco probable, de que Alejandro mantuviera relaciones de hospitalidad con Temístocles y estuviera detrás de la construcción de la flota por éste gracias a la aportación de madera de Macedonia.

Más tarde, cuando ya está luchando al lado de Mardonio, Alejandro recuerda que es griego «de antiguo» y da noticias a los atenienses de que los oráculos no han sido favorables para Mardonio. En consecuencia, pide que, si el resultado de la guerra es favorable a los atenienses, se acuerden de su libertad, dado que se ha arriesgado por ellos.

Más tarde, Temístocles iría a Persia después de haber pasado por Macedonia.

Tal vez fue Alejandro I quien creó la caballería de los *hetairos*. Desde su reinado desaparece el sistema tribal sustituido por caballeros compañeros seleccionados por mérito personal. Se consideran «macedones» en tanto que personas elegidas por el rey sin consideración del origen tribal o racial. Es una situación análoga al dominio de los reyes espartanos sobre los «lacedemonios». Tal vez no sea ajeno a esta transformación del sistema el hecho de que los griegos le hayan reconocido el derecho a la participación de los juegos olímpicos, reservados exclusivamente a los «helenos». El suceso había tenido lugar posiblemente en la Olimpiada correspondiente al año 500. Sin embargo, el reconocimiento se había producido en contra de una oposición que se manifestaba en la idea de que tal participación «no era propia de bárbaros». Heródoto utiliza la aceptación en la Olimpiada como prueba de que eran griegos los descendientes de Perdicas: cuando se opusieron, él mostró que era argivo. Argumentos circulares que ilustran más sobre la situación del momento que sobre los orígenes macedónicos.

3. MACEDONIA DURANTE LA PENTECONTECIA

Después de las Guerras Médicas, aparecen las primeras acuñaciones de moneda con nombre de Macedonia. En general, desde 480, se muestra la influencia ateniense. La moneda se acuña con vistas al mercado general del Egeo, dominado por el imperio, sobre todo a partir de la batalla del rio Eurimedonte en 467. Anteriormente, las monedas se hacían pensando en el imperio persa, pues los persas estimulaban la demanda de plata. En 540-514, la plata llega a la costa asiática a través de los griegos. De 513 a 498, la plata del área tracomacedónica va directamente a manos persas. Entre 498 y 480, son de nuevo intermediarios los comerciantes griegos.

Cimón fue acusado de dejarse sobornar por Alejandro, en lo que algunos ven una de las posibles causas de su ostracismo. La presencia ática se hace notar cada vez más en la costa norte del Egeo, hasta el punto de que hay intervenciones atenienses en las luchas internas de los macedonios y soldados atenienses en los ejércitos de éstos. En 451, por ejemplo, los bisaltas acogen a los atenienses frente a Filipo.

Entre 452 y 446, existe una alianza de Atenas con Perdicas, pero, en 435/4, Metona entra en la Liga ateniense, hecho que sin duda se encuentra en relación con el enfrentamiento bélico con el mismo Perdicas. Éste, luego, presta su ayuda a Potidea, cuando Atenas le pone sitio en los inicios de la guerra del Peloponeso. Atenas entrará en alianza con Filipo y los hermanos de Derdas, que habían hecho una invasión con el ejército procedente de la parte alta, frente a Perdicas, mientras éste apoya en general a los rebeldes calcídicos.

4. LA MONARQUÍA MACEDÓNICA

Durante la guerra del Peloponeso, Tucídides habla de los macedonios como si existiera entre ellos una monarquía de tipo homérico. Macedonia se describe como un producto de la conquista de los reyes, que desalojan a las poblaciones de Pieria, Botia, Peonia, Migdonia, Eordia, Antenunte, Crestonia, Bisaltia. Tucídides habla

de griegos, macedonios y bárbaros como de tres entidades diferentes, lo que quizá sea el síntoma más claro de la perplejidad de los griegos que no se consideran identificados, pero tampoco los asimilan a su concepto general de «bárbaros». En Macedonia la situación también se halla en un proceso cambiante que impide que la postura adoptada por el observador sea homogénea.

Los reyes son poseedores de toda la tierra. Demóstenes dice que Filipo ha entregado tierra a los olintios. Cuando Perdicas persuade a los calcídicos para que abandonen sus ciudades y emigren a Olinto, les dio tierra suya para cultivar, de Migdonia, que era producto de la conquista. También era el dueño del botín. Alejandro Magno sustituiría a Darío como poseedor de los tesoros, según Curcio, gracias a ese derecho. Era también dueño de minerales, madera, etc., y distribuidor de las posesiones. Alejandro mismo sería el que pagaba las tropas.

Los reyes macedonios son acumuladores de tierras, según Aristóteles, para quien el origen de su realeza estaba en la fundación de una ciudad o la adquisición de tierras, como entre los lacedemonios y los molosos. Su autoridad era mayor en tiempos de guerra, según Q. Curcio. De las causas capitales, era el rey el que hacía la investigación de acuerdo con la antigua costumbre de los macedonios, mientras que era el ejército el que juzgaba. En cambio, en tiempos de paz, esta función le correspondía al pueblo. En ese momento, ya nada valía el poder del rey, a no ser que previamente hubiese prevalecido su autoridad. Sin embargo, la terminología utilizada por el historiador, disyuntiva entre *potestas* y *auctoritas*, tiene un cierto sabor augusteo que hace pensar si no estará aplicando a tiempos pasados conceptos de su propia época más o menos remodelados. En líneas generales, la aceptación ha de hacerse explícita por parte de la comunidad. La relación entre ésta y el rey podía hacerse compleja, pues posiblemente estaba en posesión de ciertos medios de control encuadrables dentro de su función religiosa. Gracias a ésta, por ejemplo, podía hacer uso de su capacidad para purificar el ejército, modo, sin duda, muy eficaz de control ideológico. La situación sigue siendo, de todos modos, poco clara. Para los molosos, en cambio, la documentación epigráfica atestigua mejor el carácter «democrático» de la realeza.

El origen de la monarquía era probablemente similar a la de los germanos tal como la veían Tácito y César, en cuyo caso los *hetairos* podían representar algo similar a lo que constituía el *comitatus* entre éstos. La sucesión real estaría determinada por la asamblea, pero dentro de un clan.

El rey puede ser, pues, también juez, e incluso único juez, por lo menos en alguna ocasión. Se dice de Alejandro que, al principio, cuando juzgaba los asuntos capitales, colocaba su mano sobre una oreja mientras hablaba el acusador, para guardar la otra pura y sin daño para el acusado. También ejercía funciones de sacerdote y, por supuesto, de jefe militar. En principio, es un monarca de rasgos muy parecidos a los de Molosia, Iliria, Peonia y Tracia, pueblos dispersos en que se detectan movimientos expansionistas aislados.

5. LA GUERRA DEL PELOPONESO Y SUS CONSECUENCIAS

Durante la guerra del Peloponeso se producen movimientos y reagrupaciones de pueblos, lo que puede ser tal vez el efecto de un largo proceso desconocido.

Algunos de los que en el año 500 eran llamados molosos o epirotas aparecen entonces como macedones. En general, Perdicas se encuentra enfrentado a Atenas, aunque tal vez hubo en 423/422 un tratado entre ellos. Lo curioso es que aparece firmado por una serie de familias, reyezuelos, etc., lo que indica que el proceso de unificación no está claro. En el texto epigráfico se lee *basileis*, reyes, en plural. En cualquier caso, es evidente que la autoridad del rey está fortalecida por dinastas y representantes locales de la nobleza, cuyo juramento da valor al tratado. Entre ellos se encuentra Arrabeo, rey de los lincestas. Macedonia aparece así como un estado aristocrático.

Hoffman considera que el tratado encaja mejor en 431, cuyas consecuencias se verían en las buenas relaciones hasta 424. Atenas se aseguraba el aprovisionamiento de madera y Perdicas garantizaba sus fronteras en un momento de debilidad, en que el poder estaría muy compartido. Kagan, en cambio, acepta la fecha de 423/422, que es también la aceptada por Gomme y que correspondería al texto de Tucídides que dice que «Perdicas negoció con los generales de Atenas y concluyó un tratado con los atenienses». Más tarde, Tucídides habla de que los atenienses utilizaban exiliados macedonios para dañar el territorio de Perdicas.

En el período de la paz de Nicias, se produce un acercamiento de Macedonia a Argos, lo que sirve para reforzar el mito del origen argivo de la dinastía. Así, durante un tiempo, los macedonios siguen las mismas vicisitudes que esta ciudad. Según Tucídides, Perdicas decía que él procedía de Argos y por ello hacía lo mismo que los argivos: separarse de los atenienses.

La influencia cultural griega se hizo creciente durante este periodo y sobre todo en el siglo IV, pero no afectó para nada a la vida política. Lo griego queda en la superficie. La estructura política, social y económica sigue siendo la misma. Macedonia toma parte en el comercio griego, se ve influida por sus formas cerámicas, acoge intelectuales, imita los juegos..., pero las estructuras son capaces de absorberlo todo, al menos aparentemente... Hay un momento en que se produce una especial acogida a la cultura griega, a partir de finales del siglo. A Macedonia acudieron Eurípides, Agatón, Zeuxis, que fueron recibidos en una especie de patronato regio. Allí, probablemente en 407, se representó *Las bacantes*. Los ejemplos conocidos parecen responder a un tipo de intelectual que ha vivido muy intensamente la vida cultural ateniense, pero que, en un momento determinado, coincidente con el final de la guerra del Peloponeso y, por tanto, con la crisis del imperialismo y de la democracia, sobre todo con las crisis de la situación de concordia permitida en la época de apogeo, se marcha de Atenas, donde el propio espíritu crítico soporta mal las contradicciones creadas. Por su parte, en cambio, Trasímaco de Calcedonia llama bárbaro al rey macedonio. Este periodo de acogida de los representantes de la vida cultural ateniense coincide con el reinado de Arquelao, al que Platón, en el *Gorgias*, considera modelo de tirano. Desde Atenas, la visión de Macedonia sigue siendo contradictoria y cambiante según las ideas de cada uno.

También a la época de Arquelao, entre 413 y 399, se debe la organización militar macedonia. Se construyeron caminos y lugares fortificados. La base militar era la caballería conducida por el rey y sus compañeros, pero se desarrolló la infantería pesada. Esto parece coincidir también con el afianzamiento del poder central. Los cantones de la Baja Macedonia quedaban dominados y controlados

desde las ciudades centrales. Tales son los resultados coincidentes con el intento de crear una infantería, junto a la caballería, con propietarios más pequeños.

Arquelao entabla relaciones amistosas con Atenas, de la que se hace *próxenos* y a la que proporciona madera. Existe un decreto ateniense, que posiblemente hay que datar en 407/406, en que se hace referencia a la madera, y en que el hijo del rey macedonio recibe los títulos de *próxenos* y evergetes. La madera allí era un monopolio regio.

Arquelao establece la residencia en Pela, que en el año 382 es la mayor ciudad de Macedonia. De ella parten los caminos hacia la Alta Macedonia. También se dice que aprendió de los atenienses a construir trirremes y varios tipos de armamentos. Arquelao apoyó a los Alévadas en el año 400, por lo que le concedieron la ciudadanía y un territorio, tal vez Perrebia. Entre tanto, junto con la infantería, se desarrollaba la vida urbana, seguramente como consecuencia de la desaparición del imperio ateniense. En la misma época se acuñan monedas con motivo de cabras y con la figura de Heracles y Argos, en lo que también comienzan a aprovecharse de la decadencia de dicho imperio. Controla las minas de Bisalta y hace emisiones con la leyenda Arquelao y motivo de cabras, que simbolizan el renacimiento de la fundación de Egas por el legendario Arquelao. El motivo de Heracles es índice de que está ansioso por resaltar la conexión con Argos. También Eurípides estrena su tragedia *Arquelao* en Macedonia en 408/407. Todo ello representa una política consciente de recuperación del pasado como asiento de la situación presente.

6. EL INICIO DEL SIGLO IV

El reinado de Amintas duró de 393 a 370 y se caracterizó por la debilidad de Macedonia frente a sus vecinos. Se produce la entrada de ilirios y la entrega de territorios a la Liga Calcídica a cambio de la neutralidad. En 391, Amintas recupera el trono con ayuda de Tesalia, pero hacia 382 la expansión de la Liga Calcídica trae consigo la anexión de la mayor parte de la Baja Macedonia, mientras los ilirios ocupan la Alta Macedonia. La Liga Calcídica fue desmantelada por Esparta. Pero luego, en 373, Amintas llega a una alianza con Atenas.

Fue probablemente Alejandro II (369-368) quien organizó a los *pesetairos*, los «compañeros» de a pie. Se trata de una fuerza de tipo hoplítico, signo de desarrollo económico y social. Alejandro ocupó Larisa y Cranón para expulsar a Alejandro de Feras, en apoyo de los Alévadas, pero los tesalios acuden a Tebas y Pelópidas expulsa a los macedonios de Tesalia. Luego, se produce la alianza con Alejandro y Filipo es enviado como rehén a Tebas.

Ptolomeo (386-385) asesina a Alejandro y pasa a convertirse en rey o regente. Para Hammond, la Asamblea no debía de considerarlo culpable, pero tal vez podía pensarse más bien en que se recoge la tradición según la cual es rey quien mata al rey, que respondería a prácticas sucesorias primitivas y no exclusivas de Macedonia. En esta época nace la rivalidad entre Tebas y Atenas por la influencia en Macedonia. Ésta se termina convirtiendo en satélite de Tebas y apoya la resistencia de Anfípolis a Atenas, que, sin embargo, sigue ejerciendo la proxenia con algunos personajes. En 365/364 es *próxenos* Menelao, rey de los pelagones,

que da la sensación de ser una especie de jefe mercenario. En una inscripción del año 362, Menelao es evergetes de Atenas con Timoteo y, en otras, del año 359, se habla de Menelao «ateniense».

El hijo de Amintas, Perdicas (365-359) envía madera para Epaminondas. Pero Timoteo se apodera de Pidna y Metona en la costa macedónica y fuerza a Perdicas a una alianza contra la liga Calcídica y Anfípolis. Timoteo consiguió así quitar a la liga Torona y Potidea, pero no capturó Anfípolis. Desde 362, Perdicas vuelve a ayudar a Anfípolis contra Atenas. Probablemente se trataba de una lucha por los accesos al oro y la plata del Pangeo.

En el año 359 tuvo lugar la derrota y muerte de Perdicas ante los ilirios. A su desaparición sobreviene una crisis, en la que Atenas apoya a Argeo, que desembarca en Metona con la ayuda de un almirante ateniense y con soldados mercenarios, pero resultó un fracaso. La descripción del texto cuyo autor es conocido como Pseudo Escílace corresponde al año 360. En él se hace referencia a las ciudades griegas de la costa y se marca su diferencia con los macedonios. A pesar de todos los cambios y de los contactos, en Macedonia sigue sin existir una sociedad de base esclavista, ni las ciudades funcionan independientemente. En definitiva, subsiste como fundamento de la comunidad el *ethnos* sometido al monarca. Hasta el año 359 no ha superado los obstáculos que se oponen al desarrollo de una civilización «urbana»: el nomadismo y las luchas por la realeza. Las relaciones con Grecia, sin embargo, han sido importantes para crear la semilla del cambio. Entre ellas, como ejemplo significativo, puede destacarse la acción de Calístrato como financiero. Gracias a estos contactos, los macedonios comenzaron a aumentar las rentas procedentes del comercio exterior.

7. FILIPO II DE MACEDONIA

El rey Amintas era hijo de Perdicas, pero el hermano de éste asumió la regencia. Se trata de Filipo II, que ha estado en Tebas, donde, al decir de Plutarco, aprendió las artes de la guerra, pero no la virtud, la *areté*. La existencia de una regencia en manos de Filipo se apoya, sin embargo, en el testimonio de Justino, que es rechazado por Ellis. Para este autor, es más digno de crédito el dato transmitido por Diodoro que dice que Filipo desde el principio reinó.

En cualquier caso, llega al poder en 359, año que se inicia con una crisis interna puesta de manifiesto en la presencia de pretendientes y que es indicativa de la dispersión tribal existente todavía en Macedonia. Filipo busca la solución en la política expansiva. Su victoria sobre el ilirio Bardilis le permite dominar una parte importante de la Alta Macedonia, sobre todo la Lincéstide, pero también se enfrentó con los molosos, lo que significó un desastre que expuso el reino al ataque de todos, incluidos los atenienses. Sin embargo, sólo con Filipo se hacen los Argéadas verdaderamente dueños de Macedonia, pero, hasta fines del siglo IV, sigue habiendo dos realezas, a uno y otro lado del Pindo. Con Filipo II, por otra parte, se fortalece la autoridad real, aunque el rey siga teniendo en cuenta a la asamblea. Ésta era una asamblea de derecho consuetudinario, con prerrogativas sobre todo en el dominio judicial, según Quinto Curcio.

Filipo pretendió ya acercarse a los dioses. A él se atribuye la construcción del *Filipeo* de Olimpia y una estatua propia en el cortejo de los doce dioses, en Egas. Por otra parte, formó un poderoso ejército de mercenarios, a los que pagaban el dinero procedente de las minas del monte Pangeo y, gracias a ello, redujo el poder de la nobleza. También se apoyó en los *hipaspistas*, que formaban una guardia personal. Con Filipo, pues, ya se transforma el cuadro de la realeza tradicional nacional y se inicia un proceso de centralización. En la reforma militar se da mayor importancia a la caballería de los hetairos pero se añaden los *pezetairos*, infantería armada con *sarissas*, lanza de mayor longitud que las normalmente usadas en la antigüedad.

8. FILIPO II Y ATENAS

En 359/358, con motivo de la ciudad de Anfípolis, surgen los primeros problemas con Atenas. Primero cede el control sobre la ciudad para conseguir la paz con Atenas y luego continúa su expansión por otros territorios, durante el año 358.

Hace incursiones entre los peonios, los ilirios, los molosos, y allí pone a prueba la táctica tebana. Ésa es la fecha en que Hammond cree que fue nombrado rey. En el mismo año 358, Filipo termina empleando la fuerza sobre Anfípolis, aprovechando las preocupaciones atenienses en Eubea y en el Quersoneso. Desde aquí se pide ayuda a Atenas. En relación con los acontecimientos de estos años existe una gran confusión sobre hasta qué punto desempeña un papel importante la capacidad diplomática para maniobrar de parte de Filipo y qué papel hay que atribuir al conflicto político que se manifiesta en la fuentes, generalmente retóricas, tal vez demasiado implicadas en los acontecimientos. Se habla de la existencia de esperanzas por parte ateniense de llegar a un acuerdo con Filipo, e incluso de su materialización en pactos secretos. Algunos autores rechazan tajantemente las noticias que se refieren a ellos. Hay quien supone que los enviados atenienses con ese fin se limitan a comunicar los resultados al Consejo, pero lo ocultaron a la asamblea.

En cualquier caso, parece que el ataque a Pidna provocó que en el 357 Atenas declarara la guerra a Filipo. El causante real era el problema de Anfípolis como punto principal de conflicto entre Filipo y Atenas, y la consecuencia fue el fortalecimiento del primero. En Pidna, por lo demás, a Filipo le habían abierto las puertas grupos promacedónicos. Para Atenas, en efecto, el problema se agravó porque enseguida se interfirió con la guerra de los aliados.

Ellis considera que, hasta el año 356, las alianzas de Filipo buscan como objetivo protegerse, tanto la primera con Atenas, como luego con Olinto y la liga Calcídica. Esta última es objeto de simpatía por parte de Delfos. En Olinto y las demás ciudades calcídicas se hacían promacedonios los que se beneficiaban del comercio facilitado por la acción del rey, que eran al mismo tiempo los propietarios de tierras.

En 356 se dirige a Potidea, donde expulsa a los clerucos atenienses. Pasó el río Estrimón y conquistó Crénides, donde fundó Filipos. Es el control definitivo de las minas de oro del Pangeo. Desde ahora, la estatera de oro macedónica se extenderá por todo el mundo griego. Según Ellis, aquí empiezan a notarse la

influencia de Filipo en el exterior, aunque también considera que Grecia resultó incidental en sus planes. Lo que ocurrió fue que inmediatamente se manifestó la importancia de Atenas, que llevó a Demóstenes a apoyar luchas de tipo guerrillero. El avance de Filipo había afectado a algo tan importante para la economía ateniense como eran las minas del Pangeo.

De otro lado, Filipo presta su apoyo a los Alévadas, frente a Licofrón, tirano de Feras. Según Polieno, Filipo apoya al débil frente al fuerte como «estratagema». Además, usa a los hombres de influencia en su política con los sometidos. El jefe focidio Quimarco acude en ayuda de Feras. En ese momento, el ejército focidio era el más poderoso de Grecia: su poder se basaba en los soldados mercenarios pagados con el oro de Delfos. Así, Filipo aparece, para algunos, como defensor de la causa apolínea, que había que liberar de los focidios.

Por otra parte, en el año 355, Atenas sufre la derrota de la guerra social. Filipo aprovecha la circunstancia para atacar Metona, lo que puso punto final a la presencia ateniense. A partir de aquí, se dedicó a enrolar a miembros de la aristocracia entre sus compañeros y a incorporar a griegos a la «ciudadanía macedonia». En 354 ataca a Feras, que era aliada de Atenas.

Filipo obtiene la victoria en el año 353, en la batalla del Campo de Azafrán. La tercera guerra sagrada había enfrentado a focidios, espartanos y atenienses con tebanos, tesalios y locrios. Filipo fue admitido en la Anfictionía.

El año 352 es la fecha probable del nombramiento de Filipo como cabeza de la Liga Tesalia, dado que tal acontecimiento requería una circunstancia especial. Esta se produjo con la victoria, que significó la reunificación de Tesalia. Constituyó así la ruptura de la barrera étnica que lleva consigo el nombramiento de un extranjero como cabeza de la liga. Filipo actúa así como un evergetes desde el exterior. El mismo año 352 tuvo lugar la conquista de Pagasas, ciudad habitada por hombres habituados al mar, que con la ayuda macedónica se hacen una flota. En ese año se dirige también a las Termópilas, pero se detiene ante la defensa enviada por Atenas, que impidió su unión con los beocios.

En general, entre 351 y 349, Filipo se dedicó a hacer correrías por el norte, Tesalia y el Oeste. En este último año comienza la guerra con Olinto.

En el año 348, Plutarco, tirano filoateniense de Eretria, es atacado por Clitarco, apoyado por Calias, ciudadano influyente de Calcis. Esa revuelta dentro de la isla de Eubea favoreció a Filipo que, según algunas fuentes, tuvo responsabilidad en ella. Tal corriente de opinión es rebatida por Carter. Para él, el hecho está relacionado con la caída de Olinto de 348, porque entonces se lleva a cabo el ataque serio contra esta ciudad, cuando Atenas gastaba sus fuerzas en Eubea, pero esto no quiere decir que la revuelta de Eubea estuviera planeada por Filipo. En cualquier caso la coincidencia repercutió negativamente para Atenas. Las fuentes hablan de traiciones y de todo tipo de engaños por cualquiera de los protagonistas, incluidos los oficiales de los olintios. Pero más que de traición se trata de divisiones internas, dado que los protagonistas verdaderos son los *béltistoi*, los «mejores». En el momento de la conquista, Filipo vende como esclavos a sus habitantes. Es cierto que tal modo de actuación no era exclusivo del rey macedonio. En esta época también lo hacían los atenienses, por ejemplo en Sesto. En el año 348, Filipo se apodera de Olinto.

En el año 346, el demos ateniense aceptó negociar, con un programa de paz y concordia entre ciudades griegas. Demóstenes habla de compra de embajadores por parte de Filipo. Los partidarios de la colaboración con éste unen a sus argumentos las críticas al *demos* como un colectivo que se comporta de manera inestable. A pesar de las instrucciones de la Asamblea de Atenas, de la oratoria de Demóstenes puede deducirse que hubo detrás de todo actividades diplomáticas que permanecían en secreto. Existieron, en efecto, negociaciones que no se correspondían con las expectativas del demos, lo que se tradujo en que los beneficios correspondieron a la ciudad de Tebas, pero no sólo Filipo, sino también el propio Demóstenes, debían de ser conscientes de la duplicidad de conductas. Se siguió la táctica de fomentar el optimismo del demos hasta el último momento y el resultado fue que Filipo hizo todas las concesiones a los tebanos.

DOCUMENTOS

1. HERÓDOTO, V, 18-20 (TRADUCCIÓN C. SCHRADER)

Pues bien, cuando los comisionados persas que he citado llegaron a la corte de Amintas, se presentaron ante él y, en nombre del rey Darío, le reclamaron la tierra y el agua. Amintas se avino a entregar lo que solicitaban y les brindó su hospitalidad, mandando preparar un suntuoso banquete y dispensando a los persas una cordial acogida. Una vez concluido el banquete, los persas, que estaban bebiendo a discreción, le dijeron lo siguiente: «Amigo macedonio, nosotros, los persas, cuando ofrecemos un gran banquete, tenemos por costumbre, en tal ocasión, incluir entre los asistentes a nuestras concubinas, así como a nuestras legítimas esposas. En vista, pues, de que tú nos has acogido con verdadera afabilidad, de que nos agasajas espléndidamente y de que te avienes a entregarle al rey Darío la tierra y el agua, sigue nuestra costumbre». «Persas –respondió a esto Amintas–, entre nosotros, concretamente, no rige esa costumbre, sino la de que los hombres estén separados de las mujeres. No obstante, puesto que vosotros, que sois quienes mandáis, solicitáis este nuevo favor, también veréis satisfecha esta petición».

Sin decir nada más, Amintas mandó que fueran a por las mujeres, que acudieron en cuanto las llamaron, sentándose, las unas junto a las otras, frente a los persas. Estos, entonces, al contemplar la hermosura de las mujeres, se dirigieron a Amintas diciéndole que semejante proceder carecía de toda lógica, pues mejor hubiera sido que, de buenas a primeras, las mujeres hubiesen excusado su asistencia, antes que acudir y, en vez de sentarse a su lado, hacerlo frente a ellos para tormento de sus ojos. Bien a su pesar, Amintas les mandó, pues, que se sentaran junto a ellos; y, apenas las mujeres hubieron obedecido, los persas, como estaban borrachos perdidos, empezaron a toquetearles los pechos y hasta es posible que alguno intentara besarlas.

Amintas, que, como es natural, estaba viendo lo que sucedía, permanecía

impasible, pese a la indignación que le embargaba, porque temía sobremanera a los persas. Sin embargo, su hijo Alejandro, que se hallaba presente, viendo también lo que ocurría, debido a su juventud y a que no había conocido desgracia alguna, fue totalmente incapaz de seguir conteniéndose, por lo que, montando en cólera, le dijo a Amintas lo siguiente: «Padre, ten en cuenta tu edad: retírate a descansar y no continúes en esta orgía; que yo me quedaré aquí donde estamos, para proporcionar a nuestros huéspedes todo lo que sea menester». Ante estas manifestaciones, Amintas, comprendiendo que Alejandro iba a llevar a cabo un golpe de mano, le dijo: «Hijo, dado que estás ardiendo de ira, creo comprender tus palabras: quieres alejarme de aquí y perpetrar un golpe de mano. Pues bien, para evitar que labres nuestra ruina, yo te ruego que no cometas ningún atentado contra esos individuos; limítate simplemente a ser un espectador de los hechos. Y, en cuanto a lo de que me retire, voy a seguir tu consejo».

Pero, cuando Amintas, tras haberle formulado ese ruego, se hubo ausentado, Alejandro les dijo a los persas: «Amigos, las mujeres aquí presentes están a vuestra entera disposición, tanto si queréis hacer el amor con todas o sólo con un determinado número de ellas (sobre este particular vosotros mismos decidiréis). Pero como prácticamente ya se acerca el momento de acostaros y veo que estáis bien borrachos, permitid, si os parece oportuno, que estas mujeres vayan ahora a darse un baño y, a su regreso, una vez bañadas, podréis haceros cargo de ellas. Dicho esto, en vista de que los persas se mostraban de acuerdo, mandó a las mujeres que salieran de la sala y que se dirigieran al gineceo. Acto seguido, el propio Alejandro hizo que unos jóvenes imberbes, cuyo número coincidía con el de las mujeres, se vistiesen con la ropa de estas últimas, les proporcionó unos puñales, y les facilitó el acceso a la sala; y, al tiempo que les facilitaba la entrada, les dijo a los persas lo siguiente: «Persas, me parece que se os ha obsequiado con un completísimo banquete en el que nada ha faltado, ya que, además de todo cuanto poseíamos, tenéis, asimismo, a vuestra disposición todo aquello que hemos podido conseguir para agasajaros; y, concretamente –cosa esta que excede toda norma de hospitalidad–, os ofrecemos, con generosa prodigalidad, a nuestras propias madres y hermanas, con el fin de que comprobéis a la perfección que, por nuestra parte, recibís los honores a que verdaderamente sois acreedores, y para que, de paso, podáis explicar al rey que os ha enviado que un griego, un gobernador de Macedonia, os ha dispensado una buena acogida tanto en la mesa como en la cama». Dicho esto, Alejandro hizo que, al lado de cada persa, se sentara un macedonio disfrazado de mujer; y, cuando los persas trataron de meterles mano, los macedonios acabaron con ellos.

2. TUCÍDIDES, II, 99, (TRADUCCIÓN F. R. ADRADOS)

Se concentraron, así pues, en Dobero y se dispusieron a lanzarse por la cima de la montaña contra la Macedonia de la costa, que estaba bajo el poder de Perdicas; pues en el interior hay también tribus macedonias, los lincestes, elimiotas y otros, que son aliados de la costa, pero tienen reyes propios. En cuanto a la región costera que es la que hoy día se llama Macedonia, los primeros que se apoderaron de ella fueron Alejandro, el padre de Perdicas, y sus antepasados, que eran teménidas, procedentes de Argos; y lograron el poder real expulsando de Pieria mediante una batalla a los pieres que más tarde poblaron Fagrete y otros lugares al pie del monte Pangeo, al otro lado del Estrimón –y hoy todavía se llama valle de Pieria a la región situada al pie del Pangeo hasta el mar–; también expulsaron de la llamada Botia a los botieos que ahora son vecinos de los calcídeos; además, se apoderaron de una franja de tierra, que se extiende desde el interior hasta Pela y el mar; y habitan también la región llamada Migdonia, al otro lado del Axio hasta el Estrimón, de donde expulsaron a los edones. Por otra parte, expulsaron de la región llamada hoy día Eordia a los eordos, de los cuales la mayoría pereció, mientras que una pequeña parte está establecida junto a Fisca; y también de Almopia a los almopes. Y finalmente los macedonios de que hablo sometieron a los demás pueblos que hoy todavía tienen bajo su poder: Antemunte, Grestonia, Bisaltia y gran parte del territorio de los propios macedonios. La totalidad es llamada Macedonia y cuando Sitalces avanza contra ella su rey era Perdicas, hijo de Alejandro.

BIBLIOGRAFÍA

H. BENGTSON: *Griegos y persas. I. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua*, Madrid, Siglo XXI, 1972, 413 págs.; pp. 258, ss.: Alejandro I como creador de la caballería de los hetairos; reformas militares de Filipo II.

P. CABANES: «Société et institutions en Epire et en Macédonie à l'époque classique et hellénistique», *Iliria*, 1981, 75-94: pp. 80, ss.: estructura social de los macedonios; p. 87: reyes acumuladores de tierra; la doble realeza; p. 86: dominio de Filipo sobre Alta Macedonia; p. 88: rey/comunidad; p. 89: rey purificador del ejército; p. 91: fortalecimiento de la autoridad real con Filipo; p. 92, poder de la asamblea en causas capitales.

–, *L'Epire de la mort de Pyrrhos à la conquête romaine (272-167 a.C.)*, París, Les Belles Lettres, 1976, 644 págs.: carácter de la realeza entre los molosos.

J. M. CARTER: «Athens, Euboea and Olynthus», *Historia*, XX, 1971, 418-429: contra la opinión de que Filipo tuvo algo que ver con la revuelta de Eubea.

P. CLOCHE: *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'avènement d'Alexandre le Grand*, París, Payot, 1960, 269 págs.; p. 164: ejército focidio; p. 165: Filipo como defensor de la causa de Delfos.

J. W. COLE: «Alexander Philhellene and Themistocles», *AC*, XLVII, 1978, 37-49: relaciones de Alejandro con Temístocles.

A. DASCALAKIS: *The Hellenism of the Ancient Macedonians*, Tesalónica, Inst. for Balkan Studies, 1965, 294 págs.

J. R. ELLIS: *Philip II and Macedonian Imperialism*, Londres, Thames and Hudson, 1976, 312 págs.; p. 10: influencias externas de Filipo; p. 20: actitud defensiva de Filipo; p. 24: origen de la realeza; p. 27: hetairos = *comitatus*; p. 41: infantería; p. 234: Grecia en los planos de Filipo.

–, «Amyntas, Perdikkas, Philip II and Alexander the Great, a Study in Conspiracy», *JHS*, 91, 1971, 15-24: el problema de la regencia de Filipo.

Filipo y la liga tesalia p. 234: el monte Pangeo; pp. 236-241: Anfípolis: pactos y diplomacia; p. 242: ataque a Pidna; p. 243: guerra de los aliados; p. 244: Delfos; p. 250: importancia de Atenas: p. 254: fortalecimiento inicial de Filipo como consecuencia de la guerra: p. 288: «estratagemas» de Filipo; p. 294: política de alianzas en las ciudades; p. 318: Filipo y la revuelta de Eubea; pp. 322-323: «traiciones» de los olintios; pp. 324-325: los atenienses venden como esclavos a los habitantes de Sesto. p. 336: negociaciones con el demos ateniense; p. 337: compra de embajadores por Filipo; p. 338: inestabilidad del demos según los colaboradores de Macedonia; p. 344: ventajas para Tebas; p. 345: duplicidad de conductas; p. 346: optimismo de demos.

N. G. L. Hammond: *History of Greece*, pp. 533, ss.: generalidades; p. 537: Acceso de Filipo al poder. Anfípolis. pp. 537-8: táctica tebana; p. 539: ataque a Pidna; p. 540: Atenas derrotada en la guerra social; p. 541: atracción de aristocracias griegas por Filipo; p. 542: ataque de Filipo a Feras; p. 544: Filipo hacia las Termópilas; p. 548: correrías de Filipo entre 351 y 349.

N. G. L. Hammond, en N. G. L. Hammond, G. T. Griffith: *A History of Macedonia. II. 550-336 B.C.*, Oxford, Clarendon Press, 1979, 757 págs: p. 59: alianza con los persas; p. 69: Alejandro I, en Atenas; pp. 99-101: Menelao; p. 63: reagrupaciones de los pueblos en el siglo V; pp. 74-87: moneda macedónica; p. 123: ayuda de Perdicas a Potidea; p. 136: organización militar de Arquelao; p. 138: Arquelao y el renacimiento de la tradición; p. 139: Pela; p. 140: renovación en armamento; pp. 140-141: Arquelao y los Alévadas; p. 148: vida urbana; pp. 149-150: helenización del siglo V al IV; p. 152: sucesión real; pp. 156-157: rey macedonio como dueño y distribuidor de bienes; p. 160 el poder del rey en tiempos de guerra; p. 163: los «macedones»; p. 178: Esparta deshace la liga calcídica; p. 181: Tebas y Macedonia; pp. 183-184: muerte de Alejandro II; p. 185: Anfípolis; p. 186: Perdicas y Epaminondas; p. 187: Timoteo en la costa macedónica; pp. 194-195: organización social de Macedonia en 360; pp. 199-200: nomadismo, luchas por la realeza.

—, en *Idem*, vol I, pp. 85-92 los pueblos de la Alta Macedonia; p. 155: leyendas sobre esclavos entre familias reinantes de Macedonia.

—, *Alexander the Great. King, Commander and Statesman*, Londres, Chatto and Windus, 1981, 358 págs.; p. 22: programa de concordia entre ciudades griegas.

J. T. Griffith en Hammond, Griffith, II: p. 203: rentas del comercio exterior; p. 205: Filipo en Tebas; p. 208: apoyo de Atenas a Argeo; p. 211: fracaso; p. 221-223:
Filipo y la liga tesalia p. 234: el monte Pangeo; pp. 236-241: Anfípolis; pactos y diplomacia; p. 242: ataque a Pidna; p. 243: guerra de los aliados; p. 244: Delfos; p. 250: importancia de Atenas: p. 254: fortalecimiento inicial de Filipo como consecuencia de la guerra: p. 288: «estratagemas» de Filipo; p. 294: política de alianzas en las ciudades; p. 318: Filipo y la revuelta de Eubea; pp. 322-323: «traiciones» de los olintios; pp. 324-325: los atenienses venden como esclavos a los habitantes de Sesto. p. 336: negociaciones con el demos ateniense; p. 337: compra de embajadores por Filipo; p. 338: inestabilidad del demos según los colaboradores de Macedonia; p. 344: ventajas para Tebas; p. 345: duplicidad de conductas; p. 346: optimismo de demos.
R. J. Hoffman: «Perdikkas and the Oubreak of the Peloponnesian War», *GRBS*, XVI, 1975, 359-337: tratado de Perdicas con Atenas.

D. Kagan: *The Archidamian War*, Ithaca, Londres.-Cornell University Press, 1974, 392 págs.; p. 314: mismo tratado; también en Gomme, *HCT*, III, p. 621.

L. Moretti: «Nacimiento y estructura del estado macedonio», en R. Bianchi-Bandinelli, *Historia y civilización de los griegos*, V, pp. 79-98: sobre el helenismo de Alejandro I; procesos de unificación.

R. J. Rhodes: *Thenian Boulé*, pp. 40, ss.: papel de la *boulé* y la Asamblea en los pactos de Atenas con Filipo.

CAPITULO XII

LA SOCIEDAD GRIEGA ANTE FILIPO

I. DEMÓSTENES

Demóstenes pronuncia su *Primera Filípica* probablemente en 350 y en ella proponía atacar a Filipo en Macedonia. Pero había problemas reales en Atenas y en sus ejércitos. En 349, simpatizantes de Macedonia en Olinto expulsaron al jefe democrático Apolónides y pasaron a colaborar con Filipo, pero la Liga Calcídica rehusó las propuestas de integración de Macedonia y pidió ayuda a Atenas. Demóstenes pronuncia entre tanto *Olintias* y *Filípicas*. Pero Atenas fracasó en su intervención y la liga fue «esclavizada». En 348, Filipo también consiguió la «independencia» de Eubea (ver capítulo anterior) y se dirigió de nuevo a las Termópilas, mientras proponía la paz a Atenas.

Al tiempo que defendía las propuestas de guerra, Demóstenes se dedicaba a acusar a algunos dirigentes de la democracia, como Eubulo, que, en cambio, reciben el apoyo de los ricos, pues los gastos de las expediciones pesaban sobre su economía. Por otra parte, la prosperidad que se produce en Atenas a mediados de siglo procede de la política antiimperialista. Para Demóstenes, Esparta sigue siendo el enemigo hereditario de Atenas, mientras que los amigos de Filipo son enemigos de la democracia, como se vio en el Quersoneso. Por ello, en sus actividades políticas, dedica grandes esfuerzos a denunciar a los ricos. Eubulo, en cambio, apoya las propuestas de Filócrates, consistentes en conseguir la paz a toda costa, para evitar sacrificios financieros.

En las conversaciones intervienen tanto Demóstenes como Esquines, pero luego éste sería acusado por Demóstenes de dejarse sobornar por Filipo. Esquines responde en el *Contra Timarco*. A la paz se le quiere dar el aspecto de una *koiné eirene*, paz común, como las que anteriormente eran patrocinadas por el rey persa.

Demóstenes se dedica a acusar a sus rivales en la política interna ateniense del avance de Filipo, que considera favorecido por la paz de 346. Esta paz, conocida

como paz de Filócrates, mantenía el *statu quo*. Filipo, entonces, lleva a cabo el exterminio y dispersión de los focidios y pone con ello fin a la Guerra Sagrada. Cuando la Anfictionía nombra a Filipo presidente de los juegos píticos de 346, la ciudad de Atenas hace suya la propuesta de Demóstenes de no acudir a los juegos. Las acciones de Demóstenes fracasan ante las ciudades griegas, pero en Atenas crece su prestigio. Filipo en cambio afirma su poder en la península, donde circulan los «filipos» de oro.

Entre 346 y 340 hay un periodo de «guerra fría», en el cual, en 344, Filócrates fue condenado, sobre la base de la acusación de Hipérides, y éste reemplaza a Esquines en el consejo anfictiónico. Atenas hace un esfuerzo para reconstruir el ejército y la flota, con la *stratioká*, impuesto específico para gastos militares. El periodo es conflictivo en el interior. Se priva a hombres ricos de la ciudadanía y se confiscan bienes. También se envían clerucos al Quersoneso.

Filipo se dedica a fundar nuevas ciudades en la Alta Macedonia. Las emisiones monetarias son crecientemente importantes. En 344, expulsa a los tiranos de Tesalia. Así, ésta se convierte en aliada de Macedonia, al igual que la liga etolia. Atenas, por su parte, establece alianzas con Corinto y sus colonias, y con la Liga Aquea y algunas ciudades del norte del Egeo. Filipo ataca Tracia, donde funda colonias y ciudades. Establece tributos y levas según el modelo persa y entra en contacto con Hermias de Atarneo en la Tróade. También atacó Bizancio, ciudad aliada de Atenas, donde dispuso un asedio que afectó al tráfico del estrecho y, por tanto, al aprovisionamiento de muchas ciudades griegas. Bizancio también recibió la ayuda de los persas, con lo que obligaron a Filipo a retirarse en el año 340.

Entre tanto, en Atenas, Diopites es acusado de rapiña y Demóstenes lo defiende con el argumento de que necesita pagar mercenarios y de que la ciudad no ofrece ayuda financiera. En este ambiente, en 341, ha pronunciado la *Tercera Filípica*.

En Mégara se establece la democracia con el apoyo de Foción. En Eubea, estalla la guerra en el año 340. En el mismo año, Filipo interviene de nuevo en la Anfictionía, frente a los locrios. Ataca también en Perinto y se apodera de 230 naves trigueras de Atenas, por lo que ésta termina declarando la guerra.

En 339 se ha reforzado el poder militar de Atenas, sobre la base del restablecimiento del sistema trierárquico, que presionaba sobre los ricos. Los tebanos y la Liga Beocia aceptaron la alianza con Atenas contra Filipo. En 338, Filipo ataca por tierra y se produce la batalla de Queronea, con la consiguiente esclavización y reducción de Tebas.

La capitulación de esta ciudad significó el establecimiento de un gobierno oligárquico y la disolución de la Confederación beocia. En esta ocasión, Hipérides propuso un decreto en el que se concedía la libertad a esclavos. Foción, en cambio, propone la concesión de poderes extraordinarios al Areópago, para la defensa de Atenas, pero se llega a la firma de la paz. Se concede la ciudadanía a Filipo y se le erige una estatua en el ágora.

Así se llega a una especie de alianza con Filipo, en que Atenas conserva la autonomía y algunas *clerouquías* en el Egeo, pero pierde su influencia en los estrechos; la cleruquias estaban situadas en Lemnos, Imbros y Esciros además de algunas en Samos y Delos. Pero Filipo se apodera del control del Quersoneso tracio.

En 337, el congreso en Corinto ratificó la existencia de la Liga de Corinto. En el *synedrion* se admite la representación, de acuerdo con la participación militar, de ciudades y estados tribales. Filipo es nombrado *hegemón* y *strategós autokrátor* de la liga. El resultado real es el dominio sobre toda Grecia, donde apoya a los gobiernos promacedónicos; el dominio se materializa en algún caso en el establecimiento de guarniciones, como en Tebas, Calcis y Corinto.

La finalidad es la guerra contra Persia. Así, en 336, las tropas macedónicas atraviesan el Helesponto, pero en el mismo año Filipo muere asesinado.

2. LA CONTROVERSIA ATENIENSE

Isócrates acude a Filipo en la idea de que así se eliminarían los problemas sociales de las ciudades griegas. Los ricos, en quienes cargaban los gastos de la flota y de la guerra, a quienes ponía en peligro la depauperización del momento, veían una escapatoria en el imperio macedónico. Para Isócrates, en Macedonia estaba la salvación en Grecia. La guerra de la liga entre 357 y 355 había acabado con el poderío ateniense y con las posibilidades de recibir ayuda del exterior.

La política ateniense de la época se define según la postura adoptada ante los macedonios; en ello se vierte la problemática de los oradores. Demóstenes recibe el apoyo de los grupos interesados en conservar la democracia imperialista. Esquines representa una actitud más que nada pacifista: la sumisión puede aceptarse como un modo de librarse de los peligros externos. Eubulo, por su parte, se problemetiza ante las dificultades de la guerra. Hipérides se sitúa junto a Demóstenes. Busca recuperar el ejército de ciudadanos.

3. HIPÉRIDES

Entre 355 y 343, debió de compartir los sentimientos de Demóstenes, pero sólo se sabe, de esa época, que tuvo un proceso contra Diopites de Esfeto, que aparece alineado junto a Eubulo y Aristofonte. En el discurso *Pro Euxenipo* se refiere también a su intervención contra Filócrates, a principios del año 343. Desde entonces, la vida de Hipérides está absolutamente inmersa en los problemas políticos de la ciudad. Colabora en los intentos promovidos por Demóstenes de crear una alianza con Quíos y Rodas, que luego acudirían en ayuda de Bizancio, y en 340 se dedica a reunir contribuciones voluntarias para el ataque a Eubea. Apoya la propuesta de conceder la corona de oro a Demóstenes. Es también uno de los organizadores de la resistencia tras la batalla de Queronea (338), propone la reunión de la población en el interior de los muros, la llamada de exiliados, la restitución de derechos cívicos, e incluso llega a ofrecer la ciudadanía a los metecos y la libertad a los esclavos que se enrolen. A Hipérides se le atribuyen las medidas más audaces, «libertad a los esclavos para que los libres no conozcan la esclavitud». La resistencia cedió el paso, con todo, a la negociación, pero, a pesar del reforzamiento que esta paz supuso para los promacedónicos, no cesaron las actividades contrarias oponiéndose principalmente a los honores y recompensas

que se intentaba conceder a macedonios y promacedonios. Parece que hacia el año 324 se produce la ruptura con Demóstenes, lo que respondería a dos modos distintos de enfocar los problemas de la independencia de Atenas, y que podría traducirse en un cierto oportunismo de Demóstenes en algunas ocasiones. Ya en 331, entre las propuestas para unirse a la rebelión de Agis III, Demóstenes parece alinearse con Demades en su preferencia por la paz.

En 323, Hipérides acepta estar entre los oradores que acusaron a Demóstenes de acceder a los sobornos de Hárpalo. Después, con Leóstenes, Hipérides se dedica a los preparativos militares. Arma la flota, organiza la movilización de los ciudadanos y se procura un fuerte contingente de mercenarios. A la muerte de Alejandro intentará organizar una guerra de liberación de toda Grecia bajo la conducción de Atenas y en 323/322 pronunciará el discurso fúnebre por los muertos en la primera campaña de la guerra.

4. DEMÓSTENES Y LA POLÍTICA

Demóstenes es, de todos modos, desde el punto de vista ideológico, el mayor representante de lo que podían ser en Atenas, y en Grecia, los fundamentos de la postura contraria a la sumisión a Macedonia. Dice que lo temible de Filipo consiste en ser señor de todo lo que se ordena y se prohíbe, y que es al mismo tiempo estratego, déspota y administrador, conceptos evidentemente negativos desde el punto de vista de la ciudad griega, una de cuyas características podría estar precisamente en la separación de cargos y funciones. Los criterios de Demóstenes tuvieron una larga proyección posterior dado que sirvieron de modelo para cualquier crítica del poder personal, pero también para elogiar a los emperadores resaltando la ausencia de tales caracteres.

Demóstenes también resalta otros aspectos del poder personal relacionado con la guerra. Su carácter autocrático le da una cierta superioridad en la guerra porque se hacía siempre lo que le parecía a él mismo, tenía abudancia de recursos y no dependía de los votos. Tampoco tenía que deliberar a la luz pública, sino que podría decidir en secreto. Eran argumentos que serían también utilizados por los teóricos del imperio romano, y se reflejan en un escritor tan posterior como es Dion Casio, al tratar el tema del poder de Augusto. Es también notable el hecho de que, en ocasiones al menos, Demóstenes, por defender la ciudad, pierda de vista los objetivos que en otros casos están presentes, como es el de la defensa del demos y la democracia. Pues aquí parece criticar las características de esta forma de gobierno en lo que se refiere a su eficacia en la guerra. Dice que Filipo podía decidir sin ser acusado por los sicofantas, nombre con que se conoce a los individuos que en Atenas solían denunciar acciones ilegales, y que, al margen de posibles abusos, desde luego realizaban la función de controlar el poder de los individuos que, aprovechándose de cargos y magistraturas, podrían abusar y enriquecerse, o tomar medidas contrarias al demos. Constituía en definitiva un control democrático.

Lo mismo podía decirse de la denuncia por ilegalidad: Filipo está libre de ella y por tanto puede actuar sin cortapisas. Sin duda, ése era uno de los instrumentos por los que Filipo podía hacer lo que precisamente a Demóstenes no parecía gustarle que llegase a suceder alguna vez en Atenas. Tampoco tenía que rendir cuentas a ningún organismo colectivo. Esta carencia se consideraba tradicionalmente una característica de la tiranía. La democracia es justamente la necesidad de rendir cuentas por parte de los inevitables cargos personales. No ve con buenos ojos, sin duda, que Filipo sea déspota, *hegemón*, *kyrios*, pero tiene que admitir que en su guerra contra Atenas juega con esa ventaja. La ciudad democrática se encuentra con unos obstáculos que Filipo no tiene. Los atenienses sufren dificultades para vencer a Filipo e impedir caer en su poder porque son distintos, porque no son precisamente como es Filipo, cuyos rasgos políticos son rechazables y ante los que Atenas ha de comportarse firmemente.

Cuando los griegos se enfrentaron a los bárbaros persas, el poder personal era considerado por los griegos, no un elemento positivo para obtener la victoria, sino todo lo contrario. Los persas son derrotados por un ejército griego mucho más reducido, en la interpretación de Heródoto y de Esquilo, porque los griegos defienden la libertad y los persas se comportan despóticamente y están sometidos a un solo señor. Las posibles ventajas del sistema no lo llevan a la victoria. Los tiempos han cambiado. Ahora, es malo que el rey de Macedonia sea despótico, pero sus rasgos son positivos y ventajosos para la guerra. Incluso desde el punto de vista de Demóstenes, hay que reconocer un cambio. En la actual estructura de la ciudad, el sistema democrático ya no es eficaz. Demóstenes no piensa como Isócrates y otros que la venida de Filipo sea la salvación de Grecia, pero reconoce que, en el estado presente de las cosas, tal forma de organización tiene ventajas prácticas que para Atenas son perjudiciales y que la colocan en una situación muy difícil. Ahora, el sistema democrático es digno de ser defendido, pero no se ve que pueda ser eficaz; en definitiva, no se ve que tenga futuro. Con ello, Demóstenes percibe, de modo contradictorio, los problemas de la crisis de la ciudad. Defiende esta situación, pero sabe que, en determinadas circunstancias, es negativa. Heródoto creía en cambio que el sistema democrático era el que poseía futuro, o al menos el sistema de la polis en un sentido quizás más amplio que el de la democracia. También el pensamiento de Demóstenes es, pues, sintomático de la crisis ideológica de la polis.

5. FOCIÓN

Un personaje que resulta significativo de los conflictos y actitudes de Atenas durante el periodo en que paulatinamente la ciudad va cayendo en manos de Macedonia, es Foción, de quien Plutarco, en la biografía que le dedica en paralelo con Catón el Joven, dice que tuvo que desempeñar el papel consistente en administrar el naufragio de la ciudad. Plutarco, por otra parte, no comprende su significación histórica, dado que lo compara con un fruto fuera de su estación. Sus cualidades, según eso, no habrían podido ser apreciadas en la época que le tocó vivir. Ya es significativo que se tenga que dilucidar sobre su origen. La fama era que pertenecía al tipo de individuo de origen no aristocrático que vivía de actividades artesanas, aunque su papel personal fuera el de los propietarios de talleres en que se fabricaban determinados objetos, seguramente por medio del trabajo esclavo, y a quienes sus enemigos les atribuían, como modo de denigrarlos socialmente, la actividad misma. Sería un caso, desde ese punto de vista, parecido

al de Cleón, pero Plutarco se apresura a introducir elementos diferenciadores, como el haber recibido una educación en la Academia de Platón y Jenócrates y el haberse ocupado desde el principio de las actividades más elevadas. Da la sensación de que Plutarco no entiende que tales calificativos no son incompatibles con la situación económica acomodada y, por otro lado, que a lo largo del siglo IV se ha producido en Atenas una integración en las corrientes culturales de la clase dominante de quienes en el siglo V todavía mantenían una actitud ajena a ellas. Esto afecta también al terreno de las formas en el campo de la oratoria. Foción, desde luego, no exhibe la falta de modales que en el siglo anterior sirvió para describir a Cleón. Su retórica era todo lo contrario y se define como la más sobria en relación a su época, la que encerraba más sentido en menos palabras. En contraposición a Demóstenes, éste era mejor, aquél más hábil.

Su carrera comienza con una serie de campañas militares que, en un primer momento, están vinculadas con la figura de Cabrias y los primeros pasos en la segunda confederación ateniense. Plutarco cuenta una anécdota significtiva. Cuando recibió el encargo de recaudar el tributo de las islas con veinte naves, contestó que para una acción como ésta le bastaba con una.

Con ello define una actitud ante la reconstitución del poderío ateniense, la de que las relaciones con las ciudades habían de entenderse como de alianza y de colaboración, no de dominación militar. Foción no se identifica con las necesidades imperialistas del demos. Sus relacions con Cabrias lo identifican también con el concepto de imperio basado en la paz, no en la guerra; con el imperio que quería justificarse simplemente como modo de garantizar el suministro de la ciudad y la situación pacífica de los mercados. Los sectores sociales de los que procedía Cleón y, al parecer, procede Foción no necesitan ya identificarse plenamente con los intereses agresivos del demos. Pero Foción, según Plutarco, conservaba del pasado un rasgo que el biógrafo califica de tradicional y compara con Pericles, Arístides y Solón, el que aunaba en sus actividades el aspecto político y militar sin distinción. Esto, en efecto, era un rasgo que ya no era habitual en los hombres públicos de la época.

Posiblemente desde la guerra del Peloponeso, pero desde luego en el siglo IV, entre ellos se ha ido produciendo una cierta especialización, consistente en que unos son principalmente jefes militares, que hacen carrera en la guerra y se ganan en ella un prestigio que les atrae la fidelidad de los soldados principalmente mercenarios, y otros, como Demóstenes, se dedican casi exclusivamente a la vida política, a la oratoria y a las leyes. La distinción no era tan absoluta como Plutarco dice, y el caso de Foción, que él quiere destacar, no era el único. Pero, globalmente considerada, era una realidad significativa. Si la función militar había dejado de ser una actividad fundamentalmente ciudadana y que formaba una parte esencial de la actividad política, a escala de la colectividad, el resultado fue que, también a escala individual, el papel del jefe militar pierde conexión con la vida política, hasta que llegue un momento en que el proceso se agudice de tal modo que se vuelva a hacer política desde la vida militar, pero precisamente apoyándose ahora en el respaldo militar y como jefe carismático cuyos méritos se basan en la victoria. Ahora bien, este momento todavía no ha llegado plenamente. Lo normal ahora es una cierta distinción de funciones. Por ello Foción aparece en cierto modo como un hombre fuera de su tiempo.

Pero veremos que éste es también un papel significativo dentro de su tiempo. Cuando ejercía como estratego lo hacía principalmente en favor de la paz y de la tranquilidad y, a pesar de no aspirar a la estrategia como un objetivo en sí, obtuvo el cargo más veces que ningún hombre de su tiempo, pues los ciudadanos votaban por él aunque estuviera ausente. Según anécdotas de Plutarco, Foción hasta presumía, en cierto modo, de que estaba en desacuerdo con la mayoría de la ciudad. El demos, como los reyes, no utiliza a los aduladores en los momentos serios. Toda esta aparente paradoja tiene un sentido en los momentos críticos del siglo IV. La política popular y agresiva podía tener repercusiones negativas en la vida interior de la ciudad y crear conflictos, que podían en ocasiones resultar peligrosos para la propia supervivencia del demos libre. La política de «complacer» al demos, atribuida normalmente a los demagogos, no siempre tenía un efecto positivo inmediato.

Sin embargo, el propio Plutarco se hace eco de numerosos conflictos entre Foción y el pueblo. Uno de ellos se debe a la negativa de aquél a aportar dinero para un sacrificio público que Foción interpreta como un modo de expoliación por parte del pueblo. Foción podría aparecer aquí como enemigo del tipo de liturgias que se hizo bastante frecuente en el siglo IV y que llevó a algunos al ocultamiento de sus propias fortunas. La situación hacía que el pueblo buscara recursos o en el imperio o en sus propios conciudadanos poderosos. Foción parece estar en contra de ambos métodos. En otro caso lo acusaban de cobardía y le reprochaban que los había privado de la victoria.

También aconsejó en un momento, seguramente en el año 366, renunciar al territorio de Oropo para no tener que hacer la guerra a los tebanos, a quienes consideraba superiores. Demóstenes reconocía que era el único modo de conservar la paz. Esta actitud pacifista, por parte de Foción, permanecía cuando se acercó el peligro macedónico. En todos estos episodios, las relaciones entre Foción y el pueblo se muestran claramente conflictivas, porque representaba una actitud no directamente identificable con los intereses de éste, pero, al mismo tiempo, algunas de sus propuestas concretas resultaban coincidentes con sus aspiraciones conyunturales. La situación era suficientemente crítica como para que se pudiera percibir que la plena realización de las aspiraciones del demos produciría también efectos negativos, al margen de que las posturas más agresivas eran representadas en ocasiones por individuos que, aun partiendo de cierta coincidencia de intereses con el pueblo, utilizaban tal punto de partida para la satisfacción de sus propias aspiraciones personales. El panorama no se ofrecía con absoluta claridad. Plutarco mismo refleja, de modo anecdótico y superficial, las contradicciones que en una misma persona, descritas como contraposiciones entre aspereza y dulzura, violencia y desinterés, pueden surgir como consecuencia de la situación, tanto en el ejemplo de Foción como en el de Hipérides.

Los aliados y los isleños admitían la presencia de Foción como no lo hacían con ninguno de los otros enviados atenienses. Esta actitud obtuvo sus frutos en el momento de comenzar las luchas contra Filipo, en el Helesponto. Los aliados rechazaron la ayuda ateniense cuando se presentó Cares, pues a lo que se dedicaba era principalmente a andar de un lado para otro buscando dinero. Foción dijo que eran los estretegos los que hacían a los atenienses temibles ante ciudades que sólo pueden salvarse con «vuestra» ayuda, y él mismo fue a Bizancio y fue

acogido por las ciudades, mientras Filipo era expulsado del Helesponto. Pero, inmediatamente después, Foción se muestra partidario de llegar a la paz con Filipo. Él sabía que si había guerra mandaban los estrategos, si había paz mandaba el demos. Por ello, su defensa de la paz era una defensa de la democracia. Aquí se encontraba una buena parte de las contradicciones de la ciudad. La guerra, necesaria al demos, entregaba el poder a los estrategos. El demos no se dejó convencer por Foción. Le interesaba más la opinión de Demóstenes, que recomendaba hacer la guerra lo más lejos posible de Atenas.

Tras la derrota de Queronea, el año 338, el demos era partidario de nombrar estratego a Caridemo, violento enemigo de Filipo, pero el Consejo del Areópago y los «mejores», según Plutarco, fueron quienes lo convencieron, con lágrimas y ruegos, para que entregara la ciudad a Foción. Cuando vinieron los tratados, éste fue partidario de ceder en todo a Filipo, salvo en participar de la paz común y el *synedrion* de los griegos. Demades, en cambio, propuso participar, lo que aceptaron los atenienses, que luego se arrepintieron al ver las trieres y caballeros que había que entregar a Filipo. Foción representa en Plutarco la figura equilibrada ante Filipo, entre la oposición total y la entrega sin condiciones representada por Demades. Este era en sí mismo un despojo de la ciudad. Para Foción, se trata de salvar la ciudad, aunque haya sido vencida. Por ello es representativo de una actitud, posiblemente de un sector amplio de la población de Atenas, en que predominaba aún el ideal de la polis, opuesto a los rasgos que pudieran considerarse radicales, tanto en el imperio como en la democracia, que veía la posibilidad de que la ciudad siguiera subsistiendo bajo el control de Filipo, pero que no consideraba positiva, en cambio, la integración en su sistema territorial amplio y personalista.

Difícilmente definible, con pocas perspectivas reales, sin embargo es postura históricamente válida para comprender la situación real, que no puede reducirse a una dicotomía clara entre dos posturas extremas y bien definidas políticamente. Ante los macedonios no había que ceder, pero tal vez fuera peor, desde su punto de vista, crear la violencia en el demos contra ellos. A Alejandro le aconsejaría que no luchase contra Grecia, sino que llevase la guerra a los bárbaros. En ello coincidiría con Isócrates, pero se diferenciaría en que, para éste, los macedonios también tenían que cumplir una misión en las ciudades griegas controlando la colectividad. Plutarco, más tarde, cuenta la anécdota de cómo rechazó el dinero que le dio Alejandro y la irritación de éste, porque no le gustaba tener entre sus amigos a quienes no le pedían nada. Puede verse aquí un conflicto entre la relación de clientelas entre reyes poderosos y ciudades griegas que tiende a establecerse en el mundo helenístico, por la que el rey protege a los poderosos de la ciudad a cambio de la sumisión de ésta, y una concepción de ciudad griega todavía autónoma que sólo trata de mantener su situación en buenas relaciones con tales reyes, siempre que éstos dirijan sus esfuerzos a una lucha contra los bárbaros. El dilema se establece entre si Macedonia debe sólo poner en práctica la aspiración griega de realizar un esfuerzo común hacia el exterior o si también tiene que garantizar un tipo concreto de dominación en las ciudades. Seguramente no es posible una cosa sin la otra, pero Foción, aparentemente, pensaba que sí. Esto encajaría bien dentro de su posible filolaconismo dado que en Esparta el rechazo de la intervención macedónica no significaba un apoyo a instituciones de tipo democrático.

Momentáneamente, en Esparta, tal postura conservadora era más posible que en Atenas. En esta línea se puede explicar su actitud ante la muerte de Alejandro, cuando trataba de calmar los deseos de la multitud de manifestar su alegría y de realizar una transformación revolucionaria. El término griego *neoterizein* contiene un significado amplio, difícil de traducir por una sola palabra: renovar, pero también rebelarse, con matices que se encuentran allí mezclados. Foción no participó en la guerra lamiaca: para él, el gran logro era la paz a toda costa. Cuando Antípatro, entre sus condiciones, pida que se restablezca una guarnición macedónica, a Foción lo que le preocupa es esta última condición, pero cuando el macedonio le responde que renunciará a ella si se le garantiza la paz interna en la ciudad, Foción será incapaz de contestar. La postura de Foción, coherente con el pasado pero irreal en el presente, terminará definiéndose en estos términos. Él prefiere una Atenas de democracia moderada, es decir sin la participación total del ciudadano, pero quería que la ciudad lo lograra por sí misma.

En principio, le parece que esto es posible sólo con que los macedonios garanticen la empresa exterior. Pero, a la hora de la verdad, la restricción ciudadana necesita de la intervención directa del poder macedónico. Foción queda perplejo ante esta realidad y, aunque el jefe de la guarnición era su amigo Menilo, no dejó de pensar que se trataba de un acto de violencia. La guarnición, dice Menilo, no molestó a los hombres, pero hubo más de 12.000 excluidos de la vida política a causa de su pobreza y para éstos fue posible o quedarse en Atenas en esa situación humillante, o irse a Tracia como emigrantes, donde se les proporcionó tierras y una ciudad. Foción se dedicó a tratar de proteger al mayor número posible de ciudadanos ante Antípatro solicitando su clemencia, pero se negó a ser «su amigo y adulador». Cuando Poliperconte quiere ganarse el apoyo de los atenienses con la instauración de la democracia, las tendencias antimacedónicas de Foción quedaron mejor definidas porque, en ese caso, coinciden con las aspiraciones políticas internas, y se produce la reacción de los ciudadanos en una asamblea, donde, según Plutarco, se integraban las aspiraciones del demos con la de los esclavos y los extranjeros. Luego, su muerte sería considerada por los atenienses como comparable a la de Sócrates.

6. ESQUINES

Esquines, según la vida de los diez oradores atribuida a Plutarco, era hijo de Atrometo, que tuvo que exiliarse en la época de los Treinta y participó en la restauración de la democracia. No pertenecía a los ilustres ni por familia *(genos)* ni por lo sobresaliente de su riqueza. Parece que estuvo vinculado al oficio del teatro, según dice Demóstenes, en papeles secundarios. A partir de funciones como maestro de letras se pasó a la actividad política. También hay una tradición, transmitida por Apolonio, que dice que Esquines era hijo de un esclavo y una cortesana que luego se hizo iniciadora de los misterios y purificadora. El valor de estos datos sólo puede considerarse con vistas a clarificar cuál era la actitud política y social de Esquines desde el punto de vista de sus contemporáneos y para indicar que no pertenecía a ninguna familia aristocrática de la ciudad.

Timarco ha participado con Demóstenes en la acusación contra Esquines a propósito de la embajada a Filipo en que participaron estos dos oradores. Timarco,

según la «hipótesis» o argumento del discurso pronunciado por Esquines contra él, era un hombre significativo en política y orador de los que se hacían escuchar por el pueblo, por lo que había sido el redactor de más de cien decretos. Dicho discurso comienza con una distinción, reconocida unánimemente, entre las tres formas de gobierno o *politeía*: tiranía, oligarquía y democracia. Tiranías y oligarquías se rigen por los caracteres de los que están al frente; las ciudades que viven bajo un régimen democrático, por leyes establecidas. Mientras los primeros viven gracias a la desconfianza y a las armas, son las leyes las que preservan a las personas que viven bajo democracia y en la constitución. Los oligarcas y los que se rigen políticamente en la desigualdad tienen que vigilar a los que van a destruir el sistema político con la ley de la guerra, mientras que Atenas, que basa su constitución en la igualdad, tiene que vigilar a los que hablan o viven contra las leyes.

Esquines hace hincapié en el papel de las leyes para la conservación de la ciudad. Su modelo se encuentra situado en figuras como Solón y Dracón. La democracia se identifica, pues, con la ciudad que obedece leyes frente a la que obedece a un hombre o a unos pocos. Y esas leyes se identifican en las épocas arcaicas anteriores al establecimiento de la democracia propiamente dicha. En este discurso, la cuestión legal le importa en relación con la moralidad profesional en los maestros, y en general en lo que toca a la trascendencia de la moralidad personal en la vida pública. En él se muestra cómo todos, Esquines y Demóstenes, se manifiestan como los auténticos defensores de la democracia. Esquines, en este plano, alaba al pueblo ateniense como el mejor y más sabio legislador, pero lo critica porque, en la práctica, en las asambleas y en los tribunales, se deja engañar. De este modo, a su manera de ver, las leyes son disueltas, la democracia se destruye. La paradoja de su pensamiento yace en que considera destrucción de la democracia lo que no es más que la práctica concreta de la misma. Con ello puede llegarse al enunciado del inicio del discurso, el que se refiere a la inmutabilidad de las leyes arcaicas, también en peligro de extinción en el ejercicio de la democracia, en el funcionamiento de las instituciones colectivas. Esquines pone de relieve la diferencia que en esto existe con los lacedemonios y que puede ser hermoso imitar las virtudes extranjeras; pero también cabe, dice, establecer un mismo modelo en los antepasados atenienses, en Solón, por ejemplo. La democracia, en la concepción de Esquines, esconde un contenido fundamentalmente tradicional.

En el discurso *Sobre la embajada infiel*, recuerda a los generales atenienses de épocas anteriores, que realizaban numerosos gastos en el lujo de sus jefes, y a los que cobraban el «salario», tanto en la tribuna como en la Asamblea, y para ello se dedicaban a cobrar 600 talentos anuales a los desgraciados insulares. Era reprochable en ellos, desde su punto de vista, que se dedicaran a estas actividades más o menos imperialistas y favorables al funcionamiento de los organismos democráticos colectivos, y en cambio hubieran dejado sin protección los territorios del Helesponto y el Quersoneso, vitales para el tráfico ateniense, que caerían en manos de Filipo. Los atenienses, dice, deben imitar las hazañas de sus antepasados, pero no la expedición a Sicilia ni los constantes rechazos a las propuestas de paz de los lacedemonios durante la guerra del Peloponeso, que ofrecían la conservación de Lemnos, Imbros y Esciro y de la constitución democrática. Ahora también es el momento de aceptar las propuestas de Filipo. El orador insiste

en demostrar su historial democrático y el de su familia. En algunos momentos, el discurso es ejemplo del ejercicio ideológico del momento, consistente en defender que es democrática cualquier postura que se defienda. El imperio se defiende cuando consiste en garantizar las vías de suministro, pero no se acepta el aspecto consistente en garantizar la participación y libertad del ciudadano. De ahí venían partiendo los conflictos de la ciudad de Atenas por lo menos desde la guerra del Peloponso.

La reestructuración de la sociedad se manifestaba dramática. Las condiciones del siglo IV no hacían posible la coincidencia entre participación del pueblo garantizada por el imperio y concordia entre los diferentes sectores de la sociedad ateniense. El demos pretende conservar sus privilegios, pero ahora la posibilidad de tal cosa se ha esfumado desde el fracaso del segundo imperio. Los macedonios contribuían a esta imposibilidad. Los sectores poderosos de la ciudad pretenden conservar la independencia de la ciudad, de ellos mismos, y evitar la guerra con Filipo; más bien se vislumbra la posibilidad de que éste sea quien solucione el conflicto ateniense. Algunos lo vieron claro, como el orador Isócrates, que por estas fechas escribía su *Filipo*. Esquines, inmerso en la vida política de la ciudad como hombre activo, se manifiesta como defensor de la democracia, en una forma cuyas peculiaridades características son coherentes con la concepción de un imperio que no favorece realmente la democracia social; es una democracia preimperialista, una democracia que no llega al grado de materialización social que alcanzó en la época del imperio en su apogeo. Pero la definición como democracia se puede aplicar a una amplia gama de realidades sociopolíticas. Por ello, Esquines no ofrece una teoría clara en que se exponga la aspiración a la presencia de Filipo. Con él, sólo pretende que Atenas llegue a una convivencia pacífica, pero se transparentan algunas realidades detrás de sus planteamientos oratorios: no le parecía digno que Filipo arreglara la situación con las armas, sino con el voto y el juicio. El papel de Filipo como árbitro no se rechaza, tan sólo parece oponerse a que el arbitraje se realice con las armas. No quiere que venga con un ejército a apoyar injusticias, pero tampoco que los abandone, pues en ese caso cometería una injusticia y no se haría amigo, sino de los más grandes enemigos. No sorprende que, al final de su discurso, Esquines invoque en su defensa el testimonio de Foción.

En el año 330, tuvo lugar el proceso en el que Esquines acusó a Ctesifonte de haber propuesto ilegalmente la concesión pública de una corona, en las fiestas dionisiacas (Dionisias), a Demóstenes, como protector del pueblo. El acontecimiento databa de 336. Antes, ya habían surgido ciertos problemas entre Tebas y Atenas a propósito de las actitudes ante Macedonia, con las interferencias lógicas, dado que en ninguna de las ciudades las actitudes eran monolíticas, y se había manifestado en las reuniones de la Anfictionía en 339, cuando se había propuesto un decreto contra Atenas porque aquí habían consagrado unos escudos con una inscripción que recordaba la postura favorable a los persas de los tebanos durante las Guerras Médicas. Esquines fue encargado de la defensa de su ciudad en esa ocasión. Hasta que llegó el momento del proceso, los acontecimientos se sucedieron de forma que se complicaban las bases según las cuales se tomaban las diferentes actitudes. Entre otras cosas, había tenido lugar la destrucción de Tebas, y Alejandro había comenzado la expedición que lo alejaba incuestionablemente de Grecia.

En su discurso *Contra Ctesifonte*, Esquines comienza añorando el hecho de que la *boulé* y la Asamblea fueran organizadas directamente por sus presidentes y el momento en que las leyes de Solón sobre la disciplina de los oradores se mantenían en vigor, pues daban preferencia a las opciones de los de más edad. Esquines vuelve a argumentar desde la perspectiva de una determinada concepción de la democracia, según la cual Demóstenes y Ctesifonte están actuando contra las leyes, sobre todo cuando el decreto de la Corona trataba de que el acto se hiciera en las Dionisias ante todos los griegos, y no en la asamblea de los atenienses. Las actividades de Demóstenes y sus correligionarios se interpretan como tendentes a acumular poder ilegalmente a costa de las instituciones de la ciudad, y con el apoyo de gentes ajenas a ella. A esto se suma, entre otras acciones, el que Demóstenes haya sido el promotor de la alianza con Tebas. Esta ciudad ha puesto bajo su protección a los anfitriones cuando acusaron a Atenas de la inscripción que había puesto en los escudos ofrecidos en los muros de un templo nuevo. En ello se hablaba de «los atenienes que habían recogido los despojos de medos y tebanos, cuando combatían contra los griegos».

Esquines acude al recuerdo de los tiempos pasados de Grecia, donde encuentra un modo de exaltar la unidad que ahora se intenta reproducir, y de atacar a los tebanos y, por tanto, a sus adversarios políticos, que ahora son partidarios de la alianza con éstos. El rey de los persas, en tiempos, era tan poderoso que abrió un canal en el monte Atos, unió el Helesponto, pedía a los griegos la tierra y el agua y se atrevía en sus cartas a escribir que era el señor de todos los hombres desde levante hasta poniente; ahora no lucha por ser el dueño de otros, sino por su propia salvación, y los mismos que se han hecho dignos de esta gloria y de la hegemonía en la lucha contra Persia, son los que liberaron el templo en Delfos. Esquines ha hecho uso de las tradiciones de la ciudad para apoyar su concepción de la democracia; para defender su apoyo a los macedonios, hace uso también del tiempo pasado, cuando los griegos tenían que defenderse de los ataques persas. Que ahora Tebas sea arrancada en un solo día de en medio de Grecia, no es más que un castigo justo, porque en nada ha deliberado rectamente, ya que han adoptado actitudes ciegas e irreflexivas. Y los mismos lacedemonios están obligados a enviar rehenes, los que en tiempos eran dignos de la hegemonía de los griegos.

También Atenas, que antes era protectora de otras ciudades, ya no combate por la hegemonía de los griegos, sino que tiene que hacerlo en defensa del propio suelo. Todo ello se debe, según Esquines, a la política seguida por Demóstenes. En apoyo de su modo de ver la situación, el orador recuerda unos versos de Hesiodo, en que el poeta advertía que la ciudad dominada por un solo hombre estaba abocada a la destrucción. El peligro del poder personal se define aquí como encarnado en Demóstenes, no en Filipo ni Alejandro, que, en definitiva, están cumpliendo las misiones que la historia griega tenía pendientes. La alianza con Tebas es, por lo demás, contraria a la tradición ateniense y ha sido esa ciudad la que se ha negado sistemáticamente a todas las propuestas atenienses. Ahora, desde luego, el cambio de actitud responde a las circunstancias; los tebanos lo han aceptado porque responde a unos intereses precisos. De nuevo la argumentación de Esquines se basa en la tradición. Con ello Demóstenes no había hecho más que supeditar a Tebas los intereses de Atenas. Por lo demás, la referencia a la colaboración de Tebas con los persas en las Guerras Médicas, crea el ánimo

propicio para pensar que tanto Demóstenes como los tebanos pueden estar vendidos al oro persa. Con ello, la posible acusación que los filomacedonios podrían atraerse de colaboración con unos posibles bárbaros, queda contrapesada con otra más grave aún, la de colaborar con los persas, enemigos tradicionales de Grecia y de Atenas, y más claramente reconocidos como bárbaros.

Demóstenes no es, por tanto, «demótico», según Esquines. Para dar base a su afirmación, el orador hace un retrato de lo que es un demótico y de lo que, en cambio, es un hombre oligárquico y malvado. Es evidente, pues, que Esquines sólo puede hablar desde el presupuesto de que está defendiendo la democracia. Para él, el demótico tiene que ser libre por parte de padre y de madre, para que su desgracia no lo haga hostil a las leyes que salvan la democracia. Sus antepasados deben haber realizado algún beneficio al demos, haber mostrado algún rasgo de evergetismo, por lo menos no haber sido enemigos del demos, para que no intente vengarse sobre la ciudad de la desgracia de sus antepasados. Debe ser prudente y mesurado y no realizar gastos que puedan repercutir contra el demos. Tiene además que poseer inteligencia para elegir lo mejor y dotes oratorias para convencer de ello a los oyentes. Debe ser fuerte para no abandonar al pueblo en sus peligros. Lo contrario de todo esto es lo propio de la oligarquía. El retrato es, como puede verse, el del hombre de origen noble que adopta la actitud de conducir al demos por el camino de la prudencia, el del benefactor, prácticamente del evergetes, que carece de resentimientos sociales, el que suele definirse como demócrata moderado que, en tiempos posteriores a la guerra del Peloponeso, defiende de hecho una opción reductora, basada en las tradiciones arcaicas de la ciudad, y que conserva la terminología democrática e incluso se apropia los conceptos para enfrentarlos a opciones más auténticamente populares a las que tiende a calificarse como tiránicas. El primer argumento con el que ataca a Demóstenes, es en el hecho de ser descendiente por línea materna de personas de origen bárbaro. La definición del hombre oligárquico queda reducida a una descripción caracteriológica, de pura moral ciudadana. Nada tiene que ver, al decir de Esquines, su posible vinculación a los intereses de los *oligoi*, de los pocos, de los ricos, poderosos y nobles.

En general, para Esquines, los hombres del pasado eran mejores que los actuales. Demóstenes es peor que todos los héroes atenienses del pasado. Pero antes no se glorificaba a los héroes, sino a la colectividad. Lo tradicional en Atenas, desde el punto de vista de la ciudad, era que se glorificara a la colectividad. La ciudad como colectividad era ya un modelo tradicional. El mérito y el heroísmo personal, que podía ser de tendencia democrática, se interpreta ahora como antidemocrático, al poner como modelo la ciudad como organismo solidario. En el pórtico pintado, donde se representa la batalla de Maratón, no figura escrito el nombre de Milciades. Es la batalla de los atenienses, el resultado de la solidaridad política. Antes, también era más rigurosa la actuación de los jueces. Era mejor la época en que no se usaba a los defensores y acusados, sino que la ley prevalecía por sí misma. Esquines, según eso, representa la tradición y la unidad, Demóstenes en cambio es un disgregador de la ciudadanía, y su defensor, Ctesifonte, quien propone la concesión de la Corona, es posible, dice, que, en su actuación pública, aparezca con algunos argumentos que definen esta distinción. Dirá que los oligarcas se han colocado con la acusación y los demócratas con el acusado. Esta definición, que seguramente responde hasta cierto punto a la realidad, es

rechazada por Esquines, que en cambio defiende que él como demócrata tradicional representa a todas las comunidades, defiende las leyes, y sólo ataca individualmente a los que le parecen malhechores. El planteamiento ideológico de Esquines va por el camino del ocultamiento de los conflictos realmente existentes. En cambio, para Esquines, los otros serían los planteamientos que ocultaban los verdaderos sufrimientos del pueblo de Atenas, considerado como una unidad sin grietas.

Ante las acusaciones de Demóstenes de aislarse e intervenir poco en la Asamblea, Esquines responde que lo propio de la democracia es intervenir poco y alternativamente para que todos puedan hacerlo. Lo que hace Demóstenes es, por el contrario, lo propio de la oligarquía, o del hombre que lo hace por oficio o por salario. Esquines se esfuerza por diferenciar al demagogo que se dedica a halagar al demos y la consecuencia es que lo induce a su propia destrucción sin dejarlo ver dónde está su salvación. El problema de un Estado democrático está en que el ciudadano privado entregue el poder a un traidor, que los muchos entreguen a los pocos la fuerza. Para la democracia concebida por Esquines, el peligro está en Demóstenes, no en Filipo o Alejandro. El final del discurso *Contra Ctesifonte* está dedicado precisamente a advertir al pueblo de Atenas contra el peligro de derrocamiento de la democracia. Son los que más usan el término los que menos lo son por sus hechos. En esos casos, el pueblo, sin darse cuenta, entrega el poder efectivo y deja de vivir en democracia.

Todo el discurso, y los otros de Esquines, son muy ilustrativos de los equilibrios ideológicos que se producen en Atenas cuando se trata de tomar actitudes ante Macedonia. El resultado será la desaparición real, aunque paulatina, de la democracia, pero los argumentos utilizados en todo el proceso denotan un trasfondo en que tal programa no podía exponerse públicamente, al margen de que familias de tradición democrática, como la del propio Esquines, ante el cambio de la coyuntura, vieran cómo era necesario para su clase la aceptación, honestamente admitida, de lo que desde su punto de vista era positivo para la ciudad de Atenas y para Grecia, y que él califica como democrático. Es la aceptación de determinadas restricciones que purifican la democracia pero que, contradictoriamente, requieren la presencia de un poder monárquico institucionalmente calificado como lo más opuesto a dicho sistema.

DOCUMENTOS

1. ISÓCRATES, CARTA V. A FILIPO (TRADUCCIÓN J. M. GUZMÁN)

Sé que todos acostumbran a tener más gratitud a los que les elogian que a quienes les aconsejan, sobre todo si uno intenta hacerlo sin que se lo manden. Yo, si antes no te hubiera aconsejado con mucho afecto aquello que, según me

parecía, más te convenía realizar, quizá ahora no intentaría mostrar mi opinión sobre lo que te ha ocurrido. Pero, ya que elegí preocuparme de tus asuntos a causa de mi ciudad y de los demás griegos, me daría vergüenza causar la impresión de que te he aconsejado sobre asuntos de poca importancia, sin haber hablado en absoluto de lo más urgente. Y eso a pesar de saber que aquello beneficia a tu fama, y esto último a tu salvación que pareces menospreciar, según opinan todos cuantos oyeron las difamaciones que de ti se han dicho. En efecto, no hay nadie que no te haya acusado de exponerte al peligro con más ímpetu del que conviene a un rey y de buscar elogios más por tu valor que por tu política general. Tan vergonzoso es no aventajar a los demás cuando los enemigos nos rodean como sin ninguna necesidad lanzarse en persona a semejantes combates, en los que, si triunfas, no habrás ejecutado nada grande, y, si mueres, habrás destruido simultáneamente toda la prosperidad que tienes. No se debe pensar que son hermosas todas las muertes en las guerras, sino que son dignas de aplauso las que ocurren en defensa de la patria, de los padres y de los hijos. Hay que considerar vergonzosas, en cambio, todas cuantas perjudican y manchan las hazañas conseguidas con anterioridad y escapar de ellas como causantes de la peor reputación.

Creo que te conviene imitar a las ciudades en su modo de actuar cuando están en guerra. Todas ellas, en efecto, cuando envían una expedición militar, acostumbran a poner en lugar seguro al Estado y a los dirigentes que tomarán una decisión sobre lo que ocurra. Gracias a esto no les sucede que por un solo descalabro pierdan su poderío, sino que pueden soportar muchos desastres y recuperarse de nuevo. Esto es lo que te conviene examinar y pensar que no hay un bien mayor que tu seguridad para que administres tus victorias convenientemente (y puedas reparar las desgracias que te ocurran). Verías también que los lacedemonios ponen el mayor cuidado en la seguridad de sus reyes y que sitúan como guardianes de ellos a los ciudadanos más renombrados, para quienes es más vergonzoso dejarles morir que abandonar los escudos. Tampoco se te habrá pasado por alto lo que les ocurrió a Jerjes y a Ciro. El primero, tras haber caído en tales derrotas y desastres como nadie supo nunca que les ocurriera a otros, gracias a haber salvado su vida, retuvo su realeza, la transmitió a sus hijos y gobernó Asia de tal modo que no fue menos temible para los griegos que antes. Ciro, en cambio, después que venció a todo el ejército del rey y cuando se habría impuesto de no ser por su propia temeridad, no sólo perdió semejante poder sino que lanzó a sus acompañantes a las desgracias más extremas. Podría hablarte de muchos que fueron jefes de grandes ejércitos pero que por haber muerto prematuramente hicieron morir al mismo tiempo a muchos millares de hombres.

Debes reflexionar esto, no valorar el coraje que se acompaña con una insensatez absurda y una ambición inoportuna ni buscar otros peligros sin renombre y más propios de soldados, cuando las monarquías tienen muchos riesgos particulares. Tampoco has de disputar con quienes quieren escapar de una vida infortunada o eligen al azar los peligros por una soldada mayor, ni desear un prestigio como el que tienen muchos griegos y bárbaros, sino uno tan enorme que seas tú el único de los que existen que puedas adquirirlo. No tienes que amar en exceso las virtudes de las que incluso los malvados participan, sino aquellas que ningún cobarde tendría. No emprendas guerras mal reputadas y peligrosas, cuando puedes hacerlas honrosas y fáciles ni aquellas con las que pondrás a tus más íntimos en tristezas y cuidados y harán mayores las esperanzas de tus enemigos, como las que ahora les diste. Por el contrario, te bastará

tener sobre los bárbaros con los que ahora guerreas una ventaja suficiente para asegurar tu propio territorio. En cambio, intentarás acabar como ahora se llama gran rey, para proporcionarte una gloria mayor y señalar a los griegos contra quién hay que luchar.

Habría preferido haberte enviado esta carta antes de tu campaña, para que, en el caso de haberte convencido, no hubieras caído en semejante peligro. Y si no hubieras confiado en mí, se vería que no te aconsejo lo mismo que lo que ya todos opinan debido a tu herida. Por el contrario, lo ocurrido demostraría que era correcto mi discurso sobre este asunto.

Aunque tengo mucho que decirte debido a la naturaleza del tema, dejaré de hablar. Pues creo que tú y tus camaradas más activos añadiréis fácilmente a mis palabras cuanto queráis. Aparte de esto temo ser inoportuno. Porque ahora, avanzando poco a poco, se me pasó por alto que vine a dar no con la proporción de una carta, sino con la longitud de un discurso.

En cualquier caso, aunque las cosas estén así, no hay que olvidar los asuntos de mi ciudad, sino intentar animarte a la intimidad y relación con ella. Porque creo que son muchos los que te traen noticias y te cuentan no sólo lo peor que de ti se ha dicho entre nosotros, sino también lo que añaden por su cuenta. A estos individuos no es lógico que les prestes atención. Harías algo absurdo si reprocharas a nuestro pueblo el que fácilmente haga caso a los calumniadores, y a ti mismo se te viera confiar en quienes tienen esta habilidad, sin darte cuenta de que cuando más te hagan ver que nuestra ciudad se deja fácilmente conducir por cualquiera, tanto más te están indicando que ella te conviene. Pues si quienes no son capaces de hacer nada bueno consiguen con sus palabras cuanto quieren, sin duda a ti, que con la acción puede causar los mayores beneficios, te corresponde no alcanzar fracaso alguno entre nosotros.

Creo que es preciso ante los que acusan con dureza a nuestra ciudad enfrentar a quienes dicen que todo esto es así y a los que afirman que ella no ha cometido ningún crimen, ni grande ni pequeño. Nada semejante podría yo decir. Pues me daría vergüenza atreverme a decir que nuestra ciudad nunca ha errado, cuando otros piensan que ni los dioses son irreprochables. Con todo, puedo decir sobre ella que no encontraría otra más útil que ella para los griegos y para tus asuntos. A esto es a lo que hay que prestar atención. Pues no sólo sería para ti causa de muchos bienes si fuera aliada tuya, sino aunque sólo diera la impresión de estar contigo en relaciones amistosas. En efecto retendría más fácilmente a tus súbditos actuales si no tuvieran ningún refugio y someterías con mayor rapidez a los bárbaros que quisieras. Por eso, ¿cómo no desear semejante amistad gracias a la cual no sólo retendrás con más seguridad tu poderío actual sino que también te hará adquirir sin peligros otro mayor? Me admiran los poderosos que pagan una soldada a ejércitos mercenarios y gastan mucho dinero a pesar de saber que un ejército así con más frecuencia agravió que salvó a quienes tuvieron confianza en él, y, en cambio, no intentan cultivar a una ciudad que ha conseguido un poderío tan grande y que ha salvado ya muchas veces a cada una de las ciudades y a Grecia entera. Piensa que a muchos les pareció buena tu decisión cuando trataste a los tesalios con justicia y provecho para ellos, aunque no son vecinos tuyos por la situación de su territorio, nosotros lo somos por el poder, que debes tratar de granjearte por todos los medios. Es mucho más hermoso, en efecto, conquistar el afecto de las ciudades que sus murallas. Pues este acto no sólo acarrea odio, sino que también se atribuye su responsabilidad a los ejércitos. En cambio, si pudieras ganarte la intimidad y el afecto, todos aplaudirán tu inteligencia.

Con razón me creerías en lo que he dicho sobre la ciudad. Pues se verá que no acostumbro a adularla en mis discursos, sino que la he censurado más que nadie. Tampoco tengo buena fama entre la masa ni entre los que aprueban una cosa al azar, antes bien, no me conocen y me odian como a ti. No nos diferenciamos sino en esto, en que piensan así sobre ti debido a tu poderío y prosperidad, y de mí, en cambio, porque intento pensar mejor que ellos y porque ven que son más los que quieren hablar conmigo que con ellos. Querría que a ambos nos fuera igualmente fácil escapar a la fama que tenemos entre ellos. A ti ahora no te será difícil, si quieres, deshacerte de ella, pero yo, por mi edad y otros muchas cosas estoy obligado a contentarme con la situación actual.

No sé qué más debo decir, salvo que es hermoso confiar la realeza y la prosperidad que tenéis al afecto de los griegos.

BIBLIOGRAFÍA

H. BENGTSON: *Griegos y persas*, pp. 258, ss.: paz de Filócrates; Filipo II y Hermias de Atarneo; declaración de guerra por Atenas, *clerouquías*; pp. 274, ss.: control del Quersoneso; congreso de Corinto; guarniciones.

G. COLIN: «Introduction» a *Hypéride. Discours*, París, Les Belles Lettres, 1946, pp. 5-75.

H. G. L. HAMMOND: *History of Greece*, pp. 548, ss.: problemas en Atenas, con sus ejércitos, para enfrentarse a Filipo; «esclavización» de la Liga Calcídica; pp. 550-551: Filipo hacia las Termópilas; propuestas de paz a Atenas; p. 553: paz de Filócrates; p. 554: fin de la guerra sagrada; p. 559: Tesalia aliada de Macedonia; p. 560: la Liga Etolia; p. 561: la liga aquea; p. 562: ataque de Filipo a Tracia; p. 563: ataque de Filipo a Bizancio; p. 564: problemas de aprovisionamiento; p. 567: alianza con Tebas; pp. 570-573: muerte de Filipo.

C. MOSSE en E. WILL, C. MOSSE, P. GOUKOWSKY: *Le monde grec et l'Orient II. Le IVe siècle et l'époque hellénistique*, París, P.U.F., 1975, 678 págs.: pp. 49-50: política antiimperialista y prosperidad de la ciudad; p. 52: Eubulo; p. 53: Demóstenes contra firmantes de la paz; p. 54: «guerra fría»; p. 33 *stratiotiká*; p. 56: expulsión de tiranos de Tesalia; p. 57: *III Filípica*: p. 58: Eubea, p. 59: sistema trierárquico; p. 60: capitulación de Tebas; p. 61: honores a Filipo.

CAPITULO XIII

ALEJANDRO MAGNO

1. LA SUCESIÓN DE FILIPO

En el asesinato de Filipo las fuentes estiman que, junto a Pausanias, joven noble macedonio, intervino Alejandro Lincestas, pero que fue perdonado por su reconocimiento inmediato de Alejandro como rey. Bosworth considera que las acusaciones de participación en el asesinato fueron en general medios de eliminar a los enemigos políticos del heredero, pues Alejandro acaba también con otros miembros de los Lincéstidas. El asesinato incluso pudo ser, según Badian, un golpe de estado del joven Alejandro, que había quedado aislado por el reciente matrimonio de su padre. Las fuentes manifiestan una actitud ambigua ante la cuestión. La muerte de Pausanias pudo ser un modo de asegurar su silencio. Pero, para Bosworth, hay en la Alta Macedonia razones históricas que pueden llevar a conspirar contra Filipo: eran grupos tradicionalmente independientes que se autogobernaban, pero que habían sido absorbidos por los macedonios. Está atestiguada la hostilidad de los Lincéstidas hacia Macedonia. Los reinos altos sostenían una lucha constante por su independencia y los macedonios se empeñaban en mantenerlos como «aliados y súbditos». También seguían una política de alianzas matrimoniales. Filipo pudo incorporar sin resistencia a los pueblos de la Alta Macedonia gracias a su victoria ilírica de 360 y negociar luego una serie de matrimonios diplomáticos. Desde 357, la casa de Filipo fue dominada por Olimpia de Molosia y Alejandro, su hijo, había sido reconocido como príncipe. Así, el poder aparecía como híbrido de los dos lados, al oeste y este del Pindo. En el reino de Filipo y de Alejandro hay buen número de falanges y de *heteros* de los reinos altos. En 337 la situación cambió al casarse Filipo con Cleopatra. Alejandro y su madre se fueron al Epiro. Átalo dijo que por fin habría herederos nobles. Ahora la casa real representaba sólo a la Baja Macedonia y la Alta quedaba como súbdita. En la muerte de Filipo pudo haber quienes querían independizar la Alta Macedonia y quienes buscaban la colaboración representada por Alejandro. Éste,

en cualquier caso, estuvo en una situación insegura, entre los aspirantes de la Baja Macedonia y las presiones de la Alta para romper la unidad del reino. El reconocimiento de Alejandro Lincestas debió de darle apoyo y fuerza, pero tuvo dificultades para asegurar el trono. La muerte de Átalo significó la eliminación de la oposición bajomacedónica. Según Diodoro, la muerte de Átalo se debía a que éste era *evergético* y podía ganarse a los soldados. Era razonable que lo matara, dice, porque podía convertirse en un competidor por el poder. Átalo había conspirado contra Alejandro en unión de los atenienses para intentar provocar la revuelta.

El reino de Alejandro tiene así un comienzo significativo. Por un lado, pone de manifiesto la necesidad que seguía existiendo para cada rey de ganarse el trono por medio del enfrentamiento con rivales y por la gloria militar. Es precisa la lucha por la realeza. Según Plutarco, Alejandro deseaba recoger la realeza por medio de la guerra. Por otro lado, se recuerda que todavía pervive la tradición de que es rey quien mata al rey, ya adaptada a circunstancias históricas más recientes en que se insertan factores de legalidad. Y finalmente, también aparece la realidad compleja del reino macedónico como unión de pueblos dispersos que, a pesar de los procesos unificadores, sobre todo el representado por el propio Filipo, contiene aún fuerzas centrífugas importantes, representadas por casas reales locales y agrupaciones que conservan una unidad étnica fuerte. Alejandro tiene que luchar con los pueblos vecinos sometidos por Filipo como modo de heredar al propio Filipo. Pero también tiene que superar diferencias internas, que no dejan de ser «queridas» por Alejandro. Su figura así se identifica con los héroes de la tradición mitológica. Su aparición triunfante le proporciona carisma de salvador.

Que Demóstenes llame a Alejandro «niño», puede tener una doble lectura: no sólo desprecio, sino también, igual que en la *Filípica* de Cicerón, como una «renovación» de la vida que trae la salvación, naturalmente, no desde el punto de vista del orador mismo. Diodoro dice que Alejandro se ganó a las multitudes con palabras adecuadas, con lo que se refiere al pueblo de Macedonia. En ello se muestra la necesidad del rey de obtener su apoyo, pero también la facilidad con que el rey puede persuadirlo. El sistema se basaba en la *eunoia*, benevolencia del pueblo, conseguida con palabras y acciones.

2. EL RESTABLECIMIENTO DEL PODER MACEDÓNICO EN GRECIA

En el año 336, Alejandro lleva a cabo una expedición a Grecia en que recibe la sumisión de la Liga Tesalia, donde lo hacen *tagos* de la Anfictionía y de la Liga de Corinto, que lo nombra *strategós autokrátor*. Nada más tomar el reino, sin embargo, aparecen las tendencias disgregadoras, en Grecia y otros pueblos sometidos. Según Diodoro, muchos de los griegos se veían inclinados a la revuelta. Es una tendencia general de resurgimiento de la autonomía de la polis, pero en la realidad ya no está organizada como tal. Su paradoja estriba en que su organización ya ha pasado a depender de Macedonia. De todos modos, el surgimiento de estos problemas se agrava por la existencia de otros conflictos que lo obligan a realizar campañas en Tracia e Iliria, a derrotar a los getas, ilirios y tribalos y a llegar hasta el Istro, el actual Danubio. De otro lado, los ambraciotas expulsaron

la guarnición y, según Diodoro, hicieron que la ciudad fuera democrática, pero Alejandro, sigue el historiador siciliano, los convenció de que les daría *autonomía*.

Además, el imperio persa había experimentado un resurgimiento con Artajerjes III, que había ocupado Egipto en 340, aunque luego decaiga con sus sucesores, pero con ello se renueva la decisión de hacer la guerra con Persia, que se ha negado a evacuar las ciudades griegas de Asia como ha propuesto Filipo. Alejandro concentra las fuerzas en el Helesponto y es allí donde se elimina a Átalo.

En Atenas se ha producido una reorganización de los partidarios de Demóstenes. Según Diodoro, éste hacía demagogia contra los macedonios, con la que los atenienses inducían a muchas ciudades a reivindicar la libertad. Luego, cuando se inician las negociaciones, Demóstenes no acude. Diodoro expone, entre las posibles explicaciones, la de que quería permanecer irreprochable ante el rey de los persas, pues decían que había recibido dinero de su parte. Alejandro, añade Diodoro, consiguió liberar al demos de su mucho temor. He aquí una tradición interpretativa de gran trascendencia, la de que Alejandro era el liberador y Demóstenes pretendía esclavizar al demos a los persas, siguiendo la línea de la biografía de Temístocles.

3. TEBAS

En 335, Alejandro aplasta el intento de insurrección de Tebas. La revuelta había recibido el apoyo de los atenienses. En esas circunstancias, Diodoro cuenta que Demóstenes había armado a los *anoplos*, los que no tenían armas, los que no eran hoplitas, lo que parece una forma de integración de los más pobres en la defensa armada de la ciudad. También los tebanos utilizaron para la defensa de la ciudad a los esclavos liberados, los exiliados y los metecos. Durante la lucha los exhortaban a defenderse para no caer en la esclavitud y, hasta el final, según Diodoro, conservaron su amor a la libertad y preferían ésta a la salvación. Es un ejemplo de identificación entre la libertad política de la ciudad frente al ejército invasor y la libertad social de la población dependiente.

En Beocia, Alejandro exige el cumplimiento de los pactos de la Liga de Corinto con Filipo y el nombramiento de *strategós autokrátor*. Cuando corrió el rumor de la muerte de Alejandro, Tebas se convirtió en cabeza de la insurrección, pero se quedó sola porque, de acuerdo con Diodoro, los griegos no se atrevían a ayudarla, ya que consideraban que se habían entregado a su propia destrucción de manera temeraria e irreflexiva. La llegada del rey puso en duda las alianzas de los tebanos. A pesar de todo, éstos lucharon por su «autonomía» y la multitud estaba de acuerdo. Arriano, en cambio, habla de diferencias entre quienes querían buscar el perdón de Alejandro y quienes querían resistir.

Al final, el *synedrion* de la Liga aprobó la destrucción de Tebas y 30.000 ciudadanos fueron convertidos en esclavos. También contra Tebas se utilizarán acusaciones de filomedismo, como contra Demóstenes. Dice Diodoro que los tebanos convocaban a luchar para liberar a Grecia, junto con ellos y con el gran rey. El mismo historiador da como cierto lo que Plutarco da como pretexto de Alejandro para justificar su acción destructora: que eran los griegos quienes querían que se castigara duramente a los tebanos. Los tespieos, orcomenios y plateenses, dice, sentían un odio particular por los tebanos. Por ello, añade, Alejandro dejó la decisión en manos del *synedrion*. La versión de Arriano es muy parecida: también fue una decisión de los aliados la destrucción de Tebas. Para Diodoro, son los atenienses quienes tomaron la iniciativa de la revuelta. Toda la ciudad fue, para él, sometida a esclavitud.

4. LAS ISLAS Y ASIA MENOR

Heisserer, al analizar las estelas que reproducen los decretos de la ciudad de Ereso en tiempos de Alejandro, llega a la conclusión de que primero se dicta un decreto contra la tiranía, luego, se dicta juicio contra el tirano Eurisilao y se vuelve a introducir la ciudad en la Liga de Corinto bajo Alejandro, en 334. Ereso habría sido miembro de la Liga en tiempos de Filipo, luego caería bajo el control de los persas y Alejandro la recuperaría. Los tiranos fueron castigados por actuar «contra Alejandro y los griegos», como ocurrió en Lesbos, Ténedos, Quíos, donde hay estelas que vinculan a los aliados con el conquistador. El tirano fue juzgado en voto secreto, de acuerdo con la orden del rey Alejandro y con las leyes. Más tarde, es juzgado el tirano Agonipo, entre otras cosas, por hacer la guerra contra Alejandro y los griegos; había quitado las armas a los ciudadanos y los había expulsado de la ciudad. El asunto se resolvió por el demos tras recibir la orden de Alejandro. Finalmente, se produce el regreso de exiliados como fue determinado por Alejandro.

Estas inscripciones se refieren a los acontecimientos entre 336 y 332. En 336, Filipo ha enviado a Parmenión y Átalo a Asia Menor para la «liberación» de los griegos bajo dominio persa, pero más tarde se ve que, en Grineo frente a Lesbos, esto significó la venta de los ciudadanos como esclavos. Parmenión interfería a los gobiernos para eliminar tiranías u oligarquías propersas y establecer «democracia», lo que puede traducirse como facciones premacedónicas. Es lo mismo que narra Arriano al describir la acción de Alejandro: restauración de exiliados, disolución de la oligarquía, restauración de la democracia. En 336, Parmenión habría exiliado a los propersas y supervisado la erección de una estatua a Filipo en el templo de Ártemis por la nueva facción «democrática». Luego Memnón de Rodas lo había anulado y exiliado a los promacedonios. Este fue el pretexto para la intervención de Alejandro en 334. Más tarde Alejandro envió a Alcímaco a liberar ciudades eólicas y jónicas. Puede estar entre ellas la citada Ereso. En 333, aprovechando la ofensiva masiva de los persas, Memnón se apoderó de Lesbos entera e instaló a sus partidarios: Diógenes fue hecho tirano de Mitilene. En 332 los almirantes de Alejandro, Hegéloco y Anfótero, volvieron a tomar todo el Egeo, incluidas las ciudades de Lesbos. Los tiranos fueron enviados a las ciudades, mientras Alejandro estaba en Egipto.

En el decreto de los exiliados, de 324/323, al que hace referencia Diodoro, quedaban excluidos los que han sido exiliados por Alejandro mismo. El regreso de los exiliados significó, pues, la vuelta de los leales, dentro de las ciudades que Parmenión, en 336, había llevado a formar parte de la Liga.

Por otra parte, el año 334, Rodas estaba bajo influencia persa y llevaba una política antimacedónica. Darío III había confiado la defensa de Asia Menor a un

rodio, Memnón, que murió en 333. Entre esta fecha y 332, Rodas se une a Alejandro. En opinión de Hauben así el macedonio violaba la soberanía rodia, pues hubo una guarnición establecida desde 332 que no era necesaria para protegerse de los persas. Su función era, pues, exclusivamente interna y se conservaba todavía en el año 323. Plutarco habla de rodios arrestados por parte de Alejandro, lo que sería un signo de la resistencia existente dentro de las ciudades. Hauben llega a la conclusión de que la leyenda de la política prorrodia de Alejandro es sólo un producto de interpolaciones posteriores, creadas cuando ya se ha sublimado la figura de Alejandro. Realmente habría que distinguir quiénes constituían los apoyos y quiénes la oposición dentro de la ciudad.

En 334/333, según Diodoro, Alejandro se comportó generosamente con las ciudades de Caria, dio pruebas de evergetismo y los dejó exentos de tributo. Según sus palabras, hacía la guerra a Persia precisamente a favor de la libertad de los griegos.

Por otra parte, en 332, en Quíos y Cos, una vez sometidas se dedicó a imponer castigos sin consultar a la Liga. En el 331, Antípatro derrota al rey Agis en Magalópolis y así fue como Esparta entró a formar parte de la Liga de Corinto.

La situación creada en las ciudades griegas puede verse reflejada en un texto de Arriano, según el cual ordenó que se abolieran los gobiernos oligárquicos, se restablecieran los democráticos y se devolvieran a cada una de ellas sus propias leyes, aportando los tributos en igual cantidad que hasta el momento satisfacían a los persas. Se trata de una restauración democrática, pero a las órdenes de Alejandro. Queda oscuro, no obstante, cuál era la amplitud y la condición de la parte de población que se beneficiaba y que apoyaba tal sistema. Lo cierto es que, en 324, Alejandro impuso el regreso de los exiliados a las ciudades, a las que se obligaba a admitir a todos los que se había expulsado sin la responsabilidad del rey macedonio.

El concepto de democracia sufre dos graves alteraciones. Por un lado, el de su contenido social, ahora ya definitivamente ambiguo, como resultado del proceso de confusión ideológica procedente de toda la historia posterior a la guerra del Peloponeso. Por otro lado, el de que se admite la atribución del término a situaciones en que una ciudad está controlada claramente por un poder exterior.

5. LA EXPEDICIÓN DE ALEJANDRO A ASIA

Entre los griegos, desde que se había concebido la idea de que las ciudades debían unirse para una empresa común, tal empresa fue orientada hacia la conquista de Persia. Era algo que, en definitiva, debía de remontar sus raíces, por lo menos, a la época de las Guerras Médicas. Cuando la realización de la unidad sólo se ve como posible si está encarnada en una figura política individual y exterior a las mismas ciudades, también se le transfirió la posibilidad de la campaña contra el imperio persa. Este es el caso representado por el orador Isócrates, que encarna esta expectativa en la figura de Filipo.

En la práctica, fue su hijo quien puso en marcha todo el proceso. En 334, parte hacia Asia, mientras que en Grecia Antípatro y Parmenión se encargaron

de organizar la base de operaciones en Abido. Una de las consecuencias de la batalla de Gránico fue que los mercenarios griegos que habían combatido en las filas persas fueron enviados como esclavos a Macedonia. Después de la batalla, Alejandro, como ofrenda a Atenea, envió a Atenas trescientas armaduras persas completas en las que se hacía constar que era de parte de Alejandro hijo de Filipo y de los griegos, y se omitía a los macedonios, con lo que parece tratar de reforzar el carácter panhelénico de su empresa. Por su parte, Parmenión se apodera de Frigia. Se entregaron Sardes, Éfeso y Magnesia y tuvo que luchar en Mileto y Halicarnaso, pero, de este modo, se aseguró la retaguardia para penetrar en Asia, aunque durante un período de tiempo sigue habiendo problemas con ciudades, con la presencia de Memnón hasta su muerte en 333. Esto lo obliga a reorganizar su escuadra en Halicarnaso y Cos. Luego va hacia el norte, a Gordio y Ancira, desde donde se dirige a someter Capadocia, llegar a la costa y conquistar Tarso. Parmenión ocupa los pasos desde Cilicia al valle de Isos y Siria. En estos momentos Darío se encuentra cerca. Antes de la batalla de Issos, Alejandro Lincestas se hizo sospechoso de pretender el trono con ayuda persa y estuvo bajo vigilancia en la expedición.

Alejandro ataca a los fenicios para privar a Persia de su flota. Las ciudades en general se someten y Tiro resiste sola.

En el año 332 llega a Tiro, a la que pone sitio por mar y por tierra. El resultado fue que 30.000 tirios fueron esclavizados. Aquí rechaza las propuestas de Darío y comienza la incomprensión de sus generales. Luego se dirige a Egipto, donde fue acogido como libertador, equiparado a los faraones y declarado hijo de Amón, lo que podía traducirse en hijo de Zeus desde el punto de vista griego.

Al año siguiente, 331, pone rumbo a Mesopotamia, cruza el Éufrates y el Tigris, y encuentra a Darío en Gaugamelas, cerca de Arbelas y Nínive. Babilonia se entrega y Alejandro dio el gobierno a Maceos, sátrapa de Darío. También se entrega Susa, de donde fue sátrapa el persa Abulites. Llega a Persépolis tras derrotar a Ariobarzanes. Allí provocó el incendio del palacio y después nombró a Frazaortes sátrapa de Persia.

6. ALEJANDRO EN ORIENTE

Persiguiendo a Darío llega a Ecbatana, donde licencia las tropas griegas. Así se acaba la expedición como estratego de la Liga de Corinto. Ptolomeo se da cuenta de que no están claros los propósitos de Espitámenes y Datafernes, pues aparecían como avergonzados de haber hecho traición a Beso. Para Aristobulo, fueron ellos mismos quienes lo entregaron. Luego, Alejandro se dirige hacia Maracanda, que era la *basileia* de la tierra sogdiana.

Alejandro envía tropas contra ella, pues Espitámenes había arrojado a la guarnición macedónica y se había encerrado en la ciudad, aunque los *oppidani* no aprobaban su decisión de hacer defección. Cuando Espitámenes oyó que venían los enviados de Alejandro, abandonó el lugar y se fue a la residencia real de Sogdiana, posiblemente la actual Buhara, pero luego fue animado por los escitas a ofrecer resistencia. En el enfrentamiento se produjeron muertes y esclavizaciones. Aristobulo considera que se debió a una emboscada. Entonces, el mismo

Alejandro decide marchar contra Espitámenes y los bárbaros a Maracanda, donde Espitámenes había vuelto al asedio, pero, al enterarse de que Alejandro volvía, no lo esperaron y el rey macedonio los persiguió hasta el desierto. Espitámenes se dirigió a Bactra, que parece ser la ciudad que Arriano llama Zariaspa.

Alejandro recibe ofertas de los escitas, y también de Farasmanes, rey de los corasmios, que vivían junto a cólquidas y amazonas, y que dominaba todos los pueblos hasta el Mar Negro, pero Alejandro había determinado ir a Sogdiana. Él mismo se dirige a Maracanda. Espitámenes se había refugiado, con los escitas, entre los masagetas. Al atacarlos, Espitámenes y los escitas los cogieron en una emboscada. Hubo una batalla que ganaron los macedonios, pero los escitas se fueron al desierto, donde no pudieron entrar los macedonios. En el invierno de 328/327, hay un nuevo intento de capturar a Espitámenes y un nuevo enfrentamiento en que vencen los macedonios, y los sogdianos y muchos de los bactrios abandonan a Espitámenes. Los masagetas huyen con él al desierto, pero al oír que Alejandro se dirigía hacia allá, le cortan la cabeza y la envían a Alejandro. Según otra versión, Alejandro ataca a los dahas porque supo que estaba allí Espitámenes. La mujer de éste estaba harta y él cree ser objeto de una traición, por lo que ella le corta la cabeza. Los dahas, al conocer el final de Espitámenes, entregan a Datafernes. Cuando le entregan a Beso, Alejandro se adecua y venga la muerte de Darío III por Beso como usurpador. Luego se encontró con la oposición de Espitámenes, a quien mataron los masagetas. Alejandro intentó introducirse en territorio nómada en persecución de Beso y Espitámenes, pero el primero fue capturado vivo y el segundo muerto por los bárbaros. Este, uno de los persas que escapó de Alejandro, como Beso, huyó de los bactrianos y sogdianos hacia los atasios y corasmios, pertenecientes al *ethnos* de masagetas y sacas. Con el matrimonio de Roxana, Alejandro se granjea la confianza del Irán oriental. Sus luchas son propias de los reyes persas y contra los enemigos de éstos. Lleva a cabo una serie de fundaciones de ciudades, con nombre de Alejandría, en Aracosia, el Cáucaso, etc., y en Transoxania, entre el Oxunte y el Yaxartes, con una población mixta de nómadas y habitantes de los oasis.

Desde 331 a 327 van apareciendo los problemas políticos derivados de las anexiones. Los planes de Alejandro van experimentando mutaciones, en el sentido de la fusión de pueblos y de la búsqueda de una cierta unidad. Comienza así a representarse como el sucesor de Darío en el imperio persa. Esto lo lleva al choque con sus hombres que tuvo su primera manifestación grave en el problema de la *prokynesis*, práctica de reverencia de tradición oriental que algunos de sus hombres se negaron a admitir.

La situación de Sogdiana, en general, se caracteriza por la sumisión como provincias que sin embargo permanecen en constante situación de rebeldía a pesar de la derrota. Alejandro fundó ocho ciudades en Bactriana y Sogdiana, y arrasó en esta última región Maracanda y Cira.

7. EL ESTADO DE ALEJANDRO

Fue Filotas quien manifestó su desaprobación ante las afectaciones orientales del rey, desde la visita a Amón. Desde entonces, empezó a ser vigilado, sobre todo

por Crátero y Antígono. Plutarco habla de conspiración contra Filotas. Desde 330, se abandona la cruzada helénica como motivo, cuando Alejandro se declara sucesor de los Aqueménidas. En el momento en que dirigió sus ataques contra Beso, a los macedonios les pareció que se trataba de una campaña innecesaria. El descontento se mostró en los deseos de volver y en los disgustos por el «aparato pérsico». Parece ser que llegó a igualarse en formas externas con el Gran Rey. Filotas y Parmenión trataron de capitalizar el disgusto, tanto por los griegos como por los orientales, y creyeron tener a los hombres detrás de ellos. Pero Parmenión ha ido perdiendo apoyos según se le retiraba la confianza de Alejandro. A éste le llega el rumor de la participación de Filotas en un complot y, aunque no había nada suficientemente probatorio, fue ejecutado. Este acto fue seguido por el asesinato de Parmenión. Es el momento en que debió de ser asesinado Alejandro Lincestes. El mando fue ahora dividido entre Hefestión, hombre de la confianza de Alejandro, y Clito, crítico del orientalismo, lo que significaba un modo de conciliación.

En general, se produce un fortalecimiento de los «hombres de Alejandro», con Crátero y Perdicas, que sobreviven a Alejandro y participan en las luchas de los sucesores. Es el ambiente que ya ha comenzado con el complot frente a la casa de Parmenión.

8. LAS SATRAPÍAS ORIENTALES

El sistema de satrapías fue en sí una forma de asimilación del imperio persa. Las satrapías «de arriba» son las de Bactriana y Sogdiana, situadas frente a los escitas.

En el año 327 concluye la conquista del imperio persa y se inicia el camino hacia la India. En el año 326 tuvo lugar la batalla con el rey Poros. En el Hípasis tuvo que regresar debido a la presión de sus soldados. Llega al Punjab y luego se inició el viaje de Nearco. Crátero vuelve por Aracosia y Alejandro por Gedrosia. En el año 324 se encuentran en Pasargadas. Es el año en que Arriano habla de la unión de macedonios y persas. También tuvo lugar el motín de Opis, junto al Tigris. De 324 a 323 Alejandro somete a los coseos en Susiana.

Hubo revueltas en Sogdiana y Bactriana, desde el año 325. Los protagonistas son los griegos de las colonias militares fundadas en 328/327 en Bactriana y que tienen la categoría de mercenarios. Se corresponden con el plan de Alejandro de colocar griegos para purgar Grecia de indeseables y poblar territorios de Asia, cuyos habitantes habían sido muertos o esclavizados. Lo que ocurrió en 325 es una prueba del modo de reacción de tales griegos. De la primera revuelta se dice que los griegos de Bactriana y Sogdiana soportaban mal su implantación entre bárbaros tanto tiempo. Cuando llegó el rumor de que el rey había muerto, se rebelaron contra los macedonios. Más tarde hubo otra revuelta, en 323. Las fuentes dividen en dos a los colonos griegos: descontentos y satisfechos. Los griegos se superponen al nacionalismo bactriano, que ya se ha manifestado con Beso, asesino de Darío Codomano. Las estructuras de las satrapías fueron las del ejército, no las de la ciudad. Por ello, en 325, se dice que se rebelaron «porque echaban de menos la vida griega». También conviene insistir en que la revuelta se produjo

cuando llegó la falsa noticia de la muerte de Alejandro. Mientras vivía el rey, permanecieron por temor sin que haya ninguna revuelta. Sin duda, influye el carisma personal en que se basaba su monarquía.

En cierta medida y salvando las distancias, es un precedente de la guerra lamiaca, en que se dieron circunstancias parecidas. También añoraban la *agogé* o modo de vida griego que se identificaría con la *polis*, lo que constituye, en definitiva, el elemento propagandístico que sustenta Demóstenes. Los asentados en las satrapías orientales eran mercenarios, situación que forma parte de algún modo de los efectos de la crisis de la *polis* y, sin embargo, ellos echan de menos la *polis*. Hay en sus actitudes una cierta contradicción, pues son enviados como parte de un programa de helenización y al mismo tiempo echan de menos las características propias de la vida helénica.

Perdicas envía a Pitón contra los rebeldes, con soldados macedonios. Pitón era de los *somatofílicas*, pero contaba con ganarse a los griegos con su filantropía, una de las bases de la creación de poderes personales, para tomar el poder de las Altas Satrapías. Pero Perdicas le encomendó la eliminación de todos los rebeldes y la entrega del botín a los soldados. Aunque Pitón concluyó una tregua y se llegó a la confraternización, los macedonios la rompieron y todo fue destruido. Se ven aquí los problemas propios de la formación del mundo helenístico: junto a la crisis de la polis, pervivencia de la mentalidad ligada a ella; utilización de mercenarios; procesos de colonización; asentamientos de griegos y macedonios en tierras orientales; helenización-orientalización; formas de obtención del poder personal y filantropía.

El exterminio de los griegos pone fin a la experiencia de Alejandro y significa la pérdida de Sogdiana y Bactriana.

9. REORGANIZACIÓN

En 324 realiza una reorganización del imperio oriental por medio de la asimilación de las aristocracias iranias a las *hetairias* macedonias, la introducción de jóvenes nobles en la guardia real *(agema)* y el fomento de matrimonios mixtos. En Bactria y la India intenta que las comunidades indígenas se integren en comunidades urbanas de tipo griego, con miembros griegos y macedonios. Hace, pues, un intento de unificación económica de Grecia con el imperio persa. La colonización dio nueva vida a ciudades y vías preexistentes, y también a puertos. Así se transforma la vida económia de oriente por influjo del sistema de la polis, aunque también el proceso inverso sería real. Se extiende la moneda con patrón ático, que estaba pensada para la red de colonias griegas. De este modo, acaba con la anarquía monetaria tanto oriental como griega. Uno de los objetivos era satisfacer la necesidad de paz y de acabar con la piratería. El sistema postal se adoptó del persa. Se produce también un cambio en la concepción del ejército, que anticipa las fundaciones militares de época helenística. En 323, Alejandro no es ya un rey de Macedonia, sino el rey de un vasto territorio con lazos personales con su ejército.

En el año 323, construye un puerto en Babilonia y se organiza la regulación de los cauces del Tigris y del Éufrates. Para ello estudió recursos económicos, necesidades del riego y formas de cruces de animales, organizó la red de rutas caravaneras y estableció la moneda única.

Luego se dedicó a preparar la campaña de Arabia, pero le sorprendió la muerte el 10 de junio del año 323.

En cierta medida lo que se logró con la campaña de Alejandro fue la extensión del sistema esclavista urbano, pero con la contrapartida de movimientos inversos, de la necesidad de un poder personal que revierte contra el mismo sistema urbano y de la diversidad de situaciones del territorio marcado. La organización política gira en torno al rey, a través de *somatofilacas* y *heteros*. Se establecen regímenes fiscales diferentes según los pueblos. En Macedonia se conserva el sistema de liturgias; en Grecia, la *Sýntaxis*; en Asia Menor, el *phoros*; en Asia Central, se establece un impuesto global que se recauda por medio de un funcionario. El territorio se divide en Satrapías y Quiliarquías. En general, respeta la administración por regiones, sobre las satrapías del imperio persa, con uno o varios hiparcas. En el resto, existen regímenes diversos: por ejemplo, en Caria, subsiste un protectorado dirigido por la antigua princesa. En Fenicia y Chipre se establece una dependencia directa del rey y tienen que pagar tributos y enviar soldados. En Egipto subsisten dos monarquías, con dos gobernadores indígenas y estrategos macedonios. En la India se alternan gobiernos militares con protectorados sobre reyes indígenas.

Se produce ya el desarrollo de la teoría de que el rey está por encima de la ley, enunciada por Anaxarco, según Plutarco, lo que daría paso a las posteriores monarquías helenísticas, salvo la macedónica. La divinidad de Alejandro queda definida por Eliano: cuando venció a Darío y obtuvo el imperio de los persas, se sintió muy poseído de sí mismo y, a causa de la suerte obtenida, se endiosó y ordenó a los griegos que lo votaran dios; lo que era risible, porque no iba a obtener, pidiéndoselo a los hombres, lo que no tenía por naturaleza. Otros votaron otras cosas y los lacedemonios lo siguiente: puesto que Alejandro quiere ser dios, que sea dios, con lo que actuaban lacónicamente y de acuerdo con su propia idiosincrasia, al halagar la demencia de Alejandro. Tal situación también se refleja en el discurso fúnebre de Hipérides, del año 323. Los cultos fueron más abundantes en Asia.

DOCUMENTOS

1. ARRIANO, ANÁBASIS, I, 17, 10-12: (TRADUCCIÓN A. GUZMÁN)

Al cuarto día, alcanzó Alejandro Éfeso, donde restableció a los exiliados que anteriormente habían tenido que abandonar la ciudad por su causa; disolvió la oligarquía y restauró la democracia.

Ordenó también que se tributaran al templo de Ártemis los mismos impuestos que antes se satisfacían a los persas. Los habitantes de Éfeso, al verse libres del miedo a los oligarcas, se dispusieron a ajusticiar a quienes habían llamado a Memnón, a aquellos que habían saqueado el templo de Ártemis, habían sacado del templo la estatua de Filipo que allí se hallaba y habían removido del ágora la tumba de Herópito, el liberador de la ciudad. Luego lapidaron a Sirfax y a un hijo suyo, de nombre Pelagonte, así como a los hijos de los hermanos de Sírfax, a quienes sacaron del templo. Con todo, Alejandro impidió que se siguiera buscando y ejecutando a otros ciudadanos, porque sabía que juntamente con los culpables también el populacho ajusticiaría a otros injustamente, a unos por enemistad y a otros por apropiarse sus bienes, en caso de que no se impusiera un límite a tales licencias. Pues bien, si en alguna ocasión obtuvo Alejandro buena reputación, fue especialmente ahora, ante los sucesos ocurridos en Éfeso.

2. ARRIANO, ANÁBASIS, IV, 10, 6-7: (TRADUCCIÓN A. GUZMÁN

Comenzó la argumentación Anaxarco haciendo ver cómo Alejandro debía ser considerado con mayor justicia un dios que el propio Dioniso o Heracles. Y ello, no tanto porque las hazañas de Alejandro fueran mayores y más numerosas, sino porque Dioniso era tebano, sin parentesco por tanto con los macedonios, y Heracles un argivo, también extraño a la estirpe macedonia, a no ser por la línea de parentesco con Alejandro, ya que éste era descendiente de Heracles.

De otra parte, lo más justo precía ser que los macedonios honraran con honores divinos a su propio rey, pues no había la menor duda de que así harían cuando él no estuviera ya en este mundo, y que por tanto ¿cómo iba a ser más justo que le honraran como a un dios cuando hubiera muerto (cuando ya no obtendría de ello provecho alguno) que ahora que aún vivía?

BIBLIOGRAFÍA

E. BADIAN: «The Death of Parmenio», *TAPHA*, 91, 1960, 324-338: las sospechas sobre Alejandro Lincestas, vigilancia de Filotas, pérdida de apoyos de Parmenión, ejecución de Filotas y sus consecuencias.

E. N. BORZA: «Significado político, económico y social de la empresa de Alejandro».. en R. BIANCHI-BANDINELLI, *Historia y civilización de los griegos*, V, 1980, pp. 123-167.

A. B. BOSWORTH: «Philip II and Upper Macedonia», *CQ* 21, 1971, 93-105: Acusaciones como medio de eliminar enemigos políticos, papel de la Alta Macedonia, hostilidad de los Lincéstidas, situación de «aliados y súbditos», matrimonios diplomáticos, poder híbrido con la participación de ambos lados del Pindo, situación insegura de Alejandro, muerte de Átalo.

P. GOUKOWSKY: «Un aspect de l'administration d'Alexandre dans les Hautes-Satrapies: la première revolte des colons grecs de Bactriana en 325», *La Géographie administrative et politique d'Alexandre à Mahomet*. Actas du Colloque de Strassabourg, 1979, Estrasburgo, Brill, 1981: mercenarios griegos en colonias militares.

H. HAUBEN: «Rhodes, Alexander and the Diadochi from 333/332 to 304 B.C.», *Histoire*, 26, 1977, 307-339.

A. J. HEISSERER: *Alexander the Great and the Greeks*, cap. II, «The Tyrants of Eresos».

V. V. STRUVE: *Historia de Grecia*, Madrid, Akal, 1976, 2ª. ed.; anexo 2, por A. M. PRIETO, pp. 781-790.

F. W. WALBANK: *The hellenistic World*, Glasgow, Fontana, 1981; p. 30: Isócrates y Filipo; p. 32: ofrenda de Alejandro a Atenea; p. 33: dedicatoria de Lindos; p. 36: unión de macedonios y persas; p. 37: el poder de Alejandro; p. 38: precedentes de monarquías helenísticas; pp. 39-40: situación de las ciudades griegas bajo Alejandro; regreso de los exiliados; pp. 41-43: culto a Alejandro; p. 44: colonias griegas en oriente.

C. B. WELLES: en *Diodorus of Sicily*, Loeb Classical Library, Vol. VIII, p. 101, nº. 2: muerte de Pausanias.

CAPITULO XIV

LA IMAGEN DE ALEJANDRO

1. LA CREACIÓN DEL MITO DE ALEJANDRO

Alejandro es una de las figuras que más ha colaborado en la formación de una concepción histórica personalista. Siempre que se habla de personalidades de la historia se menciona su obra como algo que con dificultad puede explicarse al margen de sus características exclusivamente personales. Incluso hay historiadores que establecen esta salvedad. Para Alejandro fallan los intentos de búsqueda de motivaciones más amplias que vayan más allá del individualismo. Sin duda, las condiciones personales de Alejandro no pueden negarse. Pero tal vez no sea ése el problema histórico que es preciso plantear.

Si se observa la Grecia del siglo IV, las condiciones generales del mundo próximo oriental, la Macedonia de la época en que Alejandro llega a la realeza y, a continuación, se reflexiona sobre las características generales del mundo helenístico, lo que ha ocurrido, en términos globales se hace comprensible. Ahí es donde está el verdadero problema histórico. Que, además, en ese proceso de transformación, sea imprescindible tener en cuenta la figura histórica de Alejandro no es más que un factor añadido, necesario para comprender el conjunto de los hechos y situaciones. Pero, al analizar el papel desempeñado por el hijo de Filipo, más que intentar explicarlo a partir del hecho de su figura mítica, lo que el historiador debe proponerse es estudiar el conjunto de fenómenos que posibilitaron su papel como hombre excepcional e incluso las condiciones que hicieron de él una figura mítica.

No es que Alejandro apareciera providencialmente para desempeñar un papel histórico que las condiciones del proceso imponían, sino que existían determinadas condiciones que hacían factible el desempeño de una función por un hombre realmente excepcional, y que ya hacía tiempo que en Grecia la sociedad estaba dispuesta a que se produjera un cambio para el que ciertos sectores sociales están realizando esfuerzos, para cuya viabilidad muchos pensadores ya sabían que el

único camino era el de una persona que reuniera determinadas condiciones, pero que también las condiciones del imperio persa habían cambiado y facilitaban unas formas de intervención que materializaran esos cambios sin necesidad de que sus estructuras básicas se transformaran y, en último término, la realeza macedonia se sostenía en una estructura cuya evolución la obligaba a realizar empresas a las que ya se habían dedicado los reyes anteriores. Realeza macedonia, imperio persa y ciudad griega estaban abocados a terminar en una historia común donde también se insertan los pueblos marginales, cuya historia sin duda posee personalidad propia, pero que pasan a integrar el mosaico variado y complejo del mundo helenístico.

El paso, de los diferentes factores que existen en la ecúmene a mitad del siglo IV, a la realidad compleja del siglo III es lo que requiere explicación y esa explicación se encuentra en cada uno de esos factores y en la unión difícil de todos ellos, cuyo resultado, como es bien sabido ya, no es una unidad helenística más o menos idealizada por los historiadores del siglo XIX, sino una realidad compleja en que la unidad, sin duda real, se basa en la diversidad y sólo se explica precisamente porque está formada a partir de muchos elementos muy diferentes entre sí, en los que a algunos pueden atribuirse desde luego papeles dominantes. Realeza macedónica, imperios orientales, ciudad griega o, si se quiere, forma de explotación oriental y esclavismo, estructuras comunitarias y propiedad privada, nomadismo y urbanización, realeza y colectivismo, despotismo y democracia, son elementos formativos de esa realidad compleja.

El punto de la coyuntura en que esa transformación se produce, en que los factores variados, contrapuestos y en conflicto entre sí, pasan a formar una unidad política más aparente que real, pero que, en los variados estados conserva su carácter de poder unificador de todos los elementos, el punto en que se pasa del enfrentamiento entre griegos y bárbaros, o griegos y macedonios frente a bárbaros, ese punto es difícil de explicar, no sólo por los historiadores posteriores, sino también por los contemporáneos, por quienes vivieron el cambio e incluso por quien teóricamente fue el autor del cambio, por el propio Alejandro Magno.

No es extraño, pues, que desde el principio se considerara una auténtica hazaña y que Alejandro adquiera en seguida los rasgos de una figura sobrehumana. De ahí que lo importante no sea explicar los hechos a partir del hombre Alejandro, sino los rasgos míticos de éste a partir de los hechos mismos que sólo encontraron explicación si se atribuían a su persona, naturalmente dotada de rasgos semidivinos.

Por eso es tan importante la publicación del libro de Goukowsky sobre la formación del mito de Alejandro, cuyo contenido resumimos, y por eso es también tan importante considerar cuáles fueron las condiciones en que se desarrolló la historiografía antigua sobre el tema.

Un aspecto de la misma comienza en Alejandría, donde el fundador del estado Lágida tomó la opción política de aparecer como sucesor del macedonio y erigir en símbolo de tal sucesión el sepulcro de Alejandro. Allí empezó la corriente que se conoce como *Vulgata* representada por Clitarco y que, en líneas generales, se conserva en el libro XVII de la Biblioteca histórica de Diodoro de Sicilia. Pero la creación del mito no es sólo obra de la elección política tomada por Ptolomeo. Es

preciso remontarse al propio Alejandro, que, a lo largo de su carrera, se convirtió en un modelo monárquico diferente al representado por sus predecesores macedonios. En él se produjo la mutación definitiva que terminó en la «teocracia» de 324/323 y que hizo que los sucesores vieran en él el modelo, consistente principalmente en la idea de que la victoria confiere poder y un estatuto sobrehumano, lo que sin duda influyó en la actuación de todos los reyes helenísticos, unido al hecho real de que tales reyes fortalecían su propia situación en la victoria.

Pero, de otro lado, el concepto monárquico de Alejandro es heredero de la monarquía macedónica a pesar de las transformaciones ocurridas. Entre los «macedonios» se produce una cierta asimilación de pueblos. Hay grupos de dorios y tesalios que se integran en el concepto de macedonios. Según Aristóteles, la realeza de los reyes macedonios se fundamentaba en su capacidad para la adquisición de tierras. Los Teménidas, la dinastía real mecedonia, son jefes de guerra que, gracias a sus técnicas religiosas y militares, gozaban del prestigio de un origen sagrado. Su gobierno se basaba sobre un *nomos* que venía a concebirse como una especie de pacto entre el jefe y el pueblo. Son características que perviven y se desarrollan con Alejandro y sus sucesores.

Desde luego, Alejandro llevó a cabo una serie de reformas militares que pretendían adecuar este ejército a las características militares persas. Además, dio un fuerte impulso a la infantería, con lo que podía servir de contrapeso al poder de la aristocracia representado por la caballería. Así se configuró su noción de Estado, menos sustentado en las relaciones de dependencia aristocrática. Pero ya Filipo, con su labor realizada en el proceso de sedentarización de la Alta Macedonia, había creado las bases de la infantería de Alejandro. Además, había facilitado la formación de un ejército de mercenarios, gracias a la explotación del oro de las minas del monte Pangeo. En ello se interfiere, además, el proceso que atravesaba la historia militar de las ciudades griegas. De éstas también parten las aspiraciones de ciertos sectores sociales, que tienden a ver en la personalidad de determinados reyes la solución a los graves problemas por los que atraviesa la *polis* del siglo IV. Los triunfos militares más los homenajes rendidos por algunos griegos como Isócrates acentúan la tendencia a la apoteosis del monarca macedonio.

También de Grecia parte otro factor importante, procedente de las condiciones en que se mueve la ciudad del siglo IV. Se trata de la concepción de la monarquía, definida por Aristóteles, el maestro de Alejandro. Junto a la tradición macedónica, es la concepción monárquica la que influirá de modo directo sobre Antípatro. Alejandro, sin duda, se libera de la tutela aristotélica en Asia. Pero es un factor actuante importante, cuya trascendencia se ve, desde luego, mediada por la historia de la conquista asiática. Pero no por ello dejó de tener influencia en la idea que se hicieron los griegos de Alejandro y, sobre todo, porque ellos fueron los que transmitieron su imagen. Esto significaba una nueva dimensión política del poder real, que lo hacía aceptable para la mentalidad griega. Así puede subsistir como modelo la imagen de los griegos, a pesar de que se sabía que, en Asia, este modelo había dejado de ser eficaz. En Grecia, el modelo del poder real basado en la *areté* siguió teniendo el valor de un mito funcional que servía para la afirmación del poder político. Su valor como tal sólo desaparecerá cuando las monarquías estén plenamente asentadas. Su vitalidad, sin embargo, se muestra en la historia de la imagen de Alejandro durante el imperio romano.

En la historia de las relaciones entre macedonios y helenos, hay una serie de elementos que colaboran a la creación del mito. Tras la batalla de Queronea, Filipo encargó a Leócares una estatua criselefantina, en que se destaca, por ese mismo hecho, el carácter sobrehumano en su perspectiva dinástica. Tras la destrucción de Tebas, la Liga de Corinto se propone como empresa panhelénica y Alejandro es el *strategós autokrátor* de los griegos. En las monedas emitidas con la figura de Heracles, se realiza la adaptación de lo dinástico a lo panhelénico. En Anfípolis se pone al frente de la flota penhelénica. En todo esto se sintetiza el proyecto inicial de Filipo, más el contenido del *Filipo* de Isócrates. A ello se une la tradición de Aquiles y la *areté* del héroe tradicional griego, lo que hace posible que Calístenes, sin salirse de la tradición aristocrática, dé pie al desarrollo de la imagen sobrehumana del rey. El héroe providencial, hijo de Zeus, se encarna en la voluntad de Alejandro sin que tenga que abandonarse la tradición griega.

La prueba está en que aquéllos que, como Antípatro, defienden la imagen tradicional de monarquía griega, aclaman también a Alejandro. Por ello, en el contexto general, se impone la utilidad de la presencia de figuras como la de Parmenión. El campesino al que trata de integrarse en la formación del nuevo estado, está contra la guerra. Alejandro necesita a Parmenión para que su imagen sea la adecuada para el proceso de integración. Aquí se ven las dificultades en la empresa consistentes en aunar elementos diversos. El nuevo estado que se fundamenta en la conquista requiere la participación de quienes están en contra de la empresa conquistadora. En Diodoro, Antípatro y Parmenión le hacen notar a Alejandro que sería preferible consolidar la realeza local garantizando la sucesión, pero él declara que lo importante es la conquista. El proceso avanza cargado de contradicciones.

Por ello, al principio, Parmenión parece dirigirlo todo. Diodoro narra el paso del Helesponto de Europa a Asia. Alejandro arrojó su lanza al suelo de la Tróade como el primer macedonio que tomaba tierra y recibía de los dioses Asia como un bien adquirido por la lanza. Honró las tumbas de Aquiles, Áyax y otros héroes y pasó revista a las tropas. De toda la infantería Parmenión tenía el mando. Una faceta de los caracteres de Alejandro está aquí reflejada: en la infantería, en Parmenión y en la herencia de los héroes griegos como sostén de su capacidad de dominio sustentada en la tierra conquistada. La tradición griega es imprescindible. Pero la reforma militar del año 331 adquiere así también un sentido político. Se nombran quiliarcas, de origen humilde, elegidos por los soldados. En la caballería, los *lochages* se designan por su *areté*. Son escalones intermedios que reducen la influencia de los notables, que no son sus fieles, con lo que se refuerza la autoridad real. De hecho, tales nombramientos caen en personas que son amigos personales del rey. Así, poco a poco, Alejandro se hace cada vez más el «heredero de Darío». Tal definición se produce de modo paulatino, en dos niveles, en los símbolos externos y en la reorganización. Hefestión es nombrado *Quiliarca Áulico*, lo que viene a ser un cargo de raigambre aqueménida, pero al mismo tiempo mantiene la ambigüedad de su connotación próxima al quiliarca de la caballería macedónica. Entre sus funciones está la organización del poblamiento, que fue un instrumento de la política de reconciliación con los persas. Hárpalo es nombrado tesorero y queda como sátrapa de Babilonia, capital financiera del imperio, con lo que se colabora a la formación del estado centralizado con modelo persa.

Esta orientación da lugar a la creación de varios problemas, que son sólo partes del proceso evolutivo que atraviesa el Estado. En Ecbatana se licencia a las tropas de los griegos que se negaban a seguir. La conspiración de Filotas vino a ser un golpe de Estado para asegurar el poder de Alejandro sin necesidad de repartirlo, pero al mismo tiempo limitado a Asia. Así Alejandro se rodea de modo exclusivo de sus propios fieles. En el año 330 se opera la creación de un estado absolutista en territorio conquistado, mientras en Grecia se fomenta la dimensión heroica y en Macedonia Antípatro conserva el concepto macedonio de monarquía.

Entre 330 y 324, el proceso de adaptación se manifiesta en la atracción ejercida sobre nobles persas de las diferentes localidades. Por supuesto, es un proceso problemático que se revela en varios acontecimientos, como el problema de Clito, en relación con Anaxarco como teórico del poder por encima de la Ley, o el problema de la *proskýnesis*, y el enfrentamiento con Calístenes. La carta de Aristóteles reflejaría la desilusión: lo que se estaba realizando no era la empresa panhelénica que se esperaba de Alejandro, lo necesario era esclavizar bárbaros para los griegos.

La imagen de Alejandro conforme a las tradiciones griegas era opuesta a la que se estaba configurando en la realidad. Los sucesos de los años 328-327 mostraron la imposibilidad de la síntesis y el triunfo de la orientalización. La adaptación se realiza por medio de la imagen del rey justiciero ante los indígenas que refleja Q. Curcio.

En 324-323 el ejército es, de hecho, mixto. La monarquía adopta el modelo persa de modo definitivo. La soberanía de Alejandro sobre Macedonia se hace cada vez más nominal a medida que se afirma la soberanía asiática. En este contexto se sitúa el panfleto antialejandrino de Efipo, donde dice que los macedonios no tienen moderación en la bebida, que Alejandro gastaba mucho en beber, al igual que los persas, y que su muerte fue una especie de venganza de Dioniso porque había asediado su patria, Tebas. También alude al lujo y a la ostentación de todo cuanto lo rodeaba, a que llevaba vestidos sagrados en los banquetes, se comportaba como si fuera un dios y se vestía disfrazado de alguno de ello, de Hermes, de Heracles, e infundía temor a los que se le presentaban. En definitiva, se comportaba como un persa, promovía la adulación y aceptaba que lo coronaran como hijo de Amón. A la muerte de Alejandro, una vez más se reacciona, al menos en Atenas, identificando a los macedonios con los bárbaros y la lucha contra aquellos con la lucha contra éstos. Nicobulo dice que en el último banquete se acordó de un episodio de la *Andrómeda* de Eurípides, bebió de modo desmesurado y obligó a los demás a hacerlo. Sólo con la amenaza romana apareció una imagen de Alejandro defensor del helenismo.

La crisis desencadenada a la muerte de Alejandro significó la confrontación de dos modelos monárquicos: el macedónico, apoyado en la falange, y el autoritario, apoyado por los dignatarios. Perdicas utiliza la imagen del «conquistador divinizado» para preservar la unidad, con lo que pudo practicar durante un tiempo la política personal de Alejandro. Frente a él se despierta una oposición generalizada, pero su sustento teórico viene principalmente de Macedonia. En Triparadiso, en el 330, se impuso este criterio representado por Antípatro. Pero, en la realidad, Egipto y otras satrapías ya sólo formaban parte del imperio de una manera nominal.

Éumenes tuvo un sueño en que recibía instrucciones de Alejandro para la sucesión: Polieno muestra que la interpretación de Éumenes se esforzaba por mantener unido el estado centralizado de Filipo II y Alejandro. Ante una posibilidad de rebelión, el sueño mostraba a Alejandro aconsejando que se conservara la única tienda y que ninguna de las cosas comunes se administrara fuera de ella. Así se conservaba el recinto regio y el tesoro, y todos los símbolos de la nobleza. Con ello todos se sometieron en la realidad a Éumenes, en honor a Alejandro.

En general, la legitimidad trataba de encontrar su apoyo en Alejandro. Peucestes es «salvador de Alejandro» y recibe ataques de Jerónimo de Cardia. Tenía el apoyo de la nobleza irania. Peucestes ofrece sacrificios en honor de Filipo y Alejandro, con participación de persas.

Según se arruina la obra de Alejandro, los herederos se sienten más atados a él y pretenden vincular sus propias ilegitimidades a la procedencia alejandrina. Fuera de Macedonia, se desarrolla más la imagen paralelamente a la extensión de una realeza carismática, más ligada al genio personal que a la herencia. No necesariamente va unida a las pretensiones imperialistas, sólo es preciso que exista la ambición de disfrutar de la herencia dejada por Alejandro.

La versión de Aristobulo, en cambio, corresponde a la Macedonia de Casandro, del mismo modo que la pintura de la batalla de Alejandro y Darío. Aquí se representa la lucha de los macedonios frente a los persas, sin ninguna forma de reconciliación ni toque orientalizante. En Macedonia se destacan las dimensiones humanas del conquistador macedónico que servirán de balanza a los excesos de la *Vulgata* alejandrina.

Para Duris de Samos, alumno de Teofrasto, Alejandro es un hombre corrompido por sus contactos con Asia. Alejandro cuando fue señor de Asia adoptó los vestidos persas. Timeo representa, en cambio, a Alejandro como un hombre de acción que actúa, convencido por Calístenes, como hijo de un dios: «Tomó Asia entera en pocos años» y con ello respondía, dice, a las pretensiones que Isócrates había expuesto en su discurso panegírico. Para él, es Calístenes quien se define como adulador y apartado de la filosofía por escribir lo que escribió sobre Alejandro, con lo que corrompía su alma. Alejandro hizo bien en castigarlo. En cambio hicieron bien Demóstenes y otros oradores que se oponían a las honras divinas. Alejandro es, pues, un buen conquistador corrompido por los aduladores.

Demetrio Poliorcetes está en los orígenes de la tendencia a referirse a Alejandro por parte de los pretendientes al trono de Macedonia. En ellos se pone de relieve la empresa asiática: Demetrio destaca la realeza personal, el «rey Demetrio», y el desarrollo del culto, sobre todo con referencia a Dioniso, así como las pretensiones de dominación universal. Duris cita un canto itifálico en que se dice que los dioses más grandes y más amantes estaban presentes en la ciudad y las fiestas se celebraban por igual en honor de Deméter y Demetrio. Los amigos lo rodeaban: eran como los astros y él, el sol. Es señor de toda Grecia. Comenta Duris que eran los mismos que habían rechazado someterse al rey de los persas y habían expulsado a innumerables bárbaros.

Otro paso importante se dio por parte de Pirro identificado con Alejandro. Hammond no cree que Pirro sea descrito en ningún caso como un monarca absoluto. En Plutarco, donde se trata el tema del «sueño profético», también se

trata de la «promoción por Alejandro» en el caso de Lisímaco. E incluso se fomenta el parecido con Alejandro: Antígono y Demetrio en Atenas adquieren el título de reyes, sus embajadores son *theoros*, mientras antes sólo lo eran para Alejandro. La asimilación va unida al papel como liberadores. También ocurre en Escepsis en 311. Se hacen sacrificios, juegos y una estefanoforia y en adelante habría una panegírica dedicada a él cada año. Es heredero único de la realeza personal de Alejandro, no de la monarquía nacional macedonia, como era el caso de Casandro; es como Alejandro, pero sin su aspecto oriental; estos monarcas se desentienden de oriente. Su obra principal se centra en la concesión de autonomía a las ciudades.

Las monedas de Lisímaco también llevan la figura de Alejandro divinizado. La caza del león es una forma de identificación con Heracles, en un epigrama anónimo dedicado a la imagen del rey Lisímaco, en que se dice que, al verla, se busca la piel de león; si se encuentra es Heracles y, si no, Lisímaco.

En Egipto es donde el recuerdo de Alejandro está más arraigado, y recibe culto en Alejandría. Ptolomeo posee doble soberanía, como sucesor de Alejandro y de los faraones, y aparece en las monedas con la égida. Recibe culto en Rodas. Fue importante la colaboración de Evémero. La historia de Alejandro de Clitarco se refleja en Diodoro y Q. Curcio, en la llamada *Vulgata*. Las *Memorias* de Ptolomeo se reflejan en Arriano. Clitarco realiza un retrato idealizado de Ptolomeo. Seguramente Clitarco recoge leyendas existentes en Alejandría al final del siglo IV. Aquí se destaca por ejemplo la amistad de Alejandro y Ptolomeo, que aparece en Diodoro. Alejandro estaba apenado por las heridas de Ptolomeo, más que por su propia suerte. Es la encarnación del ideal monárquico no orientalizante. Allí se mezclan las tradiciones populares y la función política. Es la figura de Alejandro, transmitida en clave épica, como héroe que sufre experiencias similares a las de Heracles. Por otro lado, la narrativa de Ptolomeo, a la muerte de Alejandro, procura una apariencia de objetividad, como apoyo a su programa político de «promoción por Alejandro». La objetividad es, por tanto, aparente, y es esa apariencia de objetividad la que se transmite a Arriano. Alejandro queda aquí reducido prácticamente a su función estratégica.

Su retrato es el de un conquistador realista y moderado, por lo que se guarda silencio, en cambio, sobre sus planes de dominación universal. En general, lo importante es la victoria, por lo que el poder se basa más en el carisma personal que en la herencia y se han perdido los aspectos orientalizantes. Su despotismo aparece descrito con contrapartidas benéficas, que se instalan dentro del campo del evemerismo.

2. HISTORIOGRAFÍA

A continuación, veremos el estado general de la historiografía sobre Alejandro. Los historiadores sólo conservados fragmentariamente están recogidos por Jacoby. Diodoro trata de Alejandro en el libro XVII, donde hay una laguna entre los capítulos 83 y 84, que corresponde a los años 330-327. De Q. Curcio está perdido hasta el año 333. La fuente principal de ambos parece ser Clitarco. Es más orientalizante. Los excesos son señales de la grandeza del héroe. Cicerón dice que escribe «rhetorice et tragice». Su mayor popularidad lo hace base de las novelas sobre el tema de Alejandro. Arriano, en cambio, se fundamenta en Ptolomeo y en Aristobulo de Casandrea. Todas las fuentes conservadas, de un modo o de otro, tienden a la apología. Plutarco reviste mayor complejidad, porque cita cartas de Alejandro y veinticuatro autores. Gracias a él se reconocen muchos nombres de historiadores de Alejandro.

Aristobulo es fuente de Arriano, pero también es utilizado por Diodoro. Es el que se considera más ponderado. Posteriormente estuvo con Antípatro, que es el que se considera menos «heredero» de Alejandro.

3. GOUKOWSKY

Para Goukowsky, el problema de las fuentes de Diodoro sigue siendo mucho más complejo de lo que normalmente se ha planteado. Es preciso tener en cuenta la existencia de una obra perdida a la que se refiere Diodoro, pero también Trogo Pompeyo, Quinto Curcio y el *Epitome de Metz*, y que es lo que puede recibir el nombre de *Vulgata*, cuyo autor habría realizado la labor de «mosaísta» que por otros se atribuye al propio Diodoro. Mas, por otra parte, se detectan múltiples detalles indicadores de que Diodoro ralizó también otras lecturas. La fuente común a los demás puede haber sido un historiador helenístico que debe de identificarse con Clitarco, que fue entre los romanos el más conocido de los historiadores de Alejandro.

Clitarco puede haberse informado en Grecia a través de quienes habían estado en relación directa con Alejandro y con los persas, aunque también haya utilizado los escritos disponibles en su época. Esto sería antes del año 308, fecha en que pasó a la corte de Ptolomeo por lo que, en la segunda parte de su historia, acentúa los rasgos que ponen de relieve el papel del monarca egipcio y sobre todo el del Oráculo de Amón que revelaba la naturaleza divina de Alejandro; pero aun así Clitarco seguía leyendo a Aristobulo y a Nearco. Es la principal fuente de Diodoro, donde se nota la falta de observación directa sobre todo en las cuestiones bélicas. Todavía no existían las *Memorias* de Ptolomeo que utilizaría Arriano. Por su parte, Diodoro es un gran admirador de la figura de Alejandro. Es difícil, a este respecto, conocer cuál es la imagen dada por Clitarco. Tal vez la imagen de rey heroico, hijo predestinado de Zeus Amón, émulo de Heracles y Dioniso, conquistador de la ecúmene. Pero Diodoro parece haber establecido una especie de nivelación en los rasgos excesivamente acusados. En él importa el papel de la Fortuna, cuya actuación sin embargo no impide el mérito del héroe, acompañado de la mesura que permite garantizar la duración de los imperios. A veces puede caer en excesos, pero se disculpan por sus cualidades militares que identifican al rey con la victoria. La inclinación hacia él es la propia de los últimos tiempos de finales de la República, concluye Goukowsky.

4. HAMMOND

La interpretación de Hammond difiere sustancialmente de ésta. Para él existió realmente un Diario de Alejandro que probablemente fue llevado a Alejandría por

Ptolomeo, del que bebieron Arriano, Plutarco, Eliano y Ateneo. En cambio, Diodoro, Justino y Q. Curcio reciben la tradición de Clitarco. El método de análisis, a partir de una lectura general, consiste en separar bloques de narrativa que pueden atribuirse a una fuente concreta. En Diodoro habría una primera fuente, representada, por ejemplo, por el saqueo de Tebas, caracterizada, como descripción bélica, por su carácter fantástico y por tener como objetivo principal el de causar sensación. Allí se manifestaba la lucha por la libertad sostenida por los griegos a quienes se atribuye un especial protagonismo. Esta fuente es probablemente Clitarco y la misma sería la de las batallas de Gránico, Issos, Arbelas y la que enfrentó a Alejandro con Poros. Como rasgo estilístico se caracterizaría por su estilo épico y su sensacionalismo, por su exaltación macedonios. Sin duda, se muestra el o de Alejandro, pero, en general, empequeñecido. Muchos éxitos se atriudel heroísmo y, de nuevo, por su tendencia favorable a los griegos y especialmente a los tesalios y, en cambio, por su antipatía hacia los macedonios. Sin duda, se muestra el heroísmo de Alejandro, pero, en general, empequeñecido. Muchos éxitos se atribuyen a la suerte y a los errores de los enemigos. Frente a ellos, se resaltan sus rasgos de tirano. El conocimiento de los persas, de sus proyectos y acciones, lleva a Hammond a afirmarse en su teoría de que se trata de Clitarco, dado que su padre, Dinón, escribió un libro sobre costumbres persas. La fuente, en general, es de poco valor histórico.

Pero hay otra fuente que abarca los capítulos 21-8, 1 y 15-16, que exalta a Alejandro y es de origen griego, pero que no es la misma que la anterior. Es mucho más detallada y apegada a los hechos. Es favorable a Tebas, pero considera que Alejandro se comportó con ella humanamente. Hammond cree que está usando a Dilio, del que también se había servido en el libro XVI. Era un escritor ateniense del siglo III, interesado especialmente en los asuntos de su ciudad. Es una fuente estimable, pues usaba a su vez fuentes directas de oradores y decretos. Dilio mismo pudo haber utilizado a Ptolomeo en algunos datos que se transparentan en Diodoro. Como para Hammond la aportación directa de Diodoro es mínima, se llega a la conclusión de que con Clitaro y Dilio se completa todo el panorama del libro XVII. La línea central era la del segundo, pero la completó con Clitarco porque, en aquél, las descripciones de batallas eran excesivamente breves. En general, son resúmenes de los dos autores yuxtapuestos. Dilio sería la fuente de la narración y Clitarco la de las grandes ocasiones de la carrera de Alejandro, sobre todo aquellas que se prestaban a una descripción más coloreada. En estos pasajes Diodoro despliega más su propio estilo retórico. El orden inicial, según Hammond, de los historiadores de Alejandro sería: Calístenes, que entre los griegos era rechazado por su excesiva adulación, Clitarco, fantástico, novelesco, pero crítico de Alejandro; Aristobulo y Ptolomeo, como reacción más próxima a la verdad.

Justino es independiente de Diodoro XVII. Él hace el resumen de la *Historia Filípica* de Pompeyo Trogo, que empezaba en Asiria y terminaba con los acontecimientos del principado de Augusto. Trogo parece usar principalmente a Clitarco, pero introduce trozos de otros autores, de los cuales pueden identificarse fundamentalmente los del historiador helenístico Sátiro. El tono general dominante es más clitarquiano que el de Diodoro. Los otros autores que utiliza Trogo son escritores de biografías sensacionalistas y, además, él mismo compuso discursos y los introdujo.

En general, Curcio coincide con Diodoro en la fuente de Clitarco, pero está más interesado que éste en los problemas que se desprenden del poder personal, seguramente por haber escrito en la época del principado. Hay aspectos en que Curcio usó fuentes diferentes a Trogo, cuando en éste está reflejado Clitarco, pero donde hay fuente común es también en Clitarco. En líneas generales, la fuente es Clitarco, con añadidos de Dilio y Hegesias. Otras veces lo único que está claro es que no sigue a Ptolomeo y Aristobulo.

El uso de Dilio por Diodoro y Curcio se justifica porque Clitarco se había concentrado en las hazañas de Alejandro en Asia y no trataba sus relaciones con los griegos, salvo la destrucción de Tebas, al margen de que pudiera haber preferencias para algunos casos concretos. Quien hace menos uso de Clitarco es Diodoro, porque sentía una ingenua admiración por Alejandro. Curcio lo transforma de acuerdo con su propia concepción de la realidad. Y Justino es quien lo usa más profundamente, pero al mismo tiempo es quien, cuando lo sustituye, utiliza una mayor variedad de autores. Hammond rechaza la hipótesis de un recopilador intermedio y considera que las similitudes entre estos tres se deben al uso directo de Clitarco en mayor o menor medida. Las diferencias se explican porque cada uno tomó los pasajes que prefería y usó distintas fuentes adicionales. La «vulgata» sería la solución fácil y cómoda a todo el problema de las fuentes de Alejandro.

5. VIDAL-NAQUET

Casi todo el mundo está de acuerdo en que el epigrama encontrado en Córdoba en 1971, en que un procónsul, Arriano, dedica a Ártemis los dones de las musas, es decir, su propia creación poética, que considera una ofrenda mejor que todo el oro y la plata, es obra del autor de la *Anábasis de Alejandro Magno*. Era un griego de Nicomedia perfectamente integrado en el mundo romano, en la época del imperio de los Antoninos, discípulo de Epictecto, y que se vinculaba a sí mismo a la tradición historiográfica griega representada por Jenofonte. Como él, escribió un *Cinegético* y dio a su obra el título de *Anábasis*. Las *Párticas*, sobre las campañas de Trajano, se narraban como una repetición de los éxitos de Alejandro. Vidal-Naquet destaca como peculiaridad de la figura de Arriano en su época el hecho de que sea al mismo tiempo un hombre griego dedicado a las musas y un romano que desempeña funciones en la carrera política y militar. Como aticista responde al dilema, participa de la doble naturaleza de las Atenas de la época: la de Teseo y la de Adriano, en una duplicidad que no sustituye el presente por el pasado, sino que lo considera una restitución de ese mismo pasado. El otro aspecto de su personalidad intelectual está formado por la herencia de una tradición romana consistente en la imitación de Alejandro, existente, de modo contradictorio, desde la época republicana. Este mundo es el que hay que tener en cuenta para comprender a Arriano, y no sólo el de sus fuentes, aunque también su elección es importante: Ptolomeo es miembro de la expedición y rey, como Trajano; Aristobulo es miembro de la expedición y escritor, como Arriano mismo. Pero no han sido las únicas. Ni Arriano ha utilizado una fuente única, ni siquiera dos, ni Arriano puede ser utilizado como fuente única para la expedición de Alejandro.

6. HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA

Todo relato es válido, pero tal validez es cierta si se piensa que afecta a lo real o lo imaginario alternativamente o simultáneamente. El conocimiento de la realidad histórica de Alejandro requiere el acercamiento mayor posible a los hechos narrados, pero también a todo el conglomerado formado por el entramado de las fuentes, que den cuenta de representaciones que se han hecho los hombres de la figura de Alejandro y que son igualmente historia porque permiten ver la naturaleza humana en evolución influida por una concepción de un hombre influyente sobre la concepción admitida de ese mismo hombre. El objeto historiográfico no es, pues, Alejandro; es más bien Alejandro y sus historiadores. Desde nuestra perspectiva, además, es indudable que si en la antigüedad fue creada, dentro de su propio proceso histórico, una imagen de Alejandro que variaba y se adecuaba a las diferentes necesidades ideológicas, al tiempo que se acumulaba sucesivamene, la historia posterior no ha dejado de hacer lo mismo. La edad media y el mundo moderno y contemporáneo han seguido configurando imágenes de Alejandro difíciles de resumir, todas ellas presentes en el momento de intentar concebir algo real de la figura antigua, todas ellas en cierto modo reales, que sólo es posible analizar con la clara conciencia de estar en una situación de espectadores de una realidad compleja ya cronológicamente larga, de la que al mismo tiempo se participa como protagonistas. Tal vez no haya tema de la Antigüedad donde historia e historiografía se confundan más.

DOCUMENTOS

1. ARISTÓTELES, POLÍTICA, V, 10, 7-8 = 1310b31-40: (TRADUCCIÓN C. GARCÍA GUAL Y A. PÉREZ JIMÉNEZ)

Según dijimos, la realeza se basa en la aristocracia y depende de un mérito, ya sea de una virtud personal o de linaje, de buenas obras, o de estas cosas unidas al poder; pues todos, por haber beneficiado o tener la posibilidad de beneficiar a las ciudades a los partidos, obtenían esta categoría: unos con la guerra, librándolos de la esclavitud, como Codro, y otros dándoles la libertad, como Ciro, promoviendo fundaciones o apoderándose de territorios, como los reyes de los lacedemonios, macedonios y molosos.

Claramente se salvan, en general, gracias a las causas contrarias y, en particular, con dirigir las realezas a un plano más moderado. En efecto, en cuanto los reyes controlan menos asuntos, más tiempo necesariamente durará la generalidad de su poder; pues ellos se van volviendo menos absolutistas y más a la altura de su temperamento, con lo que son menos envidiados por sus súditos.

BIBLIOGRAFÍA

M. M. AUSTIN: *The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest. A Selection of Ancient Sources in Translation*, Cambridge, University Press, 1981, 488 págs.: recoge los historiadores de Alejandro.

P. GOUKOWSKY: *Essai sur les orignes du mythe d'Alexandre (336-270 av. J.-C). I. Les origines politiques*, Nancy, Annales de l'Est, 1978, 360 págs.

—, «Notice» a *Diodore de Sicile*, livre XVII, Les Belles Lettres, 1976.

N. G. L. HAMMOND: *Three Historians of Alexander the Great. The So-called Vulgata authors. Diodorus, Justin and Curtius*, Cambridge University Press, 1983, 205 págs.

P. LÉVÊQUE: *Pyrrhos*, París, De Boccard, 1957, 735 págs. Pirro y Alejandro (p. 146); Demetrio Poliorcetes (pp. 149-151).

P. VIDAL-NAQUET: «Flavius Arrian entre deux mondes», en Arrien, *Histoire d'Alexandre*, París, Les éditions de minuit, 1984, 309-394.

CAPITULO XV

LOS DIADOCOS

1. LA MUERTE DE ALEJANDRO

A la muerte de Alejandro, Perdicas hace la propuesta de esperar al hijo de Roxana. Perdicas había quedado como quiliarca, el primero después del rey, como un gran visir del imperio, título de resonancias persas, con lo que eso llevaba consigo en lo ideológico. Su plan consistía en unir Macedonia y oriente. La regencia estaría en una especie de tetrarquía formada por Perdicas y Leonato en oriente y Crátero y Antípatro en occidente. Parece que la oposición surgió entre los soldados.

En efecto, en Macedonia se encontraba Filipo Arrideo, que recibía el apoyo de éstos, reclutados entre el campesinado macedonio que constituía la falange y que representaban la tradición macedónica. Puede tal vez reflejarse aquí una división entre la nobleza y la tropa, pues la caballería servía de apoyo a los planes de Perdicas. La solución se busca en una especie de reinado compartido. Crátero queda como consejero y *prostátes* del rey, en principio del de Macedonia, hasta el año 319. Antípatro sostuvo al ejército como *strategós*, lo que significaba contar con los soldados. Además de ello poseía una reserva importante de talentos.

Todo esto significa que el verdadero poder queda ahora en manos de Perdicas y Antípatro. En Macedonia, a la que se sumaba la Grecia de la Liga de Corinto, se plantea el poder como una continuación de Filipo más que de Alejandro. Ante la supremacía de Perdicas en otros terrenos, Antípatro negocia con Crátero y Ptolomeo. Luego, la victoria de Antípatro y Crátero en Tesalia llevó a Crátero a Asia. El plan que se fraguaba consistía en que Antípatro controlara Occidente y Crátero Asia como estratego, lo que venía a significar el final de los primeros acuerdos llevados a cabo en Babilonia. Antípatro no está interesado en el control del imperio entero; sólo está preocupado por preservar Macedonia.

2. GUERRA LAMIACA

En el año 323, en Atenas, estalla la guerra lamiaca, con la participación activa de Demóstenes e Hipérides. A Atenas se aliaron Sición, Élide, Mesenia y Argos, más algunos tesalios y beocios. La guerra terminó con la derrota de Atenas en Cranón y allí quedó instalada una guarnición macedónica. En la ciudad, el conflicto había estado acompañado de profundas commociones internas, en que Hipérides, Leóstenes, etc., se enfrentan a Foción. Según Diodoro, los ricos aconsejaban estar en paz, mientras que los demagogos exhortaban a la guerra. Los partidarios de la guerra estaban habituados a obtener su sustento de la *misthophoria*, del salario público. Filipo decía que para ellos la guerra era paz y la paz guerra. Los atenienses se erigen así en liberadores de Grecia. Llamaban guerra helénica a la guerra lamiaca y consideraban que la lucha de Atenas se hacía en favor de todos los griegos.

Cuando fueron derrotados, Antípatro sólo aceptaba el final de la guerra si los atenienses ponían todo en sus manos, lo que ocurrió tras la embajada de Foción. El pueblo ateniense se tuvo que poner enteramente en manos de Antípatro. Sus condiciones estuvieron fundamentalmene en el establecimiento de un régimen censatario, en el que los que poseían un censo de más de 2.000 dracmas tenían los derechos políticos y podían votar, pero el resto quedaba alejado de la ciudadanía, «por ser amante de las turbaciones y de la guerra». Otra condición fue la destrucción de la flota. La situación general está descrita por Pausanias.

Foción queda como personaje todopoderoso de la ciudad de Atenas y aprovecha las circunstancias para apoyar la imposición de este tipo de constitución restringida. Dice Plutarco que a los activistas y revolucionarios les enseñó a amar el trabajo de la tierra, lo que, en tono elogioso, oculta medidas paralelas a las anteriores, consistentes en evitar la profesionalidad política de los ciudadanos pobres. En la misma línea, también se envían colonos a Tracia. La teoría era que se restablecían las leyes de Solón. Todas las medidas se aplicaron con el apoyo de una guarnición. Fue Demades quien hizo ver la importancia de la misma, para impedir el retorno al poder de los demócratas.

3. LOS SUCESORES

Tras la guerra lamiaca, Antípatro y Crátero, junto con Antígono y Ptolomeo, se enfrentan a Perdicas, que pretendía darles órdenes y contaba con el apoyo de su ayudante, Éumenes de Cardia. Así como otros luchan por mantener la unidad bajo su control, Ptolomeo tiende a la independencia aprovechando el control de Egipto. En general, los sátrapas tratan de ensanchar su poder y de administrarse de modo autónomo.

Perdicas tiene un mayor contingente militar y Éumenes dirige las operaciones en Asia Menor. Consigue derrotar a Crátero, que encuentra la muerte allí, pero se enfrenta a Ptolomeo, fracasa y es muerto por sus oficiales en el año 321. Ante esto, se llega a una especie de arreglo temporal entre los demás. Eurídice, la mujer de Filipo Arrideo, intenta abolir la regencia. Los jefes del ejército se reúnen en la conferencia de Triparadiso, al norte de Siria, en el año 321. Antípatro es nombrado

epimelétes autokrátor y reorganiza las satrapías. Se dirigen contra el resto del ejército de Perdicas, en Asia, que está bajo el mando de Éumenes y Alcetas.

Casandro es nombrado quiliarca bajo Antígono, pero éste comienza a no aceptar la colaboración ni la lealtad a los reyes. Antípatro traslada a éstos a Macedonia. Según su punto de vista, el centro del imperio está en el oeste. El este va quedando en manos de los sátrapas. Antígono adopta la postura de una especie de supersátrapa en oriente, mientras Ptolomeo se hace también dueño de su satrapía. Antígono consigue derrotar a Alcetas y encerrar a Éumenes en Nora (Capadocia).

Como Antípatro nombró *epimelétes* a Poliperconte, creó la envidia en Casandro que aspiraba al puesto. La muerte de Antípatro también despertó las ambiciones de los jefes de Asia, sobre todo de parte de Antígono. El ejército apoya a Poliperconte por su fidelidad, pero éste en general no consigue el acatamiento de los dirigentes. Antígono prosigue la conquista de las satrapías asiáticas. Ptolomeo ocupa Siria. Casandro, hijo de Antípatro, quiliarca de Poliperconte, en occidente, escapa hacia Antígono y, con él y el apoyo de Ptolomeo y Lisímaco, hace la guerra a Grecia.

Poliperconte, entonces, proclama la «libertad y autonomía de Grecia», con lo que se promueven revoluciones internas en las ciudades y luchas locales, revueltas frente a las guarniciones y a las oligarquías promacedónicas. Es la oportunidad para Casandro.

4. ATENAS

Entre los acontecimientos que tuvieron lugar a la muerte de Antípatro, en 319, hubo una revuelta democrática en Atenas. El demos nombró para las magistraturas a los más democráticos y sometió a juicio a los que habían mandado bajo la oligarquía, entre ellos a Foción. Dentro de la Asamblea estaban los privados de derechos políticos. La condena la llevó a cabo la multitud, con el demos y los esclavos incluidos. La Asamblea se celebró al poco tiempo en Atenas a la llegada de Poliperconte.

Foción no puede defenderse. Se lo impedía la masa de los demóticos a la que se había apartado de la *politeía* y que había conseguido el regreso contra toda esperanza y perseguía amargamente a quienes la habían privado de su autonomía. Es la época en que la ciudad honra a Eufrón de Sición como héroe que la ha defendido frente a los macedonios.

La democracia en Atenas dura hasta el año 317, en que Casandro vence a Poliperconte. Según Diodoro, la Asamblea ateniense decide llamar a Casandro. Las condiciones serían que los atenienses conservarían territorio, ingresos y naves, y serían amigos y aliados de Casandro, mientras que éste tendría Muniquia hasta que terminara la guerra contra los reyes. Habría un régimen censatario que comprendería hasta las rentas de diez minas y se nombraría un epimeletes de la ciudad, un ateniense que pareciera bien a Casandro. Fue elegido Demetrio Falereo, considerado pacífico y filantrópico hacia los cudadanos. Las ciudades griegas se inclinaron en general en favor de Casandro. Ésta es la época en que las fuentes hablan para Atenas de un censo de 400.000 esclavos.

5. ANTÍGONO

Poliperconte nombra a Éumenes comandante en jefe del ejército real en Asia, frente a Antígono, pero éste lo vence en 316. Luego, Poliperconte es expulsado de Macedonia y Grecia por Casandro. En Macedonia, Olimpia ejecutó a Filipo y Eurídice. La población y el ejército se ponen a favor de Casandro, que sitia a Olimpia en Pidna. Ésta se rinde y muere en el mismo año 316. Casandro queda como dueño de Macedonia y Alejandro como su prisionero de guerra. Casandro, Lisímaco y Ptolomeo envían embajada a Antígono a negociar en pie de igualdad, pero Antígono se niega.

En general, se trata de un período de predominio de Antígono el Cíclope, padre de Demetrio Poliorcetes que, en un primer momento, había desempeñado misiones en Asia Menor. Antígono ha declarado la libertad de todos los griegos en 314 «para tener aliados», según Diodoro, que sigue: «el deseo de los griegos de ser libres los hacía aliados para la guerra».

Ptolomeo se había hecho fuerte en Egipto, con el apoyo del cadáver de Alejandro, en una magnífica tumba, a la que dedicó un culto oficial. En 321 era un reino separado con centro en Alejandría, capaz de hacer frente Perdicas y de desobedecer a Antípatro. Cuando se enteró de lo que se había decidido por los macedonios sobre la libertad de los griegos, escribió algo parecido, pues quería que los griegos supieran que se preocupaba de su autonomía no menos que Antígono. Cada uno veía que ganarse la buena acogida de los griegos constituiría una fuerza no pequeña y rivalizaban entre sí por realizar actos de evergetismo hacia ellos. Seleuco, sátrapa de Babilonia, acude en favor de Ptolomeo frente a Antígono.

La guerra comienza en 315. Antígono cuenta con el apoyo de Poliperconte. Expulsa de Siria a Ptolomeo, se hace con una poderosa flota en Fenicia y se alía con Rodas, con lo que se convierte en dueño del Mediterráneo. Luego se dedica a atacar diplomáticamente a Casandro, se declara regente y guardián de Alejandro y proclama la libertad de Grecia y, de hecho, protege la libertad de formar ligas de algunas ciudades griegas de Asia Menor y las Cícladas.

En 314 ataca las posiciones de Casandro simultáneamente en Grecia y Macedonia y se apoya en la declaración de libertad de los griegos.

Ptolomeo, sin embargo, obtiene algunos éxitos en Grecia, con la liga de los Nesiotas, sólo conocida por las inscripciones. Lisímaco impide a Antígono el paso de los Dardanelos.

En 313/312, Antígono declara a Mileto libre y autónoma y proclama la *democratía*. En general es la política seguida en la guerra contra Casandro y que viene a durar hasta la época de Antioco I.

En 312, Ptolomeo va a Palestina, donde está Demetrio, en Gaza, y lo derrota. Pero acude Antígono y Ptolomeo tiene que retirarse. Ahora bien, antes ha ayudado a Seleuco a ocupar su satrapía de Babilonia. Demetrio acude allí en 311, pero fracasa. Antígono intenta entenderse con sus rivales, que aceptan la paz. Casandro, Lisímaco y Ptolomeo dejan solo a Seleuco. Antígono aparece como señor de todo el oriente. Casandro es reconocido como regente en Macedonia. Aunque era para Antígono un frenazo, lo utilizaba en su propaganda como un triunfo.

En 310, Casandro ha asesinado a Alejandro y consigue atraerse a Poliperconte. Ptolomeo, sin embargo, da en Grecia una serie de pasos contra Casandro, al liberar Corinto y Sición en 308 y establecer guarniciones. Se pone a la cabeza de la liga de las islas creada por Antígono.

La guerra entre Antígono y Seleuco continúa hasta el final del año 308. Luego se firma la paz en 307/306, pero Seleuco sigue siendo independiente y cada vez más fuerte. Antígono entonces se dirige hacia occidente contra Casandro y Ptolomeo.

6. DEMETRIO POLIORCETES

Cuando Demetrio fue derrotado en Egipto, se dirige a promover la «liberación» de Atenas, en 307. Allí restaura la *patrios politeía*, la constitución ancestral. La misma labor la realiza en gran parte del resto de Grecia, pero fueron los atenienses, dicen, quienes lo encumbraron como rey y dios salvador. En Mégara se cuenta la anécdota del filósofo Estilpón que le reprochó que no les había dejado ni uno de sus esclavos.

Con Demetrio se inaugura la figura del rey que actúa como «salvador» del demos, y que Plutarco hace objeto de una biografía paralela a la de Antonio. En Atenas fue divinizado como Dioniso y se conserva un himno dedicado a él como dios, en la ciudad, del año 291.

Demetrio derrota a Ptolomeo en Chipre en el año 306. Luego se produjo el famoso sitio en 305/304, en que Demetrio se ganó la fama que sirvió para que se le atribuyera el epíteto de Poliorcetes o sitiador de ciudades. Rodas, con todo, permaneció libre y serviría de punto de contacto entre Egipto y el mundo egeo. Establece una alianza con Antígono, pero queda libre de participar en un posible ataque a Egipto.

Antígono comparte con su hijo el título de rey. Más tarde, fracasan en su intento de invadir Egipto. En 304, también Ptolomeo se nombra rey y, luego, también Lisímaco, Casandro y Seleuco. Casandro consigue aumentar su poder. Cuando vuelve Demetrio, sin embargo, libera la mayoría de las ciudades del Peloponeso, entre ellas Corinto y Sición.

En 302, Demetrio reconstituye la Liga de Corinto. Luego llega a una alianza con Pirro, pero son derrotados en Ipso, en el año 301, por Lisímaco, que se había quedado al cargo de Tracia y las costas del Mar Negro, y por Casandro. También participaron Ptolomeo y Seleuco, pero Seleuco y Demetrio estarán aliados en 299.

7. EL FINAL DEL IMPERIO DE ANTÍGONO Y DEMETRIO

Ipso significó la destrucción del imperio de Antígono. Es una época caracterizada por el predominio de los jefes militares que llevaban la guerra como una industria beneficiosa. Los vencedores no quedaron satisfechos con los arreglos posteriores a la batalla, principalmente Lisímaco, que ya se había añadido parte de Asia Menor, y Seleuco.

Demetrio, con todo, posee la flota más poderosa del Egeo y es el «presidente» de la Liga helénica. Domina Chipre y ciudades en Grecia, Asia Menor y costa fenicia. Realiza algunas campañas victoriosas contra Lisímaco en Asia. En 299 se forma una alianza de Lisímaco y Ptolomeo contra Seleuco, pues están preocupados por su vecindad. La consecuencia fue que éste acudió a buscar la alianza de Demetrio.

En este momento Casandro mantiene el control de Grecia y Atenas conserva hacia él una neutralidad amistosa. Pero Casandro murió el año 297, lo que significó una oportunidad para Demetrio, que en Fenicia soportaba la rivalidad con Seleuco. Demetrio deja Asia y se dirige a Grecia en el año 296. Los enemigos se alían contra él, pero se dirige al Peloponeso y Atenas y desde allí reconquista Grecia. En Atenas obtiene el apoyo de la facción de Olimpiodoro, opuesta al tirano Lacaras, entonces en el poder.

De Macedonia lo llama Alejandro para combatir frente a Antípatro, hijo de Casandro.

Según Plutarco, Pirro había sido desposeído de la realeza por los molosos, por lo que se había refugiado junto a Demetrio, casado con su hermana Deidamea, que había sido antes novia de Alejandro el hijo de Roxana. El matrimonio había tenido lugar en las fiestas de Hera en Argos, que Demetrio había presidido y había participado junto con los griegos. Pirro participó en Ipso cuando todavía era un muchacho, puso en fuga a los que tenía enfrente y se mostró brillante entre los combatientes.

Demetrio tenía pretensiones sobre Asia y Grecia. En 294 se hizo reconocer rey de Macedonia, tras matar a Alejandro. Desde 293, Demetrio es el más fuerte, por lo que pasa a intentar la conquista de Asia y a comprometer a Grecia en la guerra, en el año 289. Como consecuencia, Lisímaco busca la alianza con Pirro. Entre tanto, éste ha estado en Alejandría y ha sentido la influencia de su estancia allí. Ptolomeo ha apoyado su restauración y Pirro deja a Demetrio por la clientela política de aquél. Al parecer, además, contaba con el apoyo de los epirotas, mientras que su rival, Neoptólemo II, que era promacedónico, sólo contaba con el apoyo exterior.

Lisímaco busca también el apoyo de los soldados macedonios descontentos. Demetrio, después de Macedonia, que se consideraba desde Filipo II propiedad de la corona, tenía ya también la mayor parte del Peloponeso, Mégara y Atenas. Ahora hizo una expedición contra Beocia, que en este momento servía de pantalla entre sus posesiones del norte y del sur de Grecia. Pero los beocios, animados por la presencia de un ejército espartano al mando de Cleónimo y exhortados por Pisis y Tespias, entonces el primero en fama y poder, se rebelaron. Pero ante el asedio de las máquinas de Demetrio, Cleónimo se retiró asustado y los beocios se desanimaron y se entregaron. Demetrio estableció una guarnición en las ciudades, cobró mucho dinero y les impuso como gobernador y harmosta al historiador Jerónimo, pero resultó que Demetrio se comportaba clementemente porque a Pisis no le hizo ningún daño, sino que lo acogió benévolamente y lo nombró polemarco de Tespias. No mucho tiempo después, Lisímaco fue aprisionado por el rey de los getas, al norte del Danubio. Aunque fue tratado con generosidad y liberado inmediatamente, Demetrio marchó con toda rapidez sobre Tracia, en la

idea de que la encontraría abandonada, pero al mismo tiempo se produjo una nueva revuelta de los beocios. Cuando Demetrio regresó los encontró vencidos por su hijo Antígono, pero puso sitio a Tebas. Pirro, entre tanto, hacía correrías por Tesalia y había llegado hasta las Termópilas, por lo que Demetrio dejó a Antígono en el asedio, marchó contra Pirro y lo puso en fuga. Luego volvió a Tebas y se apoderó de ella.

En el año 289, Pirro se alía con los etolios. Luego, Demetrio atacó el Epiro, y Pirro hizo frente a Pantauco, el mejor de los generales de Demetrio, con quien entabló un combate singular que, según Plutarco, le valió la admiración de los enemigos. Pensaban que se parecía a Alejandro por su aspecto, sus movimientos y por el manejo de las armas, mientras que los otros reyes sólo lo recordaban por la púrpura, las escoltas, la inclinación del cuello y la grandilocuencia, principalmente Demetrio.

En 288, Lisímaco y Pirro invaden Macedonia y no encuentran resistencia. Desde entonces, Demetrio sólo conserva su poder sobre Grecia. Todavía hay, sin embargo, un nuevo intento en Asia, que termina en retirada en el año 286. Al ver Asia amenazada, Seleuco, Ptolomeo y Lisímaco se habían unido contra Demetrio y enviaron embajadores a Pirro para que atacara Macedonia. Pirro tomó Berea y en el ejército de Demetrio cundieron la indisciplina y las deserciones. Demetrio y Pirro compartieron durante un tiempo el territorio de Macedonia. Pirro se hacía propaganda como demótico y amante de los soldados. De hecho, correspondía mejor que Demetrio al ideal de rey macedonio, al margen de que, a lo largo del siglo III, se produjeron muchos cambios en las lealtades de los soldados hacia los reyes.

Luego puso en marcha su intento contra Seleuco, de quien cayó prisionero en el año 285. A este periodo puede corresponder la revuelta ateniense que se refleja en el decreto en honor de Calias de Esfeto, del año 270/269. En el 290/289, los atenienses honran a Zenón, prefecto de la flota del rey Ptolomeo I, que había sido benévolo y se había preocupado del demos y de cada uno de los atenienses privadamente, y había rivalizado por la salvación del demos. En Atenas se encuentran los adversarios de Demetrio en ambos casos. Los atenienses llamaron a Pirro, que les aconsejó no llamar ni dejar entrar nunca a ningún rey en la ciudad. Los atenienses, atendiendo a esta circunstancia le erigieron una estatua.

8. LISÍMACO

El principal ganador fue Lisímaco, que luego se alía con Pirro para debilitar el poder de Antígono Gonatas, hijo de Demetrio, en Grecia. Por medio de cartas y conversaciones se dedicó a corromper a los primeros de los macedonios y a reprocharles que hubieran elegido como señor a un extranjero cuyos antepasados siempre habían sido esclavos de los macedonios y que alejaran de Macedonia a los amigos y familiares de Alejandro. Aludía pues al patriotismo macedonio y a la fidelidad a Alejandro.

En 285, invade el reino de Pirro. Lisímaco queda como dueño de Grecia y Macedonia.

9. EL EPIRO

Bajo Pirro, el reino del Epiro experimenta un crecimiento y se reorganiza el ejército. Ha dado la vuelta momentáneamente a la tendencia existente desde Filipo II a someter el Epiro a Macedonia. En varias inscripciones lo llaman «rey Pirro» así como en algunos textos literarios. Su reino se basa, de todos modos, en una tradición anterior. Desde el siglo IV se ha configurado, en contacto con los griegos y por obra de los reyes, un *koinón* o confederación de los molosos, que refleja la preeminencia de éstos en el Epiro, y siempre subsistía un *prostates* «presidente» de los molosos. De este modo se mantuvo el carácter de confederación. Pirro toma el poder como «rey de los epirotas». Tenía que realizarse una ceremonia en Pasarón, territorio de los Molóside, donde los reyes hacían un sacrificio a Zeus Areo y juraban con los epirotas que gobernarían según las leyes, y ellos a su vez que guardarían la realeza según las leyes.

No hay restos de culto dinástico, pero el rey tiene un carácter taumatúrgico del que se deduce un cierto tono mágico en el origen de la realeza. Tal vez fuera el propio Pirro el que introdujera ciertos cambios en los rasgos de la misma. Se referían a «Pirro y los epirotas» con el mismo sentido que se hablaba de «Alejandro y los griegos». Lévêque, que habla del Epiro considerado como una Grecia en miniatura, aunque sin duda la unidad era mayor, explica que su realeza tendería a parecerse a la de los macedonios, aunque en la práctica era un soberano absoluto. Su poder estaba basado en las victorias y se sentía protegido por la divinidad. Sus soldados lo llamaban «águila».

10. CUROPEDIO

Ptolomeo se hizo con la flota de Demetrio, el control del Egeo, la costa fenicia y la liga de las Islas. Pero, en 283, además de la muerte de Demetrio, tuvo lugar la de Ptolomeo, a quien sucede Ptolomeo II Filadelfo. En Asia Menor fue bien acogida una expedición de Seleuco.

La batalla de Curopedio tuvo lugar en el año 281. El reino de Lisímaco cayó en manos de Seleuco, pero éste muere a manos de Cerauno, medio hermano de Filadelfo, que pretendía el trono y fue proclamado rey por el ejército macedonio en el año 280.

DOCUMENTOS

1. PAUSANIAS, I, 24, 3-6 (TRADUCCIÓN A. TOVAR)

La batalla de Queronea fue para todos los griegos el comienzo de sus males, pues esclavizó incluso a los neutrales y a los que habían luchado en las filas de los macedonios. Filipo tomó la mayoría de las ciudades, y en apariencia hizo una alianza con los atenienses, aunque en realidad les hizo gran daño quitándoles las islas y la supremacía marítima.

Los atenienses pasaron en quietud el reinado de Filipo y después el de Alejandro. Muerto éste, los macedonios eligieron rey a Arideo, pero todo el poder pasó a Antípater. A los atenienses no les pareció soportable que Grecia estuviera para siempre bajo los macedonios y se prepararon a la lucha y excitaron a ella a los demás. Así pues, se confederaron, del Peloponeso, Argos, Epidauro, Sición, Trezén, los eleos, los fliasios, Mesene, y de allende el istmo de Corinto, los locrios, los focidios, los tesalios, beocios que poseían, una vez arrasada Tebas, los campos de esta ciudad, por temor a que los atenienses reconstruyeran Tebas, no entraron en la alianza, sino que apoyaron con todas sus fuerzas a los macedonios.

Los aliados tenían un jefe por cada ciudad y como jefe de todos fue escogido el ateniense Leóstenes en atención a su ciudad y considerado práctico en la guerra, además de que era acreedor al agradecimiento de todos los griegos que habían sido mercenarios de Darío y los sátrapas. Leóstenes se había anticipado a traerlos en sus naves a Europa.

Pero cuando estaba realizando obras aún más brillantes de lo que se había esperado, murió, y con esto todos se desanimaron, y vinieron los reveses: los macedonios se establecieron en Atenas y pusieron guarnición en Muniquias y después en el Pireo y las Murallas Largas.

Cuando murió Antípater, Olimpia, vuelta del Epiro, mandó durante algún tiempo después de hacer matar a Arideo. Después, Casandro, que la sitió y apresó, la entregó a la muchedumbre.

Casandro cuando reinó –por ocuparse sólo de las cosas de Atenas–, se apoderó de Panacto, fortaleza de Ática, y de Salamina, e impuso a los atenienses por tirano a Demetrio hijo de Fenóstrato que tenía fama de sabio. Hizo cesar esta tiranía Demetrio hijo de Antígono, joven y deseoso de gloria entre los griegos.

BIBLIOGRAFÍA

P. BRIANT: *Antigone le Borgne*, París, Les Belles Lettres, 1973; p. 300: Antígono y la libertad de los griegos.

R. M. ERRINGTON: «From Babylon to Triparadisos: 323-320 B.C.», *JHS*, 90, 1970: pp. 59-60: negociaciones de Antípatro; p. 61: Crátero a Asia; p. 64: final de los acuerdos de Babilonia; p. 68: Antígono; pp. 71-73: estrategia de Antígono.

P. GRIMAL: *El helenismo y el auge de Roma*, Madrid, Siglo XXI, 1972, 392 págs. (*Historia Universal siglo XXI*, vol. 6)

J. A. O. LARSEN: *Greek Federal States, Their Institutions and History*, Oxford, Clarendon Press, 1968, pp. 273-281: confederación de los molosos.

P. LÉVÊQUE: *Pyrrhos*, p. 104: bodas de Demetrio; p. 105: Pirro en Ipso; p. 110: Pirro en Alejandría; p. 111: Pirro y Ptolomeo; p. 121: apoyos de Pirro y Neoptólemo II; pp. 136-137: Demetrio y Tesalia; p. 142: alianza de Pirro con los etolios; p. 146: Pirro y Pantauco; p. 147: Pirro y Demetrio/Alejandro: p. 151: alianza contra Demetrio; Pirro en Atenas; p. 155: ideal del rey macedonio; p. 158: lealtades de los soldados; p. 159: Atenas con los adversarios de Demetrio; p. 166: Lisímaco y los macedonios; p. 176: desarrollo del Epiro; p. 199: cambios de tendencias en las relaciones entre Epiro y Macedonia; p. 206: «rey Pirro»; pp. 211-212 *Koinón* de los molosos p. 217: juramentos de la realeza epirota; p. 219: «Pirro y los epirotas»; p. 225: Pirro «águila».

F. W. WALBANK: *Hellenistic World*, p. 51: Antígono; p. 52: liga de los nesiotas; paz; p. 53: Antígono y la paz; p. 54: Casandro; p. 55: Demetrio.

E. WILL: «The succession to Alexander», *Cambridge Ancient History*, VII, 1, 1984 (2ª. ed.), p. 25: soldados mecedonios; p. 26: Macedonia; p. 27: satrapías; pp. 49-52: Antígono y la libertad de los griegos.

E. WILL en E. WILL, C. MOSSE, P. GOUKOWSKY: *Le monde grec et l'oriente. II. Le IVe siécle et l'époque hellénistique*, París, P.U.F. 1975; pp. 337, ss. Atenas y Poliperconte.

CAPITULO XVI

LA TRANSICIÓN DEL SIGLO IV AL III

1. EL PAPEL DEL EJÉRCITO

En 323, en Babilonia se demostró que los altos cargos del ejército se consideraban legítimamente capaces para elegir un nuevo rey por sí mismos. El nuevo rey dependía del consenso de los nobles. El problema surgió cuando la falange expresó su insatisfacción de modo violento en apoyo de Arrideo bajo la conducción de Meleagro. El resultado fue la aceptación de Arrideo, pero la desaparición de Meleagro y la distribución de satrapías. Errington considera que el crecimiento del poder del ejército constituía una situación nueva, pero que en los veinte años posteriores a la muerte de Alejandro aumenta su papel en la toma de decisiones, lo que es paralelo a la influencia creciente de los dinastas individuales. En un mutuo apoyo, que viene a ser la característica que explica en su conjunto la época de los Diadocos: la mutua colaboración de ejército y dinasta. El dinasta adquiere poder por sus conquistas territoriales para las que necesita al ejército. Pero éste necesita un jefe que lo tenga en constante acción en la batalla que le reporta beneficios, para lo que necesita también que le garantice la victoria. El general gana apoyo si triunfa y necesita apoyo para triunfar. Éumenes era el más débil, y fue también el único que se encontró con problemas de disciplina. En líneas generales, en cambio, la tendencia fue a fortalecer el poder sobre el apoyo militar y rodearlo de los mayores símbolos de grandeza en torno a formas claramente regias, con titulaciones del mismo tipo y fortalecimiento del concepto dinástico de la transmisión de la realeza. Pero tal sucesión dinástica seguía dependiendo del reconocimiento de los nobles y la voluntad del «pueblo». Ahora bien, esta voluntad, de hecho, en situaciones críticas, que en tiempos de los Diadocos eran la normalidad, dependía en definitiva de la capacidad de influencia que el aspirante tuviera sobre el pueblo, normalmente constituido en ejército. De todo ello parece deducirse que es un poco oscuro el planteamiento del mayor o menor absolutismo de la monarquía en relación con la asamblea del ejército. Este pesaba, pero su peso habitualmente coincide con los intereses del rey, que gobierna ab-

solutamente, pero puede hacerlo en tanto en cuanto conduce al ejército a la batalla y a la victoria.

2. LAS CIUDADES GRIEGAS

Tras la muerte de Alejandro renace la aspiración de las ciudades griegas a la libertad. A pesar de la propaganda del rey macedonio, que consigue implantar la noción de que su intervención representa la libertad y la autonomía, la guerra lamiaca fue un síntoma de que todo no estaba tan claro. Pausanias se hace el transmisor de una corriente de opinión que aparentemente había quedado oculta. Para él, Queronea fue el comienzo de la desgracia para todos los griegos, pues llevó a la esclavización de los que se habían alineado de parte de los macedonios. Filipo se apoderó de la mayoría de las ciudades, y llegó a un acuerdo con Atenas, pero en la práctica acabó con su imperio marítimo. Los macedonios acaban con la posibilidad de que Atenas se conservara libre, aunque la realidad era que el imperio se había acabado en 356 y que Atenas conservó el control de las islas de Samos, Lemnos, Imbros y Esciro. Pero si el imperio procuraba la libertad del demos y ahora se acababa con ésta, el efecto era como si ahora se acabara también el imperio.

Pausanias cuenta que los atenienses permanecieron tranquilos durante los reinos de Filipo y Alejandro, pero luego se había entregado el poder a Arrideo aunque el poder supremo se había confiado a Antípatro, y entonces fue cuando los griegos consideraron intolerable pensar que para siempre iban a quedar bajo dominación macedónica. Puede surgir la pregunta de cuál es la diferencia, desde el punto de vista griego, entre una situación y la otra. Tal vez, haya que buscarla en el hecho de que todavía con Alejandro era posible pensar en que la dominación macedónica podía significar la unidad griega hacia campañas que pudieran solucionar los problemas de las ciudades. Ahora ya la empresa panhelénica queda olvidada, Asia queda en otras manos, la dependencia de Macedonia queda reducida exclusivamente a eso mismo, a permanecer definitivamente bajo su dominación.

En la lucha participaron Argos, Epidauro, Sición, Trecén, elios, fliasios y Mesena, locrios, focios, tesalios, Caristo y los acarnanios, que pertenecían a la Liga Etolia. Los de Tebas no tomaron parte porque temían a los atenienses. Cada ciudad tenía su propio general al mando de sus tropas, pero el ejército en su conjunto lo mandaba el ateniense Leóstenes, por su prestigio y reputación en las artes militares. Ya desde antes era considerado benefactor de todos los griegos, pues había llevado hasta Europa a todos los mercenarios que servían bajo Darío cuando Alejandro fue a Persia. Realizó unas fiestas que sobrepasaban todas las expectativas y su muerte provocó tal desesperación que fue, dice Pausanias, en gran parte, la causa de la derrota griega. La defensa frente a los macedonios toma formas extremadamente personalistas, que llevan a considerar que, también entre los que se defienden del poder macedonio, todo el mérito y toda la responsabilidad de la derrota o de la victoria está en un solo hombre. Su conducta viene a ser similar a la de los jefes que suceden a Alejandro en Babilonia. También su fuerza está en los mercenarios, a los que protege, aunque su actuación hubiera estado de parte del rey de Persia.

La consecuencia fue el establecimiento de una guarnición macedónica en Atenas, la ocupación de Muniquia, y luego de todo el Pireo, y los Muros Largos, la pérdida de la *clerouquía* de Samos y la entrega de los políticos antimacedónicos, aunque Demóstenes se suicidó antes de caer en manos de Antípatro, y la desaparición de la democracia sustituida por un sistema censatario. Luego, cuando Casandro se convirtió en rey, puso como tirano de Atenas a Demetrio, hasta que fue derrocado por Demetrio, hijo de Antígono, joven, para Pausanias, dedicado a la causa griega.

3. ANTÍPATRO

En el año 319, cuando ya iba a morir, Antípatro nombró guardián *(epimeletes)* de los reyes y *strategós autokrátor*, porque era más o menos el mayor de los que combatieron con Alejandro, a Poliperconte, y a su hijo Casandro lo nombró quiliarco y lo hizo ocupar el segundo puesto en dignidad. Según Austin, se trataba de evitar cualquier apariencia de política dinástica que diera la sensación de estar creando una especie de monarquía paralela. Es dudoso, por otra parte, que estas decisiones de Antípatro hayan estado movidas por presiones procedentes de la Asamblea de los macedonios, cuya existencia efectiva, por otra parte, se pone en duda. Puede haber, sin embargo, síntomas de la dinámica producida por las tensiones entre la capacidad de influencia de los ejércitos y las decisiones individuales y las tendencias dinásticas. Goukowsky cree que Casandro ejercía ya funciones de quiliarco antes de la muerte de su padre. Otras opiniones recogidas por Goukowsky sobre las decisiones de Antípatro interpretan que éste temía que su hijo abrigara ambiciones que podían ir contra la dinastía de los Argéadas, o pensaban que era muy difícil que la autoridad de Casandro se reconociera en Asia, donde parecía que empezaban a surgir dificultades con Antígono, mientras que la edad de Poliperconte le daba un prestigio gracias al cual podía ser aceptado de una manera más general. Antípatro pretendía conservar la unidad del imperio, mientras que Casandro parecía concentrar sus ambiciones en Macedonia, donde posiblemente pretendía alcanzar el máximo poder, de ahí los temores de su padre.

4. LA QUILIARQUÍA

Era un cargo cuyo prestigio se debía, en primer lugar, a los reyes persas, y que luego alcanzó gran autoridad y honor bajo Alejandro, cuando éste se hizo admirador de las demás costumbres persas. El proceso experimentado por la institución es interesante, porque, a pesar de su origen, ahora justamente pasa a desempeñarse por la persona cuyas ambiciones están más alejadas de la continuidad del imperio y de los territorios anteriormente pertenecientes al rey de los persas. La quiliarquía pasa a ser un cargo eminentemente macedónico. Diodoro dice que Antípatro de este modo seguía la misma conducta que Alejandro al nombrar quiliarco a su hijo, que era joven. Pero Casandro no estaba satisfecho con el ordenamiento de su padre, ya que le parecía terrible que alguien que no estaba unido a él por parentesco recibiera su poder, sobre todo porque tenía un hijo capaz de ponerse al frente de la situación y que ya había dado muestras suficientes de virtud y valentía.

Casandro, pues, defiende la teoría dinástica, aunque matizada por el hecho de que un sucesor debía mostrar sus condiciones para el gobierno y el mando militar. Lo primero que hizo fue dirigirse al campo con sus amigos, para dialogar con ellos, dado que disponía de muchas oportunidades y de ocio *(scholé)*, acerca del poder supremo. Busca, por tanto, el apoyo de los amigos, tipo de relación extendida ya en Macedonia en torno a los reyes, donde tiene gran importancia en la formación de círculos que se encuentran en torno a la autoridad del monarca, pero, además, por lo que se desprende de los datos presentes, en la adquisición del poder. Posiblemente, también tenga alguna significación que para tales conspiraciones se dirija al «campo» y que cuente con «ocio», en el sentido de que el mencionado grupo de amigos debía de estar compuesto por propietarios de tierra suficientemente ricos para contar con tiempo libre.

Puede plantearse la hipótesis de que Casandro busca el apoyo de la aristocracia de los poseedores de tierra para asentar su poder. Para ello los trataba de convencer por medio de conversaciones en privado para que lo ayudaran a adquirir el poder personal, no definido claramente en este caso como realeza, sino con la palabra *(dynasteía)* utilizada en época de Diodoro más bien para referirse a formas de poder personal a que se atribuyen connotaciones más bien negativas. Casandro sustituyó rápidamente al jefe de la guarnición, Menilo, por un hombre fiel, Nicanor, que había recibido la educación de Aristóteles y había sido adoptado por él. Nicanor tenía que apoderarse de Muniquia antes de que se conociera la muerte de Antípatro. Pero cuando los atenienses se enteraron de la muerte de Antípatro acusaron a Foción de haber silenciado la noticia para complacer a Nicanor.

Según Plutarco, Foción consiguió por medio del diálogo que Nicanor se comportara de modo complaciente e incluso que contribuyera a los gastos de la ciudad como *agonóteta*, es decir como organizador, presidente y financiador de los concursos. Entre el estado macedonio y las ciudades las relaciones no sólo están teñidas por las rivalidades personales, sino también por los conflictos sociales de las ciudades mismas. La época en que en Atenas tuvo protagonismo la figura de Foción es fuertemente conflictiva desde el punto de vista social, pero tal conflictividad está oscurecida por la interferencia de Macedonia, y por la presencia de evergetes, benefactores que con sus larguezas aminoran los efectos de los desequilibrios económicos. Este papel es adoptado también por los representantes de la intervención exterior.

El conflicto interno macedónico también repercute en las aspiraciones de los demás Diadocos. Antígono inició el proceso para alcanzar la amistad y colaboración de Éumenes cuando se enteró de la muerte de Antípatro y de que la situación se encontraba perturbada por los conflictos entre Casandro y Poliperconte. Esto le hizo concebir esperanzas y empezar a abarcar con su mente la totalidad del poder.

5. JEFES Y EVERGETISMO

Las campañas de Alejandro y la situación de las ciudades griegas del siglo IV han desembocado en un panorama general dominado por jefes individuales de

soldados mercenarios que aspiran a la totalidad del poder, por victoria o pactos, luchando dentro o fuera del territorio que les ha correspondido, por medio de alianzas con otros jefes ganándose a las ciudades griegas con actos de evergetismo.

En éstas también continúa la situación conflictiva, interferida con las actitudes de aceptación o rechazo de jefes extranjeros. En la guerra lamiaca el papel protagonista ha sido también individual. El resultado fue que, para librarse del «benefactor» macedónico, Atenas necesita otro benefactor, como fue Eufrón de Sición, a quien rinde honores en 318/317, porque había sido bueno hacia el pueblo de Atenas y había ayudado a expulsar la guarnición de la Acrópolis en la guerra lamiaca, y apoyó a las tropas durante toda la guerra; prefirió la muerte en su lucha por la democracia. La oligarquía había destruido estelas anteriormente dedicadas a él y ahora era preciso restaurarlas en su honor, una vez que el pueblo ha recuperado sus leyes y la democracia. La lucha por la democracia en Atenas choca con la presencia macedónica y con los oligarcas de la ciudad, y se ve asistida por las tropas de Sición al mando de un invidiuo que cobra así un papel relevante como benefactor de la ciudad.

6. SICILIA

Para dar una visión más completa de la totalidad del mundo griego en la época aquí tratada, también conviene referirse a la situación de la isla de Sicilia donde, después de la muerte del tirano Dionisio en 367 y de una segunda generación dentro del mismo régimen, hubo un intento de restaurar el sistema de las ciudades autónomas encabezado por el corintio Timoleonte, justo en el momento en que las ciudades de Grecia propiamente dichas sufrían el proceso por el que terminarían cayendo bajo el poder de Filipo de Macedonia, entre 346 y 337. Antes, tras la expulsión de Dionisio y el asesinato de Dion, los que habían colaborado a eliminar la tiranía se dividieron y el resto de Sicilia se encontraba arruinado. Ante el restablecimiento de la tiranía por Dionisio el Joven en 346, los nobles acudieron a Hicetas de Leontinos, que esperaba aprovechar las circunstancias para hacerse él mismo tirano. A esta situación se sumaba el peligro cartaginés que podía convertirse en apoyo de Hicetas; por otro lado los siracusanos pidieron ayuda a Corinto, antes de que se revelaran los verdaderos propósitos de Hicetas. Cuando se formó un ejército para acudir a Sicilia se puso a su frente a Timoleonte, a quien Plutarco dedica grandes elogios. Una vez que se enteraron de los verdaderos propósitos de Hicetas, el entusiasmo por la expedición corintia tuvo como efecto el final del sistema con la capitulación de Dionisio y la derrota de Hicetas.

Una de las primeras medidas tomadas por Timoleonte fue el envío de mensajeros a Corinto para promover una nueva colonización con que repoblar la isla. Luego se dedicó a expulsar a los demás tiranos de Sicilia. Así, en general, la isla, según cuenta Plutarco, se hizo de nuevo habitable y acudieron los colonos en masa para cultivar sus tierras y repoblar las ciudades.

La petición de ayuda a Corinto se convirtió en trampa para el protagonismo de un solo hombre. La tiranía se combatía sólo con una organización similar. La diferencia estaba en que Timoleonte, terminada la función para la que había sido llamado, depuso la «monarquía», pero los siracusanos siguieron ofreciéndole honores públicos en todas las ocasiones, hasta el momento de su muerte.

7. AGATOCLES

Pero inmediatamente surgió de nuevo la inestabilidad política. Los conflictos entre ricos y pobres terminaron con el establecimiento de una nueva tiranía, representada por Agatocles, que tomó el poder en 317/316. Existía, dice Diodoro, una tradición regia según la cual había sido expuesto por su padre para evitar la desgracia que su nacimiento anunciaba, como para otros personajes que han llegado a ser reyes o tiranos. Agatocles sobresale pronto por su capacidad militar y oratoria y hace carrera bajo un tal Damas, muy rico, con cuya viuda se casó más tarde. Durante un tiempo estuvo exiliado en Italia por su oposición al régimen establecido por Sosístrato y los suyos, que tenía un carácter autoritario y contra el que siguió combatiendo. Luego, cuando este régimen fue disuelto tuvieron que exiliarse no sólo los que habían participado en el régimen, sino también muchos individuos ilustres, en la idea de que habían colaborado con la oligarquía de los Seiscientos, y que eran de los más nobles; se considera que podía tratarse de una especie de consejo tal vez fundado en época de Timoleonte. De este modo surgió una guerra entre los exiliados y los que sostenían la democracia. Los cartagineses combatieron junto a los exiliados y Sosístrato.

En esta guerra Agatocles se hizo famoso por su eficacia y habilidad. Pero luego fue acusado de aspirar a la tiranía y tuvo que marcharse de la ciudad, se dedicó a actuar con su propio ejército por las zonas interiores y se hizo tan temible que lo persuadieron para que volviera a su patria y para que jurara que no se opondría a la democracia. Se dedicó entonces a ponerse al frente de la democracia y hacer demagogia de manera brillante, por lo que fue nombrado estratego y guardián de la paz hasta conseguir la concordia de los que se habían reunido en la ciudad. Los *hetairíai* se habían dividido en muchos grupos y había grandes diferencias entre unos y otros, pero la mayor oposición para los de Agatocles procedía del consejo de los Seiscientos que había estado al frente de la ciudad durante la oligarquía y en el que estaban incluidos los siracusanos que sobresalían por prestigio y riqueza.

Agatocles, deseoso del poder, según Diodoro, contaba con muchos medios para realizar su deseo. Como estratego, era dueño de la fuerza, pero también enroló soldados a su placer aprovechando que había llegado la noticia de que los rebeldes del interior reunían una buena tropa, y reclutó a algunos que antes habían luchado con él contra los cartagineses. Todos estos eran incondicionales partidarios de Agatocles, pues recibían beneficios en las campañas, mientras que eran hostiles a los Seiscientos que habían participado en la oligarquía en Siracusa y odiaban al pueblo, por verse obligados a hacer lo que éste les ordenara. En total llegaban a unos tres mil a quienes sus propias opciones inclinaban a la destrucción de la democracia. Agatocles sumó a ellos a los ciudadanos que por pobreza y envidia se enfrentaban al prestigio de los fuertes. Como se ve, según el relato de Diodoro, el apoyo mayor estaba en las tropas mercenarias, y de los ciudadanos se hace una distinción con el demos, con quienes los mercenarios no se solidarizaban. Más bien estarían con ellos los que corren el riesgo de caer en la pobreza.

Agatocles, por medio de un engaño, hizo detener a los que parecían jefes de la *hetairía* de los Seiscientos y los acusó ante los soldados de que querían apresarlo por su benevolencia hacia el pueblo. Los soldados estuvieron dispuestos rápi-

damente a matarlos y a hacer rapiña en las posesiones de los Seiscientos y sus partidarios. La ciudad fue toda ella un escenario del pillaje. La multitud, que había tomado todo el poder, según Diodoro, no hacía distinción entre amigo y enemigo, sino que se enfrentaba a todo aquel de quien se opinaba que podría obtener alguna utilidad. Se satisfacían además los anteriores odios, con lo que los motivos de lucha parecen ser el odio privado o el enriquecimiento del pobre.

Luego reunió una asamblea para acusar a los Seiscientos y la oligarquía sostenida por ellos previamente, dijo que había purificado la ciudad de los que intentaban tomar el poder y declaró que devolvía la autonomía al pueblo y que quería vivir igual que todos como un ciudadano privado. Hizo el ademán de vestirse de civil y de retirarse, pero sabía que no lo dejarían porque la mayoría de los que se reunían en la Asamblea había tomado parte en todas sus impiedades. Y en efecto, le pidieron que no los abandonara y que aceptara el cuidado de todas las cosas, por lo que terminó aceptando la «estrategia», pero dijo que no la ejercería con otros, pues no aceptaba dar cuentas, como colega de acuerdo con la ley, por lo que los otros habían contravenido. Y así tomó el poder y llevaba todo el gobierno de la ciudad. Muchos siracusanos no se atrevieron a oponerse, mientras que los pobres y endeudados acogieron el cambio con gusto. Pues Agatocles prometía la abolición de deudas y la entrega de tierra a los pobres. Luego, continúa Diodoro, se cambió en lo contrario y se mostraba benévolo con las masas y benefactor con muchos, animaba a no pocos con sus promesas y actuaba con todos de modo que los conducía con palabras filantrópicas, y así se encontró con una acogida no medianamente buena. A pesar de tener en sus manos mucho poder no llevaba signos externos ni el acceso a su persona se hizo difícil, que es lo habitual en los tiranos. Se preocupó por los ingresos y por la provisión de armas y construyó nuevos barcos. Se apoderó además de la mayoría de los lugares y ciudades del interior.

8. LA SOCIEDAD SICILIANA

El sentido social de la tiranía de Agatocles está suficientemente claro. Además, se puede detectar cuál es el fondo real a pesar del uso ambiguo del término *democratía*. Siempre está claro que se encuentra enfrente del Consejo oligárquico, y tal consejo probablemente no sea ajeno a la época de Timoleonte, con lo que este personaje y su actuación política podría definirse mejor como identificado a sectores oligárquicos que usan el término democracia como símbolo de la acción simplemente antitiránica. Timoleonte es democrático porque eliminó las tiranías. Agatocles, si lucha contra sus consecuencias, no puede serlo. Pero la contradicción está en que de hecho lo es, y lo es realmente, dentro de las coordenadas antiguamente válidas para el término democracia. Los apoyos de Agatocles eran evidentemente populares y su actuación, una vez estabilizado en el poder, era por lo menos proteccionista. Pero hay una interferencia importante, propia de la época, que es la de los ejércitos mercenarios y el papel desempeñado en su apoyo al individuo y a opciones políticas que no poseen un contenido claro.

Polibio pone en el mismo nivel a Dionisio y Agatocles, en un juicio de entrada negativo, pero aclara que el primero es de origen popular y humilde, y Agatocles era ceramista. Se duda en general de esta afirmación basándose, como en otros casos de la historia griega, en que a determinados políticos «populares» se les atribuyen oficios más o menos artesanales o manuales; se ha pensado que se trata más bien de un propietario de un taller de cerámica trabajado por esclavos. En cualquier caso, el dato no deja de tener importancia, dado que es frecuente que surja de estos sectores sociales, de individuos cuya riqueza procede no sustancialmente de la tierra por lo menos en algunas épocas críticas de la historia de las ciudades, el político «demagogo», que toma medidas radicales socialmente a favor del demos, pero al mismo tiempo consigue su apoyo, que le sirve para encumbrarse en la vida social y política de la ciudad. Puede ser un caso parecido al de Cleón en la Atenas del siglo anterior, aunque las diferencias son muchas, por la época y por la ciudad. Aquí estamos en la Sicilia en que se ha creado ya una tradición larga de tiranos, pero, además, en la época en que se ha desarrollado un tipo de poder personal donde ha influido también la realeza macedónica. Agatocles puede estar a mitad de camino entre ambos tipos de personajes, aunque tal sistematización haya que tomarla sólo como un medio de intelección global. La realidad es más compleja y no se deja encasillar fácilmente.

Polibio continúa estableciendo como elemento similar entre Dionisio y Agatocles el que comenzaran como tiranos de Siracusa y se convirtieran en reyes de Sicilia entera, e incluso controlaran parte de Italia. Son ambos aspectos que corresponden indudablemene a su época y no pueden encontrar paralelo en políticos de otros tiempos ni de otras ciudades.

E. Will considera, en cambio, que el poder de Agatocles, arraigado en las propias tradiciones tiránicas de la isla, no tiene nada en común con los poderes de los Diadocos y que el paso de la tiranía a la realeza no modifica los datos del problema. Incluso se pregunta si hubo realmente tal paso y si el título de *basileus* modificó en algo el poder de Agatocles. Le parece que sólo se trata de un intento de elevar el prestigio por medio de un ornamento, que puede equipararlo de modo puramente superficial a los monarcas de oriente, o incluso de algo que necesitaba para sus relaciones de política exterior, dado que tuvo que entrar en contacto con Ptolomeo, Casandro, Pirro y Demetrio Poliorcetes, en general en relación con su política expansiva en Italia.

La realidad compleja en que se desenvuelve la historia de Agatocles es la que hace que los juicios sobre él sean muy contrapuestos desde la antigüedad misma. Meister expone las actitudes favorables y contrarias desde sus propios compatriotas hasta tiempos recientes. Ya vimos el cambio que detecta Diodoro en la propia biografía, dentro del momento de ejercicio del poder. Pero luego el propio Diodoro cuenta que a su muerte se produjo una especie de *damnatio memoriae*. De hecho, a la muerte de Agatocles, los problemas volvieron a surgir dentro de Sicilia. El conflicto desde luego no se había aplacado y por supuesto no habían cambiado las condiciones históricas generales por las que esta o la otra tiranía habían llegado al poder. El único modo por el que parece conseguir la oligarquía siciliana su objetivo de controlar a la masa general de la población productiva sería el de la presencia romana, que probablemente también significó la introducción masiva de mano de obra esclava comprada. En la situación anterior, los tiranos constituyeron el modo de aplacar los problemas con algunas concesiones «populistas» que en ocasiones pudieron no ser aceptables por la propia oligarquía que buscaba una forma política capaz de conseguir los objetivos sociales que ella se planteaba.

9. EL FINAL DE LOS DIADOCOS

Al final de la época de los Diadocos, el panorama general del mundo griego y helenístico es sustancialmente nuevo. Briant llega a esa conclusión. La ciudad como entidad social y política ha desaparecido. Macedonia como entidad étnica y nacional se ha dispersado. La actuación política y militar se fundamenta en intereses personales; soldados mercenarios y jefes militares son dos polos de la misma realidad. La estructura social de las clases libres propias de la época clásica ha perdido toda su virtualidad. Queda el problema de clasificar si hay ya algo que puede considerarse nuevo y sustitutivo de las viejas estructuras. Posiblemente ya está en marcha una reestructuración en la que elementos viejos y nuevos desempeñan papeles diferentes según las zonas y con ritmos distintos. No es evidentemente igual la situación de Egipto, en que una nueva monarquía nace de la herencia alejandrina y faraónica en condiciones nuevas, que la de las ciudades griegas de la península del Peloponeso, del Ática o del Asia Menor. La diversidad, dentro de una cierta unificación, es ya una característica importante de esta época que acaba aquí y que sirve de fundamento al periodo de mayor estabilidad aparente constituido por la existencia de unos reinos más claramente definidos.

Después de cuarenta años, Egipto queda en manos de los Ptolomeos, Europa de los Antigónidas y Asia de los Seléucidas, al mismo tiempo que se conservan otros estados menores. En general, queda establecido el principio dinástico entre hijos o nietos de colaboradores de Alejandro. Si lo característico es la fragmentación, también define al periodo el que se haya generalizado una serie de elementos comunes. En un nivel, si se quiere, superficial, se produce una helenización general que justifica la utilización del término helenismo y «mundo helenístico», en algunos casos abusivamente interpretado como generalización de la cultura griega. La complejidad del nuevo mundo permite, con todo, hablar, con restricciones, de tal helenización. La difusión se produce principalmente por factores políticos, a través de jefes militares, clases dominantes y ocupantes de tierras, pero, también, por este último motivo, a través de la colonización, que, desde luego, iba unida a ocupación militar. Pero es cierto que los griegos están extendidos por todos los territorios y en todos los niveles sociales y económicos.

10. GRIEGOS Y BÁRBAROS

Tras la muerte de Alejandro, los gobernantes de los territorios ocupados serán griegos o macedonios. La situación de los gobernantes autóctonos fue siempre inestable. La unidad cultural, como tal, del mundo helenístico, fue la procedente de la unión grecomacedónica. La fuerza de los reyes estará fundamentada en las clases dirigentes procedentes de esta unión. El mundo de las ciudades griegas desempeña un importante papel en esta situación. Evidentemente, se verán sometidas a la monarquía, pero ésta permanece en contacto, real o teórico, con las poblaciones de las ciudades, y servían de apoyo a la justificación teórica de la herencia de la cultura griega. Por ello, el Mediterráneo siguió siendo el centro cultural del mundo helenístico. La mayor parte de las luchas entre Diadocos se habían producido precisamente en torno a las ciudades griegas. Pero éstas también han cambiado. De un lado, el mercenariado, que proporciona actividad y medio de vida a gran parte de sus habitantes, crea un elemento social de movilidad, no arraigado en la propia ciudad, en que el ciudadano clásico poseía tierras o realizaba actividades vinculadas a la ciudad misma. Por ello, la ciudadanía se transforma en un concepto mucho más flexible.

De hecho, la ciudadanía como derecho a la participación y a la defensa de los propios intereses, personales o de grupo, a través de los organismos políticos, es algo que ha desaparecido a lo largo del proceso de transformación representado por la época de los Diadocos. Por ello es significativo que, junto al internacionalismo mercenario, se agudice también la actividad internacional de gremios profesionales, intelectuales, filósofos; renazca con nuevo sentido la actividad de atletas que viajan por toda Grecia y llevan un prestigio formal a sus ciudades, pero que se diferencian de los nobles de la época arcaica en su extracción social y en que no les vale, ahora, como trampolín para la vida pública de su ciudad. En cierto modo, la relación entre la ciudad y el mundo «internacional» queda invertida. En épocas arcaica y clásica, la actividad externa de los individuos iba orientada al crecimiento del poder interno, hacer crecer el prestigio de la ciudad revertía en el propio beneficio de quien lo hacía crecer y le proporcionaba poder de control interno; en el mundo ahora creado, el apoyo de una ciudad tiene como objetivo fortalecerse en el plano «univeral», y la ciudad que aumenta su propio prestigio atrae la beneficencia de los ricos con poder en el mundo griego.

Las diferencias entre griegos y bárbaros siguen existiendo. La unidad no significa la integración de ambas colectividades. Muy al contrario, la monarquía, forma política que, en los planteamientos de Alejandro, tenía la pretensión teórica de crear dicha integración, desempeña un doble papel según se trata de griegos o bárbaros. Si con los bárbaros se adoptan en principio las formas propias de las monarquías orientales, en Grecia asume, también en principio, muchos de los caracteres propios de la tiranía. Un aspecto muy importante fue el papel desempeñado por los «amigos» heredado de la antiguas relaciones tiránicas, ahora, sin embargo, transformado por los nuevos papeles monárquicos impregnados de otros elementos. Las relaciones establecidas con el rey se basaban en el logro de ventajas mutuas. En el año 292, cuando Lisímaco estaba en situación de apuro, considera que no debe proponerse su propia salvación y abandonar su ejército y sus amigos. Es una relación mutua parecida a la establecida con los mercenarios: el rey se beneficia de su fuerza y su apoyo, pero les proporciona medios de vida y de poder. Con el desarrollo posterior de la monarquía, el papel de los «amigos» disminuiría, de acuerdo con el crecimiento del concepto de legitimidad. Un momento clave del proceso de transformación puede verse en el caso de Casandro que, al no considerarse satisfecho con la sucesión de su padre porque, a su manera de ver, no atendía a una teórica legitimidad dinástica, acude a buscar el apoyo de los amigos. La alternativa, luego, se resolvería en favor de la legitimidad, pero, en momento críticos, tal aspiración podía verse apoyada en la existencia de dichos «amigos» que la garantizaran sobre la base de ciertas relaciones de reciprocidad.

11. MONARQUÍA

En la *Suda*, léxico de época bizantina utilizado para comprender los conceptos políticos antiguos, la *basileia* o realeza se define del modo siguiente: «no es la

naturaleza ni la justicia la que da la monarquía a los hombres, sino la habilidad para mandar un ejército y para manejar un asunto de modo competente. En efecto, el hijo natural de Alejandro no fue ayudado por su parentesco con él, a causa de su debilidad de espíritu, mientras que quienes no tenían conexión con Alejandro llegaron a ser reyes de casi todo el mundo habitado». Esta es la concepción que sirve para explicar la realidad de la época de los Diadocos. Fueron jefes de ejércitos de cuño reciente que apoyaron con su actuación la toma de unas formas de poder que se hicieron «monárquicas» y se transformaron por la evolución del mundo griego y por la integración de otros mundos «bárbaros».

El mundo oriental pudo servir de fundamento para la «divinización» de los reyes, pero, junto a ellos, también importa la manipulación de ciertas tradiciones griegas. No fue sólo el orientalismo lo que «divinizó» a los reyes. Ya vimos las tradiciones griegas en que se asentó el mito de Alejandro. Diodoro expone las teorías de Evémero sobre los dioses como grandes personajes históricos benefactores que con ello han alcanzado la divinidad. La consecuencia es que, si los dioses son grandes hombres del pasado, los grandes hombres del presente que proporcionan tan grandes beneficios a los hombres, a las ciudades y a los pueblos, participarán sin duda de esa misma naturaleza.

12. FUNDACIONES

Como los antiguos héroes, heredados por los *oikistai* de las colonias arcaicas, también los nuevos reyes son fundadores de ciudades, que en la mayor parte de los casos llevaron sus nombres o los de sus familiares, a partir de la práctica inaugurada por Alejandro. Alejandría, Lisimaquia, Antigonia y Demetriada son unos pocos de los ejemplos de las numerosas ciudades creadas por los diferentes reyes y estrategos. Con ello se convertían en protectores de la comunidad, creaban nuevas zonas de explotación, purgaban algunas comunidades que sufrían problemas sociales difíciles de resolver y cobraban prestigio al vincularse a las tradiciones heroicas. Hay también casos de nuevas fundaciones, como la de Sición por Demetrio. Aquí el elemento de prestigio está por encima de la solución de problemas materiales, pero se erigía en benefactor, restaurador de la libertad y creador de una nueva cohesión social sobre fundamentos más o menos ideológicos, pero también reales, al contribuir económicamente al funcionamiento interno de la comunidad.

DOCUMENTOS

1. PAUSANIAS, I, 25, 3-6, (TRADUCCIÓN A. TOVAR)

Las hazañas de Atalo y Ptolomeo son de hace tanto tiempo que se ha perdido el recuerdo ya, y los cronistas de estos reyes han sido olvidados aún más pronto

que las hazañas. Por eso se me ocurre contar las cosas que hicieron, y cómo a sus padres les correspondieron Egipto, y el dominio de Misia con las tierras vecinas.

Los macedonios dicen que Ptolomeo era hijo de Filipo hijo de Amintas, aunque de nombre lo fuese de Lago, a quien Filipo casó su madre ya embarazada.

Ptolomeo, según dice, se distinguió mucho en Asia, especialmente defendiendo como «compañero» a Alejandro cuando estuvo en peligro en Oxidracas.

Muerto Alejandro, oponiéndose a los que propugnaban para Arideo, hijo de Filipo, todo el poder, fue el principal causante de la repartición de los países en reinos.

Marchó a Egipto y dio muerte a Cleómenes, el sátrapa que había puesto Alejandro, creyéndole afecto a Perdicas y sospechoso, y persuadió a los macedonios encargados de conducir el cadáver de Alejandro a Egas de que se lo entregasen, y así, le sepultó en Menfis a la manera macedónica, y como sabía que habría que luchar con Perdicas, dispuso la defensa de Egipto.

Perdicas, en apariencia por honrar el ejército, llevó consigo a Arideo hijo de Filipo, y al niño Alejandro nacido de Alejandro y Roxana hija de Oxiartes, pero en realidad lo que quería era quitar el reino de Egipto a Ptolomeo. Pero rechazado de Egipto, menos acreditado que él como guerrero y odiado por los macedonios, fue muerto por su escolta.

La muerte de Perdicas puso en actividad a Ptolomeo. Conquistó Siria y Fenicia, acogió a Seleuco hijo de Antíoco expulsado por Antígono y se dispuso como para defenderle: consiguió hacerse aliados a Casandro hijo de Antípater y a Lisímaco rey de Tracia, exagerándole la persecución de Seleuco y el miedo de Antígono.

Antígono, mientras estuvo Ptolomeo preparado para la guerra, no se atrevía a afrontar el peligro; pero cuando supo que Ptolomeo había marchado a Libia contra los cirenaicos sublevados, invadió Siria y Fenicia y las entregó a su hijo Demetrio, muy joven, pero ya estimado prudente. Entonces marchó al Helesponto, pero antes de pasarle tuvo que volverse al oír nuevas de una batalla en que Demetrio había sido vencido por Ptolomeo.

A pesar de todo, Demetrio no se había retirado del país ante Ptolomeo, y hasta había muerto en emboscadas a algunos egipcios. Ptolomeo se retiró a Egipto sin esperar la llegada de Antígono.

Pasado el invierno, Demetrio se embarcó para Chipre, venció a Menelao, sátrapa de Ptolomeo, en un combate naval, y después, como viniese sobre él, al mismo Ptolomeo. Y huyendo éste a Egipto, Antígono y Demetrio le atacaron a la vez por mar y tierra. Ptolomeo, en situación desesperada, se salvó sin embargo resistiendo al ejército frente a Pelusium y al tiempo impidiendo a las naves entrar en el río.

Antígono, perdidas por el momento sus esperanzas de ganar Egipto, envió a Demetrio con gran ejército y escuadra sobre Rosas, punto, una vez dominada la isla, de ataque sobre Egipto. Pero los rodios resistían con valor y con ingeniosas máquinas a los sitiadores y además Ptolomeo les ayudaba con todas sus fuerzas disponibles.

Antígono, fracasado en Rodas como antes en Egipto, todavía poco después se atrevió a atacar a Lisímaco, a Casandro y al ejército de Seleuco, con lo que gastó su poder y acabó por morir agotado por la larga guerra contra Eumenes.

De los reyes que arruinaron el poder de Antígono creo el más impío a Casandro, pues debiéndole a él el seguir reinando en Macedonia, atacó a su bienhechor.

Muerto Antígono, Ptolomeo volvió a ocupar Siria y Chipre e instaló a Pirro en la Tesprótide. Sublevada Cirene, su hijo Magas, nacido de su entonces mujer Berenice, tomó la ciudad después de cinco años de rebelión.

Si en realidad este Ptolomeo era hijo de Filipo, de él heredó su manía mujeriega, pues casado con Eurídice hija de Antípater, también tuvo amores con Berenice venida a Egipto en la comitiva de aquélla. Tuvo hijos de ella, y próximo a morir señaló a uno de éstos Ptolomeo (del cual toma nombre la tribu ateniense) por sucesor en Egipto, en lugar de los hijos de la hija de Antípater.

BIBLIOGRAFÍA

M. Austin, p. 40: Paros bajo control ptolemaico; p. 48: sobre la política testamentaria de Antípatro.

P. Briant: *Antigone le Borgne*, p. 349: el mundo griego y helenístico al final de los Diadocos.

R. M. Errington: From Babylon... pp. 75-77: fuentes.

—, «Diadorus Siculus and Chronology of the Early Diadochi: 320-311 B.C.». *Hermes*, 105, 1977, 478-504: cronología.

—, «The Nature of the Macedonian State under the Monarchy», *Chiron*, 8, 1978, 77-133: el poder del ejército.

K. Mester: «Agathocles», *CAH*, VII, 1, 1984 (2ª ed.), pp. 409, ss.

F. W. Walbank: *Hellenistic World*, pp. 59-77: elementos comunes del mundo helenístico al final de la época de los Diadocos.

E. Will: *Histoire politique du monde hellenistique (323-30 av. J. C.). I. De la mort d'Alexandre aux avènements d'Antiochus et de Philippe V*, Nancy, Publications de l'Université de Nancy II, 1979 (2ª ed.): pp. 118-119: Agatocles.

CAPITULO XVII

LOS ESTADOS HELENÍSTICOS

1. EL EQUILIBRIO DE POTENCIAS

A partir del año 280, acaban las luchas entre sucesores que pretenden la herencia de Alejandro y se consolidan los reinos que de hecho ya venían configurándose a lo largo de los cuatro decenios anteriores. El resultado fue el triunfo de las tendencias a formar estados hereditarios y monárquicos. Los factores fueron: el reino macedónico, las monarquías orientales, la acción de Alejandro y la crisis de la ciudad griega. El resultado no fue consecuencia directa de uno de estos factores, sino de la conjunción de todos ellos. Por otro lado, como ese resultado es homogéneo y diverso al mismo tiempo, en los diferentes lugares las tendencias adquirieron distinta fuerza según el desarrollo de cada zona y de acuerdo con la importancia precedente de los factores. El mundo helenístico puede definirse como una unidad, pero siempre que se tenga en cuenta que uno de los caracteres que mejor definen esa unidad es el de su diversidad. Ésta se encuentra entre los reinos, o entidades políticas, dado que no todos son reinos, pero también dentro de cada reino o entidad política. Hay que comprender las diferencias que existen entre el Egipto lágida y la ciudad de Atenas, por poner un ejemplo bastante extremado, aunque seguramente no el que marca una polarización mayor; pero también hay que comprender que lo que caracteriza al mundo helenístico es precisamente que esas realidades coincidan y estén en contacto.

A partir del año 280 hay, como entidades políticas más representativas, tres reinos independientes y bien definidos, que no son, desde luego, toda la realidad helenística, pero que, desde el punto de vista de la política «internacional», son los que marcan las relaciones y los acontecimientos, al menos superficialmente. Es obvio que sus relaciones políticas están marcadas por la existencia de otras entidades aparentemente de menor rango: ciudades y ligas, y también reinos de dimensiones más reducidas o posición más marginal.

Los tres reinos son Egipto, donde gobierna Ptolomeo Filadelfo que ha sucedido a Ptolomeo I, Siria en que reina Antíoco, hijo de Seleuco, y el reino de Macedonia, gobernado por el hijo de Demetrio, Antígono Gonatas.

2. LOS GALOS

En el mundo confuso de 280, un nuevo factor vino a complicar la situación, representado por la invasión de los gálatas en Grecia y Asia Menor, que fueron utilizados por los reyes como aliados y como mercenarios.

Ptolomeo Ceraunio había sido reconocido por Antíoco I al vencer a Antígono Gonatas, pero luego fue derrotado por los galos en 279. Esto dio lugar a un periodo confuso, hasta que, según narraciones legendarias, los griegos consiguieron expulsarlos. Los etolios luego celebraban las fiestas *soterias* como si ellos hubieran sido los autores de la expulsión. Antígono hizo más tarde la paz con Antíoco, probablemente en 278. Antígono venció después a una parte de los galos en 277, en Lisimaquia, y se convirtió en rey de Macedonia.

3. PIRRO

Plutarco cuenta una anécdota que pone de relieve lo contradictorio de los planes y proyectos de Pirro, concentrados en principio en el dominio de Macedonia, incluso los planes occidentales. Cuenta que había un tesalio, Cineas, que tenía fama de ser suficientemente inteligente para transmitir la fuerza y la capacidad del orador Demóstenes, del que había sido discípulo, a sus oyentes. Vivía junto a Pirro, que lo enviaba a las ciudades, porque confiaba en lo que había dicho Eurípides: la palabra anula todo lo que podría hacer el hierro de los enemigos. Pirro decía que había ganado más ciudades por las palabras de Cineas que por sus propias armas. Una vez que vio a Pirro ocioso, cuando se disponía a partir para Italia, inició la siguiente conversación: se dice que los romanos son belicosos y mandan sobre muchos pueblos; si el dios te concediera vencerlos, ¿qué haríamos con la victoria? Para Pirro, si se vencía a los romanos, no habría ciudad bárbara o griega capaz de resistirse y poseerían Italia entera. Cineas pregunta entonces qué harían después de conquistar Italia entera, a lo que Pirro contestó que aprovecharían la circunstancia de que Sicilia se encontraba en situación inestable tras la muerte de Agatocles. Luego sigue respondiendo con alusión a Libia y Cartago en el mismo sentido. Cineas reconoce que entonces podrá volver a tomar Macedonia y conquistar Grecia. Pirro piensa que luego se podrán dedicar al ocio con una copa en las manos, a lo que Cineas responde que eso podrían hacerlo desde ahora y evitar el derramamiento de sangre. Pirro no renunció por ello a sus proyectos.

Los planes de Pirro en occidente contaban con los antecedentes de Alejandro el Moloso y Cleónimo de Esparta. Recibió la ayuda, además, de Ceraunо, Antígono y Antíoco. Era un modo de apartarlo de Macedonia. En cambio, no intervino Ptolomeo Filadelfo. De este modo, Pirro se erige en el defensor del helenismo occidental y continuador de la lucha secular de Europa contra Asia, porque Roma se identificaba con Troya. Allí, Pirro actúa como rey helenístico, impone disciplina a los tarentinos y ofrece la paz a los romanos, los da por vencidos y pretende continuar sus conquistas. En la tradición analística aparece como ávido de la amistad romana.

Según Plutarco, estando en Italia, se le presentaron al mismo tiempo dos oportunidades. Vino una embajada de Sicilia que ponía en sus manos Acragante, Siracusa y Leontinos, y pedían que expulsara a los cartagineses y liberara a la isla de los tiranos. De Grecia se le anunciaba que Ptolomeo Cerauno había caído combatiendo a los galos con su ejército y que ahora era su oportunidad para presentarse a los macedonios, faltos de un rey. Después de irritarse por la coincidencia y de reflexionar largo tiempo, le parecieron más importantes los asuntos de Sicilia, por su proximidad a Libia. Pirro se ha visto absorbido, de momento, por la empresa occidental. En Italia se dedicó a acuñar magníficas monedas de plata. Con ello se marca el apogeo de su carrera, como símbolo del brillo aportado por esta empresa para un rey de tipo helenístico en situación de necesidad. Se muestra así como el campeón de la concordia, que quiere unir a griegos y bárbaros, y establecer una moneda única para el mundo griego de occidente sobre modelo ático. Su orientalización ha experimentado un giro. Ahora se trataba de repetir para occidente las hazañas de Alejandro.

Pero cuando surgen los problemas y Pirro pide ayuda a los reyes, éstos se muestran indiferentes a la causa del helenismo en occidente. Por otra parte, sus aspiraciones «helénicas» le impiden concentrarse en Roma y desempeñar la función para la que ha sido llamado. A su vuelta, Pirro busca una guerra para poder alimentar a su ejército y se lanza a Macedonia.

En 274, Pirro ocupa el trono de Pela a costa de Antígono y se dirige al Peloponeso. Esparta se resiste. Pirro ha ido a apoyar a Cleónimo, que ha sido apartado de la realeza. En Argos se produce la lucha de dos bandos, uno a favor de Antígono y otro de Pirro. Éste muere en 272 en su intento de tomar la ciudad. El Peloponeso se une a Antígono que, por su parte, se consolidó en el trono de Macedonia. Con la muerte de Pirro, quedó sin rival en esa zona de Grecia.

4. SITUACIÓN GENERAL TRAS LA MUERTE DE PIRRO

Antíoco I mantuvo en principio sus pretensiones sobre el norte de Asia Menor, con ánimo de abrir la ruta de oriente con Macedonia. Se lo impidieron algunos pequeños reinos, como el de Bitinia y el Ponto, que formaron la Liga del Norte con apoyo galo. Antioco fue derrotado en 275. Sus pretensiones quedaron sin consecuencias pero el fracaso también afectó a su territorio.

A continuación, el panorama es el siguiente: Egipto se convierte, de hecho, en la monarquía más fuerte, bajo el gobierno de los Ptolomeos. Los Seléucidas poseen las satrapías alejandrinas de Mesopotamia y Siria, salvo una parte de ésta, y Palestina y Fenicia y algunas regiones de Asia Menor. Macedonia queda como aspirante al control de Grecia continental, y puede controlar algunas ciudades como Calcis, Corinto... Al norte de Asia Menor se encuentran los reinos de Bitinia y Ponto, y los galos. Por otro lado, se encuentra Rodas y algunas ciudades libres. El Egipto de Filadelfo sólo aspira al control del Egeo y las costas sur y oeste de Asia Menor, con el ánimo de consolidar su imperio marítimo y comercial, lo que

también lo lleva a aspirar a Palestina y Fenicia y parte de Siria. Por este mismo motivo trata de garantizar su seguridad a los puertos griegos. Todo ello crea la necesidad de realizar un esfuerzo militar.

La oposición se ofrecía, de una parte, del lado de los Seléucidas, que tenían además otro frente en oriente, en la Bactriana. Macedonia, de otra parte, experimenta un proceso de fortalecimiento a lo largo de los reinados de Antígono Gonatas, Demetrio II y Antígono Dosón. Los Ptolomeos apoyan a Atenas, la Liga Aquea y de Esparta, y conservan así su hegemonía. Los Antigónidas permenecen, en definitiva, débiles en Grecia y en el norte, por lo que su dominio experimenta un proceso variable.

En el Ponto, Mitrídates se ha hecho rey, en 296 o 281. Según Apiano, en las luchas entre sucesores, Antígono había expulsado a Leomedonte de Siria. Y en el momento de asumir el poder llevaba consigo a Mitrídates, de la casa real persa. Dice que Antígono tuvo un sueño en el que sembraba de oro su campo y que Mitrídates arrancó el oro y marchó al Ponto. A pesar de que lo arrestó para matarlo, se escapó con seis caballeros y se refugió en Capadocia, donde se le juntaron muchos a causa de los problemas de Macedonia y así se hizo dueño de Capadocia y de los pueblos vecinos del Ponto. Más tarde transmitió este gran poder a sus hijos. Es al sur del Mar Negro donde se ha constituido la liga del norte.

En 298/297, Zipoites ha tomado el título de rey de Bitinia. Luego, Nicomedes llamó a los galos en 277. Antíoco los venció en 275/274 y los asentó en Frigia del Norte. Estos reinos experimentan las mismas dificultades en su territorio que las ciudades griegas libres y además el peligro representado por los gálatas. Frente a éstos, tiene lugar la creación de Pérgamo.

Esta ciudad muestra tendencias a poseer una dinastía propia. En 262, Éumenes desafía a Antíoco y consigue la independencia, tras la victoria sobre el Seléucida, cerca de Sardes. Con ello aparece la nueva dinastía de los Atálidas que muestra, en seguida, ambiciones en Asia Menor.

Las ciudades griegas de Asia Menor y de las islas conservan siempre su tendencia a la independencia. La lucha es constante, aunque más o menos clara, en Mileto, Éfeso, Esmirna. Consiguen más libertad las ciudades del Mármara y la costa sur del Mar Negro: Cícico, Bizancio, Heraclea, Sinope.

En Grecia continental perduran constantemente los conflictos armados, en que se interfieren las luchas frente a Macedonia con las luchas interiores, entre unionistas e independentistas, así como entre los diferentes unificadores: las ligas etolia y aquea y de Esparta.

5. PRIMERA GUERRA SIRIA

En este panorama, se producen diferentes conflictos bélicos.

Antíoco I y Ptolomeo Filadelfo se enfrentan en guerra por las ciudades costeras de Asia Menor, entre 280 y 271. La guerra propiamente dicha estalló en 274. Es la primera guerra siria. En 279/278, en Mileto, Ptolomeo Filadelfo recibe honores y dota de tierras a sus habitantes. Desde 276 aparece como dueño de Caria y protege Samos, y en 278 está presente en Panfilia.

La paz fue ventajosa para Filadelfo, que se extendió a Asia Menor, Cilicia, Panfilia, parte de Caria, Licia y Celesiria. Las condiciones de la paz permanecen en la duda. En su *Encomio a Ptolomeo*, escrito antes del 270, el poeta Teócrito enumera las posesiones del rey de Egipto: Fenicia, Arabia, Siria, Libia, Etiopía, Panfilia, Cilicia, Licia, Caria, las Cícladas, pero no es posible saber hasta dónde llega la exageración.

6. LA GUERRA DE CREMÓNIDES

Antes de la guerra de Cremónides, Antígono apoya a los grupos promacedonios e instaura tiranos, desde el año 271, en Élide, Megalópolis, Argos. Pero los partidos promacedonios abandonan el poder en 267, ante las revueltas en Atenas apoyadas por Filadelfo. También se suma la Liga de Esparta con ciudades del Peloponeso. El alma de la oposición es el ateniense Cremónides. La guerra se concibió como una lucha por la «liberación de Grecia».

La guerra de Cremónides duró del 267 al 261, y enfrentó a Antígono Gonatas a Atenas, Esparta, los grupos opuestos a las tiranías filomacedónicas en otras ciudades, incluidas las de los aqueos, y a Ptolomeo Filadelfo. Este tuvo que abandonar Grecia por el inicio de la segunda guerra siria o guerra de Éumenes. El resultado fue la victoria de Antígono y la humillación de Atenas, que experimenta el final de su vida independiente. Desde ahora queda convertida en una especie de «ciudad universitaria». Antígono ocupa la ciudad e instala un «comisario». Atenas pierde el Pireo y Muniquia.

El rey macedonio se convirtió en señor de Grecia y obtuvo parte del dominio del Egeo, tras la batalla de Cos. Ahora posee Calcis, el Pireo, Corinto. Entre 253 y 251 perderá el control de Atenas y Argos.

7. LA SEGUNDA GUERRA SIRIA

En 261 ha muerto Antíoco I, tras una batalla perdida con Éumenes de Pérgamo. Antíoco II ataca a Filadelfo, que había apoyado a Éumenes en 262. En el mismo año 261, el rey seléucida ha tenido que ceder Capadocia al persa Ariarates y hace la paz con Antígono frente a Filadelfo.

Así estalla la segunda guerra siria que dura de 260 a 253 y fue desfavorable para Filadelfo. Antíoco recupera Fenicia. Desde 250, a pesar de todo, se acentuará el debilitamiento de los Seléucidas por obra de los Arsácidas.

Filadelfo tuvo que firmar un tratado por el que Antígono aparece como «protector de las islas» y Antíoco hace una serie de conquistas a costa suya. Poco se sabe, pero parece que Ptolomeo pierde territorios en Asia Menor. En 253 o 252, sin embargo, Filadelfo estuvo en condiciones de apoyar la independencia de Corinto, que no llegaría hasta el año 247.

A partir de aquí crece el movimiento de liberación griego y se desarrolla la Liga Aquea bajo Arato de Sición. En 251 recupera Sición de manos del tirano Nicocles, para lo que recibe ayuda de Ptolomeo II. En ese año Antígono sólo conserva el Pireo, y en 243 se llega a la liberación de Corinto.

En 247 o 246 muere Antíoco II y, en 246, Filadelfo. Éste deja un Egipto bien organizado, formando un bloque definido, a diferencia de los otros reinos, en situación mucho más móvil. La política egea de los Lágidas sólo parece un «suplemento» para su política interior, a la que se dedican plenamente.

8. TERCERA GUERRA SIRIA

Ptolomeo III Evérgetes emprende la III guerra siria, entre 246 y 241. El avance triunfal de Ptolomeo III hacia el Éufrates es detenido por una revolución en Egipto de la que nada se sabe. Luego fue rechazado por Seleuco II y sólo pudo conservar Seleucia de Pieria.

Por otro lado, en 245, Antígono expulsa al rey egipcio de las Cícladas. Pero Evérgetes era, a pesar de todo, el príncipe más poderoso del Egeo. Conservaba el control de las islas y de la costa tracia y mantenía su influencia en el Peloponeso y en Etolia, lo que llevaba consigo el control de Delfos.

9. LA ÉPOCA DE LAS LIGAS Y ESPARTA

En 289 tiene lugar la muerte de Antígono Gonatas y la consiguiente sucesión de Demetrio II. Entre tanto, en Grecia comienza el dominio de las Ligas. Contra ellas, Demetrio emprende la llamada guerra demetríaca pero los problemas del norte le imponen el abandono. La consecuencia es el apogeo del poder de Etolia con el control de Delfos. En esa época celebraban el Festival de los Soterias, por su presunta victoria sobre los galos.

Los etolios garantizan la protección contra los propios piratas y se convierten en una potencia fuerte ante Pérgamo, Egipto y Roma. Así consiguen la unificación de Grecia central. A lo largo del siglo III, la Liga etolia se convierte de democrática en una oligarquía encabezada por 30 *apokletoi*. Es la única Liga con vida propia e independiente duradera. Desde 226 decae a favor de la Liga aquea, que posee una Asamblea primaria: *synkletós; sýnodos*.

La Liga aquea pretende la unificación del Peloponeso. Se encuentra con la oposición de Esparta que, con Agis, de 245 a 241, ha dado los primeros pasos hacia su reorganización. En 235 tienen lugar las reformas de Cleómenes, de base militar. Consigue el apoyo de Evérgetes frente a Macedonia y absorbe la Liga aquea. Pone en práctica la redistribución de tierras y la abolición de deudas.

Ante tal situación, Arato acude a Macedonia, a pedir ayuda a cambio de la devolución de Corinto a Antígono Dosón (229-221).

En 222-221, con la batalla de Salasia, desaparecen las pretensiones de Cleómenes. Grecia queda en manos de Macedonia, salvo Etolia, contra la que, desde 219, emprenderá una campaña Filipo V.

10. CRISIS DEL REINO SELÉUCIDA

Entre tanto, se produce la desintegración del imperio seléucida. Entre 249 y 248, el avance de Partia sobre las satrapías orientales tiene como efecto la independencia de Diódoto en Bactria, así como de Capadocia, hacia 255, en que Ariarates III se proclama rey, y de Armenia. Entre 246 y 245, se produce la sucesión de Andrágoras en la Partiene, coincidiendo con la tercera guerra siria. Éste acuña moneda, pero no toma el título de rey, y defiende los territorios contra la invasión de nómadas escitas, los pamies, que se instalan en la Partiene, de donde tomarán su nombre los partos. La llegada de los pamies le costó la vida a Andrágoras.

El debilitamiento seléucida continúa con la tercera guerra siria (246-241) y la guerra dinástica, desde 241, entre Seleuco II y su hermano Antíoco Hiérax. A ello se suma el crecimiento del reino de Pérgamo bajo Átalo I, que obtiene victorias sobre los galos y sobre Seleuco III. En 230 y 228, Átalo conquista la banda costera entre Frigia y Lidia.

En 223 muere Seleuco III Soter, que había reinado sólo desde 226, y en 221 mueren Antígono Dosón y Evérgetes. Desde entonces, el protagonismo corresponde a Filipo V, a Antíoco III y a los romanos.

11. LA MONARQUÍA MACEDÓNICA

La monarquía macedónica permaneció relativamente libre de influencias orientalizantes. Es el sistema que se ha dado en llamar monarquía nacional, frente al concepto de monarquía personal de otros reinos. La proclamación se hacía por parte de los macedonios. Todavía era así en el caso de Demetrio, en 294, que, al llegar, no tuvo necesidad de discursos porque los macedonios odiaban a Antípater y carecían de otro mejor para elegir como rey de Macedonia. En el caso de Gonatas, se dice que los «primeros» de los macedonios, por temor a la anarquía, lo llamaron, lo hicieron casar con la madre de Filipo, lo nombraron tutor general y, luego, rey, después de haber comprobado su moderación y sus servicios al estado. Con estas variaciones, es, de todos modos, el único reino en que se conserva el papel de los «dirigentes» de la antigua nobleza macedonia. Tal situación permanecía vigente en tiempos del tratado de Filipo V con Aníbal, en que Filipo firma en su nombre, en el de los macedonios y en el de los aliados. También hay algunas referencias al Koinón de los macedonios, lo que equipara su estado a las confederaciones de ciudades.

Es cierto que, en la práctica, los Antigónidas reinaban de modo autocrático y que, allí, el rey, como jefe militar, constituía la encarnación del estado. Pero no existe culto ni un modo especial de tratamiento. El monarca no se identifica con la divinidad, aunque hay algunos casos de monarcas que recibieron culto fuera de Macedonia.

12. CIUDADES

Las clases superiores macedonias experimentaron un proceso de helenización que llegó a identificarlas totalmente con los griegos, sobre todo en algunas ciudades, como Tesalónica y Casandrea, que adoptaron las formas de las ciudades griegas. En inscripciones aparecen Filipos, Casandrea, Pela y Antípolis con este tipo de estructuras. Tesalónica fue fundada por Casandro, que la llamó así por

su esposa, después de haber arrasado las ciudades del golfo Termaico, y asentó a los habitantes de unas veintiséis ciudades en una sola. Tenía un Consejo y una Asamblea. Casandrea tenía un Consejo, Filipos y Anfípolis contienen una Asamblea. Es probable que todas, incluso Pela y Egas, tuvieran ambas instituciones. Además aparece la ciudadanía dividida en tribus y demos y existen magistrados, proxenias con otras ciudades griegas, etc. Ahora bien, en la realidad, todo funciona bajo el control del rey. Fuera de Macedonia, en Tesalia, Demetriade se desarrolló como puerto floreciente y cosmopolita entre 200 y 150.

Pero, al mismo tiempo, las ciudades griegas experimentan cambios al establecerse en ellas guarniciones y «gobernadores» macedonios, aunque aparentemente conservaban su organización tradicional, siempre, eso sí, con mayor poder del consejo y de los magistrados que de la Asamblea.

13. OTRAS MONARQUÍAS

Los Seléucidas y Ptolomeos tienden más claramente a la divinización. Los primeros se consideran descendientes de Apolo, los segundos de Heracles y Dioniso. Los Atálidas siguieron, en cambio, una línea más próxima a la de los Antigónidas.

En general, de todos modos, el poder está concentrado en el rey, que monopoliza la legislación. Él es *nómos empsychós*, ley viva.

En el terreno legislativo, los «compañeros» del rey quedan relegados a un papel simplemente consultivo. Tales compañeros o amigos del rey, en Macedonia, rompen los límites de la nobleza local y se nutren de personajes de toda Grecia, como Arato o Demetrio de Faros, con lo que ejercen una fuerte influencia en la corte. De todos modos, el poder legislativo se ejerce por medio de estrategos o sátrapas, nomarcas o ecónomos, según los reinos.

En general, hay una cierta adaptación a las tradiciones orientales y a la formación de una nobleza áulica, una nobleza que vive en torno al palacio y a la figura del rey. Entre los egipcios está especialmente agudizado el aspecto evergético y soteriológico, lo que se refleja en los nombres adoptados por los mismos reyes. Son, en cierto modo, herederos de los faraones, cuyos títulos adoptan a partir de Ptolomeo II. Es hereditario, pero a voluntad del rey: Ptolomeo II reina en lugar de Ptolomeo Cerauno. En los Seléucidas es frecuente el sistema de hijo corregente.

En las familias reales se establece el matrimonio consanguíneo. Pero también la deificación afecta a ciertas manifestaciones de los monarcas Seléucidas, como Antíoco Epífanes, e incluso a algunos personajes surgidos del mundo de las ciudades que se erigen en figuras salvadoras y protectoras de la comunidad, como Arato y Filopemen.

14. EL EJÉRCITO

El reino basa su fuerza efectiva en el poderío militar, donde desempeña un papel de gran importancia el rey como figura capaz de conseguir la victoria. Los ejércitos están compuestos de grandes contingentes de tropas y naves. La fuerza principal está en la falange. Además, hay cuerpos ligeros de caballería, elefantes, grandes barcos. El monarca debe desempeñar su papel salvador en la ciudad en crisis y lo logra gracias a las guarniciones y, en los territorios conquistados, por medio de gobernadores que tienen el carácter de jefes militares omnipotentes.

15. ECONOMÍA

Junto y paralelamente al control militar, el rey ejerce el control sobre la vida económica por medio de una burocracia bien organizada. El ejemplo más claro es el de *Egipto*, donde por medio de nomarcas, toparcos, comarcos y navarcos se ejerce el control sobre la economía como monopolio real. Las tierras son del rey y a él revierte la ganancia procedente del trabajo de los campesinos esparcidos por las aldeas de Egipto. Los Seléucidas ejercen también el control del comercio, que en su territorio se convirtió en una fuente importante de riqueza, por medio del control de las rutas caravaneras. Siguieron las relaciones con la India, incluso tras la secesión de las satrapías orientales. Se establecen tasas sobre transportes, transacciones, etc. El rey es, pues, la mayor entidad económica. Las ganancias se hacen notar en el lujo y los tesoros que acumula y que da a conocer como un medio de reafirmar su prestigio, dado que tiene que mostrar que es poderoso para poner en práctica su programa de «salvador» de la comunidad y de benefactor de la misma. De acuerdo con el sistema de la gran realeza unificada, también el sistema económico se define como de gran comercio y de gran agricultura unificada en el control real.

16. ORGANIZACIÓN TERRITORIAL

Los Seléucidas conservan el sistema de las grandes satrapías persas. Al este del Eufrates se establece una triple división en la escala del poder y del control: satrapía, eparquía e hiparquía. Cuando se va desmembrando el territorio oriental, la eparquía puede convertirse en satrapía, aunque algunas llegaron a convertirse en reinos independientes según el desarrollo concreto de los acontecimientos. Pero, dentro del imperio, existen cuatro categorías: reyes sometidos, dinastías, pueblos y ciudades.

El sistema de la hiparquía se extendió en un momento determinado al territorio de Capadocia, Ponto y Armenia. En las satrapías, se discute si había sátrapa, general o ambos cargos. Para el imperio, parece existir un «ministro» encargado de los «negocios» *(prágmata)* y otro de los «ingresos», aunque no está claro ni su *status* ni su función.

Los Seléucidas heredan el sistema que ya había heredado Alejandro de los gobernadores persas, así como el sistema de servicio postal persa, cuya política sigue en la reforma de los caminos.

Cada hiparquía tiene el registro de sus tierras que transmite a la satrapía donde se anotaba en la oficina de registros reales, con lo que se hacía el registro central para uso del rey.

El modo de extracción del excedente se realiza por medio del impuesto de la décima parte de la cosecha que convierte al rey en el gran mercader de granos. ático. En el terreno jurídico, surge el derecho greco-sirio.

Se extiende el griego como *lengua franca* y se establece el calendario seléucida.

Se extiende el griego como *lengua franca* y se establece el calendario seléucida. Egipto se convierte en un territorio conquistado para los griegos, aunque esta situación cambió a partir de Ptolomeo IV. Entre las pocas fundaciones de ciudades, destaca Ptolemaida, pero dependía del general de la Tebaida. En todo caso se fundaron algunas en territorios exteriores conquistados.

Las ciudades griegas eran avasalladas y sometidas a impuestos y *epistatai*. En los *nomoi* se nombraban en cambio generales griegos y macedonios. Pero los asuntos importantes se llevaban desde Alejandría, a través del *dioiketes*, especie de ministro de finanzas.

17. POLÍTICA INTERNA

Ptolomeo I fundó la Biblioteca y el Museo. Ptolomeo II desecó el lago Meris y reconstruyó el canal de Darío, construyó pozos y fortines en las rutas de las caravanas, estableció un sistema de correos por camellos y concluyó la edificación de la ciudad de Alejandría. En ella estaban las oficinas centrales de la administración, los almacenes de grano y aceite, el palacio de justicia y el gimnasio, un templo de Serapis y la colina de Pan. Se construyó un canal que llevaba el agua del Nilo, con cisternas. Los egipcios viven en un barrio autóctono. No funciona como una *polis* sino como un grupo de *politeumata* de distintas nacionalidades. Todos ellos bajo el gobernador de Ptolomeo y otros funcionarios reales.

La ciudad tiende a homogeneizarse, lo que se ve favorecido con la difusión del pago en moneda.

18. MONOPOLIOS REALES

Los monopolios de los templos pasan al rey en época de Ptolomeo II.

Pagan un impuesto fijo al rey, por lo que las pérdidas caen sobre el cultivador. El rey proporciona las semillas. El grano se almacena en los graneros de la aldea, de donde pasa al nomo y de ahí al granero del rey.

El rey posee el monopolio sobre el lino, el aceite y la lana. El olivo es escaso, pero se ve compensado con otros aceites. La plantación se hace obligatoria. El rey adquiere todo el producto a un precio fijo y pasa a la fábrica del estado que está trabajada por esclavos y luego a comerciantes al por menor a precio fijo.

Se establecen grandes impuestos sobre la importación de aceite.

Existen otros monopolios, como el papiro, las minas, los paños, la importación, la banca, las tierras de pastoreo, los rebaños, los árboles.

Las viñas, huertas y jardines tienen el impuesto de 1/6; sobre la importación de vinos se establece un tercio.

Egipto es el reino donde hubo una mayor burocratización, que se refleja en los Archivos de Zenón, donde hay inventarios y controles de toda la producción.

19. CIUDAD Y MONARQUÍA

Las relaciones de las ciudades griegas con los reinos eran profundamente contradictorias. Por un lado se consideraba que podían servir de protección ante los pueblos bárbaros de los límites del mundo helenístico, que era principalmente el caso de Macedonia, y también, por parte de las oligarquías, que podían servir las fuerzas macedónicas para permitir conservar la tranquilidad interna de las ciudades y evitar los conflictos sociales, pero, por otro lado, también subsistía la idea de que Grecia había sido esclavizada por los macedonios, lo que era la idea demosténica utilizada entonces más bien como reflejo de la opinión democrática.

Más tarde, sobre todo cuando el rey adopta una actitud excesivamente evergética a favor del demos, que puede afectar a los intereses de las oligarquías, esta opinión refleja más bien el espíritu de estas últimas. La contradicción reside en que el papel de contención ejercido por los monarcas necesita no sólo de la fuerza representada por las guarniciones, sino también de la expectativa ideológica que puede ofrecer un rey salvador, lo que para el demos quería decir sobre todo salvación de la miseria en que había caído en muchas ciudades griegas. Para que esa expectativa ideológica fuera eficaz necesitaba ser también real, aunque fuera de modo parcial, en determinadas ocasiones. Y con ello la clase que se veía objetivamente favorecida por la presencia del Estado fuerte macedónico pudo llegar a sentirse en peligro por la política que se realizaba para su propia protección.

Al final, las oligarquías dejan de sentirse protegidas con los reinos y buscan un nuevo protector en la República romana. La tendencia «popular» se manifestó desde muy pronto y formó parte de los programas que se planteaban en la política de búsqueda de adhesión por parte de los monarcas, o pretendientes, o simplemente jefes militares, en sus disputas entre ellos, como fue el caso de Poliperconte con respecto a Atenas en el año 319, que hablaba de liberar a las ciudades y disolver la oligarquía. La mayor parte de las veces, sin embargo, sólo se habla de la «liberación» y de la «autonomía», lo que significa, de modo más claro, simplemente liberación con respecto al contrincante en una lucha por el poder o dinástica.

DOCUMENTOS

TEÓCRITO, XVII: ENCOMIO DE PTOLOMEO. (TRADUCCIÓN A. GONZÁLEZ LASO)

Empecemos por Zeus y acabad en Zeus, Musas, cuando invoquemos con cantos al más excelso de los inmortales; mas, entre los hombres, que Ptolomeo sea nombrado entre los primeros, tanto al final como a la mitad: pues él está por encima de todos.

Los héroes que antaño nacieron de semidioses, después de realizar hermosas gestas, hallaron diestros cantores. Por mi parte, yo, que sé interpretar lo bello, quiero ofrecer a Ptolomeo un himno: los himnos son un honor, aun para los propios inmortales.

Llegado al Ida, rico en bosques, un leñador mira a todas partes, ante tanto árbol como se le brinda, sin saber por dónde empezará la tarea. ¿Qué será lo que yo relate primero? Porque son miles las cosas que pueden decirse; atenciones con las que los dioses honraron al más excelso de los reyes.

Le venía de sus padres. ¡Qué gran hombre sería para consumar tamaña empresa, Ptolomeo, hijo de Lago –cuando concibió en su mente un plan, cual ningún otro hombre habría sido capaz de imaginar!

A aquel, lo puso el Padre en idéntico puesto de honor que a los bienaventurados inmortales, y cuenta con un aposento de oro, construido para él en el palacio de Zeus. A su lado, Alejandro, que le profesa amistad, tiene su asiento, Alejandro, para los persas temible dios de mitra tachonada. Enfrente, está el sitial de Heracles, matador del centauro, hecho de duro acero. Allí tiene festines con los demás descendientes de Urano, gozando sobre manera con los nietos de sus nietos, porque el hijo de Crono expulsó la vejez de sus miembros, e inmortales se llaman aquellos que descienden de su raza. Y es que ambos tienen por antepasado al potente Heraclida, ambos se remontan, como el primer ascendiente, a Heracles. También, cuando ahíto ya del banquete de néctar perfumado va Heracles a la mansión de su amada esposa, al uno le da el arco y la aljaba que cuelga de su brazo, al otro, la férrea maza sembrada de nudos. Ellos llevan sus armas, al inmortal aposento de Hebe, la de blanco tobillo, e incluso al barbudo hijo de Zeus.

¡Y cómo brillaba entre las discretas féminas la muy preclara Berenice, motivo de dicha grande para sus progenitores! En atención a ella, la deidad que mora en Chipre, la augusta hija de Dione, sobre su seno perfumado le dejó las huellas de sus manos delicadas. Así todavía no se ha dicho de ninguna mujer que haya complacido tanto a su marido; así Ptolomeo amó a su esposa. Y en verdad que él, a su vez, era amado mucho más todavía. De este modo un hombre puede confiar seguro a sus hijos la casa entera, cuando enamorado va al lecho de su esposa enamorada. Una mujer sin amor, por el contrario, tiene siempre el pensamiento en hombre ajeno, y es fácil que conciba, pero los hijos no guardan parecido con el padre.

Augusta Afrodita, que en belleza excedes a las diosas, aquella estaba a tu cuidado. Gracias a ti, Berenice de bella faz no franqueó el Aqueronte rico en lamentos, sino que tú la arrebataste, antes que ella bajara a la nave sombría y al barquero de los muertos, siempre aborrecible. Tú la colocaste en un templo y recibió una parte de sus honores. Benévola a todos los mortales, ella les inspira tiernos amores, mientras da leves inquitudes al que añora.

¡Argiva de oscuras cejas, tú engendraste a Diomedes, matador de pueblos, al unirte con Tideo, el varón de Calidón! Mas Tetis, la de profundo seno, al lanzador de jabalina, Aquiles, el Eácida hijo de Peleo; y a ti, marcial Ptolomeo, la radiante Berenice te engendró para otro marcial Ptolomeo. Y Cos te crió cuando eras un niño recién nacido; ella te recibió de tu madre cuando viste la primera. Allí fue donde la hija de Antígona, aquejada de dolores, invocó a Ilitia, la que afloja cinturas. La deidad la asistió benévola, y extendió por todos sus miembros una calma sin dolor. Y al fin, parecido a su padre, el hijo amado nació. Cos dio un grito de júbilo al verlo, y dijo cogiendo al retoño en sus manos queridas: «Ojalá, niño, seas feliz, y me honres tanto como Febo Apolo honró a Delos, la de oscura diadema. Ten en la misma estima al promontorio de Triops, concediendo igual honor a los dorios, que son vecinos nuestros, pues iguamente amó también a Renea el señor Apolo». Así fue como la isla habló.

Y de lo alto de las nubes, por tres veces clamoreó con su grito una gran águila, ave de buen auspicio. Aquella era, sin duda, una señal de Zeus. Zeus Cronión se cuida de los reyes augustos y ocupa lugar destacado aquel a quien el dios ha amado desde el primer instante en que nació; grande es el bienestar que acompaña, extensa la tierra en que impera, como extenso es su mar.

Mil religiones y mil linajes humanos acrecientan labrantíos enriquecidos por la lluvia de Zeus. Mas ninguna produce tanto como la baja tierra de Egipto, cuando el Nilo, al subir sus aguas, oculta la gleba húmeda; tampoco hay ninguna que tenga poblados de mortales duchos en labores. Tres centenares de ciudades se han construido, tres millares, a más de tres miriadas, dos veces tres y después nueve tres veces. Sobre todas ellas reina el noble Ptolomeo. Además él se corta una porción de Fenicia, de Arabia, de Siria, de Libia y del país de los negros etíopes; dirige a todos los panfilios y a los guerreros cilicios, a los licios, a los belicosos carios y a las islas Cícladas, puesto que tiene naves magníficas que surcan el Ponto; la mar entera, la tierra y los ríos resonantes están sujetos a Ptolomeo. Multitud de caballeros, multitud de infantes se congregan en torno a él, armados de bronce refulgente.

Con su riqueza puede abrumar a todos los reyes; tan inmenso caudal afluye cada día a su fastuosa mansión, procedente de todas partes. Y los pueblos cuidan tranquilos de sus labores. Ningún enemigo atravesó el Nilo, rico en monstruos, ni por tierra extendió el grito guerrero en aldeas extrañas, ni saltó ninguno a la orilla desde veloz nave, armado con signo hostil para las vacas egipcias. Tal es el varón que sus reales sienta en estas vastas planicies, el de la rubia cabellera, Ptolomeo, ducho en manejo de lanza, a cuyos desvelos cumple conservar íntegra toda la herencia paterna, como corresponde a un buen rey, a más de los bienes que él mismo va adquiriendo. Pero no es inútil, no, el oro en casa opulenta, como la riqueza que continuamente esparcen las hormigas en sus afanes. Mucho oro tienen las mansiones preclaras de los dioses, siempre en concepto de primicias con otras oblaciones. Y abundante lo da como obsequio a los valerosos reyes, mucho a las ciudades, mucho, en fin, a los buenos amigos. No llegó a los sagrados concursos ningún varón capaz de entonar sonoro canto, a quien no hiciera un presente digno de su arte.

Los intérpretes de las Musas cantan a Ptolomeo por su munificencia. ¿Qué puede haber más hermoso para un varón opulento, sino alcanzar nombre ilustre entre los hombres? Esto es lo que también conservan los Atridas. Aquellas enormes riquezas que habían conquistado al tomar el vasto palacio de Príamo, ocultas están en algún rincón sombrío, del que ya no habrá jamás retorno. Solo él entre los que precedieron y los que todavía dejan impresas sobre el polvo que pisan las huellas cálidas de sus pies, erigió a su madre querida y a su padre

templos perfumados de incienso. En ellos ha construido con oro y marfil bellísimas estatuas protectoras de todos los que en la tierra habitan. Muchos son, en el decurso de los meses, los pingües muslos de bueyes que él quema en los altares enrojecidos, él y su preclara esposa; ninguna hubo superior a ella, entre las que enlazaron con su abrazo al esposo en palacio, pues ama de corazón a su hermano y marido. De igual modo se cumplió el sagrado matrimonio entre los inmortales que engendró la potente Rea, los señores del Olimpo. Un solo lecho para dormir les dispone a Zeus y a Hera, después de lavarse las manos con perfume, la todavía virgen Iris. ¡Salud, señor Ptolomeo! A ti quiero yo recordarte, como a los demás semidioses, y espero que las palabras que he de pronunciar no serán despreciables para los venideros; en cuanto a excelsitud, pídesela a Zeus.

BIBLIOGRAFÍA

P. GRIMAL: *El helenismo*, p. 128: guerra de Cremónides, y en general para los acontecimientos bélicos; p. 157: burocratización; p. 158: ejercicio del poder legislativo.

P. LÉVÊQUE: «Formas políticas y relaciones sociales», en R. BIANCHI-BANDINELLI, *Historia y civilización de los griegos. VII. La sociedad helenística. Marco político*, Barcelona, Icaria, 1980, pp. 47-161, pp. 54, ss.: matrimonio consanguíneo; el ejército.

—, *Pyrrhos*, p. 25: simpatías de Jerónimo de Cardia; p. 30: Próxeno; p. 32: Timeo; p. 39: Filarco; p. 76: fuentes romanas; pp. 262-263: planes de Pirro; p. 268: antecedentes de planes occidentales; pp. 278-279: Pirro, defensor del helenismo occidental; p. 284: Roma-Troya.

C. PRÉAUX: *Le monde hellénistique. La Grèce et l'Orient (323-146 av. J. C.)*, París, P.U.F., 1978, 2 vol. I, p. 136: los etolios y las *soterias*; p. 138: paz de Antíoco y Antígono; apoyo de Pirro a Cleónimo; Pirro en Argos; Liga del Norte; p. 138-139: los galos; p. 139: Éumenes de Pérgamo vence cerca de Sardes a Antíoco; primera guerra siria; Teócrito; p. 140: guerra de Cremónides; pp. 140-141: derrota de Atenas; p. 141: muerte de Antíoco I; pérdida de territorios de Asia Menor por parte de Ptolomeo; p. 142: Egipto tras la muerte de Filadelfo; reclusión; pp. 143-144: Andrágoras.

M. I. ROSTOVTZEFF: *Historia social y económica del mundo helenístico*, pp. 20-24; Antígono en 275; pp. 24-29: panorama subsiguiente; pp. 29-32: Pérgamo; pp. 32-35: guerras,; pp. 35, ss.: desintegración del imperio seléucida.

W. TARN, G. T. GRIFFITH: *La civilización helenística*, México, F.C.E., 1969, 273 págs., pp. 39, ss.: rey militar/estado de Macedonia; pp. 41, ss.: cultos fuera de Macedonia; otras monarquías; pp. 101, ss.: hiparquías; p. 103: satrapías; pp. 106, ss.: acuñaciones, etc.; p. 137: Egipto; p. 138: impuestos; p. 139: edificaciones de Alejandría, organización de la ciudad; p. 142 monopolios.

F. W. WALBANK: *Hellenistique World*, p. 79: monarquía macedónica; p. 83: Antígono Gonatas; p. 84: tratado de Filipo y Aníbal; p. 85: límites de la autocracia macedónica; p. 86: instituciones ciudadanas; p. 89: Demetrio de; pp. 90-93: ciudad y monarquía.

E. WILL: *Histoire politique*, I, pp. 139-144: antecedentes de la primera guerra siria.

CAPITULO XVIII

LA SOCIEDAD HELENÍSTICA

1. LA PIRATERÍA

A consecuencia de los servicios prestados durante la guerra de Cremónides, el general Epícares recibió oficialmente honores del demos ático de Ramnunte. Entre sus méritos estaba el de haber castigado a los hombres de Atenas que habían introducido a los piratas en el territorio. La piratería se convirtió en un fenómeno muy extendido durante el período helenístico y se encuentra relacionado con algunos otros de los rasgos propios de la época. En esta ocasión, se hace notar el papel desempeñado en el hecho de crear posibilidades para el ejercicio del evergetismo individual. Entre los méritos que puede enarbolar un «benefactor» individual para ganar prestigio, y apoyo en la colectividad, se encuentra el haberla protegido contra los piratas, aunque en este caso sea de modo indirecto y después de los acontecimientos.

En el variado mundo helenístico, las ligas sostuvieron un protagonismo muy relevante, pero su naturaleza no era siempre la misma. La Liga etolia estaba constituida por una agrupación de pueblos organizados sobre una base tribal, que no se habían afincado en *poleis* o ciudades-estado, como había sido lo normal en la mayoría de las poblaciones de Grecia. Se puede decir que entra en la historia de la Grecia clásica cuando sus sistemas políticos están en crisis y se tiende a agrupaciones mayores. Los etolios, pues, se encuentran en una situación adecuada para entrar en ese mundo. Pero esas mismas características de agrupación solidaria les permiten entrar en un mundo esclavista de cuyos problemas no participan y se convierten en elemento clave para la reproducción de la esclavitud por medio de la piratería en un momento del siglo III de crisis para los sistemas de aprovisionamiento de la mano de obra servil. Ahora bien, esa entrada los llevó a participar en los acontecimientos conflictivos de la época y a desempeñar un papel activo, pero también en una cierta transformación de su propio papel. Los etolios representan una amenaza y la mejor forma de conjurarla es el pacto, con

lo que los etolios garantizan la impunidad de una ciudad, pero se crean entre ambos ciertos lazos de dependencia, como es el caso de Quíos, de quienes se conserva un decreto en honor de los etolios del año 247/246, por conseguir la *asylía*, el verse libres de caer bajo el control de los etolios con todo lo que ello significaba. Los de Quíos no caerán en el mercado de esclavos, pero los etolios aumentan su capacidad de control y su campo de acción.

Ya en un himno cantado a Demetrio en Atenas, en el año 291, se hacía referencia al hecho de que lo propio de los etolios era devastar a los vecinos, pero recientemente también a los más lejanos. Su presencia es uno de los motivos para aumentar el poder real e ideológico de los jefes militares helenísticos, a los que hay que venerar para lograr su protección entre otros problemas, frente a los piratas. La acción de los etolios fue también un motivo para que Arato de Sición ganara prestigio en la configuración y en las misiones de la Liga aquea, pero, a petición de ésta, fue también la lucha contra los etolios lo que posteriormente permitiría la intervención de Antígono Gonatas y de Filipo V de Macedonia y la formación de la Liga helénica. Y cuando Atenas honra a Eumarides de Cidonia, en Creta, en 217/216, lo hace porque éste rescató a las víctimas de los piratas etolios.

Las ciudades con sus propios benefactores, los benefactores externos, el poder personal de los reyes, la formación de ligas y la intervención en éstas de los reyes mismos, las diferencias sociales entre ciudades, reinos y ligas, todo ello encuentra uno de sus puntos de coincidencia en la existencia de la piratería. Otros piratas no bien identificados actuaron en Amorgos en el siglo III y dos de los prisioneros cogidos lograron liberar a los demás, que eran libres y algunos esclavos, por lo que recibieron en su ciudad un decreto honorífico. La actividad de los piratas no respeta el estatuto de cada uno en su propia ciudad en el momento de la captura de prisioneros aunque luego, en las negociaciones, tienden a liberar a los libres. También los piratas cretenses constituían un peligro en el siglo III, como lo muestra el tratado a que llegaron a iniciativa de los milesios para evitar la venta como esclavos de ciudadanos o esclavos de la otra ciudad.

Las condiciones del mundo helenístico favorecen que sea ésta una época en que la actividad de los piratas se ve especialmente acentuada. Importa destacar, por un lado, el lugar que ocupan en la sociedad los piratas mismos y, por otro, el hecho de que el principal objetivo de su actividad sea el tráfico de esclavos. Es por ello también uno de los ejemplos más sobrealientes de la complejidad del mundo helenístico, donde se mezcla la actividad de «bandidos», como grupos tribales primitivos, con la existencia de un mercado de trabajo donde esa actividad resulta útil y peligrosa al mismo tiempo. Es muy frecuente en la antigüedad que se conozca la actividad de grupos marginales, simplemente no integrados en la estructura estatal de la ciudad o del imperio, como acciones de bandidos o de piratas. En cada ocasión, el efecto es diferente. En algunos casos son derrotados o integrados por una potencia más poderosa, en otros representan un peligro constante al que se procura mantener apartado. En el caso etolio, la situación es bastante particular. La relación con el mundo con que coincide lo lleva a integrarse e incluso a evolucionar en el sentido de formar un «estado», por medio de apoyos, logrados gracias a otras rivalidades, pactos, coacciones, etc. Pero, al mismo tiempo, los etolios fueron siempre un peligro. Participaban en el mercado de

esclavos de forma indiscriminada y violenta. Pero esto tampoco es casual. Los medios de aprovisionamiento «normales» han entrado en crisis. Así, del bandidaje de pueblos como los lusitanos descrito por Estrabón, que tiene que ver principalmente con la agricultura propia o ajena, al bandidaje marítimo, prototipo de la piratería, la distancia se establece en el desarrollo de una economía mercantil esclavista.

Por otra parte, el fenómeno de la piratería es paralelo al de la existencia de ejércitos mercenarios. Son múltiples los casos de coincidencia, pero el más notable es precisamente el de los cretenses, conocidos por su actuación como piratas tanto como por ser fuente de mercenarios para todos los ejércitos de la época. El objeto de cada uno, individualmente, es el mismo, conseguirse un botín por medios violentos. La diferencia estaría en el reconocimiento oficial de sus jefes dentro de un estado. Ambos fueron modos de reabsorber los excedentes de población en situaciones críticas. No siempre es preciso, pues, buscar la fuente de la piratería en situaciones tribales en determinados momentos de su desarrollo; también la crisis misma de la ciudad favorece su aparición. Actuando como piratas solucionaban una doble crisis a la ciudad: el del excedente de población libre no asimilable en las actividades económicas y en la actividad política, y la del aprovisionamiento de mano de obra esclava. La otra alternativa era que aquella población fuera ella misma esclavizada.

La coincidencia entre ambas actividades se hace patente en algunos casos, como cuando Antígono Gonatas emplea piratas etolios en el asedio de Casandrea en 277/276. No fue esto óbice para que luego se aliara con los aqueos para combatir a los etolios. No es más que un ejemplo de los muchos que muestran ambivalencia y carácter intercambiable en muchos casos de las acciones de mercenarios y piratas, así como la ambigüedad de los poderes oficiales ante quienes las practicaban. En definitiva, ejércitos mercenarios y piratas desempeñan en ocasiones la misma función, cuando servían para proporcionar botín y especialmente cuando dentro de este botín se hallaban los prisioneros que se convertirían en esclavos o serían rescatados. La diferencia estaba en que para los piratas esta actividad era la única. En el caso de los etolios, tales coincidencias se agudizan por las características de su propia situación histórica, en un momento determinado de su consolidación como estado.

2. LA ESCLAVITUD

El sistema esclavista, sin duda, pervivía en la época helenística, pero en condiciones nuevas creadas por las relaciones entre estados, por el desarrollo de las monarquías, la crisis de las ciudades-estado y la aparición en escena de pueblos hasta entonces marginales. En el panorama general del mundo helenístico también es preciso tener en cuenta el fenómeno de la posible orientalización y de su alcance en el terreno de la historia social. Como una primera afirmación, puede decirse que la ciudad griega conserva el sistema esclavista y las regiones orientales el sistema de producción oriental. Pero la situación es más compleja por el propio flujo de influencias que representó la conquista alejandrina, las migraciones, contactos y hechos de mímesis, la evolución interna de cada sistema, la amplitud del territorio y la evolución en el tiempo.

Grecia misma no era una unidad en este sentido. Coexistían desde antes varias formas de explotación del trabajo, en ciudades distintas y dentro de una misma ciudad, y en las zonas donde no se había desarrollado la ciudad-estado en que, normalmente, tampoco se ha desarrollado el sistema esclavista.

Pero la crisis de la ciudad-estado también había significado algo desde el punto de vista de los modos de explotación del trabajo. En Atenas se tendía a someter al libre privándolo de la ciudadanía. La presencia macedonia había facilitado la realización del proceso, en que van desapareciendo las diferencias entre el libre pobre y el esclavo desde el punto de vista de la explotación. Todos estos procesos se interrelacionan de manera compleja.

Un dato significativo fue la expansión del uso de la cláusula de la *paramoné*, en las actas de manumisión, conocidas principalmente por las inscripciones de Delfos. Por ella el esclavo se comprometía a seguir prestando servicios a su antiguo dueño por un periodo determinado de tiempo. El hecho es de interpretación difícil. Puede que esté presente la intención de reproducir el sistema creando la expectativa de la libertad pero reduciéndola de hecho a un puro formulismo estatutario.

Y al mismo tiempo, en las zonas marginales, se van mostrando las influencias procedentes del sistema de la ciudad griega. En Lócride, Etolia, Macedonia misma, se produce un cierto desarrollo de la explotación del trabajo esclavo.

En este sentido es interesante la inscripción de Beroia de 280 o 235, en Macedonia, que contiene la manumisión de unos esclavos con las cláusulas de la *paramoné*. Una serie de esclavos pagaron por su libertad y por la de sus esposas e hijos y por sus posesiones cada uno 50 estateras de oro a su dueña,... si permenecen con ella mientras viva, y hacen lo que ordene hasta que ella muera. Entonces podrían ir a donde quieran. Y nadie podrá nunca someterlos a la esclavitud ni tomar sus posesiones. Pero, si no, serán libres y quienes los reduzcan a esclavitud pagarán cien estateras de oro y otras cien al rey por cada persona. Si no permanecen y hacen lo que ordene su dueña, su libertad será inválida mientras ésta viva.

Los esclavos viven con sus familias y posesiones y se liberan todos juntos. El rey protege tal liberación. Pero, al mismo tiempo, deben seguir sirviendo al dueño y, si aceptan la cláusula, tendrán que hacerlo igual porque dejan de ser libres. El esclavo posee dinero para pagar su libertad y también posesiones que llegan a ser libres sólo cuando se concede su manumisión. Ésta existe desde el acto jurídico mismo, los servicios no indican falta de libertad, sino condiciones para obtenerla.

En el siglo III el sistema estaba legalmente establecido y se había extendido por toda Grecia y por estados «helenizados» como el Egipto ptolemaico.

El sistema esclavista necesita ahora, para reproducirse, nuevos métodos legales, que suavizan el estatuto legal pero permite la conservación de los servicios. Esta situación parte del propio sistema esclavista griego, pero se extiende también por territorio donde antes no existía. La expansión del sistema esclavista llevó consigo una modificación del mismo, que procede de sus condiciones de evolución y de la inserción en otros territorios. Ello da lugar a una aparente unificación de todo el territorio desde el punto de vista de la explotación, pero que esconde una profunda mutación, al mismo tiempo procedente de condiciones internas y externas al sistema.

En líneas generales, se puede admitir que la mayor presencia de las tradiciones griegas significa también la conservación más profunda de formas de explotación próximas a la esclavitud clásica sin que eso sea obstáculo para reconocer formas variables dentro de un mismo mundo griego o de las zonas más helenizadas, lo que hace preciso que en cada caso se estudie el tipo de relación existente y que la terminología deba estudiarse con cuidado, dado que las palabras no siempre encubren los mismos contenidos, sobre todo en unos momentos cambiantes donde los factores que inciden son múltiples y variados. Las ciudades de Asia Menor, por ejemplo, pueden considerarse predominantemente esclavistas, pero existen diferencias entre Mileto, Éfeso, Esmirna, por un lado, estructuradas desde antiguo a la manera clásica, en que el papel del intercambio marítimo es esencial, y otras como Priene, cuyo modo de vida es casi exclusivamente agrario. No parece caber duda de que, dentro de la diversidad general del mundo helenístico, hay que incluir también la creciente diversificación de los modos de dependencia en las formas de explotación del trabajo.

3. LA ESCLAVITUD EN EGIPTO

El caso del Egipto ptolemaico es privilegiado por la documentación proporcionada gracias al abundante hallazgo de papiros y a los importantes trabajos de que ha sido objeto ya que la realidad reflejada puede considerarse bastante significativa de lo que ocurre en el mundo helenístico en general, salvando desde luego en cada caso todas las distancias. La variedad es un fenómeno geográfico y cada zona tiene sus peculiaridades, pero también es un fenómeno local. La diversidad del mundo helenístico no es sólo reflejo de la extensión del territorio abarcado, sino también de factores sociales complejos que estructuran formas diferentes de dependencias dentro de cada reino o región.

Tal diversidad es la que aparece en el Egipto ptolemaico tal como se ha puesto de manifiesto ya en los trabajos sobre el tema desde hace casi tres decenios. La peculiar situación creada en el país al asentarse el poder macedónico y la realeza lágida sobre unas estructuras tradicionales de tipo oriental crea condiciones nuevas que afectan a las realidades y a las estructuras legislativas. Los textos legales son objeto de sincretismos entre las tradiciones griegas recogidas por los monarcas y sus colaboradores, bien a través de los macedonios, bien por los inmigrantes griegos y las tradiciones egipcias del derecho autóctono.

La complejidad del tema se agudiza porque la terminología es en general bastante ambigua. Si los textos oficiales son relativamente rígidos en el uso del término que se refiere al esclavo, los documentos privados, muy frecuentes gracias a los hallazgos de papiros, y más próximos a la realidad cotidiana que el texto legal, resultan ser más ambiguos por la utilización de palabras que pueden contener más de un significado. Por otro lado, la traducción de situaciones que tienen una definición clara en una lengua, suele perder precisión al adecuarse a las realidades conocidas por la lengua receptora, lo que afecta a los textos griegos que, en ocasiones, recogen situaciones propias de las estructuras indígenas. La

terminología griega ha de adaptarse a realidades para ella desconocidas. Hay muchas ocasiones, en consecuencia, en las que es imposible determinar con exactitud si se está tratando de un esclavo o de un hombre libre y, con más frecuencia aún, de alguna otra forma de dependencia. Es difícil, por otro lado, determinar algunos casos por la ocupación a que los dedica su dueño, por las responsabilidades que sobrellevan, por la libertad de acción o de actuación jurídica, porque ya desde el siglo IV la esclavitud griega y, desde luego, la ateniense, ha ido evolucionando en ese sentido. Formas como la de los esclavos que viven separadamente de su dueño, trabajan fuera y aportan una cantidad a casa, indican una extremada libertad de acción que pone en duda cualquier clasificación rígida de una persona como esclava o libre simplemente por el modo de vida que lleve. El caso más significativo es el de los esclavos que pagaban la *apophorá*, es decir, dan a su dueño la ganancia conseguida por una actividad económica en que actúan libremente. No es el esclavo alquilado, fenómeno también frecuente, pero cuya situación no varía por el hecho de cambiar de la casa del dueño al lugar de trabajo. Desde el punto de vista personal, el primer caso permite actuar de manera mucho más libre, aunque puede suponerse que, en cambio, conservaban su morada en casa del dueño. Parece que también hay que diferenciar este caso del de los esclavos que traen un salario contratado por los dueños, como es el caso de las nodrizas.

Todos los casos corresponden a actividades dentro de la *chora* egipcia, de los territorios correspondientes a campesinos modestos que aumentan sus ganancias con el trabajo de esclavos que pueden ser cedidos en un momento determinado para hacer crecer los ingresos. Las actividades podían ser también las de las nodrizas, tejedores, maestros, etc. En Egipto ptolemaico, se ha demostrado que para algunas personas la única fuente de ingresos era la posesión de esclavos, a los que no empleaban en trabajos propios, sino que los hacían trabajar fuera para que aportaran beneficios. Se trata en general de pequeños propietarios que cuidaban de la crianza de esclavos en sus casas. Eran mayoritariamente *oikogeneis*, nacidos en la casa y no esclavos comprados, y entre ellos se fomentaban ciertas especialidades y la propia crianza facilitaba el trabajo como nodrizas.

Muchos de estos esclavos que pagaban la *apophorá* funcionaban de manera absolutamente libre, cobraban su salario y pagaban la cantidad convenida a sus dueños. Es pues una actividad que sólo se entiende en un sistema esclavista, pero que roza los propios límites del sistema y refleja las tensiones con otras formas de explotación. En el siglo III, cuando la mayoría de los griegos de Egipto está recién llegada, es el momento en que la documentación revela más casos de esclavitud, que puede definirse como de tipo clásico. Seguramente ello se debe al papel desempeñado en su importación por estos mismos griegos, establecidos como propietarios no excesivamente poderosos.

Los documentos ptolemaicos hablan poco de la reducción a esclavitud de los prisioneros de guerra y algunos de los que se refieren a ellos son de dudosa interpretación. En general, se puede deducir que la guerra no era fuente masiva del aprovisionamiento de esclavos privados, aunque algunos prisioneros cayeran en manos de mercenarios que los introdujeran privadamente en el mercado y los vendieran como tales. Más bien parece que el estado trataba de reprimir tales prácticas. Hay documentos en que se establece la prohibición de venta de indígenas libres como esclavos, seguramente porque eran los destinados a cubrir las necesidades de otro tipo de mano de obra dependiente. De todos modos, los documentos muestran que tales ventas como esclavos privados eran más frecuentes al principio de la época ptolemaica y que más tarde fueron desapareciendo y disminuyendo considerablemente. Los soldados conservaban la costumbre de hacerse con el botín, dentro del que podía haber prisioneros a los que trataban como esclavos. La trata de esclavos en general fue el resultado del aflujo de griegos como soldados y como colonos. La legislación de los Ptolomeos prohibía la exportación de esclavos desde Egipto y trataba de controlar la entrada desde fuera. Sólo se protegen las ventas públicas reales que puede suponerse se nutrirían de los excedentes de las explotaciones colectivas. También el estado trataba de restringir la práctica de la esclavización privada por deudas. Y mientras tanto ejercía la esclavización pública por deudas al estado, pero en cualquier caso nunca constituyó una fuente numéricamente importante para el aprovisionamiento del mercado de esclavos de Egipto. La esclavización por deudas privadas se conoce también por documentos correspondientes al siglo III y comienzos del II. Parece, pues, evidente, que el crecimiento natural era una de las principales fuentes de esclavitud privada.

También provienen del siglo III la mayoría de los datos referentes al comercio de esclavos, generalmente de origen sirio procedentes por tanto de los prisioneros de guerra, aunque hay muchos procedentes de compras hechas en Siria misma.

En general, todos los datos referentes a la esclavitud privada en época ptolemaica parecen indicar que se trata de un fenómeno ligado al aflujo masivo de nuevos colonos griegos como conquistadores enriquecidos a partir de sus actividades militares. Luego, la importación disminuye, pues los Lágidas prohíben algunas de sus formas y en general ponen obstáculos, lo que hace crecer el número de esclavos de origen local.

En las grandes propiedades de los griegos más poderosos parece que los esclavos se empleaban más bien en los trabajos que requerían cierta especialización, mientras que en la explotación masiva se utiliza algún modo de servidumbre colectiva. Tal es al menos lo que parece deducirse de la casa de Apolonio, conocida por papiros. Los ricos de Alejandría, por su parte, contaban en general con más esclavos que los griegos de la *chora*. Seguramente también en aquellas casas se dedicaban a funciones de cierta especialización. En general, en explotaciones mineras, en la flota, etc., no se comprueba la existencia de esclavos.

En todo caso, en Alejandría y en todas las ciudades griegas importantes, debía de haber un número notable de esclavos empleados como domésticos y con cierta especialización. La situación de la *chora* es diferente. Aquí hay cada vez una mayor tendencia a aprovechar la mano de obra indígena sometida, incluso por parte de los griegos, sobre todo para los trabajos del campo. La esclavitud doméstica tiende en cambio a extenderse hasta las casas griegas más modestas.

La actitud del poder público ante los problemas de la esclavitud es suficientemente significativa del estado general del problema. Por una parte, desde luego, como tal estado esclavista, protege a los propietarios y persigue a los esclavos fugitivos. En toda época se documenta que los esclavos fugitivos podían ser perseguidos oficialmente. Era una forma más de proteger la propiedad privada. Pero,

por otro lado, no estimulan esta forma concreta de propiedad, sino que más bien ponen obstáculos a algunas de las formas de adquisición, sobre todo a las que pueden servir de competencia o poner dificultades a las explotaciones colectivas públicas, por lo que protegen a los indígenas contra la esclavización y la exportación. Es una situación dual que también se refleja en el tratamiento judicial del esclavo, en que se mezclan aspectos cosificadores con otros de carácter humanitario, e incluso de reconocimiento de personalidad jurídica. Tal situación jurídica no es más que el reflejo de la realidad social cambiante y confluyente en que se encuentra el Egipto ptolemaico. La frecuencia de fugas de esclavos indica que algunos aspectos del buen trato reflejado en algunas fuentes no era más que un modo de alcanzar la reproducción del sistema en momentos en que se hacía difícil tanto la conservación como el aprovisionamiento. Pero, por unos motivos o por otros, pocas eran las posibilidades que tenía el esclavo de alcanzar la libertad por medio de la fuga, por obra de la actividad represiva del estado y de la vigilancia de los mismos dueños en una especie de sistema de solidaridad «internacional» de los propietarios esclavistas. Por otro lado, según se reducía el aprovisionamiento y se encarecía su compra, era más difícil obtener la libertad por otros medios. Casi la única posibilidad era obtenerla como premio a alguna denuncia de las que el estado gratificaba de esta manera.

En líneas generales, la esclavitud ptolemaica parece constituir un fenómeno que se propagaba entre amplias capas sociales pero que no afectaba a los fundamentos principales de la producción.

4. LA DEPENDENCIA COLECTIVA

La situación de la esclavitud egipcia estaba limitada por la existencia de otras formas de dependencia colectiva, que eran las veraderamente apoyadas por el estado. La tradición faraónica ha influido sin duda en esta situación. El modo de explotación de la tierra seguía siendo muy similar al existente en épocas anteriores. Los documentos del siglo III muestran que los trabajadores del aceite trabajaban en los talleres, de un modo coactivo bajo estricta vigilancia, y no podían abandonar para nada el trabajo ni el distrito. No eran esclavos privados, sino que su trabajo se veía supervisado y controlado por los funcionarios públicos. Pero eran productores libres a los que el estado obligaba a un trabajo estrictamente reglamentado, en favor del monopolio real, durante una época determinada del año. El sistema económico lágida va unido a una forma de explotación distinta de la estrictamente esclavista.

La economía tiende a convertirse en una economía real y todo el trabajo pasa a depender directamente o indirectamente del rey. En definitiva, la presencia de los griegos no produjo ningún cambio profundo ni en el sistema económico ni en el modo de explotación. La realidad fue que la monarquía helenística se adaptó al estilo faraónico y no al revés. La helenización fue un elemento superficial. Toda la estructura dominada por sacerdotes y funcionarios fue más poderosa que la inmigración griega. En los papiros de Zenón se encuentra cómo las tierras de Apolonio se cultivan por el mismo sistema que las viejas tierras sometidas al faraón. El elemento fundamental de la producción son los *laoí*, pueblo, colectividad, sometida como tal al trabajo colectivo, pero al mismo tiempo capaz de

disfrutar de una cierta autonomía como grupo. Cuando reaccionan colectivamente, se apoyan en tradiciones del pasado, en su autonomía como grupo y en la protección del monarca. El faraón se encontraba situado por encima de la dicotomía formada en Egipto no sólo por el norte y el sur, el este y el oeste, sino por explotadores y explotados. El rey era sin duda el mayor explotador, pero asumía la función consistente en situarse por encima de la explotación misma. Era el unificador de los opuestos. Por ello, los oprimidos buscaban su protección. Los Lágidas heredan con éxito tales funciones y se reivindica su protección ante los posibles abusos de los escribas y demás capas organizadoras, que sin duda extraen beneficios, pero también son los que procuran las ganancias al rey.

Los *laoí* se encontraban vinculados a un territorio, lo que junto a un modo de manifestarse de su dependencia y control, significa también un modo de protección, frente a otros campesinos desarraigados y dispuestos a cualquier ocupación o a quedar sin trabajo. La documentación egipcia es muy rica en datos de cómo el estado forzaba para la realización de diversos trabajos a las masas, a la que en ocasiones se impone una determinada productividad.

5. ASIA

En Asia Menor la situación es igualmente compleja y problemática. En las zonas más helenizadas, en que se dejan sentir los efectos de las ciudades, la esclavitud conserva su vigencia, a pesar de la crisis, interferencias y modificaciones creadores de una rica variedad de matices; por otro lado había tribus que se habían sometido colectivamente al poder helénico, pero otras permanecían al margen, incluso ostentando un cierto poder para las potencias dominantes, y conservaban sus propias estructuras. Estas habitaban normalmente zonas poco atractivas desde el punto de vista de una economía agraria desarrollada.

En Asia da la sensación de que las formas de distribución de la tierra son más variadas. Sin duda el proceso fue más complejo por la falta de unidad anterior del territorio y porque la historia del control fue siempre más problemática. Ello da lugar a diversas formas de propiedad. Hay tierras reales, tierras de las ciudades, de los templos, de las etnias o grupos locales, de miembros de las familias reales y de funcionarios, colonias militares. Todo ello, naturalmente, plantea problemas que van desde la organización a las formas de explotación, algunas de las cuales son enunciadas por Golubçoba: difícil es saber si la importancia de los *laoí* es tan grande como en Egipto, si los *laoí basilikoí*, o del rey, son idénticos a los *laoí* enunciados así simplemente, si existe algún derecho de propiedad personal definido, o quién recibe el tributo en determinados casos, si el templo tiene un derecho equivalente al del propietario.

Sin embargo, Kreissig realiza una sistematización que pone en el centro de todo el organigrama a las tierras reales, en la idea de que, en definitiva, desde Alejandro, no se había introducido modificación en el sistema heredado de los Aqueménidas, pero, además, al atribuirse al rey todas las tierras como conquistadas por la lanza, esto significaba que heredaba las tierras reales aqueménidas, pero también que pasaban bajo su control todas las demás formas de propiedad, y ese privilegio fue ejercido por todos los herederos. Subsisten al margen sólo las

tierras de las *etnias* que podían ser comunales, del templo o privadas. Del resto, todo puede identificarse con las tierras reales que, por un lado, pueden explotarse bajo la gestión directa de la corte, ser explotadas por aldeas o, por otro lado, pueden haberse desgajado por alguna donación o venta a la ciudad, al templo o los particulares. En general, la explotación se lleva a cabo por medio de *laoí* en todos los sistemas, porque en definitiva no son más que modalidades de uno solo, lo que hace que se compare con el sistema de explotación propio de los estados orientales. Sea cual fuere el movimiento de los propietarios, poseedores o concesionarios, la estructura básica de la producción es la misma. Los *laoí* son transferidos con las tierras y podrían ser llamados *basilikoí* o no según que la tierra permaneciera como tierra real o se hubiera alejado de esta situación por venta o concesión.

Dentro de este panorama, una de las variantes es la que ha podido modificar el cuadro heredado del mundo oriental. Briant se opone a aceptar una influencia radical, ni en el sentido de liberar a las masas de campesinos dependientes, ni en el de haber introducido las formas esclavistas de explotación, aunque sí es cierto que la urbanización ha introducido tal sistema. Pero la realidad resultante es más bien la de haber impulsado dentro del mundo asiático la diversificación que puede justificar el establecimiento de comparaciones entre el Egipto ágida y el Asia Seléucida y Atálida.

Los documentos referentes a *laoí* en el mundo asiático son pocos, pero muy significativos. En uno de ellos, Antíoco II vende a su mujer Laodice una aldea, con su tierra y sus *laoí* indígenas con todos sus bienes y las rentas correspondientes. Ella no tendrá que dar nada al tesoro real, concesión que se hace como mención especial, y podrá unir la tierra a la ciudad de su elección.

6. LOS CONFLICTOS SOCIALES EN EGIPTO Y ASIA

Los conflictos sociales más importantes del mundo helenístico se desarrollaron en Egipto y en Esparta. O, al menos, los más conocidos. En Egipto, los conflictos están siempre vinculados a problemas sucesorios. Las intrigas de la corte y los aspirantes dentro de la familia real chocan sobre todo en momentos en que las campañas lejanas plantean nuevos problemas. A ello se mezclan las diferencias internas creadas por los contactos entre población griega y población indígena. La muerte de Agatocles y de sus parientes en Alejandría por las masas revela por otro lado cómo éstas se sienten próximas al rey «protector», sobre todo cuando, como en ese caso, se espera la llegada de uno nuevo y joven que significa la renovación o el renacimiento.

En el primer caso, en el año 208, a la muerte del rey Ptolomeo Filopátor, Agatocles y Sosibio promovieron el levantamiento de la multitud y coronaron al joven heredero como protegido de ambos promotores. Agatocles quería eliminar de Egipto a todos los hombres ilustres. Pero luego dice Polibio que se dedicó a las mismas prácticas que los reyes, comenzó a renacer el descontento y la reacción consistió principalmente en llamar al rey.

El caso de Dionisio llamado Petosarapis es en cierto modo parecido. Recibe el apoyo popular con la esperanza de que va a entregar la realeza al pretendiente

más joven. Luego, intentó aprovechar la actitud revoltosa de algunos soldados, pero fueron derrotados. Sobre este acontecimiento y el anterior suele ponerse de relieve el creciente poder del pueblo de Alejandría y las orientaciones del poder egipcio.

En la época de Ptolomeo Epífanes se produce una revolución campesina coincidente con un movimiento de secesión en Tebas. Algunos documentos muestran que aquí se inserta el problema de las deudas, síntoma del carácter opresivo de la recaudación que al campesino le era imposible satisfacer. La situación se agrava cuando las tropas enemigas saquean el territorio. Entonces, los peligros externos se ven agudizados y agudizan a los problemas estructurales del reino. Son los papiros los principales testigos de los diferentes actos de rebeldía campesina y de represión oficial. Entre 169 y 158 hubo una revuelta en la Tebaida, en que los rebeldes se refugiaron en Parápolis, y tuvo que reprimirla el rey.

Si la realidad profunda de las revueltas egipcias es poco conocida, se puede ver que existen conflictos que afectan a las relaciones del campesinado con el poder y también a la ciudad de Alejandría, aunque no esté claro cuál es la articulación entre los diversos factores. También es preciso tener en cuenta que el poder mismo contiene una doble escala que se enmascara cuando es el rey el que aparece como protector o los sacerdotes participan de ciertas protestas populares.

La existencia de revueltas de esclavos no está documentada. Ello es paralelo al papel desempeñado por la producción. Aunque sí se sabe, con frecuencia, de esclavos fugitivos, gracias a cartas que exigen o reclaman el servicio de un esclavo huido. Los casos más frecuentes corresponden a esclavos de familias ricas que poseían varios y, normalmente, van acompañados de robos de objetos cuya venta puede proporcionarles un medio de vida. A menudo se producen también aprovechando las circunstancias del transporte en los cambios de propietarios.

En Asia se conocen también bastantes casos de fugas de esclavos. Pero el acontecimiento más importante sería la revuelta de Aristónico. Para Golubtsoba, constaría de dos fases, una primera servil, con participación de esclavos, pobres y mercenarios, y una segunda más extendida, conducida por campesinos a la que se habían añadido pueblos de las montañas. Se discute mucho la importancia que ha podido tener el factor religioso, a partir del hecho de que se llame a los rebeldes heliopolitas, cuyo significado también permenece bajo controversia. En cualquier caso, está claro que el movimiento responde a las tensiones sociales de Asia Menor, seguramente poco definidas, con la intervención de sectores oprimidos correspondientes a diferentes modos de explotación, y un impulso ideológico teñido de religiosidad, lo que no es extraño en cualquier actividad social antigua, sobre todo si sus pretensiones son chocantes con lo establecido. Tampoco es contradictorio que Aristónico aspire a la realeza, dado que todavía está vigente la aspiración al individuo «salvador» por parte de los sectores oprimidos de la sociedad. Diodoro atribuye la revuelta al mal trato que recibían los esclavos.

7. AGIS DE ESPARTA

Los conflictos de Esparta tienen la peculiaridad de haber tenido el protagonismo de los reyes y de habérsenos transmitido por fuentes favorables, contra-

riamente a lo que suele ocurrir entre los escritores antiguos cuando se trata de movimientos que tienden a la reforma social. Se cuenta, pues, con las vidas de Agis y de Cleómenes de Plutarco, que han bebido sus fuentes en Filarco.

Para Plutarco, Agis y Cleómenes, como los Graco, pretendían elevar al pueblo, y restaurar una constitución hermosa y justa que había sido abandonada durante mucho tiempo, pero se ganaron la oposición de los poderosos. El ambiente en que se desenvuelven los proyectos de reformas era el de la difusión del oro y la plata y el crecimiento de la ambición, el mismo en definitiva que servía de escenario a la revuelta de Cinadón. A Agis se contrapone la figura de Leónidas, su colega en la realeza, que desdeñaba el modo de vida de los antepasados y en cambio pasaba mucho tiempo en los palacios de los sátrapas y fue compañero de Seleuco, de donde pretendía llevar las costumbres a Grecia. Agis en cambio despreciaba el lujo y decía que la realeza sólo serviría para restaurar el modo de vida tradicional. Plutarco culpa a Epitadeo de las normas que habían ayudado a cambiar las tradiciones espartanas después de la guerra contra Atenas. Ésta ayudó al fortalecimiento de los poderosos y a la concentración de la tierra en pocas manos, lo que naturalmente trajo consigo el empobrecimiento de otros y el crecimiento del odio hacia los propietarios. La multitud se desinteresó por la guerra y observaba la oportunidad de una revolución. Ante tal panorama, Agis trataba de restablecer la igualdad, se atrajo con facilidad a los jóvenes y se disponía al cambio favorable a la libertad. La oposición vino de los más viejos, más corrompidos y más temerosos ante los cambios. Algunos de los participantes, como Agesilao, lo hacían, sin embargo, pensando en liberarse de las deudas gracias al cambio de constitución.

Agis nunca pretendería igualarse por la riqueza a los otros reyes, Ptolomeo, Seleuco, etc. Su medio de adquirir prestigio no se encuentra en la ostentación, sino en la tradición espartana misma.

De las primeras medidas de Agis fue la presentación de una *retra* que proponía la abolición de las deudas y el reparto de tierras que se dividieron entre periecos y espartiatas. A éstos corresponderían las zonas del interior, pero también podrían participar periecos y extranjeros. Agis puso a la disposición de la comunidad toda su riqueza. Leónidas argumenta con el mismo sistema de Licurgo, pero haciendo hincapié en la restricción de la ciudadanía, Agis con las medidas económicas.

En el episodio se mencionan también los poderes de los éforos, mayores cuando los reyes están en desacuerdo. Aquí, los reyes son capaces de deponerlos, cuando ambos se muestran favorables a las reformas. Sería Agesilao, según Plutarco, quien, por amor al dinero, arruinaría toda la obra emprendida. Era uno de los mayores propietarios y su problema consistía en que estaba cargado de deudas. No participaba de la ideología que subyacía a la reforma. Por ello propuso que primero se realizara la abolición de deudas y se dejara para más tarde el reparto de tierras. Ésta luego fue impedida por las necesidades de que Agis partiera en expedición contra los etolios. El ejército se mostró especialmente fiel porque estaba formado por aquellos a quienes se había liberado de deudas y esperaban los repartos de tierras. Al regreso, se encontró con nuevos conflictos promovidos por medidas tiránicas de Agesilao, que seguía considerándose próximo a Agis. Plutarco trata de justificar esta actitud al tiempo que mantiene la diferencia entre uno y otro. También habla Plutarco de una trampa tendida por Leónidas, en la

que proponía perdonar a Agis como si hubiera sido engañado por Agesilao. Parece tratarse del resultado de un esfuerzo de las fuentes por exculpar a Agis de los aspectos «tiránicos» que la revuelta pudo tener.

Agis se refugia en el templo de Atenea Calcieco. Sólo con malas artes consiguieron apresarlo. El retrato de Plutarco acaba con un elogio de sus méritos como conciliador y dulce.

El carácter social de la revuelta encabezada por Agis está claro en el texto de Plutarco a pesar de las mediaciones que haya que tener en cuenta, debidas al enfoque ideológico de su fuente. Pero tampoco debe sorprender el que, en un momento de crisis, cuyas raíces se encuentran en transformaciones del pasado reciente, que han agudizado los enfrentamientos de clases, un movimiento de transformación social sea al mismo tiempo tradicionalista, si en esa tradición se contiene la idea de que la Esparta del pasado disfrutaba de la igualdad social y económica. Naturalmente, para convertirse en programa, la imagen del pasado debe quedar deformada, para que responda a las aspiraciones presentes.

Que en el programa se encuentre la abolición de deudas y el reparto de tierras y que sólo se realice la primera parte es un elemento que ayuda a comprender cuáles pueden ser los componentes del movimiento. El problema de la abolición de deudas puede afectar a una parte mayor de la sociedad. La redistribución de tierras poseía sin duda un contenido más revolucionario, aunque tuviera un modelo en el pasado. Esta diferencia es la que justifica la doble imagen representada por Agesilao y Agis. El primero, en definitiva pertenecía a la clase de los ricos, amantes del dinero y, por tanto, asentado dentro del sistema de desarrollo reciente que ha experimentado la ciudad. El programa de Agis se define porque es tradicional al mismo tiempo que es el más revolucionario desde el punto de vista social, pues no se limita a restituir las tierras a los espartiatas que pueden haberla perdido en el proceso reciente de acumulación, sino que también se integra en el programa la ruptura de la ciudadanía sobre la base de crear un nuevo cuerpo civil basado en la nueva distribución de tierras, en el que entrarían extranjeros y periecos. Éste es el aspecto que determinó, al menos aparentemente, los ataques de Leónidas. En cambio, no se menciona para nada la existencia de los hilotas, ni de los grupos que participaron en la revuelta de Cinadón. En este tiempo, seguramente, la desintegración de la sociedad clásica espartana estaba en un momento naciente y ofrecía mayores variedades que en tiempos posteriores. Ahora sólo se habla de que muchos han quedado empobrecidos.

Sin duda, la reforma tiene también un lado político, dado que es inseparable de lo social en la mayoría de los casos. En éste, desde luego, la reestructuración económica y social traería consigo la recomposición del cuerpo de ciudadanos espartanos y por tanto de su ejército hoplítico. En definitiva, la *oligantropía*, de que hablan las fuentes, la carencia de hombres, es en gran medida la carencia de hombres para la guerra fruto de la escasez de hombres propietarios de tierras, que eran los que formaban los ejércitos ciudadanos, y que se producía por la acumulación de propiedades facilitada por un programa de liberalización económica. Pretender rehacer el ejército era pretender reformar la sociedad y la economía y viceversa. Siempre será imposible determinar cuál era la intención última del reformador. Desde luego, en un momento de rivalidades territoriales como es el siglo III, el intento de rehacer el poder de Esparta en el Peloponeso

debía de desempeñar un papel importante. Claro que ese poder tendría también repercusiones económicas y políticas.

En el pasado, las conquistas espartanas habían servido para dar solidez al sistema militar, social y económico espartano. Este es inseparable de su hegemonía en el Peloponeso, de la conquista de Mesenia, etcétera. Seguramente, éste había sido el único medio de sobrevivir a la situación crítica del siglo. La capacidad de subsistencia de la polis en un sistema cerrado pertenecía al terreno de la utopía. La dificultad estribaba en que, para rehacer el poder político espartano, era necesaria la reforma social y económica, pero la subsistencia de la estructura social y económica de la polis sólo era posible con la ruptura de su marco, con la conquista del Peloponeso. Agis pretende iniciarse con la reforma, pero ésta, sin otros horizontes, choca con los intereses sociales internos, que se autodestruyen en el conflicto de clases sin salida.

8. CLEÓMENES

Cleómenes aparece en Plutarco como un hombre influido por las doctrinas estoicas. Observaba cómo los ricos se dedicaban al placer y los pobres no tenían interés ni en la guerra ni en la disciplina. Por otro lado, todo el poder estaba de hecho en manos de los éforos. Pensó que el mejor modo de realizar reformas era llevar a los espartanos a la guerra y entró en conflicto con los aqueos. Es la vía contraria a la seguida por Agis. Para ellos, en un momento determinado, pensó que había que fortalecer la realeza colegial frente al poder de los éforos. Para eliminarlos, contó con la colaboración de algunos *mothaces*, hijos de hilotas que habían alcanzado la libertad. Quiere volver al pasado, dice Cleómenes, en que los éforos no eran nada más que los consejeros de los reyes, pero ahora han servido para destruir la tradición. Ellos son los culpables de la introducción del lujo y las deudas, la riqueza y la pobreza.

Entre sus reformas, Cleómenes repartió lotes de tierra e introdujo en la ciudanía a los más sobresalientes de los periecos. Además, introdujo reformas en el armamento, según el modelo macedónico, y proclamó rey a su hermano Euclides, con lo que era la primera vez que había dos reyes de la misma casa y se daba mayor coherencia al nombre de monarquía. Sin embargo no adoptó ninguna de las formas exteriores propias de otros monarcas, lo que le daba más confianza entre los griegos. Es un modo de marcar diferencias con la monarquía helenística.

En primer lugar, Cleómenes alcanza gran prestigio en toda Grecia. Luego, las circunstancias de la guerra se fueron haciendo difíciles. En un momento determinado tuvo que conceder la libertad de los hilotas que pudieran pagar cinco minas para recaudar dinero. Por fin la ciudad cayó en manos de Antígono y Cleómenes marchó a Egipto, donde murió.

En el episodio de Cleómenes vuelve a verse la confluencia de problemas internos y externos. La guerra sirve, ahora de modo explícito, como vehículo para realizar determinadas reformas, exigidas por la situación interna conflictiva, por lo demás en el mismo grado que en otras ciudades griegas, aunque el pasado histórico de Esparta la revistiera aquí de aspectos peculiares. La reforma también afecta ahora a la ciudadanía y a la participación de los periecos, y a los hilotas

sólo por las necesidades económicas perentorias planteadas por la guerra. Así, el hilo de los acontecimientos pudo dar la vuelta a los planes. No parece verosímil que Cleómenes contara nunca con la liberación de hilotas. Sus planes sociales necesitan instrumentos cuyas consecuencias pueden escapársele de las manos y llegar a una quiebra social más profunda, que afectaran al mismo instrumento social de la producción espartana.

Sus planes, o la marcha de los acontecimientos, llevaron a Cleómenes a unos planteamientos monárquicos que se salían de la tradiciones espartanas, al darles un aspecto más estrictamente unipersonal y disminuir la función colegial. Plutarco se esfuerza en hacer ver que, aun así, Cleómenes no se asemejó al monarca de tipo helenístico. La definición podía estar, en cambio, más próxima a la del tirano griego tradicional reformador, un tanto despótico, pero con unas intenciones económicas y sociales muy señaladas. Sin embargo, también en la figura del tirano se hacen notar aspectos solemnes y orientalizantes que aquí son negados. Sólo es preciso comprobar las descripciones de las cortes de tiranos realizadas por Heródoto.

El otro aspecto digno de tener en cuenta es la manifestación de un conflicto abierto entre realeza y eforado, que, en general, en la historia de Esparta, puede detectarse como algo subrepticio en múltiples acontecimientos y problemas no claramente reflejados por las fuentes.

9. NABIS

Las reformas de Cleómenes no parecen haber sido alteradas, pero tampoco habían proporcionado soluciones para todos los conflictos existentes dentro de la ciudad. El caso de Nabis lo conocemos de un modo un poco diferente al de los otros dos reformadores. Esto puede deberse a la naturaleza de las fuentes que en este caso no son en absoluto favorables al rey, ni tratan de justificar sus reformas, pero tal vez también a la naturaleza de sus propios proyectos políticos tan laboriosos.

Polibio, desde luego, lo llama abiertamente «tirano». Contrariamente a los otros dos reformadores, Nabis no se dedicó a ninguna campaña exterior, sino que dedicó mucho tiempo a poner los fundamentos de una tiranía opresiva. Polibio dice que destruyó a los restantes, lo que puede interpretarse como si se refiriera a los restantes miembros de las casas reales, y que exilió a todos los que sobresalían por su riqueza y por el prestigio de sus antepasados; que entregó sus propiedades y sus esposas a los más notables de los otros, de los que se quedaban, y a los mercenarios, que se definen como bandidos, asesinos, etc. Era gente procedente de todo el mundo, expulsados por impiedad e ilegalidad. Nabis se convirtió en su protector y los tomaba como guardaespaldas. Se dedicaba a poner de manifiesto el peligro en que estaba ante la amenaza aquea, para así justificar los gastos y la necesidad de mercenarios, con lo que exigía el pago de enormes cantidades de dinero, para lo que empleaba incluso una especie de máquina con la figura de su esposa, por medio de la cual era posible matar a los que se negaban.

Participaba también Nabis en los actos de piratería de los cretenses, a quienes ofrecía Esparta como base de operaciones.

En otro lugar, Polibio dice que Nabis no sólo expulsó a los ciudadanos, sino que liberó a los esclavos y los casó con las mujeres e hijas de sus dueños y que convirtió a Esparta en un refugio de indeseables de todo el mundo. Además, habitualmente violaba los pactos establecidos con otras ciudades.

Nabis también extendió sus medidas revolucionarias a Argos, donde hizo recaudar oro y plata e hizo proclamar medidas como la cancelación de deudas y el reparto de tierras, las dos antorchas que sirven para encender a la plebe contra los optimates según dice Tito Livio. Este acontecimiento tuvo lugar dentro de las luchas en que intervienen los romanos en Grecia frente a Filipo de Macedonia. Parece, pues, evidente, que la situación general de las ciudades griegas, la presencia romana y el carácter demagógico de la realeza macedónica en este momento, han podido constituirse en factores determinantes para que el programa de Nabis adopte formas y contenidos más radicales. Los romanos, sin embargo, por medio de Flaminino, actuaron de forma que, en lugar de quedar destruida, Esparta quedara abandonada a su esclavitud, según las consideraciones de Plutarco, para evitar que otro general venido de Roma le quitara la gloria. La incidencia del nuevo factor representado por la política exterior romana se hace evidente.

La situación del siglo II se ha complicado notablemente. Las crisis han llevado a actitudes extremadamente proteccionistas por parte de la realeza y ello ha despertado la suspicacias de las clases poderosas. La intervención romana se convierte en la única expectativa para algunos sectores de las clases dominantes. Pero, al mismo tiempo, esta intervención es fruto de realidades y conflictos internos de la historia romana, lo que viene a añadir un nuevo elemento de complejidad al ya complicado panorama social del mundo helenístico.

Nabis era, sin duda, el más radical de los reformadores y el menos apegado a las tradiciones espartanas. Su programa social puede ser exportado, por ejemplo a Argos. La imagen del tirano, sin embargo, se ve complicada con un nuevo aspecto «internacional» plasmado en el ejército mercenario, la colaboración de los piratas y la exportación de las reformas, en un mundo dominado por Filipo V, también presentado como «protector de los desdichados». Crisis social y económica, poder personal, internacionalización, son factores que componen el mosaico de los últimos episodios que pueden considerarse propios del mundo helenístico, estrictamente considerado, y en su paso a un periodo en que el poder romano adquiere un protagonismo indudable.

DOCUMENTOS

1. POLIBIO, II, 43: (TRADUCCIÓN A. DIAZ TEJERA)

Las ciudades citadas se gobernaron por sí mismas durante los veinticinco primeros años: elegían en turno de rotación un secretario y dos generales. Después decidieron nombrar sólo un general y confiarle todos los asuntos. El primero que alcanzó este honor fue Margos de Carinea. Cuatro años después de su nombramiento Arato de Sición, con sólo veinte años, liberó a su patria de la tiranía con audacia y valor. Luego se unió a la Confederación aquea, pues ya desde el principio se había convertido en partidario ferviente de sus instituciones. Al cabo de ocho años fue elegido general por segunda vez. Mediante un golpe de mano se apoderó de Acrocorinto, dominado hasta entonces por Antígono Gonatas. Así libró de un gran temor a los habitantes del Peloponeso. Tras salvar a los corintios, se sumó a la Confederación aquea. Durante este mismo generalato entró en tratos con la ciudad de Megara y la unió a los aqueos; esto fue en el año anterior de la derrota de los cartagineses, que les obligó a evacuar totalmente Sicilia y a abonar, por primera vez, un impuesto a los romanos. Arato logró en poco tiempo grandes progresos para sus planes, y siguió gobernando a la nación aquea. Hacía que sus acciones e intenciones apuntaran a la sola finalidad de expulsar a los macedonios del Peloponeso, de destruir las monarquías y de asegurar a todos la libertad común y la estatal. Mientras Antígono Gonatas vivió, Arato se opuso continuamente a sus falacias y a la avaricia de los etolios. Trataba las acciones de una manera realista, aunque aquéllos llegaron a tal grado de injusticia y audacia como para comprometerse mutuamente a aniquilar la Liga aquea.

BIBLIOGRAFÍA

M. AUSTIN: p. 107: motivos políticos de las reformas de Agis.

I. BIEZUNSKA-MALOWIST: *L'esclavage dans l'Egypte greco-romaine. I. Période Ptolomaique*, Varsovia, Polska Akademia, 1974, 149 págs., p. 25 represión de venta de prisioneros como esclavos privados; p. 58: caracteres generales del fenómeno de la esclavitud privada en Egipto; p. 79: explotación de grandes propiedades de griegos; p. 104: esclavos fugitivos; p. 139: importancia de la esclavitud en la economía lágida.

I. BIEZUNSKA-MALOWIST: «Les esclaves payant *l'Apophora* dans l'Egypte gréco-romaine» *JJP*, XV, 1973, 147-153.

–, «La traite des esclaves dans l'Egypte ptolémaique», *Archeologia Polska*, XV, 1965, 65-72.

–, «Les esclaves fugitifs dans l'Egypte gréco-romaine», *Studi in onore di Edoardo Volterra*, VI, 1969, 75-90.

T. V. BLAVATSKAYA, E. C. GOLUBTSOVA, A. I. PAVLOVSKAYA: *La esclavitud de los es-*

tados helenísticos, siglos III-I antes de nuestra era, Moscú Nauka, 1969, 322 págs. (en ruso), trad. alemana, Wiesbaden Steiner 1972, 289 págs.

P. Briant: «Remarques sur les *laoi* et esclaves ruraux en Asie Mineure hellénistique», *Actes du colloque 1971 sur l'esclavage*, París, Les Belles Lettres, 1973, 93-133 *Rois, tributs, paysans*, París, Les Belles Lettres, 1982, 95-135.

E. S. Golubtsova: «Formas de servidumbre del poblamiento rural de Asia Menor, del siglo III al I antes de Jesucristo», *VDI*, 101, 1967, 25-44 (en ruso).

H. Heinen: «Zur Sklaverei in der hellenistischen Welt» *AncSoc*, 7, 1976 páginas 140-142; p. 146: sobre fuga de esclavos.

H. Kreissig: «Propriété foncière et formes de dépendence dans l'hellénisme oriental», *Terre et paysans dépendants dans les sociétés antiques*, París, C.N.R.S., 1979, 197-227.

P. Lévêque en Bianchi-Bandinelli: *Historia y civilización de los griegos*, VII.

C. Orrieux: *Les papyrus de Zénon. L'horizon d'un grec en Egypte au III siècle, avant J. C.*, París, Macula, 1983, pp. 109, 111.

—, *Zénon de Caunos*, parépidèmos, *et le destin grec*, París. Les Belles Lettres, 1985, pp. 203 ss.

N. N. Pikus: «Situation sociale des travailleurs d'huileries dans l'Egypte hellénistique au III^{e} s. avant notre ère», *JJP*, XVI-XVII 1971, 141-158.

Preaux: *Les monde hellénistique*, pp. 389, ss.; 530, ss: Esparta.

—, «Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous le Lagides», *CE*, 11, 1936, 522-552.

A. E. Samuel: «The role of *paramone* clauses in ancient Documents», *JJP*, XV, 1965, 221-311.

Ste.-Croix: *The Class Struggle in Ancient Classical Greece*, Ap. II.

M. K. Trofimova: «Sobre la historia de la piratería helenística», *VDI*, 1963, 53-74 (en ruso).

E. Will: *Histoire politique*, I, pp. 371, ss.: Cleómenes.

CAPITULO XIX

LA INTERVENCIÓN ROMANA EN EL MUNDO HELENÍSTICO

1. ROMA Y EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL

Entre 233 y 221 comienza una nueva época, que para Polibio tiene como factor fundamental el cambio de los hombres dirigentes. Para él, este hito es importante, por haberse renovado todo en la ciudad a causa de la fortuna. La *Tyche* o Fortuna actúa en Polibio en varias ocasiones como motor del cambio y la renovación. En este caso, la manifestación de *Tyche* o de sus intenciones estaba en el dinamismo o el cambio de gobernantes.

La renovación, dice Polibio después de enumerar a los nuevos gobernantes, era índice del inicio de cosas nuevas. A continuación, habla de todos los enfrentamientos existentes en la época: romanos con cartagineses, Antioco con Ptolomeo, Filipo contra etolios y lacedemonios.

C. Préaux cree que lo que caracteriza la nueva época es la intervención romana, pues no hay renovación de métodos o de hombres que pueda considerarse causa de los cambios.

La historia de Filipo V de Mecedonia se caracteriza principalmente por la rivalidad con Roma. Ésta interviene en 229 para proteger las costas de Italia de los piratas ilirios, que habían formado un estado fuerte. A partir de aquí Roma establecerá relaciones con el mundo griego.

En primer lugar, crea un protectorado sobre algunas ciudades griegas de la costa iliria: Dirraquio, Apolonia, Corcira, Epidamno. Según Polibio, los romanos explican a los etolios y a la Confederación aquea los motivos de su intervención: los ilirios no eran enemigos de algunos, sino los enemigos comunes de todos. También fue éste el motivo del primer contacto de Roma con Corinto y Atenas, cuando Corinto admitió a los romanos en los juegos ístmicos. Probablemente, la embajada romana hay que situarla en el año 228.

Con tales protectorados, Roma crea el control sobre la región costera, por medio de relaciones diplomáticas con los enemigos de Macedonia: Corinto, Atenas, Etolia y Acaya, a partir del año 228. Esto suscita la preocupación de Antígono Dosón y, luego, de Filipo, que sube al trono en el año 221.

En el año 219, los romanos expulsaron a Demetrio de Faros, que seguía haciendo expediciones piráticas, y se apoderaron de Faros. Según Polibio, Demetrio, en sus acciones, había llegado hasta Pilos, al suroeste del Peloponeso y, según los anteriores pactos de los romanos con la reina Teuta, no debía ir más al sur de Liso. Luego, Demetrio se convirtió en el consejero antirromano de Filipo, hasta el punto de que Polibio considera que tal vez el rey macedonio no tenga toda la responsabilidad, sino los amigos que lo acompañaban y colaboraban con él, Demetrio de Faros y Arato. Pero Polibio atribuye sobre todo al primero la peor influencia sobre él. Por ella se convirtió no de hombre en lobo, pero sí de rey en tirano cruel. Aquí Polibio hace una serie de reflexiones sobre cómo la influencia de Arato era moderadora, mientras que Demetrio lo inducía a la violencia por la que se transformó en tirano.

2. LA GUERRA DE LOS ALIADOS

En la guerra de los aliados Filipo protege a la liga aquea, encabezada por Arato, frente a los etolios. La guerra coincidió con una serie de luchas civiles dentro de las ciudades. En el enfrentamiento que se produce en Creta entre Cnosos y Litos, los de Gortina se encuentran divididos. Según Polibio, los más ancianos están con los cnosios y los más jóvenes con Litos. Lo que resulta difícil es identificar a estos «jóvenes» o «viejos» con posturas políticas precisas. Los grupos se apoyan en general en las ligas o en Macedonia. En el caso cretense, Cnosos llamó a los etolios contra Litos y los aliados de Litos llaman a Filipo. Los jóvenes gortinios tuvieron que exiliarse; pero luego atacaban a sus propios conciudadanos, los que habían quedado en la ciudad. Esta guerra tuvo lugar en 221/220. Sin duda, la alianza con Cnosos y la guerra civil en Gortina fueron dos acontecimientos relacionados entre sí.

Los etolios habían usurpado la autoridad del templo de Delfos. Todas las quejas expuestas por los aliados eran de carácter territorial, de haber despojado templos y de haberlos forzado a entrar en la Liga, pero también se comprometían a devolver a los anfitriones el control del templo de Delfos. Los etolios controlaban Delfos desde 290, o incluso puede ser que lo hicieran desde 300. El primer texto que atestigua el control es una canción itifálica ateniense del festival de Eleusis de 291, que describe Etolia como una esfinge que se ha apoderado no sólo de Tebas sino de toda Grecia. Los aliados esperaban convertir la guerra en guerra sagrada para la liberación de Delfos.

Filipo llegó a la paz de Naupacto con los etolios en 217. Polibio transmite un discurso de Agelao de Naupacto según el cual estaba claro que quien resultase vencedor en la guerra entre Cartago y Roma iría más lejos y llevaría sus fuerzas más allá de lo conveniente. Por ello, los griegos habían de permanecer unidos y no combatir entre sí. El papel de Filipo consistía precisamente en cuidar de Grecia como un todo, como si fuera su patrimonio, con lo que se ganaría la amistad y

lealtad de los griegos, pues se verían libres de los extranjeros cuando éstos conocieran su lealtad hacia él. Sea o no auténtico, es evidente que refleja por lo menos una realidad, pues Filipo deseaba la paz entre todos los aliados, lo que respondía a los consejos que le había dado anteriormente Demetrio. En efecto, su aspiración sería la unidad de los griegos bajo la dirección macedónica. Polibio ha puesto ya de manifiesto la incidencia de los asuntos de Roma. En efecto, a Filipo le llegan durante la guerra noticias de que la ciudad del Lacio había sido derrotada por Aníbal, ante lo que Demetrio de Faros le había recomendado acabar con la guerra de los etolios y dedicar sus esfuerzos al Ilírico con ánimo de aprovecharse de la debilidad romana. Según Polibio, pues, está claro que en este momento los problemas de Italia inciden en las relaciones entre griegos y en las de éstos con los macedonios.

Los etolios pierden algunas plazas, pero se quedan en Delfos, como resultado de la paz.

3. FILIPO Y ROMA

Entonces comienzan las luchas entre Filipo y Roma por Iliria. El rey macedonio se alía con Aníbal en el año 215. Para los macedonios, lo importante era que los romanos abandonaran las posesiones de Corcira, Epidamno, Apolonia, etc., que habían pasado bajo control romano como resultado de la primera guerra iliria, de 229 a 228. Tito Livio, en su descripción del tratado, hace suponer unos improbables planes para repartirse el mundo. Según él, a Filipo con su flota le correspondería atacar la parte marítima de Italia, aunque luego ésta iba a corresponderles a los cartagineses. Posteriormente, en cambio, navegarían a Grecia, a las ciudades e islas que el rey quisiera, y éstas le corresponderían a Filipo.

El pacto creó el descontento en el Peloponeso y entre los aqueos, lo que a su vez provocó una reacción brutal e inútil por parte de Filipo contra Mesena. Demetrio le aconsejó tomar la ciudad aunque los sacrificios hubieran dado resultados negativos, mientras Arato le aconseja no traicionar la confianza que sirve de base a las alianzas. Según Polibio, el daño mayor lo causó a sus amigos. Fue, por ello, lo de menos que destruyera Mesena, pues a Arato, porque había desaprobado su acción, lo eliminó con un veneno por medio de Taurión, que tenía encomendados los asuntos del Peloponeso. El envenenamiento fue lento y pudo mantenerse en secreto. Polibio hace a este propósito unas consideraciones sobre la moderación de Arato frente a la violencia de Filipo. Aquél, a pesar de todo, recibiría después de su muerte los honores que merecía para inmortalizar su memoria. La descolocación y la muerte de Arato marcaron el final de la unidad griega ante los romanos. La muerte tuvo lugar probablemente en el año 213.

Plutarco entra en algunos detalles a propósito de este acontecimiento. Según él, a medida que crecía su buena fortuna, a Filipo le aumentaba su maldad natural y, en consecuencia, se dedicaba a ultrajar a Arato. En Mesena, el rey macedonio se dedicó a excitar a los ciudadanos a unos contra los otros en el momento en que nació un conflicto civil. Preguntaba en privado a los estrategos si no tenían leyes contra la multitud y a los jefes de la multitud si no tenían instrumentos para luchar contra los tiranos.

También tuvo lugar entonces la muerte de Demetrio de Faros, que pereció en la misma acción contra Mesala que había emprendido con Filipo de modo temerario, según la opinión de Polibio.

Roma comienza entonces un proceso de entendimiento con los etolios. Éstos, aprovechando el descontento creado en el Peloponeso por el pacto entre Filipo y Aníbal, se atraen a Esparta, Elis y Mesena, entre otros.

El tratado estipula que Roma cederá a los etolios las ciudades y sus territorios conquistados por sus armas y se reserva el botín, o la mitad en caso de conquista común. La versión etolia, conservada en la epigrafía, es más explícita que la de Tito Livio, según el cual los etolios harían la guerra a Filipo por tierra y los romanos los apoyarían con naves. Las ciudades situadas entre Etolia y Corcira, es decir, Acarnania y gran parte del Epiro, con sus territorios, serían de los etolios y todo el resto del botín, del pueblo romano. Los romanos ayudarían a que los etolios tuvieran Acarnania. Si los etolios hacían la paz con Filipo, tendrían que convenir en el pacto que sólo sería válida si Filipo se abstenía de atacar a los romanos o a sus aliados presentes o futuros. Si el pueblo romano llegaba a un tratado con el rey, habría de estipularse que éste no tendría derecho a hacer la guerra a los etolios y sus aliados. Aquí se añaden, pues, disposiciones para caso de paz separada de cualquiera de los otros aliados con Filipo.

Polibio termina el discurso de Licisco, enviado acarnanio a Esparta, refiriéndose al tratado entre romanos y etolios. Éstos ya se han apoderado, dice, de varios lugares de Acarnania y han vendido a sus habitantes como esclavos con la ayuda de los romanos. Estos otros se llevan a los niños y a las mujeres, sin duda alguna para padecer lo que es natural que padezcan los que caen bajo el dominio de los extranjeros, mientras que son los etolios los que se distribuyen sus propiedades. Sería para él absurdo que en tales circunstancias entraran a formar parte de esa alianza los lacedemonios, los mismos que se caracterizaron por haber pretendido ofrecer Tebas a los dioses por la actitud que había adoptado en las guerras médicas. El texto de Polibio es más explícito sobre el hecho de que personas y propiedades de las ciudades capturadas pertenecerían a los romanos y las ciudades mismas y su territorio a Etolia. Pero por la epigrafía parece que hay diferencia entre las ciudades capturadas por los romanos y las tomadas conjuntamente por romanos y etolios. En este caso el botín se repartiría. Otro problema que plantea la epigrafía es el de las ciudades que se entregan voluntariamente, tema que no aparece en los historiadores.

En el discurso de otro embajador ante los etolios, se acusa a éstos de colaborar a la esclavización y destrucción de Grecia y de combatir a la mayoría de los peloponesios, a los beocios, eubeos, focios, locrios, tesalios y epirotas, para que las personas y sus propiedades sean de los romanos y las ciudades y el territorio de los etolios. Éstos por sí mismos no ultrajarían a los libres ni quemarían las ciudades, pero por el tratado permiten que lo hagan los bárbaros romanos. Más tarde, cuando ya los romanos dan por disuelta la alianza a causa del acuerdo de los etolios con Filipo, todavía éstos reclamaban que las posesiones de los capturados fueran de los romanos pero las ciudades de los etolios.

También, a partir del año 212, se inicia por los romanos un acercamiento a Átalo. El tratado con Etolia sería en el año 211. Entre el 211 y el 205 tuvo lugar la primera guerra macedónica, en que se aprovechó del resentimiento creado entre los aqueos y otros aliados de Filipo, pero en estos momentos también se interfiere la brutalidad romana, que conduce a la esclavización. Según Livio, a los dimeos, los romanos los habían capturado y devastado su territorio. Filipo, en el año 198, los haría volver desde donde estuvieran esclavizados, y no sólo les devolverían la libertad, sino también la patria.

En el conflicto van entrando, pues, factores variados, desde los romanos a Átalo. Filipo y Roma son protectores, pero ambos actúan violentamente. Todo posible protector es también un posible opresor. Los griegos tienen que moverse entre la búsqueda del benefactor y la conservación de la libertad y ello contando con que dentro de las ciudades las actitudes no son unánimes.

En primer lugar estalla la guerra entre Filipo y los etolios. El rey Prusias de Bitinia se hace aliado de Filipo e invade el territorio de Átalo, lo que lo obliga a volver a Asia. Por ello tiene que abandonar los asuntos romanos y la guerra etolia. En consecuencia los etolios se desaniman.

Entre tanto, Filopemen, estratego de los aqueos, vence a los espartanos en Mantinea en el año 207. Las catapultas en el ejército de Macánidas indican que estaba dispuesto a asediar Mantinea y la posición de Filopemen indica que estaba dispuesto a prevenirlo. Macánidas esperaba derrotar antes a los confederados en Tegea, pero tuvo que abandonarla cuando se enteró de que los confederados se reunían en Mantinea. Tegea era también miembro de la confederación. Filopemen contaba con ilirios, probablemente cedidos por Filipo, y había adoptado la unidad mecedónica de 256 hombres, a los que distribuyó por intervalos, con lo que daba una mayor movilidad a la falange, frente al bloque monolítico normal de los ejércitos helenísticos. Tal vez, como Pirro, lo había aprendido de los romanos. La confederación aquea se presentaba como la promotora de la libertad para todos sus miembros. Da la impresión, sin embargo, de que el éxito de Filopemen se debió a los errores de Macánidas, aunque Polibio insiste en que se debió a los méritos de su estrategia y no a la casualidad.

Plutarco enfoca la batalla como parte de la lucha contra el tirano Macánidas de Esparta, descrito como una fiera acorralada al que mata el propio Filopemen. La escena la reproducía una estatua que erigieron los aqueos en Delfos, de la que se conserva el pedestal con la dedicatoria: la comunidad de los aqueos a Filopemen, por su virtud y su benevolencia hacia ellos.

La guerra se extiende por todas partes. A Filipo le sobrevino la amenaza bárbara en Macedonia, a causa del peligro de invasión por parte de los dardanios.

Los etolios, por su parte, cuentan en principio con la alianza de los romanos, que luego abandonan ellos mismos. En 206, Filipo devasta Termos, centro federal etolio y sede del templo de Apolo Termio, donde destruye la capital y el templo mismo. El rey y sus amigos justificaban la violencia de su acción como una venganza por las atrocidades cometidas anteriormente por los etolios en Dion y Dodona, donde habían incendiado los templos, demolido los monumentos y destrozado las estatuas. Polibio piensa, en cambio, que se trata de algo debido a la personalidad de Filipo. Entre los mismos macedonios, Antígono trataba de otra manera a los vencidos y cuando derrotó a Cleómenes, rey de los lacedemonios, lo que hizo fue, por el contrario, restituirles la constitución ancestral y la libertad

y fue causante de grandes beneficios para los lacedemonios, tanto en común como particularmente, por lo que después de su muerte fue considerado benefactor y salvador. La diferencia de actitudes podría explicarse, más que simplemente por los rasgos individuales, por las diferencias de coyuntura. Antígono luchaba contra el rey revolucionario Cleómenes, Filipo contra los etolios, aliados de Roma. Ello explica también el juicio de Polibio.

Estas circunstancias llevan a los etolios a aceptar la paz con Filipo, que los priva de Tesalia occidental, del Egeo y del golfo Maliaco. A este propósito Polibio reproduce un discurso, del que ya se ha visto la parte correspondiente a los aspectos negativos del tratado entre romanos y etolios. Se trata del discurso de Trasícrates de Rodas, posiblemente auténtico, que implica una reunión de neutrales en un congreso etolio: Ptolomeo IV, que había intentado mediar entre Etolia y Filipo en el año 209; también habían intervenido Rodas, Atenas, Quíos y Aminandro y, en 208, Ptolomeo y Rodas. Sin embargo, cierta fraseología parece de Polibio. Los griegos se están autodestruyendo, la guerra es el comienzo de todos los males para ellos. No había que fiarse de la falsa amistad de los romanos. La responsabilidad de continuar la guerra es, para él, de los etolios.

Según Livio, Filipo forzó a los etolios a hacer la paz, porque éstos habían sido abandonados por los romanos. Se trataría, más que de un abandono propiamente dicho, del olvido durante muchos meses, que tendría el mismo efecto. Pero, nada más hacer la paz, se presentaron los romanos en Dirraquio, al tiempo que se producían revueltas entre algunos de los pueblos sometidos a Macedonia. Roma se lo reprocha a los etolios como si se tratara de una ruptura de su alianza. Según Livio, en el año 200, los macedonios veían que, para los etolios, la alianza romana había sido inútil, pero además tenían que soportar su insolencia y que les reprocharan haber abandonado la alianza sin su *auctoritas*.

En 206 tuvo lugar la paz entre Filipo y Etolia, y, en 205, en Fénice, en el Epiro, se firma la paz entre Filipo y Roma. El rey Filipo también se siente ahora inclinado a la paz a la que colaboró la iniciativa de los epirotas. Se habla de una «paz común». Los pueblos de la costa quedaron bajo control romano. En el lado del rey quedaron Prusias de Bitinia, los aqueos, beocios, tesalios, acarnanios y epirotas. De los romanos, Ilión, Átalo, Pleurato, rey tracio, Nabis, tirano de los lacedemonios, eleos, mesenios y atenienses. E. Will se plantea el problema de si Roma tenía entonces ya definida una política oriental de tipo imperialista o si sólo se trata de un episodio de la guerra contra Filipo y de que el único provecho, parcial, fuera el de la influencia en el Ilírico. En lo concreto, esto afecta al estado de la cuestión sobre la inclusión de Ilión y Atenas al lado de Roma. Hay quien se limita a borrar de la lista de Livio a atenienses e ilienses. En cualquier caso, la paz de Fénice representó la liquidación de la alianza romanoetolia y macedonio-púnica y, por otro lado, la entrada de Roma en el Ilírico. Es posible que la baja popularidad de Filipo en estos momentos pueda verse reflejada en las consideraciones que hace Polibio sobre su persona, ahora especialmente duras, dentro de las que destaca la alusión a su *kakoparagmosyne*, «práctica perversa», que se refiere seguramente a las intrigas de Filipo en Creta, que perjudicaban a Rodas, la que a su vez había atacado a Creta por problemas relacionados con la piratería, temas a los que se alude en el párrafo siguiente como muestra de su carácter intrigante. Es, por otra parte, evidente que la táctica demagógica ejercitada por

Filipo lo lleva a indisponerse con los posesores, que buscan ahora nuevos protectores.

Los etolios, por su parte, ahora debilitados y endeudados, piensan en una legislación revolucionaria. Eligieron a Dorímaco y Escopas como legisladores, porque sabían que eran de tendencias revolucionarias y que sus haciendas estaban comprometidas en muchas transacciones privadas. Polibio habla de que los etolios estaban naturalmente dispuestos a la renovación. Walbank considera que se refiere a la ocasión inmediata, pues no hay indicios de que la constitución etolia fuera en general inestable.

4. ANTÍOCO III

Desde el año 223, Antíoco III inicia un intento de restauración del imperio seléucida, pero se encuentra inmediatamente con problemas.

En el año 221, se produce la revolución de Molón en oriente. Era el sátrapa de Media que marchó hacia el oeste en el año 222. Llega hasta el Tigris y Dura Europos, en el Éufrates. Molón se había hecho temible para los asiáticos, apoyado en sus soldados. Después de algunos intentos de hacerle frente, el rey tuvo que renunciar al control sobre la Celesiria. Molón llegó a poseer toda la riqueza de un reino. Con Seleucia dominaba el comercio de Asia. Frente a Seleucia al otro lado del Tigris estaba situada Ctesifonte. En la moneda acuñada se atribuía el título de rey.

Al principio, Antíoco III se desentiende del asunto, pero más tarde lo acosa hasta que Molón se suicida y el rey hizo crucificar su cadáver. A partir de aquí, en el este, emprende una campaña de intimidación de los bárbaros, sobre todo de Artabazanes de Atropatene, que conservaba su independencia desde la época de los persas, porque la expedición de Alejandro lo había dejado de lado. En realidad, cuando se dividieron las provincias a la muerte de Alejandro, Atropates, noble persa suegro de Perdicas, obtuvo el noroeste de Media, y él y su familia lo mantuvieron como principado independiente. Artabazanes terminó concluyendo un tratado con Antíoco.

También surgieron problemas con Hermias, que conspiraba contra el rey con la esperanza de convertirse en tutor del hijo. Fue descubierto y murió a consecuencia de ello.

Media era considerada uno de los territorios más ricos de Asia, sobre todo por la cría de caballos, que proveía toda la región, y porque servía de lugar de pasto a los establos reales. Alejandro la había rodeado de ciudades griegas para protegerla contra los bárbaros. Al norte está situada Ecbatana, que había sido siempre la residencia real de los medos y sobresalía por encima de las demás ciudades por su riqueza y el lujo de su construcción. Está situada en las faldas del Orontes y no tiene muralla, sino una especie de acrópolis maravillosamente edificada. Al pie de ella está el palacio. Todo era motivo adecuado para cuentos y fabulaciones, por la riqueza de los materiales que quedaron después de la invasión de Alejandro y los macedonios. Sobre todo, había gran cantidad de objetos de metal que fueron recogidos por el rey para acuñar moneda en estas circunstancias difíciles ocurridas el año 210.

En el 209, se aventura a avanzar hacia Hircania y los partos, y el rey Arsaces II se convierte en su aliado. Entre 208 y 206 asedió en Bactras a Eutidemo. Llegaron por fin a un acuerdo por el que Eutidemo se convierte en defensor del territorio frente a los nómadas. Se hace rey y su hijo Demetrio se promete con una hija de Antíoco. En el año 206/205 se dirigió a la India, después de cruzar el Cáucaso, y allí renovó la amistad con el rey Sofagaseno, seguramente el gobernante de uno de los reinos del noroeste de la India en que se había desintegrado el imperio mauria de Chandragupta y Asoka. Entre Chandragupta y Seleuco I ya se habían establecido pactos de amistad. Aquí Antíoco aumentó su provisión de elefantes, hizo una distribución de alimentos y partió con el ejército, dejando a Andróstenes de Cícico encargado de recoger el tesoro que había accedido a proporcionar el rey. El regreso fue una especie de anábasis en la que atravesó Aracosia, Drangiana y Carmania. En la expedición había sometido las ciudades marítimas y a los dinastas del lado de acá del Tauros, además de las altas satrapías, que pueden ser reinos clientes independientes como los de Arsaces, Sofagaseno y Eutidemo, pero Walbank considera que deben ser incluidas dentro de los límites seléucidas. Al parecer, también recibió el tributo de un jefe árabe. Según Polibio, con esta expedición dio fortaleza a su reino y fue considerado digno de la realeza no sólo por parte de los habitantes de Asia sino también por los de Europa. Aparte, pues, del valor material de la expedición como modo de recaudación y medios de vida para su ejército, también tiene el valor de una especie de prueba de iniciación que revalida las aspiraciones al trono del sucesor, con lo que se recoge así la tradición macedónica readaptada a las formas de poder real configurada en época de los jefes militares sucesores de Alejandro.

5. LA CUARTA GUERRA SIRIA

Ptolomeo IV, en Egipto, se encuentra con problemas internos a causa de las intrigas de pretendientes y mentores. A los diecisiete años, está solo bajo la influencia de Sosibio y Agatocles. Polibio ataca con dureza la figura de este rey.

Antíoco ahora se dirige hacia Siria, que había sido ocupada por Ptolomeo I en el año 319. Luego, había estado en manos de Antígono I desde 315 hasta 301. Antes de la batalla de Ipsos, Ptolomeo había tomado la parte de Siria situada al sur del Líbano, con Palestina y Fenicia. Ante el avance de Antíoco se entablan negociaciones, que pronto quedaron rotas. El rey seléucida se dirige hacia Egipto. Se produce la invasión, pero resulta un fracaso y es derrotado ante Ptolomeo Filópator en Rafia, en 217, aunque retuvo Seleucia de Pieria. Según Polibio, todas las ciudades querían pasarse del lado de Ptolomeo. Tanto Polibio como Justino acusan a este rey de no saber explotar la victoria por la indolencia a que lo inclinaba la depravación de su vida. Se limitó a regular algunos asuntos en las ciudades y volvió a Egipto. También adquirió un enorme botín, que era en la época el objetivo de la guerra por excelencia. Pero, de todos modos, en Egipto significó el inicio de una larga revuelta. Según Polibio, los egipcios, orgullosos de la victoria, no estaban satisfechos con lo establecido y buscaban un jefe y una pesonalidad, como si fueran suficientes para socorrerse a sí mismos. Puede tratarse de una revuelta de los oprimidos en general o, en concreto, debida a las cargas sobre los campesinos producidas por los gastos de la guerra. En cualquier

caso, parece plantearse también el papel de la función real en las actividades militares y del provecho que la victoria puede reportar a la población sometida. Parecería que hacía falta, desde el punto de vista de algún sector de la población, una realeza más capaz que encauzara las necesidades económicas hacia un mayor provecho.

6. ASIA MENOR Y EL EGEO

Entre tanto, en Asia Menor, Aqueo actuaba como rey independiente. Es, en principio, gobernador de Asia Menor occidental, porque la ha reconquistado contra Átalo en el año 222, pero fue aclamado rey «por el pueblo». Luego, ya con el título de rey, marcha contra Antíoco, que tiene que hacerle frente en 220. Polibio insiste en que las tropas macedonias le eran leales y, desde luego, sigue acuñando moneda real. Está en disposición de seguir acosando a Átalo y de amenazar a Prusias, y hace incursiones por Licia y Panfilia, e incluso Pisidia. Con Átalo, las acciones militares comenzaron cuando todavía era gobernador fiel a Antíoco, antes de 220. Aqueo privó a Átalo de las adquisiciones que éste había hecho de Hiérax. En 220/219, se han aliado, seguramente después de la asunción del título de rey por Aqueo. Pero Atalo aprovecha la expedición pisidia de Aqueo para intentar recuperar los territorios perdidos, en el año 218. También se enfrenta Aqueo a Prusias y a los galos. Por fin, en el año 216, tras aliarse con Átalo, Antíoco acaba con la resistencia de Aqueo.

La alianza de Antíoco con Pérgamo quería decir que reconocía la existencia de este reino bajo Átalo I. En estas condiciones, no sólo pudo someter Asia Menor, sino también preparar la expedición hacia el este, donde su autoridad se había debilitado en Partia y Bactriana. Es la campaña que duró de 215 a 212 y de la que se conocen pocos datos, referentes a los pactos en Bactriana con Eutidemo y con el rey de los partos Arsaces II, la recaudación de tributos y los pactos con el rey Jerjes de Armosata, en Armenia, que pagó tributo y recibió en matrimonio a la hija de Antíoco. Éste llegó al acuerdo a pesar de sus consejeros, que eran partidarios de destruir la ciudad. De este modo consiguió restablecer su autoridad en las satrapías orientales. El rey llevaba un plan para fortalecer la cohesión del territorio consistente en la extensión al conjunto del imperio del sistema administrativo que hasta entonces se aplicaba únicamente en Asia Menor, con la supresión de las satrapías y su sustitución por estrategos que concentraran en sus manos el poder civil y el militar. Así se evitarían los peligros de usurpación que se favorecían entre sátrapas, además de dar mayor unidad administrativa y militar.

En principio, así se creó una situación favorable para actuar en Asia Menor, pero también en Siria y Palestina, que estaban en manos de los Ptolomeos.

En Filipo también vuelven a renacer las aspiraciones al control de Oriente. Ambos reyes coinciden en su intento de acabar con la hegemonía de Egipto. Tras la paz de Fénice, Filipo se ve obligado a fijar sus intereses expansionistas, como heredero de los Argéadas, en la zona oriental del Mediterráneo, donde, en principio, no choca con los intereses de Roma. Pero otro factor importante de la época estaba constituido por las aspiraciones al dominio del mar que manifestaban ahora tanto Rodas como Pérgamo.

Filipo actuaba en gran medida a través de los piratas que atacaban las islas y las ciudades costeras. Por medio de una actuación intrigante, instiga la guerra entre Creta y Rodas, durante el año 205/204. Filipo ayuda a Creta, donde hay abundancia de piratas y estalla la guerra cretense entre 204 y 201 frente a los rodios. Esta circunstancia se convirtió en un verdadero azote de las islas del Egeo. Durante la guerra, aumenta el número de barcos piratas a las órdenes de Filipo y la venta de esclavos en Creta. Filipo ordenó a Heraclides atacar y destruir la flota de los rodios y al mismo tiempo envió embajadores a Creta a provocar a los cretenses e incitarles a hacer la guerra a Rodas. Heraclides era un tarentino que ya había traicionado a su ciudad frente a los romanos, pues como arquitecto había podido abrirles las puertas de la muralla, y luego se había puesto a la órdenes de Filipo, para quien desempeñaba las más bajas misiones. También indujo Filipo a Dicearco de Etolia a realizar acciones de piratería con veinte naves. Le ordenó recaudar tributos y ayudar a los cretenses en su guerra con los rodios. Dicearco atacaba a las naves comerciales y se dedicaba a sacar dinero de las islas saqueadas.

Filipo llega a firmar un tratado con Antíoco en el año 202, por el que se reparten las provincias de los Ptolomeos. En ese momento reinaba Ptolomeo V Epífanes, de cinco años. El poder real estaba en manos de Agatocles, que fue asesinado en una revuelta de los alejandrinos. El decreto de Rosetta del año 196 muestra las concesiones que la realeza ha tenido que hacer al clero de los sacerdotes de Menfis para ganar su lealtad en un periodo de turbulencias. El reino se encuentra, pues, debilitado por las luchas internas. Polibio se sorprende de cómo las circunstancias llevaron a la unión de Filipo y Antíoco que antes se comportaban como aliados del rey anterior, lo que le da pie a reflexionar sobre la naturaleza de los tiranos, intensificada por la intervención romana. En el mismo sentido se orienta Tito Livio, para quien el pacto consistía en dividirse la riqueza de Egipto una vez que muriese el rey.

La consecuencia será que Egipto pierde sus dominios de Siria y el Egeo. Los resultados fueron favorables para Antíoco, que adquiere Palestina, Fenicia, parte de Siria meridional y algunas ciudades del sur de Anatolia. Antíoco ha llegado a Gaza en 201, ha derrotado a Escopas en Sidón en 199 y reconquistado Palestina y Celesiria. Este fue el final del dominio ptolemaico de Siria. Para Polibio, Gaza, que siempre había mostrado gran valor y capacidad de resistencia, falló esta vez por falta de confianza en Ptolomeo.

El objeto es la ocupación de las ciudades de los Ptolomeos. En 197, Antíoco se ha apoderado de Éfeso y de las posesiones ptolemaicas de Cilicia y Panfilia. Esmirna y Lampsaco piden ayuda a los romanos. En estas circunstancias, en un determinado momento, Ptolomeo, y tal vez Filipo, se ponen del lado de Roma. La intervención de esta última consigue que Antíoco no llegue a tocar Egipto y que Filipo evacue las posesiones ptolemaicas de Asia Menor.

Mientras Antíoco estaba en Siria, Filipo V, con la colaboración de Prusias, devastaba la región de los estrechos. En Cíos, Polibio considera culpables a los mismos habitantes de la ciudad, porque la habían llevado al desastre al apoyar a Molpágonas, demagogo ambicioso que, por halagar a la multitud, incitó a las masas contra los hombres afortunados. Los romanos utilizaron estas acciones para justificar su intervención. De ellas había nacido la inquietud en Pérgamo y en Rodas. En el año 201/200, Filipo asediaba la guarnición ptolemaica de Samos, ante lo que interviene Rodas que es batida por mar en Lade. En ese momento, según Polibio, era evidente que Filipo estaba en disposición de dirigirse a Alejandría. Era para él la prueba de que Filipo se había vuelto definitivamente loco. El macedonio entra entonces en Mileto y pone sitio a Pérgamo, pero sin resultados. En la batalla de Quíos, el resultado quedó indeciso. El orden de estos acontecimientos, de todos modos, permanece oscuro, debido al estado de los textos de Polibio que se refieren a ellos. Se sabe que luego Filipo quedó bloqueado en Caria por la acción de Rodas y Pérgamo.

En efecto, ésta fue la coyuntura por la que el rey Macedonico no tuvo oportunidad de sacar provecho de la guerra contra Egipto. Rodas y Pérgamo en primer lugar, y más tarde con el apoyo de Roma, tratan de unirse para mantener la libertad de tráfico en las rutas marítimas de oriente frente a Filipo V. El Egeo había quedado sin protección tras el ocaso de los Ptolomeos. Roma, entre tanto, ha quedado libre para penetrar en Asia.

Por un motivo sin importancia, según Tito Livio, hubo un problema interno en Atenas que dio lugar a la intervención de Filipo. Luego intervino una escuadra de Rodas y Egina, en posesión de Átalo. Éste y los rodios fueron recibidos en Atenas con los honores del triunfo. El orden de los acontecimientos sigue siendo oscuro en las fuentes.

7. LA SEGUNDA GUERRA MACEDÓNICA

Tiene lugar entonces la segunda guerra macedónica, entre 200 y 197, a partir de una serie de exigencias planteadas por los romanos a Filipo, mientras se iba produciendo la ocupación romana de Iliria. Filipo asedia de nuevo el Pireo. Es un momento de guerra de palabras en que cada uno acusa al contrario de arrogancia o de agresividad. Comienzan entonces las campañas de Flaminino, que se encuentra a los aqueos divididos entre sí. Los romanos necesitaban a los aqueos para el asedio de Corinto, pero el plan fracasó. Los aqueos sólo consiguen tomar la ciudad después de Cinocéfalos. Los ricos de Argos mantenían la ciudad aliada a Filipo, pero éste la confía a Nabis, que se dedica a hacer pillaje y a tomar medidas como la abolición de deudas y el reparto de tierras para pasarse luego a los romanos. Beocia se convirtió en seguida en aliada de Roma.

La guerra acabó en 197 en la batalla de Cinocéfalos. En ese año, en Opunte, hay dos facciones, una partidaria de los etolios, que es de tendencia democrática, y otra de Roma, formada por los ricos, según Tito Livio. Cuando Flaminino, en ese mismo año, reorganiza Tesalia, lo hace sobre bases timocráticas. Desde el punto de vista social, el resultado final fue ambiguo.

Filipo queda bajo vigilancia romana, salvo en los territorios del norte. Las exigencias consistieron en la evacuación por Filipo de las posesiones griegas en Europa y Asia, la devolución de prisioneros y desertores, así como de los navíos capturados, una indemnización de 1.000 talentos y la limitación del armamento. Filipo, sin embargo, queda como rey en Macedonia.

Rodas y Pérgamo resultaron favorecidas. En el año 196, se declara la independencia de Grecia y se celebran los juegos Ístmicos. Al final se planteaba si los

romanos abandonarían Grecia o quedarían como protectores. La declaración de independencia produjo una enorme aclamación y signos de agradecimiento a Flaminino. Era admirable, comenta Polibio, que todos los griegos de Asia y Europa quedaran libres, sin guarniciones, sin tributos y sirviéndose de sus propias leyes. Era Flaminino quien declaraba la libertad y Roma quien la garantizaba. De hecho, sin embargo, quedaba establecida una fuerte presión sobre las ciudades de las ligas aquea y etolia, guarniciones en el Acrocorinto, en Calcis, en Demetriade. El motivo era que podía haber en ellos peligro de ocupación. Flaminino intenta yugular los posibles apetitos de sus aliados griegos, algunos de los cuales, por otra parte, recibieron el control de ciudades o de regiones. Filipo fue invitado a entrar en la alianza con Roma y aceptó. En 194, Roma hizo volver a Flaminino y a todas las tropas y guarniciones.

Cuando Roma buscó aliados para su política expansiva, apoyó a Nabis frente a Filipo, pero luego, en 195, Flaminino le arrebata Argos para evitar su excesivo poder en el Peloponeso. Los aqueos querían erradicarlo del todo, pero Flaminino no lo hace, por el creciente poder de la Liga aquea, aunque Argos sí queda unida a la Confederación. Briscoe llega a la conclusión de que, de una manera general, Roma no tiene la intención de sustentar regímenes aristocráticos, ni de apoyar a unos u otros en cada caso concreto. Su objeto es controlar y para ello acepta cualquier tipo de adhesión venga de donde venga, como fue el caso de Nabis frente a Filipo. Desde el punto de vista romano, la intervención en Grecia responde a los intereses de sus clases propietarias, manifestados de modo más directo o más indirecto, pero no, en principio, a los de las clases propietarias griegas, aunque tienda a crearse una coincidencia, pero de modo lento y complejo.

La firma del tratado con Roma fue objeto de plebiscito entre los años 196 y 192.

8. ROMA Y ANTÍOCO

La posición en que quedan los romanos se refleja en algunas peticiones de ciudades de Asia Menor, como Lampsaco, en una inscripción del año 196, donde se nota que ahora consideraban que el peligro le venía de parte de Antíoco III. Los etolios, por el contrario, están descontentos con Roma. Ellos habrían querido el debilitamiento de Filipo. En consecuencia, piden el arbitraje de Antíoco, lo que condujo a la guerra, a la derrota etolia y, en consecuencia, al crecimiento de la influencia romana.

La política oriental romana se dirige ahora contra Antíoco. Tras Cinocéfalos los romanos enviaron emisarios al rey para invitarlo a liberar a los griegos de Asia y no penetrar en Europa. Antíoco responde que la libertad griega depende de su generosidad.

En 195, hace la paz con Ptolomeo V, que conserva Chipre, algunas plazas de Grecia oriental y Tera. En los mismos años acoge a Aníbal. Éumenes I, rey de Pérgamo desde el año 197, se siente amenazado y acude a Roma. Antíoco contaba ya seguramente con el apoyo de los etolios y de Nabis, y pasa el Helesponto, con lo que da comienzo de nuevo la lucha. Antíoco se presenta como el defensor de los griegos de Europa frente a Roma. En general, en todas partes se agita la situación, tanto entre ciudades como dentro de ellas. Parece que, dentro de éstas, los descontentos y las multitudes, excitados por los etolios, tendían a colocarse al lado de Antíoco, mientras que los ricos se inclinan del lado romano. El rey atraviesa el Egeo apoyado y aclamado por los etolios y sus partidarios. En cambio, los aqueos se encuentran del lado de Roma, al igual que Filipo. Cuando es derrotado en las Termópilas, Antíoco III regresa a Asia. Sólo escaparon, dice Polibio, de todo el ejército, los quinientos que estaban alrededor del rey y un número exiguo de los 10.000 soldados que se llevó consigo a Grecia.

En el 192, la definición social frente a Roma se va haciendo más clara. La masa del pueblo, la *multitudo*, pide a Antíoco la liberación del dominio romano, mientras la clase dominante acude a Roma.

Después del fracaso en Grecia y la derrota de las Termópilas, Antíoco se retira a Asia Menor. Durante el año 191, hay una tregua entre etolios y romanos. En el año 190, con los focenses ocurre lo mismo que con el resto de los griegos dos años antes. Son los ricos los que acuden a Roma y los pobres los que buscan la protección de Antíoco. En ese año, los romanos acuden a los estrechos con la ayuda de Filipo V y el apoyo de las flotas de Pérgamo y Rodas. En Side y en Mioneso vencen a la flota de Antíoco con sus refuerzos fenicios. Los conflictos militares se ven complicados con las actitudes de las ciudades y sus problemas internos. Grupos, ciudades, ejércitos y reyes presionan en uno u otro sentido. Cuando Roma impuso sus condiciones para la paz, Antíoco no pudo aceptarlas y se vio obligado a correr el riesgo de una nueva batalla en Magnesia del Sipilo, en el año 189. Al mismo tiempo, Roma reduce a los etolios. En la paz de 189, quedan privados de Acarnania, Fócide, Málide y Ftiótide.

La consecuencia de la batalla de Magnesia fue el tratado de Apamea, del año 188. Los romanos envían a dos personajes a Siria para vigilar el cumplimiento del tratado por parte de Antíoco, es decir, son ellos mismos, como vencedores, los árbitros de las condiciones impuestas. Entre las cláusulas estaba la retirada de Antíoco más allá de la línea Halis-Tauro, la desmilitarización y el pago de indemnizaciones. Polibio y Livio describen la decepción y las intrigas de Rodas y Éumenes por no tomar parte en las ventajas de la paz de Apamea. El senado hace concesiones: a Éumenes, los territorios de Asia Menor y las orillas del Helesponto, a Rodas, Licia y Caria hasta el Meandro. De todos modos, subsisten algunas dudas procedentes de la existencia de varias tradiciones contradictorias. El problema se plantea también con respecto al reparto de tributos y sobre la existencia de tres clases de ciudades griegas libres, pergamenas y rodias, según la dependencia creada en el tratado.

En esta época, Ariarates IV de Capadocia entra en la alianza con los romanos que, por otra parte, de nuevo evacuan Grecia y Asia. Antíoco aparta su actividad de Grecia. Ahora intenta recuperar su fuerza en oriente, pero muere en el mismo año 187. Filipo ha luchado al lado de los romanos.

9. GRECIA TRAS LA PAZ DE APAMEA

Roma domina sobre Anatolia, incluida Galecia. El resto, Bitinia, Ponto, Capadocia y Armenia, quedaron en disposición favorable para ello. De este modo se

transforma el panorama político. Desaparece la unidad del mundo griego. Hasta ahora la historia del mundo helenístico está dominada por los contactos entre reinos, ciudades y ligas en una especie de equilibrio inestable. Desde ahora, un factor exterior impone su norma. Roma vigila los mutuos acercamientos.

Quedan establecidas tres zonas sin contacto entre sí: Macedonia y Grecia, Asia Menor, y Siria y Egipto. En Macedonia y Grecia, por una parte, los Antigónidas realizan varios intentos por liberarse de Roma. Filipo hizo esfuerzos por fortalecer el reino, pero se interfieren problemas internos cuyas manifestaciones evidentes son las turbulencias sucesorias entre Demetrio y Perseo y la misma muerte de Filipo en 179. Acaya y Etolia tratan de incorporar las ciudades griegas a sus ligas, pero los etolios y Filipo tienen pretensiones sobre las mismas regiones de Grecia occidental y central. Esparta hace esfuerzos por recuperar la hegemonía del Peloponeso. Ante los más fuertes, las ciudades buscan la protección de Roma.

Nabis de Esparta también protege a los piratas. Desde la paz de Fénice, Nabis retoma el programa de reforma y de expansión territorial de Cleómenes. Después de la guerra siria, los piratas pierden la protección de Filipo y Antíoco y pasan a recibirla de Nabis y los etolios. En general, Rostovtzeff ve en este periodo un proceso de empobrecimiento de los pobres y de los sectores medios de la población, junto al enriquecimiento de los pocos ricos. En Atenas se detecta una recuperación, en el siglo II, como centro del comercio del trigo. Hay relaciones con Pérgamo, Alejandría, etc. Desde 229 comienzan a emitirse «lechuzas», que fueron reformadas en el año 180. La Liga aquea, con Dieo, también se fortalece frente a Esparta. Sus pretensiones se dirigen al control del Peloponeso. Pero Dieo y Critolao intentan la unión de los griegos frente a Esparta y los romanos. En el año 188, Filopemen toma Esparta al asalto y establece en ella a los exiliados de Nabis. Esto provoca conflictos sociales que indisponen a Roma frente a los aqueos. En 184, Filopemen interviene en Mesena, que quiere dejar la liga, pero Filopemen muere.

En Macedonia, durante los reinos de Filipo y Perseo, se detecta una época de prosperidad, en que Tesalónica desempeña un importante papel.

En Asia Menor subsisten monarquías y ciudades. La monarquía más fuerte, Pérgamo, permanece obediente a Roma. Tras Apamea, el crecimiento del reino provoca conflictos con los vecinos. Roma dio a Pérgamo, en época de Éumenes, la posibilidad de conquistar Bitinia, lo que provocó que Prusias I se acercara a Aníbal. El conflicto termina en 183 con un reglamento favorable a Éumenes que, entre tanto, ha vencido a los galos. Éumenes trata de atraerse a las ciudades griegas, pero sufre el rechazo de los aqueos. En general, también Bitinia y los demás reinos permanecieron fieles a Roma. Asia Menor, casi en su totalidad, ha sido víctima de Filipo tras la primera guerra macedónica y de Antíoco III tras la segunda. Después de Magnesia queda gobernada por Éumenes II y Rodas. Átalo I, en su intento de crear una especie de estado pananatolio, ha recurrido a Roma. Con Éumenes II se consolidan las íntimas relaciones con la ciudad italiana, frente a Antíoco III. Crecen en importancia, gracias a ello, las ciudades y las colonias, tanto civiles como militares. Desde estas ciudades se exporta cerámica, y sus monedas, los *cistóforos* acuñados en Pérgamo, se generalizan en Siria. Los reyes suministran el metal. Pero las buenas relaciones con los Seléucidas llegan sólo hasta finales del siglo II.

Átalo II procede al embellecimiento de la ciudad de Pérgamo. La situación de la ciudad con respecto a Roma queda bien reflejada en algunas cartas de Átalo a Atis.

En Bitinia, el punto culminante coincide con el de Pérgamo. Prusias I, probablemente entre 235 y 182, fue aliado de Filipo V en la primera guerra macedónica y aliado de Roma frente a Antíoco. En el Ponto, Farnaces I captura Sinope, en Paflagonia, y la convierte en capital. En el Bósforo hubo algunas ciudades florecientes, como Panticapeo, Quersoneso, Olbia, que mantuvieron relaciones con Grecia, concretamente con Delfos, y también como Pérgamo.

De las ciudades griegas, Mileto, a fines del siglo III, no había mantenido unas relaciones de dependencia profunda con Egipto. La ciudad siguió su expansión incluso después de Magnesia, con comercio e industria prósperos. Había esclavos de propiedad privada y de propiedad pública. Rodas desempeñó un papel importante en todo el comercio egeo, lo que la llevó a tener pretensiones de unificación económica de todo el mundo griego, y a intentar poner en práctica un código marítimo, la *Lex Rhodia*. Siempre tendrá el temor de que Pérgamo vaya a inmiscuirse en los estrechos.

Siria y Egipto continúan como monarquías independientes. Egipto por el momento no representa ningún tipo de amenaza. Siria, por su parte, tiende a la orientalización, dentro de sus nuevas circunstancias.

10. LA TERCERA GUERRA MACEDÓNICA

Éumenes denuncia lo que le parecían movimientos sospechosos de Filipo, lo que se sumó a otros temores de los griegos. En las realezas, se producen alianzas matrimoniales con triple participación de Perseo, Prusias II y Seleuco IV. Perseo acoge en Macedonia a los perseguidos por deudas y a quienes habían abandonado su país por alguna sentencia o por injurias contra el rey. También a todos los que, en Macedonia, tenían deudas con la corte. En toda Grecia, según Polibio, se esperaba mucho de él. En contraste con su padre, se mostraba siempre sobrio y morigerado y nada aparatoso en el vestido. Su influencia se extiende entre 179 y 174, en que restaura la Anfictionía de Delfos. Todo esto despierta suspicacias, hasta tal punto que se le reprochan los conflictos internos de la liga etolia, entre endeudados y posesores romanófilos. Según Livio, las masas son favorables a Perseo y los macedonios, los grandes se encuentran divididos, pero, en general, se inclinan a favor de Roma.

En 176/175, Antíoco IV sucede a Seleuco IV, se proclama amigo de los romanos y deshace la alianza con Perseo. Rodas, en cambio, por temor a Éumenes, se aproxima al rey de Macedonia, pero hay en el interior dos facciones que hacen la situación dudosa. Quedan, pues, dos coaliciones en torno a Perseo y Éumenes II. Éste sufre un atentado del que se acusa a Perseo. Según Livio, ahora, la tranquilidad de las ciudades griegas depende de la rivalidad de dos potencias. En 171, los romanos en Delfos lanzan un manifiesto a los griegos, mientras se dice que las intenciones de Perseo consisten en hacer una «alianza de los reyes».

En Asia Menor, surgen problemas territoriales que provocan enfrentamientos entre los reinos. Roma interviene y Pérgamo actúa como agente suyo por medio

de Éumenes II. Éste vence a los galos en 186 y a Farnaces del Ponto en 183-179. Roma impone la paz en 179, con una comisión que actúa de modo favorable a Éumenes.

En general, las masas del pueblo apoyan a Perseo y los macedonios a lo largo de la guerra. En algunos casos, se produjo una situación violenta. Rodas sufriría luego las consecuencias de que la violencia fuera tan extremada en la división tajante de las poblaciones y de los griegos en general. En definitiva, en ella se plasmó toda la violencia del conflicto social. La guerra terminó con la victoria de Roma sobre Perseo en Pidna, en el año 168. Macedonia quedó primero dividida en cuatro partes, lo que significaba la abolición de la realeza y el establecimiento de cuatro distritos autónomos, tal vez con una asamblea común, cerrados entre sí para todo, matrimonio, comercio, etc. Las ciudades que controlaba Perseo en Grecia se declaran libres y los romanos someten al Epiro a terribles acciones de pillaje. Las repúblicas creadas tras Pidna funcionaron mal, por falta de tradiciones democráticas. En el año 158, se abren las minas de oro y plata. Es el año 149, Andrisco encuentra bastantes partidarios y llega hasta Tesalia. Es el conocido como Pseudo Filipo, que lucha contra los ricos sostenido por los pobres. En 148, es derrotado y muerto. Entonces Macedonia se convirtió en provincia romana.

Tras Pidna se agudizó la violencia entre favorables y contrarios a los romanos cada vez más identificados con ricos y pobres. Pero la tendencia favorable a Roma comienza a hacerse dominante entre la opinión conocida. En cambio, baja el prestigio de la Liga aquea. Roma pretende deshacerla, pues allí se ha desarrollado un fuerte movimiento antirromano, sobre todo formado por los marineros de Corinto. En él se extienden las reivindicaciones sociales. Por ello, Critolao es aplastado por Metelo y, luego, Mummio saquea Corinto. Pausanias habla de medidas de desmilitarización y sustitución de democracias por constituciones censitarias. También contra Rodas se va manifestando la opinión conocida. Estos se ven desesperados por recuperar el favor de Roma. Ahora el Egeo se encontraba a merced de los piratas.

Cuando Roma lleva a cabo la destrucción de Corinto, Grecia quedó convertida en un apéndice de la provincia de Macedonia en el año 147.

En el año 146, Lucio Mummio disuelve las democracias tras la derrota aquea.

11. LA POLÍTICA ROMANA EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL

En la tercera guerra macedónica, Éumenes manifestó sus simpatías por Perseo, por lo que luego perdió el apoyo romano. El rey de Pérgamo se había propuesto como mediador ante Perseo, pero luego ve que el senado se inclina a favor de Átalo II. La verdad es que la victoria de Pidna ha hecho inútil para los romanos la alianza con Pérgamo.

Roma desposee también a Rodas de su hegemonía comercial en el Egeo y la priva de los territorios de Asia Menor. La isla no había elegido entre Roma y Perseo y se quejaba de que la guerra dañaba su comercio. Ahora se ve afectada por la nueva situación de Delos, adjudicada a Atenas, como puerto franco. Ello proporciona ventajas a los *negotiatores* itálicos, que se ven así libres de los peajes rodios.

Hay, sin embargo, un periodo en que reina la anarquía en el Egeo y Asia Menor. Átalo III, en 133, legó su reino a Roma, que lo convirtió en provincia romana. En el Ponto, Mitrídates VI se erige en caudillo de la lucha contra Roma, aunando Asia Menor con Armenia y Partia. El apoyo griego e iranio, sin embargo, le duró poco. Asia Menor se convirtió en un grupo de provincias y de reinos vasallos. Roma aumenta entonces su intervención en Siria y Egipto. Antíoco IV Epífanes trata de aprovechar la situación griega tras Pidna, aunque dirigió sus aspiraciones principales hacia oriente. Intenta frenar la desintegración, por medio de la ampliación de la red urbana, con intención de anexionarse Egipto. Es la sexta guerra siria, que duró de 170 a 168, pero no suscitó la intervención armada de Roma. En el Egipto de Ptolomeo VI reinan sus tutores. Antíoco llega a ser virtualmente su dueño, salvo de Alejandría. Ptolomeo VI está dispuesto a negociar, pero los alejandrinos lo expulsan y proclaman a Ptolomeo VIII Fiscón. Luego, en 168, se reconcilian los Ptolomeos y Antíoco invade de nuevo. Ahora los Lágidas obtienen el apoyo romano. Antíoco llega a nombrarse rey de Egipto en Menfis, pero es expulsado por Lenas.

El intento de amalgama sólo tuvo éxito en las clases superiores. La reacción más importante fue la independencia de Judea. Antíoco IV Epífanes tiene que actuar contra el particularismo de algunas provincias, como ésta, lo que se refleja en el libro de los Macabeos y en el libro de Daniel. Luego se llegaría a la paz entre Antíoco V y Judas. Por otro lado, en 168, Popilio Lenas había detenido su campaña de Egipto. Antíoco IV morirá en una expedición a Partia, de cuyas circunstancias se conoce poco. Puede haber tenido lugar a causa de un avance bactriano o del peligro parto, pero perece en la Pérsida en 164 o 163. El elemento fuerte de Asia será ahora el reino parto, de donde tomó el poder hacia 171 Mitrídates I, alias Arsaces V, que llevó el dominio parto hasta el Éufrates.

Los sucesores seléucidas tuvieron grandes dificultades por culpa de Roma, que apoya la anarquía en oriente. Hubo guerras civiles dentro de la misma casa seléucida. Después de un corto reinado de Antíoco V, en el año 160, apoyado por los Escipiones, Demetrio I es reconocido por Roma como rey de Siria. Judas Macabeo continúa la lucha contra él y contra Alcimo, sumo sacerdote de Jerusalén, considerado un «impío» en el libro I de los Macabeos, es decir, un helenizante.

En 159, Átalo II sucede a Éumenes II en el trono de Pérgamo. Restablece en el trono de Capadocia a Ariarates V, que ha sido expulsado por Orofernes, apoyado a su vez por Demetrio. Con el apoyo del Senado romano, Pérgamo se fortalece con el control de Capadocia. Además, Demetrio se encuentra con la competencia de un pretendiente, Alejandro Balas, que recibe el apoyo del Senado romano, pero también es reconocido por las fuentes judías como pretendiente legítimo y por Ptolomeo VI, que invade Siria, donde es herido y muere a consecuencia de ello. Demetrio II se dedica a la campaña pártica.

12. EGIPTO

La época, para el reino seléucida, está plagada de rebeliones y conflictos intestinos, de los que sobresale la lucha por la independencia palestina. Se suma

a ello la sucesión de guerras con Egipto y las luchas contra Partia y Armenia. En la guerra mitridática, los Seléucidas llegan a ser vasallos de Tigranes. Pompeyo, en el año 64, pone fin al reino seléucida.

En Egipto, surgen, cada vez más, querellas entre los Ptolomeos, que son reflejo de la conflictividad manifiesta en las luchas promovidas por la plebe de Alejandría. Unos y otros dirigen sus súplicas a Roma. Se suceden las revueltas indígenas que complican el panorama. Los problemas se complican en la lucha entre Evergetes II y Ptolomeo Filométor que se reparten la Cirenaica y Egipto con Chipre. Evergetes, en su testamento, deja la Cirenaica a Roma, pero el testamento no se cumple. Filométor ataca Siria y muere allí, con lo que queda Evergetes como único rey. Cuando, en 180, muere Ptolomeo V, queda como tutora y regente Cleopatra I, pero muere también en 176. La situación de Ptolomeo VI había favorecido las luchas con su hermano Ptolomeo VIII Evergetes II, que resumen la compleja situación de Egipto. A su vez, además, estas luchas debilitan el poder real y favorecen que el clero se haga cada vez más poderoso y desafíe el poder real. Las rentas reales se deterioran en provecho de los templos. Esto no hace más que agudizar los conflictos familiares internos, con la participación cada vez más activa de las mujeres de la dinastía, de nombre Cleopatra.

La creciente presencia romana en el Mediterráneo oriental reduce a la más absoluta nulidad el reino de Ptolomeo IX, Soter II, entre 88 y 80, en que además se agravaron los conflictos sociales en la zona de Tebas, que acabó con el violento saqueo de la ciudad. Ptolomeo XI, en su corto reinado, destaca porque, al parecer, para ganarse el apoyo romano, había redactado un testamento por el que la ciudad del Lacio podría anexionarse Egipto y Chipre en cualquier momento. Para Ptolomeo XII Auletes la única actividad política consistió en buscar el reconocimiento del senado romano. El tema pasa ya a convertirse más bien en motivo de preocupación de los políticos de la ciudad de Italia, donde incide sobre las diferentes tendencias y programas de construcción del estado. En el interior, los problemas no hacen más que agudizarse, crece el número de tierras sin cultivar, las fugas de población dependiente, los tumultos. A su muerte, se puede hablar del reinado de Cleopatra VII, en lo que se materializa una cierta tendencia a la monarquía femenina, ya latente desde Cleopatra I. Siempre tendrá desde luego a su lado un rey, o bien alguno de sus esposos-hermanos, Ptolomeo XIII, y Ptolomeo XIV, o el hijo de César, Ptolomeo XV. Con ella Egipto entra plenamente en la historia romana, primero como factor de los conflictos propios del final de la república, luego, como objeto de conquista y de integración en el territorio imperial. En este último aspecto, con todo, Egipto no dejó de tener un protagonismo particular, pues pasó a constituir un elemento individualizado del tablero del estado romano, o significativo, además, de los cambios que experimentaba el estado en el momento de establecerse como imperio. Egipto representó una novedad sintomática de cómo se enfocaba el control territorial a partir de Augusto.

DOCUMENTOS

POLIBIO, II, 12, 4-8: (TRADUCCIÓN A. DÍAZ TEJERA)

Cumplido esto, Postumio despachó embajada a los etolios y a la Confederación aquea. Estos, al llegar, justificaron ante ellos en primer lugar los motivos de la guerra y de su travesía del mar, para exponer, seguidamente, todo lo realizado y para explicar los términos del acuerdo formalizado con los ilirios. Ambos pueblos patentizaron la debida cortesía a los legados, que regresaron a Corcira; los pactos citados habían librado a los griegos de un temor considerable, pues los ilirios eran enemigos no de algunos griegos, sino de todos.

Esta fue la primera travesía de los romanos con un ejército a la Iliria y, en general, a esta parte de Europa; los tratos, por medio de embajadas, con los países griegos se debieron a las causas aducidas. Después de este comienzo, los romanos enviaron inmediatamente otras legaciones a los corintios y a los atenienses; fue la primera vez que los corintios se avinieron a que los romanos participaran en los juegos del Istmo.

BIBLIOGRAFÍA

J. BRISCOE: «Rome and the Class Struggle in the Greek States 200-146 B.C.», en FINLEY, *Studies in ancient society*, pp. 56, ss.

P. GRIMAL: *El helenismo*, pp. 17, ss.: Siria; el tráfico del Egeo.

C. PRÉAUX: *Le monde hellénistique*, p. 150: el factor del cambio; problemas de Antíoco III; Ptolomeo IV, Aqueo; Pérgamo; pp. 150-151: cuarta guerra siria: p. 151: Jerjes; p. 152: guerra entre Cnosos y Litos; p. 153: incidencia de los asuntos de Roma; los etolios quedan en Delfos; Aníbal y Filipo; muerte de Demetrio de Faros; p. 154: tratado romanoetolio; batalla de Mantinea; extensión de la guerra; los dardanios; alianza etoliomacedónica; paz de Fénice; Filipo y los posesores; p. 155: revolución etolia; formas de Antíoco; expedición de Antíoco; guerra cretense; Agatocles; Siria; intervención romana; Filipo en Caria; p. 156-157: Átalo en Atenas; exigencias de los romanos a Filipo; pp. 156-157: Flaminino; p. 157: los aqueos, Corinto, etc., p. 158: Filipo derrotado; guarniciones; p. 159: ocupación de posesiones ptolemaicas; regreso de Flaminino; Nabis; Antíoco; Éumenes I; p. 160: derrota de Antíoco; tregua; pp. 160-161: Magnesia y la paz; p. 161: tras la paz de Apamea; p. 162: evacuación de Grecia y Asia; muerte de Antíoco; p. 163: Macedonia; Filopemen; p. 164: tercera guerra mecadónica; p. 165: Pidna; p. 166: Pérgamo; p. 168: Ptolomeo VI; p. 169: sexta guerra siria; p. 172: Demetrio I; pp. 172-173: Pérgamo; pp. 176-177: Liga aquea.

M. I. ROSTOVTZEFF: *Historia social y económica del mundo helenístico*, pp. 36, ss.: fuentes; pp. 39, ss.: intervención romana; pp. 41, ss.: Antíoco; pp. 45, s.: Antíoco alejado de Grecia; pp. 48, ss.: Asia Menor; pp. 55, ss.: Antíoco IV; pp. 665, ss.: coin-

cidencias de Antíoco III y Filipo V: pp. 692, ss.: Macedonia: época de prosperidad; Asia Menor; Pérgamo; pp. 716, ss.: Prusias de Bitinia; Mileto; pp. 729, ss.: Bósforo, Rodas.

F. W. WALBANK: *Historical Commentary on Polybius (HCP)*, I. 1957 (Oxford University Press), p. 167: fechas de la embajada romana (228) p. 450: *tyche*; p. 473: canción itifálica de Eleusis; p. 508: guerra entre Cnosos y Litos; p. 509: división interna de Litos; p. 576: Molón; p. 584: Atropates. Aqueo; p. 592: Siria; pp. 597-601: incursiones de Aqueo; pp. 631-632: revuelta egipcia.

HPC, II, 1967, p. 56: Aníbal y Filipo; p. 87: muerte de Arato; p. 179: tratado romanoetolio; pp. 274-277: discurso de Trasícrates; pp. 283-292: batalla de Mantinea; p. 314: Sofagaseno; p. 315: Altas satrapías; p. 413: revolución etolia; pp. 415-416: *Kakopragmosyne*; p. 599: tratado romanoetolio.

—, *Hellenistic World*, p. 230: los ilirios; expulsión de Demetrio de Faros; p. 231: autenticidad del discurso de Agelao; p. 232: Aníbal y Filipo; pp. 232-233: tratado romanoetolio; p. 233: brutalidad romana; la libertad de los griegos; pp. 233-236: Lámpsaco; p. 237: los etolios; p. 239: P. Lenas; pp. 242-243: Átalo y Roma.

E. WILL: *Historia politique*, II (1967), pp. 81-84: paz de Fénice; p. 96: proyecto de reformas de Antíoco; p. 102: Roma y el oriente; pp. 190-193: los problemas del resultado del tratado de Apamea; pp. 361, ss.: Ptolomeo VIII y Cleopatra II; también, pp. 366, ss.: Ptolomeo IX; p. 436: Ptolomeo XI; p. 437: Ptolomeo XII; p. 445: Cleopatra VII.

CAPITULO XX

LA FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD GRECORROMANA

1. LAS OLIGARQUÍAS

El largo proceso por el que el mundo griego pasó a integrarse dentro del territorio del imperio romano dio lugar a una serie de cambios y transformaciones y a la estructuración de una nueva realidad histórica, heredera de su pasado, pero también sometida e influida por los intereses de las clases dominantes itálicas. Durante el período de conquista, Roma cambió por obra de un proceso complejo en el que incidían sus propias vicisitudes internas, su transformación en una potencia imperialista capaz de controlar todo el mundo mediterráneo, pero también la presencia, dentro de ese mundo, de nuevos territorios herederos de un pasado singular como el que corresponde a la historia de la Grecia clásica y helenística. Los acontecimientos concretos, la marcha cotidiana de las relaciones entre romanos y griegos y de los griegos entre sí, a lo largo de todas las guerras de que fue escenario la parte oriental del Mediterráneo, fueron también elementos que es preciso tener en cuenta para comprender la naturaleza de la nueva realidad histórica.

Roma ha actuado en apoyo de unos o de otros, de tal modo que, en algunas ocasiones, aparece clara su política de sostenimiento de las oligarquías en cuyas ciudades existen peligros de conflictividad social, pero, en otros casos, ya una vez dentro de la marcha de los acontecimientos, los intereses de las clases dominantes romanas se colocaban por encima de cualquier tipo de intereses griegos, y prescindían de ellos en favor del establecimiento de sus propios métodos de control. Las oligarquías griegas se hicieron pronto colaboradoras de los romanos, pero, en determinadas circunstancias, la presencia de éstos hacía peligrar objetivamente, al menos de una manera inmediata, su propia capacidad de subsistencia como clase dominante. De ahí que sus reacciones resultaran, en ocasiones, profundamente contradictorias.

El pasado reciente, para la ciudad griega, estaba dominado por la presencia de los reyes helenísticos, que habían colaborado al mantenimiento del poder de las oligarquías. Pero su política había llegado a ser ambigua. La eficacia del poder personal residía en el autoritarismo y en los medios militares que garantizaban el control del cuerpo social, pero constaba también de un elemento ideológico, cargado de demagogia, que identificaba a la figura del rey con el salvador de los oprimidos, que era capaz de garantizar la libertad y la prosperidad entre las masas de la población. Este elemento propagandístico, en sí mismo sólo dirigido a conservar la situación de dominio de las oligarquías, necesitaba manifestarse como real en determinados momentos conflictivos, precisamente cuando había peligros de revueltas o revoluciones dentro de las ciudades. De ahí que los reyes aparecieran como tales salvadores contra aquellos que habían requerido su presencia, y que fueran éstos los primeros que, más tarde, solicitaron la ayuda de Roma, contra los reyes convertidos en tiranos, dentro de la concepción griega tradicional, es decir, como figuras que se apoyan en la masa frente a la oligarquía.

El papel de controlador del orden social se transfiere poco a poco de los reyes helenísticos a Roma, donde se veían sus ventajas como poder capaz de ejercer la función que se solicitaba de él, sin los peligros inherentes al poder personal, que se podría fácilmente transformar en tiránico. Roma era como un nuevo Filipo o un nuevo Alejandro, pero con la ventaja de que ahora el papel lo desempeñaba una ciudad y no un hombre. Ahora bien, Roma misma, a lo largo del proceso, se transforma. Sus generales adquieren un prestigio superior al tradicional, precisamente porque las mismas guerras colaboraron al desarrollo de brillantes carreras militares, que hacen crecer el poder real de los jefes de tropas tanto entre sus propios soldados y en las masas urbanas de la ciudad de Roma como entre los mismos griegos, que tienden de nuevo a ver en ellos a los salvadores que anteriormente identificaban con los reyes helenísticos. De ahí que, por parte de los magistrados primero y de los emperadores después, Grecia sea un terreno donde al menos las apariencias externas del poder se manifiestan de modo mucho más exacerbado que en los territorios occidentales y donde existen las condiciones para que algunos de ellos adopten las formas propias de los gobernantes helenísticos. La conquista de Grecia pone en Roma las condiciones para su propia helenización, lo que provoca un especial modo de actuación de Roma y la peculiar reacción de la propia Grecia.

La nueva Grecia es el resultado de las aspiraciones de las oligarquías, pero mediadas por la presencia romana, que, en su propia evolución y a partir de los propios intereses de sus dirigentes, colectiva e individualmente, impone unas normas que transforman efectivamente la realidad griega y le dan un nuevo sesgo, no siempre coincidente con los intereses de esas oligarquías. Los romanos imponen el sistema provincial y los magistrados, que serán capaces de mantener el orden, pero que también frustarán las aspiraciones de los griegos a dirigir su propia política ciudadana. Más tarde, serán clásicos los consejos de Plutarco, que, por un lado, reconoce que sólo gracias a los romanos se mantiene el orden de las ciudades griegas, pero que, por otro, aconseja que toda la actividad política se reduzca a una actividad cívica, lo que en la lengua griega coincide a través de la palabra polis. Se puede decretar la erección de un monumento o la construcción de edificios públicos, pero que a nadie se le ocurra creerse en la época de Pericles y pretender dirigir la política exterior de la polis, porque entonces se iba a encontrar con la bota del romano, que, como un padre ante sus hijos, tal vez se divierta con sus juegos mientras son inofensivos, pero, si resultan peligrosos, no duda en infligirles un castigo.

Es muy sintomático que las oligarquías de las ciudades griegas estén entre las que con más retraso pasan a incorporarse activamente a la vida política romana, que se encuentren entre ellas menos senadores que para la mayoría de las provincias medianamente romanizadas, y que el número de ciudadanos romanos sea también proporcionalmente escaso. En su intervención, Roma de hecho había yugulado la capacidad de las oligarquías en el plano político o, desde otro punto de vista, éstas se habían suicidado, con ánimo de conservar el control, logrado sólo a expensas de su propio protagonismo. Pero, en definitiva, esto no hacía más que continuar lo que ya se había iniciado con la intervención de Filipo II de Macedonia. Antes y después de la creación de las provincias, Roma continúa la política de imponer tributos sobre las ciudades, contrapesada con las declaraciones de libertad y autonomía, que no hacían más que reforzar los lazos de dependencia, en una íntima relación con su intervención constante en los asuntos internos y con la remodelación de los sistemas de gobierno, en que se tendía a favorecer a la oligarquía frente a la democracia, aunque ésta estuviera ya, en general, claramente desvirtuada. Lo mismo puede decirse de las confiscaciones y devoluciones de tierras, que garantizaban el control económico por parte de las autoridades romanas. Desde luego, se confiscaban las tierras de los reyes y a veces se entregaban a las ciudades a través del pago de tributos, pero desde la guerra aquea, en 146 a.C., se confiscan también las tierras de los ciudadanos privados, como en el caso de los de Corinto, cuyas propiedades puso en venta el cuestor. En otros casos se convierten en *ager publicus*.

2. LA ESCLAVITUD

El mundo mediterráneo oriental, a lo largo del periodo de conquistas y como consecuencia de ellas, se convirtió en un centro importantísimo del mercado de esclavos que proveía a las clases dominantes romanas. Ello indica que, al menos desde una determinada perspectiva, desde una perspectiva romana, la conquista de Grecia por Roma fue un paso en la consolidación y extensión del sistema esclavista, lo mismo que desde la perspectiva del mundo mediterráneo en general. Pero, así como la intervención romana en territorios que no han alcanzado un sistema productivo relacionado con la esclavitud, en general significó la introducción o desarrollo del sistema, en cambio en Grecia, donde las estructuras han comenzado a cambiar a partir de un momento en que éste ha dominado al menos en las ciudades más representativas, sus resultados no fueron los mismos.

Esta peculiaridad posiblemente no sea ajena a la otra peculiaridad que caracterizaba a la forma de actuar de sus oligarquías. Aquí, ya desde antes, había comenzado a crecer el número de manumisiones y a sustituirse la esclavitud propiamente dicha por otros modos de dependencia, sustitución que está en el fondo de los conflictos que azotaron a las ciudades griegas en el siglo IV, y de las necesidades de la oligarquía de acudir a los reyes macedónicos, de apoyarse en los reyes helenísticos y de solicitar luego la protección romana, pero también está en el fondo de la necesidad creada para los reyes de idearse programas populares

que trataran en teoría de proteger a las masas contra el peligro de caer en formas variadas de explotación. De los documentos délficos se conocen las prácticas de manumitir esclavos en tales condiciones que tuvieran que seguir prestando sus servicios a sus antiguos dueños. Junto a la pérdida de derechos de las poblaciones urbanas no propietarias, esto significaba la confluencia en una sola clase explotada de los que carecían de medios económicos suficientes. El control de estas poblaciones, a las que se tendía a someter a dependencia, era más difícil para las oligarquías urbanas, que primero recurrieron a los reyes y luego al Senado romano.

Cuando los griegos reaccionaron violentamente ante la presencia romana, bajo la dirección de Aristónico en el año 129 y bajo la de Mitrídates VI rey del Ponto en el año 88, el verdadero sustento de tales revueltas fueron las masas de personas libres, campesinos pobres y habitantes de las ciudades, que verán en Roma o los romanos a los ejecutores de su propia sumisión y que se dejaban guiar por un individuo con aspiraciones dominadoras que, apoyado en ellas, pretendía alcanzar una forma de realeza de base popular. La línea «populista» de los reyes helenísticos llega aquí a sus últimas consecuencias y choca con Roma tanto como con las propias oligarquías griegas.

Roma, al consolidar su sistema esclavista, en Grecia, en cambio, lo que llevaba a cabo, junto con un proceso imperialista del que ella se constituía en la beneficiaria, era la consolidación de las transformaciones, que desde antes venían produciéndose, hacia sistemas de explotación más amplios, en los que se incluía lo que tradicionalmente habían sido las poblaciones libres de las ciudades.

DOCUMENTOS

DIONISIO DE HALICARNASO, I, 3, (TRADUCCIÓN E. JIMÉNEZ Y S. SÁNCHEZ)

Así pues, las más ilustres de las anteriores soberanías que hemos conocido a través de la historia, fueron derrocadas después de haber alcanzado tanta fuerza y poder. Y las potencias griegas no son dignas de compararse con ellas por no haber conseguido ni la magnitud de su imperio ni la fama durante tanto tiempo como aquéllas. Los atenienses dominaron sólo la costa durante sesenta y ocho años, y no toda, sino la que está entre el mar Euxino y el Panfilio, y esto, cuando su supremacía naval fue mayor. Los lacedemonios, dueños del Peloponeso y el resto de Grecia, quisieron llevar a su dominio hasta Macedonia, pero fueron detenidos por los tebanos y no conservaron el poder ni treinta años completos. En cambio, la ciudad de los romanos gobierna toda la tierra que no es inaccesible, sino habitada por hombres, y domina todo el mar, no sólo el que está dentro de las columnas de Hércules, sino también todo el océano navegable; es la primera y única ciudad de las que se recuerda a lo largo de todos los tiempos que haya hecho de la salida y la puesta del sol los límites de sus dominios. Y el período de su soberanía no ha sido corto, sino mayor que el de ninguna de las demás ciudades o reinos; pues desde el principio, inmediatamente después de su fundación, fue anexionándose los pueblos cercanos, que eran muchos y belicosos, y continuó esclavizando a todo el que se le oponía. Han pasado setecientos cuarenta y cinco años desde entonces hasta el consulado de Claudio Nerón, cónsul por segunda vez, y Calpurnio Pisón, que fueron designados en la CXCIII Olimpiada.

Desde que se adueñó de toda Italia y se atrevió a pretender el gobierno de todo el mundo, después de expulsar del mar a los cartagineses, que tenían la mayor flota naval, y someter a Macedonia, que hasta entonces parecía poseer el máximo poder en tierra, ya no tuvo ningún pueblo bárbaro ni griego como rival y, en nuestros días, ya en la séptima generación, continúa gobernando todo el mundo; y no hay ningún pueblo, por decirlo así, que dispute por la hegemonía universal o por no aceptar el gobierno de Roma. Con todo, no sé qué más pruebas debo alegar de que ni he escogido el más banal de los temas, como afirmé, ni me he propuesto tratar acciones insignificantes y desconocidas, sino que voy a escribir sobre la ciudad más ilustre y sobre unas hazañas tales que nadie podría señalar otras más brillantes.

BIBLIOGRAFÍA

J. A. O. LARSEN: «Roman Greece», en T. FRANK, *An Economic Survey of Ancient Roma*, IV, Baltimore, J. Hopkins Press, 1938, pp. 311, ss.: confiscación, tributos, etcétera; pp. 414.: esclavitud.

Ste. CROIX: *Class Struggle*, pp. 345, ss.: Roma y las luchas griegas.

HISTORIA UNIVERSAL

Vol. I. **Edad Antigua**

Tomo A **Grecia y Oriente Próximo**
Raquel López Melero.
Domingo Plácido.
Francisco Presedo.

Tomo B **Roma**
Gonzalo Bravo.
Julio Mangas.

Vol. II. **Edad Media**
Miguel Ángel Ladero Quesada.

Vol. III. **Edad Moderna**
Antonio Domínguez Ortíz.

Vol. IV. **Edad Contemporánea**
Antonio Fernández